Pesadillas y alucinaciones

STEPHEN KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El cadillac de Dolan

«La venganza es un plato que se toma frío.»
PROVERBIO ESPAÑOL

Esperé y observé durante siete años. Lo vi ir y venir... Dolan. Lo observé entrar en restaurantes caros, siempre con una mujer distinta cogida del brazo, siempre con su pareja de guardaespaldas flanqueándole. Presencié cómo su cabello gris acero se teñía de plata mientras que el mío retrocedía hasta desaparecer por completo. Le observé abandonar Las Vegas para emprender sus peregrinaciones periódicas a la Costa Oeste; y también lo vi regresar. En dos o tres ocasiones, esperé en una carretera secundaria hasta ver pasar a toda prisa su Sedan DeVille, del mismo color que su cabello, por la autovía 71 rumbo a Los Ángeles. Y en algunas ocasiones, aunque no muy frecuentes, lo vi dejar su casa situada en las colinas de Hollywood en el mismo Cadillac gris para regresar a Las Vegas. Yo soy maestro de escuela. Los maestros de escuela y los peces gordos no gozan de la misma libertad de movimientos; una simple circunstancia económica.

Él no sabía que yo lo vigilaba... Nunca me acerqué lo suficiente como para permitir que se diera cuenta. Siempre me andaba con cuidado.

Mató a mi mujer u ordenó que la asesinaran; al fin y al cabo, el resultado es el mismo.

¿Quieren detalles? Pues no los obtendrán de mí. Si los quieren, búsquenlos en ejemplares atrasados de los periódicos.

Se llamaba Elizabeth, y daba clase en la escuela en la que todavía ahora trabajo. Era maestra de primero de básica. Los niños la adoraban, y creo que algunos de ellos todavía no han olvidado su amor por ella, a pesar de haber alcanzado ya la adolescencia. Desde luego, yo la quería y la sigo queriendo, sin duda. Era una mujer callada, pero sabía reír. Sueño con ella. Con sus ojos avellanados. Nunca ha habido otra mujer para mí. Ni la habrá.

Cometió un error. Dolan, quiero decir. Y Elizabeth estaba allí, en el lugar equivocado y el momento menos indicado, en el momento en que lo cometió. Acudió a la policía, y la policía la envió al FBI, y allí la interrogaron, y ella dijo que sí, que testificaría. Le prometieron protección, pero o bien cometieron un error o bien subestimaron a Dolan. En cualquier caso, una noche subió al coche y la dinamita conectada al contacto me dejó viudo. *Él* me dejó viudo... Dolan.

Puesto que no había nadie que pudiera testificar, lo dejaron en libertad.

Dolan regresó a su mundo, y yo, al mío. El ático de Las Vegas para él, la vieja casita vacía para mí. La larga serie de hermosas mujeres enfundadas en pieles y centelleantes vestidos de noche para él, el silencio para mí. Los Cadillac grises, cuatro en cuatro años, para él, y el viejo Buick Riviera para mí. Su cabello se tornó plateado, mientras que el mío se limitó a desaparecer.

Pero yo lo vigilaba.

Siempre tuve mucho cuidado... Oh, sí, mucho cuidado. Sabía lo que aquel hombre era, lo que podía hacer. Sabía que podía aplastarme como a un insecto si veía o siquiera percibía lo que yo pretendía hacerle. Así pues, siempre fui cauteloso.

Durante las vacaciones de verano de hace tres años, lo seguí (a prudente distancia) hasta Los Ángeles, adonde iba con cierta frecuencia. Permaneció en su elegante casa y se dedicó a dar fiestas, mientras yo observaba las idas y venidas desde las protectoras sombras de la otra esquina, ocultándome cuando la policía efectuaba sus frecuentes patrullas. Tomé una habitación en un hotel barato, en el que las radios de los clientes sonaban a un volumen atronador y las luces de neón del *topless* de enfrente bañaban la habitación. Al dormirme, soñaba con los ojos avellanados de Elizabeth, soñaba con que todo aquello no había sucedido, y a veces me despertaba con los ojos llenos de lágrimas.

Estuve al borde de abandonar toda esperanza.

Dolan estaba bien protegido, por supuesto, tan bien protegido... No iba a ninguna parte sin sus dos gorilas armados hasta los dientes, y el Cadillac estaba blindado. Los grandes neumáticos radiales sobre los que se desplazaba eran autose-llantes, de los que suelen emplear los dictadores de países pequeños y turbulentos.

Y entonces, aquella última vez, me di cuenta del modo en que podría hacerlo..., pero no se me ocurrió hasta después de llevarme un buen susto.

Lo seguí de regreso a Las Vegas, manteniéndome siempre a dos, tres o incluso cuatro kilómetros de distancia. Al atravesar el desierto hacia el este, en ocasiones su coche no era más que un lejano destello de sol, y recordé el aspecto que el sol confería al cabello de Elizabeth.

Aquel día, me mantenía a una distancia aún mayor de lo habitual. Era un día entre semana, por lo que apenas había tráfico en la autovía 71. Cuando no hay tráfico, seguir a alguien se convierte en una maniobra peligrosa. Eso lo sabe incluso un maestro de escuela. Pasé junto a una señal naranja que rezaba DESVÍO A NUEVE KILÓMETROS e incrementé la distancia. Los desvíos en el desierto obligan a aminorar en gran medida la velocidad, y no quería arriesgarme a alcanzar el Cadillac gris mientras el conductor lo conducía con todo cuidado por alguna carretera secundaria surcada de baches.

DESVÍO A CINCO KILÓMETROS, rezaba la siguiente señal, y debajo: ZONA DE EXPLOSIVOS. DESCONECTEN LOS EMISORES.

Me cruzó la mente una película que había visto varios años antes. En ella, una banda de atracadores armados había atraído un furgón blindado hacia las profundidades del desierto mediante señales falsas. Después de que el conductor cayera en la trampa y tomara un solitario camino de tierra (existen miles de ellos en el desierto, sendas de ganado, caminos de granja y antiguas carreteras estatales que no llevan a ninguna parte), los ladrones quitaban las señales para garantizar el aislamiento, y a continuación se limitaban a cercar el furgón blindado hasta obligar a los guardias a salir.

Habían matado a los guardias.

Me acordaba de eso.

Habían matado a los guardias.

Llegué al desvío y lo tomé. La carretera estaba en tan mal estado como había imaginado..., de tierra aplastada, dos carriles, repleta de baches que hacían que mi viejo Buick diera tumbos y chirriara. El Buick necesitaba amortiguadores nuevos, pero los amortiguadores representan un gasto que un maestro se ve obligado a posponer en ocasiones, aunque sea viudo, no tenga hijos ni cultive aficiones, excepto su sueño de venganza.

Mientras el Buick avanzaba dando tumbos y tambaleándose, se me ocurrió una idea. En lugar de seguir el Cadillac de Dolan, la próxima vez que saliera de Las Vegas hacia Los Angeles o viceversa lo adelantaría. Crearía un falso desvío como el de la película, y atraería a Dolan a los eriales silenciosos y rodeados de montañas que existen al oeste de Las Vegas. A continuación, quitaría las señales, como habían hecho los ladrones en la película...

De pronto volví en mí. El Cadillac de Dolan se hallaba delante mío, *justo delante mío,* parado en la cuneta del polvoriento camino. Uno de los neumáticos, autosellante o no, estaba pinchado. Bueno, no sólo pinchado, sino reventado, hecho jirones alrededor de la llanta. Con toda probabilidad, el culpable había sido un afilado fragmento de piedra que sobresalía del piso como una trampa para tanques en miniatura. Uno de los guardaespaldas estaba manipulando un gato en la parte delantera del coche. El otro, un ogro con cara de cerdo que rezumaba sudor bajo el cabello cortado al cepillo, permanecía con ademán protector junto a Dolan. Como ven, ni tan siquiera en el desierto corrían riesgo alguno.

Dolan se hallaba algo apartado, una figura esbelta enfundada en una camisa de cuello abierto y pantalón oscuro, con el cabello plateado ondeando alrededor de su cabeza en la brisa del desierto. Fumaba un cigarrillo mientras contemplaba a los dos hombres como si se hallara muy lejos de allí, en una sala de fiestas o un salón elegante.

Nuestras miradas se encontraron a través del parabrisas de mi coche. Al cabo de un instante, Dolan apartó la suya sin dar muestra alguna de reconocimiento, aunque, en realidad,

me había visto en una ocasión, hacía siete años (cuando yo todavía tenía pelo), durante una vista preliminar, sentado junto a mi esposa.

El terror que sentí por haber alcanzado al Cadillac dio paso a la ira.

Me sentí tentado de bajar la ventanilla del copiloto y gritar: «¿Cómo te has atrevido a olvidarme? ¿Cómo te atreves a ignorarme?». Ah, pero eso habría sido actuar como un lunático.

De hecho, era de lo más conveniente que me hubiera olvidado, era estupendo que me ignorara.

Mejor ser un ratoncillo oculto tras el entablado, royendo la madera; mejor ser una araña escondida en lo alto, bajo el alero, tejiendo su tela.

El hombre que manipulaba el gato me hizo señales para que me detuviera, pero Dolan no era el único capaz de ignorar. Mantuve la vista fija e indiferente más allá del parabrisas, deseando que sufriera un ataque al corazón, una embolia o, aún mejor, ambas cosas al mismo tiempo. Seguí adelante... pero la cabeza me palpitaba a toda velocidad, y durante unos instantes, las montañas que se dibujaban en el horizonte parecieron duplicarse e incluso triplicarse.

«¡Si hubiera tenido un arma! -pensé-. ¡Si tan sólo hubiera tenido un arma! ¡Habría acabado con su podrida y miserable vida aquí mismo si hubiera tenido un arma!»

Tras recorrer varios kilómetros, recobré la razón hasta cierto punto. Si hubiera tenido un arma, lo único de lo que podía estar seguro era de que me habrían matado. Si hubiera tenido un arma, habría podido detenerme cuando el hombre del gato me hizo señas, habría podido salir del coche y empezado a rociar de balas el desierto. Incluso es posible que hubiera herido a alguien.

Luego, me habrían matado y enterrado en un hoyo poco profundo. Y Dolan habría continuado acompañando a mujeres hermosas y peregrinando de Las Vegas a Los Ángeles en su Cadillac gris mientras los animales del desierto desenterraban mis restos y se peleaban por mis huesos a la luz de la fría luna. Y Elizabeth no habría obtenido venganza alguna.

Los hombres que viajaban con Dolan estaban entrenados para matar. Yo estaba entrenado para dar clase a niños de tercero de básica.

No se trataba de una película, me dije al regresar a la carretera, y pasé junto a otra señal anaranjada que rezaba FIN DE LA ZONA DE OBRAS - EL ESTADO DE NEVADA LE DA LAS GRACIAS. Si cometía el error de confundir la realidad con las películas, de creer que un maestro de tercero calvo y miope podría llegar a ser Harry *el Sudo* en otra situación que no fuera su imaginación, entonces nunca, nunca lograría consumar la venganza.

Pero ¿podría llegar a consumar la venganza algún día? ¿Podría hacerlo?

La idea de crear un desvío falso era tan poco realista y tan romántica como el pensamiento de saltar de mi viejo Buick y acribillar a aquellos tres hombres... Yo, que no había disparado un arma desde los dieciséis años y que jamás había disparado un revólver.

Una cosa así sería imposible de llevar a cabo sin una banda de conspiradores. Incluso la película que había visto, por romántica que fuera, lo ponía de manifiesto. Eran ocho o nueve hombres divididos en dos grupos, y se mantenían en contacto por walkie-talkie. Incluso disponían de un hombre en una avioneta, encargado de asegurarse de que el furgón blindado estaba relativamente aislado al acercarse al punto clave de la carretera.

Sin duda alguna, se trataba de una trama ideada por algún guionista obeso sentado junto a la piscina, con una pina colada en una mano y un manojo de bolígrafos Pentel nuevos y un manual de guiones de Edgar Wallace en la otra. Incluso aquel tipo había necesitado un pequeño ejército para dar vida a su idea. Y yo estaba solo.

No funcionaría. No era más que el destello de una falsa idea, como las demás que se me habían ocurrido a lo largo de los años... La idea de que tal vez podría poner algún gas tóxico en el sistema de aire acondicionado de Dolan, o colocar una bomba en su casa de Los Angeles, o quizás hacerme con un arma realmente mortífera, como, por ejemplo, un bazoka, y convertir su maldito

Cadillac gris en una bola de fuego cuando surcara el desierto hacia el este, en dirección a Las Vegas, o hacia el oeste, en dirección a Los Ángeles por la 71.

Mejor olvidarlo.

Pero no había forma.

«Aíslalo -seguía susurrando la voz interior que hablaba por Elizabeth-. Aíslalo al igual que un perro pastor experto aisla a una oveja del rebaño cuando su amo se lo ordena. Desvíalo al desierto y mátalo. Mátalos a todos.»

No funcionaría. Si no quería admitir ninguna otra verdad, al menos tendría que admitir que un hombre que había logrado permanecer vivo durante tanto tiempo debía de tener un instinto de supervivencia muy aguzado, aguzado hasta la paranoia, tal vez. Tanto él como sus hombres descubrirían la trampa en un abrir y cerrar de ojos.

«Hoy han tomado el desvío -repuso la voz que hablaba por Elizabeth-. No titubearon ni un segundo. Lo tomaron como auténticos corderitos.»

Pero lo sabía, sí, ¡de algún modo lo sabía! Sabía que los hombres como Dolan, que en realidad eran más lobos que hombres, desarrollan un sexto sentido cuando acecha el peligro.

Podía robar señales de desvío auténticas de alguna caseta del departamento de Carreteras y colocarlas en los lugares adecuados. Incluso podía agregar conos anaranjados fluorescentes y algunas latas llenas de parafina encendida.... Podía hacer todo eso, pero aun así, Dolan percibiría el sudor nervioso de mis manos en el *atrezzo* del escenario. Lo olería a través de las lunas blindadas del coche. Cerraría los ojos y oiría el nombre de Elizabeth en lo más profundo de ese nido de serpientes que le hacía las veces de cerebro.

La voz que hablaba por Elizabeth enmudeció, y creí que había renunciado por aquel día.

Pero de pronto, cuando ya se divisaba la ciudad de Las Vegas, una mancha azul y borrosa que se estremecía en el horizonte del desierto, la voz se alzó de nuevo.

«Entonces, no intentes engañarlo con un desvío falso -susurró-. Engáñalo con uno de verdad.»

Di un brusco golpe de volante y pisé el freno a fondo con ambos pies. Fijé la mirada en el reflejo de mis ojos atónitos, abiertos de par en par.

En mi interior, la voz que hablaba por Elizabeth estalló en carcajadas. Era una risa salvaje, demente, pero al cabo de unos instantes, me uní a ella.

Los otros maestros se rieron de mí cuando me matriculé en el gimnasio de la Calle Novena.

Uno de ellos me preguntó si alguien había estado intimidándome. Coreé sus risas. La gente no sospecha de un hombre como yo mientras siga uniéndose a sus risas. Y al fin y al cabo, ¿por qué no debería reír? Mi mujer ya llevaba siete años muerta, ¿no? ¡Si no era más que polvo y cabello y unos cuantos huesos en el ataúd! Así que, ¿por qué no habría de reír? Sólo cuando un hombre deja de reír se pregunta la gente si le sucede algo.

Seguí riendo pese a que los músculos me martirizaron durante todo aquel otoño e invierno.

Reí pese a que siempre estaba hambriento... se había acabado eso de repetir, el tentempié de última hora, la cerveza, el gintonic de antes de la cena. Carne roja y verdura, verdura y más verdura.

Por Navidad me compré un aparato de gimnasia. No... eso no es del todo cierto. *Elizabeth* me compró un aparato de gimnasia por Navidad.

Dejé de ver a Dolan con tanta frecuencia. Estaba demasiado ocupado yendo al gimnasio, desarrollando los músculos de los brazos, el pecho y las piernas. Hubo momentos en que creí que sería incapaz de seguir, que sería imposible recuperar algo parecido a una buena forma física. No podía vivir sin repetir las comidas, sin mis trozos de tarta de moca y la ocasional go-tita de nata azucarada en el café. En tales momentos, aparcaba el coche frente a alguno de sus restaurantes predilectos, o bien iba a alguno de los clubes que gustaba frecuentar y esperaba a que apareciera, a que bajara de su Cadillac gris niebla con una rubia fría y arrogante o con una pelirroja risueña cogida del brazo... o con una de cada. Allí estaba, el hombre que había asesinado a mi Elizabeth, allí estaba, espléndido con una elegante camisa de Bijan, el Rolex de oro lanzando destellos a la luz de la sala de fiestas. Cuando me sentía

cansado o desanimado, recurría a Dolan como un hombre sediento que se abalanza sobre un oasis en medio del desierto. Bebía su agua envenenada y recuperaba las fuerzas necesarias para seguir.

En febrero empecé a correr cada día, y entonces los demás maestros empezaron a burlarse de mi calva, que se despellejaba y enrojecía, se despellejaba y enrojecía, por mucha loción solar que me aplicara sobre ella. Yo me unía a sus risas, como si no hubiese estado dos veces al borde del desmayo y no pasara largos minutos acosado por temblores y terribles calambres en los músculos de las piernas tras cada carrera.

Al llegar el verano, solicité un empleo al departamento de Carreteras de Nevada. La oficina de empleo municipal estampó un sello de aprobación provisional en mi solicitud y me envió al capataz de distrito, un hombre llamado Harvey Blocker. Se trataba de un hombre alto, tan quemado por el sol de Nevada que su tez se había tornado casi negra. Llevaba vaqueros, botas de trabajo polvorientas y una camiseta azul con las mangas recortadas. MALA ACTITUD, proclamaba la camiseta. Sus músculos eran grandes bloques que se deslizaban bajo la piel. Echó un vistazo a mi solicitud. A continuación, alzó la vista para mirarme y lanzó una carcajada. La solicitud enrollada parecía minúscula en su enorme puño.

-Debes de estar bromeando, amigo. Quiero decir, seguro que estás bromeando. Se trata del desierto y del calor del desierto... no de esa mierda de bronceado de solárium para *yuppies.* ¿Qué eres en la vida real, amigo? ¿Contable?

-Maestro -repuse-. De tercero.

-Oh, cariño -exclamó y lanzó otra risotada-. Mira, desaparece de mi vida, ¿vale?

Yo tenía un reloj de bolsillo, que había pasado por los miembros de la familia desde mi bisabuelo, que había trabajado en el último tramo del gran ferrocarril transcontinental. Según la leyenda familiar, estaba ahí cuando pusieron el último clavo del ferrocarril. Saqué el reloj del bolsillo y lo balanceé por la cadena ante el rostro de Blocker.

-¿Ve esto? -pregunté-. Vale unos seiscientos o setecientos dólares.

-¿Es un soborno? -inquirió Blocker entre carcajadas. Sin duda le encantaba reír.

-Vaya, he oído de gente que pacta con el diablo, pero tú eres el primero que conozco que quiere sobornar a alguien para irse al infierno.

Me miró con una expresión similar a la compasión.

-Tal vez creas que entiendes en qué estás intentando meterte, pero te aseguro que no tienes ni la menor idea. Algunos días, en julio, la temperatura sube hasta 45 grados al este de Indian

Springs. Eso hace llorar a los hombres más fuertes. Y tú no eres fuerte, amiguito. No me hace falta verte sin camisa para saber que sobre el esqueleto no tienes más que unos cuantos músculos de gimnasio, y con eso no vas a ninguna parte en el Gran Desierto.

-El día que usted decida que no soy capaz de hacerlo, dejaré el empleo. Usted se queda con el reloj. Sin discusiones.

-Eres un maldito embustero.

Fijé la mirada en él. El hombre la sostuvo durante unos instantes.

-No eres un maldito embustero -se corrigió impresionado.

-No.

-¿Le darías el reloj a Tinker para que lo guardara?

Blocker señaló con el pulgar a un inmenso hombre negro enfundado en una camiseta teñida a mano que estaba sentado en la cabina de una excavadora, dando cuenta de una tarta de frutas de

McDonald's y escuchando la conversación.

-¿Es de fiar?

-Y que lo digas.

-Entonces puede guardarlo hasta que usted me eche o yo tenga que volver a la escuela en septiembre.

-¿Y cuál es mi parte del trato?

Señalé la solicitud de empleo encerrada en su puño.

-Firme esto -repliqué-. Ésta es su parte del trato.

-Estás loco.

Pensé en Dolan y Elizabeth y permanecí en silencio.

-Empezarás con el trabajo más asqueroso -me advirtió Blocker-, descargando asfalto caliente de un camión con una pala. No porque quiera tu maldito reloj, aunque me encantaría tenerlo, sino porque así es como empiezan todos.

-De acuerdo.

-Espero que entiendas lo que significa, amiguito.

-Lo entiendo.

-No -denegó Blocker-, no lo entiendes. Pero ya lo entenderás.

Y tenía *razón.*

Apenas recuerdo nada de las primeras dos semanas de trabajo, tan sólo que pasé los días descargando asfalto caliente con la pala y apisonándolo y caminando junto al camión con la cabeza gacha hasta el siguiente bache. En ocasiones trabajábamos cerca de la calle principal de

Las Vegas, y oía las campanillas de los premios gordos en los casinos. A veces pienso que las campanillas no existían más que en mi propia cabeza. Alzaba la cabeza y ahí estaba Harvey Blocker, observándome con esa extraña expresión de compasión pintada en el rostro reluciente por el calor que subía desde el pavimento. A veces miraba a Tinker, sentado bajo el parasol de lona que cubría la cabina de su excavadora, y entonces él alzaba el reloj de mi bisabuelo y lo balanceaba hasta que el sol le arrancaba brillantes destellos.

La gran batalla consistía en no desmayarse, en permanecer consciente a toda costa. Aguanté todo el mes de junio, y la primera semana de julio, Blocker se sentó junto a mí a la hora de comer, mientras yo comía un bocadillo que sostenía con una mano temblorosa. A veces los temblores persistían hasta las diez de la noche. Era por el calor. La cuestión era temblar o desmayarse, y cuando pensaba en Dolan, de algún modo lograba seguir temblando.

-Todavía no eres fuerte, amiguito -comenzó Blocker.

-No -admití-, pero como dicen, tendrías que haber visto los materiales con los que empecé.

-Siempre creo que en cualquier momento me daré la vuelta y ahí estarás tú, desmayado en medio de la calzada, pero nunca te desmayas. Aunque al final te desmayarás.

-No, señor.

-Sí, señor. Si te quedas detrás del camión con la pala, acabarás desmayándote.

-No. Seguro que no.

-La época más calurosa del verano todavía no ha llegado, amiguito. Tink lo llama un tiempo de hornada de galletas.

-No me pasará nada.

Blocker se sacó algo del bolsillo. Era el reloj de mi bisabuelo. Lo dejó caer en mi regazo.

-Coge este maldito trasto -ordenó fastidiado-. No lo quiero.

-Hicimos un trato.

-Pues se acabó el trato.

-Si me despide, lo denunciaré -advertí-. Usted firmó mi solicitud. Usted...

-No te estoy despidiendo -me interrumpió al tiempo que apartaba la mirada-. Voy a encargar a Tinker que te enseñe a manejar una excavadora.

Lo miré durante largo rato, sin saber qué decir. Mi clase de tercero, tan fresca y agradable, parecía hallarse más lejos que nunca... y todavía no tenía ni la más remota idea de cómo pensaba un hombre como Blocker, ni de sus intenciones cuando decía las cosas que decía. Sabía que me admiraba y me despreciaba a un tiempo, pero no tenía idea de la razón por la que albergaba estos dos sentimientos hacia mí. «Y no tiene por qué importarte, cariño -aseguró de pronto Elizabeth desde el fondo de mi mente-. Quien debe importarte es Dolan. Recuerda a Dolan.»

-¿Por qué quiere hacer eso? -inquirí por fin.

Se volvió hacia mí, y observé que yo le enfurecía y le divertía al mismo tiempo. Aunque creo que la furia era el sentimiento predominante.

-Pero ¿qué es lo que te pasa, amiguito? ¿Qué te crees que soy yo?

-Yo no...

-¿Crees que pretendo matarte por tu jodido reloj? ¿Es eso lo que piensas?

-Lo siento.

-Sí, sí que lo sientes. Eres el cabroncete más desolado que he visto en mi vida.

Me guardé el reloj de mi bisabuelo.

-Nunca serás fuerte, amiguito. Algunas personas y plantas prenden en el sol, otras se marchitan y mueren. Tú te estás muriendo. Lo sabes y aun así no te refugias en la sombra. ¿Por qué ? ¿ Por qué te estás metiendo toda esta mierda en el cuerpo ?

-Tengo mis razones.

-Sí, ya me lo imagino. Y que Dios ayude a cualquiera que se interponga en tu camino. Se levantó y se alejó. Tinker se acercó con una sonrisa torva.

-¿Crees que puedes aprender a manejar una excavadora.

-Creo que sí -repuse.

-Yo también lo creo -corroboró el hombre-. Al viejo Blocker le caes bien, sólo que no sabe cómo expresarlo.

-Ya me he dado cuenta. Tinker lanzó una risotada.

-Eres un cabroncete duro, ¿eh?

-Eso espero.

Pasé el resto del verano conduciendo una excavadora, y cuando regresé a la escuela aquel otoño, con la piel casi tan negra como el propio Tinker, los demás profesores dejaron de burlarse de mí. A veces me miraban de soslayo cuando pasaba por su lado, pero habían dejado de reírse.

Tengo mis razones. Eso era lo que le había dicho. Y era cierto. No había pasado el verano en aquel infierno tan sólo por capricho. Tenía que ponerme en forma. Prepararme para cavar la tumba de un hombre o una mujer tal vez no requiriera medidas tan drásticas, pero no sólo tenía a un hombre en mente.

Pretendía enterrar el maldito Cadillac.

En abril del año siguiente me suscribí a la publicación de la Comisión de Carreteras del

Estado. Cada mes recibía un boletín llamado *Señales de tráfico de Nevada.* Hojeaba superficial mente la mayor parte de la revista, que se ocupaba de facturas pendientes por mejoras de carreteras, equipo de construcción de carreteras que había sido comprado y vendido, medidas de la legislatura del estado sobre temas tales como el control de las dunas de arena y nuevas técnicas antierosión. Lo que me interesaba eran las dos últimas páginas del boletín. La sección, titulada sencillamente El Calendario, ofrecía una relación de fechas y lugares en los que se efectuarían obras el mes siguiente. Me centraba ante todo en los lugares y las fechas junto a los cuales aparecía una simple abreviatura de cuatro letras: RPAV. Dicha abreviatura significaba repavimentación, y la experiencia en el equipo de Harvey Blocker me había enseñado que tales eran las obras que con mayor frecuencia requerían la creación de desvíos. Pero no siempre, no, desde luego que no. La Comisión de Carreteras no cierra un tramo de carretera a menos que no le quede otro remedio. Pero tarde o temprano, me dije, aquellas cuatro letras significarían el fin de

Dolan. No eran más que cuatro letras, pero en ocasiones las veía en sueños: RPAV.

No es que creyera que iba a ser fácil, ni que sucedería pronto... Sabía que quizá tuviera que aguardar varios años, y que era posible que alguien acabara con Dolan entretanto. Era un hombre malvado, y los hombres malvados llevan vidas peligrosas. Cuatro vectores relacionados tan sólo de un modo remoto deberían coincidir, como una conjunción excepcional de planetas. Dolan debería salir de viaje, yo debería estar de vacaciones, tendría que tratarse de un día de fiesta nacional o de un fin de semana de tres días.

Años, tal vez. O quizá jamás. Sin embargo, albergaba una suerte de serenidad, la certidumbre de que ocurriría y que, para entonces, estaría dispuesto. Y lo cierto es que acabó

por suceder. No aquel verano, no aquel otoño ni la siguiente primavera. Pero en junio del año pasado, abrí la revista *Señales de tráfico de Nevada* y leí lo siguiente:

1 DE JULIO A 22 DE JULIO (PREVISTO): CARRETERA 71, MILLAS 440-472 (OESTE) RPAV

Me temblaban las manos. Hojeé el calendario que había sobre mi mesa y comprobé que el 4 de julio caía en lunes.

Así pues, se conjugarían tres de los cuatro vectores, pues, sin duda alguna, se haría necesario crear un desvío en un tramo de obras tan extenso.

Pero Dolan... ¿qué pasaba con Dolan? ¿Qué pasaba con el cuarto vector?

Recordaba tres años en los que Dolan había viajado a Los Ángeles durante la semana del

Cuatro de Julio, una de las pocas semanas aburridas del año en Las Vegas. Recordaba que en otras tres ocasiones había viajado a otros lugares, una vez a Nueva York, otra a Miami y la tercera a

Londres, así como otra en la que se había limitado a permanecer en Las Vegas.

Si iba...

¿Había alguna forma de averiguarlo?

Reflexioné sobre ello largo y tendido, pero dos visiones no cesaban de interponerse en mis pensamientos. Veía el Cadillac de Dolan surcando el desierto hacia el oeste, en dirección a Los Ángeles, al anochecer, proyectando una larga sombra tras de sí. Lo veía pasar junto a las señales de DESVÍO, la última de las cuales advertía a los propietarios de radios de dos bandas que las apagasen. Veía el Cadillac pasar junto al equipo de construcción abandonado... excavadoras, niveladoras, bull-dozers, *c&rgadorasfront-end.* Abandonado no sólo porque ya había finalizado la jornada, sino porque era un fin de semana largo, un fin de semana de tres días.

En la segunda visión, todos los elementos eran los mismos, pero las señales de desvío habían desaparecido.

Habían desaparecido porque yo las había quitado.

El último día de escuela se me ocurrió de pronto el modo de averiguar lo que me interesaba.

Estaba medio adormilado, con la mente a miles de kilómetros tanto de la escuela como de Dolan, cuando, de repente, me incorporé en mi asiento, derribando un jarrón colocado en un extremo de la mesa (contenía unas hermosas flores del desierto que mis alumnos me habían traído como regalo de fin de curso), que cayó al suelo y se hizo añicos. Algunos de los alumnos, que también habían estado medio dormidos, dieron un respingo, y tal vez la expresión de mi rostro asustó a uno de ellos, pues un chiquillo llamado Timothy Urich se echó a llorar y me vi obligado a consolarlo.

«Sábanas -pensé mientras consolaba al pequeño-. Sábanas, fundas de almohada, ropa de cama y cubertería; las alfombras; el jardín. Todo tiene que tener un aspecto impecable. Él querrá que todo tenga un aspecto impecable.»

Por supuesto. Hacer que las cosas tuvieran un aspecto impecable formaba parte de Dolan tanto como su Cadillac.

Esbocé una sonrisa, y Timmy Urich me la devolvió, pero mi sonrisa no iba dedicada a él.

Estaba sonriendo a Elizabeth.

Aquel año, las clases terminaron el 10 de junio. Doce días más tarde, viajé en avión a Los

Angeles. Alquilé un coche y tomé una habitación en el mismo hotel barato en el que me había alojado en otras ocasiones. Los tres días siguientes, fui en coche a Hollywood Hills y monté guardia cerca de la casa de Dolan. Por supuesto, no podía montar guardia constantemente, pues alguien se habría percatado de mi presencia. Los ricos contratan a gente para que descubran a los intrusos, que, con demasiada frecuencia, resultan ser peligrosos.

Como yo.

Al principio no sucedió nada. La casa no estaba cerrada, el jardín no aparecía cubierto de malas hierbas, Dios no lo permita, el agua de la piscina estaba impoluta y clorada. No obstante, la casa presentaba un aspecto de vacío y desuso, con las persianas bajadas contra el sol estival, ningún vehículo en el sendero central de entrada, ni un alma en la piscina que un joven peinado con coleta limpiaba cada mañana.

Llegué a convencerme de que fracasaría. Sin embargo, me quedé, deseando y esperando que el cuarto vector no me fallara. El 29 de junio, cuando ya casi me había resignado a pasar otro año observando, esperando, yendo al gimnasio y conduciendo una excavadora durante el verano en el equipo de Harvey Blocker, si es que me aceptaba, claro está, un coche azul con la inscripción

SERVICIOS DE SEGURIDAD DE LOS ÁNGELES se detuvo junto a la verja de entrada de la casa de Dolan. Un hombre uniformado salió del coche y abrió la verja con una llave. Entró el coche en la propiedad y desapareció tras doblar una esquina. Al cabo de unos instantes, regresó a pie y cerró la verja con llave desde dentro.

Al menos una interrupción en la rutina. Sentí una débil punzada de esperanza.

Puse el coche en marcha, me obligué a permanecer alejado durante casi dos horas y a continuación regresé a la casa, aparcando en la parte alta de la manzana en lugar de al pie. Un cuarto de hora más tarde, una furgoneta azul se detuvo ante la casa de Dolan. En un costado se leía la inscripción SERVICIO DE LIMPIEZA DEL GRAN JOE. El corazón me dio un vuelco.

Estaba espiando la escena a través del espejo retrovisor, y recuerdo la fuerza con que mis manos se aferraban al volante del coche de alquiler.

Cuatro mujeres salieron de la furgoneta, dos blancas, una negra y una chicana. Todas ellas vestían de blanco, como camareras, pero no se trataba de camareras, por supuesto, sino de mujeres de la limpieza.

El guardia de seguridad contestó cuando una de ellas pulsó el botón del interfono y abrió la verja. Los cinco se pusieron a hablar y a reír. El guardia de seguridad intentó pellizcarle el trasero a una de las mujeres, y ella le dio un cachete en la mano, sin dejar de reír.

Una de las mujeres regresó a la furgoneta y la condujo hasta el sendero de entrada. Las demás se acercaron a ella, hablando mientras el guardia de seguridad volvía a cerrar la verja con llave.

Tenía el rostro bañado en sudor; se me antojaba grasa. El corazón me martilleaba en el pecho.

Se hallaban fuera del campo de visión del espejo retrovisor, de modo que me arriesgué a volverme para observarlos.

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron.

Una de las mujeres sacó una ordenada pila de sábanas; otra llevaba toallas; otra, un par de aspiradoras.

Se dirigieron hacia la puerta y el guardia les franqueó el paso.

Me alejé de allí, sacudido por temblores tan fuertes que apenas podía conducir.

Estaban abriendo la casa. Dolan iría a Los Ángeles.

Dolan no cambiaba de Cadillac cada año, ni siquiera cada dos años. El Sedán DeVille gris que llevaba a finales de aquel mes de junio tenía tres años. Conocía sus dimensiones al dedillo.

Había escrito a General Motors fingiendo ser un escritor que realizaba una investigación para un libro. Me habían enviado una guía del usuario y un folleto de especificaciones técnicas del modelo de aquel año. Incluso me habían devuelto el sobre sellado y dirigido a mí mismo que había incluido en la carta. Por lo visto, las grandes empresas no renuncian a la cortesía ni siquiera cuando están en números rojos.

A continuación, había mostrado tres cifras, la anchura del Cadillac en el punto más ancho, la altura en el punto más alto, y la longitud en el punto más alto, a un profesor de matemáticas que da clase en el Instituto de Las Vegas. Creo que ya les había comentado que

me había preparado para aquello, y no toda la preparación había sido física, desde luego que no.

Le planteé mi problema como una cuestión meramente hipotética. Le dije que estaba intentando escribir una historia de ciencia ficción, y quería que todas las cifras cuadraran. Incluso inventé algunos fragmentos plausibles de la trama... Me sorprendió la imaginación de que hice gala.

Mi amigo me preguntó a qué velocidad viajaría el vehículo extraterrestre de exploración. Se trataba de una pregunta que no había esperado, de modo que quise saber si importaba.

-Por supuesto que importa -exclamó-. Importa mucho. Si quieres que el vehículo extraterrestre de exploración caiga directamente en la trampa, ésta tiene que tener las dimensiones precisas. La cifra que me has dado es de 6 por 1,8 metros.

Abrí la boca para advertir que no eran las medidas exactas, pero mi amigo ya había alzado la mano.

-Más o menos -prosiguió-. Así será más sencillo calcular el arco de descenso.

-¿El qué?

-El arco de descenso -repitió.

Me apacigüé de inmediato. Era una expresión de la que un hombre preparado para la venganza podía enamorarse. Producía un sonido oscuro, suavemente ominoso. *El arco de descenso.*

» Había dado por sentado que si cavaba la tumba de modo que el Cadillac pudiera caber en ella, entonces cabría. Fue mi amigo quien me señaló que antes de hacer las veces de tumba, tendría que hacer las veces de trampa.

La forma en sí misma era importante, prosiguió mi amigo. Era posible que la trinchera larga y delgada que había proyectado no funcionara. De hecho, las probabilidades de que no funcionara eran mayores que las probabilidades de lo contrario.

-Si el vehículo no llega en línea completamente recta al comienzo del hoyo -aseguró el matemático-, entonces es posible que no caiga en él. Se limitaría a deslizarse durante unos metros en posición inclinada, y cuando se detuviera, todos los alienígenas saldrían por la puerta del copiloto y se cargarían a tus héroes. La solución -concluyó-, está en ensanchar la entrada del hoyo, es decir, cavarlo en forma de embudo.

También estaba el problema de la velocidad.

Si el Cadillac de Dolan iba demasiado aprisa y el hoyo era demasiado corto, entonces lo atravesaría, hundiéndose un poco en el trayecto, y la carrocería o bien las ruedas chocarían contra el borde del extremo más alejado. El coche volcaría, sin duda, pero no caería en el hoyo. Por otra parte, si el Cadillac iba demasiado despacio y el hoyo era demasiado largo, podría aterrizar en el hoyo verticalmente en lugar de sobre las ruedas, y eso no podía ser. Resulta imposible enterrar un Cadillac si medio metro del maletero y el parachoques trasero sobresalen del suelo, del mismo modo que sería imposible enterrar a un hombre cabeza abajo.

-Así pues, ¿a qué velocidad irá tu coche de exploración?

Realicé un rápido cálculo mental. En la carretera, el conductor de Dolan solía conducir a unos noventa y cinco o cien kilómetros por hora. Con toda probabilidad, aminoraría un poco la velocidad en la zona donde pensaba ejecutar mi plan. Podía retirar las señales de desvío, pero no podía hacer desaparecer la maquinaria de construcción y borrar todas las huellas de las obras.

-A unos veinte rull -sugerí.

-Traducción, por favor -pidió mi amigo con una sonrisa.

-Digamos unos ochenta kilómetros terrestres por hora.

-Aja.

El matemático se puso a realizar operaciones con su regla de cálculo mientras yo permanecía sentado junto a él con ojos brillantes y una amplia sonrisa, pensando sobre aquella maravillosa expresión, *arco de descenso.*

Alzó la vista casi al instante.

-¿Sabes, amigo? -exclamó-. Deberías pensar en modificar las dimensiones del vehículo.

-Oh, ¿por qué lo dices?

-Seis metros es mucho para un vehículo de exploración -prosiguió riendo-. Es casi tan grande como un Lincoln MarkIV.

Coreé sus risas. Reímos juntos.

Tras ver a las mujeres entrar en la casa con las sábanas y las toallas, regresé a Las Vegas.

Abrí la puerta de mi casa, entré en el salón y levanté el auricular del teléfono. Me temblaba un poco la mano. Había esperado y observado durante siete años, como una araña en el alero o un ratón detrás del zócalo. Había intentado no dar a Dolan ni la menor pista de que el marido de

Elizabeth seguía interesado en él... y la indiferente mirada que me había lanzado aquel día cuando pasé junto a su Cadillac averiado de regreso a Las Vegas había sido mi justa recompensa, por enfurecido que me hubiera sentido en aquel instante.

Sin embargo, había llegado el momento de correr un riesgo. Tendría que correrlo, pues no podía estar en dos lugares a un tiempo y debía averiguar si Dolan estaba en camino, así como enterarme del momento en que debía hacer desaparecer temporalmente la señal de desvío.

Había elaborado un plan durante el vuelo de regreso. Creía que funcionaría. Lograría que funcionase.

Llamé a información de Los Ángeles y pregunté por el número del Servicio de Limpieza del Gran Joe. Me lo dieron y empecé a marcar.

-Soy Bill del Servicio de Catering Rennie -me presenté-. Tenemos una fiesta el sábado por la noche en el 1121 de Áster Drive, en Hollywood Hills. Querría saber si una de sus chicas podría comprobar si la fuente grande de ponche del señor Dolan está en la alacena que hay encima de la cocina. ¿Le importaría hacerme ese favor?

Me pidieron que esperara. Lo logré de algún modo, aunque con cada eterno segundo que pasaba estaba más convencido de que el hombre se había olido algo y estaba llamando a la compañía telefónica por la otra línea mientras me hacía esperar.

Por fin, tras unos instantes que se me antojaron toda una vida, el hombre volvió a ponerse.

Su voz sonaba molesta, pero eso no importaba. Al fin y al cabo, era lo que había esperado.

-¿El sábado por la noche?

-Sí, eso es. Pero no tendré una fuente de ponche lo suficientemente grande para la fiesta a menos que la vaya a buscar a la otra punta de la ciudad, y creo recordar que él tiene una. Sólo quería asegurarme.

-Mire, en mi calendario pone que no se espera al señor Dolan hasta las tres de la tarde del domingo. No me importa mandar a una de las chicas a comprobar lo de la fuente, pero me gustaría aclarar este asunto primero. El señor Dolan no es de los que les gusta que le jodan, si me perdona el lenguaje...

-Estoy totalmente de acuerdo con usted -corroboré.

-... y si va a aparecer un día antes de lo previsto, tendré que enviar a algunas chicas más ahora mismo.

-Voy a comprobar otra vez mi agenda -tercié.

El libro de lectura que utilizo en la clase de tercero *Caminos a todas partes* estaba sobre la mesa, junto a mí. Hojeé algunas páginas cerca del auricular.

-Madre mía -exclamé por fin-. Es culpa mía. Da la fiesta el domingo por la noche. Lo siento mucho. No me pegue.

-Qué va, hombre. Oiga, espere un momento más. Le diré a una de las chicas que vaya a comprobar lo de la...

-No, no hace falta si la fiesta es el domingo -interrumpí-. Me traerán la fuente grande de vuelta de una boda en Glensdale el domingo por la mañana.

-Vale, que le vaya bien.

Tranquilo, sin suspicacias. La voz de un hombre que no iba a pararse a pensar en la conversación.

Eso esperaba.

Colgué y permanecí sentado, reflexionando sobre la cuestión con el mayor cuidado posible.

Para llegar a Los Angeles a las tres de la tarde, saldría de Las Vegas alrededor de las diez de la mañana del domingo. Así pues, llegaría a la zona del desvío hacia las once y cuarto u once y media, hora en que apenas habría tráfico de todas formas.

Decidí que ya era hora de dejar de soñar y poner manos a la obra.

Eché un vistazo a los anuncios de venta, hice algunas llamadas y salí para ver cinco coches usados cuyo precio se hallaba dentro de mis posibilidades económicas. Me decidí por una destartalada furgoneta Ford, fabricada el mismo año en que Elizabeth había sido asesinada. Pagué en efectivo. Sólo me quedaban doscientos cincuenta y siete dólares en la libreta, pero eso no me preocupaba ni en lo más mínimo. En el camino de vuelta a casa, me detuve en una tienda de alquiler de herramientas del tamaño de unos grandes almacenes y alquilé un compresor de aire portátil, indicando el número de mi tarjeta MasterCard como garantía.

A última hora de la tarde del viernes cargué la furgoneta con picos, palas, el compresor, una carretilla, una caja de herramientas, prismáticos y un martillo neumático que había tomado prestado del departamento de Carreteras y que disponía de un juego de brocas en forma de punta de flecha, especial para taladrar asfalto. Una pieza grande y cuadrada de lona de color arena, así como un largo rollo de lona, que había constituido mi gran proyecto el verano anterior, veintiuna riostras de madera delgada, de cinco pies de longitud cada una, y, por último, aunque no por ello menos importante, una gran grapadora industrial.

Antes de adentrarme en el desierto, me detuve en un centro comercial y robé un par de matrículas que coloqué en la furgoneta.

A 125 kilómetros al oeste de Las Vegas, vi la primera señal anaranjada: ZONA DE OBRAS

- CONDUZCA CON PRECAUCIÓN. Al cabo de una milla aproximadamente, vi la señal que había estado esperando desde... bueno, desde la muerte de Elizabeth, supongo, aunque no siempre lo había sabido.

DESVÍO A DIEZ KILÓMETROS.

Casi había caído la noche cuando llegué y analicé la situación. No podría haber sido mucho mejor si yo mismo hubiera diseñado el lugar.

El desvío era una curva a la derecha situada entre dos cuestas. Tenía el aspecto de una vieja vía de servicio que el departamento de Carreteras había aplanado y ensanchado para dar temporalmente cabida a la mayor densidad de tráfico que se produciría. El desvío estaba señalizado mediante una flecha luminosa alimentada por una batería que zumbaba en el interior de una caja de acero cerrada con candado.

Justo detrás del desvío, donde la carretera se elevaba hacia la cima de la segunda cuesta, la calzada aparecía bloqueada por dos hileras de conos. Más allá (si alguien era lo suficientemente estúpido como para haber pasado por alto la flecha luminosa y después haber atropellado las dos hileras de conos, como supongo que algunos conductores harían) se elevaba una señal anaranjada, de dimensiones similares a una valla publicitaria, sobre la que se leía: CARRETERA CERRADA

-UTILICE EL DESVÍO.

No obstante, desde ahí todavía no se apreciaba el motivo del desvío, lo cual era muy conveniente. No quería que Dolan sospechara en lo más mínimo la existencia de la trampa antes de caer en ella.

Con movimientos rápidos, pues no quería que nadie me sorprendiera, salté de la furgoneta y recogí alrededor de una docena de conos, hasta crear un espacio suficiente para pasar con la furgoneta. Arrastré la señal de CARRETERA CERRADA hacia la derecha, regresé corriendo a la furgoneta, entré y atravesé la hilera de conos.

De pronto oí el motor de un coche que se aproximaba.

Cogí los conos y los volví a colocar en su lugar con la mayor rapidez posible. Dos de ellos se me escurrieron de entre las manos y rodaron hasta la hondonada. Los perseguí entre jadeos.

Tropecé con una piedra en la oscuridad, caí cuan largo era y me levanté de un salto, con el rostro cubierto de polvo y sangre en la palma de la mano. El coche se acercaba cada vez más; muy pronto aparecería en la cima de la última cuesta, y a la luz de los faros de carretera, el conductor divisaría a un hombre enfundado en vaqueros y camiseta que intentaba colocar los conos en su lugar, mientras su furgoneta se encontraba parada en un lugar donde no debería haber ningún vehículo que no perteneciera al departamento de Carreteras del Estado de Nevada. Coloqué el último cono en su lugar y corrí hacia la señal. Tiré de ella con demasiada fuerza; osciló y estuvo a punto de caer al suelo.

Cuando los faros del coche empezaron a brillar sobre la cuesta que se alzaba al este, me convencí de pronto de que se trataba de un coche patrulla del estado.

La señal se hallaba de nuevo en su lugar... y si no exactamente, al menos sí muy cerca.

Alcancé la furgoneta a la carrera, me encaramé al asiento del conductor y conduje a toda prisa hasta la cuesta siguiente. Acababa de pasarla cuando los faros del otro coche inundaron la noche detrás de mí.

¿Me habría visto en la oscuridad, pese a que yo llevaba las luces apagadas? No lo creía.

Me recliné en el asiento, con los ojos cerrados, a la espera de que mi corazón se tranquilizara. Por fin, cuando el sonido del coche que traqueteaba por el desvío se alejó hasta desaparecer, lo logré.

Ahí estaba... a salvo detrás del desvío.

Había llegado el momento de poner manos a la obra.

Más allá de la cuesta, la carretera se extendía en un largo tramo recto y llano. A unos dos tercios de dicho tramo, la carretera dejaba de existir, sustituida por montones de tierra y un tramo largo y ancho de grava prensada.

¿Lo verían y se detendrían? ¿Darían media vuelta? ¿O bien continuarían, confiando en que debía existir un camino practicable puesto que no habían visto ninguna señal de desvío?

Era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Escogí un lugar situado a unos veinte metros del inicio del tramo llano, pero a unos cuatrocientos metros del punto en que la carretera desaparecía. Aparqué a un lado de la carretera, me dirigí a la parte trasera de la furgoneta y abrí las puertas. Saqué un par de tablones y el equipo que había traído conmigo a pulso. A continuación, descansé durante unos instantes y alcé la mirada hacia las frías estrellas del desierto.

-Allá vamos, Elizabeth -les susurré.

Me acometió la sensación de que una mano helada me acariciaba la nuca.

El compresor armaba mucho jaleo y el martillo neumático era aún peor, pero no había nada que hacer. Lo único que cabía esperar era que pudiera terminar la primera fase del trabajo antes de medianoche. Si tardaba mucho más, estaría en apuros de todas formas, pues disponía de una cantidad limitada de gasolina para el compresor.

Daba igual. No pienses en quién puede estar escuchando y preguntándose quién es el imbécil que anda utilizando un martillo neumático en mitad de la noche. Piensa en Dolan. Piensa en el Sedán DeVille.

Piensa en el *arco de descenso.*

En primer lugar, marqué los límites de la tumba con ayuda de tiza blanca, la cinta métrica de mi caja de herramientas y las cifras que mi amigo el matemático había calculado. Al terminar, un desigual rectángulo de apenas cinco pies de anchura y unos cuarenta de longitud brillaba débilmente en la oscuridad. El extremo más cercano se ensanchaba en un arco. En las tinieblas, el vuelo no se asemejaba tanto a un embudo como en el papel milimétrico sobre el que mi amigo el matemático lo había esbozado. En la oscuridad, presentaba más bien el aspecto de una boca abierta de par en par, situada en el extremo de una

conducción de aire larga y estrecha. «Para comerte mejor, querida», pensé esbozando una sonrisa en la noche.

Tracé otras veinte líneas transversales en el rectángulo, a intervalos de dos pies. Por último, tracé una sola línea vertical que dividía el rectángulo en una rejilla de cuarenta y dos cuadrados de dos pies por dos y medio. El segmento número cuarenta y tres era el vuelo en forma de arco del extremo.

Me arremangué la camisa, puse en marcha el compresor y me dirigí al primer segmento.

El trabajo avanzaba con mayor rapidez de la que tenía derecho a esperar, pero más despacio de lo que me había atrevido a soñar. Al fin y al cabo, ¿ sucede eso alguna vez ? Habría resultado más práctico utilizar la maquinaria pesada, pero eso llegaría más tarde. En primer lugar, tenía que levantar los cuadrados de pavimento. No terminé a medianoche ni tampoco había acabado a las tres de la mañana, cuando se agotó la gasolina del compresor. Había contado con la posibilidad de que sucediera aquello, por lo que me había armado con un sifón para bombear gasolina del depósito de la furgoneta. Desenrosqué el tapón del depósito, pero al percibir el olor de la gasolina, volví a enroscarlo y me limité a tenderme en el asiento trasero de la furgoneta.

Se acabó, al menos por aquella noche. No podía más. Pese a los guantes de trabajo que me había puesto, tenía las manos cubiertas de grandes ampollas, algunas de las cuales habían comenzado ya a supurar. Tenía la sensación de que me vibraba todo el cuerpo a causa del ritmo constante y torturador del martillo neumático, y los brazos se me antojaban diapasones fuera de control. Me dolía la cabeza. Me dolían los dientes. La espalda no cesaba de atormentarme; era como si tuviera la columna llena de fragmentos de vidrio.

Había levantado el pavimento en veintiocho segmentos. Veintiocho.

Me quedaban otros catorce. Y el trabajo no había hecho más que comenzar. «Nunca - pensé-. Es imposible. No lo lograré.» Otra vez aquella mano helada. «Sí, cariño. Sí.»

El zumbido que plagaba mis oídos empezó a remitir. De vez en cuando, oía el motor de un coche que se acercaba... y a continuación se convertía en un ronroneo a mi derecha cuando el vehículo tomaba el desvío y trazaba la curva que el departamento de Carreteras había creado en torno ala zona de obras. Mañana era sábado... perdón, hoy. Hoy era sábado. Dolan llegaría el domingo. No había tiempo.

«Sí, cariño.»

Había quedado hecha pedazos en la explosión.

Mi amor había quedado hecha pedazos por contar la verdad a la policía sobre lo que había presenciado, por no dejarse intimidar, por ser valiente, y Dolan seguía viajando en su Cadillac y bebiendo whisky de veinte años, mientras su Rolex despedía destellos.

«Lo intentaré», me dije y me sumí en un letargo sin sueños, similar a la muerte.

Me desperté con el rostro bañado por el sol, ya caliente pese a que no eran más que las ocho de la mañana. Me incorporé y lancé un grito llevándome las manos destrozadas a la parte baja de la espalda. ¿Trabajar? ¿Levantar otros catorce segmentos de asfalto? Si ni siquiera podía caminar.

Pero sí podía caminar, y lo hice.

Con los movimientos propios de un anciano que se dirigiera a jugar una partida de petanca, me incliné hacia la guantera y la abrí. Había cogido un frasco de analgésicos para el caso de que tuviera que pasar una mañanita como aquélla.

¿Había creído estar en forma? ¿Realmente lo había creído?

¡Bueno! Una situación bastante divertida, ¿verdad?

Me tomé cuatro analgésicos con agua, esperé un cuarto de hora a que se disolvieran en mi estómago y a continuación devoré un desayuno consistente en frutos secos y pastelillos de mermelada.

Volví la mirada hacia el lugar donde esperaban el compresor y el martillo neumático. La cubierta amarilla del compresor parecía chisporrotear bajo el sol matutino. A cada lado de la incisión que había efectuado se abrían los cuadrados de asfalto levantado.

No quería ir allí y levantar el martillo neumático. Recordé la voz de Harvey Blocker afirmando: «Nunca serás fuerte, amiguito. Algunas personas y plantas prenden en el sol, otras se marchitan y mueren... ¿Por qué te estás metiendo toda esta mierda en el cuerpo?».

-Quedó hecha pedazos -grazné-. La quería y quedó hecha pedazos.

Desde luego, como vítor nunca reemplazaría a un «¡Vamos, muchachos!» o «¡A por ellos, chicos!», pero lo cierto es que sirvió para que me pusiera en marcha. Succioné gasolina del depósito de la furgoneta, sintiendo arcadas a causa del sabor y el hedor, conservando el desayuno en el estómago tan sólo gracias a un tremendo esfuerzo de voluntad. Por un momento se me ocurrió pensar en lo que sucedería si a los empleados de la obra se les hubiera ocurrido vaciar la gasolina de la maquinaria antes de marcharse a casa durante el puente, pero desterré el pensamiento de inmediato. Carecía de sentido preocuparse por cosas que escapaban a mi control.

Me sentía cada vez más como un hombre que había saltado de un B-52 con una sombrilla en la mano en lugar de un paracaídas a la espalda.

Llevé la lata de gasolina hasta el compresor y llené el depósito del aparato. Me vi obligado a utilizar la mano izquierda para doblar los dedos de la derecha sobre el mango de la cuerda de arranque del compresor. Al tirar de ella, se me abrieron más ampollas y cuando el compresor se puso en marcha, vi que me resbalaba un denso pus por el puño. «No lo conseguiré.» «Por favor, cariño.»

Me acerqué al martillo neumático y reanudé el trabajo. La primera hora fue la peor, ya que durante las siguientes, el golpeteo constante del martillo, combinado con el efecto de los analgésicos, pareció entumecer todo mi cuerpo... la espalda, las manos, la cabeza... Terminé de levantar el último segmento de asfalto a las once. Había llegado el momento de averiguar cuánto recordaba de lo que Tinker me había enseñado acerca de hacer puentes en la maquinaria de construcción de carreteras.

Regresé dando tumbos a la furgoneta y conduje durante dos kilómetros y medio por la carretera, hasta llegar al punto en el que se llevaban a cabo las obras. No tardé en divisar la máquina que necesitaba. Se trataba de una cargadora de cuchara marca Case Jordán, con un accesorio consistente en rezón y tenaza en la parte posterior. Una herramienta móvil de 135.000 dólares. En el equipo de Blocker había conducido una oruga excavadora, pero ésta sería más o menos lo mismo.

Eso esperaba.

Me encaramé a la cabina y eché un vistazo al diagrama impreso en el extremo de la palanca de cambio. Probé las marchas un par de veces. Al principio aprecié cierta resistencia, porque un poco de arenisca había penetrado en la caja de cambio... El tipo que conducía aquella monada no había bajado los alerones antiarena y el capataz no lo había comprobado. Blocker lo habría comprobado. Y le habría descontado cinco dólares de la paga, por mucho que se avecinara el puente.

Sus ojos. Su expresión medio admirativa, medio desdeñosa. ¿Qué le parecería este trabajito?

No importaba. No era el momento de pensar en Harvey Blocker. Era el momento de pensar en Elizabeth. Y en Dolan.

Un pedazo de arpillera cubría el suelo de acero de la cabina. Lo levanté para buscar una llave. No había ninguna, por supuesto.

Recordé la voz de Tinker: «Joder, hermano blanco, cualquier crío podría arrancar un trasto de éstos. Es pan comido. Los coches tienen una cerradura de arranque, al menos los nuevos. Mira.

No, no donde va la llave, no tienes llave, ¿por qué quieres mirar dónde va la llave? Mira aquí debajo. ¿Ves esos cables que cuelgan?».

Eché un vistazo y vi los cables colgando, con el mismo aspecto que los que Tinker me había mostrado, uno rojo, uno azul, uno amarillo y otro verde. Arranqué el aislamiento de un par de centímetros de cada uno de ellos y a continuación saqué un rollo de alambre de cobre del bolsillo trasero.

«Muy bien, hermano blanco, escucha bien porque más tarde a lo mejor tenemos examen, ¿te enteras? Vas a juntar el cable rojo con el verde. No lo olvidarás, porque es como Navidad. Con eso tienes lo del arranque arreglado.»

Utilicé el alambre de cobre para unir las partes desnudas de los cables rojo y verde del arranque de la Case Jordán. El viento del desierto ululaba débilmente, con un sonido similar al que una persona emite al soplar en el cuello de una botella. El sudor me caía a raudales por el cuello y se colaba en el interior de la camisa, donde me hacía cosquillas.

«Ahora sólo te quedan el azul y el amarillo. Ésos no los vas a juntar. Sólo haces que se toquen, y asegúrate de que no tocas el cable desnudo al hacerlo, a menos que quiera usted llenarse las bragas de agüita caliente y electrificada, señora. El azul y el amarillo son los que arrancan el motor. Y ya está. Cuando te hartes de conducir el trasto, separas el rojo y el verde.

Como si hicieras girar la llave que no tienes.»

Acerqué el cable azul y el amarillo. Brotó una gran chispa amarilla que me hizo retroceder y golpearme la cabeza contra una de las barras de metal de la parte posterior de la cabina. Me incliné de nuevo hacia delante y volví a unir los cables. El motor se estremeció y tosió, y la excavadora dio un repentino y espasmódico salto hacia delante. Salí despedido hacia el rudimentario salpicadero, y me golpeé la parte izquierda de la cara contra la barra de dirección.

Había olvidado poner el maldito punto muerto y por poco me cuesta un ojo. Casi me parecía oír la risa de Tinker.

Solventé el problema y volví a probar con los cables. El motor se estremecía una y otra vez.

En una ocasión tosió, y una columna de sucio humo marrón se elevó para ser alejada de inmediato por el viento incesante, pero el motor seguía sin arrancar. Intenté decirme una y otra vez que la máquina estaba en mal estado, que un hombre que olvidaba bajar los faldones de protección antes de marcharse era capaz de olvidar cualquier cosa, pero lo cierto es que cada vez estaba más convencido de que habían vaciado el depósito de combustible, tal como me había temido.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de desistir y ponerme a buscar algo para comprobar el depósito de gasóleo *(mejor leer las malas noticias, querida)* el motor cobró vida.

Solté los cables, cuyo extremo desnudo ya despedía humo, y pisé el acelerador. Cuando el sonido del motor se normalizó, puse la primera, di media vuelta y me dirigí hacia el largo rectángulo marrón que se recortaba limpiamente en el carril oeste de la carretera.

El resto del día fue un infierno cegador repleto del rugido del motor y el sol ardiente. El conductor de la Case Jordán había olvidado bajar los faldones, pero no llevarse el parasol. En fin, a veces los viejos dioses se ponen de tu parte, supongo. Por ninguna razón en particular.

Simplemente, se ponen de tu parte. Y supongo que los viejos dioses tienen un sentido del humor de lo más retorcido.

Ya eran casi las dos cuando terminé de echar todos los fragmentos de asfalto en la zanja, porque no había llegado a desarrollar una habilidad profesional con la tenaza. Así que me dediqué a cortarlos en dos con el rezón que había en la parte de atrás, y a continuación a arrastrar a mano cada uno de los pedazos de asfalto hasta la zanja. Temía romperlos si empleaba la tenaza.

Una vez todos los fragmentos estuvieron en la zanja, me dirigí con la excavadora al lugar en que se encontraba el resto de la maquinaria de construcción. Me estaba quedando sin combustible; había llegado el momento de bombear más gasóleo. Me detuve junto a la furgoneta, saqué la manguera... y de repente me sorprendí contemplando hipnotizado el gran bidón de agua. Deseché el sifón por el momento y me encaramé a rastras a la parte trasera de la furgoneta. Me eché agua sobre el rostro, el cuello y el pecho mientras lanzaba exclamaciones de placer. Sabía que si bebía vomitaría, pero tenía que beber, así que bebí y vomité. Ni siquiera me levanté para devolver, sino que me limité a volver la cabeza y a alejarme todo lo posible de la porquería.

Me dormí de nuevo y desperté al anochecer; en alguna parte, un lobo aullaba a la luna que se alzaba en el cielo violeta.

A la mortecina luz del ocaso, el rectángulo de asfalto levantado se asemejaba en verdad a una tumba, a la tumba de algún ogro mítico. Tal vez Goliat.

Nunca, aseguré al alargado hoyo que se abría en el asfalto. «Por favor -susurró Elizabeth por respuesta-. Por favor, hazlo por mí.»

Saqué cuatro analgésicos más de la guantera y me los tragué.

-Por ti-dije.

Aparqué la Case Jordán con el depósito de combustible cerca del depósito del bulldozer y arranqué los tapones de ambos con ayuda de una palanca. Un conductor de bulldozer del equipo de construcción del estado podía olvidarse de bajar los faldones de protección contra arena, pero

¿olvidarse de cerrar con llave los tapones del depósito en estos días en que el diesel está a más de un dólar el galón? Ni hablar.

Empecé a verter combustible del bulldozer a la excavadora y esperé, intentando no pensar, contemplando cómo la luna se elevaba cada vez más en el cielo. Al cabo de un rato, regresé al hoyo en el asfalto y empecé a cavar.

Manejar una excavadora a la luz de la luna resultaba mucho más fácil que manejar un martillo neumático bajo el ardiente sol del desierto, pero aun así era un trabajo lento, ya que estaba resuelto a que mi excavación tuviera la inclinación precisa. En consecuencia, consultaba con frecuencia el nivelador que había llevado conmigo. Eso significaba detener la excavadora, apearme, medir y volver a encaramarme a la cabina. Ningún problema en circunstancias normales, pero a medianoche, tenía el cuerpo completamente rígido, y cada movimiento representaba una punzada de dolor en mis huesos y músculos. La espalda era lo peor; empecé a temer que le había hecho algo verdaderamente desagradable.

Pero eso, al igual que todo lo demás, era algo de lo que tendría que preocuparme más tarde.

Si realmente hubiera necesitado un hoyo de un metro ochenta de profundidad, catorce de longitud y metro ochenta de anchura, habría resultado una tarea imposible. Para el caso, podría haber planeado enviarlo al espacio exterior y dejar caer el Taj Mahal sobre su cabeza. Las dimensiones totales de un hoyo de tales características alcanzaban trescientos metros cúbicos.

-Tienes que cavar un hoyo en forma de embudo que succione a tus extraterrestres malos - me había explicado mi amigo el matemático-, y luego tienes que cavar un plano inclinado que emule de un modo aproximado el arco de descenso.

Dibujó uno en otra hoja de papel milimétrico.

-Eso significa que tus rebeldes intergalácticos o lo que sean sólo tendrán que excavar la mitad de tierra de lo que mostraban las primeras cifras. En tal caso...

Garabateó algo en una hoja y de pronto esbozó una sonrisa radiante.

-Ciento ochenta metros cúbicos. Pan comido. Puede hacerlo un solo hombre.

Eso mismo había creído yo, pero no había contado con el calor... las ampollas... el agotamiento... el dolor constante que me atenazaba la espalda.

Detente un instante, pero no demasiado rato. Mide la inclinación de la zanja.

«No es tan espantoso como habías imaginado, ¿verdad, cariño? Al menos es asfalto y no suelo del desierto.»

El trabajo se fue haciendo cada vez más lento a medida que el hoyo se tornaba más profundo. Me sangraban las manos al manejarlos mandos. Empuja la palanca de mando hacia delante, hasta que la cuchara toque el suelo. Tira de la palanca de mando y empuja la que extiende el brazo con un agudo chirrido hidráulico. Observa cómo el brillante metal engrasado surge de la sucia carcasa anaranjada y entierra la cuchara en la tierra. De vez en cuando, la cuchara despedía una chispa al chocar con un fragmento de roca. Ahora sube la cuchara... hazla girar, una silueta oscura y ovalada que se recorta contra las estrellas, e intenta ignorar el dolor continuo y palpitante que te azota el cuello, del mismo modo que ignoras las punzadas de dolor que te atormentan la espalda de un modo aún más cruel..., y vierte la tierra en la otra zanja, cubriendo los fragmentos de asfalto que ya contiene.

«No te preocupes, cariño... Podrás vendarte las manos cuando acabes... cuando acabes con él.»

-Quedó hecha pedazos -grazné mientras volvía a colocar la cuchara en su lugar para excavar otros cien kilos de tierra y avanzar un poco más en la tumba de Dolan. El tiempo vuela cuando lo estás pasando bien. Unos instantes después de discernir los primeros indicios de luz al este, me apeé de la excavadora para medir de nuevo la inclinación del suelo con el nivelador. Ya no quedaba mucho; creía que, a fin de cuentas, lo conseguiría. Me arrodillé, y al hacerlo, algo se soltó en mi espalda con un leve chasquido.

Lancé un grito gutural y me derrumbé sobre el fondo estrecho e inclinado de la excavación, con un rictus de dolor y las manos aferradas a la parte baja de la espalda.

Poco a poco, el dolor remitió y fui capaz de ponerme en pie.

«Muy bien -me dije-. Se acabó. Esto se acabó. Lo he intentado, pero se acabó.»

«Por favor, cariño», susurró Elizabeth. Por imposible que me hubiera parecido en su día, aquella vocecilla susurrante había empezado a adquirir connotaciones desagradables en mi mente; poseía cierta cualidad de monstruosa implacabilidad. «Por favor, no te rindas. Sigue, por favor.»

«¿Que siga cavando? ¡Ni siquiera sé si puedo andar!» «¡Pero te queda tan poco!», gimió la voz. No era ya la voz que hablaba por Elizabeth, sino la propia Elizabeth. «¡Queda tan poco, cariño!»

Eché un vistazo a mi excavación a la mortecina luz del alba y asentí lentamente con la cabeza. Tenía razón. La excavadora se hallaba a poco más de dos metros del final. Dos y medio como máximo. No obstante, se trataba de los dos metros o dos metros y medio más profundos, por supuesto; los dos metros o dos metros y medio con mayor cantidad de tierra que excavar.

«Puedes hacerlo, cariño, sé que puedes.» Un susurro suave para engatusarme.

Sin embargo, en realidad no fue la voz la que me convenció para que continuara. La clave fue la imagen de Dolan, dormido en su ático mientras yo estaba allí, junto a una excavadora hedionda y estruendosa, cubierto de tierra, con las manos hechas jirones. Dolan durmiendo con el pantalón de su pijama de seda, con una de sus rubias dormida junto a él, enfundada en la chaqueta del mismo pijama.

Abajo, en la zona acristalada del garaje, reservada para los ejecutivos, el Cadillac, con el equipaje en el maletero, tendría el depósito lleno y estaría dispuesto para partir.

-De acuerdo -decidí.

Trepé con lentitud a la cabina de la excavadora y pisé el acelerador.

Continué hasta las nueve de la mañana antes de detenerme... Tenía otras cosas que hacer y apenas me quedaba tiempo. El hoyo inclinado era de trece metros y medio de longitud. Tendría que bastar.

Llevé la excavadora a su lugar original y la aparqué. La volvería a necesitar más tarde, y tendría que ponerle más combustible, pero no había tiempo para eso ahora. Quería más analgésicos, pero ya no quedaban muchos en el frasco y los necesitaría más tarde... y mañana. Oh, sí, mañana... lunes, el glorioso Cuatro de Julio.

En lugar de analgésicos, me tomé un cuarto de hora de descanso. En realidad no podía permitírmelo, pero me obligué. Me tendí de espaldas en el asiento trasero de la furgoneta, sintiendo los espasmos y los calambres de mis músculos, imaginando a Dolan.

En aquellos momentos estaría guardando cosas de última hora en una bolsa de viaje; algunos papeles para revisar, un neceser, tal vez un libro de bolsillo o una baraja de cartas.

«Imagínate que esta vez va en avión», susurró una maliciosa vocecilla en mi interior. Se me escapó un gemido sin que pudiera evitarlo. Nunca había ido en avión a Los Angeles, siempre en el

Cadillac. Tenía la impresión de que no le gustaba volar. Sin embargo, a veces tomaba el avión, como aquella ocasión en que había viajado a Londres. No pude apartar el pensamiento de mi mente; siguió acosándome, escociendo y palpitando de un modo casi físico.

A las nueve y media, descargué el rollo de lona, la gran grapadora industrial y los tablones de madera. Era un día nublado y algo más fresco... A veces Dios se pone de tu parte. Hasta entonces, había olvidado mi calva al verme sometido a torturas mucho mayores, pero ahora, al rozarla con los dedos, me vi obligado a alejarlos con un siseo de dolor. Le eché un vistazo a través del espejo retrovisor derecho, y comprobé que presentaba un profundo y rabioso color rojo... casi ciruela.

En Las Vegas, Dolan estaría efectuando algunas llamadas de última hora. El chófer estaría llevando el Cadillac a la puerta principal. Tan sólo nos separaban ciento veinte kilómetros, y muy pronto el Cadillac empezaría a acortar dicha distancia a cien kilómetros por hora. No tenía tiempo de quedarme sentado lamentándome de mi calva quemada por el sol.

«Me encanta tu calva quemada por el sol», aseguró Elizabeth junto a mí.

-Gracias, Beth -repuse mientras empezaba a transportar las riostras al hoyo.

El trabajo resultaba muy llevadero en comparación con las horas que había pasado excavando, y la agonía apenas soportable que me había azotado la espalda remitió hasta convertirse en un latido sordo y constante.

«Pero ¿y después? -insistió aquella vocecilla insinuante-. ¿Después qué, eh?»

Ya me preocuparía de ello más tarde, eso era todo. Parecía que podría terminar la trampa a tiempo, y eso era lo único que importaba ahora.

Las riostras atravesaban el hoyo y sobresalían lo suficiente a cada lado como para adherirlas al borde del asfalto que constituía la capa superior de la excavación. Aquella tarea habría resultado más dura de noche, cuando el asfalto estaba duro, pero ahora, a media mañana, aparecía fangoso y dócil, y fue como introducir lápices en tacos de melcocha.

Una vez colocadas todas las riostras, el hoyo había adquirido el aspecto del dibujo de tiza que había trazado al principio, excepto la línea que lo atravesaba longitudinalmente. Coloqué el rollo de lona junto al extremo menos profundo y desanudé las cuerdas que lo sujetaban.

A continuación desenrollé catorce metros de carretera 71.

De cerca, la ilusión no era perfecta, al igual que ningún decorado resulta perfecto desde las tres primera filas del teatro. Pero a algunos metros de distancia, el engaño era casi imposible de detectar. Se trataba de una tira de color gris oscuro, que coincidía exactamente con la superficie de la carretera 71. A lo largo del lado izquierdo de la tira de lona, mirando al este, se extendía una línea discontinua de color amarillo.

Tendí la larga tira de lona sobre las riostras de madera, y a continuación la recorrí lentamente en toda su longitud, grapando la tela a los tablones a medida que avanzaba. Mis manos no querían hacer el trabajo, pero las persuadí.

Después de fijar la lona, regresé a la furgoneta, me senté al volante, lo cual me produjo otro breve pero espantoso espasmo muscular, y conduje hasta la cima de la cuesta. Permanecí sentado durante un minuto, mirándome las manos torpes y heridas, que descansaban en mi regazo. Por fin me apeé y volví la mirada hacia la carretera 71, de un modo casi casual. No quería concentrarme en ningún elemento en particular, como comprenderán; quería tener una imagen de conjunto, una ges-*talt,* si se quiere. Quería, en la medida de lo posible, ver la escena tal como Dolan y sus hombres la verían al llegar a la cima de la cuesta. Quería tener una idea de lo normal -o lo sospechosa- que les parecería.

Lo que vi presentaba un aspecto mejor de lo que me habría atrevido a esperar.

La maquinaria de construcción al final del tramo recto justificaba la presencia de los montículos de tierra procedentes de la excavación. La mayor parte de los fragmentos de asfalto estaban enterrados en la zanja. Todavía se veían algunos, pues el viento había arreciado y repartido la tierra, pero daban la impresión de ser los restos de un pavimento anterior. El compre- sor que había llevado en la caja de la furgoneta parecía formar parte del equipo del departamento de Carreteras.

Y desde donde me encontraba, la ilusión creada por la tira de lona era perfecta... La carretera

71 parecía hallarse en perfecto estado en aquel tramo.

El tráfico había sido denso el viernes y bastante denso el sábado. El rugido de los automóviles que tomaban la curva del desvío había sido casi constante. Aquella mañana, sin embargo, apenas había tráfico; la mayoría de la gente ya había llegado a dondequiera que se dirigieran para pasar el Cuatro de Julio, o bien habían tomado la autopista, situada a sesenta kilómetros al sur. Por mí, perfecto.

Aparqué la furgoneta en lugar seguro, tras la cima de la cuesta, y me tendí de bruces hasta las once menos cuarto. A continuación, después de que un gran camión de leche tomara pesadamente el desvío, retrocedí con la furgoneta, abrí las puertas traseras y eché todos los conos en su interior.

La flecha luminosa era harina de otro costal. En el primer momento, no vi la forma de desconectarla de la caja cerrada de la batería sin electrocutarme. De pronto vi el enchufe. Había estado casi oculto por una arandela de goma dura que sobresalía de un flanco de la caja... una pequeña medida de seguridad contra los vándalos y los bromistas que pudieran hallar divertido desenchufar una señal de tráfico luminosa, supongo.

Encontré un martillo y un cincel en la caja de herramientas, y bastaron cuatro golpes fuertes para romper la arandela. La arranqué con unas tenazas y desconecté el cable. La flecha dejó de parpadear al instante. Empujé la caja de la batería hasta la zanja y la enterré. Era una sensación extraña oírla zumbar bajo la arena. Pero me hizo pensar en Dolan y no pude contener una carcajada. No creía que Dolan zumbara.

Tal vez *gritaría,* pero no creía que se pusiera a *zumbar.* Cuatro tornillos sujetaban la flecha a una pequeña plataforma de acero. Los aflojé con la mayor rapidez posible, atento al ruido de otro motor. Ya era hora de que llegara otro coche, pero, sin duda, no el de Dolan.

El pensamiento dio pie al pesimista que anidaba en mi interior.

«¿Y qué pasaría si hubiera decidido tomar el avión?»

«No le gusta volar.»

«¿Y qué pasaría si va en coche, pero por otro camino? ¿Por la autopista, por ejemplo? Todo el mundo...»

«Siempre va por la 71.»

«Sí, pero ¿qué pasaría si...?»

-Cállate -mascullé-. Cállate, maldito, ¡cierra la jodida boca!

«Tranquilo, cariño, tranquilo. Todo irá bien.»

Cargué la flecha en la furgoneta. Chocó contra una de las paredes laterales, y algunas de las bombillas estallaron. Algunas más se rompieron cuando eché la plataforma de acero sobre ellas.

Una vez hecho esto, volví a subir la cuesta, deteniéndome para mirar atrás. Había retirado la flecha y los conos. Lo único que quedaba ahora era la gran señal anaranjada: CARRETERA

CERRADA - TOME EL DESVÍO.

Se acercaba un coche. Se me ocurrió de pronto que Dolan se había adelantado, que todo había sido en vano, que el matón que conducía el Cadillac se limitaría a tomar el desvío y yo me quedaría ahí, en el desierto, y perdería el juicio.

Era un Chevrolet.

Recobré el pulso normal y exhalé un suspiro largo y tembloroso. Pero ya no me quedaba tiempo para ser presa de los nervios.

Regresé donde me había detenido para supervisar el camuflaje y volví a dejar la furgoneta en el mismo lugar. Rebusqué entre el montón de cosas que había tirado en la parte trasera de la furgoneta y saqué el gato. Haciendo caso omiso del terrible dolor que me atenazaba la espalda, elevé la parte trasera de la furgoneta, aflojé los tornillos de la rueda trasera que verían cuando

(si) llegaran y la metí en la furgoneta. Más ruido de vidrios rotos; no cabía más que esperar que el neumático no hubiera sufrido ningún daño. No tenía rueda de recambio.

Volví a la cabina de la furgoneta, saqué mis viejos prismáticos y me dirigí de vuelta al desvío. Lo dejé atrás y subí a la cima de la siguiente cuesta a la mayor velocidad posible... de hecho, lo máximo que conseguí fue trotar cuesta arriba arrastrando los pies.

Una vez en la cima, volví los prismáticos hacia el este. Tenía un campo de visión de cinco kilómetros, y más allá, hacia el este, veía fragmentos de tres kilómetros y medio de carretera. En aquel momento, se acercaban seis vehículos, distribuidos al azar como cuentas de un largo rosario. El primero era extranjero, un Datsun o un Subaru, creía, y se hallaba a menos de un kilómetro de distancia. Tras él avanzaba una camioneta, y más allá, un coche que parecía un

Mustang. Los demás no eran más que destellos de cromados y vidrio en el desierto.

Al acercarse el primer vehículo, que resultó ser un Subaru, me levanté y extendí el pulgar.

No esperaba que nadie me llevara dado el aspecto que tenía, y desde luego-, tendrían razón. La sofisticada mujer que conducía el coche se limitó a echarme un vistazo con expresión horrorizada, y a continuación, su rostro se convirtió en una dura máscara. Al cabo de un instante desapareció cuesta abajo antes de tomar la curva del desvío. -¡A ver si te lavas, amigo! -me gritó el conductor de una camioneta al cabo de medio minuto.

El Mustang resultó ser un Escort. Lo siguieron un Ply-mouth y un Winnebago, en cuyo interior parecía que un montón de niños se había enzarzado en una guerra de almohadas.

Ni rastro de Dolan.

Miré el reloj; las once y veinticinco. Si aparecía, tendría que hacerlo muy pronto. Era la hora señalada.

Las manecillas del reloj se situaron lentamente en las doce menos veinte, y todavía no había ni rastro de Dolan. Tan sólo un Ford último modelo y un coche fúnebre tan negro como el ala de un cuervo.

«No vendrá. Ha tomado la autopista. O el avión.» «No. Vendrá.»

«No vendrá. Tenías miedo de que te olfateara, ¿no? Pues lo ha hecho. Por eso ha cambiado de itinerario.»

De pronto distinguí otro destello de sol en el desierto.

Era un coche grande, lo suficientemente grande como para ser un Cadillac.

Me tendí de bruces, con los codos apoyados en la grava de la cuneta, los prismáticos pegados a los ojos. El coche desapareció tras una cuesta... tomó una curva... y volvió a surgir.

Era un Cadillac, desde luego, pero no era gris, sino de un oscuro color verde menta.

Pasé los treinta segundos más espantosos de mi vida, treinta segundos que se me antojaron treinta años. Una parte de mí decidió de inmediato, completa e irrevocablemente, que Dolan había cambiado su viejo Cadillac gris por uno nuevo. Era cierto que nunca se había comprado uno verde, pero, por supuesto, no existía ley alguna que lo prohibiera.

La otra mitad argumentaba con vehemencia que los Cadillac eran moneda corriente en las carreteras principales y secundarias que unían Las Vegas con Los Angeles, y que las probabilidades de que ese Cadillac fuera el de Dolan eran de una entre cien.

El sudor me inundó los ojos, cegándome, y dejé caer los prismáticos. De todos modos, no me ayudarían a resolver el problema. Cuando pudiera distinguir a los pasajeros, ya sería demasiado tarde.

«¡Ya es casi demasiado tarde ahora! Baja y vuelca la señal de desvío. ¡Vas a perder tu oportunidad!»

«Permíteme que te diga lo que vas a cazar en tu trampa si vuelcas la señal ahora: a dos ancianos ricos que van a Los Ángeles a ver a sus hijos y a llevar a sus nietos a Disneylandia.»

«Hazlo. ¡Es él! ¡Es la única oportunidad que vas a tener!»

«Exacto, la única oportunidad. Así que no la desaproveches cazando a las personas equivocadas.» ¡

«¡Es Dolan!»

«¡No lo es!»

-Basta -gemí llevándome las manos a la cabeza-. Bas-ta, basta.

Ya oía el motor.

Dolan.

Los ancianos.

La señora.

El tigre.

Los...

-Elizabeth, ayúdame -gruñí.

«Cariño, ese hombre no ha tenido un Cadillac verde en toda su vida. Nunca se compraría un

Cadillac verde. Por supuesto que no es él.»

El dolor de cabeza se esfumó como por encanto. Pude levantarme y extender el pulgar.

No eran los ancianos, ni tampoco Dolan. Era lo que parecían doce constas de Las Vegas apretujadas en el coche con un tipo que llevaba el sombrero de vaquero más grande y las gafas de sol más oscuras que había visto en mi vida. Una de las coristas me enseñó el trasero cuando el

Cadillac verde tomó el desvío.

Con ademanes lentos y una sensación de tremenda fatiga, volví a alzar los prismáticos. Y entonces lo vi llegar.

No me cupo ninguna duda de que se trataba de su Cadillac cuando lo vi tomar la curva del otro extremo del tramo de carretera que veía sin interrupciones; el coche era tan gris como el cielo, pero se dibujaba con asombrosa claridad contra las cuestas de apagado color marrón que se alzaban al este.

Era él... Dolan. Los largos momentos de duda e indecisión que acababa de pasar se me antojaron a un tiempo remotos y estúpidos. Era Dolan, y no me hizo falta divisar el Cadillac gris para saberlo.

No sabía si él podía olerme, pero yo sí podía olerle a él.

El hecho de saber que se acercaba me facilitó la tarea de incorporarme sobre mis maltrechas piernas y echar a correr.

Al llegar a la gran señal de DESVÍO la empujé para hacerla caer en la zanja. A continuación la cubrí con un trozo de lona de color arena y eché tierra sobre los postes. El efecto no era tan bueno como el del tramo falso de carretera, pero creía que serviría.

Corrí cuesta arriba, hasta el lugar donde había dejado la furgoneta, que se había convertido en una parte más del decorado... un vehículo abandonado temporalmente por el propietario, que había ido a alguna parte a buscar un neumático nuevo o reparar el viejo.

Trepé a la cabina y me tendí cuan largo era en el asiento, con el corazón a punto de estallar.

Una vez más, el tiempo pareció detenerse. Permanecí tendido, atento al ruido del motor, pero éste no llegaba, no llegaba, no llegaba.

«Han girado. Se ha olido algo en el último momento... o algo le ha parecido sospechoso, a él o a alguno de sus hombres... y han tomado el desvío.»

Permanecí tendido, sintiendo largas y lentas oleadas de dolor en la espalda, los ojos cerrados con fuerza como si eso me ayudara de algún modo a oír mejor.

¿Era un motor ese ruido?

No, sólo el viento, que soplaba ya con suficiente fuerza como para que la arena golpeara de vez en cuando el costado de la furgoneta.

«No vienen. Han tomado el desvío o han retrocedido.»

Tan sólo el viento.

«Han tomado el desvío o han re...»

No, no era sólo el viento. Era un motor. El rugido se tornó cada vez más intenso y, por fin, al cabo de unos segundos, un vehículo, un solo vehículo, pasó junto a mí a toda velocidad.

Me incorporé y agarré el volante con fuerza -tenía que aferrarme a algo- y miré por el parabrisas, con los ojos a punto de salírseme de las órbitas, la lengua atrapada entre los dientes.

El Cadillac gris flotó cuesta abajo, en dirección al tramo llano, a unos ochenta kilómetros por hora, o tal vez un poco más. No se iluminaron las luces de freno. Ni siquiera en el último momento. No lo vieron... no se lo imaginaron ni tan siquiera por un solo instante.

Lo que sucedió fue lo siguiente. De pronto, tuve la impresión de que el Cadillac atravesaba la carretera en lugar de conducir sobre ella. La ilusión era tan persuasiva que me acometió una confusa sensación de vértigo, pese a que yo mismo había montado la trampa. El Cadillac se hundió en la carretera 71 hasta el capó, y al cabo de un momento, hasta las portezuelas.

Me cruzó la mente el extraño pensamiento de que si General Motors fabricara submarinos de lujo, ése sería el aspecto que tendrían al sumergirse.

Llegaron hasta mí ligeros chasquidos al romperse las riostras que sostenían la lona. Oí el sonido de la lona al rasgarse.

Todo ello sucedió en tres segundos, pero recordaré esos tres segundos durante toda mi vida.

Vi una imagen del techo y unos centímetros de las ventanillas ahumadas del Cadillac flotando sobre el hueco, y a continuación llegó hasta mí un sonido sordo y el ruido de vidrios rotos y chirridos de metal. Una gran nube de polvo se elevó en el aire, y el viento se encargó de disiparla.

Quería acercarme, quería ir allí de inmediato, pero tenía que volver a colocar la señal de desvío en su lugar. No quería que nadie nos interrumpiera.

Me apeé de la furgoneta, abrí las puertas traseras y saqué el neumático. Lo coloqué sobre la rueda y apreté las tuercas a mano con la mayor rapidez posible. Más tarde podría fijarlas mejor.

De momento, sólo tenía que retroceder con la furgoneta hasta el punto en que el desvío divergía de la carretera 71.

Bajé el gato y regresé cojeando a la cabina. Allí me detuve un instante, escuchando con la cabeza inclinada.

Oía el aullido del viento.

Y desde el hoyo largo y rectangular, el sonido de alguien que gritaba... o tal vez chillaba.

Me encaramé al asiento del conductor con una sonrisa torva.

Retrocedí con rapidez hacia el desvío; la furgoneta se tambaleaba peligrosamente. Salí, abrí las puertas traseras y saqué los conos. Permanecía atento al sonido de otro motor, pero el viento había arreciado de tal forma que el esfuerzo no merecía la pena. Cuando oyera el ruido del motor, ya tendría el coche encima.

Me acerqué a la zanja, tropecé, aterricé sobre el trasero y me deslicé hasta el fondo del hoyo.

Aparté la pieza de lona de color arena y arrastré la gran señal de desvío hasta la superficie. La coloqué de nuevo en su lugar, regresé a la furgoneta y cerré de golpe las puertas. No tenía intención de intentar montar la flecha luminosa.

Conduje hasta la siguiente cuesta, me detuve en el punto que había empleado antes y que quedaba oculto al desvío, y me dediqué a apretar las tuercas de la rueda con la cruz. Los gritos habían cesado, pero, sin lugar a dudas, el volumen de los chillidos había aumentado considerablemente.

Apreté las tuercas de la rueda con toda calma. No me preocupaba la posibilidad de que salieran del coche para atacarme o bien salir huyendo desierto adentro, porque no podían salir del coche. La trampa había funcionado a la perfección. El Cadillac se hallaba hundido en el extremo más alejado de la excavación, con tan sólo unos pocos centímetros de espacio a cada lado. Si los tres hombres que había dentro abrían la portezuela, no podrían más que sacar un pie, y tal vez ni siquiera eso. No podían abrir las ventanillas porque funcionaban con dispositivos eléctricos, y la batería, sin duda, habría quedado reducida a un amasijo de metal retorcido y ácido en el fondo del motor destrozado.

Tal vez el chófer y el hombre sentado en el asiento del copiloto también habían quedado aplastados en el accidente, pero eso no me inquietaba en lo más mínimo, pues sabía que quedaba al menos una persona viva en el coche, del mismo modo que sabía que Dolan siempre viajaba en el asiento trasero y llevaba el cinturón de seguridad como buen ciudadano.

Una vez apretadas las tuercas, regresé con la furgoneta al extremo menos profundo de la trampa.

La mayor parte de las riostras había desaparecido por completo, pero los extremos astillados de algunas de ellas sobresalían del asfalto. La «carretera» de lona yacía en el fondo del hoyo, arrugada, rasgada y retorcida. Parecía la piel desechada de una serpiente.

Avancé hacia la parte más profunda, y ahí estaba el Cadillac de Dolan.

El morro del coche aparecía totalmente destruido. El capó había quedado reducido a una suerte de acordeón. El motor no era más que un amasijo de metal, goma y cables, todo ello cubierto por la arena y la tierra que se había desplomado sobre él tras el impacto. Se oía un siseo y el sonido de fluidos que manaban y goteaban en algún lugar del coche. El frío aroma del anticongelante rompía el aire con intensidad.

Me había preocupado por el parabrisas. Existía la posibilidad de que se hiciera añicos y

Dolan dispusiera de espacio suficiente para levantarse y salir. No tendría por qué haberme inquietado. Ya he comentado que los coches de Dolan estaban fabricados según las especificaciones técnicas que exigen los dictadores bananeros y los líderes militares despóticos.

Las lunas no debían romperse, y, desde luego, no se habían roto.

La ventanilla trasera del Cadillac era aún más resistente, pues su superficie era menor. Dolan no podría romperla, al menos no en el espacio de tiempo que yo iba a concederle, y sin duda no intentaría agujerearla a balazos. Disparar sobre una ventanilla blindada a bocajarro constituye una variante de la ruleta rusa. La bala dejaría una pequeña marca blanca en el vidrio antes de rebotar.

Estoy seguro de que podría encontrar un modo de salir si se le concediera tiempo suficiente, pero ahí estaba yo, y no pensaba hacerle ese favor.

De una patada, lancé un montón de tierra sobre el techo del Cadillac.

La reacción fue inmediata.

-Por favor, necesitamos ayuda. Hemos quedado atrapados.

La voz de Dolan. Parecía ileso y siniestramente tranquilo. No obstante, percibí el temor subyacente en sus palabras, un temor controlado con rigidez, y estuve tan cerca de sentir compasión de él como me era posible en aquellas circunstancias. Lo imaginé sentado en el asiento trasero de su Cadillac aplastado, con uno de sus hombres herido, gimiendo, probablemente atenazado por el motor, el otro muerto o inconsciente.

Imaginé la escena y por un angustioso momento sentí algo que tan sólo puedo describir como claustrofobia comprensiva. Pulsa los botones de los elevalunas... nada. Intenta abrir las portezuelas, aunque sabes que quedarán atascadas mucho antes de que tengas espacio suficiente para salir.

De pronto, dejé de imaginar escenas, porque, al fin y al cabo, él se lo había buscado, ¿no?

Sí. Era la lotería y él tenía todos los números.

-¿ Quién anda ahí?

-Yo -repuse-, pero no soy la ayuda que busca, Dolan.

Di otra patada y un nuevo montoncillo de tierra y piedras cayó sobre el techo del Cadillac.

El hombre que chillaba empezó su numerito cuando el segundo montón de tierra chocó contra el techo.

-¡Mis piernas! ¡Jim, mis piernas!

La voz de Dolan reflejaba cautela. El hombre que estaba fuera, el hombre de arriba, sabía su nombre, lo que significaba que se hallaba en una situación peligrosa en extremo.

-¡Jimmy, me veo los huesos de las piernas!

-Cállate -ordenó Dolan con frialdad.

Resultaba extraño oír sus voces desde las profundidades del hoyo. Supongo que podría haberme encaramado al maletero del Cadillac para mirar por el vidrio trasero, pero lo cierto es

que no habría visto gran cosa, ni siquiera con el rostro pegado a la ventanilla. Como ya he comentado antes, el coche tenía vidrios ahumados.

De todos modos, no quería verlo. Sabía qué aspecto tenía. ¿Para qué querría verlo ?¿Para descubrir que llevaba un Rolex y vaqueros de diseño ?

-¿Quién es usted, amigo?

-No soy nadie -repuse-. Sólo un don nadie que tenía buenas razones para meterlo en el lío en que está.

-¿Se llama Robinson? -inquirió Dolan de un modo sobrecogedoramente repentino.

Me sentí como si me hubieran asestado un puñetazo en el estómago. Había atado cabos con una rapidez pasmosa, navegando entre el mar de nombres y rostros medio olvidados antes de soltar el correcto en un santiamén. ¿Había creído que era un animal, dotado de instintos animales?

Pues no me había enterado de la misa la media, y menos mal, porque de lo contrario nunca habría tenido redaños suficientes como para hacer lo que había hecho.

-Mi nombre no tiene importancia -repliqué-. Pero sabe lo que viene ahora, ¿verdad?

Los chillidos se reanudaron; retumbantes bramidos borboteantes.

-¡Sácame de aquí, Jimmy! ¡Sácame de aquí! ¡Por el amor de Dios! ¡Tengo las piernas rotas!

-Cállate -repitió Dolan antes de volver su atención hacia mí-. No le oigo, amigo, con estos chillidos... Me puse a gatas antes de inclinarme hacia delante.

-He dicho que ya sabe lo...

De pronto, cruzó por mi mente una imagen del lobo disfrazado de abuelita y diciéndole a

Caperucita Roja: «Son para oírte mejor, querida... Acércate un poco más». Retrocedí justo a tiempo. Sonaron cuatro disparos. Se me antojaron estruendosos desde el lugar en que me encontraba; sin duda, habían resultado ensordecedores en el interior del Cadillac de Dolan. Algo silbó a escasos centímetros de mi frente.

-¿Te he dado, hijo de puta? -preguntó Dolan.

-No -repuse.

Los chillidos habían quedado reducidos a lamentos. El hombre herido se hallaba en el asiento delantero. Veía sus manos, pálidas como las de un ahogado, golpear débilmente el vidrio.

Junto a él, un cuerpo inerte. Jimmy tenía que sacarle de ahí, estaba sangrando, el dolor era intenso, terrible, más de lo que podía soportar, por el amor de Dios, lo sentía, se arrepentía de sus pecados, pero era más de lo que...

Llegó hasta mí el estruendo de dos disparos más. El hombre del asiento delantero dejó de gritar. Las manos se alejaron de la ventanilla.

-Eso es -dijo Dolan en tono casi reflexivo-. Ya no hará daño a nadie más; y nosotros podremos oír nuestra conversación.

Permanecí en silencio. Me acometió una sensación de vértigo e irrealidad. Acababa de matar a un hombre. De *matarlo.* Volvió a ocurrírseme la idea de que lo había subestimado y de que tenía mucha suerte de seguir vivo.

-Quiero hacerle una propuesta -prosiguió Dolan. Seguí conteniendo el aliento...

-Eh, amigo.

... y lo contuve durante un instante más.

-¡Eh, usted! -La voz tembló en lo más profundo-. ¡Si sigue ahí, hábleme! ¿Qué mal puede hacerle eso?

-Estoy aquí -respondí-. Estaba pensando que ha disparado seis balas. Estaba pensando que tal vez dentro de un rato le gustaría haber reservado una para usted. Pero tal vez tenga ocho, o bien municiones de repuesto.

Ahora le tocó el turno a Dolan de permanecer en silencio.

-¿Qué es lo que se propone? -preguntó por fin.

-Creo que ya lo habrá adivinado -repliqué-. Me he pasado las últimas treinta y seis horas cavando la tumba más grande del mundo, y ahora voy a enterrarlo en ella con su maldito

Cadillac.

El temor que reflejaba la voz de Dolan todavía estaba bajo control. Quería acabar con ese control.

-¿Quiere escuchar mi propuesta primero?

-Le escucharé dentro de un momento. Primero tengo que ir a buscar una cosa.

Regresé a la furgoneta en busca de la pala.

-¿Robinson? ¿Robinson? ¿Robinson? -exclamaba Dolan cuando volví al hoyo, como si hablara con un teléfono recién colgado.

-Estoy aquí -contesté-. Hable. Le escucho. Y cuando termine, tal vez yo le haga una propuesta.

Su voz se animó un tanto. Si yo hablaba de propuestas, estaba hablando de tratos. Y si hablaba de tratos, eso significaba que él tenía media batalla ganada.

-Le ofrezco un millón de dólares si me saca de aquí. Pero, lo que es más importante...

Eché una palada de tierra sobre el techo del Cadillac. Las piedrecillas rebotaron y rodaron por el vidrio posterior. La ranura del maletero se llenó de tierra.

-Pero ¿qué está haciendo? -inquirió Dolan en tono alarmado.

-Hay que mantener las manos ocupadas -recité-. He pensado que sería lo mejor mientras escucho. Dolan habló más deprisa, con apremio.

-Un millón de dólares y mi garantía personal de que nadie se acercará a usted... ni yo, ni mis hombres, ni los hombres de ningún otro.

Ya no me dolían las manos. Era asombroso. Seguí trabajando con la pala a un ritmo constante, y en menos de cinco minutos, la parte posterior del Cadillac había quedado totalmente cubierta de tierra. Desde luego, llenar el hoyo resultaba más fácil que cavarlo.

Me detuve un instante.

-Siga hablando -le ordené mientras descansaba en la pala.

-Oiga, esto es una locura -exclamó Dolan con voz aguda y salpicada de pánico-. Una auténtica locura.

-En eso tiene toda la razón -corroboré mientras echaba más tierra al hoyo.

Aguantó más tiempo de lo que creía que cualquier hombre podía aguantar. Siguió hablando, razonando, engatusando... pero sus palabras se tornaban cada vez más inconexas a medida que la tierra se amontonaba sobre el vidrio posterior. Empezó a repetirse, a retroceder, a tartamudear. En un momento dado, la puerta derecha se abrió hasta chocar con la pared lateral de la excavación.

Distinguí una mano, con los nudillos cubiertos de vello negro y un anillo con un gran rubí en el segundo dedo. Eché una palada de tierra en su dirección. Dolan masculló unos juramentos y cerró la puerta.

No aguantó mucho más después de aquello. Creo que fue el sonido de la tierra al caer lo que acabó con su resistencia. Con toda seguridad, el ruido resultaba ensordecedor desde el interior del

Cadillac. Se habría dado cuenta, por fin, de que estaba sentado en un ataúd de ocho cilindros y motor de inyección.

-¡Sáqueme de aquí! -aulló-. ¡Por favor! ¡No puedo soportarlo más!

-¿Está preparado para escuchar mi propuesta? -inquirí.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Por el amor de Dios! ¡Sí, sí, sí!

-Grite. Ésa es mi propuesta. Eso es lo que quiero. Grite para mí. Si grita con la suficiente fuerza, lo dejaré salir. Dolan lanzó un chillido agudo.

- ¡Mueblen! - aplaudí, y lo decía en serio - . Pero no basta.

Seguí echando paladas de tierra sobre el techo del Cadillac. Al chocar contra el coche, los bloques de tierra se desintegraron y llenaron la ranura formada por los limpiaparabrisas.

Dolan volvió a gritar, más fuerte que antes. Me pregunté si era posible que un hombre gritara con fuerza suficiente como para romperse la laringe.

- No está mal - alabé al tiempo que redoblaba mis esfuerzos.

Esbocé una sonrisa pese al dolor de espalda que me atormentaba.

- Es posible que lo consiga, Dolan... de verdad. ¡

- Cinco millones.

Fueron las últimas palabras coherentes que pronunció.

- No, creo que no me interesa - rechacé mientras me apoyaba en el mango de la pala y me secaba el sudor de la frente con una mano sucia.

La tierra ya cubría casi todo el techo del Cadillac. Parecía una tableta de chocolate... o una enorme mano marrón que sujetara el Cadillac de Dolan.

- Pero si consigue emitir un sonido equivalente, por ejemplo, al de ocho cartuchos de dinamita adheridos al contacto de un Chevrolet de 1968, entonces lo dejaré salir, puede contar con ello.

Así que Dolan gritó y gritó, y yo reanudé la tarea de enterrar el Cadillac. Durante un rato, gritó con gran fuerza, aunque, en mi opinión, no sobrepasó el sonido de dos cartuchos de dinamita adheridos al contacto de un Chevrolet del 68. Tres, como máximo. Cuando el último reducto de la carrocería del Cadillac quedó cubierto de tierra y me detuve para contemplar el bulto castaño que yacía en el fondo del hoyo, Dolan ya no emitía más que una serie de gruñidos roncos y quebrados.

Miré el reloj. Pasaban unos minutos de la una. Me volvían a sangrar las manos, y el mango de la pala se había tornado resbaladizo. Una ráfaga de arena y piedrecillas me azotó el rostro, haciéndome retroceder. El viento del desierto emite un sonido muy desagradable, una suerte de zumbido monótono que nunca se interrumpe. Es como la voz de un fantasma retrasado mental.

-¿Dolan? -llamé al inclinarme hacia el hoyo. No obtuve respuesta.

-Grite, Dolan.

Ninguna respuesta... Después, una serie de roncos ladridos.

¡Perfecto!

Regresé a la furgoneta, la puse en marcha y conduje hasta la obra. Durante el trayecto sintonicé la emisora WKZR de Las Vegas, la única que recibía la radio de la furgoneta. Barry

Manilow me estaba asegurando que componía las canciones que harían cantar al mundo entero, una afirmación que acogí con cierto escepticismo. A continuación, el parte meteorológico. El locutor pronosticó vientos muy fuertes. Se habían colocado señales de advertencia en todas las carreteras principales que mediaban entre Las Vegas y California. Se preveían asimismo problemas de visibilidad a causa de los remolinos de arena, prosiguió el locutor, pero lo más peligroso eran las ráfagas de viento. Sabía lo que quería decir, pues esas mismas ráfagas estaban zarandeando la furgoneta en aquel momento.

Aquí estaba mi Case Jordán; ya pensaba en ella como si fuese de mi propiedad. Trepé a la cabina mientras tarareaba la canción de Barry Manilow y puse el motor en marcha con ayuda de los cables azul y amarillo. La excavadora arrancó con suavidad; esta vez me había acordado de quitar la marcha. «No está mal, hermano blanco -resonó la voz de Tink en mi cabeza-. Vas aprendiendo.»

Permanecí sentado un instante, contemplando las membranas de arena que revoloteaban por el desierto, escuchando el rugido del motor de la excavadora mientras me preguntaba qué estaría haciendo Dolan. Al fin y al cabo, aquélla era su gran oportunidad. Intentar romper el vidrio trasero, o arrastrarse hasta el asiento delantero e intentar romper el parabrisas. El coche estaba cubierto por más de medio metro de tierra, pero, aun así, podía conseguirlo. Todo dependía de lo loco que se hubiera vuelto ya, y eso era algo que me resultaría imposible averiguar, por lo que no merecía la pena pensar en ello. Merecía la pena pensar en otras cosas.

Metí una marcha y retrocedí por la carretera hasta el hoyo. Me apeé de la excavadora y troté ansioso hasta el otro lado. Bajé la mirada hacia la excavación, esperando a medias ver un hueco en forma de hombre en la parte trasera o delantera del montículo del Cadillac, con la idea de que

Dolan había conseguido romper algún vidrio y salir a rastras de su prisión.

La excavación presentaba el mismo aspecto que antes.

-Dolan -exclamé en tono alegre, o eso imaginé. No hubo respuesta.

-¡Dolan! ., Nada.

«Se ha suicidado -me dije con una punzada de amargo resentimiento-. Se ha suicidado o muerto de miedo.»

-¿Dolan?

De pronto, llegó hasta mis oídos el sonido de carcajadas; una risa brillante, incontenible, una risa completamente auténtica. Se me erizaron los pelos de la nuca. Era la risa de un hombre que había perdido el juicio.

Dolan siguió riendo y riendo con voz ronca. Luego se puso a gritar y más tarde, a reír otra vez. Al final, empezó a reír y gritar a un tiempo.

Durante un rato, reí con él, o grité o lo que sea, y el viento gritó y se rió de los dos.

Por fin regresé a la Case Jordán, bajé el cucharón y empecé a enterrar a Dolan en serio.

Al cabo de cuatro minutos, la silueta del Cadillac había desaparecido. Tan sólo quedaba un hoyo lleno de tierra.

Me pareció oír algo, pero con el sonido del viento y el rugido del motor de la excavadora resultaba difícil de determinar. Me hinqué de rodillas; al cabo de un momento, me tendí cuan largo era en el suelo, con la cabeza suspendida en lo que quedaba del hoyo.

En las profundidades de la tumba, Dolan seguía riendo. Los sonidos que emitía se asemejaban a los que pueden leerse en los *tebeos. Jijiji, ja, ja, ja.* Tal vez alguna que otra palabra.

Era difícil de asegurar. No obstante, sonreí e hice un gesto de asentimiento.

-Grita -susurré-. Grita si quieres.

Pero el débil eco de la risa prosiguió, abriéndose paso por entre la tierra como un vapor tóxico.

De pronto, me acometió una sensación de terror... ¡Dolan estaba detrás de mí! ¡Sí, de algún modo, Dolan había logrado situarse detrás de mí! Y antes de que pudiera volverme, me empujaría al hoyo y...

Me incorporé de un salto y me di la vuelta con brusquedad mientras cerraba los puños con lo que quedaba de mis manos.

Una ráfaga de arena me abofeteó.

No había nada más.

Me limpié el rostro con el sucio pañuelo que llevaba, trepé a la cabina de la excavadora y reanudé la tarea.

El hoyo quedó del todo cubierto mucho antes de que se pusiera el sol. A causa del área desplazada por el Cadillac, todavía quedaba tierra, pese a que el viento había barrido mucha. Todo fue tan deprisa... tan deprisa.

Pensamientos confusos y delirantes poblaban mi mente mientras regresaba con la excavadora hasta la obra, pasando exactamente sobre el lugar en que Dolan estaba enterrado.

Aparqué la máquina en su lugar, me quité la camisa y empecé a frotar todas las superficies de metal, en un intento de borrar mis huellas. Ni siquiera hoy sé muy bien por qué lo hice, puesto que, sin duda alguna, había huellas mías en un centenar de lugares. Al terminar, regresé a la furgoneta bajo la luz marrón y grisácea de aquella puesta de sol tormentosa.

Abrí una de las puertas traseras, vi a Dolan agazapado en el interior y retrocedí de un salto, gritando, con una de las manos ante el rostro a modo de protección. Tenía la sensación de que el corazón me estallaría en cualquier momento.

Nada... nadie... salió de la furgoneta. La puerta osciló y golpeó la carrocería como el último postigo de una casa embrujada. Por fin, me arrastré de nuevo hacia la furgoneta, con el corazón latiéndome a toda prisa, y eché un vistazo en el interior. No había nada más que el montón de utensilios que había dejado allí... la flecha luminosa con las bombillas rotas, el gato del coche, la caja de herramientas...

-Tienes que controlarte -me dije en voz baja-. Contrólate.

Esperé que Elizabeth alzara la voz y dijera: «Todo irá bien, cariño...» o algo así..., pero sólo se oía el aullido del viento.

Subí a la furgoneta, la puse en marcha y me dirigí de nuevo hacia la excavación. A medio camino me detuve; ya no podía seguir. Aunque sabía que era una soberana tontería, estaba cada vez más convencido de que Dolan acechaba en algún lugar de la furgoneta. No dejaba de mirar por el espejo retrovisor, intentando distinguir su sombra de entre las demás.

El viento había arreciado aún más y zarandeaba el vehículo con fuerza. El polvo que se levantaba del desierto ante la furgoneta parecía humo a la luz de los faros.

Por fin, me detuve en la cuneta, salí de la furgoneta y cerré todas las puertas con llave. Sabía que era una locura intentar dormir al aire libre con aquella tormenta, pero me sentía incapaz de dormir dentro. Del todo incapaz. Así pues, me arrastré bajo la furgoneta con el saco de dormir.

Me dormí cinco segundos después de subir la cremallera del saco.

Al despertar de una pesadilla, de la que la única escena que recuerdo trataba de unas manos que se aferraban a mi cuello, advertí que me habían enterrado vivo. Tenía arena incluso en la nariz, en las orejas. Arena en la garganta, ahogándome.

Lancé un grito antes de incorporarme, convencido en un primer momento de que el saco de dormir era tierra. Al levantarme me golpeé la cabeza contra los bajos de la furgoneta, y vi caer algunas virutas de óxido.

Rodé sobre mí mismo hasta salir de debajo de la furgoneta, y me encontré sumido en la luz de un amanecer del color del peltre tiznado. El saco de dormir se alejó volando como un arbusto seco en el momento que quedó liberado de mi peso. Lancé un grito de sorpresa y empecé a perseguirlo antes de percatarme de que supondría el error más grave del mundo. La visibilidad era de unos seis metros, tal vez menos. Largos tramos de carretera habían desaparecido bajo la arena.

Volví la mirada hacia la furgoneta y observé que aparecía borrosa, apenas visible, como una fotografía color sepia de la reliquia de un pueblo fantasma.

Volví al vehículo dando tumbos, saqué las llaves y me encaramé a la cabina. Seguía escupiendo arena y tosiendo con dificultad. Puse el motor en marcha y conduje despacio hacia la zona de la excavación. No había necesidad de esperar el parte meteorológico. Era lo único de lo que hablaría el locutor aquella mañana. La peor tormenta de arena de la historia de Nevada. Todas las carreteras están cerradas. Permanezcan en sus casas a menos que tengan que salir por una urgencia, y en tal caso, permanezcan en sus casas de todos modos. El glorioso Cuatro de Julio.

«Quédate dentro. Estás loco si crees que puedes salir. Te vas a quedar ciego.»

Me arriesgaría. Era la oportunidad perfecta para enterrar a Dolan por siempre jamás. Nunca, ni aun en mis fantasías más desbocadas, habría imaginado que tendría semejante oportunidad, pero ahí estaba, esperándome, e iba a aprovecharla.

Había llevado tres o cuatro mantas. Rasgué una tira larga y ancha de una de ellas y me cubrí la cabeza con ella. Salí de la furgoneta con el aspecto de un beduino demente.

Pasé toda la mañana transportando fragmentos de asfalto desde la zanja y colocándolos sobre la tumba, intentando trabajar con la precisión de un albañil que levantara una pared... o tapiara un nicho. De hecho, la tarea de recoger y llevar los fragmentos no resultó demasiado difícil, pese a que me vi obligado a desenterrar casi todos los trozos, como un arqueólogo que buscara reliquias, y pese a que cada veinte minutos tenía que regresar a la furgoneta para huir de la tormenta de arena y descansar mis ojos ardientes.

Empecé en lo que había sido el extremo menos profundo de la excavación, y a la doce y cuarto -había comenzado a las seis- ya sólo me quedaban unos cinco metros. El viento había amainado, y se apreciaba algún que otro claro en el cielo.

Seguí recogiendo y colocando, recogiendo y colocando. Me encontraba ya en el lugar bajo el que suponía que estaba enterrado Dolan. ¿Habría muerto ya? ¿Cuántos centímetros cúbicos de aire cabrían en un Cadillac? ¿Cuánto tardaría el interior del coche en tornarse

insoportable para un hombre, siempre y cuando, claro está, ninguno de los otros dos hombres siguiera vivo?

Me arrodillé junto al hoyo. El viento había disipado las huellas de las ruedas de la Case

Jordán, pero no había logrado borrarlas por completo. En algún lugar, bajo aquellas débiles marcas, había un hombre que lucía un Rolex en la muñeca.

-Dolan -llamé en tono amistoso-. He cambiado de idea; voy a dejarlo salir.

Nada. Ningún sonido. Estaba muerto y bien muerto.

Retrocedí y recogí otro fragmento de asfalto. Tras colocarlo y al ir a incorporarme, llegó hasta mí el sonido débil y agudo de una risa a través de la tierra.

Me puse en cuclillas con la cabeza inclinada hacia delante; de hecho, si aún hubiera tenido cabello, éste me habría cubierto el rostro. Permanecí en aquella postura durante un rato, escuchando sus carcajadas. El sonido era débil y carecía de matices.

Cuando se detuvo, me levanté y fui a buscar otro fragmento de asfalto. Sobre él se veía un trozo de línea amarilla discontinua. Parecía un guión. Me arrodillé para colocarlo en su lugar.

-¡Por el amor de Dios! -chilló Dolan-. ¡Por el amor de Dios, Robinson!

-Sí -repuse con una sonrisa-, por el amor de Dios.

Coloqué el fragmento en el hueco que le correspondía y me detuve a escuchar, pero no llegaba sonido alguno de las profundidades de la tumba.

Llegué a mi casa en Las Vegas a las once de la noche. Dormí dieciséis horas seguidas, me levanté, fui a la cocina a preparar café y de pronto caí al suelo retorciéndome cuando un monstruoso espasmo se adueñó de mi espalda. Me llevé una mano al coxis mientras me mordía la otra para sofocar los gritos.

Intenté incorporarme, pero lo único que obtuve fue otro espasmo, por lo que al cabo de un rato me arrastré hasta el cuarto de baño y me aferré al lavabo para llegar al segundo frasco de analgésicos que había en el botiquín.

Tomé tres y abrí los grifos de la bañera. Me tendí en el suelo mientras esperaba que se llenara. Me despojé del pijama como pude y logré meterme en la bañera. Permanecí allí echado durante cinco horas, sumido en un pesado sopor la mayor parte del tiempo. Al salir, podía caminar.

Un poco.

Acudí a un quiropráctico. Me dijo que tenía tres discos dislocados y una grave dislocación de las vértebras inferiores. Me preguntó si había decidido sustituir al forzudo del circo.

Le conté que me lo había hecho trabajando en el jardín.

Me dijo que tendría que ir a Kansas.

Fui a Kansas. Me operaron.

Cuando el anestesista me colocó la mascarilla de goma sobre el rostro, oí la risa de Dolan desde las siseantes tinieblas, y supe que iba a morir.

Las paredes de la habitación de recuperación eran de azulejos verdosos.

-¿Estoy vivo? -grazné.

-Sí, sí-aseguró un enfermero entre risas. Me rozó la frente con una mano, esa frente que daba toda la vuelta a mi cabeza.

-Vaya quemaduras. ¿Le duele o todavía está demasiado atontado?

-Todavía estoy demasiado atontado -repuse-. ¿Dije algo cuando estaba anestesiado?

-Sí -replicó el enfermero.

Tenía frío. Estaba helado hasta los huesos.

-¿Qué dije?

-Dijo: «Está oscuro. ¡Sáquenme de aquí!». El enfermero soltó otra carcajada.

-Ah -murmuré.

Nunca encontraron a Dolan.

Fue por la tormenta. Aquella tormenta tan oportuna. Creo que sé lo que ocurrió, aunque supongo que me comprenderán si les digo que nunca investigué con demasiado ahínco.

RPAV, ¿recuerdan? Estaban repavimentando la carretera. La tormenta había cubierto casi por completo el tramo de carretera 71 que el desvío había cerrado. Al volver al trabajo, los del departamento de Carreteras no se molestaron en retirar todas las dunas a la vez, sino que las fueron apartando a medida que trabajaban. Al fin y al cabo, ¿por qué no? No había tráfico de que preocuparse; así que recogieron arena y levantaron el asfalto viejo al mismo tiempo. Y si el conductor del bulldozer observó que el asfalto de uno de los tramos, de unos catorce metros de longitud, aparecía agrietado y se rompía en fragmentos casi geométricos al levantarlo, lo cierto es que jamás dijo nada. Tal vez iba ciego. O quizás estaba soñando despierto con la chica con la que iba a salir aquella noche.

Más tarde llegaron los volquetes con sus cargamentos de gravilla, seguidos de las máquinas distribuidoras de grava y las apisonadoras. Después llegarían los grandes camiones cisterna, que tenían esos aspersores tan anchos en la parte trasera y olían a asfalto caliente, ese olor que tanto se parecía a las suelas de zapatos al fundirse. Y cuando el asfalto fresco se hubiera secado, llegaría la máquina de pintura, y bajo el gran parasol de lona, el conductor volvería la vista atrás con frecuencia, a fin de asegurarse que la línea discontinua amarilla estaba completamente recta, ajeno al hecho de que estaba pasando sobre un Cadillac gris niebla, con tres personas dentro, ajeno al hecho de que ahí abajo, en la oscuridad, había un anillo con un rubí y un Rolex de oro que tal vez seguía marcando las horas.

Con toda probabilidad, uno de aquellos pesados vehículos habría logrado aplastar un

Cadillac normal. Se habría percibido un tambaleo, un crujido... y un montón de trabajadores habrían empezado a excavar para ver qué... o a quién encontraban. Sin embargo, aquel Cadillac era más un tanque que un coche, por lo que la misma meticulosidad de Dolan ha impedido que lo encuentren.

El Cadillac se hundirá tarde o temprano, por supuesto, probablemente bajo el peso de un camión de dieciocho ruedas, y entonces el siguiente vehículo verá una gran hendidura de asfalto roto en el carril oeste. Se notificará el desperfecto al departamento de Carreteras, y volverán a efectuarse obras de repavimentación. Pero si no hay trabajadores del departamento de Carreteras cerca cuando eso ocurra, si ninguno de ellos observa *in situ* que el peso de un camión ha hundido un objecto hueco enterrado bajo la carretera, creo que pensarán que el «hoyo pantanoso», así es como lo llaman, se ha producido como consecuencia de una helada, el hundimiento de los cimientos o tal vez un temblor de tierra. Lo repararán y la vida seguirá.

Se denunció la desaparición de Dolan.

Algunos derramaron unas pocas lágrimas.

Un columnista de *Las Vegas Sun* sugirió que tal vez estaba jugando al dominó o al billar con

Hoffa en alguna parte.

Tal vez no anda tan desencaminado.

Estoy bien.

Mi espalda se ha recuperado casi por completo. Tengo órdenes estrictas de no levantar pesos superiores a quince kilos sin ayuda, pero tengo un montón de excelentes chicos en mi clase de tercero, que me prestan toda la ayuda que necesito.

He vuelto varias veces a aquel tramo de carretera en mi nuevo Acura. En una ocasión incluso me detuve, y tras comprobar que la carretera estaba desierta, meé sobre el lugar en que creía que se hallaba la tumba. No obstante, apenas salió nada, pese a que sentía la vejiga llena, y al regresar no cesé de mirar por el retrovisor. Tenía la extraña idea de que Dolan se incorporaría en el asiento posterior, con la piel convertida en una máscara de color canela, tirante sobre el cráneo como la piel de una momia, con los ojos y el Rolex relucientes.

Fue la última vez que pasé por la 71. Ahora tomo la autopista cada vez que tengo que dirigirme al oeste.

¿Y Elizabeth? Al igual que Dolan, ha enmudecido. Lo cierto es que es un alivio.

El final del desastre

Quiero hablarles del final de la guerra, de la degeneración de la humanidad y de la muerte del Mesías. Se trata de una historia épica, que merecería miles de páginas, todo un estante lleno de volúmenes, pero ustedes (si es que queda alguno de ustedes para leer esto) deberán conformarse con la versión abreviada. La inyección directa surte un efecto muy rápido. Creo que me quedan entre cuarenta y cinco minutos y dos horas, según mi grupo sanguíneo. Creo que es A, lo cual debería concederme un poco más de tiempo, pero que me aspen si me acuerdo con seguridad. Si resulta que mi grupo sanguíneo es O, se enfrentará usted a un montón de hojas en blanco, hipotético amigo.

En cualquier caso, creo que será mejor prepararse para lo peor y escribir con la mayor rapidez posible.

Estoy utilizando la máquina de escribir eléctrica. El ordenador de Bobby es más rápido, pero el ciclo del generador es demasiado irregular como para confiar en él, siquiera contando con el supresor. Sólo tengo una oportunidad; no puedo correr el riesgo de estar a punto de terminar y darme cuenta de pronto de que todo lo que he escrito se va al cielo informático a causa de una irregularidad en la corriente o de una fluctuación demasiado grande para el supresor.

Me llamo Howard Fornoy. Antes era escritor. Mi hermano, Robert Fornoy, era el Mesías.

Lo he matado hace cuatro horas, con una inyección de su propio descubrimiento. Él lo llamaba El

Calmante. Tal vez Un Error Muy Grave habría resultado una denominación más adecuada, pero lo hecho hecho está y no puede deshacerse, como los irlandeses llevan siglos sentenciando... lo cual demuestra lo gilipollas que son.

Mierda, no puedo permitirme estas digresiones.

Tras su muerte, lo he cubierto con una colcha y he permanecido sentado junto a la única ventana de la sala de la cabana durante unas tres horas, con la mirada fija en el bosque. Antes podía verse el halo de las farolas de alta intensidad de North Conway, pero ya no. Ahora sólo quedan las Montañas Blancas, que parecen triángulos de cartón piedra modelados por un niño, y las estrellas opacas.

Encendí la radio, busqué alguna emisora en cuatro bandas hasta encontrar a un locutor loco y volví a apagarla. Permanecí sentado, pensando en distintos modos de narrar la historia. Mi mente no cesaba de deslizarse hacia aquellas enormes extensiones de pinos, toda aquella nada.

Por fin, me di cuenta de que tenía que empezar a moverme y ponerme la inyección. Mierda, nunca había sido capaz de trabajar sin un plazo fijado de antemano.

Y ahora tenía uno, vaya que si tenía uno.

Nuestros padres nunca habían tenido motivo alguno para no esperar lo que obtuvieron, es decir, hijos de gran inteligencia. Mi padre era un licenciado en historia que había pasado a ocupar una cátedra en Hofstra a los treinta años. Diez años después, se convirtió en uno de los seis viceadministra-dores de los Archivos Nacionales en Washington, y tenía muchas posibilidades de pasar a ocupar el cargo más importante. También era un gran tipo... Tenía todos los discos de

Chuck Berry y no era demasiado malo tocando *bines* a la guitarra. Archivero de día y roquero de noche.

Mi madre se licenció con honores por la universidad de Drew. Le otorgaron un distintivo de la fraternidad Phi Betta Kappa que a veces llevaba prendido en ese extraño sombrero anticuado que tenía. Se convirtió en una brillante asesora financiera y fiscal en Washington, conoció a mi padre, se casó con él, y dejó su trabajo cuando quedó embarazada de un servidor. Yo nací en

1980. En 1984, mi madre gestionaba los impuestos de unos cuantos socios de mi padre... Ella lo llamaba su «pequeño hobby». En 1987, al nacer Bobby, gestionaba los

impuestos, las inversiones y la planificación inmobiliaria de una docena de hombres muy poderosos. Podría nombrarlos pero

¿a quién le importa? Ahora están muertos o se han convertido en completos retrasados mentales.

Creo que ganaba más dinero al año con su «pequeño hobby» que mi padre con su trabajo, pero eso nunca tuvo importancia alguna. Mis padres eran felices por lo que eran y por lo que significaban el uno para el otro. Los vi discutir muchas veces, pero nunca pelearse en serio.

Durante mi infancia, la única diferencia que apreciaba entre mi madre y las madres de mis amigos residía en que las madres de mis amigos leían, planchaban, cosían o hablaban por teléfono mientras miraban los culebrones en la tele, mientras que mi madre jugaba con la calculadora y escribía números en grandes hojas de papel verde mientras miraba los culebrones en la tele.

No defraudé a aquel matrimonio de genios que eran mis padres. Obtuve excelentes y notables durante todos los cursos de la escuela pública. Por lo que sé, mis padres jamás contemplaron la posibilidad de enviarnos a una escuela privada. Asimismo, ya de niño escribía muy bien, sin ningún esfuerzo. Vendí mi primer cuento a los veinte años. Se trataba de una historia sobre el invierno que el Ejército Continental pasó en el Valle Forge durante la Guerra de la

Independencia. La vendí a la publicación de unas líneas aéreas por cuatrocientos cincuenta dólares. Mi padre, a quien amaba profundamente, me preguntó si quería venderle el cheque que me enviaron. Me lo cambió por un cheque personal suyo, enmarcó el de la compañía aérea y lo colgó sobre la mesa de su despacho. Un genio romántico, si se quiere. Un genio romántico que tocaba *bines,* si se quiere. Créanme, muchos niños no daban tantas satisfacciones a sus padres. Por supuesto, tanto él como mi madre murieron desvariando y meándose encima a finales del año pasado, al igual que casi todos los habitantes de este gran planeta redondo, pero nunca dejé de quererlos.

Era el tipo de hijo que ellos esperaban, y con toda la razón; era un buen muchacho, inteligente, un chico cuyo talento maduró muy temprano, gracias al ambiente de amor y confianza en que vivía, un niño fiel que amaba y respetaba a su padre y a su madre.

Bobby era distinto. Nadie, ni siquiera los genios como nuestros padres, esperan tener un niño como Bobby. Nunca.

Aprendí a hacer mis necesidades en el lavabo dos años antes que Bobby, pero eso fue lo único en lo que le superé en toda mi vida. No obstante, nunca sentí celos de él; habría sido como si un buen lanzador de un equipo aficionado de béisbol sintiera celos de las grandes estrellas del lanzamiento. Pasado cierto límite, las comparaciones causantes de los celos simplemente dejan de existir. Yo lo viví, de modo que puedo asegurarles que, pasada cierta frontera, uno se limita a mantenerse apartado y protegerse los ojos contra la brillantez del otro.

Bobby aprendió a leer a los dos años y empezó a escribir ensayos cortos («Nuestro perro»,

«Un viaje a Boston con mamá») a los tres. Su caligrafía de imprenta consistía en las desesperadas y retorcidas estructuras de un niño de seis años, lo cual ya era asombroso en sí mismo, pero aún había más. Si se transcribían los relatos, de modo que el desarrollo de su capacidad motora dejara de ser un factor de evaluación, uno podría creer que las historias eran obra de un niño de quinto curso brillante, aunque ingenuo en extremo. Pasó de las oraciones simples a las compuestas y a las complejas con rapidez vertiginosa, empleando cláusulas, oraciones subordinadas y relativas con una intuición que resultaba sobrecogedora. En ocasiones, su sintaxis era algo confusa o colocaba los modificadores en el lugar equivocado, pero había logrado subsanar tales errores, que atormentan a la mayoría de los escritores durante toda su vida, a la edad de cinco años.

Empezó a sufrir jaquecas. Temerosos de que tuviera algún trastorno físico, tal vez un tumor cerebral, mis padres lo llevaron al médico. Este lo examinó con toda meticulosidad, lo

escuchó con gran paciencia y a continuación aseguró que Bobby no padecía otro trastorno que estrés.

Se sentía extremadamente frustrado porque su mano no funcionaba tan bien como su cerebro.

-Su hijo tiene una piedra vesicular en el cerebro -explicó el médico-. Podría recetarle algo para las jaquecas, pero creo que lo que necesita es una máquina de escribir.

Así pues, mis padres le regalaron una IBM. Un año más tarde, por Navidad, le regalaron un

Commodore 64 con el programa Wordstar incorporado. Antes de pasar a otros asuntos, quiero añadir que durante los tres años siguientes, Bobby creyó que era Santa Claus quien había dejado el ordenador bajo el abeto. Ahora que lo pienso, ésa fue otra cosa en que lo superé. Averigüé antes que él que Santa Claus no existía.

Podría contarles un sinfín de cosas acerca de aquellos tiempos, y supongo que tendré que contarles algunas, pero tendré que darme prisa y ser breve. El plazo. Ah, el plazo. En cierta ocasión, leí una obra muy divertida, titulada «La esencia de *Lo que el viento se llevó».* Decía aproximadamente así:

-¿Una guerra? -exclamó Escarlata entre risas-. ¡Oh, bobadas!

-¡Bum! ¡Ashley se fue a la guerra! ¡Atlanta ardió! ¡Rhett entró y volvió a salir!

-¡Oh, bobadas! -exclamó Escarlata entre lágrimas-. ¡Pensaré en ello mañana, porque mañana será otro día!

Me reí con ganas cuando leí aquella obra. Ahora que me hallo ante la tarea de hacer algo similar, ya no me parece tan divertido. Pero ahí va:

-¿Un niño con un coeficiente de inteligencia inconmensurable? -exclamó India Fornoy mirando a su devoto esposo, Richard, con una sonrisa-. ¡Bobadas! Crearemos una atmósfera en la que su inteligencia, por no mencionar la de su hermano mayor, que no es precisamente estúpido, pueda desarrollarse. Y los educaremos para que se conviertan en los niños americanos que por mi vida son.

¡Bum! Los hijos de los Fornoy crecieron. Howard fue a la universidad. Se licenció con honores e inició su carrera como escritor. Vivía con holgura. Salía con muchas mujeres y se acostaba con buena parte de ellas. Logró evitar cualquier tipo de enfermedad social, tanto sexual como farmacológica. Se compró un equipo de música Mitsubishi. Escribía a casa al menos una vez por semana. Publicó dos novelas de bastante éxito. «Bobadas -dijo Howard-, esto es vida.»

Y así fue, al menos hasta el día en que Bobby apareció de repente, en la mejor tradición del científico chiflado, cargado con dos urnas de vidrio, una con un nido de abejas y la otra con un nido de avispas. Aquel día, Bobby llevaba una camiseta de Educación Física Mumford al revés, estaba a punto de destruir la inteligencia humana y llegó más contento que unas pascuas.

Las personas como mi hermano Bobby sólo aparecen cada dos o tres generaciones, creo; gente como Leonardo da Vinci, Newton, Einstein, tal vez Edison. Todos ellos parecen tener un denominador común; son como enormes brújulas que dan vueltas sin rumbo durante largo tiempo, buscando el norte verdadero y, cuando lo encuentran, se abalanzan sobre él con abrumadora fuerza. Antes de que eso ocurra, este tipo de personas son propensas a meterse en líos, y Bobby no eran ninguna excepción a la regla.

Cuando él tenía ocho años y yo quince, se me acercó y me dijo que acababa de inventar un avión. Por aquel entonces, ya conocía a Bobby lo suficiente como para no lanzar un «tonterías» y echarlo a patadas de mi cuarto. Salí con él al garaje, y allí estaba, un extraño artefacto de conglomerado, colocado sobre su carretilla roja. Se parecía un poco a un avión de guerra, pero las alas estaban inclinadas hacia delante en lugar de hacia atrás. En la parte central, había fijado con tornillos el sillín de su balancín. En uno de los costados se veía una palanca. No había motor. Me explicó que se trataba de un planeador. Quería que lo empujara por la colina Carrigan, la pendiente más inclinada de todo el Grand Park de Washington. La colina estaba dividida por un sendero de cemento, diseñado para que los ancianos caminaran por él. Sería su pista de despegue, anunció Bobby.

-Bobby -objeté-. Las alas de este cacharro están al revés.

-No -replicó-, tienen que ser así. Vi algo sobre halcones en un documental de animales.

Se lanzan sobre la presa y después giran las alas cuando vuelven a subir. Las alas están articuladas, ¿lo ves? Así puedes elevarte mejor.

-Entonces, ¿por qué no los construyen así en las Fuerzas Aéreas? -pregunté, sin saber que las fuerzas aéreas tanto americanas como rusas estaban diseñando ya los planos de un avión de características similares.

Bobby se encogió de hombros. No lo sabía ni le importaba.

Nos dirigimos a la colina Carrigan. Bobby se acomodó en el sillín del balancín y agarró la palanca.

-Empuja fuerte.

Sus ojos brillaban con el destello de demencia que conocía tan bien. Por Dios, había visto brillar sus ojos de aquel modo incluso cuando aún estaba en la cuna. Pero juro por Dios que jamás se me habría ocurrido empujarle con tanta fuerza por el sendero de cemento si hubiera creído que aquel trasto iba a funcionar.

Pero no lo sabía, de modo que empujé con todas mis fuerzas. El cacharro empezó a deslizarse por la pendiente con Bobby a bordo, lanzando gritos salvajes como un vaquero que acabara de terminar de conducir el ganado y se dirigiera al pueblo a tomarse unas cuantas cervezas frías. Una señora mayor tuvo que apartarse de un salto de su trayectoria, y el trasto estuvo a punto de atrepellar a un viejo apoyado en un andador. A medio camino de la pendiente, tiró de la palanca, y observé con los ojos abiertos como platos y medio muerto de miedo cómo el avión de conglomerado se separaba de la carretilla. Al principio, quedó suspendido a unos centímetros de ella, y tuve la impresión de que volvería a caer sobre la misma. De pronto, se alzó una ráfaga de viento y el avión de Bobby se elevó como tirado por un cable invisible. La carretilla se salió del sendero de cemento y fue a parar a unos arbustos. En un abrir y cerrar de ojos, Bobby se encontraba a tres metros de altura, después a seis y después a unos veinte. Planeaba sobre

Grand Park con el morro del avión vuelto hacia el cielo y agudos gritos de alegría.

Me lancé tras él a la carrera, gritando para que bajara, con la mente atormentada por visiones de su cuerpo al caer de aquel estúpido sillín y quedar empalado en un árbol, o en una de las numerosas estatuas del parque, que el miedo me hacía ver con siniestra claridad. No me imaginé el funeral de mi hermano. Realmente, asistí a él.

-¡UAAAUUU! -repuso Bobby con voz lejana, aunque extasiada.

Asombrados jugadores de ajedrez, lanzadores *defrisbee,* lectores, amantes y corredores dejaron lo que estaban haciendo para contemplar a Bobby.

-¡BOBBY, ESE JODIDO TRASTO NO TIENE CINTURÓN DE SEGURIDAD! -aullé.

Era la primera vez que pronunciaba aquella palabrota en particular, a menos que yo recuerde.

-¡No me pasará nadaaaaaa...!

Gritaba a pleno pulmón, pero me quedé de piedra al comprobar que apenas lo oía. Corrí pendiente abajo sin dejar de gritar. No recuerdo lo que gritaba, pero al día siguiente sólo podía articular algún que otro susurro. Recuerdo, sin embargo, que pasé junto a un joven ataviado en un elegante traje de tres piezas, que estaba parado junto al monumento de Eleanor Roosevelt, situado al pie de la colina.

-Sabes, amigo -me dijo en tono normal-. Me está subiendo cantidad todo el ácido que me tomé hace años.

Recuerdo aquella extraña sombra informe, que se deslizaba por el suelo verde del parque, elevándose y arrugándose al pasar sobre los bancos, las papeleras y los rostros alzados de la gente que le contemplaba. Recuerdo que lo perseguí. Recuerdo el rostro encogido de mi madre, que se echó a llorar cuando le conté que el avión de Bobby, que no debería haber despegado de ningún modo, había caído en picado, y que Bobby había visto truncada su breve pero brillante carrera al estrellarse contra la calle D.

A la vista de cómo salieron las cosas al final, tal vez aquello habría sido lo mejor para todos, pero lo cierto es que no fue así.

Por el contrario, Bobby regresó hacia la colina Carrigan, aferrado a la cola del avión para no caerse del maldito trasto, y fue descendiendo en dirección a la pequeña laguna que había en el centro del Grand Park. Planeó un metro y medio sobre el agua... y a continuación empezó a esquiar en ella, dejando tras de sí dos estelas blancas gemelas, ahuyentando a los patos, por lo general tranquilos y sobrealimentados, que alzaron el vuelo en indignadas bandadas, y graznando alegremente. Aterrizó en el extremo más alejado de la laguna, justo entre dos bancos del parque que arrancaron las alas del avión. Salió despedido del artefacto, cayó al suelo de cabeza y empezó a llorar a todo volumen.

Así era la vida con Bobby.

No todo era tan espectacular; de hecho, creo que nada fue tan espectacular como aquello... al menos hasta que inventó El Calmante. Pero les he contado la historia porque creo que, por lo menos en esta ocasión, el caso extremo es el que mejor explica la regla; la vida con Bobby era una constante empanada mental. A la edad de nueve años, ya asistía a clases de física cuántica y álgebra avanzada en la universidad de George-town. Cierto día, interceptó todos los televisores y radios de nuestra calle, y de las cuatro manzanas circundantes, con su propia voz. Había encontrado un televisor viejo en el ático, y lo convirtió en una emisora de radio multibanda. Un viejo televisor Zenith en blanco y negro, cuatro metros de cable, una percha montada en el punto más alto del tejado de nuestra casa, ¡y listo! Durante unas dos horas, cuatro manzanas de

Georgetown no recibieron más que la emisora WBOB... que resultó ser mi hermano, el cual se dedicó a leer algunas de mis narraciones, contar un par de chistes malos y explicar que el alto contenido en sulfuro de las alubias era la razón por la que nuestro padre se echaba tantos pedos durante la misa dominical.

-Pero la mayoría son bastante silenciosos -matizó Bobby en beneficio de una audiencia de unas tres mil personas-, y a veces se guarda los verdaderos petardos hasta que llegan los salmos.

Mi padre, al que no le hizo demasiada gracia todo aquello, terminó pagando una multa de setenta y cinco dólares a la Comisión Federal de Comunicaciones y descontándola de la asignación de Bobby durante el año siguiente.

La vida junto a Bobby, oh, sí... y mírenme ahora, aquí estoy, llorando. ¿Será la emoción o el inicio de los síntomas? Creo que se trata de la primera... Dios sabe cuánto lo quería..., pero creo que será mejor que me apresure un poco de todas formas.

En virtud de todas las consideraciones prácticas pertinentes, Bobby terminó el bachillerato a la edad de diez años, pero nunca se licenció en la universidad ni, por supuesto, obtuvo ningún título de postgrado. Era por culpa de esa gran brújula que tenía en la cabeza, que daba vueltas y más vueltas, en busca de un norte verdadero al que apuntar.

Atravesó un período dedicado a la física, más tarde uno más breve en que estaba loco por la química..., pero al final, Bobby se impacientó demasiado con las matemáticas como para ahondar en alguno de los dos campos. Era capaz de hacerlo, podía dedicarse a cualquiera de las llamadas ciencias puras, pero todo aquello lo aburría.

A los quince años, su pasión era la arqueología. Peinó las colinas al pie de las Montañas

Blancas, situadas en las inmediaciones de nuestra casa de veraneo, y elaboró una historia de los indios que habían vivido en la zona a partir de las puntas de flecha, las hachas de sílex e incluso los vestigios del carbón de hogueras extinguidas largo tiempo atrás en las cavernas meso-líticas de los parajes del corazón de New Hampshire.

Pero también se le pasó aquella pasión, y a continuación empezó a leer obras de historia y antropología. Cuando tenía dieciséis años, mis padres, aunque a regañadientes, le dieron permiso para acompañar a un grupo de antropólogos en una expedición a Suramérica.

Regresó al cabo de cinco meses, con el primer bronceado verdadero de su vida; asimismo había crecido unos centímetros y adelgazado siete kilos, aparte de convertirse en un muchacho mucho más tranquilo. Seguía siendo alegre, o al menos parecía serlo, pero aquella

exuberancia infantil, que a veces resultaba contagiosa, a veces agotadora, pero que siempre estaba presente, había desaparecido. Mi hermano había madurado. Y por primera vez en su vida, empezó a hablar de las noticias... de lo malas que eran las noticias, quiero decir. Corría el año 2003, el año en que un grupo disidente de la OLP, denominado Hijos del Jihad (un nombre que siempre me pareció tan siniestro como un grupo católico de servicio a la comunidad del oeste de Pennsylvania), bombardeó Londres con armas químicas, contaminando el sesenta por ciento de la ciudad y convirtiendo el resto en un lugar extremadamente insalubre para las personas que proyectasen tener hijos algún día (o superar los cincuenta años). El año en que intentamos bloquear las

Filipinas después de que la administración de Cedeño aceptara a un «pequeño grupo» de asesores de la China comunista (unos quince mil, según nuestros satélites espía), y no renunciamos a ello hasta que se puso de manifiesto que, en primer lugar, los chinos no bromeaban al amenazar con acribillarnos a misiles, y, en segundo, los norteamericanos no estaban tan locos como para precipitarse al suicidio colectivo a causa de las Filipinas. Asimismo, fue el año en que otro grupo de cabrones desquiciados, creo que eran albaneses, intentó fumigar Berlín con el virus del sida.

Ese tipo de cosas deprimía a todo el mundo, pero Bobby se deprimía una barbaridad.

-¿Por qué es tan mezquina la gente? -me preguntó un día.

Estábamos en la cabana de New Hampshire. Se acercaba el final de agosto, y la mayor parte de nuestras cosas ya estaba guardada en cajas y maletas. La cabana presentaba aquel aspecto triste y desolado que siempre adquiría cuando nos disponíamos a marcharnos cada uno por nuestro lado. Para mí, significaba el regreso a Nueva York, mientras que para Bobby, suponía volver a

Waco, Texas, mira por dónde... Había pasado el verano leyendo libros de sociología y geología -

¿Qué les parece la mezcla?- y anunció que pensaba hacer un par de experimentos. Lo dijo en un tono casual, como de pasada, pero lo cierto es que mi madre lo estuvo observando con expresión pensativa durante las dos últimas semanas que pasamos todos juntos. Ni mi padre ni yo lo sospechábamos, pero creo que mi madre sabía que la brújula de Bobby había dejado de girar y había empezado a apuntar hacia un lugar concreto.

-¿Que por qué es tan mezquina? -repetí-. ¿En serio esperas que conteste a eso?

-Pues será mejor que alguien conteste -advirtió-. Y pronto, tal como van las cosas.

-Las cosas van como siempre han ido -repuse-, y creo que es así porque la gente nace para ser mala. Si quieres culpar a alguien, culpa a Dios.

-Eso es una chorrada. No me lo creo. Incluso el rollo de los dobles cromosomas X resultó ser una chorrada al final. Y no me cuentes que no son más que presiones económicas, el conflicto entre ricos y pobres, porque eso tampoco lo explica todo.

-El pecado original -sugerí-. Al menos para mí eso funciona... Tiene buen ritmo y se puede bailar.

-Bueno -admitió Bobby-, tal vez sea el pecado original. Pero ¿cuál es el instrumento, hermano? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

-¿El instrumento? ¿Qué instrumento? Me he perdido.

-Creo que es el agua -prosiguió Bobby con expresión huraña.

-¿Cómo dices?

-El agua. Algo que hay en el agua -insistió volviéndose hacia mí.

-O algo que falta en el agua.

Al día siguiente, Bobby regresó a Waco. No volví a verlo hasta el día en que apareció en mi piso, con la camiseta al revés y cargado con las dos urnas. Habían pasado tres años.

-¿Qué tal, Howie? -saludó al entrar mientras me daba una palmada en el hombro, como si tan sólo hubieran pasado tres días.

-¡Bobby! -grité al tiempo que lo abrazaba. Mi pecho chocó contra un objeto duro y anguloso, y oí un enojado zumbido de enjambre.

-Yo también me alegro de verte -dijo Bobby-, pero será mejor que tengas cuidado.

Estás molestando a los nativos.

Retrocedí un paso a toda prisa. Bobby dejó la gran bolsa de papel que llevaba en el suelo, y a continuación cogió la bolsa que llevaba colgada al hombro. Con toda cautela, sacó de ella las urnas de vidrio. En una de ellas había un enjambre de abejas, mientras que la otra contenía uno de avispas. Las abejas ya se estaban tranquilizando y volviendo a cualesquiera que sean las tareas típicas de las abejas, pero las avispas, sin lugar a dudas, estaban menos contentas con todo aquel asunto.

-Muy bien, Bobby -empecé sin poder borrar la sonrisa de mi rostro-. ¿Qué estás maquinando esta vez?

Abrió la otra bolsa y sacó un tarro de mayonesa, medio lleno de un líquido transparente.

-¿Ves esto?

-Sí. Parece agua o aguardiente.

-En realidad, es las dos cosas, si puedes creértelo. Procede de un pozo artesanal de La

Plata, un pueblo situado a unos setenta kilómetros de Waco. Antes de que lo convirtiera en este líquido concentrado, había unos veinte litros de agua. Tengo una pequeña destilería allá abajo,

Howie, pero no creo que el gobierno me haga detener por eso. -Estaba sonriendo, y su sonrisa se hizo más amplia en aquel momento-. No es más que agua, pero es la cosa más rara que la raza humana ha visto jamás.

-No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

-Ya lo sé. Pero ya lo entenderás. ¿Sabes qué, Howie?

-¿Qué?

-Si la estúpida raza humana puede aguantar seis meses más, apuesto lo que quieras a que aguantará para siempre.

Alzó el tarro de mayonesa, y el ojo aumentado de Bobby me contempló a través del vidrio con gran solemnidad.

-Esto es algo grande, el remedio para la peor enfermedad que padece el homo sapiens.

-¿El cáncer?

-No, señor -repuso-. La guerra. Peleas de bar. Asesinatos. El desastre. ¿Dónde está el lavabo, Bobby? Tengo que cambiar el agua al canario urgentemente.

Cuando volvió, no sólo se había puesto bien la camiseta, sino que también se había peinado.

No había cambiado de método, por lo visto; se limitaba a poner la cabeza bajo el grifo durante un rato y luego echarse el cabello hacia atrás con los dedos.

Echó un vistazo a las urnas y declaró que tanto las abejas como las avispas habían vuelto a la normalidad.

-La verdad, no puede decirse que un nido de avispas se parezca a algo remotamente

«normal», Howie. Las avispas son insectos sociales, al igual que las abejas y las hormigas, pero al contrario que las abejas, que casi siempre están cuerdas, y las hormigas, que padecen ocasionales lapsus esquizoides, las avispas son verdaderas lunáticas.

Abrió la urna que contenía el enjambre de abejas.

-Mira, Bobby -empecé sin dejar de esbozar una sonrisa que se me antojaba demasiado amplia-. Vuelve a cerrar la urna y limítate a contarme de qué se trata, ¿de acuerdo? Deja la demostración para más tarde. Quiero decir, mi casero es un verdadero gallina, pero la administradora es una especie de armario que fuma puros y pesa quince kilos más que yo. Ella...

-Te va a encantar esto -prosiguió Bobby como si yo no hubiera hablado.

Se trataba de un hábito que conocía tan bien como el Peinado de los Diez Dedos. Nunca se mostraba grosero, pero con frecuencia estaba del todo absorto en lo que hacía. ¿Y acaso podía detenerlo? No, mierda. Me alegraba demasiado de verlo. Quiero decir que creo que ya entonces sabía que algo iba a ir realmente mal, pero estar más de cinco minutos seguidos con Bobby me hipnotizaba. Era Lucy sosteniendo el balón y prometiéndome que esta vez seguro que sí, y era

Charlie Brown corriendo por el campo para chutar.

-De hecho, es posible que ya lo hayas visto hacer alguna vez, porque a menudo lo enseñan en revistas o en los documentales sobre animales de la tele. No es nada del otro mundo, pero lo parece porque la gente tiene un montón de prejuicios irracionales hacia las abejas.

Y lo extraño es que tenía razón... Lo había visto hacer.

Introdujo la mano en la urna, entre el enjambre de abejas y el vidrio. En menos de quince segundos, su mano había quedado cubierta por un guante viviente negro y amarillo. En aquel momento recordé una imagen. Estaba sentado frente al televisor, enfundado en un pijama entero y abrazado a mi gran oso de felpa, una media hora antes de acostarme (y, con toda certeza, algunos años antes de que naciera Bobby), contemplando con una mezcla de horror, asco y fascinación cómo un apicultor permitía que un montón de abejas se posaran sobre su rostro. Al principio, formaron una suerte de capucha de verdugo, y después, el apicultor las movió de forma que se convirtieron en una grotesca barba viviente.

El rostro de Bobby se contrajo de repente en una mueca, pero no tardó en iluminarse con una sonrisa.

-Una de ellas me ha picado -explicó-. Todavía están un poco nerviosas por el viaje. La mujer de la compañía de seguros de La Plata me llevó hasta Waco, tiene una vieja furgoneta biplaza, por cierto, y desde ahí volé con una pequeña compañía aérea, Air Gilipollas, me parece, hasta Nueva Or-leans. He hecho unos cuarenta transbordos, pero juraría que ha sido el viaje en taxi desde LaGuarra lo que las ha vuelto locas. La Segunda Avenida sigue teniendo más baches que las calles de Berlín tras la rendición de los alemanes.

-Mira, Bobs, creo que deberías sacar la mano de ahí.

Seguía esperando a que algunas de ellas salieran volando. Imaginaba la escena, persiguiéndolas durante horas con una revista enrollada, matándolas una a una, como si fueran fugitivos de alguna vieja película de cárceles. Pero ninguna de ellas se había escapado... al menos de momento.

-Tranquilo, Howie. ¿Has visto alguna vez a una abeja picar a una flor? ¿O siquiera has oído hablar de algo así?

-No tienes aspecto de flor.

-Joder-exclamó mi hermano entre risas-, ¿crees que una abeja sabe qué aspecto tienen las flores? ¡No! ¡Qué va, hombre! No saben el aspecto que tienen las flores, de la misma manera que ni tú ni yo sabemos qué ruido emiten las nubes. Saben que soy dulce porque segrego dioxina de sacarosa con el sudor, además de otras treinta y siete dioxinas, y ésas sólo son las que conocemos.

Se detuvo con gesto pensativo.

-Aunque debo confesar que he procurado... esto... endulzarme un poco más de lo normal para la ocasión. Me he comido una caja entera de cerezas recubiertas de chocolate en el avión...

-¡Dios mío, Bobby!

-... y un par de caramelos en el taxi.

Introdujo la otra mano en la urna y empezó a apartarse las abejas. Le vi hacer otra mueca justo antes de apartar la última y, para mi tranquilidad, volver a colocar la tapa de la urna. En cada una de sus manos aparecía un bulto rojizo, uno en la palma y otro en la parte alta de la mano, junto a lo que los quirománticos denominan los brazaletes de la fortuna. Le habían picado, pero ya entendía lo que pretendía demostrarme. Unas cuatrocientas abejas lo habían examinado, y sólo dos lo habían atacado.

Bobby se sacó unas pinzas del bolsillo pequeño de los vaqueros y se dirigió a mi escritorio.

Apartó los papeles de mi manuscrito y el ordenador Wang Micro I que utilizaba por aquel entonces, y a continuación ajustó el flexo hasta que formó un halo de luz pequeño e intenso sobre la superficie de madera de cerezo.

-¿Estás escribiendo algo bueno, Bow-How? -inquirió en tono casual.

Se me erizaron los pelos de la nuca. ¿Cuándo me había llamado Bow-How por última vez?

¿A los cuatro años? ¿A los seis? Mierda, no lo sé. Se aplicó las pinzas en la mano izquierda con todo cuidado. Observé cómo extraía una cosa pequeña que parecía un pelillo de la nariz y lo dejaba en mi cenicero.

-Un artículo sobre falsificación de obras de arte para *Vanity Fair* -repuse-. Bobby, ¿se puede saber qué estás tramando?

-¿Puedes sacarme el otro? -replicó en tono de disculpa al tiempo que me alargaba las pinzas y la mano derecha-. No dejo de pensar que si soy tan inteligente, debería ser ambidextro, pero mi mano izquierda sigue teniendo un coeficiente intelectual de seis.

El mismo Bobby de siempre.

Me senté junto a él, cogí las pinzas y le extraje el otro aguijón de la picadura, que se inflamaba cada vez más junto a lo que, en aquel caso, debería haber recibido el nombre de brazaletes de la desgracia. Entretanto, me explicó las diferencias existentes entre las abejas y las avispas, entre el agua de La Plata y la de Waco, así como, maldita sea, que todo saldría bien con su agua y un poco de ayuda por mi parte.

Y, oh mierda, acabé por correr, por última vez, hacia el balón que mi brillante y loco hermano sujetaba entre carcajadas.

-Las abejas no pican a menos que se vean obligadas a ello, porque si te pican, mueren -explicó Bobby con sencillez-. ¿Recuerdas aquella vez en North Conway, cuando dijiste que los hombres se mataban unos a otros por culpa del pecado original?

-Sí. No te muevas.

-Bueno, pues si existe el pecado original, si existe un Dios que, por un lado, nos quiere lo suficiente como para servirnos a su propio Hijo en la cruz y, por otro, nos envía directamente al infierno porque cierta zorra estúpida mordió la manzana que no debía, entonces la maldición que nos echó, es la siguiente: nos hizo avispas en lugar de abejas. Mierda, Howie, ¿qué haces?

-Estáte quieto y te lo sacaré. Si quieres gesticular, esperaré.

-Vale -repuso y permaneció quieto mientras le arrancaba el aguijón-. Las abejas son los kamikazes de la naturaleza, Bow-How. Mira esta urna; verás que las dos abejas que me picaron están en el fondo, muertas. Tienen aguijones dentados, como anzuelos. Entran con facilidad, pero cuando intentan sacarlos, se arrancan los intestinos.

-Qué asco -exclamé mientras dejaba el segundo aguijón en el cenicero.

No veía los dientes del aguijón, pero, claro, tampoco tenía microscopio.

-Pero eso las hace muy especiales -prosiguió Bobby.

-Seguro.

-Las avispas, por el contrario, tienen aguijones lisos. Pueden picarte tantas veces como quieran. Al cabo de tres o cuatro picaduras, se les acaba el veneno, pero pueden seguir abriéndote agujeros siempre que quieran, y por lo general, lo hacen. Sobre todo este tipo de avispas que tengo aquí. Hay que darles tranquilizantes. Una cosa que se llama Noxon. Deben pillar una resaca de narices, porque se despiertan mucho más cabreadas que antes.

Me miró con expresión sombría, y por primera vez observé las oscuras ojeras de fatiga que le rodeaban los ojos. Me percaté de que mi hermano pequeño estaba más cansado que nunca.

-Por eso la gente sigue luchando entre sí, Bow-How. Una y otra vez, sin parar. Tenemos aguijones lisos. Ahora mira esto.

Se levantó, se acercó a su bolsa, rebuscó en el interior y, por fin, sacó un cuentagotas. Abrió el tarro de mayonesa, introdujo el cuentagotas en él y aspiró una pequeña burbuja del agua destilada de Texas.

Cuando lo llevó a la urna que contenía el nido de avispas, me di cuenta de que la tapa de aquella urna era distinta... Tenía una pequeña lengüeta deslizante de plástico. No hacía falta que me explicara la razón; con las abejas, no dudaba en retirar la tapa de la urna, pero en el caso de las avispas, no corría ningún riesgo.

Oprimió el pezón del cuentagotas. Dos gotas de agua cayeron sobre el nido de avispas, formando una mancha oscura que desapareció casi al instante.

-Esperaremos tres minutos -anunció mi hermano.

-¿Qué...?

-No hagas preguntas -interrumpió-. Ya lo verás. Dentro de tres minutos.

En aquel espacio de tiempo, se dedicó a leer mi artículo sobre la falsificación de obras de arte... pese a que ya tenía escritas veinte páginas en aquel momento.

-Muy bien -dijo por fin mientras dejaba el manuscrito-. No está mal, tío. Pero deberías leer algo sobre Jay Gould, el tipo que empapeló el salón de su tren privado con falsificaciones de

Manet. Es una pasada.

Mientras hablaba, empezó a levantar la tapa de la urna de las avispas.

-¡Por el amor de Dios, Bobby, deja de hacer tonterías! -exclamé.

-El mismo gallina de siempre -se burló Bobby al tiempo que sacaba el nido, que era de un apagado color gris y del tamaño aproximado de un bolo.

Mientras lo sostenía en las manos, las avispas alzaron el vuelo y se posaron sobre sus brazos, mejillas y frente. Una de ellas voló hacia mí y aterrizó en mi antebrazo. Le propiné un manotazo y cayó muerta sobre la alfombra. Estaba asustado, quiero decir... asustado de verdad.

Tenía el cuerpo repleto de adrenalina y la sensación de que los ojos iban a salírseme de las órbitas.

-No las mates -advirtió Bobby-. Es como matar a bebés, no te pueden hacer ningún daño. He ahí el quid de la cuestión.

Sostenía el nido, ora con una mano, ora con otra, como si fuera una pelota de béisbol de tamaño gigante. Lo lanzó al aire. Observé horrorizado cómo las avispas planeaban por el salón de mi piso como una patrulla de cazas.

Bobby volvió a introducir con todo cuidado el nido en la urna y se sentó en el sofá. Dio unas palmaditas en el lugar contiguo para que le acompañara. Me acerqué casi hipnotizado. Estaban en todas partes; sobre la alfombra, en el techo, en las cortinas. Media docena de ellas paseaba tranquilamente sobre la gran pantalla de mi televisor.

Antes de que me sentara, Bobby apartó a un par de avispas que se hallaban en el lugar en que estaba a punto de posar el trasero. Los insectos se alejaron volando con rapidez. To-I das ellas volaban con ligereza, andaban con facilidad y se movían deprisa. No tenían aspecto de estar drogadas. Cuando Bobby empezó a hablar, regresaron paulatinamente a su hogar, caminaron sobre él durante unos instantes y, por fin, desaparecieron en su interior a través de un pequeño agujero que se abría en la parte superior.

-No fui el primero en interesarme por Waco -explicó Bobby-. Resulta que es la ciudad más grande de una pequeña zona pacífica del que es, por número de habitantes, el estado más violento del país. A los texanos les encanta matarse a tiros, Howie, es el hobby del estado. La mitad de la población masculina va armada por la calle. Los sábados por la noche, los bares de

Fort Worth son como galerías de tiro en las que uno dispara sobre borrachos en lugar de sobre patos de cartón. Hay más personas con licencia de armas que metodistas. No es que Texas sea el único lugar en que la gente se mate a tiros, se cosan a navajazos o meta a sus hijos en el horno si gritan demasiado, ya me entiendes, pero no hay duda de que les encantan las armas de fuego.

-Excepto en Waco -tercié.

-Oh, allí también les gustan las armas -repuso-. Sólo que las utilizan mucho menos.

Madre mía. Acabo de mirar el reloj. Tengo la sensación de haber escrito durante un cuarto de hora o algo así, pero lo cierto es que llevo más de una hora. Eso me pasa a veces cuando estoy trabajando a toda pastilla, pero ahora no puedo permitirme entrar en detalles sobre el tema. Me encuentro tan bien como siempre... Las membranas de la garganta no se me han secado, no me cuesta pensar en las palabras y al mirar lo que he escrito, sólo veo las

habituales erratas y tachaduras. Pero de nada sirve engañarse. Debo darme prisa. «Oh, bobadas», exclamó Escarlata, y todo eso.

Otros, en su mayoría sociólogos, ya habían investigado la atmósfera no violenta de Waco.

Bobby me dijo que, tras introducir suficientes datos sobre Waco y zonas similares en el ordenador, tales como densidad de población, edad media, nivel económico medio y otros muchos factores, se obtenía una información que indicaba la existencia de una anomalía. Por lo general, los estudios académicos no son jocosos, pero, aun así, algunos de los más de cincuenta que Bobby había leído sobre el tema insinuaban con sarcasmo que tal vez se debiera a «algo en el agua».

-Decidí que quizás había llegado el momento de tomarse la broma en serio -prosiguió

Bobby-. Al fin y al cabo, hay algo en el agua de muchos lugares que previene la caries. Se llama flúor.

Viajó a Waco acompañado de tres asistentes; dos estudiantes de un postgrado de sociología y un catedrático de geología, que se hallaba en año sabático y estaba dispuesto a meterse en cualquier aventura. Al cabo de seis meses, Bobby y los estudiantes de sociología habían elaborado un programa de ordenador que ilustraba lo que mi hermano denominaba el único antiterremoto del mundo. Bobby llevaba una copia impresa bastante arrugada en la bolsa. Me la dio para que le echara un vistazo. Vi una serie de cuarenta círculos concéntricos. Waco se hallaba en el octavo, noveno y décimo empezando por el exterior.

-Ahora, mira esto -indicó al tiempo que colocaba una transparencia sobre la hoja.

Más círculos, pero en este caso, cada uno iba acompañado de un número. El cuadragésimo llevaba el número 471, el tri-gesimonoveno, el 420, el trigesimoctavo, el 418. Y así sucesivamente.

En un par de lugares, las cifras ascendían un poco, pero sólo en un par de ellos, y sólo ligeramente.

-¿Qué significan estos números?

-Cada uno de ellos representa el índice de delitos violentos en el círculo correspondiente

-repuso Bobby-. Asesinatos, violaciones, asaltos, palizas e incluso actos de vandalismo. El ordenador asigna una cifra según una fórmula que contempla la densidad demográfica.

Señaló el vigesimoséptimo círculo, junto al que se veía el número 204.

-Esta zona tiene menos de cien habitantes, por ejemplo. La cifra representa tres o cuatro casos de violencia conyugal, peleas en bares, un delito de crueldad contra los animales, en el qué un granjero senil se enfadó con un cerdo y le disparó una bala de sal, si no recuerdo mal, y, por último, un homicidio involuntario.

Observé que, en los círculos centrales, las cifras descendían de un modo radical: 85, 81, 70,

63, 40, 21, 5. En el epicentro del antiterremoto de Bobby se hallaba la ciudad de La Plata. Parecía más que justificado afirmar que se trataba de una pequeña ciudad adormilada.

El número asignado a La Plata era el cero. -Aquí lo tienes, Bow-How -anunció Bobby al tiempo que se inclinaba hacia delante y se frotaba las largas manos con nerviosismo-. Mi nominado para el Jardín del Edén. Se trata de una comunidad de quince mil habitantes, veinticuatro por ciento de los cuales son de sangre mixta, y se les llama comúnmente indios. Hay una fábrica de mocasines, un par de talleres mecánicos, un par de granjas de tres al cuarto. Es todo el trabajo que hay. En cuanto al ocio, hay cuatro bares, un par de salas de baile donde puedes escuchar cualquier tipo de música siempre y cuando suene igual que Georg Jones, dos cines al aire libre y una bolera. -Hizo una pausa antes de proseguir-. También hay una destilería. No sabía que alguien hiciera un whisky tan bueno fuera de Tennessee.

En resumen, pues ya es demasiado tarde para extenderse, La Plata debería haber sido un caldo de cultivo ideal para el tipo de violencia casual que se encuentra cada día en las páginas destinadas a información policial del periódico local. Debería haberlo sido, pero no lo era. Sólo se había cometido un asesinato en los cinco años previos a la llegada de mi hermano, dos

asaltos, ninguna violación, ningún caso denunciado de abusos a niños. Se habían perpetrado cuatro atracos a mano armada, pero todos ellos habían sido obra de personas que estaban de paso... al igual que el asesinato y uno de los asaltos. El *sheriff* era un viejo gordo republicano que sabía imitar bastante bien al cómico Rodney Danger-field. De hecho, se sabía que pasaba días enteros en la cafetería del pueblo, tocándose el nudo de la corbata y pidiendo a la gente que se quedara con su mujer, por favor. Mi hermano creía que había algo más que un pésimo sentido del humor en su conducta; de hecho, estaba bastante convencido de que el pobre hombre padecía los primeros síntomas de la enfermedad de Alzheimer. Su único ayudante era su sobrino. Bobby me dijo que el sobrino se parecía mucho a Júnior Samples, el personaje del viejo programa de country *Hee-Haw.*

-Pones a estos dos tipos en una ciudad de Pennsylvania similar a La Plata en todos los sentidos menos en el geográfico -prosiguió Bobby-, y ya los habrían echado a patadas hace quince años. En La Plata, en cambio, seguirán en sus puestos hasta que mueran... probablemente mientras duermen.

-¿Y qué hiciste? -inquirí-. ¿Qué procedimiento seguiste?

-Bueno, la primera semana después de reunir todo el rollo estadístico, nos quedamos sentados, mirándonos unos a otros fijamente. Quiero decir que estábamos preparados para algo, pero no para esto. Ni siquiera Waco te prepara para encontrarte con algo como La Plata.

Bobby se removió en el sofá e hizo crujir los nudillos.

-Dios mío, cómo odio cuando haces eso -exclamé.

-Lo siento, Bow-How -se disculpó Bobby con una sonrisa-. En cualquier caso, empezamos a hacer pruebas geológicas, después análisis microscópicos del agua. No esperaba mucho de todo aquello. Todos los habitantes de la zona tienen su propio pozo, por lo general bastante profundo, y hacen analizar el agua con regularidad para asegurarse de que no están ingiriendo bórax o algo así. Si hubiera habido algo muy obvio, lo habrían descubierto hace mucho tiempo, de modo que pasamos al submicroscopio. Y ahí fue donde tropezamos con algo bastante raro.

-¿Qué quieres decir con algo bastante raro?

-Interrupciones en las cadenas de átomos, fluctuaciones eléctricas subdinámicas y una proteína no identificada. El agua no es realmente H_2O, sabes, no si le añades el sulfuro, el hierro y lo que sea que contenga el acuífero de una zona en concreto. Y el agua de La Plata... Bueno, tendría una sucesión de letras tan larga como la de un profesor emérito.

Le brillaban los ojos.

-Pero la proteína era lo más interesante, Bow-How. Por lo que sabemos, existe en un solo lugar aparte del agua de La Plata... el cerebro humano.

Oh, oh.

Acaba de empezar, entre dos degluciones... la sequedad en la garganta. Aún es débil, pero ha bastado para hacerme levantar a tomar un vaso de agua helada. Me quedan unos cuarenta minutos.

Y, Dios mío, quedan tantas cosas que contar. Sobre los nidos de avispas que no podían picar, sobre el accidente que presenciaron Bobby y uno de sus asistentes, en el que los dos conductores, ambos hombres, borrachos y de unos veinticuatro años de edad, bombas sociológicas, en otras palabras, se limitaron a salir del coche, estrecharse las manos e intercambiar amistosamente los datos del seguro antes de dirigirse al bar más próximo para tomarse otra copa.

Bobby habló durante horas... más horas de las que me quedan. Pero el quid de la cuestión era bien sencillo, ya que consistía en la sustancia encerrada en el tarro de mayonesa.

-Ahora tenemos nuestra propia destilería en La Plata -relató-. Esto es lo que destilamos,

Howie, aguardiente pacifista. El acuífero que hay bajo esa zona de Texas es profundo pero enorme; es como el lago Victoria vertido en el sedimento poroso situado sobre el Moho. El agua es potente, pero hemos conseguido que la sustancia que he echado en el nido de avispas sea aún más potente. Tenemos unos veinticuatro mil litros, almacenados en grandes depósitos de acero. A finales de año tendremos unos cincuenta y cinco mil, y en junio del año

que viene, unos ciento veinte mil. Pero no basta. Necesitamos más, lo necesitamos deprisa... y además tenemos que transportarlo.

-¿Transportarlo? ¿Adonde? -interrumpí.

-A Borneo, para empezar.

Creí que había perdido el juicio o que le había oído mal. De verdad que lo creí.

-Mira, Bow-How..., perdón, Howie.

Estaba rebuscando de nuevo en su bolsa; sacó unas cuantas fotografías aéreas y me las alargó.

-¿Ves? ¿Ves lo perfecto que es? Es como si el propio Dios hubiera interceptado nuestras emisiones habituales con algo como: «Y ahora un boletín especial. ¡Esta es vuestra última oportunidad, gilipollas! Y ahora continuaremos con el programa *Días de nuestras vidas».*

-No entiendo nada -intervine-. Y no tengo ni idea de lo que significan estas fotos.

Por supuesto que lo sabía. Era una isla... no la propia isla de Borneo, sino una isla situada al oeste de Borneo y llamada Gulandio, que tenía una montaña en el centro y un montón de pequeños poblados fangosos en las faldas de ella. Era difícil distinguir la montaña entre las nubes que la cubrían. Lo que había pretendido decir era que no sabía qué estaba buscando en las fotografías.

-La montaña se llama igual que la isla -explicó Bobby-, Gulandio. En el dialecto local, significa gracia o sino o destino, según se mire. Pero Duke Rogers dice que es la mayor bomba de relojería del mundo... y que estallará en octubre del año que viene. Tal vez antes.

La verdadera locura es lo siguiente: esta historia sólo es una locura si se cuenta a la velocidad a la que voy a intentar contarla. Bobby quería que reuniera entre seiscientos mil y un millón y medio de dólares para hacer lo siguiente. En primer lugar, sintetizar entre doscientos mil y trescientos mil litros de lo que él denominaba «la sustancia concentrada», en segundo lugar, transportarla por vía aérea a Borneo, que tenía aeropuerto (en Gulandio podía aterrizar un ala delta, pero poco más), transportarla por barco a aquella isla llamada Sino, Destino o Gracia, en cuarto lugar, subirla en camiones por la falda del volcán, que había permanecido inactivo (salvo unas cuantas toses en 1938) desde 1804, y por último, verterla por el cráter del mismo. Duke

Rogers se llamaba, en realidad, John Paul Rogers, y era el catedrático de geología. Afirmaba que lo del Gulandio no sería una mera erupción, sino una auténtica explosión, como la del Krakatoa en el siglo diecinueve, que produciría una onda expansiva que reduciría la bomba química, que había contaminado Londres, a la categoría de un simple petardo.

Los detritos de la erupción del Krakatoa, según me contó Bobby, habían cubierto todo el planeta. Los resultados observados habían desempeñado un papel de primer orden en la teoría del invierno nuclear del grupo de Sagan. Durante los tres meses siguientes a la erupción, los amaneceres y las puestas de sol de la mitad del planeta habían mostrado una combinación de colores grotesca a causa de la ceniza que transportaban tanto las corrientes altas como las corrientes de Van Alien, situadas cuarenta millas por debajo del Cinturón de Van Alien. Se produjeron alteraciones climáticas globales que persistieron durante cinco años, y las palmeras

Ñipa, que antes sólo habían crecido en África oriental y Micronesia, empezaron a hacer su aparición en las dos Américas.

-Todas las palmeras Ñipa de Norteamérica murieron antes de 1900 -aclaró Bobby-, pero siguen existiendo al sur del ecuador. El Krakatoa las plantó allí, Howie, del mismo modo que yo pretendo plantar el agua de La Plata en todo el planeta. Quiero que la gente se empape de agua de La Plata cuando llueva... y lloverá un montón después de que el Gulandio explote; quiero que beban el agua de La Plata que caiga en sus embalses, quiero que se laven el pelo con ella, que se bañen en ella, que limpien sus lentillas con ella. Quiero que las putas se hagan sus duchas vaginales con ella.

-Bobby, estás loco -sentencié sabiendo que no era cierto.

-No estoy loco -replicó con una sonrisa torva y fatigada-. ¿Quieres saber quién está loco? Pon las noticias de la CNN, Bow... Howie. Verás quién está loco, y lo verás a todo color.

Pero no necesitaba poner la CNN (que un amigo llamaba El Triturador de Desgracias) para saber a qué se refería Bobby. Los indios y los paquistaníes estaban a punto de abalanzarse unos sobre otros. Los chinos y los afganos, otro tanto.

Media África se moría de hambre, y la otra media se estaba extinguiendo por culpa del sida.

Se habían producido disturbios fronterizos a lo largo de toda la frontera entre Estados Unidos y

México durante los últimos cinco años, desde que México cayó en manos de los comunistas, y la gente había empezado a llamar el punto fronterizo de Tijuana, en California, Pequeño Berlín a causa del muro. El repiqueteo de los sables se había convertido en un alboroto. El último día del año anterior, los í Científicos de Responsabilidad Nuclear habían puesto su re- loj negro en la cuenta atrás.

-Bobby, supongamos que se pudiera hacer y que todo

¡marchara según el plan -intervine-. Seguramente, no pasaría, pero supongamos que sí.

No tienes ni la menor idea de los efectos secundarios a largo plazo.

Empezó a responder pero lo acallé con un gesto.

-No se te ocurra siquiera decir que sí lo sabes, porque no es cierto. Has tenido tiempo de descubrir este fenómeno y aislar su causa, eso lo admito. Pero ¿has oído hablar alguna vez de la talidomida? ¿Ese estupendo remedio contra el acné que provocó cáncer y ataques al corazón en personas de treinta años? ¿Es que no te acuerdas de la vacuna contra el sida que se descubrió en

1997?

-Howie...

-Esa vacuna frenó la enfermedad, pero convirtió a los

I sujetos del experimento en epilépticos incurables que murieron al cabo de dieciocho meses.

-Howie...

-Y luego el...

-Howie...

Me detuve y volví la mirada hacia él.

-El mundo... -empezó Bobby antes de interrumpirse, apenas capaz de contener las lágrimas-. El mundo necesita medidas heroicas, tío. No conozco los efectos a largo plazo, y 10 hay tiempo para descubrirlos, porque no hay perspectiva a largo plazo. Tal vez podamos curar este desastre. O tal vez...

Se encogió de hombros, intentó esbozar una sonrisa y me airó con ojos brillantes mientras dos lágrimas rodaban por ¡sus mejillas.

-O tal vez administremos heroína a un enfermo de cáncer en fase terminal. En cualquier caso, acabaremos con lo que está sucediendo ahora. Acabaremos con el dolor del mundo.

Extendió las manos, con las palmas vueltas hacia arriba para que pudiera ver las picadas de abeja.

-Ayúdame, Bow-How. Ayúdame, por favor.

De modo que lo ayudé.

Y la fastidiamos. De hecho, creo que podría decirse que la fastidiamos bien fastidiada. ¿Y quieren saber la verdad? Me importa un comino. Matamos todas las plantas, pero al menos salvamos el invernadero. Algún día, volverá a crecer algo en él, espero.

¿Están leyendo esto?

Mis movimientos empiezan a tornarse algo pesados. Por primera vez en muchos años, me veo obligado a pensar en lo que hago. Los movimientos propios de escribir a máquina. Debería haberme dado más prisa al principio.

Da igual. Demasiado tarde para arreglarlo.

Lo hicimos, por supuesto. Destilarnos el agua, la transportamos a Gulandio, construimos un ascensor primitivo, mitad polea a motor, mitad ferrocarril de cremallera, en la ladera del volcán, y vertimos más de doce mil bidones de veinte litros de agua de La Plata -en versión superconcentrada- a las lóbregas y nebulosas profundidades de la caldera del volcán. Lo hicimos en apenas ocho meses. No costó seiscientos mil dólares, ni un millón y medio, sino más de cuatro, menos, sin embargo, de la dieciseisava parte de lo que Estados Unidos había gastado en defensa aquel año. ¿Quieren saber cómo lo conseguimos? Se lo contaría si tubiera mas tiempo, pero tengo la cabeza a punto de estallar, así que no importa. La mayor parte la conseguí yo, por si les interesa. Uno poco de aquí y otro poco de allá. La verdad, no sabía que podía hacerlo solo hasta que lo hice. Pero lo logramos y de algún modo el mundo aguantó y el volcan... como se llame, no recuerdo el nombre, pero no hay tiempo para ojear el manuscrito, estalló como estaba.

Un momento

Vale, un poco mejor. Digitalina. Bobby la tenía. El corazón late como loco, pero puedo volver a pensar.

El volcán... Lo llamábamos Monte Gracia... estalló en el momento que Dook Rogers predijo.

Todo se fue al carajo y | por un momento la atención de todo el mundo se volvió hacia el cielo. Y fofadaz, dijo Escorbuta.

Pasó muy rápido corno el sexo y efexos especiales y todo ¡ el mundo se curó. Quiero decir un momento

Dios mío por favor déjame terminar esto.

Quiero decir que todo el mundo se calmo Todo el mundo asumió cierta perceptiva de la situación. El mondo se volvió como las avispas del nido de Bobby el que me enseño las avispas que no picavan mucho. Tres años de veranillo de San-martin. La gente se juntaba como en la canción aquella de los Youngbloods que decia vamos todo el mundo debe unirse ahoramismo, lo que cerian los hipies, saven, paaz y amorr y un mmnto

Gran estallido. Siento que el corazón sale por las oregas. SPero si concentro todas mis fuerzas, mi concentración...

Fue como un veranillo de San Martín, eso es lo que quería decir, como un veranillo de San

Martín que duró tres años. Bobby sigió con la investijacion. La Plata. Historial sociológico etc

Recuerdan el viejo *skerifft* El viejo gordo republicano que imitaba tan vien a Rodney Youngblod?

Que Bobby lijo que tenía los primeros síntomas de la enfermedad de lodney? concéntrate hijo de puta

No sólo él; resulta que había un montón de eso en aquella parte de Texas. Quiero decir la enfermedad de All's Hallows. Bobby y yo passamos trez anos ahi. Creamos otro programa. Nueba gráfica de circuios. Vi lo que pasaba y volvi aqui. Bobby y los 2 assistentt se cedaron. Uno se pego un tiro digo Bobby cuando vino aqui.

Un momento otro estal

Muy bien, ultima vez. Corazón late tan rápido que apenas puedo repirar. La nueba gráfica, la ultima, solo avertia si la pones sobre la grafa del fenómeno. Esta mostrava curba de violencia bajaba al acercar a La Plata, y la grafca de Alzheimer mostraba que incidencia seenilida precoc subía al acercar a La Plata. Por ahí, la gente so volvía muy tonta de muy joven.

Yo y Bobo tubimos musho cuidado en loz tres anos si-gientes, beber solo agua congas y llebar capas larjas bajo lu-via, asi que ningún guerra y todo el mundo se volvió tonoto, nosotros no y bolbí ací porque mi hermano no recuerdo su nombre

Bobby

Bobby cuando bino antes lorando y dige Bobby te cicero Bobby dijo losiento he combertio esto en un mundo dímbé-ciles y tonts y dije mejor imbeziles y tnnots que una gran

bola negrade cenizza enezpacio y lloró y lio tanbien Bobby te ciero y dijo me das injecion de agua espacial y dige si y dijo lo escrivires y dige si y creo que lo e echo pero no acuerdo veo palabas pero nose que sihgnifica

Tengo un Bobby su nomvbre es hermano y keo que e acavadpo y tengo una cajja para meterlo es Bobby dice lleno de are tankilo qu e dura un milon anos asi ce adiosadios todo el mano, boi a parar adiós bobby te quiero no fu culpa tu ia i te quiero perdono te ciero filmado (para mundoo),

Hay que aguantar a los niños

Su nombre era señorita Sidley, de profesión maestra. Era una mujer menuda que tenía que erguirse para escribir en el punto más alto de la pizarra, como hacía en aquel preciso instante. Tras ella, ninguno de los niños reía ni susurraba ni picaba a escondidas de ningún dulce que sostuviera en la mano. Conocían demasiado bien los instintos asesinos de la señorita Sidley. La señorita

Sidley siempre sabía quién estaba mascando chicle en la parte trasera de la clase, quién guardaba un tirachinas en el bolsillo, quién quería ir al lavabo para intercambiar cromos de béisbol en lugar de hacer sus necesidades. Al igual que Dios, siempre parecía saberlo todo al mismo tiempo.

Su cabello se estaba tornando gris, y el aparato que llevaba para enderezar su maltrecha espalda se dibujaba con toda claridad bajo el vestido estampado. Una mujer menuda, atenazada por constantes sufrimientos; una mujer con ojos de pedernal. Pero la temían. Su afilada lengua era una leyenda en el patio de la escuela. Al clavarse en un alumno que reía o susurraba, sus ojos podían convertir las rodillas más robustas en pura gelatina.

En aquel momento, mientras apuntaba en la pizarra la lista de palabras que tocaba deletrear, la maestra se dijo que el éxito de su larga carrera docente podía resumirse y confirmarse mediante aquel gesto tan cotidiano. Podía volver la espalda a sus alumnos con toda tranquilidad.

-Vacaciones -anunció mientras escribía la palabra en la pizarra con su letra firme y prosaica-. Edward, haz una frase con la palabra vacaciones, por favor.

-Fui de vacaciones a Nueva York -recitó Edward.

A continuación, repitió la palabra con todo cuidado, tal como les había enseñado la señorita

Sidley.

-Muy bien, Edward -aprobó la maestra mientras escribía la siguiente palabra.

Tenía sus pequeños trucos, por supuesto. Estaba del todo convencida de que el éxito dependía tanto de los pequeños detalles como de las grandes acciones. Aplicaba aquel principio en todo momento, y lo cierto era que nunca fallaba.

-Jane -dijo en voz baja.

La aludida, que había estado hojeando a escondidas su libro de lectura, alzó la mirada con ademán culpable.

-Cierra ese libro inmediatamente, por favor. Se oyó el sonido del libro al cerrarse. Jane clavó una mirada llena de odio en la espalda de la señorita Sidley.

-Y permanecerás en clase durante quince minutos después de que suene el timbre.

-Sí, señorita Sidley -murmuró Jane con labios temblorosos.

Uno de sus pequeños trucos consistía en el modo en que utilizaba las gafas. Toda la clase quedaba reflejada en los gruesos cristales, y siempre sentía una leve punzada de regocijo al ver sus rostros culpables y asustados cuando los sorprendía en alguno de sus malvados jueguecitos.

En aquel momento, distinguió a través de sus gafas la imagen distorsionada y fantasmal de

Robert. El chico estaba arrugando la nariz. La señorita Sidley no habló. Todavía no. Robert se ahorcaría por sí solo si le daba un poco más de cuerda.

-Mañana -articuló con toda claridad-. Robert, haz una frase con la palabra mañana, por favor.

Robert frunció el ceño mientras se concentraba. La clase estaba silenciosa y adormilada aquel caluroso día de finales de septiembre. El reloj eléctrico que pendía sobre la puerta indicaba que todavía quedaba media hora para que sonara el timbre de las tres, y lo único que impedía que las jóvenes cabezas cayeran sobre sus libros de ortografía era la silenciosa y temible amenaza que representaba la espalda de la señorita Sidley.

-Estoy esperando, Robert.

-Mañana pasará algo malo -repuso Robert.

Las palabras eran inofensivas, pero a la señorita Sidley, que había desarrollado el séptimo sentido propio de todos los docentes estrictos, no le gustaron ni pizca.

-Ma-ña-na -terminó Robert, tal como le habían enseñado.

Mantenía las manos unidas sobre el pupitre y en aquel momento volvió a arrugar la nariz. Al mismo tiempo, esbozó una pequeña sonrisa torva. De pronto, la señorita Sidley tuvo la certeza de que Robert conocía el pequeño truco de las gafas.

Muy bien, de acuerdo.

Empezó a escribir la siguiente palabra en la pizarra sin regañar a Robert, dejando que su cuerpo erguido transmitiera su propio mensaje. Mientras escribía, observaba atentamente a Robert con un ojo. El chiquillo no tardaría en sacarle la lengua o hacer aquel asqueroso gesto con el dedo que todos los niños e incluso las niñas conocían, a fin de comprobar si la maestra sabía lo que estaba haciendo. Y entonces sería castigado.

El reflejo de Robert era pequeño, fantasmal, distorsionado. La señorita Sidley apenas prestaba atención a la palabra que estaba escribiendo en la *pizarra..*

De pronto, Robert se transformó.

La señorita Sidley apenas entrevio el cambio, tan sólo distinguió durante una fracción de segundo el rostro de Robert mientras se transformaba en algo... diferente.

Se volvió con brusquedad, con el rostro pálido, ignorando la punzada de dolor que le acometió en la espalda.

Robert la miraba con expresión inocente y perpleja. Sus manos seguían unidas sobre la mesa. En su cogote se apreciaban los primeros indicios de un remolino. No parecía asustado.

«Ha sido fruto de mi imaginación -se dijo la maestra-. Estaba buscando algo, y mi mente me ha jugado una mala pasada. Parece absolutamente inocente.... Sin embargo...»

-¿Robert?

Pretendía que su voz sonara autoritaria, que tuviera un timbre que impulsara a Robert a confesar. Pero no lo logró.

-¿Sí, señorita Sidley?

Sus ojos eran de color castaño oscuro, como el lodo que yace en el fondo de un río de cauce lento.

-Nada.

Se volvió de nuevo hacia la pizarra. Un murmullo apenas audible recorrió el aula.

-¡Silencio! -ordenó al tiempo que se daba la vuelta-. Otro sonido y nos quedaremos todos con Jane después de la clase.

Se había dirigido a toda la clase, pero, de hecho, su mirada permanecía clavada en Robert, quien se la devolvió con infantil inocencia. «Quién, ¿yo? Yo no, señorita Sidley.»

La maestra se volvió hacia la pizarra y empezó a escribir sin espiar a través de sus gafas. La última media hora se le antojó interminable, y tuvo la sensación de que Robert le lanzaba una mirada extraña al salir de la clase. Una mirada que parecía decir: «Tenemos un secreto, ¿eh?».

No podía apartar de sí aquella mirada. Permanecía clavada en su mente, como un trocito de ternera que se le hubiera quedado entre dos muelas, un grano de arena que le parecía una montaña.

Cuando se dispuso a tomar su solitaria cena, consistente en huevos escalfados y tostadas, todavía la atenazaba aquella imagen. Sabía que estaba envejeciendo, y lo aceptaba con serenidad.

No sería una de aquellas maestras solteronas que patalean y gritan cuando las sacan a rastras de sus clases al llegar el momento de la jubilación. Le recordaban a los jugadores incapaces de apartarse de la mesa de juego cuando van perdiendo. Pero ella no iba perdiendo. Siempre había sido una ganadora.

Bajó la vista hacia los huevos escalfados. ¿Verdad?

Pensó en los limpios rostros de sus alumnos de tercero, y decidió que el de Robert sobresalía sobre los demás. Se levantó y encendió otra luz.

Más tarde, justo antes de dormirse, el rostro de Robert apareció ante ella, esbozando una desagradable sonrisa en la oscuridad que se extendía tras sus párpados cerrados. El rostro empezó a transformarse...

Pero antes de que pudiera distinguir en qué se estaba convirtiendo aquel rostro, se sumió en las tinieblas del sueño.

La señorita Sidley pasó una noche inquieta, por lo que al día siguiente se mostró brusca y malhumorada. Estaba a la expectativa, casi esperando que alguien susurrara, riera o tal vez pasara una nota a un compañero. Pero la clase permaneció en silencio... en un profundo silencio. Todos los alumnos la miraban sin expresión, y la maestra casi sentía el peso de sus miradas sobre ella, como si se tratara de hormigas ciegas que se pasearan por su cuerpo.

«¡Basta! -se dijo con severidad-. Te estás comportando como una chiquilla asustadiza que acaba de salir de la escuela de maestros!»

Una vez más, el día se le antojó eterno, y creyó sentirse más aliviada que sus alumnos cuando el timbre anunció el final de las clases. Los niños se alinearon en filas junto a la puerta, niños y niñas ordenados por estatura y cogidos de la mano.

-Podéis retiraros -dijo y se quedó escuchando con amargura los gritos de los niños que corrían por el pasillo y salían a disfrutar del brillante sol.

«¿Qué era lo que vi cuando se transformó? Algo bulboso. Algo que relucía. Algo que me miraba fijamente, sí, me miraba fijamente y sonreía y no era un niño, desde luego que |no. Era viejo y malvado y...»

-¿Señorita Sidley?

La maestra alzó la cabeza con brusquedad y de sus labios | escapó una pequeña exclamación involuntaria. Era el señor Hanning.

-No pretendía asustarla -dijo el hombre con una son-|***risa*** de disculpa.

-No se preocupe -repuso la maestra en un tono más Ihosco del que pretendía dar a sus palabras.

¿En que estaría pensando? ¿Qué era lo que le pasaba?

-¿Le importaría comprobar si hay toallas de papel en el ¡lavabo de chicas?

-Ahora mismo voy.

La maestra se incorporó mientras se llevaba las manos a la parte baja de la espalda. El señor

Hanning la contempló con expresión compasiva. «No se esfuerce -pensó la señorita Sid-ley-.

A la solterona no le divierte esto en absoluto. Ni siquiera le interesa.»

Pasó junto al señor Hanning y se dirigió al lavabo de chicas. Las risas de unos chicos que llevaban maltrechos accesorios de béisbol se apagaron al acercarse ella. Los chicos salieron con expresión culpable antes de reanudar sus carcajadas y gritos en el patio.

La señorita Sidley frunció el ceño mientras pensaba que los niños habían sido distintos en sus tiempos. No más corteses, pues los niños nunca habían sido corteses, y no precisamente más respetuosos con los adultos; pero se apreciaba una suerte de hipocresía que nunca había existido.

Un sonriente silencio en presencia de los adultos que nunca había existido. Una suerte de desprecio silencioso que resultaba molesto e inquietante. Como si...

«¿Se ocultaran detrás de máscaras? ¿Es eso?»

Apartó de sí aquel pensamiento y entró en el baño. Se trataba de una estancia pequeña en forma de L. Los retretes estaban alineados a lo largo del brazo más largo, mientras que los lavabos se extendían a lo largo de la parte más corta de la habitación.

Mientras inspeccionaba los estantes de las toallas de papel, divisó su imagen reflejada en uno de los espejos, y quedó petrificada al contemplarse con mayor detalle. No le gustó nada lo que vio... ni pizca. Percibió una mirada que no había tenido dos días antes, una mirada temerosa, vigilante. Con un sobresalto, se dio cuenta de que el reflejo borroso del rostro pálido y respetuoso de Robert se había adueñado de ella.

La puerta del baño se abrió y entraron dos niñas riendo y susurrando. Cuando estaba a punto de doblar la esquina y pasar junto a ellas, oyó que pronunciaban su nombre. Regresó a los lavabos y volvió a inspeccionar los recipientes de toallas.

-Y entonces... Risitas ahogadas.

-Ella lo sabe, pero...

Más risitas, suaves y pegajosas como jabón fundido.

-La señorita Sidley está...

«¡Basta! ¡Dejad de hacer ese ruido!»

Se acercó un poco para ver sus sombras, difusas y borrosas a causa de la luz que se filtraba a través de las ventanas de cristales lechosos, unidas en su infantil excitación.

Otro pensamiento cruzó su mente.

«Ellas sabían que estaba ahí.»

Sí. Sí, lo sabían. Esas pequeñas zorras lo sabían.

Las zarandearía. Las sacudiría hasta que les castañetearan los dientes y sus risas se convirtieran en aullidos; les golpearía la cabeza contra la pared de azulejos hasta que confesaran que lo sabían.

En aquel momento, las sombras empezaron a transformarse. Parecieron alargarse, fluir como sebo mientras cobraban extrañas formas jorobadas que impulsaron a la señorita Sidley a retroceder hacia los lavabos de porcelana, con el corazón desbocado.

Pero las niñas siguieron riendo.

Las voces se transformaron; dejaron de ser infantiles y se convirtieron en sonidos asexuados, desalmados y muy, muy malvados. Un sonido lento y turgente de humor salvaje que doblaba la esquina hacia ella como si del contenido del desagüe se tratara.

Clavó la mirada en aquellas sombras jorobadas y de pronto, empezó a gritar. El grito siguió y siguió, hinchándose en su mente hasta adquirir proporciones dementes. Y en aquel instante, perdió el conocimiento.

Las risitas, como carcajadas del diablo, la siguieron hasta las tinieblas.

Por supuesto, no podía contarles la verdad.

La señorita Sidley lo supo desde el momento en que abrió los ojos y distinguió los rostros ansiosos del señor Hanning y la señora Crossen. Esta última sostenía bajo su nariz el frasco de sales procedente del botiquín del gimnasio. El señor Hanning se volvió y pidió a las dos niñas que observaban a la señora Sidley con curiosidad que se fueran a casa.

Las dos niñas le dedicaron una sonrisa... una sonrisa lenta, que indicaba que compartían un secreto con ella, y salieron de la escuela.

Muy bien, guardaría el secreto. Durante un tiempo. No permitiría que la gente creyera que se había vuelto loca, o que los primeros tentáculos de la senilidad se habían apoderado de ella antes de tiempo. Jugaría con sus reglas hasta que estuviera en posición de desenmascararlos y arrancar el problema de raíz.

-Creo que he resbalado -explicó en tono sereno mientras se incorporaba, haciendo caso omiso del terrible dolor de espalda que la atormentaba-. Algún charco de agua.

-Es terrible -exclamó el señor Hanning-. Terrible. ¿Se ha...?

-¿Se ha hecho daño en la espalda, Emily? -intervino la señora Crossen.

El señor Hanning le dirigió una mirada de gratitud.

La maestra se puso en pie entre tremendas punzadas de dolor.

-No -repuso-. De hecho, parece que la caída ha obrado un pequeño milagro. Hace años que no tengo la espalda tan bien.

-Podemos llamar al médico... -sugirió el señor Hanning.

-No hace falta -replicó la señorita Sidley con una sonrisa serena.

-Llamaré a un taxi desde la oficina.

-Ni hablar -objetó la señorita Sidley mientras se dirigía a la puerta del lavabo-. Siempre voy en autobús.

El señor Hanning exhaló un suspiro y miró a la señora Crossen, quien puso los ojos en blanco y permaneció en silencio.

Al día siguiente, la señorita Sidley obligó a Robert a quedarse en la escuela después de clase. El muchacho no había hecho nada malo, por lo que se limitó a acusarlo de una falta imaginaria. No sintió remordimientos por ello. Era un monstruo, no un niño. Tenía que obligarlo a confesar.

La espalda la estaba martirizando. Se dio cuenta de que Robert lo sabía y que esperaba que eso le favorecería. Pero se equivocaba. Ésa era otra de sus pequeñas ventajas. La espalda le había dolido de un modo constante durante los últimos doce años, y en muchas ocasiones el dolor había sido tan intenso como en aquel momento... bueno, casi.

Cerró la puerta para que ambos quedaran aislados del exterior.

Durante un momento, permaneció inmóvil, con la mirada clavada en Robert. Esperó a que el niño bajara los ojos, pero fue en vano. Robert siguió mirándola con fijeza y de pronto, una pequeña sonrisa empezó a dibujarse en las comisuras de sus labios.

-¿Por qué sonríes, Robert? -inquirió en voz baja.

-No lo sé -repuso el chico sin dejar de sonreír.

-Dímelo, por favor.

Robert permaneció en silencio.

Y siguió sonriendo.

Los sonidos de los demás niños en el patio parecían muy lejanos, como pertenecientes a un sueño. Sólo el zumbido hipnótico del reloj de pared era real.

-Somos bastantes -anunció Robert de pronto, como si hablara del tiempo.

Ahora le tocó el turno a la señorita Sidley de permanecer en silencio.

-Once en esta escuela.

«Malvado -se dijo la maestra asombrada-. Muy malvado, increíblemente malvado.»

-Los niños que dicen mentiras van al infierno -replicó con toda claridad-. Sé que muchos padres ya no se lo explican a su... prole..., pero te aseguro que es cierto, Robert. Los niños que dicen mentiras van al infierno. Y las niñas también.

La sonrisa de Robert se hizo más amplia y malvada.

-¿Quiere ver cómo me transformo, señorita Sidley? ¿Quiere verlo bien?

Un hormigueo recorrió la espalda de la maestra.

-Márchate -ordenó con brusquedad-. Y trae a tu madre o a tu padre a la escuela mañana.

Entonces arreglaremos todo este asunto.

Eso es. Ya volvía a pisar tierra firme. Esperó que el rostro del niño se contrajera; esperó la aparición de las lágrimas.

En lugar de ello, la sonrisa de Robert se ensanchó aún más, se amplió hasta mostrar sus dientes.

-Será como cuando traemos algo a clase para explicar qué es, ¿verdad, señorita Sidley? A

Robert... al otro Robert... le gustaba ese juego. Todavía está escondido en el fondo de mi cabeza.

-La sonrisa se curvó en las comisuras de los labios como si de papel quemado se tratara-. A veces se pone a correr por ahí... me pica. Quiere que le deje salir.

-Márchate -repitió la señorita Sidley en tono impávido.

El zumbido del reloj se le antojaba cada vez más cercano.

Robert empezó a transformarse.

De pronto, su rostro se difuminó como cera fundida. Los ojos se aplanaron y ensancharon como yemas que alguien hubiese pinchado con un cuchillo, la nariz se amplió como un bostezo, la boca desapareció. La cabeza se alargó, y el cabello dejó de ser cabello para convertirse en una inmensa maraña desordenada y crispada.

Robert soltó una risita ahogada.

El sonido lento y cavernoso procedía de lo que había sido su nariz, pero la nariz había devorado la parte baja de su rostro; las fosas nasales se habían fundido en un solo agujero que se asemejaba a una enorme boca abierta de par en par.

Robert se levantó sin dejar de reír, y tras él, la señorita Sidley distinguió los últimos vestigios del otro Robert, el chiquillo del que aquel engendro se había apoderado y que aullaba aterrorizado, rogando que lo dejaran salir de allí.

La maestra echó a correr.

Huyó gritando por el pasillo, y los pocos alumnos que quedaban en la escuela se volvieron para mirarla con ojos inocentes y abiertos de par en par. El señor Hanning abrió su puerta de golpe en el momento en que la maestra cruzaba las amplias puertas acristaladas de la entrada, un espantapájaros loco y gesticulante dibujado contra el brillante sol de septiembre.

El hombre la siguió a la carrera, con la nuez bailándole en la garganta.

-¡Señorita Sidley! ¡Señorita Sidley!

Robert salió de la clase y contempló la escena con curiosidad.

La señorita Sidley no oía ni veía nada en absoluto. Bajó a trompicones los escalones de entrada, atravesó la acera y se abalanzó sobre la calle, dejando tras de sí una intensa estela de chillidos. De pronto, se escuchó el atronador y profundo sonido de un claxon, y una fracción de segundo más tarde, el autobús se precipitó sobre ella. A través del parabrisas, el rostro del conductor aparecía contraído en una máscara de temor. Los frenos chirriaron como dragones enojados.

La señorita Sidley cayó al suelo, y las enormes ruedas del vehículo se detuvieron humeantes a pocos centímetros de su cuerpo frágil y enclaustrado en la prótesis. Permaneció tendida en el suelo, temblando, mientras el gentío se agolpaba a su alrededor.

Al volverse, comprobó que los niños la miraban con fijeza. Estaban colocados en un apretado círculo, como los asistentes a un entierro en torno a una tumba abierta. A la cabecera de la tumba se hallaba Robert, un pequeño sepulturero preparado para verter la primera palada de tierra sobre su rostro.

A lo lejos, se escuchaba el balbuceo del conductor del autobús.

-... loca o algo así... Dios mío, unos centímetros más y...

La señorita Sidley clavó la mirada en los niños. Sus sombras la cubrían por entero. Sus rostros permanecían impasibles. Algunos de ellos esbozaban pequeñas sonrisas enigmáticas, y la señorita Sidley supo que no tardaría en ponerse a gritar de nuevo.

En aquel instante, el señor Hanning disolvió el círculo que se había cerrado en torno a ella, ahuyentó a los niños y entonces, la señorita Sidley estalló en débiles sollozos.

No volvió a dar clase al tercer curso hasta al cabo de un mes. Con toda tranquilidad, explicó al señor Hanning que no se sentía bien últimamente, y el hombre le sugirió que acudiera a un médico y le comentara el asunto. La señorita Sid-ley convino en que era la única medida sensata y racional que cabía tomar. Asimismo, añadió que si la junta escolar deseaba que presentara su dimisión, se la entregaría de inmediato aunque ello le dolería mucho. Con expresión incómoda, el señor Hanning repuso que no creía que aquello hiciera falta. En consecuencia, la señorita Sidley regresó a finales de septiembre, dispuesta una vez más a reanudar el juego y conocedora ya de las reglas.

Durante la primera semana, permitió que las cosas siguieran su curso. Tenía la sensación de que toda la clase la contemplaba con ojos hostiles y enigmáticos. Robert la miraba sonriendo desde su asiento en la primera fila, y la maestra no pudo reunir el valor suficiente como para llamarlo a recitar la lección.

En una ocasión, durante una vigilancia de patio, Robert se acercó a ella con una pelota de goma y una sonrisa pintada en el rostro.

-Somos tantos que no lo creería -dijo-. Ni usted ni nadie -añadió con un malvado guiño que la dejó petrificada-. Quiero decir, si intentara explicárselo a alguien...

Una niña que jugaba en los columpios del otro lado del patio la miró con fijeza y estalló en carcajadas.

La señorita Sidley dedicó a Robert una sonrisa llena de serenidad.

-Pero, Robert, ¿de qué estás hablando? Pero Robert continuó sonriendo mientras regresaba para incorporarse al juego.

La señorita Sidley llevó la pistola a la escuela en el bolso. El arma había pertenecido a su hermano, quien se la había arrebatado a un soldado alemán muerto poco después de la batalla del

Bulge. Jim llevaba diez años muerto. No había abierto la caja que contenía el arma desde hacía al menos cinco años, pero cuando la abrió la vio brillar con destellos apagados. Los cartuchos de munición seguían ahí, así que se dedicó a cargar el arma tal como le había enseñado Jim.

Dedicó una agradable sonrisa a sus alumnos, en especial a Robert. Robert le devolvió la sonrisa, y la maestra distinguió el engendro que flotaba justo debajo de su piel, aquel ser fangoso, lleno de inmundicia.

No tenía idea de qué era lo que anidaba bajo la piel de Robert, y tampoco le importaba; sólo esperaba que el auténtico Robert hubiera desaparecido por completo. No quería convertirse en una asesina. Decidió que el verdadero Robert debía de haber muerto o enloquecido por vivir dentro de aquella cosa sucia y serpenteante que había soltado una risita ahogada en la clase y la había obligado a lanzarse gritando a la calle. Así que, aun en caso de que siguiera vivo, liberarlo de aquel tormento constituiría un acto de misericordia.

-Hoy haremos un examen -anunció la señorita Sidley.

Los alumnos no gruñeron ni se removieron inquietos en sus sillas, sino que se limitaron a mirarla con fijeza. La maestra sentía el peso de sus ojos. Pesados, sofocantes.

-Será un examen muy especial. Os iré llamando uno a uno al aula de mimeografía, y ahí pasaréis el examen. Después os daré un caramelo y podréis iros a casa. ¿No os parece estupendo?

Los niños esbozaron sonrisas vacuas y permanecieron en silencio.

-Robert, tú serás el primero.

Robert se levantó con su sonrisita habitual y arrugó la nariz de un modo bastante ostensible.

-Sí, señorita Sidley.

La maestra tornó su bolso y ambos recorrieron el amplio pasillo, pasando junto al apagado sonido de los alumnos que recitaban la lección tras las puertas cerradas. La sala de mimeografía se hallaba al final del pasillo, junto a los lavabos. La habían insonorizado dos años antes; la vieja máquina era muy antigua y ruidosa.

La señorita Sidley cerró la puerta con llave una vez estuvieron dentro.

-Nadie puede oírte -dijo con toda tranquilidad mienr tras sacaba el revólver del bolso-.

Ni a ti ni a esto.

-Pero somos muchos -terció Robert con una sonrisa inocente-. Muchos más de los que hay aquí en la escuela.

Posó una de sus pequeñas y limpias manos sobre la bandeja de papel del mimeógrafo.

-¿Le gustaría volver a ver cómo me transformo?

Antes de que la señorita Sidley pudiera replicar, el rostro de Robert empezó a relucir y convertirse en la máscara grotesca que ya conocía. La maestra le disparó. Una sola vez. En la cabeza. El niño cayó hacia atrás, sobre los estantes de papel, y a continuación se deslizó hasta el suelo, un niño muerto, con un pequeño orificio negro justo por encima del ojo derecho.

Tenía un aspecto patético.

La señorita Sidley se inclinó sobre él, jadeando. De pronto, palideció. El niño no se movió.

Era humano.

Era Robert.

¡No!

«Ha sido todo producto de tu imaginación, Emily. Fantasías tuyas.»

¡No, no, no!

Regresó a la clase y los llevó a la sala uno a uno. Mató a doce alumnos y los habría matado a todos si la señora Cros-sen no hubiera llegado a la sala en busca de un paquete de papel rayado.

La señora Crossen abrió la boca de par en par y se llevó una mano a los labios. Empezó a gritar, y todavía chillaba cuando la señorita Sidley la alcanzó y le colocó una mano en el hombro.

-Tenía que hacerse, Margaret -le explicó-. Es terrible, pero tenía que hacerse. Son todos unos monstruos.

La señora Crossen clavó la mirada en los cuerpos enfundados en alegres ropas que yacían esparcidos junto al mimeógrafo, y siguió gritando. La chiquilla cuya mano sostenía la señorita

Sidley empezó a llorar de un modo constante y monótono. *Uaaaaahhh... uaaaahhh... uaaaahhh.*

-Transfórmate -ordenó la señorita Sidley-. Enséñaselo a la señora Crossen. Demuéstrale que tenía que hacerse. La niña siguió llorando sin comprender.

-¡Maldita sea, transfórmate! -gritó la señorita Sidley-. ¡Maldita zorra, maldita zorra sucia, repugnante y asquerosa! Que Dios te maldiga, ¡transfórmate!

La maestra alzó el arma. La pequeña se encogió, y en un abrir y cerrar de ojos, la señora

Crossen se abalanzó sobre la otra mujer como un gato. De pronto, la espalda de la señorita Sidley cedió.

No hubo juicio.

Los informes pedían a gritos un juicio, los desolados padres lanzaron juramentos histéricos contra la señorita Sidley, y la ciudad quedó paralizada, pero, al final, prevaleció la calma y no se celebró ningún juicio. La legislatura estatal estipuló oposiciones más estrictas para la admisión de maestros, y la señorita Sidley fue recluida en Juniper Hill, Augusta. Ahí se sometió a un exhaustivo análisis, se le administraron los medicamentos más avanzados y más tarde empezó a asistir a sesiones de terapia ocupacional. Al cabo de un año, bajo estricta vigilancia, se le permitió participar en una sesión de encuentro experimental.

Su nombre era Buddy Jenkins, de profesión psiquiatra.

Estaba sentado tras un espejo falso, con una carpeta en las manos, mientras observaba una habitación equipada como guardería. En la pared más alejada, una vaca saltaba sobre la luna y un ratón trepaba por un reloj. La señorita Sidley estaba en una silla de ruedas, con un libro de cuentos sobre las rodillas, rodeada de un grupo de confiados niños retrasados que sonreían y babeaban.

Los niños le sonreían, babeaban y la tocaban con sus pequeños dedos mojados, siempre bajo la vigilancia de los asistentes, que permanecían atentos al menor indicio de agresividad por parte de la mujer.

Durante un rato, Buddy creyó que la señorita Sidley reaccionaba bien. Leía en voz alta, acarició la cabeza de una niña y consoló a un chiquillo que había tropezado con un bloque de madera. De pronto, el médico tuvo la impresión de que la maestra había visto algo inquietante, pues frunció el ceño y apartó la vista de los niños.

-Sáquenme de aquí, por favor -rogó en voz baja y monótona, sin dirigirse a nadie en particular.

La sacaron de allí. Buddy Jenkins observó a los niños mientras la seguían con ojos abiertos y vacuos, pero, al mismo tiempo, profundos. Uno de ellos esbozó una sonrisa, mientras que otro se introdujo unos dedos en la boca en ademán malicioso.

Aquella noche, la señorita Sidley se rebanó el cuello con un trozo de espejo roto, y a partir de aquel momento, Buddy Jenkins empezó a observar a los niños con creciente atención. Al final, apenas si podía apartar la mirada de ellos.

El piloto nocturno

A pesar de su licencia de piloto, Dees no se interesó por el tema hasta que ocurrieron los asesinatos del aeropuerto de Maryland, el tercer y el cuarto asesinatos de la lista. Entonces empezó a sentir aquella especial combinación de sangre y entrañas que los lectores de *Iñude View* esperaban. Eso combinado con una buen misterio ba-ratejo como éste hacía más que probable un aumento en la tirada del periódico y, en el negocio de la prensa sensaciona-lista, el aumento de la tirada no sólo es importante, sino que es la madre del cordero.

No obstante, para Dees había tanto buenas como malas noticias. Las buenas eran que había sido el primero en hacerse con la historia; seguía siendo invicto, el mejor, el gallo del gallinero.

Las malas noticias eran que la gloria en realidad era para Morrison, al menos de momento.

Morrison, el editor pipiólo, había estado machacando el tema incluso después de que Dees, el reportero veterano, le dijera que no eran más que habladurías. A Dees no le gustaba la idea de que

Morrison hubiera olido la sangre antes que él, de hecho, no la soportaba, y eso le dio unas tremendas ganas de joderlo. Y sabía cómo hacerlo.

-Duffrey, Maryland, ¿verdad? Morrison asintió con la cabeza.

-¿Alguien de la revista se ha hecho con el tema? -preguntó Dees, encantado al ver que

Morrison pegaba un respingo.

-Si lo que quiere saber es si alguien ha sugerido que podría haber un asesino en serie suelto por ahí fuera, la respuesta es no -replicó con frialdad.

Pero no falta mucho, pensó Dees.

-Pero no falta mucho -prosiguió Morrison-. Si hay algún otro...

-Déme el expediente -pidió Dees señalando la carpeta color de ante que yacía sobre la mesa tan sobrecogedora-mente ordenada de Morrison.

El editor, que era medio calvo, puso la mano sobre el dos-sier, lo que hizo comprender a

Dees dos cosas. Morrison iba a dársela, pero no antes de hacerle pagar por su incredulidad inicial y esa actitud altanera de «aquí el veterano soy yo». Al fin y al cabo, quizás eso fuera lo justo. Tal vez, incluso un gallito necesitaba que lo achucharan de vez en cuando para refrescarle la memoria respecto al orden establecido de las cosas.

-Creía que estarías en el Museo de Historia Natural hablando con el tipo de los pingüinos

-comentó Morrison con una leve aunque inconfundiblemente malvada sonrisa-. El tipo que cree que son más inteligentes que las personas y los delfines.

Dees señaló la otra cosa que había sobre la mesa de Morrison aparte de las fotografías de su repelente esposa y sus repelentes hijos: un cesto de alambre con una etiqueta que decía EL PAN

NUESTRO DE CADA DÍA. Solía contener un pequeño fajo de papeles manuscritos, seis o siete páginas unidas por un característico clip color magenta de Dees, y un sobre en el que se leia

PELÍCULA, NO DOBLAR.

Morrison retiró la mano de la carpeta (preparado para atraparla de nuevo si Dees hacía un movimiento en falso), abrió el sobre y sacó dos hojas llenas de fotos en blanco y negro, no más grandes que sellos. En cada foto había largas hileras de pingüinos con la mirada clavada en la cámara. Había algo indefectiblemente horripilante en ellos; a Merton Morrison le parecían los muertos vivientes de George Romero, pero en esmoquin. Asintió con la cabeza y volvió a meterlas en el sobre. Por definición, Dees sentía antipatía hacia los editores, pero tenía que reconocer que éste al menos atribuía el mérito a quien realmente lo tenía. Era una cualidad poco común, y Dees supuso que iba a acarrearle todo tipo de problemas de salud más adelante en su vida, si es que no le había sucedido ya. Ahí estaba; seguramente no llegaba ni a los treinta y cinco, y casi el setenta por ciento de su cráneo ya estaba al descubierto.

-No está mal -comentó Morrison-. ¿Quién las ha tomado?

-Yo mismo -repuso Dees-. Siempre tomo las fotografías que acompañan a mis historias. ¿No mira nunca los epígrafes ?

-Por lo general no -replicó Morrison, mirando de reojo el titular que Dees había adherido a su artículo sobre los pingüinos.

Libby Granit, del departamento de composición, se inventaría uno mucho más vistoso, porque al fin y al cabo, ése era su trabajo, pero las ideas de Dees eran buenas incluso en lo que respectaba a los titulares, y con frecuencia se acercaba bastante al más adecuado aunque no diera exactamente en el clavo. INTELIGENCIA EXTRATERRESTRE EN EL POLO NORTE, rezaba este titular. Por supuesto, los pingüinos no eran extraterrestres y Morrison creía que en realidad vivían en el Polo Sur, aunque este tipo de cosas apenas importaban. A los lectores de *Inside View* les entusiasmaban tanto los extraterrestres como la inteligencia (quizás porque la mayoría de ellos se sentían como los primeros y tenían una notabilísima carencia de la segunda), y eso era lo que importaba.

-Al titular le falta un poco de chispa -empezó Morrison-, pero...

-Para eso está Libby -terminó Dees por él-, Así que...

-¿Así que qué? -preguntó Morrison.

Sus ojos aparecían grandes, azules y tristones detrás de sus gafas de montura de oro. Volvió a poner la mano sobre la carpeta, esbozó una sonrisa y esperó.

-¿Qué quiere que le diga? ¿Que estaba equivocado? La sonrisa de Morrison se amplió un poco.

-Sólo que tal vez se ha equivocado. Creo que eso bastaría; ya sabe que soy un trozo de pan.

-Sí, dígamelo a mí -respondió Dees, aunque se sentía aliviado.

Podía soportar una pequeña humillación, pero no le gustaba tener que arrastrarse cual vil serpiente.

Morrison siguió mirándolo con la mano derecha extendida sobre la carpeta.

-De acuerdo. Tal vez me he equivocado.

-Qué generoso -exclamó Morrison al tiempo que le alargaba la carpeta.

Dees se la arrebató con avidez, se dirigió a la silla que estaba junto a la ventana y la abrió.

Lo que leyó esta vez, aunque no era más que un montaje inconexo de telegramas y recortes de periódicos de los semanarios de unas pequeñas poblaciones, lo dejó de piedra.

No lo había visto antes, pensó antes de preguntarse por qué no lo había visto antes.

No lo sabía, pero sí sabía que tendría que reconsiderar el hecho de ser el gallito del corral de la prensa sensacionalista si se perdía más historias como aquélla. Y sabía algo más; si él y

Morrison hubieran invertido los papeles (y Dees había rechazado el puesto de director de *Inside*

View no una vez sino dos en los últimos siete años), habría hecho que Morrison se arrastrara cual vil serpiente antes de darle la carpeta.

Y una mierda, se corrigió. Lo habrías echado del despacho de un puntapié.

Se le ocurrió la idea de que podría estar quemándose. El índice de quemados en la profesión era bastante alto, lo sabía. Aparentemente, uno sólo podía pasarse un cierto número de años escribiendo artículos sobre platillos volantes que se llevan pueblos enteros de Brasil

(generalmente ilustrados con fotografías desenfocadas de bombillas colgando de hilos), perros que entienden de cálculo y padres sin trabajo que descuartizan a sus hijos como quien corta leña.

Y un buen día se te cruzaban los cables; al igual que Dottie Walsh, que al llegar a casa cierto día, se tomó un baño con la cabeza metida en una bolsa de la tintorería.

No seas imbécil, se dijo, pero de todos modos no las tenía todas consigo. La historia estaba ahí, ahí mismo, tan grande como la vida misma y dos veces más horrible. ¿Cómo demonios se le podía haber escapado?

Miró a Morrison, que se balanceaba en su sillón de despacho con los dedos entrelazados sobre el estómago mientras lo observaba.

-¿Y bien? -preguntó Morrison.

-Sí -replicó Dees-. Esto podría ser algo gordo. Y eso no es todo. Creo que podría ser real.

-Me da igual si es real o no -dijo Morrison-, siempre y cuando haga vender periódicos.

Y va a hacer que se vendan muchos periódicos, ¿verdad, Richard?

-Sí.

Dees se levantó y se guardó la carpeta debajo del brazo.

-Quiero seguir la pista de este tipo, empezando por la primera que tenemos, en Maine.

-Richard.

Se volvió en el umbral de la puerta y vio que Morrison miraba de nuevo las hojas de película con una sonrisa en los labios.

-¿Qué le parece si ponemos las mejores junto a una foto de Danny De Vito en la película

Batmanl

-Me parece bien -repuso Dees antes de salir.

De repente se desvanecieron todas las preguntas y las dudas, gracias a Dios; el viejo olor a sangre volvía a impregnar su nariz, fuerte y pungente, y, por el momento, lo único que quería era seguirlo hasta el final. Y el final llegó una semana más tarde, no en Maine, ni en Maryland, sino mucho más hacia el sur, en Carolina del Norte.

Era verano, lo que significa que la vida debía ser fácil y el algodón debía estar crecido, pero no le estaba resultandonada fácil a Richard Dees mientras el día se consumía hacia el anochecer.

El problema principal residía en que no podía, al menos de momento, aterrizar en el pequeño aeropuerto de Wilmington, que servía sólo a una empresa de transportes, unas pocas líneas comerciales y muchos aviones privados. Era una zona de fuertes tormentas y Dees estaba describiendo círculos a unos ciento treinta kilómetros del campo de aviación, tambaleándose arriba y abajo en el aire y echando pestes al ver que se le escapaba la última hora de luz. Eran las ocho menos cuarto cuando le dieron autorización para aterrizar. Exactamente cuarenta minutos antes de la puesta de sol. No sabía si el Piloto Nocturno se ajustaba a las normas o no, pero si lo hacía, sería una cuestión de minutos.

Y el Piloto Nocturno estaba ahí; Dees estaba seguro de ello. Había encontrado el lugar adecuado, el Cessna Sky-master correcto. Su presa podría haber ido a Virginia Beach, a Charlotte, a Birmingham o incluso a algún otro punto más al sur, pero no lo había hecho. Dees no sabía dónde se había escondido entre el momento de abandonar Duffrey, Ma-ryland, y llegar aquí, pero tampoco le importaba. Le bastaba con saber que su intuición no le había fallado, que su hombre seguía concentrado en los campos de aviación. Dees había pasado gran parte de la semana anterior llamando a los aeropuertos del sur de Duffrey que podían coincidir con el *mo-dus operandi* del Piloto Nocturno, insistiendo una y otra vez, pulsando las teclas del teléfono desde su habitación del motel Days Inn hasta que le empezaron a doler los dedos y las personas al otro lado del hilo comenzaron a dar muestras de irritación ante su insistencia. A pesar de todo, la persistencia acabó por arrojar sus frutos, como suele ocurrir.

La noche anterior habían aterrizado aviones privados en todos los aeropuertos más probables, y Cessnas Skymasters 337 en todos ellos. No era de extrañar, puesto que eran los

Toyotas de la aviación privada. Pero el Cessna 337 que había aterrizado la noche anterior en

Wilmington era el que andaba buscando, sin lugar a dudas. Ya lo tenía.

Lo tenía bien cogido.

-N471B, vector aterrizaje por instrumentos pista 34 -recitó la voz de la radio en tono lacónico-. Tome rumbo 160. Descienda a mil metros.

-Rumbo 160. Abandono 6 y me mantengo a mil metros. Roger.

-Y vaya con cuidado, todavía hace mal tiempo por aquí.

-Roger -repuso Dees.

Se dijo que el cateto que estaba allá abajo, sentado en el barril de cerveza que debía de hacer las veces de torre de control, era un encanto por decirle eso. Ya sabía que hacía mal tiempo; veía los nubarrones de tormenta y los relámpagos que surgían de ellos como fuegos artificiales gigantes, y se había pasado los últimos cuarenta minutos dando vueltas como si estuviera en una batidora en lugar de un Beechcraft bimotor.

Desconectó el piloto automático, que llevaba demasiado tiempo haciéndole dar vueltas estúpidas sobre todas las granjas de Carolina del Norte, y cogió los mandos. Por aquí no había algodón, ni crecido ni por crecer, al menos que él pudiera ver. Sólo un puñado de campos de tabaco consumidos y cubiertos de hierbajos. Dees se alegró de poder acercarse a Wilmington y empezar el descenso, dirigido por el piloto, Control de Tráfico Aéreo y la torre de control para la aproximación por instrumentos.

Cogió el micrófono con la intención de preguntarle al cateto de la torre si algo extraño estaba pasado ahí abajo, quizás el tipo de historias sobre noches tormentosas que entusiasmaban a los lectores de *Inside View,* pero se lo pensó mejor. Todavía faltaba un rato hasta el anochecer; había comprobado la hora oficial en Wilmington durante el trayecto desde el aeropuerto nacional de Washington. Se dijo que le convenía reservarse las preguntas para más tarde.

Dees se creía que el Piloto Nocturno era un vampiro tanto como se creía que era el

Ratoncito Pérez quien había puesto todas aquellas monedas de veinticinco centavos debajo de su almohada cuando era niño, pero si el tipo se creía un vampiro, de lo que Dees estaba convencido, lo más probable era que eso bastara.Al fin y al cabo, la vida es una imitación del arte. El conde

Drácula con licencia de piloto. «Tienes que admitir -pensó Dees- que esto es mucho mejor que los pingüinos asesinos conspirando para destruir la raza humana.»

El Beech se desequilibró al pasar por una espesa capa de cúmulos durante el descenso. Dees masculló un juramento y equilibró el avión, que parecía estar cada vez más descontento por el tiempo que hacía.

«Yo también, pequeño», pensó Dees. Cuando volvió a tener visibilidad, distinguió con claridad las luces de Wilmington y de Wrightsville Beach.

«Sí, señor, a las focas que compran en el 7-Eleven les va a encantar -pensó mientras los rayos centelleaban sobre el puerto-. Comprarán tropecientos ejemplares cuando salgan a buscar su ración diaria de pastelillos y cerveza.»

Pero había más, y él lo sabía. ; Esta historia podía ser buena. Podía ser genial, joder. Esta historia podía ser verdadera. «Antes nunca se te habría ocurrido una palabra como ésta, viejo amigo -pensó-. A lo mejor sí que te estás quemando.»

Sin embargo, grandes titulares bailaban en su cabeza como confeti. REPORTERO DE

INSIDE VIEW ATRAPA A PILOTO NOCTURNO DEMENTE. ARTÍCULO EXCLUSIVO

SOBRE CÓMO EL PILOTO NOCTURNO BEBEDOR DE SANGRE FUE FINALMENTE

ATRAPADO. «TENÍA QUE BEBÉRMELA», DECLARA EL MORTÍFERO CONDE DRÁCULA.

No era precisamente ópera, Dees tenía que admitirlo, pero pensaba que sonaba igual de bien.

Pensaba que sonaba como un pajarillo.

Cogió el micrófono a fin de cuentas y pulsó el botón. Sabía que su amigo el sangriento seguía ahí abajo, pero también sabía que no se sentiría cómodo hasta que se asegurara por completo de ello.

-Wilmigton, aquí N471B. ¿Todavía tiene un Skymaster 337 de Maryland ahí abajo en la rampa? Interferencias.

-Parece que sí, viejo amigo. No puedo hablar ahora, tengo mucho tráfico aéreo.

-¿Tiene ribetes rojos? -insistió Dees. Durante un momento creyó que no iba a obtener respuesta.

-¡Sí señor! ¡Ribetes rojos! -repuso por fin la voz-. Vamos N471B, si no quiere ver cómo le meto una multa de la Comisión Federal de Comunicaciones. Tengo demasiadas cosas que hacer y sólo dos brazos.

-Gracias, Wilmington -repuso Dees con su voz más cortés.

Colgó el micrófono y le hizo un signo obsceno con el dedo, pero estaba sonriendo, dándose apenas cuenta de los botes que iba dando mientras atravesaba otra membrana de nubes.

Skymaster, ribetes rojos, y estaba dispuesto a apostar el sueldo de todo el año siguiente a que si el gilipollas de la torre no hubiera estado tan ocupado, habría podido confirmar la matrícula del avión. N101BL.

Una semana, Dios mío, una semana nada más. No había tardado más que eso. Había encontrado el Piloto Nocturno, todavía no había caído la noche y, por imposible que pareciera no había rastro de la policía. Si hubiera habido policía, y si hubieran estado ahí a causa del Cessna, lo más probable era que el paleto de allá abajo se lo hubiera dicho, por mucho tráfico aéreo que tuviera y por muy mal tiempo que hiciera. Algunas cosas eran simplemente demasiado buenas como para no murmurar sobre ellas.

Quiero una foto tuya, hijo de puta, pensó Dees. Ya veía las luces de aterrizaje que brillaban blancas al anochecer. De tu historia ya me ocuparé, pero primero la foto, sólo una foto, pero tengo que hacértela. Sí, porque era la foto lo que lo convertiría en una historia real. Nada de bombillas desenfocadas, nada de «la concepción del artista»; una foto real como la vida misma, en blanco y negro. Empezó a bajar en un ángulo más empinado, ignorando el pitido del descenso. Su rostro aparecía pálido y compuesto. Tenía los labios ligeramente abiertos, dejando al descubierto una hilera de pequeños dientes blancos y relucientes.En la confusa luz del atardecer y del salpicadero,

Richard Dees tenía aspecto de vampiro.

Había muchas cosas que *Inside View* no era; por ejemplo, culta. Y tampoco estaba demasiado preocupada por detalles tan insignificantes como la precisión y la ética, pero una cosa era innegable; estaba exquisitamente sensibilizada en lo que respectaba a los horrores. Merton

Morrison era un imbécil, aunque no tanto como Dees había creído cuando lo había visto por primera vez con aquella estúpida pipa en la boca, pero tenía que reconocer una cosa; había recordado los artículos que habían convertido *Inside View* en un éxito: cubos de sangre y entrañas a porrillo.

Ah, sí, todavía había fotos de chicas guapas, muchas predicciones clarividentes y dietas milagrosas que recomendaban la ingestión de alimentos tan poco probables como la cerveza, el chocolate y las patatas fritas, pero Morrison había observado un cambio en los tiempos y nunca se había cuestionado su propia opinión respecto a la dirección que debía seguir el periódico. Dees suponía que aquella confianza era la razón principal por la que Morrison había durado tanto tiempo en el puesto, pese a su pipa y a sus chaquetas de *tweed* de Gilipollas Brothers de Londres.

Lo que Morrison sabía era que los niños *hippies* de los sesenta se habían convertido en los caníbales de los noventa. Lo de la terapia de contacto físico, la corrección moral y «el lenguaje de los sentimientos» podían ser grandes cosas entre los intelectuales de clase alta, pero el hombre de a pie, siempre tan de moda, seguía estando mucho más interesado en los asesinos en serie, escándalos enterrados en las vidas de las estrellas y el modo en que Ma-gic Johnson había contraído el sida.

Dees no albergaba ninguna duda de que aún existía un público para *Todo lo bello y maravilloso,* pero el público de *Todo lo asqueroso y repugnante* se había convertido en un contingente muy importante cuando la generación de Woodstock empezó a descubrir canas en su cabello y líneas que descendían desde las comisuras de sus bocas petulantes y autocomplacien-tes.

Merton Morrison, a quien Dees consideraba ahora una especie de genio intuitivo, expresaba su opinión en un famoso memorándum entregado a todo el personal de la redacción y a todos los reporteros menos de una semana después de que él y su pipa tomaran posesión de la oficina de la esquina. Por supuesto, deteneos a oler las rosas de camino al trabajo, sugería aquel memorándum, pero una vez estéis en la oficina, abrid las fosas nasales, abridlas *bien, y* empezad a husmear la sangre y las entrañas.

A Dees, que estaba *hecho* para husmear sangre y entrañas, le había encantado. Su nariz era la razón por la que estaba ahí, precisamente, volando hacia Wilmington. Ahí abajo había un monstruo humano, un monstruo que se creía un vampiro. Dees ya había escogido un nombre para él; le quemaba la mente como una moneda valiosa podía quemar el bolsillo. Muy pronto sacaría la moneda y la gastaría. Y cuando lo hiciera, su nombre aparecería en todos los expositores de periódicos de todos los supermercados de América, llamando la atención de los clientes en estridentes titulares.

¡Mirad! ¡Cuidado! pensó Dees. Cuidado, mujeres y buscadores de sensaciones. Todavía no lo sabéis, pero un hombre diabólico está a punto de cruzarse en vuestro camino. Leeréis su nombre real y lo olvidaréis, pero no importa, porque lo que recordaréis será *mi* nombre, el nombre que yo le di, el nombre que lo colocará a la misma altura que Jack el Destripador, el Asesino del

Torso de Cleveland, y la Dalia Negra. Recordaréis al Piloto Nocturno, próximamente en las cajas de supermercado más cercanas a usted. La historia exclusiva, la entrevista exclusiva, pero lo que más quiero es la *foto* exclusiva. Volvió a consultar el reloj y se permitió relajarse un poco (que era lo único que podía relajarse). Todavía le quedaba casi media hora hasta que cayera la noche, y aparcaría junto al Skymaster blanco de ribetes rojos (y matrí-cula N101BL también escrita en rojo) al cabo de menos de quince minutos.

¿Estaría el Piloto durmiendo en la ciudad o en algún motel de camino a la ciudad? Dees no lo creía. Una de las razones de la popularidad del Skymaster 337, además de su precio relativamente asequible, consistía en que era el único avión de su tamaño que tenía bodega. No era mucho más grande que el portaequipajes de un viejo Volkswagen Escarabajo, era cierto, pero sí lo suficientemente espaciosa como para albergar tres maletas grandes o cinco maletas pequeñas y, desde luego, suficientemente espaciosa como para albergar a un hombre si no era de la estatura de un jugador de baloncesto profesional. El Piloto Nocturno podía encontrarse en la bodega del

Cessna, siempre y cuando estuviera *a)* durmiendo en posición fetal con la barbilla apoyada en las rodillas; o *b)* lo bastante loco como para creerse que era un vampiro de verdad; o *c)* las dos cosas.

Dees apostaba por c.

Ahora, mientras el altímetro descendía de mil quinientos a mil metros, Dees pensó: «No, nada de hoteles para ti, amigo mío, ¿verdad? Cuando juegas a vampiro, juegas como Frank

Sinatra, a tu manera. ¿Sabes lo que creo? Creo que cuando se abra la bodega de ese avión, lo primero que veré es un montón de tierra de cementerio (y, si no lo es, puedes apostar tus colmillos superiores a que lo será cuando aparezca el artículo), y entonces veré primero una pierna envuelta en unos pantalones de esmoquin, y después la otra, porque vas a estar vestido, ¿verdad? Ay, querido amigo, creo que estarás vestido de punta en blanco, vestido para matar, y el rebobinado automático ya está preparado en mi cámara, y cuando vea esa capa revoloteando en la brisa...».

Pero en aquel momento, sus pensamientos se interrumpieron con brusquedad porque fue entonces cuando las blancas luces parpadeantes de ambas pistas del aeropuerto se apagaron.

«Quiero seguir la pista de este tipo -le había dicho a Merton Morrison-, empezando por la primera que tenemos, en Maine.»

Menos de cuatro horas más tarde había llegado al aeropuerto del condado de Cumberland y hablado con un mecánico llamado Ezra Hannon. El señor Hannon tenía el

aspecto de acabar de salir de una botella de ginebra, y Dees no le habría dejado ni acercarse a su avión, pero pese a ello lo trató con toda deferencia y atención. Por supuesto, al fin y al cabo Ezra Hannon era el primer eslabón en lo que Dees estaba empezando a considerar como una cadena muy importante.

El aeropuerto del condado de Cumberland era un eufemismo para una especie de campo de aviación rural que consistía en dos cobertizos y dos pistas perpendiculares. Una de estas pistas estaba asfaltada, y puesto que Dees nunca había aterrizado en una pista sin asfaltar solicitó aterrizar en la que sí lo estaba. Los botes que su Beech 55 (por el que estaba endeudado hasta las cejas) dio al aterrizar lo convencieron de que debía probar la pista de tierra cuando despegara y, al hacerlo, quedó encantado al comprobar que era tan suave y firme como el pecho de una colegiala.

El campo disponía asimismo de una manga de aire, por supuesto, y por supuesto también, ésta estaba remendada como un par de calzoncillos viejos. Los lugares como el aeropuerto del condado de Cumberland siempre tenían una manga de aire. Formaba parte de su dudoso encanto, al igual que el viejo biplano que siempre parecía estar aparcado delante del único hangar.

El condado de Cumberland era el más poblado de Maine, pero nadie lo habría adivinado nunca al ver aquel mísero aeropuerto, se dijo Dees... o al ver a Ezra, el Increíble Mecánico

Empapado en Ginebra. Cuando sonreía, dejando al descubierto los únicos seis dientes que le quedaban, parecía un extra de la versión cinematográfica de *Deliverance* de James Dickey.

El aeropuerto se hallaba situado en las afueras de la elegantísima ciudad de Falmouth, que principalmente subsistía gracias a las cuotas de aterrizaje que pagaban los ricos veraneantes.

Claire Bowie, la primera víctima del Piloto Nocturno, había sido el controlador nocturno del aeropuerto del condado de Cumberland, y poseía una parte de las acciones del campo de aviación.

El resto del personal consistía en dos mecánicos y un segundo controlador de tierra (los controladores de tierra también vendían patatas fritas, cigarrillos y refrescos; además, había averiguado Dees, el hombre asesinado hacía unas hamburguesas de queso bastante potables). Los mecánicos y los controladores también hacían las veces de gasolineros y vigilantes. No era infrecuente que un controlador tuviera que regresar a toda prisa del baño, donde había estado fregando el retrete con desinfectante, para dar autorización de aterrizaje y asignar una de las pistas del complicadísimo laberinto del que disponía. La operación provocaba tal tensión que durante el momento más duro de la temporada veraniega, el controlador nocturno a veces sólo llegaba a dormir seis horas entre medianoche y las siete de la mañana.

Claire Bowie había sido asesinado casi un mes antes de la visita de Dees, y la imagen que el periodista se había forjado era una configuración creada a partir de los artículos periodísticos del delgado expediente de Morrison y de las fiorituras mucho más pintorescas de Ezra, el Increíble

Mecánico Empapado en Ginebra. Y ya en el momento de abonar la correspondiente asignación a su principal fuente de información, Dees estaba convencido de que algo muy extraño había sucedido en aquel insignificante aeropuerto a principios de julio.

El Cessna 337, matrícula N101BL, había contactado por radio con el campo para solicitar permiso de aterrizaje poco antes del amanecer del día 9 de julio. Claire Bowie, que llevaba trabajando en el turno de noche del aeropuerto desde 1954, época en la que los pilotos a veces se veían obligados a abortar sus aterrizajes (una maniobra que, en aquellos tiempos, se conocía con el simple nombre de «aparcamiento») porque las vacas se cruzaban en lo que entonces era la única pista, le dio luz verde a las 4.32 de la mañana. Apuntó que la hora de aterrizaje había sido las 4.49, registró el nombre del piloto como Dwight Renfield y la procedencia del N101BL como

Bangor, Maine. Sin duda alguna, las horas que había anotado eran correctas, pero el resto era una chorrada; Dees se había puesto en contacto con Bangor, y no se había

sorprendido en absoluto al averiguar que nunca habían oído hablar del N101BL; pero aunque Bowie hubiera *sabido* que era una chorrada, lo más probable es que no se hubiera preocupado. Al fin y al cabo, en el aeropuerto del condado de Cumberland el ambiente era bastante distendido, y una tasa de aterrizaje era una tasa de aterrizaje.

El nombre que el piloto había indicado era un chiste muy extraño. Dwight era el nombre de pila de un actor llamado Dwight Frye, y Dwight Frye, entre un sinfín de personajes, había representado el de Renfield, el lunático babeante cuyo ídolo había sido el vampiro más famoso de todos los tiempos. Pero Dees suponía que llamar por radio a la torre de control y pedir autorización de aterrizaje en nombre del conde Drá-cula habría levantado, con toda probabilidad, sospechas incluso en un lugar tan soporífero como ése.

Tal vez, pero Dees no estaba del todo seguro. Al fin y al cabo, una tasa de aterrizaje era una tasa de aterrizaje, y Dwight Renfield había pagado la suya en efectivo y al instante, del mismo modo que había pagado para que le llenaran los depósitos; el dinero había estado en la caja registradora al día siguiente, junto con una copia del recibo que Bowie había extendido.

Dees sabía que en los años cincuenta y sesenta el tráfico aéreo privado había sido tratado de un modo casual e indiferente en los campos de aviación más pequeños, pero aun así lo asombraba el informal tratamiento que había recibido el avión del Piloto Nocturno en el aeropuerto del condado de Cumberland. A fin de cuentas, los cincuenta y los sesenta ya habían pasado... Nos encontrábamos en la era de la paranoia de las drogas, y la mayoría de la mierda a la que se suponía que uno debía decir no llegaba a pequeños puertos en pequeños barcos, o a pequeños aeropuertos en pequeños aviones..., aviones como el Cessna Skymaster de Dwight Ren-field. Una tasa de aterrizaje era una tasa de aterrizaje, por supuesto, pero Dees habría esperado que Bowie se pusiera en contacto con Bangor a causa de la falta de un plan de vuelo, aunque sólo fuera para cubrirse las espaldas; pero no lo había hecho. En aquel momento, a Dees se le había ocurrido la idea de un soborno, pero su informante empapado en ginebra afirmó que Claire Bowie era tan honrado como largo era el día, y los dos policías de Falmouth con los que Dees habló más tarde habían confirmado la opinión de Hannon.

La negligencia parecía una solución mucho más probable, pero a fin de cuentas no importaba realmente; a los lectores de *Inside View* no les interesaban cuestiones esotéricas como por ejemplo cómo y por qué habían sucedido las cosas. Los lectores de *Inside View* se contentaban con saber qué había pasado, cuánto había durado, y si la persona a la que había pasado había tenido tiempo de gritar. Y las fotografías, por supuesto. Querían fotografías.

Grandes fotografías en blanco y negro de alta intensidad, a ser posible; el tipo de foto que parecía abalanzarse sobre uno desde la página en un enjambre de puntos que se clavaban en el cerebro.

Ezra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra, había parecido sorprendido y pensativo cuando Dees le había preguntado dónde creía que Renfield había ido después de aterrizar.

-No sé -repuso-. Al motel supongo. Supongo que cogió un taxi.

-¿Llegó usted a las...? ¿A qué hora llegó? ¿A las siete de la mañana? ¿El nueve de julio?

-Aja. Justo antes de que Claire se marchara a casa.

-¿Y el Cessna Skymaster estaba aparcado y vacío?

-Sí. Aparcado justo aquí, en el mismo sitio que el suyo.

Ezra señaló con el dedo y Dees se apartó un poco. El mecánico olía como un queso

Roquefort muy pasado y empapado en ginebra barata.

-¿Dijo Claire si había llamado a algún taxi para el piloto? ¿Para llevarlo al motel? Porque no parece que haya muchos hoteles a los que se pueda llegar a pie desde aquí.

-No hay -asintió Ezra-. El más cercano es el Sea Breeze, y está a unos tres kilómetros.

Tal vez más. -Se rascó la barbilla mal afeitada-. Pero no recuerdo que Claire dijera ni una sola palabra sobre llamar a un taxi para aquel tipo.

Dees tomó nota mental de llamar a todas las empresas de taxis de la zona. En aquel momento, suponía algo que parecía ser lo más razonable, que el tipo que estaba buscando dormía en una cama, como casi todo el mundo.

-¿Y qué hay de una limusina? -preguntó.

-No -dijo Ezra con mayor segundad-. Claire no dijo nada de una limusina, y eso lo hubiera mencionado.

Dees asintió con la cabeza y decidió llamar a las compañías de limusinas más cercanas.

Asimismo interrogaría al resto del personal, pero no esperaba que sus respuestas arrojaran luz alguna sobre el asunto; ese viejo borrachín era más o menos la única persona que había por ahí.

Había tomado una taza de café con Claire antes de que éste se marchara a casa, y otra cuando

Claire había vuelto a su puesto aquella noche, y eso parecía ser todo.

Aparte del propio Piloto Nocturno, Ezra parecía ser la última persona que había visto a

Claire Bowie con vida.

El objeto de sus reflexiones desvió la mirada maliciosa hacia lontananza, se rascó los pelillos que crecían bajo su barbilla, y a continuación volvió sus ojos inyectados en sangre hacia

Dees.

-Claire no dijo nada de ningún taxi o ninguna limusina, pero sí dijo otra cosa.

-¿Ah, sí?

-Sí -repuso Ezra.

Se abrió un bolsillo del mono manchado de grasa, sacó un paquete de Chesterfield, se encendió uno, y empezó a toser con una terrible tos de viejo. Miró a Dees a través de la nubécula de humo con una expresión de listillo.

-A lo mejor no significa nada, pero a lo mejor sí. Lo que sí sé es que dejó a Claire hecho polvo. Eso seguro, porque Claire casi nunca decía una mierda a menos que no estuviera bien achispado.

-¿Y qué es lo que dijo?

-No me acuerdo -repuso Ezra-. A veces, sabe, cuan-do me olvido de las cosas un dibujito de Alexander Hamilton me refresca la memoria.

-¿Y qué tal uno de Abraham Lincoln? -preguntó Dees con sequedad.

Tras considerarlo durante un instante, un breve instante, en realidad, Hannon convino en que, a veces, Lincoln también le refrescaba la memoria y, por lo tanto, un retrato de este caballero pasó de la cartera de Dees a la mano algo paralítica de Ezra. Dees pensó que un retrato de George

Washington habría surtido el mismo efecto, pero quería asegurarse de que tenía al hombre de su parte... Y además todo iba a parar a su cuenta de gastos.

-Bueno, dispare.

-Claire dijo que el tipo parecía como si fuera a una fiesta de lo más elegante -explicó

Ezra.

-¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Dees creía que, a fin de cuentas, debería haber optado por

Washington.

-Dijo que el tipo tenía pinta de director de orquesta. Esmoquin, corbata de seda y toda la mandanga. -Ezra hizo una pausa-. Claire dijo que el tipo llevaba incluso una capa muy grande.

Roja como el fuego por dentro, y negra como ala de cuervo por fuera. Dijo que cuando se extendía detrás de él parecía como el ala de un maldito murciélago. De repente, una gran palabra se iluminó en el cerebro de Dees;

BINGO.

«Tú no lo sabes, mi querido amigo empapado en ginebra -se dijo Dees-, pero es posible que acabes de decir las palabras que van a hacerme famoso.»

-Todas estas preguntas sobre Claire -prosiguió Ezra- y todavía no me ha preguntado si yo vi algo raro.

-¿Vio algo raro?

-Pues sí, resulta que sí.

-¿Y qué es lo que vio, amigo mío?

Ezra se rascó la barba hirsuta con sus uñas largas y amarillentas mientras miraba a Dees por el rabillo de sus ojos inyectados de sangre y daba otra chupada al cigarrillo.

-Ya estamos otra vez -dijo Dees.

Sin embargo, extrajo otro dibujo de Abraham Lincoln y procuró mantener su voz y su rostro amables en todo momento. Sus instintos se habían puesto a cien y le estaban diciendo que el señor

Empapado en Ginebra no estaba del todo exprimido. Todavía no.

-Pues esto no me parece suficiente para todo lo que le estoy diciendo -le reprochó Ezra-

Un tipo rico de la ciudad como usted debería marcarse con algo más que diez pavos.

Dees miró el reloj..., un pesado Rolex con diamantes brillando sobre la esfera.

-¡Dios mío! -exclamó-. ¡Mire lo tarde que es! ¡Y todavía no he ido a hablar con la policía de Falmouth!

Antes de que pudiera empezar a levantarse, los cinco dólares ya habían desaparecido de entre sus dedos para ir a hacer compañía a su amigo en el bolsillo del mono de Hannon.

-Muy bien, si tiene algo más que decir, dígamelo -dijo Dees sin rastro de amabilidad-.

Tengo sitios a los que ir y personas con las que hablar.

El mecánico se lo pensó mientras se rascaba los pelos de la barba y exhalaba pequeñas nubéculas de su olor a queso viejo y pasado.

-Vi un montón de tierra debajo del Skymaster. Justo debajo de la bodega.

-¿Ah, sí?

-Sí, le di una patada con la bota. Dees esperó. Podía permitírselo.

-Una cosa asquerosa, llena de gusanos. Dees esperó. Aquello era útil, pero no creía que el viejo estuviera completamente exprimido.

-Muchos gusanos -siguió Ezra-. Muchísimos gusanos. Como en los sitios donde hay algo muerto.

Aquella noche Dees se alojó en el motel Sea Breeze, y a las ocho de la mañana siguiente se dirigía hacia la ciudad de Alderton en el estado de Nueva York.De todo lo que Dees no entendía sobre los movimientos de su presa, lo que más le desconcertaba era la calma con la que se había tomado las cosas el Piloto Nocturno. Incluso había pasado un tiempo en Maine y en Maryland antes de matar. Su única parada de una sola noche había sido en Alderton, donde había ido dos semanas después de acabar con Claire Bowie.

El aeropuerto Lakeview de Alderton era aún más pequeño que el aeropuerto de Cumberland; consistía en una única pista sin asfaltar y una oficina y torre de control que no era más que un cobertizo con una capa de pintura fresca. No disponía de un sistema de aterrizaje con instrumentos; sin embargo, había una gran antena parabólica para que ninguno de los granjeros voladores que utilizaban el lugar se perdiera ningún capítulo de *Murphy Brown, La Rueda de la*

Fortuna o cualquier otra cosa importante por el estilo.

Una cosa que a Dees le gustó mucho fue que la pista sin asfaltar de Lakeview fuera tan lisa como lo había sido la de Maine. Podría acostumbrarme, pensó Dees mientras aterrizaba con el

Beech suavemente en la superficie y empezaba a frenar. Nada de botes sobre los parches de asfalto, ni baches que pretenden hacer volcar tu avión cuando aterrizas... Sí, podría acostumbrarme a esto muy fácilmente.

En Alderton, nadie le había pedido dibujos de presidentes o de amigos de presidentes. En

Alderton, toda la ciudad, una comunidad de poco menos de mil almas, estaba consternada. No sólo los pocos trabajadores a tiempo parcial que, junto con el difunto Buck

Kendall, habían llevado el aeropuerto de Lakeview casi como una obra de beneficencia y, desde luego, siempre en números rojos. En realidad, no había nadie con quien hablar, ni siquiera un testigo del calibre de

Ezra Han-non. Hannon no había sido demasiado claro, reflexionó Dees, pero al menos había hecho declaraciones que merecían ser impresas.

-Seguro que fue un hombre muy fuerte -le aseguró uno de los trabajadores a tiempo parcial a Dees-. El viejo Buck pesaba más o menos ciento diez kilos y por lo general era un tipo bastante tranquilo, pero si le tocabas las narices te lo hacía pagar. Le vi noquear a un tipo en una feria ambulante de carnaval que pasó por P'keepsie hace dos años. Ese tipo de pelea no es legal, claro, pero a Buck le faltaba dinero para pagar ese Piper que tiene, así que le pegó una paliza a aquel tipo. Sacó doscientos dólares y los llevó a la financiera dos días antes de que le mandaran a alguien para confiscarle el avión, creo.

El empleado sacudió la cabeza con aspecto realmente consternado y Dees sintió no haber abierto la cámara. Los lectores de *Iñude View* se habrían vuelto locos con aquel rostro alargado, curtido y lleno de dolor. Dees tomó nota mental de averiguar si el difunto Buck Kendall había tenido perro. Los lectores de *Inside View* también se volvían locos al ver fotos del perro de un hombre muerto. Había que ponerlo en el porche de la casa del difunto y debajo de la foto escribir

EMPIEZA LA LARGA ESPERA DE *BUFFY* o algo por el estilo.

-Es una pena -comentó Dees en tono compasivo. El empleado exhaló un suspiró y asintió.

-El tipo lo debió de atacar por detrás. Es la única manera.

Dees no sabía desde dónde habían atacado a Gerard «Buck» Kendall, pero sabía que esta vez no habían rebanado el cuello de la víctima. Esta vez había agujeros, agujeros por los que, con toda probabilidad, Dwight Renfield había chupado la sangre de la víctima; salvo que, de acuerdo con el informe del forense, había agujeros a cada lado del cuello de la víctima, uno en la yugular y el otro en la carótida. No eran las pequeñas marcas de la era de Bela Lugosi, ni las marcas un poco más asquerosas de la era de Cristopher Lee. El informe del forense se expresaba en centímetros, pero a Dees no le costó nada traducir las medidas, y Morrison tenía a la infatigable

Libby Granit para explicar lo que el seco lenguaje del forense sólo revelaba en parte; o bien el asesino tenía dientes del tamaño de uno de los Bigfeet que tanto gustaban a los lectores de *View,* o bien había practicado los orificios del cuello de Kendallde un modo mucho más prosaico, con un martillo y un clavo.

EL MORTÍFERO PILOTO NOCTURNO CLAVA CLAVOS A SUS VÍCTIMAS Y LES

CHUPA LA SANGRE, habían pensado ambos en lugares diferentes el mismo día. *No está mal.*

El Piloto Nocturno había solicitado permiso para aterrizar en el aeropuerto de Lakeview poco después de las 22.30 del 23 de julio. Kendall le había concedido permiso y había anotado la matrícula que Dees ya conocía tan bien, N101BL. Kendall había anotado el nombre del piloto como Dwite Renfield y la marca y tipo del avión como Cessna Skymaster 337. No había mención alguna de los ribetes rojos ni, por supuesto, de la capa en forma de ala de murciélago que era roja como el fuego por dentro y negra como ala de cuervo por fuera, pero Dees estaba seguro de que el piloto la llevaba.

El Piloto Nocturno había llegado al aeropuerto Lakeview de Alderton poco después de las diez y media. Había matado al robusto Buck Kendall, se había bebido su sangre y se había marchado de nuevo con su Cessna antes de que Jen-na Kendall llegara a las cinco de la mañana del 24 para darle a su marido un gofre recién hecho, momento en el que había descubierto el cadáver desangrado de su esposo.

Mientras permanecía de pie ante el destartalado hangar/ torre de Lakeview reflexionando sobre todas aquellas cosas, se le ocurrió que si uno donaba sangre lo máximo que podía esperar era un vaso de zumo de naranja y las gracias, pero si la bebía, si la *chupaba,* para ser más exactos, obtenía titulares. Mientras vertía el resto del asqueroso café en el suelo

y se dirigía hacia su avión dispuesto a volar hacia el sur, a Ma-ryland, se le ocurrió que la mano de Dios debió de temblar un poquito en el momento en que terminaba la supuesta obra maestra de Su imperio creativo.

Ahora, apenas dos horas después de abandonar el aeropuerto nacional de Washington, las cosas habían empeorado mucho y, además, de un modo absolutamente repentino. Las luces de la pista se habían apagado, pero Dees comprobó que no era lo único que se había apagado, sino que la mitad de Wilmington y todo Wrightville Beach se habían quedado a oscuras. El sistema de aterrizaje por instrumentos seguía allí, pero cuando Dees cogió el micrófono para gritar: «¿Qué ha pasado? ¡Hábleme, Wilmington!», lo único que obtuvo fue el chirrido de las interferencias en las que unas cuantas voces balbuceaban como fantasmas lejanos.

Volvió a colgar el micro, pero no lo consiguió. El aparato chocó contra el suelo de la cabina y Dees lo olvidó. Coger el micrófono para gritar no había sido más que instinto propio de piloto.

Sabía lo que había sucedido con tanta seguridad como sabía que el sol se ponía por el oeste... para lo cual no faltaba casi nada. Sin duda alguna, un relámpago había caído directamente sobre una subestación eléctrica cercana al aeropuerto. La cuestión era si podía aterrizar o no a pesar de todo.

Tenías pista libre, dijo una voz. Otra respondió inmediata y correctamente que eso era una mierda de racionalización. Había aprendido lo que debía hacer en una situación como aquélla cuando todavía se encontraba en el equivalente de la autoescuela. La lógica y el libro dicen que hay que dirigirse a un aeropuerto alternativo e intentar contactar con Control de Tráfico Aéreo.

Aterrizar bajo condiciones tan espantosas como aquélla significaría una violación de las reglas y una sustanciosa multa.

Por otra parte, no aterrizar ahora, ahora mismo, podría hacerle perder al Piloto Nocturno.

Asimismo, podría costar una vida (o varias), pero Dees apenas tomó en consideración ese factor... hasta que una idea se encendió como una bombilla en su mente; una inspiración que surgió, como surgían la mayor parte de sus inspiraciones, en grandes letras, propiasde la prensa sensacionalista:

PERIODISTA HEROICO SALVA A (indicar un número tan alto como sea posible, lo cual significaba un número bastante elevado dado el generoso margen de la credulidad humana)

PERSONAS DEL PILOTO NOCTURNO LOCO.

Chúpate ésa, cateto, pensó Dees antes de proseguir su descenso hacia la pista 34.

De repente las luces de la pista volvieron a encenderse, como si aprobaran su decisión, y a continuación volvieron a apagarse dejando manchas azules en sus retinas que se tornaron color verde de aguacates podridos al cabo de un instante. En aquel momento, las extrañas interferencias que salían de la radio desaparecieron y volvió a oír la voz del cateto del aeropuerto, esta vez a gritos:

-¡A babor, N471B! -gritó-. ¡Piedmont, a estribor! ¡Dios mío, oh, Dios mío! ¡Colisión aérea! ¡Creo que tenemos una colisión!

El instinto de supervivencia de Dees estaba tan en forma como el que le permitía oler sangre en cualquier esquina. En ningún momento vio las luces del Piedmont 727. Estaba demasiado ocupado intentando que el Beech virara todo lo posible (un viraje tan cerrado como el cono de una virgen, y a Dees no le importaría en absoluto dar fe de ello si salía con vida de aquella situación) en el momento en que la segunda palabra salió de labios del cateto del aeropuerto. Por un momento percibió más que vio un objeto enorme que pasaba a escasos centímetros sobre él, y entonces el Beech 55 empezó a tambalearse de tal modo que las turbulencias anteriores le parecieron una minucia. Los cigarrillos se escaparon del bolsillo de la pechera de su camisa y se desparramaron por todas partes. El horizonte oscuro de Wilmington empezó a ladearse de un modo salvaje. Su estómago pareció intentar levantarle el

corazón hasta la garganta y la boca. Un hilillo de saliva le subía por una mejilla como un niño que se desliza por un tobogán engrasado.

Los mapas revoloteaban por todas partes como pajarillos. El aire retumbaba al igual que los truenos de la tormenta. Una de las ventanas del compartimento de cuatro pasajeros explotó y un viento asmático invadió el avión, revolviendo todo lo que no estaba atado como si fuera un tornado.

-¡Vuelva a la altitud anterior, N471B! -gritaba el cateto del aeropuerto.

Dees se dio cuenta de que acababa de echar a perder unos pantalones de doscientos dólares al llenarlos de aproximadamente medio litro de pis caliente, pero le tranquilizó en parte la idea de que el viejo cateto del aeropuerto, sin duda alguna, acababa de llenarse los calzoncillos de un cargamento de furullos frescos. Al menos eso era lo que parecía.

Dees llevaba una navaja suiza. Se la sacó del bolsillo derecho de los pantalones mientras sostenía los mandos con la mano izquierda y se practicó un corte en la camisa justo por encima del codo izquierdo hasta hacerse sangre. A continuación, sin detenerse, se practicó otro corte superficial, justo por debajo del ojo izquierdo. Cerró la navaja y la guardó en el bolsillo elástico de la portezuela del piloto. Más tarde tendré que limpiarla, se dijo, y si me olvido podría meterme en apuros serios. Pero sabía que no se olvidaría, y tomando en consideración lo que había hecho el

Piloto Nocturno impunemente, creía que todo saldría bien.

Las luces de la pista volvieron a encenderse, esta vez definitivamente, esperaba, aunque su parpadeo indicaba que estaban siendo alimentadas por un generador. Volvió a dirigir el Beech hacia la pista 34. Un hilillo de sangre le corría por la mejilla izquierda hasta la comisura de los labios. Se metió un poco en la boca y a continuación escupió una mezcla rosada de sangre y saliva sobre el cuentakilómetros. Nunca hay que perder una oportunidad, hay que seguir los instintos, ya que ellos siempre te llevarán por el buen camino.

Miró el reloj. Sólo faltaban catorce minutos para la puesta de sol. Le iba a ir pero que muy justo.

-¡Arriba, Beech! -gritó el cateto del aeropuerto-. ¿Estásordo oque?

Dees agarró el cable en espiral del micro sin apartar la mirada de las luces de la pista. Tiró del cable hasta llegar al micrófono, lo agarró y pulsó el botón de emisión.

-Escúcheme, hijo de puta desgraciado -dijo apartandolos labios hasta dejar al descubierto las encías-. Ese 727 ha estado a punto de convertirme en mermelada de fresa porque su maldito generador no se ha puesto en marcha cuando debía y, como consecuencia, no he podido ponerme en contacto con el Control de Tráfico Aéreo. No sé cuántas personas en ese avión han estado a punto de convertirse en mermelada de fresa, pero estoy seguro de que usted sí lo sabe, y sé que la tripulación también. La única razón por la que esos tipos siguen vivos es que el capitán ha sido lo bastante inteligente como para dirigir bien, y yo he sido, así mismo, lo bastante inteligente como para seguirle bien, pero he sufrido tantos daños estructurales como físicos. Si no me da permiso de aterrizaje ahora mismo, voy a aterrizar de todas formas. La única diferencia es que si tengo que aterrizar sin permiso, le denunciaré a la Administración Federal Aérea, aunque primero me aseguraré personalmente de que su cabeza y su culo cambien de sitio. ¿Lo ha entendido, amigo?

Un silencio largo y lleno de interferencias. A continuación, una voz muy tímida, completamente distinta a las exclamaciones anteriores del palurdo del aeropuerto.

-Tiene permiso para aterrizar en la Pista 34, N471B. Dees esbozó una sonrisa y dirigió el avión hacia la pista.

-Me he puesto nervioso y he levantado la voz -se disculpó tras pulsar de nuevo el botón del micrófono-. Lo siento. Sólo me pasa cuando estoy a punto de palmarla.

Ninguna respuesta desde tierra.

-Pues muy bien, que te jodan -dijo Dees. A continuación prosiguió el descenso resistiendo el impulso de echar una rápida mirada a su reloj mientras bajaba.

Dees estaba muy curtido y se sentía orgulloso de ello, pero no podía engañarse; lo que encontró en Duffrey le puso los pelos de punta. El Cessna del Piloto Nocturno había pasado

otro día, el 31 de julio, en la rampa, pero eso sólo empezó a ponerle los pelos de punta. Lo que interesaría a sus leales lectores de *Iñude View* sería la sangre, por supuesto, y así era como debía ser, amén, pero Dees era cada vez más consciente de que la sangre (o en el caso de los ancianos

Ray y Ellen Sarch, la falta de sangre) era tan sólo el principio de la historia. Bajo la sangre habían oscuras y extrañas cavernas.

Dees llegó a Duffrey el 8 de agosto, apenas una semana después que el Piloto Nocturno.

Volvió a preguntarse adonde iría su amigo el murciélago entre asesinato y asesinato. ¿A

Disneylandia ? ¿ A los Jardines Busch ? ¿ A Atlanta tal vez, a ver un partido de los Bra ves? Tales reflexiones eran relativamente insignificantes en aquel momento, puesto que la caza seguía, pero tendrían un gran valor más adelante. De hecho, se convertirían en el equivalente periodístico de las patatas, que alargarían las sobras de la historia del Piloto Nocturno durante unos números más del periódico, y permitirían a los lectores disfrutar una vez más del sabor incluso después de haber digerido los pedazos más grandes de carne cruda.

Sin embargo todavía existían lugares oscuros en aquella historia en los que un hombre podía caerse y perderse para siempre. Aquello sonaba tanto absurdo como ridículo, pero cuando Dees empezó a hacerse una idea de lo que había pasado en Duffrey, empezó a creer en la historia, lo cual significaba que aquella parte de ella jamás saldría impresa, y no sólo porque se tratara de algo personal, sino porque quebrantaba el único principio férreo de Dees: nunca creas en aquello que publicas, y nunca publiques aquello en lo que creas. A lo largo de los años, aquella regla le había permitido conservar la cordura mientras que todos los que le rodeaban perdían la suya.

Había aterrizado en el aeropuerto nacional de Washington, un aeropuerto real para variar, y alquilado un coche con el que recorrió los cien kilómetros que lo separaban de Duffrey, porque sin Ray Sarch y su mujer, Ellen, no había aeropuerto de Duffrey. A parte de la hermana de Ellen,

Ray-lene, que era una mecánica bastante potable, el matrimonio había sido el único personal del que constaba el chiringuito.El aeropuerto disponía de una sola pista de aterrizaje sin asfaltar cubierta de aceite, tanto para evitar que se levantara el polvo como para impedir el crecimiento de malas hierbas. Asimismo, contaba con una cabina de control no mucho más grande que un armario y que estaba pegada al remolque Jet-Aire en el que vivía el matrimonio Sarch. Ambos estaban jubilados, ambos eran pilotos, ambos tenían fama de ser duros como piedras y estaban locamente enamorados el uno del otro, incluso después de casi cinco décadas de matrimonio.

Además, averiguó Dees, los Sarch controlaban el tráfico aéreo privado que salía y entraba en su aeropuerto con gran atención, ya que tenían un interés personal en la guerra contra las drogas.

Su único hijo había muerto en los Everglades de Florida cuando intentaba aterrizar en lo que parecía una extensión lisa de agua clara con más de una tonelada de heroína de Acapulco guardada en un Beech 18 robado. De hecho, la extensión de agua había sido lisa... salvo por un solo tronco. El Beech 18 chocó contra el tronco, volcó y estalló. Doug Sarch había salido despedido, con el cuerpo humeante y chamuscado pero seguramente aún vivo, por poco que a sus apenados padres les gustara creerlo. Había sido devorado por los caimanes, y todo lo que quedaba de él cuando los tipos de la administración de la lucha contra la droga lo encontraron, por fin, una semana más tarde era un esqueleto desmembrado, unos cuantos jirones de carne sembrados de gusanos, un par de téjanos Calvin Klein chamuscados y una cazadora de la tienda Paul Stuart, de

Nueva York. Uno de los bolsillos de la cazadora contenía más de veinte mil dólares en efectivo, mientras que el otro reveló casi una onza de cocaína peruana pura.

-Fueron las drogas y los hijos de puta que trafican con ellas los que mataron a mi chico - había asegurado Ray Sarch en numerosas ocasiones.

Su mujer, Ellen Sarch, estaba más que dispuesta a corroborar las palabras de su marido. El odio que sentía hacia las drogas y los traficantes, le aseguraron a Dees una y otra vez (casi

le divirtió la convicción prácticamente unánime que existía en Duffrey respecto a que el asesinato del anciano matrimonio Sarch había sido un «asunto de bandas»), sólo se veía superado por el dolor y la confusión que sentían por el hecho de que su hijo se había visto implicado con aquellas mismas personas.

Tras la muerte de su hijo, los Sarch se habían mantenido alerta a cualquier cosa o cualquier persona que se pareciera, aunque sólo fuera de un modo remoto, a un transportador de droga.

Habían llamado a la policía estatal de Maryland cuatro veces que habían resultado ser falsas alarmas, pero a los muchachos del estado no les importaba porque los Sarch también habían contribuido a detener a tres transportadores pequeños y a dos muy importantes. El último de ellos llevaba quince kilos de cocaína boliviana pura. Éste era el tipo de alijo que hacía olvidar unas cuantas falsas alarmas, el tipo de alijos que conseguía ascensos.

Así pues, a última hora de la tarde del 30 de julio llegó el Cessna Skymaster con la matrícula y la descripción que había sido entregada a todos los aeropuertos de América, incluyendo el de

Duffrey; un Cessna cuyo piloto se había identificado como Dwight Renfield y que había asegurado que su punto de procedencia era el aeropuerto de Bayshore, en Delaware, un campo que jamás había oído hablar de Renfield ni de un Skymaster con matrícula N101BL; el avión de un hombre que, casi con toda seguridad, era un asesino.

-Si hubiera llegado aquí, lo más probable es que ahora estuviera en chirona -había asegurado uno de los controla-dores de Bayshore a Dees por teléfono.

Sin embargo, Dees lo dudaba. Sí, lo dudaba mucho.

El Piloto Nocturno había aterrizado en Duffrey a las 11.27 de la noche, y Dwight Renfield no sólo había firmado en el registro de los Sarch sino que también había aceptado la invitación de

Ray Sarch para ir a su remolque, tomar una cerveza y ver la reposición de la serie *Gunsmoke* en el canal TNT. Ellen Sarch había explicado todo aquello a la propietaria del salón de belleza de

Duffrey al día siguiente. Aquella mujer, Selida McCammon, se había identificado ante Dees como una de las amigas más íntimas de la difunta Ellen Sarch.Cuando Dees le preguntó qué aspecto había tenido Ellen, Selida hizo una pausa antes de explicárselo.

-Pues tenía un aspecto soñador, en cierto modo. Como una colegiala que está enamorada, aunque tenía casi setenta años. Estaba tan ruborizada que creí que llevaba maquillaje, hasta que empecé a hacerle la permanente. Entonces vi que sólo estaba... sólo estaba...

Selida McCammon se encogió de hombros. Sabía lo que quería decir pero no cómo expresarlo.

-Sofocada -sugirió Dees, ante lo cual Selida McCammon lanzó una carcajada y batió de palmas.

-¡Exacto! ¡Exacto! ¡Usted sí es un escritor!

-Oh, sí señor, escribo de maravilla -repuso Dees al tiempo que le dedicaba una sonrisa que esperaba resultara amable y cálida.

Se trataba de una expresión que en el pasado había practicado de un modo casi constante y que continuaba practicando con bastante regularidad en el espejo del dormitorio del piso de

Nueva York que llamaba su hogar, así como en los espejos de los hoteles y moteles que realmente eran su hogar. Pareció funcionar. De hecho, Selida McCammon se la devolvió con toda presteza, pero lo cierto era que Dees no se había sentido amable ni cálido en toda su vida. Cuando era niño creía que dichas emociones no existían, que tan sólo eran una máscara, una convención social. Más tarde, decidió que estaba equivocado. La mayor parte de lo que él consideraba

«emociones del *Reader's Digest»* eran reales, al menos para la mayoría de la gente. Tal vez incluso el amor, aquella fábula, era real. El hecho de que él no pudiera sentir dichas emociones era sin duda alguna una pena, pero no el fin del mundo. Al fin y al cabo, había

gente que padecía cáncer, que tenía el sida o la memoria de un periquito con trastornos mentales. Visto desde ese punto de vista, uno se daba cuenta con gran rapidez que estar desprovisto de algunas emociones sentimentaloides no era más que una minucia. Lo importante era que si uno sabía cómo estirar los músculos del rostro en las direcciones adecuadas, entonces no le pasaba nada. No dolía y era fácil; al fin y al cabo, si podía recordar subirse la bragueta después de mear, también podía recordar sonreír y adoptar una expresión cálida cuando eso era lo que se esperaba de él. Y una sonrisa comprensiva, había descubierto a lo largo de los años, era la mejor arma del mundo para cualquier entrevista. De vez en cuando, una vocecilla interior le preguntaba cuál era su propia visión de las cosas, pero Dees no quería tener su propia visión de las cosas. Lo único que quería era escribir y hacer fotos. Se le daba mejor escribir, siempre había sido así y las cosas no cambiarían y lo sabía, pero de todos modos le gustaban más las fotografías. Le gustaba tocarlas, ver cómo congelaban a las personas, ya fuera con sus rostros reales expuestos al mundo entero, ya fuera con sus máscaras, tan obvias que era imposible ignorarlas. Le gustaba el hecho de que en las mejores fotografías la gente siempre parecía sorprendida y horrorizada. Parecía atrapada.

Si le presionaban, diría que las fotografías le proporcionaban toda la visión que necesitaba, y de todos modos el asunto no tenía importancia alguna en este caso. Lo que importaba era el Piloto

Nocturno, su pequeño amigo el murciélago y el modo en que había entrado en las vidas de Ray y

Ellen Sarch hacía aproximadamente una semana.

El Piloto había salido de su avión y entrado en la oficina que ostentaba un aviso ribeteado de rojo de la Administración Aérea Federal, un aviso que indicaba que había un tipo peligroso pilotando un Cessna Skymaster 337, con matrícula N101BL, y que era bien posible que hubiera asesinado a dos hombres. Aquel tipo, proseguía el aviso, podía hacerse llamar Dwight Renfield, pero no necesariamente. El Skymaster había aterrizado, Dwight Renfield había firmado en el registro y era casi seguro que había pasado el día siguiente oculto en la bodega de su avión. ¿Y los

Sarch, aquellos dos ancianos tan perspicaces?

Los Sarch no habían dicho nada; los Sarch no habían hecho nada.

Salvo que esto último no era del todo cierto, había averiguado Dees. Ray Sarch había hecho algo, sí señor; había invitado al Piloto Nocturno a su casa a ver un episodio de la serie *Gunsmoke* y a beber una cerveza con su mujer. Lo ha-bían tratado como si fuera un viejo amigo y entonces, al día siguiente, Ellen Sarch había pedido hora en el salón de belleza, lo cual le había parecido algo extraño a Selida McCam-mon. Por lo general, las visitas de Ellen eran tan puntuales como un reloj, y aquélla se había adelantado al menos dos semanas según la opinión de Selida. Sus instrucciones habían sido desusadamente explícitas: no sólo el corte habitual sino también una permanente... y un poco de color.

-Quería parecer más joven -contó Selida McCammon a Dees antes de enjugarse una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano.

Pero la conducta de Ellen Sarch había sido completamente normal en comparación con la de su marido. Ray había llamado a Administración Aérea Federal en el aeropuerto nacional de

Washington para decirles que emitieran un comunicado que apartara a Duffrey de la actividad aérea al menos por el momento. En otras palabras, había bajado las persianas y cerrado el chiringuito.

De regreso a su casa se había detenido a poner gasolina en la gasolinera Texaco Duffrey y había explicado a Norm Wil-son, el propietario, que creía estar a punto de pillar la gripe. Norm explicó a Dees que creía que Ray tenía razón, pues parecía pálido y macilento, de repente más viejo incluso de lo que era.

Aquella noche los dos vigilantes perspicaces habían caído en la trampa. A Ray Sarch lo encontraron en la pequeña sala de control; le habían arrancado la cabeza, que apareció en un rincón, donde yacía sobre el muñón del cuello mirando fijamente a la puerta abierta con los ojos de par en par y vidriosos como si realmente hubiera algo que ver.

A su mujer la habían encontrado en el dormitorio del remolque de los Sarch. Estaba acostada y llevaba un salto de cama tan nuevo que quizás ni siquiera había sido estrenado. Era una anciana, había explicado a Dees un ayudante del *sheriff* que le había costado veinticinco dólares, por lo que resultaba más caro que Ezra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra, aunque realmente valía ese dinero, pero bastaba con echarle un vistazo para ver que aquella mujer se había vestido para amar. A Dees le había gustado tanto el deje vaquero del hombre que lo había anotado en su libreta. A la mujer le habían practicado dos orificios enormes del tamaño de clavos en el cuello, uno en la carótida y el otro en la yugular. Su rostro aparecía compuesto, con los ojos cerrados, y tenía las manos entrelazadas sobre el pecho. Aunque había perdido casi hasta la última gota de sangre, tan sólo se veían unas pequeñas manchas en las almohadas y unas pocas más en el libro que yacía abierto sobre su estómago: *Entrevista con el vampiro,* de Anne Rice.

¿Y el Piloto Nocturno?

En algún momento antes de la medianoche del 31 de julio o justo después, en la madrugada del primero de agosto, el Piloto Nocturno se había marchado. Como un pajarillo.

O un murciélago.

Dees aterrizó en Wilmington siete minutos antes de la puesta de sol oficial. Mientras empezaba a frenar sin dejar de escupir la sangre que se le había metido en la boca desde el corte que se había practicado debajo del ojo, vio que caía un relámpago con un fuego blanquiazul tan intenso que casi lo cegó. Justo después oyó el trueno más ensordecedor de toda su vida. Su humilde opinión quedó confirmada cuando otra ventana del compartimento de pasajeros, agrietada en el momento en que había estado a punto de colisionar con el Piedmont 727, explotó en una lluvia de diamantes de bisutería.

En la brillantísima luz vio que un edificio bajo y cuadrado, situado en la parte de babor de la pista 34, era atravesado por el relámpago. El edificio estalló despidiendo una columna de fuego hacia el cielo, una columna que, aunque brillante, no se acercó ni de lejos a la potencia del relámpago que lo había hecho arder.

Como encender un cartucho de dinamita con una bomba nuclear, pensó Dees confusamente, y a continuación: el generador. Ha sido el generador.

Las luces, todas las luces, las luces blancas que marcaban los bordes de la pista de aterrizaje, y las brillantes luces rojas que marcaban su final, se apagaron de repente, como si no fueran más que velas extinguidas por una fuerte ráfaga de viento. Y Dees se vio avanzando a más de ciento cuarenta kilómetros por hora en la oscuridad más completa.

La onda expansiva de la explosión que había destruido el generador principal del aeropuerto golpeó el Beech como un puño de hierro. De hecho, no sólo lo golpeó sino que lo martilleó con una enorme fuerza. El Beech, que apenas sabía que ya se había vuelto a convertir en una criatura terrestre, derrapó peligrosamente hacia estribor, se alzó, volvió a caer sobre la pista con la rueda derecha rebotando sobre algo..., sobre algo... que Dees se dio cuenta, aunque de un modo vago, eran luces de aterrizaje.

«¡A babor! -gritó su mente-. ¡A babor, hijo de puta!»

Estuvo a punto de hacerlo antes de que su parte más racional se impusiera. Si giraba los mandos hacia babor a esta velocidad volcaría sin lugar a dudas. Lo más probable era que no estallara teniendo en cuenta la poca cantidad de combustible que le quedaba en los depósitos, pero todo era posible. O tal vez el Beech simplemente se partiría en dos, dejando a Richard Dees de cintura para abajo retorciéndose en su asiento, mientras que la parte superior del cuerpo de

Richard Dees salía despedida en otra dirección, arrastrando tras de sí intestinos amputados como confeti y dejando caer los ríñones sobre el hormigón como un par de enormes excrementos de pájaro.

«¡Aguanta! -se gritó a sí mismo-. ¡Aguanta, hijo de puta, aguanta!»

En aquel momento, algo, los tanques depósitos secundarios del generador, se dijo cuando tuvo tiempo de decirse algo, explotó empujando el Beech aún más hacia estribor, pero eso le fue bien, ya que lo apartó de las luces de aterrizaje apagadas, y de repente volvió a circular con relativa suavidad, con el lado de babor rodando por el borde de la pista 34, y el

lado de estribor en el escalofriante abismo que había entre las luces y la cuneta que había observado se abría a la derecha de la pista. El Beech seguía estremeciéndose pero no mucho, y Dees comprendió que una de las ruedas, la de estribor, estaba pinchada a causa de las luces de aterrizaje que había pisoteado.

Estaba frenando y eso era lo que importaba; finalmente, el Beech empezaba a comprender que se había convertido en una criatura distinta, una criatura que volvía a pertenecer a la tierra.

Dees empezaba a tranquilizarse cuando vio el ancho Learjet, el que los pilotos denominan *El*

Gordo Albert, justo delante de él, aparcado por increíble que pareciera, en el centro de la pista donde el piloto lo había detenido mientras esperaba la autorización para despegar en la pista 5.

Dees lo miró atónito, vio las ventanillas iluminadas, rostros que lo miraban con los ojos abiertos de par en par, como los locos de un asilo observan un truco de magia y, entonces, sin pensar, giró los mandos hacia la derecha, apartando el Beech de la pista y precipitándolo a la cuneta; logró esquivar el Lear por aproximadamente tres centímetros. Llegaron hasta sus oídos débiles gritos, pero de hecho no se dio cuenta de nada aparte de lo que ahora explotaba frente a él como una tira de petardos cuando el Beech intentó convertirse de nuevo en una criatura aérea, aunque sin poder hacerlo porque las aletas estaban bajadas y los motores funcionaban a muy pocas revoluciones. El avión dio un salto como una convulsión en la mortecina luz de la segunda explosión, y a continuación empezó a patinar por una pista de espera; Dees vio el edificio de la terminal general por el rabillo del ojo. Estaba iluminada con luces de emergencia que funcionaban con baterías de reserva. Asimismo, vio los aviones aparcados, uno de los cuales era, con toda seguridad, el Skymaster del Piloto Nocturno. Como siluetas oscuras de papel de seda recortadas contra la lastimosa luz anaranjada de la puesta del sol, y que ahora se distinguían gracias a los relámpagos.

«¡Voy a volcar!» se gritó a sí mismo y, de hecho, el Beech intentó volcar; el ala de babor empezó a arrastrarse por la pista de espera más cercana a la terminal levantando un manan-tial de chispas hasta que la punta se desprendió y rodó hasta los arbustos, donde la fricción encendió un mortecino fuego en los hierbajos mojados.

A continuación el Beech se detuvo, y los únicos sonidos que oyó eran las interferencias de la radio, el sonido de botellas rotas que vertían su contenido sobre la alfombra del compartimento de pasajeros y el enloquecido martilleo de su propio corazón. Dees se desabrochó el cinturón y se dirigió hacia la puerta del avión antes de estar totalmente seguro de que seguía vivo.

Recordaba lo que sucedió a continuación con extraña claridad, pero lo único que recordaba con seguridad desde el momento en que el Beech se detuvo por fin sobre la pista de espera, de espalda hacia el Lear e inclinado hacia un lado, hasta el momento en que oyó los primeros gritos procedentes de la terminal, era que había alargado el brazo para coger la cámara. No podía salir del avión sin la cámara; la Nikon era la cosa más parecida que tenía a una esposa. La había comprado en una casa de empeño de Toledo cuando tenía diecisiete años y la conservaba desde entonces. Le había añadido objetivos, pero la carcasa básica seguía siendo la misma que entonces; las únicas modificaciones que había introducido habían sido algunos rasguños y abolladuras que formaban parte de su trabajo. La Nikon se encontraba en el bolsillo elástico que había detrás de su asiento. Tiró de ella para sacarla, la miró para comprobar que seguía intacta y vio que así era. Se la colgó del cuello y se inclinó sobre la puerta del avión.

Tiró de la palanca, saltó del avión, tropezó, estuvo a punto de caerse, y logró coger la cámara antes de que chocara contra el hormigón de la pista de espera. Se oyó el rugido de otro trueno, pero esta vez no fue más que un rugido, distante y poco amenazador. Una brisa lo rozó como la caricia de una mano cariñosa sobre el rostro..., pero más fría por debajo del cinturón.

Dees hizo una mueca; el episodio de que se había meado encima cuando el Beech y el Piedmont habían estado a punto de chocar tampoco figuraría en el artículo.

De repente, un chillido agudo y penetrante llegó hasta sus oídos desde la terminal general; un grito teñido de agonía y horror. Aquel sonido lo golpeó como una bofetada. Volvió en sí, y se concentró de nuevo en el objetivo. Miró el reloj. No funcionaba. O bien se había roto a causa de la explosión o bien se había detenido. Se trataba de una de esas antiguallas divertidas a las que hay que dar cuerda, y no recordaba cuándo lo había hecho por última vez.

¿Se había puesto ya el sol? Afuera estaba oscuro, joder, pero con todos esos truenos y esos nubarrones agolpados alrededor del aeropuerto era difícil determinar lo que significaba.

¿Realmente se había puesto el sol?

Oyó otro grito. No, un grito no, un verdadero chillido, así como el sonido de cristales al romperse.

Dees decidió que la puesta de sol carecía de toda importancia.

Echó a correr sin darse cuenta apenas de que los depósitos auxiliares del generador seguían ardiendo y de que olía a gas en el aire. Intentó correr más deprisa, pero tenía la sensación de correr sobre cemento líquido. La terminal se acercaba cada vez más, pero no demasiado deprisa.

No lo bastante deprisa.

-¡No, por favor! ¡Por favor, no! ¡POR FAVOR, NO! ¡OH, POR FAVOR, NO!

Aquel chillido cada vez más fuerte se vio interrumpido de repente por un terrible aullido inhumano. No obstante, sí había algo humano en él, y eso era tal vez lo más terrible de todo. A la mortecina luz de las bombillas de emergencia instaladas en las esquinas de la terminal, Dees vio que una figura oscura que se agitaba rompía más cristales de la pared de la terminal que se orientaba hacia el aparcamiento, una pared que constaba casi únicamente de cristal; la figura salió despedida a través de ella, aterrizó sobre la rampa con un golpe sordo, rodó sobre sí misma, y

Dees vio que se trataba de un hombre.

La tormenta se alejaba pero seguían brillando los relámpagos, y cuando Dees entró corriendo en el aparcamiento, jadeante, vio por fin el avión del Piloto Nocturno, con la matrícula

N101BL pintada en la cola. Las letras y los números parecían negros en aquella luz, pero él sabía que eran rojos y,de todos modos, no importaba. La cámara estaba cargada con película rápida en blanco y negro y armada con un flash inteligente que tan sólo se dispararía cuando la luz fuera demasiado poco intensa para la velocidad de la película.

La bodega del Skymaster estaba abierta como la boca de un cadáver. Bajo ella se veía un gran montículo de tierra en el que se retorcían pequeños objetos. Dees le echó un vistazo casual, se volvió para mirarlo por segunda vez y se detuvo a duras penas. Ahora su corazón no sólo estaba lleno de temor sino también de una salvaje felicidad. ¡Qué bien que todo hubiera salido como había salido!

Sí, se dijo, pero no lo llames suerte, no te atrevas a llamarlo suerte, no lo llames ni siquiera un presentimiento.

Correcto. No era la suerte la que lo había mantenido en esa destartalada habitación de motel con aquel ruidoso aparato de aire acondicionado. No había sido un presentimiento, no exactamente al menos, lo que lo había atado al teléfono hora tras hora llamando a pequeños aeropuertos y dando la matrícula del Piloto Nocturno una y otra vez. Se trataba de puro instinto de periodista, y aquí es donde empezaba a verse recompensado. Claro que no se trataba de una recompensa como las demás; era el premio gordo, El Dorado, la maravillosa fábula.

Se detuvo frente a la bodega abierta como un bostezo, intentó levantar la cámara y estuvo a punto de estrangularse con la correa. Masculló un juramento. Desenredó la correa. Apuntó.

Desde la terminal le llegó otro grito, el de una mujer o bien un niño. Dees apenas se percató de ello. La idea de que ahí dentro se estaba produciendo una verdadera masacre fue seguida por la idea de que dicha masacre no haría sino enriquecer la historia. Y a continuación, ambos pensamientos se disiparon mientras tomaba tres rápidas fotografías del

Cessna, asegurándose de que tomaba una de la bodega y otra de la matrícula. El rebobinado automático emitía su zumbido.

Dees siguió corriendo. Más ruido de cristales rotos. Otro golpe sordo cuando otro cuerpo cayó al cemento como una muñeca de trapo rellena de algún líquido espeso y oscuro, como por ejemplo, jarabe para la tos. Dees alzó la mirada, distinguió un movimiento confuso, el revoloteo de algo que podría haber sido una capa... pero se encontraba demasiado lejos como para asegurarlo. Se volvió y tomó otras dos fotografías del avión, esta vez de muy cerca. La bodega abierta y el montículo de tierra aparecerían claros e innegables en el periódico.

A continuación se volvió y echó a correr hacia la terminal. Ni siquiera se le ocurrió el hecho de que sólo iba armado con una vieja Nikon.

Se detuvo a unos diez metros del edificio. Había tres cadáveres, dos adultos, uno de cada sexo, y uno que podía haber sido o bien de una mujer menuda o bien de una chica de unos trece años; era difícil de determinar puesto que le faltaba la cabeza.

Dees apuntó la cámara y tomó seis rápidas fotografías, mientras el flash emitía su propio relámpago blanco y el rebobinado automático no cesaba de emitir su pequeño zumbido.

Mientras tomaba las fotografías iba contando. Disponía de 36 y había hecho once, lo cual significaba que le quedaban veinticinco. Tenía más película en los bolsillos profundos de sus pantalones, y eso estaba muy bien... si tenía la oportunidad de recargar la cámara. Nunca se podía contar con eso, sin embargo. En el caso de fotografías como aquéllas había que aprovechar el momento. Se trataba de un banquete de comida rápida, nada más.

Dees alcanzó la terminal y abrió la puerta de un tirón.

Pensó que ya lo había visto todo, pero nunca había visto algo como aquello. Nunca.

«¿Cuántos? -se preguntó su mente-. ¿A cuántos te has cargado? ¿Seis? ¿Ocho? ¿Tal vez una docena?»No lo sabía. El Piloto Nocturno había convertido la terminal del pequeño aeropuerto privado en un matadero. Cadáveres y partes de cadáveres yacían esparcidos por doquier. Dees vio un pie enfundado en una zapatilla deportiva negra y sacó una fotografía. Un torso desgarrado; sacó una fotografía. Había un hombre enfundado en un mono de mecánico que todavía estaba con vida, y por un momento creyó que era Ézra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra, del aeropuerto del condado de Cumberland, pero aquel tío no se estaba quedando calvo, sino que no le quedaba ni un solo pelo en la cabeza. Le habían partido la cara desde la frente hasta la barbilla. La nariz estaba partida en dos y a Dees la escena le recordó, por alguna extraña razón, un perrito caliente abierto y listo para el panecillo. Sacó una fotografía.

Y de repente, algo en su interior se rebeló y gritó: ¡Para! con voz tan imperiosa que resultaba imposible ignorarla, y, por supuesto negarla.

«¡Para! ¡Ya se ha acabado todo!»

En aquel momento vio una flecha pintada en la pared. Bajo ella se veía la palabra

SERVICIOS. Dees echó a correr en la dirección que indicaba la flecha, con la cámara balanceándose tras él.

Por casualidad se topó primero con el servicio de caballeros, pero no le habría importado toparse primero con el de extraterrestres. Estaba llorando presa de incontenibles sollozos. Apenas podía creer que aquellos sonidos procedieran de su interior. Hacía años que no lloraba. De hecho, no lloraba desde que era niño.

Abrió la puerta de un empujón, derrapó como un esquiador a punto de perder el control y se aferró al borde de la segunda pica de la fila.

Se inclinó sobre ella y todo brotó de su interior en una corriente espesa y nauseabunda; una parte le salpicó en la cara mientras que otra aterrizaba en el espejo en manchas amarronadas. Olió el pollo a la criolla para llevar que había comido colgado del teléfono en la habitación del motel, justo antes de coger la puerta y echar a correr hacia su avión; vomitó de nuevo emitiendo una especie de ronquido que recordaba una máquina sobrecargada a punto de estropearse.

Dios mío, pensó, Dios mío, no es un hombre, no puede ser un hombre...

Y en aquel momento oyó el sonido.

Se trataba de un sonido que había oído al menos mil veces con anterioridad, un sonido de lo más habitual en la vida de cualquier americano... pero que ahora lo llenó de un miedo y de un terror que iba más allá de todo lo que conocía y de lo que podía creer.

Era el sonido de un hombre orinando en un urinario.

Pero aunque veía los tres urinarios del baño en el espejo manchado de vómito, no vio a nadie en ninguno de ellos.

Los vampiros no se refle..., se dijo Dees.

En aquel momento vio un líquido rojizo golpear la porcelana del urinario del centro, lo vio correr urinario abajo, confluir en el círculo geométrico de orificios que había en la parte inferior.

No se veía ninguna corriente de líquido en el aire; tan sólo la veía cuando chocaba contra la porcelana.

Era entonces cuando se hacía visible.

Dees se quedó petrificado. Permaneció inmóvil, con las manos aferradas al borde del lavabo; la boca, el cuello, la nariz y las fosas nasales espesas por el sabor y el olor del pollo a la criolla, observando el increíble y al mismo tiempo prosaico fenómeno que se estaba produciendo justo detrás de él.

«Estoy viendo mear a un vampiro», se dijo confusamente.

La escena parecía no tener fin, la orina sangrienta golpeando la porcelana, tornándose visible y desapareciendo por el desagüe. Dees permaneció con las manos pegadas a los costados de la pica en la que había vomitado, mirando el reflejo del espejo, sintiéndose como un engranaje paralizado en una enorme máquina estropeada.

«Soy hombre muerto, casi seguro», se dijo.

Por el espejo vio que la manecilla cromada de la cadena bajaba por sí sola. A continuación, el rugido del agua.

Dees escuchó un susurro y un revoloteo y supo que setrataba de una capa, del mismo modo que sabía que si se volvía podría tachar el «casi seguro» de su último pensamiento. Se quedó donde estaba, con las palmas de las manos hundidas en los bordes de la pica.

De repente, una voz profunda, de ultratumba, se alzó justo detrás de él. El propietario de dicha voz estaba tan cerca que Dees percibió su frío aliento en el cuello.

-Me has estado siguiendo -empezó la voz de ultratumba.

Dees gimió.

-Sí -prosiguió aquella voz como si Dees se hubiera mostrado en desacuerdo con él-. Te conozco, ¿sabes? Lo sé todo sobre ti. Y ahora escúchame con atención, mi inquisitivo amigo, porque sólo te lo diré una vez: deja de seguirme.

Dees volvió a gemir, un gemido parecido al de un perro, y más agua le llenó los pantalones.

-Abre la cámara -exigió la voz.

«¡Mi película! -gritó una parte de Dees-. ¡Mi película! ¡Lo único que tengo! ¡Lo único que tengo! ¡Mis fotos!»

Otro revoloteo seco, y parecido al de un murciélago. Aunque Dees no veía nada, sintió que el Piloto Nocturno se había acercado aún más a él.

-Ahora.

Su película no era lo único que tenía.

También tenía la vida.

Más o menos.

Se vio a sí mismo darse la vuelta y ver lo que el reflejo no reflejaba o no podía reflejar: se vio a sí mismo viendo al Piloto Nocturno, a su amigo murciélago, una cosa grotesca salpicada de sangre y trocitos de carne y de mechones de pelo arrancado; se vio a sí mismo tomando fotografía tras fotografía, mientras el rebobinado automático zumbaba... Pero no se vería nada.

Nada en absoluto.

Porque tampoco se les podía sacar fotos.

-Eres real -graznó, sin moverse, con las manos en apariencia soldadas a los bordes de la pica.

-Tú también -gruñó la voz.

Dees percibió el hedor de antiguas criptas y tumbas selladas en el aliento de la cosa.

-Al menos, de momento. Ésta es tu última oportunidad, mi inquisitivo biógrafo de pacotilla. Abre la cámara... O la abro yo.

Con manos que se le antojaban del todo entumecidas, Dees abrió la Nikon.

Una ráfaga de aire pasó junto a su rostro helado; parecía un juego de navajas en movimiento. Por un instante vio una mano larga y blanca salpicada de sangre; vio unas uñas rotas, llenas de porquería.

En aquel momento la película se rompió y empezó a brotar de su cámara.

Otro seco revoloteo. Otro aliento hediondo. Por un momento creyó que el Piloto Nocturno iba a matarlo de todas formas. Pero entonces, a través del espejo vio que la puerta del lavabo de caballeros se abría sola.

«No me necesita -se dijo Dees-. Sin duda alguna ha comido muy bien esta noche.»

Aquello le hizo vomitar de nuevo, esta vez directamente sobre el reflejo de su propio rostro con los ojos abiertos de par en par.

La puerta se cerró.

Dees permaneció donde estaba durante al menos tres minutos; se quedó ahí hasta que las sirenas llegaron a la terminal; se quedó ahí hasta que oyó la tos y el rugido del motor de un avión.

El motor de un Cessna Skymaster 337, sin lugar a dudas.

A continuación salió del servicio con las piernas como patas de palo, chocó contra la pared más alejada del pasillo, rebotó y se dirigió de regreso a la terminal. Resbaló en un charco de sangre y estuvo a punto de caer.

-¡Quieto! -gritó un policía tras él-. ¡Quieto! ¡No se mueva o lo mato!

Dees ni siquiera se volvió.

-Prensa, gilipollas -dijo al tiempo que levantaba la cámara con una mano y el carné de prensa con la otra.

Se dirigió hacia una de las ventanas rotas mientras la película seguía brotando de su cámara como una larga serpenti-na marrón, y se quedó ahí mirando cómo el Cessna aceleraba por la pista

5. Por un instante fue una silueta negra recortada contra el brillante incendio del generador y de los depósitos auxiliares. Una silueta que se parecía bastante a un murciélago; y entonces se elevó, desapareció, y el policía empujó a Dees con tal fuerza hacia la pared que empezó a sangrar por la nariz. Pero no le importó. No le importaba nada, y cuando los sollozos empezaron a abrirse paso en su pecho, volvió a cerrar los ojos, y volvió a ver la sangrienta orina del Piloto Nocturno chocar contra la porcelana, tornarse visible y desaparecer por el desagüe.

Creía que jamás dejaría de verla.

Es algo que llega a gustarte

El otoño de Nueva Inglaterra y la delgada tierra se muestran en algunos fragmentos entre los dientes de león y la ambrosía, a la espera de las primeras nevadas, que aún tardarán al menos un mes en caer. Las alcantarillas están sembradas de hojas muertas, el cielo aparece siempre gris, y las cañas del maíz se alinean en ordenadas hileras cual soldados que han encontrado un fantástico modo de morir de pie. Las calabazas, hundidas por la podredumbre, se amontonan apoyadas contra cobertizos anodinos, y despiden un olor que recuerda el aliento de una vieja. En esta época del año, no hace frío ni calor, tan sólo se percibe una brisa pálida que nunca cesa, que sopla sobre los desnudos campos, bajo el cielo blanco que surcan, de camino al sur, bandadas de pájaros en forma de cheurones. El viento levanta polvo de los

suaves hombros de los caminos y lo convierte en derviches danzantes; divide los campos exhaustos del modo en que un peine divide el cabello, y se abre paso hasta los coches desguazados que se agolpan en los jardines traseros.

La casa de los Newall, situada en Town Road, n.° 3, goza de una espléndida vista sobre lo que en Castle Rock se conoce como el Recodo. De algún modo, resulta imposible experimentar cualquier sensación positiva al ver esta casa. Ofrece un aspecto de muerte que la falta de pintura no logra explicar del todo. El jardín delantero consiste en un amasijo de morones a los que las primeras heladas conferirán una silueta aún más grotesca. Una delgada columna de humo surge de la tienda de Brownie, situada al pie de la colina. Antaño, el Recodo constituía una parte bastante importante de Castle Rock, pero eso se acabó con la guerra de Corea. En el viejo escenario de la banda municipal que hay frente a la tienda de Brownie, dos niños pequeños se pasan un camión rojo de bomberos. Tienen rostros cansados y gastados, rostros de viejos, casi. Sus manos parecen cortar el aire cuando se pasan el camión de juguete, y sólo se detienen de vez en cuando para limpiarse las narices que no cesan de gotear.

En la tienda, Harley McKissick, un hombre corpulento y de rostro colorado, preside la sesión, mientras que el viejo John Clutterbuck y Lenny Partridge permanecen sentados junto a la estufa con las piernas apoyadas en ella. Paul Corliss está apoyado en el mostrador. La tienda despide un olor antiguo, olor a salami, papel matamoscas, café, tabaco, sudor, Coca-Cola pasada, pimienta, clavo y loción capilar O'Dell, que parece semen y transforma el cabello en escultura. Un cartel salpicado de moscas muertas, que anuncia una cena a base de alubias celebrada en 1986, todavía aparece apoyado contra el escaparate, junto a otro cartel que anuncia la actuación de Ken

Corriveau, el cantante de country, en la feria del condado de Castle de 1984. La luz y el sol de casi diez veranos han caído implacables sobre este último cartel, y ahora, Ken Corriveau, que lleva más de cinco años apartado del mundo de la música y actualmente se dedica a vender Fords en Chamberlain, presenta un aspecto desvaído y a un tiempo tostado. En la parte trasera de la tienda se ve un inmenso congelador de vidrio, traído de Nueva York en 1933, y en cada rincón se percibe el vago pero persistente aroma de los granos de café.

Los viejos observan a los niños y hablan en tono bajo y confuso. John Clutterbuck, cuyo nieto, Andy, está muy ocupado emborrachándose a muerte este otoño, ha estado hablando del vertedero del pueblo. El vertedero apesta a rayos en verano, dice. Nadie discute este punto, porque es cierto, pero tampoco están demasiado interesados en el tema, porque no es verano, es otoño, y la enorme estufa de gasóleo despide una aplastante oleada de calor. El termómetro de Winston, colgado tras el mostrador, marca veinticinco grados. La frente de Clutterbuck muestra una inmensa hendidura justo encima de la ceja izquierda, producto de un golpe que se dio en un accidente de coche en 1963. A veces, los niños le preguntan si pueden tocarla. De hecho, el viejo Clut ha sacado un buen puñado de dinero a muchos veraneantes, que no se creen que la hendidura de la frente de Clut pueda albergar el contenido de un vaso de tamaño mediano.

-Paulson -murmura Harley McKissick.

Un viejo Chevrolet se ha detenido detrás del cacharro de Lenny Partridge. En el costado hay un cartel de cartón sujeto con cinta de embalaje. REPARACIÓN DE SILLAS DE MIMBRE

GARY PAULSON COMPRAVENTA DE ANTIGÜEDADES, reza el cartel, además de indicar el número de teléfono. Gary Paulson se apea del coche con lentitud, un anciano enfundado en pantalones verdes desvaídos con un gran parche de pana en el trasero. Extrae un nudoso bastón del coche, y se aferra con firmeza al marco de la portezuela hasta que coloca el bastón ante él en la posición que le gusta. El mango del bastón aparece envuelto en la funda de un manillar de bicicleta de niño, como un condón. El bastón deja pequeñas marcas circulares en el polvo cuando

Paulson emprende su cuidadosa excursión en dirección a la puerta de la tienda de Brownie.

Los niños del escenario alzan la vista para mirarlo, a continuación siguen su mirada, atemorizados, al parecer, hasta el bulto algo ladeado y crepitante de la casa de Newall, allá en la colina, y después vuelven a concentrarse en su coche de bomberos.

Joe Newall se instaló en Castle Rock en 1904 y allí permaneció hasta 1929, pero amasó su fortuna en las serrerías de un pueblo cercano, Gates Falls. Era un hombre flacucho, de rostro enojado y ojos de córneas amarillentas. Compró al Banco Nacional de Oxford una gran parcela de terreno en el Recodo, cuando aquel sector era próspero y contaba con serrerías e incluso una fábrica de muebles. El banco se lo había arrebatado a Phil Budreau en un embargo de hipoteca a la que contribuyó el *sheriff* del condado, Nickerson Campbell. Phil Budreau, un tipo popular, pero al que la mayoría de sus vecinos consideraba un poco tonto, se trasladó a Kittery ypasó los diez o doce años siguientes haciendo chapuzas con coches y motos. A continuación, partió hacia Francia para luchar contra los teutones, cayó de un avión durante una misión de reconocimiento, o al menos eso es lo que cuenta la historia, y se mató.

La parcela de Budreau permaneció abandonada durante la mayor parte de aquellos años, pues a la sazón, Joe Newall vivía en una casa de alquiler en Gates Falls y se ocupaba de amasar una fortuna. Era más famoso por sus severas medidas empresariales que por el modo en que había salvado una serrería que había estado al borde de la ruina en 1902, el año en que él la había comprado. Los trabajadores lo llamaban Joe de los Despidos, porque si alguien dejaba de acudir a un solo turno, lo ponía de patitas en la calle sin aceptar ni siquiera escuchar disculpa alguna.

Se casó con Cora Leonard, sobrina de Cari Stowe, en 1914. El matrimonio tenía gran valor a los ojos de Joe Newall, por supuesto, pues Cora era la única pariente viva de Cari, y, sin duda, recibiría una buena tajada en cuanto Cari pasara a mejor vida, siempre y cuando, claro está, Joe mantuviera buenas relaciones con él, y Joe, por supuesto, no tenía otra intención que estar a buenas con el viejo, quien, en sus buenos tiempos, había sido Muy Listo, pero en los últimos años de su vida, se había vuelto Bastante Blando. Había otras serrerías en la zona que podían comprarse por cuatro chavos y reformarse..., siempre y cuando uno tuviera un pequeño capital de arranque. Joe no tardó en disponer de dicho capital, pues el adinerado tío de su mujer falleció un año después de la boda.

Así pues, el matrimonio tenía gran valor, sin duda alguna. Cora, por su parte, no tenía ninguno. Era una especie de saco de patatas, increíblemente ancha de caderas, con un trasero increíblemente grande, pero de pecho casi tan plano como un chico y dotada de un cuello ridiculamente corto, sobre el que su desproporcionada cabeza se asemejaba a un extraño girasol pálido. Las mejillas le colgaban, flaccidas; sus labios eran tiras de hígado; tenía un rostro tan inexpresivo como la luna llena de una noche invernal. Sudaba tanto que sus vestidos mostraban grandes manchas oscuras bajo los sobacos incluso en febrero, y un fétido olor a sudor la acompañaba dondequiera que fuese.

En 1915, Joe empezó a construir una casa para su mujer en la parcela de Budreau, y al cabo de un año dio la impresión de estar terminada. Era una construcción pintada de blanco y dotada de doce habitaciones que surgían de los ángulos más inverosímiles. Joe Newall no era nada popular en Castle Rock, en parte porque había amasado su fortuna fuera del pueblo, en parte porque

Budreau, su predecesor, había sido un encanto de hombre, aunque un estúpido, no cesaban de recordarse, y su estupidez y amabilidad iban siempre de la mano, y eso no podía olvidarse j amas; pero Joe era impopular sobre todo porque su maldita casa no había sido construida con mano de obra del pueblo. Antes de que se colgaran los canalones y los alerones, alguien garabateó con tiza amarilla un dibujo obsceno y una palabra anglosajona monosílaba sobre la entrada de montante en abanico.

En 1920, Joe Newall se había convertido en un hombre rico. Sus tres serrerías de Gates Falls marchaban viento en popa, repletas de los beneficios producidos por una guerra mundial y alimentadas regularmente con los pedidos de la nueva o incipiente clase media. Empezó a construir una nueva ala en su casa. La mayoría de la gente del pueblo lo consideraba innecesario, pues al fin y al cabo, vivían los dos solos, y casi todos opinaban que el añadido no hacía sino afear una construcción que la mayoría consideraban ya de por sí de una fealdad

inconmensurable. La nueva ala añadía un piso a la casa y contemplaba ciega la colina, que en aquellos tiempos aparecía cubierta de pinos dispersos.

La noticia de que la familia iba a incorporar un nuevo miembro llegó desde Gates Falls, y la fuente de información más probable era Doris Gingercroft, a la sazón enfermera del doctor

Robertson. Así pues, el ala nueva de la casa constituía una suerte de celebración, al parecer. Tras seis años de gozo conyugal y cuatro años en el Recodo, durante los cuales la gente sólo la había visto a distancia, cuando cruzaba el jardín o cogía flores (azafrán, rosas silvestres, margaritas salvajes,escarpines de dama, amapolas) en el prado que se extendía tras el edificio, después de todos aquellos años, Cora Leo-nard Newall había florecido.

Cora nunca hacía la compra en la tienda de Brownie. Cada jueves por la tarde, acudía a la tienda de Kitty Korner, en el centro comercial de Gates Falls.

En enero de 1921, Cora dio a luz un monstruo sin brazos y, según se rumoreaba, con un pequeño racimo de dedos perfectos saliéndole de una de las cuencas oculares. La criatura murió después de que seis horas de contracciones arrojaran su carita roja e inconsciente a la luz de este mundo. Joe añadió una cúpula a la casa diecisiete meses más tarde, a finales de primavera de

1922, pues en Maine occidental no hay principios de primavera, sólo finales de primavera y antes de eso, invierno. Siguió comprando sus provisiones fuera del pueblo, y no quería saber nada de la tienda de Bill *Brownie* McKissick. Asimismo, nunca puso los pies en la Iglesia Metodista del

Recodo. El bebé deforme que había salido del vientre de su mujer fue enterrado en el panteón que los Newall poseían en Gates Falls, y no en Homeland, el cementerio local. La inscripción de la pequeña lápida rezaba:

SARAH TAMSON TABITHA FRANCINE NEWALL

14 DE ENERO DE 1921 QUE DIOS LA ACOJA EN SU SENO

En la tienda hablaban de Joe Newall, de la mujer de Joe y de la casa de Joe mientras el hijo de Brownie, Harley, demasiado joven para afeitarse (pero, pese a ello, con la senectud enterrada en lo más profundo de su ser, hibernando, esperando, tal vez soñando), aunque lo suficientemente mayor como para apilar verduras y colocar montones de patatas en los estantes de la calle cuando se lo ordenaban, permanecía cerca y escuchaba. Sobre todo cuando hablaban de la casa, pues consideraban que era una afrenta a la sensibilidad y a la vista.

-Pero llega a gustarte -afirmaba de vez en cuando Clay-ton Clutterbuck, el padre de John.

Nunca obtenía respuesta a su comentario. Era una afirmación que carecía de significado alguno... pero, al mismo tiempo, constituía un hecho patente. Si uno estaba ante la tienda de

Brownie, mirando las frutas del bosque para escoger la mejor caja durante la estación de las frutas del bosque, tarde o temprano volvía la mirada hacia la casa de la colina, del mismo modo que la veleta se vuelve hacia el nordeste antes de una ventisca de marzo. Tarde o temprano, uno sentía la necesidad de mirar, y con el paso del tiempo, más temprano que tarde en el caso de la mayoría de la gente. Porque, como decía Clayton Clutterbuck, la casa de los Newall atraía.

En 1924, Cora se cayó por la escalera que había entre la cúpula y el ala nueva de la casa, y se rompió el cuello y la espalda. Por el pueblo circulaba el rumor, procedente sin duda de un

Comité Femenino de Asistencia, de que en el momento del accidente, Cora estaba completamente desnuda. Recibió sepultura junto a la hija deforme que tan sólo había vivido unas horas.

Joe Newall, quien, tal como convenía casi toda la gente del pueblo, tenía algo de sangre judía, siguió ganando dinero a espuertas. Construyó dos cobertizos y un granero en la cima de la colina, todos ellos conectados a la casa principal a través de la nueva ala. El granero quedó terminado en 1927, y su propósito se puso de manifiesto de inmediato; por lo visto, Joe había

decidido convertirse en un granjero acomodado. Compró dieciséis vacas a un tipo de Mechanic

Falls. Compró una ordeñadora pequeña y brillante al mismo tipo. El aparato se antojaba un pulpo de metal a aquellos que echaron un vistazo al camión de reparto y lo vieron cuando el conductor se detuvo en la tienda de Brownie para tomarse una cerveza fría antes de subir la colina.

Una vez instaladas las vacas y la ordeñadora, Joe contrató a un imbécil de Motton para que se hiciera cargo de su inversión. La razón por la que un propietario de serrerías tan duro y frío como él habría hecho tal cosa asombraba a todos, que se decían que la única causa posible era que

Joe estaba perdiendo la cabeza, pero lo cierto es que lo hizo y que, por supuesto, todas las vacas murieron.

El funcionario de sanidad del condado apareció en la co-lina para echar un vistazo a las vacas, y Joe le mostró un certificado firmado por un veterinario, un veterinario de Gates Falls, se dijeron más tarde los del pueblo, enarcando las cejas del modo más significativo, certificado según el cual las vacas habían muerto de meningitis bovina.

-Eso significa mala suerte en inglés -comentó Joe.

-¿Es un chiste?

-Tómeselo como quiera -replicó Joe-. No pasa nada.

-Haga callar a ese imbécil, ¿quiere? -ordenó el funcionario de sanidad del condado.

Estaba observando al tonto a través de la calzada de entrada. El hombre estaba apoyado contra el buzón, llorando a lágrima viva. Gruesas lágrimas le rodaban por las rechonchas y sucias mejillas. De vez en cuando, se contenía y se daba un buen sopapo, como si él tuviera la culpa de todo cuanto había sucedido.

-A él tampoco le pasa nada.

-A mí me parece que aquí pasa de todo -contravino el funcionario de sanidad-, y lo de menos son esas dieciséis vacas muertas, con las patas tiesas para arriba como si fueran postes. Si las veo desde aquí...

-Pues me alegro -terció Joe-, porque no va a acercarse más.

El funcionario de sanidad del condado tiró el certificado del veterinario de Gates Falls al suelo y lo pisoteó con la bota al tiempo que contemplaba a Joe Newall con el rostro tan ruborizado que las venitas de los lados de la nariz sobresalían casi violetas.

-Quiero ver esas vacas. Llevarme una, si hace al caso.

-No.

-Oiga, usted no es el dueño del mundo... Conseguiré una orden del juez.

-Eso ya lo veremos.

El funcionario de sanidad se marchó mientras Joe lo observaba. En el extremo más alejado de la calzada de entrada, el subnormal, enfundado en su mono de trabajo manchado de estiércol y comprado a través del catálogo de Sears y Roebuck, siguió apoyado en el buzón de los Newall, llorando a lágrima viva. Ahí se quedó todo aquel caluroso día de agosto, llorando tan fuerte como se lo permitían sus pulmones, con el rostro plano y mongoloide vuelto hacia el cielo amarillo.

-Berreando como una ternera a la luz de la luna -fueron las palabras del joven Gary Paulson.

El funcionario de sanidad del condado era Clem Ups-haw, de Sirois Hill. Tal vez habría renunciado al asunto en cuanto las aguas se calmaron un poco, pero Brownie McKis-sick, que le había apoyado para que pasara a ocupar el cargo y que le fiaba una cantidad de cerveza respetable, le acució para que continuara. El padre de Harley McKissick no era la clase de hombre que sacara las garras por norma, y además, por lo general no lo necesitaba, pero hacía tiempo que quería dejar las cosas claras con Joe Newall respecto a la cuestión de la propiedad privada. Quería hacer entender a Joe que la propiedad privada era algo estupendo, por supuesto, algo realmente americano, pero que, pese a ello, la propiedad privada va unida a la comunidad, y en Castle Rock, la gente todavía creía que la comunidad ocupaba el primer

lugar, incluso en el caso de tipos ricos que podían construir un trozo de casa sobre su propia casa cada vez que les entraba el capricho.

Así pues, Clem Upshaw bajó a Lakery, la capital del condado por aquel entonces, y obtuvo la orden del juez.

En el mismo momento en que la obtenía, un gran furgón pasó junto al imbécil, que seguía aullando, y se dirigió al granero. Cuando Clem Upshaw regresó, ya sólo quedaba una vaca, que le miraba con grandes ojos negros, ojos que habían perdido el brillo y se habían tornado distantes bajo la capa de ahechaduras de heno. Clem determinó que al menos aquella vaca había muerto de meningitis bovina y se marchó. En cuanto se perdió de vista, el furgón regresó a recoger la última vaca.

En 1928, Joe inició la construcción de otra ala en la casa. Fue entonces cuando los hombres que se reunían en la tienda de Brownie concluyeron que el hombre estaba loco. Era inteligente, eso sí, pero estaba loco de atar. Benny Ellis afirmó que Joe le había sacado un ojo a su hija y lo guardaba en unfrasco de lo que Benny denominaba «flomaldelido» sobre la mesa de la cocina, junto con los dedos amputados que sobresalían de la otra cuenca al nacer la niña. Benny era un apasionado lector de revistas de terror, publicaciones que mostraban mujeres desnudas raptadas por hormigas gigantes y pesadillas similares en las portadas, y, sin lugar a dudas, su historia sobre el frasco de Joe Newall se inspiraba en sus lecturas habituales. Como consecuencia de ello, muchos habitantes de Castle Rock, y no sólo del Recodo, no tardaron en afirmar a ultranza que aquello era del todo cierto. Muchos afirmaron que Joe incluso guardaba otras cosas en el frasco, cosas de las que no se podía siquiera hablar.

La segunda ala de la casa quedó terminada en agosto de 1929, y dos noches más tarde, un cacharro rápido que tenía grandes círculos de sodio por ojos se abalanzó entre chirridos sobre la calzada de entrada de la casa de Joe Newall, y el cadáver hediondo y descompuesto de una gran mofeta salió despedido y colisionó contra la nueva ala. El animal estalló por encima de una de las ventanas, dejando un abanico de sangre en los marcos que casi parecía un ideograma chino.

En septiembre de aquel mismo año, un incendio devoró la sala de cardas de la serrería más importante que Newall poseía en Gates Falls, y ocasionó pérdidas valoradas en cincuenta mil dólares. En octubre, la bolsa se desmoronó. En noviembre, Joe Newall se ahorcó de una viga de una de las habitaciones inacabadas, probablemente un dormitorio, del ala más nueva de la casa.

Lo encontró Cleveland Torburt, el subdirector de las serrerías de Gates Falls y socio de Joe, o al menos eso se rumoreaba, en toda una serie de negocios de Wall Street que ahora tenían más o menos el mismo valor que el vómito de un chucho tuberculoso. El cadáver fue levantado por el funcionario de justicia del condado, que resultó ser el hermano de Clem Upshaw, Noble.

Joe fue enterrado junto a su mujer y a su hija el último día de noviembre. Era un día claro y brillante, y la única persona que asistió al servicio fue Alvin Coy, conductor del coche fúnebre de

Hay & Peabody. Alvin informó de que uno de los espectadores era una mujer joven y de buena figura, que llevaba un abrigo de mapache y un elegante sombrero negro. Sentado en la tienda de

Brownie mientras comía un pepinillo directamente del barril, Alvin esbozaba una sonrisa mordaz y contaba a sus compadres que aquella mujer era una preciosidad donde las hubiera. No guardaba similitud alguna con Cora Leonard Newall ni con nadie de su familia, y no había cerrado los ojos durante las plegarias.

Gary Paulson entra en la tienda con exquisita lentitud, y a continuación cierra la puerta tras de sí con todo cuidado.

-Buenas -saluda Harley McKissick en tono neutro.

-He oído que anoche ganaste un pavo en La Grange -comenta el viejo Clut mientras se prepara la pipa.

-Aja -responde Gary.

Ha cumplido los ochenta y cuatro años y, al igual que los demás, recuerda los tiempos en que el Recodo era un lugar mucho más lleno de vida que ahora. Ha perdido dos hijos en dos guerras, ambos antes del desastre de Vietnam, y eso le ha resultado muy duro. El tercero, un buen muchacho, murió en una colisión con un camión que transportaba madera en 1973. En cierto modo, aquella pérdida le resultó más fácil de asimilar, Dios sabe por qué. A veces, Gary babea y, con frecuencia, emite ruidosos chasquidos con la boca cuando intenta succionar la saliva para evitar que se salga con la suya y le baje por la barbilla. No se entera de gran cosa últimamente, pero sabe que envejecer es una manera asquerosa de pasar los últimos años de vida.

-¿Café? -pregunta Harley.

-No, creo que no.

Lenny Partridge, que seguramente no se recuperará de las costillas que se rompió en un extraño accidente de coche hace dos otoños, dobla las piernas para que el más viejo pueda pasar y dejarse caer con todo cuidado en la silla del rincón, que él mismo tapizó en 1982. Paulson emite un chasquido con los labios, succiona la saliva que amenaza con escapársele y entrelaza las manos sobre el puño del bastón. Ofrece un aspecto cansado y macilento.-Va a llover a cántaros - anuncia por fin-. Me duelen todos los huesos.

-Es un mal otoño -contesta Paul Corliss.

Se produce un silencio. El calor de la estufa llena la tienda, que cerrará en cuanto Harley muera o tal vez incluso antes si su hija menor se sale con la suya, llena la tienda, protege los huesos de los ancianos, al menos lo intenta, y sube por los sucios cristales del escaparate, cubierto de viejos carteles que miran hacia el patio, en el que hubo surtidores de gasolina hasta 1977. Son ancianos, y la mayor parte de ellos han visto a sus hijos partir hacia lugares más prósperos. La tienda no obtiene beneficios dignos de mencionar en la actualidad, no tiene más clientes que unos pocos habitantes del pueblo y algunos turistas de paso que creen que viejos como éstos, ancianos que se sientan junto a la estufa enfundados en camisetas de termolactil incluso en pleno julio, son pintorescos. El viejo Clut siempre ha afirmado que van a llegar nuevas gentes a esta parte del condado de Rock, pero los últimos dos años, las cosas han ido peor que nunca, y da la sensación de que todo el maldito pueblo se muere.

-¿Quién está construyendo un ala nueva en la maldita casa de Newall? -inquiere Paulson por fin.

Los demás se vuelven hacia él. Por un instante, la cerilla de cocina que el viejo Clut acaba de encender permanece suspendida sobre la pipa como una llama mística, quemando la madera y tornándola negra. El fósforo se vuelve grisáceo y se riza. Por fin, el viejo Clut hunde la cerilla en la pipa y aspira.

-¿Un ala nueva? -pregunta Harley.

-Aja.

Una cortina de humo azulado procedente de la pipa del viejo Clut se eleva sobre la estufa y allí se extiende como una delicada red de pescador. Lenny alza el mentón para desentumecer los músculos del cuello y, a continuación, se pasa la mano por él, lo que produce un sonido áspero.

-Nadie, que yo sepa -dice Harley en un tono que indica que eso incluye, como consecuencia, a todo el mundo, al menos en esta parte del mundo.

-No han tenido un comprador para la casa desde el ochenta y uno -comenta el viejo Clut.

Al decir «no han tenido», el viejo Clut se refiere tanto a la Tejeduría del Sur de Maine como al Banco del Sur de Maine, pero también se refiere a otra cosa, concretamente a los Espaguetti de

Massachusetts. La Tejeduría del Sur de Maine se apropió de las tres serrerías de Joe, así como de su casa de la colina, alrededor de un año después de que Joe se quitara la vida, pero, por lo que respecta a los hombres congregados en torno a la estufa de la tienda de Brownie, ese nombre no es más que una cortina de humo... o lo que a veces denominan *El Legal,* como

en *La mujer obtuvo una, orden de protección contra él y ahora él no puede ver a sus propios hijos a causa del Legal.*

Estos hombres odian *El Legal* por cuanto usurpa sus vidas y las de sus amigos, pero les fascina lo indecible el modo en que ciertas personas lo ponen al servicio de sus infames planes para ganar dinero.

La Tejeduría del Sur de Maine, es decir, el Banco del Sur de Maine, es decir, los Espaguetti de Massachusetts, vivieron una larga época de gran prosperidad tras salvar las serrerías de Joe

Newall de la ruina, pero el hecho de que hayan sido incapaces de deshacerse de la casa fascina a los ancianos que pasan los días en la tienda de Brownie.

-Es como un moco que no puedes arrancarte de la punta del dedo -comentó Lenny

Partridge en cierta ocasión, y los demás asintieron-. Ni siquiera esos Espaguetti de Malden y

Reveré pueden librarse de esa piedra de molino.

El viejo Clut y su nieto, Andy, no se hablan, y la propiedad de la fea casa de Joe Newall fue la causa de ello... aunque otros motivos más personales flotan justo debajo de la superficie, sin duda, como casi siempre ocurre. El tema surgió cierta noche después de que abuelo y nieto, ambos viudos, disfrutaran de una sabrosa cena a base de espagueti en casa del joven Clut.

El joven Andy, que todavía no había perdido su empleo en la policía local, intentaba, de un modo bastante condescendiente, por cierto, explicar a su abuelo que la Tejeduría del Sur de Maine no había tenido nada que ver con ninguna de las an-tiguas propiedades de Newall durante años, que el verdadero propietario de la casa del Recodo era el Banco del Sur de Maine, y que las dos empresas no guardaban ninguna relación en absoluto. El viejo John dijo a Andy que estaba loco si se tragaba eso. Todo el mundo sabía, afirmó, que tanto el banco como la empresa textil eran tapaderas de los Espaguetti de Mas-sachusetts, y que la única diferencia entre ellos residía en un par de palabras. Estas empresas se limitaban a camuflar las conexiones más obvias con una densa burocracia, explicó el viejo Clut, *El Legal,* en otras palabras.

El joven Clut había tenido el mal gusto de reírse de su abuelo. El viejo Clut se puso colorado, tiró la servilleta sobre el plato y se levantó. «Tú ríete -exclamó-. ¿Por qué no? La única cosa que un borracho hace mejor que reírse de lo que no entiende es llorar sin saber por qué.» Aquellas palabras enojaron a Andy, el cual dijo algo respecto a que Melissa era la razón por la que bebía, y John preguntó a su nieto cuánto tiempo iba a seguir culpando a su esposa muerta de su problema con la bebida. Andy palideció cuando su abuelo dijo eso, le ordenó que saliera de su casa, John se fue y desde entonces no ha vuelto. No es que quiera. Acusaciones aparte, no puede soportar ver cómo Andy se va derechito al infierno.

Especulaciones o no, no puede negarse lo siguiente: la casa de la colina lleva once años vacía, nadie ha vivido en ella en todo este tiempo y, por lo general, es el Banco del Sur de Maine el que intenta venderla a través de una de las inmobiliarias locales.

-Las últimas personas que la compraron eran del estado de Nueva York, ¿verdad? -pregunta Paul Corliss.

Por lo general, habla tan poco que todos se vuelven hacia él, incluso Gary.

-Sí señor -asiente Lenny-. Un matrimonio muy simpático. El hombre iba a pintar el granero de rojo y convertirlo en una especie de tienda de antigüedades, ¿no?

-Aja -corrobora el viejo Clut-. Y entonces su chico cogió el arma que guard...

-La gente es muy descuidada -tercia Harley.

-¿Se murió? -pregunta Lenny-. El chico. ¿Se murió?

El silencio se hace eco de la pregunta. Por lo visto, ninguno de ellos lo sabe. Por fin, Gary habla, casi a regañadientes.

-No, pero se quedó ciego. Se mudaron a Auburn. O tal vez a Leeds.

-Eran gente como Dios manda -comenta Lenny-. Realmente creí que iban a quedarse.

Les encantaba la casa. Creían que todo el mundo les tomaba el pelo al decirles que traía mala suerte porque eran forasteros. -Hace una pausa-. Tal vez ahora hayan cambiado de opinión... estén donde estén.

Se hace el silencio mientras los ancianos piensan en aquella gente de Nueva York, o tal vez en sus órganos y sentidos maltrechos. En la penumbra que reina tras la estufa, se oyen los gorgoteos del aceite. Más allá, un postigo golpea una y otra vez, movido por el inquieto aire otoñal.

-Están construyendo un ala nueva allá arriba, sí señor -insiste Gary.

Habla en voz baja pero vehemente, como si uno de los otros hubiera contradicho su afirmación.

-Lo he visto cuando bajaba por River Road. Ya tienen casi toda la estructura hecha. Parece que esa maldita cosa va a medir treinta metros de largo por diez de ancho. No lo había visto antes.

Parece buena madera de arce. ¿Dónde conseguirán buena madera de arce en estos días?

Nadie responde. Nadie lo sabe.

-¿Estás seguro de que no es otra casa, Gary? -pregunta por fin Paul Corliss en tono cauteloso-. Tal vez te...

-Y una mierda -interrumpe Gary en el mismo tono bajo, pero con mayor vehemencia-.

Es la casa de Newall, un ala nueva en la casa de Newall, con la estructura acabada, y si todavía tenéis dudas, salid y echad un vistazo vosotros mismos.

Una vez dicho esto, no queda nada más que añadir. Todos le creen. Ni Paul ni ninguno de los demás se apresura a ir a ver el ala nueva de la casa de Newall. Consideran que se trata de una cuestión de cierta importancia y, por tanto, no de-ben precipitarse en modo alguno. Pasa el tiempo... En más de una ocasión, Harley McKissick ha pensado que si el tiempo fuera madera, todos ellos serían ricos. Paul se dirige a la vieja nevera de refrescos y saca uno de naranja. Entrega sesenta centavos a Harley, el cual los registra en la caja. Al cerrar de un golpe el cajón, se da cuenta de que el ambiente de la tienda ha cambiado. Hay otros temas que discutir.

Lenny Partridge tose, hace una mueca, se oprime con las manos el lugar en que se encuentran las costillas rotas que nunca han llegado a curarse, y pregunta a Gary cuándo es el funeral de Dana Roy.

-Mañana -responde Gary-. En Gorham. Ahí es donde está enterrada su mujer.

Lucy Roy murió en 1968; Dana, quien hasta 1979 fue electricista en la sucursal de Gates

Falls de la empresa U.S. Gypsum, que los ancianos suelen llamar U.S. Gyp Em, murió de cáncer de colon hace dos días. Vivió en Castle Rock toda su vida, y le gustaba contar a la gente que en sus ochenta años de vida sólo había salido de Maine tres veces; una para visitar a una tía suya en

Connecticut, otra para ver un partido de los Red Sox de Boston («y perdieron, los muy desgraciados») y la última para asistir a una convención de electricistas en Portsmoüth, New

Hampshire. «Una maldita pérdida de tiempo», decía siempre acerca de la convención. «No había más que alcohol y mujeres, y las mujeres no valían un chavo, desde luego.» Era un compadre de estos hombres, que han acogido su fallecimiento con una extraña mezcla de dolor y triunfo.

-Le sacaron dos metros de intestinos -explica Gary a los demás-. Pero no sirvió de nada. Lo tenía extendido por todas partes.

-Él sí conocía a Joe Newall -interviene Lenny de pronto-. Estaba ahí arriba con su padre cuando su padre estaba instalando la electricidad en casa de Joe... No tendría más de seis u ocho años, creo yo. Recuerdo que dijo que una vez Joe le dio un caramelo, pero que lo tiró por la ventana de camino a casa. Dijo que tenía un sabor agrio y raro. Después, cuando volvieron a poner en marcha las serrerías, a finales de los años treinta, creo que fue, se encargó de cambiar la instalación eléctrica. ¿Te acuerdas, Harley?

-Aja.

Ahora que la conversación ha vuelto a centrarse en Joe Newall a través de Dana Roy, los hombres permanecen sentados en silencio, hurgando en sus recuerdos en busca de anécdotas. Pero cuando el viejo Clut rompe el silencio, lo hace con una afirmación de lo más asombroso.

-Fue el hermano mayor de Dana, Will, quien tiró la mofeta contra la pared de la casa.

Estoy casi seguro de que fue él.

-¿Will? -exclama Lenny con las cejas enarcadas-. Will Roy era demasiado estable para hacer algo así, me parece a mí.

-Sí señor, fue Will -tercia Gary Paulson en voz baja. Todos se vuelven hacia él.

-Y fue la mujer quien le dio un caramelo a Dana el día que fue allá con su padre -prosigue Gary-. Fue Cora, no Joe. Y Dana no tenía seis u ocho años. La mofeta aterrizó en la casa más o menos cuando el crack, y Cora ya estaba muerta por entonces. No, tal vez Dana se acordara de algo, pero no podía tener más que dos años por entonces. Fue alrededor de 1916 cuando le dieron aquel caramelo, porque fue en el 16 cuando Eddy Roy instaló la electricidad en la casa. Nunca volvió a ir allá arriba. Frank, el mediano, que lleva unos diez o doce años muerto, él sí que tendría unos seis u ocho años en aquella época. Frank vio lo que Cora le hizo al pequeño, eso lo sé, pero no cuando se lo contó a Will. No importa. Por fin, Will decidió hacer algo. La mujer ya estaba muerta, así que se desahogó con la casa que Joe había construido para ella.

-Eso da igual -interviene Harley fascinado-. ¿Qué es lo que le hizo a Dana? Eso es lo que yo quiero saber. Gary prosigue con voz calmosa, casi sentenciosa.

-Lo que Frank me contó una noche que había bebido unas cuantas copas fue que aquella mujer le dio el caramelo con una mano y con la otra le tocó el paquete. Delante de las nances del hermano mayor.-¡Eso es imposible! -rechaza el viejo Clut, escandalizado a pesar suyo.

Gary se limita a mirarle con sus ojos amarillentos y desvaídos, pero no dice nada.

De nuevo se hace el silencio, roto tan sólo por el golpeteo del postigo. Los niños del escenario de la banda han cogido el coche de bomberos y se han marchado a otro sitio, y la tarde eterna sigue y sigue, bajo la luz de un cuadro de Andrew Wyeth, blanca, quieta y llena de significados dementes. La tierra ha cesado de dar sus escuálidos frutos y espera yerma la caída de las primeras nieves.

A Gary le gustaría hablarles de la habitación del hospital de Cumberland en la que Dana

Roy yacía moribundo, con mocos negros pegados en torno a las fosas nasales, y un olor idéntico al de un pescado abandonado al sol. Le gustaría hablar de los fríos azulejos azules y de las enfermeras con el cabello recogido en redecillas, criaturas jóvenes, dotadas en su mayoría de bonitas piernas y pechos firmes, sin conocimiento de que 1923 fue un año real, tan real como los dolores que atenazan los huesos de los viejos. Tiene la sensación de que le gustaría pronunciar un discurso sobre la maldad del tiempo y tal vez incluso sobre la maldad de determinados lugares, así como explicar por qué Castle Rock es ahora como un diente podrido, a punto de desprenderse. Sobre todo, le gustaría contarles que Dana Roy sonaba como si le hubieran atestado el pecho de heno y estuviera intentando respirar a través de él, y que tenía el aspecto de haber empezado ya a pudrirse. Sin embargo, no puede decir ninguna de estas cosas porque no sabe cómo decirlas, de modo que se limita a succionarse la saliva y permanecer en silencio.

-A nadie le caía bien Joe -comenta el viejo Clut. De repente, se le ilumina el rostro.

-¡Pero, desde luego..., acababa por gustarte! Los demás no responden.

Diecinueve días más tarde, una semana antes de que la primera nevada cubra la tierra yerma,

Gary Paulson tiene un sueño sorprendentemente erótico... aunque, en realidad trata más bien de un recuerdo.

El 14 de agosto de 1923, cuando pasaba junto a la casa de los Newall en la camioneta de su padre, Gary Martin Paul-son, que por entonces contaba trece años, vio cómo Cora Leonard

Newall se apartaba del buzón. En una mano sostenía el periódico. Al ver a Gary, alargó la otra para cogerse el dobladillo del vestido de estar por casa que llevaba. No sonreía. La

inmensa luna que tenía por rostro aparecía pálida y vacua mientras se alzaba el vestido y le mostraba el sexo...

Era la primera vez que veía aquel misterio del que todos los niños a los que conocía hablaban con tal avidez. Sin sonreír, mirándole con expresión grave, la mujer adelantó las caderas y se las colocó delante del rostro perplejo y asombrado cuando la camioneta pasó a su lado. De pronto,

Gary dejó caer una mano sobre el regazo y al cabo de un instante eyaculó en los pantalones de franela.

Fue su primer orgasmo. En los años que han pasado desde entonces, ha hecho el amor con muchas mujeres, empezando por Sally Ouelette, a la que sedujo bajo el puente Tim en el 26, y cada vez que se acercaba al orgasmo, cada vez, sin excepción, veía a Cora Leonard de pie junto al buzón, bajo el cielo caluroso y acerado; la veía levantarse el vestido y revelar un matojo casi inexistente de vello rojizo que se abría bajo el monte pálido de su vientre; veía el signo de exclamación con sus labios rojos que se teñían de un color que, como sabía, sería el más delicado rosa coral

(Cora)

Sin embargo, no es la visión de su vagina con la promiscua hinchazón de entraña lo que le ha perseguido todos estos años, haciendo que todas las mujeres se convirtieran en Cora en el instante del orgasmo. Lo que siempre lo ha vuelto loco de placer cuando recordaba la escena, algo que, de todas formas, no podía evitar cuando hacía el amor, era el modo en que había arrojado las caderas hacia delante, hacia su rostro... una, dos, tres veces. Eso y la falta de expresión en su rostro, una impavidez tan profunda que parecía fruto de un trastorno mental, como si la mujer representara la suma de la limi-tada comprensión y el deseo de todo muchacho, una oscuridad angosta y anhelosa, nada más, un Edén limitado que relucía en tono rosado coral.

Su vida sexual ha quedado marcada y delimitada por aquella experiencia, una experiencia seminal donde las haya, pero nunca ha hablado de ella con nadie, aunque en más de una ocasión se ha visto tentado a ello después de tomarse unas copas. Siempre ha guardado el secreto. Y esto es lo que está soñando, con el pene perfectamente erecto por primera vez en casi nueve años, cuando de repente, un pequeño vaso sanguíneo estalla en su cerebro y forma un coágulo que acaba con su vida con rapidez, ahorrándole cuatro semanas o cuatro meses de parálisis, de tubos en los brazos, de catéter, de enfermeras silenciosas con el cabello recogido en redecillas y pechos erguidos. Muere mientras duerme, con el pene apuntando al cielo, y el sueño se desvanece como el eco de una imagen televisiva tras apagar el aparato en una habitación oscura. No obstante, sus compadres quedarían confundidos si estuvieran junto a él para escuchar las dos últimas palabras que pronuncia jadeante, pero con claridad:

«¡La luna!»

El día después de ser enterrado en el cementerio de Ho-meland, una nueva cúpula empieza a surgir de la nueva ala de la casa de Newall.

Popsy

Sheridan conducía con lentitud frente a la larga fachada lisa del centro comercial, cuando vio al chiquillo salir por las puertas principales, situadas bajo el cartel iluminado que rezaba

COUSINSTOWN. Era un niño, de tal vez algo más de tres años, aunque, sin duda, no pasaba de los cinco. En su rostro se leía una expresión a la que Sheridan se había tornado muy perceptivo.

Estaba intentando contener las lágrimas, pero no tardaría en echarse a llorar.

Sheridan se detuvo un instante mientras le acometía la familiar sensación de disgusto..., aunque cada vez que se llevaba a un niño, la sensación se hacía menos acuciante. La primera vez no había pegado ojo en una semana. No podía dejar de pensar en aquel turco enorme y grasicnto que se hacía llamar señor Brujo..., de pensar en qué haría con los niños.

-Los mando a dar un paseo en barca, señor Sheridan -le había explicado el turco, aunque, en su caso, la frase había sonado algo así como *Loj mando a da unpazeo en baca, seño Se-ridan.*

El turco había esbozado una sonrisa. *Y si sabe lo que le conviene, dejará de hacer preguntas,* decía aquella sonrisa, y lo decía alto y claro, sin acento alguno.

Sheridan había dejado de hacer preguntas, pero eso no significaba que hubiera dejado de pensar en el asunto. Sobre todo después. Dando vueltas y más vueltas sobre el tema, deseando poder volver atrás para poder dar otro giro al asunto, para poder alejarse de la tentación. La segunda vez lo había pasado casi igual de mal... La tercera vez algo menos, y a la cuarta ya había dejado de pensar en el paseo en barca y en lo que podría esperar a los niños a su término.

Sheridan aparcó la furgoneta en una de las plazas más cercanas al centro comercial y reservadas a los inválidos. En la parte trasera de la furgoneta llevaba una matrícula especial que el estado concede a los inválidos. La matrícula valía su peso en oro, porque impedía que los guardias de seguridad sospecharan y, además, porque esas plazas resultaban muy prácticas y casi siempre estaban vacías.

«Finges que no buscas nada, pero siempre robas una matrícula de inválido uno o dos días antes.»

Al diablo con esas chorradas. Estaba metido en un lío y ese niño era el único que podía resolver sus problemas.

Se apeó de la furgoneta y caminó hacia el pequeño, que miraba a su alrededor con una expresión de creciente pánico. Sí, señor, pensó Sheridan, unos cinco años, tal vez seis, pero muy menudito. Bajo las estridentes luces fluorescentes que emanaba el interior del edificio, el niño aparecía blanco como la nieve, no sólo asustado, sino realmente enfermo. Sheridan supuso que su aspecto se debía al miedo. Por lo general, reconocía aquella expresión en cuanto la veía, porque había visto un gran terror reflejado en su propio espejo durante el último año y medio.

El niño alzó los ojos esperanzado hacia las personas que pasaban junto a él, personas que entraban en el centro comercial ansiosas por comprar, que salían cargadas de paquetes, con el rostro soñador, casi como drogado, impregnado de algo que probablemente tomaban por satisfacción.

El niño, enfundado en vaqueros Tuffskin y una camiseta de los Penguins de Pittsburgh, buscaba ayuda, buscaba a alguien que le mirara y comprobara que algo andaba mal, buscaba a alguien que le formulara la pregunta adecuada: «¿Has perdido a tu padre, hijo?». Buscaba a un amigo.

«Aquí estoy yo -pensó Sheridan mientras se acercaba-. Aquí estoy yo; yo seré tu amigo.»

Cuando estaba a punto de alcanzar al niño divisó a uno de los guardias de seguridad del centro comercial. Avanzaba despacio por el pasillo central en dirección a las puertas principales.

Tenía la mano metida en un bolsillo, sin duda buscando un paquete de cigarrillos. Dentro de un momento saldría y al diablo con el golpe de Sheridan.

«Mierda -pensó-, aunque al menos el poli no le vería hablando con el crío cuando saliera.»

Sheridan retrocedió unos pasos y fingió rebuscar en sus bolsillos para asegurarse de que todavía llevaba las llaves. Su mirada pasó del niño al guardia de seguridad y otra vez al niño. El pequeño se echó a llorar. No a aullar, todavía no, pero gruesas lágrimas, que parecían rosadas a la luz roja del cartel COUSINSTOWN, empezaron a rodar por sus mejillas.

La chica de la cabina de información llamó por señas al guardia de seguridad. Era bonita, de pelo oscuro y unos veinticinco años. El guardia de seguridad era rubio y llevaba bigote. Cuando el rubio apoyó los codos en el mostrador, con una sonrisa pintada en el rostro, a Sheridan se le ocurrió que parecían uno de aquellos anuncios de cigarrillos que salen en las contraportadas de las revistas. Él ahí fuera, muriéndose, y ellos de palique, que si qué haces después del trabajo, que si quieres ir a tomar algo al bar nuevo que han abierto, bla, bla, bla. Ahora la chica estaba haciéndole ojitos al tipo. Qué mona.

De pronto, Sheridan decidió correr el riesgo. El pecho del chiquillo temblaba, y en cuanto estallara en llanto auténtico, llamaría la atención de alguien. A Sheridan no le hacía ni pizca de gracia acercarse al chico con un poli a menos de veinte metros, pero si no pagaba sus deudas al señor Reggie en las próximas veinticuatro horas, creía que un par de hombres enormes le harían una visita y le practicarían cirugía rápida en los brazos, añadiéndole varios codos a los que ya tenía.

Se acercó al chaval un hombre alto y robusto enfundado en una discreta camisa Van Heusen y pantalones de color caqui, un hombre con un rostro ancho y anodino que parecía amable a primera vista. Se inclinó hacia el pequeño, posando las manos justo por encima de las rodillas, y el chiquillo alzó el rostro pálido y asustado hacia el de Sheridan. Tenía los ojos verdes como esmeraldas, cuyo color se acentuaba a causa de las lágrimas que brotaban de ellos.

-¿Has perdido a tu padre, hijo? -inquirió Sheridan.

-Mi papito -repuso el niño mientras se secaba las lágrimas-. ¡No encuentro a mi p-ppapito!

De pronto, el niño estalló en sollozos, y una mujer se volvió con un expresión de vaga preocupación.

-No pasa nada -le aseguró Sheridan.

La mujer siguió su camino. Sheridan rodeó los hombros del chico en ademán de consuelo y tiró de él hacia la derecha... en dirección a la furgoneta. A continuación, echó otro vistazo al interior del centro comercial.

El guardia de seguridad había acercado el rostro al de la chica de información. Parecía que algo más que el cigarrillo de la muchacha se iba a encender aquella noche. Sheridan se tranquilizó.

Tal como estaban las cosas, podrían estar atracando el banco que había al final del vestíbulo principal y el poli no se enteraría de nada. Aquello iba a ser coser y cantar.

-¡Quiero a mi papito! -sollozó el pequeño.

-Claro, claro que sí -lo consoló Sheridan-. Y lo encontraremos, no te preocupes.

Tiró de él un poco más hacia la derecha.

El niño alzó una mirada esperanzada hacia él.

-¿Puede? ¿Puede encontrarlo, señor?

-¡Pues claro! -exclamó Sheridan con una amplia sonrisa-. Encontrar a papitos perdidos... bueno, puede decirse que es mi especialidad.

-¿De verdad?

El niño esbozó una leve sonrisa, aunque sus ojos seguían llenos de lágrimas.

-De verdad de la buena -aseguró Sheridan mientras echaba otro vistazo al poli, al que apenas veía ya y que apenas podría verle a él, si es que levantaba la vista, claro está, para asegurarse de que seguía absorto en lo suyo.

Lo estaba.

-¿Qué llevaba tu papito, hijo?

-Pues llevaba traje -respondió el niño-. Casi siempre lleva traje. Sólo le he visto en téjanos una vez -terminó, como si Sheridan tuviera la obligación de saber todo aquel tipo de cosas acerca de su papito.

-Apuesto a que lleva un traje negro -aventuró.

-¡Lo ha visto! Pero ¿dónde? -inquirió el chiquillo con ojos brillantes.

Empezó a dirigirse ansioso hacia la entrada principal, olvidadas ya las lágrimas, y Sheridan tuvo que hacer un gran esfuerzo para no agarrar al pálido chiquillo en aquel preciso instante. Ese tipo de cosas no eran convenientes. No podía provocar una escena. No podía hacer nada que la gente recordara más tarde. Tenía que conseguir que subiera a la furgoneta. El vehículo tenía todas las lunas ahumadas excepto la del parabrisas. Era casi imposible ver lo que había dentro, a menos que uno aplastara la nariz contra el vidrio.

Primero tenía que conseguir que subiera a la furgoneta.

Rozó el brazo del chiquillo.

-No lo he visto dentro, sino ahí enfrente.

Señaló hacia el otro extremo del enorme estacionamiento, sembrado de interminables hileras de vehículos. Al otro lado había un sendero de acceso, y más allá se veían los dos arcos amarillos del logotipo de McDonald's.

-Pero ¿por qué iría papito tan lejos? -inquirió el pequeño como si Sheridan o su papito, o tal vez los dos, se hubieran vuelto locos de remate.

-No lo sé -repuso Sheridan.

Su mente trabajaba con rapidez, zumbando como un tren expreso como siempre que llegaba al punto en que o dejaba de cagarse en los pantalones y hacía las cosas bien o la fastidiaba con todas las de la ley. Papaíto. Nada de padre o papá, sino papito. El chico lo había corregido. Tal vez quisiera decir abueli-to, decidió Sheridan.

-Pero estoy casi seguro de que era él. Un tipo algo mayor con traje negro. Pelo blanco... corbata verde...

-Papito llevaba la corbata azul -intervino el pequeño-. Sabe que es la que más me gusta.

-Bueno, sí, tal vez era azul -se apresuró a añadir Sheridan-. Cualquiera lo sabe con estas luces. Vamos, sube a la furgoneta, te llevaré hasta donde lo he visto.

-¿Está seguro de que era mi papito? Porque no entiendo por qué iba a ir a un sitio donde...

Sheridan se encogió de hombros.

-Mira, niño, si estás seguro de que no era él, quizá sea mejor que lo busques tú solo. A lo mejor hasta lo encuentras.1 Con aquellas palabras, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la furgoneta.

El chico no picaba. Pensó en regresar e intentarlo de nuevo, pero ya había ido demasiado lejos. O bien mantienes el contacto de forma que no llame la atención o bien te buscas pasar veinte años en chirona. Sería mejor ir a otro centro comercial. Scoterville, tal vez. O...

-¡Espere, señor!

El niño le llamaba con la voz teñida de pánico. Oía ?as suaves pisadas de unas zapatillas de lona.

-¡Espere! Le dije que tenía sed, y supongo q'-e pensó que tenía que ir hasta allí para buscarme algo para beber. ¡Espere! Sheridan se volvió con una sonrisa.

-No pensaba dejarte solo de todas formas, hijo.

Llevó al chico a la furgoneta, que tenía cuatro años y estaba pintada de un desvaído color azul. Abrió la portezuela y dedicó una sonrisa al chiquillo, quien lo miró con expresión de duda.

Los ojos verdes parecían nadar en su pequeño rostro pálido, ojos tan grandes como los de un niño extraviado de una de esas fotos que anuncian en los semanarios sensacionalistas baratos como el

The NationalEnquirero Inside View.

-Pasa al salón, amigo -dijo Sheridan con una sonrisa que casi pareció del todo natural.

Resultaba siniestra la facilidad con que se había acostumbrado a eso.

El chico subió; aunque no lo sabía, su trasero perteneció a Briggs Sheridan desde el momento en que se cerró la puerta.

Sheridan tenía un solo problema en la vida. No eran las mujeres, aunque le gustaba escuchar el susurro de una falda o tocar la suave textura de unas medias de seda tanto como a

cualquier otro hombre, y tampoco era la bebida, aunque tampoco era precisamente abstemio. El problema de

Sheridan... o mejor dicho, su gran defecto, eran las cartas. Cualquier tipo de juego de cartas, siempre y cuando fuera con apuestas. Había perdido empleos, tarjetas de crédito, la casa que había heredado de su madre. Nunca había estado en la cárcel, al menos hasta entonces, pero la primera vez que tuvo problemas con el señor Reggie, había reflexionado que en comparación la cárcel debía ser como un balneario.

Aquella noche se había vuelto un poco loco. Se había percatado de que era mejor perder en seguida. Cuando pierdes al comienzo, te desalientas, te vas a casa, miras alguna serie en la tele y te metes en la cama. Pero si ganas un poco al principio, entonces ya no puedes parar. Sheridan no había podido parar aquella noche, y terminó con diecisiete mil dólares de deudas. Apenas daba crédito; se había marchado a casa como en un sueño, casi regocijado por la enormidad del desastre. Durante el regreso a casa, se había repetido una y otra vez que no debía al señor Reggie setecientos dólares, ni siete mil, sino diecisiete mil pavos. Cada vez que intentaba pensar en ello, le entraba la risa y subía el volumen de la radio.

Pero no le había entrado la risa la noche siguiente, cuando los dos gorilas, esos dos que, sin duda, le doblarían los brazos en toda una serie de lugares nuevos e interesantes, lo llevaron a casa del señor Reggie.

-Le pagaré -había farfullado Sheridan de inmediato-. Le pagaré, escuche, no hay problema. Un par de días, una semana como mucho, dos a lo sumo...

-Me aburres, Sheridan -había respondido el señor Reggie.

-Yo...

-Cierra la boca. Si te doy una semana, ¿crees que no sé lo que harás? Le sacarás doscientos dólares a algún amigo, si es que tienes alguno que aún esté dispuesto a prestarte pasta. Si no encuentras a nadie, entonces atracarás una tienda de licores... si es que tienes narices. Lo dudo mucho, pero todo es posible.

El señor Reggie se había inclinado hacia delante, con la barbilla apoyada en las manos y una sonrisa dibujada en el rostro. Olía a colonia Ted Lapidus.

-Y si consigues doscientos dólares, ¿qué harás con ellos?

-Se los daré a usted -había farfullado Sheridan, a punto de echarse a llorar-. Se los daré inmediatamente.-No es verdad -había replicado el señor Reggie-. Te los jugarás para intentar que proliferen. Y lo que me darás a mí será un montón de excusas de mierda. Esta vez te has pasado, amigo. Te has pasado un rato.

Incapaz de contenerse ni un segundo más, Sheridan había estallado en sollozos.

-Estos tipos de aquí podrían enviarte al hospital durante mucho tiempo -había proseguido el señor Reggie con aire pensativo-. Tendrías un tubo en cada brazo y otro saliéndote de la nariz.

Los sollozos de Sheridan se habían intensificado.

-Te daré una oportunidad -había continuado el señor Reggie al tiempo que le entregaba un papel doblado-. Es posible que te lleves bien con este tipo. Se hace llamar señor Brujo, pero es un desgraciado igual que tú. Ahora, largo de aquí. Te haré venir dentro de una semana, y tendré los comprobantes de la deuda sobre esta mesa. O me los compras entonces o mis amigos te harán puré. Y como dicen, una vez que empiezan, no paran hasta quedar satisfechos.

El verdadero nombre del turco figuraba en el papel doblado. Sheridan había ido a verle y se había enterado del asunto de los niños y los*pazeoz en baca.* El señor Brujo había mencionado una cifra sensiblemente superior a la que debía al señor Reggie. Fue entonces cuando empezó a pasearse por los centros comerciales.

Sheridan salió del estacionamiento principal del centro comercial de Cousinstown, se detuvo para comprobar que no venían coches, atravesó el sendero de acceso y entró en la calzada de entrada del McDonald's. El niño estaba sentado en el borde del asiento, con la manos sobre las rodillas de los téjanos y los ojos completamente atentos. Sheridan se acercó al edificio, dio un rodeo para evitar el carril de encargo de comida y continuó.

-¿Por qué vamos por detrás? -quiso saber el niño.

-Hay que dar la vuelta para ir a las otras puertas -explicó Sheridan-. Tranquilo, pequeño. Creo que lo he visto ahí dentro.

_¿De verdad? ¿De verdad que lo ha visto?

-Sí, estoy casi seguro.

La expresión atormentada del pequeño se transformó en otra de sublime alivio, y por un instante, Sheridan sintió compasión por él. Al fin y al cabo, no era un monstruo ni un maníaco, por Dios. Pero las deudas habían ido aumentando un poco más cada vez, y el cabrón del señor

Reggie no tenía reparo alguno en dejar que Sheridan se ahorcara. En aquel momento, ya no eran diecisiete mil ni veinte mil, ni siquiera veinticinco mil, sino treinta y cinco de los grandes, todo un batallón de billetes verdes que debía pagar si no quería encontrarse con todo un juego de codos nuevos el sábado siguiente.

Detuvo el coche en la parte posterior del edificio, junto a los contenedores de basura. No había ningún coche aparcado ahí. Bien. En la portezuela había un bolsillo elástico para guardar mapas y cosas similares. Sheridan introdujo en él la mano izquierda y extrajo unas esposas de acero abiertas.

-¿Por qué paramos aquí, señor? -inquirió el chiquillo.

Su voz volvía a denotar temor, pero se trataba de un temor distinto. El pequeño acababa de darse cuenta de que perder a su papito en el centro comercial tal vez no era lo peor que podía pasarle.

-No paramos -repuso Sheridan en tono despreocupado.

La segunda vez había descubierto que no era conveniente subestimar ni siquiera a un niño de seis años asustado. El segundo niño le había dado una patada en los huevos y por poco se sale con la suya.

-Es que acabo de recordar que no me he puesto las gafas. Me podrían retirar el carné.

Están en ese estuche que hay en el suelo. Han resbalado hacia tu lado. Pásamelas, ¿quieres?

El chico se inclinó para recoger el estuche, que estaba vacío. Sheridan se acercó a él y cerró una de las esposas sobre la mano extendida del niño con toda la facilidad del mundo. Y entonces empezaron los problemas. ¿No acababa de recordarse que era malo subestimar incluso a un niño de seis años? El crío peleaba como un lobezno, retorciéndose con una fuerza a la que Sheridan no habría dado crédito de no estar experimentando sus consecuencias en aquel mismo instante.Se resistía, peleaba e intentaba arrastrarse hacia el suelo mientras jadeaba y lanzaba extraños chillidos parecidos a los de un pájaro. Por fin, alcanzó la manecilla de la puerta. Ésta se abrió, pero la luz interior no se encendió, pues Sheridan la había roto tras el segundo secuestro.

Sheridan agarró al niño por el cuello redondo de la camiseta de los Penguins y tiró de él hacia dentro. Intentó cerrar la segunda esposa en torno a la riostra especial que había junto al asiento del copiloto, pero falló. El niño le mordió la mano dos veces hasta hacerle sangrar. Dios, tenía los dientes como cuchillas de afeitar. Le acometió un intenso dolor que le ascendió por el brazo. Asestó al niño un puñetazo en la boca. El niño cayó sobre el asiento, medio atontado, con la sangre de Sheridan sobre los labios, la barbilla y el cuello de la camiseta. Sheridan cerró la esposa sobre la riostra y se hundió en su propio asiento mientras se succionaba la sangre de la mano.

El dolor era terrible. Se sacó la mano de la boca y observó las heridas a la mortecina luz del salpicadero. Distinguió dos hileras de orificios superficiales, de unos cinco centímetros de longitud, que avanzaban hacia la muñeca desde los nudillos. La sangre brotaba en pequeños hilillos. Pese a todo, no sentía deseos de volver a golpear al muchacho, y eso no tenía nada que ver con el hecho de dañar la mercancía del turco, quien le había advertido en tono grasicnto y casi escrupuloso que *«daña la mercansía era, daña su való».*

No, no culpaba al muchacho por resistirse... Él habría hecho lo mismo. Pero tendría que desinfectarse la herida cuanto antes, tal vez incluso ponerse una inyección. Había leído en

alguna parte que las mordeduras humanas son las peores. Aun así, no podía por menos que admirar los redaños del muchacho.

Puso la primera, rodeó la hamburguesería, pasó el carril de encargo y salió a la calzada de acceso. Al llegar ahí, dobló a la izquierda. El turco tenía una gran casa estilo rancho en Taluda

Heights, en las afueras de la ciudad. Sheridan se dirigiría allí por carreteras secundarias, a fin de no correr ningún riesgo. Cuarenta y cinco kilómetros. Unos cuarenta y cinco minutos, tal vez una hora.

Pasó junto a un cartel que rezaba GRACIAS POR REALIZAR SUS COMPRAS EN EL

HERMOSO CENTRO COMERCIAL COUSINS-TOWN, volvió a doblar a la izquierda y mantuvo la furgoneta a setenta kilómetros por hora, el límite de velocidad autorizado. Extrajo un pañuelo del bolsillo posterior de sus pantalones, se envolvió el dorso de la mano derecha y procuró concentrarse en los cuarenta mil pavos que el turco le había prometido a cambio de un niño.

-Se arrepentirá -anunció el niño.

Sheridan miró a su alrededor con impaciencia, recién arrancado de un sueño en el que había ganado veinte manos seguidas y tenía al señor Reggie arrastrándose a sus pies, para variar, suplicándole que se detuviera, ¿qué pretendía hacer? ¿Acabar con él?

El niño estaba llorando de nuevo, y sus lágrimas seguían teniendo el mismo aspecto rosado que antes, pese a que ya no se hallaban bajo el influjo de las luces del centro comercial. Sheridan se preguntó por primera vez si el niño padecería alguna enfermedad contagiosa. En fin, era un poco tarde para preocuparse de cosas así, de modo que desterró la posibilidad de su mente.

-Cuando mi papito lo encuentre, se arrepentirá -insistió el crío.

-Claro, claro -asintió Sheridan mientras se encendía un cigarrillo.

Abandonó la carretera estatal 28 y tomó una vía de dos carriles, de asfalto negro y sin marcas de ninguna clase. A su izquierda se extendía una marisma alargada, a la derecha, un bosque denso.

Entre sollozos, el niño tiró de las esposas.

-Basta. No te servirá de nada.

Pese a la advertencia, el niño volvió a tirar hacia arriba, y se oyó una suerte de chirrido que a

Sheridan no le gustó ni pizca. Sheridan giró la cabeza y quedó pasmado al comprobar que la riostra de metal que había junto al asiento, una barra que él mismo había fijado, aparecía un poco doblada. «Mierda -pensó-. Tiene dientes como cuchillas de afeitar y ahora me entero deque es más fuerte que un maldito buey. Si es así cuando está enfermo, no quiero saber lo que habría pasado si lo pillo en un momento en que se encuentra bien.»

Sacudió el frágil hombro del pequeño.

-¡Basta!

-¡¡No!!

El niño volvió a tirar de las esposas, y Sheridan vio cómo el metal se doblaba un poco más.

Dios mío, ¿cómo era posible?

«Es el pánico -se dijo-. Por eso tiene tanta fuerza.»

Pero ninguno de los otros había tenido tanta fuerza, y muchos de ellos habían estado bastante más aterrorizados que aquel crío a esas alturas del juego.

Abrió la guantera dispuesta entre los dos asientos y extrajo una jeringuilla. Se la había dado el turco, quien le había advertido que sólo debía utilizarla en caso de extrema necesidad. Las drogas, había afirmado, aunque en realidad había sonado *drojaz,* pueden dañar la mercancía.

-¿Ves esto?

El niño lanzó una mirada de soslayo a la jeringuilla e hizo un ademán de asentimiento.

-¿Quieres que la use?

El niño meneó la cabeza negativamente. Fuerte o no, era presa del terror que todos los niños sienten ante una jeringuilla. Sheridan se tranquilizó al comprobarlo.

-Muy sensato por tu parte. Te dejaría frito...

Se interrumpió. No quería decirlo... Maldita sea, él era un buen tipo, de verdad, cuando no estaba metido en líos. Pero tenía que hacerlo.

-... A lo mejor incluso te mata.

El niño lo miró fijamente, con los labios temblorosos y las mejillas blancas de terror.

-Tú dejas de tirar de las esposas y yo guardo la jeringuilla, ¿vale?

-Vale -susurró el niño.

-¿Lo prometes?

-Sí.

El niño levantó un labio al pronunciar la palabra. Tenía un diente manchado de sangre.

-¿Lo juras por tu madre?

-No tengo madre.

-Mierda -masculló Sheridan asqueado mientras aumentaba la velocidad.

Iba un poco más deprisa, no sólo porque por fin había abandonado la carretera principal, sino porque aquel crío le daba escalofríos. Sheridan no quería más que entregárselo al turco, cobrar y largarse.

-Mi papito es muy fuerte, señor.

-¿Ah, sí? -replicó Sheridan.

«Apuesto a que lo es, niño. El único de la residencia de ancianos que levanta pesas como un desgraciado, ¿eh?»

-Me encontrará.

-Aja.

-Puede oler me.

Sheridan no lo dudaba. Él mismo podía oler al crío. El miedo despedía un olor con el que se había familiarizado durante sus expediciones anteriores, pero el olor de este niño era irreal, una mezcla de sudor, barro y ácido sulfúrico hervido. Cada vez estaba más convencido de que al niño le pasaba algo grave... pero eso no tardaría en ser asunto del señor Brujo, no suyo, y *caveat emptor* como decían esos tipos de las túnicas, *caveat* el maldito *emptor.*

Sheridan abrió un poco su ventanilla. A la izquierda todavía seguía la marisma. Fragmentos de luz de luna brillaban sobre el agua estancada.

-Mi papito sabe volar.

-Claro -repuso Sheridan-, después de un par de botellas de vino peleón, apuesto a que vuela como un maldito halcón.

-Mi papito...

-Ya basta de historias del papito, ¿vale? El niño se calló.

Siete kilómetros más adelante, la marisma se fue ensanchando hasta convertirse en una gran laguna vacía. Sheridan tomó un camino de tierra apisonada que rodeaba el lado norte de la laguna.

Ocho kilómetros más adelante y hacia eloeste, tomaría la carretera 41, y de ahí ya sólo quedaría un tramo recto hasta Taluda Heights.

Echó un vistazo a la laguna, una extensión plateada a la luz de la luna... y de pronto, la luna dejó de brillar. Desapareció.

Sobre la furgoneta se oyó un sonido parecido al que producen las sábanas al ondear al viento.

-¡Abuelito! -gritó el niño.

-Cierra el pico. Es un pájaro.

Pero, de pronto, sintió que un gran escalofrío le recorría el cuerpo. Un escalofrío tremendo.

Miró al pequeño. Había vuelto a abrir los labios, mostrando todos los dientes. Tenía dientes blancos, muy blancos y grandes.

No... grandes no. No era la palabra exacta. Largos era la palabra exacta. Sobre todo los dos de arriba, a los lados. Los... ¿Cómo se llamaban? Los colmillos.

Empezó a divagar de nuevo, como si se hubiera metido unas rayas de *speed.*

Le dije que tenía sed.

¿Por qué iría el abuelito a un sitio donde... ?

(¿comen iba a decir comen?)

Me encontrará.

Puede olerme.

El abnelito sabe volar.

Algo aterrizó sobre el techo de la furgoneta con un gran golpe sordo.

-¡Papito! -volvió a gritar el pequeño, casi loco de alegría.

De pronto, Sheridan dejó de ver la carretera... Una enorme ala membranosa, sembrada de venas palpitantes, cubrió toda la extensión del parabrisas.

El abuelito sabe volar.

Sheridan lanzó un grito y pisó el freno con la esperanza de que aquella cosa saliera despedida del techo. Volvió a llegar hasta él el chirrido de metal procedente de su derecha, seguido de un chasquido, y al cabo de un instante, los dedos del crío se abalanzaron sobre su rostro, rasgándole las mejillas.

-¡Me ha raptado, abuelito! -chillaba el niño con su voz de paj arillo y el rostro alzado hacia el techo de la furgoneta-. ¡Me ha raptado, me ha raptado, el hombre malo me ha raptado!

«No lo entiendes, niño -pensó Sheridan mientras buscaba la jeringuilla a tientas-. Yo no soy malo. Sólo estoy en un apuro.»

De pronto, una mano que parecía más una garra que una auténtica mano, atravesó el vidrio de la ventanilla y le arrebató la jeringuilla... además de dos dedos. Al cabo de un instante, el abuelito arrancó toda la portezuela de cuajo, convirtiendo las bisagras en brillantes virutas de metal inútil. Sheridan entrevio una ondeante capa, negra por fuera, roja por dentro, así como la corbata de aquella criatura... y aunque, en realidad, era una corbata de lazo, era azul, sin lugar a dudas, tal como había afirmado el chiquillo.

El abuelito sacó a Sheridan del coche de un solo tirón, y sus garras se le clavaron en la chaqueta, después en la camisa y a continuación, en lo más profundo de la carne de los hombros.

De repente, los ojos verdes del abuelito adquirieron un color rojo oscuro como la sangre.

-Hemos ido al centro comercial para comprar juguetes articulados -susurró el abuelito.

El aliento le olía a carne plagada de cresas.

-Sí, de esos que salen en la tele -prosiguió-. Todos los niños los quieren. Debería haberlo dejado en paz. Debería habernos dejado en paz a los dos.

Zarandeó a Sheridan como si de un muñeco se tratara. Cuando el hombre gritó, lo zarandeó un poco más. Sheridan oyó que el papito le preguntaba al niño con toda amabilidad si todavía tenía sed; oyó al niño responder que sí, que tenía mucha sed, que el hombre malo lo había asustado y que tenía la garganta muy seca. Vio la uña del pulgar del abuelito una fracción de segundo antes de que desapareciera bajo su barbilla; una uña mordida y gruesa que le rebanó el cuello antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, y lo último que vio antes de sumirse en las tinieblas fue al niño, con las manos formando un cuenco para recoger en ellas el río de sangre, del mismo modo que Sheridan había unido las manos para beber en la fuente del jardín trasero en los días más calurosos de verano cuando era niño, y al abuelito, que acariciaba el cabello del niño con suavidad y cariño de abuelo.

La boca saltarina

Contemplar la vitrina del mostrador era como contemplar a través de un sucio vidrio una parte de su niñez, la época entre los siete y los catorce años, en que se había sentido fascinado por aquel tipo de cosas. Hogan se acercó más, olvidando el aullido del viento y el crujido de la arena que golpeaba las ventanas. La caja aparecía repleta de fantásticos trastos, la mayoría de ellos fabricados en Taiwan y Corea, probablemente, pero no cabía duda de cuál era el juguete rey de aquella maraña: la boca saltarina más grande que había visto en su vida. También era la primera boca saltarina con pies que veía... Grandes zapatos de cartón de color naranja con polainas blancas. Sensacional.

Hogan observó a la gruesa mujer parapetada tras el mostrador. Llevaba una camiseta con una inscripción que rezaba NEVADA ES TIERRA DE DIOS, palabras que se hinchaban y encogían según en qué zona de los enormes pechos se encontraran, y aproximadamente una hectárea de vaqueros para completar su atuendo. En aquel momento, estaba vendiendo un paquete de cigarrillos a un joven pálido, que llevaba el cabello largo y rubio recogido en una cola y sujeto con un cordón de zapatilla deportiva. El joven, cuyo rostro recordaba el de una rata inteligente, estaba pagando en monedas que contaba laboriosamente en una de sus manos mugrientas.

-¿Cómo dice, señora? -preguntó Hogan.

La mujer le lanzó una mirada rápida, y de pronto, la puerta trasera de la tienda se abrió de golpe. Por ella entró un hombre flaco, con la boca y la nariz cubiertas por un pañuelo. El viento lo rodeaba de un ciclón de arena del desierto y agitó el calendario de Valvoline clavado a la pared con una chin-cheta. El recién llegado tiraba de una carretilla. Sobre ella se amontonaban tres jaulas de metal. En la de arriba se veía una tarántula, mientras que en las otras dos había serpientes de cascabel que se agitaban con rapidez y hacían sonar sus anillos.

-Cierra la maldita puerta, Scooter. ¿Es que no sabes ni cerrar una maldita puerta o qué? - rugió la mujer del mostrador.

El hombre le lanzó una mirada rápida. Tenía los ojos rojos e irritados a causa de la arena.

-¡Tranquila, mujer! ¿Es que no ves lo cargado que voy? ¿No tienes ojos en la cara?

¡Maldita sea!

El hombre alargó el brazo y cerró de un portazo. La arena se desplomó sobre el suelo mientras el hombre llevaba la carretilla a la trastienda sin dejar de mascullar.

-¿Son las últimas? -inquirió la mujer.

-Sólo falta *Lobo* -repuso el hombre, pronunciando la palabra como Luobo-. Lo voy a poner en la caseta de los surtidores de gasolina.

-¡Ni hablar! -replicó la mujer-. *Lobo* es nuestra atracción estrella, por si lo has olvidado. Lo vas a entrar. La radio dice que el tiempo va a ponerse peor. Pero que mucho peor.

-¿A quién te crees que estás engañando?

El hombre flaco, el marido de la mujer, suponía Hogan, se la quedó mirando con una suerte de cansado enojo pintado en el rostro.

-Ese maldito bicho no es más que un perro salvaje de Minnesota, y eso lo vería cualquiera que se molestara en echarle un vistazo de cerca.

El viento volvió a arreciar, aullando a lo largo de los aleros del tejado de Alimentación y

Zoo de Carretera Scooter. Desde luego, la tormenta estaba arreciando, y Hogan esperaba que pudiera salir a tiempo de ella. Había prometido a Lita y a Jack que llegaría a casa a las siete, a las ocho como máximo, y le gustaba cumplir sus promesas.

-Bueno, trátalo bien -advirtió la mujer antes de volverse irritada hacia el muchacho de cara de rata.

-Señora... -empezó Hogan.

-Un momento, no tenga tanta prisa -interrumpió la señora Scooter.

Hablaba con el tono de una persona que se ahoga en un mar de clientes impacientes, aunque

Hogan y el chico de cara de rata eran los únicos de la tienda.

-Te faltan diez centavos, Sunny Jim -dijo la mujer al muchacho rubio tras echar un breve vistazo a las monedas que había sobre el mostrador.

-¿No me los fiaría? -preguntó el chico mirándola con ojos muy abiertos e inocentes.

-No creo que el Papa de Roma fume Merit 100, pero en tal caso, no le fiaría ni a él.

La mirada inocente desapareció del rostro del muchacho y fue sustituida por otra de hosco disgusto mientras volvía a rebuscar en sus bolsillos. Aquella expresión resultaba mucho más natural en él, se dijo Hogan.

«Olvídalo y lárgate de aquí-pensó-. No llegarás a Los Ángeles a las ocho si no empiezas a moverte, haya tormenta o no. Éste es uno de esos sitios que sólo tienen dos velocidades, lenta y parada. Ya has llenado el depósito y has pagado, así que sal de aquí y ponte en camino de nuevo antes de que la tormenta empeore.»

Estuvo a punto de seguir el buen consejo del hemisferio izquierdo de su cerebro... y entonces volvió a ver aquella boca saltarina en el escaparate, aquella boca saltarina con grandes pies de cartón anaranjado. ¡Y polainas blancas! Eran fenomenales. «A Jack le encantaría -le susurró el hemisferio derecho del cerebro-. Y la verdad, Bill, viejo amigo; si resulta que Jack no la quiere, tú sí la quieres. Tal vez vuelvas a cruzarte algún día con una boca saltarina gigante, todo es posible, pero seguro que no volverás a tropezar con otra que tenga grandes pies de color naranja. No lo creo, vaya.»

Esta vez escuchó el consejo del hemisferio derecho de su cerebro... y todo lo demás vino rodado.

El muchacho de la cola seguía rebuscando en sus bolsillos; la expresión hosca de su rostro se acentuaba cada vezque sacaba la mano vacía. Hogan no era partidario del tabaco, pues su padre, que fumaba dos paquetes diarios, había muerto de cáncer de pulmón, pero no podía quitarse de la cabeza que se pasaría una hora esperando si no hacía algo.

-¡Oye, chico!

El muchacho se volvió y Hogan le lanzó una moneda de veinticinco.

-¡Vaya, gracias, señor!

-De nada.

El muchacho terminó la transacción con la gruesa señora Scooter, se metió el paquete de cigarrillos en un bolsillo y los quince centavos del cambio en otro. No hizo el menor gesto de devolvérselos a Hogan, el cual, en realidad, no lo había esperado. El mundo estaba lleno de chicos y chicas como aquél en aquellos días. Llenaban las carreteras de costa a costa, dando tumbos como arbustos muertos llevados por el viento. Tal vez siempre habían existido, pero a Hogan, la juventud actual le parecía desagradable, aparte de darle un poco de miedo, como las serpientes de cascabel que Scooter estaba guardando en la trastienda.

Las serpientes de insignificantes casas de fieras como aquélla no te mataban; les extraían el veneno dos veces a la semana para venderlo a hospitales, que fabricaban medicamentos con él. De eso podía uno estar tan seguro como de que los borrachos iban a la Cruz Roja local cada martes y jueves para vender sangre. Pero las serpientes podían darle a uno un doloroso mordisco si te acercabas demasiado y las enojabas. Eso, se dijo Hogan, era lo que la generación actual de chicos de carretera tenía en común con ellas.

La señora Scooter se acercó arrastrando los pies mientras las palabras de la inscripción de la camiseta se bamboleaban.

-¿Qué quiere? -preguntó en tono irritado.

Las gentes del Oeste tenían fama de ser amables, y durante los veinte años que había pasado vendiendo sus productos en la zona, Hogan había observado que, por lo general, hacían honor a su reputación, pero aquella mujer tenía el encanto de una tendera de Brooklyn a la que hubieran atracado tres veces en dos semanas. Hogan supuso que ese tipo de personas estaba entrando a formar parte del escenario del nuevo Oeste tanto como los chicos callejeros. Triste pero cierto.

-¿Cuánto cuesta? -inquirió Hogan al tiempo que señalaba a través del sucio vidrio el cartel que rezaba BOCAS SAL-TARINAS GIGANTES ¡LAS ÚNICAS QUE ANDAN! La vitrina estaba repleta de artículos de broma, tales como tracas chinas, chicle de pimienta,

polvos pica-pica, petardos especiales para cigarrillos (Para Morirse de Risa, según el paquete, aunque

Hogan creía que más bien serían un método ideal para arrancarse los dientes), gafas de rayos X, vómito de plástico (¡Tan real!), matasuegras...

-No sé -repuso la señora Scooter-. ¿Dónde estará la caja?

La boca saltarina era el único artículo sin empaquetar de la vitrina, pero no cabía duda de que era gigante, pensó Hogan, supergigante, de hecho, unas cinco veces más grande que las bocas a cuerda que tanta gracia le habían hecho cuando era niño, allá en Maine. Si se le quitaban los pies, parecería la boca de algún gigante bíblico. Las muelas eran grandes bloques blancos, y los colmillos parecían vientos de tienda hundidos en las extrañas encías rojas. De una de las encías surgía una llave. La boca estaba sujeta por una goma ancha.

La señora Scooter le quitó el polvo de un soplido, y le dio la vuelta para buscar la etiqueta del precio sobre los pies anaranjados. No la encontró.

-Yo no lo sé -prosiguió con brusquedad mientras miraba a Hogan como si él hubiera robado la etiqueta-. Sólo a Scooter se le ocurriría comprar trastos como éstos. Llevan aquí desde que Noé se bajó del arca. Tendré que preguntárselo.

De pronto, Hogan se sintió harto de la mujer y de Alimentación y Zoo de Carretera Scooter.

La boca saltarina era realmente estupenda, y a Jack le encantaría, sin duda alguna, pero lo había prometido... a las ocho a más tardar.

-No importa -dijo-. Sólo era...

-Esta boca cuesta en realidad quince noventa y cinco, ni más ni menos -anunció Scooter desde detrás suyo-. No es de plástico, sino de metal pintado de blanco. Podría darle un buen mordisco si funcionara... pero mi mujer dejó caer la cajahace dos o tres años cuando quitaba el polvo de la vitrina, y se rompieron todas.

-Oh -exclamó Hogan decepcionado-. Qué pena. Nunca había visto una boca con pies,

¿sabe?

-Ahora hay muchas de éstas -repuso Scooter-. Las venden en las tiendas de artículos de broma en Las Vegas y Dry Springs. Pero nunca he visto una boca tan grande. Era muy divertido verla andar, abriéndose y cerrándose como la mandíbula de un cocodrilo. Es una pena que la parienta las tirara.

Scooter lanzó una mirada a su mujer, que siguió con la vista fija en las nubes de arena que se alzaban afuera. En su rostro se pintaba una expresión que Hogan fue incapaz de descifrar. ¿Sería tristeza, asco, o ambas cosas?

Scooter se volvió de nuevo hacia Hogan.

-Podría dejársela por tres cincuenta si la quiere. Estamos liquidando los artículos de broma. Vamos a poner vídeos en esa estantería.

El hombre cerró la puerta de la trastienda. Se había bajado el pañuelo, que ahora descansaba sobre la polvorienta pechera de su camisa. Tenía el rostro macilento y demasiado delgado. Hogan entrevio lo que podrían ser las sombras de una enfermedad grave bajo la piel tostada por el sol del desierto.

-¡No puedes hacer eso, Scooter! -intervino la gruesa mujer mientras se volvía hacia él... casi se abalanzaba sobre él.

-Cierra el pico -replicó Scooter-. Me das dolor de cabeza.

-Te he dicho que entres a *Lobo...*

-Myra, si quieres que *Lobo* esté en la trastienda, lo vas a buscar tú.

El hombre avanzó unos pasos en su dirección, y para sorpresa de Hogan, o mejor dicho, para su ilimitado asombro, la mujer se rindió.

-De todas formas, no es más que un perro salvaje de Minnesota. Tres dólares, amigo, y la boca saltarina es suya. Un dólar más y se puede llevar el lobo de Myra. Y si me da cinco, le vendo toda la tienda. De todas formas, esto es un muermo desde que construyeron la autopista de peaje.

El muchacho rubio de pelo largo se hallaba junto a la puerta, arrancando el plástico de la parte superior del paquete de cigarrillos que Hogan había contribuido a comprar. El chico contemplaba aquella pequeña opereta con expresión sardónica. Sus pequeños ojos grises relucían al posarse alternativamente en Scooter y su mujer.

-Vete a la mierda -masculló Myra malhumorada, y Hogan se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar-. Si tú no vas a buscar a mi bebé, iré yo misma.

La mujer pasó junto a él como una exhalación, y casi le golpeó con uno de sus pechos de tamaño industrial. Hogan pensó que habría derribado a su menudo marido de haberlo rozado.

-Mire -intervino Hogan-. Creo que no me la llevo.

-Bah, hombre -replicó Scooter-. No se preocupe por Myra. Yo tengo cáncer y ella está menopáusica perdida, y no es asunto mío si ella lo lleva peor que yo. Llévese la bendita boca.

Seguro que tiene un hijo al que le encantará. Además, a mi entender sólo tiene un diente fuera de sitio. Seguro que un hombre un poco manitas puede conseguir que vuelva a funcionar.

El hombre se volvió con expresión impotente y pensativa. Afuera, el aullido del viento se tornó más agudo cuando el chico rubio abrió la puerta para salir. Había decidido que el espectáculo había terminado, al parecer. Una nube de arena se deslizó por el pasillo central de la tienda, entre las conservas y la comida para perros.

-Yo era bastante manitas antes -confesó Scooter.

Hogan permaneció en silencio durante un rato. No se le ocurría nada, literalmente nada que decir. Bajó la mirada hacia la boca saltarina gigante que había sobre la vitrina arañada y polvorienta del mostrador, deseando con desesperación romper el silencio. Ahora que Scooter estaba frente a él, veía que los ojos del hombre eran enormes y oscuros, relucientes a causa del dolor y de algún fármaco fuerte... Darvon o tal vez morfina. Hogan pronunció las primeras palabras que se le ocurrieron.

-Vaya, pues no parece estar rota. m.jju» .Cogió la boca. Era de metal, desde luego, demasiado pesada para ser de cualquier otro material, y al atisbar por entre las mandíbulas un poco separadas, quedó sorprendido por el tamaño del mecanismo del juguete. Suponía que hacía falta un mecanismo de aquellas dimensiones para que los dientes castañetearan y andarán a un tiempo. ¿Qué había dicho Scooter? «Podría darle un buen mordisco si funcionara.» Hogan tiró de la goma hasta liberar la boca. Seguía mirándola con fijeza para no tener que ver los ojos oscuros y atormentados por el dolor. Cogió la llave y por fin se atrevió a alzar la vista. Sintió un gran alivio al comprobar que el hombre esbozaba una ligera sonrisa.

- ¿Le importa? - le preguntó.

- Qué va, compañero, déle caña.

Hogan sonrió e hizo girar la llave. Al principio, todo fue bien, pero de pronto, se oyeron una serie de leves chasquidos metálicos, y Hogan vio cómo el mecanismo se enrollaba. Al dar la tercera vuelta a la llave, surgió del interior otro chasquido, y a partir de entonces, la llave empezó a girar sin resistencia alguna.

- ¿Lo ve?

- Sí - repuso Hogan dejando la boca sobre el mostrador.

El juguete, posado sobre sus extraños pies anaranjados, permaneció inmóvil. Scooter golpeó las muelas izquierdas con uno de sus dedos nudosos. Las mandíbulas se abrieron. Uno de los pies avanzó un vacilante paso. Al cabo de un instante, la boca dejó de moverse y cayó de lado, sobre la llave, una sonrisa torcida e incorpórea en medio de la nada. Después, los grandes dientes volvieron a juntarse con un leve chasquido. Eso fue todo.

Hogan, que jamás había tenido un presentimiento, se vio acometido de repente por una certidumbre sobrecogedora y repugnante al mismo tiempo. «Dentro de un año, este hombre llevará ocho meses bajo tierra, y si alguien desenterrase el ataúd y levantara la tapa, vería una boca idéntica a ésta surgiendo de su cara muerta y seca como una trampa de esmalte.»

Volvió a alzar la vista hacia los ojos de Scooter, que relucían como oscuras gemas en engastes deslustrados, y de repente ya no sólo sintió deseos de marcharse, sino una acuciante necesidad de salir de ahí cuanto antes.

-Bueno -empezó, esperando que Scooter no extendiera la mano para estrechársela-, tengo que irme. Le deseo mucha suerte, señor.

Scooter extendió la mano, pero no para estrechársela. En lugar de ello, volvió a colocar la goma en torno a la boca, aunque Hogan no sabía por qué, puesto que no funcionaba, la puso derecha sobre los extraños pies de cartón y la deslizó por el mostrador hacia Hogan.

-Muchas gracias -repuso por fin-. Y llévese esta boca. Se la regalo.

-Oh... bueno, gracias, pero no podría...

-Claro que sí, hombre -interrumpió Scooter-. Llévesela para su hijo. Le encantará tenerla en un estante del cuarto aunque no funcione. Entiendo mucho de chicos. Yo mismo he criado a tres.

-¿Cómo sabe que tengo un hijo? -inquirió Hogan. Scooter guiñó el ojo. Fue un gesto tan terrorífico como patético.

-Se le ve en la cara -aseguró-. Vamos, llévesela.

El viento volvió a arreciar, arrancando gemidos de los tablones del edificio. Hogan cogió la boca por los pies, sorprendido una vez más por lo pesada que era.

-Aquí tiene -dijo Scooter, mientras extraía de debajo del mostrador una bolsa de papel casi tan arrugada y maltrecha como su rostro-. Métala aquí. Lleva una cazadora muy bonita. La deformará si se pone la boca en el bolsillo.

Dejó la bolsa sobre la mesa como si comprendiera que Hogan no sentía deseo alguno de tocarle.

-Gracias -contestó al tiempo que metía la boca en la bolsa y la enrollaba por la parte superior-. Gracias también de parte de Jack... mi hijo.

Scooter esbozó una sonrisa que reveló dos hileras de dientes tan falsos, aunque no tan grandes, como los del juguete.

-Ha sido un placer, señor. Conduzca con cuidado hasta que salga de esta tormenta. Todo irá bien cuando llegue a las colinas. '4-Sí, ya lo sé -asintió Hogan antes de carraspear-.

Gracias otra vez. Espero que... esto... que se mejore pronto.

-Ya me gustaría -respondió Scooter en tono neutro-, pero no creo que tenga muchas posibilidades, ¿no le parece?

-Esto... bueno -farfulló Hogan al tiempo que se percataba de que no tenía ni la más remota idea del modo de acabar aquella conversación-. Cuídese.

-Lo mismo digo -repuso Scooter con una inclinación de cabeza.

Hogan retrocedió hasta la puerta, la abrió y la sujetó con fuerza al comprobar que el viento intentaba arrebatársela y empujarla contra la pared. Una nube de arena fina le golpeó el rostro.

Cerró los ojos para protegerse de ella.

Salió de la tienda, cerró la puerta tras de sí, se cubrió la boca y la nariz con la solapa de su estupenda cazadora, atravesó el porche, bajó los escalones y se dirigió hacia la furgoneta Dodge reformada que había estacionado justo detrás de los surtidores de gasolina. El viento le tiraba del cabello, y la arena le aguijoneaba las mejillas. Estaba a punto de alcanzar la puerta del conductor cuando sintió que alguien le tiraba de la manga.

-¡Eh, oiga! ¡Oiga!

Hogan giró sobre sus talones. Era el chico rubio de la cara pálida de rata. Estaba encogido a causa del viento y la arena, y sólo llevaba una camiseta y unos 501 desvaídos. Tras él, la señora

Scooter tiraba de un bicho sarnoso atado a una correa corta; se dirigía hacia la parte trasera de la tienda. *Lobo,* el perro salvaje de Minnesota, parecía un cachorro de pastor alemán desnutrido, y además, el más débil de la carnada.

-¿Qué quieres? -replicó Hogan, aunque sabía perfectamente lo que quería el chico.

-¿Puede llevarme? -preguntó el muchacho a gritos para hacerse oír por encima del estruendo del viento.

Por lo general, Hogan no llevaba a autoestopistas, al menos, no desde cierta tarde de hacía cinco años. Había parado para recoger a una chica en las afueras de Tonopah. Allí de pie junto a la carretera, la muchacha se parecía a una de esas huerfanitas de ojos tristes de los pósters de

Unicef, una niña que daba la impresión de que su madre y su último amigo habían muerto en el mismo incendio una semana antes. Pero en cuanto subió a la furgoneta, Hogan se percató de la piel grasicnta y los ojos enloquecidos propios de una drogadicta, aunque para entonces ya era demasiado tarde. La chica le había apuntado con una pistola y le había exigido la cartera. La pistola era vieja y estaba oxidada. La empuñadura aparecía envuelta en cinta aislante; de hecho,

Hogan dudaba de que estuviera cargada o de que disparara si lo estaba... pero tenía mujer e hijo en

Los Ángeles, e incluso aunque hubiera sido soltero, ¿merecía la pena jugarse la vida por ciento cuarenta dólares? En aquel momento no se lo había parecido, ni siquiera entonces, en una época en que acababa de empezar su nuevo trabajo y ciento cuarenta dólares significaban mucho más para él. Le dio la cartera. Por entonces, el novio de la chica había aparcado un sucio Chevrolet

Nova azul junto a la furgoneta, en aquellos tiempos una Ford Encoline, ni mucho menos tan elegante como la Dodge XRT. Hogan había preguntado a la chica si le dejaría conservar el carné de identidad y las fotografías de Lita y Jack.

-Te jodes, cariño -replicó la chica y le abofeteó con su propia cartera antes de apearse y salir corriendo hacia el coche azul.

Efectivamente, los autoestopistas no traían más que problemas.

Pero la tormenta estaba arreciando, y el chico ni siquiera llevaba puesta una chaqueta. ¿Qué le iba a decir? Te jodes, cariño. Métete debajo de una roca con el resto de las lagartijas y espera a que amaine el viento.

-De acuerdo -convino.

-¡Gracias, tío! ¡Muchas gracias!

El chico corrió hacia la portezuela derecha, intentó abrirla, comprobó que estaba cerrada con llave y se quedó esperando mientras levantaba los hombros hacia las orejas. El viento le alzaba el dorso de la camiseta como una vela, revelando trozos de una espalda delgada y sembrada de granos.

Hogan se volvió hacia Alimentación y Zoo de Carretera Scooter cuando se dirigía hacia la portezuela izquierda. Scoo-ter estaba de pie junto a la ventana, mirándole. Alzó la mano, con la palma hacia fuera en un ademán solemne. Hogan le devolvió el gesto antes de introducir la llave en la cerradura. Abrió la puerta, pulsó el botón de apertura que había junto al elevalunas eléctrico e indicó al muchacho que subiera.

El chico entró y tuvo que utilizar ambas manos para cerrar la portezuela. El viento aullaba en torno a la furgoneta y la mecía.

-¡Vaya! -jadeó el chico mesándose el cabello con un gesto brusco.

Había perdido el cordón de la zapatilla y el pelo le caía sobre los hombros en mechones lacios.

-Qué tormenta, ¿eh? ¡Una pasada! -prosiguió.

-Sí.

Había una consola entre los dos asientos delanteros, el tipo de asientos que los folletos gustan de llamar «sillas de capitán», y Hogan dejó la bolsa de papel en una de las bandeji-tas para vasos. A continuación, hizo girar la llave de contacto. El motor se puso en marcha con el suave rugido propio de un vehículo bien cuidado.

El muchacho se volvió para lanzar una mirada de admiración a la parte trasera de la furgoneta. Había una cama plegable que en aquel momento servía como sofá, una pequeña

cocina de gas, algunos estantes en los que Hogan guardaba las muestras de sus artículos y un lavabo en el rincón posterior.

-¡Qué guapo, tío! -exclamó el chico-. Con todas las comodidades.

Se volvió para mirar a Hogan.

-¿Hacia dónde vas? -le preguntó.

-A Los Ángeles.

-¡Qué guay, yo también!

Extrajo el paquete de Merit recién comprado y le dio unos golpecitos para sacar un cigarrillo.

Hogan había encendido los faros y puesto la primera. En aquel momento, puso el coche en punto muerto y se volvió hacia el chico.

-Vamos a aclarar un par de cosas -empezó.

El chico le lanzó su mirada inocente de ojos muy abiertos.

-Claro, tío, no hay problema.

-Primero, no suelo llevar a autoestopistas. Hace unos años tuve una mala experiencia con uno. Aquello me vacunó, por así decirlo. Te llevaré hasta el otro lado de las colinas de Santa

Clara, pero eso es todo. Ahí hay un área de servicio, Sammy's. Está cerca de la autopista. Es donde nos separaremos, ¿ estamos ?

-Vale, de acuerdo.

Seguía mirándole con ojos inocentes y muy abiertos.

-Segundo, si no puedes aguantarte sin fumar, nos separamos ahora mismo, ¿estamos?

Durante un breve instante, Hogan entrevio la otra mirada del muchacho (y aunque apenas lo conocía, estaba dispuesto a apostar lo que fuera a que sólo tenía dos); era la mirada mezquina, vigilante. De pronto, volvió a ser todo inocencia y ojos abiertos de par en par. Se colocó el cigarrillo tras la oreja y le mostró las manos vacías. Fue entonces cuando Hogan vio el tatuaje casero que el chico lucía en el bíceps izquierdo: DEF LEPPARD HASTA LA MUERTE.

-Nada de pitillos -asintió el chico-. Entendido.

-Muy bien. Soy Bill Hogan -se presentó éste extendiendo la mano.

-Bryan Adams -repuso el chico mientras se la estrechaba.

Hogan volvió a poner la primera y se dirigió lentamente hacia la carretera 46. De pronto, sus ojos se posaron sobre una funda de cásete que yacía sobre el salpicadero. Era *Rec-kless,* de Bryan

Adams.

«Seguro -pensó-. Tú eres Bryan Adams y yo soy Bee-thoven. Qué, acabas de parar en

Alimentación y Zoo de Carretera Scooter para recabar material para tus próximos discos, ¿eh, tío?»

Al salir a la carretera, luchando por ver algo entre la polvareda, se sorprendió pensado de nuevo en la muchacha de Tonopah que le había abofeteado con su propia cartera antes de huir.

Empezó a darle mala espina todo aquel asunto.

De pronto, una intensa ráfaga de viento empujó la furgo-neta hacia el carril contrario, por lo que Hogan tuvo que concentrarse en la conducción.

Viajaron en silencio durante un rato. Al volver la cabeza hacia la derecha, Hogan vio que el chico estaba recostado en su asiento con los ojos cerrados... tal vez dormido o adormilado, o quizá simplemente fingía dormir porque no tenía ganas de hablar. No le importaba, pues tampoco él tenía ninguna gana de entablar una conversación. En primer lugar, no tenía ni la menor idea de lo que podría decirle al señor Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU. Seguro que el joven señor

Adams no estaba en el mercado de etiquetas o lectores de códigos de barras universales, que era lo que él vendía. Y en segundo lugar, mantener la furgoneta en la carretera se estaba convirtiendo en un auténtico desafío.

Tal como había augurado la señora Scooter, la tormenta había arreciado. La carretera no era más que un fantasma mortecino, rasgado a intervalos irregulares por costillas de arena tostada.

Aquellos bultos eran como tramos rugosos para reducir la velocidad y obligaban a Hogan a conducir a unos cuarenta kilómetros por hora. En fin, aquello no le importaba tanto. En algunos puntos, sin embargo, la arena se había esparcido en mantos más llanos por la superficie de la carretera, camuflándola, y en aquellos lugares, Hogan se veía obligado a reducir la velocidad a veinticinco kilómetros por hora, a navegar guiado por el reflejo de los faros en los catadriópticos alineados al borde de la carretera.

De vez en cuando, un coche o un camión surgía de la arena como un fantasma prehistórico de ojos redondos y ardientes. Uno de ellos, un Lincoln Mark IV del tamaño de un camión, circulaba por el centro de la carretera. Hogan tocó el claxon y se desvió hacia la derecha, sintiendo el crujido de la arena contra los neumáticos, y percibiendo la mueca de impotencia que se dibujó en sus labios. Cuando ya creía que el otro vehículo lo obligaría a lanzarse a la cuneta, el

Lincoln volvió a su propio carril, de modo que Hogan pasó junto a él casi rozándolo. Le pareció oír el chasquido metálico de su parachoques besando el parachoques del otro coche, pero dado el chirrido constante del viento, estaba casi seguro de que se había tratado de imaginaciones suyas.

Entrevio el rostro del otro conductor, un anciano calvo muy erguido en su asiento, que escudriñaba la cortina de arena con una mirada concentrada casi propia de un maníaco. Hogan agitó el puño en su dirección, pero el vejestorio ni se dignó a mirarlo. «Probablemente ni se ha enterado de mi presencia -pensó Hogan-. Ni, por supuesto, de que ha estado a punto de echárseme encima.»

Durante unos instantes, se sintió tentado de abandonar la carretera. Los neumáticos derechos se hundían cada vez más en la arena, y la furgoneta empezaba a ladearse. Sin embargo, se limitó a pisar el acelerador con mayor fuerza y a continuar en la misma dirección, mientras su última camisa decente se empapaba de sudor a la altura de las axilas. Por fin, la presión de la arena sobre los neumáticos cedió, y Hogan percibió que volvía a tener la furgoneta bajo control. Exhaló un suspiro de alivio.

-Conduces de narices, tío.

Había estado tan concentrado que había olvidado a su pasajero, por lo que al oírlo hablar se sobresaltó de tal forma que estuvo a punto de girar bruscamente hacia la izquierda, lo cual no habría hecho sino traerle más problemas. Se volvió para mirar al chico rubio, que le estaba observando. Sus ojos relucían de un modo inquietante, sin el menor atisbo de somnolencia.

-Cuestión de suerte -repuso Hogan-. Si hubiera un sitio para parar, me pararía... pero conozco este tramo de carretera. O paramos en Sammy's o nada. Una vez hayamos pasado las colinas el tiempo mejorará.

-Eres vendedor, ¿verdad?

-Tú lo has dicho.

Habría preferido que el chico no hablara. Quería concentrarse en la carretera. Más adelante, unos faros antiniebla surgieron de las tinieblas como espectros amarillos. Fueron seguidos de un

Iroc Z con matrícula de California. La furgoneta y el Z se cruzaron con gran lentitud como dos ancianas en el pasillo de una residencia geriátrica. Por el rabillo del ojo, Ho-gan vio que el chico se sacaba el cigarrillo de detrás de la oreja y empezaba a juguetear con él. Bryan Adams, desde luego. ¿Por qué le habría dado un nombre falso? Era como algo sacado de una vieja película barata, el tipo de película que se puede ver en las sesiones de madrugada, una película policíaca en blanco y negro en la que el viajante, personaje interpretado probablemente por Ray Milland, recoge a un muchacho, interpretado por Nick Adams, por ejemplo, que acaba de evadirse de la prisión de Gabbs o Deeth o algún sitio parecido...

-¿Y qué es lo que vendes, colega?

-Etiquetas.

-¿Etiquetas?

-Exacto. Etiquetas con el código de barras universal. Es un pequeño bloque con un número determinado de barras negras.

Hogan se quedó sorprendido al ver que el chico asentía.

-Ah, sí, son las que pasan por ese trasto del ojo eléctrico en los supermercados y entonces el precio aparece en la caja como por arte de magia, ¿no?

-Sí, aunque no es magia ni tampoco un ojo eléctrico. Es un lector láser. También los vendo yo. Tanto los grandes como los portátiles.

-Qué pasada, tronco.

El matiz de sarcasmo en su voz era vago... pero inequívoco.

-Bryan.

-¿Si?

-Me llamo Bill, no tío ni colega ni, desde luego, tronco.

Cada vez sentía mayores deseos de retroceder en el tiempo, regresar a Scooter para poder decirle al chico que no lo llevaba. Los Scooter no eran mala gente; sin duda lo habrían dejado quedarse hasta que la tormenta cesara por la tarde. Tal vez la señora Scooter incluso le habría dado cinco pavos por cuidar a la tarántula, las serpientes de cascabel y a *Lobo,* el Increíble Perro

Salvaje de Minnesota. A Hogan cada vez le gustaban menos aquellos ojos de color verde grisáceo.

Sentía en el rostro el peso de aquellos ojos duros como piedrecillas.

-Claro... Bill. Bill el Tío de las Etiquetas. ;<|

Bill permaneció en silencio. El chico entrelazó los dedos y dobló las manos para hacer crujir los nudillos.

-Bueno, como decía mi vieja, no es mucho pero da para vivir, ¿verdad, Tío de las

Etiquetas?

Hogan gruñó algo poco comprometedor y se concentró en la carretera. La sensación de que había cometido un error se había convertido en certeza. Al recoger a aquella chica, Dios le había permitido salir bien librado. «Por favor -rogó en silencio-. Una vez más, ¿de acuerdo, Dios?

Mejor aún, haz que me haya equivocado con este chico, haz que no sea más que una paranoia agudizada por las bajas presiones, el viento y la coincidencia de un nombre que, al fin y al cabo, no puede ser tan poco común.»

Vio acercarse un gran camión Mack; el bulldog plateado que había sobre la rejilla del radiador parecía observar la polvareda. Hogan volvió a desviarse a la derecha hasta sentir que la arena acumulada en el borde de la carretera se apoderaba de los neumáticos. La larga caja que remolcaba el Mack había bloqueado la visión de Hogan. Se encontraba a unos diez centímetros de la furgoneta, y parecía que no iba a acabar de pasar nunca.

-Parece que te van bien las cosas, Bill -comentó el chico rubio cuando el camión hubo pasado por fin-. Un cacharro como éste debe de haberte costado al menos treinta de los grandes.

Así que, ¿por qué...?

-Me costó mucho menos -terció Hogan. No sabía si «Bryan Adams» había advertido el tono cortante de su voz, pero él sí lo había percibido.

-Yo mismo hice la mayor parte de las reformas.

-Aun así, no parece que te estés muriendo de hambre. Así que, ¿por qué no pasas de todo esto y surcas el cielo azul?

Era una pregunta que Hogan se hacía a veces en los largos viajes entre Tempe y Tucson o

Las Vegas y Los Ángeles; el tipo de pregunta que no tenía que hacerse cuando no encontraba nada en la radio aparte de pop pésimo o música carroza, y escuchaba la última cinta del número uno en ventas de Libros Grabados, cuando no había nada que contemplar aparte de kilómetros y kilómetros de hondanadas y arbustos, todo ello propiedad del Tío Sam. » a»Podría decir que se le agudizaba la sensibilidad hacia los clientes y sus necesidades al

viajar en coche por las tierras en que vivían y vendían sus productos, y era cierto, pero no era ésa la razón. Podría decir que facturar las cajas de muestras, que eran demasiado voluminosas como para guardarlas bajo el asiento del avión, era un coñazo, y que esperarlas en la cinta de llegada de equipajes siempre se convertía en una aventura; en cierta ocasión, una caja que contenía cinco mil etiquetas de refrescos aterrizó en Hilo, Hawai, en lugar de Hillside, Arizona. Así pues, eso también era cierto, pero tampoco era la razón.

La razón era que en 1982 se había hallado a bordo de un avión de la compañía Western

Pride que se había estrellado en las mesetas a unos veinticinco kilómetros al norte de Reno. Seis de los diecinueve pasajeros y los dos miembros de la tripulación habían muerto. Hogan se había roto la espalda. Había pasado cuatro meses en la cama y diez más encerrado en un aparato ortopédico que Lita llamaba la Virgen de Hierro.* La gente, fuera quien fuese esa gente, decía que si te caes del caballo tienes que volver a montar de inmediato. William I. Hogan había decidido que aquello era una chorrada, y a excepción de un viaje a Nueva York para asistir al funeral de su padre, durante el cual se había tomado dos Valium y no había cesado de apretarse los nudillos hasta dejarlos blancos, jamás había vuelto a poner los pies en un avión.

Volvió en sí de repente y se percató de dos cosas. No se había cruzado con nadie en la carretera desde el enorme camión Mack, y el chico lo seguía mirando con aquellos ojos inquietantes, a la espera de que contestara a su pregunta.

-Una vez tuve una mala experiencia en un avión -explicó-. Desde entonces, he optado siempre por el tipo de transporte que te permite pararte en el arcén cuando te falla el motor.

-Desde luego, has tenido un montón de malas experiencias, Bill, tío -comentó el chico con una repentina nota de sardónico pesar-. Y ahora, cuánto lo siento, vas a tener una mas.

*Alusión al famoso instrumento medieval de tortura que se conserva en Nuremberg. *(N. del*

E.)

Se oyó un breve chasquido metálico. Hogan se volvió y no quedó demasiado sorprendido al ver que el chico sostenía una navaja abierta, cuya hoja medía unos veinte centímetros.

«Oh, mierda -se dijo Hogan-. Ahora que por fin había sucedido, que lo tenía delante de las narices, apenas sentía miedo. Sólo cansancio. Oh, mierda, y a sólo setecientos kilómetros de casa. Maldita sea.»

-Para, Bill, tío. Y despacito.

-¿Qué es lo que quieres?

-Si de verdad no sabes la respuesta a tu propia pregunta, entonces es que eres más tonto de lo que pareces.

Una leve sonrisa bailaba en las comisuras de los labios del chico. El tatuaje casero de su brazo se ondulaba cada vez que se contraía el músculo oculto bajo él.

-Quiero la pasta, y creo que también quiero tu casa de putas sobre ruedas, al menos por un rato. Pero no te preocupes... Hay una pequeña área de servicio por aquí cerca, Sammy's. La gente que no pare para llevarte te mirará como si fueras un cagarro de perro pegado a sus zapatos, y quizás tengas que suplicar un poquito, pero estoy seguro de que alguien te llevará a la larga. Y ahora, para el coche.

Hogan se sorprendió un poco al comprobar que no sólo estaba cansado, sino también enojado. ¿Había estado enojado en aquella ocasión, cuando la chica le robó la cartera? Sinceramente, no lo recordaba.

-No me vengas con tonterías -dijo, al tiempo que se volvía hacia el chico-. Yo te he llevado cuando lo necesitabas, y no te he hecho suplicar. Si no fuera por mí, aún estarías tragando arena y con el pulgar extendido. Así que, ¿por qué no guardas esa cosa? Ha...

De repente, el chico alargó el brazo que sostenía la navaja, y Hogan sintió una punzada de ardiente dolor en la mano derecha. La furgoneta se tambaleó y sufrió una sacudida al hundirse de nuevo en uno de los montones de arena acumulada en la cuneta.

-He dicho que pares. O vas a pie o te dejo en el barranco más cercano con el cuello rebanado y uno de tus trastos lectores de precios metido en el culo. ¿Y quieres saber una cosa?Voy a fumar un pitillo detrás de otro durante todo el camino a Los Ángeles, y cada vez que me acabe uno, lo apagaré en tu maldito salpicadero.

Hogan se miró la mano y advirtió una línea diagonal de sangre que se extendía desde el nudillo del meñique hasta la base del pulgar. Y ahí estaba de nuevo el enojo... sólo que ahora se había convertido en verdadera rabia, y si el cansancio seguía allí, entonces estaba enterrado en las profundidades de aquel ojo rojo e irracional. Intentó conjurar la imagen de Lita y Jack para controlar sus sentimientos antes de que se apoderaran por completo de él y lo obligaran a hacer alguna locura, pero la visión era vaga y borrosa. En su mente había una imagen clara, eso sí, pero era la equivocada, el rostro de la chica de las afueras de Tonopah, la chica de la boca lobuna bajo los ojos tristes de póster, la chica que le había dicho «Te jodes, cariño» antes de abofetearle con su propia cartera.

Pisó el acelerador y la furgoneta empezó a circular a mayor velocidad. La aguja del cuentakilómetros pasó de los cuarenta y cinco kilómetros.

El chico adoptó una expresión sorprendida, a continuación confundida y, por último, enojada.

-Pero ¿qué haces? ¡Te he dicho que pares! ¿Quieres acabar con los intestinos en el regazo o qué?

-No lo sé -replicó Hogan.

Mantuvo el pie sobre el acelerador. La velocidad había aumentado a más de setenta. La furgoneta pasó sobre una serie de pequeñas dunas y tembló como un perro febril.

-¿ Qué es lo que quieres, niñato ? ¿ Qué te parece un cuello roto ? Lo único que tengo que hacer es girar el volante. Yo me he puesto el cinturón. Veo que a ti se te ha olvidado.

Los ojos de color verde grisáceo lo miraban muy abiertos, relucientes en una mezcla de temor y rabia. Se supone que tienes que parar, decían aquellos ojos. Eso es lo que tiene que pasar si te apunto con una navaja, ¿es que no lo sabes?

-No provocarás un accidente -afirmó el chico, aunque Hogan creyó que estaba intentando convencerse de ello.

-¿ Y por qué no ? -replicó Hogan al tiempo que se volvía hacia él-. Al fin y al cabo, estoy casi seguro de que yo saldré ileso, y la furgoneta está asegurada. Tú verás, capullo. ¿Qué te parece la idea?

-Eres... -empezó el chico.

De pronto, sus ojos se abrieron aún más y perdió todo interés por Hogan.

-¡Cuidado! -chilló.

Hogan volvió la cabeza con brusquedad y vio cuatro enormes faros blancos que se abalanzaban sobre él a través de la polvareda. Era un camión cisterna que probablemente transportaba gasolina o propano. Un claxon hidráulico surcaba el aire como el grito de una oca gigantesca y enfurecida. ¡MOOOOC! ¡MOOOOOC! ¡MOOOOOOOC!

La furgoneta se había desviado mientras Hogan intentaba negociar con el chico, y ahora era él el que estaba en medio de la carretera. Giró el volante hacia la derecha, a sabiendas de que no le serviría de nada, de que era demasiado tarde. Sin embargo, el camión también se estaba moviendo, desviándose al igual que Hogan lo había hecho para esquivar el Mark IV. Los dos vehículos se cruzaron bailando entre las nubes de arena, a menos de un suspiro de distancia.

Hogan percibió que los neumáticos derechos de la furgoneta volvían a hundirse en la arena y supo que no tenía ni la más mínima posibilidad de mantener la furgoneta en la carretera... no a más de setenta y cinco kilómetros por hora. Cuando la silueta borrosa de la gran cisterna de acero hubo desaparecido de su vista (en el costado de la cisterna se veían las palabras SUMINISTROS

AGRÍCOLAS Y FERTILIZANTES ORGÁNICOS CÁRTER), Hogan sintió que el volante se convertía en papilla entre sus dedos, que seguía arrastrando el vehículo hacia la

derecha. Y por el rabillo del ojo, vio la expresión del chico que volvía a inclinarse hacia delante, navaja en ristre.

«¿Qué es lo que te pasa? ¿Estás loco?», quería gritarle pero habría sido una pregunta estúpida, aun cuando hubiera tenido tiempo de formularla. Por supuesto, el chico estaba loco; no había más que echar un buen vistazo a aquellos ojos de color verde grisáceo para saberlo. Sin duda, Hogan también estaba loco por haberse ofrecido a llevarlo, pero nada de eso importaba en aquel momento. Tenía una situa-ción que afrontar, y si se permitía el lujo de creer que aquello no podía estar pasándole a él, si se permitía creerlo aunque fuera solo por un instante, lo más probable es que lo encontraran al día siguiente o al otro con el cuello rebanado y los ojos devorados por los buitres. Aquello estaba sucediendo; era real.

El chico intentó mantener el equilibrio para clavar la navaja en el cuello de Hogan, pero en aquel momento, la furgoneta empezó a ladearse de nuevo y hundirse cada vez más en la cuneta ahogada en arena. Hogan se apartó para esquivar la hoja, soltó el volante, y cuando ya creía haberse librado del ataque, sintió la húmeda calidez de la sangre que le goteaba por el cuello. La navaja le había abierto la mejilla desde la mandíbula hasta la sien. Alargó la mano derecha para intentar agarrar la muñeca del chico, pero en aquel momento, la rueda delantera de la furgoneta tropezó con una piedra del tamaño de un teléfono público y dio un salto brusco, igual que los coches que salen en las películas que, sin duda, tanto gustaban a aquel chico sin raíces. La furgoneta volcó en el aire, con las cuatro ruedas patas arriba, a unos cincuenta kilómetros por hora según el cuentakilómetros, y Hogan sintió que el cinturón de seguridad se le clavaba en el pecho y el vientre. Era como revivir el accidente de avión... En aquel momento, como entonces, era incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo de verdad.

El chico salió despedido hacia arriba y hacia delante, aunque no soltó la navaja. Su cabeza rebotó en el techo cuando el techo y el suelo de la furgoneta cambiaron de lugar. Hogan observó que su mano izquierda seguía agitándose con violencia, y advirtió con asombro que el crío seguía intentando apuñalarlo. Desde luego, era una serpiente de cascabel. Hogan había estado en lo cierto, pero nadie le había extraído el veneno a aquel bicho.

De repente, la furgoneta chocó contra el suelo duro del desierto. Los estantes del equipaje se desprendieron, y la cabeza del chico volvió a chocar contra el techo del vehículo, esta vez con mucha más fuerza. La navaja se le había escurrido de entre los dedos. Los armarios de la parte trasera se abrieron de golpe, y montones de libros de muestras y lectores láser se esparcieron por todas partes. Hogan percibió a medias un chillido inhumano... el prolongado berrido del techo de la XRT al deslizarse por la gravilla del desierto hacia el otro extremo del barranco. «Así que ésta es la sensación que uno tendría si estuviera dentro de una lata en el momento en que alguien la abriera con un abrelatas», se dijo.

El parabrisas se hizo añicos, lanzando una nube de millones de fragmentos afilados. Hogan cerró los ojos y alzó los brazos para protegerse el rostro mientras la furgoneta seguía rodando, ladeándose sobre el lado de Hogan el tiempo suficiente para romper la ventanilla del conductor y enviar al interior una ráfaga de piedras y tierra polvorienta antes de enderezarse. Durante un instante se balanceó como si fuera a volcar sobre el lado del muchacho... y fue entonces cuando se detuvo por completo.

Hogan permaneció quieto durante unos cinco segundos, con los ojos abiertos de par en par, las manos aferradas a los apoyabrazos del asiento, sintiéndose un poco como el capitán Kirk después de un ataque de los Klingon. Era consciente de la cantidad de tierra y trozos de vidrio que descansaban sobre su regazo, así como de que había algo más, aunque no sabía qué era. También era consciente del viento, que lanzaba más tierra a través de los cristales rotos.

De pronto, su visión quedó bloqueada por un objeto que se movía a toda velocidad. El objeto era un amasijo de piel blanca, nudillos en carne viva y sangre roja. Era un puño que golpeó a Hogan en plena nariz. El dolor fue inmediato e inmenso, como si alguien le hubiera disparado una bengala directamente en el cerebro. Durante un instante, quedó cegado, inmerso en un gran destello blanco. Recuperó la vista en el momento en que las manos del chico le rodearon el cuello y le cortaron la respiración.

El crío, Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU., estaba inclinado sobre la consola que había entre los dos asientos delanteros. La sangre procedente de media docena de heridas abiertas en el cuero cabelludo le llenaba las mejillas, la nariz y la frente como si de pintura de guerra se tratara. Los ojos de color verde grisáceo estaban clavados en él con la furia propia de un demente.

-¡Mira lo que has hecho, hijo de puta! -chilló-. ¡Mira lo que me has hecho!

Hogan intentó apartarse y pudo inhalar media bocanada de aire cuando las manos del chico resbalaron por un momento, pero con el cinturón aún atado y bloqueado, por lo visto, no iba a llegar muy lejos. Las manos del chico se le aferraron casi al instante, y esta vez, le oprimió la tráquea con los pulgares.

Hogan intentó alzar las manos, pero los brazos del chico, rígidos como barrotes de prisión, le impedían realizar cualquier movimiento. Intentó apartar aquellos brazos, pero no se movían ni un ápice. Ahora oía otro viento... un viento agudo que rugía dentro de su cabeza.

-¡Mira lo que me has hecho, imbécil de mierda! ¡Estoy sangrando!

Era la voz del crío, pero ahora sonaba mucho más lejana.

«Me está matando», pensó Hogan. «Exacto. Te jodes, encanto», corroboró otra voz.

Aquella vocecilla hizo aflorar de nuevo el enojo. Alargó la mano hacia el regazo para comprobar qué había allí aparte de tierra y vidrios rotos. Era una bolsa de papel que contenía un objeto abultado, aunque Hogan no recordaba de qué se trataba. Se aferró a la bolsa y le asestó con ella un tremendo puñetazo a la mandíbula del chico, contra la que su mano chocó con un golpe sordo. Éste lanzó un grito de sorpresa y dolor, y soltó el cuello de Hogan al caer hacia atrás.

Hogan inhaló una profunda y convulsa bocanada de aire y oyó un sonido que le recordó el aullido de una tetera lista para ser retirada del fuego. «¿Soy yo el que hace ese ruido? ¿Dios mío, soy yo?»

Respiró profundamente una vez más. El aire que inhaló estaba lleno de polvo, le quemó la garganta y le hizo toser, pero, pese a todo, era celestial. Bajó la mirada hacia su puño y distinguió con claridad la silueta de la boca saltarina contra la bolsa de papel marrón.

Y de repente sintió que se movía.

Aquel movimiento tenía algo tan sobrecogedoramente humano que Hogan lanzó un grito y soltó la bolsa de inmediato; era como si acabara de recoger una mandíbula humana que intentara entablar conversación con su mano.

La bolsa golpeó la espalda del chico y cayó al suelo alfombrado mientras Bryan Adams se ponía de rodillas con ademanes pesados. Hogan oyó el sonido de la goma al romperse... y el inconfundible chasquido de los dientes al abrirse y cerrarse.

«Seguro que sólo es un diente fuera de sitio -había asegurado Scooter-. Seguro que un hombre un poco manilas puede conseguir que vuelva a funcionar.»

«O tal vez bastaría con un buen golpe», reflexionó Hogan. «Si salgo de ésta con vida y vuelvo a pasar por esta carretera, tendré que decirle a Scooter que lo único que hay que hacer para arreglar una boca saltarina es hacer volcar la furgoneta y utilizarla para pegar a un autoestopista psicótico que intenta estrangularte; tan fácil que incluso un niño podría hacerlo.»

La boca saltarina castañeteaba y emitía chasquidos dentro de la bolsa de papel rasgada; los costados de la bolsa se hinchaban y deshinchaban, confiriéndole el aspecto de un pulmón amputado que se negara a morir. El chico se apartó a rastras de la bolsa mientras sacudía la cabeza para intentar aclarársela. La sangre brotaba de sus mechones lacios en una finísima lluvia.

Hogan encontró el botón del cinturón y lo pulsó. Nada. La hebilla no cedió ni un milímetro, y el cinturón seguía bloqueado y tirante como un calambre, clavado en la grasa de su vientre de mediana edad y a través de su pecho. Intentó mecerse en el asiento con la intención de soltar el cinturón. El flujo de sangre que le inundaba el rostro se tornó más intenso, y sintió que su mejilla se agitaba hacia delante y hacia atrás como una tira de papel pintado reseco, pero eso fue todo.

Percibió que una oleada de pánico intentaba abrirse camino por entre elshock que había sufrido, y echó un vistazo por encima del hombro para ver qué estaba tramando el chico.

Resultó que no tramaba nada bueno. Había divisado la navaja en el extremo más alejado de la furgoneta, sobre un montón de manuales de instrucciones y folletos. La cogió, se apartó el cabello del rostro y miró por encima del hombro a Hogan. Estaba sonriendo, y había algo en aquella sonrisa que hizo que las pelotas de Hogan se tensaran y encogieran a un tiempo, hasta que tuvo la sensación de que alguien le había metido un par de huesos de melocotón en los calzoncillos.

«¡Aja! -decía la sonrisa del chico-. Durante un momento o dos he estado preocupado... realmente preocupado, pero todo va a salir bien a fin de cuentas. Ha habido un poco de improvisación durante un rato, pero ahora ya volvemos a trabajar sobre el guión.»

-¿Te has quedado atascado, Tío de las Etiquetas? -preguntó el chico por encima del incesante aullido del viento-. Sí, ¿verdad? Qué suerte que llevaras el cinturón de seguridad,

¿verdad? Qué suerte para mí.

El chico intentó incorporarse, y estuvo a punto de conseguirlo, pero de pronto se le doblaron las rodillas. Una expresión de sorpresa tan exagerada que habría resultado cómica bajo otras circunstancias cruzó su rostro por un instante. A continuación, volvió a apartarse del rostro el cabello empapado en sangre y empezó a arrastrarse de nuevo en dirección a Hogan, la mano izquierda cerrada en torno a la empuñadura de imitación de hueso de la navaja. El tatuaje de

Def Leppard subía y bajaba a cada flexión de su bíceps malnutrido, y a Hogan le recordó el modo en que las palabras de la camiseta de Myra, NEVADA ES TIERRA DE DIOS, se habían ondulado cuando la mujer se movía.

Hogan agarró la hebilla del cinturón de seguridad y pulsó con ambos pulgares el botón de apertura con el mismo entusiasmo con el que el chico se había abalanzado sobre su tráquea.

Ningún resultado. El cinturón estaba atascado. Se retorció para mirar al crío.

Bryan Adams había llegado hasta la cama plegable, donde se había detenido. La expresión de cómica sorpresa había reaparecido en su rostro. Tenía la vista clavada al frente, lo cual significaba que estaba mirando algo que había en el suelo, y de repente Hogan se acordó de la boca, que seguía avanzando y castañeteando.

Bajó la mirada justo a tiempo para ver la boca saltarina gigante salir de la rasgada bolsa marrón y ponerse en marcha sobre sus extraños pies anaranjados. Las muelas, los colmillos y los incisivos subían y bajaban con rapidez, emitiendo un sonido parecido al del hielo dentro de una coctelera. Los zapatos, elegantes en sus polainas blancas, casi parecían rebotar sobre la alfombra gris. A Hogan le recordó a Fred Astaire bailando claque por todo el escenario, a Fred Astaire con un bastón bajo el brazo y el sombrero calado sobre un ojo.

-¡Mierda! -exclamó el chico casi riendo-. ¿Es eso por lo que has estado regateando en la tienda? ¡Joder! Yo te mato, Tío de las Etiquetas, te mato y le hago un favor al mundo.

«La llave -pensó Hogan-. La llave que hay en un lado de la boca, la que sirve para darle cuerda... No se mueve.»

Y de repente tuvo otra premonición, y comprendió a la perfección lo que estaba a punto de ocurrir. El chico alargaría el brazo para cogerla.

De pronto, la boca se detuvo y dejó de castañetear. Permaneció quieta sobre el suelo ligeramente ladeado de la furgoneta, las mandíbulas algo separadas. Pese a que carecía de ojos, pareció lanzar una mirada enigmática al chico.

-Una boca saltarina -exclamó el señor Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU.

En aquel momento, alargó el brazo y rodeó la boca con la mano derecha, tal como había previsto Hogan.

-¡Muérdelo! -gritó-. ¡Arráncale los malditos dedos!

El chico alzó la cabeza con ademán brusco y lo miró con aquellos ojos de color verde grisáceo, abiertos ahora en una expresión de asombro. Clavó la mirada en Hogan por un instante, con aquella expresión de sorpresa estúpida... y entonces se echó a reír. Tenía una risa aguda, histérica, un complemento perfecto para el viento que aullaba a través de la furgoneta y agitaba las cortinas como si fueran largas manos fantasmales.

-¡Muérdeme! ¡Muérdeme! ¡Muérdemeeeeee! -cantu-rreó el chico como si se tratara del chiste más gracioso que hubiera oído en su vida-. ¡Eh, Tío de las Etiquetas! ¡Creía que era yo el que se había dado un golpe en la cabeza!

El chico sujetó la empuñadura de la navaja entre los dientes e introdujo el índice de la mano izquierda entre los afilados dientes de la boca saltarina gigante.

¡Buérbebe! -farfulló con la boca llena de la empuñadura, mientras soltaba risitas ahogadas y agitaba el dedo entre las enormes mandíbulas-. ¡Buérbebe! ¡Abos, buérbebe!

La boca no se movió, ni tampoco los pies. El presentimiento de Hogan se desplomó a su alrededor al igual que los sueños se desploman al despertar. El chico introdujo el dedo entre los dientes una vez más, empezó a sacarlo... y entonces empezó a gritar a pleno pulmón.

-¡Oh, mierda! ¡MIERDA! ¡Cabrón HIJODEPUTA!

Durante un largo instante, el corazón de Hogan dio un vuelco, pero no tardó en darse cuenta de que, aunque el chico seguía gritando, lo que en realidad estaba haciendo era reír. Reírse de él.

La boca había permanecido completamente inmóvil.

El chico levantó la boca para echarle un vistazo de cerca al tiempo que volvía a coger la navaja. Agitó la hoja ante la boca saltarina como un maestro agita el puntero ante un alumno travieso.

-No deberías morder-amonestó-. Eso no está nada...

De repente, uno de los pies anaranjados avanzó un paso sobre la mugrienta palma de la mano del chico. Las mandíbulas se abrieron al mismo tiempo, y antes de que Hogan se percatara de lo que sucedía, la boca saltarina se había cerrado en torno a la nariz del muchacho.

Esta vez, los gritos de Bryan Adams eran reales... fruto de la agonía y de la madre de todas las sorpresas. Intentó apartar la boca de sí con la mano derecha, pero el juguete estaba atascado en su garganta con el mismo empeño con el que el cinturón de seguridad de Hogan se cerraba sobre su vientre. Sangre y filamentos de cartílago surgieron por entre los colmillos en tiras rojas. El chico cayó de espaldas y por un momento, Hogan no vio más que su cuerpo caído, los brazos dando sacudidas, los pies surcando el aire. En aquel momento distinguió el destello de la navaja.

El chico volvió a gritar y se incorporó hasta quedar sentado. El largo cabello le caía sobre el rostro como una cortina. La boca sobresalía como el remo de una extraña barca. De algún modo, el chico había conseguido insertar la hoja de la navaja entre la boca y lo que le quedaba de nariz.

-¡Mátalo! -gritó Hogan con voz ronca.

Había perdido el juicio. De alguna forma, comprendía que tenía que haber perdido el juicio, pero de momento no importaba.

-¡Vamos, mátalo!

El chico lanzó un chillido, un sonido largo, agudo, y retorció la navaja. La hoja se cerró con un chasquido, pero no antes de lograr separar un poco las incorpóreas mandíbulas. La boca cayó sobre el regazo del chico, y con ella la mayor parte de su nariz.

El chico se apartó el cabello de la cara. Sus ojos de color verde grisáceo bizqueaban en un esfuerzo por mirarse el muñón despedazado que surgía del centro de su rostro. Tenía la boca contraída en un rictus de dolor, los tendones del cuello tensos como alambres.

Alargó el brazo para hacerse con la boca. El juguete retrocedió con agilidad sobre sus pies de cartón anaranjado. Subía y bajaba, desfilando a la perfección mientras sonreía al chico, que ahora estaba sentado con el trasero apoyado sobre las pantorrillas. Tenía la pechera de la camiseta empapada de sangre.

En aquel instante, el chico dijo algo que confirmó las sospechas de Hogan de que había perdido el juicio, pues sólo en un delirio desbocado podían pronunciarse semejantes palabras.

-¡Debuélbebe bi dariz, hijo de buta!

El chico alargó el brazo hacia la boca, y entonces el juguete echó a correr hacia delante, bajo la mano que se agitaba, y se oyó un chasquido carnoso cuando se cerró sobre el bulto de

los vaqueros desvaídos, justo debajo del punto en el que terminaba la cremallera. .R*.;Los ojos de

Bryan Adams se abrieron como platos. Su boca también. Alzó las manos a la altura de los hombros, con las palmas abiertas, y por un momento se pareció a una especie de extraño Al

Jolson a punto de cantar la canción *Mammy.* La navaja voló por encima de su hombro y fue a estrellarse en el extremo más alejado de la furgoneta.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios míooooooo...!

Los pies anaranjados se movían con rapidez, como si bailaran una danza escocesa. Las mandíbulas rosadas de la boca saltarina gigante subían y bajaban, como si dijeran ¡Sí! ¡Sí!, y a continuación se movieron hacia delante y hacia atrás como si dijeran ¡No! ¡No!

-¡Dioooooooooooo...!

Cuando la tela de los vaqueros del chico empezó a rasgarse (y no era lo único que se estaba rasgando, a juzgar por el sonido), Hogan perdió el conocimiento.

Volvió en sí dos veces. La primera debió de ser al cabo de poco rato, porque la tormenta seguía aullando a través y alrededor de la furgoneta, y la luz apenas había cambiado. Intentó volverse, pero una monstruosa punzada de dolor le atenazó el cuello. Se trataba tan sólo de un latigazo, por supuesto, y probablemente no tan grave como podría haber sido o como sería al día siguiente.

Siempre y cuando siguiera vivo al día siguiente.

«El chico. Tengo que girarme y asegurarme de que está realmente muerto.»

«No, no lo hagas. Claro que está muerto. Si no estuviera muerto, tú sí lo estarías.»

De pronto oyó un sonido nuevo tras de sí, el chasquido constante de la boca.

«Viene a por mí. Ha acabado con el chico, pero todavía tiene hambre, por eso viene hacia mí.»

Volvió a colocar las manos en la hebilla del cinturón de segundad, pero el mecanismo de apertura seguía atascado y además parecía que no tenía fuerza en las manos.

La boca se acercaba cada vez más; se hallaba justo detrás de su asiento, a juzgar por el sonido, y la mente confusa de Hogan leyó un ritmo en el incesante chasquido que producía. «Clic clac, clic clac. Soy la boca, clic clac, y he vuelto a por más. Mira cómo ando, mira cómo mastico, me lo he comido a él, ahora te comeré a ti y luego me iré.»

Hogan cerró los ojos.

El chasquido cesó.

Sólo se oía ya el incesante aullido del viento y el susurro de la arena al golpear el costado abollado de la XRT.

Hogan esperó. Al cabo de un rato que se le antojó eterno, oyó un solo chasquido, seguido del ruido característico de fibras al desgarrarse. Hubo una pausa, y a continuación se repitieron ambos sonidos.

¿Qué está haciendo?

La tercera vez que se produjo el chasquido del rasgueo, sintió que el respaldo de su asiento se movía y comprendió lo que sucedía. La boca estaba trepando por el respaldo hacia él. De alguna forma estaba trepando hacia él.

Hogan recordó el momento en que la boca se había cerrado en torno al bulto que sobresalía bajo la cremallera de los vaqueros del chico, e intentó desmayarse de nuevo. Una nube de arena entró por el parabrisas roto y le hizo cosquillas en las mejillas y la frente.

Clic... ras. Clic... ras. Clic... ras.

La última secuencia había sonado muy cerca. Hogan no quería bajar la mirada, pero no pudo contenerse. Y más allá de su cadera derecha, donde el asiento se encontraba con el respaldo, vio una sonrisa amplia y blanca. Ascendía con exasperante lentitud, ayudándose con los pies anaranjados, que Hogan no veía, cada vez que aferraba un pequeño pliegue de funda gris entre los incisivos... antes de abrir las mandíbulas y subir otro trocito.

En aquel momento, la boca se aferró al bolsillo de los pantalones de Hogan, y éste volvió a perder el conocimiento.Cuando lo recobró por segunda vez, el viento había amainado

y casi era noche cerrada. La atmósfera había adquirido un matiz violáceo que Hogan no recordaba haber visto nunca en el desierto. Las cortinas de arena que barrían el desierto más allá de los restos del parabrisas parecían niños fantasmales en plena huida.

Durante un momento, no recordó la razón por la que había ido a parar ahí. Lo último que recordaba era el momento en que había echado un vistazo al indicador de gasolina, había visto que estaba casi vacío y al alzar la mirada, ahí estaba el cartel que anunciaba ALIMENTACIÓN Y

ZOO DE CARRETERA SCOOTER GASOLINA CAFETERÍA CERVEZA FRÍA ¡VEAN

SERPIENTES DE CASCABEL VIVAS!

Comprendió que podía aferrarse a la amnesia durante un rato si así lo deseaba; si le concedía un poco de tiempo, su subconsciente tal vez incluso podría desterrar ciertos recuerdos peligrosos para siempre. Pero tal vez también sería peligroso no recordar. Muy peligroso. Porque...

El viento aulló de nuevo. Nubes de arena golpearon el maltrecho costado de la furgoneta.

Casi sonaba como

(/ *dientes! ¡dientes! ¡dientes!)*

La frágil superficie de la amnesia se resquebrajó y liberó todo el torrente de golpe, y el calor abandonó la superficie de la piel de Hogan. Emitió un ronco gruñido al recordar el sonido

(chump) que había emitido la boca saltarina al acercarse al paquete del chico, e instintivamente se protegió el suyo con las manos mientras buscaba la boca con ojos desesperados.

No la vio, pero la libertad con la que sus hombros siguieron el movimiento de sus ojos le resultaba extraña. Bajó la mirada hacia su regazo y apartó las manos. Ya no era prisionero del cinturón de seguridad. Ahí estaba, tirado sobre la alfombra gris. La lengüeta de metal seguía hundida en la hebilla, pero tras ella tan sólo quedaba un jirón de tela roja. El cinturón no había sido cortado, sino roído.

Al mirar por el espejo retrovisor vio otra cosa. Las puertas traseras de la furgoneta estaban abiertas, y sobre la alfombra de la parte posterior tan sólo se veía una vaga huella roja con forma humana, el lugar en el que había yacido el chico. El señor Bryan Adams de Ninguna Parte,

EE.UU., había desaparecido.

Y la boca saltarina también.

Hogan salió de la furgoneta muy despacio, como un hombre afectado por un caso gravísimo de artritis. Advirtió que si mantenía la cabeza completamente recta, el dolor no era tan terrible... pero cuando lo olvidaba e intentaba mirar alrededor, una serie de espantosas punzadas le atenazaban el cuello, los hombros y la parte superior de la espalda. Ni siquiera podía permitirse el lujo de echar la cabeza hacia atrás.

Se dirigió con toda lentitud hacia las puertas traseras, acariciando suavemente la superficie pelada y abollada mientras escuchaba el crujido de vidrios rotos bajo sus pies. Permaneció largo rato en el extremo posterior del lado del conductor, temeroso de doblar la esquina. Temeroso de que, cuando lo hiciera, ahí estaría el chico, aún en cuclillas, con la navaja en la mano izquierda y esbozando aquella sonrisa vacua. Sin embargo, no podía quedarse ahí, sosteniendo la cabeza erguida sobre su cuello magullado como si fuera una gran botella de nitroglicerina, a la espera de que la noche se cerrara sobre él, así que por fin se decidió a avanzar.

Nadie. El chico había desaparecido de verdad. O al menos eso le pareció en un primer momento.

El viento se alzó de nuevo, agitando el cabello de Hogan alrededor de su maltrecho rostro, y a continuación amainó por completo. En aquel momento, Hogan oyó una suerte de chirridos a unos veinte metros de distancia. Miró en aquella dirección justo a tiempo para ver

desaparecer las suelas de las zapatillas del chico por encima de un montículo. Las zapatillas aparecían separadas en forma de V. Se detuvieron por un instante, como si lo que fuera que estuviera arrastrando el cuerpo necesitara unos momentos de reposo para recobrarfuerzas, y a continuación reanudaron sus movimientos espasmódicos.

Una imagen de claridad terrible y momentánea cruzó la mente de Hogan. Vio la boca saltarina apoyada sobre sus extraños pies anaranjados, al otro lado del montículo, con esas polainas tan guapas que hacían que los monigotes del anuncio de las pasas de California parecieran palurdos de Fargo, Dakota del Norte, la boca erguida bajo la eléctrica luz violácea que se había extendido sobre aquellas tierras desiertas al oeste de Las Vegas, cerrada en torno a un grueso mechón del cabello rubio del chico.

La boca saltarina retrocedía.

La boca saltarina llevaba a Bryan Adams a Ninguna Parte, EE.UU.

Hogan se dio la vuelta y caminó lentamente hacia la carretera, manteniendo la cabeza de nitroglicerina erguida sobre el cuello. Tardó cinco minutos en cruzar la hondonada y otros quince en conseguir que un coche le recogiera. Y durante todo ese rato, no volvió la vista atrás ni una sola vez.

Nueve meses más tarde, un caluroso y claro día de junio, Bill Hogan volvió a pasar por

Alimentación y Zoo de Carretera Scooter... salvo que la tienda había cambiado de nombre. EL

RINCÓN DE MYRA, rezaba el cartel. GASOLINA-CERVEZA FRÍA-VÍDEOS. Bajo las letras se veía el dibujo de un lobo, o tal vez sólo un lobo, que gruñía a la luna. El propio *Lobo,* el Increíble

Perro Salvaje de Minnesota, estaba tendido en una jaula colocada a la sombra del toldo del porche. Tenía las patas traseras extendidas en ademán extravagante, y el hocico apoyado en las patas delanteras. No se levantó cuando Hogan salió del coche para llenar el depósito. No había rastro de las serpientes de cascabel ni de la tarántula.

-Hola, *Lobo* -saludó Hogan mientras subía los escalones.

El inquilino de la jaula rodó sobre sí mismo y dejó que su larga lengua roja le colgara seductora de la boca al alzar la mirada hacia Hogan.

El interior de la tienda parecía mayor y más limpio. Hogan supuso que ello se debía a que el tiempo no era tan amenazador ese día, pero había más. Las ventanas estaban limpias, lo cual confería al lugar un aspecto del todo distinto. Las paredes de tablones habían sido sustituidas por paneles de madera que todavía olían a bosque y resina. En la parte trasera de la tienda había una barra de bar nueva con cinco taburetes. La vitrina de artículos de broma seguía ahí, pero los petardos para cigarrillos, los matasuegras y los polvos picapica habían desaparecido. La vitrina estaba llena de estuches de vídeo. Un cartel escrito a mano rezaba PELÍCULAS X EN LA

TRASTIENDA «PARA MAYORES DE 18 AÑOS».

La mujer de la caja estaba de perfil, con la mirada fija en la calculadora con la que estaba trabajando. Por un momento, Hogan creyó que se trataba de la hija del señor y la señora Scooter, el complemento femenino de aquellos tres chicos de los que Scooter le había hablado. Pero cuando la mujer alzó la cabeza, Hogan comprobó que se trataba de la propia señora Scooter. Le resultaba difícil creer que pudiera ser la misma mujer de pechos monstruosos que casi había reventado las costuras de su camiseta NEVADA ES TIERRA DE DIOS, pero así era. La señora

Scooter había perdido al menos veinticinco kilos, y se había teñido el cabello de un brillante color castaño. Tan sólo las arruguitas del sol que circundaban sus ojos y su boca eran las mismas.

-¿Ha puesto gasolina? -preguntó.

-Sí. Quince dólares.

Le alargó un billete de veinte, y la mujer registró la cantidad en la caja.

-Este sitio ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí.

-Ha habido muchos cambios desde que murió Scooter -asintió la señora Scooter mientras sacaba un billete de cinco de la caja.

Cuando estaba a punto de entregárselo, lo miró bien por primera vez y vaciló.

-Oiga... ¿no es usted el tipo al que por poco matan el año pasado, el día de la tormenta?Bill asintió con un gesto y extendió la mano.

-Me llamo Bill Hogan.

La mujer no titubeó, sino que extendió la mano y se la estrechó con un firme apretón. Por lo visto, la muerte de su marido le había mejorado el carácter... o tal vez se debía tan sólo a que la espera de la muerte había terminado.

-Siento lo de su marido. Parecía un buen hombre.

-¿Scoot? Sí, era un buen hombre antes de ponerse enfermo -corroboró-. ¿Y usted qué tal? ¿Se ha recuperado del todo?

Hogan volvió a asentir con un gesto.

-Llevé un collarín durante unas seis semanas, y no por primera vez, por cierto, pero ya estoy bien.

La mujer estaba observando la cicatriz que le recorría toda la mejilla derecha.

-¿Se lo hizo él? ¿El chico ese?

-Sí.

-Le rajó bien, ¿eh?

-Sí.

-Me han dicho que quedó hecho polvo en el accidente, y que luego se arrastró hasta el desierto para morir -comentó la mujer al tiempo que le lanzaba una mirada perspicaz-. ¿Fue eso lo que pasó?

-Más o menos, creo -repuso Hogan con una sonrisa.

-J. T., el *sheriffde* por aquí, dijo que los animales se ensañaron con él. Las ratas del desierto no son nada corteses por estos parajes.

-No conozco mucho estos parajes.

-J. T. dijo que ni la propia madre del chico lo habría reconocido.

La mujer se llevó una mano al reducido pecho y miró a Hogan con una expresión de gran solemnidad.

-Y que me aspen si miento.

Hogan lanzó una carcajada. En las semanas y los meses que habían pasado desde la tormenta, había empezado a reír mucho más de lo habitual. A veces le parecía que toda su actitud hacia la vida había cambiado.

-Tuvo suerte de que no lo matara -comentó la señora

Scooter-. Se libró por los pelos. Seguro que Dios estaba con usted.

-Exacto. .. Hogan bajó la vista hacia la vitrina de los vídeos.

-Veo que ha retirado los artículos de broma. -¿Esos trastos viejos? ¡Desde luego! Fue la primera cosa que hice después de... -De repente abrió los ojos de par en par-. ¡Madre mía!

¡Virgen santa! Tengo algo suyo. Si me olvido de dárselo, estoy segura de que Scooter volverá para atormentarme.

Hogan frunció el ceño, desconcertado, pero la mujer ya había dado la vuelta al mostrador.

Se puso de puntillas y bajó un objeto de un estante alto situado sobre el de los cigarrillos. Hogan comprobó sin sorpresa alguna que se trataba de la boca saltarina gigante. La mujer la dejó junto a la caja registradora.

Hogan miró fijamente la sonrisa helada y despreocupada, y se vio acometido por la intensa sensación de haber vivido aquella situación con anterioridad. Allí estaba, la boca saltarina más grande del mundo, apoyada en sus extraños zapatos anaranjados junto al tarro de salchichas ahumadas, fresca como una brisa de montaña, sonriéndole como si dijera: «Hola, tío. No te habrás olvidado de mí, ¿eh? Yo no me he olvidado de ti, amigo mío. Para nada».

-La encontré en el porche al día siguiente, cuando amainó la tormenta -explicó la señora

Scooter entre risas-. Muy propio del viejo Scoot regalarle algo y luego meterlo en una bolsa agujereada. Estuve a punto de tirarla, pero me dijo que quería dársela, y que la guardara en algún estante. Dijo que un viajante que pasaba una vez volvería a pasar algún día... y aquí está usted.

-Sí -repuso Hogan-. Aquí estoy.

Cogió la boca y deslizó los dedos por entre las mandíbulas ligeramente separadas. Pasó la yema del dedo por las muelas, y le pareció escuchar a Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU., canturrear: «¡Muérdeme! ¡Muérdeme! ¡Muérde-meeeee!».

¿Estarían las muelas todavía manchadas con el rastro reseco de la sangre del chico? A

Hogan le pareció ver algo en el fondo de la boca, pero tal vez no era más que una sombra.-La he guardado porque Scooter me dijo que tenía usted un hijo.

-Es verdad -asintió Hogan.

«Y el niño todavía tiene padre -pensó-. Y la razón está en mis manos en este momento.

La pregunta es: ¿Regresó caminando sobre sus pequeños pies anaranjados porque ésta era su casa... o porque de algún modo sabía que Scooter lo sabía? ¿Que Scooter sabía que tarde o temprano un viajante siempre vuelve a pasar por un sitio, del mismo modo que se dice que un asesino siempre vuelve a la escena del crimen?»

-Bueno, pues si todavía la quiere, ya se la puede llevar -dijo la mujer.

Adoptó una expresión solemne durante un instante, y entonces se echó a reír.

-Mierda, seguramente la habría tirado de todas formas, sólo que me olvidé. Claro que sigue rota.

Hogan hizo girar la llave que sobresalía de la encía. La llave dio dos vueltas, emitiendo pequeños chasquidos, y a la tercera empezó a girar sin resistencia. Estaba rota. Claro que estaba rota. Y seguiría rota hasta que decidiera que quería dejar de estarlo por un rato. Y la cuestión no residía en cómo había regresado a la tienda, ni siquiera por qué, ya que eso era muy sencillo.

Había estado esperándole, a él, William I. Hogan. Había estado esperando al Tío de las Etiquetas.

La cuestión era la siguiente: ¿qué quería?

Introdujo un dedo en la blanca sonrisa metálica.

-Muérdeme. ¿Quieres morderme? La boca permaneció quieta, apoyada en sus fantásticos pies anaranjados, sonriendo.

-Parece que no habla -terció la señora Scooter.

-No -convino Hogan.

De pronto se sorprendió pensando en el chico. El señor Bryan Adams de Ninguna Parte,

EE.UU. Había un montón de chicos como él. Y también un montón de adultos como él, que se arrastraban por las carreteras como arbustos muertos movidos por el viento, siempre dispuestos a robarte la cartera, a decirte «Te jodes, encanto» y echar a correr. Uno podía dejar de llevar a autoestopistas, instalarse una alarma en casa, cosa que también había hecho, pero el mundo seguía siendo duro, un mundo en el que los aviones caían del cielo, en el que los locos podían aparecer a la vuelta de cualquier esquina, y en el que siempre podía tomarse alguna medida de segundad más. Al fin y al cabo, tenía una esposa en la que pensar.

Y un hijo.

Sería conveniente que Jack guardara la boca saltarina encima de su mesa. Por si acaso pasaba algo.

Por si acaso.

-Gracias por guardarla -dijo por fin mientras cogía la boca saltarina por los pies con todo cuidado-. Creo que a mi hijo le encantará aunque esté rota.

-Déle las gracias a Scoot, no a mí. ¿Quiere una bolsa? -inquirió con una sonrisa-. Tengo bolsas de plástico... Nada de agujeros, se lo garantizo.

Hogan meneó la cabeza y se guardó la boca en un bolsillo de la cazadora.

-La llevaré aquí -repuso al tiempo que le devolvía la sonrisa-. Bien a mano.

-Como quiera. Vuelva algún otro día -exclamó mientras Hogan se dirigía hacia la puerta-. Hago unos bocadillos de ensalada de pollo estupendos.

-No lo dudo. Volveré -aseguró Hogan.

Salió al porche, bajó los escalones y se detuvo un momento bajo el sol del desierto, con una sonrisa pintada en el rostro. Se sentía bien. Aquellos días se sentía bien a menudo. Se había convencido de que así era como había que sentirse.

A su izquierda, *Lobo,* el Increíble Perro Salvaje de Minnesota, se puso en pie, empujó el hocico por entre el alambre cruzado de la jaula y ladró. En el bolsillo de Hogan, la boca saltarina emitió un solo chasquido. Fue un sonido débil, pero Hogan lo oyó... y percibió un movimiento. Se dio una palmadita en el bolsillo.

-Tranquilo, amigo -susurró.

Hogan atravesó el patio con prontitud, subió a su nueva furgoneta Chevrolet y se puso en camino hacia Los Ángeles. Había prometido a Lita y a Jack que llegaría a casa a las siete, a las ocho como máximo, y le gustaba cumplir sus promesas.

Crouch End

Ya eran casi las dos y media de la mañana cuando se fue la mujer. Delante de la comisaría de policía de Crouch End, Totenham Lañe era un riachuelo muerto. La ciudad de Londres estaba dormida..., pero Londres nunca duerme a pierna suelta, y siempre tiene sueños inquietos.

El oficial Vetter cerró su libreta de notas, que casi había llenado mientras la americana narraba su extraña y enloquecida historia. Miró la máquina de escribir y la pila de papel blanco que había en el estante junto a ella.

-Esto parecerá de lo más raro a la luz del día -comentó. El oficial Farnham estaba bebiendo un refresco. Guardó silencio durante largo rato.

-Era americana, ¿no? -preguntó por fin, como si el hecho pudiera explicar la mayor parte o toda la historia que les había contado la mujer.

-Lo meteremos en el archivo de casos sin resolver-asintió Vetter mientras buscaba un cigarrillo-. Pero me pregunto... Farnham lanzó una carcajada.

-No me va a decir que se ha creído una sola palabra de lo que ha dicho, ¿eh? ¡Vamos, señor!

-Yo no he dicho tal cosa. No. Pero tú eres nuevo aquí.

Farnham se irguió en su asiento. Tenía veintisiete años, y no era su culpa que lo hubieran trasladado allí desde Muswell Hill, ni que Vetter, que casi le doblaba la edad, hubiera pasado la totalidad de su aburrida carrera en aquel reducto tan tranquilo que era Crouch End.

-Eso es cierto, señor -repuso-, pero con todos los respetos, sé distinguir lo bueno de la paja cuando lo veo... o cuando lo oigo.-Dame un pitillo, muchacho -replicó Vetter con expresión divertida-. ¡Eso es! Eres un buen chico.

Se lo encendió con una cerilla de madera que sacó de una cajetilla de color rojo brillante antes de apagarla y arrojarla al cenicero de Farnham. Observó al muchacho por entre la nube de humo. Sus tiempos de muchacho apuesto quedaban ya muy lejanos. Tenía el rostro surcado de arrugas, y su nariz era un mapa de venitas rotas. Le gustaba tomarse su media docena de cervezas cada noche, sí, señor.

-Crees que Crouch End es un sitio muy tranquilo, ¿verdad?

Farnham se encogió de hombros. En realidad, creía que Crouch End era un gran bostezo residencial, lo que a su hermano menor le gustaba llamar «un maldito aburritorio».

-Sí -prosiguió Vetter-. Ya veo que sí. Y tienes razón. La mayoría de las noches el barrio se cierra a las once. Pero yo he visto un montón de cosas raras en Crouch End. Y si te quedas aquí la mitad de tiempo que yo, tú también verás lo tuyo. Pasan más cosas raras aquí, en estas

seis u ocho manzanas tan tranquilas, que en cualquier otro lugar de Londres; es mucho decir, ya lo sé, pero estoy convencido. Me asusta. Así que me tomo mis cervezas y entonces ya me asusta menos.

Observa al sargento Cordón cuando tengas ocasión, Farnham, y pregúntate por qué tiene el pelo completamente blanco a los cuarenta años. Podrías echarle también un vistazo a Petty, pero no puedes, porque Petty se suicidó en 1976. Un verano curioso. Fue... -Se detuvo como si considerara sus palabras-. Fue un verano bastante duro. Bastante duro. Muchos de nosotros teníamos miedo de llegar a pasar a través.

-¿Quién pasará a través de qué? -preguntó Farnham.

Sentía que una sonrisa desdeñosa se abría paso hacia sus labios; sabía que no era nada diplomático, pero fue incapaz de contenerse. A su manera, Vetter estaba divagando tanto como la americana. Siempre había sido un poco raro. La bebida, suponía. De repente se dio cuenta de que Vetter le devolvía la sonrisa.

-Crees que soy un viejo loco, ¿verdad? -preguntó.

-No, en absoluto, en absoluto -protestó Farnham gruñendo para sus adentros. *"}íli,*

-Eres un buen chico -aseguró Vetter-. No estarás detrás de una mesa en esta comisaría cuando llegues a mi edad. No si te quedas en el cuerpo. Te quedarás en el cuerpo, ¿verdad? ¿Te gusta el trabajo?

-Sí -asintió Farnham.

Era cierto; le gustaba el trabajo. Tenía intención de quedarse en el cuerpo a pesar de que

Sheila quería que dejara la policía y encontrara un trabajo más fiable. La cadena de producción de

Ford, por ejemplo. La idea de ponerse a trabajar de machaca en la Ford le ponía los pelos de punta.

-Ya me lo imaginaba -comentó Vetter mientras apagaba el pitillo-. Se te mete en la sangre, ¿eh? Podrías llegar lejos, y no acabarías en el aburrido Crouch End. Pero aun así no lo sabes todo. Crouch End es un sitio extraño. Deberías echar un vistazo a los archivos de casos sin resolver, Farnham. Bueno, la mayoría son cosas normales..., chicos y chicas que se escapan de casa para hacerse *hippies o punkies* o comoquiera que se llamen hoy en día...; maridos que desaparecen (y cuando echas un vistazo a sus mujeres entiendes por qué)..., incendios provocados sin resolver..., tirones... y todo eso. Pero entre todo eso hay bastantes casos que te hielan la sangre.

Y algunos de ellos dan náuseas.

-¿De verdad?

Vetter asintió con la cabeza.

-Algunos se parecen mucho a lo que nos acaba de contar esa pobre muchacha americana.

No volverá a ver a su marido, eso te lo aseguro -sentenció mientras miraba a Farnham y se encogía de hombros-. Puedes creerme o no. Al fin y al cabo, da igual, ¿ no ? El archivo está ahí mismo. Lo llamamos archivo de casos abiertos porque queda mejor que lo de casos sin resolver o casos te-jodes. Échale un vistazo, Farnham, échale un vistazo.

Farnham guardó silencio, pero lo cierto era que tenía la intención de «echarle un vistazo».

La idea de que podía haber toda una serie de historias como la que acababa de contarles la americana... resultaba inquietante.

-A veces -prosiguió Vetter mientras cogía otro de los Silk Cut de Farnham- pienso en las Dimensiones. mi-¿ Dimensiones ?

-Sí, hijo mío..., las Dimensiones. Los escritores de ciencia ficción siempre están con lo de las dimensiones, ¿no? ¿Has leído algún libro de ciencia ficción, Farnham?

-No -repuso Farnham, convencido de que todo aquello era una elaborada tomadura de pelo.

-¿Y qué hay de Lovecraft? ¿Has leído algún libro suyo?

-Ni siquiera he oído hablar de él -replicó Farnham.

De hecho, la última obra de ficción que había leído por placer había sido una novela erótica victoriana titulada *Dos caballeros en bragas de seda.*

-Bueno, pues el tal Lovecraft siempre hablaba de las Dimensiones -explicó Vetter al sacar la caja de cerillas-. Las Dimensiones cercanas a las nuestras. Llenas de esos monstruos inmortales que podrían volver loco a un hombre con sólo mirarlo. Por supuesto, no son más que tonterías. Claro que cada vez que una de estas personas se esfuma, me pregunto si realmente no son más que tonterías. Y entonces, cuando llega la madrugada y todo está tranquilo, como ahora, pienso que todo el mundo, todo lo que consideramos agradable y normal puede ser como un gran balón de cuero lleno de aire. Sólo que en algunos puntos, el cuero está tan tirante que casi desaparece. Son puntos en los que las barreras son más delgadas, ¿entiendes?

-Sí -asintió Farnham.

«Tal vez deberías darme un beso, Vetter. Me encanta que me besen cuando me toman el pelo», se dijo.

-Y entonces pienso: «Crouch End es uno de estos puntos delgados». Es una tontería, claro, pero aun así lo pienso. Supongo que tengo demasiada imaginación. Mi madre siempre me lo decía.

-¿De verdad?

-Sí. ¿Y sabes qué más pienso?

-No, señor, ni idea.

-En Highgate no pasa nada, eso es lo que pienso; las dimensiones son la mar de gruesas entre nosotros y las Dimensiones de Muswell Hill y Highgate. Pero coge Archway y Finsbury

Park. Estos dos sitios lindan con Crouch End. Tengo amigos en los dos barrios, y conocen mi interés por ciertas cosas que no parecen nada racionales. Ciertas historias absurdas contadas, digamos, por personas a las que en nada beneficia contar historias absurdas. ¿Se te ha ocurrido preguntarte alguna vez, Farnham, por qué la mujer nos habría contado lo que nos contó si sabía que no era cierto?

-Bueno...

Vetter encendió una cerilla y miró a Farnham por encima de la llama.

-Una joven bonita, veintiséis años, con dos hijos en el hotel y un marido que es un joven abogado al que le van muy bien las cosas en Milwaukee o un sitio de ésos. ¿Qué gana viniendo aquí y soltando una historia sobre las cosas que sólo se ven en las películas de Hammer?

-No lo sé -repuso Farnham con rigidez-. Pero es posible que haya una ex...

-Así que me digo -lo interrumpió Vetter- que si realmente existen esos «puntos delgados», entonces éste empieza en Archway y Finsbury Park..., pero el punto más delgado de todos está aquí, en Crouch End. Así que me digo, ¿no llegará el día en que lo que queda de cuero entre nosotros y lo que hay dentro del balón... simplemente desaparezca? ¿No llegará ese día si tan sólo la mitad de lo que nos ha contado la mujer es cierto?

Farnham no dijo nada. Estaba convencido de que lo más probable era que el oficial Vetter creyera en la quiromancia, la frenología y los rosiarucianos.

-Lee el archivo de casos sin resolver -insistió Vetter mientras se levantaba.

Se oyó un crujido cuando se llevó las manos a la parte baja de la espalda y se desperezó.

-Me voy a tomar el aire.

El oficial salió de la comisaría. Farnham lo siguió con la mirada entre divertido y resentido.

Vetter estaba como un cencerro, sí señor. Y además no dejaba de gorrear tabaco. El tabaco no estaba barato en este nuevo y valiente mundo del Estado del bienestar. Cogió la libreta de Vetter y empezó a hojear de nuevo la historia de la muchacha.Sí, echaría un vistazo al archivo de casos sin resolver. Para reírse un rato.

La muchacha... o la joven, para ser políticamente correctos, algo que, por lo visto, todos los americanos eran en estos tiempos, había entrado como una exhalación en la comisaría a

las diez y cuarto de la noche, con el pelo colgándole en húmedos mechones alrededor del rostro y los ojos a punto de salírsele de sus órbitas. Arrastraba el bolso por la correa.

-Lonnie -dijo-. Por favor, tienen que encontrar a Lonnie.

-Bueno, haremos lo que podamos, ¿verdad? -repuso Vetter-. Pero tiene que contarnos quién es Lonnie.

-Está muerto -repuso la joven-. Sé que está muerto.

Rompió a llorar. De repente, se echó a reír, mejor dicho, a cloquear. Dejó caer el bolso ante sí. Estaba histérica.

La comisaría estaba casi desierta a aquellas horas de las noches laborables. El sargento

Raymond estaba tomando declaración a una mujer paquistaní que contaba con una calma casi imperturbable, que un tunante con muchos tatuajes de fútbol y una gran cresta de cabello azul le había robado el bolso en Hillfield Avenue. Vetter vio a Farnham entrar desde la antesala, donde había estado quitando pósters viejos (¿TIENES LUGAR EN TU CORAZÓN PARA UN

NIÑO NO DESEADO?) y poniendo otros nuevos (SEIS REGLAS PARA IR EN BICICLETA

SIN PELIGRO POR LA NOCHE).

Vetter hizo señas a Farnham para que se acercara, y a Raymond, que se había vuelto de inmediato al oír la voz medio histérica de la americana, para que no se acercara. Raymond, al que le gustaba romperles los dedos a los carteristas («Vamos, hombre -exclamaba cuando le pedían que justificara aquel procedimiento tan irregular-. Cincuenta millones de tipos no pueden estar equivocados»), no era el más indicado para tratar a una mujer histérica.

-¡Lonnie! -chilló la joven-. ¡Por favor, tienen a Lonnie!

La mujer paquistaní se volvió hacia la joven americana, la observó con gran calma durante un instante y a continuación se volvió de nuevo hacia el sargento Raymond para seguir explicándole cómo le habían robado el bolso.

-Señorita... -empezó el oficial Farnham.

-¿Qué pasa ahí fuera? -susurró la mujer.

Su respiración era entrecortada. Farnham se dio cuenta de que tenía un pequeño rasguño en la mejilla izquierda. Era una monada, con buenas tetas, pequeñas pero respingonas, y una espesa melena de cabello castaño. Vestía ropas moderadamente caras. Se le había desprendido el tacón de un zapato.

-¿Qué pasa ahí fuera? -repitió-. Monstruos...

La mujer paquistaní se volvió de nuevo hacia ella... y sonrió. Tenía los dientes podridos. La sonrisa se desvaneció de pronto como por arte de magia, y la mujer cogió el impreso de Propiedad

Perdida y Sustraída que le alargaba Raymond.

-Ve a buscar un café para la señora y bájalo a la Sala Tres -ordenó Vetter-. ¿Le apetece un café, señora?

-Lonnie -susurró-. Sé que está muerto.

-Bueno, bueno, venga usted con el viejo Ted Vetter y arreglaremos este asunto en un santiamén -la animó al tiempo que la ayudaba a levantarse.

La joven seguía farfullando entre gemidos cuando el oficial la guió por el pasillo con un brazo alrededor de su cintura. Se tambaleaba a causa del tacón desprendido.

Farnham fue a buscar el café y lo llevó a la Sala Tres, un sencillo cubículo blanco amueblado con una mesa llena de arañazos, cuatro sillas y un surtidor de agua en un rincón. Colocó el tazón de café ante la joven.

-Aquí tiene, señora -dijo-. Le sentará bien. Hay azúcar si...

-No puedo bebérmelo -rechazó la mujer-. No podría...

De repente rodeó la taza de porcelana, un recuerdo ya olvidado que alguien se había traído de Blackpool, con ambas manos, como si quisiera entrar en calor. Le temblaban las manos, y

Farnham sintió deseos de decirle que soltara el tazón antes de que se derramara el café y le quemara las manos.

-No podría -repitió la joven.Entonces tomó un sorbo sosteniendo todavía el tazón con ambas manos, del mismo modo en que los niños cogen su tazón de caldo. Y cuando alzó la mirada hacia ellos, había en su rostro una expresión infantil, exhausta, implorante... y acorralada, en cierto modo. Era como si lo que hubiera ocurrido la hubiera devuelto a la infancia; como si una mano invisible hubiera bajado del cielo y le hubiera arrebatado los últimos veinte años de su vida, poniendo a una niña enfundada en ropas de mujer americana en aquella pequeña sala de interrogatorios de la comisaría de Crouch End.

-Lonnie -dijo-. Los monstruos. ¿Me ayudarán? ¿Por favor, me ayudarán? Tal vez no esté muerto. Tal vez... ¡Soy ciudadana americana! -gritó de pronto, y como si acabara de decir algo terriblemente vergonzoso, estalló en sollozos.

-Vamos, señora -la tranquilizó Vetter dándole unas palmaditas en el hombro-. Creo que podremos ayudarla a encontrar a su Lonnie. Es su marido, ¿verdad?

La joven asintió sin dejar de sollozar.

-Danny y Norma están en el hotel... con la canguro... esperando que él les vaya a dar un beso cuando volvamos...

-Lo mejor sería que se tranquilizara y nos contara qué ha pasado...

-Y dónde ha pasado -añadió Farnham.

Vetter le lanzó una mirada rápida y frunció el ceño.

-¡Pero es que es eso! -gritó la joven-. ¡No sé dónde ha pasado! ¡Ni siquiera sé muy bien qué ha pasado, sólo que ha sido ho-ho-horrible!

Vetter había sacado la libreta de notas.

-¿Cómo se llama, señora?

-Doris Freeman. Mi marido se llama Leonard Freeman. Nos hospedamos en el Hotel Ínter-

Continental. Somos americanos.

En esta ocasión, aquella declaración pareció tranquilizarla un poco. Tomó otro sorbo de café y dejó el tazón sobre la mesa. Farnham observó que tenía las palmas de las manos bastante enrojecidas. «Ya te darás cuenta más tarde, cariño», pensó.

Vetter lo estaba anotando todo en la libreta. Alzó la vista hacia el oficial Farnham y lo miró durante una fracción de segundo sin expresión aparente.

-¿Están de vacaciones? -inquirió.

-Sí..., dos semanas aquí y una en España. Se suponía que íbamos a pasar una semana en

Barcelona..., ¡pero esto no nos ayudará a encontrar a Lonnie! ¿Por qué me hacen todas estas preguntas estúpidas?

-Estamos intentando determinar los antecedentes, señora Freeman -intervino Farnham.

Sin percatarse de ello, ambos habían adoptado un tono bajo y tranquilizador.

-Y ahora continúe y cuéntenos qué ha sucedido. Cuéntelo con sus propias palabras.

-¿Por qué cuesta tanto encontrar un taxi en Londres? -preguntó la joven de repente.

Farnham no sabía qué decir, pero Vetter respondió como si la pregunta fuera de lo más acorde a la conversación.

-No sabría decirle, señora. Es por los turistas, en parte. ¿Por qué lo pregunta? ¿Les ha costado mucho encontrar un taxi para llegar hasta Crouch End?

-Sí -asintió la joven-. Hemos salido del hotel a las tres y hemos ido a Hatchard's. ¿Lo conoce?

-Sí, señora -repuso Vetter-. Es esa librería tan grande, ¿verdad?

-No hemos tenido ningún problema para encontrar un taxi desde el Ínter-Continental...

Están todos en fila delante de la puerta. Pero cuando hemos salido de Hatchard's, ni uno. Y cuando por fin se ha parado uno, el taxista se ha puesto a reír y a menear la cabeza cuando le hemos dicho que queríamos ir a Crouch End.

-Sí, a veces se ponen muy gilipollas cuando se trata de ir a las afueras... Perdón, señora - comentó Farnham.

-Ni siquiera aceptó cuando le ofrecimos una libra de propina -prosiguió Doris Freeman en tono de perplejidad muy americana-. Hemos esperado casi media hora antes de que un

taxista aceptara llevarnos. Ya eran las cinco y media, quizás las seis menos cuarto. Y entonces es cuando

Lonnie se ha dado cuenta de que había perdido la dirección...La señora Freeman volvió a aferrarse al tazón.

-¿A quién iban a ver? -inquirió Vetter.

-A un colega de mi marido. Un abogado llamado John Squales. Mi marido no lo conocía, pero los bufetes en los que trabajaban estaban...

Hizo un gesto vago.

-¿Asociados?

-Sí, supongo. Cuando el señor Squales se enteró de que veníamos a Londres de vacaciones, nos invitó a cenar a su casa. Lonnie siempre le había escrito a su despacho, claro está, pero tenía su dirección particular anotada en un papel. Y cuando hemos subido al taxi se ha dado cuenta de que la había perdido. Y lo único que recordaba era que estaba en Crouch End.

»Crouch End... Me parece un nombre espantoso -dijo mirándonos con expresión solemne.

-¿Y entonces qué han hecho? -preguntó Vetter.

La joven empezó a hablar. Cuando terminó ya había dado cuenta del primer tazón de café y casi de otro más, y el oficial Vetter había llenado varias páginas de la libreta con su ancha letra de imprenta.

Lonnie Freeman era un hombre corpulento, y al verlo inclinado hacia delante en el asiento trasero para poder hablar con el taxista, a Doris le pareció que tenía el mismo aspecto que la primera vez que lo había visto, durante un partido de baloncesto en el último año de carrera. Estaba sentado en el banquillo, con las rodillas a la altura de las orejas, las manos coronadas por grandes muñecas colgando entre las piernas. Sólo que en aquella ocasión llevaba pantalones cortos de baloncesto y una toalla alrededor del cuello, y ahora llevaba traje y corbata. Nunca había jugado en muchos partidos, recordó Doris con cariño, porque no era demasiado bueno. Y perdía direcciones.

El taxista escuchó con paciencia el cuento de la dirección perdida. Se trataba de un hombre mayor, impecable en su traje de verano, la antítesis del desaliñado taxista neoyorquino. Sólo la gorra de lana a cuadros que llevaba desentonaba; pero desentonaba de un modo agradable, pues le confería un toque de libertina elegancia. Fuera, el tráfico fluía sin cesar por Haymarket; el teatro anunciaba que *El fantasma de la ópera* proseguía su andadura en apariencia interminable.

-Bueno, vamos a hacer una cosa, caballero -dijo por fin el taxista-. Los llevo a Crouch

End, nos paramos en una cabina, usted averigua la dirección de su amigo y después los llevo hasta la mismísima puerta.

-Estupendo -exclamó Doris.

Y lo decía en serio. Llevaban seis días en Londres, y no recordaba haber estado nunca en ningún otro lugar en el que la gente fuera tan amable y civilizada.

-Gracias -dijo Lonnie antes de retreparse en el asiento y rodear a Doris con un brazo-.

¿Lo ves? No pasa nada.

-Eres un desastre -lo riñó ella en broma al tiempo que le asestaba un ligero puñetazo en el vientre.

-Adelante, pues -exclamó el taxista-. A Crouch End.

Estaban a fines de agosto, y un viento cálido y constante removía la basura por las calles y hacía revolotear las chaquetas y faldas de los hombres y mujeres que se dirigían del trabajo a casa.

El sol se estaba poniendo, pero cuando brillaba por entre los edificios lo hacía con el reflejo rojizo del atardecer, según comprobó Doris. El taxi avanzaba con un suave zumbido. Doris se relajó al sentir el brazo de Lonnie alrededor de los hombros. Tenía la sensación de que lo había visto más en los últimos seis días que en todo el año junto, y le gustó descubrir que le gustaba aquello.

Además, nunca había salido de América, y no cesaba de recordarse que estaba en Inglaterra, que iba a ir a Barcelona y que ya quisieran muchos.

Al cabo de unos instantes, el sol desapareció tras un muro de edificios, por lo que perdió el sentido de la orientación casi de inmediato. Había descubierto que eso sucedía casi siempre cuando uno iba en taxi por Londres. La ciudad era un inmenso laberinto de carreteras, pasajes, colinas, cercados (e incluso mesones), y no entendía cómo la gente no se perdía cada dos por tres. Cuando se lo había mencionado a Lonnie el día anterior, éste había respondido que todo el mundo tenía mucho cuidado... ¿No había observado que todos los taxistas tenían la *Guía de*

Londres bien guardadita debajo del volante?Era el trayecto en taxi más largo que habían realizado hasta entonces. La parte elegante de la ciudad quedó atrás (pese a aquella extraña sensación de andar describiendo círculos). Atravesaron un distrito de bloques monolíticos de viviendas de protección oficial que parecía desierto a juzgar por la señales de vida que se apreciaban (no, se corrigió en la sala blanca de interrogatorios; había visto a un niño pequeño sentado en el bordillo de la acera, encendiendo cerillas), a continuación una zona de tiendas y puestos de fruta pequeños y de aspecto bastante destartalado, y luego (no era de extrañar que los forasteros se desorientaran tanto en Londres) volvieron a entrar en la parte elegante de la ciudad.

-Incluso había un McDonald's -explicó a Vetter y a Farnham en un tono de voz por lo general reservado para hacer referencia a la Esfinge y a los Jardines Colgantes.

-¿De verdad? -exclamó Vetter con el debido respeto.

Al fin y al cabo, la joven estaba recordando cada detalle, y Vetter no quería que nada rompiera el hechizo, al menos hasta que les hubiese contado todo lo que pudiera.

La zona elegante con el McDonald's en el centro quedó atrás. Llegaron a un claro y de nuevo apareció el sol, una gran bola anaranjada justo encima del horizonte, que bañaba las calles en una extraña luz que confería a todos los peatones el aspecto de estar a punto de arder.

-Ha sido entonces cuando las cosas han empezado a cambiar -dijo la joven.

Había bajado la voz y le volvían a temblar las manos. Vetter se inclinó hacia delante con vehemencia.

-¿A cambiar? ¿Qué quiere decir con eso, señora Freeman?

Habían pasado ante el escaparate de un quiosco, explicó, y en la pizarra habían escrito:

SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO.

-¡Mira eso, Lonnie!

-¿Qué?

Lonnie volvió rápidamente la cabeza, pero el quiosco ya había quedado atrás. -s¿%

-Decía: «Sesenta desaparecidos en desastre subterráneo». ¿No es así como llaman el metro? ¿El Subterráneo?

-Sí..., eso o el Tubo. ¿Ha habido un choque?

-No lo sé -repuso ella al tiempo que se inclinaba hacia delante-. Oiga, señor, ¿sabe lo que pasó en el metro? ¿Hubo un choque?

-¿Una colisión, señora? Que yo sepa no.

-¿Tiene radio?

-En el taxi no, señora.

-Lonnie.

- ¿Si?

Pero Doris se dio cuenta de que Lonnie había perdido todo interés en el asunto. De nuevo estaba rebuscando en los bolsillos, a la caza del pedazo de papel en el que había anotado la dirección de John Squales, y puesto que llevaba un traje de tres piezas, había un montón de bolsillos en los que buscar.

El mensaje escrito con tiza en la pizarra le volvía una y otra vez a la memoria; SESENTA

MUERTOS EN COLISIÓN DEL TUBO, debería haber dicho. Pero SESENTA

DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO... Aquellas palabras le producían cierta inquietud. No decía «muertos», sino «desaparecidos», la misma palabra que las noticias de los viejos tiempos empleaban siempre para referirse a los marineros que se habían ahogado en la mar.

DESASTRE SUBTERRÁNEO.

No le gustaba. Le hacía pensar en cementerios, alcantarillas y cosas viscosas y fétidas surgiendo de repente de los tubos y envolviendo con sus brazos (tentáculos, tal vez) a los desprevenidos pasajeros que esperaban en el andén antes de arrastrarlos hacia las tinieblas...

Giraron a la derecha. Junto a unas motocicletas aparcadas se veía a tres chicos en ropa de cuero. Miraron el taxi y por un momento, pues el sol le daba casi por completo en la cara, le pareció que aquellos motoristas no tenían cabezas humanas. Por un instante estuvo convencida de que sobre aquellas cazadoras de cuero se alzaban cabezas de ratas, ratas de ojos negros que miraban el taxi con fijeza. De repente, la luz se desplazó un poco y vio que estaba equivocada, por supuesto;no eran más que tres jóvenes fumando un cigarrillo delante de la versión británica de la tienda de golosinas americana.

-Allá vamos -indicó Lonnie abandonando la búsqueda y señalando al exterior.

Estaban pasando junto a una señal que decía: CROUCH HILL ROAD. Viejas casas de ladrillos amontonadas como ancianas soñolientas parecían mirar el taxi desde sus ventanas vacías.

Pasaron algunos niños montados en bicicletas o en triciclos. Otros dos niños estaban intentando montar en su monopatín, aunque sin demasiado éxito. Algunos padres que habían regresado del trabajo estaban sentados juntos, fumando y observando a los niños. Todo parecía tranquilizadoramente normal.

El taxi se detuvo ante un restaurante de aspecto destartalado en cuyo escaparate había un cartel que anunciaba que se trataba de un local autorizado para servir licores, y otro mucho más grande en el centro, en el que se leía que se preparaban platos de curry para llevar. En el alféizar del escaparate dormía un gigantesco gato gris. Junto al restaurante se veía una cabina telefónica.

-Bueno, señor -dijo el taxista-. Averigüe la dirección de su amigo y después los llevo allí.

-De acuerdo -repuso Lonnie antes de apearse.

Doris se quedó dentro un momento y a continuación también se apeó con la intención de estirar las piernas. Seguía soplando aquel viento cálido, que le adhería la falda a las rodillas y en un momento dado le lanzó el envoltorio de un helado, que se le quedó pegado a la espinilla. Doris se desprendió de él con una mueca de asco. Al alzar la vista se encontró con la mirada del enorme gato gris, que la miraba con un solo ojo de expresión inescrutable. Había perdido la mitad de la cara en alguna batalla ya lejana. Lo único que le quedaba era una retorcida masa rosada de tejido cicatrizado, una catarata lechosa y unos cuantos mechones de pelo.

El gato maulló en silencio a través del cristal.

Acometida por una sensación de asco, Doris se dirigió hacia la cabina telefónica y miró por los vidrios sucios. Lonnie hizo un ademán de triunfo con el pulgar y el índice, y le guiñó el ojo. A continuación metió diez peniques en la ranura y habló con alguien. Lanzó una carcajada que no se oyó a través del cristal. Como el gato. Doris se volvió para ver al minino, pero el escaparate estaba vacío. En la penumbra del local se veían sillas colocadas sobre las mesas y a un anciano con una escoba. Cuando se volvió de nuevo hacia la cabina, vio que Lonnie estaba apuntando algo. Luego se guardó el bolígrafo, sostuvo el papel en la mano (Doris comprobó que había una dirección apuntada), dijo un par de cosas más, colgó y por fin salió de la cabina.

Blandió el papel en ademán de triunfo.

-Bueno, ya es...

Miró por encima del hombro de Doris y de repente frunció el ceño.

-¿Dónde está ese maldito taxi?

Doris se volvió. El taxi se había esfumado. En el lugar en el que se había parado ya sólo quedaba el bordillo y algunos papeles que revoloteaban perezosos por la cuneta. Al otro lado de la calle, dos niños se abrazaban riendo. Doris se dio cuenta de que uno de ellos tenía una mano deforme que parecía más bien una garra. Había creído que la Seguridad Social tenía la obligación de ocuparse de aquellas cosas. Los chicos se volvieron hacia ellos, vieron que los estaban observando y de nuevo se abrazaron entre risitas.

-No lo sé -repuso Doris.

Se sentía desorientada y un poco tonta. El calor, el viento constante que no parecía soplar en ráfagas, la tonalidad de la luz, que casi parecía pintada...

-¿Qué hora era? -inquirió Farnham de repente.

-No lo sé -repuso Doris Freeman con un sobresalto-. Las seis, creo. Quizás y veinte.

-Muy bien; continúe -alentó Farnham, quien sabía perfectamente que, en agosto, la puesta de sol no empezaba en ningún caso hasta bien pasadas las siete.-Pero ¿qué es lo que ha hecho? -insistió Lonnie sin dejar de mirar alrededor, como si esperara que su enfado bastaría para que el taxi volviera a aparecer-. ¿Poner el motor en marcha y largarse?

-Quizás cuando has levantado la mano -aventuró Do-ris mientras repetía el gesto del índice y el pulgar que Lonnie había hecho desde la cabina-; a lo mejor ha pensado que le decías que se marchara.

-Me tendría que haber pasado mucho rato haciendo ese gesto para que se marchara sin que le pagáramos las dos libras y media que le debíamos -gruñó Lonnie.

Se dirigió al bordillo de la acera. Al otro lado de Crouch Hill Road, los dos niños seguían riendo.

-¡Eh! -gritó Lonnie-. ¡Eh, niños!

-¿Es usted americano, señor? -gritó el niño de la mano deforme.

-Sí-repuso Lonnie con una sonrisa-. ¿Habéis visto el taxi que estaba aquí? ¿Sabéis adonde ha ido?

Los dos niños parecieron considerar la pregunta. La compañera del niño era una niña de unos cinco años peinada con dos trenzas desordenadas que apuntaban en direcciones opuestas. La niña avanzó hacia el bordillo, se llevó ambas manos a la boca para hacerse oír mejor y sin dejar de sonreír, gritando entre las manos colocadas a modo de megáfono y la sonrisa, exclamó:

-¡A la porra, tío!

Lonnie abrió la boca asombrado.

-¡Señor, señor, señor! -chilló el niño mientras hacía saludos militares con la mano deforme.

De repente, ambos niños giraron sobre sus talones y doblaron la esquina a toda prisa hasta perderse de vista. Sus risas quedaron atrás como un eco.

Lonnie miró Doris con expresión anonadada.

-Bueno, parece que a algunos niños de Crouch End no les vuelven precisamente locos los americanos -comentó por decir algo.

Doris miró en derredor con nerviosismo. La calle estaba desierta.

-En fin, cariño, creo que tendremos que ir a pie -anunció Lonnie al tiempo que la rodeaba con un brazo.

-No sé si quiero hacer eso. A lo mejor esos dos niños se han ido a buscar a sus hermanos mayores.

Lanzó una carcajada para indicar que estaba bromeando, pero lo cierto es que le salió un poco demasiado aguda. La tarde había cobrado un matiz irreal que no le hacía mucha gracia.

Habría preferido quedarse en el hotel.

-Pues no nos queda más remedio -comentó Lonnie-. La calle no está precisamente a rebosar de taxis, ¿no te parece?

-Lonnie, ¿por qué se habrá marchado el taxista? Parecía tan simpático...

-No tengo ni la menor idea. Pero John me ha indicado muy bien el camino. Vive en una calle llamada Brass End, que es una callejuela sin salida, y me ha dicho que no está en la *Guía.*

Mientras hablaba apartaba a Doris de la cabina telefónica, del restaurante que preparaba platos de curry para llevar, del bordillo ahora desierto. Estaban caminando de nuevo por Crouch

Hill Road.

-Giramos a la derecha en Hillfield Avenue, a la izquierda a media calle, después la primera a la derecha... ¿o a la izquierda? Bueno, hacia Petrie Street. Y la segunda a la izquierda es Brass

End.

-¿Y te acuerdas de todo eso?

-Claro, soy el testigo presencial estrella -repuso Lonnie con valentía.

Doris no tuvo más remedio que echarse a reír. Lonnie siempre conseguía que las cosas parecieran ir bien.

En el vestíbulo de la comisaría había un mapa de Crouch End bastante más detallado que el que figuraba en la *Guía de Londres.* Farnham se acercó a él y lo estudió con las manos embutidas en los bolsillos. La comisaría estaba muy silenciosa; Vetter seguía fuera, intentando sacudirse un poco las telarañas, al menos eso esperaba, y Raymond había acabado ya hacía rato con la señora a la que habían robado el bolso.Farnham puso el dedo en el lugar en que el taxista debía de haberlos dejado, siempre y cuando la historia de la mujer tuviera algo de verdad, claro está. La ruta hacia la casa de su amigo parecía bastante directa. Crouch Hill Road hasta Hillfield Avenue, después a la izquierda en Vickers Lañe y otra vez a la izquierda en Petrie Street. Brass End, que empezaba en

Petrie Street como si alguien hubiera decidido ponerla ahí en el último momento, no debía de tener más de seis u ocho casas. Alrededor de un kilómetro y medio en total. Incluso una pareja de americanos podía recorrer aquella distancia sin perderse.

-¡Raymond! -exclamó-. ¿Estás aquí? El sargento Raymond entró. Llevaba ropa de paisano y se estaba poniendo una cazadora de popelina.

-Me marcho ahora mismo, mi querido amigo imberbe.

-Déjalo ya -replicó Farnham, aunque sin dejar de sonreír.

Raymond le daba un poco de miedo. Un solo vistazo al escalofriante tipo bastaba para convencerse de que estaba bastante cerca de la valla que separaba a los buenos de los malos. Una serpenteante cicatriz blanca le bajaba desde la comisura de los labios hasta la nuez. Afirmaba que, en cierta ocasión, un carterista había estado a punto de rebanarle el cuello con un vidrio. Afirmaba que por eso les rompía los dedos. Farnham creía que aquello era mentira. Creía que Raymond les rompía los dedos porque le gustaba el sonido, sobre todo cuando se rompían los nudillos.

-¿Tienes un pitillo? -preguntó Raymond. Farnham suspiró y le dio uno.

-¿Hay algún restaurante especializado en curry en Crouch Hill Road? -inquirió mientras se lo encendía.

-Que yo sepa no, cariño mío -repuso Raymond.

-Ya me parecía.

-¿Algún problema, querido?

-No -replicó Farnham en tono algo cortante, sin poder quitarse de la cabeza el cabello enmarañado y la mirada fija de Doris Freeman.

Casi al final de Crouch Hill Road, Doris y Lonnie Freeman giraron hacia Hillfield Avenue, que estaba flanqueada por casas imponentes y de aspecto elegante. No eran más que fachadas, se dijo Doris, probablemente divididas con precisión quirúrgica en apartamentos y habitaciones.

-Bueno, de momento vamos bien -comentó Lonnie.

-Sí, es... -empezó Doris.

Y en aquel momento empezaron los gemidos.

Ambos se detuvieron en seco. Los gemidos procedían de su derecha, de detrás de un seto alto que rodeaba un pequeño jardín.

Lonnie dio unos pasos en dirección al sonido, y Doris lo agarró por el brazo.

-¡No, Lonnie!

-¿Cómo que no? -replicó él-. Alguien está herido.

Doris lo siguió intranquila. El seto era alto pero ralo. Lonnie pudo apartar unas ramas a un lado y ver un cuadrado de césped rodeado de flores. El césped estaba muy verde. En el centro se veía un parche negro humeante...; o al menos ésa fue la primera impresión que tuvo Doris. Al asomarse por encima del brazo de Lonnie, pues el hombro estaba demasiado alto como para poder mirar por encima de él, vio que se trataba de un agujero de forma vagamente humana. El humo salía de aquel agujero.

SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO, pensó de repente.

Los gemidos procedían del hoyo, y Lonnie empezó a abrirse paso por entre las ramas del seto.

-Lonnie -susurró Doris-. No vayas, por favor.

-Hay alguien herido ahí dentro -repitió él al tiempo que terminaba de atravesar el seto produciendo un rasgueo cerdoso. Doris lo vio avanzar, y en aquel momento las ramas del seto volvieron a colocarse en su sitio, y ya no vio nada más que la vaga silueta de Lonnie dirigiéndose hacia el hoyo. Intentó abrirse paso por entre las ramas, pero no consiguió más que arañarse los brazos con las ramitas cortas y rígidas del seto, ya que llevaba una blusa sin mangas.

-¡Lonnie! -exclamó acometida por un repentino miedo-. ¡Lonnie, vuelve!-¡Un momento, cariño! : La casa la miraba impasible por encima del seto.

Los gemidos todavía se oían, pero habían adquirido un matiz más bajo, gutural, alegre, en cierto modo. ¿Es que Lo-nnie no se daba cuenta?

-¡Eh! ¿Hay alguien ahí abajo? -oyó gritar a Lonnie-. ¿Hay alguien ahí...? ¡Oh! ¡DIOS MÍO!

Y de repente, Lonnie empezó a gritar. Doris jamás lo había oído gritar, y el sonido hizo que le temblaran las piernas. Buscó desesperada un agujero en el seto, un camino, pero no encontró nada. Un montón de imágenes le cruzaron por la mente... Los motoristas que le habían parecido ratas por un instante, el gato de la cara destrozada, el niño de la mano deforme... |*Lonniel,* intentó gritar, pero de sus labios no brotó sonido alguno.

Le llegaron a los oídos sonidos de lucha. Los gemidos se habían detenido. Pero desde el otro lado del seto se oía una serie de chapoteos. De repente, Lonnie salió despedido por entre las rígidas ramas como si le hubieran dado un tremendo empujón. Tenía la manga negra del traje medio desgarrada y salpicada de manchas negras que parecían humear, igual que el hoyo del jardín.

-¡Corre, Doris!

-Lonnie, ¿qué...?

-¡Corre!

Tenía el rostro blanco como el papel.

Desesperada, Doris recorrió la calle con la mirada en busca de un policía. De alguien. Pero a juzgar por el movimiento que había allí, Hillfield Avenue podría haber formado parte de una ciudad totalmente desierta. Se volvió de nuevo hacia el seto y vio que algo se movía al otro lado, algo que era más que negro; parecía de ébano, la antítesis de la luz.

Y chapoteaba.

Al cabo de un instante, las ramas cortas y rígidas del seto empezaron a crujir. Doris se las quedó mirando como hipnotizada. Podría haberse quedado ahí para siempre, según explicó a

Vetter y a Farnham, si Lonnie no la hubiera agarrado por el brazo y le hubiera gritado... Sí,

Lonnie, que jamás levantaba la voz a los niños, había chillado. Si no hubiera sido por él, tal vez todavía seguiría ahí parada. O quizás... Pero echaron a correr.

-¿Pero hacia dónde? -preguntó Farnham, pero Doris no lo sabía.

Lonnie estaba fuera de sí, acometido por la histeria, el pánico y la repugnancia, eso era lo único que sabía. Le rodeó la muñeca con los dedos como si le pusiera una esposa, y se alejaron corriendo de la casa que se alzaba sobre el seto, así como del humeante hoyo del jardín. Eso lo sabía con seguridad; lo demás no era más que una cadena de impresiones vagas.

Al principio les costó correr, pero luego se hizo más fácil porque la calle hacía pendiente.

Giraron una vez y luego otra. Las casas grises de pórticos altos y persianas verdes bajadas parecían observarlos como si fueran pensionistas ciegos. Recordaba que Lonnie se había quitado la americana salpicada de aquella sustancia negra y la había arrojado al suelo. Por fin llegaron a una calle más ancha.

-Para -jadeó Doris-. ¡Para, no puedo más!

Se llevó la mano al costado, donde tenía la sensación de que le habían colocado un clavo ardiendo.

Lonnie se detuvo. Habían salido del barrio residencial y se hallaban en la esquina de Crouch

Lañe con Norris Road. Una señal colocada al otro lado de Norris Road anunciaba que estaban a tan sólo un kilómetro y medio de Slaughter Towen.

-¿No sería Town? -sugirió Vetter.

-No-insistió Doris Freeman-. Slaughter Towen, con e.

Raymond apagó el cigarrillo que le había gorreado a Farnham.

-Me largo -anunció.

De repente se detuvo y observó a Farnham con atención.

-Deberías cuidarte más, cariñito. Tienes unas ojeras de impresión. ¿Tienes también pelos en las palmas de las manos para hacer juego?

Lanzó una carcajada grosera.-¿Has oído hablar alguna vez de Crouch Lañe? -inquif rió Farnham. q

-Querrás decir Crouch Hill Road.

-No, Crouch Lañe.

-No lo había oído en mi vida. n

-¿Y Norris Road?

-Es la que empieza en la ronda de Basingstoke...

-No, aquí. -No, aquí no, cariñito.

Por alguna razón que no comprendía, pues no cabía duda de que la mujer estaba chiflada,

Farnham insistió.

-¿ Y Slaughter Towen ?

-¿Towen? ¿No Town?

-Eso, Towen.

-Pues ni idea, pero si me entero de que existe, creo que no me acercaré por allí.

-¿Y eso por qué?

-Porque en la lengua de los druidas, un touen o towen era un sitio donde se hacían sacrificios rituales; donde le quitaban a uno el hígado y las tripas, en otras palabras.

Dicho aquello, Raymond se subió la cremallera de la cazadora y salió de la comisaría.

Algo inquieto, Farnham lo siguió con la mirada. «Lo último se lo ha inventado. Lo que un tipejo como Sid Raymond sabe de los druidas cabe en la cabeza de un alfiler y todavía te queda sitio para escribir el Padrenuestro.»

Exacto. E incluso aunque hubiera tenido acceso a un dato como aquél, eso no alteraba el hecho de que la mujer debía de...

-Debo de estar volviéndome loco -comentó Lonnie.

Doris miró el reloj y vio que les habían dado las ocho menos cuarto sin darse cuenta. La luz había cambiado; del naranja claro había pasado a un rojo oscuro y lóbrego que se reflejaba

en los escaparates de las tiendas de Norris Road y que parecía bañar en sangre coagulada el campanario de una iglesia que había al otro extremo de la calle.

El sol se había convertido en una esfera suspendida sobre el horizonte.

-¿Qué ha pasado en el jardín? -preguntó Doris-. ¿Qué ha pasado, Lonnie?

-Y también he perdido la chaqueta. Lo que faltaba.

-Lonnie no la has perdido; te la has quitado. Estaba cubierta de...

-¡No seas estúpida! -le gritó Lonnie. Sin embargo, sus ojos no parecían enojados, sino suaves, asustados, vagos.

-La he perdido, eso es todo.

-Lonnie, ¿qué ha pasado cuando has atravesado el seto?

-Nada. No quiero hablar de ello. ¿Dónde estamos?

-Lonnie...

-No me acuerdo -la interrumpió su marido con mayor suavidad-. Estoy como en blanco. Estábamos ahí..., oímos un ruido..., y entonces estábamos corriendo. Es lo único que recuerdo. -Hizo una pausa antes de añadir con voz asustada e infantil-: ¿Por qué tiraría la chaqueta? Me gustaba mucho. Hacía juego con los pantalones.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una aterradora carcajada de loco; de repente, Doris se dio cuenta de que fuera lo que fuese lo que hubiese visto más allá del seto, la escena le había hecho perder el control, al menos en parte. Seguramente a ella le habría pasado lo mismo... si lo hubiera visto. Daba igual. Tenían que salir de allí. Volver al hotel, con los niños.

-Vamos a coger un taxi. Quiero volver a casa.

-Pero John... -empezó Lonnie.

-¡Al diablo con John! -gritó ella-. Algo va mal aquí, todo va mal aquí, ¡y quiero coger un taxi y volver a casa!

-De acuerdo, de acuerdo -convino Lonnie al tiempo que se pasaba una mano temblorosa por la frente-. Estoy de acuerdo. El único problema es que no hay taxis.

Era cierto; no había ningún vehículo en Norris Road, que era una calle ancha y adoquinada.

En el centro se veían los raíles de un antiguo tranvía. Al otro lado, delante de la floristería, había aparcada una furgoneta de reparto de tres ruedas muy antigua. Un poco más lejos, en la misma acera en la quese encontraban, había una moto Yamaha apoyada en el caballete. Nada más. Se oía el ruido de coches, pero era un ruido lejano, difuso.

-A lo mejor la calle está cerrada por obras -masculló Lonnie.

Y entonces hizo algo raro..., al menos raro en él, que siempre era tan despreocupado y confiado. Miró por encima del hombro como si temiera que los estuvieran siguiendo.

-Iremos a pie -anunció Doris.

-¿Hacia dónde?

-Pues a cualquier sitio. Fuera de Crouch End. Encontraremos un taxi si salimos de aquí.

De repente estaba convencida de eso, al menos.

-De acuerdo.

Lonnie parecía totalmente dispuesto a dejarle llevar las riendas de todo aquel asunto.

Empezaron a caminar por Norris Road en dirección al sol. El lejano zumbido del tráfico se mantuvo constante, sin disminuir aunque, al parecer, sin aumentar. La soledad estaba empezando a atacarle los nervios. Tenía la sensación de que los observaban; intentó desterrar aquel pensamiento, pero no pudo. El sonido de sus pisadas

(SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO) retumbaba tras ellos. No podía apartar de su mente la escena del seto, y por fin no pudo resistir el deseo de preguntar de nuevo.

-Lonnie, ¿qué ha pasado en el jardín?

-No me acuerdo, Doris -repuso él sin más-. Y no quiero acordarme.

Pasaron delante de un mercado cerrado; apoyada en el escaparate había una pila de cocos que parecían cabezas reducidas vistas desde atrás. Pasaron delante de una lavandería en

la que las lavadoras blancas habían sido apartadas de las paredes de planchas de yeso de color rosa como dientes arrancados de encías podridas. Pasaron delante de un escaparate cubierto de jabón en el que un viejo cartel ofrecía LOCAL EN ALQUILER.

Algo se movió detrás de las manchas de jabón, y Doris vio que se trataba de la cara rosada y llena de cicatrices de un gato. El mismo gato gris.

Consultó su interior y llegó a la conclusión de que se estaba acercando lentamente al pánico.

Tenía la sensación de que los intestinos habían empezado a retorcérsele lentos y perezosos en el vientre. Tenía un extraño sabor de boca, como si hubiera utilizado un elixir muy penetrante. Los adoquines de Norris Road emanaban sangre fresca a la luz del anochecer.

Se estaban acercando a un paso inferior. Y ahí abajo estaba oscuro. «No puedo -le comunicó su mente sin grandes aspavientos-. No puedo bajar ahí, ahí abajo puede haber cualquier cosa, no me lo pidas porque no puedo.»

Otra parte de su mente preguntó si podría soportar volver sobre sus pasos, pasar de nuevo delante de la tienda en la que había vuelto a ver al gato (¿cómo habría llegado hasta ahí desde el restaurante?, mejor no preguntárselo, mejor ni siquiera pensar en ello), delante de los extraños residuos bucales de la lavandería, delante del Mercado de las Cabezas Reducidas. No se veía capaz de hacerlo.

Ya estaban muy cerca del paso inferior. Un tren de seis vagones pintado de un extraño color hueso pasó sobre él de un modo inesperado, una enloquecida novia de acero que iba a toda prisa al encuentro de su novio. Las ruedas despedían brillantes abanicos de chispas. Doris y Lonnie retrocedieron involuntariamente, pero fue Lonnie quien gritó. Doris lo miró y se dio cuenta de que en la última hora, su marido se había convertido en alguien al que nunca había visto con anterioridad, alguien cuya existencia ni tan siquiera había sospechado. Tenía el cabello más gris, y aunque se dijo con firmeza, con toda la firmeza de que era capaz, que no se debía más que a la luz del atardecer, fue en realidad el aspecto de su cabello lo que la convenció. Lonnie no estaba en condiciones de volver. Por tanto, sólo quedaba el paso inferior.

-Vamos -instó, mientras cogía a Lonnie de la mano con brusquedad para no sentir el temblor de la suya-. Cuanto antes entremos, antes saldremos. ,,»»! 'deSe dirigió hacia el paso, y

Lonnie la siguió sin rechistar.

Estaban a punto de salir -era un paso inferior muy corto, se dijo con una sensación de ridículo alivio- cuando la mano la agarró por el brazo.

Doris no gritó. Los pulmones parecían habérsele encogido como bolas de papel. Su mente quería abandonar el cuerpo y... volar. Lonnie le soltó la mano. No parecía darse cuenta de nada.

Salió a la calle; por un momento, Doris vio su silueta alta y desmadejada recortada contra los sangrientos colores del atardecer, y a continuación desapareció.

La mano que la había cogido por el brazo era peluda, como la de un mono. Tiró de ella sin piedad hacia una silueta pesada y hundida que estaba apoyada contra la pared de hormigón cubierta de hollín. Estaba suspendida entre dos pilares de hormigón, y la silueta era lo único que veía... la silueta y dos luminosos ojos verdes.

-Dame un pitillo, encanto -gruñó una ronca voz con acento cockney.

Doris percibió el hedor de carne cruda, patatas fritas en aceite malo y algo más, algo dulce y terrible, como el olor que despide el fondo de un cubo de basura.

Aquellos ojos verdes eran ojos de gato. Y, de repente, estuvo totalmente convencida de que si aquella silueta hundida salía de las sombras, vería la catarata lechosa, los pliegues rosados del tejido cicatrizado, los mechones de pelo gris.

Se zafó de la mano, retrocedió y sintió que algo cortaba el aire cerca de ella. ¿Una mano?

¿Garras? Un sonido expectorado, siseante...

Otro tren pasó por encima. El rugido era inmenso, ensordecedor. Del techo se desprendió una nube de hollín que parecía nieve negra. Doris huyó acometida por el pánico; por segunda vez aquella tarde, no sabía adonde iba ni durante cuánto tiempo seguiría caminando.

Volvió en sí al darse cuenta de que Lonnie había desaparecido. Se había medio desplomado entre jadeos junto a una sucia pared de ladrillos. Seguía en Norris Road (al menos eso creía, les contó a los dos oficiales; la calle seguía siendo de adoquines, y en el centro todavía estaban las vías del tranvía), pero en lugar de tiendas destartaladas y desiertas, lo que la flanqueaba ahora eran almacenes destartalados y desiertos. DAWGLISH e HIJOS, rezaba el cartel cubierto de hollín de uno de ellos. Otro tenía el nombre ALZAZRED pintado de color verde desvaído en la vieja pared de ladrillos. Bajo el nombre se veían una serie de garabatos y guiones árabes.

-¡Lonnie! -llamó.

No había eco, ninguna resonancia pese al silencio (no, no un silencio absoluto, aclaró; todavía oía ruido de coches, y tal vez un poco más cercano, aunque no mucho). La palabra que era el nombre de su marido pareció caer de su boca y chocar contra el suelo como una piedra. La sangre del atardecer había dado paso a las frías cenizas grises del anochecer. Por primera vez se le ocurrió que podía hacérsele de noche allí mismo, en Crouch End, si es que todavía se encontraba en Crouch End, y de nuevo la asaltó el pánico.

Explicó a Vetter y a Farnham que no había reflexionado ni pensado con claridad en no sabía cuánto tiempo desde que habían llegado a la cabina telefónica hasta aquel momento de horror definitivo. Simplemente, había reaccionado como un animal asustado. Y ahora estaba sola. Quería que volviera Lonnie, era consciente de eso, pero de poco más. Desde luego, no se le ocurrió preguntarse por qué aquella zona, que sin duda no se hallaba a más de ocho kilómetros de

Cambridge Circus, se hallaba completamente desierta.

Doris Freeman echó a andar llamando a su marido. Su voz no despertaba eco alguno, pero sus pisadas sí. Las sombras empezaron a adueñarse de Norris Road. El cielo había adquirido un matiz violáceo. Tal vez se trataba de algún efecto de distorsión o tal vez de la fatiga que sentía, pero tenía la sensación de que los almacenes se cernían hambrientos sobre la calle. Las ventanas, cubiertas por la suciedad de varias décadas o quizás de siglos, parecían mirarla con fijeza. Y los nombres de los carteles se tornaban cada vez más extraños, incluso demen-ciales o, como mínimo, impronunciables. Las vocales estaban mal colocadas, y las consonantes parecían estar combinadas de tal forma que ninguna lengua humana sería capaz de articularlas. CTHULHU KRYON, rezaba uno de ellos, bajo el cual seveían más garabatos árabes. YOGSOGGOTH, decía otro. R'YELEH, anunciaba un tercero. Había uno que se le había quedado grabado especialmente en la memoria:

NRTESN NYARL-AHOTEP.*

* Nombres todos relacionados con *Los mitos de Cthulhu,* la serie de relatos terroríficos de

H. P. Lovecraft. *(N. delaT.)*

-¿Cómo es que se acuerda de esos galimatías?-inquirió Farnham.

Doris Freeman meneó la cabeza con gestos lentos y cansados.

-No lo sé. De verdad que no lo sé. Es como una pesadilla que quieres olvidar en cuanto te despiertas, pero que no se desvanece como la mayoría de los sueños, sino que ahí se queda.

La superficie adoquinada y dividida por los raíles del tranvía de Norris Road parecía alargarse hasta el infinito. Y si bien siguió caminando (no creía poder correr, aunque más tarde, explicó, lo hizo), dejó de llamar a Lonnie. Era presa de un terrible y espeluznante terror, un miedo tan inmenso que no creía que ningún ser humano pudiera soportarlo sin volverse loco o morir en el acto. Tan sólo era capaz de articular el miedo que sentía de un modo, e incluso así apenas podía salvar la brecha que se había abierto en su mente y su corazón. Explicó que era como si ya no estuviera en la tierra, sino en otro planeta, un lugar tan extraño

que la mente humana no podía ni aspirar a comprenderlo. Los ángulos eran distintos, dijo. Los colores eran distintos. Los... Pero no servía de nada.

Lo único que podía hacer era caminar bajo aquel cielo violáceo, entre los viejos edificios abultados, y esperar que acabara en un momento dado.

Y así fue.

Distinguió dos siluetas paradas en la acera frente a ella..., los niños que Lonnie y ella habían visto antes. El niño estaba acariciando las desgreñadas trenzas de la niña con la mano en forma de garra.

-Es la mujer americana -dijo el niño. -Se ha perdido -dijo la niña, -Ha perdido a su marido.

-Ha perdido su camino.

-Ha encontrado el más oscuro. -El camino que lleva al embudo.

-Ha perdido la esperanza. .

-Ha encontrado al Silbador de las Estrellas...

-... Devorador de Dimensiones...

-... el Flautista Ciego... *»* Sus voces eran cada vez más rápidas, una letanía jadeante, un telar centelleante. La cabeza le daba vueltas al son de las voces. Los edificios se inclinaban hacia ella. Brillaban las estrellas, pero no eran sus estrellas, bajo las que había formulado deseos cuando era niña, bajo las que había besado cuando era joven; no, eran estrellas dementes en constelaciones dementes, y Doris se llevó las manos a las orejas y las manos no amortiguaron los sonidos y por fin les gritó:

-¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Lonnie? ¿Qué le. habéis hecho?

Se hizo el silencio.

-Se ha ido abajo -dijo por fin la niña.

-A ver a la Cabra de las Mil Crías -añadió el niño. La niña esbozó una sonrisa, una sonrisa maliciosa llena de maldad inocente.

-¿Cómo iba a dejar de ir? Estaba marcado. Y usted señora también irá.

-¡Lonnie! ¿Qué le habéis hecho a...?

El niño levantó la mano y empezó a cantar en una lengua estridente que Doris no entendía, pero que estuvo a punto de volverla loca de terror.

-Y entonces la calle empezó a moverse -explicó a Vetter y a Farnham-. Los adoquines empezaron a ondular como una alfombra. Subían y bajaban, subían y bajaban. Las vías del tranvía se desprendieron y volaron por los aires... Lo recuerdo; recuerdo que la luz de las estrellas se reflejaba en ellas... Y entonces los adoquines también empezaron a desprenderse, primero uno a uno, y después en grupos. Simplemente, salieron disparados hacia la oscuridad. Se oía un desgarro cada vez que se soltaba uno. Como una trituradora... el sonido que debe de oírse cuando hay un terremoto. Y entonces empezó a salir algo de...

-¿Qué era? -intervino Vetter inclinándose hacia delante con los ojos clavados en la joven-. ¿Qué ha visto? ¿Qué era?

-Tentáculos -repuso ella en tono vacilante-. Creo que eran tentáculos. Pero eran gruesos como árboles, como si cada uno de ellos constara de miles de tentáculos pequeños..., y había unas cosas pequeñas, como ventosas..., sólo que a veces parecían caras... Una de ellas se parecía a la cara de Lonnie... y todas ellas estaban sufriendo. Bajo ellas, en las tinieblas que había bajo la calle..., en las tinieblas profundas..., había algo más. Como ojos...

En aquel momento, la joven fue incapaz de proseguir durante un rato, y lo cierto era que no quedaba mucho más que contar. Lo siguiente que recordaba con claridad era que se había ocultado en el portal de un quiosco cerrado. Todavía estaría ahí, les contó, si no hubiera sido porque había visto pasar coches justo delante suyo, así como por el tranquilizador brillo de las farolas. Dos personas pasaron delante de ella, y Doris retrocedió un poco más, temerosa de que se tratara de los malvados niños. Pero no eran niños, sino un chico y una chica cogidos de la mano.

El chico decía algo sobre la última película de Martin Scorsese.

Había salido de nuevo a la acera con cautela, lista para resguardarse de nuevo en las prácticas sombras del quiosco si las circunstancias lo exigían, pero no hubo necesidad alguna.

A unos cincuenta metros de distancia había un cruce bastante transitado, con coches y camiones parados ante un semáforo. Al otro lado se veía una joyería con un gran reloj iluminado en el escaparate. Lo tapaba una reja corredera pintada, pero aun así distinguió qué hora era. Las diez menos cinco.

Se dirigió hacia el cruce, y pese a las farolas y al tranquilizador rugido del tráfico, Doris siguió mirando aterrorizada por encima del hombro. Le dolía todo. El tacón roto la hacía cojear.

Se había desgarrado los músculos, tanto en el vientre como en las piernas; lo peor era la pierna derecha; tenía la sensación de que se había hecho .un esguince.

En el cruce se dio cuenta de que, de algún modo, había dado la vuelta hasta ir a parar a

Hillfield Avenue con Tottenham Road. Bajo una farola, una mujer de unos sesenta años, cuyo cabello amenazaba con escapar del moño en que se lo había recogido, hablaba con un hombre de la misma edad aproximadamente. Ambos se quedaron mirando a Doris como si fuera una terrible aparición.

-Policía -farfulló Doris-. ¿Dónde está la comisaría de policía? Soy ciudadana americana... He perdido a mi marido... Necesito ir a la policía.

-¿Qué le ha pasado, querida? -inquirió la mujer con bastante amabilidad-. Parece como si la hubieran pasado por la trituradora.

-¿Un accidente de coche? -preguntó su compañero.

-No. No..., no, por favor, ¿hay alguna comisaría de policía por aquí?

-Sí, en Tottenham Road -asintió el hombre al tiempo que extraía un paquete de John

Player de uno de sus bolsillos-. ¿Quiere un pitillo? Tiene aspecto de necesitarlo.

-Gracias.

Doris cogió uno, a pesar de que había dejado de fumar hacía casi cuatro años. El hombre tuvo que seguir la temblorosa punta del cigarro con la cerilla para poder encendérselo.

Miró a la mujer del moño.

-La acompañaré dando un paseo, Ewie. Para asegurarme de que llega bien.

-Yo también voy -anunció Evvie mientras rodeaba a Doris con un brazo-. ¿Qué le ha pasado, querida? ¿Alguien ha intentado atracarla?

-No-repuso Doris-. Fue... Yo... yo... la calle... había un gato con un solo ojo... la calle se abrió... lo vi... y dijeron algo sobre un Flautista Ciego... ¡Tengo que encontrar a Lonnie!

Sabía que no estaba diciendo más que incoherencias, pero no se sentía capaz de hablar con mayor claridad. Y en cualquier caso, les explicó a Vetter y Farnham, no debía de haber dicho tantas incoherencias, puesto que el hombre y la mujer seapartaron de ella, como si, cuando Ewie le preguntó qué le pasaba, ella hubiera respondido que tenía la peste bubónica.

Entonces el hombre dijo algo. «Ha vuelto a pasar», creyó oír Doris.

-La comisaría está ahí mismo -señaló la mujer-. Hay unas farolas colgadas afuera. Ya la verá.

Ambos empezaron a alejarse a paso rápido. La mujer miró por encima del hombro. Doris

Freeman vio sus ojos muy abiertos y relucientes. Dio dos pasos hacia ellos, aunque no sabía por qué razón.

-¡No se acerque! -gritó Evvie con voz aguda, al tiempo que hacía un gesto supersticioso y se apretaba más contra el hombre, que la rodeó con el brazo-. ¡No se acerque si ha estado en

Crouch End Towen!

Y a continuación, ambos desaparecieron en la noche.

El oficial Farnham estaba apoyado en el marco de la puerta que había entre la sala común y el archivo principal..., si bien los archivos de casos sin resolver de los que había hablado Vet-ter no se encontraban ahí. Farnham se había preparado una taza de té y se estaba fumando el último cigarrillo del paquete... La mujer también había cogido unos cuantos.

La joven había vuelto al hotel acompañada de la enfermera a la que había llamado Vetter. Se quedaría con ella aquella noche, y por la mañana decidiría si la joven tenía que ser ingresada en el hospital. Los niños resultarían un problema en tal caso, y Farnham suponía

que, puesto que se trataba de una americana, el escándalo estaba casi garantizado. Se preguntó qué diría a sus hijos cuando se despertaran a la mañana siguiente, siempre y cuando pudiera decir algo, claro está.

¿Los reuniría a su alrededor y les contaría que un enorme monstruo malo de Crouch End Town

(Towen) se había comido a papá como el ogro de un cuento de hadas?

Farnham hizo una mueca mientras dejaba la taza de té sobre la mesa. No era asunto suyo.

Para bien o para mal, la señora Freeman había quedado atrapada entre la policía británica y la embajada americana en el gran vals de los gobiernos. No era asunto suyo; él no era más que un oficial de policía que quería olvidar todo aquel asunto. Y tenía la intención de dejar que Vetter redactara el informe. Vetter podía permitirse el lujo de firmar con su nombre una sarta de tonterías como aquélla; era un hombre mayor, gastado. Seguiría trabajando en el turno de noche el día en que le dieran el reloj de oro, la pensión y el piso de protección oficial. Farnham, en cambio, tenía la intención de ascender a sargento bien pronto, lo cual significaba que tenía que vigilar cada paso que daba.

Y hablando de Vetter, ¿dónde estaba? Llevaba un buen rato tomando el aire.

Farnham cruzó la sala común y salió. Se quedó entre los dos globos iluminados y observó el otro lado de Tottenham Road. Ni rastro de Vetter. Eran más de las tres de la mañana, y el silencio se extendía denso y liso como una alfombra. ¿ Cómo era aquel verso de Wordsworth? «Aquel gran corazón yaciendo en silencio», o algo así.

Bajó los escalones y se detuvo en la acera con una punzada de inquietud. Era una tontería, por supuesto, y se enfadó consigo mismo por permitir que la historia que había contado la mujer lo intranquilizara en lo más mínimo. Tal vez se merecía tener miedo de un polizonte como Sid

Raymond.

Farnham caminó a paso lento hasta la esquina, creyendo que se toparía con Vetter cuando éste volviera de su paseo nocturno. Pero no iría más lejos; si dejaba la comisaría sola durante unos instantes, le costaría caro en cuanto se descubriese. Llegó a la esquina y miró a su alrededor.

Era extraño, pero todas las farolas parecían haberse apagado en aquella zona. Toda la calle se veía distinta sin ellas. Se preguntó si debería informar del asunto. ¿Y dónde se había metido Vetter?

Seguiría un poco más, decidió, para ver qué pasaba. Pero no mucho. No le convenía dejar la comisaría sola durante mucho rato, i Sólo un poco más. d nVetter llegó menos de cinco minutos después de que Far-nham se marchara. Farnham había ido en dirección contraria, y si Vetter hubiera llegado un minuto antes, habría visto al joven policía detenerse indeciso en la esquina antes de doblarla y desaparecer para siempre.

-¿Farnham?

La única respuesta que obtuvo fue el zumbido intermitente del reloj de pared.

-Farnham -llamó de nuevo antes de limpiarse la boca con la palma de la mano.

Lonnie Freeman nunca fue hallado. Al cabo de un tiempo, su mujer, en cuyas sienes habían empezado a aparecer las primeras canas, regresó a Estados Unidos con sus hijos. Fueron en

Concorde. Un mes más tarde intentó suicidarse. Pasó tres meses en una casa de reposo, y al salir se encontraba mucho mejor. A veces, cuando no puede dormir, lo cual le ocurre con frecuencia cuando el sol aparece como una bola anaranjada y roja al atardecer, entra en el ropero, avanza de rodillas debajo de la ropa colgada hasta la parte de atrás y allí escribe una y otra vez *Cuidado con la Cabra de las Mil Crías* con un lápiz de punta blanda. Al parecer, eso la tranquiliza bastante.

El oficial Robert Farnham dejó mujer y dos hijas gemelas de dos años. Sheila Farnham escribió una serie de enojadas cartas al diputado de su distrito, insistiendo en que algo estaba pasando, en que le estaban ocultando la verdad, en que habían convencido a su Bob para que

aceptara algún tipo de destino secreto y arriesgado. Habría hecho cualquier cosa para ascender a sargento, aseguró la señora Farnham al diputado en repetidas ocasiones.

Al cabo de un tiempo, el aludido dejó de contestar a sus cartas, y aproximadamente en la misma época en que Doris Freeman salía de la casa de reposo con el cabello ya casi completamente blanco, la señora Farnham se trasladó a Essex, donde vivían sus padres. Más tarde se casó con un hombre que trabajaba en algo más seguro... Frank Hobbs es inspector de parachoques en la cadena de producción de Ford. Había tenido que divorciarse de Bob alegando abandono, pero aquello no resultó demasiado complicado.

Vetter optó por la jubilación anticipada unos cuatro meses después de que Doris Freeman entrara dando tumbos en la comisaría de Tottenham Lañe.

En efecto, se trasladó a un piso del ayuntamiento, un segundo piso situado en Frimley. Al cabo de seis meses lo encontraron fulminado por un ataque al corazón, con una lata de Harp Lager en la mano.

Y en Crouch End, que realmente es una zona residencial de Londres muy tranquila, siguen sucediendo cosas extrañas de vez en cuando, y es bien sabido que algunas personas se han perdido por allí. Algunas de ellas para siempre.

El quinto fragmento

Aparqué el trasto a la vuelta de la esquina de la casa de Keenan, me quedé sentado unos instantes en la oscuridad, apagué el motor y por fin salí del coche. Al cerrar la puerta de golpe, oí que virutas de óxido se desprendían del bólido y caían a la calle. La cosa no seguiría así mucho tiempo.

Llevaba el arma en una funda con cartuchera que me apretaba las costillas como si fuera un puño. Era la 45 de Barney, lo que me alegraba, porque confería a toda aquella locura un toque de ironía. Tal vez incluso cierto sentido de justicia.

La casa de Keenan era una aberración arquitectónica esparcida sobre mil metros cuadrados de terreno; un monstruo de ángulos torcidos y tejados empinados que se alzaba tras una verja de hierro. Había dejado la puerta abierta, tal como había esperado. Un rato antes lo había visto hacer una llamada desde el salón, y una intuición demasiado poderosa como para ignorarla me había dicho que había llamado a Jagger o bien al Sargento. Probablemente al Sargento. La espera había tocado a su fin; aquélla era mi noche.

Me dirigí al sendero de entrada sin apartarme *de* los arbustos y alerta a cualquier sonido que pudiera percibir por encima del penetrante aullido del viento de enero. No se oía sonido alguno.

Era viernes por la noche, y la criada fija de Keenan estaría pasándoselo en grande en alguna reunión de Tupper-ware. No había nadie en casa aparte del hijo de perra de Keenan. Esperando al

Sargento. Esperándome a mí..., aunque todavía no lo sabía.

La puerta del garaje estaba abierta, así que me deslicé al interior. La sombra negra del

Impala de Keenan relucía en la oscuridad. Intenté abrir la puerta trasera. El coche no estabacerrado con llave. Keenan no estaba hecho para ser un villano, me dije; era demasiado confiado. Subí al coche y esperé.

Me llegaban a los oídos las lejanas notas de música de jazz por encima del viento; muy débiles, muy buenas. Miles Da-vis, quizás. Keenan escuchando a Miles Davis y sosteniendo un gin fizz en una de sus cuidadas manos. Qué bien.

Fue una larga espera. Las manecillas de mi reloj se arrastraron de las ocho y media a las nueve y luego a las diez. Mucho tiempo para pensar. Pensé sobre todo en Barney, y no precisamente por elección propia. Pensé en el aspecto que tenía en aquella pequeña barca en la que lo encontré, en el modo en que me miraba mientras de sus labios brotaba una serie de sonidos inarticulados. Había navegado a la deriva durante dos días y parecía una langosta hervida. Tenía una mancha de sangre reseca en el estómago, donde le habían disparado.

Había intentado dirigir la barca hacia la casita como había podido, pero lo cierto era que había sido cuestión de suerte. Y también había sido cuestión de suerte que pudiera hablar durante un rato. Yo llevaba un puñado de somníferos preparado para el caso de que no pudiera. No quería que sufriera. A no ser que hubiera una razón para ello. Y resultó que sí la había. Barney tenía una historia que contar, una auténtica bomba, y me la contó casi entera.

Cuando murió, regresé a la barca y cogí su 45. Estaba escondido en un pequeño compartimiento de popa, envuelta en una bolsa impermeable. Remolqué la barca mar adentro y la hundí. Si hubiera podido escribir un epitafio sobre su cabeza, habría escrito uno sobre el hecho de que nace un desgraciado cada minuto. Y la mayoría son tipos muy majos, estoy seguro... Como

Barney. En lugar de hacer eso, me puse a buscar a los que se habían cargado a Barney. Había tardado seis meses en encontrar a Keenan y averiguar que al menos el Sargento andaba cerca, pero la verdad es que soy muy perseverante, de modo que ahí estaba.

A las diez y veinte, unos faros bañaron el sinuoso sendero de entrada; me tumbé en el suelo del Impala. El recién llegado entró en el garaje y aparcó junto al coche de Keenan. Parecía un

Volkswagen antiguo. El pequeño motor se apagó y oí al

Sargento gruñir mientras pugnaba por salir del diminuto vehículo. Se encendió la luz del porche y me llegó el sonido de la puerta al abrirse.

KEENAN: ¡Sargento! ¡Llegas tarde! Entra y bebe algo.

SARGENTO: Whisky.

Había bajado la ventanilla del coche al llegar. En aquel instante asomé la 45 de Barney, sujetándola con ambas manos.

-Quietos -dije.

El Sargento estaba en la escalinata del porche. Keenan, el perfecto anfitrión, había salido y lo miraba desde arriba, esperando a que acabara de subir para dejarlo entrar en la casa. Ambos eran siluetas perfectas bajo la luz que llegaba desde el interior de la casa. No creía que pudieran verme, pero sí veían el arma. Era un revólver muy grande.

-¿Quién cono eres tú? -exclamó Keenan.

-Jerry Tarkanian -me presenté-. Si dais un solo paso os hago un agujero tal que se podrá ver la televisión a través.

-Me parece que eres un niñato de mierda -comentó el Sargento, si bien no se movió.

-Simplemente, estaos quietos. Eso es lo único que debe preocuparos.

Abrí la puerta trasera del Impala y salí con cuidado. El Sargento me miraba por encima del hombro, y pese a la oscuridad distinguí el brillo de sus ojillos. Estaba deslizando una mano por la solapa de su traje cruzado modelo de 1943.

-Vamos, por favor -insistí-. ¿Quieres levantar los brazos, joder?

El Sargento obedeció. Keenan ya se le había adelantado.

-Bajad al pie de la escalinata. Los dos.

Los dos hombres bajaron, y una vez salieron del haz directo de luz pude verles los rostros.

Keenan parecía asustado, pero el Sargento tenía el mismo aspecto que si estuviera escuchando una conferencia sobre el *Zen y el mantenimiento de las motocicletas** Con toda probabilidad, era el que se había encargado de Barney.

-Volveos hacia la pared y apoyaos contra ella. Los dos.

-Si quieres dinero... -empezó Keenan.

-Bueno -repuse con una carcajada-. Iba a empezar por ofrecerte un precio especial por la compra de unos Tupper-ware y luego ir subiendo lentamente hasta llegar al premio gordo, pero veo que me has pillado. Sí, quiero dinero. Cuatrocientos ochenta mil dólares, para ser exactos.

Enterrados en una pequeña isla situada frente a Bar Harbor que se llama Carmen's Folly.

Keenan dio un respingo como si le hubieran disparado, pero el rostro pétreo del Sargento ni se inmutó. Se volvió hacia la pared y apoyó las manos contra ella. Keenan lo imitó a regañadientes.

Lo cacheé primero a él, y encontré un ridículo 32 con un cañón de seis centímetros.

Con un arma como ésa uno podía apoyar el cañón contra la cabeza de un tipo y aun así fallar al apretar el gatillo. Arrojé la pistolita por encima del hombro y la oí rebotar contra uno de los coches. El Sargento estaba limpio... y la verdad es que fue un alivio apartarse de él.

-Vamos a entrar en la casa. Tú primero, Keenan, luego el Sargento y luego yo. Sin trucos,

¿vale?

* Título de una novela de Robert Pirsig, editada en castellano por Grijalbo Mondadori. *(N. del E.)*

Subimos la escalinata en fila y entramos en la cocina. Era uno de esos engendros asépticos de cromados y azulejos que parece sacado de una especie de vientre de producción en serie escondido en algún lugar remoto del Medio Oeste, el trabajo de entusiastas cabrones metodistas que se parecen al mecánico del anuncio de la General Motors y huelen a tabaco con sabor a cereza. No creía que ni siquiera necesitara limpieza; lo más probable era que Keenan se limitara a cerrar la puerta y poner en marcha los aspersores invisibles una vez a la semana.

Los conduje hasta el salón, otro regalo para la vista. Parecía la obra de un decorador maricón que nunca había llegado a superar su pasión por Ernest Hemingway. Había una chimenea de baldosas casi tan grande como la cabina de un ascensor, una cómoda de teca con una cabeza de alce colocada sobre ella, y un carrito de bebidas situado bajo una estantería de armas repleta de artillería de primera. El equipo de música se había apagado solo.

Señalé el sofá con el revólver.

-Uno en cada extremo.

Keenan se sentó en el extremo derecho y el Sargento en el izquierdo. El Sargento parecía aún más robusto una vez sentado. Una profunda y fea cicatriz se abría paso por entre su cabello cortado al cepillo. Calculé que debía de pesar unos ciento veinte kilos, y me pregunté por qué un hombre del tamaño y la presencia física de Mike Tyson tenía un Volkswagen.

Cogí un sillón y lo arrastré por la alfombra color teja de Keenan hasta colocarlo delante del sofá, entre los dos hombres. Tomé asiento y me apoyé la 45 en el muslo. Keenan me miraba del modo en que un pajarillo mira a una serpiente. El Sargento, por el contrario, me miraba como si él fuera la serpiente y yo el pajarillo.

-¿Y ahora qué? -preguntó.

-Hablemos de mapas y dinero -sugerí.

-No sé de qué estás hablando -repuso el Sargento-. Lo único que sé es que los niños no deberían jugar con pistolas.

-¿Qué tal está Cappy McFarland? -pregunté en tono casual.

Aquellas palabras no inmutaron al Sargento, pero fueron demasiado para Keenan.

-¡Lo sabe! ¡Lo sabe!

Las palabras brotaban de sus labios como balas.

-¡Cállate! -gritó el Sargento-. ¡Cierra el pico, maldita sea!

Keenan lanzó un gemido. No había imaginado aquella parte de la escena.

-Tiene razón, Sargento -comenté con una leve sonrisa-. Lo sé. Lo sé casi todo.

-¿ Quién eres ?

-No me conoces. Soy amigo de Barney.

-¿Qué Barney? -inquirió el Sargento con indiferencia-. ¿Barney Google, el de los ojos de pez?

-No estaba muerto, Sargento. No del todo. El Sargento lanzó una mirada lenta y asesina a

Keenan. Keenan se estremeció y abrió la boca.

-No digas nada -le advirtió el Sargento-. Ni una pala-bra. Si abres la boca te retuerzo el pescuezo como si fueras una maldita gallina.

Keenan cerró la boca de golpe.

El Sargento se volvió de nuevo hacia mí.

-¿Qué quiere decir casi todo?

-Pues todo excepto los detalles. Lo sé todo acerca del coche blindado. La isla. Cappy

McFarland. Que tú y Keenan y un hijo de perra llamado Jagger os cargasteis a Barney. Lo del mapa. También sé lo del mapa.

-No te contó la verdad -comentó el Sargento-. Iba a traicionarnos.

-No estaba ni para traicionar a una mosca -repliqué-. No era más que una marioneta que sabía conducir.

El Sargento se encogió de hombros; fue como presenciar un pequeño terremoto.

-Muy bien, hazte el tonto si te apetece.

-Sabía que Barney tramaba algo desde marzo. Pero no sabía qué. Y un buen día apareció con una pistola. Esta pistola. ¿Cómo os pusisteis en contacto con él, Sargento?

-A través de un amigo común, alguien que había estado en chirona con él. Necesitábamos un conductor que conociera la zona oriental de Maine y la de Bar Harbor. Keenan y yo fuimos a verlo y le explicamos el asunto. Le gustó.

-Yo estuve en chirona con él, en el Shank -expliqué-. Me caía bien. Caía bien por nances. Era tonto, pero buen chico. Necesitaba un tutor más que un socio.

-George y Lennie -escupió el Sargento.

-Es bueno saber que dedicaste tu condena a mejorar lo que pasa por ser tu cerebro, encanto

-comenté-. Teníamos el ojo puesto en un banco de Lewiston. No quiso esperar a que yo saliera. Y ahora está criando malvas.

-Madre mía, qué pena -dijo el Sargento-. Me voy a echar a llorar.

Levanté el arma y le enseñé la boca del cañón, y por un instante él fue el pajarillo y yo la serpiente.

-Otra bromita y te meto una bala en la barriga. ¿Te lo crees o no?

El Sargento sacó la lengua con rapidez pasmosa, se la pasó por el labio superior y volvió a esconderla. Asintió con la cabeza. Keenan estaba petrificado, como si quisiera vomitar pero no se atreviera.

-Me dijo que era algo grande, un golpe de los gordos -proseguí-. Es lo único que le pude sacar. Se marchó el tres de abril. Al cabo de dos días, cuatro tipos asaltan el furgón del

Banco Federado de Portland-Bangor a las afueras de Carmel. Matan a los tres guardias de seguridad. Los periódicos dijeron que los atracadores atravesaron dos barreras en un Plymouth del

78 trucado. Barney tenía un Plymouth del 78 trucado, y tenía la intención de convertirlo en un bólido. Apuesto a que Keenan le adelantó el dinero para que lo convirtiera en algo un poco mejor y mucho más rápido.

Me volví hacia Keenan, cuyo rostro aparecía blanco como la nieve.

-El seis de mayo recibí una postal sellada en Bar Harbor, pero eso no significa nada, ya que hay docenas de islotes que gestionan el correo a través de Bar Harbor. Hay una barca estafeta que hace el circuito y recoge el correo. La postal dice: «Mamá y la familia están bien, la tienda marcha bien. Nos vemos en julio». Barney firmaba con su segundo nombre de pila. Alquilé una casita en la costa, porque Barney sabía que ése era el trato. Pero a fines de julio, Barney no había aparecido.

-¿ Debías de estar hecho polvo por entonces, ¿ eh, niñato ?

-intervino el Sargento como para dejar claro que no había logrado intimidarlo.

Lo miré con indiferencia.

-Apareció a principios de agosto. Por cortesía de tu buen amigo Keenan, Sargento. Se olvidó de la bomba automática de achique que tenía la barca. Creíste que el hachazo bastaría

para hundirla deprisa, ¿verdad, Keenan? Pero al fin y al cabo, también creías que estaba muerto.

Extendí una manta amarilla en Frenchman's Point cada día. Se veía a kilómetros. Aun así, Barney tuvo suerte.

-Demasiada suerte -masculló el Sargento.

-Hay una cosa que me intriga. ¿Sabía Barney antes del golpe que el dinero era nuevo y todos los números de serie estaban registrados? ¿Que ni siquiera podría vendérselo a untraficante *de* dinero de las Bahamas hasta al cabo de tres o cuatro años ?

-Sí -repuso el Sargento.

Me sorprendió comprobar que lo creía.

-Y nadie planeaba blanquear la pasta -prosiguió el Sargento-. Eso también lo sabía.

Creo que contaba con ese golpe del banco de Lewiston para hacerse con pasta rápida, pero contara con lo que contara, sabía de qué iba la cosa, y dijo que lo soportaría. ¿Y por qué no, jolines ?

Aunque hubiéramos tenido que esperar diez años antes de ir a buscar la pasta y repartirla. ¿Qué son diez años para un crío como Barney? Mierda, si no tendría ni treinta y cinco cuando llegara el momento. Yo tendría sesenta y uno.

-¿Y qué hay de Cappy McFarland? ¿Sabía Barney que existía?

-Sí. Cappy fue quien propuso el trato. Buen hombre. Un profesional. El año pasado le encontraron un cáncer. Inoperable. Y me debía un favor.

-Así que los cuatro fuisteis a la isla de Cappy -continué-. Un islote desierto llamado

Carmen's Folly. Cappy enterró el dinero y dibujó un mapa.

-Eso fue idea de Jagger-explicó el Sargento-. No queríamos repartirnos dinero caliente... Era demasiado tentador. Pero tampoco queríamos dejar todo el asunto en manos de una sola persona. Cappy McFarland era la solución ideal.

-Habíame del mapa.

-Ya decía yo que llegaríamos a eso -comentó el Sargento con una sonrisa glacial.

-¡No se lo cuentes! -gritó Keenan con voz ronca. El Sargento se volvió hacia él y le lanzó una mirada fulminante.

-Cierra el pico. Gracias a ti no puedo mentir ni puedo callarme. ¿Sabes lo que espero,

Keenan? Espero que no tengas demasiadas ganas de vivir hasta el siglo que viene.

-Tu nombre figura en una carta -siguió Keenan como un demente-. ¡Si me pasa algo, tu nombre sale en una carta!

-Cappy dibujó un buen mapa -prosiguió el Sargento como si Keenan no existiera-.

Había estudiado dibujo en la prisión de Joliet. Luego lo partió en cuatro partes; una para cada uno. íbamos a reunimos el cuatro de julio de dentro de cinco años. Para hablar del asunto. Quizás para decidir que debíamos esperar cinco años más, quizás para decidir juntar las piezas ese mismo día.

Pero hubo problemas.

-Sí -asentí-. Es una forma de decirlo.

-Por si te hace sentir mejor, todo fue obra de Keenan. No sé si Barney lo sabía o no, pero así fue. Cuando Jagger y yo nos marchamos en la barca de Cappy, Barney estaba vivito y coleando.

-¡Maldito embustero! -chilló Keenan.

-¿ Quién tiene dos fragmentos del mapa en la caja fuerte? -inquirió el Sargento-. No serás tú, ¿verdad, querido? Se volvió de nuevo hacia mí.

-Pero no pasaba nada. Dos fragmentos del mapa no bastaban. ¿Y te crees que voy a quedarme aquí sentado y decir tan tranquilo que habría preferido repartir entre tres que entre cuatro? No creo que te lo creyeras aunque fuera cierto. Y luego, ¿ a que no sabes qué pasó ?

Keenan llama. Dice que tenemos que hablar. Yo ya me lo esperaba. Y parece que tú también.

Asentí con un gesto. Había sido más fácil dar con Keenan que con el Sargento; era más visible. Supongo que a la larga podría haberle podido seguir la pista al Sargento hasta

encontrarlo, pero no lo había creído necesario. Dios los cría y ellos se juntan... y también tienen tendencia a sacarse los ojos, sobre todo cuando uno de ellos es un cuervo como Keenan.

-Por supuesto -prosiguió el Sargento-, me dice que más me vale no tener ideas asesinas.

Me cuenta que se ha hecho una póliza de seguro, o sea, que mi nombre sale en una carta que ha enviado a su abogado y que debe abrirse en caso de que muera. Se le había ocurrido que entre los dos podríamos averiguar dónde Cappy había enterrado la pasta si juntábamos tres de los cuatro fragmentos del mapa.

-Y después os repartiríais el pastel a medias -concluí. El Sargento asintió. El rostro de

Keenan parecía una luna suspendida en alguna lejana estratosfera de terror.

-¿Dónde está la caja fuerte? -pregunté. Keenan no respondió.Yo había estado practicando con la 45. Era una buena arma. Me gustaba. La sostuve con ambas manos y disparé a Keenan en el antebrazo, justo por debajo del codo. El Sargento ni se inmutó. Keenan se cayó del sofá y aterrizó en el suelo hecho un ovillo, sujetándose el brazo y aullando.

-La caja fuerte -repetí. Keenan siguió aullando.

-Te pegaré un tiro en la rodilla -dije-. No lo sé por experiencia propia, pero dicen que duele cosa mala.

-El cuadro -jadeó-. El Van Gogh. No me vuelvas a disparar.

Me miró con una sonrisa aterrada.

-De cara a la pared -ordené al Sargento mientras lo apuntaba con el arma.

El Sargento se levantó y se volvió hacia la pared con los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo.

-Y ahora tú -ordené a Keenan-. Ve a abrir la caja fuerte. De inmediato.

-Me estoy desangrando -gimió Keenan. Me acerqué a él y le pasé la culata de la 45 por la mejilla, abriéndole la piel.

-Ahora sí que estás sangrando -le dije-. Ve a abrir la caja fuerte o te haré sangrar más.

Keenan se levantó sin soltarse el brazo y balbuceando. Descolgó el cuadro con la mano sana y dejó al descubierto una caja fuerte empotrada de color gris. Me dirigió una mirada aterrorizada y se puso a manipular el dial. Se equivocó dos veces y tuvo que volver a empezar. Al tercer intento consiguió abrirla. En el interior se veían algunos documentos y dos fajos de billetes. Keenan introdujo la mano, rebuscó un poco y por fin extrajo dos fragmentos cuadrados de papel de unos siete centímetros.

Juro que no tenía intención de matarlo. Sólo quería atarlo y dejarlo ahí. Era inofensivo; la doncella lo encontraría al día siguiente cuando volviera de su reunión de lencería o dondequiera que hubiese ido en su Dodge Colt, y Keenan no se atrevería a asomar la nariz al menos durante una semana. Pero el Sargento tenía razón.

Keenan tenía dos fragmentos.

Y uno de ellos estaba manchado de sangre.

Volví a dispararle, y esta vez no en el brazo precisamente. Se desplomó como un saco de patatas.

El Sargento ni pestañeó.

-No te estaba tomando el pelo. Keenan acabó con tu amigo. Los dos eran aficionados. Y los aficionados son estúpidos.

No contesté. Contemplé los dos fragmentos por un instante y a continuación me los guardé en el bolsillo. Ninguno de los dos mostraba una X.

-¿Y ahora qué? -inquirió el Sargento.

-Ahora vamos a tu casa.

-¿Y cómo sabes que tengo mi fragmento ahí? b -No lo sé. Telepatía, a lo mejor.

Además, si no lo tienes *ahí,* iremos a donde lo tengas. No tengo prisa.

-Tienes todas las respuestas, ¿eh?

-Vamos.

Salimos al garaje. Me senté en la parte trasera del VW, en el lado opuesto al asiento del

Sargento. Era tan alto y voluminoso que todo movimiento sorpresa quedaba descartado; tardaría al menos cinco minutos en darse la vuelta. Dos minutos más tarde estábamos en la carretera.

Empezó a nevar; caían grandes copos blandos que se pegaban al parabrisas y se fundían en cuanto chocaban contra el pavimento. El piso estaba resbaladizo, pero no había mucho tráfico.

Tras media hora en la carretera 10, el Sargento tomó una carretera secundaria. Al cabo de un cuarto de hora llegamos a un sendero de tierra flanqueado de pinos cargados de nieve. Por él recorrimos unos dos kilómetros antes de llegar a un sendero de entrada corto y sembrado de basura.

A la escasa luz de los faros del VW distinguí una destartalada cabana con un tejado remendado del que sobresalía una antena de televisión torcida. En una hondonada que se abría a la izquierda de la cabana había aparcado un viejo Ford cubier-to de nieve. En la parte trasera había un retrete y un montón de neumáticos viejos. Menudo palacio.

-Bienvenido al lujoso complejo de Bally's East -anunció el Sargento al tiempo que apagaba el motor.

-Si es un trampa te mato.

El Sargento parecía ocupar tres cuartas partes de la parte delantera del coche. *i* -Ya lo sé.

-Sal del coche.

El Sargento se dirigió a la puerta de la cabana.

-Ábrela y después quédate quieto.

El Sargento abrió la puerta y después se quedó quieto. Nos quedamos quietos durante unos tres minutos, pero no sucedió nada. La única cosa móvil era una robusta ardilla gris que se había aventurado a entrar en el jardín para maldecirnos en *lin-gua rodenta.*

Sorpresa, sorpresa, aquel lugar era un antro. Una única bombilla de sesenta watios bañaba la estancia en una luz mortecina y cubría los rincones de sombras que parecían murciélagos muertos de hambre. Había periódicos esparcidos por doquier. De una cuerda mal tensada colgaba ropa puesta a secar. En un rincón se veía un viejo televisor Zenith. En el rincón opuesto había un destartalado fregadero y una anticuada bañera con patas y manchas de óxido. Junto a ella había un rifle de caza. Los olores predominantes del lugar eran de pies sudados, pedos y chili.

-Es mejor que vivir en la calle -comentó el Sargento. Podría haber discutido ese punto, pero no lo hice.

-¿Dónde está tu fragmento del mapa? i -En el dormitorio. ¡ -Vamos a buscarlo.

-Todavía no -replicó el Sargento al tiempo que se volvía y me observaba con su rostro de hormigón-. Quiero que me des tu palabra de que no me vas a matar en cuanto lo tengas.

-¿Y cómo piensas hacérmela cumplir?

-No lo sé, joder. Supongo que me limitaré a esperar que sea algo más que el dinero lo que te motiva. Si también se trata de Barney, de vengar a Barney, pues ya lo has hecho. Keenan se lo cargó y ahora Keenan está muerto. Si también quieres la pasta, pues perfecto. Quizás te baste con tres fragmentos, y tienes razón, el mío tiene la cruz. Pero no te lo daré a menos que me prometas algo a cambio; mi vida.

-¿Y cómo sé que no irás a por mí?

-Pues claro que iré a por ti, encanto -repuso el Sargento en voz baja.

-De acuerdo -accedí con una carcajada-. Si además me das la dirección de Jagger tienes mi palabra. Y te prometo que la mantendré.

El Sargento meneó la cabeza lentamente.

-No te conviene meterte con Jagger, amigo. Se te comerá vivo.

Yo había bajado la 45 un poco, pero en aquel instante volví a levantarla.

-De acuerdo. Está en Coleman, Massachusetts. En una estación de esquí. ¿Te sirve?

-Sí. Vamos a por tu fragmento, Sargento.

El Sargento me observó una vez más con gran atención. Por fin asintió con un gesto. Nos dirigimos al dormitorio.

Más encanto colonial. El colchón manchado colocado en el suelo estaba sembrado de libros porno, y las paredes repletas de fotografías de mujeres que no parecían llevar más que una fina capa de aceite Wesson. Un vistazo a aquel lugar y a la doctora Ruth le habría estallado la cabeza.

El Sargento no vaciló. Levantó la lámpara de la mesita de noche y le quitó el pie. Su fragmento del mapa estaba enrollado con toda pulcritud en el interior; me lo alargó sin pronunciar palabra.

-Tíramelo -ordené.

El Sargento esbozó una leve sonrisa.

-Eres un tiquismiquis, ¿eh?

-He averiguado que siempre compensa. Vamos, Sargento. Me tiró su parte del mapa.

-Lo que el viento se llevó -comentó.

-Voy a cumplir mi promesa -le dije-. Tienes mucha suerte. Venga, a la otra habitación.

-¿Qué vas a hacer? -inquirió con los ojos llenos de un brillo glacial.

-Asegurarme de que no vas a ninguna parte durante un rato. Muévete.

Regresamos a la sala en un patético desfile de dos. El Sargento se detuvo bajo la bombilla desnuda, de espaldas a mí, con los hombros encogidos en anticipación del golpe de cañón que le iba a asestar en la cabeza al cabo de un instante. En el momento en que levantaba el arma para golpearlo, la bombilla se apagó.

La cabana quedó sumida en la más completa oscuridad.

Me arrojé hacia la derecha; el Sargento ya se había ido con viento fresco. Oí el golpe sordo *y* el crujido de los periódicos cuando chocó contra el suelo. Luego el silencio. Un silencio absoluto.

Esperé hasta acostumbrarme a la oscuridad, pero lo que distinguí no me sirvió de nada.

Aquel lugar no era más que un mausoleo sembrado de mil y una lápidas. Y el Sargento las conocía todas como la palma de su mano.

Sabía muchas cosas del Sargento; no me había costado demasiado desenterrar material sobre él. Había sido un Boina Verde en Vietnam, y nadie se molestaba ya en llamarlo por su verdadero nombre; era simplemente el Sargento, enorme, asesino y duro.

En aquel momento se dirigía hacia mí desde algún lugar de aquellas tinieblas. Sin duda alguna, conocía al dedillo cada rincón de la estancia, porque no se oía sonido alguno, ni el crujido de una tabla, ni una sola pisada. Pero lo sentía cada vez más cerca, dirigiéndose hacia mí desde la izquierda, tal vez desde la derecha o incluso de frente para pillarme por sorpresa.

La culata del revólver se hacía cada vez más resbaladiza entre mis dedos sudorosos, y tuve que contenerme para no empezar a disparar al azar. Era muy consciente de que tenía tres cuartas partes del pastel en el bolsillo. No me detuve a pensar por qué se había apagado la luz. No hasta que el poderoso haz de una linterna atravesó la ventana y barrió el suelo en un dibujo loco y desatinado que por casualidad sorprendió al Sargento, que estaba agazapado a unos dos metros y medio de mí.

Sus ojos brillaban verdosos como los de un gato en el potente haz de la linterna.

En una mano sostenía una cuchilla de afeitar, y de repente recordé el momento en que su mano se había deslizado por la solapa de su abrigo cuando estábamos en el garaje de Keenan.

El Sargento pronunció una sola palabra en dirección al haz de luz.

-Jagger?

No sé quién le dio primero. Una pistola de gran calibre disparó una vez tras el haz de la linterna, y yo apreté el gatillo de la 45 de Barney dos veces por puro reflejo. El Sargento salió despedido hacia atrás y chocó contra la pared con fuerza suficiente como para hacerse papilla.

La linterna se apagó.

Disparé a la ventana, pero tan sólo conseguí hacerla añicos. Me tendí de costado en la oscuridad y se me ocurrió que no había sido el único en esperar que la codicia de Keenan

saliera a la superficie. Jagger también había estado esperando. Y aunque tenía doce cartuchos en el coche, sólo me quedaba uno en el revólver.

«No te conviene meterte con Jagger, amigo -había dicho el Sargento-. Se te comerá vivo.»

Ya me había hecho una idea bastante precisa de la habitación. Me incorporé a medias y eché a correr hacia el rincón sorteando las piernas abiertas del Sargento. Me metí en la bañera y me asomé. No se oía sonido alguno. El fondo de la bañera estaba rugoso a causa de los restos de la alfombrilla de goma que lo cubrían. Esperé.

Transcurrieron unos cinco minutos. Me parecieron cinco horas.

De repente, la linterna volvió a encenderse, esta vez en la ventana del dormitorio. Agaché la cabeza cuando el rayo cruzó la puerta. La luz se paseó un momento por la estancia antes de volver a apagarse.

De nuevo el silencio. Un silencio largo y ruidoso. Lo veía todo reflejado en la sucia superficie de la bañera del Sargento. La sonrisa desesperada de Keenan. El orificio taponado del vientre de Barney, al este del ombligo. El Sargento petrifica-do a la luz de la linterna, con la cuchilla de afeitar sujeta entre el pulgar y el índice como un profesional. Jagger, la sombra oscura sin rostro. Y yo. El quinto fragmento.

De repente oí una voz justo delante de la puerta. Era una voz suave y educada, casi femenina, pero nada afectada. Sonaba mortífera y muy competente.

-Hola, encanto.

Permanecí en silencio. No me iba a atrapar así por las buenas.

Volvió a sonar la voz, esta vez junto a la ventana.

-Voy a matarte, encanto. He venido a matarlos a ellos, pero tú me servirás.

Se produjo otra pausa mientras la sombra cambiaba de posición. Cuando volvió a sonar la voz, advertí que se encontraba junto a la ventana que había justo encima de mi cabeza, sobre la bañera. Se me subió el corazón a la garganta. Si encendía la linterna...

-No necesitamos cinco ruedas en este carro -dijo Jagger-. Lo siento.

Apenas lo oí moverse hacia la siguiente posición. Resultó ser de nuevo la puerta de entrada.

-Llevo mi fragmento encima. ¿Quieres venir a cogerlo? Me acometió la necesidad de toser, pero me contuve.

-Ven a buscarlo, encanto -prosiguió en tono burlón-. El pastel entero. Ven a quitármelo.

Pero no me hacía falta, y supongo que lo sabía. Yo tenía la sartén por el mango. Podría encontrar el dinero con lo que tenía. Con su fragmento, Jagger no tenía ninguna posibilidad.

El silencio que siguió fue eterno. Media hora, una hora, para siempre. Una eternidad.

Empezó a dolerme todo el cuerpo. Afuera estaba arreciando el viento, por lo que me resultaba imposible oír otra cosa que no fuera el golpeteo de la nieve contra las paredes. Hacía mucho frío.

Se me estaban durmiendo las yemas de los dedos.

Hacia la una y media oí un susurro fantasmal parecido al sonido de ratas arrastrándose en la oscuridad. Contuve el aliento. Jagger había logrado entrar de algún modo. Estaba ahí mismo, en el centro de la habitación...

Y entonces lo entendí. El *rigor mortis,* acelerado por el frío, estaba moviendo al Sargento por última vez, eso era todo. Me tranquilicé un poco.

En aquel preciso instante, la puerta se abrió de golpe y Jagger se precipitó al interior de la cabana, fantasmal y visible en el marco de nieve blanca, alto, desgarbado y desmañado. Le disparé, y la bala le atravesó un lado de la cabeza. Y en el breve destello del disparo, comprobé que lo que había agujereado era la cabeza de un espantapájaros sin rostro y ataviado con los pantalones y la camisa de algún granjero. La cabeza de arpillera se desprendió del palo de la escoba en cuanto chocó contra el suelo. Y entonces Jagger empezó a dispararme.

Tenía una semiautomática, y el interior de la bañera hacía las veces de tambor. La loza empezó a desprenderse, rebotar contra la pared y golpearme el rostro. Astillas de madera y una bala recién disparada cayeron sobre mí.

Y entonces Jagger empezó a avanzar sin dejar de disparar. Iba a matarme en la bañera como quien atrapa un pez en la red. Ni siquiera podía levantar la cabeza.

Fue el Sargento quien me salvó. Jagger tropezó con uno de sus grandes pies, se tambaleó y disparó contra el suelo en lugar de sobre mi cabeza. En aquel momento me puse de rodillas. Fingí que era un gran lanzador de béisbol y le golpeé la cabeza con la 45 de Barney.

El arma le dio pero no lo detuvo. Tropecé con el borde de la bañera al intentar salir para agarrarlo, y Jagger disparó dos tiros al azar que fueron a parar a mi izquierda.

La vaga silueta retrocedió para apuntar mejor. Con una mano se sujetaba la oreja en la que lo había golpeado. Me disparó en la muñeca, y el siguiente disparo me abrió la piel del cuello. De nuevo, por increíble que parezca, tropezó con el Sargento y cayó hacia atrás. Volvió a levantar el arma y disparó al techo. Fue su última oportunidad. Le arrebaté el arma de una patada y oí el crujido seco de sus huesos al romperse. Le di otra patada en los testículos, a lo que se encogió de dolor. Le di otra patada, esta vez en la nuca, y suspies dibujaron un tatuaje inconsciente en el suelo. Estaba prácticamente muerto, pero pese a ello seguí golpeándole una y otra vez, golpeándole hasta que de su cabeza no quedó más que pulpa y mermelada de fresa, hasta que no quedó nada que pudiera permitir identificarlo, ni dientes ni nada, golpeándole hasta que fui incapaz de seguir moviendo las piernas y los dedos de los pies.

De repente me di cuenta de que estaba gritando y que no había nadie que pudiera oírme aparte de un par de hombres muertos.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y me arrodillé junto al cadáver de Jagger.

Había mentido respecto a su fragmento del mapa. No me sorprendió demasiado. No, retiro eso. No me sorprendió en absoluto.

Mi coche estaba exactamente en el lugar en que lo había dejado, a la vuelta de la esquina de la casa de Keenan, aunque ahora ya no era más que un fantasmal montón de nieve. Había dejado el VW del Sargento un kilómetro y medio antes de llegar a la casa de Keenan. Esperaba que la calefacción de mi coche funcionara. Tenía todo el cuerpo insensibilizado de frío. Abrí la puerta e hice una mueca al sentarme en mi asiento. El rasguño del cuello ya se me estaba curando, pero la muñeca me dolía como una condenada.

El motor se resistió durante un buen rato, pero por fin se encendió. La calefacción funcionaba, y el único limpiapara-brisas que quedaba apartó la mayor parte de la nieve que me bloqueaba la visibilidad. Jagger había mentido acerca de su fragmento del mapa, y el papel tampoco estaba en el discreto (y probablemente robado) Honda Civic en que había ido a la cabana. Pero encontré su dirección en su cartera, y si de verdad necesitaba su parte, creía que tenía bastantes probabilidades de encontrarla. Pero no creía que me hiciera falta; tres fragmentos me bastarían, sobre todo porque el del Sargento era el que tenía la cruz.

Me puse en marcha con todo cuidado. Iba a tener cuidado durante mucho tiempo. El

Sargento había tenido razón en una cosa. Barney había sido un idiota. No importaba ya el hecho de que también hubiera sido mi amigo. Ya había saldado mi deuda.

Entretanto, tenía muchas razones para ser cuidadoso.

Baja la cabeza

Nota del autor: Intervengo en este punto, lector constante, para explicarle que esto no es un relato, sino un ensayo, casi un diario. Apareció publicado por primera vez en *The New Yorker* la primavera de 1990.

S.K.

Baja la cabeza ¡Que bajes la cabeza! Desde luego, no se trata de la mayor proeza deportiva que existe, pero cualquier persona que lo haya probado dirá que es bastante difícil; utilizar un bate redondeado para acertar una pelota redonda. Es lo suficientemente difícil

como para que el puñado de hombres que lo hacen bien se hagan ricos y famosos, para que todo el mundo los idolatre. Se trata de los José Canseco, los Mike Greenwell y los Kevin Mitchell de este mundo.

Para miles de chicos (y algunas chicas) son sus rostros los que importan, no el de Axl Rose ni el de Bobby Brown. Sus pósters ocupan el lugar de honor en paredes de dormitorios y puertas de taquillas. Hoy, Ron St. Fierre está enseñando a algunos de estos chicos, chicos que representarán el West Side de Bangor en el torneo de la Pequeña Liga del Distrito 3, a golpear la pelota redonda con el bate redondeado. En este momento está trabajando con un chiquillo llamado Fred Moore mientras mi hijo Owen los observa de cerca. Después le toca a él pasar por el tubo. Owen es de hombros anchos y constitución robusta, igual que su viejo; Fred parece casi penosamente delgado en su jersey de color verde brillante. Y no está bateando bien.-¡La cabeza baja, Fred! -grita St.

Fierre.

Se encuentra a medio camino entre el montículo del lanzador y la base de meta de uno de los dos campos de la Pequeña Liga, el que hay detrás de la fábrica de Coca-Cola de Bangor. Fred estaba casi pegado a la valla protectora. Hace calor, pero si el calor molesta a Fred o a St. Fierre, lo cierto es que no se nota. Están completamente absortos en su tarea.

-¡La cabeza baja! -vuelve a gritar St. Fierre antes de lanzar la pelota.

Fred la golpea desde abajo. Se oye ese tintineo de aluminio, el sonido que se produce al golpear un tazón de hojalata con una cucharilla. La pelota choca contra la valla protectora, rebota y está a punto de darle en el casco. Los dos se echan a reír, y a continuación, St. Fierre saca otra pelota del cubo de plástico rojo que tiene junto a él.

-¡Prepárate, Fred! -grita-. ¡La cabeza baja!

El distrito 3 de Maine es tan grande que está dividido en dos partes. Los equipos del condado de Penobscot configuran media división, mientras que los equipos de los condados de

Aroostook y Washington configuran la otra media. Los chicos de la selección son escogidos por sus méritos entre todos los equipos de la Pequeña Liga. De los doce equipos que existen en el

Distrito tres disputan torneos simultáneos. A fines de julio, los dos equipos clasificados juegan la final al mejor de tres partidos, que se convertirá en el campeón del distrito. Este equipo representa al Distrito 3 en el campeonato del estado, y hace mucho tiempo, dieciocho años, que un equipo de

Bangor no consigue llegar al torneo del estado.

Este año, los partidos del campeonato del estado se jugarán en Oíd Town, donde fabrican las canoas. Cuatro de los cinco equipos que juegan en ese torneo volverán a casa. El quinto pasará a representar a Maine en el Torneo Regional del Este, que este año se disputará en Bristol,

Connecticut. Más allá, por supuesto, tenemos Williamsport, Pennsylvania, donde tiene lugar el

Campeonato Mundial de la Pequeña Liga. Los jugadores de Bangor West casi nunca parecen pensar en tan vertiginosas alturas; se contentarían con vencer al Milli-nocket, su equipo rival en la primera ronda del torneo del condado de Penobscot. Sin embargo, los entrenadores tienen derecho a soñar..., de hecho, están casi obligados a ello.

Esta vez, Fred, que es el payaso del equipo, baja la cabeza. Consigue enviar una débil pelota rasa al lado incorrecto de la línea de primera base, y la falla por unos dos metros.

- Mira - le dice St. Fierre a Fred Moore mientras coge otra pelota.

Se trata de una bola gastada, sucia y manchada de hierba. Pese a ello, es una pelota de béisbol, por lo que Fred la contempla con respeto.

- Voy a enseñarte un truco. ¿Dónde está la pelota?

- En su mano - responde Fred.

St. Fierre, Saint, como lo llama Dave Mansfield, el entrenador jefe del equipo, deja caer la pelota en el guante. T - ¿Y ahora?

- En el guante.

Saint da un cuarto de vuelta e introduce la mano con la que lanza en el guante.

- ¿Y ahora?

- En la mano, creo.

- Exacto. Así que observa mi mano. Observa mi mano, Fred Moore, y espera a que la pelota salga de ahí. Estás buscando la pelota. Nada más. Yo no soy más que una silueta difuminada.

¿ Por qué ibas a querer verme a mí, eh ? ¿Qué más te da si estoy sonriendo? Nada.

Estás esperando para ver por dónde te voy a salir. Para ver si te lanzo una pelota lateral, de tres cuartos o alta. ¿Estás esperando?

Fred asiente con la cabeza.

- ¿Estás observando? Fred vuelve a asentir.

- Muy bien - dice St. Fierre antes de volver al entrenamiento de bateo.

Esta vez, Fred golpea con verdadera autoridad y envía la pelota fuerte y recta a la derecha del campo.-¡Muy bien! -grita Saint- ¡Muy bien, Fred Moore! Se limpia el sudor de la frente.

-¡El siguiente bateador!

Dave Mansfield, un hombre fornido y barbudo que se presenta en el campo con gafas de aviador y un polo del Campeonato Mundial Universitario (le da buena suerte), lleva una bolsa de papel al partido que disputan Bangor West y Millinocket. La bolsa contiene dieciséis banderines de varios colores. BANGOR, proclaman todos ellos, y la palabra está flanqueada por una langosta y un pino. Mientras se anuncia a cada jugador de Bangor West por los altavoces sujetos al alambre de la valla protectora, éste coge un banderín de la bolsa que sostiene Dave, atraviesa corriendo el campo interior y se lo entrega a su adversario.

Dave es un hombre ruidoso e inquieto al que le gusta el béisbol y los chicos que juegan a este nivel. Cree que la Pequeña Liga de los mejores jugadores tiene dos objetivos: pasarlo bien y ganar. Ambas cosas revisten importancia, dice, pero lo más importante es mantenerlas en el orden correcto. Los banderines no son una estratagema malvada para poner nerviosos a los adversarios, sino tan sólo una diversión. Dave sabe que los chicos de ambos equipos recordarán este partido, y quiere que los jugadores del Millinocket se lleven un recuerdo. Así de sencillo.

Los jugadores del Millinocket parecen sorprendidos ante el gesto, y no saben exactamente qué hacer con los banderines mientras del radiocasete de alguien empiezan a surgir las notas de la versión de Anita Bryant del himno nacional. El receptor del Millinocket resuelve el problema de un modo único; se lleva el banderín de Bangor al corazón.

Una vez finalizada la ceremonia preliminar, Bangor West da una paliza rápida y monumental al equipo contrario; el resultado final es de Bangor West 18, Millinocket 7. Sin embargo, la derrota no mengua el significado de los recuerdos, y cuando los jugadores del

Millinocket se marchan en el autocar, en el foso del equipo visitante no queda nada salvo unos cuantos vasos de papel y palitos de polo. Los banderines, todos y cada uno de ellos, han desaparecido.

-¡Corre a segunda! -grita Neil Waterman, el arbitro auxiliar de Bangor West-. ¡ Corre a segunda, corre a segunda!

Es el día después del partido contra el Millinocket. Todos los jugadores vienen a los entrenamientos, pero es que todavía es pronto. Dentro de poco empezará la deserción. Es un hecho; los padres no siempre están dispuestos a renunciar a sus planes de verano para que sus hijos puedan jugar en la Pequeña Liga después de la temporada normal de mayo y junio, y a veces los propios chicos se hartan del esfuerzo constante que suponen los entrenamientos. Algunos prefieren ir en bicicleta, practicar con el monopatín o simplemente ir a la piscina municipal y mirar a las chicas.

-¡Corre a segunda! -grita Waterman.

Es un hombre bajo y fornido que lleva unos pantalones cortos de color caqui y el cabello cortado a cepillo. En la vida real es profesor y entrenador de baloncesto en la universidad, pero este verano está intentando enseñar a estos chicos que el béisbol guarda más

relación con el ajedrez de lo que creen. Conoce tu juego, les dice una y otra vez. Entérate de a quién estás apoyando. Y lo más importante de todo, presta atención para saber cuál es el punto débil de tus rivales en cada situación, a fin de que puedas aprovecharte de ello. Se esfuerza con mucha paciencia para enseñarles cuál es la verdad que se oculta en el corazón del juego; que se juega mucho más con la cabeza que con el cuerpo.

Ryan larrobino, el centro de Bangor West, dispara una bala a Casey Kinney, que se encuentra en segunda base. Casey toca a un corredor imaginario, gira en redondo y dispara otra bala a la base de meta, donde J. J. Fiddler atrapa la bola y se la devuelve a Waterman.

-¡Pelota de doble jugada! -grita Waterman y lanza una a Matt Kinney (que no está emparentado con Casey). Matt juega de interbase hoy. La pelota pega un extraño respingo y parece dirigirse hacia la parte izquierda del campo. Matt consigue arrojarla al suelo, la recoge y se la lanza a Casey en la segunda; Casey se vuelve y se la pasa a Mike Arnold, que se encuentra en primera; Mike la lanza a la base de meta, donde la recoge J. J. -¡Muy bien! -grita Waterman-.

¡Buen trabajo, Matt Kinney! ¡Buen trabajo! ¡Uno-dos-uno! ¡Tú cubres, Mike Pelkey!

Nombre y apellido. Siempre nombre y apellido, para evitar confusiones. El equipo está plagado de Matts, Mikes y Kinneys.

Los lanzamientos se ejecutan con gran corrección. Mike Pelkey, el lanzador número dos del

Bangor West, se encuentra en el lugar indicado, cubriendo la primera. Se trata de una estrategia que no siempre se acuerda de seguir, pero esta vez sí lo hace. Sonríe y trota de vuelta al montículo mientras Neil Waterman se prepara para iniciar la siguiente combinación.

-Es la mejor selección de la Pequeña Liga que he visto en muchos años -comenta Dave

Mansfield algunos días después de la aplastante victoria de Bangor West contra el Milli-nocket.

Se mete un puñado de pipas de girasol en la boca y empieza a masticarlas. Mientras habla va escupiendo cascaras.

-No creo que nadie pueda vencerlos, al menos no en esta división.

Se interrumpe y observa a Mike Arnold correr hacia la base de meta desde la primera, atrapar un toque y girarse de nuevo hacia la base. Echa el brazo hacia atrás y... no lanza la pelota.

Mike Pelkey sigue en el montículo; esta vez ha olvidado que su tarea consiste en cubrir, pues la base está desprotegida. Lanza una rápida mirada de culpabilidad a Dave. A continuación esboza una radiante sonrisa y se prepara para repetir la jugada. La próxima vez lo hará bien, pero ¿se acordará de hacerlo bien durante el partido?

-Por supuesto, podemos vencernos a nosotros mismos -comenta Dave-. Eso es lo que suele ocurrir. ¿Dónde estabas, Mike Pelkey? -aulla de repente-. ¡Se supone que debes cubrir la primera!

Mike asiente con la cabeza y se dirige a su puesto... Más vale tarde que nunca. -Brewer - prosigue Dave meneando la cabeza-. Brewer jugando en casa. Eso sí que será difícil. Los del

Brewer siempre son difíciles.

Bangor West no da una paliza a Brewer, pero sí gana su primer «partido en ruta» sin demasiada dificultad. Matt Kinney, el primer lanzador del equipo, está en buena forma. No es que sea abrumador, pero sus pelotas rápidas tienen un efecto traidor y sinuoso, y asimismo tiene un lanzamiento oblicuo modesto pero eficaz. A Ron St. Fierre le gusta decir que todos los lanzadores de la Pequeña Liga de América creen que tienen un lanzamiento en curva de impresión.

-Lo que creen que es un lanzamiento en curva suele ser un cambio en forma de piruleta - comenta-. Cualquier bateador con un poco de autodisciplina puede merendarse un lanzamiento así de mediocre.

Sin embargo, el lanzamiento en curva de Kinney realmente describe una curva, y esta noche se luce y elimina a ocho bateadores. Y lo que es más importante, concede sólo cuatro bases por bolas. Las bases por bolas son la cruz de todo entrenador de la Pequeña Liga.

-Te matan-afirma Neil Waterman-. Las bases por bolas te matan en cada partido. Sin excepción. El sesenta por ciento de los bateadores consiguen bases por bolas hasta anotar tantos en los partidos de la Pequeña Liga.

Pero no sucede así en este partido; dos de los bateadores a los que Kinney concede bases por bolas son forzados en la segunda, mientras que los otros dos se quedan estancados en la base al terminar la entrada correspondiente. Tan sólo un bateador del Brewer consigue un golpe bueno; se trata de Denise Hewes, el centro del equipo, que transforma una jugada simple con un bateador eliminado, pero es forzada en la segunda.

Con el partido ya en el bolsillo, Matt Kinney, un muchacho solemne y casi escalofriante por lo controlado de su carácter, dedica una de sus infrecuentes sonrisas a Dave, dejan-do al descubierto una pulcra hilera de aparatos de orto-doncia.

-¡Le ha dado! -exclama casi con veneración.

-Espera a ver a los del Hampden -responde Dave con sequedad-. Ahí todos le dan.

El 17 de julio, el escuadrón del Hampden se presenta en el campo del Bangor West, situado detrás de la fábrica de Coca-Cola, y no tarda en confirmar que Dave estaba en lo cierto. Mike

Pelkey se marca unas jugadas bastante decentes y conserva el control mucho más que en el partido contra el Milli-nocket, pero no constituye ningún problema para los chicos del Hampden.

Mike Tardif, un robusto muchacho con un bate increíblemente rápido, envía el tercer lanzamiento de Pelkey más allá de la valla izquierda del campo, a unos setenta metros de distancia, y logra así una carrera en la primera entrada. Hampden consigue dos carreras más en la segunda y aventaja al

Bangor West por 3 a 0.

En la tercera entrada, sin embargo, el Bangor West parece despertar. El lanzamiento del

Hampden es bueno. El lanzamiento del Hampden es impresionante, pero la defensa del Hampden, sobre todo en el cuadro, deja bastante que desear. El Bangor West logra tres bases, que combinadas con cinco errores y dos bases por bolas les proporcionan siete carreras. De esta manera es como se suelen jugar los partidos de la Pequeña Liga, y siete carreras deberían haber bastado, pero no es así; los adversarios persisten y consiguen dos carreras en su mitad de la tercera y dos más en la quinta. Cuando el Hampden sale a batear en la segunda mitad de la sexta, ya sólo pierde por tres carreras, 10 a 7.

Kyle King, un muchacho de doce años que hoy ha sido el primer lanzador del Hampden y después ha pasado a ser receptor en la quinta, empieza la segunda mitad de la sexta con una doble jugada. A continuación, Mike Pelkey elimina a Mike Tardif por strikes. Mike Wentworth, el nuevo lanzador del Hampden, logra una jugada simple al enviar una pelota al fondo del campo, entre segunda y tercera base. King y Wentworth avanzan una base, pero se ven obligados a quedarse ahí porque Jeff Carson batea una roleta directamente de regreso al *lanzador.* A continuación sale a batear Josh Jamieson, una de las cinco grandes amenazas del Hampden, en un momento en que hay dos jugadores en bases y dos eliminados. Si consigue batear bien, el marcador quedará empatado. Aunque se nota que está cansado, Mike saca fuerzas de flaqueza y lo elimina. El partido ha terminado.

Los chicos se ponen en fila y entrechocan las manos como manda la costumbre, pero es evidente que Mike no es el único que está agotado; cabizbajos y con los hombros caídos, todos ellos tienen aspecto de perdedores. El Bangor West cuenta ahora en su haber tres victorias y ninguna derrota, pero el triunfo de hoy ha sido pura coincidencia, el tipo de partido que convierte la Pequeña Liga en una experiencia enervante tanto para los espectadores como para los entrenadores y los propios jugadores. El Bangor West, un equipo por lo general seguro de sí mismo en el campo, ha cometido alrededor de nueve errores.

-No he pegado ojo en toda la noche -masculla Dave durante el entrenamiento del día siguiente-. Maldita sea, jugaron mucho mejor que nosotros. Deberíamos haber perdido el partido.

Al cabo de dos noches, tiene algo más de qué preocuparse. Ha recorrido diez kilómetros con

Ron St. Pierre para ver jugar a Kyle King y sus compañeros del Hampden contra el Brewer. No es un viaje de exploración. El Bangor ha jugado contra ambos equipos, y los dos hombres han tomado gran cantidad de notas. Lo que realmente esperan, reconoce Dave, es que el Brewer tenga suerte y consiga derrotar al Hampden. Pero no sucede; lo que realmente ven no es un partido de béisbol, sino un ejercicio de artillería.

Josh Jamieson, que quedó eliminado en un momento crítico contra Mike Pelkey, envía una pelota de carrera completa al campo de entrenamiento del Hampden. Y Jamieson no está solo.

Carson consigue una carrera, Wentworth otra y Tardif dos. El resultado final es de Hampden 21,

Brewer 9.

En el viaje de regreso a Bangor, Dave Mansfield masca un montón de pipas de girasol y apenas pronuncia palabra. Tansólo habla en una ocasión cuando entra con su viejo Chevrolet verde en el maltrecho estacionamiento de tierra que hay junto a la fábrica de Coca-Cola.

-El martes tuvimos suerte y lo saben -afirma-. Cuando vayamos ahí el jueves nos estarán esperando.

Todos los diamantes en los que los equipos del Distrito 3 representan sus dramas de seis entradas tienen las mismas dimensiones, palmo más o puerta menos. Todos los entrenadores llevan el reglamento en el bolsillo posterior, y lo consultan con frecuencia. A Dave le gusta decir que hombre prevenido vale por dos. El cuadro mide veinte metros a cada lado y es un cuadrado colocado sobre el punto que es la base de meta. De acuerdo con el reglamento, la valla protectora debe encontrarse como mínimo a siete metros de la base de meta, a fin de proporcionar tanto al receptor como al corredor en tercera una oportunidad justa en caso de error. Las vallas deben hallarse a setenta metros de la base. En el campo del Bangor West la distancia es algo mayor. Y en Hampden, hogar de bateadores de primera como Tardif y Jamieson, la distancia es unos diez metros más corta.

La medida más inflexible es también la más importante; se trata de la distancia que media entre la plataforma del lanzador y el centro de la base de meta. Quince metros, ni más ni menos.

Cuando se trata de esta distancia, nadie dice nunca: «Va, más o menos ya es eso; dejémoslo». La mayoría de los equipos de la Pequeña Liga viven y mueren a causa de lo que ocurre en los quince metros que median entre estos dos puntos.

Los campos del Distrito 3 varían de forma considerable en otros aspectos, y por lo general basta un breve vistazo para descubrir qué actitud tiene cada comunidad hacia el béisbol. El campo del Bangor West está en malas condiciones, una circunstancia que el ayuntamiento ignora sistemáticamente a la hora de distribuir el presupuesto de las actividades de ocio. La superficie es una arcilla estéril que se convierte en sopa cuando llueve y en cemento cuando no llueve, como ha sido el caso de este verano. El riego mantiene la mayor parte del campo exterior bastante verde, pero el cuadro no tiene remedio. A lo largo de las líneas crece un poco de hierba descuidada, pero la zona situada entre la plataforma del lanzador y la base de meta está casi pelada. La valla protectora está muy oxidada; con frecuencia, los errores y los lanzamientos malos se cuelan por una amplia brecha que hay entre el suelo y la valla. Dos grandes dunas se extienden a través de la parte derecha y el centro del campo. De hecho, estas dunas se han convertido en una ventaja para el equipo local. Los jugadores del Bangor West aprenden a aprovechar las carambolas en ellas, del mismo modo en que los jugadores de los Red Sox aprenden a aprovechar sus carambolas en el

Monstruo Verde. Los defensores de los equipos visitantes, por otra parte, se ven obligados en muchas ocasiones a perseguir sus errores hasta la valla.

El campo del Brewer, situado entre la sucursal local de supermercados IGA y unos almacenes Mardens, se ve obligado a disputarse el espacio con lo que tal vez es el parque infantil más viejo y oxidado de Nueva Inglaterra; los hermanos y las hermanas pequeñas de los jugadores miran el partido montados boca abajo en los columpios, con la cabeza apuntando al suelo y los pies, al cielo.

El campo Bob Beal, de Machias, con su cuadro salpicado de gravilla, es con toda probabilidad el peor campo que el Bangor West visitará esta temporada, mientras que el del

Hampden, con su campo impecable y su pulcro diamante, es seguramente el mejor. El diamante de Hampden, situado tras la sucursal de la asociación de veteranos de guerra y flanqueado por una zona de picnic ubicada tras la valla y un bar con lavabos, parece un campo de niños bien. Pero las apariencias engañan. Este equipo se compone de jugadores de Newburgh y Hampden, y

Newburgh sigue siendo una zona de pequeñas granjas y productos lácteos. Muchos de los jugadores van a los partidos en viejos coches con senadora alrededor de los faros y con el tubo de escape sujeto con alambre; tienen la piel quemada por el sol a causa de las tareas que les toca hacer, y no porque se pasen el día tumbados junto a la piscina del club de campo. Niños de ciudad y niños de campo. Una vez enfundados en sus uniformes, no importa mucho quién es qué. Dave tiene razón. Los aficionados de Hampden y New-burgh están esperando. La última vez que

Bangor West consiguió el título del Distrito 3 de la Pequeña Liga fue en 1971; Hampden jamás ha ganado el campeonato, y muchos aficionados locales esperan que este año sea la primera vez, pese a la derrota que han encajado frente al Bangor West. Por primera vez, el equipo de Bangor es consciente de que juega fuera de casa; se enfrenta con gran cantidad de aficionados contrarios.

Matt Kinney es el primero en lanzar. Por Hampden empieza Kyle King, y el partido se convierte con gran rapidez en el fenómeno más interesante y menos frecuente de la Pequeña Liga; en un auténtico duelo de lanzadores. Al término de la tercera entrada, el marcador señala

Hampden 0, Bangor West 0.

En la segunda mitad de la cuarta, Bangor se anota dos carreras inmerecidas cuando la defensa del Hampden se viene abajo. Owen King, el primera base del Bangor West, pasa a batear con dos jugadores en bases y uno eliminado. Los dos King, Kyle por el equipo de Hampden y

Owen por el equipo de Bangor West, no están emparentados. No hace falta jurarlo; un vistazo basta para darse cuenta. Kyle King mide alrededor de un metro sesenta, mientras que Owen King pasa bastante del metro ochenta. Las diferencias de estatura y constitución son tan extremas en la

Pequeña Liga que resulta muy fácil sentirse desorientado, víctima de una alucinación.

El King de Bangor dispara una roleta al interbase. Se trata de una doble jugada hecha a medida, pero el interbase no la atrapa limpiamente, de modo que King consigue trasladar sus cien kilos a primera base a velocidad punta y llegar antes que la pelota. Mike Pelkey y Mike Arnold llegan a la base de meta.

En la primera mitad de la quinta, Matt Kinney, que se ha estado portando de maravilla, alcanza con la pelota a Chris Witcomb, el octavo bateador del Hampden. Brett Johnson, el noveno bateador, envía una pelota directa a Casey Kinney, el segunda base del Bangor West. Podría ser otra doble jugada hecha a medida, pero Casey no acierta. Sus manos, que han ido bajando automáticamente para atrapar la pelota, se paralizan de repente a unos centímetros del suelo, y el muchacho vuelve la cabeza para protegerse de un posible rebote. Se trata del error defensivo más corriente en la Pequeña Liga, y también el más fácil de comprender; puro instinto de conservación.

La mirada consternada que Casey lanza a Dave y a Neil cuando la pelota avanza hacia el centro del campo, completa esta parte del ballet.

-¡No pasa nada, Casey! ¡La próxima vez será! -aulla Dave con su acento grave y confiado del norte.

-¡Siguiente bateador! -grita Neil haciendo caso omiso de la mirada de Casey-.

¡Siguiente bateador! ¡Presta atención a tu juego! ¡Seguimos ganando! ¡A por una eliminación!

¡Concetraos en conseguir una eliminación!

Casey empieza a tranquilizarse, empieza a concentrarse de nuevo en el juego, y de repente, más allá de las vallas del campo exterior, los Cláxones de Hampden se ponen a sonar. Algunos de ellos pertenecen a coches nuevos, Toyotas, Hondas y elegantes Dodge Cok que lucen adhesivos de EE.UU. FUERA DE CENTRO AMÉRICA y CORTA LEÑA, NO ÁTOMOS en los guardabarros.

Pero la mayoría de los Cláxones de Hampden pertenecen a furgonetas y coches más antiguos. Muchas de las furgonetas tienen las puertas oxidadas, convertidores de FM instalados bajo el salpicadero y la caja cubierta. ¿Y quién hay dentro de los vehículos, tocando el claxon?

Nadie parece saberlo, al menos no con certeza. Desde luego, no son los padres ni otros parientes de los jugadores del Hampden; los padres y demás parientes (además de una generosa selección de hermanos pequeños manchados de helado) llenan las gradas y la valla de la tercera base del diamante, donde se encuentra el foso del Hampden. Es posible que se trate de gente del pueblo que acaba de salir de trabajar, tipos que se han detenido a ver una parte del partido antes de ir a tomarse unas cuantas cervezas en el bar de la asociación de veteranos de guerra, que está al lado.

O tal vez se trate de los fantasmas de jugadores de la Pequeña Liga del Pasado, ansiosos por conseguir la bandera del campeonato del estado que durante tanto tiempo les ha sido negada. Esta alternativa parece al menos posible; hay algo sobreco-gedor y definitivo en los Cláxones de

Hampden. Suenan enarmonía... cláxones agudos, cláxones graves, un par de cláxones de niebla alimentados con baterías casi agotadas. Algunos jugadores del Bangor West se vuelven hacia el sonido con expresión inquieta.

Tras la valla protectora, unos técnicos de la televisión local se preparan para filmar en vídeo un reportaje para la sección de deportes de las noticias de las once. Ello causa cierto revuelo entre algunos espectadores, pero tan sólo unos cuantos jugadores del banquillo del Hampden parecen percatarse de la presencia de la tele. Matt Kinney no se ha fijado, desde luego. Está completamente concentrado en el siguiente bateador del Hampden, Matt Knaide, que se golpea la zapatilla con el bate de aluminio Worth y a continuación entra en la plataforma del bateador.

Los Cláxones de Hampden se sumen en un completo silencio. Matt Kinney inicia el movimiento de lanzamiento. Casey Kinney regresa a su posición al este de la segunda base, con el guante bajo. Los corredores del Hampden esperan expectantes en primera y segunda base. En la

Pequeña Liga está prohibido adelantarse hacia la base siguiente antes del lanzamiento. Los espectadores situados a ambos lados del diamante observan con nerviosismo. Las conversaciones languidecen. El béisbol bien jugado (y desde luego, éste es un partido excelente, de los que uno pagaría por ver) es un deporte de pausas descansadas, puntuadas por algunas inhalaciones breves e intensas. Los aficionados perciben que se acerca una de dichas inhalaciones. Matt

Kinney blande la pelota y lanza.

Knaide envía una pelota directa más allá de la segunda base y consigue una jugada simple, por lo que el marcador se sitúa en 2 a 1. Kyle King, el lanzador del Hampden, entra en la plataforma del bateador y envía una línea rápida y baja directamente de regreso al montículo. La esférica golpea a Matt Kinney en la espinilla derecha. El muchacho efectúa un movimiento instintivo para atrapar la pelota, que ya se dirige a trompicones hacia el hueco entre tercera e interbase, antes de darse cuenta de que se ha lesionado y doblarse sobre sí mismo. Ahora las bases están llenas, pero de momento a nadie le importa. En el instante en que el arbitro levanta las manos para señalar tiempo muerto, todos los jugadores del Bangor West se congregan en torno a

Matt Kinney. Más allá del centro del campo, los Cláxones del Hampden entonan su cántico triunfal.

Kinney está muy pálido y es evidente que le duele la pierna. Alguien'trae una bolsa de hielo del botiquín que hay en el bar, y tras unos minutos, Kinney consigue incorporarse y

atravesar el campo cojeando y con los brazos alrededor de Dave y Neil. Los espectadores le dedican una ovación cuando sale.

Owen King, anterior primera base, se convierte en el nuevo lanzador del Bangor West, y el primer bateador al que debe enfrentarse es Mike Tardif. Los Cláxones de Hampden envían un breve saludo de anticipación cuando Tardif entra en la plataforma. El tercer lanzamiento de King es malo y se estrella contra la valla protectora. Brett Johnson corre hacia la base de meta; King echa a correr hacia la plataforma desde el montículo, tal como le han enseñado. En el foso del

Bangor West, Neil Waterman, que todavía rodea con un brazo los hombros de Matt Kinney, grita:

-¡ Cubrir-cubrir-CUBRIR!

Joe Wilcox, el receptor del Bangor West, es unos treinta centímetros más bajo que King, pero muy rápido. Al comienzo de esta temporada de la selección no quería ser receptor, y todavía no le gusta, pero ha aprendido a vivir con ello y a tener muchísimo aguante en una posición en la que casi ningún jugador bajo sobrevive durante mucho tiempo; incluso en la Pequeña Liga, la mayoría de los receptores parecen mucho más pequeños de lo que son. Hace un rato ha logrado efectuar una impresionante recepción de una pelota mala con una sola mano. Ahora se abalanza sobre la valla protectora, quitándose la máscara con la mano desnuda en el mismo instante en que recibe el lanzamiento malo al rebote. Se vuelve hacia la plataforma y pasa la pelota a King mientras los Cláxones de Hampden entonan una salvaje melodía triunfal que resulta ser prematura.

Johnson está en baja forma. En su rostro se dibuja una expresión asombrosamente parecida a la que ha adoptado Casey Kinney al permitir que la fuerte roleta de Johnson se colara a la interbase. Se trata de una expresión de ansiedad e inquietud extremas, la expresión de un chico que de repente desearía encontrarse en otro lugar. En cualquier otro lugar. El nuevo lanzador bloquea la plataforma.

Johnson inicia un derrape poco convincente. King atrapa la pelota que le ha lanzado Wilcox, se vuelve con sorprendente y encantadora gracia y toca la base antes que el pobre Johnson. A continuación regresa al montículo mientras se enjuga el sudor de la frente y se dispone a enfrentarse a Tardif una vez más. Tras él, los Cláxones de Hampden han vuelto a enmudecer.

Tardif batea un englobado a tercera base. Kevin Roche-fort, el tercera base del Bangor, reacciona retrocediendo un paso. Es una jugada muy sencilla, pero en el rostro de Roche-fort se aprecia una expresión de terrible desconcierto, y es en ese preciso instante, cuando Rochefort está a punto de fallar un sencillo englobado, cuando puede advertirse en qué medida ha afectado al equipo la lesión de Matt. La pelota aterriza en el guante de Rochefort y vuelve a salir porque

Rochefort, al que primero Freddy Moore y después todo el equipo han dado en llamar

Pinzas, no la aprieta con el guante. Knaide, que ha avanzado a tercera base mientras King y

Wilcox se ocupaban de Johnson, ya está corriendo hacia la base de meta. Rochefort podría haber alcanzado a Knaide sin dificultad si hubiera atrapado la pelota, pero en la Pequeña Liga, al igual que en las ligas importantes, se trata de peros y escasos centímetros. Rochefort no atrapa la pelota.

En lugar de ello, la lanza al azar hacia primera base. Mike Arnold se ha hecho cargo de la situación en primera, y es uno de los mejores defensores del equipo, pero la verdad es que no tiene zancos. Entretanto, Tardif llega corriendo a segunda. El duelo de lanzadores se convierte en un típico partido de Pequeña Liga, y los Cláxones de Hampden, en una cacofonía de júbilo. El equipo local está fuera de sí de emoción, y el resultado final es de Hampden 9, Bangor West 2.

Pese a todo, existen dos motivos para regresar a casa contentos. En primer lugar, la lesión de Matt

Kinney no reviste gravedad, y en segundo lugar, cuando Casey Kinney se ha visto obligado a enfrentarse a otra situación difícil en una de las últimas entradas, no se ha amilanado, sino que ha jugado con absoluta perfección.

En cuanto se anota la última eliminación, los jugadores del Bangor West se dirigen cabizbajos hacia su foso y toman asiento en el banco. Se trata de su primera derrota, y la mayoría de ellos no se lo están tomando demasiado bien. Algunos arrojan el guante al suelo con rabia.

Varios están llorando, otros parecen a punto de estallar en sollozos, y nadie dice nada. Ni siquiera

Freddy, el payaso oficial del Bangor, tiene nada que decir esta bochornosa tarde. Más allá de la valla del centro del campo, algunos Cláxones de Hampden siguen entonando su canto de alegría.

Neil Waterman es el primero en hablar. Ordena a los chicos que levanten la cabeza y lo miren. Tres de ellos ya lo están haciendo; Owen King, Ryan larrobino y Matt Kinney. Ahora, aproximadamente la mitad del equipo obedece. Otros sin embargo, entre ellos Josh Stevens, el último en ser eliminado, parecen seguir tremendamente interesados en sus zapatillas.

-Levantad la cabeza -repite Waterman. Ha elevado el tono de voz, pero habla con tranquilidad, y ahora todos consiguen mirarlo.

-Habéis jugado bastante bien -empieza Neil con amabilidad-. Simplemente, os habéis puesto un poco nerviosos y por eso han acabado ganando. Pero no quiere decir que sean mejores...

Eso ya lo averiguaremos el sábado. Lo único que habéis perdido es un partido de béisbol. Pero mañana el sol saldrá igualmente.

Los chicos empiezan a removerse en sus asientos. Por lo visto, esta antigua homilía no ha perdido aún su poder de consuelo.

-Habéis dado todo lo que teníais, y eso es lo único que importa. Estoy orgulloso de todo el equipo, y vosotros también debéis estarlo de vosotros mismos. No ha pasado nada de lo que tengáis que avergonzaros.

Se aparta un poco para dejar sitio a Dave Mansfield, quien observa a su equipo. Cuando habla, su habitual rugido ha desaparecido para dar paso a un tono más bajo incluso que el de

Waterman.

-Antes de empezar ya sabíamos que tenían que ganarnos, ¿verdad? -Habla en tono pensativo, casi como si hablara solo-. Si no vencían hoy, quedaban eliminados. El sábado vendrán a nuestro campo. Y entonces nosotros tendremos que ganarles a ellos. ¿Queréis ganarles?

Todos los jugadores lo están mirando con atención.

-Quiero que recordéis lo que os dijo Neil -prosigue Dave en el mismo tono pensativo, tan distinto de sus rugidos durante los entrenamientos-. Sois un equipo. Eso quiere decir que tenéis que quereros los unos a los otros. Os queréis los unos a los otros perdáis o ganéis, porque sois un equipo.

La primera vez que alguien dijo a estos chicos que tenían que quererse los unos a los otros mientras estaban en el campo, todos se habían puesto a reír con nerviosismo. Pero ahora no ríen.

Después de soportar los Cláxones de Hampden, parecen comprender, al menos un poquito.

Dave vuelve a observarlos y por fin asiente con la cabeza.

-Muy bien. Recoged el equipo.

Los chicos recogen los bates, los cascos y el equipo de recepción y lo embuten todo en bolsas de lona. Cuando llevan el equipaje a la vieja furgoneta verde de Dave, algunos de ellos ya están riendo otra vez.

Dave ríe con ellos, pero no ríe en el camino de regreso a casa. El trayecto se le antoja eterno.

-No sé si podremos ganarles el sábado -dice en el camino de vuelta en el mismo tono pensativo de antes-. Quiero ganarles, y ellos también quieren, pero no sé si podremos. El

Hampden tiene el ímpetu de su parte.

Ímpetu, la fuerza mítica que decide no sólo partidos, sino temporadas enteras. Los jugadores de béisbol son peculiares y supersticiosos en cualquier categoría, y por alguna razón, los jugadores del Bangor West han adoptado una pequeña sandalia de plástico, parte del atuendo de la muñeca de una jovencí-sima aficionada, como mascota. Y han bautizado a su absurdo talismán con el nombre de ímpetu. Lo colocan en la valla de alambre del foso en cada partido, y con frecuencia, los bateadores lo tocan furtivamente antes de entrar en la plataforma del bateador.

Nick Trzaskos, que por lo general juega de exte- rior izquierdo en el Bangor West, es el encargado de guardar a ímpetu entre partidos. Y hoy ha olvidado por primera vez traer el talismán.

-Espero que Nick se acuerde de traer a ímpetu el sábado -masculla Dave en tono sombrío-. Pero incluso aunque se acuerde...

Menea la cabeza.

-No sé, no sé.

En los partidos de la Pequeña Liga no se cobra entrada; las reglas lo prohiben de modo expreso. En lugar de ello, un jugador pasa el sombrero durante la cuarta entrada, solicitando donaciones para comprar equipo y contribuir al mantenimiento del campo. El sábado, cuando el

Bangor West y el Hampden se enfrentan en Bangor en la final del torneo del condado de

Penobscot, puede juzgarse el aumento del interés local en las vicisitudes del equipo por un simple ejercicio de comparación. En el partido disputado entre el Bangor y el Mi-llinocket, la colecta asciende a quince dólares con cuarenta y cinco centavos; cuando el sombrero termina su circuito en la quinta entrada del partido del sábado por la tarde contra el Hampden, está repleto de monedas y billetes arrugados. El total asciende a noventa y cuatro dólares con veinticinco centavos.

Las gradas están abarrotadas; las vallas, oscurecidas de gente; el estacionamiento, completo.

La Pequeña Liga tiene un rasgo en común con casi todos los deportes y negocios americanos; nada tiene tanto éxito corno el éxito en sí mismo.

El partido empieza muy bien para Bangor, pues ganan por 7 a 3 al final de la tercera entrada, y entonces todo se va al garete. En la cuarta entrada, el Hampden se anota seis carreras, la mayoría de ellas honestas. Bangor West no se rinde, como hizo después de que Matt Kinney recibiera un pelotazo en el partido contra el Hampden, y los jugadores no bajan la cabeza, por emplear la expresión de Neil Waterman. Pero cuando salen a batear en la segunda mitad de la sexta entrada, pierden por 14 a 12. La eliminación parece muy cercana y muy real, ímpetu se halla en su lugar acostumbrado, pero,aun así, el Bangor West está a tres eliminaciones del fin de su temporada.

Un jugador al que no hacía falta decirle que levantara la cabeza después de la derrota por 9 a

2 contra el Hampden es Ryan larrobino. En aquel partido jugó bien y salió del campo sabiendo que había jugado bien. Es un chico alto, de hombros anchos y una espesa mata de cabello castaño oscuro. Es uno de los dos atletas naturales con que cuenta el equipo del Bangor West. El otro es Matt Kinney. Aunque ambos chicos tienen un físico totalmente opuesto, pues Kinney es delgado y todavía bastante bajo, mientras que larrobino es alto y muy musculoso, comparten una cualidad muy poco frecuente entre los chicos de su edad; confían en sus cuerpos. La mayoría de los demás jugadores del Bangor West, por mucho talento que posean, consideran sus pies, brazos y manos como espías y traidores en potencia.

Larrobino es uno de esos chicos que, en cierto modo, parece estar más presente que los demás cuando se viste para algún tipo de competición. Es uno de los pocos chicos de los dos equipos que puede llevar un casco de bateador sin parecer un tontorrón con una de las ollas de

su madre en la cabeza. Cuando Matt Kinney está en el montículo y lanza una pelota, parece encontrarse en el lugar indicado en el momento preciso. Y cuando Ryan larrobino entra en la plataforma para diestros y señala con la punta del bate al lanzador antes de colocárselo detrás del hombro derecho, también parece pertenecer a ese lugar en aquel momento. Parece haber echado raíces antes de prepararse para el primer lanzamiento; podría describirse una línea del todo recta desde la bola de su hombro hasta la bola de su cadera y desde ahí hasta la bola de su tobillo. Matt

Kinney está hecho para lanzar pelotas; Ryan larrobino, para batearlas.

Última oportunidad para el Bangor West. Jeff Carson, cuya carrera en la cuarta entrada ha sido el momento más destacado del partido y que ha sustituido a Mike Wentworth en la plataforma de lanzamiento, es reemplazado ahora por Mike Tardif. Su primer bateador es Owen

King. King batea tres pelotas más allá de la línea de falta, sufre dos strikes (uno de los cuales se debe a que intenta batear una pelota de carrera que resulta ser demasiado baja) y a continuación deja pasar una pelota interior mala con la esperanza de lograr una base por bolas. El siguiente bateador es Roger Fisher, que sustituye al charlatán Fred Moore. Roger es un chico bajito de ojos y cabellos negros azabache. Parece un bateador fácil de eliminar, pero las apariencias engañan.

Roger tiene fuerza. Pero hoy no la emplea y queda eliminado.

En el campo, los jugadores del Hampden se mueven y se miran. Están muy cerca y lo saben.

El estacionamiento está demasiado lejos como para que los Cláxones de Hampden puedan desempeñar algún papel, de modo que los hinchas se conforman con alentar a su equipo a gritos.

Detrás del foso, dos mujeres tocadas con gorras de color violeta del Hampden se abrazan jubilosas. Otros hinchas parecen corredores esperando el pistoletazo del juez; es evidente que tienen intención de precipitarse al campo en el momento en que sus muchachos consigan eliminar al Bangor West definitivamente.

Joe Wilcox, que no quería ser receptor y que ha acabado jugando en esa posición pese a todo, envía una pelota de jugada simple a la izquierda del campo. King se detiene en la segunda.

Sale a batear Arthur Dorr, el exterior derecho del Bangor, que lleva el par de zapatillas altas más viejo del mundo y no ha logrado batear una sola pelota buena en todo el partido. Ahora sí batea bien, pero envía la pelota directamente al interbase del Hampden, que apenas tiene que moverse.

Pasa la pelota a segunda base con la esperanza de llegar antes que King, pero no tiene suerte. Sin embargo, ya hay dos bateadores eliminados.

La afición del Hampden sigue alentando a sus jugadores. Las mujeres que están tras el foso dan saltos de emoción. Se oyen ahora algunos Cláxones de Hampden, pero se han precipitado un poco, y para darse cuenta de ello basta con echar un vistazo al rostro de Mike Tardif mientras se enjuga el sudor de la frente y entrechoca la pelota con el guante.Ryan larrobino entra en la plataforma del bateador. Blan-de el bate de un modo casi naturalmente perfecto; ni siquiera Ron

St. Fierre tendrá nada que objetar al respecto.

Ryan falla el primer lanzamiento de Tardif, el más fuerte del partido; de hecho, la pelota suena como un disparo al chocar contra el guante de Kyle King. A continuación, Tardif desperdicia un lanzamiento. King le devuelve la pelota; Tardif medita unos segundos y a continuación lanza una pelota recta y baja; Ryan se la mira, y el arbitro decreta strike dos. Ha tocado la esquina exterior..., tal vez. En cualquier caso, eso es lo que dice el arbitro, por lo tanto, fin de la discusión.

Los hinchas de ambos equipos han enmudecido, al igual que los entrenadores. Todos están al margen del asunto. Ahora todo depende de Tardif e larrobino, suspendidos antes el último strike de la última eliminación del último partido que uno de estos dos equipos jugará. Quince metros entre estos dos rostros. Lo que ocurre es que larrobino no está mirando el

rostro de Tardif, sino su guante, y en algún lugar oigo a Ron St. Fierre diciendo a Fred: «Estás esperando para ver por dónde te voy a salir. Para ver si te lanzo una pelota lateral, de tres cuartos o alta».

Larrobino está esperando para ver por dónde le saldrá Tardif. Mientras Tardif inicia el movimiento de lanzamiento, se oye el lejano golpeteo de pelotas de tenis procedente de una pista cercana, pero aquí sólo hay silencio y las marcadas sombras negras de los jugadores, tendidas sobre la tierra como siluetas de cartulina negra, e larrobino espera para ver por dónde le saldrá

Tardif.

Tardif lanza una pelota alta. Y de repente, larrobino se pone en movimiento, con las dos rodillas ligeramente dobladas y el hombro izquierdo inclinado; el bate de aluminio no es más que un destello a la luz del sol. En esta ocasión, el golpe metálico, el que recuerda una cucharilla chocando con un tazón de hojalata, suena algo diferente. Esta vez no se oye un chink, sino un crunch cuando Ryan golpea la pelota, y entonces la pelota sale disparada hacia el cielo, en dirección al campo izquierdo, un golpe largo, alto, amplio y elegante en la tarde veraniega. Más tarde, alguien encuentra la pelota debajo de un coche, a unos noventa metros de la base de meta.

La expresión que se dibuja en el rostro de Mike Tardif, un muchacho de doce años, es de asombro e incredulidad. Echa un vistazo rápido a su guante, como si esperara que la pelota siguiera ahí, como si esperara que el espectacular toque de larrobino, efectuado tras dos lanzamientos malos y dos strikes, no hubiera sido más que una pesadilla momentánea. Las dos mujeres situadas detrás de la valla protectora se miran anonadadas. En el primer momento, nadie emite sonido alguno. En ese instante antes de que todo el mundo empiece a gritar y los jugadores del Bangor West salgan disparados del foso para esperar a Ryan en la base de meta y alzarlo a hombros, sólo dos personas están completamente seguras de que en verdad ha ocurrido lo que ha ocurrido. Una de ellas es el propio Ryan. Cuando llega a primera base, levanta los brazos hasta la altura de los hombros en un ademán de triunfo breve pero expresivo. Y cuando Owen King llega a la base de meta y se anota la primera de las tres carreras que darán fin a la temporada de selecciones del Hampden, Mike Tardif también se da cuenta de lo que ha ocurrido. Permanece de pie en la plataforma del lanzador por última vez como jugador de la Pequeña Liga y estalla en sollozos.

-Hay que recordar que sólo tienen doce años -afirman los tres entrenadores del equipo en un momento dado.

Y cada vez que uno de ellos lo dice, el que escucha tiene la sensación de que el que lo dice, es decir, Mansfield, Water-man o St. Fierre, se lo está recordando a sí mismo.

-Cuando estéis en el campo os querremos y vosotros os querréis los unos a los otros - dice

Waterman a los muchachos una y otra vez.

Después de la ajustada victoria de 15 a 14 sobre el Hampden, en la que realmente se han querido los unos a los otros, los chicos ya no se ríen al oír estas palabras.

-A partir de ahora -prosigue Waterman- voy a ser duro con vosotros... Muy duro.

Mientras estéis jugando, no recibiréis de mí más que amor incondicional. Pero cuando estemos entrenando en nuestro campo, algunos de vosotros averiguaréis lo mucho que puedo llegar a gritar. Si hacéis el tonto, directos al banquillo. Si os digo que hagáis algo y no lohacéis, directos al banquillo. El recreo ha terminado, chicos, todo el mundo fuera de la piscina. Ahora empieza el trabajo duro.

Unos días más tarde, Waterman envía una pelota a la derecha del campo durante el entrenamiento de recepción. La pelota casi le arranca la nariz a Arthur Dorr, que estaba comprobando si tenía la bragueta cerrada, o verificando si tenía los cordones de las zapatillas abrochados.

O haciendo cualquier otra tontería.

-¡Arthur! -ruge Neil Waterman.

Arthur se asusta más al oír este grito de lo que se ha asustado al pasarle la pelota por delante de las narices.-¡Ven aquí! ¡Al banquillo! ¡Ahora mismo!

-Pero... -empieza Arthur.

-¡Que vengas aquí! -lo interrumpe Neil- ¡Al banquillo!

Arthur se acerca cabizbajo y huraño, y J. J. Fiddler ocupa su puesto. Al cabo de unos días,

Nick Trzaskos pierde la oportunidad de seguir bateando tras fallar dos toques de sacrificio de unos cinco intentos. Se sienta en el banquillo solo y con las mejillas arreboladas.

El Machias, el vencedor del campeonato de los condados de Aroostook y Washington, es el siguiente equipo de la lista; se jugará una serie al mejor de tres partidos, y el ganador será el campeón del Distrito 3. El primer partido tendrá lugar en el campo del Bangor West, detrás de la fábrica de Coca-Cola; el segundo, en el campo Bob Beal, del Machias, y el tercero, si es que se tercia, se jugará en un campo neutral situado entre ambas ciudades.

Tal como ha prometido Neil Waterman, los entrenadores son todo aliento en cuanto termina el himno nacional y empieza el partido.

-¡Perfecto, no pasa nada! -grita Dave Mansfield cuando Arthur no acierta a atrapar una pelota larga que aterriza en el suelo detrás de él- ¡Ahora a eliminar! ¡Juego de barriga! ¡A eliminar!

Nadie parece saber qué significa «juego de barriga», pero si tiene algo que ver con ganar partidos de béisbol, entonces a los chicos les parece perfecto.

No hace falta jugar el tercer partido contra el Machias. El Bangor West cuenta con una excelente actuación del lanzador Matt Kinney en el primero y vence por 17 a 5. Ganar el segundo partido es un poco más difícil porque el tiempo no coopera. Una copiosa tormenta de verano obliga a suspender el encuentro el día señalado, por lo que el Bangor West tiene que realizar el viaje de doscientos cincuenta kilómetros a Machias dos veces para poder ganar el campeonato.

Por fin lo consiguen el veintinueve de julio. La familia de Mike Pelkey se ha llevado al segundo lanzador del Bangor a Disneylandia, con lo que Mike se convierte en el tercer jugador que abandona el equipo; pero Owen King ocupa la posición y consigue eliminar a ocho antes de cansarse y dar paso a Mike Arnold en la sexta entrada. El Bangor West gana por 12 a 2 y se convierte en el campeón del Distrito 3 de la Pequeña Liga.

En momentos así, los profesionales se retiran a sus vestuarios con aire acondicionado y se empapan unos a otros con champán. El equipo del Bangor West va a Helen's, el mejor, tal vez el único restaurante de Machias, para celebrar el triunfo con perritos calientes, hamburguesas, litros de Pepsi-Cola y montañas de patatas fritas. Observando cómo se ríen unos de otros, cómo se burlan unos de otros y cómo se disparan bolas de papel a través de las pajitas, resulta imposible no darse cuenta de que muy pronto encontrarán formas más escandalosas de celebrar cualquier ocasión.

De momento, sin embargo, se conforman con esto... De hecho, lo encuentran perfecto. No están abrumados por lo que han hecho, pero parecen tremendamente encantados, verdaderamente felices. Si han sido rozados con la varita mágica este verano, ellos no lo saben, y nadie ha sido lo suficientemente rudo como para decirles que tal vez es así. De momento, pueden permitirse los placeres fritos de Helen's, y estos placeres les bastan. Han alcanzado su objetivo; para elCampeonato del Estado, donde lo más probable es que equipos más fuertes y mejores de regiones más pobladas del sur del estado los eliminen, todavía falta una semana.

Ryan larrobino se ha vuelto a poner su camiseta sin mangas. Arthur Dorr tiene una enorme mancha de ketchup en la mejilla. Y Owen King, que ha sembrado el terror entre los bateadores del

Machias al enfrentarse a ellos con un lanzamiento lateral directo en el último momento, disfruta haciendo burbujas en su vaso de Pepsi-Cola. Nick Trzaskos, que puede parecer la persona más infeliz del mundo cuando las cosas no van como él quiere, muestra una expresión de felicidad sublime. Y ¿por qué no? Hoy tienen doce años y son ganadores.

Claro está que de vez en cuando ya se encargan de recordártelo. El día en que se suspende el partido, a medio camino entre Machias y Bangor, J. J. Fiddler empieza a retorcerse en el asiento trasero del coche.

-Tengo que ir al lavabo -farfulla en tono ominoso al tiempo que se lleva las manos al vientre-. De verdad, tengo que ir. Lo digo muy en serio.

-¡J. J. se va a mear encima! -grita Joe Wilcox jubiloso-. ¡Mirad! ¡J. J. va a inundar el coche!

-Cierra el pico, Joey -contesta J. J. antes de seguir retorciéndose.

Ha esperado hasta el peor momento para dar la noticia. El tramo de ciento veinte kilómetros entre Machias y Bangor está prácticamente desierto. Ni siquiera hay una buena arboleda en la que

J. J. pueda desaparecer durante unos minutos; no hay más que kilómetros y kilómetros de campos abiertos alrededor de la sinuosa carretera 1 A.

Justo cuando la vejiga de J. J. entra en alarma roja hace su aparición una gasolinera providencial. El entrenador auxiliar aprovecha para llenar el depósito de gasolina mientras J. J. se precipita al lavabo de caballeros.

-¡Madre mía! -exclama apartándose el cabello de los ojos mientras vuelve trotando al coche-. ¡Ha ido de pelos!

-Tienes un poco en los pantalones, J. J. -comenta Joe Wilcox como quien no quiere la cosa. .»

Todos estallan en salvajes carcajadas cuando J. J. baja la mirada para comprobarlo.

Al día siguiente, en el viaje a Machias, Matt Kinney revela una de las principales atracciones que la revista *People* posee a los ojos de los muchachos en edad de jugar en la

Pequeña Liga.

-Estoy seguro de que hay uno en alguna parte -dice mientras hojea lentamente un ejemplar que ha encontrado en el asiento posterior del coche-. Casi siempre hay uno.

-¿Hay qué? ¿Qué es lo que estás buscando? -pregunta el tercera base, Kevin Rochefort, mirando por encima del hombro de Matt mientras éste pasa las páginas de las celebridades de la semana sin apenas prestarles atención.

-El anuncio de la exploración de los pechos -explica Matt-. No se ve todo, pero se ve bastante. ¡Aquí está!

Sostiene la revista en alto con ademán triunfante.

Otras cuatro cabezas cubiertas con las gorras rojas del Bangor West se ciernen sobre la revista. Durante unos instantes, el béisbol desaparece por completo de las mentes de estos chicos.

El campeonato de Pequeña Liga del estado de Maine de 1989 da comienzo el 3 de agosto, unas cuatro semanas después del inicio de los partidos de selección. El estado se divide en cinco distritos, y todos ellos envían equipos a Oíd Town, donde tendrá lugar el torneo de este año. Los participantes son Yarmouth, Belfast, Lewiston, York y Bangor West. Todos los equipos, a excepción del Belfast, tienen más prestigio que el Bangor West, y se rumorea que el Belfast tiene un arma secreta. Su primer lanzador es el niño prodigio del torneo de este año.

El nombramiento del niño prodigio del torneo es una ceremonia anual, un pequeño tumor que parece desafiar todo intento de extirpación. El chico en cuestión, que es nombrado Niño

Béisbol quiera el honor o no lo quiera, se convierte en inocente centro de atención, objeto de discusión, especulaciones y, cómo no, apuestas. Asimismo, se encuentra en la poco envidiable situación de tener que estar a la altura de toda la lo-cura previa al torneo. Un torneo de Pequeña

Liga constituye un motivo de gran presión para cualquier chico; pero si además uno llega al lugar del torneo y se entera de que se ha convertido en una especie de leyenda momentánea, por lo general es demasiado.

El objeto de discusión y admiración de este año es el lanzador zurdo del Belfast, Stanley

Sturgis. En sus dos partidos en el Belfast ha logrado treinta eliminaciones, catorce en el primero y dieciséis en el segundo. Treinta eliminaciones en dos partidos hacen una impresionante estadística en cualquier liga, pero para entender del todo la hazaña de Sturgis hay que tener en cuenta que los partidos de la Pequeña Liga constan de tan sólo seis entradas. Ello significa que el ochenta y tres por ciento de las eliminaciones que el Belfast ha conseguido con Sturgis en el montículo han sido eliminaciones por strikes.

Luego está el York. Todos los equipos que acuden al campo Knights of Columbus de Oíd

Town para competir en el torneo cuentan con un historial excelente, pero el York, que jamás ha sido batido, es el claro favorito a hacerse con un billete para el campeonato de las regiones del este. Ninguno de sus jugadores es un gigante, pero algunos de ellos pasan del metro setenta, y su mejor lanzador, Phil Tarbox, tiene un lanzamiento recto que a veces alcanza una velocidad superior a los cien kilómetros por hora, algo excepcional en los baremos de la Pequeña Liga. Al igual que en el caso del Yarmouth y el Belfast, los jugadores del York llevan uniformes especiales de selección y zapatillas a juego, atuendo que les hace parecer profesionales.

Sólo el Bangor West y el Lewiston llevan «mufti», es decir, camisetas de muchos colores con los nombres de los patrocinadores de sus respectivos equipos de la temporada ordinaria impresos sobre ellas. Owen King viste una camiseta anaranjada del club Elk, Ryan larrobino y

Nick Trzaskos llevan camisetas rojas de la Hidroeléctrica de Bangor, Roger Fisher y Fred Moore, camisetas verdes del club Lions, y así sucesivamente. Los jugadores del Lewiston van vestidos de forma similar, aunque a ellos al menos les han proporcionado zapatillas y estribos iguales. En comparación con los chicos del

Lewiston, los jugadores del Bangor, vestidos con una gran variedad de pantalones demasiado anchos y camisetas indescriptibles, parecen unos excéntricos. Pero al lado de los demás equipos parecen unos auténticos golfos. Nadie, a excepción tal vez de los entrenadores del

Bangor y los propios jugadores, los toma demasiado en serio. En su primer artículo sobre el torneo, el periódico local habla más de Sturgis, del Belfast, que de todos los jugadores del Bangor juntos.

Dave, Neil y Saint, el extraño pero eficaz equipo de cerebros que ha llevado el equipo tan lejos, observan a los jugadores del Belfast practicar el bateo y la recepción sin hablar mucho. Los muchachos del Belfast están imponentes en sus nuevos uniformes violetas y blancos, uniformes que no han tenido una sola mancha de tierra hasta hoy.

-Bueno, por fin hemos llegado hasta aquí -comenta Dave-. Al menos hemos conseguido esto. Y ahora, que nos quiten lo bailado.

El Bangor West procede del distrito en que se celebra el torneo este año, y el equipo no tendrá que jugar hasta que dos de los cinco equipos hayan quedado eliminados. Esto se denomina primera ronda, y de momento es la mayor ventaj a, tal vez la única con la que cuenta el equipo. En su distrito todo el mundo los consideraba campeones, salvo tras aquel espantoso partido contra el

Hampden, pero Dave, Neil y Saint llevan suficiente tiempo en esto como para saber que se enfrentan a un nivel totalmente distinto de béisbol. El silencio que guardan mientras observan a los jugadores del Belfast es buena prueba de ello.

En cambio, el York ya ha encargado pins del Distrito 4. Intercambiar pins es una tradición en los torneos regionales, y el hecho de que el York ya haya encargado un gran lote dice mucho de su actitud. Dice que el York tiene intención de jugar en Bristol con lo mejor de la Costa Este.

Los pins dicen que no creen que el Yarmouth pueda impedírselo; ni el Belfast con su niño prodigio zurdo; ni el Lewiston, que consiguieron llegar a trompicones hasta el campeonato del

Distrito 2 a través de la escalera de los perdedores, tras perder su primer partido por 15 a 12; y menos que nadie esos catorce mequetrefes mal vestidos de la parte oeste de Bangor.

-Al menos tendremos la oportunidad de jugar -interviene Dave-, e intentaremos hacer que recuerden que hemos pasado por aquí.

Pero antes de eso, Belfast y Lewiston tienen su oportunidad de jugar, y una vez la orquesta

Boston Pops ha emitido una versión grabada del himno nacional y un escritor local de cierto prestigio ha efectuado el primer lanzamiento de rigor, que por cierto se estrella contra la valla protectora, ambos equipos se zambullen en el partido.

Los periodistas de la zona especializados en deportes han gastado ríos de tinta en el tema de

Stanley Sturgis, pero no se permite la entrada de periodistas en el campo una vez iniciado el partido (una circunstancia causada por un error en la redacción original de las reglas, parecen pensar algunos de ellos). Una vez el arbitro ha dado la señal de poner la pelota en juego, Sturgis se queda solo. Los periodistas, las autoridades y toda la liga de hinchas del Belfast se encuentran ahora al otro lado de la valla.

El béisbol es un deporte de equipo, pero sólo hay un jugador con una pelota en el centro del diamante, y un jugador con un bate en el punto más bajo del diamante. Los jugadores se turnan al bate, pero el lanzador siempre es el mismo, a menos que no pueda más, claro está. Hoy Stan

Sturgis descubrirá la dura realidad de los torneos; tarde o temprano, todo niño prodigio se topa con la horma de su zapato.

Sturgis eliminó a treinta jugadores en sus dos partidos anteriores, pero aquello sucedió en el

Distrito 2. El equipo al que se enfrenta el Belfast, un puñado de chavales de la Liga de la Avenida

Elliot de Lewiston, es harina de otro costal. Los jugadores no son tan voluminosos como los muchachos del York ni defienden con mano tan experta como los chicos del Yarmouth, pero son astutos y persistentes. El primer bateador, Garitón Gagnon, personifica el espíritu perseverante y tenaz del equipo. Consigue una jugada simple, roba la segunda base, llega a tercera a causa de un toque de sacrificio y por fin roba la base de meta por orden del entrenador. En la tercera entrada, cuando el marcador señala 1 a O, Gagnon consigue otra base, esta vez por error del defensor.

Randy Gervais, el bateador que sigue a este prodigio, queda eliminado, pero antes de eso, Gagnon ya ha corrido a segunda gracias a un lanzamiento malo y robado la tercera. Se anota una carrera cuando Bill Pa-radis, el tercera base, consigue una jugada simple cuando ya hay dos bateadores eliminados.

Belfast se anota una carrera en la cuarta entrada, confiriendo gran emoción al partido por unos instantes, pero entonces Lewiston acaba con ellos y con Stanley Sturgis al anotarse dos carreras en la quinta y cuatro más en la sexta. El resultado final es de 9 a 1. Sturgis elimina a once bateadores por strikes, pero también concede siete golpes buenos, mientras que Garitón Gagnon, el lanzador del Lewiston, elimina a ocho jugadores por strikes y sólo concede tres golpes buenos.

Al abandonar el campo después del partido, Sturgis parece deprimido y aliviado a un tiempo. Para él ha terminado el espectáculo. Puede dejar de ser un artículo periodístico y dedicarse a ser un niño otra vez. Su expresión indica que ve algunas ventajas en esta circunstancia.

Más tarde, en un duelo de gigantes, el equipo favorito del torneo, el York, derrota al

Yarmouth. Todo el mundo se marcha a casa, o en el caso de los equipos visitantes, a sus moteles o a casa de sus familias de acogida. Mañana viernes jugará por primera vez el Bangor West, mientras York espera para enfrentarse al ganador en la final.

El viernes amanece caluroso, cubierto de niebla y nubes. Amenaza lluvia desde primeras horas de la mañana, y una hora antes de la señalada para el inicio del partido entre el Bangor West y el Lewiston, empieza a llover, en efecto; de hecho, empieza a llover a cántaros. El día en que cayó la tormenta en Machias, el partido fue cancelado. Aquí no. Se trata de un campo diferente, que cuenta con un diamante de hierba y no de tierra, pero no es éste el único factor. La razón principal es la televisión. Este año, dos canales de televisión han unido por primera vez sus recursos para retransmitir la finaldel torneo a todo el estado el sábado por la tarde. Si la semifinal entre el

Bangor y el Lewiston se pospone, se producirán conflictos de horario, y ni siquiera en Maine, ni siquiera en el más aficionado de los deportes aficionados se juega con los horarios de los medios de comunicación.

Así pues, el Bangor West y el Lewiston no reciben la orden de retirarse cuando llegan al campo. En lugar de ello, esperan en coche o se amontonan en pequeños grupos bajo los toldos de lona rayada del chiringuito de refrescos y golosinas para esperar a que cambie el tiempo. Y esperan. Y esperan. Por supuesto, los chicos empiezan a inquietarse. Muchos de ellos jugarán partidos más importantes antes de que termine su carrera deportiva, pero hasta la fecha, éste es el partido más importante para todos ellos; están sobrecargados de adrenalina.

Por fin a alguien se le ocurre una idea luminosa. Tras un par de rápidas llamadas, dos autocares escolares de Oíd Town, cuyo brillante color amarillo destaca aún más en el chaparrón, se detienen ante el Club de los Alces, y los jugadores suben para dirigirse a una visita a la fábrica de canoas de Oíd Town, así como a la fábrica de papel James River. (La empresa James River es el comprador más importante de espacios publicitarios durante la retransmisión de la final del campeonato.) Los jugadores no parecen excesivamente felices al subir a los autocares; ni tampoco parecen excesivamente felices al regresar. Cada jugador lleva un remo de canoa, del tamaño indicado para un elfo de constitución robusta. Un recuerdo de la fábrica de canoas. Ninguno de los chicos parece saber qué hacer con los remos, pero más tarde, al revisar el foso, compruebo que todos ellos han desaparecido, al igual que los banderines del Bangor tras el primer partido contra el Millinocket. Recuerdos gratuitos, qué bien.

Y por lo visto, el partido se jugará a fin de cuentas. En algún momento dado, tal vez mientras los jugadores de la Pequeña Liga contemplaban cómo los trabajadores de la empresa

James River convertían árboles en papel higiénico, ha dejado de llover. El campo ha absorbido bien el agua, el montículo del lanzador y las plataformas de los bateadores han sido espolvoreados con una sustancia secante y ahora, escasos minutos después de las tres de la tarde, un tímido sol empieza a asomar por entre las nubes.

Los jugadores del Bangor West han vuelto de la excursión bastante apáticos. Nadie ha lanzado ni bateado ni corrido una sola base, pero todo el mundo parece cansado. Los jugadores se dirigen hacia el campo de entrenamiento sin mirarse, con los guantes colgando en los extremos de sus brazos caídos. Caminan como perdedores; hablan como perdedores.

En lugar de echarles un sermón, Dave los pone en fila y empieza a jugar con ellos su particular versión de la recepción rápida. Al cabo de unos instantes, los jugadores del Bangor

West ya se están abucheando, burlando unos de otros, intentando efectuar recepciones dignas de acróbatas, gruñendo y maldiciendo cuando Dave decreta error y los envía al final de la fila. Y entonces, cuando Dave está a punto de dar por terminado el calentamiento y enviar a los chicos a practicar el bateo con Neil y Saint, Roger Fisher se aparta de la fila y se inclina hacia delante con el guante sobre la barriga. Dave se acerca a él de inmediato con la sonrisa trocada en una expresión de preocupación. Le pregunta a Roger si se encuentra bien.

-Sí -responde Roger-. Sólo quería coger esto.

Se inclina un poco más con expresión concentrada, coge algo de la hierba y se lo da a Dave.

Es un trébol de cuatro hojas.

En los partidos de campeonato de la Pequeña Liga, el equipo local siempre se determina arrojando una moneda al aire. Dave suele tener mucha suerte en eso, pero hoy pierde, por lo que

Bangor es designado equipo visitante. No obstante, a veces no hay mal que por bien no venga, y eso es lo que sucede hoy. La razón es Nick Trzaskos.

La habilidad de todos los jugadores ha aumentado durante las seis semanas que llevan de temporada, pero en algunos casos, también la actitud ha mejorado. Nick empezó la temporada atado al banquillo pese a su probada eficacia como defensor y su potencial como bateador; su miedo al fracaso le impedía estar preparado para jugar. Pero poco a poco ha aprendidoa confiar en sí mismo, y Dave está dispuesto a ponerlo en juego.

-Nick ha aprendido por fin que los demás chicos no van a meterse con él si deja caer una pelota o queda eliminado al bate -comenta St. Fierre-. Para un chico como Nick, eso ya es mucho.

En el partido de hoy, Nick envía el tercer lanzamiento al fondo del campo. Se trata de un golpe de línea fuerte y alto que desaparece antes de que el centro tenga tiempo de girarse a mirar, por no hablar de correr para atrapar la bola. Cuando Nick Trzaskos rodea la segunda base y reduce la velocidad para trotar hacia la base de meta con esos andares que todos estos chicos han visto tantas veces en la tele, los espectadores sentados detrás de la valla protectora presencian un espectáculo poco corriente; Nick está sonriendo. Cuando cruza la base de meta y sus sorprendidos y jubilosos compañeros lo alzan a hombros, Nick se echa a reír. Cuando entra en el foso, Neil le da unas palmaditas en la espalda, y Dave Mans-field, un breve abrazo de oso.

Nick completa lo que Dave ha empezado con su juego de recepción; todos los jugadores están completamente despiertos y preparados para ir al grano. Matt Kinney concede una base a

Cari Gagnon, el prodigio que inició el proceso de desmoronamiento de Stanley Sturgis. Gagnon avanza a segunda gracias a un toque de sacrificio de Ryan Stretton, sigue hasta tercera a causa de un lanzamiento malo y se anota una carrera gracias a otro lanzamiento malo. Se trata de una repetición casi exacta de su jugada durante el partido contra el Belfast. El control de Kinney deja algo que desear esta tarde, pero la carrera de Gagnon es la única que el equipo de Lewiston consigue en la primera entrada. Mala suerte para ellos, pues el Bangor West sale a batear en la primera mitad de la segunda entrada.

Owen King abre la entrada con una jugada simple. Ar-thur Dorr consigue otra; Mike Arnold va a primera cuando el receptor del Lewiston, Jason Auger, recoge el toque sorpresa de Arnold y lo lanza sin ton ni son a primera base. King se anota una carrera gracias al error, por lo que el

Bangor West se adelanta en el marcador por 2 a 1. Joe Wilcox, el receptor del Bangor, golpea una pelota floja para llenar las bases. Nick Trzaskos queda eliminado por strikes en su segundo turno, por lo que Ryan larrobino sale a batear. Ha quedado eliminado en su primer turno, pero ahora no.

Convierte el primer lanzamiento de Matt Noyes en un golpe que permite anotar cuatro carreras de una sola vez, y tras una entrada y media, el marcador señala Bangor 6, Lewiston 1.

Hasta la sexta entrada, el partido es un auténtico trébol de cuatro hojas para el Bangor West.

Cuando el Lewiston sale a batear por lo que los hinchas del Bangor esperan que sea la última vez, pierde por 9 a 1. El prodigio, Garitón Gagnon, es el primero en batear y consigue una base gracias a un error. El siguiente bateador, Ryan Stretton, también consigue una base a causa de un error.

Los hinchas del Bangor, que hasta el momento han estado vitoreando a su equipo como locos, parecen ahora un poco inquietos. Es difícil perder cuando se gana por ocho carreras, pero no imposible. Estas gentes del norte de Nueva Inglaterra son hinchas de los Red Sox. Lo han visto muchas veces.

Bill Paradis no hace más que empeorar las cosas al conseguir una jugada simple. Tanto

Gagnon como Stretton alcanzan la base de meta. El marcador se sitúa en 9 a 3, con un corredor en primera y ningún bateador eliminado. Los hinchas del Bangor se remueven en sus asientos y se miran inquietos. *No puede escapársenos el partido a estas alturas, ¿verdad?,* dicen sus miradas. Pero la respuesta es que sí, por supuesto que sí. En la Pequeña Liga puede suceder cualquier cosa, y con frecuencia sucede.

Pero no esta vez. Lewiston se anota otra carrera, pero nada más. Noyes, que quedó eliminado tres veces por Sturgis, queda eliminado por tercera vez en el partido de hoy, por lo que ya sólo quedan dos por eliminar. Auger, el receptor del Lewiston, envía el primer lanzamiento al interbase, Roger Fisher. Roger no ha logrado atrapar la pelota de Cari Gagnon en la primera mitad de la entrada, pero recibe ésta con facilidad y se la pasa a Mike Arnold, quien a su vez se la lanza a Owen King, situado en primera. Auger es lento, y King tiene los brazosmuy largos. El resultado es una jugada doble que sentencia el partido. No se ven muchas jugadas dobles en el mundo hecho a escala de la Pequeña Liga, donde la distancia entre bases es de tan sólo veinte metros, pero Roger ha encontrado un trébol de cuatro hojas antes del partido. Si hay que atribuir la victoria a algo, ¿por qué no a eso ? Pero se atribuya a lo que se atribuya, los chicos del Bangor han ganado otro partido por 9 a 4. Mañana deberán enfrentarse a los gigantes del York.

Es el 5 de agosto de 1989, y en el estado de Maine, sólo veintinueve chicos siguen en el torneo de la Pequeña Liga; catorce en el Bangor y quince en el York. El día es una réplica casi exacta del día anterior; caluroso, con niebla y amenazador. El partido debería empezar a las doce y media, pero los cielos han vuelto a abrirse, y a las once todo parece indicar que el partido será suspendido, que tendrá que ser suspendido. Llueve a cántaros.

Sin embargo, Dave, Neil y Saint prefieren no correr ningún riesgo. A ninguno de ellos le gustó la apatía que los muchachos mostraron ayer al regreso de la excursión, y no tienen intención de permitir que se repita. Nadie quiere acabar depositando todas las esperanzas en un partido de recepción rápida ni en un trébol de cuatro hojas. Si se juega el partido (y la televisión es una motivación muy poderosa, por muy mal tiempo que haga) deberá ser para ir a por todas. Los vencedores van a Bristol; los perdedores vuelven a casa.

Así pues, una cabalgata improvisada de furgonetas y coches familiares conducidos por entrenadores y padres se reúne junto al campo situado tras la fábrica de Coca-Cola, y el equipo recorre los quince kilómetros que separan el estadio de la casa de campo de la universidad de

Maine, una especie de cobertizo en el que Neil y Saint hacen entrenarse a los jugadores hasta que están empapados en sudor. Dave se ha encargado de que los jugadores del York también puedan utilizar el cobertizo, y cuando el Bangor sale al día nublado, los jugadores del York, enfundados en sus elegantes uniformes azules, entran en fila india.

El chaparrón se ha convertido en llovizna a las tres de la tarde, y el personal del campo trabaja a marchas forzadas para volver a poner el terreno en condiciones. Cinco plataformas improvisadas de televisión se alzan sobre estructuras metálicas alrededor del campo. En un estacionamiento cercano hay un enorme camión con las palabras UNIDAD MÓVIL DE LA TELEVISIÓN

DE MAINE pintadas en un costado. Gruesos manoj os de cables sujetos con bridas de cinta aislante se extienden desde las cámaras y la cabina provisional del anunciador hasta la parte posterior del camión. Una de las puertas está abierta, y en el interior del vehículo brillan numerosos monitores.

Los jugadores del York todavía no han regresado de la casa de campo. Los chicos del

Bangor West practican lanzamientos al otro lado de la valla izquierda, más que nada para tener algo que hacer y dominar el nerviosismo; desde luego, no necesitan calentarse más después de la dura hora que han pasado en la universidad. Los cámaras esperan en sus torres y observan al personal del campo intentar librarse del agua.

El campo exterior está ya en buenas condiciones, y los bordes del cuadro han sido rastrillados y espolvoreados con secante. El verdadero problema reside en la zona entre la base de meta y el montículo del lanzador. Antes de empezar el torneo se plantó hierba nueva en esta parte del diamante, por lo que las raíces no han tenido tiempo de salir y crear un

drenaje natural. Por consiguiente, toda esta zona es un auténtico lodazal, un lodazal que se extiende hasta la tercera base.

Alguien tiene una idea, una idea brillante que consiste en retirar buena parte del cuadro dañado. Mientras se procede a ello llega un camión del Instituto de Oíd Town, del que se descargan dos aspiradoras industriales. Al cabo de cinco minutos, el personal de campo empieza a aspirar el subsuelo del cuadro. La idea funciona. A las tres y veinticinco, los trabajadores del campo vuelven a colocar pedazos de césped que parecen grandes piezas de un rompecabezas verde. A las cuatro menos veinticinco, una profesora de música de la ciudad entona una deliciosa versión del himno nacional acompañada por una guitarraacústica. A las cuatro menos veintitrés, Roger

Fisher, elegido por Dave para ser el primer lanzador en ausencia de Mike Pel-key, se está calentando. ¿Ha tenido el hallazgo de Roger algo que ver con la decisión de Dave de nombrarlo primer lanzador en lugar de a King o a Arnold? Dave se lleva el dedo a un lado de la nariz y esboza una sonrisa de complicidad.

A las cuatro menos veinte llega, por fin, el arbitro.

-Adelante, receptor -dice con brusquedad.

Joey obedece. Mike Arnold efectúa el toque inicial al corredor imaginario y a continuación envía la pelota a realizar su rápido trayecto alrededor del cuadro. Una audiencia televisiva que se extiende desde New Hampshire hasta las Provincias Marítimas de Canadá contempla a Roger juguetear nervioso con las mangas de su jersey verde y la camiseta gris de calentamiento que lleva debajo. Owen King le pasa la pelota desde primera base. Fisher la atrapa y se la apoya contra la cadera.

-Pelota en juego -indica el arbitro.

Se trata de unas palabras que los arbitros llevan diciendo a los jugadores de la Pequeña Liga desde hace cincuenta años; Don Bouchard, el receptor del York y primer bateador, entra en la plataforma de bateo. Roger se dirige a la posición de lanzamiento y se prepara para efectuar el primer lanzamiento de la final del campeonato estatal de 1989.

Cinco días antes:

Dave y yo llevamos a los lanzadores del Bangor West a Oíd Town. Dave quiere que sepan la sensación que produce el montículo del lanzador antes de que vayan a jugar el partido. Puesto que

Mike Pelkey ya no forma parte del equipo, el grupo consiste en Matt Kinney (para cuyo triunfo sobre el Lewis-ton todavía faltan cuatro días), Owen King, Roger Fisher y Mike Arnold. Salimos tarde, y mientras los cuatro chicos se turnan para lanzar, Dave y yo nos sentamos en el foso del equipo visitante, observando a los muchachos mientras la luz abandona lentamente el cielo estival.

En el montículo, Matt Kinney está lanzando potentes pelotas en curva a J. J. Fiddler. En el foso del equipo local, al otro lado del diamante, los otros tres lanzadores, que ya han acabado sus ejercicios, están sentados en el banco con algunos compañeros de equipo que los han acompañado. Aunque tan sólo me llegan retazos de la conversación, me percato de que hablan principalmente de la escuela, un tema que surge con creciente frecuencia durante el último mes de las vacaciones de verano. Hablan de profesores pasados y futuros, de anécdotas que forman parte integrante de la mitología de su adolescencia; la profesora que perdió los estribos durante el último mes de clase porque su hijo había tenido un accidente de coche; el entrenador de primaria loco (hacen que parezca una combinación mortífera de Jason, Freddy y Leatherface); el profesor de ciencias que, al parecer, arrojó a un chico con tal fuerza contra su taquilla que el pobre perdió el conocimiento; el tutor que te da dinero para la comida si te la olvidas, o si dices que te la has olvidado. Apócrifos de la escuela secundaria, cosas fuertes que los chicos comentan con fruición mientras el anochecer empieza a cernirse sobre ellos.

Entre los dos fosos, la pelota es un destello blanco que Matt lanza una y otra vez. Su ritmo constituye una suerte de hipnosis; posición, movimiento, lanzamiento. Posición, movimiento, lanzamiento. Posición, movimiento, lanzamiento. El guante de J. J. cruje en cada recepción.

-¿Qué se llevarán consigo? -pregunto a Dave-. Cuando todo haya terminado, ¿ qué se llevarán consigo ? ¿ Qué crees que significa para ellos todo esto?

Dave adopta una expresión entre sorprendida y pensativa. A continuación se vuelve para mirar a Matt y sonríe.

-Pues se llevarán unos a otros -dice.

No es la respuesta que había esperado, desde luego que no. Hoy he leído un artículo sobre la

Pequeña Liga en el periódico, uno de esos articulitos que, por lo general, se pierden en el desierto sembrado de anuncios que hay entre las esquelas y el horóscopo. Dicho artículo resumía los descubrimientos de un sociólogo que había pasado una temporada controlando a jugadores de la

Pequeña Liga y siguió su evolución durante un breve período posterior a los partidos. Quería averiguar si el deporte hacía lo que afirman los defensores de la Pequeñar

Liga, es decir, transmitir antiguos valores americanos tales como el juego limpio, el trabajo duro y la virtud de la labor en equipo. El tipo que realizó el estudio llegaba a la conclusión de que así era, en parte, pero que la Pequeña Liga apenas cambiaba la vida personal de los jugadores. Los niños más problemáticos seguían siendo niños problemáticos cuando la escuela volvía a empezar en septiembre; los buenos alumnos seguían siendo buenos alumnos; el payaso de la clase (léase

Fred Moore), que se reservaba los meses de junio y julio para dedicarse seriamente al béisbol, seguía siendo el payaso de la clase el Día del Trabajo. El sociólogo indicaba que había excepciones; en ocasiones, un juego excepcional daba lugar a cambios excepcionales. Pero en líneas generales, afirmaba este hombre, los chicos volvían al colegio igual que habían salido.

Supongo que la confusión que he sentido ante la respuesta de Dave se debe a que lo conozco y sé que es un defensor casi fanático de la Pequeña Liga. Estoy seguro de que ha leído el artículo, y esperaba que se pusiera a refutar las conclusiones del sociólogo tras emplear mi pregunta como trampolín. En cambio, lo que ha hecho es soltar uno de los clichés más manidos del mundo deportivo.

En el montículo, Matt sigue lanzando pelotas a J. J., ahora con mucha más fuerza. Ha encontrado ese punto místico que los lanzadores llaman el «ritmo», y aunque tan sólo se trata de un entrenamiento informal, destinado a que los chicos se familiaricen con el campo, le cuesta dejarlo.

Pregunto a Dave si puede explicarse un poco mejor, pero no se lo pido con demasiado énfasis, pues hasta cierto punto tengo la impresión de que me va a bombardear con una salva hasta ahora insospechada de clichés: los buhos jamás vuelan de día; los ganadores nunca renuncian y los que renuncian nunca ganan; aprovecha toda ocasión; tal vez incluso, Dios nos libre, un pequeño hummm, muñeca.

-Míralos -dice Dave sin dejar de sonreír. Algo en su sonrisa sugiere que tal vez me está leyendo el pensamiento.

-Míralos bien.

Los miro bien. Hay unos seis chicos sentados en el banco, todavía riendo y contándose batallitas de la escuela. Uno de ellos se aparta de la conversación para pedir a Matt Kinney que lance una pelota en curva, y Matt lo hace... Lanza una pelota curvada con un efecto especialmente retorcido. Los chicos del banco estallan en carcajadas y lo vitorean.

-Mira a esos dos chicos -señala Dave-. Uno de ellos es de buena familia. El otro no tanto.

Se mete algunas pipas de girasol en la boca y a continuación señala a otro chico.

-O ése. Nació en uno de los peores barrios de Boston. ¿Crees que conocería a chicos como

Matt Kinney o Kevin Rochefort si no fuera por la Pequeña Liga? No asisten a las mismas clases en la escuela, por lo que no se dirigirían la palabra en los pasillos, no tendrían ni la menor idea de que el otro está vivo.

Matt lanza otra pelota curva, tan difícil que J. J. no puede con ella. La pelota rueda hasta la valla protectora, y cuando J. J. se incorpora para ir a buscarla, los chicos del banco vuelven a vitorear ruidosamente.

-Pero esto lo cambia todo -prosigue Dave-. Estos chicos han jugado juntos y han ganado el campeonato del distrito juntos. Algunos proceden de familias acomodadas, y un par de ellos son de familias más pobres que las ratas, pero cuando se ponen el uniforme y cruzan la línea de tiza dejan todo eso al otro lado. Las notas de la escuela no te ayudan en el campo, ni lo que hacen tus padres, ni lo que no hacen. En el campo, lo que sucede es asunto exclusivo del chico. Y hacen todo lo que está en sus manos. El resto... -Dave agita una mano-. El resto queda olvidado durante el juego. Y lo saben. Míralos si no me crees, porque la prueba salta a la vista.

Miro al otro lado del campo y veo a mi propio hijo y a uno de los chicos a los que Dave ha mencionado sentados con las cabezas muy juntas, hablando de algo con gran seriedad. De repente se miran asombrados y estallan en carcajadas.

-Han jugado juntos -prosigue Dave-. Han entrenado juntos día tras día, y probablemente, eso es más importante que los partidos. Y ahora van a ir al campeonato estatal. Incluso tienen posibilidades de ganarlo. No creo que lo ganen,pero da igual. Estarán ahí, y eso basta.

Incluso aunque Lewis-ton los elimine en la primera ronda, eso basta. Porque es algo que han hecho juntos dentro del campo. Y eso lo recordarán. Recordarán la sensación que eso produce.

-En el campo -repito.

Y en ese momento, lo entiendo todo, veo la luz. Dave Mansfield cree en este viejo cliché. Y no sólo eso, sino que además puede permitirse creer en él. Tal vez estos clichés resulten huecos en las ligas importantes, donde cada semana o cada dos un jugador da positivo en las pruebas antidoping, donde el jugador autónomo es Dios, pero esto no es una liga importante. Aquí, Anita

Bryant canta el himno nacional a través de destartalados altavoces atados a las vallas que hay detrás de los fosos. En lugar de pagar entrada para ver el partido, uno pone algo en el sombrero cuando lo pasan. Si quiere, claro está. Ninguno de estos chicos va a pasar la temporada baja dedicándose al béisbol de exhibición en Florida con hombres de negocios obesos, ni firmando cromos de béisbol carísimos en exhibiciones, ni haciendo apariciones públicas por dos mil pavos la noche. Cuando todo es gratis, sugiere la sonrisa de Dave, tienen que devolverte los clichés, dejar que vuelvas a poseerlos. Se te permite volver a creer en Red Barber, John Tunis y el Niño de

Tomkinsville. Dave Mansfield cree en lo que dice respecto a que todos los chicos son iguales en el campo, y tiene derecho a creerlo, porque él, Neil y Saint han llevado a los chicos hasta el punto que ellos también lo creen. Los chicos creen en ello. Lo veo en sus rostros mientras están sentados en el foso, al otro lado del diamante. Tal vez por eso Dave Mansfield y todos los demás Dave

Mansfields del país hacen esto año tras año. Es un pase gratuito. No de regreso a la infancia, la cosa no funciona así, pero sí de regreso a los sueños.

Dave permanece en silencio durante unos instantes, pensando y sopesando un montón de pipas de girasol que sostiene en la mano.

-No se trata de ganar o perder -explica por fin-. Eso viene más tarde. Se trata de que este año, cuando se encuentren en los pasillos de la escuela o incluso en el camino a la escuela, se mirarán y recordarán. En cierto modo, serán durante largo tiempo el equipo que ganó el campeonato del distrito de 1989.

Dave se vuelve hacia el foso de primera base, envuelto ya en sombras, donde Fred Moore ríe con Mike Arnold. Owen King los mira alternativamente con una sonrisa en los labios.

-Se trata de saber quiénes son tus compañeros de equipo. Las personas de las que dependiste en un momento dado, te gustara o no.

Observa a los muchachos reír y bromear cuatro días antes del inicio del torneo, y por fin alza la voz para ordenar a Matt que lance cuatro o cinco veces más y después lo deje.

No todos los entrenadores que ganan en el lanzamiento de la moneda, como sucede con

Dave Mansfield el 5 de agosto por sexta vez en nueve partidos de postemporada, decide que su equipo será el equipo local. Algunos de ellos, como por ejemplo, el entrenador del Brewer, creen que la supuesta ventaja del equipo local es pura ficción, sobre todo en un partido de campeonato, donde ninguno de los dos equipos juega en su propio campo. El argumento para ser el equipo visitante en un partido decisivo es el siguiente. Al inicio de un partido de tales características, ambos equipos están nerviosos. El modo de aprovecharse de dicho nerviosismo, prosigue el razonamiento, consiste en ser los primeros en batear y dejar que el equipo defensivo conceda suficientes bases y cometa suficientes errores como para que el equipo visitante tome las riendas del partido. Si eres el primero en batear y consigues cuatro carreras, concluyen dichos teóricos, te haces con el partido al cabo de poquísimo rato. QED.... Es una teoría a la que Dave Mansfield nunca se ha adherido.

-Quiero que seamos los segundos en batear -dice, y para él, ahí se acaba la historia.

Salvo que hoy las cosas son un poco distintas. No sólo se trata de un partido de torneo, sino de un importante partido de campeonato, un partido de campeonato televisado, de hecho. Y cuando Roger Fisher echa el brazo hacia atrás y efectúa el primer lanzamiento, el rostro de Dave

Mansfield es el de unhombre que espera con todas sus fuerzas no haber cometido un error. Roger sabe que es un primer lanzador de urgencia, que Mike Pelkey estaría en su lugar si no fuera porque en aquel momento estaba estrechándole la mano a Pluto en Disneylan-dia, pero domina los nervios propios de la primera entrada con tanta maestría como cabía esperar, tal vez incluso un poco más. Se aparta del montículo tras cada devolución del receptor, Joe Wilcox, examina al bateador, juguetea con las mangas de su camiseta y se toma todo el tiempo necesario. Y lo más importante, sabe cuan importante es mantener la pelota en la parte inferior de la zona de strike. La alineación del York es muy fuerte. Si Roger comete un error y lanza una pelota alta, sobre todo en el caso de un bateador como Tarbox, que batea con la misma fuerza con la que lanza, las cosas empezarán a ir muy mal.

Pese a todo, pierde contra el primer bateador del York. Bouchard avanza a primera acompañado por los vítores histéricos de los hinchas del York. El siguiente bateador es Phil-brick, el interbase. En una de esas jugadas que con frecuencia sentencian un partido, Roger decide ir a segunda y forzar al primer corredor. En la mayoría de los partidos de Pequeña Liga, ello constituye un error. O bien el lanzador lanza una pelota mala al centro del campo, con lo que el corredor consigue avanzar a tercera, o bien se da cuenta de que el interbase no se ha desplazado para cubrir la segunda y la almohadilla está indefensa. Sin embargo, hoy funciona. St. Pierre ha entrenado a sus chicos muy bien en las posiciones defensivas. Matt Kinney, el interbase de hoy, se encuentra en el lugar indicado. Al igual que el lanzamiento de Roger. Philbrick alcanza primera gracias a un fallo del defensor, pero Bouchard queda eliminado. Esta vez son los hinchas del

Bangor West los que rugen de alegría.

La jugada tranquiliza los nervios de la mayor parte de los jugadores de Bangor y da a Roger

Fisher la confianza que tanto necesita. Phil Tarbox, el mejor bateador del York además de lanzador estrella, queda automáticamente eliminado a causa de un lanzamiento bajo.

-¡La próxima vez, Phil! -grita un jugador del York desde el banco-. ¡Es que no estás acostumbrado a lanzamientos tan lentos!

Pero la velocidad no es el problema que Roger está planteando a los jugadores del York; es la posición. Ron St. Pierre lleva toda la temporada predicando el evangelio del lanzamiento bajo, y Roger Fisher, Fish, como lo llaman los muchachos, ha sido un alumno callado pero extremadamente atento durante los seminarios de Saint. La decisión de poner a Roger como lanzador y dejar que el Bangor batee en segundo lugar parece bastante acertada cuando el Bangor sale a batear en la segunda mitad de la primera entrada. Observo que varios chicos tocan a ímpetu, la pequeña sandalia de plástico, cuando entran en el foso.

La confianza..., la del equipo, la de los hinchas y la de los entrenadores, es una cualidad que puede medirse por distintos raseros, pero sea cual sea dicho rasero, el York siempre sale ganando.

Los hinchas de su ciudad han colgado una pancarta en los postes inferiores del marcador. YORK

A BRISTOL, reza este exuberante «fanograma». Y luego está el asunto de los pins del Distrito 4, ya hechos y listos para intercambiar. Pero el indicador más claro de la profunda confianza que el entrenador del York profesa a sus jugadores es su primer lanzador. Todos los demás equipos, incluyendo el Bangor West, sacaron a su mejor lanzador en primer lugar siguiendo un antiguo axioma del béisbol: si no tienes pareja, no bailas en la fiesta de graduación. Si no ganas los preliminares, no tienes que preocuparte por la final. Sólo el entrenador del York contravino esta regla y sacó a su segundo lanzador, Ryan Fernald, en el primer partido, que el equipo jugó contra el Yarmouth. Le salió bien la jugada, aunque por los pelos, porque su equipo ganó al Yarmouth por 9 a 8. Fue una victoria muy ajustada, pero hoy tendrá su recompensa. Ha reservado a Phil

Tarbox para el final, y aunque es posible que Tarbox no sea tan bueno como Stanley Sturgis desde el punto de vista técnico, tiene algo en su favor que Sturgis no tenía. Phil Tarbox da miedo.

A Nolan Ryan, probablemente el mejor lanzador de pe-Iotas rápidas de la historia del béisbol, le gusta contar la historia de un partido del torneo Babe Ruth en el que fue lanzador. Dio al primer bateador en el brazo y se lo rompió. Dio al segundo bateador en la cabeza, partiéndole el casco en dos y dejándolo inconsciente durante unos instantes. Mientras atendían al segundo chico, el tercer bateador, pálido y tembloroso, se acercó a su entrenador y le rogó que no lo hiciera batear. «Y no le culpé», añade Ryan.

Tarbox no es Nolan Ryan, pero lanza con fuerza y es consciente de que la intimidación es el arma secreta del lanzador. Sturgis también lanzaba con fuerza, pero siempre pelotas bajas y exteriores. Sturgis es un lanzador cortés. A Tarbox le gusta efectuar lanzamientos altos y ajustados. El Bangor West ha llegado a donde está por su forma de blandir el bate. Si Tarbox consigue intimidarlos les arrebatará los bates de las manos, y si hace esto, el Bangor está acabado.

Nick Trzaskos ni se acerca a la proeza de empezar con una carrera. Tarbox lo elimina con una pelota recta y ajustada que obliga a Nick a apartarse. Nick se vuelve con expresión incrédula hacia el arbitro de base de meta y abre la boca para protestar.

-¡No digas ni una palabra, Nick! -grita Dave desde el foso-. ¡Vuelve aquí!

Nick obedece, pero su rostro ha vuelto a adquirir la acostumbrada expresión huraña. Una vez dentro del foso, arroja el casco bajo el banco con ademán disgustado.

Tarbox intenta eliminar a todo el mundo, pero Ryan la-rrobino está en forma. Ya se ha empezado a hablar de larrobi-no por ahí, y ni siquiera Phil Tarbox, por seguro de sí mismo que parezca, se atreverá a retarlo. Lanza pelotas bajas y exteriores, y por fin le concede una base.

También concede una base de Matt Kinney, que sigue a Ryan en el turno al bate, pero a él le lanza de nuevo pelotas altas y ajustadas. Matt tiene unos reflejos fantásticos, y los necesita para evitar que las pelotas de Tarbox lo alcancen, y lo alcancen con fuerza. Cuando por fin consigue una base, larrobino ya se encuentra en segunda gracias a un lanzamiento malo que ha pasado a pocos centímetros del rostro de Matt. A continuación, Tarbox se tranquiliza un poco y consigue eliminar a Kevin Rochefort y Roger Fisher, con lo cual termina la primera entrada.

Roger Fisher sigue trabajando con lentitud y método; juguetea con las mangas de su camiseta entre lanzamientos, se vuelve hacia el defensor del cuadro, de vez en cuando incluso observa el cielo, probablemente en busca de ovnis. Con dos jugadores en bases y uno eliminado,

Estes, que ha logrado una base por bolas, echa a correr hacia tercera tras un lanzamiento que rebota en el guante de Joe Wilcox antes de caer al suelo. Joe se recobra con rapidez y

lanza la pelota a Kevin Rochefort, que cubre la tercera. La pelota está esperando a Estes cuando llega, por lo que el muchacho regresa al foso. Dos eliminados; Fernald ha avanzado a segunda en la jugada.

Wyatt, el octavo bateador del York, envía una pelota rasa a la parte derecha del cuadro. El avance de la pelota se ve frenado por el estado del terreno. Fisher se abalanza sobre la pelota, al igual que King, el primera base. Roger la atrapa, resbala en la hierba mojada y se arrastra hacia la almohadilla con la pelota en la mano. Wyatt lo adelanta con facilidad. Fernald entra en la base de meta y anota la primera carrera del partido.

Si Roger va a sucumbir, cabe esperar que sucumba ahora. El muchacho observa el cuadro y examina la pelota. Parece preparado para lanzar, pero de repente se aparta del montículo. Por lo visto, está muy molesto con las mangas de su camiseta. Se toma todo el tiempo del mundo ajustándoselas mientras a Matt Francke, el bateador del York, le salen telarañas de tanto esperar.

Cuando Fisher se decide por fin a lanzar, tiene a Francke en el bolsillo. El bateador del York envía una pelota fácil a Rochefort, que defiende la tercera base. Rochefort se la pasa a Matt

Kinney, forzando a Wyatt. Pese a ello, el York ha anotado primero y vence por 1 a O después de una entrada y media.

El Bangor West tampoco se anota ninguna carrera cuando se corre la segunda, pero pese a ello, se anotan tantos contra Phil Tarbox. El excelente lanzador del York se ha alejado del montículo con la cabeza alta al término de la primera entrada. Pero después de lanzar en la segunda entrada, vuelve al foso cabizbajo, y algunos de sus compañeros lo observan inquietos.Owen King, el primer bateador en el turno del Bangor West de la segunda entrada, no se deja intimidar por Tarbox, pero es un grandullón mucho más lento que Matt Kinney. Tras tres lanzamientos malos y dos strikes, Tarbox intenta eliminarlo con una pelota interior. La pelota rápida se eleva y entra demasiado. King recibe un tremendo golpe en la axila. Cae al suelo llevándose la mano al lugar del golpe, demasiado asombrado para llorar en el primer momento, aunque presa del dolor, sin lugar a dudas. Por fin llegan las lágrimas, no muchas, pero sí auténticas. King mide más de un metro ochenta y pesa más de cien kilos; es tan voluminoso como un hombre, pero lo cierto es que sólo tiene doce años y no está acostumbrado a que le den con una pelota que va a ciento diez kilómetros por hora. Tarbox sale del montículo del lanzador y corre hacia él con el rostro contraído de preocupación y arrepentimiento. El arbitro, que ya se ha agachado junto al jugador caído, le hace señas impacientes para que se aparte. El enfermero que se acerca a la carrera ni siquiera mira a Tarbox. Pero los hinchas sí. Los hinchas lo miran con gran atención.

-¡Sáquenlo antes de que golpee a alguien más! -grita uno.

-¡Por favor, sáquenlo antes de que haga daño de verdad a alguien! -añade otro, como si un golpe en las costillas no fuera a hacer daño de verdad.

-¡Avíselo, arbitro! -corea una tercera voz-. ¡Eso ha sido adrede! ¡Dígale lo que pasará si vuelve a hacerlo!

Tarbox lanza una mirada a los hinchas, y por un instante, este muchacho, que hasta ahora ha emanado una suerte de serena confianza en sí mismo, parece muy joven y muy inseguro. De hecho, tiene el mismo aspecto que Stanley Sturgis ofrecía cuando se acercaba el fin del partido entre el Belfast y el Lewiston. Mientras regresa al montículo golpea la pelota contra el guante en ademán frustrado.

Entretanto, King ha conseguido incorporarse con ayuda. Tras asegurar a Neil Waterman, al enfermero y al arbitro que quiere seguir en el partido y que puede hacerlo, vuelve a primera base.

Los hinchas de los dos equipos le dedican una gran ovación.

Phil Tarbox, que por supuesto no tenía intención alguna de golpear al primer bateador de la alineación en un partido en el que sólo había anotada una carrera, demuestra lo mucho que lo ha afectado el episodio lanzando una pelota facilísima a Arthur Dorr. Arthur, el

segundo jugador titular más bajito del Bangor West, acepta este inesperado pero agradable regalo enviando la pelota al extremo derecho del campo.

King sale corriendo al oír el sonido del bate. Rodea la tercera base, consciente de que no puede anotarse una carrera pero con la esperanza de garantizar a Arthur la segunda base, y en ese momento, las condiciones meteorológicas le juegan una mala pasada. La zona de tercera base sigue húmeda. Cuando King intenta frenar para rodearla, pierde pie y cae de culo. La pelota ha vuelto a Tarbox, y Tarbox no quiere correr riesgos; va a por King, que se esfuerza en vano por incorporarse. Por fin, el jugador más voluminoso del Bangor West levanta los brazos en un elocuente ademán de rendición. Gracias al terreno resbaladizo, Tarbox tiene ahora a un corredor en segunda y un bateador eliminado en lugar de corredores en segunda y tercera sin ningún jugador eliminado. Se trata de una diferencia importante, y Tarbox demuestra que ha recobrado la confianza en sí mismo eliminando a Mike Arnold.

En su tercer lanzamiento a Joe Wilcox, golpea al receptor del Bangor en el codo. En esta ocasión, los gritos de enojo de los hinchas del Bangor son más intensos y han adquirido un matiz amenazador. Algunos de ellos dirigen su ira hacia el arbitro de base de meta y le exigen que expulse a Tarbox. El arbitro, que comprende la situación a la perfección, ni siquiera se molesta en avisarle. La expresión consternada que exhibe mientras Wilcox trota tembloroso hacia primera le demuestra que no es necesario. Pero el director del York tiene que salir y tranquilizar al lanzador, indicarle lo que es evidente; que hay dos bateadores eliminados y que la primera base estaba abierta de todos modos. No hay problema.

Pero para Tarbox sí hay un problema. Ha golpeado a dos chicos en esta entrada, y con fuerza suficiente como para que se echaran a llorar. Si eso no fuera un problema, el chico tendría que someterse a un examen psiquiátrico.El York consigue tres jugadas simples y anotarse dos carreras más en la primera mitad de la tercera, con lo que el marcador se sitúa en 3 a 0. Si estas carreras, ambas merecidas, se hubieran producido en la primera mitad de la primera carrera, el

Bangor habría estado en graves apuros, pero cuando entran a jugar, los muchachos del Bangor parecen emocionados y dispuestos. No tienen la sensación de que el partido esté perdido, de que vayan a fracasar.

Ryan larrobino es el primer bateador en la segunda parte de la tercera entrada, y Tarbox tiene cuidado con él..., demasiado cuidado. Ha empezado a apuntar la pelota, y la consecuencia es fácil de prever. Cuando la cuenta se sitúa en un strike y dos lanzamientos malos, Tarbox golpea a larrobino en el hombro. larrobino se vuelve y golpea el suelo con el bate, aunque resulta imposible determinar si lo hace a causa del dolor, la frustración o el enfado. Probablemente las tres cosas. La reacción del público es mucho más fácil de adivinar. Los hinchas del Bangor se han puesto en pie y gritan enfadados a Tarbox y al arbitro. En la sección de los aficionados del York, todo el mundo permanece en un extrañado silencio; no es el partido que esperaban. Mientras regresa al trote a la primera base, Ryan lanza una mirada a Tarbox. Una mirada breve, pero muy clara. *Ya es la tercera vez. Que sea la ultima.*

Tarbox habla un momento con su entrenador antes de enfrentarse con Matt Kinney. Su confianza se ha hecho añicos, y el primer lanzamiento que efectúa a Matt indica que le apetece tanto seguir lanzando en este partido como a un gato tomar un baño de burbujas. A larrobino no le cuesta esfuerzo alguno adelantarse a la pelota que el receptor del York, Dan Bou-chard, pasa a segunda base. Tarbox concede una base por bolas a Kinney. El siguiente bateador es Kevin

Rochefort. Tras dos intentos fallidos de batear, Roach se tranquiliza y permite que Tarbox cave su tumba un poco más. Éste lo hace y concede a Roach una base por bolas tras un strike y un lanzamiento malo. Tarbox ya ha efectuado más de sesenta lanzamientos en tan sólo tres entradas.

Roger Fisher también llega a tres lanzamientos malos y dos strikes con Tarbox, que ahora parece confiar tan sólo en las pelotas flojas; por lo visto, ha decidido que si tiene que falpear a otro bateador, al menos no lo golpeará con fuerza, ste no es lugar para Fish. Las bases están repletas. Tarbox lo sabe y corre un riesgo calculado, lanzando una pelota, pues cree que Roger no la bateará con la esperanza de lograr una base por bolas. Sin embargo,

Roger la batea con fruición y la envía a la zona entre primera y segunda, lo que le vale una jugada simple. larrobino se dirige a la base de meta y consigue la primera carrera del Bangor.

Owen King, el jugador que estaba al bate cuando Phil Tarbox ha iniciado su proceso de autodestrucción, es el siguiente bateador. El entrenador del York, que sospecha que Tarbox aún lo hará peor en esta ocasión, ya tiene suficiente. Matt Francke sale a lanzar, y Tarbox se convierte en el receptor del York. Esperando en cuclillas a que Francke termine sus ejercicios de calentamiento, Tarbox parece resignado y aliviado a un tiempo. Francke no golpea a nadie, pero es incapaz de detener la hemorragia. Al final de la tercera entrada, el marcador señala Bangor 5,

York 3.

Nos encontramos ya en la quinta entrada. El aire está cargado de humedad grisácea, y la pancarta que proclama YORK A BRISTOL y está sujeta a los postes del marcador empieza a arrugarse. Los hinchas también parecen un poco arrugados y cada vez más inquietos. ¿Realmente irá el York a Bristol? «Bueno, se supone que sí -dicen sus rostros-. Pero estamos en la quinta entrada y todavía perdemos por dos carreras. Dios mío, ¿cómo ha podido pasar?»

Roger Fisher sigue jugando de maravilla, y en la segunda mitad de la quinta, el Bangor West pone lo que parecen ser los últimos clavos del ataúd del York. Mike Arnold empieza la mitad con una jugada simple. Joe Wilcox da un toque de sacrificio y avanza a Moore a segunda, e larrobino consigue una jugada doble que permite a Moore anotarse una carrera. Le toca batear a Matt

Kinney. Después de que un error avance a Ryan a tercera, Kinney envía una roleta fácil a la interbase, pero la esférica se escapa del guante del defensor del cuadro, por lo que larrobino se anota una carrera.

El Bangor West se dirige a sus posiciones de defensa conademán de júbilo y euforia pues aventaja a sus rivales en el marcador por 7 a 3 y sólo necesita tres eliminaciones más para ganar.

Cuando Roger Fisher entra en el montículo para enfrentarse a los bateadores del York en la primera mitad de la sexta, ya ha efectuado setenta y nueve lanzamientos y está cansado. Lo demuestra de inmediato concediendo una base por bolas a Tim Pollack. Dave y Neil ya han visto bastante. Fisher pasa a segunda base, y Mike Arnold, que ha estado realizando ejercicios de calentamiento entre entradas, se dirige hacia el montículo. Por lo general es un buen sustituto, pero hoy no es su día. Tal vez se deba a la tensión, o tal vez a que la humedad de la tierra ha cambiado sus movimientos. Elimina a Francke, pero concede una base por bolas a Bouchard y una jugada doble a Philbrick, mientras que Pollack, el corredor al que Roger ha concedido una base, consigue anotarse una carrera, y Bouchard avanza a tercera. La carrera de Pollack no significa nada por sí sola. Lo importante es que el York ahora tiene corredores tanto en la segunda como en la tercera, y la potencial carrera del empate se acerca a la plataforma. La potencial carrera del empate es alguien con un interés personal en conseguir un buen golpe, porque es la razón principal por la que el York se encuentra a tan sólo dos eliminaciones de la derrota. La potencial carrera del empate es Phil Tarbox.

Mike lanza hasta situarse en un lanzamiento malo y un strike antes de enviar una pelota recta al centro de la plataforma. En el foso del Bangor West, Dave Mansfield hace una mueca y se lleva una mano a la frente en ademán desesperado incluso antes de que Tarbox se disponga a batear. Se oye un golpe sordo cuando éste consigue la hazaña más difícil del béisbol; utilizar el bate redondeado para golpear la pelota redonda justo en el centro.

Ryan larrobino sale disparado en el momento en que Tarbox golpea la pelota, pero se queda sin espacio demasiado pronto. La pelota sobrepasa la valla por unos siete metros, rebota en una cámara de televisión y vuelve a caer en el campo. Ryan la contempla desesperado mientras los hinchas del York se vuelven locos, y el equipo entero sale disparado del foso para vitorear a

Tarbox, que con su golpe ha conseguido tres carreras además de redimirse de un modo espectacular. En su rostro se aprecia una expresión de satisfacción casi beatífica. Sus

extasiados compañeros lo alzan a hombros. De regreso al foso, no permiten que sus pies toquen el suelo.

Los hinchas del Bangor permanecen sentados y en silencio, asombrados ante el terrible giro que ha dado el partido. Ayer, el Bangor flirteó con el desastre; hoy lo han tomado en sus brazos.

El ímpetu ha vuelto ha cambiar de bando, y los hinchas temen que esta vez sea para siempre.

Mike Arnold conferencia con Dave y Neil. Le están diciendo que regrese al montículo y lance con fuerza, que el partido sólo está empatado, no perdido, pero no cabe duda de que Mike tiene la moral por los suelos.

El siguiente bateador, Hutchins, envía una pelota rasa fácil a Matt Kinney, pero Arnold no es el único cuya moral está por los suelos; Kinney, por lo general de lo más fiable, no consigue atrapar la pelota, por lo que Hutchins avanza una base. Ro-chefort consigue hacerse con la pelota antes de que Andy Estes llegue a tercera, pero Hutchins avanza a segunda gracias a un lanzamiento malo. King atrapa la pelota englobada de Matt Hoyt, con lo que queda eliminado el tercer bateador y el Bangor consigue salir del atolladero.

El equipo tiene la oportunidad de desempatar el partido en la segunda mitad de la sexta, pero no la aprovecha. Fallan contra Matt Francke, por lo que, de repente, el Bangor West se encuentra jugando su primera prórroga de la postemporada, con el marcador empatado 7 a 7.

Durante el partido contra el Lewiston, el mal tiempo acabó por aclararse. Pero hoy no.

Mientras el Bangor West pasa a la defensa en la primera mitad de la séptima, el cielo se torna cada vez más oscuro. Son casi las seis, por lo que, incluso bajo estas condiciones, el campo debería aparecer claro y luminoso, pero ha empezado a bajar la niebla. Un vídeo del partido haría pensar que las cámaras de televisión no funcionan; todo parece desvaído, opaco, subexpuesto. Los hinchas en mangas de camisa que llenan las gradas del centro del campo se están convirtiendo en cabezas decapitadas y manos amputadas; sólolas camisetas permiten distinguir a Trzaskos, larrobino y Ar-thur Dorr, que se encuentran en el exterior del campo.

Justo antes de que Mike efectúe el primer lanzamiento de la séptima, Neil propina un codazo a Dave y señala al extremo derecho del campo. Dave pide tiempo muerto y corre hacia allí para ver qué le pasa a Arthur Dorr, que está inclinado hacia delante, con la cabeza casi enterrada entre las rodillas.

Arthur alza la mirada algo sorprendido cuando Dave se acerca a él.

-No me pasa nada -contesta a la pregunta que Dave todavía no ha formulado.

-Entonces, ¿qué diablos estás haciendo? -pregunta asombrado Dave.

-Estoy buscando tréboles de cuatro hojas -responde Arthur.

A Dave le asombra o le divierte la escena demasiado como para echar una bronca al muchacho. Se limita a decirle que tal vez sería más adecuado dedicarse a buscar tréboles de cuatro hojas después del partido.

Arthur contempla la niebla antes de volver a mirar a Dave.

-Creo que entonces ya estará demasiado oscuro -constata.

Una vez solucionado el problema de Arthur, el partido puede continuar, y Mike Arnold hace un trabajo meritorio, tal vez porque ahora se enfrenta casi exclusivamente a los reservas del York.

El York no se anota ninguna carrera, y el Bangor sale a batear en la segunda mitad de la séptima con otra oportunidad de ganar.

Están a punto de conseguirlo. Con las bases repletas y dos eliminados, Roger Fisher envía una pelota fuerte a la línea de primera base. Sin embargo, ahí está Matt Hoyt para hacerse con ella, y los equipos vuelven a cambiar de posiciones.

Philbrick envía un englobado a Nick Trzaskos al comienzo de la octava, y a continuación vuelve a salir Phil Tarbox. Este todavía no ha terminado con el Bangor West. Ya ha recuperado su confianza. Su rostro aparece completamente sereno al encajar el primer strike de Mike. Falla el segundo lanzamiento, una pelota baja que rebota contra el protector de espinilla de Joe Wilcox.

Tarbox sale de la plataforma, se pone en cuclillas con el bate entre las rodillas y se concentra. Se trata de una técnica Zen que el entrenador del York ha enseñado a sus muchachos; Francke la ha empleado varias veces en el montículo en momentos críticos... Y lo cierto es que a Tarbox le funciona esta vez... junto con un poco de ayuda por parte de Mike Arnold.

El último lanzamiento de Arnold a Tarbox es una pelota curvada y alta que se dirige justo hacia el lugar en que Dave y Neil no querían ver ningún lanzamiento, y Tarbox la aprovecha a la perfección. La pelota vuela hacia la izquierda del campo y aterriza al otro lado de la valla. No hay ninguna cámara de televisión que la detenga; la pelota va a parar al bosque, y los hinchas del York vuelven a ponerse en pie, entonando cantos de «Phil, Phil, Phil» mientras Tarbox rodea la tercera, cruza la línea y empieza a dar saltos. No sólo corre hacia la base de meta, sino que se abalanza sobre ella.

Y por lo visto, eso no es todo. Hutchins consigue una jugada simple y avanza a segunda gracias a un error. Estes envía una a tercera y Rochefort batea mal a segunda. Por suerte, Roger

Fisher recibe el apoyo de Arthur Dorr y evita otra carrera, pero ahora hay muchachos del York en primera y en segunda, y el Bangor sólo ha eliminado a un bateador.

Dave saca a Owen King a batear, y Mike Arnold pasa a primera. Tras efectuar un lanzamiento malo que avanza a los corredores a segunda y tercera respectivamente, Matt Hoyt envía una pelota rasa a Kevin Rochefort. En el partido que el Bangor perdió contra el Hampden,

Casey Kinney fue capaz de volver y convertir la jugada tras cometer un error. Rochefort hace lo mismo, y además a la perfección. Atrapa la pelota, la sostiene durante un instante mientras se asegura de que Hutchins no va a correr hacia la base de meta, y a continuación se la lanza a Mike, adelantando a Matt Hoyt, un corredor lento, por dos pasos. Teniendo en cuenta la dura prueba por la que han pasado los muchachos, se trata de una jugada impresionante. El Bangor West se ha recuperado, y King maneja a Ryan Fernald, que bateó una pelota de tres carreras en el par-tido contra el Yarmouth, con verdadera maestría, buscando las esquinas, empleando una extraña aunque eficaz táctica lateral como complemento de las pelotas altas. Fernald batea una débil pelota a primera, y así finaliza la mitad. Después de siete entradas y media, el York vence al

Bangor por 8 a 7. Seis de las carreras impulsadas del York se deben a Philip Tarbox.

Matt Francke, el lanzador del York, está tan cansado como estaba Fisher cuando Dave ha decidido sustituirlo por Mike Arnold. La diferencia estriba en que Dave tenía a Mike Arnold y detrás de él, a Owen King. El entrenador del York no tiene a nadie; sacó a Ryan Fernald a lanzar contra el Yarmouth, por lo que no ha podido hacerlo lanzar hoy, y ahora no le queda más que

Francke.

El muchacho empieza bien la octava entrada, pues consigue eliminar a King. Arthur Dorr es el siguiente bateador. Ha conseguido un golpe bueno en cuatro turnos, una doble jugada lanzada por Tarbox. Francke, que a todas luces está en apuros pero, al mismo tiempo, resuelto a ganar el partido, se ensaña con Arthur, pero al final le lanza una pelota muy exterior que avanza a Arthur a primera.

Mike Arnold es el siguiente. No ha sido su día en el montículo, pero en la plataforma se porta bien y efectúa un perfecto toque de bola; su intención no es efectuar un toque de sacrificio, sino lograr una jugada simple, que casi consigue. Pero la pelota no se detiene del todo en esa zona blanda que media entre la base de meta y el montículo del lanzador. Francke la atrapa, echa un breve vistazo a segunda base y por fin decide lanzarla a primera. Ahora hay dos jugadores eliminados y un corredor en segunda. El Bangor West está a una eliminación de la derrota.

Joe Wilcox, el receptor, es el siguiente bateador. Tras dos strikes y una bola mala, envía una pelota lenta a la línea de primera base. Matt Hoyt la atrapa, pero un segundo demasiado tarde; la bola ya había cruzado la línea de falta, y el arbitro de primera base está ahí para

constatarlo. Hoyt, que ya se disponía a correr hacia el montículo para abrazar a Francke, se limita a devolver la pelota.

Ahora el marcador de Joey es de dos strikes y dos lanza- mientos malos. Francke sale de la plataforma del lanzador, alza los ojos hacia el cielo y se concentra. A continuación regresa al montículo y efectúa un lanzamiento alto y fuera de la zona de strike. Joey se dispone a golpearla de todos modos, sin ni siquiera mirar, en un reflejo de autodefensa. El bate golpea la pelota por pura suerte... y aterriza más allá de la línea de falta.

Francke vuelve a concentrarse y a continuación vuelve a lanzar... pero mal. Tercer lanzamiento malo.

Se acerca lo que podría ser el lanzamiento del partido. Parece un strike alto, un strike que sentenciará el partido, pero el arbitro decreta bola cuatro. Joe Wilcox trota hacia primera base con una expresión de incredulidad pintada en el rostro. Sólo más tarde, en la movióla, se aprecia que el arbitro tenía razón al decretar lanzamiento malo. Joe Wilcox, tan ansioso que sostiene el bate como si fuera un palo de golf hasta el momento del lanzamiento, se pone de puntillas cuando se acerca la pelota, y por eso el lanzamiento parece más alto de lo que es cuando la pelota cruza la plataforma. El arbitro, que no se mueve en ningún momento, descuenta todos los tics nerviosos y toma una decisión digna de cualquier liga importante. Las reglas indican que el bateador no puede encoger la zona de strike agachándose; por la misma regla de tres, no se puede alargar estirándose. Si Joe no se hubiera puesto de puntillas, el lanzamiento de Francke habría ido a parar a la altura del cuello. Así pues, en lugar de convertirse en el tercer bateador eliminado y sentenciar el partido, Joe se convierte en otro corredor en base.

Una de las cámaras de televisión enfocaba a Matt Francke en el momento del lanzamiento, por lo que ha captado una imagen muy interesante. La movióla muestra cómo el rostro de Francke se ilumina cuando la pelota inicia el descenso un instante demasiado tarde como para convertirse en un strike. Alza el puño en ademán de triunfo. En ese momento, se vuelve para dirigirse hacia el foso del York, y el arbitro lo tapa durante un instante. Cuando Francke vuelve a aparecer, su expresión alegre se ha trocado en una de tristeza e incredulidad. No discute la decisión del arbitro, pues a estos niños se les enseña a no hacerlo en la temporada normal y no hacerlo nunca, nunca, nunca en un partido de campeonato, pero lo cierto esque parece estar llorando cuando se prepara para enfrentarse al siguiente bateador.

El Bangor West sigue vivo, y cuando Nick Trzaskos se acerca a la plataforma, los hinchas se ponen de nuevo en pie y empiezan a gritar. Es evidente que Nick espera un regalo de Francke, y por supuesto, lo obtiene. Francke le concede una base por bolas. Se trata de la decimoprimera base que el York concede en este partido. Nick corre a primera, con lo que las bases están repletas, y Ryan larrobino sale a batear. En estas situaciones siempre aparece Ryan larrobino, y esta jugada no es la excepción. Los hinchas del Bangor West están de pie, vitoreando. Los jugadores están en el foso con los dedos introducidos en los rombos del alambre de la valla.

-No puedo creerlo -exclama uno de los comentaristas de televisión-. No doy crédito al desarrollo de este partido.

-Bueno, te voy a decir una cosa -interviene su compañero-. En cualquier caso, así es como ambos equipos querrían que terminara el partido.

Mientras habla, la cámara ofrece su propia versión del comentario al enfocar la dolorida expresión de Matt Francke. La imagen sugiere que esto es lo último que quería el jugador zurdo del York. ¿Por qué iba a quererlo? larrobino ha conseguido dos jugadas dobles y dos simples, además de ser golpeado por una pelota. El York no ha conseguido eliminarlo ni una sola vez. Francke le lanza una pelota alta y exterior, y a continuación una baja. Son sus lanzamientos número 135 y 136. El muchacho está exhausto. Chuck Bittner, el director del York, lo llama. larrobino espera a que termine la breve conversación y a continuación vuelve a entrar en la plataforma.

Matt Francke se concentra con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados; parece un polluelo esperando a que le den de comer. Al cabo de un instante se yergue y efectúa el último lanzamiento de la temporada de la Pequeña Liga de Maine.

Larrobino no ha prestado atención al ejercicio de concentración. Ha bajado la cabeza; sólo le interesa saber por dónde le saldrá Francke y no aparta la mirada de la pelota en ningún momento.

El lanzamiento es una pelota recta, baja y exterior. Ryan larrobino flexiona un poco las rodillas.

Blande el bate y golpea la pelota, la golpea con fuerza, y mientras la esférica sale del campo, levanta los brazos con ademán delirante y se abandona a una danza salvaje a lo largo de la línea de primera base.

Matt Francke, que ha estado dos veces a punto de ganar el partido, baja la cabeza sin atreverse a mirar. Y mientras Ryan rodea segunda e inicia el regreso hacia la base de meta, parece comprender por fin lo que ha hecho, y en ese momento empieza a llorar.

Los hinchas están histéricos; los comentaristas están histéricos; incluso Dave y Neil parecen encontrarse al borde de la histeria mientras bloquean la base de meta a fin de que Ryan tenga espacio para tocarla. El muchacho rodea la tercera base y pasa junto al arbitro, que todavía tiene el dedo levantado en señal de que la jugada es carrera.

Detrás de la base de meta, Phil Tarbox se quita la máscara y se aleja. Golpea el suelo con el pie mientras en su rostro se dibuja una expresión de profunda frustración. Sale del campo de visión de la cámara y de la Pequeña Liga para siempre. El año próximo jugará en la liga juvenil, y lo más probable es que juegue muy bien, pero ya no habrá más partidos como éste para Tarbox ni para ninguno de estos chicos. Este partido quedará en los anales, como suele decirse.

Entre sollozos y risas, Ryan larrobino, que se sujeta el casco con una mano, mientras con la otra apunta al cielo gris, da un salto, llega a la base de meta y a continuación da otro salto que lo lleva directamente a los brazos de sus compañeros, los cuales lo alzan a hombros en ademán de triunfo. El partido ha terminado. El Bangor West ha ganado por 11 a 8. Son los campeones de la

Pequeña Liga de Maine de 1989.

Al volverme hacia la valla que se alza tras la primera base me topo con un espectáculo impresionante; un bosque de manos que se agitan. Los padres de los jugadores se han agolpado tras la valla y han pasado las manos por encima para tocar a sus hijos. Muchos de ellos también están llorando. Todos los chicos muestran la misma expresión de jubilosa incredulidad, y todas esas manos, centenares de manos, tengo la impresión, se agitan hacia ellos para felicitarlos, abrazarlos, sentirlos.

Los chicos hacen caso omiso de las manos. Más tarde ya ha-brá tiempo para palmadas y abrazos. Sin embargo, ahora tienen cosas que hacer. Se ponen en fila para entrechocar las manos con los jugadores del York en la base de meta, como manda el ritual. La mayoría de los chicos de ambos equipos están llorando, algunos con tal fuerza que apenas pueden andar.

A continuación, un instante antes de que los muchachos del Bangor corran hacia la valla en la que los esperan todas aquellas manos, todos ellos rodean a los entrenadores y los abrazan con gesto triunfal. Han logrado ganar el campeonato... Ryan y Matt, Owen y Arthur, Mike y Roger

Fisher, descubridor de tréboles de cuatro hojas. En este momento se vitorean unos a otros, y todo lo demás puede esperar. Al cabo de unos minutos se dirigen hacia la valla, hacia sus padres que los esperan entre llantos, risas y gritos, y el mundo inicia su retorno a la normalidad.

-¿Cuánto tiempo seguiremos jugando, entrenador? -preguntó J. J. Fiddler a Neil

Waterman después de que el Bangor venciera al Machias.

-Jugaremos hasta que alguien nos detenga.

El equipo que por fin detuvo al Bangor West fue el Wes-tfield, de Massachusetts. El Bangor

West jugó contra este equipo en la segunda ronda del campeonato de las regiones del este, el 15 de agosto de 1989. Matt Kinney fue el lanzador del equipo y jugó el partido de su vida, pues eliminó a ocho jugadores, concedió cinco bases, una de ellas intencionada, y tan

sólo permitió tres golpes buenos. El Bangor West, sin embargo, sólo consiguió arrancar un golpe bueno al lanzador del Westfield, Tim Laurita, y el que lo consiguió, por supuesto, fue Ryan larrobino. El resultado final fue Westfield 2, Bangor West 1. Cabe destacar la carrera impulsada del Bangor a King, conseguida gracias a una base por bolas en un momento en que las bases estaban repletas. Cabe destacar también la carrera impulsada a Laurita que sentenció el partido, también en un momento en que las bases estaban repletas. Fue un partido de impresión, un partido de puristas, pero no pudo igualar al disputado contra el York.

Fue un mal año para el béisbol profesional. Un jugador muy famoso fue inhabilitado de por vida. Un lanzador retirado mató a su mujer de un disparo antes de suicidarse. El presidente de la liga murió de un ataque al corazón. El primer partido de la Serie Mundial que debía disputarse en el estadio Candlestick tras más de veinte años tuvo que aplazarse a causa de un terremoto que sacudió el norte de California. Pero las ligas importantes son sólo una parte de lo que significa el béisbol. En otros lugares y otras ligas, como por ejemplo, la Pequeña Liga, donde no hay jugadores profesionales, ni salarios ni entradas que pagar, el año fue excelente. El campeón del torneo de las regiones del este fue el Trumbull, de Connecti-cut. El 26 de agosto de 1989, el

Trumbull venció al Taiwan y se proclamó campeón de la Serie Mundial de la Pequeña Liga. Era la primera vez que un equipo americano ganaba la Serie Mundial de Williamsport desde 1983, y la primera vez en catorce años que el vencedor procedía de la misma región que el Bangor West.

En septiembre, la división de Maine de la Federación de Béisbol de Estados Unidos nombró a Dave Mansfield entrenador amateur del año.

El dedo móvil

Cuando empezó el chirrido, Howard Mitla estaba solo en el piso de Queens en el que vivía con su mujer. Howard era uno de los asesores fiscales menos conocidos de Nueva York. Violet

Mitla, una de las asistentes de dentista menos conocidas de Nueva York, había esperado al final de las noticias para salir a comprar helado. Después de las noticias daban el concurso de preguntas y respuestas *Jeopardy, y* a ella no le gustaba. Afirmaba que la razón era que Alex Trebek, el presentador, parecía un predicador retorcido, pero Howard conocía el verdadero motivo; *Jeopardy* la hacía sentirse tonta.

El chirrido procedía del cuarto de baño, situado en el corto pasillo que conducía al dormitorio. Howard se puso tenso en cuanto lo oyó. No podía haber entrado un drogadicto ni un ladrón, no con las rejas que había colocado en todas las ventanas dos años antes, rejas que había pagado de su propio bolsillo. Sonaba más bien como si hubiera un ratón en el lavabo o en la bañera. Tal vez incluso una rata.

Se quedó a ver las primeras preguntas del concurso, con la esperanza de que el chirrido desapareciera por sí solo, pero no fue así. En el intermedio, se levantó a regañadientes y se acercó a la puerta del baño. Estaba entornada, por lo que ahora oía el chirrido con más claridad.

Un ratón o una rata, casi seguro. Pequeñas zarpas que chocaban contra la porcelana.

-Maldita sea -masculló Howard mientras entraba en la cocina.

En el pequeño espacio que mediaba entre el fogón y la nevera había unos cuantos accesorios de limpieza; una fre-gona, un cubo lleno de trapos viejos, una escoba con un recogedor encajado en el palo. Con una mano, Howard cogió la escoba por la parte inferior del palo, y con la otra agarró el recogedor. Equipado con tales armas, atravesó el salón refunfuñando y se dirigió de nuevo a la puerta del baño. Inclinó la cabeza hacia delante y escuchó.

Ñic, ñic, ñac, ñac.

Un sonido muy leve. Probablemente no era una rata. No obstante, eso es lo que insistía en conjurar su mente. No una simple rata, sino una rata neoyorquina, un bicho feo y peludo, con ojos oscuros, largos bigotes y dientes afilados que sobresalían del labio superior, curvado en forma de

V. Una rata con carácter.

El sonido era leve, casi delicado, pero aun así...

-Este ruso loco fue acribillado a tiros, apuñalado y estrangulado... Todo ello la misma noche.

-¿Quién era Lenin? -repuso uno de los concursantes.

-Quién era Rasputín, zoquete -murmuró Howard

Mitla.

Se pasó el recogedor a la mano que sostenía la escoba, y a continuación deslizó la mano libre en el baño para encender la luz. Entró en la estancia y avanzó con rapidez hacia la bañera, situada en un rincón, bajo la ventana sucia y enrejada. Odiaba las ratas y los ratones, odiaba todos los bichos pequeños y peludos que chirriaban, se arrastraban por el suelo y a veces incluso mordían, pero cuando era niño y vivía en el barrio neoyorquino de HelPs Kitchen había descubierto que si tenías que acabar con uno de esos bichos, lo mejor era hacerlo deprisa. Vi se había tomado un par de cervezas durante las noticias, y seguro que el baño sería su primera parada en cuanto regresara de la tienda. Si había un ratón en la bañera, pondría el grito en el cielo... y le exigiría que cumpliera con su deber masculino y acabara con el bicho de todas formas. De inmediato.

La bañera estaba vacía a excepción del accesorio de la ducha que colgaba de la pared. El tubo flexible yacía sobre el esmalte como una serpiente muerta.

El chirrido había cesado, o bien cuando Howard había encendido la luz, o bien cuando había entrado en el baño, pero en aquel momento empezó de nuevo. Detrás de él. Se volvió y avanzó tres pasos hacia el lavabo al tiempo que alzaba el palo de la escoba.

El puño que envolvía el palo de la escoba llegó hasta la altura de la barbilla y allí se detuvo, congelado. Howard dejó de caminar. Abrió la boca de par en par. Si se hubiera mirado en el espejo salpicado de dentífrico, habría visto brillantes hilillos de saliva, delgados como hilos de telaraña, que se extendían entre la lengua y el paladar.

Un dedo se había abierto camino hasta el agujero del desagüe del lavabo.

Un dedo humano.

Durante un momento, el dedo permaneció inmóvil, como si se hubiera percatado de que lo observaban. De repente empezó a moverse de nuevo, a tientas por la porcelana rosa que rodeaba el desagüe. Así pues, el sonido no se debía a las patitas de un ratón. Era la uña que coronaba aquel dedo y que chirriaba al rozar la porcelana mientras giraba y giraba.

Howard lanzó un grito ronco de extrañeza, soltó la escoba y corrió hacia la puerta del baño.

Pero en el camino se golpeó el hombro contra la pared de azulejos, rebotó y lo intentó de nuevo.

Esta vez sí acertó, salió del baño, cerró de un portazo y se quedó apoyado en la puerta, sin aliento.

El corazón le latía con violencia, un código Morse sordo que le golpeaba un lado de la garganta.

No podía haberse quedado ahí parado durante demasiado tiempo, porque cuando logró controlarse, Alex Trebek seguía guiando a los tres concursantes de la noche por las preguntas de la primera fase del programa. Sin embargo, mientras permanecía apoyado en la puerta, perdió la noción del tiempo, del lugar en que se encontraba e incluso de quién era.

Lo que le arrancó de aquel letargo fue el zumbido electrónico que indicaba el inicio de una pregunta de valor doble en el concurso:

-La categoría es Espacio y Aviación -anunciaba Alex en aquel instante-. En estos momentos tiene setecientos dólares, Mildred. ¿Cuánto quiere apostar?

Mildred, que carecía de la proyección necesaria para ac-tuar de presentadora de concurso, farfulló una respuesta inaudible.

Howard se apartó de la puerta y regresó al salón; tenía las piernas como patas de palo.

Todavía sostenía el recogedor en una mano. Lo miró durante un momento y a continuación lo dejó caer sobre la moqueta, contra la que chocó con un gol-pecito sordo.

-No lo he visto -murmuró con voz temblorosa al tiempo que se desplomaba en su silla.

-Muy bien, Mildred, por cuatrocientos dólares: este campo de pruebas de las Fuerzas Aéreas se llamaba originalmente Campo de Pruebas Miroc.

Howard clavó la mirada en el televisor. Mildred, una mujer menuda y ratonil que llevaba un aparato para la sordera del tamaño de un radiodespertador, se concentró profundamente.

-No lo he visto -repitió Howard en tono algo más convencido.

-¿Qué es... la Base Aérea Vandenberg? -preguntó Mildred.

-Qué es la Base Aérea Edwards, cazurra -dijo Howard. Y en cuanto Alex Trebek confirmó lo que Howard ya sabía, se repitió a sí mismo:

-No lo he visto en absoluto.

Pero Violet volvería en seguida, y se había dejado la escoba en el cuarto de baño.

Alex Trebek explicó a los concursantes y al público que todavía podía ganar cualquiera, y que volverían para jugar la segunda fase de *Jeopardy,* fase que podía dar la vuelta a los marcadores en un abrir y cerrar de ojos. Salió un político y empezó a explicar las razones por las que debía salir reelegido. Howard se levantó de mala gana. Sus piernas se parecían un poco más a piernas y ya no tanto a patas de palo, pero aun así no quería regresar al cuarto de baño.

«Mira -se dijo-, esto es muy sencillo. Estas cosas siempre son muy sencillas. Has tenido una alucinación momentánea, el tipo de cosa que probablemente pasa a todo el mundo. La única razón por la que no oyes hablar de cosas así más a menudo es que a la gente no le gusta hablar de ello... Tener alucinaciones resulta embarazoso. Hablar de ellas hace que la gente se sienta como tú te vas a sentir si la escoba sigue tirada en el suelo del baño cuando Vi vuelva y te pregunte qué has estado haciendo.»

-Miren -decía el político en la pantalla con voz rica y llena de confianza-. En el fondo, la cosa es bien sencilla: ¿quieren que un hombre honrado y competente dirija el archivo del condado de Nassau, o quieren que un hombre de la ciudad, un pistolero a sueldo que ni siquiera...

«Era aire en las tuberías, estoy seguro», se dijo Howard.

Aunque el sonido que le había atraído al cuarto de baño no guardaba similitud alguna con el que emiten las tuberías llenas de aire, lo cierto era que el timbre de su propia voz, una voz razonable y de nuevo controlada, le permitió avanzar con una actitud más segura.

Y además... Vi volvería en seguida. De hecho, estaría al caer.

Se detuvo junto a la puerta y escuchó.

Ñic, ñac, ñac. Sonaba como el ciego más pequeño del mundo golpeando la porcelana con el bastón, abriéndose camino a tientas, inspeccionando el terreno.

-¡Aire en las tuberías! -repitió Howard en tono fuerte y dramático, al tiempo que abría de golpe la puerta del baño.

Una vez dentro se agachó, cogió el palo de la escoba y tiró de él para sacarlo de allí. No tuvo que adentrarse ni dos pasos en la pequeña estancia de suelo de linóleo maltrecho y desvaído, y su deslustrada vista sobre el patio de luces, limitada por las rejas de la ventana. No lanzó ni una sola mirada en dirección al lavabo.

Al salir, se quedó junto a la puerta y escuchó.

Ñic, ñac. Ñic, ñac.

Colocó la escoba y el recogedor, de nuevo, en el pequeño espacio que mediaba entre el fogón y la nevera, y a continuación regresó al salón. Permaneció allí un instante, con la mirada clavada en la puerta del cuarto de baño. Estaba entor-nada y arrojaba un abanico de luz amarilla sobre el suelo del pequeño pasillo.

«Será mejor que vayas a apagar la luz. Ya sabes cómo se pone Vi cuando haces cosas así. Ni siquiera tienes que entrar. Basta con que metas la mano y la apagues.»

Pero ¿qué pasaría si algo le tocaba la mano mientras la alargaba para apagar la luz?

¿Qué pasaría si un dedo le tocara el dedo?

¿Qué pasaría entonces, señoras y señores?

Todavía oía el sonido. Poseía cierta cualidad despiadada. Era para volverse loco.

Ñic. Ñac. Ñac.

En el televisor, Alex Trebek estaba leyendo las categorías de la segunda fase *dejeopardy....*

Howard se acercó al aparato y subió un poco el volumen. Después volvió a su silla y se dijo que no oía ningún sonido procedente del baño. Ni un solo sonido.

Salvo tal vez un poco de aire en las cañerías.

Vi Mitla era una de esas mujeres que hacen las cosas con tal precisión que casi parecen frágiles... pero Howard llevaba veintiún años casado con ella, por lo que sabía que no tenía ni un pelo de frágil. Vi comía, bebía, trabajaba, bailaba y hacía el amor de la misma forma, con brío.

Aquella noche entró en el piso como un huracán de bolsillo. Con uno de sus grandes brazos sujetaba una bolsa de papel marrón contra el pecho derecho. Llevó la bolsa a la cocina sin detenerse siquiera. Howard oyó el crujido de la bolsa, el ruido de la nevera al abrirse y volverse a cerrar. Al regresar al salón, Vi le arrojó el abrigo.

-Cuélgalo, ¿quieres? -pidió-. Tengo que mear. ¡Uuf! ¡Tengo unas ganas tremendas!

¡Uuf! era una de las expresiones predilectas de Vi. Su versión era la más parecida a la que emplean los niños para referirse a algo maloliente.

-Claro, Vi -repuso Howard mientras se levantaba lentamente con el abrigo azul marino de Vi entre los brazos.

Sus ojos no se apartaron de su mujer mientras ésta cruzaba el salón y se dirigía hacia el cuarto de baño.

-A la empresa de la luz le encanta que te dejes las luces encendidas, Howie -exclamó Vi por encima del hombro.

-La he dejado encendida a propósito -replicó Howard-. Sabía que era el primer lugar en que entrarías al llegar a casa.

Vi lanzó una carcajada; Howard oyó el susurro de la ropa de su mujer.

-Me conoces demasiado bien... La gente va a pensar que estamos enamorados.

«Deberías decírselo... advertirla», se dijo Howard, aunque sabía que no podía hacerlo. ¿Qué iba a decirle? «Cuidado, Vi, hay un dedo que sale del desagüe del lavabo, no dejes que el tío al que pertenece te lo meta en el ojo cuando te inclines para llenarte un vaso de agua.»

Además, no había sido más que una alucinación, producida por las cañerías llenas de aire y el miedo que tenía a las ratas y los ratones. Ahora que ya habían pasado algunos minutos, le parecía la explicación más plausible.

Pese a ello, se quedó ahí parado, con el abrigo de Vi entre los brazos, esperando el momento en que su mujer se pusiera a gritar. Y al cabo de diez o quince segundos, oyó el grito, en efecto.

-¡Por Dios, Howard!

Howard dio un respingo y abrazó el abrigo con más fuerza. Su corazón, que había empezado a latir con normalidad, empezó a emitir de nuevo aquel código Morse. Intentó hablar, pero al principio, ningún sonido salió de su garganta.

-¿Qué? -logró articular por fin-. ¿Qué, Vi? ¿Qué es lo que pasa?

-¡Las toallas! ¡La mitad de las toallas están en el suelo! ¡Madre mía! Pero ¿qué ha pasado?

-No lo sé -exclamó Howard.

El corazón le latía cada vez más deprisa, y le resultaba imposible decidir si la náusea que sentía en el fondo de la barriga era de alivio o de terror. Suponía que había tirado las toallas mientras intentaba salir del baño, en el momento de golpearse contra la pared.-Habrán sido los fantasmas -comentó Vi-. Y otra cosa. No quiero ser pesada, pero te has olvidado otra vez de bajar el asiento del váter.

-Oh, lo siento.

-Sí, es lo que dices siempre -exclamó su mujer-. A veces creo que quieres que me caiga dentro y me ahogue. ¡De verdad que lo creo!

Se oyó un golpe cuando la mujer bajó el asiento. Howard esperó, con el corazón en vilo y el abrigo apretado contra el pecho.

-Tiene el récord de *strikes* en un solo partido -leyó

Alex Trebek.

-¿Quién era Tom Seaver? -replicó Mildred de inmediato.

-Roger Clemens, imbécil -corrigió Howard.

Splaaash. Ahí va el agua del váter. Y había llegado el momento que había esperado Howard, el cual se acababa de dar cuenta de ello. La pausa se le antojó eterna. De repente oyó el chirrido del grifo del lavabo marcado con una C (hacía tiempo que tenía pensado cambiarlo y siempre se olvidaba), seguido del sonido del agua, seguido a su vez por el sonido que hacía Vi al lavarse las manos con gestos enérgicos.

No gritó.

Por supuesto que no, porque no había ningún dedo.

-Aire en las cañerías -se repitió Howard con voz más segura mientras se dirigía a colgar el abrigo de su mujer.

Violet salió del lavabo ajustándose la falda.

-He comprado el helado -anunció-; de cereza y vainilla, como querías. Pero antes de comérnoslo, ¿por qué no te tomas una cerveza conmigo, Howie? He comprado una marca nueva.

Océano Americano, se llama. Nunca la había visto, pero estaba de oferta, así que me he llevado un paquete de seis. En fin, quien no se arriesga no va a la mar, ¿no te parece?

-Ja, ja -repuso Howard arrugando la nariz.

La facilidad de Vi para los juegos de palabras le había atraído mucho al conocerla, pero la cosa había perdido bastante gracia a lo largo de los años. Pese a ello, ahora que había pasado lo peor, una cerveza le vendría como anillo al dedo. Al cabo de unos instantes, cuando Vi se dirigió a la cocina para llenarle un vaso de su nuevo descubrimiento, se dio cuenta de que no había pasado lo peor, ni mucho menos. Suponía que tener alucinaciones era mejor que tener un dedo en el desagüe del lavabo, un dedo que estaba vivo y se movía, pero, desde luego, tampoco era algo como para ponerse a saltar de alegría.

Howard volvió a acomodarse en su silla. Mientras Alex Trebek anunciaba la categoría de la fase final del concurso, Los Años Sesenta, se puso a pensar en las diversas series de televisión en las que el personaje que tenía alucinaciones padecía, o bien epilepsia, o bien un tumor cerebral, y se dio cuenta de que recordaba muchas de aquellas series.

-¿Sabes? -comentó Vi cuando regresó al salón con dos vasos de cerveza-. No me gustan los vietnamitas que llevan la tienda. Creo que nunca me gustarán. Creo que son muy solapados.

-¿Es que los has pescado alguna vez haciendo algo solapado?-replicó Howard.

Consideraba que los Lah eran gente extraordinaria..., pero aquella noche no le importaba gran cosa el asunto.

-No -repuso Vi-, nunca. Y eso es lo que me hace sospechar aún más de ellos. Además, no paran de sonreír. Mi padre decía que nunca hay que fiarse de un hombre que sonríe. Y también decía que... Howard, ¿te encuentras bien?

-¿Decía eso? -quiso saber Howard en un intento fallido por hablar con ligereza.

-*Tres amusant, cheri.* Estás más pálido que un muerto. ¿Estás incubando algo?

«No -pensó Howard-. No estoy incubando nada... eso sería una forma demasiado suave de expresarlo. Creo que tengo epilepsia o quizás un tumor cerebral, Vi, ¿qué te parece eso de estar incubando una cosa así?»

-Es el trabajo, supongo -dijo por fin-. Ya te he hablado del nuevo cliente, el hospital de

St. Anne.- ¿Y qué pasa con el hospital de St. Anne?

- Pues que es un nido de ratas - replicó Howard. Aquellas palabras le hicieron pensar de inmediato en el cuarto de baño, en el lavabo y el desagüe.

- Debería estar prohibido que las monjas se ocuparan de la contabilidad. Alguien debería haberlo puesto en la Biblia para ir sobre seguro.

- Dejas que el señor Lathrop haga lo que quiere contigo - aseguró Vi con firmeza - . Y no dejará de hacerlo hasta que le plantes cara. ¿Es que quieres que te dé un ataque al corazón?

-No.

«Y tampoco quiero sufrir epilepsia ni un tumor cerebral. Por favor, Dios, haz que se me pase, ¿de acuerdo? Haz que no sea más que una empanada mental de esas que aparece una sola vez, ¿vale? Por favor. Por favor, por favor. Te lo pido por lo que más quieras.»

- Ya lo creo que no - prosiguió su mujer con firmeza - . El otro día, Arlene Katz me explicó que la mayoría de los hombres de menos de cincuenta años que tienen un ataque al corazón no salen del hospital con vida. Y tú sólo tienes cuarenta y uno. Tienes que defender tus derechos, Howard. Tienes que dejar de ser una marioneta.

- Supongo que tienes razón - admitió Howard distraído.

Alex Trebek reapareció en la pantalla y dio la respuesta de la última fase del concurso.

- Este grupo de *hippies* atravesó Estados Unidos en autobús en compañía del escritor Ken

Kesey.

Empezó a sonar la música de la fase final del concurso. Los dos concursantes varones estaban escribiendo con gran rapidez. Mildred, la mujer que llevaba el radiodespertador detrás de la oreja, parecía perdida. Por fin empezó a escribir algo con una marcada falta de entusiasmo.

Vi tomó un gran sorbo de cerveza.

- ¡Vaya! - exclamó - . No está nada mal. ¡Y sólo por dos dólares sesenta y siete el paquete de seis!

Howard bebió un trago. No era nada del otro mundo, pensó pero al menos estaba húmeda y fresca. Le calmaría los nervios.

Ninguno de los concursantes masculinos se acercó siquiera a la respuesta correcta. Mildred también se equivocó, pero al menos no la fastidió tanto.

-¿Quiénes eran los Hombres Alegres? -había escrito.

-Los Bromistas Alegres, cabeza de chorlito -murmuró Howard.

Vi le lanzó una mirada de admiración.

-Sabes todas las respuestas, ¿verdad?

-Qué más quisiera yo -repuso Howard con un suspiro.

A Howard no le gustaba mucho la cerveza, pero aquella noche apuró tres latas del nuevo hallazgo de Vi. Su mujer comentó algo al respecto; dijo que si hubiera sabido que le iba a gustar tanto, habría pasado por la farmacia y le habría comprado un gotero. Otro clásico del viismo.

Howard forzó una sonrisa. De hecho, esperaba que la cerveza lo ayudara a dormirse más deprisa.

Temía que, sin aquella pequeña ayuda, permanecería despierto durante largo rato, pensando en lo que había imaginado ver en el lavabo. Pero, tal como le había informado Vi con mucha frecuencia, la cerveza tiene mucha vitamina P, y hacia las ocho y media, cuando su mujer se retiró al dormitorio para ponerse el camisón, Howard se dirigió a regañadientes hacia el baño para hacer sus necesidades.

En primer lugar se obligó a acercarse al lavabo y a mirar.

Nada.

Sintió un gran alivio, pues al fin y al cabo, una alucinación era mejor que un dedo de verdad, había descubierto, a pesar de la posibilidad de padecer un tumor cerebral, pero pese a ello, no le hacía ninguna gracia la idea de mirar por el desagüe. La rejilla de metal que debía atrapar mechones de cabello u horquillas caídas había desaparecido varios años antes, así que tan sólo quedaba un agujero oscuro y rodeado por un anillo de acero opaco. Tenía el aspecto de una cuenca ocular.

Howard cogió el tapón de goma y bloqueó el desagüe.

Mucho mejor.Se apartó del lavabo, levantó el asiento del váter (Vi siem pre le regañaba si olvidaba bajarlo cuando acababa de ori nar, pero no parecía sentir necesidad de subirla cuando ella acababa de orinar), y se situó frente al inodoro. Era uno deN aquellos hombres que sólo empieza a orinar de inmediato si siente una necesidad muy urgente, y que no pueden orinar en lavabos públicos llenos de gente (la idea de todos aquellos hombres haciendo cola tras él no hacía sino cerrarle el grifo), e hizo lo que casi siempre hacía durante los segundos que mediaban entre que apuntaba el arma y alcanzaba el objetivo: recitar números primos.

Había llegado a trece y estaba a punto de empezar a orinar cuando, de repente, oyó un sonido seco a sus espaldas. *Plonk.* Su vejiga, que reconoció antes que su cerebro que el sonido correspondía al tapón de goma al ser retirado del desagüe, se cerró de inmediato y de un modo bastante doloroso.

Al cabo de un instante, aquel sonido, el sonido de la uña al rascar con suavidad la porcelana mientras el dedo se inclinaba y retorcía, tanteando el terreno, volvió a comenzar. Howard sintió que se le ponía la piel de gallina y que se le encogía hasta hacerse demasiado pequeña como para sujetar la carne que ocultaba.

Una sola gota de orina cayó y chocó contra el inodoro antes de que el pene de Howard pareciera encogerse entre sus dedos, retirándose como una tortuga que busca la seguridad del caparazón.

Howard avanzó despacio y con pasos vacilantes hacia el lavabo y miró dentro.

El dedo había vuelto. Era un dedo muy largo, pero por lo demás ofrecía un aspecto normal.

Howard veía la uña, una uña ni comida ni demasiado larga, y los dos primeros nudillos. Mientras lo miraba, el dedo continuó inspeccionando a tientas el entorno del desagüe.

Howard se agachó y echó un vistazo bajo el lavabo. La cañería que salía del suelo no tenía más de seis centímetros de diámetro. No era lo suficientemente ancha como para que cupiera un brazo. Además, había un recodo muy cerrado en el lugar de la rejilla de contención. Así pues, ¿a quién pertenecía aquel dedo? ¿A quién podía pertenecer?

Howard se incorporó y durante un alarmante instante, tuvo la sensación de que la cabeza estaba a punto de despegársele del cuello y salir flotando. Su campo de visión constaba de miles de puntitos negros.

«¡Voy a desmayarme!», pensó. Se agarró el lóbulo derecho y tiró de él con fuerza, del mismo modo que un pasajero atemorizado que ha visto algo alarmante en la vía tira del freno de emergencia. Se le pasó el mareo... pero el dedo seguía ahí.

No era una alucinación. ¿Cómo iba a ser una alucinación? Veía una minúscula gota de agua sobre la uña y una mancha blanca debajo... jabón, casi seguro que era jabón. Vi se había lavado las manos después de orinar.

«Podría ser una alucinación a pesar de todo. Podría ser. Sólo porque ves agua y jabón encima del dedo no significa que no pueda ser producto de tu imaginación. Y escucha, Howard, si no es producto de tu imaginación, entonces, ¿qué hace ese dedo en tu lavabo? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y cómo es que Vi no lo ha visto?»

«Llámala, entonces, dile que venga», le ordenó su mente. Pero al cabo de un microsegundo, su mente le dio una contraorden. «No, no la llames. Porque si tú sigues viendo ese dedo y ella no lo ve...»

Howard cerró los ojos con fuerza y durante unos instantes vivió en un mundo consistente en destellos rojos y latidos de corazón desbocado.

Cuando volvió a abrirlos, vio que el dedo seguía ahí.

-¿Qué eres? -susurró entre sus labios rígidos-. ¿Qué eres? ¿Qué haces aquí?

El dedo interrumpió su exploración ciega de inmediato. Giró sobre sí mismo... y entonces apuntó directamente hacia Howard. Howard retrocedió un paso y se llevó las manos a la boca para sofocar un grito. Quería apartar los ojos de aquella cosa espantosa y malvada, quería huir del cuarto de baño a toda prisa, sin importar lo que pensara, dijera o viera Vi... pero, de momento, estaba paralizado y se sentía incapaz deapartar la vista de aquel dedo entre blancuzco y rosado, que parecía más que nunca un periscopio orgánico.

De repente se dobló por el segundo nudillo. El extremo del dedo cayó hacia delante, rozó la porcelana y reanudó su ciega exploración.

-¿Howie? -llamó Vi-. ¿Te has caído o qué?

-¡Ahora salgo! -repuso Howard en un tono tan alegre que rayaba en la demencia.

Tiró de la cadena para hacer desaparecer la única gota de orina que había caído en el inodoro y se dirigió hacia la puerta por el camino más alejado del lavabo posible. No obstante, vio su reflejo en el espejo del baño; tenía los ojos abiertos de par en par, la piel pálida como la de un muerto. Se pellizcó ambas mejillas antes de salir del baño, que se había convertido, en el breve espacio de una hora, en el lugar más horrible e inexplicable que había visto en su vida.

Cuando Vi llegó a la cocina para ver por qué tardaba tanto, lo encontró buscando algo en la nevera.

-¿Qué quieres? -inquinó Vi.

-Una Pepsi. Creo que bajaré a la tienda de los Lah a comprarme una.

-¿Después de las tres cervezas y un tazón de helado?

Vas a explotar, Howard.

-No, no voy a explotar -repuso el aludido. Pero si no se libraba pronto del peso que le cargaba los riñones, tal vez sí que explotaría.

-¿Seguro que te encuentras bien? -Vi lo observaba con mirada crítica, aunque su tono se había suavizado un tanto, teñido ahora de auténtica preocupación-. Porque la verdad es que tienes un aspecto terrible.

-Bueno -empezó Howard con reticencia-, hay una epidemia de gripe en la oficina.

Supongo que...

-Yo te iré a comprar la maldita Pepsi si tanta falta te hace -lo interrumpió su mujer.

-No, señora -intervino Howard con presteza-. Vas en camisón. Mira, me pondré el abrigo.

-¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una revisión médica completa, Howard? Hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo.

-Mañana lo miraré -repuso su marido en tono vago mientras se dirigía al recibidor, donde se hallaba el perchero-. Debe de estar en una de las carpetas de la mutua.

-¡Bueno, pues hazlo! Y si estás tan loco como para salir a la calle, ponte mi bufanda.

-De acuerdo, buena idea.

Se puso el abrigo y se lo abotonó hasta arriba, de espaldas a su mujer para que no viera cómo le temblaban las manos. Se volvió en el preciso instante en que Vi desaparecía por la puerta del baño. Howard esperó unos instantes en fascinado silencio, esperó a que su mujer gritara aquella vez, y entonces empezó a correr el agua en el lavabo. Aquel sonido fue seguido del que producía Vi al cepillarse los dientes con su acostumbrado brío.

Esperó un instante más, y de pronto su mente emitió un veredicto en cuatro palabras llanas y carentes de sentido: «Me estoy volviendo loco».

Tal vez... pero eso no cambiaba el hecho de que si no echaba una meada muy pronto, tendría un accidente pero que muy embarazoso. Aquél, al menos, era un problema que estaba en sus manos solucionar, lo cual lo tranquilizó un tanto. Abrió la puerta, se dispuso a salir y se detuvo un instante para coger la bufanda de Vi del perchero.

«¿Cuándo vas a explicarle este último y fascinante giro que ha dado la vida de Howard

Mitla?», le preguntó de repente una vocecilla interior.

Howard apartó de sí aquella idea y se concentró en introducirse las puntas de la bufanda en las solapas del abrigo.

El piso de los Mitla se hallaba en la cuarta planta de un edificio de nueve situado en la calle

Hawking. A la derecha, a media manzana de distancia, en la esquina de Hawking y el bulevar de

Queens, se encontraba Alimentación y Delicatessen Lah, una tienda abierta las veinticuatro horas del día. Howarddobló hacia la izquierda y caminó hasta el extremo del

edificio. Había allí una callejuela estrecha que daba al patio de luces de la parte posterior del edificio. A ambos lados de la callejuela se alineaban grandes cubos de basura. Entre ellos se abrían unos espacios en que gentes sin hogar, algunos de ellos alcohólicos, aunque no todos, ni mucho menos, se montaban sus incómodas camas a base de papel de periódico. Nadie parecía haberse instalado allí aquella noche, por lo que Howard estaba profundamente agradecido.

Se deslizó entre el primer y el segundo cubo, se bajó la cremallera y orinó durante largo rato. En el primer momento, su alivio fue tal que casi sintió que aquello era una bendición pese a las duras pruebas que había arrostrado aquella tarde, pero cuando el río de orina empezó a remitir y se puso a reconsiderar su situación, la ansiedad volvió a adueñarse de él. En pocas palabras, su situación era insostenible. Ahí estaba, meando contra la pared del edificio en el que tenía un piso caliente y seguro, mirando por encima del hombro una y otra vez para comprobar si le estaban observando. La llegada de un drogadicto o de un atracador mientras él se encontraba en aquella situación tan indefensa resultaría inconveniente, pero no estaba seguro de que la llegada de algún conocido, como por ej emplo, los Fenster, del 2C, o los Dattle-baum, del 3F, no fuera incluso peor. ¿Qué les diría? ¿Y qué le diría a Vi aquella cotilla de Alicia Fenster?

Howard acabó de orinar, se subió de nuevo la cremallera y retrocedió hasta la boca del callejón. Tras mirar con cautela en ambas direcciones, se dirigió a la tienda de los Lah y compró una lata de Pepsi-Cola a la sonriente señora Lah, una mujer de piel aceitunada.

-Está pálido, señor Mit-ra -comentó la mujer con su eterna sonrisa-. ¿Se encuenda bien?

«Oh, sí -pensó Howard-. Me encuentro perfectamente acojonado, gracias. Nunca me he encontrado mejor en este sentido.»

-Creo que he pillado algún bicho en el lavabo -repuso. La señora Lah empezó a fruncir el ceño por entre la sonrisa, y Howard se dio cuenta de lo que había dicho.

-Quiero decir... en la oficina.

-Selá mejol que se abligue bien -aconsejó la señora Lah. La arruga del ceño se había disipado casi por completo de su frente casi etérea.

-La ladio dice que hala mal tiempo.

-Gracias -replicó Howard antes de salir de la tienda.

De camino hacia su casa, abrió la lata de Pepsi y vertió el contenido sobre la acera. En vista de que el cuarto de baño se había convertido, al parecer, en territorio hostil, lo último que le hacía falta aquella noche era beber más.

Al entrar en el piso, oyó que Vi estaba roncando suavemente en el dormitorio. Las tres cervezas habían actuado con rapidez y eficacia. Dejó la lata vacía sobre el mostrador de la cocina y a continuación se detuvo junto a la puerta del baño. Al cabo de unos instantes, ladeó la cabeza.

Ñic, ñac. Ñic ñic ñac.

-Maldito hijo de puta -masculló Howard.

Aquella noche se fue a la cama sin lavarse los dientes por primera vez desde los doce años, cuando había pasado dos semanas en el Campamento High Pines y su madre había olvidado meterle el cepillo en la mochila.

Y permaneció tendido junto a Vi, despierto.

Oía el sonido que producía el dedo al efectuar sus incansables exploraciones alrededor del desagüe, la uña golpeteando y bailando claque. En realidad, no lo oía, puesto que ambas puertas estaban cerradas, y lo sabía, pero imaginaba que lo oía, y eso era igual de espantoso.

«No, no es verdad -intentó convencerse-. Al menos sabes que son imaginaciones tuyas, mientras que respecto al dedo en sí mismo ya no puedes estar tan seguro.»

Aquello no fue un gran consuelo. No era capaz de conciliar el sueño y tampoco estaba más cerca de la solución del problema. Sabía que no podía pasar el resto de su vida inventando excusas para salir a la calle y mear en el callejón que había junto al edificio. Dudaba de que pudiera seguir de aquel modo durante otras cuarenta y ocho horas. ¿Y qué pasaría lapróxima vez que tuviera que cagar, amigos y vecinos ? Era una pregunta que jamás

había visto que se formulara en la fase final de *jeopardy,* y no tenía ni idea de cuál era la solución. Desde luego, no el callejón, de eso estaba seguro.

«Tal vez acabarás por acostumbrarte a esa maldita cosa», insinuó la vocecilla interior con cautela.

No, eso era una locura. Llevaba casado con Vi veintiún años, y todavía le resultaba imposible hacer sus necesidades cuando ella estaba dentro. Sus circuitos sufrían una sobrecarga y se bloqueaban. Vi podía estar sentada en el váter con toda tranquilidad, haciendo pipí y hablando de lo que le había pasado aquel día en la consulta del doctor Stone mientras Howard se afeitaba.

Pero él no podía mentalizarse para eso.

«Si ese dedo no desaparece por sí solo, será mejor que empieces a introducir algunos cambios en tu mentalidad -insistió la vocecilla interior-. Creo que tendrás que efectuar algunas modificaciones en la estructura básica.»

Howard se volvió para consultar el reloj de la mesilla de noche. Eran las dos menos cuarto de la madrugada... y se dio cuenta con angustia de que tenía que ir al baño otra vez.

Se levantó en silencio, salió del dormitorio de puntillas, pasó junto a la puerta cerrada del baño, tras la cual continuaba el incesante chirrido, y entró en la cocina. Colocó la banqueta ante la pila, se subió a ella y apuntó cuidadosamente al desagüe, atento por si oía a Vi levantarse de la cama.

Por fin lo consiguió... pero no hasta llegar al número trescientos cuarenta y siete de su catálogo de números primos. Un récord histórico. Guardó la banqueta en su lugar y volvió a la cama arrastrando los pies mientras se decía: «No puedo seguir así durante mucho tiempo. No puedo».

Enseñó con rabia los dientes a la puerta del baño al pasar junto a ella.

Cuando el despertador sonó a las seis y media de la mañana, Howard se levantó como pudo, se arrastró hasta el cuarto de baño y entró.

El desagüe estaba vacío.

-Gracias a Dios -farfulló con voz temblorosa.

Una sublime ráfaga de alivio le recorrió el cuerpo de pies a cabeza, un alivio tan intenso que parecía una temerosa revelación.

-Oh, gracias a D...

De pronto, el dedo surgió del desagüe como un muñeco de muelles que surge de su caja, como si el sonido de su voz lo hubiera conjurado. El dedo dio tres vueltas y a continuación se inclinó con rigidez, como un setter irlandés preparado para atacar. Y le señalaba a él.

Howard retrocedió. Su labio superior subía y bajaba con rapidez en un gruñido inconsciente.

La punta del dedo se doblaba y se extendía... como si le estuviera saludando. Buenos días,

Howard, cuánto me alegro de estar aquí.

-Vete al infierno -masculló Howard antes de volverse hacia el inodoro.

Intentó con toda firmeza hacer pis... pero no lo consiguió. De pronto, se adueñó de él una brusca sensación de furia... una necesidad de girar en redondo, abalanzarse sobre el asqueroso intruso, arrojarlo al suelo y pisotearlo con los pies descalzos.

-¿Howard? -dijo Vi con voz cansada mientras llamaba a la puerta-. ¿Te falta mucho?

-Ya salgo -repuso su marido intentando que su voz sonara normal.

Tiró de la cadena. Era evidente que Vi no se dio cuenta ni le importaba mucho si su voz sonaba normal o no, y que no se tomó ningún interés en comprobar qué aspecto tenía su marido.

Vi tenía una resaca con todas las de la ley.

-No la peor que he tenido en mi vida, pero aun así, bastante horrible -farfulló mientras pasaba junto a él para entrar en el baño, se subía los faldones del camisón, se sentaba en el inodoro y apoyaba la cabeza en una mano-. Nunca más, muchas gracias. Océano Americano,

por las barbas del profeta. Deberían haberles dicho que los fertilizantes se ponen antes de que crezca el grano, no después. ¡Tener dolor de cabeza después de tres miserables cervezas!

¡Madre mía! En fin, es lo que pasa cuando compras cosas baratas. Sobre todo cuando telas venden esos vietnamitas tan raros. Sé un buen chico y dame un par de aspirinas, ¿ quieres, Howie ?

-Claro -repuso su marido mientras se acercaba al lavabo con cautela. El dedo había desaparecido de nuevo. Por lo visto, Vi lo había ahuyentado una vez más. Extrajo el frasco de aspirinas del botiquín y cogió dos pastillas. Cuando alargó el brazo para volver a guardar el frasco, la punta del dedo surgió durante un instante del desagüe. No sobresalía más de un centímetro, pero seguía ejecutando aquellos movimientos que le recordaban un saludo.

«Voy a acabar contigo, amigo», se dijo de repente. La sensación que acompañó el pensamiento fue de enojo... puro y simple enojo... y le encantó. Ea emoción se introdujo en su mente maltrecha y confusa como uno de esos enormes rompehielos soviéticos que se abren camino por entre inmensos bloques de hielo con asombrosa facilidad. «Voy a acabar contigo.

Todavía no sé cómo, pero puedes estar seguro de quevacabaré contigo.»

Entregó las dos aspirinas a Vi.

-Espera. Iré a buscarte un vaso de agua.

-Da igual -replicó Vi en tono fatigado mientras se metía ambas pastillas en la boca y empezaba a masticarlas-. Así hacen efecto más deprisa.

-Pero apuesto lo que quieras a que te dejan las entrañas hechas polvo.

Se dio cuenta de que no le importaba estar en el baño mientras Vi siguiera ahí con él.

-No me importa -insistió ella en tono aún más fatigado. Tiró de la cadena.

-¿Y tú cómo te encuentras? -quiso saber.

-No muy bien -admitió Howard.

-¿También tienes?

-¿Qué? ¿Resaca? No, creo que es ese virus del que te hablaba. Me duele la garganta y me parece que tengo un poco de dedo.

-¿Qué?

-Fiebre -se corrigió Howard a toda prisa-. Quería decir fiebre.

-Bueno, pues será mejor que te quedes en casa.

Vi se dirigió al lavabo, cogió su cepillo de dientes y empezó a cepillarse con movimientos vigorosos.

-Quizás sería mejor que tú también te quedaras -comentó Howard.

En realidad, no quería que Vi se quedara en casa; quería que estuviera junto al doctor Stone mientras el doctor Stone empastaba caries, arrancaba dientes de raíz y mataba nervios, pero habría sido de poco tacto no decirle nada.

Vi lo miró a través del espejo. Sus mejillas habían recuperado un poco de color y los ojos empezaban a brillarle. Vi también se recuperaba con brío.

-El día que llame para avisar que no voy al trabajo por culpa de una resaca será el día en que deje de beber definitivamente -sentenció-. Además, el doctor me necesita hoy. Vamos a arrancar un juego entero de dientes superiores. Un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

Escupió directamente en el desagüe. «La próxima vez que salga del desagüe estará cubierto de dentífrico -pensó Howard fascinado-. ¡Dios mío!»

-Quédate en casa y toma mucho líquido -aconsejó Vi. Había adoptado el Tono de

Enfermera Jefe, ese tono que decía: «Si no te tomas esto, después lo lamentarás».

-Ponte al día con tu libro. Y de paso, le enseñarás a ese capullo de Lathrop lo que se pierde cuando no vas a la oficina. Haz que se lo piense dos veces.

-No es mala idea, desde luego -repuso Howard. Vi le dio un beso y le dedicó un guiño al pasar.

-Tu pequeña Violeta también conoce algunas de las respuestas -comentó.

Media hora después, cuando salió para tomar el autobús, estaba cantando alegremente, olvidada ya la resaca.

Lo primero que hizo Howard en cuanto Vi salió de casa fue volver a colocar la banqueta ante la pila de la cocina y mear. Le resultó más fácil ahora que Vi no estaba; apenas había llegado a veintitrés, el noveno número primo, cuando empezó a vaciar la vejiga.Una vez solucionado el problema, al menos durante unas cuantas horas, regresó a la puerta del baño y metió la cabeza.

Vio el dedo de inmediato, y aquello significaba que algo andaba mal. Era imposible, de hecho, porque estaba junto a la puerta del baño, y el lavabo debería haber bloqueado su campo de visión.

Pero no era así, lo cual significaba que... -Pero ¿qué estás haciendo, cabrón? -graznó Howard.

El dedo, que había estado retorciéndose como si quisiera comprobar la fuerza del viento, se volvió hacia él. Como había supuesto, la punta estaba cubierta de dentífrico. El dedo se dobló en dirección a Howard... Sólo que se dobló por tres sitios, y eso también era imposible, porque cuando se llega al tercer nudillo de cualquier dedo significa que ha empezado el dorso de la mano.

«Está creciendo -farfulló su mente-. No sé cómo es posible, pero está creciendo... Si puedo verlo sobresalir por el borde del lavabo desde donde estoy, tiene que medir al menos ocho centímetros... ¡o más!»

Cerró la puerta del baño con suavidad y regresó al salón dando tumbos. Sus piernas habían vuelto a convertirse en patas de palo en mal estado. El rompehielos mental había desaparecido, aplastado por un gran peso blanco de pánico y confusión. Aquello no era un iceberg, sino un glaciar entero.

Howard Mitla se sentó en su sillón y cerró los ojos. Nunca se había sentido tan solo, desorientado e impotente como en aquel momento. Permaneció sentado en aquella posición durante largo rato, y por fin sus dedos se relajaron sobre los brazos del sillón. Había pasado casi toda la noche anterior en vela, por lo que se durmió mientras el dedo del baño seguía golpeteando y dando vueltas, dando vueltas y golpeteando.

Soñó que era un concursante *dejeopardy,* pero no de la nueva versión de alto presupuesto, sino de la versión antigua, que se retransmitía durante el día. En lugar de pantallas de ordenador, una persona situada detrás del panel de juego extraía una tarjeta cuando el concursante pedía un tema determinado. Alex Trebek había sido sustituido por Art Fleming, con su melena engominada y aquella remilgada sonrisa de pobretón de la fiesta. La mujer del centro seguía siendo Mil-dred y llevaba aquella especie de satélite detrás de la oreja, pero tenía el cabello levantado en un peinado a lo Jacqueline Kennedy y sus gafas de montura de metal habían sido sustituidas por otras de montura en forma de ojos de gato.

Y todo el mundo aparecía en blanco y negro, incluso él mismo.

-Muy bien, Howard -dijo Art al tiempo que lo señalaba.

Su dedo índice era una protuberancia grotesca de unos treinta centímetros de longitud.

Sobresalía de su puño semi-cerrado como el puntero de un maestro. La punta estaba cubierta de pasta dentífrica.

-Es tu turno. Howard echó un vistazo al panel.

-Insectos y víboras por cien dólares, por favor-repuso. El marcador que rezaba 100 dólares fue retirado y mostró una respuesta que Art procedió a leer.

-El mejor método para deshacerse de esos inquietantes dedos que surgen del desagüe de tu lavabo.

-¿Qué es...? -empezó Howard antes de quedarse en blanco.

El público del estudio, también en blanco y negro, lo observaba en silencio. Un cámara en blanco y negro se acercó para captar un primer plano de su rostro en blanco y negro y bañado en sudor.

-¿Qué es... eeem...?

-Date prisa, Howard; se te acaba el tiempo -lo engatusó Art Fleming mientras sacudía el largo y grotesco índice ante Howard.

Pero Howard se había quedado en blanco. Se le acabaría el tiempo, le deducirían los cien pavos del marcador, se quedaría en números rojos, se convertiría en un auténtico desgraciado, ni siquiera le darían aquella miserable *Enciclopedia Grolier...*Un camión de reparto que pasaba por la calle petardeó con gran estruendo. Howard se despertó con un respingo tal que estuvo a punto de salir despedido del sillón.

-¿Qué es desatascador líquido? -gritó-. ¿Qué es de-satascador líquido?

Por supuesto, aquélla era la respuesta. La respuesta correcta.

Howard se echó a reír. Todavía reía cinco minutos más tarde al ponerse el abrigo y salir de casa.

Howard cogió la botella de plástico que el dependiente de El Manilas Feliz, una tienda del bulevar Queens, acababa de dejar sobre el mostrador mientras mascaba un palillo de dientes. La etiqueta mostraba el dibujo de una mujer con delantal; tenía una mano apoyada en la cadera mientras con la otra vertía un gran chorro de desatascador en algo que era, o bien una pila industrial, o bien el bidet de Orson Welles. DRAIN-EZE, proclamaba la etiqueta. ¡DOS VECES más eficaz que la mayoría de las marcas! ¡Desatasca lavabos, duchas y desagües en cuestión de

POCOS MINUTOS! ¡Disuelve pelos y materia orgánica!

-Materia orgánica -comentó Howard-. ¿Qué significa eso?

El dependiente, un hombre calvo con un montón de verrugas en la frente, se encogió de hombros. El palillo que sostenía entre los dientes rodó de una comisura a la otra.

-Comida, supongo. Pero yo no dejaría la botella al lado del lavavajillas, ya me entiende.

-¿Cree que podría corroer las manos? -preguntó Howard esperando que su voz sonara lo suficientemente horrorizada.

El dependiente volvió a encogerse de hombros.

-Supongo que no es tan fuerte como lo que vendíamos antes, ese líquido que contenía lejía, pero es que ése ya no es legal. Al menos creo que ya no lo es. Pero ve esto, ¿no?

Dio unos golpecitos en el logotipo de la calavera y los huesos cruzados, característico de los productos tóxicos, con un dedo corto y rechoncho. Howard observó aquel dedo con atención. Se dio cuenta de que se había fijado en muchos dedos de camino a El Manilas Feliz.

-Sí -asintió-. Ya lo veo.

-Bueno, pues no lo ponen sólo porque queda bien, ¿sabe? Si liene hijos, manienga la boiella fuera de su alcance. Y no lo ulilice para hacer gárgaras.

El hombre lanzó una carcajada, y el palillo empezó a balancearse sobre su labio inferior.

-No lo haré -repuso Howard.

Giró la boiella para leer la leira pequeña. *Contiene hi-dróxido de sodio e hidróxido de potasio. Provoca graves quemaduras al contacto con la piel.* Bueno, no estaba mal. No sabía si bastaría, pero sólo había un modo de averiguarlo, ¿no?

La vocecilla interior se alzó en tono dubilalivo. «¿Y qué pasa si lo único que consigues es que se cabree?»

«Bueno... ¿y qué? Al fin y al cabo, eslaba en el desagüe, ¿no?»

«Sí, pero por lo visto está creciendo.»

«Aun así... ¿qué otro remedio le quedaba?» La vocecilla no supo qué responder a aquella pregunta.

-No me gusta tener que darle prisas en tan importante adquisición -intervino el dependiente-, pero estoy solo y tengo que repasar algunas facturas, así que...

-Me lo llevo -terció Howard mientras extraía la cartera. En aquel momento, se fijó en otra cosa, una vitrina situada bajo un cartel que rezaba LIQUIDACIÓN DE OTOÑO.

-¿Qué es esto? -inquirió.

-¿Esto? -replicó el dependiente-. Son podadoras eléctricas. Compramos dos docenas en junio del año pasado, pero no salen ni a tiros.

-Me llevo una -anunció Howard Mitla.

En su rostro empezó a dibujarse una sonrisa y, como más adelante le explicaría el dependiente a la policía, aquella sonrisa no le había gustado nada. De hecho, no le había hecho ni pizca de gracia. Howard colocó sus compras sobre el mostrador de la cocina al llegar a casa, y dejó la podadora eléctrica a un lado, con la esperanza de no tener que llegar al extremo de utilizarla.

Estaba seguro de que no. A continuación, se dispuso a leer con toda atención las instrucciones de la botella de desatascador.

Vierta con cuidado una cuarta parte del contenido de la botella en el desagüe... Déjelo actuar durante quince minutos. Repita la operación en caso necesario.

Pero seguro que tampoco llegaba a ese extremo..., ¿verdad?

A fin de no correr riesgo alguno, Howard decidió verter media botella en el desagüe. Tal vez un poco más.

Forcejeó para abrir el tapón de seguridad y por último lo logró. A continuación atravesó el salón y se dirigió hacia el pasillo, sosteniendo la botella blanca de plástico frente a él y con una expresión torva en su rostro por lo general sereno, la expresión de un soldado que sabe que le van a ordenar salir de la trinchera en cualquier momento.

«¡Un momento! -gritó aquella vocecilla interior cuando Howard estaba a punto de abrir la puerta del baño-. ¡Esto es una locura! ¡Sabes que es una locura! No necesitas desatascador, lo que necesitas es un psiquiatra! Necesitas echarte en un diván y contarle a alguien que te imaginas... ésa es la palabra correcta, IMAGINAR... que ves un dedo metido en el desagüe del lavabo. ¡Un dedo que está creciendo!»

-Ah, no -repuso Howard meneando la cabeza-. Ni hablar.

No podía, no podía de ningún modo imaginarse contándole la historia a un psiquiatra... ni a nadie, la verdad. ¿ Qué pasaría si el señor Lathrop se olía algo? Era bien posible que se enterara a través del padre de Vi. Bill DeHorne había sido asesor fiscal en la empresa Dean, Green y Lathrop durante treinta años. Era él quien le había conseguido a Howard la primera entrevista con el señor

Lathrop, quien le había escrito una entusiasta carta de recomendación... quien, de hecho, lo había hecho todo menos darle el empleo personalmente. El señor DeHorne ya estaba jubilado, pero él y el señor Lathrop seguían viéndose a menudo. Si Vi se enteraba de que su Howie iba a ver a un matasanos (¿y cómo iba a ocultarle una cosa así?), se lo contaría a su madre, porque se lo contaba todo a su madre, y la señora DeHorne se lo contaría a su marido, por supuesto. Y el señor

DeHorne...

Por la mente de Howard cruzó una imagen de los dos hombres, su suegro y su jefe, en algún club mítico, acomodados en sendos sillones de orejas, fabricados en cuero rematado por pequeños remaches de oro. Los veía bebiendo jerez. La botella de cristal tallado descansaba sobre una mesita situada junto a la mano derecha del señor Lathrop. Howard jamás había visto a ninguno de los dos hombres beber *jerez,* pero su morbosa fantasía parecía exigir aquel dato. Veía al señor De-

Horne, que se acercaba a los ochenta, chocheaba y tenía la discreción de una cotorra, inclinarse hacia delante en ademán de complicidad y decir: «No te vas a creer la última de mi yerno

Howard, John. ¡Va al psiquiatra! Cree que hay un dedo en el desagüe de su lavabo, ¿sabes? ¿Te parece que puede estar tomando algún tipo de drogas?».

Y tal vez Howard no estuviera del todo seguro de que aquello fuera a ocurrir. Creía que existía la posibilidad de que sucediera, pero ¿y si no era así? Pese a ello, no se veía yendo al psiquiatra. Algo en su interior, un vecino de aquel algo que le impedía orinar en los lavabos públicos si había hombres detrás de él haciendo cola, se negaba a aceptar la idea. No se tendería en uno de aquellos divanes y soltar *Hay un dedo en el desagüe de mi lavabo* para que un matasanos con perilla lo acribillara a preguntas. Sería *comojeopardy,* pero en el infierno.

Volvió a aferrar el pomo de la puerta.

«¡Entonces llama a un fontanero!» -gritó la vocecilla en tono desesperado-. ¡Haz eso al menos! ¡No tienes por qué decirle lo que ves! ¡Dile sólo que tienes el lavabo embozado! ¡O dile que a tu mujer se le ha caído el anillo de boda por el desagüe! ¡Dile cualquier cosa!»

Pero en cierto modo, aquella idea era aún más inútil que la idea de recurrir a un matasanos.

Aquello era Nueva York, no Des Moines. Si a uno se le caía la esmeralda de la esperanza por el desagüe, podía esperar una semana a que se presen-tara el fontanero. Howard no tenía la menor intención de pasarse los siete días siguientes paseándose furtivamente por todo Queens en busca de gasolineras en las que el empleado estuviera dispuesto a aceptar cinco dólares para permitir que Howard Mitla descargara sus intestinos en un lavabo asqueroso, bajo el calendario obsceno de turno.

«Pues entonces date prisa -instó la vocecilla rindiéndose-. Al menos date prisa.»

A Howard le pareció que se trataba de una idea útil en extremo. Puso manos a la obra de inmediato; se quitó primero un mocasín y luego el otro, mientras se decía que debería haberse puesto guantes de goma por si se salpicaba de desa-tascador. Se preguntó si Vi guardaría un par bajo el fregadero. Pero daba igual. Era ahora o nunca. Si se detenía para ir a buscar los guantes de goma, tal vez perdería el valor para hacer aquello... quizás durante unos instantes, o quizás para siempre.

Abrió la puerta del baño y se deslizó al interior del mismo.

El baño de los Mitla nunca había sido lo que podría denominarse una estancia alegre, pero a aquella hora del día, aparecía al menos bastante luminoso. No tendría problemas de visibilidad... y no había rastro del dedo. Howard atravesó la habitación de puntillas, sosteniendo la botella de desatascador con firmeza en la mano derecha. Se inclinó sobre el lavabo y miró por el orificio negro que se abría en el centro de la porcelana de color rosa desvaído.

Pero el interior del orificio no estaba oscuro. Algo subía a toda velocidad por entre las tinieblas del desagüe, recorriendo la tubería estrecha y sucia para saludarlo, para saludar a su buen amigo Howard Mitla.

-¡Toma! -gritó Howard al tiempo que inclinaba la botella de desatascador sobre el lavabo. Una especie de fango verde azulado surgió de la botella y chocó contra el lavabo en el momento en que surgía el dedo.

El efecto fue inmediato y aterrador. La espesa sustancia cubrió la uña y la yema del dedo.

Éste empezó a retorcerse como un derviche, dando vueltas y más vueltas en torno a la limitada circunferencia del desagüe, salpicando el lavabo de gotitas verdiazuladas de desatascador.

Algunas gotitas aterrizaron en la camisa azul celeste que llevaba Howard, en cuya pechera se abrieron de inmediato algunos orificios. Aquellos orificios tenían los bordes marrones, pero la camisa le venía bastante grande, y ninguna gota le alcanzó el pecho ni la barriga. Otras gotas le salpicaron la muñeca y la palma de la mano derecha, pero no se percató de ello hasta más tarde.

La adrenalina no fluía por su cuerpo, sino que lo recorría como una inundación.

El dedo volvió a surgir del desagüe... nudillo tras nudillo. Le salía humo y olía como una bota de goma asándose sobre una barbacoa.

-¡Toma! ¡La comida está servida, hijo de puta! -gritó Howard mientras seguía rociando aquella cosa.

El dedo siguió saliendo hasta alcanzar una longitud de unos treinta centímetros. Surgía del desagüe al igual que una serpiente repta desde el interior de la cesta del encantador. Estaba a punto de alcanzar la boca de la botella de plástico cuando, de pronto, se agitó, pareció estremecerse y volvió a deslizarse hacia las profundidades del desagüe. Howard se inclinó un poco más sobre el lavabo para verlo desaparecer, y lo único que distinguió fue un lejano destello blanco en las tinieblas. Perezosas nubéculas de humo asomaban por el desagüe.

Howard respiró hondo, lo cual fue un error, pues inhaló una generosa cantidad de vapores de desatascador. De repente le acometió una intensa oleda de náuseas. Vomitó

violentamente en el lavabo, y a continuación retrocedió dando tumbos, acuciado todavía por fuertes arcadas.

-¡Lo he hecho! -chilló con delirante alegría.

La cabeza le daba vueltas a causa de la mezcla de vapores corrosivos y el hedor de carne quemada. Pese a ello, se sentía casi en éxtasis. Se había enfrentado al enemigo, y por Dios y todos los santos que lo había vencido. ¡Había acabado con él!

-¡La lara la lara! ¡La lara lara me cago en diez la lara! ¡Lo he hecho! Lo...

Las náuseas volvieron a adueñarse de él. Se arrodilló a medias ante el inodoro, la mano derecha cerrada todavía en tornoa la botella de desatascador, y se dio cuenta demasiado tarde de que Vi había cerrado la tapa aquella mañana al bajarse del trono. Howard vomitó sobre la peluda funda rosa del inodoro y luego se desplomó inconsciente sobre su propia porquería.

No podía haber permanecido inconsciente durante demasiado rato, porque el baño gozaba de plena luz del día durante menos de media hora, incluso en verano, antes de que los demás edificios lo despojaran de la luz del sol y sumieran la estancia en la semipenumbra.

Howard alzó la cabeza con lentitud, consciente de que tenía el rostro cubierto de una sustancia pegajosa y maloliente. Aunque era más consciente ^aún de otra cosa. Un golpeteo que sonaba a sus espaldas y se acercaba cada vez más.

Con toda lentitud volvió la cabeza, que se le antojaba un saco de arena demasiado lleno. Los ojos se le fueron abriendo despacio. Tomó aliento e intentó gritar, pero de su garganta no brotó sonido alguno. El dedo iba a por él.

Medía ya unos dos metros y seguía creciendo. Surgía del lavabo en un rígido arco formado por alrededor de una docena de nudillos, luego descendía hasta el suelo y ahí volvía a curvarse

(«¡Nudillos en ambas direcciones!», informó interesado un comentarista lejano apostado en lo más profundo de su mente). El dedo avanzaba a tientas por el suelo de azulejos. Los últimos veinticinco centímetros aparecían descoloridos y humeantes. La uña había adquirido un color entre verdoso y negruzco. A Howard le pareció distinguir el destello blanco del hueso justo debajo del primer nudillo. En aquel punto, el dedo presentaba quemaduras muy graves, pero en ningún caso se había disuelto. -Márchate -susurró Howard.

Por un instante, aquella grotesca figura salpicada de nudillos se detuvo. Tenía el aspecto de un artilugio de bolsa de cotillón de Nochevieja. De repente, el dedo empezó de nuevo a reptar hacia él. Los últimos seis nudillos se doblaron y la punta del dedo se enroscó en torno al tobillo de

Howard Mitla.

-¡No! -chilló cuando los humeantes gemelos Hidróxi-do disolvieron el calcetín e hicieron chisporrotear su piel.

Howard intentó apartar el pie de un tremendo tirón. El dedo aguantó durante unos segundos antes de soltarlo. Howard se arrastró hacia la puerta con un gran amasijo de cabellos impregnados de vómito colgándole sobre los ojos. Mientras avanzaba intentó mirar por encima del hombro, pero no conseguía ver nada a través de su cabello coagulado. En aquel momento algo se liberó en su pecho y pudo emitir una serie de temerosos graznidos.

No veía el dedo, al menos de momento, pero lo oía, y percibía que se acercaba con rapidez, con un tictictictic que sonaba a sus espaldas, muy cerca. Con la cabeza todavía vuelta hacia el lavabo, Howard chocó contra la pared situada a la izquierda de la puerta con el hombro derecho.

Las toallas volvieron a caerse del estante. Howard se desplomó, y de inmediato, el dedo se enroscó en torno a su otro tobillo, con la punta chamuscada y humeante doblada como una garra.

El dedo empezó a tirar de él en dirección al lavabo. Estaba tirando de él.

Howard lanzó un aullido gutural y primitivo, un sonido que jamás había brotado de sus corteses cuerdas vocales de asesor fiscal, y agitó los brazos en dirección a la puerta. Se aferró al marco con la mano derecha y tiró hacia arriba con todas las fuerzas que le confería el pánico. Los faldones de la camisa se le salieron de los pantalones y la costura de la axila

derecha se desgarró con un leve ronroneo, pero por fin consiguió liberarse perdiendo tan sólo la maltrecha parte inferior del calcetín.

Howard se incorporó dando tumbos y vio que el dedo avanzaba a tientas hacia él una vez más. La uña estaba rota y sangraba.

«Necesitas una buena manicura, colega», se dijo Howard, y lanzó una angustiada carcajada antes de correr a la cocina.

Alguien estaba golpeando la puerta de entrada. Con fuerza. -¡Mitla! ¡Eh, Mitla! ¿Qué es lo que pasa ahí dentro? Era Feeney, el tipo que vivía al final del pasillo. Un borra-cho irlandés gordo y ruidoso. Corrección: un borracho irlandés gordo y muy ruidoso.

-¡Nada que no pueda solucionar yo solo, desgraciado! -gritó Howard mientras entraba en la cocina.

Lanzó otra carcajada y se apartó el cabello de la frente. Por un momento lo consiguió, pero la apestosa mata volvió a su posición original al cabo de unos segundos.

-¡Nada que no pueda solucionar yo solo, te lo aseguro! ¡Te lo aseguro como que me llamo

Howard Mitla!

-¿Qué me has llamado? -replicó Feeney. Su voz, que al principio había sonado truculenta, había adquirido ahora un matiz amenazador.

-¡Cállate! -chilló Howard-. ¡Estoy ocupado! í -¡O paras ese follón o llamo a la poli!

-¡Vete a la mierda! -replicó Howard a gritos. Otra primicia. Volvió a apartarse el cabello de la frente. Permaneció allí unos segundos y ¡plop! volvió a caer.

-¡No tengo por qué escuchar tus idioteces, maldito cuatroojos de mierda!

Howard se mesó el cabello empapado en vómito y a continuación lo agitó ante sí en un curioso ademán francés *et voila,* pareció decir el cabello. Una lluvia de jugo caliente y pedacitos informes salpicó los blancos armarios de la cocina de Vi. Howard ni siquiera se percató de ello. El escalofriante dedo lo había cogido por los tobillos dos veces, y éstos le quemaban como si llevara pulseras de fuego, pero aquello tampoco le importaba. Agarró la caja que contenía la podadera eléctrica. En la parte delantera, un papá sonriente con una pipa en la comisura de los labios podaba los setos en el jardín de una casa del tamaño de una mansión.

-¿Es que estás celebrando una orgía con drogas? -quiso saber Feeney.

-¡Será mejor que te largues de aquí si no quieres que te presente a un amigo mío, Feeney!

-gritó Howard.

Aquello se le antojó de lo más ingenioso, por lo que echó la cabeza hacia atrás y aulló al techo de la cocina. Su cabello apuntaba en todas direcciones, agrupado en extraños mechones que lanzaban destellos de jugos gástricos. Parecía un hombre inmerso en una violenta aventura amorosa con un tubo de gomina.

-Muy bien, se acabó -sentenció Feeney-. Se acabó. Voy a llamar a la poli.

Howard apenas le oyó. Dennis Feeney tendría que esperar, porque él tenía cosas más importantes que hacer. Había extraído la podadora de la caja, la había examinado con gestos febriles, había encontrado el compartimento de las pilas y lo había abierto a la fuerza.

-Pilas del tipo C -masculló entre risas-. ¡Perfecto! ¡Ningún problema!

Abrió uno de los cajones situados a la izquierda de la pila con tal fuerza que los topes se rompieron y el cajón salió despedido hacia el otro extremo de la cocina, chocando con el fogón en su trayecto y aterrizando boca abajo en el suelo de linóleo con un golpe sordo. Entre los cacharros de costumbre, tales como pinzas, pelapatatas, ralladores, cuchillos y cintas para cerrar las bolsas de basura, descubrió un pequeño tesoro de pilas, principalmente del tipo C y las cuadradas de nueve voltios. Sin dejar de reír (al parecer, le resultaba imposible dejar de reír), Howard se hincó de rodillas y rebuscó entre el revoltijo de objetos. Se cortó la palma de la mano con la hoja de un cuchillo pelapatatas antes de seleccionar dos pilas del tipo C, pero no se dio apenas cuenta de ello, del mismo modo que no había percibido las quemaduras cuando el dedo lo había salpicado. Ahora que Feeney había cerrado por fin su maldito pico irlandés, Howard volvía a oír el golpeteo del dedo. Pero el sonido no procedía del lavabo, no,

ni hablar. En esos momentos la maltrecha uña golpeaba la puerta del baño.... o tal vez la del pasillo. Se le acababa de ocurrir que había olvidado cerrarla.

-¿Y a quién le importa? -se preguntó Howard-. ¡HE DICHO QUE A QUIÉN LE IMPORTA! -chilló de repente-. ¡ESTOY PREPARADO, AMIGO! ¡VOY A ACABAR CONTIGO DE TAL MANERA QUE DESEARÁS NO HABER SALIDO DEL DESAGÜE!

Introdujo las pilas en el compartimento situado en el mango de la podadora y pulsó el interruptor de encendido.

Nada.

-¡Maldita sea! -masculló.

Sacó una de las pilas, le dio la vuelta y la insertó de nuevo. Las hojas de la podadera se pusieron en marcha cuando pulsó el interruptor, un movimiento tan rápido que no era más que una silueta borrosa.

Howard dio unos pasos hacia la puerta de la cocina, pero entonces se obligó a apagar el artilugio y regresar al mostrador de la cocina. No quería perder tiempo colocando la tapa del compartimento de las pilas en su lugar, pero el último vestigio de cordura que quedaba en su mente le aseguró que no le quedaba otro remedio. Si le fallaba la mano mientras hacía el trabajito, las pilas podían caerse del compartimento abierto y entonces, ¿qué pasaría? Bueno, pues que estaría delante del malo con el arma descargada, eso era lo que pasaría.

Así pues, intentó colocar la tapa del compartimento de las pilas, masculló un juramento al comprobar que no encajaba y le dio la vuelta.

-¡Espérame! -gritó por encima del hombro-. ¡Ya voy! ¡Todavía no he terminado contigo!

Por fin logró cerrar el compartimento. Howard atravesó a toda prisa el salón sosteniendo la podadora como si presentara un arma en un desfile militar. Seguía teniendo el cabello levantado en extrañas puntas, como un punkie. La camisa, desgarrada a la altura de la axila y quemada en varios puntos, revoloteaba en torno a su estómago redondeado y pulcro... Sus pies descalzos emitían suaves golpes sobre el linóleo. Los maltrechos restos de sus calcetines de nailon le pendían alrededor de los tobillos.

-¡Los he llamado, cabeza de chorlito! -gritó Feeney desde el exterior-. ¿Me oyes? ¡He llamado a la poli, y espero que los que vengan sean irlandeses desgraciados como yo!

-Vete a tomar por el culo -replicó Howard.

Pero apenas prestó atención a las palabras de Feeney. Dennis Feeney estaba en otro universo. Lo que había oído no era más que su voz burda e insignificante a través del espacio subetéreo.

Howard se apostó a un lado de la puerta del baño, como un policía de alguna serie televisiva... salvo que le habían dado el accesorio equivocado y llevaba una podadora en lugar de un revólver del 38. Pulsó con firmeza el interruptor situado en la parte superior del mango de la podadora. Aspiró profundamente... y en aquel preciso instante la voz de la cordura, reducida ahora a un minúsculo murmullo, se alzó por última vez antes de hacer las maletas y marcharse para siempre.

«¿Estás seguro de que quieres confiar tu vida a una podadora que has comprado de oferta?»

-No tengo elección -masculló Howard con una sonrisa tensa antes de abalanzarse al interior del cuarto de baño.

El dedo seguía ahí, surgiendo del lavabo en aquel rígido arco que a Howard le recordaba un artilugio de bolsa de cotillón, de aquellos que emiten un sonido parecido a un pedo y se desenrollan frente a la cara del confiado destinatario de la broma cuando soplas. Se había apoderado de uno de los zapatos de Howard. Lo había cogido del suelo y lo estaba estrellando una y otra vez contra la pared de azulejos. A juzgar por el aspecto que presentaban las toallas desparramadas por el suelo, Howard supuso que el dedo había intentado destrozar unas cuantas antes de encontrar el zapato.

Una extraña sensación de júbilo se adueñó de Howard, como si el interior de su cabeza dolorida y mareada se hubiera llenado de luz verde.

-¡Aquí estoy, gilipollas! -aulló-. ¡Ven a por mí!

El dedo salió del zapato, se alzó en una monstruosa ola de nudillos, algunos de los cuales

Howard oyó crujir, y flotó con rapidez en su dirección. Entonces pulsó el botón de la podadora, y las hojas se pusieron en movimiento, hambrientas. Todo marchaba bien por el momento.

La punta quemada y llena de ampollas del dedo se agitó ante él. La uña rota se balanceaba con ademanes extraños. Howard se precipitó sobre ella. El dedo se hizo a un lado y se enroscó en torno a su oreja. Le acometió un dolor increíble. Sintió y al mismo tiempo oyó cómo el dedo intentaba arrancarle la oreja. Howard dio un salto hacia delante, aferró el dedo con la mano izquierda y lo atacó con la podadora. El apa-rato bajó de revoluciones cuando las hojas alcanzaron el hueso, y el agudo zumbido del motor se convirtió en profundo rugido, pero estaba diseñado para cortar ramas pequeñas y duras, por lo que no hubo ningún problema. Ningún problema en absoluto. Aquélla era la segunda fase del concurso, en la que los marcadores podían cambiar de forma espectacular, y Howard estaba ganando un montón de dinero. Una fina lluvia de sangre brotó de la herida y a continuación el muñón salió despedido hacia atrás. Howard se abalanzó sobre él. Los veinticinco centímetros del dedo quedaron colgando de su oreja como una percha antes de caer al suelo.

El dedo lo atacó de nuevo. Howard se agachó y el monstruo pasó por encima de su cabeza.

Por supuesto, era ciego, lo cual representaba una ventaja. El hecho de que le hubiera agarrado la oreja no había sido más que un golpe de suerte. Avanzó de nuevo con la podadora en un ademán casi propio de un experto en esgrima, y seccionó otros sesenta centímetros de dedo. Aquella serpiente cayó al suelo y permaneció tendida entre espasmos.

El resto del dedo intentaba retroceder hacia el lavabo.

-Ah, no -jadeó Howard-. Eso sí que no. ¡Ni hablar!

Corrió hacia el lavabo, resbaló en un charco de sangre y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio en el último momento. El dedo estaba entrando de nuevo en la cañería, nudillo tras nudillo, como un tren de mercancía que entrara en un túnel. Howard alargó el brazo hacia él é intentó agarrarlo, pero el monstruo se le escurrió entre los dedos como un tramo grasicnto y chamuscado de cuerda de tender. Pese a ello, Howard se abalanzó hacia él y logró cortar el último metro de aquella cosa, justo por encima del punto en que se escurría por entre su puño cerrado.

Se inclinó sobre el lavabo, aunque esta vez conteniendo el aliento, y clavó la mirada en la negrura del desagüe. De nuevo no distinguió más que un destello blanco que se hundía en las tinieblas.

-¡Vuelve cuando quieras! -gritó Howard Mitla-. ¡Vuelve cuando quieras, de verdad!

¡Te estaré esperando! Se volvió y respiró en un jadeo. El baño seguía oliendo a desatascador. No podía permitirse eso, al menos mientras todavía le quedase trabajo que hacer. Detrás del grifo del agua caliente había una pastilla de jabón Dial envuelta en papel.

Howard la cogió y la estrelló contra la ventana del baño. El vidrio se hizo añicos y la pastilla de jabón rebotó en la densa reja que se alzaba más allá. Recordaba el día en que había colocado la reja; recordaba cuan orgulloso se había sentido. Él, Howard Mitla, el pacífico contable, había CUMPLIDO CON SUS TAREAS DOMÉSTICAS. Ahora sabía lo que significaba realmente CUMPLIR CON LAS TAREAS DOMÉSTICAS. ¿De verdad había tenido miedo de entrar en el baño porque creía que tal vez había un ratón en la bañera y que lo tendría que matar a golpes de escoba? Creía recordar que así era, pero aquellos tiempos... y aquella versión de

Howard Mitla se le antojaban ahora muy lejanos.

Recorrió el cuarto de baño con la mirada. Era una porquería. Había varios charcos de sangre, y dos pedazos de dedo yacían en el suelo. Otro trozo aparecía doblado en el lavabo.

Pequeñas motas de sangre salpicaban las paredes y el espejo. También la pila aparecía manchada de sangre.

-Muy bien -suspiró Howard-. A limpiar, muchachos.

Encendió de nuevo la podadora y cortó los tramos de dedo que había seccionado en trozos lo suficientemente pequeños como para echarlos al inodoro y tirar de la cadena.

El policía era joven e irlandés, en efecto. Se llamaba O'Ban-nion. Cuando por fin llegó a la puerta del piso de los Mitla, varios inquilinos se habían agrupado tras él en un apretado amasijo.

A excepción de Dennis Feeney, que tenía una expresión de intensa indignación pintada en el rostro, todos parecían preocupados.

O'Bannion llamó a la puerta con los nudillos, después con mayor fuerza y por fin a golpes de puño.

-Será mejor que la eche abajo -aconsejó la señora Javier-. Se oían sus gritos desde el séptimo piso.

-Ese hombre está loco -sentenció Feeney-. Probablemente ha matado a su mujer.

-No -rechazó la señora Dattlebaum-. La he visto salir esta mañana, como siempre.

-Pero eso no quiere decir que no haya vuelto, ¿no? -replicó el señor Feeney en tono furioso.

La señora Dattlebaum optó esta vez por permanecer en silencio.

-Señor Mitter -llamó O'Bannion.

-Se llama Milla -puntualizó la señora Dattlebaum, sin poderse contener-. Con ele.

-Bah -masculló O'Bannion al tiempo que golpeaba la puerta con el hombro.

La puerta cedió y el policía entró en el piso seguido de cerca por el señor Feeney.

-Quédese aquí, señor -ordenó O'Bannion.

-Y una porra -replicó Feeney.

Estaba contemplando los accesorios esparcidos por el suelo y las salpicaduras de vómito sobre los armarios de la cocina con ojos entornados y relucientes de interés.

-Ese tipo es mi vecino, y al fin y al cabo, he sido yo el que ha llamado.

-Me importa un pepino que haya sido usted quien ha llamado -intervino O'Bannion-.

Salga de aquí ahora mismo si no quiere ir a la comisaría con el señor Mittle.

-Mitla -corrigió Feeney mientras retrocedía a regañadientes hacia el pasillo y se volvía de vez en cuando para mirar la cocina.

O'Bannion había hecho salir a Feeney, sobre todo porque no quería que el hombre notara lo nervioso que estaba. El desorden de la cocina era una cosa, pero el olor que impregnaba la casa era otra; una mezcla de hedor de laboratorio químico y otro olor más sutil. Temía que el olor más sutil que percibía fuera sangre.

Echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que Feeney había salido, de que no se había quedado en el recibidor, junto al perchero, y a continuación atravesó lentamente el salón. Una vez fuera del campo de visión de los mirones, desabrochó la correa que sujetaba la culata de su revólver y lo extrajo. Se dirigió hacia la cocina y miró dentro.

Estaba vacía. Hecha un asco, pero vacía. Y... ¿qué eran aquellas salpicaduras de los armarios? No estaba seguro, pero a juzgar por el olor...

Un sonido a sus espaldas, un leve arrastrar de pies lo arrancó de sus reflexiones; se volvió con brusquedad y levantó el arma.

-¿Señor Mitla?

No obtuvo respuesta, aunque volvió a escuchar el mismo sonido. Procedía del pasillo, lo cual significaba el baño o el dormitorio. El agente O'Bannion avanzó en aquella dirección con el arma apuntada hacia el techo. La llevaba del mismo modo en que Howard había sostenido la podadera.

La puerta del baño estaba entornada. O'Bannion estaba casi seguro de que el sonido procedía de ahí, y sabía con certeza que era ahí donde el olor se percibía con mayor intensidad. Se agazapó y empujó la puerta con el cañón de la pistola.

-Dios mío -murmuró.

El baño parecía un matadero al final de un día muy ocupado. La sangre salpicaba las paredes y el techo en abanicos de gotas rojas. En el suelo había charcos de sangre; también había gruesos regueros de sangre en las curvas interiores y exteriores del lavabo, que parecía ser el epicentro de la masacre. El policía vio una ventana rota, una botella de algo que parecía ser desatascador, lo cual explicaría el terrible olor que despedía la estancia, así como unos zapatos de hombre bastante distantes uno de otro. Uno de ellos ofrecía un aspecto lamentable.

Y cuando la puerta se abrió por completo, vio al hombre.

Una vez finalizada la operación de limpieza, Howard se había metido en el rincón más alejado del espacio que mediaba entre la bañera y la pared. La podadera descansaba sobre su regazo, pero las pilas se habían agotado. Por lo visto, el hueso era un poco más resistente que las ramas, a fin de cuentas. Seguía teniendo el cabello de punta y las mejillas y la frente surcadas de brillantes churretes de sangre. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero casi vacíos de expresión, algo que el agente O'Bannion asociaba con los adictos al *speed y* al *crack.*

«Dios mío -se dijo-. El tipo tenía razón... Ha matado asu mujer. O al menos ha matado a alguien, así que, ¿ dónde está el cadáver?»

Echó un vistazo a la bañera, pero no podía ver el interior. Era el lugar más probable, pero también era el único lugar del baño que no parecía manchado y salpicado de sangre y entrañas.

-Señor Mitla -llamó.

No apuntaba directamente a Howard, pero no cabía duda de que el cañón no estaba demasiado desviado.

-Ése soy yo -repuso Howard en tono cortés aunque hueco-. Howard Mitla, asesor fiscal, a su disposición. ¿Quiere ir al lavabo? Adelante. No hay nada de qué preocuparse. Creo que el problema está resuelto, al menos de momento.

-Esto... ¿Le importaría soltar el arma, señor?

-¿El arma?

Howard lo miró impávido durante un instante, y de repente pareció comprender.

-¿Esto? -inquirió al tiempo que levantaba la podadera. El agente O'Bannion lo apuntó con el revólver por primera vez.

-Sí, señor -asintió.

-No faltaba más -repuso Howard al tiempo que arrojaba el aparato a la bañera con ademán de indiferencia.

Se oyó un chasquido al abrirse el compartimento de las pilas.

-De todas formas, da igual. Las pilas están agotadas. Pero... ¿Qué estaba diciendo de ir al lavabo? La verdad es que, después de considerarlo con mayor detenimiento, le aconsejaría que no lo hiciera.

-¿De verdad?

Ahora que el hombre estaba desarmado, O'Bannion no sabía exactamente cómo proceder.

Todo sería mucho más sencillo si la víctima estuviera a la vista. Suponía que lo mejor sería esposar al hombre y pedir refuerzos. Lo único que sabía con certeza era que quería salir de aquel hediondo y escalofriante cuarto de baño.

-Sí -repuso Howard-. Al fin y al cabo, agente, reflexione sobre lo siguiente: una mano tiene cinco dedos... Una sola mano, quiero decir... y... ¿se ha parado a pensar en la cantidad de agujeros conectados al mundo subterráneo que hay en un cuarto de baño cualquiera? Yo he contado siete. -Se detuvo un instante antes de añadir-: Siete es un número primo, es decir, que sólo puede dividirse entre uno y entre sí mismo.

-¿Le importaría alargar las manos, señor? -pidió el agente O'Bannion al tiempo que extraía las esposas del cin-turón.

-Vi dice que yo sé todas las respuestas -dijo Howard-, pero está equivocada.

Extendió las manos con ademanes lentos. O'Bannion se arrodilló ante él y cerró una de las esposas en torno a la muñeca derecha de Howard.

-¿Quién es Vi? -inquirió.

-Mi mujer -repuso Howard con los ojos vacuos y relucientes clavados en los del agente O'Bannion-. Nunca le ha importado ir al baño cuando hay alguien más dentro, ¿sabe? De hecho, es probable que incluso pudiera ir al lavabo estando usted dentro.

En la mente del agente O'Bannion empezó a forjarse una idea terrible pero plausible al mismo tiempo. Aquel extraño hombrecillo había matado a su mujer con una podadora y después había disuelto el cadáver con desatascados.., y todo porque no se largaba del cuarto de baño cuando él estaba intentando cambiar el agua al canario.

Cerró la otra esposa.

-¿Ha matado a su mujer, señor Mitla?

Por un instante, Howard adoptó una expresión rayana en la sorpresa. A continuación, se sumió en la misma apatía extraña, como de plástico.

-No -repuso-. Vi está en la consulta del doctor Stone. Están arrancando un juego de dientes superiores. Vi dice que es un trabajo sucio, pero que alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué iba a matar a Vi?

Ahora que había esposado al tipo, el agente O'Bannion se sentía un poco mejor, percibía que tenía la situación un poco más bajo control.

-Bueno, pues parece que se ha cargado a alguien.

-No era más que un dedo -explicó Howard.

Todavía tenía los brazos extendidos. La luz centelleaba y se deslizaba por la cadena que mediaba entre las esposas como plata líquida.

-Pero una mano tiene más de un dedo. ¿Y qué hay del propietario de la mano? -Los ojos de Howard recorrieron el baño, que ahora se hallaba sumido en la penumbra y aparecía surcado de sombras-. Le he dicho que vuelva cuando quiera -prosiguió en un susurro-, pero es que estaba histérico. He decidido que... que no soy capaz. Estaba creciendo, ¿sabe? Crecía al entrar en contacto con el aire.

De repente se escuchó un chapoteo procedente del inodoro cerrado. Los ojos de Howard se posaron en él, al igual que los del agente O'Bannion. Otro chapoteo. Sonaba como si una trucha hubiera dado un salto.

-No, desde luego, yo de usted no iría al lavabo -recomendó Howard-. Yo de usted me aguantaría, agente. Me aguantaría tanto como pudiera y después iría al callejón que hay junto al edificio.

O'Bannion se estremeció.

«Contrólate, chico -se dijo con firmeza-. Contrólate o acabarás tan chiflado como este tipo.»

Se incorporó para echar un vistazo al inodoro.

-Yo de usted no lo haría -advirtió Howard-. De verdad que no lo haría.

-¿Qué es lo que ha pasado aquí, señor Howard? -quiso saber el agente O'Bannion-. ¿Y qué ha metido en el retrete?

-¿Que qué ha pasado? Pues fue como... como...

Howard se interrumpió, y de repente esbozó una sonrisa. Era una sonrisa de alivio... pero su mirada se dirigía una y otra vez hacia la tapa bajada del váter.

-Fue como en *Jeopardy* -explicó por fin-. De hecho, la fase final del concurso. La categoría es Lo Inexplicable. La respuesta es «Porque sí». ¿Sabe cuál es la pregunta, agente?

Fascinado, incapaz de apartar los ojos de los de Howard, el agente O'Bannion meneó la cabeza. .,....,

-La última pregunta del concurso -anunció Howard con voz quebrada y ronca por los gritos- es: «Por qué a veces suceden cosas terribles a la gente más encantadora del mundo?».

Ésa es la pregunta. El asunto requerirá un montón de reflexión, pero tengo mucho tiempo.

Siempre y cuando me mantenga alejado de los... los agujeros.

Volvió a oírse el chapoteo, esta vez con mayor intensidad. El asiento del retrete cubierto de vómito se alzó y volvió a caer en un movimiento brusco. El agente O'Bannion se

incorporó, se acercó al retrete y se inclinó hacia delante. Howard lo observaba con cierto interés.

-La fase final de *Jeopardy,* agente -dijo-. ¿Cuánto quiere apostar?

O'Bannion reflexionó sobre la cuestión durante un instante... y entonces agarró el asiento del retrete y lo apostó todo.

Mi bonito pony

El viejo estaba sentado junto a la puerta del granero, rodeado por el olor de las manzanas, meciéndose, deseando no querer fumar, pero no por lo que le advertía el médico, sino porque el corazón le latía demasiado aprisa. Observó cómo el hijo de puta de Osgood contaba a toda velocidad con la cabeza apoyada en el árbol y a continuación se volvía, atrapaba a Clivey y se echaba a reír con la boca tan abierta que el viejo pudo comprobar que los dientes ya empezaban a pudrírsele, e imaginó a qué olería el aliento del crío; seguramente como el rincón más oscuro de un sótano húmedo. Y eso que el imbécil no podía tener más de once años.

El viejo observó a Osgood reír con su risa jadeante y es-pasmódica. El chico reía con tal fuerza que finalmente tuvo que agacharse y apoyar las manos en la rodillas; reía con tal fuerza que los demás salieron de sus escondites para ver qué sucedía, y cuando lo vieron también ellos se echaron a reír. Allí estaban, riéndose de su nieto bajo el sol de la mañana, y el viejo olvidó lo mucho que le apetecía un pitillo. Lo que quería ahora era comprobar si Clivey se echaría a llorar.

Se dio cuenta de que aquel asunto despertaba su curiosidad en mayor medida que cualquier otro en los últimos meses, incluido el tema de su propia muerte.

-¡Te han cogido! -canturrearon los demás entre risas-. ¡Te han cogido, te han cogido, te han cogido!

Clivey permaneció quieto, impasible como una roca en el campo de un granjero, esperando que la chanza pasara para que el juego siguiera, le tocara a él contar y la vergüenza empezara a pertenecer al pasado. Al cabo de un rato, el juego continuó, en efecto. Más tarde, a mediodía, los demás chicos se fue-ron a sus casas. El viejo procuró fijarse en cuánto comía Cli-vey. No comió mucho. Clivey se limitó a pinchar las patatas con el tenedor, cambiar de sitio el maíz y los guisantes y dar pedacitos de carne al perro que estaba debajo de la mesa. El viejo observó con atención, interesado; contestaba cuando le hablaban, pero no los escuchaba ni se escuchaba a sí mismo. Estaba concentrado en el chico.

Después de la tarta le apeteció lo que no podía permitirse, así que se levantó de la mesa para ir a hacer la siesta y se detuvo a media escalera porque el corazón le latía corno un ventilador con una carta atrapada en la rejilla. Permaneció inmóvil, con la cabeza gacha, esperando para comprobar si se trataba del ataque definitivo (ya había tenido dos), y al ver que no era así, siguió subiendo la escalera, se quitó toda la ropa a excepción de los calzoncillos y se tendió sobre la fresca colcha blanca. Un rectángulo de sol cubría su pecho escuálido; estaba dividido en tres partes por las oscuras sombras de los listones de la ventana. El anciano se puso las manos detrás de la cabeza y se adormiló sin dejar de escuchar. Al cabo de un rato le pareció oír al niño llorar en su habitación, situada al otro lado del pasillo, y se dijo: «Tengo que arreglar este asunto».

Durmió durante una hora, y cuando despertó, la mujer estaba dormida en bragas junto a él, así que cogió su ropa y salió al pasillo para vestirse antes de bajar.

Clivey estaba sentado en los escalones del porche, lanzando un palo al perro, que lo cazaba al vuelo con mayor entusiasmo del que el chico mostraba al lanzárselo. El perro, que no tenía nombre, sino que tan sólo era el perro, parecía confuso.

El viejo llamó al chico y le pidió que diera un paseo con él hasta el huerto; éste obedeció.

El viejo se llamaba George Banning. Era el abuelo del chico, y fue de él de quien Clive

Banning averiguó la importancia de tener un bonito pony. Había que tener uno incluso si se era alérgico a los caballos, porque sin un bonito pony uno podía tener seis relojes en cada habitación y tantos relojes en las muñecas que no pudiera levantar los brazos y, aun así, nunca saber qué hora era.

La instrucción (George Banning nunca daba consejos, sino instrucciones) tuvo lugar el día en que jugaban al escondite y el imbécil de Alden Osgood atrapó a Clive. En aquel tiempo, a

Clive su abuelo le parecía más viejo que Dios, lo cual significaba probablemente que tenía unos setenta y dos años. El hogar de los Banning se hallaba en Troy, Nueva York, que en 1961 empezaba a aprender cómo no parecerse al campo.

La instrucción de Clive tuvo lugar en la Huerta Occidental.

Su abuelo estaba de pie y sin abrigo en una ventisca que no eran las últimas nieves de invierno, sino los primeros brotes de primavera llevados por un viento fuerte y cálido. El abuelo llevaba su peto de siempre y debajo una camisa que antaño había sido verde, pero que había adquirido un desvaído color aceituna después de docenas o centenares de lavados; por entre el cuello de la camisa asomaba el cuello redondo de una camiseta de algodón, de las de tirantes, por supuesto; en aquella época ya se confeccionaban las otras, pero un hombre como el abuelo llevaría camisetas de tirantes hasta el fin. La camiseta estaba limpia pero mostraba el color de marfil viejo en lugar del blanco original, porque el lema de la abuela, el que recitaba con frecuencia e incluso había bordado en uno de esos tapetes enmarcados que se colgaban en la pared del salón, probablemente para las raras ocasiones en que la mujer no estaba presente para impartir la sabiduría que había que impartir, era el siguiente: «Úsalo, úsalo, no lo pierdas. ¡Agujeréalo!

¡Gástalo! ¡Cuídalo bien o pásate sin él!». Algunas flores de manzano se habían enredado en el largo cabello del abuelo, su cabello blanco sólo a medias, y al chico le pareció que los árboles conferían hermosura a su abuelo.

Había visto que el abuelo los observaba mientras jugaban al escondite por la mañana. Que lo observaba a él. El abuelo había estado sentado en su mecedora junto a la puerta delgranero. Una de las tablas crujía cada vez que el abuelo se mecía, y ahí estaba, con un libro abierto boca abajo sobre el regazo, las manos entrelazadas sobre el lomo, meciéndose entre los suaves y dulces olores del heno, las manzanas y la sidra. Aquel juego había alentado a su abuelo a ofrecerle formación sobre el tema del tiempo, sobre lo escurridizo que era, y sobre el hecho de que un hombre se pasa casi toda la vida intentando mantenerlo sujeto; el pony era bonito pero de corazón malvado. Si uno no lo vigilaba de cerca, saltaría la valla y se perdería de vista, y uno tendría que coger la brida y salir tras él en un viaje que, con toda probabilidad, lo dejaría molido por corto que fuera.

El abuelo dio comienzo a la formación afirmando que Al-den Osgood había hecho trampa.

Se suponía que tenía que quedarse con la cabeza apoyada contra el olmo muerto y los ojos cerrados durante un minuto entero, período que debía calcular contando hasta sesenta. Ello daría a

Clivey (así lo había llamado siempre el abuelo y al chico no le había importado, aunque creía que tendría que pelearse con cualquier chico u hombre que lo llamara así una vez cumpliera los doce años) y a los demás tiempo suficiente para esconderse. Clivey estaba buscando un lugar donde esconderse en el momento en que Alden Osgood llegó a sesenta, se volvió y lo «pescó» cuando intentaba esconderse como último recurso tras unas cajas de manzanas apiladas de cualquier manera junto al cobertizo de la prensa, donde la máquina que prensaba las manzanas hasta convertirlas en sidra destacaba en la penumbra como un instrumento de tortura.

-Ha hecho trampa -insistió el abuelo-. Tú no te has quejado y has hecho bien, porque un hombre de verdad nunca se queja. Ni los hombres ni los niños lo suficientemente inteligentes y valientes se quejan. Pero aun así, ha hecho trampa. Yo puedo decirlo ahora porque tú no has abierto la boca esta mañana.

Las flores de manzano revoloteaban entre el cabello del anciano. Una de ellas fue a parar a la hendidura situada justo debajo de su nuez, y quedó atrapada ahí como una joya que es bonita porque algunas cosas no pueden evitar serlo, y magnífica porque era perecedera; al cabo de un momento, sería apartada de un manotazo impaciente y caería al suelo, donde se perdería en el perfecto anonimato que le conferiría la compañía de las demás.

Clivey le contó al abuelo que Alden había contado hasta sesenta, tal como mandaban las reglas, aunque no sabía por qué se ponía de parte del chico que, al fin y al cabo, lo había puesto en ridículo al no tener ni que encontrarlo, sino que simplemente lo había «pescado». Alden, que a veces abofeteaba a las chicas cuando se enfadaba, sólo había tenido que girarse, verlo, apoyar la mano en el árbol muerto y entonar la mítica e incuestionable fórmula de eliminación: «Te-he-visto-

Clive-cuentas-tú».

Tal vez sólo se ponía de parte de Alden para que él y el abuelo no tuvieran que regresar todavía, para poder ver el cabello acerado del abuelo revolotear en la ventisca de flores, para poder admirar la joya perecedera atrapada en la hendidura que se abría en la base del cuello del anciano.

-Claro que ha contado hasta sesenta -exclamó el abuelo-. Claro que sí. Ahora mira muy bien esto, Clivey. ¡Y métetelo en la cabeza!

El pantalón de peto del abuelo tenía bolsillos de verdad, cinco en total, contando la bolsa de canguro de la pechera, pero además de los bolsillos laterales tenía unas cosas que parecían bolsillos, pero no lo eran. En realidad eran ranuras confeccionadas para poder llegar a los bolsillos que había debajo. En aquellos tiempos, la idea de no llevar pantalones debajo del peto no habría resultado escandalosa, sino ridicula, una conducta propia de alguien que no está muy bien de la azotea. Debajo del peto, el abuelo llevaba los sempiternos téjanos. «Pantalones de judío», los llamaba sin grandes aspavientos; un término que empleaban todos los granjeros a los que conocía

Clive. Los Levi's eran «pantalones de judío» o simplemente «judíos».

El abuelo introdujo una mano en la ranura derecha del peto, rebuscó durante unos instantes en el bolsillo derecho de sus desgastados téjanos y por fin extrajo un opaco reloj de bolsillo plateado que colocó en la mano del niño. El peso delreloj fue tan repentino, el tictac bajo la piel metálica tan vivaz que Clivey estuvo a punto de dejarlo caer.

Miró al abuelo con los ojos castaños abiertos de par en par.

-No vas a dejarlo caer -aseguró el abuelo-, y aunque lo hicieras seguramente no se pararía; ya lo dejaron caer una vez en algún maldito bar de Utica, y no se paró. Y si se para, será tu problema, porque ahora el reloj es tuyo.

-¿Qué?

Quería decir que no entendía, pero no terminó la pregunta porque en aquel momento creyó comprender.

-Te lo regalo -explicó el abuelo-. Hace tiempo que quería hacerlo, pero que me aspen si lo pongo en el testamento. Costarían más los malditos derechos de herencia que el reloj.

-¡Abuelo... Yo... Dios mío!

El abuelo se echó a reír hasta que le entró un acceso de tos. Se inclinó hacia delante, riendo y tosiendo, y su rostro adquirió el color de las ciruelas. Una parte de la alegría y la sorpresa de

Clive se transformó en preocupación. Recordaba que, mientras se dirigían hacia allí, su madre le había advertido una y otra vez que no debía cansar al abuelo porque estaba enfermo. Dos días antes, cuando Clive le había preguntado con cautela qué tenía, George Banning había contestado con una sola y misteriosa palabra. Hasta la noche después de su conversación en el huerto, cuando estaba a punto de dormirse con el reloj de bolsillo en la mano, Clive no se había percatado de que la palabra que el abuelo había pronunciado, «tictac»..., no se refería a ningún peligroso bicho venenoso sino a su corazón. El médico le había ordenado dejar de fumar y le había dicho que si hacía demasiados esfuerzos, como por ejemplo quitar la nieve a paladas o trabajar con la azada en el huerto, acabaría tocando el arpa con los angelitos. El niño sabía perfectamente lo que eso significaba.

-No vas a dejarlo caer, y aunque lo hicieras seguramente no se pararía -había dicho el abuelo.

Sin embargo, el niño era ya lo suficientemente mayor para saber que sí se pararía algún día, que tanto la gente como los relojes acababan por pararse.

Permaneció quieto, esperando a ver si el abuelo se paraba, pero por fin la tos y la risa empezaron a remitir, y el abuelo se incorporó de nuevo al tiempo que se limpiaba un moco con la mano izquierda y lo arrojaba lejos de sí.

-Eres un niño muy divertido, Clivey -dijo por fin-. Tengo dieciséis nietos, y creo que sólo dos de ellos llegarán a ser algo, y tú no estás entre ellos... aunque tienes posibilidades..., pero eres el único que me hace reír hasta que me duelen las pelotas.

-No pretendía hacer que te dolieran las pelotas -repuso Clive.

Aquellas palabras volvieron a hacer reír al abuelo, aunque esta vez fue capaz de dominar las carcajadas antes de sufrir un nuevo acceso de tos.

-Enróllate la cadena alrededor de los nudillos un par de veces; así no te pesará tanto -aconsejó el abuelo-. Y si no te pesa tanto, es posible que prestes más atención.

Clive siguió el consejo del abuelo y lo cierto es que el reloj dejó de pesarle tanto. Contempló el reloj que yacía en su mano, fascinado por la vivacidad de su mecanismo, por el reflejo de la esfera, por la segunda manecilla que giraba en su propio círculo. Pero seguía siendo el reloj del abuelo, de eso estaba casi seguro. En aquel preciso instante, una flor de manzano resbaló sobre la esfera antes de desaparecer. Eso ocurrió en menos de un segundo, pero lo cambió todo. Tras el interludio de la flor de manzano, la probabilidad se convirtió en certeza. El reloj era suyo para siempre... o al menos hasta que uno de los dos dejara de funcionar, resultara imposible arreglarlo y hubiera que tirarlo.

-Muy bien -prosiguió el abuelo-. ¿Ves la segunda manecilla, la que gira sola?

-Sí.

-Muy bien. Pues no la pierdas de vista. Cuando llegue arriba, me gritas: «¡Adelante!»,

¿estamos? Clive asintió.

-Vale. Cuando llegue arriba, gritas, muchacho. Clive frunció el ceño con la gravedad de un matemático que se acerca a la conclusión de una ecuación decisiva. Ya entendía lo que el abuelo quería enseñarle, y era lo suficientemente listo como para saber que la prueba no era más que una formalidad..., pero una formalidad que, pese a todo, hay que demostrar. Era un rito, al igual que el hecho de no poder salir de la iglesia antes de que el reverendo haya bendecido a la congregación, aunque ya se hayan cantado todas las canciones y haya terminado el sermón, por fortuna.

Cuando la segunda manecilla alcanzó las doce en su pequeño dial («Mía -recordó maravillado-. Mi segunda manecilla de mi reloj»), gritó «¡Adelante!» a pleno pulmón, y el abuelo empezó a contar a la velocidad de un subastador que vendiera artículos dudosos e intentara deshacerse de ellos a precios astronómicos antes de que el público hipnotizado despertara y se diera cuenta de que no sólo ha sido engatusado, sino timado con todas las de la ley.

-Un-dos-tres, cuatro-cinco-sei-siet-ocho-nueve, diez-once -canturreaba el abuelo.

Las nudosas rojeces que tenía en las mejillas y las grandes venas violáceas de su nariz empezaron a hincharse por la emoción y el esfuerzo.

-¡Cincuentaynuevesesenta! -terminó con voz ronca y triunfante.

Cuando gritó el último número, la segunda manecilla del reloj de bolsillo acababa de cruzar la séptima línea, indicando que habían pasado treinta y cinco segundos.

-¿Cuánto he tardado? -preguntó el abuelo jadeante mientras se frotaba el pecho.

Clive se lo dijo contemplándolo con abierta admiración.

-¡Sí que has contado deprisa, abuelo!

El abuelo agitó la mano con la que se había estado frotando el pecho en un ademán despreciativo, pero al mismo tiempo esbozó una sonrisa.

-Ni la mitad de deprisa que el burro de Osgood -aseguró-. Oí a ese imbécil decir veintisiete, y lo siguiente que oí era que había llegado a cuarenta y uno o algo así.

El abuelo lo miró fijamente con sus otoñales ojos azul oscuro, que en nada se parecían a los mediterráneos ojos castaños de Clive. Posó una de sus nudosas manos en el hombro de su nieto.

La mano estaba deformada por la artritis, pero el chico percibió la fuerza viva que emanaba de ella como los cables de una máquina recién desconectada.

-Recuerda esto, Clivey. El tiempo no tiene nada que ver con lo deprisa que cuentas.

Clive asintió lentamente. No comprendía del todo las palabras de su abuelo, pero sí creía percibir una sombra de comprensión, como la sombra de una nube que atraviesa un prado.

El abuelo metió una mano en el bolsillo de canguro de su pantalón de peto y extrajo un paquete de Kool sin filtro. Por lo visto, no había dejado de fumar a fin de cuentas, por estropeado que tuviera el corazón. Pese a ello, al niño le pareció que había reducido su ración de tabaco de forma drástica, porque el paquete de Kool tenía el aspecto de haber viajado mucho; había escapado al destino de la mayoría de los paquetes, abiertos después del desayuno y hechos una bola y tirados a la alcantarilla a las tres. El abuelo rebuscó en él y extrajo un cigarrillo casi tan arrugado como el paquete del que procedía. Se lo encajó en la comisura de los labios, volvió a guardarse el paquete en el bolsillo y sacó una cerilla de madera que encendió con un experto movimiento de la amarillenta uña de su pulgar de anciano. Clive observaba el proceso con la fascinación de un niño que ve cómo un mago se saca un abanico de cartas de la mano vacía. El golpe seco de la uña del pulgar siempre resultaba interesante, pero lo que más le impresionaba era que la cerilla no se apagaba. Pese al fuerte viento que barría la cima de la colina, el abuelo protegía la pequeña llama con tal confianza que el gesto parecía natural. Se encendió el pitillo y empezó a sacudir la cerilla, como si hubiera anulado el viento sin más ayuda que la fuerza de voluntad. Clive observó el cigarrillo de cerca y comprobó que no había señales de que el papel blanco se hubiera chamuscado más allá de la punta encendida. No se engañaba; el abuelo había encendido el cigarrillo con una llama recta, como un hombre que lo enciende con una vela en una habitación cerrada. Era simple y pura brujería.

El abuelo se sacó el cigarrillo de la boca e introdujo en su lugar el pulgar y el índice, como si fuera a silbar para llamar asu perro o a un taxi. Lo que hizo fue sacar los dedos mojados y oprimir con ellos la punta de la cerilla. El chico no necesitaba aclaración alguna; lo único que el abuelo y sus amigos del campo temían más que las heladas repentinas eran los incendios. El abuelo dejó caer la cerilla y la aplastó con la bota. Alzó la cabeza y vio que el muchacho lo miraba con fijeza, si bien malinterpretó la causa de su fascinación.

-Ya sé que no debería fumar -empezó-, y no voy a decirte que mientas, ni siquiera te lo voy a pedir. Si la abuela te pregunta: «¿Ha estado fumando el viejo?», tú vas y le dices que sí. No necesito que un niño mienta por mí. -No sonreía, pero sus ojos perspicaces y rasgados hicieron que Clive se sintiera parte de una conspiración que parecía amistosa e inofensiva-. Pero si la abuela me pregunta a mí si has pronunciado el nombre de Dios en vano cuando te he regalado el reloj, la miraré a los ojos y le diré: «No, señora. Me ha dado las gracias como un buen chico y nada más».

Ahora le tocó el turno a Clive de echarse a reír, y el abuelo esbozó una sonrisa que puso al descubierto los pocos dientes que le quedaban.

-Claro que si no nos pregunta nada a ninguno de los dos, no creo que le tengamos que contar nada así por las buenas..., ¿verdad, Clivey? ¿Te parece bien?

-Sí -repuso Clive.

No era un chico guapo ni nunca se convirtió en la clase de hombre que las mujeres consideran apuesto, pero en aquel momento, al esbozar una sonrisa que indicaba que comprendía a la perfección la pequeña pirueta retórica del anciano, cobró un aspecto hermoso, al menos durante un instante, y el abuelo le alborotó el pelo.

-Buen chico, Clivey.

-Gracias, señor.

El viejo guardó silencio, pensativo, mientras el pitillo se consumía con pasmosa rapidez; el tabaco estaba seco, y aunque el abuelo daba escasas chupadas, el ávido viento que barría la cima de la colina fumaba el cigarrillo sin cesar. Clive creyó que el viejo ya había dicho todo lo que tenía que decir, y se dijo que era una lástima. Le encantaba escuchar al abuelo. Las cosas que decía le impresionaban porque casi siempre tenían sentido. Su madre, su padre, la abuela y el tío

Don decían cosas que esperaban se tomara en serio, pero casi nunca tenían sentido. Se recoge lo que se siembra, por ejemplo. ¿Qué quería decir eso?

Clive tenía una hermana, Patty, que le llevaba seis años. A ella sí la comprendía, pero le daba igual, porque casi todo lo que decía en voz alta eran estupideces. El resto lo comunicaba a base de malvados pellizcos. Los peores los llamaba «pe-dropellizcos». Siempre le decía que si contaba a alguien lo de los «pedropellizcos» lo «asesinearía»; Patty siempre hablaba de la gente a la que quería «asesinear»; tenía una lista que hacía la competencia al Club de los Asesinos. Hacía reír... hasta que uno miraba con atención el rostro flaco y hosco de Patty. Cuando uno veía lo que se ocultaba detrás de aquel rostro, se le pasaban las ganas de reír. Al menos eso era lo que le pasaba a Clive. Y había que ir con pies de plomo con ella, porque parecía estúpida pero no lo era en absoluto.

-No quiero salir con chicos -había anunciado a la hora de la cena no hacía demasiado tiempo, hacia la época en que los chicos solían invitar a la chicas al Baile de Primavera en el club de campo o al baile de graduación del instituto-. Me da igual si no llego a salir nunca con un chico.

Al dictar aquella sentencia, los había mirado a todos con expresión desafiante y los ojos abiertos de par en par desde encima de su plato humeante de carne y verdura.

Clive había observado el rostro rígido y de algún modo escalofriante de su hermana, que asomaba por entre el vapor de la comida, y recordó algo que había sucedido dos meses antes, cuando la tierra todavía estaba cubierta de nieve. Clivey había recorrido descalzo el pasillo del piso superior para que su hermana no lo oyera, y había echado un vistazo al cuarto de baño porque la puerta estaba abierta... No tenía ni la menor idea de que Patty la Vomitiva estaba ahí dentro. Lo que vio lo dejó patidifuso. Si Patty hubiera vuelto la cabeza hacia la izquierda tan sólo unos milímetros lo hubiera sorprendido mirándola.

Sin embargo, Patty no había vuelto la cabeza, ya que estaba demasiado concentrada en la labor de examinarse en el espejo. Estaba desnuda como una de las tías buenas de la gastada revista *Modelos* de Foxy Brannigan, y la toalla yacía olvidada a sus pies. Pero Patty no era una tía buena, eso lo sabía Clive; y a juzgar por la expresión de su hermana, ella también lo sabía. Tenía las mejillas granujientas llenas de lágrimas. Eran lágrimas gruesas y abundantes, pero Patty no emitía sonido alguno. Finalmente, Clive había recobrado una parte suficiente de su instinto de supervivencia como para alejarse de puntillas, y nunca había hablado del incidente con nadie, y mucho menos con su hermana. No sabía si se habría enfadado porque su hermano pequeño le había visto el trasero, pero estaba bastante seguro del modo en que habría reaccionado si hubiera sabido que la había visto llorar, aunque fuera ese llanto tan extraño y silencioso; estaba convencido de que eso habría bastado para que lo asesinara.

-Creo que los chicos son tontos y que la mayoría huele a queso pasado -había afirmado aquella noche de primavera antes de meterse un pedazo de rosbif en la boca-. Si un chico me pidiera para salir me partiría de risa.

-Ya cambiarás de idea, cariño -había augurado papá sin dejar de masticar la carne ni alzar la mirada del libro que tenía junto al plato.

Mamá había renunciado a convencerle de que no leyera en la mesa.

-No, no cambiaré de idea -replicó Patty.

Y Clive sabía que era cierto. Cuando Patty decía algo, casi siempre lo decía en serio. Era algo que Clive comprendía y que a sus padres se les escapaba. No sabía si lo decía en serio... eso de asesinearle si le contaba a alguien lo de los pedropellizcos, pero, desde luego, no iba a correr el riesgo. Aunque no lo matara de verdad, encontraría algún modo espectacular aunque invisible de hacerle daño, de eso estaba seguro. Además, algunas veces los

pedropellizcos no eran pellizcos de verdad, sino que se parecían más bien al modo en que Patty acariciaba a veces a su pequeño caniche cruzado, *Brandy;* Clive sabía que lo hacía porque el perro había sido malo, pero tenía un secreto que no tenía ninguna intención de contarle; la verdad era que esos otros pedropellizcos, los que recordaban las caricias, le daban una sensación bastante agradable.

Cuando el abuelo abrió la boca, Clive creyó que iba a decir: «Ya es hora de volver a casa,

Clivey», pero en lugar de eso dijo:

-Te voy a contar algo, si es que quieres oírlo. No tardaré mucho. ¿Quieres oírlo, Clivey?

-¡Sí, señor!

-Tienes muchas ganas de que te lo cuente, ¿verdad? -inquirió el abuelo con voz abstraída.

-Sí, señor.

-A veces creo que tendría que raptarte para que te quedaras conmigo para siempre. A veces pienso que si te tuviera a mano viviría para siempre, por jorobado que tenga el corazón.

Se sacó el pitillo de la boca, lo arrojó al suelo y lo aplastó hasta la muerte con una de sus botas de trabajo, moviendo el talón y a continuación cubriendo la colilla para asegurarse. Cuando alzó la mirada para volver a mirar a Clive, los ojos le relucían.

-Dejé de dar consejos hace mucho tiempo -empezó-. Treinta años o más, creo. Dejé de hacerlo cuando me di cuenta de que sólo los estúpidos dan consejos y sólo los estúpidos los aceptan. Pero la formación... Eso ya es otra cosa. Un hombre inteligente dará formación de vez en cuando, y un hombre inteligente... o un niño inteligente... recibirá formación de vez en cuando.

Clive no dijo nada, sino que se limitó a mirar a su abuelo con gran concentración.

-Hay tres tipos de tiempo -explicó el abuelo-, y aunque los tres son reales, sólo uno de ellos es realmente real. Hay que conocerlos todos y poder distinguirlos en cualquier momento.

¿Lo entiendes?

-No, señor.

El abuelo asintió con un gesto.

-Si hubieras dicho «Sí, señor» te habría dado unos azotes y te habría llevado de vuelta a la granja. ? Clive bajó la mirada hacia los aplastados restos del cigarrillo del abuelo, ruborizado de orgullo.

-Cuando uno es un crío, como tú, el tiempo es largo. Por ejemplo, cuando llega mayo te parece que la escuela no terminará nunca, que mediados de junio no llegará nunca, ¿verdad?

Clive pensó en los últimos días de escuela, soñolientos y con olor a tiza, y asintió con la cabeza.

-Y cuando por fin llega mediados de junio y la maestra te da el boletín de notas y te deja ir, te parece que la escuela nunca volverá a empezar, ¿verdad que sí?

Clive pensó en aquella interminable autopista de días y asintió con tal fuerza que los huesos del cuello chasquearon.

-¡Hombre, pues sí que es verdad! Quiero decir, señor.

Aquellos días. Todos aquellos días que se arrastraban por la planicie de junio y julio, sobre el infinito horizonte de agosto. Tantos días, tantos atardeceres, tantos almuerzos consistentes en bocadillos de mortadela con mostaza y cebolla picada y gigantescos vasos de leche mientras su madre permanecía sentada en silencio en el salón, junto a su vaso de vino sin fondo, mirando los culebrones por la tele. Tantas tardes interminables en las que el sudor manaba de las raíces del cabello cortado a cepillo y luego rodaba por las mejillas, tardes en las que el momento en que te dabas cuenta de que el muñón de tu sombra se había convertido en un niño siempre te pillaba por sorpresa, tantos anocheceres infinitos en los que el sudor se enfriaba hasta quedar reducido a un olor parecido al de loción de afeitado mientras jugabas a pilla pilla o a policías y ladrones; el sonido de las cadenas de las bicicletas, los dientes bien engrasados encajando en las ranuras, olor a madreselva, el asfalto al enfriarse, hojas verdes y césped recién cortado, el sonido de los cromos de béisbol al chocar contra el sendero

delantero de la casa de algún chico, intercambios solemnes y prodigiosos que alteraban los rostros de ambas ligas, conferencias que se arrastraban por las oblicuas sombras de la tarde hasta que el grito de «¡Cliiiiiiive! ¡A cenaaaaar!» ponía fin a las conversaciones; y aquella llamada siempre era tan previsible y al tiempo tan sorprendente como aquel muñón de sombra que hacia las tres se había transformado en la silueta negra de un niño a su lado; y hacia las cinco, aquel niño pegado a sus talones se había convertido en un hombre, si bien extremadamente flaco; noches aterciopeladas de televisión, el ocasional volver de páginas mientras su padre leía un libro tras otro; nunca se cansaba de ellas; palabras, palabras, palabras, su padre nunca se cansaba de ellas; Clive había querido preguntarle una vez cómo era posible que no se cansara de ellas, pero no se había atrevido; su madre levantándose de vez en cuando para ir a la cocina, seguida tan sólo por los ojos enojados y preocupados de su hermana y los simplemente curiosos de Clive; el leve tintineo cuando mamá rellenaba el vaso que nunca quedaba vacío a partir de las once de la mañana (y su padre que nunca alzaba la mirada del libro, aunque Clive creía que lo oía todo y lo sabía todo, aunque Patty le había llamado estúpido mentiroso y le había propinado un pedropellizco que le había dolido todo el día la vez que se había atrevido a comentárselo); el zumbido de los mosquitos contra las mosquiteras, siempre mucho más ruidoso tras la puesta de sol; la orden de irse a la cama, tan injusta e inevitable, causa perdida antes de empezar; el brusco beso de su padre, su olor a tabaco, el beso más suave de su madre, dulce y agrio por el vino; el sonido de su hermana al decirle a su madre que debería irse a la cama después de que su padre se hubiera ido a la taberna de la esquina a tomarse un par de cervezas y mirar los combates de lucha en el televisor colocado sobre la barra; su madre diciéndole a Patty que se metiera en sus asuntos, una conversación de contenido inquietante pero tranquilizadora por su previsibilidad; las luciérnagas reluciendo en la penumbra; el lejano claxon de un coche cuando se sumía en el largo y oscuro túnel del sueño; y después el día siguiente, que parecía igual pero no lo era, no del todo. Verano. Eso era el verano. Y no es que pareciera largo, sino que en verdad lo era.

El abuelo lo observaba con atención y parecía leer todos aquellos pensamientos en los ojos castaños del chico; parecía conocer las palabras necesarias para expresar todas aquellas cosas que el chico era incapaz de explicar; cosas que no podían brotar de sus labios porque su boca no podía articular el len-guaje de su corazón. Y entonces el abuelo asintió con la cabeza, como si quisiera confirmar aquella idea, y de repente, Clive temió que el abuelo lo estropeara todo diciendo algo suave, tranquilizador e insignificante. Claro, diría, todo eso ya lo sé, Clivey, yo también fui niño,

¿sabes?

Pero no dijo nada de eso, y Clive comprendió que había sido un estúpido al temer que lo hiciera. Más aún, comprendió que había sido desleal. Porque se trataba del abuelo, y el abuelo nunca decía chorradas como otros adultos decían tan a menudo. En lugar de decir algo suave y tranquilizador, habló con la seca fatalidad de un juez que pronunciara una sentencia de pena capital.

-Pues todo eso cambia -dijo.

Clive alzó la mirada hacia él, algo atemorizado ante la idea, pero encantado porque el cabello del viejo revoloteaba salvaje en torno a su cabeza. Pensó que el abuelo tenía el aspecto que tendría el predicador de la iglesia si supiera la verdad acerca de Dios en lugar de suponerla.

-¿Qué el tiempo cambia? ¿Estás seguro?

-Sí. Cuando llegas a cierta edad..., a los catorce, creo, casi siempre cuando las dos mitades de la raza humana van y cometen el error de descubrirse una a otra..., el tiempo empieza a ser tiempo real. Tiempo realmente real. Ya no es largo como antes ni corto como lo será más tarde. Y se hace más corto, eso te lo digo yo. Pero durante la mayor parte de la vida, el tiempo es tiempo realmente real. ¿Sabes lo que quiere decir eso, Clivey?

-No, señor.

-Pues entonces aprende: el tiempo realmente real es tu bonito pony.... Dilo: «Mi bonito pony».

Sintiéndose un poco tonto y preguntándose si el abuelo le estaría tomando el pelo por alguna razón («tomándolo por el pito del sereno», como diría el tío Don), Clivey repitió las palabras del abuelo. Esperó a que el abuelo se echara a reír, que le dijera: «¡Chico, esta vez sí que te he tomado por el pito del sereno!». Pero el abuelo se limitó a asentir impasible, de un modo que desmentía sus temores.

-Mi bonito pony. Nunca olvidarás estas tres palabras si eres tan listo como creo. Mi bonito pony. Ésa es la verdad acerca del tiempo.

El abuelo sacó el maltrecho paquete de cigarrillos del bolsillo de la pechera, lo contempló durante un momento y por fin se lo volvió a guardar.

-Desde los catorce hasta los..., bueno, digamos hasta los sesenta, la mayor parte del tiempo es tiempo mi bonito pony. Hay momentos en que el tiempo se hace largo como cuando eras pequeño, pero son malos momentos. En esos momentos darías tu alma por un poco de tiempo mi bonito pony, por no hablar de tiempo corto. Si le dijeras a la abuela lo que te voy a contar ahora,

Clivey, me llamaría blasfemo y no me traería la botella de agua caliente durante una semana.

Quizá dos.

Pese a ello, los labios del abuelo se curvaron en una mueca amarga y descreída.

-Si se lo contara a ese reverendo Chadband, a quien la pa-rienta considera tan magnífico, me saldría con el cuento de que no lo vemos todo y con la historia de que los caminos de Dios son inexcrutables, pero te diré lo que pienso, Clivey. Creo que Dios es un maldito hijo de puta por hacer que los únicos momentos largos que tiene un adulto son los momentos en que está para el arrastre, como cuando tienes las costillas rotas, las tripas hechas papilla o algo parecido. ¡Pero si un Dios así hace que los crios que ensartan moscas con alfileres parezcan santos que no han roto un plato en su vida! Me acuerdo lo largas que fueron aquellas tres semanas después de que se me cayera el tractor encima, y me pregunto por qué Dios creó vida, por qué creó seres vivos. Si necesitaba algo para desahogarse, ¿por qué no se fabricaba unos cuantos arbustos de zumaque y ya está? O, por ejemplo, ¿qué hay del pobre Johnny Brinkmayer, devorado lentamente por el cáncer el año pasado?

Clive apenas oyó las últimas palabras del viejo, aunque más adelante, mientras regresaban en coche a la ciudad, recordó que Johnny Brinkmayer, propietario de lo que sus padres llamaban el supermercado y los abuelos llamaban «La Mercantil», era el único hombre al que el abuelo iba a visitar algunas tardes... y el único hombre que iba a visitar al abuelo algunas tardes. Durante el largo viaje de regreso a la ciudad, a Clivese le ocurrió que Johnny Brinkmayer, al que recordaba vagamente como un hombre con una enorme verruga en la frente que se rascaba el paquete de un modo singular mientras andaba, debía de haber sido el único amigo verdadero del abuelo. El he cho de que la abuela tendiera a arrugar la nariz cuando se mencionaba el nombre de

Brinkmayer y con frecuencia se quejara de lo mal que olía, no hizo sino reafirmar dicha suposición.

No obstante, aquellos pensamientos no se le ocurrieron en aquel momento, pues estaba pendiente de que Dios fulminara al abuelo. Seguro que lo fulminaría después de tamaña blasfemia.

Nadie podía quedar impune después de llamar a *Dios Padre Todopoderoso* maldito hijo de puta, o insinuar que el Ser que había creado el universo no era mejor que un crío de tercero que disfrutaba atravesando moscas con un alfiler.

Clive se alejó un poco de la figura enfundada en los pantalones de peto, que había dejado de ser su abuelo para convertirse en un pararrayos. De un momento a otro caería un rayo del cielo azul y fulminaría a su abuelo como si fuera la última mierda, y los manzanos se convertirían en antorchas que anunciarían a los cuatro vientos la maldición del viejo por los siglos de los siglos amén. Las flores de manzano se convertirían en algo parecido a las virutas de papel quemado que salían del incinerador cuando su padre quemaba los periódicos de la semana a última hora de la tarde del domingo.

Pero no sucedió nada.

Clive esperó hasta que la fatal certeza empezó a remitir, y cuando un petirrojo se puso a cantar cerca de ellos, como si el abuelo no hubiera dicho nada malo, supo que no caería ningún rayo. Y en el momento en que se dio cuenta de eso, se produjo un cambio pequeño aunque fundamental en la vida de Clive Branning. La blasfemia impune de su abuelo no lo convertiría en un delincuente ni en un gamberro, ni siquiera en algo tan insignificante como un niño problemático, un término que acababa de ponerse de moda. Sin embargo, el norte de la fe de

Clive se desplazó ligeramente, y el modo en que escuchaba a su abuelo cambió al instante. Antes lo había escuchado. Ahora le prestaba toda su atención.

-Los momentos en que estás hecho un asco parecen eternos -decía el abuelo en aquel instante-. Créeme, Cli-vey, una semana hecho trizas hace que las mejores vacaciones de verano de tu niñez parezcan un fin de semana. ¡Diablos, una mañana de sábado! Cuando pienso en los siete meses que Johnny pasó en la cama con esa... esa cosa que se le iba comiendo las tripas...

Dios mío, quién me manda a mí contarle estas cosas a un crío. Tu abuela tiene razón. Soy más tonto que un zapato.

El abuelo se miró los zapatos durante un instante. Por fin alzó la cabeza y la movió no con ademán triste, sino de un modo brusco aunque no exento de humor.

-Da igual. He dicho que te iba a dar un poco de formación, y en vez de eso aquí estoy lamentándome como un perro lloroso. ¿Sabes lo que es un perro lloroso, Clivey?

El chico meneó la cabeza.

-Da igual; ya te lo explicaré otro día.

Por supuesto, nunca hubo otro día, ya que la siguiente vez que Clive vio a su abuelo, éste estaba en una caja, y Clive suponía que aquello era una parte importante de la formación que el abuelo quería darle aquel día. El hecho de que el abuelo no fuera consciente de estarle dando formación no le restaba valor.

-Los viejos somos como trenes antiguos en un cambio de agujas... Demasiadas vías. Así que dan como cinco malditas vueltas antes de entrar.

-No pasa nada, abuelo.

-Lo que quiero decir es que cada vez que intento ir al grano me voy por las ramas.

-Ya lo sé, pero es que las ramas son muy interesantes. El abuelo esbozó una sonrisa.

-Si eres bocas, Clivey, tienes media batalla ganada.

Clive le devolvió la sonrisa, y el tenebroso recuerdo de Johnny Brinkmayer pareció alejarse de la mente del abuelo. Cuando volvió a hablar, su voz había adquirido un tono más práctico.

-¡Cuestión! A la porra con toda esa mierda. Pasar mucho tiempo con dolores no es más que un extra que pone Dios. Sabes que la gente colecciona esos cupones que dan conlos paquetes de cigarrillos para luego cambiarlos por un barómetro de latón para colgárselo en la pared del despacho, o bien por un juego de cuchillos de carne, ¿verdad, Clivey? Clive hizo un gesto de asentimiento.

-Bueno, pues así es el tiempo del dolor..., sólo que el premio es más bien un timo, por así decirlo. La cuestión es que, cuando te haces viejo, el tiempo normal, el tiempo mi bonito pony, se convierte en tiempo corto. Como cuando eres un crío, pero al contrario.

-Al revés.

-Eso.

La idea de que el tiempo se aceleraba cuando uno se hacía viejo estaba fuera del alcance de las emociones del chico, pero era lo suficientemente listo como para admitir el concepto. Sabía que si un extremo del subibaja sube, el otro tiene que bajar. Se dijo que el abuelo debía de estar hablando del mismo concepto, equilibrio y contraequilibrio. «Muy bien; es una forma de verlo», habría dicho el padre de Clive.

El abuelo extrajo el paquete de Kool del bolsillo de canguro y esta vez sacó con todo cuidado un cigarrillo..., no sólo el último del paquete, sino el último que el chico le vio fumar. El viejo arrugó el paquete y se lo volvió a guardar en el lugar del que lo había sacado.

Encendió el pitillo igual que había encendido el otro, con la misma facilidad pasmosa. No es que ignorara el viento que barría la cima de la colina, sino que, de algún modo, parecía anularlo.

-¿Y cuándo pasa eso, abuelo?

-Eso no te lo puedo decir exactamente, y no pasa de golpe -repuso el abuelo mientras mojaba la cerilla como había hecho con la anterior-. Simplemente se acerca, como un gato que se acerca de puntillas a una ardilla. Y cuando te das cuenta, resulta que no es más justo que lo que ha hecho Osgood esta mañana al contar.

-Bueno, pues entonces,¿ qué pasa ? ¿ Cómo te das cuenta ?

El abuelo sacudió un cilindro de ceniza del cigarrillo sin sacárselo de la boca. Lo hizo con el pulgar, como si diera un golpecito sobre una mesa. El chico nunca olvidó aquel sonido. i !, -

Creo que lo que notas primero es diferente para cada persona -explicó el viejo-, pero en mi caso empezó cuando tenía cuarenta y pico años.

No recuerdo exactamente cuántos años tenía, pero sí que me acuerdo de dónde pasó..., en la tienda de Davis. ¿La conoces?

Clive asintió. Su padre casi siempre los llevaba a él y a su hermana a tomar batidos helados cuando iban a visitar a los abuelos. Su padre los llamaba los Trillizos de Vaichocfresa, porque siempre pedían lo mismo; su padre pedía uno de vainilla, Patty de chocolate y Clive de fresa. Y su padre se sentaba entre ellos y leía mientras sorbían lentamente las bebidas. Patty tenía razón al decir que se podía hacer cualquier cosa cuando su padre estaba leyendo, es decir, casi siempre, pero cuando dejaba el libro a un lado y echaba un vistazo a su alrededor, había que sentarse bien derecho y hacer gala de los mejores modales si uno no quería llevarse unos azotes.

-Bueno, pues ahí estaba yo -prosiguió el abuelo.

Tenía los ojos vueltos hacia el cielo primaveral y contemplaba una nube que parecía un soldado tocando la corneta y se desplazaba con rapidez.

-Había ido a comprar el medicamento para la artritis de tu abuela. Llevaba lloviendo una semana, y tenía unos dolores de campeonato. Y, de pronto, vi una vitrina nueva. Habría sido difícil no fijarse. Ocupaba casi todo un pasillo, sí, señor. Había máscaras y adornos recortables de gatos negros, brujas volando en escobas y cosas así, y también había esas calabazas de cartón que vendían en aquellos tiempos. Venían en una bolsa de plástico y con una goma. La idea era que los niños recortaran la calabaza y después dejaran a su madre una tarde en paz coloreándola o incluso jugando a los juegos que había al dorso. Y cuando estaba terminada, se la colgaban encima de la puerta como adorno o, si la familia del crío en cuestión era demasiado pobre como para comprarle una máscara o demasiado estúpida como para ayudarle a hacerse un disfraz con los trastos que había en casa, bueno, pues entonces se podía sujetar la goma a la calabaza y llevarla en la cabeza. ¡Había un montón de niños paseándose por el pueblo con la bolsa de plástico en la mano y la calabaza de la tienda de Davis en la cabeza la noche de Halloween, Clivey!Y claro, también había sacado las golosinas. Siempre tenía el tarro de las golosinas de un centavo al lado del surtidor de refrescos, ya sabes cuál quiero decir...

Clive sonrió. Claro que lo sabía.

-... pero sus golosinas eran diferentes. Había un montón de caramelos, sidral, piruletas y barras de regaliz. Y yo creía que el viejo Davis... el tipo que llevaba la tienda en aquella época se llamaba Davis, y fue su padre quien la abrió hacia 1911, pues creí que le faltaba un tornillo. Por las barbas del profeta, me dije, Frank Davis ha sacado las golosinas de Halloween antes de que se acabe el verano. Se me ocurrió ir al mostrador de la farmacia y decírselo, y entonces una parte de mí me dice espera un momento, George, a ti sí que te falta un tornillo. Y no iba tan desencaminado, Clivey, porque no era verano, y eso lo sabía tan bien como que me llamo George.

Ves, eso es lo que quiero que entiendas, que lo sabía. ¿Acaso no estaba ya buscando jornaleros para cosechar la manzana y no había incluso puesto quinientos anuncios al otro

lado de la frontera con Canadá? ¿Y no le había echado ya el ojo a ese tipo, Tim Warbur-ton, que había llegado de

Schenectady a buscar trabajo? Tenía algo, parecía honrado, y pensé que sería un buen capataz durante la cosecha. ¿Acaso no había pensado en preguntarle al día siguiente si quería trabajar para mí, y no sabía él que se lo preguntaría, porque había soltado como quien no quiere la cosa que se iba a cortar el pelo a tal hora en tal sitio ? Así que me dije, madre mía, George, ¿no eres un poco joven para volverte senil? Sí, el viejo Frank ha sacado las golosinas de Halloween un poco pronto este año, pero ¿ en verano ? El verano ya ha pasado, viejo amigo. Eso ya lo sabía, pero por un momento, Clivey o tal vez durante varios segundos, me pareció que era verano, o que tenía que ser verano, porque estaba siendo verano. ¿Entiendes lo que quiero decir? No me llevó mucho rato volver a convencerme de que era septiembre, pero hasta entonces me sentí..., me sentí...

El abuelo frunció el ceño antes de pronunciar una palabra que conocía pero que no habría utilizado en una conversación con otro granjero, so pena de que lo acusaran, aunque sólo fuera mentalmente, de estar como un cencerro.

-Me sentí consternado. Es la única palabra que se me ocurre, maldita sea. Consternado. Y eso fue lo que me pasó la primera vez.

Se quedó mirando al chico, que se limitó a devolverle la mirada sin ni tan siquiera asentir, tan concentrado estaba. El abuelo asintió por los dos y sacudió otro cilindro de ceniza del cigarrillo con el flanco del pulgar. Clive creía que su abuelo estaba tan absorto en sus pensamientos que el viento se estaba fumando casi todo el pitillo.

-Fue como acercarse al espejo del baño para afeitarse y ver que te ha salido la primera cana. ¿Entiendes, Clive?

-Sí.

-Muy bien. Después de la primera vez, me empezó a pasar con todas las fiestas. Creía que estaban sacando las cosas de la fiesta demasiado pronto, y a veces se lo decía a alguien, aunque siempre procuraba que sonara como si creyera que los tenderos eran unos codiciosos. Que era a ellos que les pasaba algo malo, no a ti. ¿Entiendes eso, Clivey?

-Sí.

-Porque -continuó el abuelo- un tendero codicioso es algo que un hombre puede entender... y que algunos hombres incluso admiran, aunque yo nunca he sido uno de ellos. «Fulano de tal es un lince», decían, como si ser un lince, como si comportarse como ese carnicero,

Radwick, que siempre metía el pulgar en la balanza si creía que no le pillarían, fuera algo bueno.

Yo nunca he pensado así, pero siempre lo he entendido. Pero decir algo que dé la impresión de que te has vuelto majareta..., eso ya es harina de otro costal. Por ejemplo, decía algo como:

«Dios mío, sacarán los adornos de papel y los filetes de oro antes de que el heno esté en el pajar el año que viene», y quienquiera que estuviese ahí decía que era más cierto que la Biblia, pero no era más cierto que la Biblia, y después de pensármelo bien, Clivey, sé que sacaban todas esas cosas más o menos en la misma época cada año. Y entonces me pasó otra cosa. Unos cinco años más tarde, quizá siete. Tendría unos cincuenta años más o menos. En resumen, que me llamaron para ser jurado. Un coñazo, pero fui. El alguacil viene y me hace jurar sobre la Biblia, me pregunta si juro cumplir con mideber con la ayuda de Dios, como si no me hubiera pasado toda la vida haciendo las cosas con la ayuda de Dios. Y entonces saca el bolígrafo y me pregunta mi dirección, y se la doy con pelos y señales. Y entonces me pregunta cuántos años tengo y voy y le suelto que tengo treinta y siete.

El abuelo echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada a la nube que parecía un soldado.

La nube, con la parte de la corneta ya tan larga como un trombón, estaba a medio camino entre los dos horizontes.

-¿Por qué dijiste eso, abuelo?

A Clive le parecía haber seguido la historia bastante bien hasta entonces, pero en aquel momento tuvo sus dudas.

-¡Pues lo dije porque fue lo primero que se me ocurrió! ¡Diablos! En cualquier caso, sabía que me había equivocado, así que me quedé callado un momento. No creo que ni el alguacil ni ninguna otra persona de la sala se dieran cuenta; casi todos parecían dormidos o a punto de dormirse, y aunque hubieran estado tan despiertos como si les acabaran de meter la escoba de la ratita por el culo, no creo que nadie se hubiera fijado. No fue más que como dar un paso en falso, como un bateador que deja pasar dos antes de darle a una bola difícil. ¡Pero, jolines! Preguntarle a un hombre cuántos años tiene no es como jugar al béisbol con pelotas pegajosas. Me sentí como un idiota. Me pareció que durante ese segundo realmente no sabía cuántos años tenía si no tenía treinta y siete, como si pudiera tener siete, diecisiete o setenta. Entonces me recuperé y le dije cuarenta y ocho o cincuenta y uno o lo que fuera. Pero no acordarte de los años que tienes, aunque sólo sea por un momento... ¡Madre mía!

El abuelo arrojó el cigarrillo al suelo, lo pisó con el talón de la bota y empezó el mismo ritual consistente en asesi-nearlo y a continuación enterrarlo.

-Pero eso no es más que el comienzo, Clivey, hijo mío -prosiguió.

Aunque no había hecho más que utilizar una expresión del dialecto irlandés que a veces le salía, Clive pensó: «Me gustaría ser tu hijo. Tu hijo en lugar del suyo».

-Después de un tiempo, pasa de la primera marcha a la segunda y antes de que te des cuenta, el tiempo ha puesto la directa y ahí vas tú, a toda pastilla, como la gente en las autopistas, que van tan deprisa que sus coches hacen caer las hojas de los árboles en otoño.

-¿Qué quieres decir?

-Lo peor es cómo cambian las estaciones -explicó el viejo en tono huraño, como si no hubiera oído al muchacho-. Las estaciones dejan de ser estaciones. Parece como si la mujer acabara de sacar las botas, los guantes y las bufandas del altillo cuando de pronto empieza el deshielo, y uno pensaría que la gente se alegra de que acabe la temporada del deshielo, maldita sea, yo siempre me alegraba, pero la verdad es que no te alegras de que se acabe cuando te parece que el deshielo ha terminado antes de que hayas acabado de sacar el tractor del primer charco de barro donde ha quedado estancado. Y entonces te da la sensación de que te acabas de poner el sombrero de paja para el primer concierto de verano de la banda cuando los álamos empiezan a enseñar el camisón.

En aquel momento, el abuelo se volvió hacia Clive con las cejas enarcadas, como si esperara que el chico le pidiera una aclaración, pero Clive se limitó a sonreír encantado, pues sabía lo que era un camisón, sí, señor; era lo que su madre llevaba a veces hasta las cinco de la tarde, al menos cuando su padre estaba en la carretera, vendiendo electrodomésticos, accesorios de cocina y seguros cuando podía. Cuando su padre estaba fuera de la ciudad, su madre se ponía a beber en serio, y a veces bebía tan en serio que no podía vestirse hasta la puesta de sol. Entonces salía a veces, dejándole al cuidado de Patty mientras iba a visitar a alguna amiga enferma.

-Las amigas de mamá se ponen enfermas más a menudo cuando papá está fuera de la ciudad, ¿te has fijado? -le comentó una vez a Patty.

Su hermana se rió hasta que se le saltaron las lágrimas y contestó que sí, que se había fijado, desde luego que se había fijado.

Las palabras del abuelo le habían recordado que los álamos cambiaban de algún modo cuando se acercaba el momento de volver a la escuela. Cuando soplaba el viento, los troncosadquirían el mismo color que el camisón más bonito de su madre, un color plateado que resultaba tan sorprendentemente triste como hermoso; un color que simbolizaba el fin de lo que uno había creído eterno.

-Y entonces -continuó el abuelo-, empiezas a perder la noción de las cosas. No demasiado, no es como volverse senil como el viejo Hayden, que vive más abajo, en la carretera, gracias a Dios, pero aun así es una porquería confundir las cosas. No es lo mismo que olvidar las cosas, eso sería otra cosa. No, las recuerdas, pero confundes los momentos y las situaciones.

Como, por ejemplo, yo estaba seguro de que me había roto el brazo justo después de que nuestro

Billy muriera en aquel accidente de coche, en el 58. Eso también fue una porquería. Se lo podría demostrar.... al reverendo Chadband. Billy iba detrás de un camión cargado de grava, unos treinta y cinco por hora, y de pronto, una piedrecilla más o menos del tamaño de la esfera del reloj de bolsillo que te he regalado cayó del camión, rebotó contra el suelo y se cargó el parabrisas de nuestro Ford. A Billy le entraron cristales en los ojos, y el médico dijo que seguramente se habría quedado ciego si hubiese sobrevivido, pero no sobrevivió..., sino que se salió de la carretera y chocó contra un poste de electricidad. El poste se estrelló contra el coche, y Bill quedó frito como cualquier chalado en la silla eléctrica de Sing Sing. Y lo peor que hizo en su vida fue hacerse el enfermo para no tener que recoger judías cuando todavía teníamos el huerto. Pero a lo que iba...

Estaba seguro de que me había roto el maldito brazo justo después de aquello; ¡habría jurado que fui a su funeral con el brazo todavía en cabestrillo! Sarah tuvo que enseñarme la Biblia familiar y los papeles del seguro para que me creyera que ella tenía razón; me lo había roto dos meses antes, y cuando enterramos a Billy ya me habían quitado el cabestrillo. Sarah me llamó viejo estúpido y tuve ganas de darle un bofetón de lo cabreado que estaba, pero estaba cabreado porque me daba vergüenza, y al menos tuve la sensatez de reconocerlo y dejarla en paz. Y ella sólo estaba cabreada porque no le gusta pensar en Billy. Era la niña de sus ojos, sí, señor.

-¡Madre mía! -exclamó Clive.

-No es que te pongas a chochear; más bien es como cuando vas a Nueva York y te encuentras a esos tipos en las esquinas con tres cubiletes y un guisante debajo de uno, y apuestan a que no adivinas debajo de qué cubilete está el guisante, y tú estás seguro de que lo adivinarás, pero los mueven tan deprisa que te engañan una y otra vez. Simplemente, te confundes, pierdes la noción de las cosas. Y te da la sensación de que no puedes evitarlo.

Exhaló un suspiro y miró en derredor como si quisiera comprobar dónde se encontraban exactamente. Su rostro adquirió por un instante una expresión de completa impotencia que desagradó y atemorizó al niño. No quería sentirse de aquel modo, pero no podía evitarlo. Era como si el abuelo se hubiera quitado un vendaje y le hubiera mostrado una llaga que era el síntoma de algo terrible. Como la lepra.

-Parece como si la primavera hubiera empezado la semana pasada -comentó el abuelo-, pero mañana ya no quedará ninguna flor si el viento sigue soplando así de fuerte, y desde luego, eso es lo que parece. Un hombre no puede seguir las cosas mentalmente cuando van tan deprisa. Un hombre no puede decir: «Espera un momento, viejo amigo, espera a que me recupere y pueda seguirte». No hay nadie a quien decírselo. Es como ir en un carro sin conductor, ya me entiendes. Así que, ¿qué conclusión sacas de todo esto, Clivey?

-Bueno -empezó el chico-, tienes razón en una cosa, abuelo; parece que algún idiota se ha inventado todo esto.

No pretendía hacerse el gracioso, pero el abuelo se echó a reír hasta que su rostro volvió a adquirir aquel alarmante matiz violáceo, y esta vez no sólo tuvo que inclinarse y apoyar las manos en las rodilleras de su pantalón de peto, sino que tuvo que rodear el cuello del chico para no caerse. Se habrían dado un buen batacazo si la risa y la tos del abuelo no hubieran empezado a ceder en aquel momento, cuando el chico ya estaba convencido de que la sangre saldría a borbotones de ese rostro violáceo e hinchado de risa.

-¡Eres la pera! -exclamó el abuelo cuando por fin logró dominarse-. ¡Eres la pera!

-¿Estás bien, abuelo? Quizás sería mejor que...

-Mierda, no. No estoy bien. He tenido dos ataques alcorazón en los últimos dos años, y yo seré el primer sorprendido si aguanto dos años más. Pero no es nada nuevo, muchacho. Lo único que quiero decir es que seas joven o viejo, tengas tiempo rápido o lento, siempre puedes tomar el camino recto si recuerdas ese pony. Porque si dices «mi bonito pony» entre cada número cada vez que cuentas, el tiempo no será más que tiempo. Si lo haces te digo que habrás ensillado a ese maldito animal. Aunque no puedes contar todo el tiempo, eso no entra en los planes de Dios. En eso estoy de acuerdo con ese grasicnto bastardo de Chadband. Pero

tienes que recordar que tú no posees tiempo, sino que el tiempo te posee a ti. Pasa a tu lado a la misma velocidad cada día. No le importas un comino, pero eso da igual si tienes un bonito pony. Si tienes un bonito pony,

Clivey, tienes al cabrón bien cogido por las pelotas, y a la mierda todos los Alden Osgood del mundo.

-¿Lo entiendes? -El viejo se inclinó levemente hacia Clive Banning.

-No, señor.

-Ya lo sé, pero ¿lo recordarás?

-Sí, señor.

El abuelo Banning lo miró con atención durante tanto rato que el chico empezó a incomodarse. Por fin asintió con la cabeza.

-Sí, creo que lo recordarás, sí, señor. El chico no respondió. En realidad, no se le ocurría nada que decir.

-Ya has recibido tu formación -prosiguió el abuelo.

-¡No he recibido ninguna formación si no lo entiendo! -gritó Clive con tal frustración y enojo que él mismo se sorprendió-. ¡No he recibido ninguna formación!

-A la mierda con eso de entender o no entender -replicó el viejo con toda calma.

Volvió a rodear el cuello del muchacho y lo atrajo hacia sí... por última vez antes de que la abuela lo encontrara muerto en la cama un mes más tarde.

Un buen día despertó y ahí estaba el abuelo, y el pony había echado abajo las vallas del abuelo y había dejado atrás todas las colinas del mundo. .

Corazón malvado, corazón malvado. Bonito, pero de corazón malvado.

-La comprensión y la formación son dos conceptos que no casan -dijo el abuelo aquel día entre los manzanos.

-Entonces, ¿qué es la formación?

-Recordar -repuso el viejo con serenidad-. ¿Recuerdas el pony?

-Sí, señor.

-¿Cómo se llama?

El chico vaciló un instante.

-Tiempo..., supongo.

-Muy bien. ¿Y de qué color es?

Esta vez, el chico vaciló durante un instante, abriendo su mente como una pupila en la noche.

-No lo sé -repuso por fin.

-Yo tampoco -aseguró el viejo al tiempo que lo soltaba-. No creo que sea de ningún color, y tampoco creo que importe. Lo que importa es: ¿lo reconocerás cuando lo veas?

-Sí, señor.

Un ojo reluciente y febril se apoderó de la mente del chico.

-¿Cómo?

-Porque es bonito -replicó Clive con absoluta certeza.

-¡Bien! -exclamó el viejo con una sonrisa-. ¡Clivey ha recibido un poco de formación, y eso lo hace a él más sabio y a mí más feliz... o quizás al revés. ¿Quieres un trozo de tarta de melocotón, muchacho?

-¡Sí, señor!

-Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? ¡A por la tarta!

Y así lo hicieron.

Y Clive Banning nunca olvidó el nombre, que era tiempo, ni el color, que no era ninguno, ni el aspecto, que no era ni hermoso ni feo..., sino simplemente bonito. Ni tampoco olvidó su carácter, que era malvado, ni lo que su abuelo había dicho cuando regresaban a la casa, palabras casi arrojadas, perdidas en el viento; había dicho que tener un pony para cabalgar era mejor que no tener pony, fuera cual fuese su carácter.

La casa de Maple Street

Aunque tan sólo contaba cinco años y era la más pequeña de los hermanos Bradbury,

Melissa tenía unos ojos muy perspicaces y no era de extrañar que fuese la primera en descubrir que algo extraño había sucedido en la casa de Maple Street mientras la familia Bradbury estaba de vacaciones en Inglaterra.

Corrió a decirle a su hermano Brian que algo raro pasaba arriba, en el tercer piso. Le dijo que se lo enseñaría, pero no hasta que le jurara que no le contaría a nadie lo que había encontrado.

Brian se lo juró, sabedor de que era de su padrastro de quien Lisa tenía miedo; al papá Lew no le gustaba que ninguno de los hermanos Bradbury «hiciera insensateces», así lo expresaba siempre, y había decidido que Melissa era la peor en aquel aspecto. Lissa, que era tan poco estúpida como ciega, era consciente de los prejuicios de Lew y los temía. De hecho, todos los hermanos

Bradbury temían al segundo marido de su madre.

Lo más probable era que todo quedara en agua de borrajas, pero Brian se alegraba mucho de estar de vuelta en casa y estaba dispuesto a portarse bien con su hermana pequeña, a la que llevaba ni más ni menos que dos años; la siguió por el pasillo del tercer piso sin rechistar, y sólo le tiró de las trenzas, que llamaba «frenos de emergencia», una vez.

Tuvieron que pasar de puntillas delante del estudio de Lew, la única habitación terminada del tercer piso, porque Lew estaba dentro, desempaquetando sus libretas y papeles y refunfuñando malhumorado. De hecho, Brian había empezado a pensar en lo que ponían en la tele aquella noche

(le apetecía un montón una comilona, y una buena sesión de televisiónpor cable americana después de tres meses de BBC e ITV) cuando llegaron al final del pasillo.

Lo que vio más allá de la yema del dedo de su hermana pequeña desterró la televisión de su mente.

-Y ahora vuélvemelo a jurar -susurró Lissa-. Juro por mi vida que no se lo contaré a nadie, ni a papá Lew ni a nadie.

-Lo juro por mi vida -repitió Brian sin dejar de mirar aquello.

Y de hecho, dejó pasar media hora antes de contárselo a su hermana mayor, Laurie, que estaba deshaciendo las maletas en su habitación. Laurie se mostraba posesiva con su habitación como sólo podía hacerlo una chica de once años, y echó una bronca de campeonato a Brian por entrar sin llamar, a pesar de que estaba completamente vestida.

-Lo siento -se disculpó Brian-, pero es que tengo que enseñarte una cosa. Es muy raro.

-¿Dónde?

Laurie siguió colocando ropa en los cajones como si tal cosa, como si nada de lo que pudiera contarle un niñato de siete años pudiera llegar a interesarla en lo más mínimo, pero Brian tampoco era ciego precisamente; sabía cuándo a Laurie le interesaba algo, y aquello le interesaba.

-Arriba, en el tercer piso. Al final del pasillo, después del estudio de papá Lew.

Laurie arrugó la nariz como siempre hacía cuando Brian o Lissa lo llamaban así. Ella y

Trent recordaban a su verdadero padre, y no les gustaba nada el sustituto. Se habían impuesto la obligación de llamarlo simplemente Lew. El hecho de que a Lewis Evans no le gustara el tratamiento, de que en realidad lo hallara un poco impertinente, no hacía más que reforzar la convicción tácita pero intensa de Laurie y Trent de que se trataba del tratamiento correcto para el hombre con el que su madre (¡uf!) se acostaba por aquel entonces.

-No quiero subir -dijo Laurie-. Está de un humor de perros desde que hemos llegado.

Trent dice que seguirá así hasta que empiece el curso y pueda volver a la rutina.

-Tiene la puerta cerrada. No haremos ruido. Lissa y mí hemos subido y ni siquiera se ha enterado.

-Lissa y yo.

-Eso, nosotros. Bueno, pues que no pasa nada. La puerta está cerrada y está hablando solo como siempre que se emociona.

-No lo soporto cuando habla solo -comentó Laurie en tono sombrío-. Nuestro padre nunca hablaba solo, y tampoco se encerraba solo en una habitación.

-Bueno, no creo que se haya encerrado -repuso Brian-, pero si realmente tienes miedo de que salga, coge una maleta vacía. Si sale decimos que vamos a ponerla en el armario donde siempre las guardamos.

-Pero ¿qué hay de raro allá arriba? -inquirió Laurie con un puño apoyado en la cadera.

-Te lo voy a enseñar -replicó Brian en tono solemne-; pero antes tienes que jurarme por mamá y por tu vida que no se lo contarás a nadie. -Se detuvo un momento como si reflexionara

-. Y sobre todo no puedes contárselo a Lissa, porque yo se lo he jurado a ella -añadió por fin.

Ahora Laurie estaba de lo más interesada. Seguramente no había nada allá arriba, pero estaba harta de guardar ropa. Era impresionante la cantidad de trastos que una persona podía acumular en tres meses.

-Vale, lo juro.

Se llevaron dos maletas vacías, una para cada uno, pero sus precauciones resultaron ser innecesarias, pues su padrastro no salió del estudio en ningún momento. Mejor, seguramente; a juzgar por el sonido, se había puesto de un humor de perros. Los dos niños lo oían recorrer la habitación a grandes pasos, refunfuñar, abrir cajones y volverlos a cerrar de golpe. Por las rendijas de la puerta se escapaba un olor familiar que a Laurie le recordaba el hedor de los calcetines de deporte; era la pipa de Lew.

Laurie sacó la lengua, bizqueó y se llevó las manos a las orejas en ademán de burla cuando pasaron de puntillas por delante de la puerta.

Pero al cabo de un momento, cuando miró lo que Lissa había mostrado a Brian y ahora

Brian le mostraba a ella, se olvidó de Lew del mismo modo que Brian se había olvidadode los maravillosos programas que podría ver en la tele aquella noche.

-¿Qué es? -susurró-. Madre mía, ¿qué significa?

-No sé -repuso Brian-. Pero recuerda, lo has jurado por mamá, Laurie.

-Sí, sí, pero...

-Repítelo.

A Brian no le gustaba nada la expresión de Laurie. Era una expresión de ir a contárselo a alguien, y tenía la sensación de que necesitaba un recordatorio.

-Sí, sí, por mamá -repitió Laurie sin pensar-. Pero, Brian, por todos los...

-Y por tu vida, no te olvides de eso.

-¡Qué pelmazo eres, Brian!

-Da igual, di que lo juras por tu vida.

-Por mi vida, por mi vida, ¿vale? -exclamó Laurie-. ¿Por qué eres tan pesado, Bri?

-No sé -repuso él con aquella sonrisa afectada que tanta rabia le daba a Laurie-.

Supongo que tengo suerte.

Podría haberlo estrangulado..., pero una promesa era una promesa, sobre todo si la habías hecho en nombre de tu madre, así que Laurie esperó una hora antes de buscar a Trent y ense ñárselo. También a él le hizo jurar que no se lo contaría a nadie, y su confianza en que Trent cumpliría su promesa era completamente justificada. Trent estaba a punto de cumplir los catorce, y como era el mayor, no tenía a nadie a quien contárselo... excepto a los adultos. Puesto que su madre se había ido a la cama con migraña, sólo quedaba Lew, y eso era como decir que no quedaba nadie.

Los dos hermanos mayores no habían tenido necesidad de llevarse maletas vacías como camuflaje; su padrastro estaba abajo, mirando la conferencia de un tipo inglés sobre los normandos y los sajones (la especialidad de Lew en la universidad) en el vídeo, y disfrutando de su tentempié favorito, un vaso de leche y un bocadillo de ketchup.

Trent se quedó parado al final del pasillo, mirando lo que los demás niños habían visto antes que él. Se quedó ahí inmóvil durante largo rato.

-¿Qué es, Trent? -preguntó por fin Laurie.

Ni siquiera se le había ocurrido que Trent no lo sabría. Trent lo sabía todo. Así que se lo quedó mirando casi incrédula cuando meneó lentamente la cabeza.

-No lo sé -admitió sin dejar de mirar la grieta-. Algún metal, creo. Ojalá me hubiera traído una linterna.

Metió un dedo en la grieta y dio unos golpecitos. A Laurie no le hizo mucha gracia el gesto, y sintió un gran alivio cuando Trent volvió a sacar el dedo.

-Sí, es metal.

-¿Y qué hace ahí? -preguntó Laurie-. Quiero decir, ¿estaba ahí antes?

-No -repuso Trent-. Me acuerdo de cuando volvieron a enyesar las paredes. Fue justo después de que mamá se casara con él. Y ahí no había más que listones.

-¿Yeso qué es?

-Pues tablones delgados -explicó Trent-. Se ponen entre el yeso y la pared exterior de la casa.

Trent volvió a meter el dedo en la grieta y de nuevo tocó el metal que parecía de un color blanco opaco desde fuera. La grieta medía unos diez centímetros de largo por un centímetro y medio en el punto más ancho.

-Y también pusieron aislamiento -prosiguió frunciendo el ceño con gesto pensativo antes de meter las manos en los bolsillos traseros de sus téjanos desteñidos-. Me acuerdo de eso. Es como una cosa rosa y temblorosa que se parece a las nubes de azúcar.

-¿Y dónde está? Yo no veo ninguna cosa rosa.

-Ni yo -dijo Trent-. Pero la pusieron. Me acuerdo muy bien. -Recorrió con la mirada los diez centímetros de grieta-. Este metal de la pared es nuevo. Me pregunto cuánto hay y hasta dónde llega. ¿Está sólo aquí arriba o...?

-¿O qué? -preguntó Laurie con los ojos abiertos de par en par, expectante.

Empezaba a estar un poco asustada.

-¿O está en toda la casa? -terminó Trent en tono pensativo.Al día siguiente, después de la escuela, Trent convocó a todos los hermanos Bradbury. Empezó un poco mal, porque Lissa acusó a Brian de incumplir lo que llamaba «su solemne juramento», y Brian, que estaba profundamente avergonzado, acusó a Laurie de poner en peligro el alma de su madre al habérselo contado a

Trent. Aunque no estaba muy seguro de lo que era un alma (los Bradbury eran unitarianos), parecía estar bastante seguro de que Laurie había condenado la de su madre al infierno.

-Bueno -dijo Laurie-, tú tienes parte de culpa, Brian. Tú eres el que metió a mamá en esto. Deberías haberme dejado que jurara en nombre de Lew. Que se vaya él al infierno.

Lissa, que era lo suficientemente joven y buena como para no desear que nadie fuera al infierno, se alteró tanto por la línea del discurso que estalló en sollozos.

-A callar todo el mundo -ordenó Trent, y abrazó a Lissa hasta que ésta recobró la compostura-. A lo hecho pecho, y la verdad es que creo que ha sido para bien.

-¿Ah, sí? -intervino Brian.

Si Trent decía que algo estaba bien, Brian habría estado dispuesto a morir por defenderlo, por supuesto, pero Laurie había jurado en nombre de mamá.

-Una cosa tan rara hay que investigarla, y si perdemos el tiempo discutiendo sobre quién tiene razón y quién no, no acabaremos nunca.

Trent miró con intención el reloj de la pared de su habitación, que era donde se habían reunido. Eran las tres y veinte. No hacía falta añadir nada más. Su madre se había levantado aquella mañana para prepararle el desayuno a Lew, dos huevos hervidos durante tres minutos, tostadas integrales y mermelada, una de sus numerosas exigencias diarias, pero luego había vuelto a meterse en la cama y allí se había quedado. Sufría espantosos dolores de cabeza,

migrañas que a veces le atormentaban el cerebro indefenso y a menudo confuso antes de desaparecer durante un mes aproximadamente.

No era probable que los viera en el tercer piso y se preguntara qué estarían tramando, pero

«papá Lew» ya era harina de otro costal. Puesto que su estudio estaba en el mismo pasillo que la extraña grieta, sólo podían contar con que no los sorprendiera si realizaban sus investigaciones cuando él estuviera fuera, y eso era lo que significaba la intencionada mirada de Trent al reloj.

La familia había regresado a Estados Unidos diez días antes de que Lew empezara de nuevo las clases, pero una vez a quince kilómetros de la universidad, se veía atraído hacia ella como una mosca a la miel. Había salido poco después de mediodía, con un maletín repleto de papeles que había recabado en distintos lugares de interés histórico durante su estancia en Inglaterra. Había anunciado que salía para archivar aquellos papeles. Trent creía que aquello significaba que los embutiría en uno de los cajones de su mesa, cerraría la puerta de su despacho con llave y bajaría al bar de la facultad de Historia. Ahí se pondría a chismorrear con sus amigúeles..., claro que, según había averiguado Trent, si eres profesor universitario, la gente cree que eres un idiota si tienes amigúeles. Lo que hay que tener son colegas. Así pues, Lew se había marchado, lo cual estaba muy bien, pero podía volver en cualquier momento entre entonces y las cinco, y eso estaba mal. Aun así, tenían un poco de tiempo, y Trent no iba a permitir que lo malgastaran discutiendo sobre quién había jurado qué a quién.

-Escuchad, chicos.

Le gustó comprobar que realmente lo estaban escuchando, olvidadas ya sus diferencias y reproches en la emoción de una investigación. A todos ellos les había asombrado que Trent fuera incapaz de explicar lo que Lissa había encontrado. Todos compartían, al menos hasta cierto punto, la sencilla fe de Brian en Trent; si Trent estaba perplejo, si Trent creía que algo era raro e incluso increíble, entonces los demás creían lo mismo.

-Dinos lo que tenemos que hacer, Trent -dijo Laurie expresando el pensamiento de todos-, y lo haremos.

-Vale -accedió Trent-. Necesitamos algunas cosas.

Respiró profundamente y empezó a explicarles lo que necesitaban. Una vez congregados en torno a la grieta situada al finaldel pasillo del tercer piso, Trent aupó a Lissa para que pudiera enfocarla con una pequeña linterna, la que su madre usaba para examinarles los oídos, los ojos y la nariz cuando no se encontraban bien. Todos veían el metal; no era lo bastante brillante como para reflejar con claridad la luz de la linterna, pero sí despedía un brillo sedoso. Era acero, en opinión de Trent, acero u otro tipo de aleación.

-¿Qué es una aleación, Trent? -inquirió Brian.

Trent meneó la cabeza. No lo sabía muy bien. Se volvió hacia Laurie para pedirle el taladro.

Brian y Lissa cambiaron una mirada inquieta cuando Laurie le pasó el taladro. Procedía del taller del sótano, y el sótano era el único lugar de la casa que seguía siendo de su verdadero padre.

Papá Lew no había bajado ahí ni una docena de veces desde que se había casado con Catherine

Bradbury. Eso no lo sabían sólo Trent y Laurie, sino también los pequeños. No temían que papá

Lew advirtiera que alguien había usado el taladro; lo que les preocupaba eran los agujeros que habría en la pared cerca de su estudio. Ninguno de ellos lo expresó en voz alta, pero Trent lo leía en sus rostros inquietos.

-Mirad -explicó Trent sosteniendo el taladro de forma que todos pudieran verlo bien-.

Esto es lo que llaman una broca de punta de aguja. ¿Veis lo pequeña que es? Y puesto que sólo vamos a hacer agujeros detrás de los cuadros, no creo que tengamos que preocuparnos.

Había alrededor de una docena de cuadros a lo largo del pasillo del tercer piso, la mitad de los cuales estaban colgados más allá del estudio, hacia el armario del final del pasillo donde guardaban las maletas. La mayoría eran vistas muy antiguas (y bastante aburridas) de Titusville, la ciudad en la que vivían los Bradbury.

-Ni siquiera las mira. ¿Cómo queréis que se ponga a mirar detrás? -corroboró Laurie.

Brian rozó la punta de la broca con el dedo y a continuación asintió con la cabeza. Lissa lo observó con atención, y luego copió los dos gestos de su hermano. Si Laurie decía que algo estaba bien, lo más probable era que fuera verdad; si Trent decía que algo estaba bien, casi seguro que era verdad; y si los dos estaban de acuerdo, entonces no cabía la menor duda.

Laurie descolgó el cuadro más cercano a la pequeña grieta de la pared y se lo pasó a Brian.

Trent aplicó el taladro. Los demás estaban agolpados a su alrededor como jugadores de campo alentando a su lanzador en un momento especialmente delicado de un partido de béisbol.

La broca entró sin dificultad en la pared, y el orificio que quedó era tan pequeño como habían prometido los dos hermanos. El cuadrado más oscuro de papel pintado que quedó al descubierto cuando Laurie descolgó el cuadro, también resultaba alentador. Sugería que hacía mucho tiempo que nadie se molestaba en descolgar el oscuro grabado que mostraba la biblioteca pública de Titusville.

Después de que el taladro diera unas doce vueltas, Trent detuvo el aparato y sacó la broca.

-¿Por qué te has parado? -preguntó Brian.

-Porque he chocado con algo duro.

-¿Más metal? -inquirió Lissa.

-Creo que sí. Madera no era, seguro. Vamos a ver. Enfocó la linterna y ladeó la cabeza en varias direcciones antes de sacudirla.

-Tengo la cabeza demasiado grande; levantemos a Lissa -propuso.

Laurie y Trent la auparon y Brian le pasó la linterna. Lissa observó la grieta con los ojos entornados.

-Igual que la grieta que encontré -anunció por fin.

-De acuerdo -ordenó Trent-. Al próximo cuadro.

El taladro chocó contra metal detrás del segundo cuadro y también detrás del tercero. Detrás del cuarto, que ya estaba bastante cerca del estudio de Lew, la broca se hundió hasta el fondo antes de que Trent la sacara. Cuando la auparon para que mirara, Lissa anunció que veía «la cosa rosa».

-Sí, el aislamiento del que te hablé -explicó Trent a Laurie-. Vamos a intentarlo con el otro lado del pasillo.

Tuvieron que hacer agujeros detrás de cuatro cuadros en el lado oriental del pasillo antes de toparse primero con los listones de madera y a continuación con el aislamiento colocado detrás del yeso..., y cuando estaban colgando el último cuadro, oyeron el inoportuno gruñido del viejo

Porsche de Lew entrar por el sendero de coches.

Brian, que había sido el encargado de colgar el último cuadro, pues llegaba al gancho si se ponía de puntillas, lo dejó caer. Laurie alargó el brazo y lo agarró por el marco antes de que chocara contra el suelo. Al cabo de un instante, se dio cuenta de que estaba temblando de tal forma que tuvo que pasarle el cuadro a Trent, ya que de lo contrario también ella lo habría dejado caer.

-Cuélgalo tú -pidió al volver el tenso rostro hacia su hermano mayor-. Lo habría dejado caer si hubiera estado pensando en lo que hacía. De verdad.

Trent colgó el cuadro, que mostraba unos carruajes tirados por caballos que paseaban por el parque, y vio que estaba un poco torcido. Alargó la mano para enderezarlo, pero la retiró justo antes de que sus dedos rozaran el marco. Sus hermanas y su hermano lo consideraban una especie de dios; pero Trent era lo suficientemente inteligente como para

saber que no era más que un niño. Pero incluso un niño, siempre y cuando se tratara de un niño con dos dedos de frente, sabía que cuando las cosas empezaban a ir mal, lo mejor era dejarlas. Si seguía manoseando el cuadro acabaría tirándolo, sin duda alguna, y el suelo acabaría lleno de vidrios rotos, y de algún modo,

Trent lo sabía.

-Vamos -susurró-. Abajo. A la sala de la tele. La puerta trasera se cerró de golpe al entrar Lew.

-¡Pero no está recto! -protestó Lissa-. ¡No está...!

-¡Da igual! -exclamó Laurie-. Haz lo que te dice Trent.

Trent y Laurie se miraron con los ojos muy abiertos. Si Lew entraba en la cocina para prepararse algo que le permitiera resistir hasta la cena, tal vez todo fuera bien. Pero si no, se encontraría con Lissa y Brian en la escalera. Un solo vistazo bastaría para que supiera que algo tramaban. Los dos hermanos pequeños de la familia Bradbury eran lo bastante mayores como para mantener la boca cerrada, pero no la cara.

Brian y Lissa se marcharon a toda prisa.

Trent y Laurie los siguieron más despacio, sin dejar de escuchar. Hubo un momento de tensión casi insoportable, en el que el único sonido que se escuchaba era el de las pisadas de los pequeños en la escalera, y de repente, Lew aulló desde la cocina:

-¡DEJAD DE HACER TANTO RUIDO! ¡VUESTRA MADRE ESTÁ DURMIENDO UNA SIESTA!

«Y si esto no la despierta, nada la despertará», se dijo Laurie.

Aquella noche, cuando Trent estaba a punto de dormirse, Laurie abrió la puerta de su habitación, entró y se sentó junto a él en la cama.

-No te cae bien, pero eso no es todo -afirmó.

-¿Quién? ¿Cómo? -preguntó Trent entreabriendo un ojo.

-Lew -insistió ella en un susurro-. Ya sabes a quién me refiero, Trent.

-Sí -asintió él por fin-. Y tienes razón. No me cae bien.

-Le tienes miedo, ¿verdad?

-Sí, un poco -admitió su hermano tras un largo silencio. . -¿Sólo un poco?

-Quizás un poco más que un poco -repuso Trent.

Le guiñó el ojo con la esperanza de arrancarle una sonrisa, pero Laurie se limitó a mirarlo con fijeza, y Trent desistió. No iba a poder hacerla reír, al menos no aquella noche.

-¿Por qué? ¿Crees que puede hacernos daño?

Lew les gritaba mucho, pero nunca les había puesto las manos encima. No, recordó Laurie de repente, eso no era del todo cierto. Una vez, Brian entró en su estudio sin llamar, y Lew le había dado unos azotes. Unos buenos azotes. Brian había intentado no llorar, pero al final no había podido contenerse. Y mamá también había llorado, aunque no había intentado detener a

Lew. Pero debía de haberle dicho algo más tarde, porque Laurie oyó cómo Lew le gritaba a ella.

Aun así, no habían sido más que unos azotes, no una pali-za, y Brian realmente podía llegar a ser un idiota cuando se lo proponía.

¿Se lo había propuesto aquella noche? se preguntó Laurie. j ¿O habría Lew dado unos azotes a su hermano hasta hacerlo llorar por algo que no era más que un inocente error de crío? No lo sabía, y de repente se le ocurrió un pensamiento desagradable, el tipo de pensamiento que le hizo comprender que Peter Pan no hubiese querido crecer: no estaba segura de querer saberlo. Pero lo que sí sabía era quién era el verdadero idiota.

Se dio cuenta de que Trent no había contestado a su pre- | gunta, así que le asestó un leve puñetazo en el costado.

-¿Se te ha comido la lengua el gato o qué?

-Estaba pensando -repuso Trent-. No es una pregunta fácil, ¿sabes?

-Sí -asintió Laurie con gravedad-. Ya lo sé. Y lo dejó seguir pensando.

-No -dijo Trent por fin al tiempo que entrelazaba las manos detrás de la nuca-. No lo creo, enana.

A Laurie no le gustaba nada que la llamara así, pero decidió pasarlo por alto aquella noche.

No recordaba haber oído nunca a Trent hablarle con tanta cautela y seriedad.

-No creo que llegara a hacerlo..., pero sí que podría -prosiguió Trent incorporándose sobre un codo y mirándola con expresión aún más seria-. Pero me parece que está haciendo daño a mamá, y creo que cada vez es peor.

-Mamá se arrepiente, ¿verdad? -preguntó Laurie.

De repente, sintió ganas de echarse a llorar. ¿Por qué los mayores eran a veces tan tontos en cosas de las que los niños se daban cuenta de buenas a primeras? Te entraban ganas de darles una patada.

-No quería ir a Inglaterra... y mira cómo le grita él a veces...

-Y no te olvides de los dolores de cabeza -añadió Trent con voz monótona-. Esos dolores de cabeza que, según Lew, mamá se provoca sola. Sí, señor, seguro que mamá se arrepiente.

-¿Tú crees que...? Ya sabes...

-¿ Qué llegaría a divorciarse ?

-Sí -asintió Laurie aliviada.

No sabía si habría sido capaz de pronunciar aquella palabra, y si se hubiera dado cuenta de lo mucho que se parecía a su madre en aquel aspecto, habría podido contestar a su propia pregunta.

-No -negó Trent-. Mamá no haría una cosa así.

-Entonces no podemos hacer nada -sentenció Laurie con un suspiro.

-¿Ah no? -replicó Trent en voz tan baja que Laurie apenas lo oyó.

Durante la siguiente semana y media, taladraron otros agujeritos por toda la casa, siempre en lugares en los que nadie podría verlos; agujeros detrás de los pósters en sus habitaciones respectivas, detrás de la nevera, en la despensa (Brian consiguió deslizarse detrás y tener espacio suficiente para utilizar el taladro), en los armarios de la planta baja... Trent incluso taladró un agujero en una de las paredes del comedor, muy cerca del techo, en un rincón siempre sumido en sombras. Para ello se subió a la escalera de mano y Laurie la sujetó para mantenerla firme.

No había metal en ninguna parte. Sólo listones.

Los niños se olvidaron del asunto durante un tiempo.

Cierto día, al cabo de un mes aproximadamente, cuando Lew ya había empezado a dar clases a tiempo completo, Brian fue a buscar a Trent y le dijo que había otra grieta en el yeso del tercer piso, y que veía metal detrás de ella. Trent y Melissa fueron de inmediato. Laurie seguía en la escuela, en el ensayo de la banda de música.

Al igual que el día en que encontraron la primera grieta, su madre estaba acostada a causa de un terrible dolor de cabeza. El humor de Lew había mej orado desde que habían empezado las clases, tal y como Trent y Laurie lo aseguraron, pero la noche anterior había tenido una bronca de campeonato con su madre, una discusión sobre una fiesta que padre quería orga-nizar para los profesores de la facultad de Historia. La ex señora Bradbury odiaba y temía jugar a la anfitriona en fiestas de la facultad. Lew había insistido, y su madre cedido por fin. Ahora estaba tendida en la habitación semioscura, con una toalla húmeda sobre los ojos y un frasco de Fiorinal sobre la mesita de noche, mientras Lew, probablemente, repartía invitaciones en el bar de la facultad y daba palmaditas en el hombro a sus colegas.

La nueva grieta se hallaba en la pared occidental del pasillo, entre la puerta del estudio y la escalera.

-¿Estás seguro de que has visto metal ahí dentro? -preguntó Trent-. Comprobamos esta pared la primera vez, Bri.

-Pues míralo tú -replicó Brian.

Trent fue a comprobarlo. No le hacía falta la linterna; aquella grieta era más ancha, y no cabía duda de que detrás había metal.

Tras observar la grieta durante largo rato, Trent les dijo que tenía que ir a la ferretería de inmediato.

-¿Para qué? -inquirió Lissa.

-Para comprar un poco de yeso. No quiero que Lew vea la grieta. -Vaciló un instante antes de añadir-: Y sobre todo no quiero que vea el metal que hay dentro.

-¿Por qué no, Trent? -preguntó Lissa con el ceño fruncido.

Pero Trent no lo sabía con seguridad. Al menos de momento.

Empezaron a taladrar de nuevo, y esta vez encontraron metal detrás de todas las paredes del tercer piso, inclusive las del estudio de Lew. Trent entró a hurtadillas una tarde para hacer unos agujeros mientras Lew estaba en la universidad y su madre estaba fuera, comprando cosas para la fiesta que se avecinaba.

La antigua señora Bradbury estaba muy pálida aquellos días, incluso Lissa se percataba de ello, pero cuando alguno de los niños le preguntaba si se encontraba bien, siempre esbozaba una sonrisa de preocupación demasiado radiante y respondía que estaba como nunca, como una rosa.

Laurie, que podía llegar a ser muy directa, le dijo que estaba demasiado delgada. Oh, no, contestó su madre, Lew dice que me estaba poniendo como una foca en Inglaterra, con todos esos banquetes a la hora del té. Ahora intentaba volver a ponerse en forma, nada más.

Laurie sabía que no era cierto, pero ni siquiera ella era tan directa como para acusar a su madre de mentirosa. Si los cuatro hubieran acudido a ella en grupo, si la hubieran atacado en tropel, por así decirlo, tal vez habrían escuchado una historia bien distinta. Pero ni siquiera a Trent se le ocurrió hacer algo así.

De la pared situada detrás de la mesa colgaba un diploma enmarcado de Lew. Mientras los demás niños se agolpaban delante de la puerta, a punto de vomitar de miedo, Trent descolgó el diploma enmarcado, lo dejó sobre la mesa y practicó un orificio diminuto en el centro del cuadrado que había dejado marcado en la pared. La broca entró unos cinco centímetros antes de chocar contra el metal.

Trent volvió a colgar con todo cuidado el diploma, se aseguró de que no quedara torcido y salió del estudio.

Lissa estalló en sollozos de alivio, y Brian se apresuró a imitarla; parecía enojadísimo consigo mismo, pero aun así, fue incapaz de contenerse. Laurie tuvo que luchar con denuedo para contener las suyas.

Taladraron agujeros a intervalos regulares a lo largo de la escalera que conducía al segundo piso y también encontraron metal detrás de aquellas paredes. El metal llegaba hasta la mitad del pasillo del segundo piso en su camino hacia la fachada de la casa. Había metal detrás de las paredes de la habitación de Brian, pero sólo detrás de una de las paredes del cuarto de Laurie.

-No ha terminado de crecer aquí dentro -comentó Laurie en tono sombrío.

Trent la miró sorprendido.

-¿Eh?

Pero antes de que Laurie pudiera contestar, Brian tuvo una idea brillante.-¡El suelo, Trent!

-exclamó-. Vamos a ver si también hay metal en el suelo.

Trent se lo pensó, se encogió de hombros y taladró un agujero en el suelo de la habitación de

Laurie. La broca se hundió hasta el fondo sin topar con nada, pero cuando retiró la alfombra que había al pie de su propia cama e hizo un agujero, lo que encontró fue acero macizo... o al menos, algo macizo.

Luego, a instancias de Lissa, se subió a un taburete e hizo un agujero en el techo, con los ojos entornados para que no le entrara el polvillo de yeso en los ojos.

-Doing -anunció al cabo de unos instantes-. Más metal. Dejémoslo por hoy.

Laurie fue la única en darse cuenta de lo preocupado que estaba Trent.

Aquella noche, después del toque de queda, fue Trent el que acudió a la habitación de

Laurie, y Laurie no fingió estar medio dormida. Lo cierto era que ninguno había dormido demasiado bien en las últimas dos semanas.

-¿A qué te referías? -susurró Trent mientras se sentaba en el borde de la cama.

-¿Sobre qué? -replicó Laurie incorporándose sobre un codo.

-Has dicho que no había acabado de crecer en tu cuarto. ¿Qué querías decir?

-Vamos, Trent, no eres tonto.

-No, no lo soy -convino su hermano sin afectación-. A lo mejor sólo quiero que me lo digas tú, enana.

-Si me llamas así no me oirás decir nada.

-Vale. Laurie, Laurie, Laurie. ¿Contenta?

-Sí. Esa cosa está creciendo por toda la casa. -Hizo una pausa antes de proseguir-. No, no es verdad. Está creciendo debajo de la casa.

-Eso tampoco es verdad.

Laurie reflexionó por un momento y a continuación suspiró.

-Vale -concedió-. Está creciendo en la casa. Está robando la casa. ¿Te parece bien, listillo?

-Robando la casa -repitió Trent en un murmullo.

Permaneció sentado en la cama, mirando el póster de Chrissie Hynde que tenía Laurie mientras parecía saborear la expresión que había empleado. Por fin asintió con la cabeza y esbozó aquella sonrisa que tanto le gustaba a Laurie.

-Sí, eso está muy bien.

-Sea lo que sea, parece que está vivo.

Trent volvió a asentir. Aquella idea ya se le había ocurrido. No sabía cómo era posible que el metal estuviera vivo, pero, desde luego, no veía otra explicación, al menos de momento.

-Pero eso no es lo peor.

-¿Y qué es lo peor?

-Lo hace a escondidas.

Los ojos de Laurie, clavados solemnemente en los de su hermano, aparecían muy abiertos y asustados.

-Eso es lo que menos me gusta. No sé cómo empezó ni lo que significa, y la verdad es que no me importa. Pero crece a escondidas.

Laurie se pasó la mano por el espeso cabello rubio para apartárselo de las sienes. Se trataba de un gesto preocupado e inconsciente que a Trent le recordaba muchísimo a su padre, que había tenido el pelo del mismo color.

-Tengo la sensación de que va a pasar algo, Trent, sólo que no sé qué, y es como una pesadilla de la que no puedes salirte del todo. ¿No te pasa a veces?

-Un poco, sí. Pero yo sé que va a pasar algo. E incluso es posible que sepa qué es.

Laurie se incorporó en la cama con brusquedad y le cogió las manos.

-¿Que lo sabes? ¿Qué? ¿Qué es?

-No estoy seguro -repuso Trent mientras se levantaba-. Creo que lo sé, pero todavía no estoy preparado para decir lo que pienso. Tengo que seguir buscando un poco más.

-Si hacemos muchos agujeros más, la casa se va a caer.

-No he dicho hacer agujeros, he dicho buscar.-¿Buscar qué?

-Algo que todavía no está..., que todavía no ha crecido. Pero cuando crezca, no creo que pueda esconderse.

-¡Dímelo, Trent!

-Todavía no -replicó él antes de darle un rápido beso en la mejilla-. Además, no debes ser tan curiosa, enana.

-¡Te odio! -exclamó ella en un susurro al tiempo que se tendía de nuevo y se echaba la sábana sobre la cabeza.

Pero se sentía mucho mejor después de haber hablado con Trent, y durmió mejor de lo que había dormido toda la semana anterior.

Trent encontró lo que buscaba dos días antes de la gran fiesta. Al ser el mayor, tal vez debería haberse dado cuenta de que su madre había empezado a tener un aspecto terrible, con la piel brillante y estirada sobre los pómulos, la tez tan pálida que había adquirido un feo matiz amarillento. Debería haber advertido la frecuencia con que se frotaba las sienes, pese a que negaba, casi con pánico, que tuviera migraña o que llevaba una semana atormentada por ella.

No obstante, no se dio cuenta de ninguno de aquellos síntomas. Estaba demasiado absorto en su búsqueda.

En los cuatro o cinco días que mediaron entre su conversación nocturna con Laurie y el día en que encontró lo que buscaba, revisó todos los armarios de la vieja casona al menos tres veces; el altillo que había sobre el estudio de Lew cinco o seis veces; el viejo sótano media docena de veces.

Y por fin lo encontró en el sótano.

No es que no hubiera encontrado cosas extrañas en otros lugares de la casa; de hecho, las había y muchas. Un pomo de acero inoxidable en el techo del armario del segundo piso. Una armadura curvada de metal sobresalía del armarito de maletas del tercer piso. Era de metal gris opaco, aunque pulido... hasta que lo tocó. Cuando lo rozó, la armadura despidió una luz de color rojizo, y Trent oyó un leve aunque poderoso zumbido procedente de las profundidades de la pared. Apartó la mano como si la armadura quemara, y de hecho, en el primer momento, cuando adquirió un color que asociaba con los quemadores de las cocinas eléctricas, habría jurado que realmente quemaba. Cuando retiró la mano, el metal curvado se tornó de nuevo gris. El zumbido cesó al instante.

El día anterior, en el altillo, había observado una telaraña de cables delgados y enmarañados que surgía de un rincón oscuro bajo el alerón. Trent estaba recorriendo el lugar a gatas, sin conseguir más que acalorarse y ensuciarse, cuando de repente descubrió aquel asombroso fenómeno. Se quedó petrificado, contemplando por entre los desordenados mechones de su cabello los cables que surgían de ninguna parte, o al menos, eso parecía, se encontraban, se entrelazaban de tal forma que parecían fundirse y después continuaban hasta el suelo, donde descansaban anclados entre vagos montoncitos de serrín. Parecían estar creando una suerte de abrazadera flexible, y daba la impresión de que sería muy resistente, capaz de sostener la casa aunque se produjeran muchas sacudidas y golpes.

Pero ¿qué sacudidas?

¿Qué golpes?

Una vez más, Trent creyó saberlo. Le resultaba difícil de creer, pero creía saberlo.

En el extremo norte, detrás del taller y la estufa, había un pequeño armario. Su padre lo había llamado la «bodega de vinos», y aunque no había colocado más de dos docenas de botellas de vinazo (una palabra que siempre había hecho reír a su madre), todas ellas estaban guardadas con gran cuidado en los estantes entrecruzados que él mismo había fabricado.

Lew entraba ahí aún con menor frecuencia que en el taller; no bebía vino. Y si bien su madre a menudo se había tomado una copa o dos con su padre, ahora tampoco bebía. Trent recordó lo triste que se había puesto la vez que Bri le había preguntado por qué ya no se tomaba nunca una copa de vinazo delante del fuego.

- Lew no aprueba la bebida - le había explicado su madre a Brian - . Dice que es un vicio.Había un candado en la puerta de la bodega, pero sólo lo habían colocado ahí para que la puerta no se abriera de golpe y permitiera que el calor de la estufa entrara en la bodega. La llave estaba colgada junto a él, pero Trent no la necesitaba. Había dejado el candado abierto tras su primera investigación, y nadie había bajado a cerrarlo desde entonces. Que él supiera, nadie iba ya a aquel extremo del sótano.

No le sorprendió demasiado el agrio olor a vino derramado que percibió al acercarse a la puerta; no era sino otra prueba de lo que él y Laurie ya sabían... Se estaban produciendo silenciosos cambios por toda la casa. Abrió la puerta, y aunque lo que vio le dio miedo, lo cierto era que no lo sorprendió.

Unas estructuras de metal se habían abierto paso a través de las paredes de la bodega, rompiendo los estantes de compartimentos en forma de rombo y tirando las botellas de Bollinger,

Mondavi y Battiglia al suelo, donde se habían hecho añicos.

Al igual que los cables del altillo, fuera lo que fuese lo que se estaba formando allí, lo que estaba creciendo, según palabras de Laurie, todavía no estaba terminado. Se desarrollaba entre destellos de luz que deslumhraron a Trent y le hicieron sentir náuseas.

No obstante, allí no había cables ni barras curvadas. Lo que estaba creciendo en la bodega de vinos ya olvidada, que había pertenecido a su verdadero padre, parecía una serie de cajas, consolas y salpicaderos. Mientras miraba, vagas, siluetas brotaban del metal como cabezas de serpientes emocionadas, cobraban forma y se convertían en diales, palancas y pantallas. Habia algunas luces que empezaron a parpadear mientras Trent las observaba.

Un leve suspiro acompañaba el acto de creación.

Trent avanzó otro paso hacia el cuartito; le había llamado la atención una luz o serie de luces rojas especialmente brillantes. Al avanzar no pudo contener un estornudo, pues las máquinas y consolas que hacían su aparición por entre el viejo hormigón habían levantado una cantidad considerable de polvo.

Las luces que le habían llamado la atención eran números. Se hallaban bajo una protección de vidrio y formaban parte de una estructura de metal que se abría paso a partir de una consola.

Aquel nuevo objeto parecía una especie de silla, aunque era imposible que nadie que se sentara en ella estuviera cómodo. Al menos, nadie con forma humana, se dijo Trent con un escalofrío.

La tira de vidrio se hallaba en uno de los brazos de la extraña silla..., si es que era una silla.

Y era posible que los números le hubieran llamado la atención porque se movían.

De
72:34:18 pasaron a
72:34:17 y a continuación a
72:34:16

Trent miró el reloj, que contaba con un segundero que le confirmó lo que sus ojos ya le habían revelado. La silla podía no ser una silla, pero los números que había bajo el vidrio pertenecían a un reloj digital. Un reloj que retrocedía. Una cuenta atrás, para ser exactos. ¿Y qué sucedería cuando el reloj pasara finalmente de
00:00:01 a
00:00:00 al cabo de tres días?

Estaba casi seguro de que lo sabía. Cualquier niño americano sabe que pasa una de dos cosas cuando un reloj que retrocede llega a cero: una explosión o un despegue.

Trent creía que había demasiado equipo, demasiados artilugios como para que se tratara de una explosión.

Creía que algo se había infiltrado en la casa mientras estaban en Inglaterra. Una especie de espora, tal vez, que había volado por el espacio durante mil millones de años antes de quedar atrapado en la fuerza de gravedad de la Tierra, había caído por la atmósfera como una hoja atrapada en una suave brisa y por fin se había colado en la chimenea de una casa de Titusville,

Indiana.

Dentro de la casa de los Bradbury, sita en Titusville, Indiana.Podría haber sido cualquier otra cosa, por supuesto, pero la idea de la espora le parecía correcta a Trent, y aunque era el mayor de los hermanos Bradbury, todavía era lo suficientemente joven como para dormir bien después de comerse una pizza de salami a las nueve de la noche, y como para creer a pies juntillas en sus percepciones y su intuición. Y a fin de cuentas, no importaba, ¿verdad? Lo que importaba era lo que había ocurrido.

Y por supuesto, lo que iba a ocurrir.

Al salir de la bodega, Trent no sólo cerró el candado, sino que también se llevó la llave.

Sucedió algo terrible en la fiesta de la facultad de Lew. Ocurrió a las nueve menos cuarto, sólo tres cuartos de hora después de que llegaran los primeros invitados, y más tarde, Trent y

Laurie oyeron a Lew gritándole a su madre que la única consideración que había mostrado hacia él había sido ponerse estúpida tan pronto, ya que si hubiera esperado hasta las diez, por ejemplo, habrían tenido a más de cincuenta personas paseándose por el salón, el comedor, la cocina y la salita trasera.

-Pero ¿qué narices te pasa? -lo oyeron gritar Trent y Laurie, y cuando Trent sintió que la mano de Laurie se deslizaba en la suya, se la oprimió con fuerza-. ¿Es que no sabes lo que dirá la gente? ¿Es que no sabes cómo hablan los de la facultad? ¡La verdad, Catherine, menudo espectáculo has dado!

La única respuesta de su madre fue un llanto débil e indefenso, y por un instante, Trent sintió un ramalazo de terrible odio hacia ella. ¿Por qué se había casado con él? ¿Acaso no se merecía aquello por haber sido tan estúpida?

Avergonzado de sí mismo, desterró aquel pensamiento de su mente y se volvió hacia Laurie.

Quedó consternado al ver que tenía las mejillas surcadas de lágrimas, y el silencioso dolor que vio en sus ojos le atravesó el corazón como un puñal.

-Qué fiesta más divertida, ¿verdad? -susurró Laurie al tiempo que se secaba las mejillas con las palmas de las manos.

-Y que lo digas, enana.

Abrazó a su hermana para que pudiera llorar contra su hombro sin ser oída.

-La tendremos en la lista de las diez mejores a final de año,eso seguro.

Por lo visto, Catherine Evans, que nunca había deseado con mayor fuerza y amargura volver a ser Catherine Bradbury, había estado mintiendo a todo el mundo. Esta vez no llevaba un par de días con una terrible migraña, sino un par de semanas. Durante ese período apenas había comido y había adelgazado siete kilos. Estaba sirviendo canapés a Stephen Krutchner, el decano de la facultad de Historia, y a su esposa cuando sintió que las cosas se desvanecían y perdió el mundo de vista. Había caído hacia delante y vertido toda una bandeja de rollitos de cerdo sobre la pechera del caro vestido Norma Kamali que la señora Krutchner se había comprado especialmente para la ocasión.

Brian y Lissa habían oído el estruendo y habían bajado la escalera a hurtadillas y en pijama para ver qué pasaba aunque ambos..., los cuatro, de hecho, habían recibido órdenes estrictas de papá Lew de no bajar de los pisos superiores una vez empezara la fiesta.

-A la gente de la universidad no le gusta ver a niños en sus fiestas -les había explicado con brusquedad aquella tarde-. No saben qué pensar.

Al ver a su madre tendida en el suelo, rodeada por un círculo de profesores preocupados (la señora Krutchner no estaba allí; había corrido a la cocina para frotarse el vestido con agua fría antes de que las manchas de salsa tuvieran oportunidad de secarse), olvidaron la orden de su padrastro y entraron corriendo en el salón. Lissa estaba llorando. Brian gritaba consternado. Lissa golpeó al jefe de Estudios Asiáticos en los ríñones. Brian, que le llevaba dos años y pesaba quince kilos más, lo hizo aún mejor, pues derribó a la profesora invitada del semestre de otoño, una pava rolliza embutida en un vestido rosa y zapatos de noche de punta rizada que fue a parar directamente a la chimenea. La mujer se quedó ahí sentada, desconcertada y envuelta en una gran nube de ceniza gris.

-¡Mamá! ¡Mamaítaa! -chilló Brian zarandeando a la ex señora Bradbury-. ¡Mamáá á!

¡Despierta! La señora Evans se movió y gimió.

-Id arriba -ordenó Lew con frialdad-. Los dos.

Al ver que no le obedecían, Lew puso una mano sobre el hombro de Lissa y se lo oprimió hasta que la pequeña chilló de dolor. Lew le lanzó una mirada furiosa desde un rostro que se había puesto blanco como el papel a excepción de dos manchas rojas como colorete barato que tenía en el centro de ambas mejillas.

-Yo me ocuparé de esto -masculló con los dientes tan apretados que ni siquiera podía despegarlos para hablar-. Tú y tu hermano os iréis arriba y...

-Quítale la mano de encima, hijo de puta -ordenó Trent con toda claridad.

Lew y todos los invitados que habían llegado lo bastante pronto como para presenciar tan entretenido espectáculo se volvieron hacia la arcada que separaba el salón del vestíbulo y bajo la cual se encontraban Trent y Laurie. Trent estaba tan pálido como su padrastro, pero su rostro aparecía calmado y compuesto. Algunos de los invitados de la fiesta, no muchos, pero sí unos cuantos, habían conocido al primer marido de Catherine Evans, y más tarde convinieron en afirmar que el parecido entre padre e hijo era extraordinario. De hecho, era casi como si Bill

Bradbury hubiera regresado de entre los muertos para enfrentarse a su malhumorado sustituto.

-Quiero que vayáis arriba -insistió Lew-. Los cuatro. No hay nada de qué preocuparse.

Nada en absoluto.

La señora Krutchner había regresado de la cocina con la pechera del vestido mojada pero sin manchas.

-Suelta a Lissa -dijo Trent.

-Y apártate de nuestra madre -añadió Laurie.

La señora Evans estaba sentada con las manos en la cabeza y miraba alrededor con expresión confusa. El dolor de cabeza había desaparecido como por encanto, dejándola desorientada y débil, pero al menos libre de la agonía que la había atormentado durante las últimas dos semanas. Sabía que había hecho algo terrible, que había puesto a Lew en evidencia, tal vez incluso había provocado que cayera en desgracia, pero de momento se sentía demasiado agradecida de que el dolor hubiera desaparecido. La vergüenza llegaría más tarde. Lo único que deseaba ahora era irse arriba muy despacio y tenderse.

-Seréis castigados por esto -amenazó Lew mientras miraba a sus cuatro hijastros en el silencio casi absoluto que reinaba en el salón.

No los miró a todos a la vez, sino uno a uno, como si determinara el carácter y la gravedad de cada delito. Lissa se echó a llorar cuando la miró a ella.

-Quiero disculparme por su mala conducta-dijo Lew a los invitados-. Me temo que mi mujer es un poco indulgente con ellos. Lo que necesitan es una buena niñera inglesa...

-No seas idiota, Lew -intervino la señora Krutchner.

Su voz era muy potente pero no demasiado armónica; ella también parecía una idiota en plena forma. Brian dio un respingo, se aferró a su hermana y también estalló en sollozos.

-Tu mujer se ha desmayado. Están preocupados por ella, nada más -prosiguió la mujer.

-Y tienen razón -añadió la profesora invitada mientras luchaba por sacar su voluminoso cuerpo de la chimenea. El vestido rosa había adquirido un matiz grisáceo y su rostro estaba surcado de hollín. Sólo sus zapatos de punta rizada parecían haber escapado de la masacre, pero todo aquel asunto no parecía haberla inmutado apenas.

-Está muy bien que los niños se preocupen por sus madres. Y que los maridos se preocupen por sus mujeres.

Al hablar miraba a Lew Evans con intención, pero el hombre no se percató de su mirada, pues estaba observando cómo Trent y Laurie ayudaban a su madre a subir la escalera. Lissa y

Brian los seguían de cerca, como si fueran la guardia de honor.

La fiesta continuó. El incidente quedó más o menos aparcado, como suele suceder con las escenas desagradables en las fiestas de profesores universitarios. La señora Evans, que había dormido tres horas por noche como máximo desde que su marido le había anunciado que pensaba dar una fiesta, se quedó dormida en cuanto su cabeza rozó la almohada, y los niños oyeron a Lew en la planta baja, mostrándose encantador sin ella. Trent sospechaba que incluso estaba un poco aliviado de no tener que cargar con el escurridizo y asustado ratoncillo que tenía por mujer.

No subió ni una sola vez para ver cómo estaba.

Ni una sola vez. No hasta que terminó la fiesta.

Tras acompañar al último invitado a la puerta, subió la escalera con paso pesado y le ordenó que se despertara... Y ella se despertó, obedeciéndole en eso del mismo modo que le había obedecido en todo lo demás desde el momento en que había cometido el craso error de decir al pastor y a Lew sí, quiero.

A continuación, Lew se asomó a la habitación de Trent y miró a los niños.

-Sabía que estaríais aquí-afirmó con una leve y satisfecha inclinación de cabeza-.

Conspirando. Os castigaré a todos. Sí, señor. Mañana. Ahora quiero que os vayáis a la cama y penséis en ello. A vuestras habitaciones. Y nada de pasearse por ahí.

Desde luego, ni Lissa ni Brian se «pasearon por ahí»; estaban demasiados exhaustos y emocionalmente fatigados como para hacer otra cosa que meterse en la cama y dormirse en el acto. Pero Laurie regresó a la habitación de Trent a pesar de la orden de «papá Lew», y los dos escucharon en silencio y horrorizados mientras su padrastro reñía a su madre por atreverse a perder el conocimiento en su fiesta..., y mientras su madre lloraba sin ni siquiera discutir ni defenderse.

-Oh, Trent, ¿qué vamos a hacer? -preguntó Laurie con la voz amortiguada por el hombro de su hermano.

El rostro de Trent aparecía extremadamente pálido y sereno.

-¿Que qué vamos a hacer? -replicó-. No vamos a hacer nada, enana.

-¡Pero tenemos que hacer algo, Trent! ¡Hay que hacer algo! ¡Tenemos que ayudarla!

-No, no tenemos que hacerlo -rechazó Trent con una leve y en cierto modo espantosa sonrisa-. La casa se encargará de eso.

Miró el reloj e hizo unos cálculos mentales.

-Alrededor de las tres y treinta y cuatro de mañana por la tarde, la casa se encargará de todo.

No hubo castigos a la mañana siguiente; Lew Evans estaba demasiado concentrado en su seminario de las ocho sobre las Consecuencias de la Conquista Normanda. A Trent y a Laurie no les extrañó demasiado aquello, pero la verdad es que sintieron un gran alivio. Lew les dijo que quería verlos en su estudio aquella noche, uno por uno, y «darles unos cuantos azotes de justicia a cada uno». Una vez pronunciada aquella amenaza en forma de siniestra cita, Lew salió de casa con la cabeza alta y el maletín sujeto con firmeza en la mano. Su madre todavía dormía cuando el

Porsche se alejó rugiendo por la calle.

Los dos hermanos pequeños estaban de pie junto a la cocina, abrazados como en una ilustración de un cuento de los hermanos Grimm, le pareció a Laurie. Lissa lloraba. Brian se estaba reprimiendo de momento, pero estaba pálido y tenía profundas ojeras.

-Nos pegará -aseguró Brian a Trent-. Y nos pegará fuerte, ya verás.

-No -replicó Trent.

Los pequeños lo miraron esperanzados aunque algo incrédulos. Al fin y al cabo, Lew había anunciado que los pegaría; ni siquiera Trent se libraría de tan dolorosa humillación.

-Pero, Trent... -empezó Lissa.

-Escuchadme -interrumpió Trent al tiempo que apartaba una silla de la mesa y se sentaba en ella a horcajadas frente a los pequeños-. Escuchadme con atención y no os perdáis ni una sola palabra. Es muy importante, y ninguno de nosotros puede fastidiarla.

Los pequeños lo miraron en silencio con los ojos verdiazules muy abiertos.

-En cuanto acabe la escuela, quiero que volváis directamente a casa..., pero sólo hasta la esquina. La esquina de Ma-ple Street y Walnut Street. ¿Entendido?

-S-sí-asintió Lissa vacilante-. Pero ¿por qué, Trent?

-Da igual -repuso Trent.

Le relucían los ojos, que tenían el mismo matiz verdiazul que los de sus hermanos. Sin embargo, a Laurie no le parecía un brillo alegre; de hecho, se le antojaba algo peligroso.

-Vosotros limitaos a venir. Quedaos al lado del buzón. Tenéis que estar ahí a las tres en punto, como mucho a y cuarto. ¿Entendido?

-Sí -repuso Brian por los dos-. Entendido.

-Laurie y yo ya estaremos ahí o si no, llegaremos justo después.

-¿Y cómo vamos a hacerlo, Trent? -inquirió Laura-. No salimos de la escuela hasta las tres, y yo tengo ensayo, y el autobús tarda...

-Hoy no vamos a la escuela -interrumpió Trent.

-¿No? -exclamó Laurie anonadada.

-¡Trent! -gritó Lissa horrorizada-. ¡No puedes hacer eso! ¡Es... es... hacer novillos!

-Y ya va siendo hora -replicó Trent en tono sombrío-. Y ahora preparaos para ir al colegio. Pero recordad: en la esquina de Maple y Walnut a las tres en punto, y cuarto como mucho. Y hagáis lo que hagáis, no vengáis a casa.

Miró a Brian y a Lissa con tal fijeza que los pequeños adoptaron una expresión atemorizada y se volvieron a abrazar en busca de mutuo consuelo. Incluso Laurie estaba asustada.

-Esperadnos ahí, pero no os atreváis a entrar en la casa -repitió-. Bajo ningún pretexto.

Una vez se hubieron ido los pequeños, Laurie agarró a Trent por la camisa y exigió que le explicara lo que estaba pasando.

-Tiene que ver con lo que está creciendo en la casa. Sé que es así, y si quieres que haga novillos y te ayude, ¡será mejor que me cuentes lo que pasa, Trent Bradbury!

-Tranquila, ahora te lo cuento -repuso Trent al tiempo que se zafaba de la mano de

Laurie-. Y baja la voz. No quiero que mamá se despierte. Nos obligaría a ir al colegio, y eso no nos conviene.

-Bueno, ¿qué pasa? ¡Cuéntamelo!

-Vamos abajo. Quiero enseñarte una cosa. Los dos hermanos bajaron a la bodega.

Trent no sabía con seguridad si Laurie accedería a ayudarle con lo que tenía en mente, porque incluso a él le parecía terriblemente... bueno, definitivo, pero Laurie sí accedió. No creía que lo hubiera hecho de tratarse tan sólo de aguantar unos cuantos azotes de «papá Lew», pero a

Laurie le había afectado tanto ver a su madre inconsciente en el suelo del salón como a Trent observar la fría reacción de su padrastro.

-Sí -asintió Laurie con tristeza-. Creo que tenemos que hacerlo.

Estaba mirando los números parpadeantes que había en el brazo de la silla. Ahora indicaban

07:49:21.

La bodega de vinos había dejado de ser una bodega de vinos. Apestaba a vino, eso sí, y había montones de vidrios verdes esparcidos por el suelo entre las ruinas de los estantes que había construido su padre, pero ahora parecía una versión de-mencial del puente de mando de la nave

Enterprise. Las agujas de los diales giraban. Las pantallas digitales parpadeaban, cambiaban y volvían a parpadear. Las luces lanzaban destellos intermitentes.

-Sí-convino Trent-. Yo también lo creo. ¡Ese hijo de puta! ¿Oíste cómo le gritaba?

-Trent, para.

-¡Es un gilipollas! ¡Un cabrón! ¡Un hijo de perra!

Pero aquello no era más que una manera soez de ahuyentar el miedo, y ambos lo sabían.

Contemplar aquella extraña aglomeración de instrumentos y mandos ponía a Trent enfermo de duda e inquietud. De repente recordó un libro que su padre le había leído cuando era pequeño, una historia de Mercer Mayer en la que una criatura llamada el Monstruo Devora-dor de Sellos había metido a una niña en un sobre y la había enviado A Quien Pueda Interesar. ¿No era más o menos lo que tenía intención de hacer con Lew Evans ?

-Si no hacemos algo acabará matándola -aseguró Lau-rie en voz baja.

-¿Qué?

Trent volvió la cabeza con tal brusquedad que se hizo daño en el cuello, pero Laurie no lo estaba mirando, sino que estaba absorta en los números rojos de la cuenta atrás. Su luz se

reflejaba en los cristales de las gafas que llevaba los días de colegio. Parecía hipnotizada, sin darse cuenta de que Trent la estaba mirando, tal vez sin percatarse siquiera de que estaba ahí.

-No a propósito -prosiguió ella-. Incluso es posible que se ponga triste. Al menos durante un tiempo. Porque creo que la quiere, de alguna forma, y que ella lo quiere a él. Ya sabes, de alguna forma. Pero él hace que mamá esté cada vez peor. Se pondrá enferma cada dos por tres, y entonces..., un buen día...

Laurie se interrumpió y miró a Trent, y algo en su rostro lo asustó más que cualquier cosa que hubiera en su extraña casa cambiante.

-Explícamelo, Trent -pidió Laurie cogiéndole el brazo con una mano muy fría-.

Explícame cómo vamos a hacerlo.

Subieron juntos al estudio de Lew. Trent estaba dispuesto a ponerlo todo patas arriba si era necesario, pero encontraron la llave en el cajón superior, guardada con todo cuidado en un sobre en el que se leía la palabra ESTUDIO en la letra pequeña, pulcra y algo reprimida de Lew. Trent se la metió en el bolsillo. Salieron de la casa en el momento en que se ponía en marcha la ducha del segundo piso, lo cual significaba que su madre se había levantado.

Pasaron el día en el parque. Aunque ninguno de ellos habló de ello, fue el día más largo de sus vidas. Vieron dos veces al policía del barrio y se ocultaron en los lavabos públicos hasta que se marchó. No era el momento de dejarse atrapar haciendo novillos.

A las dos y media, Trent dio a Laurie una moneda de veinticinco centavos y la acompañó a la cabina telefónica que había en el extremo oriental del parque.

-¿De verdad tengo que hacerlo? -preguntó-. No me gusta nada la idea de asustarla, sobre todo después de lo que pasó ayer por la noche.

-¿Quieres que esté dentro de la casa cuando pase lo que sea que tenga que pasar? -replicó

Trent.

Laurie introdujo la moneda en el teléfono sin rechistar.

El teléfono sonó tantas veces que Laurie estaba segura de que su madre había salido. Eso podía ser bueno o podía ser malo. En cualquier caso, era preocupante. Si había salido, era bien posible que volviera antes de que...

-Trent, no creo que esté...

-¿Diga? -dijo la señora Evans con voz soñolienta.

-Ah, hola, mamá -saludó Laurie-. Creía que no estabas en casa.

-Me he vuelto a meter en la cama -explicó ella con una risita avergonzada-. De repente tengo muchísimas ganas de dormir. Supongo que si estoy dormida no pienso en lo mal que me porté ayer por la noche...

-Bah, mamá, no te portaste mal. Cuando una persona se desmaya no es por capricho...

-Laurie, ¿por qué llamas? ¿Pasa algo?

-No, mamá... Bueno... Trent le golpeó las costillas con fuerza. Laurie, que había ido encogiéndose durante la conversación, se irguió de golpe.

-Me hecho daño en la clase de gimnasia. Sólo... Bueno, ya sabes, un poco. Nada grave.

-¿Qué te has hecho? Dios mío, no estarás llamando desde el hospital, ¿verdad?

-Claro que no -se apresuró a contestar Laurie-. Sólo me he torcido la rodilla. La señora

Kitt pregunta si puedes venir a buscarme para llevarme a casa. No sé si puedo caminar. Me duele bastante.

-Voy ahora mismo. Intenta no mover la rodilla, cariño. Podrías tener un ligamento roto.

¿Está la enfermera contigo?

-Ahora mismo no. No te preocupes, mamá. Tendré cuidado.

-¿Estarás en la enfermería?

-Sí -asintió Laurie.

Tenía el rostro más colorado que el camión de bomberos de Brian.

-Ahora mismo voy.

-Gracias, mamá. Adiós.

Colgó el teléfono y miró a Trent. Respiró profundamente y a continuación exhaló un suspiro largo y tembloroso.

-¡Qué divertido! -exclamó a punto de llorar. Trent la abrazó con fuerza.

-Lo has hecho muy bien -aseguró-. Mucho mejor de lo que lo habría hecho yo, en...

Laurie. No sé si a mí me hubiera creído.

-Me pregunto si a mí me volverá a creer alguna vez -comentó Laurie con amargura.

-Claro que sí. Vamos.

Se dirigieron a la parte occidental del parque, desde donde podían observar Walnut Street.

El día se había tornado frío y tenebroso. En el cielo se estaban formando nubes de tormenta y soplaba un viento helado. Al cabo de cinco interminables minutos vieron pasar el Subaru de su madre en dirección a la Escuela Secundaria Greendowne, a la que iban Trent y Laurie... «a la que vamos cuando no hacemos novillos», pensó Laurie.

-Va a toda pastilla -comentó Trent-. Espero que no tenga un accidente ni nada parecido.

-Demasiado tarde para preocuparse por eso -replicó Laurie cogiéndole la mano y tirando de él hacia la cabina telefónica.

-Tú llamas a Lew, tío con suerte.

Trent introdujo otra moneda de veinticinco en la ranura y marcó el número de la facultad de

Historia, consultando el número en una tarjeta que le había quitado de la cartera. Apenas había pegado ojo la noche anterior, pero ahora que las cosas estaban en marcha, se dio cuenta de que estaba calmado y sereno... tan sereno, de hecho, que casi le parecía estar soñando. Miró el reloj.

Las tres menos cuarto. Quedaba menos de una hora. Se oyó el débil rugido de un trueno procedente del oeste.

-Facultad de Historia -dijo una voz femenina.

-Hola. Soy Trent Bradbury. Tengo que hablar con mi padrastro, Lewis Evans, por favor.

-El profesor Evans está en clase -anunció la secretaria-, pero sale a las...

-Lo sé, tiene Historia Inglesa Moderna hasta las tres y media. Pero será mejor que vaya a buscarlo de todas formas. Es urgente. Se trata de su mujer. -Hizo una pausa clara y deliberada.

Mi madre.

Se hizo un silencio prolongado, y Trent sintió una punzada de pánico. Era como si la mujer estuviera pensando en mandarlo a paseo por muy urgente que fuera el asunto, y desde luego, aquello no entraba en sus planes.

-Está en el aula Oglethorpe, aquí al lado -dijo por fin la mujer-. Lo iré a buscar yo misma y le diré que llame a casa en segui...

-No, tengo que esperar -interrumpió Trent.

-Pero...

-Por favor, ¿quiere dejarse de charla e ir a buscarlo? -volvió a interrumpirla Trent, dejando que su voz adquiriera un tono impaciente y enojado, lo cual no le resultó difícil.

-De acuerdo -accedió la secretaria. Era imposible dilucidar si estaba contrariada o preocupada.

-¿Si pudieras decirme de qué se...

-No -la cortó Trent.

Se oyó un resoplido ofendido y a continuación se hizo un gran silencio.

-¿Qué pasa? -preguntó Laurie dando saltitos como quien tiene que ir al lavabo.

-Estoy esperando. Lo han ido a buscar.

-¿Y qué pasa si no viene? *í* Trent se encogió de hombros.

-Si no viene estamos buenos. Pero vendrá, ya lo verás. Le habría gustado estar tan seguro como sonaba, pero aun así, creía que la cosa funcionaría. Tenía que funcionar.

-Lo hemos dejado para el último momento.

Trent asintió con un gesto. Era cierto que lo habían dejado para el último momento, y Laurie sabía muy bien por qué. La puerta del estudio era de roble macizo, muy resistente, pero no tenían ni idea de cómo era la cerradura. Trent quería asegurarse de que a Lew no le quedaría mucho tiempo para intentar abrirla.

-¿Y qué pasa si ve a Brian y a Lissa en la esquina cuando llegue a casa?

-Si se pone como creo que se pondrá, no los vería ni aunque se montaran en zancos y llevaran ropa de payaso -aseguró Trent.

-¿Por qué no contesta, maldita sea? -exclamó Laurie mirando el reloj.

-Ya contestará -la tranquilizó Trent.

Y en aquel momento, su padrastro contestó.

-¿Sí?

-Soy Trent, Lew. Mamá está en tu estudio. Debe de haberle vuelto el dolor de cabeza, porque se ha desmayado. No puedo despertarla. Será mejor que vengas a casa en seguida.

Trent no se sorprendió por las primeras palabras con las que su padrastro expresó su preocupación, ya que, de hecho, formaban parte de su plan, pero aun así se enfadó tanto que apretó el teléfono hasta que los dedos se le pusieron blancos.

-¿Mi estudio? ¿Mi estudio? ¿Qué narices hacía en mi estudio?

-Creo que estaba limpiando -repuso Trent con voz tranquila pese a la rabia que sentía.

Y entonces arrojó el cebo definitivo para un hombre que se interesa mucho más por su trabajo que por su mujer.

-Hay papeles tirados por todas partes.

-Voy ahora mismo -ladró Lew-. Si hay alguna ventana abierta en el estudio, ciérrala, por el amor de Dios. Se avecina una tormenta. Colgó sin despedirse.

-¿Y bien? -preguntó Laurie después de que Trent colgara a su vez.

-Está en camino -repuso Trent con una risita sombría-. El hijo de puta estaba tan alterado que ni siquiera me ha preguntado qué hacía en casa a estas horas. Vamos.

Se dirigieron corriendo hacia el cruce de las calles Maple y Walnut. El cielo estaba muy oscuro, y el rugido de los truenos se había tornado casi constante. Cuando llegaron al buzón azul de la esquina, las farolas de Maple Street empezaron a encenderse una a una en dirección a la cuesta.

Lissa y Brian todavía no habían llegado.

-Quiero ir contigo, Trent -dijo Laurie.

Sin embargo, su rostro delataba que estaba mintiendo. Estaba muy pálida y tenía los ojos demasiado abiertos y brillantes de lágrimas que no había derramado.

-Ni hablar -rechazó Trent-. Tú espera a Brian y a Lissa.

Al oír sus nombres, Laurie se volvió para mirar Walnut Street. Vio a dos niños que se acercaban a toda prisa con las cajas del almuerzo balanceándose en sus manos. Aunque estaban demasiado lejos como para distinguir sus rostros, Laurie estaba casi segura de que se trataba de sus hermanos, y así se lo dijo a Trent.

-Perfecto. Quiero que los tres os escondáis detrás del seto de la casa de la señora Redland y esperéis a que pase Lew. Después podéis salir a la calle y acercaros, pero no entres en la casa ni dejes que ellos entren. Esperadme afuera. ... -Tengo miedo, Trent.

Gruesas lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

-Yo también, enana -aseguró su hermano y la besó en la frente-. Pero pronto habrá pasado todo.

Antes de que Laurie pudiera decir nada más, Trent se alejó corriendo en dirección a la casa de los Bradbury, situada en Maple Street. Mientras corría miró el reloj. Eran las tres y doce minutos.

La casa tenía un aire tranquilo y cálido que le dio miedo. Era como si hubieran vertido pólvora en cada rincón, como si hubiera personas invisibles apostadas en todas partes, esperando para encender mechas invisibles. Imaginó el reloj de la bodega retrocediendo sin piedad, marcando ya

00:19:06

¿Qué pasaría si Lew llegaba tarde?

No había tiempo de preocuparse por eso.

Trent subió a toda prisa al tercer piso en aquella atmósfera quieta y combustible. Le parecía que la casa vibraba, cobraba vida a medida que la cuenta atrás se acercaba a su fin. Intentó convencerse de que eran imaginaciones suyas, pero una parte de él sabía que no era cierto.

Entró en el estudio de Lew, abrió al azar dos o tres armarios archivadores y cajones, y arrojó todos los papeles que encontró al suelo. No tardó mucho, pero cuando estaba acabando oyó el

Porsche acercarse por la calle. El motor no rugía aquel día; Lew había conseguido que aullara.

Trent salió del estudio y se ocultó en las sombras del pasillo del tercer piso, donde habían taladrado los primeros agujeros hacía ya un siglo. Metió las manos en los bolsillos en busca de la llave, pero lo único que encontró fue un viejo y arrugado cupón de almuerzo.

«La habré perdido cuando corría por la calle. Se me habrá caído del bolsillo.»

Se quedó ahí parado, sudoroso y petrificado, mientras el Porsche entraba dando tumbos en el sendero. El motor se apagó. La puerta del conductor se abrió y se volvió a cerrar de golpe. Los pasos de Lew se acercaron a toda prisa a la puerta trasera. Los truenos retumbaban como fuego de artillería y en algún lugar de las profundidades de la casa, un motor se encendió, emitió un ladrido bajo y amortiguado y a continuación empezó a zumbar.

«¡Dios mío! ¿Qué hago? ¿Qué PUEDO hacer? ¡Es mucho más grande que yo! Si intento darle en la cabeza, me...»

Había metido la mano izquierda en el otro bolsillo, y sus pensamientos se interrumpieron de golpe cuando rozó los anticuados dientes metálicos de la llave. En algún momento de la larga tarde que habían pasado en el parque debía de habérsela cambiado de bolsillo sin ni siquiera darse cuenta.

Jadeante, con el corazón latiéndole con violencia en el estómago y en la garganta además del pecho, Trent retrocedió por el pasillo hasta el armarito de las maletas, se metió dentro y cerró la puerta corredera en forma de acordeón.

Lew estaba subiendo la escalera a la carrera mientras llamaba a gritos a su mujer. Trent lo vio aparecer; tenía los pelos de punta (se debía de haber pasado la mano por el pelo mientras conducía), la corbata torcida, grandes gotas de sudor en la frente ancha e inteligente y los ojos entornados con expresión furiosa.

-¡Catherine! -aulló mientras corría por el pasillo hacia el estudio.

Antes de que entrara del todo, Trent salió del armarito y se acercó al estudio de puntillas.

Tenía una sola oportunidad. Si no conseguía meter la llave en la cerradura..., si la llave no giraba a la primera...

«Si pasa cualquiera de las dos cosas, lucharé con él -tuvo tiempo de pensar-. Si no consigo que salga disparado solo, me aseguraré de que me lo llevo por delante.»

Agarró la puerta y la cerró con tal fuerza que una nubécula de polvo se escapó de entre las bisagras. Por un instante vio el rostro asombrado de Lew. Luego la puerta se cerró y la llave entró en la cerradura. Trent la hizo girar y el seguro quedó encajado un segundo antes de que Lew se abalanzara sobre la puerta.

-¡Eh! -gritó Lew-. Eh, hijo de perra, ¿qué haces? ¿Dónde está Catherine? ¡Déjame salir de aquí!

El pomo giró varias veces en vano, por fin se detuvo, y Lew empezó a golpear la puerta con todas sus fuerzas.

-¡ ¡Déjame salir de aquí ahora mismo Trent Bradbury, si no quieres que te dé la mayor paliza de tu vida!!

Trent retrocedió lentamente por el pasillo. Cuando sus hombros chocaron con la pared empezó a jadear. La llave del estudio, que había sacado de la cerradura sin pensárselo, se le escurrió de los dedos y cayó sobre la desvaída alfombra entre sus pies. Ahora que ya estaba

hecho empezó a reaccionar. El mundo adquirió un aspecto ondulante y desenfocado, como si estuviera buceando, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmayarse. Ahora que Lew estaba encerrado, su madre persiguiendo fantasmas y los demás niños a salvo tras el descuidado seto de tejo de la señora Redland, Trent se daba cuenta de que nunca había esperado que aquello funcionara. «Papá Lew» podía haberse sorprendido al verse encerrado en el estudio, pero lo cierto era que Trent estaba absolutamente anonadado.

El pomo de la puerta del estudio volvía a describir bruscos semicírculos.

-¡DÉJAME SALIR, MALDITA SEAAAAA!

-Te dejaré salir a las cuatro menos cuarto, Lew -repuso Trent con voz débil y temblorosa antes de que se le escapara una risita-. Si es que todavía estás aquí a las cuatro menos cuarto, claro.

-¿Trent? Trent, ¿estás bien? -llamó una voz desde la planta baja.

-Dios mío, era Laurie.

-¿Estás bien, Trent? ¡Y Lissa!

-¡Eh, Trent! ¿Estás bien? Y Brian.

Trent miró el reloj y se quedó horrorizado al ver que eran las 3:31..., casi las 3:32. *¿ Y si su. reloj iba atrasado?*

-¡Fuera! -les gritó mientras salía disparado hacia la escalera-. ¡Salid de esta casa!

El pasillo del tercer piso parecía alargarse ante él como melcocha; cuanto más corría, más parecía alargarse ante él. Lew golpeaba la puerta y lanzaba juramentos; los truenos retumbaban en el cielo; y desde las profundidades de la casa llegaba el sonido cada vez más insistente de máquinas que cobraban vida.

Por fin llegó a la escalera y bajó los escalones de tres en tres, con la parte superior del cuerpo tan adelantada respecto a las piernas que estuvo a punto de caerse. Al cabo de un momento rodeó como una exhalación el eje de la escalera y siguió bajando hasta la planta baja, donde su hermano y sus dos hermanas lo esperaban con la mirada alzada hacia él.

-¡Fuera! -gritó al tiempo que los agarraba y los empujaba hacia la puerta abierta y la penumbra tormentosa del exterior-. ¡Deprisa!

-Trent, ¿qué pasa? -preguntó Brian-. ¿Qué le pasa a la casa? ¡Se está moviendo!

Era cierto; una profunda vibración que surgía del suelo e hizo temblar los ojos de Trent en sus cuencas. Empezó a caerle polvo de yeso en la cabeza.

-¡No hay tiempo! ¡Fuera! ¡Deprisa! ¡Ayúdame, Laurie!

Trent cogió a Brian en brazos. Laurie agarró a Lissa por las axilas y se precipitó al exterior con ella.

Los truenos seguían retumbando. Los relámpagos atravesaban el cielo. El viento, que había estado soplando en ráfagas, empezó a rugir como un dragón.

Trent oyó que bajo la casa se estaba formando un terremoto. Mientras cruzaba la puerta con

Brian en brazos, vio que una luz de color azul eléctrico, tan brillante que le dejó secuelas en la vista durante más de una hora (más tarde se dijo que había tenido suerte de no quedarse ciego), salía por las estrechas ventanas del sótano y surcaba el césped en rayos que parecían casi sólidos.

Le llegó el sonido de cristales rotos. Y en el momento en que cruzaba el umbral, sintió que la casa empezaba a elevarse bajo sus pies.

Bajó la escalinata delantera de un salto y agarró a Laurie por el brazo. Corrieron por el sendero dando tumbos hasta la calle, que se había tornado completamente negra a causa de la tormenta que se avecinaba.

Allí se volvieron para contemplar lo que estaba sucediendo.

La casa de Maple Street pareció encogerse; ya no parecía recta ni sólida; parecía temblar como una hoja. Se formaron enormes grietas no sólo en el cemento del sendero sino también en la tierra que lo rodeaba. El césped estalló en grandes parches de hierba en forma de tarta. Las raíces negras luchaban por abrirse paso entre el césped, y el jardín delantero

parecía haber cobrado forma de burbuja, como si se esforzara por sostener la casa ante la que se había extendido durante tanto tiempo.

Trent alzó la mirada hacia el tercer piso; la luz del estudio de Lew seguía encendida. A Trent le parecía haber oído ruido de cristales rotos allá arriba, le parecía seguir oyéndolo, pero llegó a la conclusión de que eran imaginaciones suyas. ¿Cómo iba a oír algo con todo aquel estruendo? Pero un año más tarde, Laurie le confesó que estaba casi segura de haber oído a su padrastro gritar desde el estudio.

Los cimientos de la casa empezaron a derrumbarse, se agrietaron y por fin se partieron entre el jaleo de la argamasa al explotar. Un fuego azul brillante y frío brotó del fondo de la casa. Los niños se protegieron los ojos y retrocedieron dando tumbos. Los motores aullaron. La tierra se alzó un poco más en un último y desesperado intento de sujetar la casa... y finalmente la soltó. De repente, la casa estaba a unos treinta centímetros del suelo, posada sobre una alfombra de brillante fuego azul.

Un despegue perfecto.

Sobre el pico central del tejado, la veleta daba vueltas como una loca.

La casa se elevó con lentitud al principio, y ganó velocidad de forma gradual. Se lanzó hacia arriba sobre su brillante alfombra de fuego azul, con la puerta de entrada abriéndose y cerrándose sin cesar.

-¡Mis juguetes! -se lamentó Brian.

Trent se echó a reír como un descosido.

La casa se elevó a unos treinta metros, pareció disponerse para dar el gran salto y de pronto salió disparada hacia los nubarrones negros como la noche.

Había desaparecido.

Dos tablas bajaron flotando como enormes hojas negras.

-¡Cuidado, Trent! -gritó Laurie al cabo de uno o dos segundos.

Tiró de él con tal fuerza que lo derribó. La esterilla que decía BIENVENIDOS chocó contra el suelo en el punto en el que Trent había estado hacía un instante. *,,..,* Trent miró a Laurie. Laurie le devolvió la mirada.

-Eso te habría dejado frito si te llega a dar en la cabeza -comentó Laurie-, así que será mejor que no vuelvas a llamarme enana, Trent.

Su hermano la contempló solemne durante unos instantes, y a continuación soltó una risita ahogada. Laurie le imitó. Y también los pequeños. Brian tomó una de las manos de Trent; Lissa, la otra. Tiraron de él para ayudarlo a levantarse, y los cuatro se quedaron ahí parados, contemplando el humeante hoyo del sótano que se abría como un bostezo en medio del destrozado césped. Empezó a salir gente de las casas vecinas, pero los hermanos Bradbury hicieron caso omiso de ellos. O tal vez sería más exacto decir que los hermanos Bradbury ni siquiera se dieron cuenta de que había gente a su alrededor.

-Uauh -murmuró Brian en tono reverente-. Nuestra casa ha despegado, Trent.

-Sí -asintió Trent.

-A lo mejor dondequiera que vaya hay gente a la que le interesan los normandos y los sajones -comentó Lissa.

Trent y Laurie se abrazaron y empezaron a gritar en una mezcla de risa y horror..., y en aquel momento empezó a llover.

El señor Slattery, que vivía enfrente, se acercó a ellos. No le quedaba mucho pelo, pero el que tenía lo llevaba pegado al reluciente cráneo en apretados mechones.

-¿Qué ha pasado? -gritó para hacerse oír por encima de los truenos, que no cesaban de sonar-. ¿Qué ha pasado aquí?

Trent soltó a su hermana y miró al señor Slattery.

-«Aventuras Espaciales» -repuso con toda solemnidad, y todos los demás se echaron a reír de nuevo.

El señor Slattery lanzó una mirada suspicaz y temerosa al hoyo abierto en el césped, decidió que la discreción era la mejor parte del valor y a continuación se retiró a su propia acera. Pese a que llovía a cántaros, no sugirió a los hermanos Bradbury que lo acompañaran.

Y a ellos poco les importaba. Se sentaron en el bordillo, Trent y Laurie en medio, Brian y Lissa en los extremos.

-Somos libres -susurró Laurie inclinándose hacia Trent.

-Aún mejor -añadió Trent-. Ella es libre.

Dicho aquello rodeó a todos los demás con el brazo, lo que consiguió estirándose lo más posible, y se quedaron sentados bajo la lluvia, esperando a que regresara su madre.

El último caso de Umney

Las lluvias han terminado. Las colinas siguen verdes y en el valle que se abre frente a las colinas de

Hollywood puede verse nieve en las montañas más altas. Los burdeles especializados en vírgenes de dieciséis años están haciendo su agosto. Y en Beverly Hills, las jaracandas empiezan a florecer.

Raymond CHANDLER: *La hermana pequeña*

1. NOTICIAS DE PEORÍA

Era una de esas mañanas tan perfectas de Los Ángeles en que uno siempre esperaba encontrarse el símbolo de marca registrada pegado en alguna parte. Los gases de los vehículos olían levemente a adelia, las adelias llevaban un leve perfume de gases de vehículo, y el cielo aparecía tan claro y limpio como la conciencia de un baptista de pura cepa. Peoría Smith, el vendedor de periódicos ciego, se hallaba en su lugar acostumbrado, en la esquina de Sunset y

Laurel, y si aquello no significaba que Dios estaba en el cielo y todo iba sobre ruedas, entonces no sé qué otra cosa podría ser.

Sin embargo, desde que había saltado de la cama a las siete de la mañana, una hora poco habitual en mí, había tenido la sensación de que algo no iba bien, como un instrumento algo desafinado. Mientras me afeitaba, o al menos mostraba la cuchilla a esos hirsutos pinchos en un intento de asustarlos y someterlos a mi voluntad, me di cuenta de una parte de la razón por la que las cosas no parecían ir bien. Aunque había permanecido despierto y leyendo hasta las dos de la madrugada, no había oído llegar a los Demmick, borrachos como cubas e intercambiando aquellas frasecitas que parecían constituir la base de su matrimonio.

Ni tampoco había oído a *Buster,* y aquello quizás era aún más extraño. *Buster,* el corgi gales de los Demmick, posee un ladrido agudo que te atraviesa la cabeza como fragmentos de cristal, y lo emplea con tanta frecuencia como puede. Además es muy celoso. Se pone a emitir esos terribles ladridos agudos cada vez que George y Gloria Demmick se hacen carantoñas, y lo cierto es que cuando no se están peleando como un par de cómicos de vodevil, George y Gloria suelen hacerse carantoñas. Más de una vez me he dormido escuchándoles reír mientras el chucho da saltitos alrededor de ellos haciendo arfarfar-farf y preguntándome cuan difícil sería estrangular a un perro musculoso y de tamaño mediano con una cuerda de piano. La noche anterior, sin embargo, el piso de los Demmick había permanecido silencioso como una tumba. Era un poco extraño, pero desde luego, nada del otro jueves; los Demmick no eran precisamente unos dechados de regularidad.

Peoría Smith, sin embargo, estaba bien, alegre como unas pascuas, como siempre, y me reconoció por la forma de caminar, a pesar de que aquella mañana había llegado a su esquina al menos una hora antes de lo habitual. Llevaba un ancho jersey de la politécnica CalTech que le llegaba a los muslos y unos pantalones de pana que dejaban al descubierto sus rodillas roñosas. El bastón blanco que tanto odiaba estaba apoyado contra el costado de la mesa de cartas en la que exhibía sus productos.

-¡Buenas, señor Umney! ¿Cómo va la cosa?

Las gafas oscuras de Peoría relucían bajo el sol matutino, y cuando se volvió hacia el sonido de mis pasos con mi ejemplar del *L.A. Times* en la mano, se me ocurrió una idea inquietante; era como si le hubieran taladrado dos grandes orificios negros en la cara. Intenté

desterrar aquel pensamiento de mi mente, y me dije que tal vez había llegado la hora de renunciar a mi ración nocturna de whisky. O eso o doblaba la dosis.

Hitler aparecía en primera plana del *Times,* como tantas veces por aquel entonces. En aquella ocasión se trataba de algo relacionado con Austria. Pensé, y no por primera vez, que aquel rostro pálido rematado por un mechón lacio habría encajado a la perfección en el tablón de noticias de una oficina de correos.

-Pues la cosa va de maravilla -repuse-. De hecho, la cosa va tan bien que voy a estallar.

Dejé caer una moneda de diez en la caja de Corona que yacía sobre la pila de periódicos de

Peoría. El *Times* cuesta tres centavos, y me parece caro, pero llevo dejando caer la misma cantidad en la caja de Peoría más tiempo del que recuerdo. Es un buen chico y saca buenas notas en la escuela; yo mismo me ocupé de comprobarlo el año pasado después de que me ayudara en el caso Weld. Si Peoría no hubiera aparecido en el barco-casa de Harris Brunner en el momento en que lo hizo, yo todavía estaría intentando mantenerme a flote con los pies atados a un bidón de queroseno en algún lugar de Malibú. Decir que le debo mucho no le haría justicia.

En el transcurso de aquella investigación en particular (sobre Peoría Smith, no sobre Harris

Brunner ni Mavis Weld), incluso descubrí el verdadero nombre del muchacho, aunque no me lo arrancarían ni con hierros candentes. El padre de Peoría decidió irse al otro barrio desde el noveno piso de un edificio de oficinas el Viernes Negro,* la madre es la única blanca que trabaja en esa estúpida lavandería china que hay en La Punta, y el chico es ciego. A la vista de todo esto, ¿tiene el mundo necesariamente que saber que le endosaron el nombre de Francis cuando era demasiado joven como para resistirse? Huelga todo comentario.

Si ha pasado algo realmente jugoso la noche anterior, por lo general se encuentra la noticia en la primera página del *Times,* en la parte izquierda, justo debajo del pliegue. Giré el periódico y leí que el líder de una orquesta cubana había sufrido un ataque al corazón mientras bailaba con su cantante femenina en The Carousel, en Burbank. Había muerto al cabo de una hora en el Hospital

General de Los Ángeles. Sentí cierta compasión por la viuda del maestro, pero ninguna por él. En mi opinión, la gente que va a bailar a Burbank merece cualquier cosa que le suceda.

Abrí el periódico por la sección de deportes para comprobar cómo había quedado Brooklyn en el partido doble que había jugado contra los Cards la noche anterior.

-¿Y tú qué tal, Peoria? ¿Todos bien en el castillo? ¿Todos los fosos y almenas en buen estado?

-¡Desde luego, señor Umney! ¡Sí, señor!

Algo en su voz me llamó la atención, y bajé el periódico para observarlo con mayor atención. Y entonces vi lo que un perspicaz sabueso como yo debería haber advertido en seguida; que el chico estaba a punto de estallar de alegría.

-Tienes el aspecto de alguien al que acaban de regalar seis entradas para el primer partido de la Liga Mundial -comenté-. ¿Qué es lo que pasa, Peoria?

-¡Mi madre ha ganado la lotería en Tijuana! -exclamó-. ¡Cuarenta mil pavos! ¡Somos ricos, hermano! ¡Ricos!

* El inicio del *crac* de 1929 arrastró al suicidio a muchos financieros. *(N.delE.)*

Le dediqué una sonrisa que no vio y le alboroté el pelo. Eso le desordenó el remolino del pelo, pero qué mas daba.

-Bueno, bueno, no te pases. ¿ Cuántos años tienes, Peoria?

-Cumplí doce en mayo. Pero usted ya lo sabe, señor Umney; me regaló un polo. Pero no veo qué tiene eso que ver con...

-Con doce años ya hay que saber que a veces la gente confunde lo que quiere que suceda con lo que realmente sucede. Eso es lo que quería decir.

-Si se refiere a soñar despierto, tiene toda la razón; sé exactamente lo que es soñar despierto -replicó Peoria al tiempo que se pasaba la mano por la coronilla para volver a

colocar el remolino en su sitio-. Pero no estoy soñando despierto, señor Umney. ¡Es verdad! Mi tío Fred bajó a buscar el dinero ayer por la tarde. Lo trajo en la cartera de la Vin-nie. ¡Olí el dinero!

Maldita sea, ¡me revolqué en el dinero! ¡Estaba esparcido por toda la cama de mi madre! Es la sensación más fuerte que he tenido en toda mi vida, eso se lo digo yo... ¡Cuarenta mil jodidos pavos!

-Es posible que con doce años ya pueda distinguirse entre soñar despierto y la realidad, pero no se puede hablar de esta forma.

Aquello sonó bien; estoy seguro de que la Legión de la Decencia habría aprobado mis palabras al ciento por ciento, pero lo cierto es que hablaba con el piloto automático puesto y apenas oía las palabras que brotaban de mis labios. Estaba demasiado ocupado intentando comprender lo que el muchacho acababa de contarme. Sólo estaba seguro de una cosa; el chico se había equivocado. Tenía que haberse equivocado, porque si lo que decía era cierto, Peoria dejaría de estar en la esquina cuando pasara de camino a mi oficina en el edificio Fulwider. Y eso no podía ser.

De repente recordé a los Demmick, quienes por primera vez en la historia no habían puesto ninguno de sus discos de *big bañas* a todo volumen antes de irse a la cama, y también recordé a

Baster, que por primera vez en la historia no había saludado con una salva de ladridos el sonido de George al hacer girar la llave en la cerradura. La sensación de que algo no iba bien me acometió de nuevo, aunque con mayor fuerza.

Entretanto, Peoria me miraba con una expresión que nunca habría esperado ver en su rostro abierto y sincero; una expresión de irritación huraña mezclada con humor exasperado. La expresión que adopta un niño al que un viejo tío ha contado todos los cuentos, incluso los aburridos, tres o cuatro veces.

-¿Es que no se entera de la noticia, señor Umney? ¡Somos ricos! Mi madre ya no tendrá que planchar camisas para ese viejo estúpido de Lee Ho, y yo ya no tendré que vender periódicos en la esquina, temblar cuando llueva ni hacerles la pelota a esos gilipollas que trabajan en Bilder's.

Y podré dejar de fingir que he muerto y he ido al cielo cada vez que algún imbécil me deje un centavo de propina.

Aquellas palabras me produjeron un ligero sobresalto, pero, ¡qué diablos! Al fin y al cabo, yo no era hombre de un centavo. Siempre le dejaba siete centavos. A menos que estuviera demasiado arruinado como para permitírmelo, claro está, pero en mi negocio hay muchas épocas de vacas flacas.

-Quizá deberíamos ir a Blondie's para tomar una taza de café -dije-. Y para hablar del asunto.

-No podemos. Está cerrado.

-¿ Blondie's ? ¿ Cómo va a estar cerrado Blondie's ? Pero Peoría no iba a molestarse con algo tan mundano como la cafetería que estaba calle arriba.

-¡Pero todavía no sabe lo mejor, señor Umney! Mi tío Fred conoce a un médico en Prisco, un especialista que cree que puede arreglarme los ojos.

Alzó el rostro hacia mí. Bajo las gafas oscuras y la nariz demasiado delgada, le temblaban los labios.

-Dice que quizás no es el nervio óptico, y si no es existe una operación que... No entiendo todas las cosas técnicas, ya sabe, pero la cuestión es que volvería a ver, señor Umney.

El chico alargó la mano hacia mí a tientas. Bueno, por supuesto. ¿De qué otra forma iba a alargar la mano?

-¡Volvería a ver!

Se aferró a mí, y yo lo tomé de las manos y se las oprimí un momento antes de apartarlas con suavidad. Tenía tinta en los dedos, y aquella mañana me había sentido tan bien que me había puesto la nueva americana blanca. Demasiado para un día de verano, por

supuesto, pero en toda la ciudad había aire acondicionado por aquel entonces, y además, sentía una especie de frescor natural.

No obstante, ahora ya no estaba tan fresco. Peoria me estaba mirando con una expresión preocupada en su delgado y en cierto modo perfecto rostro de vendedor de periódicos. Una leve brisa que olía entre oleander y tubos de escape le alborotaba el remolino, y en aquel instante me di cuenta de la razón; Peoria no llevaba la sempiterna gorra de *tweed.* Parecía desnudo sin ella. A fin de cuentas, todo vendedor de periódicos debía llevar gorra de *tweed,* del mismo modo que todo limpiabotas debía llevar una gorra colocada detrás de la cabeza. ¡

-¿Qué pasa, señor Umney? Creía que se alegraría por mí. Caray, ni siquiera tendría que haber venido a la esquina hoy, ¿sabe? Pero he venido; incluso he venido un poco más pronto, porque tenía la sensación de que usted también llegaría pronto. Creía que se alegraría de que a mi madre le haya tocado la lotería y de que eso me dé la oportunidad de operarme. Pero no se alegra

-exclamó con voz temblorosa-. ¡No se alegra!

-Sí que me alegro -repuse.

Y de hecho, quería alegrarme, al menos una parte de mí quería alegrarse, pero la verdad es que el chico tenía mucha razón. Porque aquello significaba que las cosas iban a cambiar, y las cosas no debían cambiar. Peoria Smith debía seguir en aquella misma esquina año tras año, tocado con aquella gorra perfecta que se apartaba un poco de la cara en los días más calurosos y se calaba hasta los ojos cuando llovía, a fin de que las gotas resbalaran por la visera. Peoria Smith debía exhibir siempre una sonrisa, nunca decir «gilipollas» ni «jodi-dos»; y sobre todo, debía ser ciego.

-¡No, no se alegra! -repitió el chico.

Y de repente, sin previo aviso, hizo caer la mesita al suelo. Todos los periódicos salieron volando. El bastón blanco de Peoria rodó hasta la cuneta. Vi que unas lágrimas surgían de debajo de las gafas oscuras y resbalaban por las mejillas pálidas y delgadas del chiquillo. Buscó a tientas el bastón, pero éste había caído cerca de mí, y Peoria estaba buscándolo en la dirección equivocada. Me acometió el acuciante deseo de propinarle un puntapié en el trasero al vendedor de periódicos ciego.

En lugar de ceder a dicho deseo, me agaché, cogí el bastón y le golpeé ligeramente la cadera con él.

Peoria se volvió raudo como una serpiente y me arrebató el bastón. Por el rabillo del ojo vi las fotografías de Hitler y del recientemente fallecido líder del grupo cubano revoloteando por todo el Sunset Boulevard. Un autobús que se dirigía hacia Van Ness pisó un montón de ellos, dejando una amarga estela de diesel quemado. No soportaba el aspecto que tenían aquellos periódicos que revoloteaban por todas partes. Daban una sensación de desorden. Peor aún, daban la sensación de que algo iba mal. Completa y absolutamente mal. Contuve otro deseo, tan intenso como el primero, de agarrar a Peoría y zarandearlo. De decirle que iba a pasar toda la mañana recogiendo los periódicos y que no lo dejaría marchar hasta que hubiera recogido todos y cada uno de ellos.

Se me ocurrió que hacía apenas diez minutos todavía había creído que aquélla era la perfecta mañana de Los Ángeles, tan perfecta que merecía el simbolito de marca registrada. Y es que había sido la mañana perfecta, maldita sea. Así que, ¿cuándo habían empezado a ir mal las cosas?

No obtuve respuesta, claro está, tan sólo una irracional vocecilla interior que me decía que la madre de aquel crío no podía haber ganado la lotería, que el crío no podía dejar de vender periódicos, y que, sobre todo, el crío no podría dejar de ser ciego. Peoría Smith debía seguir siendo ciego el resto de su vida.

«Bueno, debe de ser una operación experimental -me dije-. Incluso aunque el médico de Prisco no sea un fantasma, que probablemente lo es, lo más probable es que la operación sea un fracaso.»

Y por extraño que parezca, aquel pensamiento me tranquilizó.

-Escucha -dije-. Hoy nos hemos levantado con el pie izquierdo, eso es todo. Deja que te compense. Vamos a Blondie's y te invito a desayunar, ¿vale, Peoría? Podrás devorar un plato de huevos con bacon y contarme...

-¡Vayase a tomar por el culo! -gritó Peoría para mi enorme sorpresa-. ¡Vayase a tomar por el culo, maldito gili-pollas! ¿Cree que los ciegos no sabemos cuándo alguien dice mentiras?

¡A tomar por el saco! ¡Y no me ponga las manos encima nunca más! ¡Creo que es usted un maldito maricón!

Aquello fue la gota que colmó el vaso; nadie me llama maricón y queda impune, ni siquiera un vendedor de periódicos ciego. Olvidé por completo que Peoría Smith me había salvado el pellejo durante el caso de Mavis Weld; alargué la mano hacia el bastón, con la intención de arrebatárselo y darle unos cuantos azotes con él. Para darle una lección de buenos modales.

Pero antes de que pudiera cogerlo, Peoría se abalanzó sobre mí y me golpeó con el bastón en el bajo vientre... Y he dicho bajo vientre. Me encogí de dolor, pero incluso mientras hacía lo imposible por no ponerme a gritar, me dije que tenía suerte. Cinco centímetros más abajo y podría haber dejado de espiar para ganarme la vida y buscarme un trabajo como soprano en el Palace of the Doges.

Pese a todo, volví a alargar la mano en dirección a Peoría, pero el chico me golpeó en la nuca. Con *fuerza..* El bastón no se rompió, pero sí se oyó un crujido. Me dije que podría acabar de romperlo cuando consiguiera quitárselo y metérselo en la oreja. Ya le enseñaría yo quién era el maricón.

El chico retrocedió como si me hubiera leído el pensamiento y arrojó el bastón a la calle.

-Peoría -conseguí farfullar.

Tal vez todavía no era demasiado tarde para conservar la cordura.

-Peoría, ¿quieres decirme qué narices te...?

-¡No me llame Peoría! -chilló el chico-. ¡Me llamo Francis! ¡Frank! ¡Fue usted quien empezó a llamarme Peoría! ¡Fue usted quien empezó y ahora todo el mundo me llama así y no lo soporto!

Me lloraban los ojos, por lo que vi a dos Peorías volviéndose y cruzando la calle a toda prisa. El chico hacía caso omiso del tráfico, aunque, por suerte para él, no pasaban coches en aquel momento, y corría con los brazos extendidos ante sí. Creí que tropezaría con el bordillo del otro lado, de hecho, esperaba que tropezara, pero supongo que los ciegos tienen todo un juego de mapas tipográficos en la cabeza. Peoría saltó al bordillo con la agilidad de una cabra montesa y a continuación volvió sus gafas oscuras hacia mí. En su rostro surcado de lágrimas se leía una expresión de triunfo enloquecido, y los cristales negros parecían más que nunca simples agujeros negros. Agujeros grandes, como si alguien le hubiera disparado varias veces con una escopeta de gran calibre.

-¡Blondie ya no existe, ya se lo he dicho! -chilló-. ¡Mi madre dice que se ha largado con la putita pelirroja que contrató el mes pasado! ¡Ya le gustaría a usted, desgraciado!

Peoria giró en redondo y echó a correr calle arriba de aquella forma tan extraña y tan característica de él; con los dedos abiertos extendidos ante él. La gente se paraba en pequeños grupos para mirarlo, para mirar los periódicos que revoloteaban en la callez para mirarme a mí.

De hecho, principalmente para mirarme a mí, por lo visto.

Peoria... bueno, está bien, Francis, llegó hasta el bar de De-rringer antes de girarse para dedicarme su último saludo.

-¡A tomar por el culo, señor Umney! -gritó.

Dicho aquello siguió corriendo.

2. LA TOS DE VERNON

Conseguí erguirme y cruzar la calle. Peoria, alias Francis Smith, se había perdido de vista hacía rato, pero lo cierto era que quería alejarme de aquellos periódicos desordenados lo

antes posible. Mirarlos me estaba produciendo un dolor de cabeza que, en cierto modo, era peor que el dolor que me atormentaba la ingle.

Una vez al otro lado de la calle, me puse a contemplar el escaparate de la papelería Felt como si el nuevo bolígrafo de Parker fuera la cosa más fascinante que hubiera visto en toda mi vida (o tal vez aquellas agendas de piel de imitación tan sexys). Al cabo de unos cinco minutos, el tiempo suficiente como para grabarme todos los objetos del polvoriento escaparate en la memoria, me sentí capaz de reanudar mi travesía por Sunset sin llamar demasiado la atención.

Las preguntas me daban vueltas alrededor de la cabeza del modo en que los mosquitos te dan vueltas alrededor de la cabeza cuando vas al cine al aire libre de San Pedro sin llevarte el repeleinsectos. Pude ignorar la mayoría, pero un par de ellas eran muy persistentes. En primer lugar, ¿qué diablos le había pasado a Peoria? En segundo lugar, ¿qué diablos me había pasado a mí? Seguí pensando en aquellas inquietantes cuestiones hasta llegar ante el escaparate de

Blondie's City Eats, abierto las 24 horas, especialidad en bollería, situado en la esquina de Sunset y Travernia; cuando llegué ahí, todas aquellas cuestiones quedaron disipadas de golpe. Blondie's había estado en aquella esquina desde que me alcanzaba la memoria, con todos los chanchulleros, mafiosos, chulos y excéntricos entrando y saliendo sin cesar; sin olvidar a los tipos adinerados, las lesbianas y los drogadictos. En cierta ocasión, una famosa estrella del cine mudo había sido detenida por asesinato cuando salía de Blondie's, y yo mismo había hecho un trabajito sucio en

Blondie's no hacía demasiado tiempo, un trabajito consistente en cargarme a un pijo repleto de coca llamado Dunnin-ger, que se había cargado a su vez a tres cocainómanos en las postrimerías de una orgía de drogas celebrada en Hollywood. Asimismo, era el lugar en que me había despedido de una rubia platino de ojos violetas llamada Ardis McGill. Había pasado el resto de aquella noche caminando entre una desusada niebla que tal vez sólo se hallaba tras mis ojos... y había empezado a rodar por mis mejillas al salir el sol.

¿Blondie's cerrado? ¿Que Blondie's había desaparecido? Imposible, habría dicho cualquiera... Era más probable que la Estatua de la Libertad desapareciera de su yerma lengua de roca del puerto de Nueva York.

Imposible pero cierto. La vitrina que antes había albergado una deliciosa selección de tartas y pasteles aparecía cubierta de jabón, pero quien lo hubiera hecho no se había esforzado demasiado; el local estaba casi desierto. El suelo de linóleo se veía seco y sucio. Las aspas manchadas de grasa de los ventiladores de techo estaban inmóviles como las hélices de un avión que se hubiera estrellado. Quedaban algunas mesas, y seis u ocho de las sempiternas sillas tapizadas de rojo estaban apiladas patas arriba; pero eso era todo... a excepción de un par de azucareros volcados en un rincón.

Me quedé ahí parado, intentando asimilarlo, y fue como intentar subir un sofá grande por una escalera estrecha. Toda aquella vitalidad y emoción, aquellas movidas y sorpresas de la madrugada... ¿ Cómo podía haber terminado todo aquello ? No parecía un error; parecía una blasfemia. Para mí, Blondie's había sido un cúmulo de todas las contradicciones que rodeaban el corazón esencialmente oscuro y carente de amor de Los Angeles; en ocasiones había pensado que

Blondie's era Los Ángeles tal como la había conocido durante los últimos quince o veinte años, que era la ciudad, sólo que en miniatura. ¿En qué otro lugar podía verse a un mafioso desayunando a las nueve de la noche junto a un cura, o a una tía despampanante cargada de diamantes sentada en la barra junto a un obrero cubierto de grasa que celebrara el fin de su turno con una taza de café caliente? De repente recordé al músico cubano y su ataque al corazón, aunque esta vez con una punzada de considerable compasión.

Toda aquella maravillosa y espectacular vida de Los Angeles... ¿Lo captas, amigo? ¿Te enteras?

El cartel colgado en la puerta decía: CERRADO POR REFORMAS, REAPERTURA EN

BREVE, pero no lo creí. Según mi experiencia, unos azucareros volcados en el rincón no indican que haya obras de reforma en marcha. Peoria tenía razón; Blondie's había pasado a la historia. Me volví y seguí caminando por la calle, pero ahora a paso lento y obligando conscientemente a mi cabeza a permanecer erguida. Mientras me acercaba al edificio Fulwider, donde tengo un despacho desde hace más tiempo del que me gusta recordar, me embargó una extraña certeza. Los pomos de las grandes puertas dobles estarían cerrados con una gruesa cadena y un gran candado.

Los cristales estarían surcados de descuidadas tiras de jabón. Y habría un cartel que rezaría:

CERRADO POR REFORMAS, REAPERTURA EN BREVE.

Cuando llegué al edificio, aquella idea loca se había adueñado de mí con fuerza obsesiva, y ni siquiera el hecho de ver a Bill Tuggle, el peculiar asesor fiscal del tercer piso, entrando en el edificio logró apartar aquel pensamiento. Pero como suele decirse, ver para creer; al llegar al 2221 no vi ninguna cadena, ningún cartel ni espuma en los cristales. Sólo era el Fulwider, el mismo de siempre. Entré en el vestíbulo, olí el mismo olor de siempre, que me recuerda a las pastillas de color rosa que suelen poner en los lavabos públicos de hombres, y vi las mismas palmeras escuálidas sombreando el mismo suelo de desvaídas baldosas rojas.

Bill estaba junto a Vernon Klein, el ascensorista más viejo del mundo, en el ascensor número 2. Con su raído traje rojo y el viejo sombrero en forma de pastillero, Vernon parece un cruce entre el botones de Philip Morris y un macaco que se ha caído en un robot industrial de limpieza a vapor. Vern alzó hacia mí aquellos ojos tristones de perro que le lloraban a causa del

Camel que pendía de la comisura de sus labios. De hecho, sus ojos deberían haberse acostumbrado al humo hacía muchos años; no recordaba haberlo visto jamás sin un Camel colgando de su boca en aquella misma posición.

Bill se hizo a un lado, pero no lo suficiente. No había espacio en la cabina como para que

Bill se apartara lo suficiente. No creo que hubiera espacio en Rhode Island como para que Bill se apartara lo suficiente. Delaware, quizás. Bill olía a mortadela marinada durante un año en whisky barato. Y justo en el momento en que pensaba que las cosas ya no podían ir peor, Bill eructó.

-Lo siento, Clyde.

-No me extraña -repuse al tiempo que agitaba la mano para apartar el aire y Vern cerraba las puertas para llevarnos a la luna... o al menos hasta el séptimo piso-. ¿En qué desagüe has pasado la noche, Bill?

No obstante, aquel olor tenía algo reconfortante, mentiría si dijera lo contrario. Porque se trataba de un olor conocido. No era más que Bill Tuggle, maloliente, con resaca, de pie en el ascensor con las rodillas ligeramente dobladas, como si alguien le hubiera metido ensalada de pollo en los calzoncillos y acabara de darse cuenta de ello. No era un olor agradable, ningún aspecto del viaje matinal en ascensor podía serlo, pero al menos era algo conocido.

Bill me dedicó una débil sonrisa mientras el ascensor iniciaba su trayecto, pero no pronunció palabra.

Me volví hacia Vernon, sobre todo para huir de aquel olor a contable demasiado hecho, pero cualesquiera que fueran las superficiales palabras que hubiera pretendido pronunciar murieron en mi garganta. Las dos imágenes que habían colgado de la pared de la cabina por encima del taburete de Vernon, una de Jesucristo caminando sobre el Mar de Galilea mientras sus discípulos lo miraban fascinados desde una barca, y una foto de la mujer de Vernon ataviada en un vestido con flecos de cuero, en plan guapa del rodeo, y tocada con un peinado de fines de siglo, habían desaparecido. Lo que las había reemplazado no debería haber sorprendido a nadie, sobre todo en vista de la edad de Vernon, pero aun así supuso un tremendo golpe para mí.

Se trataba de una simple postal, nada más, una postal que mostraba la silueta de un hombre pescando en un lago al atardecer. Fueron las palabras que había bajo la imagen las que me dejaron hecho polvo: FELIZ JUBILACIÓN.

El momento en que Peoría me había dicho que tal vez volvería a ver se quedaba cortísimo ante lo que sentí en aquel instante. Los recuerdos me cruzaban la mente a la velocidad de las cartas de una baraja mezcladas por un auténtico jugador profesional. En cierta ocasión, Vernon había forzado la puerta del despacho contiguo al mío para llamar a una ambulancia cuando aquella enloquecida dama, Agnes Sternwood, arrancó el cable del teléfono de la pared y a continuación se tragó lo que, según afirmaba, era desatascador. El «desatascador» resultó ser azúcar, y el despacho cuya puerta forzó Vernon resultó ser un chiringuito de apuestas de primera categoría. Que yo sepa, el tipo que tenía alquilado el despacho bajo el nombre de MacKenzie

Imports sigue recibiendo cada año el catálogo de Sears Roebuck en su celda de San Quintín. En otra ocasión, Vernon utilizó el taburete para dejar fuera de combate a un tipo que estaba a punto de freírme a tiros. El caso Mavis Weld, por supuesto. Por no hablar del día en que llevó a su hija a mi despacho (¡vaya monada!) porque se había metido en un asunto de revistas sucias.

¿Retirarse Vernon?

Era imposible. Imposible.

-Vernon -empecé-. ¿Qué clase de broma es ésta?

-No es ninguna broma, señor Umney. Y cuando detuvo el ascensor en el tercer piso, empezó a toser de un modo que no había oído en todos los años que hacía que lo conocía. Sonaba como bolos de mármol rodando por una calle de piedra. Se sacó el Camel de la boca, y comprobé horrorizado que la punta era de color de rosa, y no a causa de un lápiz de labios. Vern observó el cigarrillo, hizo una mueca, se lo volvió a meter en la boca y tiró de la puerta metálica en forma de acordeón.

-Tercerrr piso, señor Tuggle.

-Gracias, Vern -repuso Bill.

-No olvide la fiesta del viernes -advirtió Vern.

Sus palabras sonaban apagadas, pues había extraído un pañuelo con manchas marrones del bolsillo y se estaba limpiando los labios con él.

-Me gustaría mucho que viniera.

Volvió la mirada reumática hacia mí, y lo que vi en sus ojos me dio un susto de muerte.

Algo esperaba a Vernon Klein a la vuelta de la esquina, y aquella mirada decía que Vernon sabía exactamente de qué se trataba.

-Y usted también, señor Umney. Hemos vivido muchas cosas juntos, y me encantaría brindar con usted por ello.

-¡Un momento! -grité aferrando a Bill por el brazo cuando intentaba salir del ascensor-.

¡Un momento, maldita sea! ¿Qué fiesta? ¿Qué pasa aquí?

-La jubilación -explicó Bill-. Suele ocurrir en un momento dado después de que se te ponga el pelo blanco, por si estás demasiado ocupado como para darte cuenta. La fiesta de Vernon se celebrará el viernes por la tarde en el sótano. Todo el edificio irá, y yo voy a hacer mi famosísimo ponche Dinamita. ¿ Qué te pasa, Clyde? Hace un mes que sabes que Vernon se va el treinta de mayo.

Aquellas palabras me enojaron otra vez, del mismo modo que cuando Peoría me había llamado maricón. Agarré a Bill por las hombreras del traje cruzado y lo zarandeé.

-¡Y una mierda!

-¡Y una mierda nada, Clyde! -replicó Bill con una sonrisa débil y dolida-. Pero si no quieres venir, allá tú. No vengas. De todas formas, llevas seis meses actuando de una forma un poco rara.

-¿Qué quieres decir con eso de un poco rara?

-Pues que estás como una cabra, como un cencerro, pirado, que te falta un tornillo, mochales... ¿Te suena alguna de éstas? Y antes de que contestes, permíteme que te informe de

que si me vuelves a sacudir, aunque sólo sea un poquito, me explotarán las tripas, me saldrán despedidas a través del pecho y ni siquiera en la tintorería te podrán limpiar la porquería que dejarán.

Se soltó antes de que pudiera volver a zarandearlo y empezó a avanzar por el pasillo, con el trasero de los pantalones colgándole aproximadamente a la altura de las rodillas, como siempre.

Se volvió una vez mientras Vernon volvía a cerrar la puerta metálica.

-Deberías tomarte unos días libres, Clyde. Ya mismo.

-Pero ¿qué es lo que te pasa? -le grité-. ¿Qué os pasa a todos?

Pero en aquel momento se cerró la puerta interior y reanudamos la subida, esta vez al

Séptimo. Mi séptimo cielo. Vern arrojó la colilla al cubo de arena que había en el rincón y de inmediato se metió un cigarrillo nuevo en la boca. Encendió una cerilla con la uña del pulgar y se puso a toser de nuevo. Pequeñas gotas de sangre brotaban de entre sus labios resecos. Era un espectáculo lamentable. Vern había bajado los ojos; tenía la mirada fija en el otro rincón, sin ver nada, sin esperar nada. El olor corporal de Bill Tuggle pendía entre nosotros como un fantasma etílico.

-Muy bien, Vern -empecé-. ¿Qué te pasa y adonde irás?

Vernon nunca había hecho un uso excesivo de la lengua inglesa, y al menos aquello no había cambiado.

-Cáncer -repuso-. El sábado cojo el tren Desert Blo-ssom para Arizona. Me voy a vivir con mi hermana. Pero no creo que se llegue a cansar de mí. No creo que tenga que cambiarme las sábanas más de dos veces.

Detuvo el ascensor y abrió la puerta corredera.

-Séptimooo, señor Umney. Su séptimo cielo.

Sonrió como siempre había hecho al pronunciar aquellas palabras, pero su sonrisa recordaba las calaveras de caramelo que se ven en Tijuana el Día de los Difuntos.

Ahora que la puerta del ascensor estaba abierta, olí algo en mi séptimo cielo que desentonaba tanto que tafdé un momento en reconocer de qué se trataba: pintura fresca. Una vez advertí qué era, lo archivé; tenía otras cosas en qué pensar.

-Esto no está bien -comenté-. Tú sabes que jio está bien, Vern.

Vernon volvió su aterradora mirada vacua hacia mí- Y en ella la muerte, una silueta negra moviéndose y haciendo señas justo detrás del desvaído azul del iris.

-¿Qué es lo que no está bien, señor Umney?

-Tú tienes que estar aquí, maldita sea. ¡Aquí tfíismo! Sentado en tu taburete, con Jesucristo y tu mujer ahí eji la pared. ¡No esto!

Alargué el brazo, cogí la postal del hombre pescando en el lago, la rompí en dos pedazos, los junté, la rompí en cuatro y por fin la tiré. Los pedazos revolotearon hacia la desvaída alfombra del ascensor como confeti.

-Estar aquí mismo -repitió sin apartar de mí aquellos terribles ojos.

Más allá, dos hombres en monos salpicados de pintura se habían vuelto para mirarnos.

-Exacto.

-¿Durante cuánto tiempo, señor Umney? Puesto lúe lo sabe todo, supongo que también me podrá decir eso» ¿no? ¿Durante cuánto tiempo se supone que tengo que seguir manejando este maldito ascensor?

-Bueno, pues... para siempre -repuse.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre nosotros, otro fantasma en el ascensor repleto de humo. De haber podido escoger un fantasma, probablemente me habría decantado por el olor corporal de Bill Tuggle, pero no había elección.

-Para siempre, Vern -repetí.

Vernon dio una chupada al Camel, tosió humo y una finísima lluvia de sangre, y siguió mirándome.

-No es asunto mío dar consejos a los inquilinos, señor Umney, pero creo que le voy a dar uno de todas formas, ya que es mi última semana aquí y todo eso. Creo que debería ir al médico.

Uno de esos que te enseñan manchas de tinta y te preguntan qué ves.

-No puedes jubilarte, Vern. -El corazón me latía con más violencia que nunca, pero logré seguir hablando en tono normal-. No puedes.

-¿No? -Vernon se sacó el cigarrillo de la boca (la punta ya estaba empapada de sangre fresca) y me volvió a mirar con una sonrisa escalofriante-. Pues parece que no me queda más remedio, señor Umney.

3. DE PINTORES Y PESOS

El olor a pintura fresca me llenó las narices, superando tanto el olor del humo de Vernon como el de los sobacos de Bill Tuggle. Los hombres en mono se hallaban bastante cerca 1 de la puerta de mi despacho. Habían colocado una tela en el f suelo, y sus herramientas estaban esparcidas encima... Latas, brochas, aguarrás. También había dos escaleras de mano j que flanqueaban a los pintores como escuálidas estanterías. Quería correr por el pasillo y dar patadas a las paredes al 1 pasar.

-¿Qué derecho tenían a pintar aquellas viejas y oscuras paredes de un sacrilego y estridente color blanco?

Sin embargo, lo que hice fue acercarme al que parecía tener un coeficiente de inteligencia de dos dígitos y preguntarle con toda cortesía qué estaban haciendo él y su compañero. El hombre se volvió hacia mí.

-¿Y a usté qué cono le parece? Pues yo le estoy metien- 1 do mano a Miss América y aquí Chick le está poniendo carmín en las tetitas a Betty Garble.

Aquello era el colmo. El colmo de todo. Alargué la mano, agarré al tipejo por el sobaco y le pellizqué un nervio especialmente desagradable que se oculta ahí detrás. El hombre gritó y dejó caer la brocha. Gotas de pintura blanca le salpicaron los zapatos. Su compañero me lanzó una tímida mirada y retrocedió un paso.

-Si intentas largarte antes de que haya terminado contigo -gruñí-, te meteré la brocha por el culo de tal forma que necesitarás un telescopio para encontrarte las cerdas. ¿Tienes ganas de comprobar si estoy mintiendo?

El hombre dejó de moverse y se quedó parado en el borde de la tela, mirando a su alrededor como un demente en busca de ayuda. No había nadie a la vista. Casi esperaba que Can-dy abriera la puerta de mi despacho para ver qué era aquel jaleo, pero la puerta permaneció cerrada. Volví mi atención hacia el tipejo al que estaba sujetando.

-Te he hecho una pregunta bastante sencilla... ¿Qué cono estáis haciendo aquí? ¿Puedes contestar o quieres que te machaque otra vez?

Apreté un poco los dedos bajo la axila para refrescarle la memoria, y el tipejo volvió a gritar.

-¡Estamos pintando el pasillo! ¡Maldita sea! ¿Es que no lo ve?

Sí, señor, lo veía; y aunque fuera ciego, lo habría olido. Y no me gustaba nada la información que me transmitían esos dos sentidos. El pasillo no debía pintarse, y menos aún de ese estridente y deslumbrante color blanco. El pasillo debía ser oscuro y estar lleno de sombras; debía oler a polvo y a viejos recuerdos. Fuera lo que fuese que había dado comienzo con el desusado silencio de los Demmick, estaba empeorando por momentos. Estaba cabreado como una mona, tal como estaba averiguando aquel pobre tipo. También estaba asustado, pero ése es un sentimiento que se aprende a ocultar cuando llevar una pipa forma parte de tu modo de ganarte la vida.

-¿Y quién os ha enviado?

-Nuestro jefe -repuso el tipo mirándome como si yo estuviera loco-. Trabajamos en

Pintura Personalizada Challis, en Van Nuys. El jefe es Hap Corrigan. Si quiere saber quién ha contratado la empresa, tendrá que preguntárselo a...

-El dueño -intervino el otro pintor-. El dueño del edificio. Un tipo llamado Samuel

Landry.

Intenté hacer memoria, unir el nombre de Samuel Landry con lo que sabía acerca del edificio Fulwider, pero no lo logré. De hecho, no podía unir el nombre de Samuel Landry con nada..., pero aun así, durante un instante todo pareció encajar en mi mente, todo pareció sonar como una campana que se oye a kilómetros de distancia en una mañana de niebla.

-Estáis mintiendo -dije, aunque sin convicción, simplemente por decir algo.

-Llame al jefe -replicó el otro pintor.

Las apariencias engañan; al parecer, era el más listo de los dos. Se metió la mano en uno de los bolsillos del mono sucio y salpicado de pintura y extrajo una pequeña tarjeta.

Agité la mano en ademán cansado.

-De todas formas, ¿quién narices querría pintar este sitio?

No se lo preguntaba a ellos, pero el pintor que me había dado la tarjeta contestó de todos modos.

-Bueno -empezó con cautela-. Debe reconocer que alegra mucho.

-Oye, hijito -repliqué avanzando un paso hacia él-. ¿Tu madre ha tenido algún hijo que haya sobrevivido o sólo abortos como tú?

-Bueno, bueno, no se ponga así -exclamó el hombre retrocediendo.

Seguí su mirada preocupada hasta mis puños cerrados y me obligué a abrirlos. No pareció demasiado aliviado, y desde luego, no me extrañó.

-A usted no le gusta. Eso está más claro que el agua. Pero hay que hacer lo que dice el jefe,

¿no? Quiero decir, jo-lines, que así es como se hacen las cosas en América.

Miró a su compañero y luego otra vez a mí. Fue una mirada rápida, casi de soslayo, pero en mi trabajo las había visto más de una vez, y es el tipo de mirada de la que no haces demasiado caso. «No molestes a este tipo -decía la mirada-. No le pongas nervioso ni hagas que se enfade.

Está como una chota.»

-Quiero decir que tengo mujer y un hijo de los que cuidar -prosiguió-. Ahí fuera hay una Depresión, por si no lo sabía.

En aquel momento, una inmensa sensación de confusión se apoderó de mí, y mi enfado se esfumó del mismo modo que un incendio se esfuma bajo un chaparrón. ¿Había Depresión?

¿Había Depresión, de verdad?

-Ya lo sé -repuse, aunque no sabía nada-. Dejemos correr el asunto, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -asintieron los pintores al unísono y con tanto entusiasmo que parecían casi un coro de barberos.

El que había tomado equivocadamente por medio inteligente tenía la mano izquierda sepultada en el sobaco en un intento de tranquilizar aquel nervio. Podría haberle dicho que al menos tardaría una hora en lograrlo, pero no tenía ganas de seguir hablando con ellos. No quería hablar con nadie ni ver a nadie... ni siquiera a la encantadora Candy Kane, cuyas miradas húmedas y sinuosas curvas subtropicales, como se sabe, han hecho hincarse de rodillas a los tipos más duros. Lo único que quería era atravesar la recepción y encerrarme en mi santuario. Tenía una botella de Robb's Eye en el cajón inferior izquierdo, y en aquel momento necesitaba un trago como fuera.

Me dirigí hacia la puerta acristalada sobre la que se leía CLYDE UMNEY DETECTIVE

PRIVADO, conteniendo el deseo de propinar un puntapié a una lata de pintura blanca Dutch Boy para arrojarla por la ventana del final del pasillo a la escalera de incendios. De hecho, estaba a punto de hacer girar el pomo de mi puerta cuando se me ocurrió una idea y me volví de nuevo hacia los pintores..., pero despacio, para que no creyeran que me había dado otro ataque.

Asimismo, tenía la sensación de que si me volvía demasiado rápido los sorprendería sonriéndose y llevándose los dedos a la sien..., el gesto para indicar locura que todos hemos aprendido en el patio del colegio.

Los pintores no se habían llevado los dedos a las sienes, pero tampoco me habían perdido de vista. El medio inteligente pareció medir la distancia que había hasta la puerta marcada con el cartel ESCALERA. De repente me entraron deseos de asegurarles que yo no era tan mal tipo una vez que se me conocía bien. De hecho, algunos clientes y al menos una ex mujer me consideraban una especie de héroe. Pero aquello no era algo que uno pudiera decir de sí mismo, sobre todo a dos desgraciados como aquéllos.

-Tranquilos -dije-. No voy a abalanzarme sobre vosotros. Sólo quiero haceros otra pregunta.

Se tranquilizaron un poco. De hecho, muy poco.

-Pregunte -replicó el Pintor Número Dos.

-¿Alguno de vosotros ha jugado alguna vez en Tijuana?

-¿«La lotería»? -preguntó Número Uno.

-Vuestros conocimientos de español me abruman. Sí, «la lotería».

Número Uno meneó la cabeza.

-La lotería mexicana y las casas de putas mexicanas son sólo para los desgraciados.

«¿Y por qué crees que te lo pregunto a ti?», pensé aunque no lo dije en voz alta.

-Además -prosiguió-, se ganan diez o veinte mil pesos, ya ves. ¿Cuánto dinero de verdad es eso? ¿Cincuenta pavos? ¿Ochenta?

«Mi madre ha ganado la lotería en Tijuana -había dicho Peoría e incluso entonces había sabido que algo fallaba-. Cuarenta mil pavos... Mi tío Fred bajó a buscar el dinero ayer por la tarde. Lo trajo en la cartera de la Vinnie.»

-Sí -asentí-, algo así, creo yo. Y siempre pagan en metálico, ¿no? En pesos.

El pintor me volvió a mirar como si creyera que yo estaba loco, luego se dio cuenta de que realmente lo estaba y recompuso la expresión de su rostro.

-Bueno, sí. Es la lotería mexicana, ya sabe. No creo que pudieran pagar en dólares.

-Muy cierto -repuse.

Recordé el rostro delgado y entusiasmado de Peoría, el modo en que había dicho:«¡Estaba esparcido por toda la cama de mi madre! Es la sensación más fuerte que he tenido en toda mi vida, eso se lo digo yo... ¡Cuarenta mil jodidos pavos!».

Pero ¿cómo podía estar un niño ciego seguro de la cantidad exacta... o siquiera de que realmente se estaba revolcando en dinero? La respuesta era bien sencilla. No podía. Pero incluso un vendedor de periódicos ciego debía de saber que no se puede llevar pasta mexicana por valor de cuarenta mil dólares en la maleta de una motocicleta Vincent. Su tío habría necesitado un camión de basura de Los Ángeles para transportar tanta pasta.

Confusión, confusión, tan sólo oscuras nubes de confu- sión.

-Gracias -dije al tiempo que me alejaba hacia la oficina. Estoy seguro de que los tres sentimos un gran alivio.

4. EL ÚLTIMO CLIENTE DE UMNEY

-Candy, cariño, no quiero ver a nadie ni aceptar ningún ca...

Me interrumpí de golpe. La recepción estaba desierta. La mesa de Candy, colocada en el rincón, aparecía extrañamente desnuda, y al cabo de un instante me di cuenta de la razón; la bandeja de ENTRADA/SALIDA estaba en la papelera, y las fotografías de Errol Flynn y William

Powell habían desaparecido. Al igual que la radio Philco. El pequeño taburete azul de taquigrafía, desde el que Candy solía mostrar sus espléndidas piernas, estaba desocupado.

Me volví de nuevo hacia la bandeja de ENTRADA/SALIDA que sobresalía de la papelera como la proa de un barco a punto de hundirse, y el corazón me dio un vuelco. Tal vez alguien había entrado, puesto el lugar patas arriba y secuestrado a Candy. Tal vez se trataba de un caso, en otras palabras. En aquel momento me habría venido bien un caso, aunque significara que un mafioso estaba atando a Candy en aquellos momentos... y ajustando la cuerda sobre la firme curva de sus pechos con especial cuidado. Cualquier modo de zafarme de las telarañas que parecían estar adueñándose de mí me parecía tentador.

El problema de aquella idea era bien sencillo: la habitación no estaba patas arriba. La bandeja de ENTRADA/SALIDA se hallaba en la papelera, cierto, pero eso no indicaba que se hubiera producido una lucha; de hecho, era más bien como si...

Quedaba un solo objeto sobre la mesa y estaba colocado en el centro del papel secante. Un sobre blanco. Sólo mirarlo me produjo una sensación muy desagradable. Pese a ello, crucé la habitación con gesto automático y cogí el sobre. No me sorprendió en lo más mínimo ver mi nombre escrito con la letra *rizada, y* florida de Candy; tan sólo era otra desagradable parte de aquella larga y desagradable mañana.

Rasgué el sobre, y un solo papel me cayó sobre la mano.

Querido Clyde:

Estoy harta de aguantar tus magreos y tus burlas, y estoy cansada de tus ridículos e infantiles chistes sobre mi nombre. La vida es demasiado corta como para malgastarla dejando que un detective divorcista de mediana edad y con mal aliento te ande metiendo mano todo el rato.

Tenías tus cosas buenas, Clyde, pero las malas están ganando demasiado terreno, sobre todo desde que te pusiste a beber como un cosaco.

Hazte un favor y crece de una vez.

Sinceramente tuya, Arlene CAÍN

P.D.: Vuelvo a casa de mi madre en Idaho. No intentes ponerte en contacto conmigo.

Sostuve la nota durante unos instantes más, mirándola sin dar crédito a mis ojos, y por fin la dejé caer. Recordé una de las frases mientras el papel flotaba en un perezoso zigzag hacia la papelera ya atestada. «Estoy cansada de tus ridículos e infantiles chistes sobre mi nombre.» Pero

¿tenía idea yo de que su nombre no fuera Candy Kane? Reflexioné sobre ello mientras la nota proseguía su lento y en apariencia interminable balanceo hacia la papelera, y la respuesta fue un sincero no. Su nombre siempre había sido Candy Kane; habíamos bromeado sobre ello en muchas ocasiones, y si habíamos tenido unas cuantas sesiones de flirteo de oficina, ¿qué había de malo en ello? A ella siempre le había gustado. A los dos nos había gustado.

«¿De verdad le gustaba? -preguntó una vocecilla procedente de lo más hondo de mi ser-
.

¿De verdad le gustaba o eso no es más que otro cuento que te has estado contando todos estos años?»

Intenté silenciar aquella voz, y al cabo de un momento lo logré, pero la que la sustituyó aún era peor. La segunda voz pertenecía ni más ni menos que a Peoria Smith. «Y podré dejar de fingir que he muerto y he ido al cielo cada vez que algún imbécil me deja un centavo de propina -había dicho-. ¿Es que no se entera de la noticia, señor Umney?»

-Cierra el pico, niño -ordené a la habitación vacía-. No eres precisamente Gabriel
Heatter.

Me aparté de la mesa de Candy, y de repente desfiló ante mis ojos una serie de rostros que recordaban los rostros de una banda de música formada por lunáticos: George y Gloria Demmick,

Peoria Smith, Bill Tuggle, Vernon Klein, una rubia que valía un millón de dólares y que se hacía llamar por el insignificante nombre de Arlene Cain..., incluso los dos pintores.

Confusión, confusión, sólo confusión.

Entré en mi oficina arrastrando los pies y cabizbajo, cerré la puerta tras de mí y me senté ante la mesa. A través de la ventana cerrada me llegaba el sonido amortiguado del tráfico de

Sunset. Tenía la sensación de que para la persona adecuada seguía siendo una mañana perfecta de

Los Angeles, tan perfecta que uno esperaría ver un simbolito de marca registrada estampado en alguna parte, pero para mí, el día carecía de toda luz... tanto externa como interna. Pensé en la botella de bebercio que tenía en el cajón inferior, pero de repente, incluso

agacharme para cogerla se me antojaba un esfuerzo demasiado grande. De hecho, me parecía un esfuerzo comparable a escalar el Everest con zapatillas de tenis.

El olor a pintura fresca había penetrado hasta mi santuario. Se trataba de un olor que por lo general me gustaba, pero no en aquel momento. En aquel momento era el olor de todo lo que había ido mal desde que los Demmick habían llegado a su *bungalow* de Hollywood diciéndose agudezas más afiladas que un cuchillo, poniendo los discos a todo volumen y al corgi a cien con sus eternas broncas. De improviso, se me ocurrió una idea de gran simplicidad y claridad, como suponía que debían ser las grandes verdades que se les ocurrían a las personas propensas a dar con ellas. Si un médico pudiera extirpar el cáncer que estaba matando al ascensorista del edificio

Fulwider, el tumor sería blanco. Muy blanco. Y olería a pintura fresca marca Dutch Boy.

Aquella idea resultaba tan agotadora que me vi obligado a bajar la cabeza y presionar las palmas de las manos contra las sienes para mantenerla en su sitio... o tal vez para evitar que lo que había dentro estallara y salpicara las paredes. Y cuando la puerta se abrió sin ruido y empezaron a oírse pasos en la habitación, no levanté la cabeza, pues me parecía un esfuerzo mayor del que me sentía capaz de realizar en aquel instante.

Además, tenía la extraña sensación de que ya sabía quién era. No podía poner nombre a esa certeza, pero aquellos pasos me resultaban familiares. Al igual que la colonia, si bien sabía que no podría haber dicho de cuál se trataba aunque me hubieran apuntado con una pistola, y por una razón muy sencilla: no había olido aquella colonia en mi vida. ¿ Cómo iba a reconocer una fragancia que no había olido en mi vida ?, se preguntarán. No tengo ni idea, amigos, pero así fue.

Y eso no era lo peor de todo. Lo peor de todo era que estaba cagadito de miedo. Me he enfrentado a hombres furiosos que me apuntaban con armas, lo cual es terrible, y a mujeres furiosas con cuchillos, lo cual es mil veces peor; en cierta ocasión me ataron al volante de un

Packard aparcado sobre las vías de una línea de trenes de carga muy frecuentada. Una vez incluso me arrojaron por la ventana de un tercer piso. He llevado una vida muy ajetreada, sí señor, pero nunca había sentido tanto miedo como al oler aquella colonia y oír aquellos silenciosos pasos.

Me embargó la sensación de que la cabeza me pesaba trescientos kilos.

-Clyde-dijo una voz.

Una voz que no había oído jamás, una voz que, no obstante, conocía tan bien como la mía.

Aquella palabra hizo que la cabeza pasara a pesarme una tonelada en una fracción de segundo.

-Largo de aquí, quienquiera que sea -mascullé sin alzar la mirada-. El chiringuito está cerrado. -Y algo me hizo añadir-: Por reformas.

-Mal día, ¿eh, Clyde?

¿Había un matiz de compasión en aquella voz? Creía que sí, y eso empeoraba las cosas aún más. Quienquiera que fuese aquel imbécil, no quería su compasión. Algo me decía que su compasión entrañaba un peligro mayor que su odio.

-No tanto -repuse sin dejar de sujetarme la pesada y dolorida cabeza con las palmas de las manos y con la mirada clavada en el secante de la mesa.

En la esquina superior izquierda estaba escrito el número de teléfono de Mavis Weld. Ño podía dejar de mirarlo una y otra vez... BEverly 6-4214. Me parecía buena idea mantener la mirada fija en el secante. No sabía quién era el visitante, pero sabía que no tenía deseo alguno de verlo. En aquel momento era lo único que sabía.

-Creo que estás siendo poco... sincero, podríamos decir -comentó la voz con un matiz inconfundible de compasión.

El timbre de su voz hizo que mi estómago se encogiera hasta convertirse en algo que recordaba un puño empapado de ácido. Se oyó un crujido cuando el visitante se dejó caer en la silla de los clientes.

-No sé exactamente qué significa esa palabra, pero, sí, podríamos decirla -asentí-. Y ahora que ya la hemos dicho, ¿por qué no levanta sus posaderas de la silla y se larga de aquí?

Creo que me voy a tomar el día libre. Puedo hacerlo sin problema, ¿sabe? Al fin y al cabo, soy el jefe. Es estupendo cómo salen las cosas a veces, ¿verdad?

-Supongo que sí. Mírame, Clyde.

El corazón me dio otro vuelco, pero mantuve la cabeza baja, leyendo una y otra vez el

BEverly 6-4214. Una parte de mí se preguntó si el infierno era lo suficientemente espantoso para

Mavis Weld. Cuando hablé, comprobé sorprendido aunque agradecido que mi voz sonaba firme y segura.

-De hecho, es posible que me tome el año libre. Quizá me vaya a Carmel. Pasarme los días sentado en el porche con el *American Mercury* sobre el regazo y mirando las olas gigantescas que llegan de Hawai.

-Mírame.

No quería hacerlo, pero mi cabeza empezó a alzarse contra mi voluntad. El visitante estaba sentado en la silla que Mavis había ocupado en cierta ocasión, al igual que Ardis McGill y Big

Tom Hatfield. Incluso Vernon Klein se había sentado en ella una vez, cuando recibió aquellas fotos de su hija sin nada encima excepto una gran sonrisa drogada. Estaba ahí sentado, con el consabido parche de sol californiano iluminándole las facciones..., unas facciones que sí conocía, sin lugar a dudas. De hecho, las había visto por última vez una hora antes, en el espejo de mi cuarto de baño, mientras pasaba por ellas una hoja Gillette Blue.

La expresión de compasión que se leía en sus ojos, en mis ojos, era lo más espantoso que había visto en mi vida, y cuando extendió la mano, mi mano, me acometió el acuciante deseo de hacer girar la silla, levantarme y saltar directamente por la ventana de mi oficina del séptimo piso.

Creo que lo habría hecho si no me hubiera sentido tan confuso, tan completamente perdido. He leído muchas veces la expresión «a la deriva», pues es la predilecta de los escritorzuelos baratos, pero era la primera vez que me sentía realmente así.

De repente, el despacho se oscureció. Habría jurado que el día había estado del todo despejado, pero en aquel momento, una nube cubrió el sol. El hombre sentado frente a mí me llevaba al menos diez años, tal vez quince, y tenía el cabello casi completamente blanco, mientras que el mío todavía era casi del todo negro, pero aquello no cambiaba el hecho de que, se llamara como se llamara y tuviera los años que tuviera, él era yo. ¿Había creído que la voz me resultaba familiar? Pues sí, del mismo modo en que nuestra propia voz nos resulta familiar cuando la escuchamos en una grabación, si bien no suena exactamente igual como la oímos cuando hablamos.

El hombre tomó mi mano flaccida, la estrechó con la brusquedad de un agente de fincas en pleno negocio y la dejó caer. Chocó contra el secante con un golpe sordo, justo en el lugar en que estaba escrito el número de Mavis Weld. Cuando levanté los dedos, comprobé que el número de

Mavis había desaparecido. De hecho, todos los números que había garabateado sobre el secante a lo largo de los años habían desaparecido. El secante estaba tan limpio como..., bueno, como la conciencia de un baptista de pura cepa.

-Dios mío -farfullé-. Dios mío.

-Nada de Dios mío -replicó la versión más vieja de mí que estaba sentada al otro lado de la mesa-. Landry. Samuel D. Landry. A su servicio.

5. UNA ENTREVISTA CON DIOS

Aunque estaba de lo más confuso, no tardé más de dos o tres segundos en situar el nombre, probablemente porque hacía muy poco que lo había oído. Según el Pintor Número Dos, Samuel

Landry era la razón por la que el largo y penumbroso pasillo que conducía a mi despacho sería blanco al cabo de muy poco tiempo. Landry era el propietario del edificio Fulwider.

De repente se me ocurrió una idea demencial, pero su demencia patente no menguó en lo más mínimo la súbita punzada de esperanza que la acompañó. Dicen, quienesquiera que sean, que todo el mundo tiene su doble. Tal vez Landry era mi doble. Tal vez éramos gemelos idénticos, dobles desconocidos que, de algún modo, habían nacido de padres diferentes y con diez o quince años de diferencia. Aquella idea no explicaba ningún otro de los sucesos acaecidos durante aquel extraño día, pero al menos era algo a lo que aferrarse, maldita sea.

-¿Qué puedo hacer por usted, señor Landry? -pregunté en un intento vano de hablar con voz firme-. Si se trata del alquiler, tendrá que concederme uno o dos días más para que me organice. Por lo visto, mi secretaria acaba de darse cuenta de que tenía algo urgentísimo que hacer en Sobaco, Idaho.

Landry no prestó atención alguna a aquel débil intento de desviar la conversación.

-Imagino que ha sido uno de los peores días que puedan imaginarse..., y todo por mi culpa.

Lo siento, Clyde..., de verdad. Conocerte en persona ha sido..., bueno, no ha sido lo que esperaba.

En absoluto. En primer lugar, me caes mucho mejor de lo que esperaba. Pero es imposible echarse atrás.

Landry exhaló un profundo suspiro. El sonido no me hizo ni pizca de gracia.

-¿Qué quiere decir con eso?

Me temblaba la voz cada vez más, y el rayo de esperanza se estaba apagando. Al parecer, ello se debía a la falta de oxígeno en la cavidad que antes había sido mi cerebro.

Landry no contestó de inmediato. En lugar de ello, se inclinó y cogió el asa de una delgada cartera de cuero que estaba apoyada contra la pata delantera de la silla. Las iniciales grabadas en ella eran S.D.L., por lo que deduje que mi extraño visitante la había traído consigo. A fin de cuentas, no gané el premio al Mejor Sabueso del Año 1934 y 1935 en balde, ¿saben?

Nunca había visto una cartera como aquélla; era demasiado pequeña y delgada como para ser un portafolios, y no se cerraba con correas y hebillas, sino con una cremallera. Y tampoco había visto nunca una cremallera como aquélla, ahora que lo pensaba. Los dientes eran minúsculos y no parecían ser de metal.

Pero el equipaje de Landry no era más que el comienzo de toda una serie de cosas raras.

Incluso dejando de lado el increíble parecido entre él y yo, Landry no se parecía a ningún hombre de negocios que hubiera visto en mi vida, y desde luego, no parecía un hombre de negocios lo suficientemente próspero como para ser propietario del edificio Fulwider. No es el Ritz, ya lo sé, pero se encuentra en el centro de Los Ángeles, y mi cliente (si es que lo era) parecía un vagabundo en un día bueno después de ducharse y afeitarse.

Llevaba téjanos, en primer lugar, y zapatillas deportivas..., sólo que no se parecían a ninguna zapatilla de deporte que hubiera visto jamás, sino que eran una especie de trastos toscos. En realidad, parecían los zapatos que Boris Karloff lleva como parte de su atuendo de Frankenstein, y habría jurado que no estaban hechos de lona. La palabra escrita en letra roja a los lados de los zapatos parecía el nombre de un plato chino: REEBOK.

Bajé la mirada hacia el secante que antes había estado cubierto de una maraña de números y me di cuenta de que ya no recordaba el de Mavis Weld, aunque debía de haberla llamado al menos un millón de veces durante el invierno anterior. Sentía un miedo cada vez mayor.

-Mire -empecé-. Me gustaría que me informara del motivo de su visita y a continuación saliera por esa puerta. Ahora que lo pienso, ¿por qué no se salta la parte del motivo de la visita y pasa directamente a la de salir por esa puerta?

El hombre esbozó una sonrisa... cansada, me pareció. Eso era otra cosa. El rostro que surgía por encima de la sencilla camisa blanca de cuello abierto tenía un aspecto terriblemente cansado.

Y también terriblemente triste. Indicaba que el hombre al que pertenecía había pasado por situaciones que yo ni siquiera podía imaginar. Sentí cierta compasión por el visitante, pero lo que sentía con mayor intensidad era miedo. Y enojo. Porque también se trataba de mi rostro, y por lo visto, aquel hijo de perra había hecho lo imposible por gastarlo.

-Lo siento, Clyde -repuso-. Eso es imposible.

Colocó una mano sobre aquella pequeña y extraña cremallera, y de repente sentí que lo último que deseaba en el mundo era que Landry abriera el maletín.

-¿Siempre va a ver a sus inquilinos vestido como un pordiosero? -pregunté para distraerlo- ¿Es que es usted uno de esos millonarios excéntricos?

-Soy un excéntrico, sí señor -asintió-. Y no te servirá de nada intentar librarte de este asunto, Clyde.

-¿Y quién le dice que quiero...?

Y entonces dijo lo que yo había estado temiendo y en lo que, al mismo tiempo, había depositado mi última esperanza.

-Conozco todos tus pensamientos, Clyde. Al fin y al cabo, yo soy tú.

Me pasé la lengua por los labios y me obligué a hablar; cualquier cosa era preferible a permitir que abriera aquella cremallera. Cualquier cosa. Pronuncié las siguientes palabras con voz ronca, pero al menos las pronuncié:

-Sí, ya me he dado cuenta del parecido. Sin embargo, no conozco esa colonia. Yo siempre uso Old Spice.

Seguía sujetando la cremallera con el pulgar y el índice, pero no la abrió. Al menos de momento.

-Pero te gusta esta colonia -replicó con absoluta seguridad en sí mismo-, y la usarías si pudieras comprarla en la droguería de la esquina, ¿verdad? Por desgracia, no es así. Se llama

Aramis y no será inventada hasta dentro de unos cuarenta años. -Bajó la mirada hacia sus extrañas y feas zapatillas de baloncesto-. Como las zapatillas.

-Y ahora una de indios.

-Los indios no tienen nada que ver en todo esto -replicó Landry sin sonreír.

-¿De dónde es usted?

-Creía que lo sabías.

Landry tiró de la cremallera y dejó al descubierto un ar-tilugio hecho de plástico liso. Era del mismo color que adquiriría el pasillo del séptimo piso en cuanto se pusiera el sol. Nunca había visto nada parecido. No se veía ninguna marca, tan sólo algo que debía de ser el número de serie:

T-1000. Landry lo sacó del maletín, manipuló unos cierres que había a los lados y levantó la tapa hasta dejar al descubierto algo parecido a la pantalla de un aparatejo de película de ciencia ficción.

-Vengo del futuro -prosiguió Landry-. Igual que en las historias de las revistas sensacionalistas.

-Usted viene del loquero, hombre -mascullé.

-Pero, en realidad, no exactamente como en las historias de ciencia ficción -continuó sin hacer caso alguno de mis palabras-. No, no exactamente.

Pulsó un botón situado en un costado de la caja de plástico. Del interior del aparato surgió un débil silbido seguido de un agudo pitido. El trasto que el hombre sostenía sobre el regazo parecía una extraña máquina de taquigrafía... y tenía la sensación de que no iba tan desencaminado.

-¿Cómo se llamaba tu padre, Clyde? -preguntó alzando la vista hacia mí.

Lo miré durante un instante, resistiendo la tentación de volverme a pasar la lengua por los labios. La estancia seguía en la penumbra, pues el sol todavía estaba oculto detrás de alguna nube que ni siquiera había estado en el cielo cuando entré en el edificio. El rostro de Landry parecía flotar en la semioscuri-dad como un viejo y marchito globo.

-¿Qué tiene eso que ver con nada? -repliqué.

-No lo sabes, ¿verdad?

-Pues claro que lo sé -repuse.

Y era cierto, lo que ocurría era que no me salía en aquel momento, eso era todo. Lo tenía en la punta de la lengua, al igual que el número de Mavis Weld, que era BAyshore algo.

-¿Y tu madre?

-¡Déjese de jueguecitos!

-Una fácil... ¿A qué instituto fuiste? Todo americano de bien recuerda el nombre de la escuela a la que fue, ¿no? O la primera chica con la que llegó hasta el final. O la ciudad en la que creció. ¿Se llamaba San Luis Obispo la ciudad en que creciste?

Abrí la boca, pero de mis labios no brotó sonido alguno.

-¿Carmel?

Aquel nombre me resultaba familiar..., y al mismo tiempo no. La cabeza me daba vueltas.

-O tal vez Dusty Bottom, Nuevo México.

-¡Basta ya! -grité.

-¿Lo sabes? ¿Lo sabes?

-¡Sí! Era...

Se agachó y golpeó las teclas de su extraño aparato.

-¡San Diego! ¡Nacido y criado!

Colocó la máquina sobre la mesa y le dio la vuelta para que pudiera leer las palabras que flotaban en la ventanilla que se abría sobre el teclado.

¡San Diego! ¡Nacido y criado en San Diego!

Aparté la mirada de la ventanilla para fijarla en la palabra impresa en el marco de plástico que la rodeaba.

-¿Qué es un Toshiba? -inquirí-. ¿Lo que te ponen de guarnición cuando pides un plato de Reebok?

-Es una empresa japonesa de electrónica. Solté una risita seca.

-¿Estás de broma? Los japoneses ni siquiera saben montar un muñeco mecánico sin poner todos los muelles al revés.

-En la actualidad no -admitió-. Y hablando de la actualidad, Clyde... ¿Qué es la actualidad? ¿En qué año estamos?

-1938 -repuse antes de llevarme una mano medio insensible a los labios-. No, un momento... 1939.

-Podría incluso ser 1940, ¿verdad? No dije nada, pero sentí que el rostro me empezaba a arder.

-No te preocupes, Clyde; no lo sabes porque yo tampoco lo sé. Siempre lo he dejado un poco en el aire. De hecho, el marco temporal que buscaba es más bien una sensación... Podríamos llamarlo Tiempo Americano Chandler. Funcionó a las mil maravillas con la mayoría de mis lectores, y facilitó mucho las cosas también desde el punto de vista de la copia y la modificación, porque resulta imposible precisar con exactitud el paso del tiempo. ¿No te has dado nunca cuenta de la frecuencia con que dices cosas como «desde hace más años de lo que recuerdo», «hace tanto tiempo que ya no me acuerdo» o «desde el principio de los tiempos»?

-No, no puedo decir que me haya dado cuenta. Pero ahora que lo mencionaba, sí me daba cuenta. Y aquello me recordó el *L.A. Times.* Lo leía todos los días, pero

¿qué días eran ésos? El periódico mismo no lo revelaba, porque nunca ponía la fecha en la cabecera, sino tan sólo el eslogan que reza: «El periódico más justo de la ciudad más justa de

América».

-Dices esas cosas porque el tiempo no pasa realmente en este mundo. Es...

Se interrumpió con una sonrisa. Aquella sonrisa era una visión terrible, una mueca llena de ansia y extraña codicia. -Es uno de sus múltiples encantos -terminó.

Estaba asustado, pero siempre he cogido al toro por lo cuernos cuando lo he creído necesario, y aquella era una de esas ocasiones.

-Explíqueme qué demonios está pasando aquí.

-De acuerdo..., pero creo que ya empiezas a saberlo, ¿verdad?

-Quizás. No sé cómo se llama mi padre, cómo se llama mi madre ni cómo se llama la primera chica con la que me acosté porque usted no lo sabe, ¿verdad?

Landry asintió y sonrió del modo en que un maestro sonreiría a un alumno que acaba de hacer un alarde de lógica, contestando correctamente a una pregunta contra todo pronóstico. Pero sus ojos seguían llenos de aquella escalofriante compasión.

-Y al escribir San Diego en ese aparato y ocurrírseme a mí al mismo tiempo...

Landry volvió a asentir con gesto alentador.

-No sólo es dueño del Fulwider, ¿verdad?

Tragué saliva en un intento de deshacer el enorme nudo que me bloqueaba la garganta y que no parecía tener intención de moverse.

-Usted es dueño de todo.

Pero Landry estaba meneando la cabeza.

-De todo no. Sólo de Los Ángeles y sus alrededores. Es decir, de esta versión de Los

Ángeles, aderezada con un ocasional desliz de continuidad y alguna que otra invención.

-Menuda sandez -susurré.

-¿Ves el cuadro que está colgado a la izquierda de la puerta, Clyde?

Me volví hacia el cuadro, aunque no había necesidad; se trataba de Washington cruzando el

Delaware, y llevaba colgado ahí desde..., bueno, desde el principio de los tiempos.

Landry había vuelto a colocarse sobre el regazo el artefacto de plástico propio de película de ciencia ficción, y en aquel momento se inclinó sobre él.

-¡No haga eso! -grité al tiempo que intentaba alargar el brazo hacia él.

Sin embargo, las fuerzas parecían haberme abandonado, y me sentía incapaz de tomar una decisión. Estaba aletargado, débil, como si hubiera perdido un litro de sangre y estuviera perdiendo mucha más.

Landry volvió a pulsar las teclas y a continuación giró la máquina hacia mí para que pudiera leer las palabras de la ventanilla. *En la pared izquierda de la puerta que lleva al País de Candy pende nuestro Venerado Líder... pero siempre ligeramente torcido. He aquí mi método para conservar siempre la perspectiva ante él.*

Volví a mirar el cuadro. George Washington había desaparecido, y en su lugar se veía una foto de Franklin Roosevelt. F.D.R. exhibía una sonrisa y sostenía la boquilla del cigarrillo en ese ángulo ascendente que sus partidarios denominaban desenvuelto y sus detractores tildaban de arrogante. La fotografía estaba un poco torcida.

-No necesito el portátil para hacer esto -aseguró Landry un poco avergonzado, como si yo lo hubiera acusado de algo-. Me basta con concentrarme, como ya has podido comprobar cuando los números han desaparecido del secante, pero el portátil ayuda. Porque estoy acostumbrado a escribir las cosas, supongo. Y después modificarlas. En cierto sentido, corregir y reescribir son las partes más fascinantes del trabajo, porque es en estas fases cuando se producen los cambios definitivos, por lo general pequeños, pero a menudo cruciales, y la historia realmente cobra forma.

Me volví hacia Landry.

-Usted me inventó, ¿verdad? -dije con voz muerta.

Landry asintió con expresión avergonzada, como si hubiera hecho algo repugnante.

-¿Cuándo? -pregunté antes de soltar una extraña risita ronca-. ¿O no es ésa la respuesta adecuada?

-No sé si lo es o no -repuso-, y supongo que cualquier escritor te diría lo mismo. No sucedió de repente, de eso sí estoy seguro. Fue un proceso constante. Apareciste por primera vez en *Scarlet Town,* pero escribí ese libro en 1977, y desde entonces has cambiado mucho.

1977, pensé. Un año de ciencia ficción, eso seguro. No quería creer que todo aquello estaba sucediendo, quería pensar que era un sueño. Por extraño que parezca, el olor de su

colonia me lo impedía, aquel olor tan conocido que no había olido jamás. ¿Cómo podría haberlo olido? Era

Aramis, una marca tan desconocida para mí como Toshiba.

Pero Landry seguía hablando.

-Desde entonces te has vuelto mucho más complicado e interesante. Al principio eras bastante unidimensional. Carraspeó y se miró las manos con una sonrisa.

-Pues qué bien.

Hizo una mueca ante el enfado que denotaba mi voz, pero pese a ello se obligó a alzar la mirada hacia mí.

-Tu último libro fue *How Like a Fallen Ángel.* Lo empecé en 1990, pero no lo terminé hasta 1993. Tuve algunos problemas en aquella época. Un período... interesante de mi vida -comentó en un tono desagradable y ácido-. Los escritores no escriben obras de arte durante los períodos interesantes de su vida, Clyde. Eso te lo aseguro.

Eché un vistazo a las holgadas y desaliñadas ropas que llevaba y decidí que tal vez tenía razón en ese punto.

-Quizás por eso esta vez la ha fastidiado bien fastidiada -intervine-. Eso de la lotería y los cuarenta mil dólares es un cuento chino... Al otro lado de la frontera pagan en pesos.

-Ya lo sabía -repuso Landry con suavidad-. No digo que no la fastidie de vez en cuando... Es posible que sea una especie de Dios en este mundo, pero en el mío soy completamente humano. Pero cuando la fastidio, ni tú ni los demáspersonajes os enteráis, porque mis errores y deslices de continuidad forman parte de vuestra verdad. No, Peoría estaba mintiendo. Yo lo sabía y quería que tú también lo supieras.

-¿Porqué?

Se encogió de hombros con expresión de nuevo incómoda y algo avergonzada.

-Para prepararte un poco para mi llegada, supongo. A eso se debía todo el asunto, empezando por los Demmick. No quería asustarte más de lo necesario.

Todo detective privado que se precie sabe cuándo la persona sentada en la silla del cliente está mintiendo y cuándo dice la verdad; saber cuándo el cliente está diciendo la verdad, pero no toda la verdad, es una virtud menos frecuente, y no creo que ni siquiera los genios de la profesión acierten siempre. Tal vez yo sólo lo notaba porque las ondas cerebrales de Landry y las mías funcionaban al unísono, pero, en cualquier caso, lo estaba captando. Había cosas que no me estaba diciendo. La cuestión residía en si debía o no revelárselo.

Lo que me lo impidió fue una súbita y espantosa intuición que pareció surgir de la nada, como un fantasma que surge de la pared en una casa encantada. Tenía algo que ver con los

Demmick. La razón por la que habían obrado con tanto silencio la noche anterior era que los muertos no se enzarzan en discusiones conyugales... Es una de esas reglas, como la que dice que las cosas ruedan pendiente abajo, con eso se puede contar en todos los casos. Desde el momento en que lo conocí, había intuido que existía un carácter violento bajo la educada capa superficial de

George, y que era bien posible que bajo la cara bonita y la actitud locuela de Gloria anidara una perra de uñas afiladas. Eran un poco demasiado estilo Colé Porter para ser reales, no sé si entienden lo que quiero decir. Y ahora estaba convencido de que George había estallado por fin y matado a su mujer... y probablemente también a su estridente corgi gales. Tal vez Gloria estaba sentada en un rincón del cuarto de baño, entre la ducha y el inodoro, con el rostro ennegrecido, los ojos abiertos de par en par como mármoles opacos y la lengua sobresaliendo por entre los labios azulados. El perro yacía con la cabeza en el regazo de Gloria y una percha retorcida alrededor del cuello; sus agudos ladridos habían quedado silenciados para siempre. ¿Y

George? Muerto en la cama, con el frasco de Veronal de Gloria (ahora vacío) junto a él, sobre la mesita de noche. No habría más fiestas, no más bailes en el Al Arif, no más pomposos asesinatos de clase alta en Palm Desert o Beverly Glen. En aquellos momentos se estaban enfriando, atrayendo a las moscas, palideciendo bajo el elegante bronceado de piscina.

George y Gloria Demmick, que habían muerto dentro de la máquina de aquel hombre.

Dentro de la cabeza de aquel hombre.

-Pues la verdad es que le ha salido muy mal eso de no asustarme -comenté.

De repente me pregunté si le habría podido salir de otra forma. Al fin y al cabo, ¿cómo se prepara a un hombre para encontrarse con Dios? Seguro que incluso Moisés se puso un poco nervioso cuando vio que el arbusto empezaba a arder, y yo no soy más que un sabueso que trabaja por cuarenta al día más dietas.

-*How Like a fallen Ángel* era la historia de Mavis Weld. El nombre de Mavis Weld procede de una novela titulada *La, hermana, pequeña.* De Raymond Chandler. -Me observó con una expresión de preocupada inseguridad que tenía un matiz de culpabilidad-. Es un homenaje.

Pronunció las dos primeras sílabas de forma que rimaran con Roma.

-Pues qué bien -repliqué-, pero el nombre de ese tipo no me suena.

-Pues claro que no. En tu mundo, es decir, mi versión de Los Ángeles, por supuesto,

Chandler jamás ha existido. No obstante, en mis libros he utilizado muchísimos nombres de personajes suyos. El edificio Fulwider es el lugar en que Philip Marlowe, el detective de

Chandler, tenía su oficina. Vernon Klein..., Peoría Smith... y Clyde Umney, por supuesto. Así se llamaba el abogado de la novela *Playback.*

-¿Y a esas cosas las llama homenajes?

-Exacto.-Lo que usted diga, pero a mí esa palabra me parece una forma elegante de decir copiada.

No obstante, me producía una sensación extraña saber que mi nombre había sido inventado por un hombre del que nunca había oído hablar en un mundo que jamás había imaginado siquiera.

Landry tuvo la delicadeza de ruborizarse, pero no bajó la mirada.

-De acuerdo; quizás robé unas cuantas cosas. Sin lugar a dudas, adopté el estilo de

Chandler, pero, desde luego, no soy el primero; Ross Macdonald hizo lo mismo en los cincuenta y los sesenta, Robert Parker lo hizo en los setenta y los ochenta, y los críticos no paraban de echarles flores. Además, Chandler aprendió de Hammett y Hemingway, por no hablar de escritorzuelos como....

-Dejemos la clase de literatura y vayamos al grano -lo interrumpí levantando una mano-. Esto es una locura, pero...

Desvié la mirada hacia la fotografía de Roosevelt, de ahí al secante vacío y escalofriante, y de ahí otra vez al rostro macilento que me miraba desde el otro lado de la mesa.

-...pero digamos que me lo creo. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué ha venido?

Por supuesto, ya lo sabía. Soy detective de oficio, pero la respuesta a aquella pregunta me llegó del corazón, no de la cabeza.

-He venido a por ti.

-A por mí.

-Sí, lo siento. Me temo que tendrás que empezar a pensar en tu vida desde una nueva perspectiva, Clyde. Como..., bueno, como un par de zapatos, por así decirlo. Tú te los quitas y yo me los pongo. Y una vez me haya atado los cordones me marcharé.

Por supuesto. Por supuesto que se marcharía. Y de repente supe lo que tenía que hacer..., lo único que podía hacer.

Deshacerme de él.

Dejé que una amplia sonrisa me iluminara el rostro. Una sonrisa de aliento. Al mismo tiempo doblé las piernas bajo el cuerpo, a fin de prepararme para abalanzarme sobre él por encima de la mesa. Sólo uno de nosotros saldría de aquella oficina, eso estaba más que claro. Y tenía la intención de ser yo.

-¿De verdad? -exclamé-. Fascinante. ¿Y qué pasa conmigo, Sammy? ¿Qué pasa con el detective descalzo? ¿Qué pasa con Clyde...?

Umney, la última palabra debía ser mi apellido, la última palabra que ese ladrón entrometido oiría en su vida. En el momento de pronunciarla tenía intención de abalanzarme sobre él. El problema era que el asunto de la telepatía parecía funcionar en ambas direcciones. Vi que una expresión de alarma se abría paso en sus ojos, que a continuación cerró para concentrarse. No se molestó en utilizar el artefacto de ciencia ficción. Supongo que sabía que no había tiempo para eso.

-«Sus revelaciones me golpearon como una suerte de droga debilitadora -dijo en el tono suave pero intenso del que recita-. Las fuerzas me abandonaron, mis piernas parecían manojos de espagueti *al dente* y lo único que pude hacer fue echarme hacia atrás en mi silla y mirarlo.»

Me eché hacia atrás en la silla, desdoblé las piernas y me quedé mirándolo, incapaz de hacer otra cosa.

-Nada del otro mundo -prosiguió en tono de disculpa-, pero la redacción rápida nunca ha sido mi fuerte.

-Hijo de perra -gruñí-. Maldito hijo de puta.

-Sí -asintió-. Supongo que tienes razón.

-Pero ¿por qué hace esto? ¿Por qué quiere robar mi vida?

En aquel momento observé un brillo de furia en sus ojos.

-¿Tu vida? Sabes perfectamente que eso no es cierto, Clyde, por mucho que te cueste reconocerlo. No es tu vida. Yo te inventé un día lluvioso de enero de 1977 y he seguido creándote hasta la actualidad. Yo te di la vida, y por tanto tengo derecho a quitártela.

-Muy noble -mascullé-, pero si Dios bajara ahoramismo del cielo y empezara a hacer añicos su vida, quizá le resultaría más fácil entender mi punto de vista.

-De acuerdo -admitió-; supongo que tienes razón. Pero ¿de qué sirve discutir? Discutir con uno mismo es como jugar solo al ajedrez. Todas las partidas acaban en tablas. Digamos que lo hago porque puedo.

De repente me sentí un poco más tranquilo. Ya había pasado por aquello. Cuando te tienen atrapado, lo mejor que puedes hacer es obligarlos a seguir hablando. Había funcionado con Mavis

Weld y también funcionaría ahora. Siempre acababan diciendo algo como: «Bueno, supongo que ya no importa si lo sabes o ¿Qué más da si te lo cuento?».

La versión de Mavis había sido muy elegante: «Quiero que lo sepas, Umney... Quiero que te lleves la verdad al infierno. Puedes contársela al diablo mientras os tomáis un café». En realidad, daba igual lo que dijeran, pero lo cierto es que cuando hablan no disparan.

Siempre hay que conseguir que sigan hablando, eso es. Hacerlos hablar y esperar que la caballería aparezca por algún lado.

-La cuestión es, ¿por qué quiere hacer eso? -inquirí-. No es lo normal, ¿verdad? Quiero decir, ¿es que los escritores no se conforman con ingresar los cheques y meterse en sus asuntos?

-Estás intentando hacer que hable, ¿verdad, Clyde?

Aquello fue un golpe bajo, pero la única posibilidad que me quedaba era jugarme todas las cartas, así que sonreí y me encogí de hombros.

-Quizá sí. Quizá no. En cualquier caso, la verdad es que me interesa el asunto.

Y era cierto.

Titubeó unos instantes más, se inclinó, tocó las teclas de aquella extraña caja (lo cual me produjo calambres en las piernas, el estómago y el pecho) y por fin volvió a erguirse.

-Supongo que ya no importa si lo sabes -dijo-. ¿Qué más da si te lo cuento?

-No importa nada. *K:* -Eres un chico listo, Clyde, y tienes razón. Por lo general, los escritores no se zambullen de lleno en los mundos que han creado, y en caso contrario, creo que sólo lo hacen en sus cabezas, mientras que sus cuerpos vegetan en algún manicomio. La mayoría de nosotros nos conformamos con ser turistas en el país de nuestra fantasía. Desde luego, ése era mi caso. No soy un escritor rápido; de hecho, la redacción siempre ha sido una tortura para mí, creo que ya te lo he dicho, pero aun así, conseguí escribir cinco novelas de Clyde Umney en diez años, y a cuál más famosa. En 1983 dejé mi trabajo como director

regional de una importante compañía de seguros para dedicarme por completo a la literatura. Tenía una esposa a la que quería, un hijo que hacía salir el sol cuando se levantaba cada mañana y se lo llevaba a la cama cada noche, o al menos así me lo parecía a mí, y no creía que las cosas me pudieran ir mejor.

Se removió inquieto en la abultada silla de los clientes, agitó la mano y en aquel instante vi que la quemadura de cigarrillo que Ardis McGill había hecho en el abultado brazo de la butaca también había desaparecido. Landry soltó una amarga y glacial risita.

-Y tenía toda la razón del mundo -prosiguió-. Las cosas no podían irme mejor, pero sí podían irme mil veces peor. Y eso fue lo que pasó. Unos tres meses después de que empezara a escribir *How Like a Fallen Ángel,* Danny, nuestro pequeño, se cayó de un columpio en el parque y se dio un golpe en la cabeza. Se dio un batacazo, como dirías tú.

Una breve sonrisa, tan glacial y amarga como la risita, cruzó su rostro con la rapidez del dolor.

-Sangró mucho... Has visto muchas heridas en la cabeza en tu vida, así que ya sabes cómo sangran, y Linda se llevó un susto de muerte, pero los médicos que lo trataron eran buenos y resultó ser tan sólo una contusión; lo estabilizaron y le inyectaron medio litro de sangre porque había perdido mucha. Tal vez no habría sido necesaria aquella sangre, y la idea me atormenta, pero la cuestión es que se la inyectaron. Y el verdadero problema no residía en su cabeza, sino en aquel medio litro de sangre. Estaba contaminada con el sida. >¡v -¿Conque? *.i¡ »,.,*.-Algo que no conoces, por lo que debes dar gracias a Dios -repuso Landry-. No existe en tu época,

Clyde. No aparecerá hasta mediados de los setenta. Como la colonia Aramis.

-¿Y qué hace?

-Devora el sistema inmunitario hasta que se desmorona como un castillo de naipes. Y entonces, todos los bichos que pululan por ahí, desde el cáncer hasta la varicela, se abalanzan sobre ti y se corren una buena juerga.

-¡Dios mío!

Otra vez aquella sonrisa fugaz como un calambre.

-Si tú lo dices. El sida es principalmente una enfermedad de transmisión sexual, pero de vez en cuando aparece en las reservas de sangre. Supongo que podría decirse que mi hijo ganó el gordo de una versión muy desgraciada de «la lotería».

-Lo siento -intervine.

Aunque aquel hombre delgado de rostro cansado me daba un miedo terrible, lo decía en serio. Perder a un hijo por algo así... Era lo peor. Quizás había cosas peores, sí, siempre hay cosas peores, pero habría que romperse los cuernos para dar con ellas, ¿verdad?

-Gracias -repuso-. Gracias, Clyde. Al menos fue rápido. Se cayó del columpio en mayo.

Las primeras manchas violáceas, el sarcoma de Kaposi, aparecieron justo antes de su cumpleaños, en septiembre. Murió el 18 de marzo de 1991. Y tal vez no sufrió tanto como otros, pero sufrió. Ya lo creo que sufrió.

No tenía ni la menor idea de lo que era el sarcoma de Kaposi, pero decidí que no quería preguntárselo. Ya sabía más de lo que quería saber.

-Quizá comprendas por qué todo aquello retrasó tu libro-prosiguió-. ¿Verdad, Clyde?

Asentí con un gesto.

-Sin embargo, perseveré. Sobre todo porque creo que la imaginación cura muchas cosas.

Tal vez tenga que creer en eso. También intenté rehacer mi vida, pero todo iba mal... Era como si

How Like a Fallen Ángel tuviera un maleficio que me hubiera convertido en Job. Mi mujer se sumió en una profunda depresión tras la muerte de Danny, y yo estaba tan preocupado por ella que apenas advertí las manchas rojas que habían empezado a salirme en las piernas, el estómago y el pecho. Y el escozor. Sabía que no era el sida, y al principio eso era lo único que me interesaba.

Pero cuando pasó el tiempo y la situación empeoró... ¿Has tenido alguna vez un eccema, Clyde?

De repente se echó a reír y se golpeó la frente con la palma de la mano en un gesto de miraque- soy-idiota antes de que yo pudiera menear la cabeza.

-Pues claro que no... Tú nunca has tenido nada más grave que una resaca. Eccema, mi querido amigo, es un nombre divertido para una enfermedad terrible y crónica. Existen algunos medicamentos bastante eficaces para aliviar los síntomas en mi versión de Los Angeles, pero lo cierto es que no me hacían efecto. A fines de 1991 estaba hecho polvo. En parte se debía a la depresión general sobre lo que le había sucedido a Danny, por supuesto, pero la mayor parte se debía a la agonía y el escozor. Qué título más interesante para un libro sobre un escritor torturado,

¿no te parece? *La agonía y el escozor o Thomas Hardy se enfrenta a lapubertad.*

Soltó una risita ronca.

-Lo que tú digas, Sam.

-Lo que digo es que fue una temporada infernal. Por supuesto, ahora resulta fácil bromear sobre ello, pero en los alrededores del Día de Acción de Gracias de aquel año, te aseguro que no era ninguna broma. Dormía tres horas por noche como máximo, y había días en que tenía la sensación de que la piel quería salirse de mi cuerpo y escaparse como un ladrón. Y supongo que por eso no me di cuenta de lo mal que estaba Linda.

Yo no lo sabía, no podía saberlo..., pero lo sabía.

-Se suicidó -intervine.

-En marzo de 1992, en el aniversario de la muerte de Danny. Hace ya más de dos años.

Una sola lágrima rodó por aquella mejilla arrugada y prematuramente envejecida, y me dije que sin duda aquel hombre había envejecido a una velocidad increíble. En ciertomodo era terrible enterarme de que había sido inventado por una versión tan escuálida de Dios, pero aquello también explicaba muchas cosas. Mis carencias, por ejemplo.

-Ya basta -dijo con una voz cargada de enojo además de lágrimas-. Al grano, como dirías tú. En mi época decimos corta el rollo, pero es lo mismo. Terminé el libro. El día que encontré a Linda muerta en la cama (igual que la policía descubrirá a Gloria Demmick dentro de unas horas, Clyde) había escrito ciento noventa páginas. Había llegado a la parte en la que pescabas al hermano de Mavis del lago Tahoe. Tres días más tarde volví del funeral, encendí el ordenador personal y empecé en la página ciento noventa y uno. ¿Te sorprende?

-No -repuse.

Pensé en preguntarle qué era un ordenador personal, pero decidí que no hacía falta. La cosa que tenía sobre el regazo era un ordenador personal, por supuesto. Por fuerza.

-Pues eres el único -siguió Landry-. Desde luego, dejó de piedra a los pocos amigos que me quedaban. La familia de Linda creía que tenía menos sensibilidad que un pe-drusco. No tenía la energía necesaria para explicarles que estaba intentando salvarme. A la porra, como diría

Peoría. Me aferré a mi libro como un hombre a punto de ahogarse se aferra al salvavidas. Me aferré a ti, Clyde. Mi eccema seguía en estado grave, y eso me frenaba, de hecho, me bloqueaba hasta cierto punto, porque si no habría llegado antes, seguramente, pero no llegó a detenerme. Empecé a restablecerme un poco, al menos físicamente, cuando estaba a punto de terminar el libro. Pero cuando lo terminé del todo, caí en lo que supongo era mi propia depresión.

Pasé por el proceso de correcciones como drogado. Estaba embargado por una sensación de dolor... de pérdida. -Me miró a los ojos-. ¿Lo encuentras lógico ?

-Sí, lo encuentro lógico.

Y en un sentido demencial, así era.

-Quedaban muchas pildoras en la casa -continuó Landry-. Linda y yo nos parecíamos mucho a los Demmick, Clyde. Realmente creíamos vivir mejor a través de la química, y un par de veces estuve a punto de tomarme un par de puñados de golpe. Cuando pensaba en ello no lo hacía en términos de suicidio, sino en que tenía que alcanzar a Linda y a Danny. Alcanzarlos antes de que fuera demasiado tarde.

Asentí con la cabeza. Era lo que había pensado acerca de Ardis McGill cuando, tres días después de despedirme de ella en Blondie's, la encontré en aquel ático polvoriento con un

pequeño orificio azul en la frente. Sólo que había sido Sam el que la había matado, y la había matado disparándole una suerte de bala flexible en el cerebro. Por supuesto que sí. En mi mundo,

Sam Landry, el hombre de aspecto cansado y pantalones de vagabundo, era responsable de todo.

La idea debería haberme parecido una locura, y así era..., pero cada vez en menor medida.

Reuní fuerzas suficientes para hacer girar la silla y mirar por la ventana. Lo que vi no me sorprendió en lo más mínimo. Sunset Boulevard y todo lo que lo rodeaba estaban paralizados. Los coches, los autobuses, los peatones..., todo estaba petrificado. Ahí fuera sólo había un mundo

Kodak, y al fin y al cabo, ¿por qué no? Su creador no tenía tiempo para ocuparse de la animación, al menos no de momento; todavía estaba en las garras de su dolor y su pena. Demonios, podía considerarme afortunado por seguir vivo.

-Así que, ¿qué ocurrió? -inquirí-. ¿Cómo has llegado hasta aquí, Sam? ¿Puedo llamarte así? ¿Te importa?

-No, no me importa. Pero no puedo darte una respuesta demasiado buena, porque no lo sé con exactitud. Lo único que sé es que cada vez que pensaba en las pildoras pensaba en ti. Y lo que pensaba concretamente era: «Clyde Umney nunca haría una cosa así, y se burlaría de cualquiera que lo hiciese. Diría que es la salida de los cobardes».

Reflexioné sobre aquellas palabras y me parecieron acertadas, por lo que asentí con un gesto. En el caso de alguien que sufriera alguna enfermedad terrible, como por ejemplo el cáncer de Vernon Klein o la espantosa pesadilla que había acabado con la vida del hijo de aquel hombre, tal vez haría una excepción, pero ¿suicidarte sólo porque estás deprimido? Vamos, eso era de gallinas, oi-Y entonces pensaba: «Pero es Clyde Umney, y ClydeUmney es un personaje inventado... un producto de tu imaginación». Sin embargo, aquella idea no prosperaba. Son los idiotas del mundo, los políticos y los abogados, en su mayor parte, los que desprecian la imaginación y creen que una cosa no es real a menos que se pueda fumar, acariciar, tocar o follar.

Piensan así porque no tienen ninguna imaginación ni tampoco tienen idea de hasta dónde llega su poder. Yo sí lo sé. Maldita sea, es normal que lo sepa; a fin de cuentas, mi imaginación es la que me ha comprado la comida y ha pagado la hipoteca durante los últimos diez años aproximadamente. Al mismo tiempo, sabía que no podía seguir viviendo en lo que consideraba

«el mundo real», bajo el cual supongo que todos entendemos «el único mundo». Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de que sólo quedaba un lugar al que podía ir y en el que sería bien acogido, y que sólo había una persona que yo pudiera ser en cuanto llegara ahí. El lugar es éste...

Los Ángeles, mil novecientos treinta y pico. Y la persona eres tú.

Volví a oír el ronroneo procedente del interior del artefacto, pero no me volví.

En parte porque me daba miedo.

Y en parte porque no estaba seguro de poder.

6. EL ÚLTIMO CASO DE UMNEY

Siete pisos más abajo, en la calle, un hombre se había quedado paralizado con la cabeza medio vuelta hacia la mujer de la esquina, que estaba subiendo el escalón del autobús cincuenta y ocho que se dirigía hacia el centro. La mujer mostraba buena parte de una preciosa pierna, y la mirada del hombre se había concentrado en aquella parte de la anatomía de la joven. Un poco más lejos, un chico tenía extendida la mano enfundada en un raído guante de béisbol para cazar una pelota suspendida en el aire, justo encima de su cabeza. Y a unos dos metros del suelo, corno un fantasma conjurado por un médium de tres al cuarto en una sesión carnavalesca, flotaba uno de los periódicos de la mesa volcada de Peoria Smith. Por increíble que parezca, desde donde me hallaba distinguía las dos fotografías de la primera

página: Hitler en la parte superior y el recientemente fallecido músico cubano en la parte inferior.

La voz de Landry parecía llegar desde muy lejos.

-Al principio creí que aquello significaba pasar el resto de mis días encerrado en algún manicomio, creyendo ser tú, pero no importaba, porque sólo mi ser físico estaría encerrado en el manicomio, ¿lo entiendes? Y entonces empecé a darme cuenta de que podía llegar a ser mucho más... de que tal vez existía un modo de..., en fin..., de meterme del todo. ¿Y sabes cuál fue la clave?

-Sí -repuse sin volverme.

Volví a oír el ronroneo de la máquina, y de repente, el periódico suspendido en el aire cayó al Boulevard. Al cabo de un instante, un viejo DeSoto atravesó a trompicones el cruce de Sunset y

Fernando. Golpeó al muchacho que llevaba el guante de béisbol, y tanto él como el sedán DeSoto desaparecieron. No así la pelota, que cayó a la calle, rodó hacia la cuneta y de repente se detuvo de nuevo.

-¿De verdad? -exclamó Landry sorprendido.

-Sí. Peoria fue la clave.

-Exacto.

Landry rió y carraspeó... Dos sonidos llenos de nerviosismo.

-Siempre olvido que tú eres yo.

Era un lujo que yo no podía permitirme.

-Estaba intentando empezar un nuevo libro, pero no me salía nada. Había intentado escribir el primer capítulo de seis maneras distintas, y de repente me di cuenta de algo muy interesante; a Peoria Smith no le caías bien.

Aquello me hizo volverme con brusquedad.

-Pero ¡qué dice!

-Estaba casi seguro de que no te lo creerías, pero es cierto, y de algún modo siempre lo había sabido. No quiero volver a empezar con la clase de literatura, Clyde, pero te diréuna cosa acerca de mi oficio... Escribir historias en primera persona es extraño y complicado. Es como si todo lo que el autor sabe procediera de su personaje protagonista, como una serie de cartas o comunicados procedentes de algún lejano campo de batalla. Es muy poco frecuente que el escritor tenga un secreto, pero en este caso, yo sí tenía uno. Era como si tu trocito de Sunset Boulevard fuera el Edén...

-Nunca lo había oído llamar así-tercié.

-...y había una serpiente en él, una que yo veía y tú no. Y se llamaba Peoria Smith.

Afuera, el mundo petrificado que Landry había denominado mi Edén continuaba tornándose cada vez más oscuro, a pesar de que en el cielo no se veía ni una sola nube. El Red Door, un club nocturno que, al parecer, pertenecía a Lucky Luciano, desapareció. Por un momento sólo quedó un hueco en el lugar que había ocupado el local, y de repente, un nuevo edificio pasó a ocupar su puesto, un restaurante llamado Petit Déjeuner en cuyo escaparate se veían numerosos heléchos.

Miré el resto de la calle y me di cuenta de que se estaban produciendo otros cambios... Nuevos edificios ocupaban el lugar de los viejos a una velocidad silenciosa y escalofriante. Los cambios significaban que se me estaba acabando el tiempo; lo sabía. Por desgracia, también sabía otra cosa. No disponía de margen de error alguno. Cuando Dios entra en tu oficina y te dice que ha decidido que le gusta más tu vida que la Suya, ¿qué narices puedes hacer?

-Tiré todos los borradores de la novela que había empezado dos meses después de la muerte de mi mujer -explicó Landry-. Fue fácil... Al fin y al cabo, era una porquería. Y a continuación empecé una nueva. La titulé... ¿Lo adivinas, Clyde?

-Sí -asentí al tiempo que me volvía.

Tuve que hacer acopio de todas las fuerzas que me quedaban, pero supongo que lo que ese desgraciado llamaría mi «motivación» era buena. Sunset Strip no es precisamente los Campos

Elíseos ni Hyde Park, pero es mi mundo. No estaba dispuesto a contemplar cómo Landry lo destrozaba para volverlo a crear a su antojo.

-Supongo que la tituló *El último caso de Umney.*

-Pues supones bien.

Agité la mano. Me costó un gran esfuerzo, pero lo conseguí.

-A fin de cuentas, no gané el premio al Mejor Sabueso del Año 1934 y 1935 en balde, ¿sabe?

-Sí, siempre me ha encantado esta frase -comentó Landry con una sonrisa.

De repente lo odié, lo odié con todas mis fuerzas. Si hubiera podido reunir fuerzas suficientes como para abalanzarme sobre él y estrangularlo lo habría hecho. El también lo advirtió. La sonrisa se desvaneció de su rostro.

-Olvídalo, Clyde. No tienes ninguna posibilidad.

-¿Por qué no se larga de aquí? -grazné-. ¿Por qué no se larga y me deja en paz?

-Porque no puedo. No podría aunque quisiera... y no quiero. -Me miró con una expresión entre enojada e implorante-. Intenta verlo desde mi punto de vista, Clyde...

-¿Acaso tengo elección? ¿Alguna vez he tenido elección?

Landry hizo caso omiso de mis palabras.

-Éste es un mundo en el que nunca envejeceré, un mundo en el que todos los relojes se han detenido unos dieciocho meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, un mundo en que los periódicos siempre cuestan tres centavos, en el que puedo comer todos los huevos y toda la carne roja que me apetezca sin tener que preocuparme por el colesterol.

-No tengo ni la menor idea de lo que está hablando. Landry se inclinó hacia mí con expresión grave.

-No, no tienes ni idea. Y ésa es la cuestión, Clyde. Éste es un mundo en el que realmente puedo tener el trabajo con el que siempre soñaba cuando era pequeño... Puedo ser detective.

Puedo pasearme por ahí en un bólido, liarme a tiros con los malos, sabiendo que ellos pueden morir, pero yo no... y despertarme ocho horas más tarde junto a una hermosa cantante, mientras los pajaritos cantan y el sol entra a raudales por la ventana de mi dormitorio. El hermoso y diáfano sol de California.-La ventana de mi dormitorio está orientada al oeste -puntualicé.

-Ya no -replicó Landry con toda calma. Sentí que mis puños se cerraban sin fuerza sobre los brazos de la butaca.

-¿Ves lo maravilloso que es? ¿Lo perfecto que es? En este mundo, la gente no se vuelve medio loca de escozor por culpa de una estúpida y humillante enfermedad llamada eccema. En este mundo, a la gente no le salen canas ni, por supuesto, se le cae el pelo.

Me miró a la cara, y en sus ojos no vi ninguna esperanza para mí. Ninguna.

-En este mundo, tus amados hijos no mueren de sida ni tu amada esposa se toma una sobredosis de somníferos. Además, tú siempre has sido el marginado aquí, no yo, te pareciera lo que te pareciera. Éste es mi mundo, nacido de mi imaginación y conservado gracias a mis esfuerzos y mi ambición. Te lo he prestado durante un tiempo, nada más... y ahora me lo llevo.

-Termine de explicarme cómo ha llegado hasta aquí, ¿de acuerdo? Siento una gran curiosidad.

-No fue difícil. Lo destrocé, empezando por los Dem-mick, que nunca fueron mucho más que una mala imitación de Nick y Nora Charles, y lo reconstruí a mi antojo. Acabé con todos los personajes de apoyo, y ahora estoy haciendo desaparecer los lugares. Te estoy privando de todos los apoyos uno a uno, en otras palabras, y no creas que me siento orgulloso, aunque sí estoy orgulloso del gran esfuerzo que me ha costado privarte de todo ello.

-¿Qué le ha sucedido en su mundo? -inquirí.

Seguía haciéndole hablar, pero aquello se había convertido ya en costumbre, como en el caso de las ovejas que encuentran el camino al redil cada noche después de pastar.

-Quizás he muerto -repuso con un encogimiento de hombros-. O tal vez he dejado realmente un ser físico cata-tónico encerrado en algún manicomio. Pero no creo que haya pasado ninguna de las dos cosas. Todo esto me parece demasiado real. No, creo que he conseguido pasar del todo,

Clyde. Creo que en mi mundo están buscando a un escritor desaparecido..., sin tener ni idea de que ha desaparecido en la memoria de su ordenador personal. Y la verdad es que no me importa.

-¿Y yo qué? ¿Qué será de mí?

-Clyde -repuso-, eso tampoco me importa. Volvió a inclinarse sobre el artefacto.

-¡No! -exclamé con brusquedad. Landry alzó la mirada.

-Yo... -empecé intentando controlar el temblor de mi voz, aunque sin conseguirlo-.

Mire, tengo miedo. Déjeme en paz, por favor. Sé que ese mundo de ahí fuera ya no es el mío...

Diablos, ni siquiera el de aquí dentro, pero es el único mundo que conozco. Déjeme conservar lo que queda de él. Por favor.

-Demasiado tarde, Clyde.

Una vez más oí aquel matiz de despiadada compasión.

-Cierra los ojos. Intentaré acabar lo antes posible.

Intenté abalanzarme sobre él, lo intenté con todas mis fuerzas, pero no logré moverme ni un milímetro. Y por lo que respectaba a cerrar los ojos, averigüé que no hacía falta, porque toda la luz había desaparecido de aquel día, y el despacho estaba más oscuro que una noche de negros en un túnel.

No vi pero sí percibí que Landry se inclinaba sobre la mesa hacia mí. Intenté retroceder y descubrí que ni siquiera podía hacer eso. Algo seco y crujiente me rozó la mano; me puse a gritar.

-Tranquilo, Clyde.

Su voz llegaba desde la oscuridad, no sólo frente a mí, sino desde todas partes. «Por supuesto -pensé-. Al fin y al cabo, soy un producto de su imaginación.»

-Sólo es un cheque.

-¿Un... cheque?

-Sí. De cinco mil dólares. Me has vendido el negocio. Los pintores quitarán tu nombre de la puerta y pintarán el mío antes de marcharse a casa -explicó con voz soñadora-. Samuel D.

Landry, detective privado. Suena de maravilla, ¿verdad? Intenté implorar pero no pude.

Ahora incluso la voz me había fallado.

-Prepárate -ordenó-. No sé exactamente qué va a pasar, Clyde, pero lo que sea está a punto de pasar. No creo que duela.

«Y si duele me da exactamente igual», era la parte que no expresó en voz alta.

De la oscuridad llegó el débil ronroneo del artefacto. Sentí que la silla se fundía bajo mi cuerpo, y de repente empecé a caer. La voz de Landry cayó conmigo, acompañando los chasquidos y los golpecitos de su increíble máquina de taquigrafía, recitando las dos últimas frases de una novela titulada *El último caso de Umney.*

-«Así pues, salí de la ciudad y por lo que respecta al lugar al que fui... Bien, señor, creo que eso es asunto mío, ¿no le parece?»

Debajo de mí había una brillante luz verde. Estaba cayendo hacia ella. Muy pronto, aquella luz me consumiría y la única sensación que me embargaría sería el alivio.

-«FIN» -tronó la voz de Landry.

Y en aquel preciso instante caí en la luz verde, y la luz me envolvió, me penetró, me atravesó, y Clyde Umney dejó de existir.

Hasta la vista, sabueso.

7. EL OTRO LADO DE LA LUZ

Todo esto sucedió hace seis meses.

Recobré el conocimiento en el suelo de una habitación se-mioscura con un zumbido en los oídos, logré ponerme de rodillas, sacudí la cabeza para aclarármela y contemplé la estridente luz verde por la que había caído, al igual que Alicia a través del espejo. Vi un artefacto de ciencia ficción que era el hermano mayor del que Landry había llevado a mi despacho. Sobre él se veían brillantes letras verdes; me incorporé para poder leerlas mientras me rascaba los antebrazos sin darme cuenta:

Así pues, salí de la ciudad, y por lo que respecta al lugar al que fui... Bien, señor, creo que eso es asunto mío, ¿no le parece?

Y debajo, centrada y en mayúsculas, otra palabra:

FIN

Volví a leer aquellas dos frases mientras me rascaba el estómago. Lo estaba haciendo porque algo le pasaba a mi piel, algo que no dolía pero resultaba realmente molesto. Y en cuanto se abrió paso hasta mi mente consciente, me di cuenta de que aquella sensación me recorría todo el cuerpo... La nuca, el cuello, la parte posterior de los muslos, las ingles.

«Eccema -se me ocurrió de repente-. Tengo el eccema de Landry. Lo que siento es escozor, y la razón por la que no lo he reconocido es que...»

-Nunca había tenido un escozor en mi vida -dije.

En aquel instante, todo empezó a encajar. La sensación fue tan repentina que me tambaleé.

Me acerqué lentamente a un espejo colgado de la pared, intentando no rascarme la piel, que parecía vibrar, consciente de que vería reflejada una versión más vieja de mi rostro, un rostro surcado de arrugas secas y rematado por una opaca mata de cabello blanco.

Ahora sabía qué sucedía cuando los escritores se adueñaban de alguna forma de las vidas de los personajes que habían creado. No se trataba de un robo a fin de cuentas.

Más bien de un intercambio.

Me quedé mirando el rostro de Landry..., mi rostro, sólo que quince duros años más viejo, mientras la piel me seguía escociendo. ¿No había dicho que el eccema había comenzado a remitir? Si esto era un caso de eccema en remisión, ¿cómo había soportado la fase más virulenta sin volverse completamente loco?Me encontraba en casa de Landry, por supuesto..., mi casa ahora..., y en el cuarto de baño que comunicaba con el estudio encontré el medicamento que

Landry tomaba para el eccema. Tomé mi primera dosis menos de una hora después de recobrar el conocimiento debajo de su mesa y la máquina que había encima, y me acometió la sensación de que me había tragado su vida en lugar del medicamento.

Como si me hubiera tragado su vida entera.

Me alegra poder decir que mi eccema ya ha pasado a la historia. Tal vez simplemente se ha acabado su efecto, pero a mí me gusta creer que el espíritu de Clyde Umney ha tenido algo que ver en ello. Clyde no ha estado enfermo en su vida, y aunque siempre parece que tengo algún achaque en el maltrecho cuerpo de Sam Landry, que me aspen si me rindo a ellos... ¿Y desde cuándo no viene bien un poco de pensamiento positivo ? Creo que la respuesta correcta es «desde nunca».

He tenido algunos días bastante malos, eso sí; el primero se produjo menos de veinticuatro horas después de que aterrizara en el increíble año 1994. Estaba buscando algo para comer en la nevera de Landry (me había puesto hasta el culo de cerveza Balck Horse Ale y creía que me vendría bien para la resaca comer algo) cuando un repentino dolor me atenazó las entrañas. Creí que me moría. La cosa empeoró, y entonces supe que me moría. Me desplomé en el suelo de la cocina intentando no gritar. Al cabo de unos segundos sucedió algo y el dolor cesó.

Llevo casi toda la vida empleando la expresión «Me importa una mierda». Sin embargo, eso ha cambiado, y todo empezó aquella mañana. Me limpié y a continuación subí la escalera, sabiendo lo que encontraría en el dormitorio; sábanas mojadas en la cama de Landry.

Pasé la mayor parte de la primera semana en el mundo de Landry aprendiendo a ir al lavabo.

En mi mundo, por supuesto, nadie iba al lavabo. Ni al dentista tampoco, y mi primera visita al que encontré en la agenda de Landry es algo en lo que no quiero pensar, y mucho menos comentar.

Pero este cúmulo de desastres también ha tenido su lado bueno. En primer lugar, no me ha hecho falta buscar trabajo en el mundo confuso y vertiginoso de Landry; por lo visto, sus libros siguen vendiéndose muy bien, y no tengo ningún problema para cobrar los cheques que llegan por correo. Por supuesto, nuestras firmas son idénticas. Y si me preguntan si esto me causa alguna clase de conflicto moral... Por favor, no me hagan reír. Estos cheques son el pago de historias escritas sobre mí. Landry sólo las ha escrito; yo las he vivido. Maldita sea, me merezco cincuenta mil pavos y una vacuna antirrábica por haber tenido la desgracia siquiera acercarme a las garras de Mavis Weld.

Había creído que tendría problemas con los llamados amigos de Landry, pero supongo que un tipo duro como yo debería haber sabido que las cosas no van así. ¿Querría un tipo que tuviera amigos de verdad zambullirse en un mundo que él mismo había creado? No era demasiado probable. Los amigos de Landry eran su mujer y su hijo, y ambos habían muerto. Por supuesto, hay algunos conocidos y vecinos, pero todos ellos parecen aceptar que yo soy él. La mujer que vive enfrente me mira con desconcierto de vez en cuando, y su hija pequeña se echa a llorar en cuanto me acerco, a pesar de que antes la había cuidado alguna vez (al menos eso es lo que afirma la mujer, ¿y por qué iba a mentir?), pero no pasa nada.

Incluso he hablado con el agente de Landry, un tipo de Nueva York que se llama Verrill.

Quiere saber cuándo empezaré una nueva novela.

Pronto, le aseguro. Pronto.

Por lo general, no salgo de casa. No me urge en absoluto ponerme a explorar el mundo al que Landry me desterró tras echarme del mío. Ya veo más de lo que quisiera durante mis excursiones semanales al banco y al supermercado, y arrojé un sujetalibros al televisor al cabo de dos horas escasas de haber aprendido a manejarlo. No me extraña que Landry tuviera ganas de largarse de este desastroso mundo, lleno de enfermedades y violencia gratuita, un mundo en que mujeres desnudas bailan en los escaparates de los clubes nocturnos y acostarse con ellas puede suponer la muerte.

No, por lo general me quedo en casa. He releído todas sus novelas, y cada una de ellas es como hojear un álbum de recortes muy querido. Y por supuesto, he aprendido a utilizar el ordenador personal. No es como el televisor; la pantalla es parecida, pero el ordenador personal te permite crear las imágenes que quieres ver, porque todas ellas proceden de tu mente.

Me gusta eso.

He estado preparándome, ya saben, construyendo frases y descartándolas del mismo modo en que se descartan las piezas del rompecabezas que no encajan. Y esta mañana he escrito unas cuantas que me parecen bien... o casi bien. ¿Quieren oírlas? Vale, allá va.

Al mirar hacia la puerta vi a Peoría Smith parado en el umbral con expresión tímida y compungida.

-Creo que la última vez que nos vimos lo traté bastante mal, señor Umney -empezó-.

He venido a disculparme.

Habían pasado más de seis meses, pero Peoría tenía el mismo aspecto que antes. Y quiero decir el mismo.

-Todavía llevas las gafas oscuras -comenté.

-Sí. Me operaron, pero no funcionó -explicó con un suspiro antes de sonreír y encogerse de hombros.

En aquel momento parecía el Peoría de siempre.

-¡Qué más da, señor Umney, ser ciego no es el fin del mundo!

No es perfecto, ya lo sé. Al fin y al cabo, empecé siendo detective, no escritor. Pero creo que se puede conseguir casi cualquier cosa si uno se lo propone de verdad, y en el fondo, esto se parece mucho a lo de espiar por el ojo de la cerradura. El tamaño y la forma de las

cerraduras del ordenador personal son un poco distintos, pero aun así, es lo mismo que espiar las vidas de otras personas y luego informar al cliente de lo que uno ha visto.

Estoy aprendiendo a escribir por una sencilla razón. No quiero estar aquí. Pueden llamarlo

Los Ángeles 1994 si quieren, pero yo lo llamo infierno. Consiste en terribles comidas congeladas que se cuecen en unas cajas llamadas microondas, zapatillas que parecen zapatos de Frankenstein, música que sale de la radio como cuervos a los que están cociendo vivos en una olla a presión, y...

Bueno, todo.

Quiero recuperar mi propia vida, quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, y creo que sé cómo conseguirlo.

Eres un desgraciado ladrón hijo de puta, Sam... ¿Puedo seguir llamándote así? Y me das pena..., pero la pena tiene un límite, porque la clave de todo es que me has robado. No he cambiado de opinión sobre el tema, ya lo ves. Sigo creyendo que la capacidad de crear no da derecho a robar.

¿Qué estás haciendo en este momento, ladronzuelo? ¿Cenar en ese restaurante que inventaste, el Petit Déjeuner ? ¿Dormir junto a alguna encantadora criatura de pechos perfectos e instintos asesinos bajo el salto de cama? ¿O sólo balancearte en la vieja silla de la oficina, disfrutando de tu vida indolora, inodora y carente de mierda? ¿Qué estás haciendo?

Yo me he dedicado a aprender a escribir, eso es lo que he estado haciendo, y ahora que me he puesto, creo que mejoraré muy deprisa. Ya casi puedo verte.

Mañana por la mañana, Clyde y Peoria irán a Blondie's, que ya ha vuelto a abrir. Esta vez

Peoria aceptará la invitación a desayunar de Clyde. Paso número dos.

Sí, ya casi puedo verte, Sam, y muy pronto te veré. Pero no creo que tú me veas a mí. No hasta que salga de detrás de la puerta de la oficina y te agarre el cuello con las manos.

Esta vez nadie se irá a casa.

La estación de las lluvias

Eran las cinco de la tarde cuando John y Elise Graham lograron, por fin, llegar al pequeño pueblo que se hallaba en el corazón de Willow, Maine, como un grano de arena adherido en el centro de una dudosa perla. El pueblo estaba a menos de diez kilómetros de Hempstead Place, pero se equivocaron dos veces de dirección en el camino. Cuando por fin llegaron a la calle principal, ambos tenían calor y estaban hartos. El aire acondicionado del Ford se había estropeado en el viaje desde Saint Louis, y daba la impresión de que hacía cuarenta grados en el exterior. Por supuesto, no era cierto, se dijo John Graham. Como decían los ancianos, no era el calor, sino la humedad. John tenía la impresión de que casi sería posible alargar el brazo y recoger cálidas gotas de agua del aire. El cielo aparecía claro y azul, pero aquella humedad hacía presentir que podría llover en cualquier momento. Qué narices... Parecía como si ya hubiera empezado a llover.

-Ahí está la tienda de la que nos habló Milly Cousins

-señaló Elise.

-No parece exactamente el supermercado del futuro -gruñó John.

-No -convino Elise con cautela.

Ambos se comportaban con gran cautela. Llevaban casados casi dos años y todavía se querían mucho, pero el viaje desde Saint Louis había sido muy largo, sobre todo teniendo en cuenta que habían viajado con la radio y el aire acondicionado estropeados. John esperaba con todas sus fuerzas que pasaran un verano agradable en Willow (desde luego, eso esperaba, ya que la universidad de Missouri no les perdería ojo), pero creía que tal vez les llevaría una semana acostumbrarse einstalarse. Y con un tiempo tan caluroso como el de aquel día, una minucia podía convertirse en una discusión en un santiamén. Ninguno de los dos quería que el verano empezara de aquella forma.

John recorrió lentamente la calle principal en dirección a la Ferretería y Suministros

Generales de Willow. De una de las esquinas del porche pendía un cartel oxidado que mostraba un águila azul, y John comprendió que se trataba también de la estafeta de correos. La tienda parecía adormilada a la luz de la tarde, y el único coche que se veía era un Volvo hecho polvo que estaba estacionado junto al cartel que anunciaba BOCADILLOS ITALIANOS - PIZZA -

COMESTIBLES - LICENCIAS DE PESCA, pero en comparación con el resto del pueblo, parecía pictórico de vida. En el escaparate brillaba un cartel luminoso de cerveza, aunque faltaban casi tres horas para que cayera la noche. «Bastante radical-pensó John-. Espero que el propietario pidiera permiso al ayuntamiento antes de colgar el cartel.»

-Creía que Maine se llenaba de turistas en verano -murmuró Elise.

-A juzgar por lo que hemos visto hasta ahora, creo que Willow debe de estar un poco alejado de la ruta turística -repuso John.

Salieron del coche y subieron los escalones del porche. Un anciano con sombrero de paja estaba sentado en una mecedora con asiento de rejilla y los observaba con sus pequeños ojos azules y perspicaces. Se estaba liando un cigarrillo y dejaba caer virutas de tabaco sobre el perro que yacía a sus pies. Se trataba de un perrazo amarillo de marca y modelo indefinibles. Tenía las patas justo debajo de una de las guías curvadas de la mecedora. El viejo no hacía caso del perro, ni siquiera parecía darse cuenta de que estaba allí, pero la guía se detenía a un centímetro de las vulnerables patas del perro cada vez que el hombre se mecía hacia delante. A Elise el gesto le pareció inmensamente fascinante.

-Muy buenos días tengan, señores -saludó el anciano.

-Hola -repuso Elise al tiempo que le dedicaba una sonrisa vacilante.

-¿Qué tal?-añadió John-. Me llamo...

-El señor Graham -terminó el viejo con serenidad-. El señor y la señora Graham. Los que han alquilado Hempstead Place para el verano. Me han dicho que está escribiendo un libro o algo así.

-Sí, sobre la inmigración de los franceses en el siglo XVII -asintió John-. Las noticias vuelan, ¿eh?

-Sí, señor -convino el anciano-. Es un pueblo pequeño, ya se sabe...

El anciano se metió el cigarrillo en la boca, pero el cilindro se deshizo de inmediato y cubrió de tabaco las piernas del hombre y el pelaje del perro inmóvil. El animal ni se inmutó.

-Córcholis -masculló el anciano mientras se arrancaba el papel desenrollado del labio inferior-. Bueno, de todas maneras la parienta no quiere que fume. Dice que ha leído que le va a dar cáncer a ella además de a mí.

-Hemos venido al pueblo para comprar unas provisiones -explicó Elise-. Es una casa antigua preciosa, pero la despensa está vacía.

-Aja -repuso el viejo-. Bueno, encantado de conocerlos. Me llamo Henry Edén.

Extendió una mano en su dirección. John se la estrechó y Elise lo siguió. Ambos le estrecharon la mano con cuidado, y el viejo asintió como para indicar que se lo agradecía.

-Los esperaba hace media hora. Supongo que se han equivocado de dirección un par de veces. Muchas carreteras para un pueblo tan pequeño -comentó con una carcajada hueca y ronca que pronto degeneró en una espesa tos de fumador-. ¡Sí, señor, hay un montón de carreteras en

Willow!

-añadió sin dejar de reír.

John tenía el ceño fruncido.

-¿Y cómo es que nos esperaba? -quiso saber.

-Lucy Doucette ha llamado y me ha dicho que pasarían por aquí -explicó Edén.

Sacó la lata de tabaco Top, la abrió, introdujo la mano y extrajo un paquete de papel de fumar. A

-Ustedes no conocen a Lucy, pero ella (tice que usted conoce a su sobrina nieta, señora._¿Es la tía abuela de Milly Cousins? -preguntó Elise.

-Exacto -asintió Edén.

Empezó a desmenuzar tabaco. Una parte aterrizó sobre el papel, pero la mayor parte fue a parar sobre el perro. Cuando John Graham empezaba a preguntarse si el perro estaría muerto, el animal levantó la cola y se tiró un pedo. Bueno, eso contestaba a su pregunta, se dijo John.

-En Willow, casi todo el mundo está emparentado con todo el mundo. Lucy vive al pie de la colina. Quería llamarlos yo mismo, pero como Lucy me dijo que venían de todas formas...

-¿Cómo sabía que vendríamos aquí precisamente? -inquirió John.

Henry Edén se encogió de hombros como diciendo: «¿Y adonde iban a ir si no?».

-¿ Quería hablar con nosotros ? -preguntó Elise. ¡

-Bueno, tengo que hacerlo -repuso Edén.

Selló el cigarrillo y se lo metió en la boca. John esperaba que se rompiera como el anterior.

Se sentía algo desorientado por todo aquello, como si hubiera ido a parar sin saberlo a una versión bucólica de la CÍA.

El cigarrillo aguantó. En uno de los brazos de la mecedora había un pedazo de papel de lija clavado con una chin-cheta. Edén encendió allí la cerilla y la aplicó al cigarrillo, la mitad del cual se consumió de golpe.

-Creo que sería mejor que usted y la señora pasaran la noche fuera del pueblo -dijo por fin. John parpadeó varias veces.

-¿Fuera del pueblo? ¿Por qué? Si acabamos de llegar.

-Pues sería buena idea, señor -dijo una voz detrás de Elise.

Los Graham se volvieron y vieron a una mujer alta de hombros caídos parada en el umbral de la oxidada puerta mosquitera de la tienda. Los miraba por encima de un viejo cartel de hojalata que anunciaba los cigarrillos Chesterfield. VEINTIÚN GRANDES CIGARRILLOS SUMAN

VEINTIÚN GRANDES PLACERES. Abrió la puerta y salió al porche. Tenía un rostro cetrino y cansado, pero de ningún modo estúpido. Lleva- ba una hogaza de pan en una mano y un paquete de seis cervezas Dawson's Ale en la otra.

-Me llamo Laura Stanton -saludó-. Encantada de conocerlos. No queremos parecer poco hospitalarios, pero es que esta noche tenemos la estación de las lluvias.

John y Elise intercambiaron una mirada de confusión. Elise contempló el cielo. A excepción de algunas nubéculas de buen tiempo, aparecía despejado y azul.

-Ya sé que no lo parece -intervino Laura Stanton-, pero no significa nada, ¿verdad, Henry?

-No, señora -corroboró Edén.

Dio una chupada gigantesca a su consumido cigarrillo y a continuación lo arrojó por la barandilla del porche.

-Pero se siente la humedad en el ambiente -siguió Laura Stanton-. Y ésa es la clave, ¿verdad, Henry?

-Bueno -repuso Edén-, sí. Pero también es que pasa cada siete años. Exactamente.

-Exactamente -asintió Laura Stanton. Ambos observaron expectantes a los Graham.

-Perdonen -dijo Elise por fin-. No entiendo nada. ¿Es una especie de chiste local o qué?

Esta vez fueron Henry Edén y Laura Stanton quienes intercambiaron una mirada, y a continuación exhalaron sendos suspiros al mismo tiempo, como si lo tuvieran ensayado.

-No soporto hacer esto -comentó Laura Stanton, aunque no quedó claro si se dirigía al anciano, a ella misma o a los Graham.

-Pero hay que hacerlo -replicó Edén.

La mujer asintió con un gesto y exhaló otro suspiro. Era el suspiro de una mujer que ha dejado una pesada carga en el suelo y sabe que tiene que volver a cogerla.

-Esto no pasa muy a menudo -explicó-, porque en Willow, la estación de las lluvias sólo aparece una vez cada siete años...

-El diecisiete de junio -intervino Edén-. Estación de las lluvias cada siete años el diecisiete de junio. Siempre igual, in-cluso en los años bisiestos. Sólo dura una noche, pero siempre la hemos llamado estación de las lluvias. Que me aspen si sé por qué. ¿Tú lo sabes,

Laura?

-No -repuso la mujer-; y me gustaría que dejaras de interrumpirme, Henry. Creo que te estás volviendo senil.

-Bueno, perdón por respirar, es que estoy tan senil que me acabo de caer del coche fúnebre

-replicó el anciano, a todas luces picado.

Elise lanzó a John una mirada algo asustada. «¿Nos están tomando el pelo? -preguntaba aquella mirada-. ¿O es que están locos?»

John no lo sabía, pero deseaba haber ido a Augusta a comprar provisiones. Más tarde podrían haber cenado algo rápido en uno de los chiringuitos de almejas de la carretera 17.

-Escuchen -dijo Laura Stanton en tono amable-. Les hemos reservado una habitación en el motel Wonderview de la carretera de Woolwich, si la quieren. El motel estaba lleno, pero el director es primo mío y conseguí que dejara una habitación libre para mí. Pueden volver mañana y pasar el resto del verano con nosotros. Nos encantará su compañía.

-Si es una broma, yo al menos no la entiendo -replicó John.

-No, no es una broma -aseguró la mujer.

Se volvió hacia Edén, quien le dirigió un brusco gesto de asentimiento, como si dijera:

«Sigue, no pares ahora». La mujer miró de nuevo a John y Elise, pareció hacer acopio de fuerzas y por fin siguió hablando.

-Miren, es que aquí, en Willow, llueven sapos cada siete años. Bueno, ahora ya lo saben.

-¡Sí, señor, sapos! -corroboró Henry Edén en tono alegre.

John miró en derredor en busca de ayuda por si llegaban a necesitarla. Pero la calle principal aparecía completamente desierta. No sólo desierta, sino cerrada a cal y canto. Ni un coche en la calle. Ni un peatón en ninguna de las dos aceras.

«Podríamos tener problemas aquí -se dijo-. Si esta gente está tan chiflada como parece, podríamos llegar a tener muchos problemas.» De repente, le cruzó por la mente el recuerdo de un relato corto de Shirley Jackson, titulado «La lotería», por primera vez desde que iba a la escuela.

-No crean que estoy aquí diciendo estas barbaridades por placer -prosiguió Laura

Stanton-. La verdad es que sólo hago mi trabajo, igual que Henry. No es que caigan unos cuantos sapos, sino que hay un verdadero chaparrón de sapos.

-Vamos -dijo John a Elise al tiempo que la tomaba por el codo y dirigía a los otros dos una sonrisa forzada-. Encantado de conocerlos, amigos.

Condujo a Elise escalera abajo, mirando dos veces por encima del hombro al viejo y a la mujer. No le parecía muy buena idea volverles la espalda por completo.

La mujer avanzó un paso hacia ellos, y John estuvo a punto de tropezar y caer en el último escalón.

-Ya sé que es un poco difícil de creer -admitió-. Seguramente creen que estoy como un cencerro.

-Qué va -repuso John.

Tenía la impresión de que la sonrisa amplia y falsa le llegaba ya a las orejas. Dios mío, ¿por qué habría salido de Saint Louis? Había conducido dos mil quinientos kilómetros con la radio y el aire acondicionado estropeados para ir a toparse con el granjero Jekyll y la señora Hyde.

-Pero no importa -insistió Laura Stanton, y la extraña serenidad de su rostro hizo que

John se detuviera junto al cartel de los BOCADILLOS ITALIANOS, a unos dos metros del coche-. Ni siquiera las personas que han oído hablar de lluvias de ranas, sapos y pájaros se hacen una idea de lo que ocurre en Willow cada siete años. Pero les daré un consejo; si deciden quedarse, les conviene no salir de la casa. Lo más probable es que no les pase nada si se quedan en la casa.

-Lo mejor es que cierren los postigos -añadió Edén.

El perro volvió a levantar la cola y se echó otro largo y articulado pedo de perro como para subrayar las palabras del anciano.

-Bueno..., bueno, pues eso haremos -aseguró Elise con voz débil.

John abrió la puerta del copiloto y casi la empujó al interior del coche.-Desde luego -masculló sin dejar de esbozar aquella enorme sonrisa.

-Y vuelvan a vernos mañana -exclamó Edén mientras John se apresuraba a rodear el Ford para abrir su propia puerta-. Mañana se sentirán mucho más seguros con nosotros, creo yo. -

Hizo una pausa antes de continuar-: Si es que siguen aquí, claro.

John saludó con la mano, subió al coche y lo puso en marcha.

Durante unos instantes reinó el silencio en el porche, mientras el viejo y la mujer de tez pálida y enfermiza seguían con la mirada el Ford que se alejaba por la calle principal. El coche se alejaba a una velocidad mucho más alta que al llegar.

-Bueno, ya está hecho -comentó el anciano con satisfacción.

-Sí -asintió la mujer-, y me siento fatal. Siempre me siento fatal cuando veo cómo nos miran. Cómo me miran a mi.

-Bueno -repuso el viejo-, sólo pasa una vez cada siete años. Y hay que hacerlo exactamente así, porque...

-Porque forma parte del ritual -terminó ella en tono sombrío.

-Sí, señor, el ritual.

El perro volvió a levantar la cola y a echarse un pedo como si quisiera expresar su conformidad.

La mujer le dio un puntapié y se volvió hacia el viejo con los brazos enjarras.

-¡Es el chucho más apestoso en cien kilómetros a la redonda, Henry Edén!

El perro se incorporó con un gruñido y bajó los escalones del porche con paso vacilante, deteniéndose tan sólo para lanzar una mirada de reproche a Laura Stanton.

-No puede evitarlo -lo defendió Edén. Laura exhaló un suspiro al tiempo que seguía el Ford con la mirada.

-Es una pena -dijo-. Parecía una pareja encantadora.

-Eso tampoco podemos evitarlo -repuso Henry Edén antes de empezar a liarse otro pitillo.

Así pues, los Graham acabaron por cenar en un chiringuito de almejas. Encontraron uno en el pueblo vecino, Woolwich («hogar del panorámico motel Wonderview», señaló John en un intento vano de arrancarle una sonrisa), y se sentaron a una mesa de picnic situada al pie de un viejo y frondoso abeto. El chiringuito de almejas contrastaba de forma radical con los edificios de la calle principal de Willow. El aparcamiento estaba casi lleno de coches cuyas matrículas, al igual que la suya, eran principalmente de otros estados, niños con los rostros manchados de helado se perseguían a gritos mientras sus padres paseaban por ahí, mataban moscas y esperaban a que anunciaran sus números por los altavoces. El chiringuito tenía una carta bien surtida. De hecho, se dijo John, uno podía pedir casi cualquier cosa que le apeteciese, siempre y cuando no fuera demasiado grande como para no caber en una freidora.

-No sé si podré pasar ni dos días en ese pueblo, y mucho menos dos meses -comentó Elise-. Estoy un poco hecha polvo, Johnny.

-Era una broma, nada más. El tipo de broma que los del pueblo gastan a los turistas. Seguramente ahora mismo se están partiendo de risa.

-Pues parecía que hablaban en serio -objetó ella-. ¿Cómo voy a volver ahí y mirar a la cara a ese viej o después de lo que ha pasado?

-Yo de ti no me preocuparía... A juzgar por los cigarrillos que liaba, ha alcanzado la fase en que no reconoce a nadie. Ni siquiera a sus amigos más antiguos.

Elise intentó contener la risa, pero finalmente desistió.

-¡Eres malvado! -exclamó entre carcajadas.

-Sincero, quizás, pero no malvado. No quiero decir que tenga la enfermedad de Alzheimer, pero sí tenía el aspecto de necesitar un mapa de carreteras para ir al lavabo.

-¿Dónde crees que estaría la gente? El pueblo parecía desierto.-Pues comiendo alubias en la fonda o jugando a las cartas en la taberna del pueblo, probablemente -repuso John mientras se desperezaba y echaba un vistazo a la cestita de almejas de Elise-. No has comido mucho, cariño.

-Tu cariño no tiene mucho apetito.

-Te digo que no era más que una broma -insistió John tomándola de las manos-. Alegra esa cara.

-¿Estás completamente seguro de que sólo era una broma?

-Segurísimo. ¿Que cada siete años llueven sapos en Willow, Maine? Vamos, hombre, suena a monólogo de Ste-ven Wright.

Elise esbozó una sonrisa tristona.

-No llueve -recordó-, sino que hay un verdadero chaparrón.

-Deben de ser de la opinión de que si cuentas una mentira, cuenta una gorda. Cuando era niño y me iba de colonias, normalmente la cosa iba de cuentos chinos. No es tan distinto. Y si te paras a pensarlo, no es tan sorprendente.

-¿Qué no es tan sorprendente?

-Que la gente que obtiene la mayor parte de sus ingresos del turismo veraniego desarrolle mentalidad de campamento.

-Pues la mujer no se comportaba como si fuera una broma. La verdad, Johnny..., me ha asustado un poco.

El rostro normalmente agradable de John Graham adquirió una expresión severa y dura.

Aquella expresión no casaba con su rostro, pero tampoco parecía fingida ni insincera.

-Ya lo sé -repuso mientras recogía los envoltorios, las servilletas y las cestitas de plástico-. Y te aseguro que tendrá que pedirnos disculpas. No me molestan las tonterías inocentes, pero cuando alguien asusta a mi mujer, diablos, a mí también me han asustado un poco, la cosa ya pasa de castaño oscuro. ¿Estás preparada para volver?

-¿Encontrarás el camino?

John sonrió y su rostro adquirió de nuevo su expresión habitual.

-He dejado un rastro de migas de pan.

-¡Qué listo eres, cariño! -alabó ella al levantarse.

John se alegró de comprobar que su mujer volvía a sonreír. Elise respiró profundamente, lo cual hizo milagros con la pechera de la camisa de cambray azul que llevaba, y a continuación espiró todo el aire.

-Parece que ya no hay tanta humedad.

-Es verdad -asintió John mientras depositaba los restos de la cena en la papelera con un gancho de izquierda y le guiñaba un ojo-. Bueno, parece que se ha acabado la estación de las lluvias.

Sin embargo, cuando tomaron la carretera de Hempstead, la humedad había vuelto, y con creces. John tenía la sensación de que la camiseta que llevaba se había convertido en una masa pegajosa de telarañas que se le adhería al pecho y la espalda. El cielo, que había adquirido el delicado matiz rosado del anochecer, seguía despejado, pero aun así, tenía la impresión de que podía coger una pajita y beber directamente del aire.

En la carretera sólo había una casa aparte de la suya, y estaba situada al pie de la colina coronada por Hempstead Place. Al pasar junto a ella, John distinguió la silueta de una mujer inmóvil que los miraba por una de las ventanas.

-Bueno, ahí está la tía abuela de tu amiga Milly -comentó John-. Qué encantador por su parte llamar a los chalados de la tienda del pueblo y decirles que íbamos para allá. Me pregunto si habrían sacado los petardos, los matasuegras y las bocas saltarinas si nos hubiéramos quedado más rato.

-El perro tenía un matasuegras incorporado.

John lanzó una carcajada y asintió repetidamente con la cabeza.

Al cabo de cinco minutos entraron en el sendero de coches de la casa. Estaba cubierto de maleza y arbustos enanos, y John tenía intención de ocuparse del asunto antes de que transcurriera mucho tiempo. Hempstead Place era una tortuosa granja ampliada a lo largo de múltiples generaciones según las necesidades... o tal vez tan sólo los caprichos. En la parte posterior había un granero conectado en zigzag a la casapor tres incoherentes cobertizos. En el resplandor de principios de verano, dos de los tres cobertizos aparecían casi enterrados en fragantes matojos de madreselva.

La casa gozaba de una espléndida vista del pueblo, sobre todo en una noche tan clara como aquélla. John se preguntó cómo era posible que la noche fuera tan clara con aquella humedad.

Elise se unió a él frente al coche, y permanecieron allí durante unos minutos, entrelazados, contemplando las colinas que ondulaban suavemente en dirección a Augusta, perdidos entre la sombra de la noche.

-Es precioso -murmuró Elise.

-Y escucha -indicó John.

A unos cincuenta metros del granero había una pequeña marisma de juncos y hierba alta, y desde allí les llegaba el canto y el chasquido de los elásticos que Dios, por alguna razón, había colocado en la garganta de las ranas.

-En fin -comentó Elise-. Aquí tenemos a las ranas.

-Pero no hay sapos -añadió John mientras volvía los ojos hacia el cielo despejado, en el que Venus había encendido su ojo ardiente y frío a un tiempo-. ¡Ahí están, Elise! ¡Ahí arriba!

¡Nubes enteras de sapos!

Su mujer soltó una risita ahogada.

-«Esta noche, en el pequeño pueblo de Willow -canturreó John-, un frente frío de sapos chocó contra un frente cálido de tritones, como consecuencia de lo cual...»

Elise le dio un codazo.

-Oye, tú -le reprendió-. Venga, entremos. Entraron en la casa. Y no pasaron por la casilla de salida. Y no cobraron los doscientos dólares. Se fueron directamente a la cama.

Al cabo de una hora, Elise se despertó sobresaltada de un agradable sueño al oír un golpe en el tejado. Se incorporó sobre los codos.

-¿Qué ha sido eso, Johnny?

-Hmmm -repuso Johnny, y se dio la vuelta. «Sapos», pensó y soltó una risita..., aunque una risita ner- viosa. Se levantó y se acercó a la ventana, y antes de mirar hacia abajo para ver si había caído algo al suelo, volvió la mirada hacia el cielo.

Seguía completamente despejado y salpicado ahora de millones de estrellas. Elise las contempló durante unos instantes, hipnotizada por su sencilla belleza.

Bum.

Elise se apartó de la ventana con brusquedad y miró el techo. Fuera lo que fuera, había golpeado el tejado justo encima de su cabeza.

-¡John! ¡Johnny! ¡Despierta!

-¿Eh?¿Qué?

John se incorporó en la cama. Tenía los rizos revueltos.

-Ya ha empezado -repuso ella con una aguda risita-. La lluvia de ranas.

-Sapos -corrigió John-. Elise, ¿de qué estás habla...?

Bum, hum.

John miró en derredor y puso los pies en el suelo.

-Esto es ridículo -murmuró enojado.

-¿Qué quieres...?

Bum CRAC. Ruido de cristales rotos en la planta baja.

-Maldita sea -masculló John mientras se levantaba y se ponía los téjanos a toda prisa-.

Ya basta... Ya basta..., joder.

Varios golpes sonaron en los costados y el tejado de la casa. Asustada, Elise se apretó contra

John.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que esa chiflada y probablemente el viejo y algunos amigos suyos están ahí afuera tirando cosas a la casa -explicó su marido-. Y voy a acabar con esto ahora mismo. Tal vez en este pueblo tengan la tradición de tomar el pelo a los recién llegados, pero...

¡BUM!¡BANG! Desde la cocina.

-¡Maldita SEA! -gritó John mientras salía corriendo al pasillo.

-¡No me dejes sola! -gritó Elise, y lo siguió.

John encendió la luz del pasillo antes de correr escaleras abajo. Los golpes se sucedían con cada vez mayor frecuencia, y Elise tuvo tiempo de preguntarse: «¿Cuánta gente del pueblo ha venido? ¿Cuánta gente se necesita para hacer esto? ¿Y qué están tirando? ¿Piedras envueltas en fundas de almohada?».

John llegó al pie de la escalera y se dirigió al salón, donde había un ventanal que ofrecía la misma vista que habían admirado antes de entrar en la casa. La ventana estaba rota. Había fragmentos de vidrio esparcidos por toda la alfombra. Dio unos pasos hacia la ventana con la intención de amenazar a la gente que estuviera fuera con ir a buscar su rifle. Entonces echó otro vistazo a los cristales rotos, recordó que iba descalzo y se detuvo. Durante un instante no supo qué hacer, pero entonces distinguió entre los vidrios una silueta negra, la piedra que uno de aquellos hijos de puta retrasados había utilizado para romper la ventana, supuso, y perdió la paciencia. Es posible que incluso se hubiera abalanzado sobre la ventana a pesar de ir descalzo, pero en aquel preciso momento, la piedra se movió.

«No es una piedra -pensó John-. Es un...»

-John -llamó Elise.

Los golpes se sucedían ahora en todos los rincones de la casa. Era como si los bombardearan con piedras de granizo podridas y de gran tamaño.

-John, ¿qué es?

-Un sapo -repuso John con expresión estúpida.

Seguía con la mirada clavada en la silueta que se retorcía entre los vidrios rotos, y en realidad habló más para sus adentros que para que lo oyera su mujer.

Alzó la cabeza y miró por la ventana. Lo que vio lo dejó mudo de horror e incredulidad. Ya no veía las colinas en el horizonte; maldita sea, ni siquiera veía el granero, y éste se hallaba a menos de quince metros de distancia.

El aire estaba lleno de siluetas que caían sin cesar.

Tres más cayeron al interior de la casa por la ventana rota. Una de ellas aterrizó en el suelo, no muy lejos de su compañera. Se estrelló contra un afilado fragmento de cristal y una especie de fluido negruzco y espeso empezó a brotar de su cuerpo.

Elise lanzó un grito.

Las otras dos quedaron enredadas en las cortinas, que empezaron a retorcerse y a revolotear como movidas por una fuerte brisa. Una de ellas consiguió desenredarse, cayó al suelo y a continuación dio un salto en dirección a John, quien palpó a tientas la pared con una mano que no parecía formar parte de su cuerpo, encontró el interruptor de la luz y lo pulsó.

La cosa que daba saltos por entre los vidrios rotos en dirección a él era un sapo, pero al mismo tiempo no era un sapo. Su cuerpo entre verdoso y negruzco era demasiado grande y estaba demasiado lleno de protuberancias. Sus ojos negros y dorados sobresalían como huevos surrealistas. Y en la boca, entre las mandíbulas abiertas, se veían dos hileras de dientes grandes y afilados como cuchillos.

La criatura emitió un croar ronco y se abalanzó sobre John como movido por un resorte.

Tras él, otros sapos iban cayendo al salón a través de la ventana. Los que se estrellaban contra el suelo morían o quedaban lisiados, pero muchos otros... demasiados, de hecho, utilizaban las cortinas como red de seguridad y de ahí pasaban al suelo sin novedad.

-¡Sal de aquí! -gritó John a su mujer al tiempo que daba un puntapié al sapo que, aunque pareciera una locura, lo estaba atacando.

El sapo no retrocedió, sino que hundió aquellas hileras de cuchillos en los dedos de sus pies.

El dolor fue inmediato, agudo e inmenso. Sin detenerse a pensar, John dio media vuelta y dio una patada a la pared con todas sus fuerzas. Sintió que se le rompían los dedos de los pies, pero el sapo también se rompió, y su sangre negra salpicó el revestimiento de madera en un semicírculo que recordaba un abanico. Sus dedos se habían convertido en una señal de tráfico demente que apuntara en todas direcciones.

Elise estaba paralizada junto a la puerta del pasillo. De toda la casa le llegaba el ruido de cristales rotos. Se había puesto una camiseta de John después de hacer el amor, y ahora se aferraba al cuello de la prenda con ambas manos. El aire estaba repleto del feo croar de los sapos.

-¡Vete, Elise! -chilló John al tiempo que se volvía y sacudía el pie ensangrentado.El sapo que lo había mordido estaba muerto, pero sus grandes e increíbles dientes seguían clavados en su carne como un amasijo de anzuelos de pesca. Esta vez dio un puntapié al aire, como un futbolista chutando un balón, y por fin el sapo salió despedido.

La desvaída moqueta del salón estaba llena de cuerpos hinchados y saltarines. Y todos se dirigían hacia ellos.

John corrió hacia el vestíbulo. Pisó uno de los sapos y lo abrió en canal. Resbaló en la fría gelatina que brotó del cuerpo de la criatura y estuvo a punto de caer. Elise soltó por fin el cuello de la camiseta y se aferró a él. Se precipitaron juntos al vestíbulo, y John cerró la puerta de golpe, partiendo en dos a uno de los sapos que estaba a punto de pasar. La parte superior del bicho se retorció en el suelo mientras abría la boca negra y dentada y los miraba con sus saltones ojos moteados de negro y oro.

Elise se llevó las manos al rostro y empezó a chillar como una histérica. John alargó la mano hacia ella, pero Elise sacudió la cabeza y se apartó de él con el cabello cayéndole sobre el rostro.

El sonido de los sapos al golpear el tejado era terrible, pero el croar y los chirridos eran peores, porque procedían del interior de la casa... de toda la casa. Recordó el momento en que el viejo sentado en su mecedora, en el porche de la tienda del pueblo, les gritaba: «Lo mejor es que cierren los postigos».

«¡Dios mío! ¿Por qué no le habré creído?»

Y desde el fondo de su corazón surgió otro pensamiento: «¿Cómo iba a creerle? ¡En toda mi vida no he visto nada que me preparara para creerle!».

Y bajo el sonido de los sapos al chocar contra el suelo del jardín y el de los que chocaban contra el tejado y morían aplastados, oyó otro ruido mucho más amenazador: el de los sapos intentando atravesar la puerta a mordiscos. De hecho, vio que la puerta quedaba cada vez más encajada en el marco a medida que más y más sapos se apoyaban contra ella.

John se volvió y comprobó que docenas de sapos bajaban la escalera a saltos.

-Elise -empezó al tiempo que la cogía del brazo.

Su mujer siguió chillando mientras intentaba zafarse de su brazo hasta arrancar una de las mangas de la camiseta. Durante un instante, John se quedó mirando el jirón con expresión de completa estupidez y a continuación lo dejó caer al suelo.

-¡Elise, maldita sea!

Los primeros sapos habían llegado al vestíbulo y saltaban ávidos hacia ellos. Se oyó un frágil tintineo al romperse el montante en abanico que había encima de la puerta. Uno de los sapos lo atravesó, se estrelló contra la moqueta y quedó tendido boca arriba con el vientre jaspeado de rosa expuesto y las patas palmeadas agitándose en el aire.

John agarró de nuevo a su mujer y la zarandeó.

-¡Tenemos que bajar al sótano! ¡En el sótano estaremos a salvo!

-¡No! -gritó Elise.

Sus ojos parecían dos ceros gigantes, y John comprendió que no rechazaba la idea de bajar al sótano, sino que lo rechazaba todo.

No había tiempo para medidas suaves ni palabras de consuelo. John la agarró por la pechera de la camiseta y tiró de ella por todo el vestíbulo como un policía que arrastrara a un

preso recalcitrante hacia el furgón celular. Uno de los primeros sapos que había bajado por la escalera dio un salto monstruoso y mordió el aire justo en el lugar que acababa de abandonar el talón descalzo de Elise.

A medio camino del sótano, Elise empezó a captar la idea y a seguirle por su propia voluntad. Alcanzaron la puerta del sótano. John hizo girar el pomo y tiró, pero la puerta no se movió ni un ápice.

-¡Maldita sea! -masculló mientras volvía a tirar. No sirvió de nada.

-¡John, date prisa!

Elise miró por encima del hombro y vio que gran cantidad de sapos se dirigían hacia ellos por el vestíbulo. Daban enormes saltos sobre los lomos de sus compañeros, tropezaban unos con otros, chocaban contra el papel pintado conmotivos florales, aterrizaban boca arriba y eran arrollados por los demás. Eran todo dientes, ojos negros y dorados, y cuerpos hinchados y correosos.

-¡JOHN, POR FAVOR! POR...

En aquel instante, uno de ellos se-abalanzó sobre ella y aterrizó contra su muslo izquierdo, justo por encima de la rodilla. Elise lanzó un grito y lo agarró, hundiendo los dedos en la piel y la carne líquida de la criatura. Por fin consiguió arrancársela y durante un momento, al levantar los brazos, tuvo el espantoso bicho delante de los ojos, entrechocando los dientes como una pieza del engranaje de una pequeña fábrica asesina. Elise lo arrojó con todas sus fuerzas. La criatura describió una voltereta en el aire y se estrelló contra la pared justo enfrente de la puerta de la cocina. No cayó al suelo, sino que quedó pegado en la cola de sus propias entrañas.

-¡DIOS MÍO! ¡DIOS MÍO, JOHN!

De repente, John Graham vio que lo estaba haciendo mal. En lugar de tirar de la puerta, la empujó. Se abrió de golpe, y John estuvo a punto de precipitarse escalera abajo; por un instante se sintió como un imbécil. Alargó la mano, logró aferrarse a la barandilla, y en aquel instante Elise estuvo a punto de hacerlo caer al pasar corriendo junto a él y lanzarse escalera abajo, gritando como una sirena de bomberos en la noche.

«Se va a caer, no podrá evitarlo, se va a caer y se romperá el cuello...»

Pero de algún modo, Elise no se rompió el cuello. Llegó al pie de la escalera y cayó al suelo hecha un ovillo, sollozando y con las manos aferradas al muslo.

Varios sapos estaban cruzando la puerta abierta del sótano.

John recobró el equilibrio, se volvió y cerró de un portazo. Algunos de los sapos que habían quedado dentro del sótano saltaron del rellano, chocaron contra la escalera y cayeron por entre los peldaños. Uno de ellos dio un salto casi vertical, y John se vio acometido por el acuciante deseo de reír cuando le cruzó por la mente la imagen de la rana Gustavo en patinete en lugar de con gabardina y micrófono. Sin dejar de reír, cerró el puño derecho y golpeó al sapo en el pecho hinchado y viscoso en el momento en que alcanzaba el punto más elevado de su salto y quedaba suspendido en perfecto equilibrio entre la gravedad y el esfuerzo realizado. El bicho salió despedido hacia las sombras, y John oyó un golpe sordo cuando chocó contra la estufa.

Palpó la pared en la oscuridad hasta encontrar el cilindro del anticuado interruptor. Encendió la luz, y en aquel momento, Elise empezó a gritar de nuevo. Se le había enredado un sapo en el cabello. La criatura se retorció, se volvió y empezó a morderle el cuello al tiempo que se enrollaba hasta parecer un gran rulo deforme.

Elise se incorporó de un salto y empezó a correr en círculos, esquivando de milagro las cajas apiladas y almacenadas en el sótano. Chocó contra una de las columnas de soporte, rebotó, y a continuación se volvió para golpearse la parte posterior de la cabeza dos veces contra la columna.

Se oyó un ruido parecido al de un torrente espeso; el fluido negro de la bestia empezó a salpicar por todas partes, y el sapo se desenredó por fin del cabello de Elise y resbaló por la espalda de la camiseta, dejando un rastro gelatinoso.

Elise seguía gritando, y la demencia de aquel sonido dejó a John petrificado. Bajó la escalera dando tumbos y la tomó en sus brazos. En el primer momento, Elise intentó zafarse del abrazo, pero por fin sucumbió, y sus gritos se redujeron de forma gradual a sollozos.

De repente, por encima del suave trueno de los sapos al chocar contra la casa y el jardín, les llegó el croar de los sapos que habían caído al suelo del sótano. Elise se apartó de él y miró en derredor con los ojos abiertos de par en par, enloquecidos.

-¿Dónde están? -jadeó con voz ronca, casi afónica de tanto gritar-. ¿Dónde están, John?

Pero no tuvieron que molestarse en mirar; los sapos ya los habían visto y se acercaban a ellos con avidez.

Los Graham retrocedieron unos pasos, y en aquel momento, John vio una oxidada pala apoyada contra la pared. La cogió y fue matando con ella a los sapos a medida que lle-gaban. Uno de ellos pasó saltando junto a él. Saltó del suelo a una caja, desde la caja se abalanzó sobre Elise y aterrizó en la pechera de su camiseta, entre los pechos, donde quedó enredado y dando patadas.

-¡No te muevas! -gritó John.

Dejó caer la pala, avanzó dos pasos, cogió el sapo y lo arrancó de la camiseta. El bicho se llevó consigo un buen pedazo de tela, que le quedó enganchado entre los dientes mientras latía y se retorcía entre las manos de John. Tenía la piel verrugosa, seca pero espantosamente caliente y, de algún modo, *bulliciosa.* John cerró los puños y aplastó al sapo. Sangre y babas se le escurrieron entre los dedos.

Sólo una media docena de monstruos habían logrado cruzar la puerta del sótano, y no tardaron en estar todos muertos. John y Elise se abrazaron con fuerza mientras escuchaban la constante lluvia de sapos procedente del exterior.

John volvió la mirada hacia las ventanas inferiores del sótano. Estaban oscuras, y de repente imaginó el aspecto que tendría la casa desde fuera, un edificio enterrado bajo un chaparrón de sapos que se retorcían, brincaban y saltaban.

-Tenemos que bloquear las ventanas -urgió con voz ronca-. Van a romperlas con su peso, y si pasa eso van a caer aquí dentro corno un chaparrón.

-¿Y con qué las bloqueamos? -preguntó Elise con su voz ya quebrada por los gritos-.

¿Qué podemos utilizar?

John miró en derredor y vio varios tablones de contrachapado viejo y oscuro apoyados contra una pared. No era gran cosa, pero de algo serviría.

-Con esto -señaló-. Ayúdame a partir los tablones en trozos más pequeños.

Trabajaron con rapidez y un gran despliegue de energía. El sótano sólo tenía cuatro ventanas, y el hecho de que fueran estrechas había permitido que los vidrios aguantaran más que las ventanas de los pisos superiores. Cuando terminaban con la última ventana, oyeron que el vidrio que se ocultaba tras el tablón de madera se hacía añicos... pero la madera aguantó.

Se dirigieron dando tumbos al centro del sótano; John cojeaba a causa del pie roto.

Desde lo alto de la escalera les llegaba el sonido de los sapos intentando echar la puerta abajo a mordiscos.

-¿Qué hacemos si consiguen atravesarla? -susurró Elise.

-No lo sé.

... Y entonces fue cuando la puerta de la carbonera, en desuso durante años pero todavía intacta, se abrió de pronto bajo el peso de todos los sapos que habían caído o saltado a ella, y centenares de bichos aterrizaron en el suelo del sótano a alta presión.

Esta vez, Elise no gritó. Se había destrozado las cuerdas vocales demasiado como para gritar.

Los Graham no duraron mucho después de que se abriera la puerta de la carbonera, pero

John gritó como Dios manda por los dos hasta que todo acabó.

A medianoche, el chaparrón de sapos se había convertido en una suave y ronca llovizna.

A la una y media de la madrugada cayó del cielo oscuro estrellado el último sapo, que aterrizó en un pino situado cerca del lago, saltó al suelo y desapareció en la noche. Ya había pasado todo, al menos hasta al cabo de siete años.

Alrededor de las cinco y cuarto, las primeras luces del alba empezaron a abrirse paso en el cielo y sobre la tierra. Willow estaba enterrado bajo una alfombra latiente, saltarina y quejumbrosa de sapos. Los edificios de la calle principal habían perdido sus ángulos y esquinas; todo aparecía redondeado, jorobado y móvil. El cartel de la carretera que rezaba BIENVENIDOS

A WILLOW, MAINE, EL LUGAR MÁS HOSPITALARIO daba la impresión de haber recibido unos treinta balazos. Los orificios, por supuesto, se debían a los sapos que habían chocado contra él. El cartel situado ante la tienda del pueblo y que anunciaba BOCADILLOS ITALIANOS -

PIZZA - COMESTIBLES - LICENCIAS DE PESCA estaba volcado. Unos cuantos sapos jugaban sobre y alrededor de él. Se celebraba una peque-ña convención de sapos en los surtidores de la gasolinera Sunoco de Donny. Dos sapos estaban sentados sobre la veleta que giraba lentamente en la cúspide de Cocinas Willow; parecían niños pequeños y deformes en un tiovivo.

En el lago, las pocas plataformas flotantes que ya estaban en el lago (aunque sólo los nadadores más curtidos se atrevían a zambullirse en el lago Willow antes del Cuatro de Julio, fueran sapos u otras criaturas), aparecían rebosantes de sapos, y los peces se estaban volviendo locos con tanta comida casi al alcance de la mano. De vez en cuando se oía un chapoteo cuando uno o dos sapos que intentaban hacerse un sitio caían de las plataformas y servían de desayuno a alguna trucha o salmón hambriento. Las calles de la ciudad y las carreteras de los alrededores -había muchas para tratarse de un pueblo tan pequeño, como había comentado Henry Edén- estaban pavimentadas de sapos. La electricidad estaba cortada por el momento, ya que muchos sapos habían roto el tendido en muchos puntos al caer. La mayoría de los huertos aparecían arrasados, pero, de todos modos, Willow no era una comunidad agrícola. Algunas personas tenían rebaños bastante grandes, pero los habían puesto a buen recaudo durante la noche. Los propietarios de vacas lecheras de Willow sabían todo lo que había que saber sobre la temporada de lluvias y no les apetecía en absoluto que hordas enteras de sapos saltarines y carnívoros devoraran a sus animales. ¿Qué contarían a sus compañías de seguros?

Cuando la luz del amanecer se extendió sobre Hemps-tead Place, empezaron a distinguirse pilas de sapos muertos sobre el tejado, canalones de lluvia arrancados por el bombardeo de sapos, un patio que hervía de sapos. Numerosos sapos entraban y salían del granero dando saltos, llenaban las chimeneas, brincaban elegantemente en torno a los neumáticos del Ford de John

Graham y estaban sentados en ruidosas hileras sobre los asientos delanteros como una congregación de fieles esperando a que empezara el sermón. Centenares de sapos, en su mayoría muertos, aparecían apiñados contra las paredes del edificio. Algunas de dichas pilas medían casi dos metros de altura.

A las seis y cinco de la mañana, el sol despuntó por el horizonte, y los rayos empezaron a fundir los sapos.

Primero, los rayos de sol blanquearon la piel de las bestias, que al cabo de unos instantes se tornó transparente. A continuación, un vapor que despedía un vago olor a agua estancada empezó a elevarse de los cuerpos, y pequeños riachuelos burbujeantes de humedad empezaron a resbalar por ellos. Los ojos de los sapos se hundieron o se salieron de sus órbitas, según la posición en que se encontraban al caer sobre ellos los rayos de sol. La piel les estalló con un chasquido audible, y durante unos diez minutos dio la impresión de que en todo Willow se estaban descorchando innumerables botellas de champán.

Al término de aquel proceso, los sapos se descompusieron con rapidez, fundiéndose en charcos de una sustancia blanquecina que parecía semen humano. El fluido resbaló por las pendientes del tejado de Hempstead Place en pequeños riachuelos y empezó a gotear de los aleros como pus.

Los supervivientes murieron; los muertos simplemente se pudrieron hasta quedar reducidos a aquella sustancia blancuzca, que burbujeó durante unos instantes y a continuación empezó a filtrarse en la tierra. Del suelo se elevaron hilillos de vapor, y durante un rato, todos los campos de

Willow recordaron las cercanías de un volcán agonizante.

A las siete menos cuarto había terminado todo, a excepción de las reparaciones, y los habitantes del pueblo estaban acostumbrados a ellas.

Parecía un precio razonable por otros siete años de tranquila prosperidad en aquel remoto reducto de Maine.

A las ocho y cinco, el Volvo hecho polvo de Laura Stanton entró en el patio de la Ferretería y Suministros Generales Willow. Al apearse del coche, Laura ofrecía un aspecto más pálido y enfermizo que nunca. De hecho, estaba enferma; todavía llevaba el paquete de seis cervezas

Dawson's Ale en una mano, pero ahora todas las botellas estaban vacías. Laura tenía una resaca de las que hacen época.

Henry Edén salió al porche. El perro lo siguió.

-O haces entrar al chucho o me largo a casa ahora mismo -amenazó Laura desde el pie de la escalera.

-No puede evitar tirarse pedos, Laura.

-Eso no significa que yo tenga que estar aquí cuando lo haga -replicó Laura-. Lo digo en serio, Henry. Tengo un dolor de cabeza de narices, y lo último que me apetece es escuchar al perro tocando el himno con el culo.

-Entra, *Tohy* -ordenó Henry mientras sostenía la puerta.

Toby alzó los húmedos ojos como si dijera: «¿De verdad tengo que irme? Ahora que las cosas se ponían interesantes».

-Vamos, entra -repitió Henry.

Tohy entró en la tienda, y Henry cerró la puerta. Laura esperó hasta oír el chasquido de la puerta al cerrarse antes de subir los escalones del porche.

-Se te ha caído el cartel -señaló al tiempo que le alargaba las botellas vacías.

-Tengo ojos en la cara -replicó Henry.

Él tampoco estaba del mejor humor aquella mañana. De hecho, pocos habitantes de Willow estarían de buen humor aquel día. Gracias a Dios que aquello sólo sucedía una vez cada siete años, porque de lo contrario la gente se volvería loca.

-Deberías haberlo entrado -indicó Laura. Henry masculló algo que la mujer no entendió.

-¿Qué dices?

-Digo que tendríamos que habernos esforzado más -dijo Henry en tono desafiante-. Era una pareja de lo más agradable. Tendríamos que habernos esforzado más.

Laura sintió una punzada de compasión por el anciano a pesar del dolor de cabeza que tenía, y le puso una mano en el brazo.

-Es el ritual -murmuró.

-Bueno, pues a veces me dan ganas de mandar a la mierda el ritual.

-¡Henry!

Laura apartó la mano, sobresaltada a pesar suyo. Pero Henry se hacía viejo, se recordó a sí misma. Seguro que la azotea ya no le funcionaba como antes.

-Me da igual -insistió el viejo con obstinación-. Parecía una pareja muy agradable. Tú también lo dijiste, o sea que ahora no me vengas con que no lo dijiste.

-Sí que lo dije, y lo pensaba -repuso ella-. Pero no podemos evitarlo, Henry. Pero si tú mismo lo dijiste ayer.

-Ya lo sé -suspiró el anciano.

-No hacemos que se queden -prosiguió Laura-; todo lo contrario. Les advertimos que se vayan del pueblo. Ellos son los que deciden quedarse. Siempre deciden quedarse. Son ellos los que toman la decisión. Y eso también forma parte del ritual.

-Ya lo sé -repitió Henry antes de respirar profundamente y hacer una mueca-. No soporto el olor que deja esto. Todo el maldito pueblo huele a leche agria.

-A mediodía ya no se olerá nada. Ya lo sabes.

-Sí. Pero espero estar criando malvas la próxima vez que pase, Laura. Y si no, espero que otro se encargue del trabaji-to de hablar con quien se presente aquí justo antes de la estación de las lluvias. Me gusta poder pagar las facturas como a todo el mundo, pero te aseguro que uno se harta de los sapos. Incluso aunque sólo aparezcan cada siete años, uno acaba hasta las narices de los sapos.

-A quién se lo cuentas -repuso ella en voz baja.

-En fin -suspiró Henry mirando en derredor-. Será mejor que empecemos a arreglar este desorden, ¿ no te parece ?

-Sí -asintió Laura-. Y ¿sabes, Henry? No somos nosotros quienes inventamos el ritual, sólo lo seguimos.

-Ya lo sé, pero...

-Y las cosas podrían cambiar. No se sabe cuándo ni por qué, pero podrían cambiar. Es posible que ya no volvamos a tener estación de las lluvias. O que la próxima vez no venga nadie al pueblo...

-No digas eso -la interrumpió Henry atemorizado-. Si no viene nadie, es posible que los sapos no desaparezcan al salir el sol.

-¿Lo ves? -exclamó Laura-. Al final te has puesto de mi parte.

-Bueno, la verdad es que es mucho tiempo, ¿no? Siete años es mucho tiempo.-Sí.

-Pero era una pareja muy agradable, ¿verdad?

-Sí -repitió ella.

-Qué manera tan espantosa de palmarla -comentó Henry con cierta brusquedad.

Laura guardó silencio. Al cabo de un momento, Henry le preguntó si lo ayudaría a enderezar el cartel de la tienda. Pese al terrible dolor de cabeza que la atormentaba, Laura accedió... No le gustaba ver a Henry tan deprimido, sobre todo si estaba deprimido por algo que no podía controlar más de lo que podía controlar las mareas o las fases lunares.

Cuando terminaron, Henry parecía encontrarse un poco mejor.

-Sí, señor -exclamó-. Siete años es mucho, pero que mucho tiempo.

«Es verdad -pensó Laura-. Pero siempre pasa, y la estación de las lluvias siempre vuelve, y los forasteros vuelven con ella, siempre en parejas, siempre un hombre y una mujer, y siempre les contamos exactamente lo que va a pasar, y nunca se lo creen... y pasa lo que tiene que pasar.»

-Vamos, viejo loco -dijo-, invítame a un café antes de que me estalle la cabeza.

Henry la invitó a un café, y antes de que se terminaran la taza ya habían empezado a escucharse los sonidos de los martillos y las sierras en todo el pueblo. Por la ventana vieron que en la calle principal, la gente abría los postigos y se ponía a charlar y a reír.

El aire era cálido y seco, el cielo aparecía de un color azul pálido y nebuloso, y la estación de las lluvias había terminado en Willow.

No se equivoca de número

NOTA DEL AUTOR: Las abreviaturas de los guiones son simples y existen principalmente, en la opinión de este autor, para que aquellos que escriben guiones puedan sentirse como miembros de alguna logia. En cualquier caso, les conviene saber que PP significa *primer plano, PPP,prime-rísimo plano,* INT, *interior,* EXT, *exterior,* F, *fondo, y* PDV, *punto de vista.* Seguramente la mayoría de ustedes ya sabía todo esto, ¿verdad?

ACTO PRIMERO

ENTRADA:

LA BOCA DE KATIE WEIDERMAN, PPP

Está hablando por teléfono. Bonita boca; dentro de unos instantes comprobaremos que el resto de ella es igual de bonito.

KATIE

¿Bill? Oh, dice que no se encuentra muy bien, pero siempre le pasa lo mismo entre un libro y el siguiente... No puede dormir, cree que cualquier Ti dolor de cabeza es el primer síntoma de un tumor ¡t cerebral... En cuanto empiece con algo nuevo se v encontrará de perlas. *uit)*

SONIDOS DE F: EL TELEVISORLA CÁMARA SE RETIRA. KATIE está sentada en el nicho del teléfono de la cocina, charlando con su hermana mientras hojea unos catálogos. Cabe señalar una característica poco usual del teléfono por el que está hablando: es de dos líneas y cuenta con BOTONES ILUMINADOS que indican qué líneas están ocupadas. En estos momentos sólo hay una línea ocupada, la de KATIE. MIENTRAS KATIE CONTINÚA CON SU

CONVERSACIÓN, LA CÁMARA SE ALEJA DE ELLA, SE DESPLAZA POR LA COCINA y atraviesa el arco que comunica con el salón.

KATIE (la voz se va alejando)

Ah, hoy he visto a Janie Charlton... ¡Sí! ¡Está como una foca!...

La voz de KATIE deja de oírse. El volumen del televisor aumenta. Hay tres niños: JEFF, de ocho años, CONNIE, de diez, y DENNIS, de trece. Ponen *La rueda de la fortuna,* pero los niños no prestan atención al programa, sino que están enzarzados en su pasatiempo favorito: la

Discusión Sobre Lo Que Verán a Continuación.

JEFF

¡Vengaaaa! ¡Es el primer libro que escribió!

CONNIE

El primer libro asqueroso.

DENNIS

Vamos a ver *Cheers y Wings,* Jeff, como cada semana.

DENNIS habla en el tono sentencioso que sólo un hermano mayor consigue adoptar.

«¿Quieres hablar más del tema y ver cuánto dolor puedo infligir a tu flacucho cuerpo,

Jeff?», dice su expresión.

JEFF

¿Podríamos grabarla al menos?

CONNIE

Tenemos que grabar las noticias de la CNN para mamá. Ha dicho que se pasaría un buen rato hablando por teléfono con tía Lois.

JEFF

Pero ¿cómo quieres grabar las noticias de la CNN, por el amor de Dios? ¡Si nunca paran!

DENNIS

Eso es lo que le gusta a mamá.

CONNIE

Y no digas por el amor de Dios, Jeffie; no eres lo bastante mayor para hablar de Dios fuera de la iglesia.

JEFF

No me llames Jeffie.

CONNIE

Jeffie, Jeffie, Jeffie.

JEFF se levanta, se acerca a la ventana y contempla la oscuridad. Está muy molesto.

Siguiendo la ancestral tradición de los hermanos mayores, a DENNIS y CONNIE les encanta.

DENNIS

Pobre Jeffie.

CONNIE

Creo que se va a suicidar.

JEFF (volviéndose hacia ellos)

¡Es el primer libro que escribió! ¿Es que no os importa un comino?

CONNIE

Si tienes tantas ganas de verla, ¿por qué no la alquilas mañana en Video Stop ?

JEFF

¡No alquilan películas para mayores a niños pequeños *y* lo sabes muy bien!

CONNIE (en tono abstraído)

¡Calla, es Vanna! ¡Me encanta Vanna!

JEFF

Dennis...

DENNIS

Pídele a papá que te la grabe en el vídeo de su despacho y deja de dar la vara de una vez.

JEFF cruza la habitación y al pasar le saca la lengua a Vanna White. LA CÁMARA LO SIGUE hasta la cocina.

KATIE

... así que cuando me preguntó si Polly había dado positivo en el análisis de estreptococos, tuve que recordarle que Polly está fuera, en la escuela preparatoria... y Dios mío, Lois, la echo tanto de menos...

JEFF pasa por su lado de camino a la escalera.

KATIE

Niños, ¿queréis hacer el favor de estaros callados?

JEFF (en tono hosco)

Ahora sí que se estarán callados.

JEFF sube la escalera con paso desanimado.

KATIE lo sigue con la mirada durante un momento, cariñosa y preocupada.

KATIE

Ya se están peleando otra vez. Polly los mantenía a raya, pero ahora que se ha marchado a la escuela preparatoria... No sé... Quizás eso de enviarla a

Boston no haya sido tan buena idea al fin y al cabo. A veces parece tan desgraciada cuando llama...

INT. BELA LUGOSI EN EL PAPEL DE DRÁCULA, PP

Drácula está sentado en la entrada de su castillo de Transil-vania. Le han superpuesto un globo de viñeta sobre la cabeza. Dice así: «¡Escuchad! ¡Hijos míos de la noche! ¡Escuchad la música que tocan!». El póster está colgado de una puerta, pero no lo vemos hasta que JEFF la abre y entra en el estudio de su padre.

INT.

UNA FOTOGRAFÍA DE KATIE, PP

LA CÁMARA SE MANTIENE FIJA Y A CONTINUACIÓN SE DESPLAZA HACIA LA

DERECHA. Vemos otra foto, una toma de POLLY, la hija que está en Boston, en la escuela preparatoria. Se trata de una encantadora muchacha de dieciséis años. Junto a la foto de POLLY hay otra de DENNIS..., una de CONNIE... y por último una de JEFF.

LA CÁMARA CONTINÚA DESPLAZÁNDOSE Y SE ALEJA para que podamos ver a

BILL WEIDERMAN, un hombre de unos cuarenta y cuatro años. Parece cansado. Está mirando el procesador de textos que hay sobre su mesa, pero su bola de cristal mental debe de

haberse tomado la noche libre. En las paredes vemos cubiertas de libros enmarcadas. Todas ellas son escalofriantes.

Uno de los títulos es *Beso fantasmal.*

JEFF se acerca sigilosamente a su padre. La moqueta amortigua el sonido de sus pasos.

BILL suspira y apaga el triturador de textos. Al cabo de unos segundos, JEFF coloca las manos sobre los hombros de su padre.

JEFF

UUUUUHHHHH!

BILL

Holajeffie.

BILL hace girar la silla para mirar a su hijo, que parece desilusionado.

JEFF

¿Por qué no te has asustado?

BILL

Mi trabajo consiste en asustar. Estoy muy curtido. ¿Te pasa algo?

JEFF

Papá, ¿puedo ver la primera hora de *Beso fantasmal* y luego me grabas el resto? Dennis y

Connie no me dejan ver nada.

BILL se da la vuelta para mirar la cubierta del libro con expresión abstraída.

BILL

¿Estás seguro de que quieres ver eso, amigo? Es bastante...

JEFF

¡Síííí!

INT.

KATIE, EN EL NICHO DEL TELÉFONO

En esta toma, vemos claramente la escalera que conduce al estudio de su marido y que empieza detrás de ella.

KATIE

Realmente creo que Jeff necesita ir al ortodoncis-ta, pero ya sabes cómo es Bill...

Suena la otra línea del teléfono. La segunda luz se enciende.

Ahora vemos a BILL y JEFF detrás suyo, bajando por la escalera.

BILL

Cariño, ¿dónde están las cintas vírgenes? No encuentro ninguna en el estudio y...

KATIE (dirigiéndose a BILL)

¡Espera!

(a LOIS)

Espera un momento, Lois.

La hace esperar un momento. Ahora parpadean las luces de las dos líneas. KATIE pulsa el botón superior para recibir la nueva llamada.

KATIE

Diga, residencia de los Weiderman.

SONIDO: SOLLOZOS DESESPERADOS

VOZ SOLLOZANTE (filtro)

Lleva... Por favor..., lleva... lle-lle...

KATIE

Polly, ¿eres tú? ¿Qué te pasa?

VOZ SOLLOZANTE (filtro)

Por favor... deprisa...

SONIDO: SOLLOZOS... A continuación, CLIC. La comunicación queda cortada.

KATIE

¡Cálmate, Polly! Sea lo que sea s tanho...

EL ZUMBIDO DE LA LÍNEA DESOCUPADA

JEFF se ha encaminado al salón con la esperanza de encontrar una cinta de vídeo virgen.

BILL

¿Quién era?

Sin mirar a su marido ni contestarle, KATIE pulsa con todas sus fuerzas el botón inferior.

KATIE

¿Lois? Mira, luego te llamo. Era Polly, y parecía desesperada. No..., ha colgado. Sí, lo haré.

Gracias.

Cuelga el teléfono.

BILL (preocupado)

¿Era Polly?

KATIE Llorando como una desesperada.

Me parece que intentaba decir: «Por favor, llévame a casa»... Sabía que esa maldita escuela le estaba sentando fatal... No sé por qué dejé que me convencieras para enviarla allí...

Mientras habla rebusca con ademanes frenéticos en la mesita del teléfono. Algunos catálogos caen al suelo, alrededor del taburete.

KATIE

¡Connie! ¿Has cogido mi agenda?

CONNIE (voz)

No, mamá.

BILL extrae una maltrecha libreta del bolsillo posterior de sus pantalones y empieza a hojearla.

BILL

Yo tengo el número, pero...

KATIE

Sí, ya lo sé, el maldito teléfono siempre comunica. Dámelo.

BILL

Cálmate, cariño.

KATIE

Me calmaré en cuanto haya hablado con ella. Tiene dieciséis años, Bill. Las chicas de dieciséis años son propensas a las depresiones. A veces incluso se s... ¿Quieres darme el número?

BILL

617-555-8641

Mientras KATIE marca el número, LA CÁMARA SE ACERCA

HASTA UN PP.

KATIE

Vamos, vamos..., que no comunique..., sólo por esta vez...

SONIDO: CLICS. Una pausa. Y entonces... el teléfono empieza a sonar.

KATIE (con los ojos cerrados)

Gracias, Señor.

VOZ (filtro)

Hartshorn Hall, soy Frieda. Si quieres hablar con Christine la Reina del Sexo, se está duchando, Arnie.

KATIE

¿Podrías decirle a Polly que se ponga, por favor? Polly Weiderman. Soy Kate Weiderman, su madre.

VOZ (filtro)

¡Oh, Dios mío! Creía que... Un momento, por favor, señora Weiderman.

SONIDO DEL OTRO TELÉFONO AL SER DEJADO SOBRE LA MESA
VOZ (filtro)
¡Polly! ¿Pol?... ¡Teléfono! ¡Es tu madre!
INT. ÁNGULO MÁS AMPLIO DEL NICHO DEL TELÉFONO: INCLUYE A BILL
BILL
¿Y bien?
KATIE
Han ido a buscarla, espero.
JEFF llega con una cinta virgen.
JEFF
Ya he encontrado una, papá. Dennis las había escondido, como siempre.
BILL
Espera un momento, Jeff. Ve a mirar la tele.
JEFF
Pero...
BILL
No me olvidaré. Y ahora vete.
JEFF se va.

KATIE
Vamos, vamos, vamos...
BILL
Cálmate, Katie.
KATIE
Si la hubieras oído no me dirías que me calmara. Parecía...
POLLY (filtro, voz alegre)
¡Hola, mamá!
KATIE
¡Polly, cariño! ¿Estás bien?
POLLY (voz feliz y burbujeante)
¿Que si estoy bien? He sacado un excelente en el examen de biología, un notable en el ensayo de francés y Ronnie Hansen me ha pedido que vaya con él al Baile de la Cosecha. Estoy tan bien que si me pasan más cosas buenas hoy, lo más probable es que explote como el *Hindenburg.*
KATIE
¿No acabas de llamarme llorando como una desesperada?
A juzgar por su rostro, KATIE ya conoce la respuesta a su pregunta.
POLLY (filtro)
¿Yo? ¡No!
KATIE
Me alegro mucho por tus exámenes y por tu cita, cariño. Supongo que ha sido otra persona.
Ya te llamaré, ¿de acuerdo?
POLLY (filtro)
¡Vale! ¡Dale saludos a papá!

KATIE
Se los daré.
INT. EL NICHO DEL TELÉFONO DESDE UN ÁNGULO MÁS AMPLIO
BILL
¿Está bien?
KATIE
Perfectamente. Habría jurado que era Polly, pero... estaba más contenta que unas pascuas.

BILL

Pues habrá sido una broma. O alguien que lloraba tan fuerte que se ha equivocado de número... «entre un espeso velo de lágrimas», como decimos los veteranos.

KATIE

No ha sido una broma y no se han equivocado de número. ¡Era alguien de mi familia!

BILL

Cariño, ¿cómo puedes estar tan segura?

KATIE

¿Que cómo puedo estar tan segura? Si Jeff llamara llorando, ¿lo reconocerías?

BILL (algo sobrecogido)

Sí, tal vez. Supongo que sí.

KATIE no lo escucha. Está marcando otro número a toda prisa.

BILL

¿A quién llamas?

KATIE no le contesta.

SONIDO: EL TELÉFONO SUENA DOS VECES. A continuación:

VOZ FEMENINA DE PERSONA MAYOR (filtro) ¿Diga?

KATIE

¿Mamá? Estás... (Hace una pausa.) ¿Me has llamado hace un momento ?

VOZ (filtro)

No, querida... ¿Por qué?

KATIE

Oh, bueno, ya sabes cómo son estos teléfonos. Estaba hablando con Lois y he perdido la otra llamada.

VOZ (filtro)

Bueno, pues no era yo. Kate, he visto un vestido precioso en La Boutique y...

KATIE

Hablaremos de ello más tarde, ¿de acuerdo?

VOZ (filtro)

Kate, ¿estás bien?

KATIE

Tengo... Mamá, creo que tengo diarrea. Tengo que colgar. Adiós.

Cuelga el teléfono.

BILL se contiene hasta entonces, pero de pronto lanza una gran CARCAJADA.

BILL

Madre mía... Diarrea... Tengo que recordarlo para la próxima vez que me llame mi agente...

Oh, Ka-tie, ha sido fantástico...

KATIE (casi gritando)

¡No es gracioso!

BILL deja de reír. INT. EL SALÓN

JEFF y DENNIS han estado peleándose. De pronto se detienen. Los tres niños se vuelven hacia la cocina.

INT. EL NICHO DEL TELÉFONO, CON BILL Y KATIE

KATIE

Te digo que era alguien de mi familia y que parecía... Bah, tú no lo entiendes. Yo conozco esa voz.

BILL

Pero si Polly está bien y tu madre también...

KATIE (con certeza)

Es Dawn.

BILL

Vamos, cariño, hace un momento estabas convencida de que era Polly.

KATIE

Tiene que ser Dawn. Estaba hablando con Lois y mamá está bien, así que Dawn es la única que queda. Es la más joven..., podría haberla confundido con Polly... ¡y está en esa casa de campo sola con el niño!

BILL (sobresaltado)

¿Cómo que sola?

KATIE

Jerry está en Burlington. ¡Es Dawn! ¡Le ha pasado algo a Dawn!

CONNIE entra en la cocina con expresión preocupada.

CONNIE

¿Le pasa algo a tía Dawn, mamá?

BILL

Que nosotros sepamos, no le pasa nada. Tranquila, pequeña. No hace falta llamar al mal tiempo.

KATIE marca un número y espera.

SONIDO: el DA-DA-DA de una línea ocupada. KATIE cuelga.

BILL la mira con expresión interrogante y las cejas enarcadas.

KATIE

Comunica.

BILL

Katie, ¿estás segura de que...?

KATIE

Es la única que queda. Tiene que ser ella. Bill, tengo miedo. ¿Me acompañas a su casa?

BILL le quita el teléfono de la mano.

BILL

¿ Cuál es su número ?

KATIE

555-6169

BILL marca el número.

Comunica. Cuelga y marca el cero.Operadora.

OPERADORA (filtro)

BILL

Estoy intentando llamar a mi cuñada, operadora. La línea está ocupada. Creo que hay algún problema. ¿Podría usted intervenir la llamada, por favor?

INT. LA PUERTA DEL SALÓN

Los tres niños están de pie en la puerta, silenciosos y preocupados.

OPERADORA (filtro)

¿Su nombre, por favor?

BILL

William Weiderman. Mi número es el...

OPERADORA (filtro)

¿No será el William Weiderman que escribió *La perdición de la, araña.*

BILL

El mismo. Por...

OPERADORA (filtro)

¡Oh, Dios mío, me encantó ese libro! ¡Me encantan todos sus libros! Yo...

BILL

Me alegro mucho. Pero ahora mismo, mi mujer está muy preocupada por su hermana. Si pudiera...

OPERADORA (filtro)

No hay problema. Por favor, déme su número, señor Weiderman. Es para los archivos.

(Lanza una RISITA AHOGADA.) Prometo no dárselo a nadie.

BILL

Es el 555-4408

OPERADORA (filtro)

¿Y el número al que quiere llamar?

KATIE

555-6169

BILL

555-6169

OPERADORA (filtro)

Un momento, señor Weiderman... *La noche de la bestia* también es estupendo, por cierto.

Espere, por favor.

SONIDO: CLICS Y CLACS TÍPICOS DEL TELÉFONO

KATIE

¿Está...?

BILL

Sí, espera... El último CLIC.

OPERADORA (filtro)

Lo siento, señor Weiderman, pero la línea no está ocupada, sino que el teléfono está descolgado. Me pregunto si podría enviarle mi ejemplar de *La perdición de la araña...*

BILL cuelga.

KATIE

¿Por qué has colgado?

BILL

No puede intervenir la llamada; el teléfono no comunica, sino que está descolgado.

Se miran fijamente con expresión desolada.

EXT. UN COCHE DEPORTIVO PASA JUNTO A LA CÁMARA

NOCHE

INT. El COCHE; KATIE Y BILL

KATIE está asustada.

BILL, que está al volante, no parece precisamente muy tranquilo.

KATIE

Eh, Bill, dime que no le ha pasado nada.

BILL

No le ha pasado nada.

KATIE

Y ahora dime lo que piensas de verdad.

BILL

Jeff se me ha acercado por detrás para intentar darme uno de sus viejos sustos. Se quedó muy decepcionado porque no pegué un salto. Le dije que estaba curtido. (Pausa.) Pues no es verdad.

KATIE

¿Por qué tuvo Jerry que instalarse ahí si de todos modos está fuera la mayor parte del tiempo? ¿Por qué se tiene que quedar Dawn sola con el bebé?

BILL

Cálmate, Katie. Casi hemos llegado.

KATIE

Acelera.

EXT. EL COCHE

BILL acelera. El coche vuela.

INT. EL SALÓN DE LOS WEIDERMAN

El televisor sigue encendido y los niños siguen en la habitación, pero ya no se pelean.

CONNIE

Dennis, ¿crees que tía Dawn está bien?

DENNIS (cree que está muerta, decapitada por un maníaco)

Sí, seguro que sí.

INT. EL TELÉFONO, PDV DESDE EL SALÓN

El teléfono colgado de la pared del nicho, con las luces apagadas, con el aspecto de una serpiente a punto de atacar.

FUNDIDO

ACTO SEGUNDO

EXT. UNA GRANJA AISLADA

Un largo sendero conduce hasta ella. Hay una luz encendida en el salón. Los faros del coche iluminan el sendero. El coche de los WEIDERMAN se detiene junto al garaje.

INT. EL COCHE, BILL Y KATIE

KATIE

Tengo miedo.BILL se inclina hacia delante, mete la mano bajo el asiento y extrae una pistola.

BILL (en tono solemne)

Uuuuuhhhhh.

KATIE (asombrada)

¿Cuánto tiempo hace que la tienes?

BILL

Desde el año pasado. No quería asustaros ni a ti ni a los niños. Tengo licencia. Vamos.

EXT.

BILL Y KATIE

Salen del coche. KATIE se queda junto al coche mientras BILL se acerca a la puerta del garaje y mira dentro.

BILL

Su coche está aquí.

LA CÁMARA LOS SIGUE HASTA LA PUERTA PRINCIPAL.

Ahora oímos el televisor puesto a TODO VOLUMEN. BILL pulsa el timbre. Lo oímos sonar en el interior. Esperan. KATIE pulsa el timbre. No obtienen respuesta. Vuelve a pulsarlo y ya no lo suelta. BILL baja la mirada hacia:

EXT.

LA CERRADURA, PDV DE BILL Presenta grandes arañazos. EXT. BILL Y KATIE

BILL (en voz baja) Han forzado la cerradura.

KATIE la examina y lanza un gemido.

BILL empuja y se abre. El volumen del televisor aumenta.

BILL avanza unos pasos. KATIE lo sigue aterrorizada, a punto de echarse a llorar.

INT. EL SALÓN DE DAWN Y JERRY

Desde este ángulo vemos una pequeña parte del salón. El volumen del televisor ha aumentado mucho. BILL entra en la habitación. Mira hacia la derecha... y de repente se relaja y baja el arma.

KATIE (detrás de BILL)

Bill, ¿qué...?

BILL señala con el dedo.

INT. EL SALÓN, ÁNGULO AMPLIO DESDE EL PDV DE BILL Y KATIE

Da la impresión de que por la habitación ha pasado un ciclón..., pero el desorden no se debe ni a un robo ni a un asesinato; tan sólo a un niño saludable de dieciocho meses. Tras un fatigoso día destrozando el salón, el bebé está cansado, mamá está cansada y se han dormido juntos en el sofá. El niño está sobre el regazo de DAWN. La mujer lleva auriculares. Hay juguetes, sobre todo juguetes de plástico resistente de Barrio Sésamo y PlaySkool esparcidos

por todas partes. El niño también ha tirado casi todos los libros de la estantería. Y también ha estado mordisqueando uno de ellos, a juzgar por su aspecto. BILL se acerca y lo recoge. Es *Beso fantasmal.*

BILL

Hay gente que dice que devora mis libros, pero esto es ridículo.

Lo encuentra muy gracioso. KATIE no. Se acerca a su hermana, dispuesta a mostrar su enfado, pero entonces ve lo cansada que parece DAWN y su expresión se suaviza.

INT.

DAWN Y EL NIÑO DESDE EL PDV DE KATIE

Duermen a pierna suelta y respiran con regularidad; parece un cuadro de Rafael de la Virgen y el Niño. LA CÁMARA SE DESPLAZA HACIA: el walkman. Nos llegan notas lejanas de Huey

Louis y los News. LA CÁMARA SE DESPLAZA HACIA: un teléfono tipo Princesa colocado sobre la mesita que hay junto a la silla. Está descolgado. No mucho; sólo lo justo para dar la señal de ocupado y darle a la gente un susto de muerte.

INT.

KATIE

Exhala un suspiro, se inclina hacia delante y cuelga el teléfono. A continuación pulsa el botón STOP del walkman.

INT.

DWAN, BILL y KATIE

DAWN se despierta cuando cesa la música. Mira a BILL y a KATIE con expresión confusa.

DAWN (adormilada)

Esto... hola.

Se da cuenta de que todavía lleva puestos los auriculares y se los quita.

BILL

Hola, Dawn.

DAWN (todavía medio dormida)

Deberíais haber llamado, chicos. La casa está hecha un asco.

Sonríe. Está radíente cuando sonríe.

KATIE

Lo hemos intentado, pero la operadora le dijo a Bill que el teléfono estaba descolgado. Creí que te había pasado algo. ¿Cómo puedes dormir con la música a tope?

DAWN

Es relajante.

(Ve el libro mordisqueado que Bill sostiene en la mano.)

Oh, Dios mío, Bill. ¡Lo siento! A Justin le está saliendo un diente y...

BILL

Algunos críticos afirmarían que ha escogido el objeto perfecto para mordisquear. No quiero asustarte, preciosa, pero alguien ha intentado forzar la puerta con un destornillador o algo así.

DAWN

¡No, qué va! Fue Jerry, la semana pasada. Cerré la puerta desde fuera sin querer, y él no llevaba sus llaves, y las de repuesto no estaban encima de la puerta. Se cabreó porque tenía que mear, así que intentó abrirla con un destornillador. No lo consiguió...; es una cerradura muy sólida. Cuando encontré mis llaves, él ya había ido a mear entre los arbustos.

BILL

Pues si no la han forzado, ¿cómo es que no he tenido más que empujar la puerta para abrirla?

DAWN (con expresión culpable)

Bueno..., es que a veces me olvido de cerrarla.

KATIE

¿Me has llamado tú hace un rato, Dawn?

DAWN

¡Qué va! ¡No he llamado a nadie! Estaba demasiado ocupada persiguiendo a Justin. No hacía más que intentar beberse el suavizante. Después le ha entrado sueño, y me he sentado y he pensado voy a escuchar unos temas antes de que empiece tu película, Bill, y me he quedado dormida...

Al oír mencionar la película, BILL se sobresalta y mira el libro antes de consultar el reloj.

BILL

Le he prometido a Jeff que se la grabaría. Vamos, Katie, tenemos tiempo de volver antes de que empiece.

KATIE

Un momento.

Descuelga el teléfono y empieza a marcar.

DAWN

¡Vaya, Bill! ¿Crees que Jeff es lo bastante mayor como para ver una película así?

BILL

La dan en la televisión nacional. Cortan las escenas más sangrientas.

DAWN (confusa pero amable)

Ah, bueno, eso está muy bien.

INT. KATIE, PP

DENNIS (filtro)

¿Diga?

KATIE

He pensado qne os gustaría saber que tía Dawa está bien..

DENNIS (filtro)

Ah, perfecto.

Gracias, mamá.

INT. EL NICHO DEL TELÉFONO, CON DENNIS Y LOS DEMÁS

DENNIS parece muy aliviado.

DENNIS

Tía Dawn está bien.

INT. EL COCHE, BILL Y KATIE

Viajan en silencio durante un rato.

KATIE

Crees que soy una histérica, ¿verdad?

BILL (sinceramente sorprendido)

¡No! Yo también estaba asustado.

KATIE

¿Seguro que no estás enfadado?

BILL

Estoy demasiado aliviado (ríe).

Dawn es un desastre, pero la quiero.

KATIE (se inclina hacia él para besarlo)

Y yo te quiero a ti. Eres un encanto.

BILL

¡Soy el hombre del saco!

KATIE

A mí no me engañas, cariño.

EXT. EL COCHE f PASA JUNTO A LA CÁMARA Y PASAMOS A:INT. JEFF, EN LA CAMA

Su habitación está a oscuras.
JEFF tiene las mantas subidas hasta la barbilla.
JEFF
¿Me prometes que grabarás el resto?
EL ÁNGULO DE LA CÁMARA SE AMPLÍA para incluir a BILL, que está sentado en la cama.
BILL
Te lo prometo.
JEFF
Lo que más me gustó fue la parte donde el muerto le arranca la cabeza al punkie.
BILL
Bueno..., antes cortaban las escenas sangrientas.
JEFF
¿Qué dices, papá?
BILL
Nada. Te quiero, Jeffie.
JEFF
Yo también te quiero. Y Rambo también te quiere.
JEFF levanta un dragón de peluche que tiene un aspecto extremadamente inofensivo.
BILL besa el dragón y a continuación JEFF.
BILL
Buenas noches.
JEFF
Buenas noches. (Cuando BILL llega a la puerta.)

Me alegro de que tía Dawn esté bien.
BILL
Yo también.
Sale de la habitación.
INT. TELEVISOR, PP
Un tipo que tiene el aspecto de haber muerto dos semanas antes del rodaje (y de haber estado expuesto al sol durante mucho tiempo desde entonces) está saliendo a tropezones de una cripta. EL ÁNGULO DE LA CÁMARA SE AMPLÍA para mostrar a BILL en el momento de pulsar el botón de PAUSA del vídeo.
KATIE (voz)
Uuuuuhhhh.
BILL se vuelve con ademán sociable. EL ÁNGULO DE LA CÁMARA SE AMPLÍA AÚN
MÁS para mostrar a KATIE, que lleva un seductor salto de cama.
BILL
Lo mismo digo. Me he perdido los primeros cuarenta segundos después del intermedio. Tenía que darle un beso a *Rambo.*
KATIE
¿Seguro que no estás enfadado conmigo, Bill?
BILL se acerca a ella y la besa.
BILL
Ni por asomo.
KATIE
Es que habría jurado que era alguien de mi familia. ¿Entiendes lo que quiero decir?
BILL
Sí.

KATIE
Todavía oigo esos sollozos. Tan perdidos..., tan desesperados.

BILL

Kate, ¿no te ha dado nunca la sensación de que reconoces a alguien en la calle, y lo llamas y cuando por fin se gira te das cuenta de que es un perfecto desconocido?

KATIE

Sí, una vez. En Seattle. Estaba en un centro comercial y me pareció ver a mi antigua compañera de habitación. Yo... Oh, sí, sé lo que quieres decir.

BILL

Pues eso. Hay personas con voces parecidas, al igual que hay gente que se parece físicamente.

KATIE

Pero..., uno conoce a los suyos. Al menos eso creía hasta hoy.

KATIE apoya la mejilla en el hombro de BILL. Parece preocupada.

KATIE Estaba convencida de que era Polly...

BILL

Porque te preocupaba que no consiguiera controlar la situación en su nueva escuela, pero a juzgar por lo que te ha dicho por teléfono, yo diría que las cosas le van muy bien, ¿no crees?

KATIE

Sí..., supongo que sí.

BILL

Deja de preocuparte, cariño.

KATIE (observándolo con atención)

No me gusta nada verte tan cansado. A ver si se te ocurre una idea nueva.

BILL

Bueno, en eso estoy.

KATIE

¿Vienes a la cama?

BILL

En cuanto termine de grabar la película para Jeff.

KATIE (jocosa)

Bill, este aparato ha sido fabricado por técnicos japoneses que piensan en casi todo.

Funciona solo,¿sabes?

BILL

Sí, pero hace mucho tiempo que no veo esta película y...

KATIE

Vale. Que la disfrutes. Creo que me quedaré despierta durante un rato. (Pausa.) Yo también tengo algo en mente.

BILL (sonriendo)

¿Ah, sí?

KATIE

Sí.

Se dispone a salir, mostrando buena parte de sus piernas, y al llegar a la puerta se vuelve porque se le ha ocurrido otra cosa.

KATIE

Si sale la parte donde le arrancan la cabeza al...

BILL

La borraré.

KATIE

Buenas noches. Y gracias otra vez. Por todo.

KATIE se va.

BILL se sienta en su sillón.

INT. TELEVISOR, PP

Una pareja se magrea en un coche. De repente, el tipo muerto abre de golpe la portezuela del copiloto y PASAMOS A:

INT. KATIE, EN LA CAMA

La habitación está a oscuras. KATIE se despierta... más o menos.

KATIE (soñolienta)

Eh, grandullón...

Alarga el brazo para tocarlo, pero el lado de la cama de BILL está vacío y la colcha, arreglada. KATIE se incorpora y mira:

INT. UN RELOJ SOBRE LA MESITA DE NOCHE, PDV DE KATIE Marca las 2.03. Al cabo de un instante pasa a las 2.04.

INT. KATIE

Completamente despierta. Y preocupada. Se levanta, se pone la bata y sale del dormitorio.

INT. LA PANTALLA DEL TELEVISOR, PP

Nieve.

KATIE (su voz se va acercando)

¿Bill? ¿Cariño? ¿Estás bien? Bill, Bi...

INT. KATIE, EN EL ESTUDIO DE BILL

Está paralizada de horror, con los ojos abiertos de par en par.

INT. BILL, EN SU SILLÓN

Se ha derrumbado hacia un lado, con los ojos cerrados y una mano en el interior de la camisa. DAWN estaba dormida. BILL no.

EXT. INTRODUCEN UN ATAÚD EN UNA TUMBA

REVERENDO (voz)

Y así encomendamos los restos mortales de William Weiderman a la tierra, confiando en la salvación de su espíritu y de su alma. «No desesperéis, hermanos...»

EXT. JUNTO A LA TUMBA

Toda la familia Weiderman está reunida aquí. KATIE y POLLY llevan idénticos vestidos y velos negros. CONNIE lleva una falda negra y una blusa blanca. DENNIS y JEFF llevan trajes negros. JEFF está llorando. Lleva a *Rambo* el Dragón bajo el brazo a modo de consuelo.

LA CÁMARA SE DESPLAZA HACIA KATIE. Por sus mejillas ruedan gruesas lágrimas.

Se agacha, coge un puñado de tierra y lo arroja a la tumba.

KATIE

Te quiero, grandullón.

EXT. JEFF

Llorando.

EXT. CÁMARA ENFOCADA HACIA LA TUMBA

Tierra desparramada sobre el ataúd.

PASAMOS A:

EXT.

LA TUMBA

UN ENTERRADOR ECHA LA ÚLTIMA PALADA DE TIERRA

ENTERRADOR

Mi mujer dice que le gustaría que hubiera escrito un par de novelas más antes de tener el ataque al corazón, señor. (Pausa.) Yo personalmente prefiero las del oeste.

EL ENTERRADOR se aleja silbando.

PASAMOS A:

EXT. UNA IGLESIA DE DÍA

TITULO: CINCO AÑOS DESPUÉS

SUENA LA MARCHA NUPCIAL. POLLY, ya adulta y radiante de gozo, sale de la iglesia entre una lluvia de arroz. Lleva un vestido de novia y su marido está junto a ella.

Los invitados arrojan arroz desde ambos lados del sendero. Detrás de los novios aparecen otras personas. Entre ellas se encuentran KATIE, DENNIS, CONNIE y JEFF..., todos ellos cinco años mayores. Junto a KATIE vemos a otro hombre. Se trata de HANK. En el tiempo transcurrido, KATIE también se ha vuelto a casar.

POLLY se vuelve hacia su madre.

POLLY

Gracias, mamá.

KATIE (llorando)

De nada, cariño.

Se abrazan. Al cabo de un momento, POLLY se aparta y mira a HANK. Se produce un instante de tensión, y a continuación POLLY abraza también a HANK.

POLLY

Y gracias a ti también, Hank. Siento haberme portado como una idiota durante tanto tiempo...

HANK (en tono ligero)

Nunca te has comportado como una idiota, Pol. Padre no hay más que uno.

CONNIE

¡Tíralo! ¡Tíralo!

Al cabo de un momento, POLLY arroja el ramo de novia.

EXT. EL RAMO DE NOVIA, PP, CÁMARA LENTA

Da vueltas y más vueltas en el aire.

PASAMOS A:

INT. EL ESTUDIO, CON KATIE DE NOCHE

El ordenador personal ha sido sustituido por una gran lámpara que ilumina un montón de planos. Las cubiertas de libros han sido reemplazadas por fotografías de edificios. Los primeros en construirse en la mente de HANK, seguramente.

KATIE está mirando la mesa con expresión pensativa y algo triste.

HANK (voz)

¿Vienes a la cama, Kate?

KATIE

Dentro de un rato. Una no asiste a la boda de su hija mayor todos los días.

HANK

Lo sé.

LA CÁMARA LOS SIGUE mientras se alejan de la zona de trabajo en dirección a la zona más informal. Ofrece un aspecto muy parecido al que tenía en los viejos tiempos, con una me-sita de café, el televisor, un sofá y el viejo sillón de BILL. KATIE mira el sillón.

HANK

Todavía le echas de menos, ¿verdad?

KATIE

Algunos días más que otros. Tú no lo sabías, y Polly no se ha acordado.

HANK (en tono cariñoso)

¿No se ha acordado de qué, cariño?

KATIE

Polly se ha casado el día del quinto aniversario de la muerte de Bill.

HANK (la abraza)

¿Por qué no vienes a la cama?

KATIE

Dentro de un rato.

HANK

De acuerdo. A lo mejor todavía estoy despierto cuando vengas.

KATIE

Tienes algo en mente, ¿eh?

HANK
Es posible.

KATIE
Estupendo.

HANK la besa y a continuación sale de la estancia cerrando la puerta tras de sí. KATIE se sienta en el sillón de Bill. Junto a ella, sobre la mesa de café, hay un mando a distancia y un supletorio.

KATIE mira la pantalla apagada del televisor, y LA CÁMARA SE ACERCA A SU ROSTRO. En uno de sus ojos aparece una lágrima brillante como un zafiro.

KATIE
Todavía te echo de menos, grandullón. Muchísimo. Cada día. ¿Y sabes qué? Eso duele.

La lágrima cae. KATIE coge el mando a distancia y pulsa el botón de encendido.

INT. TELEVISOR; PDV DE KATIE

Vemos un anuncio de cuchillos y a continuación el logotipo en forma de estrella de la empresa.

PRESENTADOR (voz)
Y ahora volvemos al peliculón de los jueves del canal 63... *Beso fantasmal.*El logotipo desaparece y aparece un tipo que tiene el aspecto de haber muerto hace dos semanas y de haber estado expuesto al sol durante mucho tiempo desde entonces. Sale a tropezones de la sempiterna cripta.

INT. KATIE

Terriblemente sobresaltada... casi horrorizada. Pulsa el botón de apagado del mando a distancia. La pantalla del televisor se queda vacía.

El rostro de KATIE empieza a transformarse. Intenta contener la imperiosa tormenta emocional que se avecina, pero la coincidencia de la película es la gota que colma el vaso de un día que, sin duda, ha sido uno de los más duros de su vida desde el punto de vista emocional. El dique cede y KATIE estalla en sollozos... sollozos desesperados. Alarga el brazo hacia la mesita que hay junto al sillón con la intención de dejar ahí el mando a distancia, pero en lugar de eso tira el teléfono al suelo.

SONIDO: EL ZUMBIDO DE LA LÍNEA ABIERTA

Su rostro surcado de lágrimas se calma de repente en el momento en que mira el teléfono.

Cierta expresión se dibuja en él al cabo de un instante. ¿Será una idea? ¿Una intuición? Es difícil saberlo. Y tal vez carece de importancia.

INT. EL TELÉFONO; PDV DE KATIE

LA CÁMARA SE ACERCA HASTA UN PPP... hasta que los orificios del auricular adquieren el aspecto de abismos.

EL ZUMBIDO DE LA LÍNEA ABIERTA AUMENTA DE VOLUMEN FUNDIDO... y oímos:

BILL (voz)
¿A quién llamas? ¿A quién quieres llamar? ¿A quién llamarías si no fuera demasiado tarde?

INT. KATIE

Ha adoptado una extraña expresión hipnotizada. Alarga el brazo, coge el teléfono y marca un número, en apariencia al azar.

SONIDO: TIMBRE DEL TELÉFONO

KATIE todavía parece hipnotizada. Esta expresión perdura hasta que contestan al teléfono... y entonces se oye a sí misma en el otro extremo de la línea.

KATIE (voz filtrada)
Diga, residencia de los Weiderman.

KATIE... la KATIE actual, con vetas plateadas en el cabello, sigue sollozando, aunque una expresión de desesperada esperanza lucha por abrirse camino en su rostro. De algún modo

comprende que la profundidad de su dolor ha inducido una suerte de viaje telefónico a través del tiempo. Intenta hablar, hacer que las palabras broten de sus labios.

KATIE (sollozante)

Lleva... Por favor..., lleva... lle-lle...

INT. KATIE, EN EL NICHO DEL TELÉFONO, FLASHBACK

Retrocedemos cinco años. BILL está junto a ella con expresión preocupada. JEFF se aleja para buscar una cinta virgen en la otra habitación.

KATIE

Polly, ¿ eres tú ? ¿ Qué te pasa ?

INT. KATIE, EN EL ESTUDIOKATIE (sollozante) Por favor... deprisa...

SONIDO: CLIC. LA COMUNICACIÓN QUEDA CORTADA

KATIE (gritando)

¡Llévalo al hospital! ¡Si no quieres que se muera, llévalo al hospital! ¡Va a tener un ataque al corazón! Va a...

SONIDO: ZUMBIDO DE LA LÍNEA ABIERTA

Lentamente, muy lentamente, KATIE cuelga el teléfono. Al cabo de un momento lo vuelve a descolgar. Habla en voz alta, de un modo inconsciente. Probablemente ni siquiera sabe que está hablando.

KATIE

He marcado el número antiguo. He marcado el...

CORTE A:

INT. BILL, EN EL NICHO DEL TELÉFONO JUNTO A KATIE

Le acaba de quitar el teléfono a KATIE y habla con la operadora.

OPERADORA (filtro, risita ahogada)

Prometo no dárselo a nadie.

BILL

Es el 555...

CORTE A:

INT. KATIE, EN EL SILLÓN DE BILL, PP

KATIE (termina la frase)

4408.

INT. EL TELÉFONO, PP

El tembloroso dedo de KATIE marca cuidadosamente los números y oímos los tonos correspondientes: 555-4408.

INT. KATIE, EN EL SILLÓN DE BILL, PP

Cierra los ojos en cuanto el teléfono empieza a sonar. Su rostro está lleno de una atormentada mezcla de esperanza y terror. Si tuviera otra oportunidad para transmitir el importante mensaje, dice su rostro..., una sola oportunidad.

KATIE (en un susurro)

Por favor... por favor...

VOZ GRABADA (filtro)

Este número está fuera de servicio. Rogamos cuelgue el teléfono y vuelva a marcar. Si necesita información...

KATIE vuelve a colgar el teléfono. Gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas. LA

CÁMARA SE ALEJA Y DESCIENDE hacia el teléfono.

INT. EL NICHO DEL TELÉFONO, CON KATIE Y BILL, FLASH-BACK

BILL

Pues habrá sido una broma. O alguien que lloraba tan fuerte que se ha equivocado de número... «entre un espeso velo de lágrimas», como decimos los veteranos.

KATIE

No ha sido una broma y no se han equivocado de número. ¡Era alguien de mi familia!INT.

KATIE (EN LA ACTUALIDAD) EN EL ESTUDIO DE BILL

KATIE

Sí. Alguien de mi familia. Alguien muy cercano a mí. (Pausa.) Yo misma.

De repente, arroja el teléfono al otro lado de la habitación. Entonces ESTALLA DE

NUEVO EN SOLLOZOS y sepulta el rostro entre las manos. LA CÁMARA sostiene el plano durante unos instantes, y a continuación SE DESPLAZA hacia

INT. EL TELÉFONO

Yace sobre la moqueta, con aspecto amable y amenazador a un tiempo. LA CÁMARA SE

ACERCA HASTA UN PPP... los orificios del auricular vuelven a adquirir el aspecto de abismos.

SOSTENEMOS durante un momento, y a continuación

FUNDIDO.

La Gente de las Diez

Pearson intentó gritar, pero el susto le había arreba tado la voz y tan sólo consiguió articular un leve y estrangulado gemido... como el de un hombíe que se lamenta en sueños. Aspiró una bocanada de aire para intentarlo de nuevo, pero antes de que estuviera dispuesto, una mamo le agarró el brazo izquierdo justo por debajo del codo y se lo oprimió con fuerza.

-Yo de usted no lo haría -advirtió la *voz* a la que pertenecía la mano.

La voz era poco más que un susurro y hablaba al oído izquierdo de Pearson.

-Sería un grave error, créame.

Pearson se volvió. La cosa que le había dado ganas..., no, que le había provocado la necesidad de gritar había desaparecido en el interior del banco, impune, per increíble que pareciera, y Pearson se dio cuenta de que realmente p odia darse la vuelta. Lo había agarrado un apuesto joven negro enfundado en un traje de color crema. Pearson no lo conocía personalmente, pero sí de vista; de hecho, conocía de vista a casi todos los miembros de la extraña subtribu que se llamaba la Gente de las Diez..., al igual que ellos lo reconocían a él, o al menos eso suponía.

El apuesto joven negro lo observaba con Aprensión.

-¿Lo ha visto? -inquirió Pearson. Las palabras surgieron de sus labios en un penetrante y agudo alarido que en nada se parecía a su tranquila voz.El apuesto joven negro soltó el brazo de

Pearson en cuanto se convenció de que Pearson no iba a sobresaltar a toda la gente que había en la plaza del Banco Mercantil de Boston con sus gritos; ni corto ni perezoso, Pearson alargó el brazo y se aferró a la muñeca del joven negro. Era como si todavía no fuera capaz de vivir sin el contacto físico del otro hombre. El apuesto joven negro no intentó zafarse, sino que se limitó a bajar la mirada hacia la mano de Pearson antes de volver a mirarle a la cara.

-Pero... ¿ha visto eso? ¡Era espantoso! Aunque fuera maquillaje... o una especie de máscara para gastar una broma...

Pero no había sido ni maquillaje ni una máscara. La cosa ataviada con un traje gris de Andre

Cyr y zapatos de quinientos dólares había pasado muy cerca de Pearson, casi lo suficientemente cerca como para tocarlo («Dios me libre», exclamó su mente con una impotente mueca de asco), y sabía que ni llevaba maquillaje ni una máscara. Porque la carne de la enorme protuberancia que

Pearson suponía era su cabeza se movía; distintas partes se movían en distintas direcciones, como los anillos de gases exóticos que rodean a algún gigante planetario.

-Amigo mío -empezó el apuesto joven negro del traje de color crema-, necesita...

-Pero ¿qué es? -interrumpió Pearson-. ¡Nunca he visto nada igual en toda mi vida! Se parecía a lo que se ve, no sé, en los números de animación del circo... o... o...

Su voz no procedía ya del lugar habitual dentro de su cabeza, sino que parecía descender de algún lugar situado por encima suyo, como si hubiera caído en una trampa o en

una grieta y aquella voz aguda y penetrante perteneciera a alguien que le hablara desde la superficie.

-Escuche, amigo...

Y había algo más. Unos minutos antes, cuando Pearson había cruzado la puerta giratoria con un Marlboro sin encender entre los dedos, el cielo estaba nublado, amenazando lluvia, de hecho.

Ahora todo aparecía brillante..., demasiado brillante. La falda roj a de la bonita rubia que estaba de pie junto al edificio a unos veinte metros de distancia, fumando un cigarri- llo y leyendo un libro de bolsillo, destacaba como una sirena de bomberos; el amarillo de la camisa de un repartidor que pasaba por allí hería la vista como el aguijón de una avispa. Los rostros de la gente descollaban como las caras de los libros en tres dimensiones que tanto le gustaban a su hija Jenny.

Y sus labios... No sentía sus labios. Se le habían dormido, al igual que sucede después de una inyección de novocaína.

Pearson se volvió hacia el apuesto joven del traje de color crema.

-Es ridículo, pero creo que me voy a desmayar.

-No, no se va a desmayar -replicó el joven.

Hablaba con tal seguridad que Pearson le creyó, al menos de momento. La mano volvió a agarrarle el brazo por debajo del codo, aunque esta vez con mayor suavidad.

-Venga aquí... Será mejor que se siente.

La plaza que había delante del banco estaba salpicada de isletas de mármol de aproximadamente un metro de altura, y cada una de ellas contenía un surtido distinto de flores características de finales de verano y principios de otoño. Había Gente de las Diez sentada en casi todas esas jardineras de clase alta; algunos leían, otros charlaban, otros contemplaban la corriente de peatones que avanzaban por las aceras de Comercial Street..., pero todos ellos hacían lo que los convertía en Gente de las Diez, la razón por la que Pearson había bajado y salido a la calle. La isleta de mármol más cercana a Pearson y el hombre que acababa de conocer contenía margaritas, y sus pétalos aparecían de un increíble color violeta a los sensibles ojos de Pearson. El borde de la isleta estaba vacío, seguramente porque ya eran las diez y diez y la gente había empezado a entrar de nuevo en el edificio.

-Siéntese -indicó el joven negro.

Aunque Pearson intentó sentarse con normalidad, lo cierto es que se derrumbó sobre el borde de la isla. Había estado de pie junto a la isleta, y de repente se le doblaron las rodillas y aterrizó con el trasero sobre el mármol. Y con fuerza.

-Ahora inclínese hacia delante -prosiguió el joven al tiempo que tomaba asiento junto a él.

Su rostro había conservado una expresión amable duran-te todo el incidente, pero en sus ojos no había ni un ápice de amabilidad, sino que recorrían una y otra vez la plaza.

-¿Para qué?

-Para que le vuelva la sangre a la cabeza -repuso el joven negro-. Pero haga que no parezca que está haciendo eso. Finja que está oliendo las flores.

-Pero ¿delante de quién tengo que fingir?

-Haga lo que le digo, ¿vale?

La voz del joven había adquirido un leve matiz de impaciencia.

Pearson bajó la cabeza y aspiró una bocanada de aire. Las flores no olían tan bien como parecía, constató en aquel momento, sino que despedían un leve olor a hierbajo y meada de perro.

No obstante, tuvo la sensación de que la cabeza empezaba a aclarársele.

-Enumere los estados -ordenó el joven negro.

Cruzó las piernas, se sacudió la tela de los pantalones para mantener la raya y extrajo un paquete de Winston de un bolsillo interior de la chaqueta. Pearson se dio cuenta de que había perdido su cigarrillo; sin duda lo había dejado caer del susto al ver a aquel monstruo que atravesaba la cara occidental de la plaza enfundado en un traje caro.

-Los estados -repitió con voz carente de inflexiones.

El joven negro asintió con la cabeza, sacó un mechero que, sin duda, no era tan caro como parecía a primera vista, y se encendió el cigarrillo.

-Empiece con éste y siga hacia el oeste -sugirió.

-Massachusetts..., Nueva York, supongo..., o Vermont si empezamos por el norte..., Nueva

Jersey... -Se incorporó y empezó a hablar con mayor seguridad-. Pennsylvania, Virginia Occidental, Ohio, Illinois...

El joven negro enarcó las cejas.

-Conque Virginia Occidental, ¿eh? ¿Está seguro? Pearson esbozó una sonrisa.

-Bastante seguro, sí. Aunque quizás me he equivocado de orden con Ohio e Illinois.

El joven negro se encogió de hombros para indicar que daba igual y esbozó una sonrisa.

-Pero ya no tiene la sensación de que se va a desmayar, está claro, y eso es lo importante.

¿Quiere un pitillo?

-Sí, gracias -asintió Pearson agradecido, pues no sólo quería un pitillo, sino que lo necesitaba-. Tenía uno, pero lo he perdido. ¿Cómo se llama?

El joven negro colocó un Winston entre los labios de Pearson y se lo encendió.

-Dudley Rhinemann. Puede llamarme Duke.

Pearson aspiró una enorme bocanada de humo y se volvió hacia la puerta giratoria que conducía a las mortecinas profundidades y tenebrosas alturas del Banco Mercantil.

-No ha sido una alucinación, ¿verdad? -preguntó-. Lo que he visto... Usted también lo ha visto, ¿no? Rhinemann asintió con un gesto.

-Usted no quería que él notase que lo había visto -prosiguió Pearson.

Hablaba con lentitud en un intento de encajar las piezas de aquel rompecabezas. Su voz había vuelto a adquirir su tono habitual, lo cual ya constituía de por sí un gran alivio.

Rhinemann volvió a asentir.

-Pero ¿cómo no iba a verlo? ¿Y cómo no iba él a darse cuenta?

-¿Acaso ha visto a alguien más que estuviera a punto de ponerse a gritar hasta que le diera una embolia? -replicó Rhinemann-. ¿Ha visto a alguien más que siquiera tuviera el mismo aspecto que usted? ¿Yo, por ejemplo?

Pearson denegó lentamente con la cabeza. Estaba más que asustado; se sentía completamente perdido.

-Me he interpuesto entre él y usted lo mejor que he podido, y no creo que él lo viera, pero durante un momento ha estado pero que muy cerca. Ha puesto una cara como si acabara de ver un ratón salir de su bistec. Trabaja en Créditos con Garantía Subsidiaria, ¿verdad?

-Sí... Brandon Pearson. Lo siento.

-Yo trabajo en Servicios Informáticos. Y no pasa nada. Suele pasar cuando uno ve a su primer hombre murciélago.

Duke Rhinemann extendió la mano y Pearson se la estrechó, pero la mayor parte de su cerebro todavía iba a la zagade sus movimientos. «Suele pasar cuando uno ve a su primer hombre murciélago», había dicho el joven, y en cuanto Pear-son hubo desterrado la primera imagen de

Batman abriéndose paso entre las agujas de estilo *art déco* de Gotham City, descubrió que el término resultaba de lo más apropiado. Y también descubrió o tal vez redescubrió otra cosa; era bueno poder dar nombre a algo que te ha asustado. Sin embargo, no disipaba el temor, pero sí contribuía a convertirlo en algo domeñable.

Pearson empezó a repasar mentalmente lo que había visto mientras se decía: «Un hombre murciélago; mi primer hombre murciélago».

Había cruzado la puerta giratoria pensando en una sola cosa, lo mismo en lo que pensaba cuando bajaba cada mañana a las diez... en lo bien que le iba a sentar aquella primera inyección de nicotina cuando le llegara al cerebro. Aquello lo convertía en miembro de la tribu; era su versión personal de filacterias o mejillas tatuadas.

Lo primero que había advertido era que el cielo aparecía aún más nublado que cuando había llegado al trabajo a las nueve menos cuarto, y había pensado: «Esta tarde nos fumaremos los pitillos en medio del chaparrón. Todos nosotros, sí, señor». Por supuesto, un poco de lluvia no los disuadiría; la Gente de las Diez era una tribu de lo más perseverante.

Recordaba haber recorrido la plaza con la mirada, pasando revista, aunque en realidad había sido un gesto muy rápido, casi inconsciente. Había visto a la chica de la falda roja y se había vuelto a preguntar, como siempre, si una tía que estuviera tan buena serviría para algo en el catre; también había visto al joven limpiador rockero del tercer piso, que llevaba la gorra al revés mientras fregaba el suelo del lavabo y la cafetería, al anciano de elegante melena blanca y manchas violáceas en las mejillas, a la joven de gafas de cristales gruesos, rostro delgado y cabello negro y lacio. Había visto a otras personas que reconoció vagamente. Una de ellas, por supuesto, había sido el apuesto joven negro del traje de color crema.

Si Timmy Flanders hubiera estado por allí, lo más probable era que Pearson se hubiera sentado con él, pero no estaba, así que Pearson se había dirigido hacia el centro de la plaza con la intención de sentarse en una de las isletas de mármol (de hecho, la misma en la que estaba sentado en aquel momento). Desde ahí gozaría de una vista privilegiada que le permitiría calcular la longitud y las curvas de la Señorita Falda Roja... Un pasatiempo barato, de acuerdo, pero había que arreglárselas con lo que había. Era un hombre felizmente casado, tenía una mujer a la que quería y una hija a la que adoraba, pero al acercarse a los cuarenta había descubierto que ciertas necesidades le hacían hervir la sangre. Y desde luego, no creía que ningún hombre pudiera resistir la tentación de mirar fijamente una falda roja como aquélla y preguntarse, aunque sólo fuera un poquito, si la mujer llevaba ropa interior a juego.

Acababa de empezar a caminar cuando el recién llegado dobló la esquina del edificio y se dispuso a subir los escalones de la plaza. Pearson había entrevisto el movimiento por el rabillo del ojo, y en circunstancias normales no le habría prestado atención alguna, porque en ese momento estaba concentrado en la falda roja, corta, estrecha y más brillante que un camión de bomberos.

Sin embargo, había mirado, porque incluso visto por el rabillo del ojo y por mucho que tuviera otras cosas en mente, se había dado cuenta de que había algo raro en el rostro y la cabeza que acompañaban a la figura que se acercaba. Así pues, se había vuelto a mirar, con lo cual se condenó a Dios sabe cuántas noches insomnes.

Los zapatos eran normales; el traje gris oscuro de Andre Cyr, sólido y fiable como la puerta de la caja fuerte del sótano del banco, era aún mejor; la corbata roja era vulgar sin resultar ofensiva. En conjunto, el atuendo típico de alto ejecutivo de banco para un lunes por la mañana.

¿Y quién si no un alto ejecutivo llegaría a las diez? Hasta que no llegabas a la cabeza no te dabas cuenta de que o te habías vuelto loco o estabas viendo algo que no tiene entrada en ninguna enciclopedia.

«Pero ¿por qué no han echado a correr? -se preguntó Pearson al tiempo que una gota de lluvia le caía en el dorso dela mano y otra aterrizaba sobre el papel blanco de su cigarrillo medio consumido-. Deberían haber empezado a gritar *y* salir corriendo, como la gente que intenta escapar de los insectos gigantes en esas películas de monstruos de los cincuenta.» Y entonces pensó: «Pero yo tampoco he salido corriendo».

Cierto, pero no era lo mismo. No había salido corriendo porque se había quedado petrificado. Había intentado gritar, sin embargo; sólo que su nuevo amigo lo había detenido antes de que fuera capaz de poner las cuerdas vocales en movimiento.

Hombre murciélago. Tu primer hombre murciélago.

Sobre los anchos hombros del Traje Más Respetable del Año y el nudo de la elegante corbata roja de seda se balanceaba una enorme cabeza de color marrón grisáceo; no era redonda, sino que estaba deformada como una pelota de béisbol que hubiera sido utilizada durante todo el verano. Unas líneas negras, venas, tal vez, palpitaban bajo la superficie del cráneo en desordenados garabatos, y la zona que debería haber sido el rostro pero que no lo era, al menos no en un sentido humano, aparecía cubierto de bultos que sobresalían y temblaban como tumores poseídos por cierta terrible vida semiconsciente. Las facciones eran

rudimentarias y estaban como amontonadas; ojos negros achatados, aunque perfectamente circulares, que miraban con avidez desde el centro del rostro como los ojos de un tiburón o de algún insecto hinchado; orejas deformes, carentes de lóbulos y membranas. No tenía nariz, al menos no una nariz que Pearson pudiera identificar, si bien había observado dos protuberancias en forma de colmillos que sobresalían de la hirsuta mata de pelo situada justo debajo de los ojos. La mayor parte del rostro de aquella cosa consistía en una boca, una enorme media luna negra flanqueada de dientes triangulares. Para una criatura así, se había dicho Pearson más tarde, engullir la comida sería un sacramento.

El primer pensamiento que le vino a la cabeza al clavar la mirada en aquella espantosa aparición, una aparición que llevaba un esbelto maletín Bally en una mano exquisitamente cuidada, fue: «Es el hombre elefante». Sin embargo, ahora se daba cuenta de que aquella cosa no tenía absolutamente nada que ver con la criatura deforme pero esencialmente humana de aquella vieja película. Lo cierto era que Duke Rhinemann se acercaba mucho más a la realidad; asociaba aquellos ojos negros y aquella boca descomunal a cosas peludas que emitían agudos chirridos y que pasaban las noches comiendo moscas y los días colgados boca abajo en lugares oscuros.

Pero no era nada de todo eso lo que le había impulsado a intentar lanzar un grito; aquella necesidad lo había acometido cuando la criatura enfundada en el traje de Andre Cyr había pasado junto a él con los ojos brillantes y saltones ya clavados en la puerta giratoria. Fue el instante en que la había tenido más cerca, y fue entonces cuando vio que el rostro cubierto de abcesos se movía bajo las mechas de crespo cabello gris que nacía en el extraño cráneo. No tenía ni la menor idea de cómo era posible una cosa así, pero lo cierto es que era posible, pues lo estaba viendo con sus propios ojos: veía cómo la carne del hombre se deslizaba en torno a las desiguales curvas del cráneo y ondulaba en distintas direcciones a lo largo de la mandíbula en forma de empuñadura de bastón. Entre cada movimiento había entrevisto destellos de una repugnante sustancia rosada en la que no quería ni pensar..., aunque ahora que recordaba la escena, se le antojaba imposible dejar de pensar en ella.

Más gotas de lluvia le salpicaron las manos y el rostro. Junto a él, sentado sobre el curvado labio de mármol, Rhinemann dio una última chupada a su cigarrillo, lo arrojó al suelo y se levantó.

-Vamos -ordenó-. Está lloviendo.

Pearson lo miró con los ojos abiertos de par en par, y a continuación se volvió hacia el banco. La rubia de la falda roja entraba en aquel momento con el libro bajo el brazo. La seguía y observaba de cerca el anciano con la mata de cabello blanco que le confería aspecto de magnate.

Pearson se volvió de nuevo hacia Rhinemann.

-¿Que entre? ¿Está de guasa? ¡Esa cosa acaba de entrar ahí dentro!-Ya lo sé.

-¿Quiere que le diga una auténtica barbaridad? -prosiguió Pearson al tiempo que tiraba el cigarrillo.

No sabía adonde ir; a casa, suponía, pero había un sitio al que no iría por nada del mundo, y ese sitio era el interior del banco. El Primer Banco Mercantil de Boston.

-Claro, hombre -accedió Rhinemann-. ¿Por qué no?

-Esa cosa se parecía mucho a nuestro venerado director general, Douglas Keefer..., es decir, a excepción de la cabeza. El mismo gusto en trajes y maletines.

-Menuda sorpresa -repuso Duke Rhinemann. Pearson le miró con una mirada inquieta.

-¿Qué quiere decir?

-Creo que ya lo sabe, pero ha tenido una mañana terrible, así que lo diré yo. Esa cosa era

Keefer.

Pearson esbozó una sonrisa insegura. Rhinemann no se la devolvió. En lugar de eso, se levantó, agarró a Pearson por los brazos y lo atrajo hacia sí hasta que sus rostros casi se tocaron.

-Le acabo de salvar la vida. ¿Se cree eso, señor Pearson?

Pearson reflexionó durante un instante y llegó a la conclusión de que sí se lo creía. Tenía grabado en la memoria aquel extraño rostro de murciélago, de ojos negros y apretadas hileras de dientes.

-Sí, creo que sí.

-Muy bien. Entonces hágame el favor de escuchar las tres cosas que le voy a decir, ¿de acuerdo?

-Yo..., sí, de acuerdo.

-Primero, esa cosa era Douglas Keefer, director general del Primer Banco Mercantil de

Boston, amigo íntimo del alcalde y, por casualidad, presidente honorario del Fondo del Hospital

Infantil de Boston. Segundo, hay al menos tres murciélagos más trabajando en el banco, uno de ellos en su planta. Tercero, va usted a entrar en el banco; es decir, si quiere seguir vivo.

Pearson lo miró con los ojos abiertos de par en par, incapaz de replicar; de hecho, si lo hubiera intentado, lo único que habría brotado de sus labios habría sido otro de aquellos susurros ahogados e inarticulados.

Rhinemann lo cogió por el codo y lo empujó hacia la puerta giratoria.

-Vamos, amigo -apremió en tono extrañamente amable-. Empieza a llover bastante. Si nos quedamos más tiempo aquí fuera llamaremos la atención, y en nuestra situación no podemos permitírnoslo.

Pearson se dejó guiar por Rhinemann durante un momento, pero entonces volvió a aparecérsele la imagen de las negras telarañas que había visto palpitar y entrelazarse en la cabeza de la cosa. La imagen lo hizo detenerse delante de la puerta giratoria. La superficie lisa de la plaza estaba ya lo suficientemente mojada como para revelar a otro Brandon Pearson bajo sus pies, un reflejo brillante que colgaba de sus talones como un murciélago de un color distinto.

-No... no creo que pueda -murmuró con voz vacilante e insegura.

-Sí que puede -insistió Rhinemann al tiempo que echaba un vistazo a la mano izquierda de Pearson-. Está casado, por lo que veo. ¿Tiene hijos?

-Una hija -repuso Pearson sin apartar la mirada del vestíbulo del banco.

La puerta giratoria tenía cristales ahumados, por lo que la gran estancia aparecía muy oscura. «Una cueva de murciélagos repleta de portadores de enfermedades, medio ciegos.»

-¿Quiere que su mujer y su hija lean mañana en los periódicos que la poli ha pescado a papá en el puerto de Boston con el cuello rebanado?

Pearson volvió a mirar a Rhinemann con los ojos como platos. Gruesas gotas de lluvia le salpicaban las mejillas y la frente.

-Siempre hacen que parezca que lo han hecho *losyonquis* -prosiguió Rhinemann-. Y funciona. Siempre funciona, porque son inteligentes y tienen buenos amigos en puestos importantes. Joder, si toda la historia va de cargos importantes.

-No entiendo nada -intervino Pearson-. No entiendo nada de nada.

-Ya lo sé -replicó Rhinemann-. Es un momento muypeligroso para usted, así que limítese a hacer lo que le digo. Y lo que le digo es que vuelva a su despacho antes de que lo echen de menos, y que se quede ahí el resto del día con una sonrisa en los labios. No deje de sonreír, amigo; no deje de sonreír por mucho que le cueste. -Vaciló un instante antes de proseguir-: Si la fastidia, lo más probable es que lo maten.

La lluvia estaba dejando brillantes marcas en el suave rostro oscuro del joven, y de repente,

Pearson se percató de algo que había estado ahí durante todo aquel rato, aunque no se había dado cuenta a causa de su propio susto; el hombre estaba aterrorizado, y había corrido un gran riesgo para evitar que Pearson cayera en una espantosa trampa.

-No puedo quedarme aquí fuera más tiempo -continuó Rhinemann-. Es peligroso.

-De acuerdo -accedió Pearson, sorprendido al comprobar que su tono de voz había vuelto a la normalidad-. Volvamos al trabajo.

Rhinemann suspiró aliviado.

-Muy bien. Y vea lo que vea durante el resto del día, no se muestre sorprendido.

¿Entendido?

-Sí -aseguró Pearson, aunque no entendía nada.

-¿Puede salir un poco antes? ¿Hacia las tres, por ejemplo?

Pearson lo meditó un momento y por fin asintió con un gesto.

-Sí, supongo que sí.

-Muy bien. Quedamos en la esquina con Milk Street.

-De acuerdo.

-Lo está haciendo muy bien -alabó Rhinemann-. Estoy seguro de que no le pasará nada.

Nos vemos a las tres.

El joven entró en la puerta giratoria y empujó. Pearson entró en el segmento siguiente con la sensación de que su mente se quedaba en la plaza..., toda su mente a excepción de la parte que ya le estaba pidiendo otro cigarrillo.

El día se le antojó eterno, pero todo fue bien hasta que volvió de comer y fumarse dos cigarrillos con Tim Flanders.

Lo primero que vio al salir del ascensor fue otro hombre murciélago..., bueno, en realidad era una mujer murciélago que llevaba zapatos de piel de tacón alto, medias negras de nailon y un espectacular traje de *tweed* de seda de Samuel Blue, creía Pearson. Era el atuendo perfecto para una alta ejecutiva..., hasta que uno llegaba a la cabeza que se balanceaba sobre él como un girasol mutante, claro está.

-Hola, caballeros.

Una dulce voz de contralto surgía de las profundidades del orificio de labios de liebre que era su boca.

«Es Suzanne Holding -pensó Pearson-. No puede ser, pero lo es.»

-Hola, querida Suzy -se oyó decir. «Si se me acerca..., si intenta tocarme... grito. No podré evitarlo a pesar de todo lo que me ha contado el muchacho.»

-¿Estás bien, Brand? Estás un poco pálido.

-Supongo que he cogido el virus de turno -repuso Pearson, asombrado una vez más por la naturalidad de su voz-. Pero creo que ya se me está pasando.

-Bien -dijo la voz de Suzanne Holding desde detrás de la cara de murciélago y la extraña carne móvil-. Pero nada de besos con lengua hasta que te hayas curado; de hecho, no quiero ni que respires cerca de mí. No puedo permitirme ponerme enferma; los japoneses vienen el miércoles.

No te preocupes, encanto..., no te preocupes.

-Intentaré reprimirme.

-Gracias. Tim, ¿puedes venir a mi despacho y echar un vistazo a un par de resúmenes de hojas de cálculo?

Timmy Flanders rodeó con un brazo la cintura del sensualmente pulcro Samuel Blue, y delante de las narices de Pearson, se inclinó y besó un lado del rostro tumefacto y peludo de la cosa. «Ahí es donde Timmy ve su mejilla», pensó Pearson. Le acometió la sensación de que la cordura empezaba a escurrírsele como un cable grasicnto enrollado en un carrete. «Su mejilla suave y perfumada, eso es lo que ve, sí, señor, y eso es lo que cree que está besando. Dios mío.

Oh, Dios mío.»

-¡Eso es! -exclamó Timmy al tiempo que hacía una ca-balleresca reverencia ante la criatura-. Un beso y me convierto en vuestro esclavo, querida señora.

Timmy guiñó el ojo a Pearson y se dirigió con el monstruo hacia su despacho. Al pasar junto a la fuente de agua potable, dejó caer el brazo con el que le había rodeado la cintura. La breve danza de apareamiento del macho y la hembra, un ritual que se había desarrollado a lo largo de los últimos diez años en las relaciones laborales en las que el jefe era mujer y el ayudante hombre, había tocado a su fin, y ambos se alejaron de Pearson como iguales, hablando exclusivamente de números.

«Estupendo análisis, Brand -se dijo Mientras ambas figuras se alejaban de él-. Deberías haberte hecho sociólogo.» Y de hecho, había estado a punto de hacerse sociólogo, pues ésa había sido su asignatura secundaria en la universidad.

Al entrar en su despacho se percató de que estaba bañado en sudor. Pearson olvidó la sociología y se dispuso a esperar que dieran las tres.

A las tres menos cuarto hizo acopio de valor y se dirigió al despacho de Su/anne Holding. El asteroide que era su cabeza estaba vuelto hacia la pantalla azul grisácea del ordenador, pero se giró cuando Pearson dijo «Toe toe», con la carne de su extraño rostro deslizándose sin parar, los ojos negros mirándolo con la fría avidez del tiburón que examina la pierna de un nadador.

-Le he dado a Buzz Castairse los formularios de empresa -empezó Pearson-. Me voy a llevar los formularios individuales a casa, si no te importa. Ahí tengo las copias de seguridad.

-¿ Es ésta tu manera de decir que desertas, querido ? -inquirió Suzanne.

Las venas negras palpitaban de un modo escalofriante sobre el cráneo calvo; los bultos que rodeaban sus facciones temblaban, y Pearson se dio cuenta de que uno de ellos segregaba una densa sustancia rosada que parecía espuma de afeitar manchada de sangre.

Se obligó a sonreír.

-Me has pillado.

-Bueno -repuso Suzanne-, supongo que tendremos que celebrar la orgía de las cuatro sin ti.

-Gracias, Suze -replicó al tiempo que se volvía hacia el pasillo.

-Brand.

Se volvió de nuevo hacia ella. El miedo y la repugnancia amenazaban con convertirse en un acceso de pánico, y de repente tuvo la seguridad de que aquellos ávidos ojos negros lo habían desenmascarado y que la cosa que fingía ser Suzanne Holding estaba a punto de decir:

«Dejémonos de juegueci-tos, ¿de acuerdo? Entra y cierra la puerta. Vamos a ver si sabes tan bien como parece».

Rhinemann le esperaría un tiempo razonable, y luego se marcharía solo. «Lo más probable

-se dijo Pearson-, es que se dé cuenta de lo que ha pasado. Seguro que ya lo ha visto alguna otra vez.»

-¿Sí? -preguntó intentando esbozar una sonrisa.

La cosa lo miró con gesto apreciativo y en silencio durante un instante, con la grotesca cabeza balanceándose sobre el sensual corpino de su traje de ejecutiva.

-Tienes mejor aspecto que esta mañana.

La boca seguía abierta de par en par, los ojos negros seguían fijos con la expresión de una muñeca de trapo olvidada debajo de la cama de una niña, pero Pearson sabía que cualquier otra persona tan sólo habría visto a Suzanne Holding sonriendo a uno de sus ejecutivos y exhibiendo la medida justa de preocupación. No era exactamente la expresión de Madre Coraje, pero sí denotaba cariño e interés.

-Bien -repuso, aunque la palabra le pareció un poco sosa-. ¡Estupendo! -añadió.

-Ahora lo único que falta es que dejes de fumar.

-Bueno, estoy en ello -aseguró Pearson al tiempo que lanzaba una débil carcajada.

Otra vez el cable grasicnto que se escurría del carrete. «Déjame marchar -pensó-. Déjame marchar, maldita zorra, déjame marchar antes de que haga algo demasiado disparatado como para pasar desapercibido.»-Tendrías derecho a una cobertura mucho mayor en el seguro si dejaras de fumar -prosiguió el monstruo.

La superficie de otro de aquellos abscesos estalló con un repugnante chasquido y empezó a segregar la misma sustancia rosada.

-Sí, ya lo sé -asintió-. Y te aseguro que pensaré en ello, Suzanne. De verdad.

-Hazlo -insistió la cosa al tiempo que se volvía de nuevo hacia la brillante pantalla del ordenador.

Durante un instante, Pearson se quedó petrificado, incapaz de dar crédito a su buena suerte.

La entrevista había terminado.

Llovía a cántaros cuando Pearson salió del edificio, pero la Gente de las Diez, que ahora se había convertido en la Gente de las Tres, por supuesto, aunque no había ninguna diferencia significativa, había salido a pesar de todo, y todos ellos estaban amontonados como ovejas, enfrascados en lo suyo. La Señorita Falda Roja y el empleado de la limpieza al que le gustaba encasquetarse la gorra al revés se habían cobijado bajo la misma sección empapada del *Boston*

Glohe. Parecían estar incómodos y un poco mojados, pero pese a ello, Pearson sintió envidia del empleado de la limpieza. La Señorita Falda Roja llevaba Giorgio; lo había olido en el ascensor en varias ocasiones. Y por supuesto, emitía leves susurros sedosos cuando se movía.

«Pero ¿en qué narices estás pensando?», se preguntó con severidad. «Pues estoy intentando conservar la cordura. ¿Pasa algo?», se contestó en el mismo aliento.

Duke Rhinemann se había refugiado bajo el toldo de la floristería que había a la vuelta de la esquina, con los hombros encogidos y un cigarrillo en la comisura de los labios. Pearson se unió a él, miró el reloj y decidió que podía esperar un poco más. Sin embargo, se inclinó un poco hacia delante para que le alcanzara el humo del cigarrillo de Rhinemann, aunque lo hizo sin darse cuenta.

-Mi jefa es una de ellos -empezó-. A menos, claro está, que Douglas Keefer sea de esos monstruos a los que les gusta vestirse de mujer.

Rhinemann esbozó una sonrisa feroz y no dijo nada.

-Dijo que había tres más. ¿Quiénes son los otros dos?

-Donald Fine. Seguramente no lo conoce; trabaja en Valores. Y Cari Grosbeck.

-Cari... ¿El presidente de la junta? ¡Dios mío!

-Ya se lo he dicho antes -replicó Rhinemann-. Puestos importantes, eso es de lo que va toda la historia. ¡Taxi!

Abandonó a toda prisa la protección del toldo e hizo señas al taxi marrón y blanco que, milagrosamente, iba vacío pese a la lluvia que caía aquella tarde. El coche se acercó a ellos produciendo amplios abanicos de agua. Rhinemann los esquivó con agilidad, pero los zapatos y el dobladillo de los pantalones de Pearson quedaron empapados. En el estado en que se encontraba, no obstante, la cosa no le pareció demasiado grave. Abrió la puerta para Rhinemann, el cual subió y se deslizó hacia el otro lado del asiento. Pearson lo siguió y cerró la puerta de golpe.

-Al pub Gallagher -indicó Rhinemann-. Justo en-i frente de...

-Ya sé dónde está el pub Gallagher -interrumpió el taxista-, pero no vamos a ninguna parte hasta que tire el pitillo, amigo.

Al hablar golpeó con un dedo el cartelito adherido al taxímetro. PROHIBIDO FUMAR EN

ESTE VEHÍCULO, rezaba.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Rhinemann se encogió de hombros con el gesto medio avergonzado y medio malhumorado que lleva siendo el principal saludo tribal de la

Gente de las Diez desde 1990 aproximadamente.

A continuación y sin rechistar, arrojó el Winston apenas consumido a la lluvia.

Pearson empezó a contarle a Rhinemann el susto que se había llevado cuando las puertas del ascensor se habían abierto y había visto por primera vez de cerca a la verdadera Suzanne Holding, pero Rhinemann frunció el ceño, meneó lacabeza con ademán apenas perceptible y señaló con el pulgar al taxista.

-Luego hablamos -murmuró.

Pearson calló y se conformó con contemplar los rascacielos surcados de lluvia del centro de

Boston. Se sentía casi completamente identificado con las pequeñas escenas callejeras que veía a través de la sucia ventana del taxi. Le interesaban especialmente los grupitos de Gente de las Diez que veía delante de cada bloque de oficinas que pasaban. Se ponían a cubierto en todos los lugares que ofrecían cobijo. Si no encontraban ningún lugar adecuado, se conformaban, se subían el cuello de los abrigos, protegían el cigarrillo con las manos y fumaban pese a todo. Se le ocurrió que el noventa por ciento de los elegantes rascacielos junto a los que pasaban eran zonas de no fumadores, al igual que el edificio en el que trabajaban tanto Rhinemann como él. También se le ocurrió otra cosa que le cruzó la mente como una suerte de revelación, y era que la Gente de las

Diez no era realmente una tribu nueva, sino los destartalados vestigios de una tribu antigua, renegados que huían de una nueva escoba que pretendía barrer ese antiguo vicio de la vida americana. Su denominador común era la desgana o la incapacidad de dejar de suicidarse lentamente; eran adictos en una zona de respetabilidad que no cesaba de encogerse. Suponía que en el año 2020, el 2050 a lo sumo, la Gente de las Diez se habría esfumado de la faz de la tierra.

«Oh, mierda, un momento -se dijo-. La verdad es que somos los últimos optimistas a prueba de bomba del mundo, nada más... La mayoría de nosotros no nos molestamos en ponernos el cinturón de seguridad, y nos encantaría sentarnos detrás de la base de meta en el campo de béisbol si quitaran de una vez la maldita valla de protección.»

-¿Qué le hace tanta gracia, señor Pearson? -inquirió Rhinemann.

Pearson se dio cuenta de que había esbozado una amplia sonrisa.

-Nada -repuso-. Nada importante, al menos.

-Vale, pero no se me descontrole.

-¿Consideraría que me descontrolo si le pido que me llame Brandon?

-Supongo que no -repuso Rhinemann con aspecto pensativo-. Siempre y cuando usted me llame Duke y no degeneremos en nombrecitos como BeeBee, Buster ni ningún otro mote embarazoso por el estilo.

-No te preocupes. ¿Quieres saber una cosa?

-Claro.

-Éste ha sido el día más asombroso de mi vida. Duke Rhinemann asintió sin devolverle la sonrisa.

-Y todavía no ha terminado -aseguró.

Pearson se dijo que Duke había acertado al escoger el Gallagher. Se trataba de una auténtica rareza bostoniana, más parecida a Gilley's que a Cheers, y era el lugar idóneo para que dos empleados de banco hablaran de cosas que habrían hecho dudar a sus allegados de su cordura. La barra más larga que Pearson había visto en su vida fuera de las películas flanqueaba una gran pista brillante de baile en la que tres parejas bailaban soñadoras mientras Mary Stuart y Travis Tritt entonaban

Esta te va a doler.

En un lugar más pequeño, la barra habría estado repleta, pero los clientes estaban tan bien repartidos por aquel larguísimo hipódromo revestido de caoba que se podía conseguir cierta intimidad; no había necesidad de recurrir a uno de los reservados de la mortecina parte trasera del bar. Pearson se alegraba. No le costaba nada imaginarse a uno de los murciélagos, tal vez incluso una pareja, sentado (o posado) en el reservado contiguo, escuchando su conversación con toda atención.

«¿No es eso lo que llaman mentalidad de banquero, viejo amigo? -se dijo-. No te ha costado mucho llegar a este extremo, ¿eh?»No, suponía que no, pero por el momento no le importaba. Tan sólo sentía agradecimiento porque podría mirar en todas direcciones mientras hablaban..., o mejor dicho, mientras Duke hablaba.

-¿En la barra? -preguntó Duke.

Pearson asintió con un gesto.

Parecía un solo bar, reflexionó Pearson mientras seguía a Duke hasta el cartel que decía

ZONA DE FUMADORES, pero en realidad había dos..., al igual que, en los años cincuenta, cada barra de bar por debajo de la línea de Masón Dixon constaba en realidad de

dos, una para los blancos y otra para los negros. Y ahora al igual que entonces, se notaba la diferencia. Un Sony casi tan grande como una pequeña pantalla de cine dominaba el centro de la sección de no fumadores, mientras que en el gueto de la nicotina tan sólo había un viejo Zenith clavado a la pared (junto a un cartel que decía: NO DUDE EN PEDIR QUE LE FIEMOS, QUE NOSOTROS

NO DUDAREMOS EN DECIRLE QUE SE J!!A). La superficie de la barra estaba más sucia en esa zona; al principio, Pearson creyó que eran imaginaciones suyas, pero el segundo vistazo confirmó el opaco aspecto de la madera y los desvaídos círculos que se superponían y eran fantasmas de cervezas pasadas. Y por supuesto, el cetrino y amarillento olor a humo de tabaco.

Habría jurado que se alzaba hacia él al sentarse en el taburete, del mismo modo que los pedos de palomitas se alzan cuando uno se sienta en la butaca de un cine viejo. El presentador que aparecía en la pantalla del destartalado televisor manchado de humo parecía estar a punto de morir de una intoxicación de cinc. En la pantalla de los tipos sanos, el mismo hombre parecía capaz de correr los cuatrocientos lisos y luego tirarse a una rubia detrás de otra.

«Bienvenido a la parte trasera del autobús -se dijo Pearson al tiempo que miraba a su

Compañero de las Diez con expresión entre divertida y exasperada-. Pero, en fin, no hay de qué quejarse. Dentro de diez años ya ni dejarán que los fumadores suban.»

-¿Quieres un cigarrillo? -preguntó Duke, mostrando tal vez cierta capacidad rudimentaria de leer el pensamiento.

Pearson miró el reloj, aceptó el pitillo y dejó que Duke le volviera a dar fuego con su encendedor de falsa elegancia. Dio una profunda chupada, saboreando el humo que se deslizaba por sus conductos, saboreando incluso el ligero mareo que le produjo. Por supuesto que se trataba de un hábito peligroso, potencialmente mortal. ¿Cómo no iba a ser peligroso algo que le ponía a uno a cien? Así era la vida, y punto.

-¿Y tú qué? -inquirió al ver que Duke volvía a guardarse el paquete de tabaco en el bolsillo.

-Puedo esperar un poco más -repuso Duke con una sonrisa-. Me he fumado un par antes de coger el taxi. Y además tengo que compensar el que me he fumado de más después de comer.

-Así que te los racionas, ¿eh?

-Sí. Por lo general sólo me permito fumar uno después de comer, pero hoy me he fumado dos. Es que me has dado un susto de muerte.

-Yo también estaba bastante asustado.

El camarero se acercó a ellos, y Pearson quedó fascinado al comprobar el modo en que el hombre esquivaba la delgada espiral de humo que surgía de su cigarrillo. «No creo ni que se dé cuenta..., pero si le echara el humo en la cara, apuesto algo a que saltaría la barra y me pegaría una bofetada.»

-¿Qué van a tomar, señores?

Duke pidió dos Sam Adams sin consultar a Pearson. Cuando el camarero fue a buscar las cervezas, Duke se volvió hacia su compañero.

-Bébetela con tiento. Es mal momento para emborracharse, incluso para ponerse alegre.

Pearson asintió con un gesto y dejó un billete de cinco dólares sobre la barra cuando el camarero regresó con las cervezas. Bebió un gran trago y a continuación dio otra chupada al cigarrillo. Algunas personas creían que los mejores cigarrillos eran los que se fumaban después de comer, pero Pearson no estaba de acuerdo; estaba convencido de que no era la manzana lo que había puesto en apuros a Eva, sino una cerveza y un cigarrillo.

-Bueno, ¿y tú que has usado? -le preguntó Duke-.¿El parche? ¿Hipnosis? ¿La fuerza de voluntad tan propia de los americanos? Por tu aspecto, yo diría que el parche.

Si aquello había sido un intento de hacerse el gracioso, la verdad era que no había funcionado. Pearson había estado pensando en fumar un montón aquella tarde.

-Sí, el parche -asintió gravemente Pearson-. Lo llevé durante dos años; empecé cuando nació mi hija. Le eché un vistazo a través de la ventana de la sala de maternidad y decidí que

tenía que dejarlo. Me parecía una locura fumarme cuarenta o cincuenta pitillos al día cuando acababa de contraer un compromiso de dieciocho años con un ser humano recién estrenado.

«Del que me enamoré desde el primer momento en que lo vi», podría haber añadido, aunque tenía la sensación de que Duke ya lo sabía.

-Por no hablar del compromiso vitalicio hacia tu mujer.

-Eso, por no hablar de mi mujer -convino Pearson.

-Además del correspondiente surtido de hermanos, cuñadas, recaudadores, contribuyentes y demás fauna. Pearson se echó a reír y asintió.

-Exacto, tú lo has dicho.

-Pero no es tan fácil como parece, ¿eh? Cuando dan las cuatro de la mañana y no puedes dormir, toda esa nobleza se va al garete.

Pearson hizo una mueca.

-O cuando tienes que ir arriba y hacer unas cuantas volteretas delante de Grosbeck, Keefer,

Fine y los demás muchachos de la junta. La primera vez que tuve que hacerlo sin coger un cigarrillo antes de entrar... Te aseguro que fue espantoso.

-Pero dejaste de fumar del todo durante un tiempo. Pearson miró a Duke, no demasiado sorprendido por su perspicacia, y asintió con la cabeza.

-Durante unos seis meses. Pero nunca llegué a dejarlo mentalmente, ¿entiendes lo que quiero decir?

-Claro que lo entiendo.

-Al final volví a fumar. Fue en 1992, justo cuando empezó a circular la noticia de que algunas personas que fumaban mientras todavía llevaban el parche sufrían ataques al corazón. ¿Te acuerdas?

-Sí -asintió Duke al tiempo que se daba una palmadita en la frente-. Tengo un fichero entero de historias de fumadores aquí dentro, amigo, por orden alfabético. Tabaco y Alzheimer, tabaco y tensión arterial, tabaco y cataratas..., ya sabes.

-Así que yo elegía -prosiguió Pearson.

Esbozó una leve sonrisa confusa, la sonrisa de un hombre que sabe que se ha comportado como un gilipollas, que sigue comportándose como un gilipollas, pero sin saber realmente por qué.

-O dejaba de fumar o dejaba de llevar el parche. Así que...

-¡Dejé de llevar el parche! -terminaron al unísono.

Estallaron en carcajadas, lo cual hizo que un cliente de frente despejada sentado en la zona de no fumadores los mirara y frunciera el ceño, por un momento, antes de volver su atención a las noticias de la tele.

-La vida es de lo más retorcido, ¿eh? -comentó Duke sin dejar de reír, al tiempo que se llevaba una mano al bolsillo interior de la americana de color crema.

Se detuvo al ver que Pearson le alargaba el paquete de Marlboro, del que sobresalía un cigarrillo. Intercambiaron otra mirada, la de Duke sorprendida y la de Pearson cómplice, y a continuación lanzaron otra carcajada. El tipo de frente despejada los miró de nuevo con el ceño un poco más fruncido. Ninguno de los dos se dio cuenta. Duke tomó el cigarrillo y se lo encendió. El episodio no duró más de diez segundos, pero bastó para que los dos hombres se hicieran amigos.

-Fumé como un carretero desde los quince hasta que me casé, en 1991 -explicó Duke-.

A mi madre no le gustaba, pero estaba contenta de que no fumara coca ni la vendiera, como la mitad de los otros chicos de mi calle... Estoy hablando de Rockfield, ya sabes; así que no me decía gran cosa. Wendy y yo pasarnos una semana de luna de miel en Hawai, y el día que volvimos me regaló una cosa.Duke dio una profunda chupada al cigarrillo y a continuación echó dos columnas gemelas de humo por la nariz.-Lo encontró en el catálogo de Sharper Image, creo, o tal vez en otro. Tenía un nombre de lo más sofisticado, pero no lo recuerdo. Yo simplemente llamaba a ese maldito trasto Tuercas Digitales de Pavlov. Pero en fin, la quería con locura, y todavía la quiero igual, eso te lo aseguro, así que me decidí y lo

intenté con todas mis fuerzas. La verdad es que no fue tan terrible como había imaginado. ¿Sabes a qué artilugio me refiero?

-Desde luego -repuso Pearson-. El beeper. Te hace esperar cada vez más antes de encender un cigarrillo. Lisa-beth, mi mujer, no dejaba de enseñármelo cuando estaba embarazada de Jenny. Tan sutil como un elefante en una tienda de porcelanas, ya te lo imaginas.

Duke asintió con una sonrisa, y cuando el camarero pasó junto a ellos, le indicó con un gesto que les pusiera otra ronda de cerveza antes de volverse de nuevo hacia Pearson.

-Excepto por lo de usar las Tuercas Digitales de Pavlov en lugar del parche, el resto de mi historia es igual que la tuya. Conseguí llegar hasta el momento en que la maquinita toca una versión espantosa del *Coro de la libertad* o algo parecido, pero el vicio volvió. Es más difícil de matar que una serpiente de dos corazones.

El camarero les trajo las cervezas. Esta vez pagó Duke.

-Tengo que hacer una llamada -anunció tras beber un sorbo-. Tardaré unos cinco minutos.

-Vale -repuso Pearson.

Echó un vistazo en derredor, vio que el camarero se había retirado de nuevo a la relativa seguridad de la zona de no fumadores («Los sindicatos conseguirán que haya dos camareros en el

2005, uno para los fumadores y otro para los no fumadores»), y se volvió de nuevo hacia Duke.

Pronunció las siguientes palabras en voz mucho más baja.

-Creía que íbamos a hablar de los hombres murciélago. Los ojos castaños de Duke lo observaron durante unos instantes.

-Y eso es lo que hemos hecho, amigo mío. Exactamente eso.

Y antes de que Pearson pudiera replicar, Duke desapareció en las profundidades semioscuras, aunque casi exentas de humo, del Gallagher, en dirección adondequiera que se encontraran los teléfonos públicos.

Llevaba ausente casi diez minutos, y Pearson se preguntó si debería ir a la parte trasera y comprobar que estaba bien cuando sus ojos se volvieron hacia el televisor, donde el presentador de las noticias hablaba de la bomba que acababa de soltar el vicepresidente de Estados Unidos. En un discurso ante la Asociación Nacional de Educación, el vicepresidente había propuesto reevaluar las guarderías subvencionadas por el gobierno y cerrar el mayor número de ellas posible.

La imagen cambió para mostrar un vídeo grabado en algún centro de convenciones de

Washington aquel mismo día, y cuando la cámara pasó del plano general y la narración a un primer plano del vicepresidente en el podio, Pearson se aferró a la barra con ambas manos y tal fuerza que sus dedos se hundieron un poco en el revestimiento acolchado. Recordó una de las cosas que Duke había dicho aquella mañana en la plaza. «Tienen amigos en puestos importantes.

Joder, si toda la historia va de cargos importantes.»

-No tenemos nada en contra de las madres trabajadoras de América -declaraba el monstruo deforme y con cara de murciélago que estaba de pie tras el podio marcado con el sello del vicepresidente-, y tampoco tenemos nada en contra de los pobres merecedores de asistencia.

No obstante, somos de la opinión...

Una mano se posó en el hombro de Pearson, que tuvo que morderse los labios para contener el grito que amenazaba con brotar de ellos. Se volvió y vio a Duke. Algo había cambiado en el rostro del joven; le brillaban los ojos, y tenía la frente bañada en sudor. Pearson pensó que tenía aspecto de haber ganado el concurso de algún catálogo.

-No vuelvas a hacer eso -masculló Pearson.

Duke se quedó petrificado mientras se subía de nuevo al taburete.

-Creo que me acabo de comer el corazón -prosiguió Pearson.

Duke adoptó una expresión de sorpresa, echó un vistazo al televisor y comprendió.

-Oh -empezó-. Dios mío, lo siento, Brandon. De verdad. Siempre se me olvida que tú has entrado a media película.

-¿Y qué hay del presidente? -inquirió Pearson esforzándose por mantener un tono natural, lo que casi consiguió-. Supongo que puedo soportar lo de este hijo de perra, pero ¿qué hay del presidente? También...

-No -repuso Duke en tono vacilante antes de añadir-: Al menos todavía.

Pearson se inclinó hacia él, consciente de que aquella extraña sensación de sopor empezaba a adueñarse de nuevo de sus labios.

-¿Qué significa ese todavía? ¿Qué son esas cosas? ¿De dónde vienen? ¿Qué hacen y qué es lo que quieren?

-Te contaré lo que sé -repuso Duke-, pero primero quería preguntarte si puedes venir conmigo a una pequeña reunión esta tarde, hacia las seis. ¿Te parece bien?

-¿Una reunión sobre esto?

-Pues claro.

Pearson reflexionó durante unos instantes.

-De acuerdo. Pero tendré que llamar a Lisabeth. Duke pareció alarmado.

-No le digas nada de...

-Claro que no. Le diré que *La, Belle Dame sans Merci* quiere repasar una vez más sus preciadas hojas de cálculo antes de enseñárselas a los japoneses. Eso se lo tragará; sabe que la

Holding está acojonadita con la inminente visita de nuestros amigos del Pacífico. ¿Te parece bien?

-Sí.

-A mí también, pero aun así me parece un poco barato.

-No tiene nada de barato querer mantener la mayor distancia posible entre tu mujer y los murciélagos. Quiero decir que no es que te vaya a llevar a una sauna ni nada de eso.

-Supongo que no. Bueno, dispara.

-De acuerdo. Creo que lo mejor será que empiece por lo del tabaco.

El tocadiscos, que había permanecido silencioso durante unos minutos, empezó a emitir una cansina versión del éxito *Corazón destrozado,* de Billy Ray Cyrus. Pearson miró a Duke

Rheinemann con expresión confusa y abrió la boca para decir que el tabaco no tenía nada que ver con todo aquello, pero de sus labios no brotó sonido alguno. Nada de nada.

-Dejaste de fumar..., después volviste a empezar..., pero fuiste lo bastante inteligente como para saber que si no te andabas con cuidado, en un par de meses estarías fumando tanto como antes -dijo Duke-. ¿Verdad?

-Sí, pero no entiendo...

-Ya lo entenderás.

Duke extrajo el pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. La primera impresión que Pearson había tenido cuando Duke había regresado del teléfono había sido que el hombre estaba a punto de estallar de emoción. Seguía creyendo lo mismo, pero ahora se daba cuenta de otra cosa: Duke estaba muerto de miedo.

-Limítate a escuchar, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-En cualquier caso, lo que has hecho es encontrar un término medio en tu vicio. Un comosellame, un *modus vi-vendi.* No puedes dejar de fumar, pero has descubierto que no es el fin del mundo, que no eres como un adicto a la coca que no puede dejarla ni un borracho que no puede dejar de empinar el codo. El tabaco es un vicio bastante horrible, pero la verdad es que hay un término medio entre dos o tres paquetes diarios y la abstinencia total.

Pearson lo miraba con los ojos muy abiertos, y Duke le sonrió.

-No te estoy leyendo el pensamiento, si es eso lo que estás pensando. Quiero decir que nos conocemos, ¿no?-Supongo que sí -repuso Pearson con expresión pensativa-. Por un momento había olvidado que los dos somos Gente de las Diez.

-¿Que somos qué?

Pearson le explicó la historia de la Gente de las Diez y sus ademanes tribales (miradas hoscas al enfrentarse a los carteles de PROHIBIDO FUMAR, encogimientos malhumorados de hombros al ser conminados por alguna autoridad competente a Apagar el Cigarrillo, Señor), sus sacramentos tribales (chicle, caramelos, palillos y, por supuesto, pequeños aerosoles Binaca) y sus letanías tribales («El año que viene lo dejo definitivamente» era el más común).

Duke lo escuchaba fascinado.

-¡Dios mío, Brandon! -exclamó cuando su compañero terminó-. ¡Has encontrado a la tribu perdida de Israel! ¡Todos esos malditos locos siguieron a Joe Camel como cor-deritos!

Pearson lanzó una carcajada, lo que le granjeó otra mirada molesta y confusa por parte del tipo de frente despejada sentado en la zona de no fumadores.

-En cualquier caso, todo encaja -prosiguió Duke-. Una pregunta. ¿Fumas delante de tu hija?

-¡Dios mío, no! -exclamó Pearson.

-¿Y delante de tu mujer?

-No, ya no.

-¿Cuándo fue la última vez que te fumaste un pitillo en un restaurante?

Pearson intentó hacer memoria y descubrió algo muy peculiar; que no lo recordaba. Siempre pedía una mesa en la zona de no fumadores, aunque estuviera solo, y se guardaba el cigarrillo hasta después de terminar de comer, pagar y salir del local. Y por supuesto, hacía muchísimo tiempo que no fumaba entre platos.

-La Gente de las Diez -exclamó Duke en tono maravillado-. Me encanta, tío, me encanta eso de tener un nombre propio. Y realmente es como formar parte de una tribu. Es...

Se interrumpió, de repente, con la mirada clavada en una de las ventanas. Un policía urbano pasó por delante del bar hablando con una hermosa joven. La muchacha alzaba la mirada hacia él con una dulce expresión entre admirada y coqueta, sin percatarse de los ojos negros y penetrantes y los dientes triangulares que tenía delante.

-Dios mío, mira eso -susurró Pearson.

-Sí -repuso Duke-. Y cada vez hay más. Cada día más.

Guardó silencio durante un instante, con la mirada fija en su jarra de cerveza medio vacía.

De repente, pareció sacudirse casi físicamente la abstracción.

-Seamos lo que seamos -dijo por fin-, lo cierto es que somos los únicos en todo el mundo que los vemos.

-¿Quiénes? ¿Los fumadores? -inquirió Pearson con incredulidad.

Por supuesto, debería haber sabido adonde quería ir a parar Duke, pero aun así...

-No -replicó Duke sin impacientarse-. Los fumadores no los ven. Y los no fumadores tampoco. -Se detuvo un instante para observar a Pearson con atención-. Sólo la gente como nosotros, Brandon... la gente que no es ni chicha ni limonada.

-Sólo la Gente de las Diez como nosotros.

Cuando salieron del Gallagher al cabo de un cuarto de hora, después de que Pearson llamara a su mujer desde el bar, le contara la mentira que se había inventado y le prometiera que estaría en casa antes de las diez, el chaparrón se había convertido en una leve llovizna, y Duke propuso que dieran un paseo. No hasta Cambridge, que era donde iban, sino lo suficiente para que Duke pudiera terminar la historia. Las calles aparecían casi desiertas, de modo que podrían acabar su conversación sin verse obligados a mirar por encima del hombro cada dos por tres.

-En un sentido muy extraño, es como el primer orgasmo -decía Duke mientras caminaban por entre una clara neblina a ras de suelo en dirección al río Charles-. Después del primero, el asunto entra a formar parte de tu vida, simple-mente, está ahí. Y con esto pasa lo mismo. Un buen día, las sustancias químicas alcanzan el equilibrio necesario en tu cerebro y ves a uno de ellos. Más de una vez me he preguntado cuánta gente se ha muerto en el acto al ver a una de esas cosas. Apuesto a que un montón.

Pearson contempló el sangriento reflejo de un semáforo en el brillante pavimento negro de

Boylston Street y recordó el susto que se había llevado aquella mañana.

-Son tan horribles. Tan monstruosos. La carne parece moverse por toda la cabeza... No hay ninguna forma de describirlo, ¿verdad?

Duke asintió con un gesto.

-Son más feos que un pecado, sí, señor. Yo iba en la línea roja del metro, de camino a

Milton, a mi casa, cuando vi al primero. Estaba de pie en el andén de la estación de Park Street.

Pasamos justo al lado suyo. Fue una suerte que yo estuviera en el tren y alejándome, porque me puse a gritar.

-¿Y entonces qué pasó?

La sonrisa de Duke se había trocado, al menos de momento, en una mueca avergonzada.

-Pues que todos me miraron, y en seguida apartaron la mirada. Ya sabes lo que pasa en las ciudades. Hay un colgado predicando que Jesucristo ama el Tupperware en cada esquina.

Pearson asintió con un gesto. Sabía lo que pasaba en las ciudades. Al menos, habría creído saberlo hasta ese día.

-De repente, un tipo alto, pelirrojo, con aspecto de empollón y millones de pecas se sentó a mi lado y me agarró por el codo más o menos igual que yo a ti esta mañana. Se llama Robbie

Delray. Es pintor. Lo verás esta noche en la tienda de Kate.

-¿Qué es la tienda de Kate?

-Una librería especializada que hay en Cambridge. Especializada en novela negra. Nos reunimos allí una o dos veces por semana. Es un buen sitio. Y buena gente, también, al menos la mayoría, ya lo verás. La cuestión, que Robbie me agarró por el codo y me dijo: «No estás loco.

Yo también lo he visto. Es real... Es un hombre murciélago». Eso fue todo, y la verdad es que el tipo podría haber estado hasta las cejas de anfeta-minas, que yo supiera..., pero yo había visto aquello y el alivio...

-Sí -intervino Pearson al recordar la escena de aquella mañana.

Se detuvieron en Storrow Drive, esperaron a que pasara un camión cisterna y a continuación se apresuraron a cruzar la calle encharcada. Pearson se quedó embobado durante un momento mirando una desvaída pintada que había en el respaldo de un banco encarado hacia el río. LOS

EXTRATERRES-TRES HAN LLEGADO, decía. NOS HEMOS COMIDO DOS EN UNA

MARISQUERÍA.

-Menos mal que estabas ahí esta mañana -comentó Pearson-. Vaya suerte.

-Desde luego -asintió Duke-. Ya lo creo que sí. Cuando los murciélagos joden a alguien, lo joden bien jodido. Por lo general, la pasma acaba recogiendo los pedacitos en una cesta después de una de sus pequeñas fiestas. ¿Me sigues?

Pearson asintió con un ademán.

-Y nadie sabe que todas las víctimas tenían un denominador común..., que todas ellas habían rebajado el consumo de tabaco a entre cinco y diez cigarrillos diarios. Me da la sensación de que ese dato es demasiado impreciso incluso para el FBI.

-Pero ¿por qué matarnos? -inquirió Pearson-. Quiero decir que si un tipo va por ahí gritando que su jefe es un marciano, no van a mandar precisamente a la Guardia Nacional; lo que harán es meter al tipo en el manicomio.

-Vamos, hombre, baja de las nubes -instó Duke-. Ya has visto a esas preciosidades.

-¿Quieres decir que... les gusta?

-Sí, les gusta. Pero eso es como comprarse el carro antes que el caballo. Son como lobos,

Branden, lobos invisibles que se abren paso por todo el rebaño de ovejas. Y ahora dime, ¿qué quieren los lobos de las ovejas, aparte de ponerse a cien cada vez que matan a una?

-Pues... Pero ¿qué estás diciendo? -exclamó Pearson en un susurro-. ¿Quieres decir que se comen a la gente?-Se comen algunas partes de la gente -repuso Duke-. Eso es lo que

Robbie Delray creía el día en que lo conocí, y eso es lo que todavía cree la mayoría de nosotros.

-¿Quiénes son nosotros, Duke?

-Pues la gente a la que vas a conocer esta noche. No estaremos todos, pero sí la mayoría.

Ha pasado algo; algo grande.

-¿Qué?

Pero Duke se limitó a menear la cabeza y replicar:

-¿Quieres coger un taxi? ¿Estás hecho polvo?

Pearson estaba hecho polvo, pero no quería coger un taxi todavía. El paseo lo había fortalecido..., pero no sólo el paseo. No creía poder confesárselo a Duke, al menos todavía no, pero lo cierto es que todo aquel asunto tenía su lado positivo..., su lado romántico. Era como si se viera inmerso en una extraña aunque emocionante aventura de chicos. Casi le parecía ver las ilustraciones de N. C. Wyeth. Contempló los halos de luz blanca que rodeaban lentamente las farolas alineadas a lo largo de Sturrow Drive y esbozó una sonrisa. «Ha pasado algo importante

-pensó-. El agente X-9 ha traído buenas noticias de nuestra base clandestina... ¡Hemos localizado el veneno antimurciélagos que andábamos buscando!»

-La emoción se pasa, créeme -comentó Duke con sequedad.

Pearson se volvió hacia él con expresión asombrada.

-Hacia el momento en que pescan a tu segundo amigo del puerto de Boston con media cabeza arrancada, te das cuenta que no va aparecer Tom Swift para ayudarte a blanquear la maldita valla.

-Tom Sawyer -murmuró Pearson al tiempo que se secaba la lluvia de los ojos y sentía que se ruborizaba.

-Comen algo que produce nuestro cerebro, eso es lo que cree Robbie. Tal vez una enzima, dice, o tal vez algún tipo especial de onda eléctrica. Dice que quizás es lo mismo que nos permite verlos, al menos a algunos de nosotros, y que para ellos somos como los tomates del huerto de un granjero, listos para coger cuando ellos deciden que estamos maduros. A mí me educaron en la religión baptista y estoy dispuesto a ir al grano. Nada de tonterías de granjeros. Lo que creo es que devoran almas.

-¿De verdad? ¿Me estás tomando el pelo o de verdad te lo crees?

Duke lanzó una carcajada, se encogió de hombros y adoptó una expresión desafiante.

-Mira, tío, no lo sé. Esas cosas entraron en mi vida por la misma época en que creía que el cielo era un cuento de hadas y el infierno era otra gente. Y ahora estoy jodido otra vez. Pero en realidad da igual. Lo importante, lo único que tienes que entender y no olvidar nunca es que tienen un montón de razones para matarnos. Primero porque tienen miedo de que hagamos precisamente lo que estamos haciendo, es decir, reunimos, organizamos, intentar acabar con ellos...

Hizo una pausa, reflexionó un instante y por fin meneó la cabeza. Ahora parecía un hombre que sostuviera una conversación consigo mismo e intentara resolver una cuestión que le hubiera impedido dormir demasiadas noches.

-¿Miedo? No sé exactamente si tienen miedo. Pero no corren demasiados riesgos, de eso no hay la menor duda. No soportan el hecho de que algunos de nosotros podamos verlos. No lo soportan, joder. Una vez atrapamos a uno y fue como atrapar un huracán en una botella. Lo...

-¿Que atrapasteis a uno?

-Sí, señor -asintió Duke esbozando una sonrisa dura y carente de alegría-. Lo acorralamos en un área de descanso de la interestatal 95, cerca de Newburyport. Éramos seis, y mi amigo Robbie estaba al mando. Lo llevamos a una granja, y cuando se le pasó el efecto

de todas las drogas que le habíamos metido, lo cual ocurrió demasiado deprisa, te lo aseguro, intentamos interrogarlo para averiguar las respuestas a algunas de las preguntas que tú ya me has hecho. Le habíamos puesto esposas y hierros en las piernas; además lo habíamos atado con tanto cordel de nailon que parecía una momia. ¿Y sabes qué es lo que recuerdo mejor?

Pearson meneó la cabeza. Ya se le había pasado la sensación de estar viviendo entre las páginas de un libro de aventuras infantiles.-Pues el momento en que se despertó -repuso

Duke-. No hubo término medio. En un momento dado estaba fuera de combate y al siguiente fresco como una rosa, mirándonos con esos horribles ojos. Ojos de murciélago. La verdad es que sí tienen ojos, ¿ sabes ? Pero la gente no siempre se da cuenta de eso. La historia de que son ciegos debe de ser obra de algún agente de prensa con mucho talento. No quiso hablar con nosotros.

No nos dijo ni una sola palabra. Creo que sabía que no iba a salir de aquel granero, pero no había miedo en su expresión. Sólo odio. ¡Dios mío, el odio que vi en sus ojos!

-¿Y qué pasó?

-Rompió la cadena de las esposas como si fuera papel higiénico. Los hierros de las piernas eran más resistentes, y además le habíamos puesto esas botas especiales que se pueden clavar en el suelo, pero el cordel de nailon... Empezó a morderlo en el punto en el que le cruzaba por los hombros. Con esos dientes..., ya los has visto... Era como ver a una rata roer un cabo. Nos quedamos todos de piedra. Incluso Rob-bie. No podíamos creer lo que estábamos viendo... o tal vez nos había hipnotizado. Me he preguntado muchas veces si no pudo ser eso. Suerte que estaba

Lester Olson. Habíamos utilizado una furgoneta Ford Enconoline que Robbie y Moira habían robado, y a Lester le dio la vena de que podría verse desde la autopista. Fue a comprobarlo, y al volver y ver que esa cosa se había desatado todo el cuerpo excepto los pies le pegó tres tiros en la cabeza. Asimismo, pum, pum, pum.

Duke meneó la cabeza con ademán maravillado.

-Lo mató -constató Pearson-. Asimismo, pum, pum, pum.

Tenía la sensación de que la voz había vuelto a escapársele de la cabeza, al igual que había sucedido en la plaza frente al banco aquella mañana, y de repente se le ocurrió una idea espantosa pero muy persuasiva. Se le ocurrió que los hombres murciélago no existían en realidad, que no eran más que una alucinación colectiva que se parecía bastante a las que a veces tenían los consumidores de peyote durante sus pajas mentales colectivas inducidas por el consumo de drogas. La alucinación en cuestión, que tan sólo afectaba a la Gente de las Diez, se debía a la cantidad de tabaco que consumían. Las personas a las que Duke quería que conociera habían matado al menos a una persona inocente bajo la influencia de aquella idea disparatada, y lo más probable era que mataran a más. Seguro que matarían a más si les daba tiempo. Y si no se alejaba a toda prisa de aquel empleado de banca trastornado, era bien posible que entrara a formar parte de todo aquel asunto. Ya había visto a dos hombres murciélagos..., no, a tres contando al poli y cuatro contando al vicepresidente. Y precisamente aquello era el dato decisivo, la idea de que el vicepresidente de Estados Unidos...

La expresión que se dibujaba en el rostro de Duke dio a entender a Pearson que el joven le estaba leyendo el pensamiento por tercera vez en un tiempo récord.

-Estás empezando a preguntarte si no nos habremos vuelto todos locos de atar, tú incluido,

¿verdad? -preguntó.

-Pues claro -replicó Pearson en un tono más seco del que pretendía emplear.

-Desaparecen -comentó Duke de repente-. Yo vi desaparecer al del granero.

-¿Qué?

-Que se vuelven transparentes, se convierten en humo y desaparecen. Ya sé que parece una locura, pero te aseguro que nada de lo que pueda decirte podría hacerte comprender lo que significó estar ahí y ver lo que sucedía. En el primer momento crees que no es real a pesar de que lo tienes delante de las narices; crees que lo estás soñando o que te has metido en una película llena de efectos especiales a lo bestia, como los de *La guerra de las galaxias.* Y entonces hueles algo que parece una mezcla de polvo, meados y guindillas. Te escuecen los

ojos, te da ganas de vomitar. Lester vomitó, de hecho, y Janet se pasó una hora estornudando. Dijo que sólo la ambrosía y los pelos de gato la hacen estornudar así. En cualquier caso, me acerqué a la silla en la que había estado sentado ese monstruo. Las cuerdas seguían ahí, y también las esposas y la ropa.

La camisa del tipo seguía abrochada. La corbata seguía anudada. Alargué la mano y le bajé la cremallera de los pantalones... con mucho cuidado, como si el pito fuera a salir disparado paraarrancarme la nariz, pero lo único que vi fueron los calzoncillos. Calzoncillos bóxer de lo más normal. Era lo único que había, pero ya era suficiente, porque los calzoncillos también estaban vacíos. Te diré una cosa, hermano; no has visto nada hasta que has visto la ropa de un tipo toda bien puesta en capas y sin tipo dentro.

-Se convierten en humo y desaparecen -repitió Pear-son-. Dios mío.

-Exacto. Al final tienen el mismo aspecto que éstas -indicó mientras señalaba las farolas y sus brillantes halos de humedad.

-¿Y qué pasa con...? -empezó Pearson sin saber muy bien cómo formular la pregunta-.

¿Se les da por desaparecidos? ¿Los...? -En aquel instante se dio cuenta de lo que quería saber-.

Duke, ¿dónde está el verdadero Douglas Keefer? ¿Dónde está la verdadera Suzanne Holding?

Duke meneó la cabeza.

-No lo sé. Lo único es que, en cierto modo, esta mañana has visto al verdadero Keefer,

Brandon, y también a la verdadera Suzanne Holding. Creemos que es posible que las cabezas que vemos no existan realmente, que nuestro cerebro traduzca lo que los murciélagos son en realidad..., lo que son sus corazones y sus almas, en imágenes.

-¿Telepatía espiritual?

-Te expresas de maravilla, hermano -alabó Duke con una sonrisa-. Tienes que hablar con Lester. Cuando se trata de hombres murciélago, se convierte en un auténtico poeta.

De repente aquel nombre le sonó, y tras reflexionar unos instantes, Pearson creyó saber por qué.

-¿Es un tipo algo mayor con un montón de pelo blanco? ¿Que parece el magnate algo carroza de un culebrón? Duke estalló en carcajadas.

-Exacto, ése es Les.

Caminaron en silencio durante un rato. El río fluía místico a su derecha, y ya veían las luces de Cambridge al otro lado. A Pearson le parecía que nunca había visto Boston tan bella.

-Así que los hombres murciélagos entran en tu cuerpo; quizás no son más que un germen que inhalas... -empezó Pearson mientras avanzaba a tientas.

-Bueno, sí, algunos creen en la idea del germen, pero yo no estoy de acuerdo. Porque, mira; nunca verás a un hombre murciélago que sea empleado de la limpieza ni una mujer murciélago que sea camarera. ¿Has oído hablar alguna vez de un germen que afecte sólo a los ricos,

Brandon?

-No.

-Yo tampoco.

-Estas personas con las que vamos a encontrarnos..., ¿son...?

Pearson halló divertido el hecho de que le costara pronunciar las siguientes palabras. No se trataba exactamente del regreso a los libros de aventuras, pero se parecía.

-¿... son de la resistencia?

Duke consideró las palabras de su amigo durante un momento, asintió con la cabeza y se encogió de hombros en un ademán fascinante, como si su cuerpo dijera sí y no al mismo tiempo.

-Todavía no -repuso-, pero tal vez lo sean a partir de esta noche.

Antes de que Pearson pudiera preguntarle a qué se refería, Duke había localizado otro taxi vacío al otro lado de Sturrow Drive y había bajado a la cuneta para hacerle señas. El vehículo hizo un cambio de sentido ilegal y se detuvo junto al bordillo para recogerlos.

En el taxi hablaron de la situación deportiva en la zona de Boston, de los desesperantes Red

Sox, de los deprimentes Pa-triots, de los aburridos Celtics, y dejaron a un lado a los hombres murciélago. Sin embargo, cuando se apearon del taxi delante de una casita aislada en la orilla de

Cambridge del río (LIBRERÍA DE MISTERIO KATE, rezaba un cartel que mostraba a un gato negro siseando y con el lomo arqueado), Pearson tomó a Duke Rhinemann por el brazo.

-Tengo que hacerte algunas preguntas más.

Duke consultó el reloj.-No hay tiempo, Brandon. Hemos caminado demasiado rato, supongo.

-Bueno, pues sólo dos.

-Madre mía, eres como ese tío de la tele, el que siempre lleva la gabardina vieja y sucia.

De todas formas, no creo que pueda contestarlas; sé mucho menos sobre este asunto de lo que pareces creer.

-¿Cuándo empezó todo esto?

-¿Lo ves? A eso me refiero. No lo sé, y desde luego, el monstruo que atrapamos no nos lo dijo; esa preciosidad ni siquiera nos dijo su nombre, su rango o su número de serie. Robbie

Delray, el tipo del que te he hablado, dice que vio al primero hace más de cinco años, mientras paseaba a su Lhasa Apso por el parque de Boston. Dice que desde entonces hay más cada año.

Todavía no hay muchos en comparación con nosotros, pero el número ha ido aumentando... ¿de forma exponencial? ¿Es ésa la palabra que busco?

-Espero que no. Es una palabra que da miedo.

-¿Cuál es la otra pregunta, Brandon? Vamos, date prisa.

-¿Qué hay de otras ciudades? ¿Hay hombres murciélago en otros lugares? ¿Y otra gente que los ve? ¿Sabes algo de eso?

-No lo sabemos. Podrían estar en todo el mundo, pero estamos bastante seguros de que

América es el único país del mundo en el que pueden verlos más de un puñado de personas.

-¿Porqué?

-Porque es el único país que se ha vuelto chalado con el asunto del tabaco..., probablemente porque es el único en el que la gente cree, y en el fondo lo cree de verdad, que si comen lo que tienen que comer, ingieren la combinación correcta de vitaminas, piensan siempre lo que tienen que pensar y se limpian el culo con la marca adecuada de papel higiénico, vivirán eternamente y su actividad sexual nunca remitirá. Y cuando se trata del tabaco, se declara la guerra y el resultado es este extraño híbrido. Nosotros, en otras palabras.

-La Gente de las Diez -puntualizó Pearson con una sonrisa.

-Exacto, la Gente de las Diez -asintió Duke mientras echaba un vistazo por encima del hombro de Pearson-. ¡Hola, Moira!

Pearson no se sorprendió precisamente cuando le llegó la fragancia de Giorgio. Se volvió y vio a la Señorita Falda Roja.

-Moira Richardson, te presento a Brandon Pearson.

-Hola -saludó Pearson estrechándole la mano-. Trabajas en Asistencia de Créditos,

¿verdad?

-Eso es como llamar a un basurero técnico de residuos -repuso ella con una sonrisa jovial.

Era una sonrisa, se dijo Pearson, de la que un hombre podía enamorarse si no se andaba con ojo.

-En realidad me ocupo de verificación de créditos. Si quieres comprarte un Porsche, hago averiguaciones en los archivos para asegurarme de que realmente eres un hombre Porsche... en el sentido económico, claro está.

-Claro está -repitió Pearson devolviéndole la sonrisa.

-¡Cam! -exclamó la muchacha-. ¡Ven aquí!

Era el empleado de la limpieza al que le gustaba fregar el lavabo con la gorra puesta al revés. Enfundado en ropa de calle parecía haber ganado cincuenta puntos de CI y se parecía de un modo asombroso a Armand Assante. Pearson sintió una punzada de celos pero no demasiada sorpresa cuando el muchacho rodeó con un brazo la deliciosa y esbelta cintura de Moira

Richardson y le dio un beso casual en la comisura de los deliciosos labios. A continuación le estrechó la mano a Brandon.

-Cameron Stevens.

-Brandon Pearson.

-Me alegro de verlo aquí -aseguró Stevens-. Esta mañana estaba seguro de que la iba a fastidiar.

-¿Cuántos de ustedes me estaban observando? -preguntó Pearson.

Intentó evocar la escena de las diez en la plaza y descubrió que no podía, que la mayor parte de aquellos momentos se hallaban sumidos en una blanca neblina de terror.

-La mayoría de los que trabajamos en el banco y vemosa los murciélagos -repuso Moira con serenidad-. Pero no pasa nada, señor Pearson...

-Brandon, por favor. La muchacha asintió.

-Lo único que pretendíamos era animarte, Brandon. Vamos, Cam.

Subieron a toda prisa los escalones del porche del pequeño edificio y entraron en él. Pearson entrevio un rayo de luz mortecina antes de que la puerta se cerrara. Se volvió hacia Duke.

-Todo esto es real, ¿verdad? -preguntó. Duke le dirigió una mirada compasiva.

-Por desgracia, sí. -Hizo una pausa antes de proseguir-: Pero tiene su lado bueno.

-¿Ah, sí? ¿Cuál?

Los blancos dientes de Duke brillaban en la penumbra lluviosa.

-Pues que es la primera vez en unos cinco años que vas a asistir a una reunión en la que se puede fumar -explicó-. Venga, entremos.

El vestíbulo y la librería que se abría al fondo estaban a oscuras; desde la empinada escalera que empezaba a su izquierda les llegaba un murmullo de voces y un haz de luz.

-Bueno -anunció Duke-, éste es el sitio. Citando a los Grateful Dead, qué extraño y largo viaje, ¿verdad?

-Y que lo digas -asintió Pearson-. ¿Kate también pertenece a la Gente de las Diez?

-¿La propietaria? No. Sólo la he visto dos veces, pero creo que no fuma. Este lugar fue idea de Robbie. Por lo que respecta a Kate, somos la Sociedad Bostoniana de Nuevos Duros.

Pearson enarcó las cejas.

-¿La qué?

-Un pequeño grupo de leales aficionados que se reúne cada semana para hablar de las obras de Raymond Chandler, Dashiell Hammett, Ross McDonald y gente así. Si no has leído ningún libro de estos autores, lo mejor será que lo hagas. Nunca está de más ir sobre seguro. No cuesta tanto; la verdad es que algunos de ellos son bastante buenos.

Bajaron al sótano; Duke iba delante, porque la escalera era demasiado estrecha como para bajarla juntos. Cruzaron una puerta abierta y entraron en una estancia de techo bajo muy bien iluminada, que con toda probabilidad, ocupaba el mismo espacio que la casa convertida en librería que había encima. En la habitación se veían unas treinta sillas plegables, y frente a ellas había una tabla con caballetes cubierta con una tela azul. Detrás de la improvisada mesa había amontonadas varias cajas de distintas editoriales. A Pearson le hizo gracia ver una fotografía enmarcada que colgaba de la pared izquierda y bajo la cual un cartel indicaba: DASHIELL HAMMETT:

ACLAMEMOS A NUESTRO AGUERRIDO HÉROE.

-¡Duke! -exclamó una mujer que estaba a la izquierda de Pearson-. ¡Gracias a Dios!

Creía que te había pasado algo.

Pearson reconoció a la mujer; se trataba de la joven de aspecto serio, gafas de cristales gruesos y cabello negro largo y liso. Aquella noche tenía un aspecto mucho menos serio, pues iba enfundada en unos téjanos desvaídos y una camiseta de la universidad de Georgetown bajo la que, a todas luces, no llevaba sujetador. Y Pearson tenía la sensación de que si alguna vez la mujer de

Duke veía el modo en que aquella joven miraba a su marido, lo más probable era que agarrara a

Duke por las orejas y lo sacara a rastras de la librería, ni hombres murciélago ni puñetas.

-Estoy bien, cariño -le aseguró el joven-. Es que he traído a otro converso a la Iglesia del Murciélago Jodido. Janet Brightwood, te presento a Brandon Pearson.

Brandon le estrechó la mano al tiempo que pensaba: «Tú eres la que no dejaba de estornudar».-Encantada de conocerte, Brandon -saludó antes de volverse de nuevo hacia Duke, que parecía algo incómodo ante la intensidad de su mirada-. ¿Te apetece ir a tomar un café después?

-Bueno..., ya veremos, cariño, ¿de acuerdo? -replicó Duke.

-De acuerdo -asintió ella, y su sonrisa insinuaba que esperaría tres años para salir a tomar un café con Duke si eso era lo que él quería.

«Pero ¿qué estoy haciendo aquí? -se preguntó Pearson de repente-. Esto es una locura..., como una reunión de Alcohólicos Anónimos en la unidad de locos peligrosos.»

Los miembros de la Iglesia del Murciélago Jodido estaban cogiendo ceniceros de una pila que había sobre una de las cajas y encendiéndose cigarrillos con evidente placer mientras se sentaban. Pearson calculó que quedarían pocas sillas libres, o tal vez ninguna, en cuanto todos hubieran tomado asiento.

-Está casi todo el mundo -comentó Duke mientras lo guiaba hacia un par de sillas situadas en un extremo de la última fila, lejos del lugar en que Janet Brightwood se encargaba de la cafetera, aunque Pearson no sabía si se trataba de una coincidencia o no-. Muy bien... Cuidado con la barra de la ventana, Brandon.

La barra, dotada de un gancho en un extremo para abrir las inaccesibles ventanas del sótano, estaba apoyada contra una pared de ladrillos blanqueados. Duke la agarró antes de que se cayera y golpeara a alguien, la colocó en un lugar más seguro, avanzó por el pasillo lateral y cogió un cenicero.

-Realmente, sabes leer el pensamiento -exclamó Pearson agradecido antes de encenderse un cigarrillo.

Se sentía embargado de una sensación increíblemente extraña (aunque muy agradable) por el hecho de encenderse un cigarrillo como miembro de un grupo tan nutrido.

Duke también se encendió un cigarrillo y con él señaló al hombre flaco y salpicado de pecas que estaba de pie junto a la mesa. El Pecas estaba enfrascado en una conversación con Lester

Olson, el que había disparado al hombre murciélago, pum, pum, pum, en un granero de Newburyport.

-El pelirrojo es Robbie Delray -explicó Duke casi con veneración-. Seguro que no lo escogerías como El Salvador de la Raza Humana si estuvieras haciendo el casting para una miniserie, ¿verdad? Pero resulta que a lo mejor se convierte precisamente en eso.

Delray dirigió una inclinación de cabeza a Olson, le dio una palmadita en el hombro y dijo algo que hizo reír al hombre de melena blanca. A continuación, Olson regresó a su asiento, situado en el centro de la primera fila, y Delray se dirigió hacia la mesa.

Por entonces, todas las sillas estaban ya ocupadas, e incluso había algunas personas de pie en la parte trasera de la habitación, cerca de la cafetera. Las conversaciones, animadas e inquietas, revoloteaban en torno a la cabeza de Pearson como bolas de billar tras un golpe especialmente fuerte. Bajo el techo ya se había formado una alfombra de humo entre azulado y grisáceo.

«Madre mía, están emocionados -se dijo Pearson-. Realmente emocionados. Apuesto algo a que se respiraba el mismo ambiente en los refugios de Londres en 1940, durante el *blitz.»*

-¿Con quién has hablado? -preguntó volviéndose hacia Duke-. ¿Quién te ha dicho que esta noche iba a pasar algo importante?

-Janet -repuso Duke sin mirarlo.

Tenía los expresivos ojos castaños clavados en Robbie Delray, el hombre que una vez le había salvado de enloquecer en la línea roja del metro de Boston. Pearson creyó ver adoración además de admiración en los ojos de Duke.

-Duke, es una reunión muy importante, ¿verdad?

-Para nosotros sí. La más importante que he visto hasta ahora.

-¿Y te pone nervioso el hecho de que haya tantos de los vuestros en el mismo sitio?

-No -repuso Duke con sencillez-. Robbie puede oler a los murciélagos. El... chist, esto va a empezar.

Robbie Delray exhibió una sonrisa y alzó las manos, y el murmullo de conversaciones cesó casi al instante. Pearsonvio la expresión de adoración de Duke en muchos otros rostros. Y todos ellos mostraban al menos respeto.

-Gracias por venir -saludó Delray en tono tranquilo-. Creo que por fin tenemos lo que algunos de nosotros llevamos esperando cuatro o cinco años.

Sus palabras desencadenaron una ovación espontánea. Delray aguardó durante unos instantes, mirando a su alrededor con una sonrisa radiante. Pearson descubrió algo desconcertante cuando los aplausos, a los que no se había unido, empezaron a remitir; no le gustaba el amigo y mentor de Duke. Suponía que era posible que estuviera experimentando un acceso de celos, pues ahora que Delray se había hecho cargo de la situación, era obvio que Duke Rhinemann se había olvidado por completo de Pearson, pero no creía que se debiera tan sólo a eso. Había algo pagado de sí mismo y engreído en aquellas manos alzadas que pedían silencio; algo que recordaba el desprecio casi inconsciente de un político astuto hacia su público.

«Vamos, basta -se recriminó Pearson-. No tienes ni la menor idea de cómo es en realidad.»

Cierto, muy cierto, y Pearson intentó desterrar aquella idea de su mente, dar a Delray una oportunidad, aunque sólo fuera por Duke.

-Antes de empezar -prosiguió Delray- querría presentaros a un nuevo miembro del grupo, Brandon Pearson, de lo más profundo de Medford. Levántate un momento, Brandon, y deja que tus nuevos amigos vean qué aspecto tienes.

Pearson miró a Duke con expresión consternada. Duke sonrió, se encogió de hombros y le dio un golpecito en el hombro.

-Vamos, hombre, que no te van a morder.

Pearson no estaba tan seguro de eso. Pese a ello, se puso en pie con el rostro ardiente de rubor, consciente de que la gente se giraba para echarle un vistazo. Sobre todo, se daba cuenta de la sonrisa que exhibía Lester Olson, una sonrisa que, al igual que sus cabellos, era demasiado deslumbrante como para no levantar sospechas.

La Gente de las Diez empezó a aplaudir de nuevo, sólo que ahora los aplausos iban dedicados a él, a Brandon Pearson, ejecutivo medio de un banco y fumador empedernido. Una vez más se preguntó si no habría ido a parar a una reunión de Alcohólicos Anónimos dirigida exclusivamente a (y claro está, organizada por) chiflados. Cuando se dejó caer de nuevo en su silla, seguía teniendo las mejillas cubiertas de rubor.

-Podría haberme pasado sin esto, desde luego -susurró a Duke.

-Tranquilo -dijo Duke sin dejar de sonreír-. Todo el mundo pasa por lo mismo. Y seguro que te encanta, ¿no? Quiero decir, joder, es tan de los noventa.

-Sí que es de los noventa, pero no me encanta para nada -replicó Pearson.

El corazón le latía demasiado aprisa y el rubor de sus mejillas no desaparecía. De hecho, tenía la sensación de que se estaba intensificando. «¿Qué me pasa? -se preguntó-. *¿Hot-flash....*

¿La menopausia masculina?»

Robbie Delray se inclinó hacia delante, cambió unas palabras con la muj er morena de gafas sentada junto a Olson, miró el reloj y a continuación volvió a su puesto y se volvió hacia el público. Su rostro abierto y sembrado de pecas le confería el aspecto de un monaguillo de domingo capaz de cometer toda clase de travesuras inocentes, tales como meter ranas en las blusas de las niñas o hacer la petaca en la cama del hermano pequeño, los seis días restantes de la semana.

-Gracias, amigos, y bienvenido, Brandon -dijo.

Pearson masculló que se alegraba de haber venido, pero no era cierto... ¿Qué pasaría si los demás miembros de la Gente de las Diez resultaban ser un montón de gilipollas esotéricos? ¿Qué pasaría si acababa pensando de ellos lo mismo que pensaba de la mayoría de los invitados al programa de Oprah, o de los chalados religiosos bien vestidos que aparecían como por ensalmo en el programa religioso *El Club de la Gente que Ama,*

«Oh, basta -se dijo-. Duke te cae bien, ¿no?»

Sí, Duke le caía bien, y creía que también acabaría cayéndole bien Moira Richardson... una vez traspasara la capa desensualidad que la envolvía y lograra acceder a la persona que había dentro, claro está. Sin duda, había otros que también acabarían cayéndole bien; se conformaba con poco. Y había olvidado, al menos de momento, la razón subyacente por la que estaban todos en el sótano... los hombres murciélago. Con esa amenaza pendiente sobre sus cabezas, podría apañárselas con un puñado de idiotas y esotéricos, ¿no?

Suponía que sí.

«¡Muy bien! ¡Perfecto! Pues ahora ponte cómodo, tranquilízate y disfruta del espectáculo.»

Se puso cómodo, pero no pudo tranquilizarse, al menos no del todo.

En parte se debía a la sensación de ser el chico nuevo. En parte, a la profunda desaprobación que sentía hacia aquel tipo de interacción social forzada. Por principio, consideraba que las personas que empleaban el nombre de pila de buenas a primeras y sin el consentimiento del otro eran una especie de secuestradores. Y en parte...

¡Basta ya!¿Es que todavía no lo has captado? ¡No tienes elección!

Era una idea desagradable, pero difícil de cuestionar. Había cruzado un límite aquella mañana al volver casualmente la cabeza y ver lo que anidaba dentro de la ropa de Douglas Keefer.

Suponía que ya sabía eso, pero hasta aquella noche no se había percatado de lo definitivo que era aquel límite, de lo escasas que eran las probabilidades de que volviera a cruzarlo en el sentido contrario. En el sentido que le permitiría estar de nuevo a salvo.

No, no podía tranquilizarse. Al menos, no de momento.

-Antes de ir al grano, querría daros las gracias por haber venido pese a haberos avisado con tan poca antelación -continuó Robbie Delray-. Sé que no siempre es fácil escabullirse sin despertar sospechas, y que a veces incluso resulta peligroso. No creo que sea exagerado decir que hemos pasado por un montón de cosas juntos..., por muchas situaciones difíciles...

Un murmullo cortés recorrió la sala. La mayoría de los presentes parecían pendientes de las palabras de Delray.

-... y nadie sabe mejor que yo lo duro que resulta ser una de las pocas personas que conocen la verdad. Desde que vi a mi primer hombre murciélago, hace ya cinco años...

Pearson empezó a removerse en su asiento, experimentando la última sensación que habría esperado sentir aquella noche; aburrimiento. Le parecía increíble que aquel extraño día terminara así, con un montón de gente sentada en el sótano de una librería, escuchando a un pintor pecoso que pronunciaba lo que se parecía mucho a un discurso malo del club Rotary.

Sin embargo, los demás parecían totalmente embelesados; Pearson miró de nuevo en derredor para confirmarlo. Los ojos de Duke relucían con una expresión de completa fascinación, una expresión similar a la que el perro que Pearson había tenido de pequeño, *Buddy,* adoptaba cuando Pearson sacaba su escudilla del armario situado debajo de la pica. Cameron Stevens y

Moira Richardson, medio abrazados, contemplaban a Robbie Delray con total concentración.

Igual que Janet Brightwood. Igual que el resto del pequeño grupo congregado en torno a la cafetera.

«Igual que todo el mundo -pensó-, a excepción de Brand Pearson. Vamos, encanto, intenta concentrarte en el programa.»

Pero no podía, y por extraño que pareciera, tenía la sensación de que Robbie Delray tampoco podía. Pearson se volvió hacia él tras recorrer con la mirada la sala justo a tiempo para ver a Delray mirar de nuevo el reloj. Era un gesto que Pearson había llegado a conocer muy bien desde que había entrado a formar parte de la Gente de las Diez. Supuso que el hombre estaba contando los minutos que le faltaban para encender el siguiente cigarrillo.

Mientras Delray seguía divagando, algunos de los presentes empezaron a dar muestras de inquietud; de hecho, Pearson escuchó algunas tosecitas ahogadas y el característico arrastrar de pies. Pese a ello, Delray continuó con su discurso, sin darse cuenta, al parecer, de que por mucho que lorespetaran como líder de la resistencia, corría el peligro de aburrir a su público.

-... así que nos las hemos arreglado lo mejor posible -decía en aquel instante-, y también hemos encajado los reveses lo mejor posible, escondiendo las lágrimas como supongo que siempre han tenido que hacer los que luchan en las guerras secretas, conservando siempre la creencia de que llegará un día en que el secreto será desvelado y entonces...

Hala, otro vistazo rápido al viejo Casio...

-... podremos compartir nuestros conocimientos con todos los hombres y mujeres que miran pero no ven.

«¿Salvador de la raza humana? -se dijo Pearson-. Por el amor de Dios. Este tío parece ese ultraconservador de Jesse Helms durante una moción de censura del Congreso.»

Miró a Duke y se animó un poco al comprobar que, si bien seguía escuchando, se estaba removiendo en su asiento y empezaba a mostrar signos de estar saliendo del trance en que se había sumido.

Pearson se tocó el rostro y comprobó que seguía ardiendo. Bajó las puntas de los dedos hasta la carótida para tomarse el pulso... Seguía muy acelerado. No se trataba de la vergüenza por tener que ponerse en pie y someterse a las miradas de la gente como si fuera la finalista del concurso de Miss América; los demás habían olvidado su existencia, al menos de momento. No, había algo más. Algo que no le hacía ni pizca de gracia.

-... no nos hemos rendido, hemos hecho el trabajo sucio por poco que nos gustara... -seguía recitando Delray.

«Es la misma sensación que has tenido antes -se dijo Brand Pearson-. El miedo a haberte metido en un grupo de personas que sufren una alucinación mortal.»

-No, no es eso -murmuró.

Duke se volvió hacia él con las cejas enarcadas; Pearson meneó la cabeza, de modo que

Duke volvió de nuevo su atención hacia la tarima.

Tenía miedo, sí, señor, pero no de haber ido a parar al corazón de una extraña secta que mataba por placer. Tal vez las personas reunidas en aquel sótano, al menos algunas, habían matado, tal vez aquella escena en el granero de New-buryport había tenido lugar, pero aquella noche, en aquella habitación llena de *yuppies* observados por Dashiell Ham-mett, no había rastro de la energía necesaria para emprender tan desesperadas acciones. Todo lo que sentía era una especie de distracción adormilada, la suerte de semiconcentración que permitía a la gente soportar discursos aburridos sin dormirse ni salir de la sala.

-¡Vamos, Robbie, al grano! -exclamó alguna alma caritativa desde el fondo de la sala, lo cual provocó algunas risitas nerviosas.

Robbie Delray lanzó una mirada de irritación hacia el lugar del que había procedido la voz, esbozó una sonrisa y volvió a mirar el reloj.

-Sí, vale -asintió-. Reconozco que estoy divagando. Lester, ¿podrías ayudarme un segundo?

Lester se levantó. Ambos hombres se dirigieron hacia una pila de cajas de libros y regresaron llevando un gran baúl de cuero por las correas. Lo colocaron a la derecha de la mesa.

-Gracias, Les -dijo Delray.

Lester asintió con un gesto y regresó a su silla.

-¿Qué hay en esa caja? -preguntó Pearson a Duke en un susurro.

Duke meneó la cabeza. Parecía confuso y, de repente, un poco incómodo..., pero tal vez no tanto como el propio Pearson.

-De acuerdo; Mac tiene razón -admitió Delray-. Creo que me he emocionado más de la cuenta, pero es que se trata de una ocasión histórica. Bueno, que siga el espectáculo.

Hizo una pausa efectista, y a continuación apartó de un tirón la tela azul que cubría la mesa.

Todos los presentes se inclinaron hacia delante en las sillas plegables, preparados para una gran sorpresa, y al cabo de un instante volvieron a su postura original con un murmullo general de desilusión. Se trataba de una fotografía en blanco y negro de lo que parecía un almacén abandonado. Estaba lo suficientemente ampliada como para que pudiera distinguirse con facilidad labasura consistente en papeles, condones y botellas vacías de vino junto a las puertas, así como leerse las sabias e ingeniosas pintadas de la pared. La más grande decía: LAS CHICAS DEL

DISTURBIO MANDAN.

Un nuevo murmullo recorrió la estancia.

-Hace cinco semanas -anunció Delray en tono solemne-, Lester, Kendra y yo seguimos a dos hombres murciélago hasta este almacén abandonado, situado en la sección Clark Bay de

Reveré.

La mujer de cabello oscuro y gafas redondas sin montura que estaba sentada junto a Lester

Olson miró en derredor con ademán engreído... y Pearson comprobó con asombro que también ella miraba el reloj.

-Se encontraron en este lugar -prosiguió Delray al tiempo que señalaba con el dedo una de las entradas de carga rodeadas de basura- con otros tres hombres murciélago y dos mujeres murciélago. Todos ellos entraron en el edificio. Desde entonces, seis o siete de nosotros hemos vigilado el almacén por turnos. Hemos averiguado...

Pearson se volvió hacia el rostro dolido e incrédulo de Duke. Era corno si llevara las palabras ¿POR QUÉ NO ME ESCOGIERON A MÍ? tatuadas en la frente.

-... que se trata de una especie de lugar de reunión para los murciélagos del área metropolitana de Boston...

«Los Murciélagos de Boston -pensó Pearson-. Qué nombre para un equipo de béisbol.»

Y de nuevo lo asaltó la duda: «¿Soy yo realmente el que está aquí sentado escuchando todas estas locuras? ¿Soy yo realmente?».

En ese preciso instante, como sus dudas hubieran avivado el recuerdo, volvió a escuchar a

Delray explicando a los Aguerridos Cazamurciélagos allí reunidos que el nuevo miembro del grupo se llamaba Brandon Pearson y era de las profundidades de Medford.

Se volvió de nuevo hacia Duke y le habló al oído.

-Cuando has hablado con Janet por teléfono..., cuando estábamos en el Gallagher..., le has dicho que me traerías a la reunión, ¿no?

Duke le lanzó una mirada impaciente, que indicaba que estaba intentando escuchar lo que se decía aunque aún mostraba vestigios de dolor.

-Sí-repuso.

-¿Y le has dicho que yo era de Medford?

-No -repuso Duke-. ¿Cómo iba yo a saber de dónde eres? ¡Déjame escuchar, Brand!

El joven volvió su atención a la tarima.

-Hemos visto más de treinta y cinco vehículos, coches de lujo y limusinas, en su mayoría, visitar este almacén abandonado y solitario -dijo Delray antes de hacer otra pausa efectista, volver a mirar el reloj y proseguir a toda prisa-. Muchos de ellos han ido al almacén hasta diez y doce veces. Sin duda, los murciélagos deben de estar contentísimos de haber escogido un lugar tan apartado para montar su sala de reuniones o club social o lo que sea, pero lo que creo es que se van a ver acorralados, porque... Perdonadme un momento, amigos...

Se volvió y empezó a hablar en voz baja con Lester Olson. La mujer llamada Kendra se unió a ellos y empezó a mirarlos alternativamente como si estuviera en un partido de ping-pong. Los presentes observaban la escena con expresiones de desconcierto y perplejidad.

Pearson los comprendía perfectamente. «Algo grande», había prometido Duke, y a juzgar por el aspecto de los demás, a todo el mundo le habían prometido lo mismo. Ese «algo grande» resultaba ser una sola fotografía en blanco y negro en la que no se veía más que un almacén abandonado que nadaba en un mar de basura, ropa interior y condones usados. ¿Qué cono pasaba con esa fotografía?

«Lo gordo debe de estar en el baúl -se dijo Pearson-. Y por cierto, Pecas, ¿cómo sabías que soy de Medford? Ésta me la guardo para el turno de ruegos y preguntas, eso te lo aseguro.»

La sensación de calor en el rostro, el corazón acelerado y, sobre todo, la acuciante necesidad de fumarse otro cigarrillo eran más intensas que nunca. Igual que los ataques de angustia que había sufrido algunas veces cuando iba a la universidad. ¿Qué le pasaba? Si no era miedo,

¿qué era?«Oh, sí que es miedo... sólo que no es miedo de ser la única persona cuerda atrapada en la boca del lobo. Sabes que los murciélagos son reales; no estás loco, y tampoco están locos Duke,

Moira, Cam Stevens ni Janet Brightwood. Pero aquí pasa algo raro... algo muy raro. Y creo que tiene que ver con él. Robbie Delray, pintor de brocha gorda y Salvador de la Raza Humana. Sabía de dónde soy. Brightwood lo ha llamado y le ha dicho que Duke iba a traer a alguien del Banco

Mercantil que se llama Branden Pearson, y Robbie ha hecho averiguaciones sobre mí. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Y cómo lo ha hecho?»

De repente, oyó de nuevo a Duke Rhinemann diciendo: «Son inteligentes... y tienen buenos amigos en puestos importantes. Joder, si toda la historia va de cargos importantes».

Si tienes amigos en puestos importantes, no te cuesta nada hacer averiguaciones sobre alguien, ¿verdad? Exacto. La gente que está en puestos importantes tiene acceso a todas las contraseñas necesarias de los ordenadores, a los archivos adecuados, a los números que configuran las estadísticas vitales apropiadas...

Pearson dio un respingo como si acabara de despertar de una terrible pesadilla. Sin querer propinó una patada a la base de la barra para abrir ventanas, que empezó a deslizarse. En aquel instante, la conversación susurrada junto a la mesa tocó a su fin, sellada por sendas inclinaciones de cabeza.

-Les -pidió Delray-. ¿Podéis volver a echarme una mano tú y Kendra?

Pearson alargó el brazo para agarrar la barra antes de que se cayera y le diera a alguien en la cabeza... o incluso se la abriera con ese maldito gancho de la punta. Consiguió cogerlo, y en el momento en que se disponía a apoyarlo de nuevo contra la pared vio la cara granujienta mirando por la ventana del sótano. Los ojos negros, tan parecidos a los de una muñeca de trapo olvidada bajo la cama de una niña, se encontraron con los ojos azules y muy abiertos de Pearson.

Numerosas tiras de carne daban vueltas como bandas de atmósfera en torno a uno de los planetas que los astrónomos llaman gigantes gaseosos. Las negras venas serpenteantes bajo el cráneo desigual y desnudo palpitaban. Los dientes centelleaban en la boca abierta.

-Ayudadme con las correas de este maldito trasto -decía Delray con una risita desde el otro extremo de la galaxia-. Creo que están encalladas.

Brandon Pearson tenía la sensación de que el tiempo había retrocedido a aquella mañana. De nuevo intentó gritar, y de nuevo el susto se lo impidió y no fue capaz más que de emitir un leve sonido inarticulado..., el sonido de un hombre que gime en sueños.

El discurso vago.

La insignificante fotografía.

Los constantes vistazos al reloj.

«¿Y te pone nervioso el hecho de que haya tantos de los vuestros en el mismo sitio?», había preguntado, y Duke había respondido con una sonrisa: «No. Robbie puede oler a los murciélagos».

Esta vez no había nadie para detenerlo, y esta vez, el segundo intento de Pearson fue un completo éxito.

-¡ES UNA TRAMPA! -gritó al tiempo que se levantaba de un salto-**.** ¡ES UNA TRAMPA, TENEMOS QUE LARGARNOS DE AQUÍ!

Numerosos rostros consternados se volvieron hacia él... pero había tres que no tenían necesidad de volverse. Los rostros de Delray, Olson y la mujer de cabello oscuro llamada Kendra.

Acababan de desatar las correas y abrir el baúl. Sus rostros mostraban asombro y culpa..., pero ninguna sorpresa. Ni rastro de aquella emoción en concreto.

-¡Siéntate, hombre! -masculló Duke-. ¿Es que te has vuelto lo...?

La puerta del piso superior se abrió de golpe. El taconeo de botas se acercaba a la escalera.

-¿Qué pasa? -preguntó Janet Brightwood a Duke con los ojos abiertos de par en par por el miedo-. ¿De qué está hablando?

-¡FUERA! -rugió Pearson-. ¡LARGAOS DE AQUÍ, MALDITA SEA! ¡OS LO HA CONTADO AL REVÉS! ¡SOMOS NOSOTROS LOS QUE ESTAMOS EN UNA TRAMPA!

La puerta situada en la cima de la estrecha escalera del sótano se abrió, y desde las sombras llegaron los sonidos más asombrosos que Pearson había oído en su vida..., sonidos parecidos a los de una jauría de perros de pelea abalanzándose sobre un bebé que les acabaran de arrojar.

-¿ Quiénes son ? -chilló Janet-. ¿ Quién hay allí arriba ?

No obstante, no se trataba de una pregunta. Su rostro denotaba que sabía muy bien quién había allí arriba. Qué había allí arriba.

-¡Calma! -gritó Robbie Delray a los confundidos presentes, la mayoría de los cuales seguía sentada en las sillas plegables-. ¡Han prometido la amnistía! ¿Me oís? ¿Entendéis lo que estoy diciendo? ¡Me han dado su palabra de honor de que...!

En aquel instante, la ventana situada a la izquierda de aquélla por la que Pearson había visto al primer murciélago se hizo añicos, salpicando de vidrios a los anonadados hombres y mujeres sentados más cerca de la pared. Un brazo enfundado en un traje de Armani atravesó la abertura y agarró a Moira Richardson por el pelo. La muchacha gritó y golpeó la mano que la sujetaba... aunque en realidad no se trataba de una mano, sino de un manojo de tendones coronados por uñas largas y quitinosas.

Sin pensárselo dos veces, Pearson cogió la barra para abrir ventanas, se lanzó hacia delante y clavó el gancho en el palpitante rostro de murciélago que miraba por la ventana rota. El gancho entró por uno de los ojos de la cosa. Una especie de tinta densa y ligeramente astringente salpicó las manos alzadas de Pearson. El hombre murciélago emitió un sonido salvaje que a Pearson no le sonó a grito de dolor, aunque esperaba haberle hecho daño, y a continuación cayó hacia atrás, llevándose consigo la barra que sujetaba Pearson antes de desaparecer en la lluviosa noche. Antes de que la criatura se perdiera por completo de vista, Pearson vio una neblina blanca que empezaba a manar de su piel tumefacta, y percibió un olor a

(polvo orina guindillas) algo desagradable.

Cam Stevens abrazó a Moira y miró a Pearson con expresión asustada e incrédula. A su alrededor, todos los demás habían adoptado la misma expresión, un puñado de hombres y mujeres petrificados en sus sillas como una manada de ciervos ante los faros de un camión.

«No tienen mucho aspecto de luchadores de la resistencia -pensó Pearson-. Lo que parecen es un rebaño de ovejas atrapadas en un *shearing-pen.... y* la hija puta de la cabra traidora que los ha metido en esto está ahí delante con los otros dos conspiradores.»

Los salvajes sonidos de ataque se estaban acercando, pero no con la rapidez que Pearson habría esperado. De repente recordó lo estrecha que era la escalera del sótano... demasiado estrecha como para que dos personas la bajaran juntas..., y rezó una oración de gracias mientras se lanzaba hacia delante. Agarró a Duke por la corbata y tiró de él para levantarlo.

-Vamos -dijo-. Nos largamos de aquí. ¿Hay alguna puerta trasera?

-No lo sé -repuso Duke al tiempo que se frotaba una sien, como si tuviera un terrible dolor de cabeza-. ¿Robbie ha hecho esto? ¿Robbie? No puede ser, tío..., ¿verdad?

Miró a Pearson con desgarradora y consternada intensidad.

-Pues me temo que sí, Duke. Vamos.

Avanzó dos pasos hacia el pasillo sin soltar la corbata de Duke, y de pronto se detuvo.

Delray, Olson y Kendra habían estado rebuscando en el baúl, y en aquel momento sacaron armas automáticas del tamaño de pistolas y con culatas de metal ridiculamente largas. Pearson sólo había visto Uzis en las películas y en la tele, pero suponía que eso eran aquellas armas. Uzis o parientes cercanos, y de todas formas, ¿qué cono importaba? Eran armas.

-Alto -advirtió Delray.

Parecía dirigirse a Duke y a Pearson. Estaba intentando sonreír, aunque en realidad su rostro aparecía contraído en una mueca parecida a la de un condenado a muerte al que acaban de comunicar que su ejecución no ha sido anulada.

-No os mováis.Duke siguió avanzando. Ya había llegado al pasillo, y Pearson se hallaba junto a él. Otras personas se habían levantado y los seguían, aunque sin dejar de mirar con nerviosismo hacia atrás, hacia la puerta que daba a la escalera. Sus miradas decían que no les gustaban las armas, pero que los salvajes graznidos procedentes de la planta baja les gustaban aún menos.

-¿Por qué, tío? -inquirió Duke. Pearson vio que su compañero estaba al borde del llanto; tenía las manos extendidas con las palmas hacia arriba.

-¿Por qué nos has traicionado?

-No te muevas, Duke, te lo advierto -ordenó Lester Olson con la voz tranquilizada por el whisky.

-¡Que nadie se mueva! -masculló Kendra.

Su voz no sonaba nada tranquila. Recorría sin cesar la estancia con la mirada, como si quisiera abarcarla toda al mismo tiempo.

-Nunca hemos tenido ni la más mínima oportunidad -explicó Delray a Duke en tono implorante-. Nos pisaban los talones; podrían haber acabado con nosotros en cualquier momento, pero en lugar de eso me ofrecieron un trato. ¿Lo entiendes? No os he traicionado; nunca se me habría ocurrido. Fueron ellos los que vinieron a mí.

Delray hablaba con vehemencia, como si aquella distinción realmente significara algo para él, pero el pestañeo de sus ojos transmitía un mensaje distinto. Era como si llevara a otro Robbie

Delray dentro, a un Robbie Delray mejor, a un hombre que estuviera intentando con todas sus fuerzas desligarse de tan vergonzante traición.

-¡ERES UN MALDITO MENTIROSO! -chilló Duke Rhine-mann con la voz rota de dolor y furiosa comprensión.

Se abalanzó sobre el hombre que le había salvado la cordura y tal vez la vida en la línea roja del metro... y en aquel instante todo se desmoronó.

Era imposible que Pearson viera toda la escena, pero de algún modo tenía la sensación de haberlo visto todo. Vio que

Robbie Delray vacilaba y a continuación ladeaba el arma como si pretendiera golpear a

Duke con el cañón en lugar de dispararle. Vio que Lester Olson, el hombre que había disparado sobre el murciélago en el granero de Newburyport pum-pum-pum antes de perder los redaños y decidir que intentaría hacer un trato, se apoyaba la culata de su arma contra la hebilla del cinturón y apretaba el gatillo. Vio que una serie de destellos de fuego azul aparecían en los orificios de ventilación del cañón, y oyó un ronco bac bac bac que supuso sería el sonido que emitían las armas automáticas en la vida real. Percibió que algo cortaba el aire a escasos centímetros de su rostro; era como oír el jadeo de un fantasma. Y vio a Duke caer hacia atrás y la sangre salpicar la pechera de su camisa blanca y su traje color crema. Vio que el hombre que había estado justo detrás de Duke caía de rodillas cubriéndose los ojos con las manos y con sangre brillante brotándole por entre los nudillos.

Alguien, tal vez Janet Brightwood, había cerrado la puerta situada entre la escalera y el sótano antes de la reunión; en aquel momento, la puerta se abrió de golpe y por ella entraron dos hombres murciélago ataviados con el uniforme de la policía de Boston. Sus rostros pequeños y abigarrados sobresalían con una expresión de salvajismo de las cabezas descomunales y extrañamente inquietas.

-¡Amnistía! -gritaba Robbie Delray. Las pecas se habían hecho ahora mucho más visibles, pues la piel que cubrían estaba blanca como el papel.

-¡Amnistía! ¡Me han prometido amnistía si os quedáis quietos con las manos en alto!

Algunas personas, en su mayoría las que habían estado congregadas en torno a la cafetera, levantaron los brazos, en efecto, aunque siguieron apartándose de los hombres murciélago uniformados. Uno de los murciélagos alargó la mano con un gruñido sordo, agarró a un hombre por la pechera de la camisa y lo atrajo hacia sí. Casi antes de que Pearson se diera cuenta de lo que sucedía, la cosa le había arrancado los ojos. Contempló por un momento los restos que descansaban sobre su mano deforme y a continuación se los metió en la boca.Mientras otros dos hombres murciélago entraban por la puerta y miraban en derredor con sus ojillos negros y brillantes, el otro murciélago policía sacó el arma reglamentaria y disparó tres veces, en apariencia al azar, sobre la gente.

-¡No! -oyó Pearson gritar a Delray-. ¡Me lo habíais prometido!

Janet Brightwood cogió la cafetera, la levantó por encima de su cabeza y se la arrojó a uno de los recién llegados. El aparato chocó contra el monstruo con un golpe metálico sordo y derramó café sobre todo su cuerpo. En esta ocasión no cabía duda de que el grito de la cosa era de dolor. Uno de los murciélagos policía alargó el brazo hacia ella. Brightwood se agachó, intentó echar a correr, tropezó... y de repente desapareció, perdida en la estampida que se dirigía hacia la parte delantera de la estancia.

Todas las ventanas se estaban rompiendo en aquellos momentos, y Pearson oyó además el aullido de sirenas que se acercaban. Vio que los murciélagos se dividían en dos grupos y corrían a lo largo de las paredes de la habitación, con la clara intención de acorralar a la Gente de las Diez en el pequeño almacén que había detrás de la mesa volcada.

Olson tiró el arma, tomó a Kendra de la mano y se dirigió a toda prisa hacia allí. El brazo de un murciélago se coló por una de las ventanas del sótano, le agarró un mechón de teatral cabello blanco y tiró de él hacia arriba mientras el hombre tosía y se atragantaba. Otra mano apareció por la ventana, y una uña de unos ocho centímetros le rebanó el cuello, del que manó un abundante manantial de sangre.

«Se acabaron para ti los días de pum pum murciélagos en cobertizos de la costa, amigo mío», se dijo Pearson entre náuseas. Se volvió de nuevo hacia la parte delantera del sótano.

Delray estaba de pie entre el baúl abierto y la mesa volcada; el arma pendía de una de sus manos, y en sus ojos se veía dibujada una expresión de asombro rayana en el vacío. Ni siquiera se resistió cuando Pearson le arrebató la culata del arma.

-Habían prometido la amnistía -le aseguró a Pearson-. Lo habían prometido.

-¿De verdad creíste que podías confiar en unas criaturas que tienen este aspecto? -preguntó Pearson antes de golpear con todas sus fuerzas el centro del rostro de Delray con la culata.

Oyó el sonido de algo al romperse..., la nariz de Delray, probablemente..., y el despiadado bárbaro que había despertado en su alma de banquero se alzó con un sentimiento de salvaje alegría.

Se dirigió hacia un pasillo que zigzagueaba entre las cajas apiladas, un pasillo ensanchado por la gente que ya había pasado por ahí, y de repente se detuvo al oír un estruendo de disparos en la parte posterior del edificio. Disparos... gritos... rugidos de triunfo.

Pearson giró en redondo y vio a Cam Stevens y Moira Ri-chardson de pie en el otro extremo del pasillo, entre las sillas plegables. Ambos mostraban la misma expresión de asombro y estaban cogidos de la mano. «Éste es el aspecto que debían de tener Hansel y Gretel cuando por fin consiguieron salir de la casita de chocolate», tuvo tiempo de pensar Pearson antes de agacharse, coger las armas de Kendra y Olson y entregárselas a sus dos compañeros.

Otros dos murciélagos habían entrado por la puerta trasera. Se movían con seguridad, como si todo se estuviera desarrollando de acuerdo con un plan..., lo cual, suponía Pearson, era totalmente cierto. La acción se había desplazado a la parte posterior del edificio; ahí era donde estaba el bacalao, y los murciélagos no se estaban limitando precisamente a cortarlo.

-Vamos -urgió a Cam y Moira-. A por ellos.

Los murciélagos que acababan de entrar tardaron demasiado en darse cuenta de que unos pocos refugiados habían decidido dar la cara y luchar. Uno de ellos giró sobre sus talones, tal vez para echar a correr, chocó con otro murciélago que llegaba y resbaló en el charco de café derramado. Ambos murciélagos cayeron al suelo. Pearson abrió fuego sobre el que todavía estaba de pie. El arma emitió su insatisfactorio bac bac bac, y el murciélago cayó hacia atrás; su extraño rostro se abrió y liberó una nube de niebla hedionda... «Es como si realmente no fueran más que una ilusión», se dijo Pearson.Cam y Moira captaron la idea y abrieron fuego sobre los otros murciélagos, atrapándolos en un fulminante campo de balas que los lanzó contra la pared y a continuación al suelo; empezaron a desaparecer en medio de la insustancial neblina que a Pearson le recordaba las margaritas de las isletas de mármol que había delante del Banco Mercantil.

-Vamos -instó Pearson-. Si nos vamos ahora, tal vez tengamos una oportunidad.

-Pero... -empezó Cameron.

Miró en derredor; empezaba a salir del trance en que había estado sumido. Perfecto, pues

Pearson tenía la sensación de que tendrían que estar completamente despiertos si querían tener la posibilidad de salir de aquélla.

-No importa, Cam -intervino Moira.

También ella había echado un vistazo a su alrededor y había comprobado que eran los únicos que quedaban, tanto humanos como murciélagos. Todos los demás habían salido por la parte trasera.

-Vamonos. Creo que lo mejor sería salir por la puerta por la que hemos entrado.

-Sí -asintió Pearson-, pero no nos queda mucho tiempo.

Lanzó una última mirada a Duke, que estaba tendido en el suelo con el rostro paralizado en una expresión de dolida incredulidad. Le habría gustado tener tiempo para cerrarle los ojos, pero no era el caso.

-Vamos -repitió. Los tres se marcharon.

Cuando llegaron a la puerta que daba al porche y a Cambridge Avenue, el estruendo de disparos procedente de la parte trasera de la casa había empezado a remitir. «¿Cuántos habrán muerto?», se preguntó Pearson. «Todos», fue la primera respuesta que se le ocurrió, una respuesta espantosa pero demasiado plausible como para ser negada. Supuso que una o dos personas más habrían conseguido escabullirse, pero no más. Había sido una trampa muy bien organizada y silenciosa, preparada mientras Robbie Delray hablaba por los codos haciendo tiempo y mirando el reloj... probablemente esperando para dar una señal a la que Pearson se había adelantado.

«Si me hubiera espabilado un poco antes, tal vez Duke seguiría vivo», pensó con amargura.

Era posible, pero los deseos no siempre se hacían realidad. No era el mejor momento para hacerse reproches.

Habían dejado a un murciélago policía de guardia en el porche, pero estaba de cara a la calle, tal vez vigilando por si llegaban intrusos.

-Eh, hijo de puta asqueroso, ¿tienes un cigarrillo? -preguntó asomándose a la puerta abierta.

El murciélago se volvió.

Pearson le voló la cara.

Poco después de la una de aquella madrugada, tres personas, dos hombres y una mujer enfundada en unas medias desgarradas y una falda roja, corrían junto a un tren de carga que salía de los cobertizos de carga de la Estación del Sur. El más joven de los dos hombres se encaramó sin dificultad a un vagón vacío, se volvió y alargó los brazos hacia la mujer.

La joven tropezó y lanzó un grito cuando uno de los tacones bajos de sus zapatos se rompió.

Pearson le rodeó la cintura con un brazo (percibió el leve aunque desgarrador aroma a Giorgio bajo el olor mucho más fresco del sudor y el miedo), corrió con ella y le gritó que saltara. Cuando ella obedeció, la agarró por las caderas y la empujó hacia los brazos extendidos de Cameron

Stevens. La mujer se aferró a él y Pearson le dio un último empujón para ayudar a Stevens a subirla al vagón.

Pearson se había quedado atrás en su intento de ayudar ala joven, y ahora veía que la valla que marcaba el fin de la estación se acercaba cada vez más. El tren de carga se deslizaba por un orificio practicado en la valla, pero no habría lugar suficiente para él y Pearson; si no se apresuraba a subir al tren se quedaría en la estación.

Cam se asomó, vio la valla que se acercaba y volvió a alargar los brazos.

-¡Vamos! -gritó-. ¡Puedes hacerlo!

Pearson no lo habría conseguido..., al menos no en los tiempos en que fumaba dos paquetes diarios. Sin embargo, encontró un poco de fuerza adicional tanto en las piernas como en los pulmones. Corrió a lo largo del traicionero lecho de cenizas y tizones salpicados de basura que se amontonaban junto a las vías, logrando adelantar de nuevo al tren, extendiendo los dedos para tocar las manos que se alargaban hacia él al tiempo que la valla se acercaba. Ya veía el cruel amasijo de alambre de espino que sobresalía por entre los rombos de la valla.

En aquel momento, el ojo de su mente se abrió y vio a su mujer sentada en el salón con el rostro surcado de lágrimas y los ojos inyectados en sangre de tanto llorar. La vio explicando a dos policías uniformados que su marido había desaparecido. Incluso vio la pila de libros desplegables de Jenny en la mesita que había junto a ella. ¿Era lo que realmente estaba ocurriendo? Suponía que sí. Y Lisabeth, que no había fumado ni un solo cigarrillo en toda su vida, no vería los ojos negros y las bocas dentadas bajo los jóvenes rostros de los policías sentados frente a ella en el sofá; no vería los tumores ni las secreciones de sus cabezas, ni las líneas que palpitaban a lo largo y ancho de sus cráneos desnudos.

No lo sabría. No lo vería.

«Que Dios bendiga su ceguera -pensó Pearson-. Que dure eternamente.»

Se acercó dando tumbos al gigantesco y oscuro tren de carga de la empresa Conrail que se dirigía hacia el oeste; se acercó al abanico anaranjado de chispas que ascendía en espiral desde debajo de una de las ruedas de acero que giraba lentamente.

-¡Corre! -chilló Moira mientras se asomaba con las manos extendidas en un ademán implorante-. ¡Por favor, Brandon, sólo un poco más!

-¡Mueve el trasero, tortuga! -gritó Cam-. ¡Cuidado con la maldita valla!

«No puedo -pensó Pearson-. No puedo mover el trasero, no puedo tener cuidado con la maldita valla, no puedo más. Lo único que quiero es tenderme en el suelo. Lo único que quiero es dormir.»

Entonces pensó en Duke y logró acelerar un poquito más a pesar de todo. Duke no había sido lo suficientemente viejo como para saber que a veces la gente pierde el valor y

traiciona a los demás, que a veces incluso aquellos a los que uno adora lo hacen, pero sí había sido lo suficientemente viejo como para agarrar a Brand Pearson por el brazo y evitar que se suicidara por un grito. Duke no habría querido que se quedara en aquella estúpida estación de carga.

Logró hacer un último esfuerzo en dirección a las manos extendidas de sus compañeros al tiempo que veía la valla abalanzarse sobre él por el rabillo del ojo, y se aferró a los dedos de Cam.

Saltó, notó que la mano de Moira lo agarraba con firmeza por la axila y de repente se encontró subiendo al tren, metiendo el pie derecho una fracción de segundo antes de que la valla pudiera arrancárselo con zapato y todo.

-Todos a bordo para la Aventura de los Muchachos -jadeó-. Ilustraciones de N. C.

Wyeth.

-¿Qué? -preguntó Moira-. ¿Qué has dicho?

Pearson se tendió de espaldas y los miró por entre el cabello alborotado mientras descansaba sobre los codos y jadeaba.

-Nada, nada. ¿Quién tiene un cigarrillo? Me muero por fumarme uno.

Sus compañeros se lo quedaron mirando durante unos segundos, se miraron y de repente se echaron a reír al unísono, lo cual, suponía Pearson, significaba que estaban enamorados.

Mientras se retorcían por el suelo del vagón, abrazados y sin poder dejar de reír, Pearson se incorporó y empezó a re-buscar lentamente en los bolsillos interiores de su traje sucio y desgarrado.

-Aahh -exclamó al meter la mano en el segundo bolsillo y notar la forma tan conocida.

Sacó el maltrecho paquete y se lo mostró a los demás.

-¡Por la victoria!

El vagón siguió dando tumbos hacia el oeste, a través de Massachusetts con tres pequeñas ascuas reluciendo a través de la puerta abierta. Al cabo de una semana llegaron a Omaha. Pasaban las horas de media mañana deambulando por las calles, observando a la gente que se toma sus descansos aunque llueva a cántaros, buscando a Gente de las Diez, reclu-tando a miembros de la

Tribu Perdida, la que siguió a Joe Camel.

En noviembre ya eran veinte las personas que se reunían en la trastienda de una ferretería abandonada de La Vista.

Organizaron la primera redada a principios del año siguiente; fue en Council Bluffs, al otro lado del río, donde mataron a treinta ejecutivos y banqueros murciélago muy sorprendidos. No era mucho, pero Brand Pearson había aprendido que matar murciélagos tenía un rasgo en común con el hecho de reducir el consumo de tabaco: por algo se empieza.

El caso del doctor

Creo que fue la única ocasión en la que resolví un caso antes que mi ligeramente abrumador amigo, el señor Sherlock Holmes. Digo «creo» porque mi memoria empezó a difuminarse un tanto en cuanto entré en la novena década de mi existencia; ahora, cerca ya del centenario, todo se ha convertido en una auténtica niebla. Tal vez hubo otra ocasión, pero si es así no lo recuerdo.

Dudo que llegue a olvidar jamás aquel caso en particular, por confusos que se tornen mis pensamientos y mis recuerdos, y me dije que debería ponerlo por escrito antes de que Dios me arrebate la pluma para siempre. Sabe Dios que ya no puedo humillar a Holmes, pues lleva cuarenta años sepultado en su tumba. Creo que ya es tiempo de revelar la historia. Ni siquiera

Lestrade, que utilizó a Holmes en diversas ocasiones pero nunca lo tuvo en demasiada estima, rompió su voto de silencio acerca del caso de lord Hull, aunque, de todos modos, las circunstancias se lo impedían. Pero aunque las circunstancias hubieran sido otras, no creo que

Lestrade hubiera revelado el secreto. Él y Holmes siempre andaban hostigándose, y es posible que

Holmes incluso odiara al policía (si bien jamás habría reconocido tan bajo sentimiento), pero lo cierto es que Lestrade profesaba un gran respeto a mi amigo.

Era una tarde lluviosa y siniestra, y el reloj acababa de dar la una y media. Holmes estaba sentado junto a la ventana, con el violín en la mano aunque sin tocarlo, contemplando la lluvia en silencio. Había momentos, sobre todo cuando sus días de cocaína pasaron a la historia, en que

Holmes se veía aquejado por un mal humor que rayaba en la hosquedad, sobre todo cuando el cielo se obstinaba en mostrarse gris du-rante una semana o más, y aquel día se sentía doblemente decepcionado, pues había empezado a llover la noche anterior, y mi amigo había vaticinado con toda confianza que por la mañana brillaría el sol. Sin embargo, la niebla que pesaba sobre la ciudad cuando me levanté se había espesado hasta convertirse en lluvia constante, y lo único que ponía a Holmes de peor humor que los períodos prolongados de lluvia era el hecho de equivocarse.

De repente se irguió, rozando una cuerda del violín con la uña, y esbozó una sonrisa sardónica.

-¡Watson! ¡Venga a ver esto! ¡El sabueso más mojado que haya visto jamás!

Se trataba de Lestrade, por supuesto, que iba sentado en un coche abierto mientras la lluvia le entraba en los ojos impertérritos y a un tiempo terriblemente inquisitivos. El coche apenas se había detenido cuando Lestrade se apeó, arrojó una moneda al conductor y se dirigió hacia el 22

IB de Baker Street. Caminaba con tal rapidez que creí que iba a estrellarse contra nuestra puerta como un ariete.

Oí a la señora Hudson refunfuñando acerca de lo mojado que estaba y el efecto que ello podría producir en las alfombras tanto de la planta baja como del primer piso, y en aquel momento, Holmes, que podía hacer quedar a Lestrade como una tortuga cuando le apetecía, se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

-¡Déjelo subir, señora H.! -exclamó-. Le pondré un periódico debajo de los pies si se queda mucho rato, pero en cierto modo creo que sí, de verdad creo que...

En aquel instante, Lestrade subió la escalera pesadamente, dejando a la señora Hudson que siguiera refunfuñando en la planta baja. El policía tenía el rostro azorado, le ardían los ojos y sus dientes, amarillentos por el tabaco, aparecían separados en una sonrisa de lobo.

-¡Inspector Lestrade! -exclamó Holmes con jovialidad-. ¿Qué le trae por aquí en un día tan...? Pero no pudo continuar.

-He oído decir que los gitanos conceden deseos -lo interrumpió Lestrade, todavía jadeante-. Y ahora me lo creo.

Venga en seguida si quiere un buen desafío, Holmes. El cadáver todavía está caliente y los sospechosos esperando en fila.

-¡Me asusta usted con su ardor, Lestrade! -exclamó Holmes, aunque enarcando las cejas en ademán sarcástico.

-No se haga el interesante conmigo, hombre... He venido a toda prisa para ofrecerle algo por lo que, en su orgullo, ha suspirado mil veces delante mío; el perfecto misterio de la puerta cerrada con llave.

Holmes había avanzado unos pasos hacia el rincón, tal vez para coger el bastón de empuñadura dorada que por alguna razón prefería aquella temporada. Pero al oír aquellas palabras, se volvió como una exhalación hacia nuestro empapado visitante.

-¡Lestrade! ¿Habla en serio?

-¿Cree que habría corrido el riesgo de pescar una pulmonía en un coche abierto si no hablara en serio? -replicó Lestrade.

Y a continuación, por primera vez que yo sepa (pese a las innumerables ocasiones en que se le ha atribuido la frase), Holmes se volvió hacia mí y exclamó:

-¡Deprisa, Watson! ¡La caza espera!

Por el camino, Lestrade comentó en tono penetrante que Holmes tenía más suerte que el propio diablo. Aunque Lestrade había ordenado al conductor del coche abierto que esperara, apenas habíamos salido de nuestra casa cuando oímos aquel exquisitamente raro golpeteo que se acercaba por la calle: un coche cerrado vacío lo convertía en un auténtico chaparrón.

Subimos al vehículo y nos pusimos en marcha a toda prisa. Como siempre, Holmes iba sentado a la izquierda, observándolo todo con gran atención, catalogándolo todo, aunque aquel día bien poco había que observar y catalogar..., o al menos eso me parecía a mí. Sin duda alguna, todas las esquinas desiertas y los escaparates surcados de lluvia resultaban de lo más aleccionador para Holmes.

Lestrade dio al conductor una dirección de Savile Row y a continuación preguntó a Holmes si conocía a lord Hull.-He oído hablar de él -repuso Holmes-, pero no he tenido el placer de conocerlo en persona. Y supongo que nunca lo tendré. Era armador, ¿verdad?

-Sí, señor, armador -asintió Lestrade-. Pero le aseguro que no habría sido ningún placer conocerlo. Lord Hull era, según afirma todo el mundo, incluso sus allegados y... esto... seres queridos, un tipo de lo más desagradable y más loco que una cabra. Sin embargo, ha dejado de ser desagradable y estar loco para siempre. Alrededor de las once de esta mañana, hace -extrajo el maltrecho reloj de bolsillo- tan sólo dos horas y cuarenta minutos, alguien le clavó un cuchillo en la espalda mientras estaba sentado en su estudio con el testamento ante él, sobre el papel secante del escritorio.

-Así pues -intervino Holmes con expresión pensativa al tiempo que se encendía la pipa-

,cree usted que el estudio del desagradable lord Hull es la habitación cerrada de mis sueños,

¿verdad, Lestrade?

Sus ojos despedían un brillo escéptico por entre las nu-becillas de humo azul.

-Creo que sí -repuso Lestrade con tranquilidad.

-Watson y yo ya hemos excavado antes en tales lugares, pero nunca hemos encontrado agua -comentó Holmes lanzándome una breve mirada antes de volverse de nuevo para estudiar sin descanso las calles por las que pasábamos-. ¿Recuerda «El signo de los quatro», Watson?

No hacía falta que le contestase. Cierto es que aquel caso había incluido una habitación cerrada con llave, pero también habían entrado en juego un ventilador, una serpiente venenosa y un asesino lo suficientemente demoníaco como para introducir la segunda en el primero. Había sido obra de una mente brillante y cruel, pero Holmes había llegado al fondo de la cuestión en un periquete.

-Explíqueme los hechos, inspector-pidió Holmes.

Lestrade empezó a presentárselos con el estilo conciso de un policía experimentado. Lord

Albert Hull había sido un tirano en los negocios y un déspota en su casa. Su mujer había acabado por tenerle miedo, y, por lo visto, sus temores eran del todo justificados. El hecho de haberle dado tres hijos varones no parecía haber moderado en absoluto su salvaje enfoque de los asuntos domésticos en general y de ella en particular. Lady Hull se había mostrado algo reacia a hablar de aquellas cuestiones, pero sus hijos no se habían reprimido en lo más mínimo. Su papá, decían, no había desaprovechado ninguna oportunidad de molestarla, criticarla o hacerse el gracioso a su costa... Todo ello cuando estaban en compañía de otras personas. Cuando estaban a solas, la ignoraba. Excepto, añadió Lestrade, cuando le entraban deseos de azotarla, lo cual sucedía frecuentemente.

-William, el mayor, me dijo que su madre siempre contaba la misma historia cuando se sentaba a desayunar con un ojo hinchado o la mejilla morada: que había olvidado ponerse las gafas y había chocado contra una puerta. «Chocaba contra una puerta una o dos veces por semana

-explicó William-. No sabía que tuviéramos tantas puertas en la casa.»

-Hummm -murmuró Holmes-. ¡Qué encanto de hombre! ¿Y los hijos nunca hicieron nada para impedírselo?

-Ella no se lo permitía -repuso Lestrade.

-Está loca -intervine.

Un hombre que pegaba a su mujer era un ser abominable; una mujer que se lo permitía, un ser abominable e incomprensible.

-No obstante, su locura no carece de método -puntualizó Lestrade-. De método y de lo que podríamos denominar «paciencia informada». A fin de cuentas, era veinte años más joven que su dueño y señor. Además, Hull bebía como un cosaco y comía como un cerdo. A la edad de setenta años, hace de ello cinco, contrajo gota y angina.

-Esperar a que la tormenta amaine y el sol vuelva a brillar -comentó Holmes.

-Sí -asintió Lestrade-. Pero esta idea ha constituido la perdición de más de un hombre y una mujer, no me cabe duda. Hull se aseguró de que su familia supiera el valor que tenía y en qué consistía su testamento. Todos ellos eran poco más que esclavos.

-Y el testamento era su documento de servidumbre

-murmuró Holmes.-Exacto, viejo amigo. En el momento de su muerte, Hull valía unas trescientas mil libras. Nunca les pidió que le creyeran; hacía venir a su jefe de contabilidad cada tres meses para que le detallara las hojas de balance de Astilleros Hull, aunque siempre tenía la sartén por el mango y la bolsa bien cerrada.

-¡Qué diabólico! -exclamé.

Aquello me recordaba a los crueles muchachos que a veces se ven en Eastcheap o en

Piccadilly, muchachos que muestran un dulce a un perro hambriento para verlo bailar... y después se lo comen mientras el perro los contempla. Aquella comparación me parecía más adecuada de lo que habría imaginado.

-Después de su muerte, lady Rebecca recibiría ciento cincuenta mil libras; William, el mayor, cincuenta mil; Jory, el mediano, cuarenta mil; y Stephen, el menor, treinta mil.

-¿Y las restantes treinta mil? -inquirí.

-Pequeñas donaciones, Watson; a un primo que tenía en Gales; una tía en Bretaña (ni un penique para los parientes de lady Hull, sin embargo), cinco mil en legados para los criados. Ah, y... esto le gustará, Holmes... Diez mil libras para el Hogar para Gatos Abandonados de la señora

Hemphill.

-¡Bromea! -grité.

Sin embargo, si Lestrade esperaba una reacción similar por parte de Holmes, debió de quedar muy decepcionado, pues mi amigo se limitó a volver a encenderse la pipa como si hubiera esperado aquello... o algo parecido.

-¿Con los miles de bebés que se mueren de hambre en el East End y los chicos de doce años que trabajan cincuenta horas semanales en las fábricas y el tipo lega diez mil libras a... un pensionado para gatos?

-Exacto -repuso Lestrade sin inmutarse-. Además, habría legado veintisiete veces dicha cantidad a los Gatos Abandonados de la señora Hemphill si no hubiera sucedido lo que ha sucedido esta mañana.

Lo único que fui capaz de hacer fue abrir la boca de par en par e intentar multiplicar la cantidad en mi mente. Mientras llegaba a la sorprendente conclusión de que lord Hull había tenido la intención de desheredar tanto a su mujer como a sus hijos en aras de un hogar para felinos,

Holmes observaba a Lestrade con expresión agria al tiempo que decía algo que se me antojó por completo disparatado.

-Voy a estornudar, ¿verdad?

Lester esbozó una sonrisa. Era una sonrisa repleta de trascendental dulzura.

-¡Sí, mi querido Holmes! Con frecuencia e intensidad, me temo.

Holmes se sacó la pipa de la boca ahora que había conseguido que funcionara a su entera satisfacción (lo advertí por el modo en que se había retrepado en su asiento), la contempló por un instante y a continuación la sacó a la lluvia. Más asombrado que nunca, observé cómo la sacudía para arrojar el tabaco mojado y humeante.

-¿Cuántos? -inquirió Holmes.

-Diez -repuso Lestrade con una sonrisa diabólica.

-Sospechaba que debía de haber algo más que esa famosa habitación cerrada para que viniera usted a verme en un coche abierto en un día como éste -comentó Holmes en tono cortante.

-Sospeche lo que le plazca -replicó Lestrade en tono jovial-. Me temo que yo debo ir al escenario del crimen, ya sabe, el deber me llama, pero si lo desea, puedo dejarle a usted y a su querido doctor aquí mismo.

-Es usted el único hombre que conozco -comentó Holmes- cuya perspicacia parece agudizarse con el mal tiempo. ¿Tendrá eso algo que ver con su carácter, me pregunto? Pero no importa... Tal vez eso sea tema de discusión para otro día. Dígame, Lestrade, ¿cuándo tuvo lord

Hull la segundad de que iba a morir?

-¿A morir? -exclamé-. Querido Holmes, ¿qué le sugiere que el hombre creía...?

-Elemental, querido Watson -repuso rápido Holmes-. C.D.C, como ya le he explicado al menos un millón de veces... El carácter determina la conducta. Le divertía tenerlos a todos bajo su férula mediante el testamento... -Se volvió hacia Lestrade-. No había ningún fondo, supongo. Ninguna vinculación, ¿verdad?-No -repuso Lestrade meneando la cabeza.

-¡Extraordinario! -exclamé.

-En absoluto, Watson, el carácter determina la conducta, no lo olvide. Quería que creyeran a pies juntillas que todo sería suyo en cuanto les hiciera el favor de irse al otro barrio, pero de hecho no tenía intención de permitirlo. De hecho, tal conducta habría contradicho de todo punto su carácter, ¿no está de acuerdo, Lestrade?

-Pues sí, totalmente de acuerdo -asintió Lestrade.

-Pues entonces todo correcto hasta el momento, ¿verdad, Watson? ¿Ha quedado todo claro? Lord Hull se da cuenta de que va a morir. Espera..., se asegura de que esta vez no va a haber ningún error, ninguna falsa alarma... y entonces reúne a su amada familia. ¿Cuándo? ¿Esta mañana, Lestrade?

Lestrade gruñó en sentido afirmativo.

Holmes se pellizcó la barbilla con los dedos.

-Los reúne y les dice que acaba de redactar un nuevo testamento en el que los deshereda a todos..., es decir, a todos salvo a los criados, unos cuantos parientes lejanos y, por supuesto, los mininos.

Abrí la boca para decir algo, pero me di cuenta de que estaba demasiado indignado como para hablar. Me cruzaba una y otra vez por la mente la imagen de aquellos muchachos crueles que hacían saltar a los hambrientos chuchos del East End por un pedazo de tocino o unas migajas de pastel de carne. Debo añadir que en ningún momento se me ocurrió preguntar si un testamento podría cuestionarse ante el colegio de abogados. En la actualidad, un hombre las pasaría moradas si pretendiera desheredar a sus parientes más cercanos en aras de una residencia gatuna, pero en

1899, la voluntad de un hombre era la voluntad de un hombre, y a menos que pudieran presentarse con pruebas muchos ejemplos de locura, no de excentricidad, sino de auténtica locura, la voluntad de un hombre, al igual que la de Dios, se hacía.

-¿Y se firmó el nuevo testamento con los testigos pertinentes? -inquirió Holmes.

-Por supuesto -repuso Lestrade-. Ayer, el procurador de lord Hull y uno de sus ayudantes aparecieron en la casa y fueron conducidos al estudio de Hull. Permanecieron allí por espacio de unos quince minutos. Stephen Hull afirma que, en una ocasión, el procurador levantó la voz en señal de protesta, aunque no sabe de qué se trataba, pero Hull lo hizo callar. Jory, el mediano, estaba arriba, pintando, y lady Hull había salido a visitar a una amiga. Pero tanto

Stephen como William vieron entrar a los letrados, y también los vieron marcharse al cabo de un rato. William dice que se marcharon cabizbajos, y pese a que William se acercó para preguntar al señor Barnes, el procurador, si se encontraba bien y hacer algunos

comentarios banales sobre la persistencia de la lluvia, Barnes no respondió y el ayudante, al parecer, incluso se sobresaltó.

Como si estuvieran avergonzados, dijo William. Bueno, adiós a esa solución, pensé.

-Ya que estamos en ello, háble me de los muchachos -rogó Holmes.

-Como quiera. Huelga decir que el odio que sentían por el cabeza de familia tan sólo se veía superado por el ilimitado desprecio que el cabeza de familia sentía hacia ellos..., aunque no comprendo cómo podía despreciar a Stephen... Bueno, no importa. Vayamos por orden. William tiene treinta y seis años. Si su padre le hubiera dado alguna suerte de asignación, supongo que habría sido un playboy. Puesto que siempre ha tenido poco dinero o ninguno, ha pasado los días en diversos gimnasios, enfrascado en lo que creo se denomina «cultura física» (parece ser un tipo bastante musculoso), y la mayor parte de las noches en diversos bares baratos. Y los días en que por casualidad sí tiene algún dinero en el bolsillo, lo más probable es que lo pierda jugando a las cartas. No es un hombre agradable, Holmes. Un hombre sin objetivos, sin oficio, sin aficiones ni ambiciones (salvo la de sobrevivir a su padre) nunca es un hombre agradable. Se me ocurrió la idea más extraña cuando lo estaba interrogando, y es que no estaba interrogando a un hombre, sino a un jarrón vacío sobre el que hubieran grabado el rostro de su padre.

-Un jarrón a la espera de ser llenado de libras esterlinas -añadió Holmes.

-Jory ya es harina de otro costal -prosiguió Lestrade-.Lord Hull reservaba la mayor parte de su desprecio para él, y desde niño le había dedicado apodos tan cariñosos como «cara de pez», «piernas de barrilete» y «barriga de armiño». Por desgracia, no es difícil adivinar el origen de tales motes; Jory Hull mide apenas metro y medio, es patizambo y extremadamente feo. Se parece un poco a ese poeta. Ese sarasa...

-¿Osear Wilde? -inquirí.

Holmes se volvió hacia mí con expresión divertida.

-Creo que Lestrade se debe referir a Algernon Swinbur-ne -corrigió Holmes-. Quien a mi juicio no es más sarasa que usted, Watson.

-Jory Hull nació muerto -prosiguió Lestrade-. Después de estar totalmente inmóvil y azul durante un minuto entero, el médico así lo declaró y cubrió su cuerpo deforme con una toalla.

En un arranque de heroísmo, el único de su vida, lady Hull se incorporó, retiró la toalla y sumergió las piernas del bebé en el agua caliente que habían traído para el parto. Y entonces el bebé empezó a moverse y patalear.

Lestrade esbozó una sonrisa y se encendió un purito con gran elegancia.

-Hull afirmaba que la inmersión había provocado que el chico fuera patizambo, y cuando tornaba unas copas de más atormentaba a su mujer por ello. Le decía que debería haberlo dejado morir. Que hubiera sido preferible que Jory muriera a que viviera para convertirse en lo que era, decía en ocasiones, para convertirse en una criatura con patas de cangrejo y cara de abadejo.

La única reacción de Holmes ante tan extraordinaria y, según mi experiencia como médico, bastante sospechosa historia fue comentar que Lestrade había logrado recabar una información muy amplia en un período de tiempo extremadamente breve.

-Ello se debe a uno de los aspectos del caso que, a mi juicio, le interesará, mi querido

Holmes -comentó Lestrade al tiempo que doblábamos por Rotten Row levantando un gran abanico de agua-. No requieren ningún tipo de presión para hablar; la presión haría falta para hacerlos callar, en todo caso. Al parecer, han tenido que guardar silencio durante demasiado tiempo. Y luego está el hecho de que el nuevo testamento ha desaparecido. El alivio suelta la lengua de un modo ilimitado, según he advertido.

-¿Que ha desaparecido? -exclamé. Sin embargo, Holmes no pareció darse cuenta; seguía concentrado en Jory, el hijo mediano de cuerpo deforme.

-Entonces, ¿es realmente feo? -preguntó a Lestrade.

-Pues no es demasiado guapo, pero tampoco tan feo como otros -repuso Lestrade con toda tranquilidad-. Creo que su padre no cesaba de incordiarlo porque...

-... porque era el único que no necesitaba del dinero de su padre para abrirse camino en la vida -terminó Holmes.

-¡Diablos! ¿Cómo lo sabe? -exclamó Lestrade sobresaltado.

-Porque lord Hull se tenía que conformar con importunar a Jory por sus defectos físicos.

¡Cómo debía de fastidiar al viejo diablo tener que enfrentarse con un blanco potencial tan bien dotado en otros sentidos! Meterse con un hombre por su aspecto o su presencia física puede ser divertido para los muchachos o los borrachos, pero un villano como lord Hull debía de estar acostumbrado a jugar mucho más fuerte, sin duda alguna. Me atrevería a decir que es bien posible que temiera a su hijo mediano de piernas torcidas. ¿Cuál era la llave que abría la celda de Jory?

-¿No se lo he dicho? Jory pinta -aclaró Lestrade.

-Ah.

Tal como demostraron los lienzos colgados en los salones de la planta baja de la casa de los

Hull, Jory era, de hecho, un pintor muy bueno. No maravilloso, no me refiero a eso en absoluto.

Pero los retratos que había realizado de su madre y sus hermanos eran tan fieles que años más tarde, cuando vi por primera vez fotografías en color, me volvió a la memoria aquella lluviosa tarde de noviembre de 1899. Y el retrato de su padre tal vez sí era obra de un pintor maravilloso.

En verdad asombraba, casi intimidaba por la malevolencia que parecía manar del lienzo como el aliento del aire malsano de un cementerio. Tal vez Jory se pareciera a Algernon Swinburne, pero la figura del padre, al menos vista por la mano y el ojode su hijo mediano, me recordó a uno de los personajes de Osear Wilde, aquel *roué* casi inmortal... Dorian Gray.

Sus lienzos constituían procesos largos y lentos, pero era capaz de realizar bocetos con tal rapidez que algunos sábados por la tarde regresaba a casa de Hyde Park con la bonita suma de veinte libras en el bolsillo.

-Apuesto lo que sea a que a su padre le encantaba eso

-intervino Holmes.

Alargó la mano hacia la pipa en un ademán automático, pero en seguida volvió a retirarla.

-El hijo de un par haciendo bocetos de turistas americanos ricos y sus novias como si fuera un bohemio francés.

-Le daba una rabia tremenda, como puede figurarse

-repuso Lestrade con una carcajada-. Pero Jory, bien por él, no renunció a sus ventas en el Hyde Park... hasta que su padre accedió a pagarle una asignación semanal de treinta y cinco libras. Decía que se trataba de un chantaje.

-Me destroza el corazón -tercié.

-A mí también, Watson -convino Holmes-. Ahora el tercer hijo, Stephen. Dése prisa,

Lestrade, que estamos a punto de llegar a la casa.

Como ya había insinuado Lestrade con anterioridad, Stephen era el que, sin duda, más motivos tenía para odiar a su padre. A medida que su gota empeoraba y su cabeza se tornaba más confusa, lord Hull confiaba más y más asuntos de empresa a su hijo Stephen, que tan sólo contaba veintiocho años en el momento de la muerte de su padre. Las responsabilidades recaían en

Stephen, así como las culpas en caso de que la menor de sus decisiones constituyera un error. Sin embargo no obtenía beneficio económico alguno si tomaba una decisión acertada y contribuía a que los negocios de su padre prosperaran.

Lord Hull debería haber visto a Stephen con buenos ojos, pues era el único de sus hijos que se interesaba por la empresa que él había fundado y que tenía las aptitudes necesarias para dirigirla. Stephen era un perfecto ejemplo de lo que la Biblia denomina «el buen hijo». Sin embargo, en lugar de mostrar amor y gratitud hacia su hijo, lord Hull recompensaba los casi

siempre fructíferos esfuerzos del joven con desprecio, suspicacia y celos. Durante los dos últimos años de su vida, el viejo expresó en diversas ocasiones la halagadora opinión de que Stephen «sería capaz incluso de robarle la camisa a un muerto».

-¡Vaya con el hijo de...! -grité sin poder contenerme.

-Dejemos por un momento el nuevo testamento -sugirió Holmes al tiempo que volvía a juntar los dedos-, y volvamos al viejo. Incluso bajo las condiciones algo más generosas de dicho testamento, Stephen habría tenido motivos para sentirse resentido. A pesar de todos sus esfuerzos, que no sólo habían conservado la fortuna familiar, sino que incluso la habían incrementado, su recompensa no habría consistido más que en las migajas más exangües del pastel que se repartirían los hermanos. Por cierto, ¿qué iba a suceder con los astilleros según las cláusulas de lo que podríamos denominar el Testamento de los Mininos?

Observé a Holmes con atención, pero, como siempre, resultaba difícil dilucidar si había intentado hacer un pequeño *bon mot.* Incluso después de todos los años que he pasado con él y todas las aventuras que hemos compartido, el sentido del humor de Sherlock Holmes sigue siendo un misterio insondable, incluso para mí.

-Debía ser puesta en manos de la junta de directores, sin ninguna clase de disposición para

Stephen -repuso Lestrade.

Arrojó el purito al exterior en el momento en que el coche doblaba por el sendero curvo de una casa que en aquel momento me pareció extremadamente fea, pues se alzaba entre prados amarronados y aparecía surcada de lluvia.

-Pero puesto que el padre está muerto y no hay rastro del nuevo testamento, Stephen Hull tiene lo que los americanos llaman «ventaja». La empresa lo nombrará director ejecutivo. Es probable que lo hubieran hecho de todos modos, pero ahora se hará bajo las condiciones que imponga Stephen Hull.

-Sí -dijo Holmes-. La ventaja. Una buena palabra. -Se asomó al exterior-.

¡Deténgase, cochero! ¡Todavía no hemos terminado!

-Como usted diga, señor -replicó el cochero-. Pero aquí fuera me estoy quedando empapado.-Y te irás con dinero suficiente en el bolsillo para empaparte por dentro tanto como por fuera -aseguró Holmes.

Al parecer, sus palabras dejaron satisfecho al cochero, que detuvo el vehículo a unos treinta metros de la puerta principal de la casona. Escuché el sonido de la lluvia al golpear los costados del coche mientras Holmes reflexionaba.

-El viejo testamento, el que utilizó para burlarse de ellos... Ese no ha desaparecido,

¿verdad? -pregunté por fin.

-Desde luego que no. Estaba sobre su escritorio, cerca del cadáver.

-¡Cuatro sospechosos excelentes! Podemos descartar a los criados... o al menos eso parece de momento. Dése prisa, Lestrade. Háble me de las circunstancias, de la habitación cerrada.

Lestrade explicó el resto del caso, recurriendo a sus notas de vez en cuando. Un mes antes, lord Hull había descubierto que tenía una manchita negra en la pierna derecha, justo detrás de la rodilla. Hizo llamar al médico de la familia. Éste diagnosticó gangrena, una consecuencia poco frecuente aunque no rara de la gota y la mala circulación. El médico le advirtió que había que amputarle la pierna muy por encima del lugar de la infección.

Lord Hull rió hasta que se le saltaron las lágrimas. El médico, que había esperado cualquier reacción menos aquélla, se quedó petrificado.

-Cuando me metan en el ataúd, matasanos -sentenció Hull-, será con las dos piernas enteras, de eso me encargo yo.

El médico le dijo que comprendía su deseo de conservar la pierna, pero que sin la amputación no le quedaban más de seis meses de vida, de los cuales los últimos dos los pasaría entre terribles dolores. Lord Hull preguntó al médico cuántas probabilidades tenía de sobrevivir si se sometía a la operación. Seguía riendo, explicó Lestrade, como si se tratara del

chiste más gracioso que hubiera oído en su vida. Tras unas cuantas vacilaciones, el médico contestó que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades.

-Bobadas -exclamé.

-Eso fue lo que dijo lord Hull -prosiguió Lestrade-, si bien empleó un término que se oye con mayor frecuencia en las tabernas que en los salones.

Hull dijo al médico que no creía tener más de una probabilidad entre cinco de sobrevivir.

-Por lo que se refiere al dolor, no creo que sea para tanto -prosiguió-, siempre y cuando haya láudano y una cuchara a mano.

Al día siguiente, Hull se decidió por fin a darles la desagradable sorpresa... Tenía intención de cambiar su testamento. Pero no les dijo en seguida en qué iban a consistir los cambios.

-Oh -exclamó Holmes observando a Lestrade con aquellos fríos ojos grises que tanto veían-. ¿Y quién, si puede saberse, se sorprendió?

-Ninguno de ellos, diría yo. Pero ya conoce la naturaleza humana, Holmes, ya sabe que la gente siempre espera contra toda esperanza.

-Y que algunos forjan planes para prevenir las catástrofes -añadió Holmes distraído.

Aquella misma mañana, lord Hull había reunido a su familia en el salón, y cuando todos hubieron tomado asiento, interpretó un papel que pocos testadores tienen la oportunidad de representar, un papel que por lo general corresponde a los parlanchines procuradores en cuanto los propios testadores han quedado silenciados para siempre. En pocas palabras, les leyó el nuevo testamento, en el que legaba el grueso de su fortuna a los díscolos mininos de la señora Hemphill.

En el silencio que siguió a sus palabras, el viejo se levantó, no sin dificultad, y les dedicó una sádica sonrisa. Y apoyándose en su bastón, pronunció las siguientes palabras, que considero tan asombrosamente viles ahora como en el momento en que Lestrade nos explicó la historia en la cabina del coche: «¡En fin! Todo está en orden, ¿verdad? ¡Sí, señor, en perfecto orden! Me habéis servido con lealtad durante unos cuarenta años, mujer y muchachos. Y ahora tengo la intención, con la mente más clara y serena que pueda imaginarse, de desheredaros. ¡Pero animaos!

¡Podría ser mucho peor! Si tenían tiempo, los faraones hacían matar a sus animales domésticos predilectos, gatos, porlo general, a fin de que éstos pudieran darle la bienvenida en el otro mundo y ser acariciados y golpeados a capricho de sus dueños para siempre... para siempre... para siempre jamás». Dicho aquello lanzó una carcajada. Se apoyó en su bastón, y de su rostro pastoso y moribundo siguió brotando la risa mientras sostenía el nuevo testamento, firmado ante testigos como todos ellos habían comprobado, en una de sus garras.

-Señor, es cierto que es usted mi padre y el autor de mis días -dijo William tras levantarse-, pero también es la criatura más vil que ha existido sobre la faz de la tierra desde que la serpiente tentó a Eva en el Edén.

-¡No, en absoluto! -replicó el viejo monstruo sin dejar de reír-. Conozco a cuatro criaturas más viles que yo. Y ahora, si me disculpáis, debo ir a guardar unos importantes documentos en la caja fuerte... y quemar otros que ya no tienen valor alguno.

-¿Todavía tenía el viejo testamento cuando habló con ellos? -inquirió Holmes con expresión más interesada que sorprendida.

-Sí.

-Podría haberlo quemado en cuanto el nuevo estuvo firmado y avalado -comentó Holmes con aire pensativo-. Había tenido toda la tarde anterior y la mañana para hacerlo. Pero no lo hizo. ¿Por qué no? ¿Qué me dice de eso, Les-trade?

-Todavía no había acabado de burlarse de ellos, supongo. Les estaba ofreciendo una oportunidad, una tentación que creía ninguno de ellos aprovecharía.

-Tal vez creía que uno de ellos la aprovecharía -aventuró Holmes-. ¿No se le ha ocurrido eso?

Holmes volvió la cabeza y escrutó mi rostro con el momentáneo destello de su brillante (y algo escalofriante) atención.

-¿No se les había ocurrido a ninguno de los dos? ¿Acaso no es posible que un ser vil como lord Hull presentara una tentación como aquélla sabiendo que si un miembro de su familia sucumbía y lo libraba de su calvario (Stephen parece el más probable por lo que nos ha contado), que en tal caso dicho miembro podría ser descubierto... y condenado por parricidio?

Miré a Holmes mudo de horror.

-No importa -prosiguió Holmes-. Siga, inspector. Creo que ha llegado el momento de la habitación cerrada, ¿verdad?

Los cuatro se habían quedado sentados en anonadado silencio mientras el viejo recorría lentamente el pasillo en dirección a su estudio. Los únicos sonidos que se percibían era el golpeteo de su bastón, el dificultoso siseo de su respiración y el movimiento constante del péndulo del reloj del salón. Entonces oyeron el chirrido de las bisagras cuando Hull abrió la puerta del estudio y entró.

-Espere -lo interrumpió Holmes con brusquedad, al tiempo que se inclinaba hacia delante-. Nadie lo vio entrar en el estudio, ¿verdad?

-Siento decepcionarlo, viejo amigo -replicó Lestra-de-. El señor Oliver Stanley, el ayuda de cámara de lord Hull, había oído a lord Hull caminar por el pasillo. Salió del vestidor de

Hull, se acercó a la barandilla de la galería y desde ahí le preguntó si todo iba bien. Hull alzó la vista (Stanley lo vio tan claramente como yo lo veo a usted, viejo amigo) y le aseguró que las cosas no podrían ir mejor. A continuación se frotó la nuca, entró en el estudio y cerró la puerta con llave tras de sí.

«Cuando su padre alcanzó la puerta del estudio (el pasillo es bastante largo y le llevaría al menos dos minutos recorrerlo), Stephen ya había salido de su estupor y se había dirigido a la puerta del salón. Fue testigo de las palabras que cruzaron su padre y el criado de su padre.

Por supuesto, lord Hull estaba de espaldas, pero Stephen oyó la voz de su padre y describió el mismo gesto característico; Hull frotándose la nuca.

-¿Es posible que Stephen Hull y ese Stanley se pusieran de acuerdo antes de que llegara la policía? -inquirí... con perspicacia, creía yo.

-Por supuesto que es posible -repuso Lestrade con expresión cansada-. Lo más probable es que lo hicieran. Pero no había ninguna contradicción.-¿Está seguro? -preguntó Holmes, aunque no parecía interesarle demasiado el asunto.

-Sí. Estoy seguro de que Stephen Hull miente de un modo muy convincente, pero Stanley no. Puede aceptar mi opinión profesional o no, Holmes. Haga lo que le plazca.

-La acepto.

Así pues, lord Hull había entrado en el estudio, la famosa habitación cerrada, y todos oyeron el clic de la cerradura cuando hizo girar la llave..., la única llave que hay para acceder al santuario.

Aquel sonido fue seguido de otro menos usual..., el del pestillo.

Y a continuación, el silencio.

Los cuatro, lady Hull y sus hijos, que estaban a un paso de convertirse en mendigos de sangre azul, se miraron también en silencio. El gato volvió a maullar desde la cocina y lady Hull comentó distraída que si el ama de llaves no le daba un cuenco de leche, suponía que tendría que dárselo ella misma. Dijo que los maullidos del gato la volverían loca si continuaban durante mucho rato. Salió del salón. Al cabo de unos instantes, sin cruzar palabra, los tres hermanos la imitaron. William subió a su habitación, Stephen entró en la salita de música y Jory fue a sentarse en un banco que hay debajo de la escalera, donde, según contó a Lestrade, se había refugiado desde pequeño cuando estaba triste o tenía asuntos delicados sobre los que reflexionar.

Al cabo de menos de cinco minutos oyeron un grito procedente del estudio. Stephen salió corriendo de la salita de música, donde había estado tocando notas sueltas en el piano. Jory se reunió con él ante la puerta del estudio. William se hallaba a media escalera y los vio forzar la puerta en el momento en que Stanley, el ayuda de cámara, salía del vestidor de lord

Hull y se acercaba a la barandilla de la galería por segunda vez. Stanley ha declarado que vio a Stephen

Hull precipitarse al interior del estudio; que vio a William llegar al pie de la escalera y estar a punto de resbalar en el mármol; que vio a lady Hull salir del comedor con una jarra de leche en la mano. Al cabo de pocos instantes, todos los criados se habían reunido en el lugar.

Lord Hull estaba derrumbado sobre el escritorio, y los tres hermanos se habían congregado en torno a él. El viejo tenía los ojos abiertos, y en ellos se leía una expresión de... sorpresa, creo.

Una vez más, son ustedes libres de creer en mi opinión profesional o no, pero les digo que, a mi juicio, su expresión era de sorpresa. En una mano sostenía todavía el testamento... el viejo. Del nuevo no había ni rastro. Y tenía una daga clavada en la espalda.

Dicho aquello, Lestrade ordenó al cochero que continuara.

Al entrar en la casa pasamos entre dos agentes de expresión tan impávida como los guardias del palacio de Buckin-gham. Una vez dentro nos hallamos ante un larguísimo pasillo cuyo suelo consistía en baldosas blancas y negras, colocadas como en un tablero de ajedrez, que conducían a una puerta abierta y flanqueada por otros dos guardias: la puerta del tristemente célebre estudio. A la izquierda se veía la escalera, a la derecha dos puertas, la del salón y la de la salita de música, supuse.

-La familia está reunida en el salón -anunció Lestrade.

-Bien -repuso Holmes con toda serenidad-. Pero ¿podríamos Watson y yo echar un vistazo al lugar del crimen?

-¿Quieren que los acompañe?

-No creo que sea necesario -repuso Holmes-. ¿Ha sido retirado el cadáver?

-Seguía aquí cuando salí para ir a su casa, pero estoy casi seguro de que ya se lo habrán llevado.

-Excelente.

Holmes empezó a alejarse. Lo seguí.

-¡Holmes! -llamó Lestrade.

Holmes se volvió con las cejas enarcadas.

-Ni paneles secretos, ni puertas secretas. Por tercera vez, puede creerme o no, como le plazca.

-Creo que esperaré hasta que... -empezó Holmes.

De repente empezó a respirar de forma entrecortada. Rebuscó en sus bolsillos, sacó una servilleta que sin duda se habría llevado sin darse cuenta del restaurante en el que habíamos cenado la noche anterior, y estornudó con fuerza.Bajé la mirada y vi un enorme gato sembrado de cicatrices, tan fuera de lugar en aquel suntuoso pasillo como lo habría estado uno de aquellos pilludos en los que había estado pensando un rato antes, restregándose contra las piernas de

Holmes. Tenía una de las orejas pegadas al cráneo marcado por las cicatrices. La otra había desaparecido, perdida sin duda en alguna batalla de callejón.

Holmes estornudó varias veces y propinó una patada al gato. El minino retrocedió con una mirada de reproche en lugar del siseo enojado que uno habría esperado de un luchador tan veterano como aquél. Holmes miró a Lestrade por encima de la servilleta, con los ojos llenos de reproche y lágrimas. Sin inmutarse en lo más mínimo, Lestrade inclinó la cabeza hacia delante y esbozó una sonrisa de simio.

-Diez, Holmes -dijo-. Diez. La casa está llena de felinos. A Hull le encantaban. Y dicho aquello se alejó.

-¿ Cuánto tiempo hace que sufre este trastorno, querido amigo? -inquirí algo alarmado.

-Desde siempre -repuso antes de volver a estornudar.

La palabra alergia apenas se conocía por aquel entonces, pero, por supuesto, tal era el origen del mal que padecía mi amigo.

-¿ Quiere que nos marchemos ? -pregunté.

En cierta ocasión había presenciado un caso de asfixia incipiente como consecuencia de una aversión como aquélla; se trataba de una alergia a las ovejas, pero por lo demás era exactamente igual al problema de Holmes.

-Ya le gustaría a ése -comentó Holmes.

No hacía falta que me explicara a quién se refería. Holmes volvió a estornudar (le estaba saliendo una gran mancha roja en la frente por lo general pálida) y acto seguido pasamos entre los dos agentes para entrar en el estudio. Holmes cerró la puerta tras de sí.

Se trataba de una estancia larga y relativamente estrecha. Se hallaba en algo parecido a un ala, y la parte principal se extendía a ambos lados a partir de un punto situado en el último tramo del pasillo. Había ventanas en dos de las paredes del estudio, por lo que la estancia resultaba bastante luminosa pese a la nubosidad exterior. Las paredes estaban salpicadas de coloridas cartas de navegación encuadradas en hermosos marcos de teca, y entre ellos se veía una vitrina de estructura de latón que contenía un juego de instrumentos meteorológicos también muy hermosos.

Había un anemómetro (suponía que Hull tendría las veletas colocadas sobre alguna aguja del tejado), dos termómetros, uno que medía la temperatura exterior y otro, la del estudio, y un barómetro muy parecido al que Holmes había consultado hasta llegar a la falsa conclusión de que el mal tiempo iba a acabarse. Advertí que el barómetro seguía subiendo, por lo que miré por la ventana. Llovía más que nunca, por mucho que subiera el barómetro. Creemos saber mucho con todos nuestros instrumentos y demás aparatos, pero ya entonces era lo suficientemente viejo como para creer que no sabemos ni la mitad de lo que creemos saber, y ahora soy lo suficientemente viejo como para creer que nunca será así.

Holmes y yo nos volvimos para observar la puerta. El pestillo estaba arrancado, pero aparecía inclinado hacia dentro, como debía ser. La llave seguía en el lado interior de la cerradura del estudio, y todavía estaba girada.

Aunque todavía le lloraban los ojos, Holmes había empezado una vez más su agudo escrutinio, tomando nota, catalogando, almacenando.

-Se encuentra un poco mejor.

-Sí-repuso mi amigo al tiempo que bajaba la servilleta y se la guardaba con indiferencia en el bolsillo de la chaqueta-. Es posible que le encantaran los gatos, pero desde luego, no los dejaba entrar aquí. Al menos no siempre. ¿Qué le parece esto, Watson?

Aunque mis ojos eran más lentos que los suyos, también yo estaba mirando a mi alrededor.

Las ventanas de doble vidrio estaban cerradas y aseguradas con pestillos y cerrojos. No había ni un solo cristal roto. La mayor parte de los mapas enmarcados, así como la vitrina que contenía los instrumentos meteorológicos, se hallaban junto a dichas ventanas. Las otras dos paredes aparecían repletas de libros. Había una pe-quena estufa de carbón, pero ninguna chimenea; el asesino no había bajado por el tiro de la chimenea como Santa Claus, a menos que fuera lo suficientemente flaco como para caber en el tubo de una estufa y se hubiera puesto un traje de amianto, pues la estufa todavía estaba bastante caliente.

El escritorio se encontraba en un extremo de aquella estancia alargada y bien iluminada; el extremo opuesto consistía en un agradable rincón de lectura, no propiamente una librería, que contaba asimismo con dos butacas de respaldo alto y una mesita de café situada entre ellas. Sobre esta mesita se veía una pila de libros escogidos al azar. El suelo estaba cubierto por una alfombra turca. Si el asesino había entrado por una trampilla oculta, no tenía ni la menor idea de cómo había logrado deslizarse de nuevo bajo la alfombra sin arrugarla... Y no estaba arrugada en lo más mínimo; las sombras de las patas de la mesita se extendían sobre ella sin ondulación alguna.

-¿Se lo ha creído, Watson? -inquirió Holmes. Sus palabras me arrancaron de una suerte de trance hipnótico. Había algo... Había algo en aquella mesita de café...

-¿Creerme qué, Holmes?

-¿Que los cuatro salieron del salón en cuatro direcciones distintas cuatro minutos antes del asesinato?

-No lo sé -repuse con voz débil.

-Yo no me lo creo; ni en... -De repente se interrumpió-. Watson, ¿se encuentra bien?

-No -repuse con voz casi inaudible.

Me derrumbé en una de las sillas de la librería. El corazón me latía con demasiada rapidez; me costaba respirar. Me palpitaba la cabeza y tenía la sensación de que mis ojos se habían tornado demasiado grandes como para caber en las cuencas. No podía apartar la mirada de las sombras que las patas de la mesita de café proyectaban sobre la alfombra.

-No... me encuentro... nada... bien-farfullé. En aquel preciso instante, Lestrade apareció en el umbral del estudio.

-Si ya ha visto bastante, Ho... -Se interrumpió-. Pero ¿qué diablos le

-Creo -repuso Holmes en tono pausado y mesurado- que Watson ha resuelto el caso.

¿No es así, Watson?

Asentí con la cabeza. Tal vez no el caso entero, pero sí la mayor parte. Sabía quién había cometido el asesinato y cómo lo había hecho.

-¿Es esto lo que le pasa a usted, Holmes? -inquirí-. Quiero decir, ¿cuándo ve...?

-Sí -asintió mi amigo-. Aunque por lo general, yo consigo mantenerme en pie.

-¿Que Watson ha resuelto el caso? -intervino Lestrade con impaciencia-. ¡Bah! Watson ha propuesto cientos de soluciones a cientos de casos, y nunca ha dado en el clavo, Holmes. Es su cruz. Vaya, si recuerdo precisamente el verano pasado, cuando...

-Conozco a Watson mejor de lo que usted llegará a conocerlo jamás -terció Holmes-, y esta vez sí ha dado en el clavo. Conozco esa mirada.

De repente se puso a estornudar de nuevo; el gato al que le faltaba una oreja había entrado en el estudio por la puerta que Lestrade había dejado abierta. El minino se dirigió directamente hacia Holmes con una expresión que aparentaba ser de afecto pintada en su fea cara.

-Si esto es lo que se siente -comenté-, entonces jamás volveré a envidiarlo, Holmes.

Tengo el corazón a punto de estallar.

-Uno se habitúa incluso a la perspicacia -aseguró Holmes sin la menor presunción-. En fin, dispare, Watson... ¿O prefiere que hagamos venir a los sospechosos, como en el último capítulo de una novela policíaca?

-¡No! -exclamé horrorizado.

No había visto a ninguno de los sospechosos, pero tampoco tenía ninguna prisa por conocerlos.

-Pero creo que debo mostrarles cómo se cometió el asesinato. Si usted y el inspector

Lestrade tuvieran la bondad de salir al pasillo un momento...

El gato llegó hasta Holmes y saltó a su regazo ronroneando como si fuera la criatura más feliz de la faz de la tierra.

Holmes estalló en una perfecta salva de estornudos. Lasmanchas de su rostro, que ya habían empezado a palidecer, brillaron de nuevo con mayor intensidad. Apartó el gato de sí y se levantó.

-Dése prisa, Watson, a fin de que podarnos marcharnos de este maldito lugar lo antes posible -farfulló.

Dicho aquello, abandonó la estancia con los hombros encogidos en un ademán desconocido en él, la cabeza gacha y sin mirar atrás. Créanme si les digo que una parte de mi corazón salió con él.

Lestrade seguía apoyado en el marco de la puerta; su abrigo mojado desprendía un poco de vapor, y el policía tenía los labios semiabiertos en una detestable sonrisa.

-¿Quiere que me lleve al nuevo admirador de Holmes, Watson?

-Déjelo aquí -repuse-. Y cierre la puerta al salir.

-Apostaría cinco libras a que nos está haciendo perder el tiempo, viejo amigo -comentó

Lestrade.

Sin embargo, en sus ojos se veía una expresión bien distinta. Si hubiera aceptado la apuesta, no cabe duda de que Lestrade habría encontrado el modo de zafarse de ella.

-Cierre la puerta -repetí-. No tardaré mucho.

El inspector cerró la puerta. Me había quedado solo en el estudio de Hull..., a excepción del gato, por supuesto, que ahora estaba sentado en el centro de la alfombra, con la cola pulcramente curvada alrededor de las garras y los ojos verdes fijos en mí.

Rebusqué en mis bolsillos y encontré otro recuerdo de la cena de la noche anterior... Los hombres solos suelen ser bastante desordenados, me temo, pero el hecho de que llevara un mendrugo de pan en el bolsillo se debía a algo más que simple desaliño. Casi siempre llevaba un pedazo en uno de mis bolsillos, pues me divertía dar de comer a las palomas que se posaban ante la ventana junto a la que Holmes había estado sentado al llegar Lestrade.

-Minino -llamé mientras colocaba el pan bajo la mesita de café a la que lord Hull había dado la espalda al sentarse con sus dos testamentos, el perverso y el increíblemente perverso-.

Miniminimini.

El gato se levantó y avanzó lánguido hacia la mesa para inspeccionar el mendrugo de pan.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí.

-¡Holmes! ¡Lestrade! ¡Entren, deprisa! Los dos hombres entraron.

-Acerqúense -indiqué mientras me dirigía hacia la mesita de café.

Lestrade miró en derredor y empezó a fruncir el ceño, pues no veía nada; Holmes, por supuesto, se puso a estornudar de nuevo.

-¿No podemos sacar a este maldito bicho de aquí? -logró articular desde detrás de la servilleta, que ya estaba bastante empapada.

-Por supuesto -asentí-. Pero ¿dónde está el maldito bicho, Holmes?

Una expresión de asombro se dibujó en sus llorosos ojos. Lestrade giró en redondo, avanzó hacia el escritorio de Hull y miró detrás. Holmes sabía que su reacción no sería tan virulenta si el gato se encontrara en el extremo más alejado de la habitación. Se agachó y miró debajo de la mesita de café, pero no vio más que la alfombra y el estante inferior de la librería al otro lado, por lo que se incorporó. Si no le hubieran llorado los ojos con tanta intensidad, lo habría visto todo en aquel mismo instante; a fin de cuentas, estaba justo encima. Pero hay que reconocer el mérito a quien lo merece, y desde luego, la ilusión era extremadamente convincente. El espacio hueco que se abría bajo la mesita de café de lord Hull había sido la obra maestra de Jory Hull.

-No... -empezó Holmes.

De repente, el gato, a quien mi amigo gustaba mucho más que cualquier mendrugo de pan seco, surgió de las profundidades de la mesa y empezó a restregarse de nuevo contra los tobillos de Holmes. Lestrade había vuelto y abrió los ojos de tal forma que creí que iban a salírsele de sus órbitas. Por mi parte, y aunque ya había comprendido el truco, estaba impresionado. El gato surcado de cicatrices parecía haberse materializado de la nada; primero la cabeza y el cuerpo; por último, la cola.Se restregó una vez más contra las piernas de Holmes, ronroneando mientras mi amigo estornudaba.

-Ya basta -dije-. Has hecho tu trabajo y ahora puedes irte.

Cogí el gato en brazos, lo llevé hasta la puerta, lo cual me valió un buen arañazo, y lo arrojé sin ceremonias al pasillo antes de cerrar la puerta a toda prisa.

-Dios mío -exclamó Holmes con voz nasal al tiempo que se dejaba caer en una silla.

Lestrade era incapaz de pronunciar palabra. No apartaba los ojos de la mesa y de la desvaída alfombra turca que se extendía debajo de ella; un espacio hueco que había dado vida a un gato.

-Debería haberlo visto -estaba mascullando Holmes-. Sí..., pero usted..., ¿cómo lo ha averiguado tan deprisa?

Detecté cierto matiz dolido en su voz, y se lo perdoné de inmediato.

-Gracias a ellas -repuse señalando la alfombra.

-¡Por supuesto! -casi gruñó Holmes mientras se daba repetidas palmadas en la manchada frente-. ¡Idiota! ¡Soy un perfecto idiota!

-Tonterías -repliqué con aspereza-. Con toda la casa llena de gatos..., uno de los cuales parece haberlo escogido como amigo del alma..., estoy seguro de que lo veía todo doble.

-¿Qué pasa con la alfombra? -terció Lestrade impaciente-. Es muy bonita, eso lo reconozco, y probablemente muy cara, pero...

-La alfombra no -lo interrumpí-. Las sombras...

-Muéstreselo, Watson -indicó Holmes en tono cansado al tiempo que dejaba la servilleta sobre su regazo.

Así pues, me agaché y cogí una de las sombras.

Lestrade se dejó caer en la otra silla como un hombre al que hubieran asestado un puñetazo inesperado.

-No podía apartar la mirada de ellas, ¿comprenden? -expliqué sin poder evitar un tono de disculpa.

Todo parecía ir al revés. Era tarea de Holmes explicar el quién y el cómo al término de la investigación. No obstante, aunque sabía que ya lo comprendía todo, también sabía que se negaría a hablar del caso. Y supongo que una parte de mí, la parte que sabía que lo más probable era que no volviera a tener una oportunidad como aquélla, quería explicar el caso. Y debo decir que el gato había sido un toque bastante bueno. Un mago no habría tenido más éxito con un conejo o una chistera.

- Sabía que algo iba mal, pero tardé un momento en asimilar de qué se trataba. Esta habitación es muy luminosa, pero hoy llueve a cántaros. Miren a su alrededor y comprobarán que ni un solo objeto de la habitación proyecta sombra... a excepción de las patas de la mesa.

Lestrade masculló un juramento.

- Lleva casi una semana lloviendo - proseguí - , pero tanto el barómetro de Holmes como el del difunto lord Hull indicaban que podíamos esperar que el tiempo cambiara hoy. De hecho, parecía algo seguro. Así pues, añadió las sombras como toque final.

- ¿Quién?

- Jory Hull - intervino Holmes en el mismo tono cansado de antes - . ¿Quién si no?

Me agaché y deslicé la mano bajo el extremo derecho de la mesita de café. La mano desapareció del mismo modo en que había aparecido el gato. Lestrade masculló otro juramento.

Di unas palmaditas en el dorso de la lona tensada entre las patas delanteras de la mesita de café.

Los libros y la alfombra se abombaron y ondularon, y la ilusión, casi perfecta hacía un momento, quedó rota al instante.

Jory Hull había pintado la nada que había bajo la mesita de café de su padre, se había agazapado detrás de la nada mientras su padre entraba en la habitación, cerraba la puerta y se sentaba ante el escritorio con sus dos testamentos, y por último había salido disparado de detrás de la nada con una daga en la mano.

- Era el único capaz de conseguir crear una obra tan realista - expliqué mientras pasaba la mano por la parte anterior del lienzo, '.>.>Todos oímos el suave rasgueo que emitía la tela, parecido al del ronroneo de un gato muy viejo.

-El único que podía crearla y el único que podía ocultarse tras ella; Jory Hull, que no medía más de metro y medio, que era patizambo y de hombros caídos. Como ha dicho Holmes, la sorpresa del nuevo testamento no fue tal sorpresa. Incluso aunque el viejo hubiera mantenido en secreto su intención de excluir a sus parientes del testamento, cosa que no hizo, sólo un estúpido habría sido incapaz de comprender el significado de la visita del procurador, y lo que es más importante aún, la presencia del ayudante. Se requiere la presencia de dos testigos para convertir un testamento en un documento válido en el juzgado. Holmes tenía razón en lo que ha dicho respecto a que algunas personas se preparan para prevenir las catástrofes. Desde luego, un lienzo como éste no se pinta de la noche a la mañana, ni tan siquiera en un mes. Es posible que averigüemos que lo tenía preparado, para el caso de que necesitara emplearlo, desde hace un año...

-O cinco -terció Holmes.

-Supongo que sí. En cualquier caso, cuando Hull anunció esta mañana que quería hablar con su familia en el salón, imagino que Jory comprendió que había llegado el momento. Anoche, después de que su padre se retirara, bajó al estudio y montó el lienzo. Supongo que es posible que colocara las sombras al mismo tiempo, pero si yo hubiera sido Jory, habría entrado sin ser visto en el estudio, antes de la reunión matinal en el salón, para comprobar que el barómetro seguía subiendo. Y si la puerta estaba cerrada con llave, supongo que le quitaría a su padre la llave del bolsillo y se la devolvería más tarde.

-No estaba cerrada con llave -intervino Lestrade en tono lacónico-. Por regla general, cerraba la puerta para que no entraran los gatos, pero casi nunca cerraba con llave.

-Por lo que respecta a las sombras, no son más que tiras de fieltro, como pueden ver. Tiene buen ojo, porque ofrecen el aspecto que tendrían aproximadamente a las once de la mañana... si el barómetro hubiera funcionado correctamente.

-Si creía que esta mañana brillaría el sol, ¿por qué se molestó en colocar las sombras? -gruñó Lestrade-. El sol se ocupa de eso sólito, por si no se había dado cuenta, Watson.

No supe qué responder a aquella pregunta. Me volví hacia Holmes, quien pareció sentirse agradecido por poder representar algún papel en la obra.

-¿Acaso no lo ve? ¡He aquí la mayor ironía de todas! Si el sol hubiera brillado tal como sugería el barómetro, el lienzo habría bloqueado las sombras. Las patas pintadas no proyectan sombras. Jory ha sido descubierto por culpa de unas sombras en un día en que no había sombras, porque temía que pudieran descubrirlo todo por la ausencia de sombras en un día en que el barómetro de su padre indicaba que, con toda probabilidad, habría sombras en toda la habitación.

-Sigo sin entender cómo Jory logró entrar aquí sin que Hull lo viera -insistió Lestrade.

-Tampoco yo lo entiendo -comentó Holmes. ¡El viejo Holmes! Estaba seguro de que sí lo entendía, pero éstas fueron sus palabras.

-¿Watson?

-El salón en el que lord Hull se reunió con su mujer y sus hijos tiene una puerta que comunica con la salita de música, ¿verdad?

-Sí -asintió Lestrade-. Y la salita de música tiene una puerta que comunica con la salita de lady Hull, que es la siguiente habitación según se avanza hacia la parte posterior de la casa.

Pero desde la salita de la señora Hull sólo se puede regresar al pasillo. Si el estudio tuviera dos puertas, no creo que me hubiera dado tanta prisa en ir a buscar a Holmes.

Pronunció estas palabras como en un intento de justificarse.

-Oh, Jory volvió al pasillo, desde luego -intervine-, pero su padre no lo vio.

-¡Bobadas!

-Se lo demostraré.

Me acerqué al escritorio, contra el cual todavía estaba apoyado el bastón del anciano muerto.

Lo cogí y me volví de nuevo hacia los demás.-En cuanto lord Hull salió por la puerta del salón,

Jory se levantó *y* echó a correr.

Lestrade lanzó una mirada asombrada a Holmes, quien le dedicó una fría e irónica. En aquel momento no comprendí el significado de aquellas miradas ni les presté demasiada atención, para ser sincero. De hecho, no comprendí las implicaciones del cuadro que estaba representando hasta al cabo de bastante tiempo. Supongo que por entonces estaba demasiado absorto en mi reconstrucción del crimen.

-Cruzó la primera puerta de conexión, atravesó la salita de música a la carrera y entró en la salita de lady Hull. Corrió a la puerta y se asomó al pasillo. Si la gota de lord Hull había empeorado hasta el punto de provocar gangrena, lo más probable es que no hubiera recorrido por entonces ni una cuarta parte del pasillo. A lo sumo. Y ahora présteme atención, Lestrade, y le mostraré el precio que un hombre paga por haber pasado toda una vida entregado a la buena comida y a la bebida abundante. Si todavía alberga alguna duda cuando haya terminado, haré desfilar ante usted a una docena de enfermos de gota, y comprobará que todos

ellos presentan los mismos síntomas ambulatorios que ahora le mostraré. Ee ruego tome note de cuan concentrado avanzo... y del punto en que concentro mi atención.

Dicho aquello empecé a cojear lentamente por la estancia en dirección a los dos hombres, con las manos aferradas con firmeza a la empuñadura del bastón. A cada paso alzaba un pie a una altura considerable, lo bajaba de nuevo, me detenía un instante y a continuación arrastraba el otro pie. En ningún momento alcé la vista. Siempre la mantenía fija, o bien en el bastón, o bien en el suelo.

-Sí -murmuró Holmes-. El buen doctor tiene toda la razón del mundo, inspector

Eestrade. Primero viene la gota; luego la pérdida del equilibrio; a continuación, si el paciente sigue vivo, la inclinación característica que es consecuencia de mirar siempre al suelo.

-Sin lugar a dudas, Jory sabía muy bien que su padre siempre miraba al suelo cuando caminaba -proseguí-. En consecuencia, lo ocurrido esta mañana es diabólicamente simple.

Cuando Jory llegó a la salita de su madre, se asomó al pasillo, vio que su padre tenía la mirada fija en el bastón y en el suelo, como siempre, y supo que estaba a salvo. Salió al pasillo, justo delante de su padre, y se dirigió al estudio. La puerta, según nos ha notificado Lestrade, no estaba cerrada con llave, así que, ¿qué riesgo corría? No estuvieron juntos en el pasillo más de tres segundos, tal vez incluso un poco menos. -Hice una pausa-. El suelo del pasillo es de mármol,

¿verdad? Debe de haberse quitado los zapatos.

-Elevaba zapatillas -puntualizó Eestrade en tono extrañamente calmado.

Por segunda vez, su mirada se encontró con la de Holmes.

-Ah -exclamé-. Ya veo. Jory llegó al estudio mucho antes que su padre y se escondió tras su impresionante decorado. A continuación sacó la daga y esperó. Su padre llegó al final del pasillo. Jory oyó que Stanley lo llamaba desde el piso superior y que su padre respondía que todo iba bien. Entonces lord Hull entró en el estudio por última vez..., cerró la puerta... e hizo girar la llave.

Tanto Holmes como Eestrade me miraban con gran atención, y comprendí una parte del poder divino que Holmes debía de sentir en momentos como aquél, cuando explicaba a los demás lo que sólo él sabía. Pese a todo, debo repetir que no se trata de una sensación que me gustaría experimentar con demasiada frecuencia. Creo que el deseo de repetir una experiencia como aquélla habría corrompido a la mayoría de los hombres..., hombres con el corazón menos templado que el de mi amigo Sherlock Holmes.

-Sin lugar a dudas, el viejo Piernas de Barrilete se encogió todo lo que pudo antes de que su padre cerrara la puerta con llave, tal vez porque sabía o quizás tan sólo intuía que su padre echaría un buen vistazo a su alrededor antes de hacer girar la llave y correr el pestillo. Podía padecer gota y estar empezando a desmoronarse, pero eso no significa que se estuviera quedando ciego.

-Stanley afirma que tenía una vista excelente -intervino Lestrade-. Fue una de las primeras cosas que pregunté.-Así pues, Hull miró a su alrededor -repetí.

Y de repente, vi la escena. Supongo que lo mismo le sucedía a Holmes en aquellos casos, que se enfrascaba en una reconstrucción que, pese a basarse tan sólo en hechos y deducciones, se convertía casi en una visión.

-No vio nada fuera de lo corriente; no vio nada excepto que el estudio tenía el aspecto de siempre, vacío salvo por su propia presencia. Se trata de una estancia extremadamente abierta. No hay armarios, y el gran número de ventanas impide que existan rincones oscuros incluso en un día como éste. Satisfecho al comprobar que estaba solo, cerró la puerta, hizo girar la llave y corrió el pestillo. Jory lo oiría cojear en dirección al escritorio. También oiría el golpe sordo y pesado y el silbido del asiento acolchado de la silla al dejarse caer su padre en la silla; un hombre aquejado de gota en estado muy avanzado no se sienta, sino que más bien se coloca sobre un lugar blando y a continuación se deja caer sobre él. Por último, Jory se arriesgó a asomarse.

Lancé una mirada a Holmes.

-Continúe, viejo amigo -me alentó con amabilidad-. Está haciendo usted un trabajo espléndido. De primera categoría.

Me di cuenta de que lo decía en serio. Miles de personas lo habrían tildado de persona fría, y de hecho, no habrían ido tan desencaminados, pero lo cierto es que también tenía un gran corazón.

Simplemente, lo protegía mejor que la mayoría de los hombres.

-Gracias. Jory vio a su padre dejar el bastón a un lado y colocar los documentos, los dos fajos de documentos, sobre el papel secante del escritorio. No obstante, no mató a su padre de inmediato, aunque podría haberlo hecho. Eso es lo más cruel y patético de este asunto; la causa por la que no entraría en el salón en el que están reunidos ni aunque me pagaran mil libras. No entraría ahí a menos que usted y sus hombres me llevaran a rastras.

-¿Cómo sabe que no lo mató en seguida? -inquirió Lestrade.

-El viejo gritó varios minutos después de hacer girar la llave y correr el pestillo; eso es lo que usted mismo ha explicado, y supongo que tiene testigos suficientes como para no dudarlo. No obstante, no puede haber más de doce pasos largos desde la puerta hasta el escritorio. Ni siquiera un hombre aquejado de gota como lord Hull tardaría más de medio minuto, cuarenta segundos a lo sumo, en llegar a la silla y sentarse. Añadamos quince segundos para dejar el bastón donde usted lo ha encontrado y colocar los testamentos sobre el papel secante. ¿Qué sucedió a continuación? ¿Qué sucedió durante aquellos últimos minutos, dos a lo sumo, pero que al menos a

Jory Hull debieron de antojársele una eternidad? Creo que lord Hull se limitó a permanecer sentado, mirando los testamentos. Sin duda, Jory era capaz de distinguirlos sin dificultad; el color del pergamino era la única pista que precisaba. Sabía que su padre tenía intención de arrojar uno de los testamentos a la estufa; creo que Jory esperó para comprobar cuál de los dos sufriría tal destino. A fin de cuentas, cabía la posibilidad de que el viejo demonio hubiera gastado una broma cruel a su familia. Tal vez quemaría el nuevo testamento y volvería a guardar el viejo en la caja fuerte. Y entonces podía salir del estudio y comunicar a su familia que el nuevo testamento estaba guardado bajo llave. ¿Sabe dónde está, Lestrade? Me refiero a la caja fuerte.

-Cinco de los libros de esa estantería se deslizan hacia fuera -explicó Lestrade señalando la librería.

-En tal caso, tanto la familia como el viejo habrían estado satisfechos; la familia habría sabido que sus merecidas herencias estaban a salvo, y el viejo se habría ido a la tumba con la seguridad de haber gastado una de las bromas más crueles de todos los tiempos..., pero habría muerto a manos de Dios o de sí mismo, no de Jory Hull.

Una vez más aquella extraña mirada entre Holmes y Lestrade, una mirada entre divertida y asqueada.

-Personalmente, creo más bien que el viejo sólo estaba saboreando el momento, como un hombre que saborea la perspectiva de tomarse la copa de la noche en plena tarde o de comerse una golosina tras un prolongado período de abstinencia. En cualquier caso, transcurridos unos minutos, lord Hull empezó a levantarse... pero con el pergamino más oscuro y en dirección a la estufa y no a la caja fuerte. Pese a las esperanzas que había albergado hasta entonces, Jory no vaciló al ver que había llegado el momento. Salió de su escondite, recorrió la distancia entre la mesita de café y el escritorio en un periquete, y hundió el cuchillo en la espalda de su padre antes de que éste pudiera incorporarse del todo. Sospecho que la autopsia revelará que el arma atravesó el ventrículo derecho del corazón y se clavó en el pulmón, lo cual explicaría la gran cantidad de sangre que se vertió sobre la mesa. Asimismo, explicaría la razón por la que lord Hull pudo gritar antes de morir, y eso fue lo que perdió al señor Jory Hull.

-¿Por qué? -preguntó Lestrade.

-Una habitación cerrada con llave es mal asunto a menos que se intente hacer pasar el asesinato por suicidio -expliqué al tiempo que miraba a Holmes, quien sonrió y asintió con un gesto al oír una de sus máximas-. Lo último que le interesaba a Jory era que las cosas tuvieran

el aspecto que tienen... La habitación cerrada, las ventanas cerradas, el hombre con un cuchillo clavado en un lugar en que no podría habérselo clavado él mismo. Creo que no había previsto que su padre moriría gritando. Su plan consistía en apuñalarlo, quemar el nuevo testamento, desvalijar el escritorio, abrir una de las ventanas y salir por ella. A continuación entraría de nuevo en la casa por otra puerta, volvería a sentarse bajo la escalera y cuando descubrieran el cuerpo, parecería un robo.

-No se lo parecería al procurador de lord Hull -comentó Lestrade.

-No obstante, es posible que guardara silencio -murmuró Holmes antes de añadir con entusiasmo-: Apuesto algo a que nuestro amigo el artista también tenía intención de dejar unas cuantas pistas. He llegado a la conclusión de que a los mejores asesinos casi siempre les gusta dejar unas cuantas pistas misteriosas que alejen a los investigadores de la escena del crimen.

Holmes emitió un sonido carente de humor que más parecía un ladrido que una carcajada, y a continuación se apartó de la ventana más cercana al escritorio para volverse hacia Lestrade y hacia mí.

-Creo que todos convendremos en que habría parecido un asesinato demasiado oportuno como para no despertar sospechas, dadas las circunstancias, pero incluso aunque el procurador hubiera expresado tal opinión, habría sido imposible probar nada.

-Pero lord Hull lo estropeó todo al gritar -proseguí-, al igual que lo había estropeado todo durante toda su vida. Se produjo un gran revuelo en la casa. Sin duda, Jory se quedó paralizado de pánico, como un ciervo ante una luz muy brillante. Fue Stephen Hull quien le salvó el pellejo..., o bien fue su coartada, al menos, ya que dijo que Jory estaba sentado en el banco bajo la escalera en el momento en que su padre fue asesinado. Stephen salió al pasillo desde la salita de música, forzó la puerta del estudio y debió de susurrar a Jory que se reuniera con él junto al escritorio, a fin de que pareciera que ambos habían entrado jun...

Me interrumpí, pues por fin había comprendido el significado de las miradas que habían estado intercambiando Holmes y Lestrade. Comprendí lo que debían de haber visto desde el momento en que les mostré el escondrijo del asesino..., que no podía haberlo hecho una persona sola. El asesinato sí, pero el resto...

-Stephen afirma que él y Jory se encontraron delante de la puerta del estudio -dije con lentitud-. Que él, Stephen, forzó la puerta y que ambos entraron juntos y descubrieron el cadáver juntos. Pero estaba mintiendo. Es posible que lo dijera para proteger a su hermano, pero mentir tan bien cuando uno no sabe qué ha sucedido parece...parece...

-Imposible -intervino Holmes-. Esa es la palabra que andaba buscando, Watson.

-Entonces Jory y Stephen estaban confabulados -dije-. Lo planearon juntos... y a los ojos de la ley, ¡ambos son culpables del asesinato de su padre! ¡Dios mío!

-No ellos dos, querido Watson -corrigió Holmes con extraña amabilidad-, sino todos ellos.

Me lo quedé mirando con la boca abierta.Holmes asintió repetidamente con la cabeza.

-Ha hecho usted gala de una perspicacia notable esta mañana, Watson; de hecho, ha ardido usted con un poder de deducción que apostaría algo a que no vuelve a generar en su vida. Me descubro ante usted, querido amigo, como ante cualquier hombre que es capaz de trascender su capacidad habitual, aunque sólo sea durante un rato. Pero en cierto modo, ha demostrado ser el mismo buen muchacho de siempre; si bien sabe cuan buenas pueden ser las personas, no sabe cuan malvadas pueden llegar a ser.

Lo miré en silencio, casi con humildad.

-No es que este asunto implique mucha maldad, si todo lo que hemos oído decir acerca de lord Hull es cierto -añadió Holmes antes de levantarse y empezar a recorrer la habitación como un oso enjaulado-. ¿Quién testifica que Jory estaba con Stephen cuando éste forzó la puerta?

Jory, por supuesto. Stephen, por supuesto. Pero este retrato de familia contiene dos rostros más.

Uno pertenece a William, el tercer hermano. ¿Está usted de acuerdo, Lestrade?

-Sí -asintió Lestrade-. Si lo que dice es cierto, entonces William también tiene que estar implicado. Afirma que estaba bajando la escalera cuando vio a sus dos hermanos entrar juntos en el estudio con Jory a la cabeza.

-¡Qué interesante! -exclamó Holmes con ojos relucientes-. Stephen fuerza la puerta, como cabe esperar de él por ser el más joven y fuerte, de modo que también cabría esperar que fuera él quien entrara primero. Sin embargo, William, que estaba bajando la escalera, vio a Jory entrar primero. ¿Por qué será, Watson?

Me limité a menear la cabeza en ademán humilde.

-Pregúntese cuál es el único testimonio en que podemos confiar. La respuesta es el único testigo que no forma parte de la familia, el criado de lord Hull, Oliver Stanley. Se acercó a la barandilla de la galería en el momento en que Stephen entraba en el estudio, como debe ser, puesto que Stephen estaba solo cuando forzó la puerta. Fue William, que contaba con un ángulo de visión mejor desde el lugar en que se encontraba, quien dijo que Jory había entrado en el estudio antes que Stephen. William dijo eso porque había visto a Stanley y sabía lo que debía decir. Todo el asunto se resume en esto, Watson; sabemos que Jory estaba dentro del estudio. El hecho de que sus dos hermanos testificaban que estaba fuera del estudio sugiere que existe, al menos, una contradicción. Pero como usted mismo ha dicho, la coherencia de sus testimonios sugiere que el asunto era mucho más serio de lo que parece.

-Conspiración -indiqué.

-Sí. ¿Recuerda que le he preguntado si realmente creía que los cuatro se habían limitado a salir del salón sin mediar palabra y habían tomado cuatro direcciones distintas en cuanto oyeron cerrarse la puerta del estudio?

-Sí, ahora lo recuerdo.

-Los cuatro -insistió volviéndose hacia Lestrade, quien asintió con un gesto, y otra vez hacia mí-. Sabemos que Jory tenía que estar ya en camino en cuanto el viejo salió del salón, a fin de poder llegar al estudio antes que él, pero los cuatro miembros supervivientes de la familia, incluyendo a lady Hull, aseguran que los cuatro seguían en el salón cuando se cerró la puerta del estudio. El asesinato de lord Hull ha sido un asunto familiar, Watson.

Yo estaba demasiado abrumado como para pronunciar palabra. Miré a Lestrade y vi una expresión en su rostro que jamás había visto y jamás volví a ver; una suerte de gravedad cansada y asqueada.

-¿Qué les espera? -preguntó Holmes con aire casi triunfal.

-A Jory lo ahorcarán, probablemente -repuso Lestrade-. A Stephen le caerá cadena perpetua. Es posible que a William Hull lo condenen a cadena perpetua, pero lo más probable es que lo condenen a veinte años en Wormwood Scrubs, lo que significa una especie de muerte en vida.

Holmes se agachó y acarició el lienzo tensado entre las patas de la mesita de café. Una vez más oí el ronroneo de la tela.

-Lady Hull -prosiguió Lestrade- puede pasar los próximos cinco años de su vida en

Beechwood Manor, cono-cido vulgarmente como Palacio de la Sífilis, aunque, después de haber conocido a la señora, tengo la impresión de que buscará otra salida. Yo votaría por el láudano de su esposo.

-Y todo porque Jory Hull no apuñaló a su padre limpiamente -comentó Holmes con un suspiro-. Si el viejo hubiera tenido la decencia de morir en silencio, todo habría ido sobre ruedas. Tal como ha explicado Watson, Jory habría salido por la ventana, llevándose el lienzo, por supuesto... y las inútiles sombras. En cambio, lo que hizo fue armar un buen jaleo. Todos los criados entraron en el estudio lanzando exclamaciones al ver a su amo muerto. La familia estaba consternada. ¡Qué mala suerte han tenido, Lestrade! ¿Estaba muy cerca el policía cuando Stanley lo avisó?

-Más cerca de lo que imagina -repuso Lestrade-. De hecho, estaba acercándose a la puerta, porque mientras hacía la ronda oyó un grito procedente de la casa. Han tenido muy mala suerte, desde luego.

-Holmes -intervine, satisfecho de volver a asumir mi papel habitual-. ¿ Cómo sabía que el agente estaba tan cerca?

-Por una razón muy simple, Watson. En caso contrario, la familia habría distraído a los criados el tiempo necesario para esconder el lienzo y las sombras.

-Y para abrir al menos una de las ventanas, diría yo -añadió Lestrade en voz baja, algo desusado en él.

-Podrían haberse llevado el lienzo y las sombras -exclamé de improviso.

-Sí -repuso Holmes. Lestrade enarcó las cejas.

-Tenían dos opciones -proseguí-. Sólo había tiempo para quemar el nuevo testamento o librarse de las pistas...; en ese momento sólo estaban Stephen y Jory en el estudio, por supuesto; eran los instantes después de que Stephen forzara la puerta. Decidieron, o mejor dicho, si ha evaluado los caracteres bien, y supongo que así es, Stephen decidió quemar el nuevo testamento y esperar que todo fuera bien. Supongo que tuvieron el tiempo justo de meterlo en la estufa.

Lestrade se volvió para contemplar la estufa.

-Sólo un hombre tan malvado como Hull habría podido reunir fuerzas suficientes para gritar antes de morir mentó.

-Sólo un hombre tan malvado como Hull habría forzado a un hijo a matarlo -añadió Holmes.

Mi amigo y Lestrade volvieron a mirarse, y una vez más se transmitieron una suerte de comunicación perfecta y silenciosa de la que yo quedaba excluido.

-¿Lo ha hecho usted alguna vez? -preguntó Holmes como si retomara una antigua conversación. Lestrade meneó la cabeza.

-Una vez estuve a punto -explicó-. Había una joven de por medio; pero en realidad no fue culpa suya. Estuve a punto. Pero... sólo había una.

-Y aquí hay cuatro -replicó Holmes comprendiendo perfectamente al policía-. Cuatro personas maltratadas por un villano que, de todos modos, habría muerto dentro de seis meses.

Por fin comprendí de qué estaban hablando.

Holmes clavó sus ojos grises en mí.

-¿Qué me dice, Lestrade? Watson ha resuelto el caso, aunque no ha descubierto todas sus ramificaciones. ¿Dejamos que él decida?

-De acuerdo -gruñó Lestrade-. Pero dése prisa. Quiero salir de esta maldita habitación.

En lugar de responder me agaché, cogí las sombras de fieltro, hice una bola con ellas y me las guardé en el bolsillo del abrigo. Me acometió una sensación muy extraña, parecida a la que había experimentado cuando las fiebres habían estado a punto de acabar con mi vida en la India.

-¡Increíble, Watson! -exclamó Holmes-. Ha resuelto su primer caso y se ha convertido en cómplice de un asesinato antes de la hora del té. Y he aquí un recuerdo que me llevo... Un auténtico Jory Hull. No creo que esté firmado, pero a caballo regalado...

Holmes despegó con el cortaplumas el lienzo pegado a las patas de la mesa. Se dio mucha prisa; al cabo de menos de un minuto estaba deslizando un estrecho tubo de lienzo en uno de los bolsillos interiores de su voluminoso abrigo.-Vaya trabajo más sucio -comentó Lestrade, pero se dirigió hacia una de las ventanas y tras un instante de vacilación, descorrió el pestillo y la abrió un par de centímetros.

-Mejor decir que hemos deshecho un trabajo sucio -replicó Holmes con una alegría casi histérica-. ¿Nos vamos, caballeros?

Nos dirigimos hacia la puerta. Lestrade la abrió. Uno de los agentes le preguntó si habían hecho algún progreso.

En otra ocasión, Lestrade habría empleado su lengua viperina contra el hombre.

-Al parecer se trata de un intento de robo que pasó a mayores -explicó sin embargo-.

Yo me he dado cuenta en seguida; Holmes, al cabo de un momento.

-¡Qué lastima! -exclamó el otro agente.

-Sí -asintió Lestrade-, pero al menos, el grito del viejo sirvió para que el ladrón se marchara sin poder robar nada. Vamos.

Nos marchamos. La puerta del salón estaba abierta, pero mantuve la cabeza baja cuando pasamos ante ella. Holmes miró, por supuesto; habría sido incapaz de resistir la tentación. Así era

Holmes. Por lo que a mí respecta, nunca vi a ningún miembro de la familia. Nunca tuve deseos de ello.

Holmes empezó a estornudar de nuevo. Su amigo volvía a restregarse contra sus piernas y a maullar encantado.

-Déjenme salir -murmuró saliendo disparado hacia la puerta.

Una hora más tarde estábamos de vuelta en el 22IB de Baker Street, en las mismas posiciones que habíamos ocupado en el momento en que apareció Lestrade; Holmes sentado junto a la ventana y yo, en el sofá.

-Bien, Watson, ¿cómo cree que dormirá esta noche?

-Como un lirón -repuse-. ¿Y usted?

-Igual, estoy seguro. Me alegro mucho de haberme librado de esos malditos gatos, eso sí.

-¿Cómo cree que dormirá Lestrade? Holmes me observó con una sonrisa.

-Esta noche bastante mal. Creo que bastante mal durante una semana. Pero ya se le pasará.

Entre sus muchos talentos se encuentra el del olvido creativo.

Aquello me hizo reír.

-¡Mire, Watson! -exclamó Holmes de pronto.

Me acerqué a la ventana, convencido de que vería a Lestrade acercarse a la casa una vez más. Sin embargo, vi el sol abriéndose paso entre las nubes para bañar Londres en una gloriosa luz vespertina.

-Ha salido el sol a fin de cuentas -comentó Holmes-. ¡Maravilloso, Watson! ¡Hace que uno se sienta feliz por estar vivo!

Cogió el violín y empezó a tocar con el rostro bañado por la luz del sol.

Eché un vistazo al barómetro y comprobé que estaba bajando. Aquello me hizo reír de tal forma que me vi obligado a sentarme. Cuando Holmes me preguntó con cierta irritación qué me ocurría, no pude sino menear la cabeza. La verdad es que no estoy seguro de que lo hubiera entendido de todas formas. No era así como funcionaba su mente.

La dedicatoria

Ala vuelta de la esquina del lugar en que se encuentran los porteros, las limusinas, los taxis y las puertas giratorias de la entrada de Le Palais, uno de los hoteles más antiguos y distinguidos de Nueva York, hay otra puerta más pequeña, sin señalizar y que, en la mayoría de los casos, pasa inadvertida.

Cierta mañana, a las siete menos cuarto, Martha Rosewall se acercó a dicha puerta, con su sencilla bolsa de lona azul en una mano y una sonrisa en el rostro. La bolsa de lona era un complemento habitual, pero la sonrisa era mucho menos frecuente. Martha no era infeliz en su trabajo. El hecho de ser la gobernanta jefe de los pisos décimo a decimosegundo de Le Palais tal vez no pareciera un empleo demasiado atractivo a muchas personas, pero para una mujer que había llevado vestidos confeccionados con sacos de arroz y de harina cuando era niña y vivía en

Babylon, Alabama, aquel empleo constituía algo extraordinario y muy gratificante. No obstante, fuera cual fuera el trabajo que desempeñaba una persona, ya fuera mecánico o estrella de cine, la mayor parte de las mañanas uno llegaba al trabajo con una expresión de lo más común en el rostro, una expresión que decía *La mayor parte de mí sigue en la cama* y poco más.

La vida de Martha había empezado a tornarse extraordinaria la tarde anterior, al regresar del trabajo y encontrar el paquete que su hijo le había enviado desde Ohio. Por fin había llegado aquello que tanto tiempo había esperado. Había dormido muy poco la última noche, pues se había levantado en innumerables ocasiones para asegurarse de que lo que le había enviado su hijo era real y que seguía ahí. Por último, se lo ha-bía colocado bajo la almohada, como una dama de honor que se guarda un trozo de pastel de bodas.

Martha abrió la pequeña puerta con su llave y descendió los tres escalones que conducían a un largo pasillo pintado de un suave color verde y flanqueado por hileras de carros Dandux para la colada. Los carros aparecían repletos de ropa de cama limpia y recién planchada. El pasillo estaba inundado de aquel olor a limpio que lo caracterizaba, un olor que Martha siempre asociaba de algún modo vago con el olor de pan recién horneado. El lejano sonido del hilo musical se filtraba desde el vestíbulo, pero en aquellos tiempos, Martha no percibía más que el zumbido del ascensor de servicio o el repiqueteo de la vajilla en la cocina.

A medio camino del pasillo se abría una puerta con una placa que rezaba GOBERNANTAS

JEFE. Martha entró, colgó el abrigo y atravesó la gran estancia en la que las gobernantas jefe, once en total, descansaban, resolvían los problemas de los suministros e intentaban ponerse al día en el interminable papeleo que comportaba su trabajo. Más allá de aquella habitación, dotada de una enorme mesa, un tablón de anuncios que ocupaba toda la pared y ceniceros siempre repletos, había un vestuario con paredes de ladrillo pintado de verde claro. En él se veían bancos, taquillas y dos largas barras de acero festoneadas por la clase de perchas que resulta imposible robar.

En el extremo más alejado del vestuario se hallaba la puerta que conducía a las duchas y los lavabos. En aquel momento, la puerta se abrió y por ella apareció Darcy Sagamore, envuelta en un esponjoso albornoz de Le Palais. Lanzó una mirada a la radiante Martha y a continuación avanzó hacia ella con los brazos abiertos, riendo.

-Ha llegado, ¿verdad? -exclamó-. ¡Ya lo tienes! ¡Lo llevas escrito en la cara! ¡Sí, señor!

Martha no sabía que se echaría a llorar hasta que ocurrió. Abrazó a Darcy y oprimió el rostro contra el mojado pelo negro de su amiga.

-No pasa nada, cariño -la tranquilizó Darcy-. Vamos, querida, desahógate.

-Es sólo que estoy muy orgullosa de él, Darcy... tan or-gullosa.

-Claro que estás orgullosa. Por eso estás llorando, y eso está muy bien... pero quiero verlo en cuanto dejes de llorar -pidió con una sonrisa-. Pero tú lo sostienes, ¿vale? Si dejo caer al bebé, estoy segura de que me sacas un ojo.

Así pues, con la veneración reservada a los objetos sagrados, como era aquél para ella,

Martha Rosewall extrajo la primera novela de su hijo de la bolsa de lona azul. La había envuelto con gran mimo en papel de seda y la llevaba guardada debajo del uniforme marrón de nailon. En aquel momento, retiró el papel de seda con cuidado para que Darcy pudiera ver el tesoro.

Darcy miró la portada con gran atención. En ella se veía a tres marines, uno de ellos con un vendaje en torno a la cabeza, que subían por una colina mientras disparaban sus armas. *Resplandor de gloria,* era el título de la novela, escrito en brillantes letras de color bermellón. Bajo el dibujo de portada se leía *Una, novela de Peter Rosewall.*

-Muy bien, eso está muy bien, es maravilloso, pero ahora enséñame lo otro.

Darcy hablaba en el tono de una mujer que quiere apartar de sí lo meramente interesante e ir al grano.

Martha asintió y con ademanes firmes pasó las hojas hasta llegar a la dedicatoria. *«Este libro está dedicado a mi madre, MARTHA ROSEWALL. Mamá, sin ti no lo habría conseguido.»* Bajo la dedicatoria impresa había unas palabras escritas con letra fina, inclinada y algo anticuada. «Y es cierto. ¡Te quiero, mamá! Pete.»

-¡Vaya! ¿No es encantador? -comentó Darcy mientras se secaba los oscuros ojos con el dorso de la mano.

-Es más que encantador -repuso Martha mientras volvía a envolver el libro en el papel de seda-. Es cierto.

La mujer esbozó una sonrisa, y en ella su vieja amiga Darcy Sagamore vio algo más que amor. Vio triunfo.

A las tres, al finalizar su turno, Martha y Darcy se detenían con frecuencia en La Pátisserie, la cafetería del hotel. Encontadas ocasiones iban a Le Cinq, el pequeño bar que había al final del vestíbulo, si querían tomar algo más fuerte. Y aquel día era la ocasión perfecta para ir a Le Cinq.

Darcy acomodó a su amiga en uno de los reservados y la dejó ahí con un cuenco de galletitas saladas mientras iba a hablar con Ray, el camarero del bar. Martha vio que Ray sonreía a su amiga, asentía con la cabeza y formaba un círculo con el índice y el pulgar de la mano derecha.

Darcy regresó al reservado con una expresión de satisfacción en el rostro. Martha la miró con suspicacia.

-¿De qué hablabais?

-Ya lo verás.

Al cabo de cinco minutos, Ray apareció con una cubitera de plata con pie y la colocó junto a ellas. Por el borde superior asomaba una botella de champán Perrier-Jouét y dos copas heladas.

-¡Vaya! -exclamó Martha con una expresión entre alarmada y divertida mientras miraba a Darcy con asombro.

-Calla -repuso Darcy, y para su satisfacción, Martha obedeció.

Ray descorchó la botella, colocó el corcho junto a Darcy y vertió un poco de champán en su copa. Darcy hizo un gesto con la mano y dirigió un guiño al camarero.

-Que lo disfruten, señoras -dijo Ray al tiempo que lanzaba un beso a Martha-. Y felicita a tu chico de mi parte, cariño.

El hombre se alejó antes de que Martha, todavía asombrada, pudiera articular palabra.

Darcy llenó las copas y alzó la suya. Al cabo de un momento, Martha la imitó. Las copas se rozaron con un leve tintineo.

-Por el inicio de la carrera de tu hijo -brindó Darcy. Ambas bebieron. A continuación,

Darcy volvió a rozar el borde de su copa con la copa de Martha.

-Y por tu hijo.

Volvieron a beber, y Darcy rozó el borde de la copa de su amiga con la suya por tercera vez.

-Y por el amor de una madre.

-Amén, cariño -repuso Martha.

Sus labios sonreían, pero sus ojos no. Tras los dos primeros brindis, Martha había tomado dos pequeños sorbos de champán. Tras el tercero apuró la copa.

Darcy había encargado la botella de champán a fin de que ella y su mejor amiga pudieran celebrar el triunfo de Peter Ro-sewall del modo que la ocasión parecía merecer, pero no era ésa la única razón. Sentía curiosidad por lo que había dicho Martha. *Es más que encantador, es cierto.* Y sentía curiosidad por la expresión de triunfo que había leído en su rostro.

Esperó a que Martha apurara la tercera copa de champán antes de preguntarle lo que quería saber.

-¿A qué te referías al hablar de la dedicatoria, Martha?

-¿Cómo?

-Has dicho que no sólo era encantador, sino que era cierto.

Martha la miró sin hablar durante tanto rato que Darcy creyó que no iba a responder a la pregunta. De repente, lanzó una carcajada tan amarga que resultaba sobrecogedora, al menos para

Darcy. No tenía idea de que la menuda y alegre Martha Rosewall pudiera ser tan amarga, pese a la dura vida que había llevado. Pero aquella nota de triunfo también seguía allí, como un inquietante contrapunto.

-Su libro va convertirse en un número uno en ventas, y los críticos van a tragárselo como si fuera un caramelo -aseguró Martha-. Eso me lo creo, pero no porque lo diga Pete... aunque lo dice, claro. Lo creo porque eso fue lo que le pasó a él...

-¿A quién?

-Al padre de Pete -repuso Martha mientras entrelazaba las manos sobre la mesa y miraba a Darcy con toda calma.

-Pero... -empezó Darcy antes de interrumpirse.

Johnny Rosewall no había escrito un libro en su vida, por supuesto. Los pagarés y algunos

Jódete garabateados con spray en la pared eran más del estilo de Johnny. Era como si Martha estuviera diciendo...

«No te andes con rodeos -se dijo Darcy-. Sabes muy bien lo que está diciendo. Es posible que estuviera casada con Johnny cuando se quedó embarazada de Pete, pero otrohombre más intelectual que él fue el responsable del crío.» Salvo que algo no encajaba. Darcy no había conocido a Johnny, pero había visto una docena de fotografías suyas en los álbumes de Martha, y había llegado a conocer bien a Pete... tan bien que durante sus dos últimos años de escuela y los dos primeros de universidad había llegado a pensar en él casi como hijo suyo. Y además estaba el parecido físico entre el chico que pasaba tanto tiempo en su cocina y el hombre de los álbumes de fotos...

-Bueno, Johnny era el padre biológico de Pete -prosiguió Martha como si le leyera el pensamiento-. No hay más que echar un vistazo a su nariz y a sus ojos para saberlo. Pero no era su padre natural... ¿Un poco más de champán? Entra tan bien...

Ahora que ya estaba un poco alegre, el acento sureño había reaparecido en su voz como un niño que sale de su escondite.

Dancy vertió la mayor parte del champán que quedaba en la copa de Martha. Martha alzó la copa y miró a través del líquido. Le gustaba el modo en que doraba la mortecina luz de Le Cinq.

A continuación tomó un sorbo, dejó la copa sobre la mesa y volvió a lanzar una carcajada amarga y ebria.

-No tienes ni la menor idea de lo que estoy hablando, ¿verdad?

-No, cariño.

-Bueno, pues te lo voy a contar -anunció Martha-. Después de todos éstos años se lo tengo que contar a alguien... Ahora más que nunca, ahora que ya ha publicado su libro y ha triunfado después de todos los años que ha pasado preparándose. Dios sabe que no puedo contárselo a él... a él menos que a nadie. Pero, al fin y al cabo, los hijos con suerte nunca saben lo mucho que los quieren sus madres, y los sacrificios que han tenido que hacer por ellos, ¿verdad?

-Bueno, supongo que no -repuso Darcy-. Martha, cariño, quizás deberías pensar si de verdad quieres contarme lo que sea que...

-No, no tienen ni la menor idea -prosiguió Martha, y Darcy se dio cuenta de que no había oído una sola palabra de lo que le había dicho.

Martha Rosewall se había recluido en un mundo particular. Cuando volvió a mirar a Darcy, una pequeña y extraña sonrisa, una sonrisa que a Darcy no le hizo demasiada gracia, bailaba en las comisuras de sus labios.

-Ni la menor idea -repitió-. Si quieres realmente saber lo que significa la palabra dedicar, tienes que preguntárselo a una madre. ¿A ti qué te parece, Darcy?

Pero Darcy no pudo más que menear la cabeza, pues no sabía qué decir. No obstante,

Martha hizo un gesto de asentimiento como si Darcy se hubiera mostrado de acuerdo con ella, y entonces empezó a hablar.

No tuvo que explicar los hechos básicos; al fin y al cabo, las dos mujeres habían trabajado juntas en Le Palais durante once años, y habían sido amigas íntimas casi desde el principio.

El más básico de los hechos básicos, habría dicho Darcy, o al menos lo habría afirmado hasta aquella tarde que pasaron en Le Cinq, era que Martha se había casado con un hombre que no valía nada, un tipo al que le interesaba mucho más la bebida y las drogas, por no hablar de cualquier mujer que se contoneara delante suyo, que la mujer con la que se había casado.

Martha llevaba poco tiempo en Nueva York cuando lo conoció. Por entonces, no era más que una chica de pueblo, y estaba embarazada de dos meses cuando le dio el sí. Embarazada o no, había confesado una vez a Darcy, se lo había pensado muy bien antes de casarse con Johnny.

Estaba agradecida de que Johnny estuviera dispuesto a quedarse con ella (era lo suficientemente inteligente como para saber que muchos hombres habrían desaparecido como por encanto cinco minutos después de que las palabras «estoy embarazada» hubieran salido de labios de la menuda mujer), pero se daba perfecta cuenta de las limitaciones del hombre. Se hacía una idea de lo que su madre y su padre, sobre todo su padre, ha-brían pensado de Johnny Rosewall, aquel hombre que tenía un Thunderbird negro y zapatos de dos colores comprados porque Memphis Slim había llevado unos zapatos exactamente iguales la noche que tocó en el Apollo.

Martha había perdido el hijo a los tres meses de embarazo. Al cabo de otros cinco meses, decidió considerar el matrimonio como una simple cuestión de ganancias y pérdidas... sobre todo pérdidas. Había habido demasiadas noches solitarias, demasiadas excusas baratas, demasiados ojos morados. Martha decía que Johnny se enamoraba de sus puños cuando estaba borracho.

-Siempre fue un tipo guapo -había confiado a Darcy en cierta ocasión-, pero un capullo guapo sigue siendo un capullo.

Antes de tener la oportunidad de hacer las maletas, Martha descubrió que volvía a estar embarazada. En aquella ocasión, la reacción de Johnny fue inmediata y hostil. Le golpeó el vientre con el palo de una escoba en un intento de hacerla abortar. Dos noches más tarde, Johnny y un par de amigos suyos, que compartían su afición por la ropa chillona y los zapatos de dos colores, intentaron atracar una licorería en la Calle 116 Este. El propietario tenía una escopeta debajo del mostrador. La sacó. Johnny llevaba una pistola de níquel del 32 que había sacado de no sé dónde. Apuntó con ella al propietario, apretó el gatillo y la pistola estalló. Un fragmento de cañón le entró en el cerebro por el ojo derecho y lo mató en el acto.

Martha trabajó en Le Palais hasta el séptimo mes de embarazo (mucho antes de que Darcy

Sagamore entrara a trabajar en el hotel, por supuesto), y entonces la señora Proulx le dijo que se fuera a casa antes de que tuviera el niño en el pasillo del décimo piso o tal vez en el ascensor. Eres una buena trabajadora y podrás recuperar tu empleo más tarde, le aseguró Roberta Proulx, pero por ahora vete a casa, muchacha.

Martha obedeció, y al cabo de dos meses dio a luz un bebé de tres kilos y medio al que llamó Peter, y a su debido tiempo, Peter escribió una novela titulada *Resplandor de gloria,* obra a la que todo el mundo, incluido el Club del Libro del Mes y los estudios cinematográficos

Universal, auguraba fama y fortuna.

Darcy ya sabía todo aquello. Del resto, del increíble resto, se enteró aquella tarde que empezó en Le Cinq, con copas de champán y el ejemplar de prueba de la novela de Pete en la bolsa de lona, a los pies de Martha Rosewall.

-Vivíamos en la parte alta de la ciudad, por supuesto -explicó Martha mientras miraba la copa de champán y la hacía girar entre sus dedos-. En la calle Stanton, cerca de Station Park. He vuelto a ir allí alguna vez. Está peor que antes, mucho peor, de hecho, pero no era ninguna maravilla por aquel entonces.

»En aquella época, vivía en el otro extremo de la calle Stanton una extraña anciana. La gente la llamaba Mamá Delorme, y muchos juraban que era una bruja. Yo no creía en esas cosas, y una vez le pregunté a Octavia Kinsolving, que vivía en el mismo edificio que Johnny y yo, cómo era posible que la gente siguiera creyendo en esa mierda en una época en que los satélites espaciales giraban alrededor de la Tierra y en que había un remedio para casi todas las enfermedades habidas y por haber. 'Tavia era una mujer culta, porque había ido a la Julliard, y sólo vivía en la parte más cutre de la Calle 110 porque tenía madre y tres hermanos pequeños a los que mantener. Creí que estaría de acuerdo conmigo, pero lo único que hizo fue reírse y menear la cabeza.

»-¿Me estás diciendo que crees en la brujería? -le pregunté.

»-No -repuso-, pero creo en ella. Ella es diferente. Tal vez de cada mil o diez mil o incluso un millón de mujeres que afirman ser brujas, hay una sola que lo es de verdad. Y si es así, esa mujer es Mamá Delorme.

»Me eché a reír. La gente que no necesita la brujería puede permitirse el lujo de burlarse de ella, de la misma forma que la gente que no necesita las plegarias puede reírse de ellas. Estoy hablando de cuando estaba recién casada, sabes, y en aquellos tiempos todavía creía que podría cambiar a Johnny, ¿te lo puedes creer?Darcy asintió con un gesto enfático.

- Entonces aborté. Johnny fue el principal responsable, supongo, aunque no me hacía ninguna gracia admitirlo ni ante mí misma por entonces. Me pegaba casi siempre y bebía siempre.

Cogía el dinero que le daba y después me quitaba todo lo que podía. Cuando le decía que quería que dejara de hurgar en mi bolso, ponía cara de dolido y aseguraba que él no había hecho tal cosa.

Eso cuando estaba sobrio. Cuando estaba borracho, se limitaba a echarse a reír.

«Escribí a mi madre. Me costó mucho escribir aquella carta, me daba vergüenza y lloré mientras la escribía, pero tenía que saber qué pensaba ella. Me escribió y en su carta me decía que tenía que largarme, largarme en seguida, antes de que Johnny me enviara al hospital o algo peor.

Mi hermana mayor, Cassandra, a la que siempre llamábamos Kissy, fue más lejos incluso. Me envió un billete de autobús con dos palabras escritas en el sobre con lápiz de labios rosa. VETE

AHORA, decía.

Martha tomó otro pequeño sorbo de champán.

- Bueno, pues no me fui. Me gustaba pensar que tenía demasiada dignidad. Supongo que no era más que orgullo estúpido. En cualquier caso, no importa; la cuestión es que me quedé.

Después de perder el niño, me quedé embarazada otra vez... sólo que al principio no lo sabía. No tenía mareos por la mañana... pero bueno, tampoco los había tenido la primera vez.

- ¿No irías a ver a esa Mamá Delorme porque estabas embarazada? - inquirió Darcy.

Su primera suposición era que Martha había creído que tal vez la bruja le daría algo para abortar... o que había decidido practicarse un aborto.

- No - repuso Martha - . Fui porque 'Tavia decía que Mamá Delorme podría decirme qué era lo que encontré en el bolsillo de la chaqueta de Johnny. Polvo blanco en un fras-quito de vidrio.

- Oh, oh - murmuró Darcy.

Martha esbozó una sonrisa exenta de alegría.

- ¿Quieres saber lo mal que pueden ir las cosas? Quizás no, pero te lo voy a contar de todas formas. Las cosas van mal cuando tu marido bebe y no tiene un trabajo fijo. Las cosas van muy mal cuando bebe, no tiene trabajo y encima te pega. Las cosas van aún peor cuando metes la mano en el bolsillo de su chaqueta, con la esperanza de encontrar algún dólar suelto para comprar papel higiénico de oferta, y te encuentras un frasquito de vidrio y una cuchara. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Pues mirar el frasquito y esperar con todas tus fuerzas que sea cocaína y no caballo.

-¿Se lo llevaste a Mamá Delorme? Martha lanzó una carcajada de lástima.

-¿Todo el frasco? No señora. No es que lo pasara demasiado bien en la vida, pero no quería morir. Si Johnny volvía a casa de dondequiera que estuviese y veía que el frasco de dos gramos había desaparecido, me habría dado tal tunda que me habría dejado baldada. Lo que hice fue coger un poco y envolverlo en el papel de celofán de un paquete de cigarrillos. Después me fui a ver a 'Tavia y 'Tavia me dijo que fuera a ver a Mamá Delorme, así que fui.

-¿Y cómo era?

Martha meneó la cabeza, incapaz de explicar a su amiga cómo era Mamá Delorme o lo extraña que había sido aquella media hora en casa de la mujer, que vivía en un tercer piso, o el modo en que había bajado la escalera corriendo como una loca, temerosa de que la mujer la estuviera siguiendo. El piso era oscuro y maloliente, saturado por el olor de velas, papel pintado viejo, canela y almohadillas perfumadas pasadas. De una de las paredes colgaba un cuadro de

Jesucristo, de otra uno de Nostradamus.

-Era una tía extraña donde las haya -explicó por fin Martha-. Aún hoy no tengo ni idea de cuántos años tenía, igual podría haber tenido setenta que noventa que ciento diez. Tenía una cicatriz blancuzca que le subía desde la nariz hasta la frente y desaparecía en el nacimiento del pelo. Parecía de una quemadura. Le había tirado del ojo hacia abajo, y por eso siempre parecía que lo estuviera guiñando. Estaba sentada en una mecedora, con una labor de punto sobre el regazo. Cuando entré me dijo: «Tengo tres cosas que decirte, pequeña. La primera es que no vas a creer en mí. La segundaes que el frasco que has encontrado en el bolsillo del abrigo de tu marido está lleno de heroína Polvo de Ángel. La tercera es que estás embarazada de tres semanas de un niño al que pondrás el nombre de su padre natural».

Martha miró en derredor para asegurarse de que nadie se había sentado en alguna de las mesas cercanas, comprobó que seguían solas y se inclinó hacia Darcy, que la miraba con silenciosa fascinación.

-Más tarde, cuando fui capaz de volver a pensar con claridad, me dije que, por lo que respectaba a las dos primeras cosas, no había hecho nada que no pudiera hacer un buen mago o uno de esos tipos raros con turbante blanco. Si 'Tavia Kinsol-ving había llamado a la anciana para decirle que yo iría a verla, también podría haberle contado la razón. ¿Ves lo fácil que podría haber sido? Y para una mujer como Mamá Delorme, esos pequeños detalles habrían sido importantes, porque si quieres tener fama de bruja, tienes que comportarte como una bruja.

-Supongo que tienes razón -convino Darcy.

-Por lo que respecta a lo de estar embarazada, quizás no fue más que una suposición acertada... O... bueno... algunas mujeres simplemente lo saben.

-Yo tenía una tía a la que se la daba de miedo eso de saber si una mujer estaba embarazada

-corroboró Darcy-. A veces lo sabía antes que la propia muj er, y a veces incluso antes de que se supusiera que una mujer pudiera estar embarazada, si entiendes lo que te quiero decir.

Martha lanzó una carcajada y asintió con la cabeza.

-Decía que les cambiaba el olor -prosiguió Darcy-, y a veces una podía percibir ese nuevo olor sólo un día después de que la mujer se hubiera quedado preñada, si tenías una buena nariz.

-Aja -asintió Martha-. Yo también he oído decir eso, pero en mi caso, no era nada de eso. Aquella mujer simplemente lo sabía, y en lo más hondo, debajo de la parte de mí que intentaba creer que todo aquello no era más que una sarta de tonterías, yo sabía que ella lo sabía.

Estar con ella significaba creer en la brujería, en su brujería, en cualquier cosa. Y aquella sensación no se iba, no como un sueño, que se va cuando te despiertas, o como cuando crees en un buen mentiroso y dejas de creer en él cuando ya no estás bajo su encanto.

-¿Y qué hiciste?

-Bueno, había una silla con un viejo asiento de rejilla hundida, y supongo que eso fue una suerte, porque cuando me dijo lo que me dijo, el mundo se volvió borroso y las piernas se me pusieron como gelatina. Tenía que sentarme fuera como fuera, así que si esa silla no hubiera estado ahí, me habría sentado en el suelo.

»La mujer esperó a que me recuperara y siguió tejiendo. Era como si hubiera pasado por aquello cientos de veces. Y supongo que así era.

»Cuando el corazón me empezó a latir normalmente, abrí la boca y lo que salió de ella fue:

"Voy a dejar a mi marido".

»-No -contestó de inmediato-. Él te va a dejar a ti. Ya verás cómo se va. Tú quédate, mujer. Habrá un poco de dinero. Pensarás que se ha cargado al niño, pero no es verdad.

»-¿Cómo...? -Pero eso es lo único que podía decir, así que lo repetí una y otra vez-.

Cómo, cómo, cómo, igual que Joe Lee Hooker en uno de sus viejos discos de *bines.*

»Todavía hoy, veintiséis años después, siento el olor de todas aquellas velas quemándose, el queroseno de la cocina y el olor acre del papel pintado reseco, como si fuera queso pasado. La veo a ella, pequeña y frágil en su viejo vestido azul de topos que habían sido blancos, pero que se habían vuelto amarillentos, como periódicos viejos, cuando la conocí. Era tan menuda..., pero emanaba una sensación de poder, como si fuera una luz brillante brillante...

Martha se levantó, se dirigió al bar, habló con Ray y regresó con un gran vaso de agua.

Apuró casi todo el contenido de un solo trago.

-¿Mejor? -preguntó Darcy.

-Un poco, sí -repuso Martha al tiempo que se encogía de hombros y sonreía-. Supongo que no sirve de nada explicarlo. Si hubieras estado ahí, lo habrías sentido. La habrías sentido a ella.»-Cómo hago las cosas o por qué te casaste con esa mierda de tipo son cosas que no importan ahora -siguió Mamá Delorme-. Lo que importa ahora es que tienes que encontrar al padre natural de tu niño.

«Cualquiera que la hubiese oído habría pensado que había estado poniendo los cuernos a mi marido, pero ni se me ocurrió la idea de enfadarme con ella. Estaba demasiado confusa para estar enfadada.

»-¿Qué quiere decir? -pregunté-. Johnny es el padre natural del niño.

»Mamá Delorme emitió una especie de ronquido y agitó una mano delante de mí, como si quisiera decir: "Ese hombre no tiene pero que nada de natural".

»En aquel momento, se acercó más a mí y empecé a tener un poco de miedo. Aquella mujer sabía tanto, y tenía la sensación de que gran parte de lo que sabía no era demasiado agradable.

»-Cualquier niño que tenga una mujer, es porque el hombre ha echado leche del pito, muchacha -dijo-. Lo sabes, ¿no?

»No creía que fuera así como lo ponía en los libros de medicina, pero aun así, sentí la inclinación de mi cabeza, como si la mujer hubiera alargado los brazos y me la estuviera moviendo ella.

»-Exacto -dijo asintiendo también con la cabeza-. Así es como Dios lo planeó... como un vaivén. Un hombre echa leche del pito, así que esa leche es casi toda suya. Pero es la mujer la que carga al niño y lo cria, así que en realidad es casi todo suyo. Así es la vida, pero cualquier regla tiene una excepción, una que demuestra la regla, y ésta es una de ellas. El hombre que te ha dejado preñada no será el padre natural del crío, ni siquiera si no fuera a marcharse. Lo odiaría, lo mataría a palos antes de que cumpliera un año, lo más probable, porque sabría que no es suyo. Un hombre no siempre se lo huele o lo ve, pero sí que se lo huele y lo ve si el niño es demasiado diferente... y este crío será tan diferente del gárrulo de Johnny Rosewall como la noche del día.

Así que dime, muchacha. ¿Quién es el padre natural del niño? -Y se inclinó hacia mí.

»Lo único que podía hacer era sacudir la cabeza y decirle que no sabía de qué me estaba hablando. Pero creo que algo dentro de mí..., una de esas cosas que está tan metida en el

fondo de tu cabeza que sólo tiene oportunidad de salir en los sueños, lo sabía. Quizás me lo estoy inventando por todo lo que sé ahora, pero no lo creo. Creo que por un momento se me ocurrió el nombre de ese hombre.

»-No sé qué es lo que quiere que diga -le dije-. No sé nada de padres naturales ni no naturales. Ni siquiera sé con seguridad si estoy embarazada, pero lo que sí sé es que tiene que ser de Johnny, porque es el único hombre con el que me he acostado en mi vida.

»La mujer se echó hacia atrás, se quedó quieta durante un momento y después sonrió. Su sonrisa era como un rayo de sol, y eso me tranquilizó un poco.

»-No quería asustarte, cariño -dijo-. No era eso lo que quería, de ninguna manera. Es sólo que he tenido una visión, y a veces son muy fuertes. Voy a hacer un poco de té, eso te calmará. Te gustará. Es un té especial que hago yo.

»Quería decirle que no me apetecía el té, pero no podía. Me parecía demasiado esfuerzo abrir la boca, y no me quedaba ni pizca de fuerza en las piernas.

»Tenía una pequeña cocina grasicnta, casi tan oscura como una cueva. Me quedé sentada en la silla, junto a la puerta, mientras la mujer echaba hojas de té en una destartalada tetera de porcelana y ponía a hervir agua en la cocina de gas. No quería nada especial de ella, ni nada que saliera de esa pequeña cocina grasicnta. Me dije que tomaría un sorbito por educación y luego me largaría de ahí lo más deprisa posible y para no volver.

»Pero entonces trajo dos tacitas de porcelana limpias como una patena, y una bandeja con azúcar, leche y panecillos recién hechos. Vertió el té en las tazas; olía bien, caliente y fuerte. El olor me despertó y antes de que me diera cuenta, ya me había tomado dos tazas y un panecillo.

»La mujer se tomó una taza y un panecillo, y empezamos a hablar de cosas más normales, como a quién conocíamos en la calle, de qué parte de Alabama era yo, en qué tiendas megustaba hacer la compra y todo eso. De pronto, miré el reloj, y vi que había pasado más de una hora y media. Intenté levantarme y sentí un fuerte mareo, así que me dejé caer otra vez en la silla.

Darcy la observaba con los ojos abiertos de par en par.

»-Me ha drogado -exclamé atemorizada, aunque el temor estaba en lo más hondo de mi cabeza.

»-Mira, muchacha, quiero ayudarte -contestó Mamá Delorme-. Pero tú no quieres soltar lo que yo necesito saber, y sé que no harás lo que tienes que hacer ni siquiera cuando lo hayas soltado... no sin un empujoncito. Y yo te lo he dado. Vas a hacer una siestecita, eso es todo, pero antes me vas a decir el nombre del padre natural del crío.

»Y mientras estaba ahí sentada, en aquella silla con el asiento de rejilla hundida, oyendo el tráfico de la parte alta de la ciudad y los demás ruidos que entraban por la ventana, lo vi tan claramente como te estoy viendo a ti, Darcy. Se llamaba Peter Jefferies, y era tan blanco como yo soy negra, tan culto como yo ignorante. Éramos todo lo diferentes que pueden llegar a ser dos personas, salvo por una cosa, y es que los dos éramos de Alabama. Yo de Babylon, en el quinto pino, junto a la frontera de Florida, y él de Birmingham. Él ni siquiera sabía que yo existía... Yo no era más que la negra que le limpiaba la *suite* cuando se alojaba en el piso once de este hotel. Y por lo que a mí respecta, sólo pensaba en él para recordarme que tenía que apartarme de su camino, porque lo había oído hablar y actuar, y sabía pero que muy bien qué clase de hombre era. No era sólo que no se le ocurriera usar un vaso que un negro hubiera utilizado antes sin lavarlo primero; eso lo he visto demasiadas veces como para que me moleste. Era que cuando llegabas a cierto punto en el carácter de aquel hombre, el color ya no tenía nada que ver con su forma de ser. Era un hijo de puta, y esa tribu viene en todos los colores.

»¿Sabes algo? Era como Johnny en muchos sentidos, o como Johnny habría sido si hubiera sido inteligente y hubiera estudiado, y si Dios hubiera querido darle una buena dosis de talento en lugar de una cabeza aficionada a la droga y una nariz obsesionada por los conos mojados.

»No pensaba en nada más respecto a él que en mantenerme alejada, en nada más. Pero cuando Mamá Delorme se inclinó hacia mí y se acercó tanto que creí que el olor a canela que le salía de los poros iba a ahogarme, fue su nombre el que salió de mis labios sin vacilación.

»-Peter Jefferies -dije-. Peter Jefferies, el hombre que se aloja en la 1163 cuando no está escribiendo libros en Alabama. Él es el padre natural. ¡Pero es blanco!

»Mamá Delorme se acercó más a mí.

»-No, no es blanco, cariño. Ningún hombre es blanco. Por dentro todos los hombres son negros. Tú no te lo crees, pero es verdad. Dentro de ellos siempre es medianoche, a cualquier hora del día. Pero un hombre puede convertir la noche en día, y por eso lo que sale de un hombre cuando le hace un niño a una mujer es blanco. Lo natural no tiene nada que ver con el color.

Ahora cierra los ojos, cariño, porque estás cansada... muy cansada. ¡Ahora! No te resistas. Mamá

Delorme no te va a hacer nada malo, niña. Sólo te va a poner algo en la mano. Eso es... No, no mires, sólo cierra la mano. -Hice lo que me decía y sentí una forma cuadrada en la mano.

Parecía vidrio o plástico.

»-Lo recordarás todo cuando llegue el momento de recordar. De momento, duerme.

Chist... Duerme... Chist...

»Y eso fue lo que hice -terminó Martha-. Lo siguiente que recuerdo es que estaba bajando aquella escalera como alma que lleva el diablo. No recordaba de qué estaba escapando, pero daba igual; seguí corriendo. Volví allí una sola vez más, y no la vi en aquella ocasión.

Martha hizo una pausa, y ambas mujeres miraron en derredor como si acabaran de despertar de un sueño compartido. Le Cinq había empezado a llenarse. Eran casi las cinco, y numerosos ejecutivos habían entrado en el bar para tomarse una copa después de finalizar la jornada. Aunque ninguna de las dos quería expresarlo en voz alta, ambas desearon de pronto ir a otro sitio. Ya no llevaban el uniforme, pero tenían la sensación de no pertenecer a aquel lugar, entre aquellos hombres con cartera que no cesaban de hablar sobre acciones, bonos y obligaciones.-Tengo un estofado hecho y unas cervezas en la nevera -comentó Martha en tono tímido-. Podría poner a calentar el primero y a enfriar las segundas... si es que quieres que te cuente el resto.

-Cariño, creo que no me queda más remedio -repuso Darcy, y lanzó una risita algo nerviosa.

-Y yo creo que no me queda más remedio que contarte el resto -replicó Martha sin reír ni sonreír siquiera.

-Deja que llame a mi marido y le diga que llegaré tarde.

-Muy bien.

Mientras Darcy hacía la llamada, Martha se inclinó para comprobar de nuevo que el valioso libro seguía en la bolsa.

Ya habían dado cuenta del estofado, al menos en la medida que pudieron comer, y habían tomado sendas cervezas. Martha preguntó de nuevo a Darcy si estaba segura de querer escuchar el resto de la historia. Darcy asintió.

-Lo digo porque hay cosas bastante desagradables. Y tengo que serte absolutamente sincera en todo. Algunos detalles son peores que las historias de las revistas que los solteros se dejan en la habitación cuando se van.

Darcy sabía a qué clase de revistas se refería su amiga, pero no podía imaginar a su menuda, limpia y cuidadosa amiga en relación con ninguna de las cosas que describían aquellas publicaciones. Se levantó para buscar dos cervezas más, y Martha reanudó su historia.

-Ya había llegado a casa cuando me desperté del todo, y puesto que no recordaba casi nada de lo que había pasado en casa de Mamá Delorme, decidí que lo mejor, lo más seguro,

sería creer que todo había sido un sueño. Pero el polvo que le había quitado a Johnny no era ningún sueño.

Seguía en el bolsillo de mi vestido, envuelto en el papel de celofán de un paquete de cigarrillos.

Lo único que quería era deshacerme de él, y a la porra toda la brujería del mundo. Tal vez no debería haber rebuscado en los bolsillos de Johnny, pero él no se cortaba ni un pelo a la hora de rebuscar en los míos, por si acaso escondía un par de dólares que le apeteciera tener.

»Pero el polvo no fue lo único que encontré en el bolsillo de mi vestido; había otra cosa. La saqué, la miré y entonces supe con toda seguridad que había visitado a aquella mujer, aunque todavía no me acordaba de casi nada de lo que había pasado en su casa.

»Era una cajita cuadrada de plástico, con una tapa transparente que se podía abrir. Lo único que había dentro era una seta reseca... aunque después de lo que 'Tavia me había contado sobre la mujer, creí que quizás era un hongo venenoso y no una simple seta, y que seguramente era de aquellas que te lo hacen pasar tan mal por la noche que habrías preferido que te matara de una vez, como sucede con algunos de esos hongos.

»Decidí echarlo al lavabo junto con el polvo que Johnny esnifaba y tirar de la cadena, pero cuando llegó el momento, no pude hacerlo. Era como si Mamá Delorme estuviera allí conmigo, advirtiéndome que no lo hiciera. Incluso tenía miedo de mirarme en el espejo, porque temía que ella pudiera estar detrás de mí.

»Por fin, eché el polvo en la pila de la cocina, y guardé la cajita de plástico en el armario que hay encima de ella. Me puse de puntillas y lo metí en el fondo del armario, tan atrás como pude. Y me olvidé por completo de que existía.

Martha se detuvo por un instante, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

-Supongo que debería contarte algunas cosas sobre Pe-ter Jeffcries -prosiguió-. La novela de Pete habla de Viet-nam y de lo que sabe del ejército por su propia experiencia en el servicio militar. Los libros de Peter Jeff cries hablaban de lo que siempre llamaba la Segunda cuando estaba borracho y de parranda con sus amigos. Escribió su primera novela cuando hacía el servicio militar. Se la publicaron en 1946. Se titulaba *Resplandor de cielo.*

Darcy miró a su amiga con fijeza durante largo rato antes de decidirse a hablar.

-¿De verdad? -inquirió por fin.

-Sí. Tal vez entiendas ahora por dónde voy. Quizás en-tiendas mejor a qué me refiero al hablar de padres naturales. *Resplandor de cielo, Resplandor de gloria,.*

-Pero si Pete hubiera leído el libro del señor Jefferies, ¿no sería posible que...?

-Claro que sería posible -interrumpió Martha agitando la mano como había hecho Mamá

Delorme en su momento-, pero no sucedió así. Pero no voy a intentar convencerte de eso. O estás convencida cuando acabe la historia o no. Sólo quería contarte un par de cosas sobre el hombre.

-Adelante -repuso Darcy.

-Lo vi bastante a menudo desde 1957, cuando empecé a trabajar en Le Palais, hasta 1968 más o menos, que fue cuando empezó a tener problemas de corazón y de hígado. Tal como bebía y vivía, me extrañó que no hubiera tenido problemas de salud mucho antes. Sólo vino unas seis veces en 1969, y recuerdo el mal aspecto que tenía. Nunca había sido gordo, pero había perdido tanto peso que ya no parecía más que una cuerda rellena. Pero el hombre siguió bebiendo, por amarilla que tuviera la cara. Lo oía toser y vomitar en el baño; a veces incluso lloraba de dolor, y yo pensaba: «Bueno, se acabó, eso es todo. Seguro que ve lo que se está haciendo; ahora dejará de beber». Pero no lo hizo. En 1970 sólo vino dos veces. Lo acompañaba un hombre en el que se apoyaba y que le cuidaba. Seguía bebiendo, aunque cualquiera que le echara un vistazo podía ver que no le convenía nada.

»La última vez que vino fue en febrero de 1971. Lo acompañaba otro hombre. Supongo que el primero se hartó. Por entonces, Jefferies iba en silla de ruedas. Cuando entré a limpiar y pasé al baño, vi lo que había colgado en la cortina de la bañera... Ropa interior para

incontinentes. Había sido un hombre guapo, pero ya no, desde luego. Las últimas veces que lo vi, parecía como destrozado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Darcy hizo un gesto de asentimiento. A veces se veía a gente así por la calle, con viejas bolsas marrones bajo el brazo o guardadas dentro del abrigo.

-Siempre se alojaba en la 1163, una de esas *suites* que hacen esquina, con vistas al edificio de la Chrysler, y yo siempre era la encargada de limpiarle la habitación. Al cabo de un tiempo, empezó a llamarme por mi nombre, pero aquello no tenía importancia, porque, al fin y al cabo, llevaba una placa en el uniforme. No creo que ni siquiera me viera de verdad ni una sola vez.

Hasta 1960, siempre dejaba dos dólares sobre el televisor cuando se iba. Después, hasta 1964, dejaba tres. Y al final ya eran cinco. Eran propinas muy buenas en aquellos tiempos, pero en realidad no me las dejaba a mí, sino que seguía una costumbre. Las costumbres son importantes para personas como él. Me dejaba propina por la misma razón por la que sostenía la puerta abierta para que pasara una señora; por la misma razón por la que, sin duda, ponía los dientes de leche bajo la almohada cuando era pequeño. La única diferencia era que yo era la Ratita que Barría la

Escalenta en lugar del Ratoncito Pérez.

»Venía a la ciudad para hablar con sus editores o a veces con gente de la tele o del cine, y llamaba a sus amigos. Algunos estaban en el negocio editorial, otros eran agentes o escritores como él... Y entonces hacían fiestas. Siempre hacían fiestas. La mayoría de las veces yo sólo me enteraba por la porquería que dejaban y que tenía que limpiar al día siguiente... Docenas de botellas vacías, Jack Daniel's, casi siempre, millones de colillas, toallas mojadas en el lavabo y la bañera, restos de comida por todas partes. Una vez me encontré una bandeja entera de gambas gigantes tirada en el váter. Había huellas de vasos por todas partes, y gente roncando en el sofá y en el suelo.

»Eso es lo que pasaba casi siempre, pero algunas veces todavía estaban de fiesta cuando entraba a limpiar, a las diez y media de la mañana. Me dejaba entrar, así que me limitaba a limpiar un poco aquí y allá. Nunca había mujeres en aquellas fiestas. Sólo había hombres, y lo único que hacían era beber y hablar de la guerra. A quién habían conocido en la guerra. Dónde habían estado durante la guerra. A quién habían matado en la guerra. Todo lo que habían visto en la guerra, cosas que nunca podrían contar a sus esposas, aunque no importaba si una doncella negra las escuchaba, por supuesto. A veces, aunque no muy a menudo, jugaban al póquer con apuestas muy altas, pero seguían hablando de la guerra mientras apostaban, su-bían, echaban faroles y pasaban.

Cinco o seis hombres, con las caras coloradas cuando se ponían a tono, sentados ante la mesa de cristal con las camisas abiertas y las corbatas aflojadas. Había más dinero en aquella mesa del que una mujer como yo ganaría en toda su vida. ¡Y seguían hablando de la guerra! Hablaban de la guerra igual que las chicas jóvenes hablan de sus amantes o sus novios.

Darcy comentó que la sorprendía el hecho de que la dirección del hotel no hubiera echado a

Jeffcries, por muy famoso que fuera. El hotel era un poco estricto con ese tipo de cosas y, según había oído, aún lo había sido más en aquellos tiempos.

-No, no, no -repuso Martha con una leve sonrisa-. Estás equivocada. Crees que el hombre y sus amigos se portaban como uno de esos grupos de rock a los que les gusta destrozar las *suites y* tirar los sofás por la ventana. Jefferies no era un patán ordinario, como tampoco lo es mi Pete. Había ido a West Point. Había entrado como teniente y salió como mayor. Tema clase, la clase que da proceder de una de esas antiguas familias del sur con una casa grande llena de cuadros antiguos, en los que todo el mundo monta a caballo y tiene aspecto aristocrático. Sabía anudarse la corbata de cuatro formas distintas y cómo inclinarse sobre la mano de una mujer cuando se la besaba. Tenía clase, eso te lo aseguro.

La sonrisa de Martha se torció un poco cuando pronunció aquella palabra, convirtiéndose en una mueca amarga y burlona.

-A veces, él y sus amigos hacían un poco de ruido, pero casi nunca se ponían pendencieros, y nunca se descontrolaban del todo. Si había alguna queja de la habitación vecina, y sólo había una, porque la *suite* hace esquina, y alguien de recepción tenía que llamar a la habitación del señor Jefferies y decirle que bajaran un poco el volumen, pues, bueno, siempre lo hacían, ¿entiendes?

-Sí.

-Y eso no es todo. Un hotel de calidad puede trabajar para gente como el señor Jefferies.

Puede proteger a gente como él para que puedan seguir haciendo fiestas y pasándoselo bien con el alcohol, las cartas y tal vez las drogas.

-¿Tomaban drogas?

-No lo sé. Lo que sí está claro es que se tomaba un montón en los últimos tiempos, sabe

Dios, pero eran de las que tienen etiquetas de la farmacia. Lo único que digo es que la clase, esa idea de clase que tiene un caballero blanco del Sur, no sé si me entiendes, atrae clase. El hombre llevaba alojándose en Le Palais mucho tiempo, y quizás creas que era un cliente importante para la dirección porque era un escritor famoso, pero entonces es que no llevas en Le Palais el tiempo suficiente. Que fuera famoso era importante para la dirección, claro, pero eso no era más que la punta del iceberg. Lo más importante era que llevaba mucho tiempo viniendo al hotel, y que su padre, un gran terrateniente de la zona de Portville, había sido también un cliente fijo. La gente que llevaba el hotel en aquella época creían en la tradición. Sé que los que lo llevan ahora dicen que creen en la tradición, y tal vez incluso crean en ella cuando les conviene, pero en aquellos tiempos, creían en ella de verdad. Cuando sabían que el señor Jefferies llegaba a Nueva York en el tren Southern Flyer desde Birmingham, la habitación que hay junto a su *suite* se desocupaba al instante, siempre y cuando el hotel no estuviera abarrotado. Nunca le cobraron la habitación vacía.

Lo único que pretendían era ahorrarle la vergüenza de tener que decirles a sus compadres que bajaran el volumen hasta mantenerlo en un rugido sordo.

-Es increíble -terció Darcy meneando la cabeza.

-¿No te lo crees, cariño?

-Oh, sí, sí que me lo creo. Pero aun así es increíble. La amarga y burlona sonrisa reapareció en el rostro de Martha Rosewall.

-Nada es demasiado para la clase... para esa clase de las Barras y Estrella de Robert E.

Lee... o al menos, así era antes. Diablos, incluso yo me daba cuenta de que el hombre tenía clase, que no era el tipo de hombre que gritaba obscenidades por la ventana o contaba chistes de negros a sus compadres.

»Odiaba a los negros, eso sí; no vayas a creer que no los odiaba... pero ¿recuerdas lo que te he dicho respecto a que era un hijo de puta? La verdad es que, cuando se trataba de odiar, Peter

Jefferies era de lo más equitativo. Cuando murió JohnKennedy, Jefferies estaba en la ciudad y organizó una fiesta. Todos sus amigos asistieron, y la fiesta duró hasta el día siguiente. Casi no soportaba estar ahí dentro, ¡las cosas que llegaron a decir! Cosas como que todo sería perfecto si alguien se cargara a su hermano, que no pararía hasta conseguir que todos los jóvenes blancos decentes follaran escuchando música de los Beatles y los morenos (así era como solían llamar a los negros, "morenos", y yo odiaba esa expresión por lo cursi que sonaba) invadieran las calles como locos, llevando un televisor debajo de cada brazo.

»La cosa se puso tan mal que creí que me pondría a gritar. No paraba de decirme que tenía que callarme y acabar mi trabajo y salir de allí lo más deprisa posible. No paraba de recordarme a mí misma que el hombre era el padre natural de Pete, si es que no podía recordarme otra cosa. No paraba de decirme que Pete sólo tenía tres años y que necesitaba conservar el empleo y que lo perdería si no me quedaba calladita.

»Entonces uno de ellos dijo: "Y después de cargarnos a Bobby, nos cargamos al maricón de su hermano". Y otro dijo: "Y después nos cargamos a todos los hijos varones y hacemos una fiesta a lo grande".

»-¡Eso! -gritó el señor Jefferies-. ¡Y cuando hayamos colgado la última cabeza en la última pared del castillo, haremos una fiesta tal que tendremos que alquilar el Madison Square Carden!

»En aquel momento tuve que irme. Tenía dolor de cabeza y calambres en la barriga de tanto intentar quedarme callada. Dejé la habitación a medio limpiar, algo que no había hecho nunca y que no he vuelto a hacer desde entonces; pero ser negra tiene sus ventajas a veces. No se dio cuenta de que estaba ahí, y desde luego, tampoco se dio cuenta de que me iba. Ninguno de ellos se enteró, de hecho.

Aquella sonrisa amarga y burlona volvía a curvar sus labios.

-No sé cómo puedes decir que ese hombre tenía clase, ni siquiera en broma -comentó Darcy-. O cómo puedes decir que era el padre natural de tu hijo nonato. A mí me parece que era una bestia.

-No -replicó Martha en tono cortante-, no era una bestia. Era un hombre. En algunos sentidos, en casi todos, de hecho, era un mal hombre, pero un hombre es lo que es. Y tenía algo que puede llamarse «clase» sin sonreír, aunque sólo se notaba de verdad en las cosas que escribía.

-¡Ah! -exclamó Darcy en tono desdeñoso mientras miraba a Martha con el ceño fruncido-. Has leído uno de sus libros, ¿eh?

-Cariño, los he leído todos. Sólo había escrito tres a finales de 1959, cuando fui a ver a Mamá Delorme con aquel polvo blanco, pero ya había leído dos. Con el tiempo lo adelanté, porque escribía más despacio de lo que yo leía. -Esbozó una sonrisa-. Y ya es decir.

Darcy miró con expresión escéptica la librería de Martha. Había libros de Alice Walker y Rita Mae Brown, *Linden Hills,* de Gloria Naylor y *Yellow Back Radio Broke-Down,* de Ishmael Reed, pero los tres estantes se veían dominados ante todo por novelas rosa y libros de Agatha Christie.

-Las historias de la guerra no parecen ser de tu estilo, Martha, si entiendes lo que te quiero decir.

-Claro -repuso Martha mientras se levantaba para coger dos cervezas más-. Te voy a decir algo curioso, Dee. Si el señor Jefferies hubiera sido un hombre agradable, probablemente nunca habría leído ni uno solo de sus libros. Y te diré algo más curioso aún. Si hubiera sido un hombre agradable, no creo que sus libros hubieran sido tan buenos.

-Pero ¿de qué hablas, mujer?

-No lo sé exactamente. Limítate a escuchar, ¿vale?

-Vale.

-Bueno, no tuve que esperar al asesinato de Kennedy para saber qué tipo de hombre era. Ya me enteré durante el verano del cincuenta y ocho. Por entonces ya sabía la mala opinión que tenía de la raza humana en general, no de sus amigos, porque por ésos habría dado la vida, sino del resto. Todo el mundo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero, decía... Dinero, dinero, todo el mundo quería hacerdinero a toda costa. Por lo visto, él y sus amigos creían que hacer dinero a toda costa era algo espantoso, a menos que estuvieran jugando al póquer y tuvieran un montón de dinero sobre la mesa. Entonces sí que iban a por el dinero, sí, señor, él incluido.

»Había un montón de mierda bajo la superficie de caballero sureño. Creía que la gente que intentaba hacer el bien o mejorar el mundo era la cosa más divertida que existía, odiaba a los negros y a los judíos, y creía que teníamos que lanzar unas cuantas bombas de hidrógeno sobre Rusia antes de que ellos hicieran lo mismo con nosotros. ¿Por qué no?, decía. Al fin y al cabo, formaban parte de lo que él llamaba "la clase subhu-mana de la raza". Para él, aquello incluía a los judíos, a los negros, a los italianos, a los indios y a cualquiera que no veraneara en Outer Banks.

»Le oía soltar todas aquellas porquerías ignorantes y engreídas y, por supuesto, empecé a preguntarme por qué era un escritor famoso... cómo era posible que fuera un escritor famoso.

Quería saber qué veían los críticos en él, pero lo que más me interesaba era lo que la gente normal veía en él, la gente que convertía sus libros en números uno en cuanto salían al mercado. Por fin decidí averiguarlo por mí misma. Fui a la Biblioteca Pública y tomé prestado su primer libro,

Resplandor de cielo.

»Esperaba que resultara ser una historia parecida a la de la ropa nueva del emperador, pero estaba equivocada. El libro trataba de cinco hombres que estaban en la guerra, y también de lo que les pasaba entretanto a sus mujeres y a sus novias. Cuando vi en la portada que era un libro sobre la guerra, puse los ojos en blanco, creyendo que sería como todas aquellas historias aburridas que se contaban unos a otros.

-¿Y no lo era?

-Después de leer las primeras diez o veinte páginas, me dije: «Bueno, no es nada del otro mundo. No está tan mal como creía, pero no hay acción». Entonces leí otras treinta páginas y bueno... me perdí. La primera vez que levanté la vista, ya era casi medianoche y había leído unas doscientas páginas. Pensé: «Tienes que irte a la cama, Martha, tienes que irte a la cama ahora mismo porque no falta tanto para las cinco y media». Pero leí otras treinta páginas a pesar de lo pesados que tenía los ojos, y ya era la una menos cuarto cuando por fin me levanté para lavarme los dientes.

Martha hizo una pausa y dirigió la mirada hacia las oscuras ventanas y la noche que se extendía más allá de ellas. Tenía los ojos perdidos en el recuerdo, los labios apretados y ligeramente fruncidos. Meneaba la cabeza.

-No entendía cómo un hombre que era tan aburrido de escuchar podía escribir de un modo que no te dejaba cerrar el libro, que te hacía desear que no terminase nunca. Cómo un hombre desagradable y frío como él podía inventar personajes tan reales que te daban ganas de llorar cuando morían. Cuando Noah es atropellado por un taxi y muere casi al final de *Resplandor de cielo,* lloré. No entendía cómo un hombre amargo y cínico como Jefferies podía conseguir que una persona llegara a amar tanto cosas que no eran reales, cosas que él había inventado. Y había más en aquel libro... una especie de rayo de sol. Estaba lleno de dolor y cosas terribles, pero también había ternura... y amor...

Darcy se sobresaltó cuando Martha lanzó una carcajada repentina.

-En aquella época trabajaba en el hotel un tipo llamado Billy Beck, un muchacho muy simpático que estudiaba filología inglesa en Fordham cuando no trabajaba de portero en el hotel.

A veces hablábamos...

-¿Era negro?

-¡No, por Dios! -exclamó Martha entre risas-. En Le Palais no hubo porteros negros hasta 1965. Había mozos negros, botones negros y aparcacoches negros, pero no porteros negros.

No estaba bien visto. A la gente de clase como el señor Jefferies no le habría gustado.

»En cualquier caso, le pregunté a Billy cómo un hombre que escribía libros tan maravillosos podía ser tan espantoso en persona. Billy me preguntó si sabía el del pinchadiscos gordo con voz de pito, y yo le contesté que no sabía de qué me estaba hablando. Entonces me dijo que no sabía la respuesta a mi pregunta, pero me contó algo que había dicho uno de sus professobre Thomas

Wolfe. El profe dijo que algunos escritores, y Wolfe entre ellos, no eran nada del otro jueves hasta que se sentaban ante una mesa y cogían la pluma. Dijo que para tipos como él, la pluma era lo que la cabina telefónica para Clark Kent. Dijo que Thomas Wolfe era como un... -Martha vaciló por un instante y a continuación esbozó una sonrisa-... que era como un carillón. Dijo que un carillón no era nada en sí mismo, pero que cuando sopla el viento a través de él, entonces emite un sonido precioso.

»Creo que Peterjefferies era igual. Tenía clase, había sido criado con clase y la tenía, pero no podía atribuirse el mérito de tener clase. Era como si Dios la hubiera guardado en el banco y él se limitara a gastarla. Te diré algo que probablemente no te creerás. Después de leer un par de libros suyos, empecé a sentir lástima por él.

-¿Lástima?

-Sí, lástima; porque los libros eran tan hermosos y el hombre que los escribía era sucio como el peor de los pecados. En muchos sentidos era como Johnny, pero hasta cierto punto,

Johnny tuvo más suerte, porque nunca soñó con una vida mejor, y el señor Jefferies sí. Sus libros eran sus sueños, en los que se permitía creer en el mundo del que se burlaba y que despreciaba cuando estaba despierto.

Preguntó a Darcy si quería otra cerveza, pero su amiga repuso que no.

-Bueno, si cambias de opinión, avisa. Y es posible que cambies de opinión, porque ahora es cuando la cosa se pone fea. Una cosa más acerca de ese hombre -prosiguió Martha-. No era sexy. Al menos no de la forma en que una muj er piensa en un hombre como sexy.

-¿Quieres decir que era...?

-No, no era homosexual ni gay o como quiera que se les tenga que llamar ahora. No era sexy para los hombres, pero tampoco era sexy para las mujeres. Dos veces, tal vez tres en todos aquellos años, me encontré colillas con lápiz de labios en los ceniceros del dormitorio y olí perfume en las almohadas. Una de aquellas veces también encontré un lápiz de ojos en el baño.

Había rodado por debajo de la puerta hasta un rincón. Supongo que eran prostitutas, porque las almohadas nunca olían al tipo de perfume que llevan las mujeres decentes, pero de todas formas, dos o tres veces en tantos años no es mucho, ¿verdad?

-No, desde luego -convino Darcy.

Pensaba en todas las bragas que había sacado de debajo de las camas, todos los condones que había visto flotando en lavabos en los que no habían tirado de la cadena, todas las pestañas postizas que había encontrado sobre y bajo las almohadas.

Martha permaneció en silencio durante unos minutos, sumida en sus pensamientos. De pronto alzó la mirada.

-¿Sabes qué te digo? -exclamó-. ¡Pues que ese hombre se encontraba sexy a sí mismo!

Parece una locura, pero es verdad. Desde luego, no andaba escaso de semen, eso lo sé por todas las sábanas que llegué a cambiar.

Darcy asintió con la cabeza.

-Y siempre tenía un tarro de crema hidratante en el baño, o a veces sobre la mesita de noche. Creo que la usaba cuando se la pelaba. Para evitar que se le irritara la piel.

Las dos mujeres se miraron, y de pronto se echaron a reír histéricamente.

-¿Estás segura de que no era de la otra acera, cariño? -inquirió por fin Darcy.

-He dicho crema hidratante, no vaselina -replicó Martha, y su comentario fue lo que colmó el vaso.

Durante los cinco minutos siguientes, las mujeres rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Pero en realidad no era divertido, y Darcy lo sabía. Y cuando Martha reanudó su relato, su amiga se limitó a escuchar, sin apenas dar crédito a lo que oía.

-Fue una semana después de mi visita a Mamá Delorme, o tal vez dos -explicó Martha-.

No me acuerdo bien. Hace mucho tiempo de aquella historia. Por entonces estaba casi segura de que estaba embarazada. No vomitaba ni nada por el estilo, pero lo presentía. No es algo que una pueda razonar. Es como si tus encías, las uñas de los dedos de los pies y el puente de la nariz supieran lo que pasa antes que el resto de tu cuerpo. O de repente te apetece algo como chop suey a las tres de la tarde y entonces te dices: «¡Vaya! ¿Qué me estará pasando?». Pero sabes muy bien qué te pasa. Pero no le dije una palabra a Johnny... Sabía que tendría que hacerlo a la larga, pero me daba miedo.

-No me extraña -terció Darcy.

-Una mañana, a última hora, estaba en el dormitorio de la *suite* de Jefferies, y mientras limpiaba pensaba en Johnny y en la forma en que le daría la noticia sobre el bebé. Jefferies se había marchado a algún sitio, seguramente a una de esas reuniones con los editores. La cama era de matrimonio y estaba deshecha por los dos lados, pero eso no significaba nada, porque el hombre se removía mucho mientras dormía. A veces, la sábana bajera estaba toda salida del colchón.

»En fin, aparté la colcha y las dos mantas que había debajo. El hombre era un friolero y siempre dormía con todo lo que podía. Entonces empecé a apartar la sábana de arriba y lo vi en seguida. Era semen y ya casi estaba seco.

»Me quedé ahí parada mirando el charco durante... Oh, no sé durante cuánto tiempo. Era como si me hubieran hipnotizado. Lo vi ahí, tendido en la cama a solas, después de que sus amigos se hubieran ido, ahí tendido sin nada que oler más que el humo de los cigarrillos y su propio sudor. Lo vi tendido de espaldas, vi cómo empezaba a hacer el amor con Mamá Pulgar y sus cuatro hijitas. Lo vi tan claramente como te estoy viendo a ti en este momento, Darcy. Lo único que no vi fueron sus pensamientos, las imágenes que le pasaban por la cabeza... y teniendo en cuenta el modo en que hablaba cuando no estaba escribiendo libros, la verdad es que me alegré de no verlos.

Darcy la miraba en silencio, petrificada.

-Lo siguiente que recuerdo es... bueno, tuve una sensación muy extraña. -Se detuvo por un momento antes de menear la cabeza con ademán deliberado-. Una obsesión muy extraña. Era como querer chop suey a las tres de la tarde, o helado y pepinillos a las dos de la madrugada, o...

¿A ti qué te apetecía, Darcy?

-Corteza de bacon -repuso Darcy con labios tan pesados que apenas los sentía-. Mi marido bajó a comprar, pero no encontró, así que me trajo una bolsa de cortezas de cerdo y me puse a devorarlas.

Martha asintió con un gesto y siguió hablando. Al cabo de treinta segundos, Darcy se precipitó al baño, donde tuvo un par de arcadas antes de vomitar toda la cerveza que había ingerido.

«Míralo por el lado bueno -pensó mientras buscaba a tientas la cadena-. Mañana no tendrás resaca.» Y casi sin pausa, se dijo: «¿Cómo voy a mirarla a la cara? ¿Cómo diablos voy a mirarla a la cara?».

No debería haberse preocupado. Al volverse vio que Martha estaba de pie junto a la puerta del baño, mirándola con expresión intranquila.

-¿Estás bien?

-Sí -repuso Darcy mientras intentaba esbozar una sonrisa que, para su alivio, resultó del todo natural-. Es que... es que...

-Lo sé -interrumpió Martha-. Créeme, lo sé. ¿Quieres que siga o ya has tenido suficiente?

-Sigue -replicó Darcy en tono resuelto al tiempo que tomaba a su amiga por el brazo-.

Pero en el salón. No quiero ni ver la nevera, y mucho menos abrirla.

-Amén.

Al cabo de pocos instantes se habían instalado en los dos extremos del destartalado pero cómodo sofá del salón.

-¿Estás segura, cariño? Darcy asintió con la cabeza.

-De acuerdo.

Sin embargo, Martha permaneció en silencio durante unos instantes, con la mirada clavada en sus esbeltas manos, entrelazadas sobre el regazo, oteando el pasado al igual que el capitán de un submarino otea las aguas hostiles a través del periscopio. Por fin alzó la cabeza, se volvió hacia

Darcy y reanudó su historia.-Trabajé durante el resto del día como aturdida. Era como si estuviera hipnotizada. La gente me hablaba y yo contestaba, pero me parecía oírlos a través de una pared de vidrio y hablarles del mismo modo. «Sí, señor, estoy hipnotizada», recuerdo

que me dije. «Ella me hipnotizó. Esa anciana. Me echó uno de esos encantamientos poshipnóticos, como cuando un mago dice: "Si alguien te dice la palabra chiclets, te pondrás a cuatro patas y ladrarás como un perro". Y el tipo que estaba hipnotizado lo hace durante los próximos diez años aunque nadie le diga la palabra chiclets. Me puso algo en el té y me hipnotizó y luego me hizo hacer esto.

Esa maldita vieja.»

»También sabía por qué lo había hecho... Una vieja lo bastante supersticiosa como para creer en remedios consistentes en agua estancada en muñones de árboles y en cómo embrujar a un hombre para que te ame poniéndole una gota de sangre menstrual en el talón mientras duerme, y en el vudú y en Dios sabe qué más... Si una mujer así con una f ijación por los padres naturales sabe hipnotizar, entonces lo más probable es que hipnotice a una mujer como yo. Porque una mujer como yo se lo cree. Y yo le di el nombre de Jef feries, ¿no? Sí señor.

»No se me ocurrió que hasta entonces casi no había recordado nada de lo que había pasado en casa de Mamá De-lorme hasta después de lo que hice en el dormitorio del señor Jefferies. Pero aquella noche sí que lo recordé.

»Pasé el resto del día sin novedad. Quiero decir que no me eché a llorar ni a gritar ni nada por el estilo. Mi hermana Kissy se portó peor el día en que estaba sacando agua del viejo pozo y se le enredó un murciélago en el pelo. Sólo tenía aquella sensación de estar detrás de un cristal, y me dije que si eso era todo, entonces podría aguantarlo.

»Cuando llegué a casa me entró una sed tremenda. Tenía más sed de la que había tenido en toda mi vida; era como si me hubiera estallado una tormenta de arena en la garganta. Empecé a beber agua. Parecía que no podría dejar de beber jamás. Y entonces empecé a escupir. Escupía y escupía y escupía. Y también empecé a tener náuseas. Corrí al cuarto de baño y me miré en el espejo. Incluso saqué la lengua para comprobar si se veía algo, alguna señal de lo que había hecho, pero claro, no se veía nada. Y pensé: "¿Lo ves? ¿Te encuentras mejor ahora?".

»Pero no me encontraba mejor. La verdad es que me encontraba peor. Me arrodillé delante del váter e hice lo que acabas de hacer tú, Darcy, sólo que mucho más. Vomité hasta que creí que iba a desmayarme. Me eché a llorar y rogué a Dios que me permitiera dejar de vomitar antes de que perdiera al niño, si es que estaba preñada. Y entonces me vi a mí misma en el dormitorio del señor Jefferies, con los dedos en la boca, sin pensar ni siquiera en lo que estaba haciendo... Y te digo que me veía a mí misma, como si me estuviera mirando en una película. Y entonces vomité otra vez.

»La señora Parker me oyó, llamó a la puerta y me preguntó si me encontraba bien. Eso me ayudó a controlarme un poco, y cuando Johnny llegó aquella noche, ya había pasado lo peor.

Estaba borracho, listo para una pelea. Como no le di pie, me dio un puñetazo en el ojo de todas formas y se volvió a marchar. Casi me alegré de que me pegara, porque así tendría otra cosa en que pensar.

»A1 día siguiente, cuando entré en la *suite* del señor Jefferies, lo vi sentado en el salón, todavía en pijama, garabateando algo en una de sus carpetas amarillas. Siempre viajaba con un montón de carpetas, que llevaba unidas por una gran goma roja, siempre, hasta el final. Cuando vino a Le Palais por última vez y vi que no las llevaba, supe que había decidido morirse. Y no es que lo sintiera, desde luego.

Martha lanzó una mirada en dirección a la ventana del salón, con una expresión que no delataba el menor atisbo de piedad ni perdón. Era una mirada fría, que indicaba una ausencia total de sentimientos.

-Cuando vi que no había salido sentí un gran alivio, porque eso quería decir que podía dejar la limpieza para más tarde. No le gustaba que hubiera doncellas cuando trabajaba, así que pensé que a lo mejor no mandaba llamar a nadie para limpiar hasta que empezase el turno de

Yvonne, a las tres.

»Le dije: "Volveré más tarde, señor Jefferies".

»-No, limpie ahora -me contestó-. Pero no haga mucho ruido. Tengo un dolor de cabeza terrible y una idea de muerte. La combinación me está matando.

»En cualquier otra circunstancia me habría dicho que volviera más tarde, te lo juro. Casi me parecía oír la risa de aquella vieja negra.

»Fui al cuarto de baño y empecé a limpiar, quité las toallas sucias y puse otras limpias, cambié la pastilla de jabón, coloqué una caja nueva de cerillas, y durante todo ese rato pensaba:

"No puedes hipnotizar a una persona que no quiere ser hipnotizada, vieja. Fuera lo que fuese lo que me metiste en el té aquel día, fuera lo que fuese lo que me dijeras o cuántas veces me lo dijeras, ya sé de qué pie cojeas, y no me vas a engañar".

»Fui al dormitorio y me quedé mirando la cama. Esperaba que tuviera para mí el mismo aspecto que un armario tiene para un niño que tiene miedo al coco, pero vi que no era más que una cama. Sabía que no iba a hacer nada, y eso fue un alivio. Así que aparté las mantas y la sábana y ahí estaba otra vez, una de esas manchas pegajosas, secándose, como si el hombre se hubiera despertado cachondo una hora antes y se hubiera hecho una paja.

»Cuando lo vi pensé que iba a sentir algo especial, pero la verdad es que no sentí nada. No eran más que los restos de un hombre que tiene una carta y ningún buzón para echarla, como hemos visto las dos cientos de veces. Aquella vieja no era más bruja que yo. Tal vez estaba embarazada o tal vez no, pero si lo estaba, el niño sería hijo de Johnny. Era el único hombre con el que me había acostado en mi vida, y nada de lo que encontrara entre las sábanas de aquel blanco ni en ningún otro lado iban a cambiar ese hecho.

»Era un día nublado, pero en el mismo momento en que me di cuenta de eso, salió el sol como si Dios hubiera puesto punto final a aquel tema. No recuerdo haberme sentido tan aliviada en toda mi vida. Me quedé ahí parada, dando gracias a Dios por hacer que todo estuviera en orden, y mientras decía esa plegaria de gratitud empecé a recoger aquella cosa blanca de la sábana, bueno todo lo que pude, y a metérmela en la boca y a tragármela.

»Era como si hubiera salido de mi cuerpo y me estuviera observando. Una parte de mí estaba diciendo: "Estás loca por hacer esto, muchacha, pero estás aún más loca por hacerlo cuando él está aquí mismo, en la habitación de al lado. Podría levantarse en cualquier momento para ir al lavabo y sorprenderte. Con lo gruesas que son las alfombras en este hotel, no lo oirías llegar. Y eso sería el fin de tu trabajo en Le Palais... o en cualquier otro hotel importante de Nueva York, probablemente. Una chica a la que cogen haciendo lo que tú estás haciendo nunca volverá a trabajar en esta ciudad como doncella, al menos no en un hotel medianamente decente".

»Pero daba igual. Seguí hasta que acabé, o hasta que una parte de mí quedó satisfecha, y entonces me quedé mirando las sábanas durante un rato. No me llegaba ningún ruido desde la otra habitación, y se me ocurrió que el señor Jefferies estaba justo detrás de mí, junto a la puerta. Me imaginaba al dedillo la expresión de su cara. Cuando era pequeña, había un espectáculo ambulante que pasaba por Babylon cada agosto. Había un hombre, bueno, supongo que era un hombre, que montaba un numerito detrás del escenario. Estaba metido en un agujero, y entonces un tipo soltaba un rollo sobre que él era el eslabón perdido y le tiraba un pollo vivo. El monstruo lo decapitaba de un mordisco. Una vez, mi hermano mayor, Bradford, que murió en un accidente de coche en Biloxi, dijo que quería ir a ver cómo era el monstruo. Mi padre le contestó que lamentaba oír eso, pero no se lo prohibió, porque Brad tenía diecinueve años, o sea, casi un hombre. Así que fue a ver al monstruo, y Kissy y yo queríamos preguntarle cómo era cuando volvió, pero cuando vimos la expresión de su cara decidimos no hacerlo. Ésa era la expresión que esperaba ver en la cara de Jefferies cuando me girara y lo viera de pie junto a la puerta. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Darcy hizo un gesto de asentimiento.

-Sabía que estaba ahí, lo sabía. Por fin reuní el valor suficiente para girarme, pensando en que le rogaría que no se lo dijera a la jefa de gobernantas, que se lo pediría de rodillas si era necesario... pero no estaba ahí. Todo había sido fruto de mi sentimiento de culpabilidad. Me llegué a la puerta, echéun vistazo a la otra habitación y lo vi ahí sentado, escribiendo en su

carpeta amarilla más deprisa que nunca. Así que me puse a cambiar las sábanas y a limpiar la habitación como siempre, pero la sensación de estar detrás de un cristal había vuelto y era más intensa que antes.

»Me ocupé de las toallas y las sábanas sucias como está mandado, sacándolas al pasillo por la puerta del dormitorio. Lo primero que aprendí cuando entré a trabajar en el hotel es que nunca debes sacar la ropa sucia por el salón de una *suite.* Después volví al salón. Quería decirle que lo limpiaría más tarde, pero no estaba trabajando. Aunque cuando vi cómo se comportaba, me quedé tan sorprendida que me paré ahí mismo, junto a la puerta, mirándolo.

»Estaba andando por la habitación tan deprisa que el pijama de seda amarilla le revoloteaba alrededor de las piernas. Tenía las manos hundidas en el pelo y se lo retorcía en todas direcciones.

Parecía uno de esos matemáticos sesudos de las viñetas *de|Saturday EveningPost.* Tenía ojos de loco, como si acabara de sufrir un shock. Lo primero que se me ocurrió fue que me había visto al fin y al cabo, y que le habían, bueno, le habían entrado tales náuseas que se había vuelto medio loco.

»Resultó que lo suyo no tenía nada que ver conmigo... al menos eso era lo que creía él. Fue la única vez que habló conmigo para otra cosa que para pedirme que le llevara más papel de carta, otra almohada o le regulara el aparato del aire acondicionado. Habló conmigo porque no le quedaba más remedio. Le había pasado algo, algo grave, y tenía que hablar con alguien si no quería volverse loco, supongo.

»-Me estalla la cabeza -dijo.

»-Lo siento mucho, señor Jeffcries -contesté-. Puedo traerle una aspirina...

»-No -me interrumpió-. No es eso. Es esa idea. Es como si hubiera salido a buscar unas pepitas de oro y me hubiera topado con todo el filón. Escribo libros para ganarme la vida, ¿sabe?

Ficción.

»-Sí, señor Jefferies -le dije-. He leído dos de sus libros y me han gustado.

»-¿Ah, sí? -preguntó como si creyera que me había vuelto loca-. Bueno, muy amable de su parte, de todas formas. Esta mañana me he levantado con una idea en la cabeza.

»"Sí, señor -me dije-. Sí que se ha levantado con una idea, una idea tan caliente y fresquita que se ha derramado por toda la sábana. Pero ya no está ahí, así que no tiene por qué preocuparse." Estuve a punto de echarme a reír. No creo que se hubiera dado cuenta de todas formas.

»-He encargado el desayuno -siguió el hombre mientras señalaba el carrito que había junto a la puerta-, y mientras comía se me ha ocurrido una pequeña idea. He pensado que quizás daría para un relato corto. Hay una revista, ¿sabe? La *New Yorker...* Bueno, es igual. -No iba a hablar del *New Yorker* con una palurda como yo, claro está.

Darcy esbozó una sonrisa.

-Pero al terminarme el desayuno -continuó Jefferies-, tenía la impresión de que más bien daría para una novela corta. Y entonces... al empezar a pulir algunas ideas... -De pronto soltó una risita aguda-. No recuerdo haber tenido una idea tan buena en los últimos diez años.

Quizás es la mejor idea que he tenido en toda mi vida. ¿Cree que es posible que dos hermanos gemelos... bivitelinos, no idénticos, acaben por luchar en frentes enemigos durante la Segunda

Guerra Mundial?

»-Bueno, tal vez no en el Pacífico -repuse.

»No creo que en otra ocasión hubiera tenido el valor de hablarle, Darcy, me habría limitado a quedarme ahí parada con la boca abierta. Pero seguía con la sensación de estar detrás de un cristal, o como si me hubieran puesto una inyección de novocaína en el dentista y todavía no se me hubiera pasado el efecto.

»Jefferies se echó a reír como si acabara de escuchar el chiste más divertido del mundo, y dijo:

»-Ja, ja. No, ahí no, no podría pasar ahí, pero sí que podría pasar en el escenario bélico europeo. Y podrían encontrarse cara a cara en la contraofensiva alemana del cuarenta y cuatro.

»-Sí, quizás... -empecé, pero el hombre ya estaba andando otra vez por el salón, pasándose la mano por el pelo, que tenía un aspecto cada vez más salvaje.»-Sé que suena como un melodrama estúpido -dijo-, una obra tonta como *Bajo dos banderas* o *Armadale,* pero el concepto de hermanos gemelos... y podría explicarse de un modo racional... Ya me imagino cómo... -De pronto se volvió hacia mí-. ¿Cree que tendría impacto dramático?

»-Sí, señor -contesté-. A todo el mundo le gustan las historias de hermanos que no saben que son hermanos.

»-Exacto -dijo-. Y le voy a decir otra cosa...

»De pronto se interrumpió y vi la expresión más extraña en su cara. Era una expresión extraña, eso sí, pero la entendí al pie de la letra. Era como si acabara de despertar y darse cuenta de que había hecho una tontería, como un hombre que se da cuenta de que se ha embadurnado toda la cara con espuma de afeitar y estado a punto de afeitarse con la maquinilla eléctrica. Estaba hablando con una doncella negra de lo que quizás era la mejor idea que había tenido en su vida...

Una doncella negra cuya idea de una buena historia debía de ser algo así como *The Edge ofNight.*

Había olvidado que yo había leído dos de sus libros...

-O quizás creyó que lo estabas adulando para conseguir una propina mayor -murmuró Darcy.

-Sí, eso encajaría perfectamente con el concepto que tenía de la naturaleza humana. En cualquier caso, aquella expresión decía que se acababa de dar cuenta de la persona con quien estaba hablando, eso es todo.

»-Creo que me voy a quedar unos días más -dijo-. Avise en recepción, ¿quiere? -Giró en redondo, empezó a andar de nuevo y de pronto se golpeó una pierna contra el carrito del desayuno-. Y llévese este maldito trasto de aquí, ¿de acuerdo?

»-¿Quiere que vuelva más tarde y... -empecé.

»-Sí, sí, sí-me interrumpió-. Vuelva más tarde y haga lo que quiera, pero ahora sea buena chica y saque todo esto de aquí... inclusive usted misma.

»Le obedecí al instante, y nunca me he sentido tan aliviada como cuando la puerta del salón se cerró detrás de mí. Empujé el carrito de servicio hacia un lado del pasillo. Había desayunado zumo, huevos revueltos y bacon. Empecé a alejarme y entonces vi que había una seta en su plato, apartada hacia un lado junto con un resto de huevos revueltos y un pe-dacito de bacon. La miré y fue como si una luz me atravesara el cerebro. Me acordé de la seta que me había dado ella...

Mamá Delorme... en aquella cajita de plástico. Lo recordé por primera vez desde aquel día.

Recordé el momento en que la había encontrado en el bolsillo de mi vestido y el lugar en que la había guardado. La seta del plato era exactamente igual, arrugada y reseca, como si fuera un hongo venenoso en lugar de una simple seta, un hongo que pudiera ponerte pero que muy enfermo.

Martha miró a Darcy con firmeza.

-Y se había comido un buen pedazo. Más de la mitad, diría yo.

-Aquel día estaba en recepción el señor Buckley, y le dije que el señor Jefferies quería prolongar su estancia. El señor Buckley dijo que no creía que eso planteara ningún problema, aunque el señor Jefferies había pensado marcharse aquella misma tarde.

«Después bajé a la cocina del servicio de habitaciones y hablé con Bedelia Aaronson, seguro que te acuerdas de ella, y le pregunté si había visto a alguien fuera de lo normal aquella mañana.

Bedelia me preguntó a quién me refería y le contesté que en realidad no lo sabía. "¿Por qué lo preguntas, Marty?", inquirió, y yo le dije que prefería no decírselo. Me dijo que no

había visto a nadie, ni siquiera al hombre de la empresa de catering que siempre intentaba quedar para salir con la cocinera. . »Empecé a alejarme y entonces Bedelia dijo:

»-A menos que te refieras a la anciana negra.

»Me giré y le pregunté qué anciana negra quería decir.

»-Bueno -contestó Bedelia-. Me imagino que entró en busca del lavabo. Pasa una o dos veces al día. Muchas veces los negros no preguntan dónde está el lavabo porque tienen miedo de que la gente del hotel los eche, incluso si van bien vestidos..., lo cual, como sabes muy bien, pasa muchas veces. En cualquier caso, esa pobre mujer entró aquí... -Seinterrumpió y me miró fijamente-. Marty, ¿te encuentras bien? Parece como si estuvieras a punto de desmayarte.

»-No voy a desmayarme -contesté-. ¿Y qué es lo que hacía la mujer?

»-Dar vueltas por aquí, mirando los carritos del desayuno como si no supiera dónde estaba

-dijo Bedelía-. Pobre mujer. Tenía al menos ochenta años. Parecía como si una ráfaga fuerte de viento pudiera llevársela volando como si fuera una cometa... Martha, ven aquí y siéntate. Pareces el retrato de Dorian Gray de la película esa.

»-¿Qué aspecto tenía? ¡Dímelo!

»-Ya te lo he dicho; era una anciana. Todas me parecen iguales. La única diferencia es que ésta tenía una cicatriz en la cara que le llegaba hasta el pelo. Era...

»Pero ya no oí nada más porque en ese momento sí que me desmayé.

»Me dejaron irme a casa pronto, y en cuanto llegué empecé otra vez a tener ganas de escupir, beber un montón de agua y probablemente acabar en el lavabo como el día anterior, para sacar hasta las entrañas. Pero durante un rato me quedé sentada junto a la ventana, mirando la calle y hablando conmigo misma.

»Lo que me había hecho aquella mujer no era sólo hipnosis, eso ya lo sabía. Era algo mucho más poderoso que la hipnosis. Todavía no estaba segura de creer en la brujería, pero lo que estaba claro era que me había hecho algo, y fuera lo que fuese, tendría que aguantarlo. No podía dejar el empleo; no, teniendo un marido que no valía un chavo y con un hijo en camino, probablemente.

Ni siquiera podía pedir que me trasladaran a otra planta. Un año o dos antes podría haberlo hecho, pero sabía que estaban hablando de hacerme ayudante de la jefa de gobernantas de los pisos diez a doce, y eso significaba un aumento de sueldo. Más que eso, significaba que lo más probable es que me guardaran el mismo empleo hasta después de que hubiera tenido el niño.

»Mi madre tenía un dicho. "Lo que no puede curarse tiene que soportarse." Se me ocurrió la idea de volver a casa de la vieja y pedirle que me quitara el embrujo, pero de alguna for- ma sabía que no lo haría... se le había metido en la cabeza que era lo mejor para mí, y una cosa que he aprendido mientras me abría paso en este mundo, Darcy, es que no tienes la menor esperanza de hacer cambiar de opinión a una persona si se le ha metido en la cabeza que te está ayudando.

»Me quedé ahí sentada, pensando en todo eso y mirando por la ventana hacia la calle, a la gente que iba y venía, y me quedé dormida. No pude haber dormido mucho más de un cuarto de hora, pero cuando me desperté sabía otra cosa. Aquella anciana quería que siguiera haciendo lo que ya había hecho dos veces, y eso no sería posible si Peterjefferies se iba a Birmingham. Así que entró en la cocina del servicio de habitaciones y colocó la seta en su plato; él se comió una parte y entonces se le ocurrió aquella idea, que por cierto, acabó siendo una historia de las grandes, *Muchachos en la niebla,* se titulaba. Trataba sobre lo que me explicó aquel día, hermanos gemelos, uno era un soldado americano y el otro un soldado alemán, y los dos se encuentran en la contraofensiva alemana del cuarenta y cuatro. Fue el mayor éxito de toda su carrera.

Martha hizo una pausa antes de añadir:

-Lo leí en su esquela.

-Se quedó una semana más. Cada mañana, cuando entraba a limpiar, me lo encontraba sentado en el salón, escribiendo en una de sus carpetas amarillas, todavía en pijama. Cada día

le preguntaba si quería que volviera más tarde, y cada día me contestaba que limpiara el dormitorio pero sin hacer ruido. Nunca levantaba la vista de la carpeta cuando me hablaba. Cada día entraba diciéndome a mí misma que no iba a hacerlo, cada día veía aquella cosa entre las sábanas, y cada día, todas las plegarias y las promesas que me hacía salían volando por la ventana y volvía a hacerlo. En realidad no era como combatir una obsesión, porque en ese caso luchas contigo misma, sudas y tienes escalofríos. Era más bien como parpadear un momento y darte cuenta de que ya había sucedido. Ah, y cada día, cuando entraba en la *suite,* Jefferies se estaba sosteniendo la cabeza como si se estuviera muriendo.¡Vaya par! Él tenía mis náuseas matinales y yo sus sudores nocturnos.

-¿Qué quieres decir? -inquirió Darcy.

-Pues que era por la noche cuando pensaba en lo que estaba haciendo, cuando escupía, bebía agua y acababa vomitando un par de veces. La señora Parker estaba tan preocupada que al final le dije que creía estar embarazada, pero que no quería decirle nada a Johnny hasta que estuviera segura.

»Johnny Rosewall era un hijo de puta egoísta, pero creo que incluso él se habría dado cuenta de que me pasaba algo si no hubiera estado tan metido en sus historias, la mayor de las cuales era el atraco a la licorería que él y sus amigos estaban planeando. Claro que entonces yo no lo sabía.

Simplemente, estaba contenta de que no se me acercara. Al menos eso me facilitaba un poco las cosas.

»Una mañana entré en la 1163 y el señor Jeffcries se había marchado. Había hecho las maletas y se había ido a Alabama a trabajar en su libro y pensar en su guerra. ¡Oh, Darcy, no puedes ni imaginarte lo contenta que me puse! Me sentí como se debió de sentir Lázaro al enterarse de que le iban a dar una segunda ración de vida. Aquella mañana me pareció que quizás todo saldría bien, como en una historia... Le diría a Johnny que estaba embarazada y él se enmendaría, tiraría la droga a la basura y encontraría un empleo. Sería un marido como Dios manda y un buen padre para su hijo... Ya estaba casi segura de que sería niño.

»Entré en el dormitorio del señor Jefferies y vi que la cama estaba tan deshecha como siempre, con las mantas salidas del colchón y la sábana hecha una bola. Me acerqué a la cama como si estuviera soñando otra vez y aparté la sábana. "Bueno, muy bien, si no queda más remedio... pero es la última vez", pensé.

»Resultó que ya no habría última vez. No había rastro del hombre en aquella sábana. Fuera cual fuese el embrujo que nos había lanzado la vieja, se había acabado. "Perfecto -me dije-. Yo tendré el niño, él tendrá su libro y los dos estamos libres del embrujo. Y tampoco me importan un comino los padres naturales, siempre y cuando Johnny sea un buen padre para el bebé que espero."

-Se lo dije a Johnny aquella misma noche... No le hizo mucha gracia la idea, creo que ya lo sabes -añadió con sequedad.

Darcy asintió.

-Me pegó con el palo de una escoba unas cinco veces, y después se me quedó mirando mientras yo lloraba en un rincón. «¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¡No vamos a tener ningún hijo!

¡Estás como una puta cabra!» Después se giró y salió.

»Me quedé echada durante un rato, pensando en el primer aborto y muerta de miedo de que los dolores empezaran en cualquier momento. Recordé la carta que me había escrito mi madre, diciéndome que me apartara de él antes de que me enviara al hospital, y en el billete de autobús que me había enviado Kissy, con las palabras VETE AHORA escritas en el sobre con lápiz de labios. Y cuando estuve segura de que no iba a abortar, me levanté para hacer la maleta y largarme de allí inmediatamente, antes de que Johnny volviera. Pero en cuanto abrí la puerta del vestidor volví a pensar en Mamá Delor-me. Recordé que le había dicho que iba a dejar a Johnny, y recordé también lo que me había contestado: "No, él te va a dejar a ti. Ya verás cómo se va. Tú quédate, mujer. Habrá un poco de dinero. Pensarás que se ha cargado al niño, pero no es verdad".

»Era como si estuviera allí mismo, diciéndome lo que tenía que buscar y lo que tenía que hacer. Entré en el vestidor, sí señor, pero ya no buscaba mi ropa, sino que empecé a

rebuscar entre la suya, y encontré un par de cosas en la maldita cazadora en la que había encontrado el frasco de caballo. Era su chaqueta favorita, y supongo que decía todo lo que alguien podía querer saber de

Johnny Rosewall. Era de satén brillante y de aspecto barato. A mí me daba asco. Esa vez no encontré ningún frasco de droga, sino una navaja automática en un bolsillo y una pistola pequeña y barata en el otro. Cogí el arma, la miré y de pronto me entró la misma sensación quehabía tenido tantas veces en el dormitorio del señor Jeffcries, como hacer algo justo después de despertar de un sueño muy pesado.

»Entré en la cocina con la pistola en la mano, y la dejé en el pequeño mostrador que había al lado del fogón. Entonces abrí el armario que hay sobre la pila y busqué a tientas entre las especias y el té. No encontraba lo que me había dado la vieja, y me entró una sofocante sensación de pánico... Tenía el típico miedo que uno tiene en los sueños. De pronto, mi mano tropezó con la cajita de plástico. Tiré de ella para bajarla.

»La abrí y saqué la seta. Era una cosa repugnante, demasiado pesada para su tamaño, y estaba caliente. Era como sostener un pedazo de carne que todavía está vivo. ¿Lo que hice en el dormitorio del señor Jeff cries? Bah, volvería a hacerlo mil veces antes de tocar de nuevo esa seta.

»La sostuve en la mano derecha y cogí la pistolita del 32 con la izquierda. Entonces apreté la derecha con toda la fuerza que pude, y sentí que la seta estallaba y sonaba... bueno, ya sé que es casi imposible de creer..., pero sonaba como si gritara. ¿Puedes creértelo?

Darcy meneó la cabeza con lentitud. De hecho, no sabía si lo creía o no, pero estaba absolutamente segura de que no quería creérselo.

-Bueno, yo tampoco me lo creo, pero así es como sonaba. Y otra cosa que no te vas a creer, pero que yo sí me creo, porque lo vi, es que sangraba; la seta sangraba. Vi un hilillo de sangre que me salía del puño y caía sobre la pistola. Pero la sangre desaparecía en cuanto tocaba el cañón.

»Al cabo de un rato se acabó. Abrí la mano, esperando encontrármela llena de sangre, pero sólo vi la seta arrugada y con las marcas de mis dedos. No había sangre sobre la seta, ni en mi mano ni en el arma ni en ninguna parte. Y cuando empezaba a pensar que todo aquello no había sido más que una especie de sueño que había tenido despierta, aquella maldita cosa se agitó en mi mano. La miré y durante un momento no pareció una seta... sino como un pene minúsculo que todavía estuviera vivo. Pensé en la sangre que me salía del puño y recordé lo que había dicho la vieja: "Cualquier niño que tenga una mujer, es porque el hombre ha echado leche del pito, muchacha". La seta volvió a moverse... te juro que se movió, yo me puse a gritar y la tiré a la basura. En aquel momento, oí que Johnny subía la escalera, así que cogí la pistola, corrí al dormitorio y la volví a guardar en el bolsillo de su chaqueta. Después me metí en la cama, totalmente vestida, incluso con los zapatos puestos, y me subí la manta hasta la barbilla. Cuando entró vi que tenía ganas de pelea. En una mano llevaba un sacudidor de alfombras. No sé de dónde lo había sacado, pero sí sabía lo que pretendía hacer con él.

»-No vamos a tener ningún niño -dijo-. Ven aquí ahora mismo.

»-No -contesté-, no vamos a tener ningún niño. Y tampoco necesitas eso, así que ya puedes guardarlo. Ya te has ocupado del niño, maldito cabrón.

»Sabía que era un riesgo insultarlo de aquella manera, pero creí que quizás eso haría que me creyera, y la verdad es que funcionó. En lugar de pegarme, vi que una gran sonrisa de borracho se extendía por su cara. Te juro que nunca lo había odiado tanto como en aquel momento.

»-¿Ya no hay niño? -preguntó.

»-No, ya no hay niño -contesté.

»-¿Y dónde está la porquería?

»-¿Y tú qué crees? Probablemente a medio camino del East River.

«Entonces se acercó e intentó besarme... ¡Dios mío, besarme! Le giré la cara y me golpeó en la cabeza, aunque no muy fuerte.

»-Ya verás cómo tengo razón, mujer -dijo-. Ya habrá tiempo para bebés más adelante.

»Y entonces volvió a marcharse. Dos noches después, él y sus amigos intentaron atracar la licorería y la pistola le estalló en la cara y lo mató.

-Crees que embrujaste la pistola, ¿no? -inquirió Darcy.

-No -repuso Martha con toda calma-. Ella embrujó la pistola... a través de mí, podríamos decir. Ella sabía que yo no iba a ayudarme a mí misma, de forma que hizo que me ayudara a mí misma.-Pero crees que la pistola estaba embrujada.

-No es que lo crea -replicó Martha en tono sereno. Darcy fue a la cocina a buscar un vaso de agua. De repente tenía la boca muy seca.

-Bueno, eso es todo -prosiguió Martha cuando Darcy volvió al salón-. Johnny murió y yo tuve a Pete. No me di cuenta de la cantidad de amigos que tenía hasta que estuve demasiado embarazada como para trabajar. Si lo hubiera sabido, quizás habría abandonado a Johnny antes... o quizás no. Nadie sabe cómo funciona el mundo en realidad, pensemos lo que pensemos y digamos lo que digamos.

-Pero te has dejado algo, ¿verdad? -preguntó Darcy.

-Bueno, hay dos cosas más -admitió Martha-. Pequeños detalles, en realidad -añadió, aunque a juzgar por su expresión, no parecían precisamente pequeños detalles.

»Cuando Pete tenía unos cuatro meses, volví a casa de Mamá Delorme. No quería, pero lo hice. Llevaba veinte dólares en un sobre. En realidad no podía permitírmelo, pero, de alguna forma, sabía que aquel dinero era suyo. Estaba oscuro. La escalera parecía más estrecha que la otra vez, y cuanto más subía, más fuerte era el olor a ella y a las cosas que tenía en el piso, como las velas quemadas, el papel pintado reseco y el té de canela que preparaba.

»Tuve por última vez la sensación de estar haciendo cosas como en sueños, de estar detrás de un cristal. Llegué a su puerta y llamé. No contestó, así que volví a llamar. Tampoco esa vez contestó, de forma que me arrodillé para deslizar el sobre por debajo de la puerta. Y entonces oí su voz justo al otro lado de la puerta, como si ella también estuviera arrodillada. Nunca había estado tan asustada como cuando aquella voz vieja y apergaminada salió por la ranura de debajo de la puerta... Era como oír una voz que salía de una tumba.

»-Será un buen muchacho -dijo-. Igualito que su padre. Que su padre natural.

»-Le he traído algo -susurré tan bajo que casi no podía oír mi propia voz.

»-Pásalo por debajo de la puerta, cariño -susurró ella.

«Deslicé el sobre por debajo de la puerta y, cuando estaba a la mitad, ella tiró de él. Oí cómo lo abría y esperé. Me limité a esperar.

»-Es suficiente -susurró-. Y ahora vete de aquí, cariño, y no vuelvas nunca más a casa de Mamá Delorme, ¿me oyes?

»Me levanté y salí de ahí como alma que lleva el diablo.

Martha se dirigió a la librería y volvió al cabo de unos instantes con un libro de tapas duras.

Darcy quedó asombrada por la similitud que guardaba aquella portada con la del libro de Peter

Rosewall. El libro que trajo Martha se titulaba *Resplandor de cielo* y era de Peter Jefferies. En la portada se veía a una pareja de soldados rasos atacando un fortín enemigo. Uno de ellos sostenía una granada, mientras que el otro disparaba un M-l.

Martha rebuscó en su bolsa de lona azul, extrajo el libro de su hijo, retiró el papel de seda que lo envolvía y lo colocó con gran mimo junto a la novela de Jefferies. *Resplandor de cielo,*

Resplandor de gloria. Al verlos juntos se hacía imposible pasar por alto los puntos de comparación.

-Ésta es la segunda cosa que me faltaba por contarte -explicó Martha.

-Sí -comentó Darcy en tono de duda-. Se parecen. ¿Y qué hay de los argumentos?

¿Son... bueno...?

Se interrumpió confusa y miró a Martha por entre las pestañas. Sintió un gran alivio al comprobar que su amiga estaba sonriendo.

-¿Me estás preguntando si mi pequeño copió el libro de ese tipo asqueroso ? -inquirió sin la menor sombra de rencor.

-¡No! -replicó Darcy, tal vez con demasiada vehemencia.

-Aparte de que los dos tratan de la guerra, no se parecen en nada -aseguró Martha-. Son tan diferentes corno-bueno, como el blanco y el negro.

Se detuvo un momento antes de proseguir.

-Pero hay algo en los dos, algo que notas de vez en cuando, casi de pasada. Es ese rayo de sol del que te hablaba antes... esa sensación de que el mundo, en general, es mucho mejor delo que parece, sobre todo mejor de lo que les parece a las personas que son demasiado inteligentes como para ser amables.

-Entonces, ¿no es posible que tu hijo se inspirara en Pe-ter Jefferies... que leyera sus libros en la universidad y...?

-Claro -interrumpió Martha-. Supongo que mi Peter leyó los libros de Jefferies... Eso sería más que probable, incluso aunque no se tratara más que de dos personas similares que se atraen. Pero hay algo más, algo que es más difícil de explicar.

Cogió la novela de Jefferies, la miró con expresión pensativa y a continuación se volvió hacia Darcy.

-Compré este ejemplar cuando mi hijo tenía más o menos un año -explicó-. Todavía estaban publicando nuevas ediciones, aunque la librería lo tuvo que encargar especialmente a la editorial. Cuando el señor Jefferies vino a la ciudad en una de sus visitas, reuní todo el valor de que fui capaz y le pedí que me lo dedicara. Creí que se negaría, pero en realidad me parece que se sintió un poco halagado. Mira.

Pasó las hojas hasta llegar a la página de la dedicatoria de *Resplandor de cielo.*

Darcy leyó las palabras impresas y la acometió la sensación de que algo se superponía en su mente. «Este libro está dedicado a mi madre, ALTHEA DIXMONT JEFFERIES, la mujer más extraordinaria que he conocido en toda mi vida.» Y debajo de aquellas palabras, Jefferies había escrito una frase en tinta negra, que ahora aparecía desvaída: «A Martha Rosewall, que ordena mi desorden sin quejarse jamás». Más abajo había firmado con su nombre e indicado la fecha, *Agosto de 1961.*

En el primer momento, aquellas palabras parecieron despectivas a Darcy, aunque las encontró extrañas. Pero antes de que pudiera pensar en ello, Martha ya había abierto el libro de su hijo, *Resplandor de gloria, y* pasado a la página de la dedicatoria. Una vez más, Darcy leyó las palabras impresas: «Este libro está dedicado a mi madre, MARTHA ROSEWALL. Mamá, sin ti no lo habría conseguido». Y debajo había escrito con lo que parecía un rotulador Flair de punta fina: «Y es cierto. ¡Te quiero, mamá! Pete».

Pero en realidad no leyó estas últimas palabras, sino que se limitó a mirarlas. Sus ojos pasaban de un libro a otro, de un libro a otro, entre la página de la dedicatoria fechada en agosto de 1961 y la página de la dedicatoria fechada en abril de 1985.

-¿Lo ves? -preguntó Martha.

Darcy asintió con la cabeza. Lo veía.

La caligrafía delgada, algo inclinada y anticuada era idéntica en ambos libros... al igual que las propias firmas, salvo las pequeñas variaciones que permitían el amor y la familiaridad. Sólo variaba el tono del mensaje, se dijo Darcy, y entre ambas frases la diferencia era tan clara como la diferencia que existe entre el blanco y el negro.

Las zapatillas

John Tell llevaba trabajando alrededor de un mes en los Estudios Tabori cuando vio por primera vez las zapatillas. Los Estudios Tabori se hallaban en un edificio que antaño se había llamado la Ciudad de la Música y que había sido una gran movida en los primeros tiempos del *rock and roll* y el *rhythm and bines* de los cuarenta principales. En aquella época no se habría

visto un par de zapatillas, a menos que las llevara algún chico de los recados, en ningún piso superior al vestíbulo. Sin embargo, aquellos tiempos habían pasado a la historia, al igual que los productores ricachones con sus pantalones de raya muy marcada y sus puntiagudos zapatos de piel de serpiente. En la actualidad, las zapatillas deportivas formaban parte del uniforme de la

Ciudad de la Música, y cuando Tell vio aquel par por primera vez no albergó sospecha alguna sobre su propietario. Bueno, tal vez una, y era que al tipo no le habría venido mal comprarse un par nuevo. Las que vio habían sido blancas en sus buenos tiempos, pero a juzgar por su aspecto, de eso hacía ya mucho.

Eso fue lo primero que advirtió al ver las zapatillas deportivas en el pequeño cuarto en el que uno acaba juzgando a su vecino por el calzado porque eso era lo único que veía de él. Tell se dio cuenta de su presencia bajo la puerta de la primera cabina del servicio de caballeros del tercer piso. Las vio al dirigirse a la tercera y última cabina. Salió al cabo de un par de minutos, se lavó y secó las manos, se peinó y regresó al estudio F, donde estaba ayudando a mezclar un disco de un grupo de *heavy metal* llamado The Dead Beats. Afirmar que Tell había olvidado ya las zapatillas habría constituido una exageración, porque en realidad apenas si las había registrado en su radar mental.Paul Jannings producía las sesiones de The Dead Beats. No era famoso del modo en que lo eran los viejos reyes del *be-bop* en la Ciudad de la Música (de hecho, Tell creía que el *rock and roll* ya no era lo suficientemente fuerte como para crear aquella clase de realeza mítica), pero sí era bastante conocido, y Tell estaba convencido de que era el mejor productor de discos de *rock and roll* en activo; sólo Jimmy lovine podía aspirar a compararse con él.

Tell lo había visto por primera vez en una fiesta que siguió al estreno del documental sobre un concierto. De hecho, lo había reconocido desde el otro extremo de la estancia. Tenía el cabello canoso y sus facciones, tan marcadas, se habían tornado casi demacradas, pero resultaba imposible no reconocer al hombre que había grabado las legendarias sesiones de Tokio con Bob

Dylan, Eric Clapton, John Lennon y Al Kooper unos quince años antes. A excepción de Phil

Spector, Jannings era el único productor musical que Tell habría reconocido al verlo, además de por el sonido característico de sus grabaciones... Agudos cristalinos sobre una percusión tan pesada que te hacía temblar la clavícula. Lo primero que se distinguía en la grabación de las sesiones de Tokio era la claridad de Don McLean, pero al quitar los agudos, lo que se oía latir a través de los graves era puro sonido Sandy Nelson.

La reticencia innata de Tell quedó relegada por la admiración, hasta el punto de que atravesó la estancia en dirección a Paul Jannings, que en aquel momento no hablaba con nadie. Se presentó esperando un apresurado apretón de manos y algunas palabras de compromiso en el mejor de los casos. En cambio, los dos se habían enzarzado en una larga e interesante conversación.

Trabajaban en el mismo campo y tenían bastantes conocidos comunes, pero incluso entonces, Tell se dio cuenta de que la magia de aquel primer encuentro encerraba algo más; Paul Jannings era uno de los pocos hombres con los que podía entablar una conversación, y para John Tell, hablar equivalía a magia.

Hacia el final de la conversación, Jannings le había preguntado si estaba buscando trabajo.

-¿Has conocido alguna vez a alguien en este negocio que no busque trabajo? -replicó Tell.

Jannings se echó a reír y le pidió su número de teléfono. Tell se lo había dado, aunque sin conceder demasiada importancia al hecho, pues lo más probable era que se tratara de un gesto de cortesía por parte del otro hombre. No obstante, Jannings le había llamado al cabo de tres días para preguntarle si quería formar parte del equipo de técnicos que se encargarían de mezclar el primer disco de The Deads Beats.

-No se si se podrá conseguir que el hábito haga al monje -había advertido Jannings-, pero puesto que Atlantic Records pone la pasta, ¿por qué no pasarlo bien intentándolo?

John Tell no veía por qué no, así que se apuntó al carro de inmediato.

Una semana después de ver las zapatillas por primera vez, Tell volvió a verlas. Sólo se dio cuenta de que se trataba del mismo tipo porque las zapatillas estaban en el mismo sitio, bajo la puerta de la primera cabina del servicio de caballeros del tercer piso. No cabía duda de que eran las mismas; blancas, al menos lo habían sido, de bota y con los pliegues llenos de polvo. Advirtió que uno de los ojetes estaba vacío. «No debías de tener los ojos bien abiertos todavía cuando te abrochaste la zapatilla, amigo», se dijo. A continuación se dirigió hacia la tercera cabina, que en cierto modo, aunque vago, consideraba «suya». Aquella vez también echó un vistazo a las zapatillas al salir, y notó algo extraño: sobre una de ellas había una mosca muerta. Yacía patas arriba sobre la punta redondeada de la zapatilla izquierda, la que tenía un ojete vacío.

Cuando llegó al estudio F, Jannings estaba sentado junto a la mesa de mezclas con la cabeza hundida entre las manos.

-¿Estás bien, Paul?

-No.

-¿Algo va mal?

-Yo soy el que voy mal. Mi carrera se ha ido al garete. Estoy hundido, muerto, acabado.

-Pero ¿de qué estás hablando?Tell miró en derredor en busca de Georgie Ronkler, pero no lo vio por ninguna parte. No le sorprendió. Jannings tenía accesos de furia, y Georgie siempre se esfumaba en tales ocasiones. Afirmaba que su karma no le permitía afrontar emociones fuertes.

-Me echo a llorar incluso en las inauguraciones de supermercados -solía decir.

-Definitivamente, el hábito no hace al monje -sentenció Jannings al tiempo que señalaba con el puño el vidrio que separaba el estudio de sonido de la sala de actuación.

Parecía un nazi ejecutando el antiguo saludo *Heil Hitler.*

-Al menos, no cuando tratas con cerdos como éstos -sentenció Jannings.

-Vamos, anímate -empezó Tell, aunque sabía que Jannings estaba en lo cierto.

The Dead Beats, grupo compuesto por cuatro gilipollas atontados y una zorra también atontada, eran repugnantes personalmente e incompetentes profesionalmente.

-¡Anima tú esto! -exclamó Jannings y le dedicó un gesto obsceno con el dedo medio extendido y el resto del puño cerrado.

-¡Dios mío, cómo odio a la gente temperamental! -comentó Tell.

Jannings alzó la vista hacia él y lanzó una risita ahogada. Al cabo de un instante, ambos reían con ganas, y cinco minutos más tarde habían reanudado el trabajo.

La mezcla como tal terminó una semana más tarde. Tell pidió a Jannings una carta de recomendación y una copia de la cinta.

-De acuerdo, pero sabes que no debes dejarle escuchar la cinta a nadie hasta que el disco salga publicado -advirtió Jannings.

-Ya lo sé.

-Y desde luego, se me escapa la razón por la que quieres una cinta por la que nadie daría nada. Estos tipos hacen que los Butthole Surfers suenen como los Beatles.

-Vamos, Paul, no ha sido tan espantoso. Y aunque lo hubiera sido, ya se ha acabado.

-Sí -asintió Jannings con una sonrisa-, es verdad. Y si vuelvo a trabajar en este negocio alguna vez, te llamaré.

-Eso sería estupendo.

Se estrecharon las manos. Tell abandonó el edificio que antaño se había llamado la Ciudad de la Música, y por su mente no cruzó en ningún momento el recuerdo de las zapatillas deportivas bajo la puerta de la primera cabina del servicio de caballeros del tercer piso.

Jannings, que llevaba veinticinco años en aquel mundillo, le había dicho en cierta ocasión que cuando se trataba de mezclar *bop* (nunca lo llamaba *rock and roll,* sino *bop),* o eras una mierda o eras Supermán. Durante los dos meses siguientes a las sesiones de grabación de los Dead

Beats, John Tell fue una mierda. No trabajó. Empezó a ponerse nervioso a causa del alquiler. En dos ocasiones estuvo a punto de llamar a Jannings, pero algo en su interior le advirtió de que aquello era un error.

Un buen día, el técnico encargado de la mezcla de una película llamada *Maestros karatekas de la masacre* murió de un ataque al corazón y Tell consiguió un trabajo de seis semanas en el edificio Brill, conocido como la Callejuela de Hojalata en los gloriosos tiempos de Broadway y las *big bands,* para terminar la mezcla. La mayor parte del asunto era música exenta de derechos, aliñada con un par de cítaras, pero servía para pagar el alquiler. Tras el último día de trabajo, Tell entró en su piso en el momento en que empezaba a sonar el teléfono. Era Paul Jannings que llamaba para preguntarle si últimamente había echado un vistazo a la lista musical de *Billboard.*

Tell repuso que no.

-Entró en el número setenta y nueve -anunció Jannings entre asqueado y divertido-. Y a toda pastilla.

-¿Qué es lo que entró en el número setenta y nueve? -inquirió Tell, aunque al brotar las palabras de sus labios ya sabía cuál sería la respuesta.

-«Buceando en el polvo.»

Era el nombre de uno de los temas del inminente disco de los Dead Beats, *Machácalo hasta que se muera,* el único temaque Tell y Jannings habían creído, siquiera remotamente, capaz de convertirse en un sencillo.

-¡Mierda!

-Exacto, pero tengo la extraña sensación de que se va a colocar entre los diez primeros.

¿Has visto el vídeo?

-No.

-La leche. Casi todo es Ginger, la tía del grupo, haciendo el calientapollas en una jungla de plástico con un tipo que se parece a Donald Trump en mono. Transmite lo que a mis amigos intelectuales les gusta llamar «mensajes culturales».

Jannings lanzó una carcajada tal que Tell se vio obligado a apartarse el auricular de la oreja.

-En cualquier caso, seguramente eso significa que el disco también se colocará entre los diez primeros -prosiguió Jannings en cuanto logró dominarse-. Un cagarro de perro bañado en platino sigue siendo un cagarro de perro, pero las referencias que da un platino son de platino de verdad, ¿me comprende uzté, buana?

-Desde luego -asintió Tell al tiempo que abría el cajón de su mesa para asegurarse de que la cinta de los Dead Beats, que no había escuchado desde que la obtuvo de Paul Jannings, seguía ahí.

-Bueno, ¿qué estás haciendo ahora? -quiso saber Jannings.

-Buscar trabajo.

-¿ Quieres volver a trabaj ar conmigo ? Voy a hacer el nuevo disco de Roger Daltrey.

Empiezo dentro de dos semanas.

-¡Pues claro que sí!

El dinero le vendría bien, pero había algo más. Después de trabajar con los Dead Beats y pasar seis semanas con la historia de los *Maestros karatekas de la masacre,* trabajar con el antiguo líder de los Who sería como entrar en un lugar caliente en una noche fría. Fuera como fuera en persona, el hombre sabía cantar. Y trabajar de nuevo con Jannings también estaría bien.

-¿Dónde?

-En el mismo sitio de siempre: Estudios Tabori en la Ciudad de la Música.

Roger Daltrey no sólo cantaba bien, sino que resultó ser además un tipo bastante majo. Tell se dijo que las tres o cuatro semanas siguientes serían muy agradables. Tenía trabajo, su nombre aparecía en los créditos de un disco que había entrado en las listas de *Billboard* en el número cuarenta y uno (y el sencillo estaba en el diecisiete y subiendo), y se sentía a salvo

respecto al alquiler por primera vez desde que había dejado Pennsylvania para irse a vivir a Nueva York, hacía de eso cinco años.

Corría el mes de junio, los árboles estaban repletos de hojas, las chicas volvían a llevar faldas cortas y el mundo se le antojaba un lugar estupendo. Tell se sintió así el primer día que volvió a trabajar para Paul Jannings hasta alrededor de las dos menos cuarto de la tarde. A esa hora entró en el servicio del tercer piso, vio las mismas zapatillas deportivas que algún día habían sido blancas y todo su bienestar se vino abajo.

«No son las mismas. No pueden ser las mismas.»

Pero eran las mismas. El ojete vacío constituía la identificación más clara, pero todo lo demás también era igual. Exactamente igual, de hecho, incluyendo la posición. La única diferencia que Tell advirtió residía en que había más moscas muertas alrededor de las zapatillas.

Entró lentamente en la tercera cabina, «su» cabina, se bajó los pantalones y tomó asiento.

No le sorprendió que la necesidad que le había llevado hasta allí hubiera desaparecido por completo. Pese a ello, permaneció sentado durante un rato, atento a cualquier sonido. El crujido de un periódico. Algún carraspeo. Maldita sea, incluso un pedo.

No oyó sonido alguno.

«Es porque estoy solo -pensó-. Exceptuando, claro está, al tipo muerto que hay en la primera cabina.»

La puerta exterior del servicio se abrió de golpe. Tell estuvo a punto de gritar. Alguien se dirigió tarareando a los urinarios, y cuando el agua empezó a salpicar la porcelana, a Tell se le ocurrió una explicación que lo llenó de alivio. Era tan sencilla que resultaba absurda... y sin duda, correcta. Consultó su reloj y vio que era la 1.47.

«Hombre constante es hombre feliz», decía su padre. Elpadre de Tell había sido un tipo taciturno, y aquel dicho (junto con «Límpiate las manos antes de limpiar el plato») había sido uno de sus escasos aforismos. Si la constancia significaba felicidad, entonces Tell debía de ser un tío feliz. Le entraban ganas de ir al lavabo aproximadamente a la misma hora cada día, y suponía que lo mismo le sucedía a su amigo Zapatillas, que prefería la primera cabina del mismo modo que él prefería la tercera.

«Si tuvieras que pasar por delante de las cabinas para ir a los urinarios, habrías comprobado que la primera cabina está vacía muchas veces, o habrías visto otros zapatos bajo la puerta. Al fin y al cabo, ¿cuántas probabilidades hay de que un cadáver pase inadvertido en una cabina del servicio durante...

Intentó recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había estado allí.

... cuatro meses, más o menos?»

Ninguna probabilidad, ésa era la respuesta. Podía creer que los encargados de la limpieza no fueran demasiado meticulosos a la hora de limpiar las cabinas (todas aquellas moscas muertas), pero tendrían que comprobar si había papel higiénico cada día o cada dos días, ¿no? E incluso si pasaran de hacerlo, los muertos empiezan a oler al cabo de un tiempo, ¿no? Dios sabía que aquél no era el lugar más aromático del mundo, y de hecho se hacía casi inhabitable tras una visita del tipo gordo que trabajaba en Janus Music, pero estaba seguro de que el olor de un cadáver era mucho más intenso. Más llamativo.

«¿Llamativo? ¿Llamativo? Dios mío, qué palabreja. ¿Y tú qué sabes? No has olido un cadáver en estado de descomposición en tu vida.»

Cierto, pero estaba convencido de que sabría qué estaba oliendo si algún día se encontraba en tal situación. La lógica era la lógica y la constancia era la constancia, y se acabó. Seguramente aquel tío era un chupatintas de Janus o un escritor que trabajaba para Snappy Kards, la empresa situada en el otro extremo del piso. Por lo que sabía John Tell, el tío podía estar componiendo un par de versos para una tarjeta de felicitación en aquel preciso instante:

Las rosas son rojas; las violetas, azules, Me creías muerto, pero eso no es cierto, Tan sólo descargo como tú al mismo tiempo.

«Vaya mierda», se dijo Tell al tiempo que lanzaba una extraña carcajada. El tipo que había abierto la puerta de golpe y casi le había hecho gritar había ido a las pilas. En aquel momento, el chapoteo del agua mientras se lavaba las manos se interrumpió durante un instante. Tell imaginó al recién llegado escuchando, preguntándose a quién pertenecería aquella risa procedente de una de las cabinas, preguntándose si se trataría de un chiste, una fotografía obscena o si el hombre simplemente estaba loco. Al fin y al cabo, había un montón de locos en Nueva York. Uno los veía por todas partes, hablando consigo mismos y riendo sin razón aparente...; del mismo modo en que

Tell acababa de reírse.

Tell intentó imaginarse a Zapatillas escuchando, pero no lo consiguió.

De repente, se le pasaron las ganas de reír.

De repente, le entraron ganas de salir de ahí cuanto antes.

Sin embargo, no quería que el tipo del lavabo lo viese. El hombre lo miraría. Sólo durante un instante, pero aquello bastaría para saber qué estaba pensando. No se podía confiar en las personas que se ríen mientras están en el lavabo.

El golpeteo de los zapatos al chocar contra el suelo de azulejos del lavabo, el zumbido de la puerta al abrirse, el siseo de la puerta al volver a su posición original. Se podía intentar cerrar la puerta de golpe, pero la escuadra neumática impedía que diera un portazo. Aquello podría sobresaltar al recepcionista del tercer piso mientras descansaba fumando Camel y leyendo el último número de *Krrang!*

«¡Dios mío, esto está tan silencioso! ¿Por qué no se mueve el tío este? ¡Al menos un poco!»

Pero no había más que silencio, un silencio denso, suave y total, la clase de silencio que los muertos oirían en sus ataúdes si pudieran oír algo. De repente, Tell se convenció de nuevo de que

Zapatillas estaba muerto, a la porra la lógica, estaba muerto y llevaba muerto quién sabe cuánto tiempo, estaba ahí sentado, y si abría la puerta de la cabina, vería una cosa medio caída y blanda, con las manos colgando entre los muslos, vería...

Por un instante estuvo a punto de exclamar: «¡Eh, Zapatillas! ¿Estás bien?».

Pero ¿qué pasaría si Zapatillas no contestaba con voz interrogante ni irritada, sino con una especie de graznido ronco, parecido al de una rana? ¿No había historias sobre eso de resucitar a los muertos? ¿Sobre...?

De repente, Tell se incorporó con ademán brusco, tiró de la cadena, se abrochó el botón de la bragueta, salió de la cabina a toda prisa y se subió la cremallera mientras corría hacia la puerta, consciente de que al cabo de unos segundos se sentiría como un estúpido, aunque en aquel momento eso no le importaba ni lo más mínimo. No obstante, no pudo evitar lanzar una mirada bajo la puerta de la primera cabina. Las mismas zapatillas sucias y mal anudadas. Y las moscas muertas. Bastantes moscas muertas.

«En mi cabina no había moscas muertas. ¿Y cómo es que después de tanto tiempo todavía no se ha dado cuenta de que tiene la zapatilla mal anudada? ¿O es que las lleva así siempre, en plan de manifiesto artístico?»

Tell empujó la puerta con fuerza al salir. El recepcionista atrincherado al final del pasillo lo observó con la serena curiosidad que reservaba para los pobres mortales, en oposición a las divinidades encarnadas como Roger Daltrey.

Tell se alejó por el pasillo a toda prisa en dirección a los Estudios Tabori.

-Paul.

-¿Qué? -replicó Jannings sin levantar la vista de la mesa de mezclas.

Georgie Ronkler estaba junto a él, observándolo de cerca mientras se mordisqueaba una cutícula, que era lo único que le quedaba por mordisquear. Sus uñas simplemente no existían a partir del punto en que se despedían de la carne viva y las terminaciones nerviosas. Se había apostado cerca de la puerta. Si Jannings empezaba a refunfuñar, haría mutis por el foro.

-Creo que algo va mal en el...

-¿Algo más? -le interrumpió Jannings.

-¿A qué te refieres?

-A la pista de la batería. Es una chapuza de mierda, y no sé qué vamos a hacer con ella.

Pulsó un botón y el sonido de una batería invadió el estudio.

-¿Lo oyes?

-¿Te refieres a la caja?

-¡Pues claro que me refiero a la caja! ¡Destaca como una patada del resto de la percusión, pero está grabada en la misma pista!

-Sí, pero...

-Sí, pero una mierda. Odio estas cosas. ¡Tengo cuarenta pistas, cuarenta malditas pistas para grabar un simple tema de *bop,* y algún técnico gilipollas...!

Por el rabillo del ojo, Tell vio que Georgie desaparecía como por arte de magia.

-Pero mira, Paul, si bajas la ecualización...

-La ecualización no tiene nada que ver con...

-Cállate y escúchame un momento -le interrumpió Tell en tono conciliador, algo que no se habría atrevido a hacer con ninguna otra persona del mundo.

Desplazó un interruptor. Jannings dejó de refunfuñar y empezó a escucharle. Formuló una pregunta. Tell la contestó. Entonces formuló otra a la que Tell no supo responder, pero Jannings resolvió la cuestión por sí solo, y de repente se les abrió todo un nuevo abanico de posibilidades para un tema titulado «Respuesta para ti, respuesta para mí».

Al cabo de un rato, a sabiendas de que la tormenta había pasado, Georgie Ronkler reapareció.

Y Tell olvidó todo lo referente a las zapatillas.

Le volvieron a la memoria la tarde siguiente. Estaba en su casa, sentado en el retrete de su propio cuarto de baño y leyendo *Wise Blood* mientras escuchaba la suave música de Vivaldi que procedía de los altavoces instalados en su dormitorio.Aunque mezclaba discos de *rock and roll* para vivir, Tell sólo poseía cuatro discos de rock, dos de Bruce Springsteen y dos deJohnFogerty.

De repente, alzó la mirada del libro con cierto sobresalto. Una pregunta que rayaba la ridiculez cósmica acababa de abrirse paso en su mente: *«¿ Cuánto hace que no cagas por la noche, John?».*

No lo sabía, pero creía que tal vez lo haría un poco más a menudo en el futuro. Por lo visto, era posible que cambiara al menos uno de sus hábitos.

Un cuarto de hora más tarde, mientras estaba sentado en el salón, con el libro olvidado sobre el regazo, se le ocurrió otra cosa. No había ido al lavabo del tercer piso ni una sola vez aquel día.

A las diez habían ido al bar de enfrente a tomar un café, y allí había meado mientras Paul y

Georgie se quedaban en la barra bebiendo café y hablando de sobregrabaciones. Después, a la hora de comer, había hecho una paradita rápida en el restaurante Brew 'n Burger... y otra en el lavabo del primer piso, al bajar un montón de correspondencia que bien podría haber metido en el buzón que había junto a los ascensores.

¿Estaba rehuyendo el lavabo del tercer piso? ¿Era eso lo que había estado haciendo sin ni siquiera darse cuenta? Apostaría sus Reebok a que sí. Lo había estado rehuyendo como un niño que da un rodeo de una manzana entera cuando vuelve de la escuela para no tener que pasar por delante de la casa embrujada del pueblo. Lo había estado rehuyendo como si fuera la peste.

-Bueno, ¿y qué? -se preguntó en voz alta.

No fue capaz de articular exactamente qué significaba aquel y qué, pero sabía que existía; el hecho de salir espantado de un lavabo público a causa de un par de zapatillas sucias tenía algo demasiado existencia!, incluso para una ciudad como Nueva York.

-Esto tiene que acabarse -sentenció Tell en voz alta y clara.

Pero aquello fue el jueves por la noche, y el viernes por la noche sucedió algo que confirió un giro insospechado a la situación. Aquel día se cerraron las puertas entre él y Paul Jannings.

Tell era un hombre tímido y le costaba entablar amistades. En la zona rural de Pennsylvania en la que había ido al instituto, un capricho del destino había colocado a Tell sobre un escenario con una guitarra en las manos... Era el último lugar en el que habría esperado encontrarse. El bajista de un grupo llamado los Satin Saturns había contraído la salmone-lla el día antes de un bolo que se pagaba bien. El guitarra solista, que también tocaba en la banda del colegio, sabía que

John Tell tocaba tanto el bajo como la guitarra rítmica. El guitarra solista era un tipo robusto y al mismo tiempo violento, mientras que John Tell era menudo, humilde y fácil de doblegar. El guitarra solista le propuso elegir entre tocar el instrumento del bajista enfermo o tenerlo metido en el culo hasta el quinto traste. Aquella elección había contribuido en gran medida a aclarar sus sentimientos respecto al hecho de tocar ante un público numeroso.

Pero al final del tercer tema había dejado de tener miedo. Al término de la primera parte, sabía que estaba como en casa. Muchos años después de aquel primer bolo, Tell oyó una anécdota relativa a Bill Wyman, el bajista de los Rolling Sto-nes. Según la historia, Wyman se durmió durante una actuación, y no en un club pequeño, sino en una sala y se cayó del escenario y se rompió la clavícula. Tell suponía que mucha gente creía que la anécdota era un apócrifo, pero a él le parecía que era cierta... y al fin y al cabo, se encontraba en una posición inmejorable para comprender que algo así pudiera suceder. Los bajistas eran los hombres invisibles del mundo del rock. Había excepciones, por supuesto, como Paul McCartney, por ejemplo, pero no hacían sino confirmar la regla.

Tal vez a causa de la falta de *glamour* que tenía el trabajo, había una escasez crónica de bajistas. Cuando los Satin Saturns se disolvieron un mes más tarde, a causa de una pelea a puñetazos entre el guitarra y el batería por culpa de una chica, Tell entró en un grupo formado por el guitarra rítmica de los Satin Saturns, y desde aquel momento, el curso de su vida quedó decidido, así de sencillo.

A Tell le gustaba tocar en el grupo. Uno estaba en el escenario, mirando a todo el mundo desde arriba, no sólo participando en la fiesta, sino haciendo que funcionara. Uno era casi invisible y absolutamente imprescindible al mismo tiempo. De vez en cuando había que cantar algunos coros, pero nadie esperaba que uno pronunciara un discurso ni nada parecido.

Había llevado aquella vida de estudiante a tiempo parcial y gitano de la música a tiempo completo durante diez años. Era bueno, pero nada ambicioso; no tenía fuego en el cuerpo. Al final terminó en Nueva York como músico de sesión, empezó a tontear con las mesas de mezclas y descubrió que la vida le parecía aún más agradable al otro lado de la pecera. Durante todo aquel tiempo, había hecho un solo amigo, Paul Jannings. Habían entablado amistad con rapidez, y Tell suponía que las inigualables presiones de aquel trabajo tenían algo que ver en el asunto... aunque no todo. Sobre todo, sospechaba Tell, se debía a la combinación de dos factores: su soledad esencial y la personalidad de Jannings, tan intensa que casi resultaba abrumadora. Y la situación era bastante parecida para Georgie, como descubrió Tell después de lo que sucedió aquel viernes por la noche.

Tell y Paul estaban tomando algo en una de las mesas más apartadas del pub McManus.

Hablaban de la mezcla, el mundillo, los Mets, de todo, en suma, y de repente, la mano derecha de

Jannings se deslizó bajo la mesa y oprimió suavemente el paquete de Tell.

Tell se apartó con tal brusquedad que volcó el candelabro del centro de la mesa y el vaso de vino de Jannings. Un camarero se acercó, enderezó la vela antes de que chamuscara la mesa y se marchó. Tell miró a Jannings asombrado, con los ojos abiertos de par en par.

-Lo siento -empezó Paul con expresión sincera... aunque imperturbable.

-¡Dios mío, Paul!

Fue lo único que se le ocurrió, y se le antojaron palabras ridiculamente inadecuadas.

-Pensaba que estabas preparado, nada más -explicó Jannings-. Supongo que debería haber sido un poco más sutil.

-¿Preparado? -repitió Tell-. ¿Qué quieres decir? ¿Preparado para qué?

-Para abrirte. Para darte permiso para salir de tu cascarón.

-Yo no soy así -replicó Tell, aunque el corazón le latía con violencia.

Una parte de lo que sentía era indignación, otra era el temor que le inspiraba la implacable certeza que veía en los ojos de Jannings, pero la mayor parte era consternación. Lo que Jannings había hecho había dado al traste con su amistad.

-Dejémoslo, ¿de acuerdo? Pidamos algo y mentalicé-monos de que esto no ha pasado.

«Hasta que tú quieras», añadieron aquellos ojos implacables.

«Pues claro que ha pasado», quería gritar Tell, aunque no lo hizo. La voz de la razón y del sentido práctico se lo impedían... le impedían correr el riesgo de encender la extremadamente corta mecha de Jannings. Al fin y al cabo, aquél era un buen trabajo... y no sólo el trabajo en sí.

Le convenía más tener la cinta de Roger Daltrey en la carpeta que las dos semanas restantes de sueldo. Le convenía ser diplomático y reservar la actitud de joven indignado para otra ocasión.

Además, ¿había algo por lo que sentirse indignado? A fin de cuentas, no es que Jannings lo hubiera violado.

Y aquello no era más que la punta del iceberg. El resto transcurrió como sigue. Tell cerró la boca porque eso era lo que su boca había hecho toda la vida. De hecho, su boca hizo algo más que cerrarse simplemente; se cerró de golpe, como una ratonera. Todo su corazón quedó debajo de aquellos dientes apretados, y toda su razón, encima.

-Muy bien -asintió-. No ha pasado.

Tell durmió mal aquella noche, y el sueño que logró conciliar estuvo plagado de pesadillas.

En la primera, Jan-nings le metía mano en McManus. En la segunda veía una de las zapatillas deportivas bajo la primera cabina del lavabo, sólo que en esta ocasión, Tell abría la puerta y veía a

Paul Jannings sentado dentro. Había muerto desnudo y en un estado de excitación sexual que, de algún modo, persistía aun después de su muerte, aun después del largo tiempo transcurrido.

«Exacto; sabía que estabas preparado», decía el cadáver entre una nube de aire verdoso y podrido.

Tell despertó de aquella pesadilla al caer al suelo, enredado en la colcha. Eran las cuatro de la mañana. Los primeros rayos de luz reptaban por entre las chimeneas de los edificios que se alzaban ante su ventana. Tell se vistió y se sentó a fumar cigarrillo tras cigarrillo hasta que llegó la hora de ir a trabajar.

Alrededor de las once de la mañana de aquel sábado (trabajaban seis días a la semana a fin de cumplir el calendario de Roger Daltrey), Tell fue al lavabo del tercer piso para orinar.

Permaneció junto a la puerta durante un instante mientras se frotaba las sienes, y de súbito echó un vistazo a las cabinas.

No veía nada. Se hallaba en un ángulo incorrecto.

«¡Pues da igual! ¡A la mierda! ¡Mea y lárgate de aquí!»

Se dirigió con pasos lentos hacia los urinarios y se bajó la cremallera. Le costó mucho orinar.

Al salir volvió a detenerse con la cabeza ladeada, como el Perro Nipper en las etiquetas de los viejos discos de la RCA Víctor, y a continuación giró en redondo. Dobló de nuevo la esquina y se detuvo en cuanto logró ver lo que había debajo de la puerta de la primera cabina. Las zapatillas blancuzcas seguían ahí. El edificio que antaño había sido conocido como la Ciudad de la Música estaba casi vacío, como suele suceder los sábados por la mañana, pero las zapatillas seguían ahí.

Los ojos de Tell se posaron en una mosca que había junto a la cabina. Observó con una suerte de vacua avidez cómo la mosca entraba en la cabina y trepaba a la punta de la zapatilla, donde, simplemente, cayó muerta y pasó a engrosar las filas de insectos muertos que rodeaban las zapatillas. Tell comprobó sin sorpresa alguna, al menos consciente, que entre los montones de moscas había también dos pequeñas arañas y una enorme cucaracha tendida patas arriba, como una tortuga.

Tell salió del servicio de caballeros a largas zancadas, y su regreso a los estudios se le antojó de lo más peculiar. En lugar de caminar, tenía la impresión de que el edificio retrocedía bajo sus pies y a su alrededor, al igual que la corriente de un río en torno a una roca.

«Cuando llegue le diré a Paul que no me encuentro bien y me tomaré el resto del día libre», pensó, aunque sabía que no lo haría. Paul había estado de un humor inestable y desagradable toda la mañana, y Tell sabía que él era parte de la razón, o tal vez toda. ¿Lo despediría Paul por despecho? Una semana antes, Tell se hubiera echado a reír ante tal posibilidad; pero una semana antes todavía creía en lo que había aprendido a creer a lo largo de su vida: que los amigos eran auténticos y los fantasmas, imaginarios. Ahora se preguntaba si tal vez no habría confundido el orden de aquellos dos postulados.

-El regreso del hijo pródigo -lo saludó Jannings sin alzar la vista cuando Tell abrió la segunda puerta del estudio, la puerta denominada de «aire muerto»-. Creía que te habías muerto ahí dentro, Johnny.

-No -repuso Tell-, yo no.

Era un fantasma, y Tell averiguó a quién pertenecía el día antes de que la mezcla de Roger

Daltrey y su asociación con Paul Jannings terminara, pero antes de ello sucedieron muchas otras cosas. Sólo que todas ellas eran la misma cosa, en realidad, pequeños hitos como los que se ven en la autopista de Pennsylvania y que marcaban el avance constante de John Tell hacia un ataque de nervios. Sabía que estaba ocurriendo pero no podía hacer nada para evitarlo. Era como si no estuviera conduciendo él, sino que lo estuvieran llevando.

En un principio, su línea de actuación le había parecido clara y simple; se trataba de evitar el servicio de caballeros del tercer piso, así como ahuyentar cualquier pensamiento y pregunta acerca de las zapatillas deportivas. No tenía más que desconectar. Fundir la imagen.Pero no podía.

La imagen de las zapatillas se infiltraba en su mente en los momentos más insospechados y se aferraba a él como una antigua pena. A veces estaba sentado en su casa, mirando las noticias de la

CNN o algún estúpido programa de debate en la tele, y de pronto se ponía a pensar en las moscas muertas, o en lo que no veía el encargado de cambiar los rollos de papel higiénico, y de repente consultaba el reloj y veía que había transcurrido una hora. En ocasiones más tiempo incluso.

Durante un tiempo estuvo convencido de que se trataba de una broma pesada. Paul estaba en el ajo, por supuesto, y probablemente también el gordo de Janus Music. Tell los había visto hablando con bastante frecuencia, ¿y acaso no se habían vuelto hacia él riendo en cierta ocasión?

También cabía la posibilidad de que estuviera metido en el asunto el recepcionista, aquel tipo adicto al Camel y de ojos muertos y escépticos. Georgie no. Georgie habría sido incapaz de guardar el secreto aun cuando Paul lo hubiera intimidado para que participara, pero cualquier otra persona podría estar implicada. Durante un par de días, Tell incluso barajó la posibilidad de que el propio Roger Daltrey se hubiera calzado durante un rato las zapatillas blancas y mal anudadas.

Aunque sabía que aquellas ideas eran fantasías paranoicas, la certeza no contribuyó a disiparlas. Tell les ordenaba marcharse, insistía en que no había ninguna confabulación encabezada por Paul Jannings para ahuyentarlo, y su mente respondía: «Sí, vale, eso tiene sentido», y al cabo de cinco horas, o tal vez sólo veinte minutos, imaginaba a un nutrido grupo sentado en la brasería Desmond, situado a dos manzanas de ahí. Paul, el recepcionista que fumaba como un carretero y al que le gustaba el *beavy metal j* el cuero, tal vez incluso el tipo flaco de Snappy

Kards... Todos ellos estarían comiendo cóctel de gambas, bebiendo y riendo, por supuesto.

Riéndose de él mientras las sucias zapatillas que se ponían por turnos descansaban bajo la mesa en una arrugada bolsa de papel marrón.

Tell veía la bolsa marrón. Hasta ese extremo había llegado.

Pero aquella breve fantasía no era lo peor. Lo peor era que el servicio de caballeros del tercer piso había cobrado atractivo. Era como si poseyera un poderoso imán y los bolsillos de Tell estuvieran llenos de hierro. Si alguien le hubiera contado algo así, se habría partido de risa, aunque tal vez sólo interiormente, si la persona en cuestión se lo estuviera tomando muy en serio, pero era cierto, le acometía el impulso de volverse cada vez que pasaba ante el servicio de camino hacia los estudios o los ascensores. Era una sensación terrible, como si tiraran de él hacia una ventana abierta en un edificio muy alto o como si se observara impotente, como desde fuera, levantar una pistola hasta la altura de la boca y meterse el cañón dentro.

Quería volver a mirar. Era consciente de que un solo vistazo más bastaría para acabar con él, pero daba igual. Quería volver a mirar.

Cada vez que pasaba, sentía aquella necesidad de entrar. En sus sueños abría la puerta de la primera cabina una y otra vez. Sólo para echar un vistazo. Un buen vistazo.

Y por lo visto, no podía contárselo a nadie. Sabía que las cosas mejorarían un tanto si se lo contaba a alguien, sabía que si se desahogaba el temor cambiaría de forma, tal vez incluso le saldría un mango con el que poder manejarlo. En dos ocasiones entró en bares y logró entablar conversación con los hombres sentados junto a él. Porque los bares, pensó, eran los lugares en los que la conversación estaba más barata. Tirada de precio, en realidad.

No había hecho más que abrir la boca en la primera de aquellas ocasiones cuando el hombre que había elegido empezó a soltarle un sermón sobre los Yankees y George Steinbrenner. Sin duda, aquel tipo tenía a Steinbrenner bien metido en la mollera, y resultó imposible deslizar siquiera una palabra sobre otro terna. Tell renunció.

La segunda vez logró entablar una conversación bastante informal con un hombre que tenía aspecto de obrero de la construcción. Hablaron del tiempo, después de béisbol, aunque, por fortuna, el tipo no estaba chiflado por el tema, y pasaron a debatir la dificultad de encontrar un empleo decente en Nueva York. Tell estaba bañado en sudor. Se sentía como si estuviera realizando algún pesado trabajo físico, como empu-jar una carretilla llena de cemento por una ligera cuesta, tal vez, pero también tenía la sensación de que no lo estaba haciendo del todo mal.

El hombre con aspecto de obrero de la construcción bebía vodka con kaluha. Tell no pasó de la cerveza. Tenía la sensación de que la sudaba al mismo tiempo que la ingería, pero después de invitar al tipo a un par de copas y de dejarse invitar por él a un par de birras, hizo acopio de valor para ir al grano.

-¿Quiere oír algo realmente extraño? -empezó.

-¿Es usted de la otra acera? -preguntó el hombre con aspecto de obrero de la construcción antes de que Tell pudiera proseguir.

Se volvió hacia Tell y lo miró con amistosa curiosidad.

-Quiero decir que no me importa si lo es o no, pero es que tengo como un presentimiento y antes que nada quiero decirle que a mí eso no me va. Para que lo sepa, ¿ entiende ?

-No soy de la otra acera -repuso Tell.

-Ah. ¿Qué me decía de algo realmente extraño?

-¿Eh?

-Me hablaba de algo realmente extraño.

-Oh, no era tan extraño, la verdad -aseguró Tell. De repente, consultó el reloj y comentó que se estaba haciendo tarde.

Tres días antes del fin de la mezcla de Daltrey, Tell salió del estudio F para orinar. Ahora siempre iba al servicio del sexto piso. Al principio había utilizado el del cuarto y después el del quinto, pero ambos estaban situados justo encima del lavabo del tercero, y había empezado a percibir la radiación del propietario de las zapatillas, como si le succionara la esencia. El servicio del sexto se hallaba en el extremo opuesto del edificio, lo cual, al parecer, resolvía el problema.

Pasó junto al mostrador de recepción al dirigirse hacia los ascensores, parpadeó y, de repente, se encontraba en el servicio del tercer piso y la puerta siseaba al cerrarse tras él. Nunca había sentido tanto miedo. Parte de aquel temor se debía a las zapatillas, pero la mayor parte se debía a que acababa de pasar entre tres y seis segundos en blanco. Por primera vez en su vida, se había quedado completamente en blanco.

No sabía cuánto tiempo habría permanecido allí parado si la puerta no se hubiera abierto tras él, propinándole un doloroso golpe en la espalda. Era Paul Jannings.

-Perdona, Johnny -se disculpó-. No sabía que vinieras aquí para meditar.

Pasó junto a Tell sin esperar respuesta, aunque, de todos modos, se dijo Tell, no habría obtenido ninguna, pues la lengua parecía habérsele paralizado en el paladar, y avanzó hacia las cabinas. Tell logró llegar a los urinarios y bajarse la cremallera, y lo hizo porque creía que a Paul

Jannings tal vez le habría gustado verle girarse y salir a toda prisa. Antes, no hacía tanto tiempo, había considerado a Paul como a un amigo, tal vez su único amigo en Nueva York, pero los tiempos habían cambiado, y mucho.

Tell permaneció ante el urinario unos diez segundos, y a continuación tiró de la cadena. Se dirigió a la puerta pero de repente se detuvo. Giró en redondo, avanzó dos pasos de puntillas, se inclinó y echó un vistazo bajo la puerta de la primera cabina. Las zapatillas seguían ahí, rodeadas ahora por verdaderas montañas de moscas muertas.

Al igual que los zapatos Gucci de Paul Jannings.

Lo que veía Tell parecía una doble exposición o tal vez uno de esos efectos fantasmales tan horteras que se utilizaban en algunas series antiguas. Al cabo de unos instantes, las zapatillas parecieron solidificarse y Tell las veía a través de los zapatos, como si Paul fuera el fantasma. La diferencia estribaba en que, mientras los miraba, los zapatos de Paul se desplazaban y efectuaban movimientos, mientras que las zapatillas permanecían tan inmóviles como siempre.

Tell salió. Se sentía tranquilo por primera vez en dos semanas.

Al día siguiente hizo lo que probablemente debería haber hecho mucho antes. Invitó a

Georgie Ronkler a comer y le preguntó si había oído historias o rumores extraños acercadel edificio que antaño se había llamado la Ciudad de la Música. No tenía idea de por qué no se le había ocurrido antes aquello. Sólo sabía que lo sucedido el día anterior parecía haberle despejado las ideas, como un bofetón brusco o un chorro de agua fría en la cara. Era posible que Georgie no supiera nada, pero tal vez sí sabía algo. Llevaba trabajando para Paul unos diez años, y buena parte de ese tiempo lo habían pasado en la Ciudad de la Música.

-Ah, ¿te refieres al fantasma? -preguntó Georgie al tiempo que lanzaba una carcajada.

Habían ido a Cartin's, una charcutería restaurante de la Sexta Avenida, y el local bullía con la clientela del mediodía.

Georgie mordió un pedazo de su bocadillo de ternera, masticó, tragó y sorbió un poco de refresco a través de las dos pajitas introducidas en la botella.

-¿Quién te hablado de eso, Johnny?

-Uno de los de la limpieza, me parece -repuso Tell con voz serena.

-¿Seguro que no lo has visto? -inquirió Georgie con un guiño.

Era lo más parecido a una broma que se permitía el sempiterno ayudante de Paul.

-Qué va -negó Tell.

Y era cierto, no lo había visto. Sólo las zapatillas. Y algunos bichos muertos.

-Bueno, sí, ahora ya casi nadie se acuerda de la historia, pero durante un tiempo fue la comidilla de todo el mundo. Eso, que el tipo pululaba por el edificio. La palmó en el tercer piso,

¿sabes? En el váter.

Georgie alzó las manos, se las colocó a ambos lados de las mejillas cubiertas de pelusa, tarareó unos compases de la serie *The Twilight Zone* e intentó adoptar una expresión amenazadora, algo de lo que era totalmente incapaz.

-Sí -asintió Tell-, eso es lo que me han contado. Pero el tío de la limpieza no me dijo nada más, o quizás no sabía nada más. Se puso a reír y se marchó.

-Pasó antes de que yo empezara a trabajar para Paul. Paul fue el que me lo contó.

-¿Él nunca vio al fantasma? -preguntó Tell, aunque sabía la respuesta.

El día anterior, Paul se había sentado en él. Había cagado en él, para ser groseramente sinceros.

-No, siempre se burlaba -repuso Georgie mientras dejaba el bocadillo en el plato-. Ya sabes cómo se pone a veces. Un poco de-desagradable.

Cuando se veía obligado a formular una opinión negativa acerca de alguien, por suave que fuera, Georgie empezaba a tartamudear.

-Ya lo sé. Pero dejemos a Paul. ¿Quién era ese fantasma? ¿Qué le pasó?

-Oh, no era más que un camello -explicó Georgie-. Fue en el 72 o quizás en el 73, cuando Paul acababa de empezar; en aquella época era técnico ayudante. Justo antes del bajón.

Tell asintió con un gesto. Entre 1975 y 1980, la industria del rock había caído en picado. Los adolescentes se gastaban el dinero en videojuegos en lugar de discos. Por quizá decimoquinta vez desde 1955, los críticos anunciaron la muerte del *rock and roll.* Y al igual que en anteriores ocasiones, el rock demostró ser un muerto viviente. Los videojuegos cayeron en picado; la MTV entró en escena; de Inglaterra llegó una hornada de estrellas frescas; Bruce Springsteen publicó

Born in the USA; el *rap y* el *bip-hop* empezaron a mover billetes además de esqueletos.

-Antes del bajón, los peces gordos de las discográficas llevaban coca en el maletín para repartirla entre bastidores antes de los grandes conciertos -explicó Georgie-. Yo hacía el sonido en conciertos en aquella época, y me enteraba de todo. Había un tipo, que murió en 1978, pero reconocerías su nombre si te lo dijera, que sacaba un frasco de aceitunas antes de cada bolo.

El frasco iba envuelto en papel de regalo muy mono, con lacitos y todo eso. Sólo que en lugar de flotar en líquido, las aceitunas flotaban en cocaína. Normalmente se las ponía en las copas y las llamaba m-ma-martinis explosivos.

-Seguro que lo eran -comentó Tell.

-Bueno, en aquella época mucha gente creía que la co-caína era casi como una vitamina - prosiguió Goergie-. Decían que no te enganchaba como la heroína ni te dejaba hecho polvo al día siguiente como la bebida. Y este edificio, tío, este edificio era una verdadera tormenta de nieve. Pastillas, maría y chocolate también, pero lo más molón era la cocaína. Y aquel tipo...

-¿Cómo se llamaba?

Georgie se encogió de hombros.

-No sé. Paul no me lo dijo y yo nunca se lo he oído mencionar a nadie del edificio, al menos que yo recuerde. Pero parece que era como uno de esos repartidores de restaurantes que ves subir y bajar en el ascensor con café, donuts y bocatas. Sólo que en vez de repartir café, etc., el tipo ése repartía droga. Venía dos o tres veces por semana; subía hasta el último piso y luego iba bajando. Siempre llevaba un abrigo colgado sobre el brazo y un maletín de piel de serpiente en esa mano. Llevaba el abrigo incluso cuando hacía calor. Era para que la gente no viera las esposas.... Pero supongo que a veces las veían de todas formas.

-¿Las qué?

-¡Las espo-po-posas! -repitió Georgie. Al tartamudear escupió varias partículas de bocadillo de ternera. Se ruborizó de inmediato.

-Madre mía, lo siento, Johnny.

-No importa. ¿Quieres otro refresco?

-Sí, gracias -repuso Georgie agradecido. Tell llamó por señas a la camarera.

-Así que era un repartidor -comentó, sobre todo para que Georgie se tranquilizara.

Georgie seguía limpiándose los labios con la servilleta.

-Exacto -repuso.

En aquel momento le trajeron el refresco y bebió un sorbo.

-Cuando salía del ascensor en el octavo piso, el maletín esposado a su muñeca estaba lleno de droga. Y cuando salía del ascensor en la planta baja, estaba lleno de dinero.

-El mejor truco desde que la serpiente tentó a Eva -aseguró Tell.

-Sí, pero al final se le acabó el rollo. Un buen día sólo llegó al tercer piso. Alguien se lo cargó en el lavabo de hombres.

-¿Lo apuñalaron?

-Lo que me contaron es que alguien abrió la puerta de la cabina en la que estaba sentado y le clavó un lápiz en el ojo.

Por un instante, Tell vio la escena tan vividamente como había visto la bolsa arrugada bajo la mesa del restaurante en que se hallaban los conspiradores imaginarios. Un lápiz de marca Berol

Black Warrior, afilado en extremo, que se deslizaba por el aire para hundirse en la sorprendida pupila. La explosión del globo ocular. Hizo una mueca.

Georgie asintió con un gesto.

-Asqueroso, ¿eh? Pero seguramente es mentira. Quiero decir esa parte. Probablemente lo apuñalaron.

-Sí.

-Pero quien fuera llevaría algo afilado, eso seguro -añadió Georgie.

-¿Ah, sí?

-Sí, porque el maletín había desaparecido. Tell miró a Georgie. También veía esa escena.

La veía incluso antes de que Georgie le contara el resto.

-Cuando entraron los polis para llevarse el cadáver, encontraron la mano izquierda dentro de la taza.

-Oh -murmuró Tell.

Georgie bajó la mirada hacia su plato, sobre el que todavía quedaba medio bocadillo.

-Creo que estoy lle-lleno -comentó mientras esbozaba una sonrisa tensa.

-Así que se supone que el fantasma de aquel tipo se aparece en... ¿dónde, en el lavabo? - inquirió Tell cuando regresaban al estudio.

De repente se echó a reír, porque, por escalofriante que fuera la historia, la idea de un fantasma apareciéndose en un cagadero tenía su lado cómico.

-Ya sabes cómo es la gente -sonrió Georgie-. Eso eslo que decían al principio. Cuando empecé a trabajar para Paul, alguna gente me decía que lo habían visto ahí dentro. No entero, sólo las zapatillas por debajo de la puerta.

-Sólo las zapatillas, ¿eh? Qué chorrada.

-Sí. Así sabías que se lo estaban inventando o imaginando, porque sólo se lo oías decir a gente que lo había conocido. De tipos que sabían que llevaba zapatillas deportivas.

Tell, que había sido un crío ignorante de una zona rural de Pennsylvania en la época en que se había cometido el asesinato, asintió con la cabeza. Habían llegado a la Ciudad de la Música.

-Pero ya conoces la estabilidad de este mundillo -comentó Georgie mientras atravesaban el vestíbulo en dirección a los ascensores-. Hoy aquí y mañana, a otra cosa, mariposa. No creo que quede nadie en el edificio que ya trabajase aquí en aquella época, excepto Paul y quizás algunos de los de la lim-limpieza, y ninguno de ellos le compraba nada.

-Supongo que no.

-No. Así que casi nadie habla ya del tema, y nadie v-ve al tipo ahora.

Habían llegado a los ascensores.

-Georgie, ¿por qué sigues trabajando con Paul?

Aunque Georgie bajó la cabeza y las puntas de las orejas se le pusieron coloradas, no pareció sorprendido por el giro que había tomado la conversación.

-¿Por qué no? Me cuida.

«¿Te acuestas con él, Georgie?» La pregunta se le ocurrió de inmediato, como una prolongación natural, supuso Tell, de la primera, pero no la formuló en voz alta. No se atrevía.

Porque creía que Georgie le daría una respuesta sincera.

Tell, quien apenas podía reunir valor suficiente para hablar con desconocidos y casi nunca entablaba amistades, dio un abrazo repentino a Georgie. Georgie se lo devolvió sin levantar la mirada. A continuación se apartaron, y llegó el ascensor, y la mezcla continuó, y la tarde siguiente, a las seis y cuarto, mientras Jannings recogía sus papeles volviendo la espalda a Tell deliberadamente, Tell entró en el servicio de caballeros del tercer piso para echar un vistazo al propietario de las zapatillas deportivas.

Al hablar con Georgie había llegado la revelación... o tal vez había que llamar epifanía a aquella sensación tan intensa. Su contenido era el siguiente: a veces uno puede librarse de los fantasmas que lo persiguen si consigue reunir el valor suficiente como para enfrentarse a ellos.

En aquella ocasión no se quedó en blanco ni sintió miedo... tan sólo un tamborileo profundo y lento en el pecho. Todos sus sentidos se habían aguzado. Percibía el olor a cloro de aquellas pastillas desinfectantes de color rosa que había en los urinarios, así como el hedor de pedos viejos.

Distinguía minúsculas grietas en la pintura de las paredes y mellas en las cañerías. Oía el golpeteo hueco de sus suelas mientras avanzaba hacia la primera cabina.

Las zapatillas estaban casi enterradas en un mar de cadáveres de arañas y moscas.

Al principio sólo había una o dos. Porque no había necesidad alguna de que murieran hasta que las zapatillas estuvieran allí, y no estuvieron allí hasta el momento en que y o las vi.

-¿Por qué yo? -preguntó con toda claridad al silencio. Las zapatillas no se movieron y no se alzó ninguna voz para responderle.

-Yo no te conocía, ni siquiera nos presentaron, y no tomo esas cosas que vendías, nunca las he tomado. Así que, ¿por qué yo?

Una de las zapatillas se crispó. Se oyó un susurro de moscas muertas. A continuación, la zapatilla, la que estaba mal anudada, volvió a su posición original.

Tell abrió la puerta de la primera cabina. Una de las bisagras chirrió de un modo adecuadamente gótico. Y allí estaba. «Invitado misterioso, entre, por favor», pensó Tell.

El invitado misterioso estaba sentado en el retrete con una mano posada sobre el muslo. Se parecía mucho a la persona a la que Tell había visto en sueños, aunque con una diferencia, y era que sólo tenía una mano. La otra acababa en un polvorien-to muñón marrón al que se habían adherido varias moscas. De repente, Tell se dio cuenta de que nunca se había fijado en los pantalones de Zapatillas, ¿y acaso no se fijaba uno siempre en el modo en que los pantalones bajados se amontonaban sobre los zapatos si miraba por debajo de la puerta de un lavabo? ¿No resultaba cómico, indefenso o las dos cosas juntas? Nunca se había fijado en los pantalones porque los tenía subidos, con el cinturón abrochado y la cremallera subida. Eran pantalones de pata de elefante. Tell intentó recordar cuándo habían pasado de moda los pantalones de pata de elefante, pero no lo logró.

Además de los pantalones de pata de elefante, Zapatillas llevaba una camisa azul de cambray con un símbolo de la paz cosido a cada bolsillo. Llevaba el cabello con la raya a la derecha.

Tell comprobó que había moscas muertas en la raya. Del gancho de la puerta colgaba el abrigo del que le había hablado Georgie. Más moscas muertas en los pliegues de los hombros caídos.

Se oyó un chirrido no muy diferente al que había producido la bisagra. Eran los tendones del cuello del muerto, se dio cuenta Tell. Zapatillas estaba levantando la cabeza. Se le quedó mirando, y Tell constató sin sorpresa alguna que, a excepción del lápiz que sobresalía de la cuenca del ojo derecho, era el mismo rostro que veía reflejado en el espejo cada mañana. Zapatillas era él y él era

Zapatillas.

-Sabía que estabas preparado -se dijo a sí mismo con la voz ronca y carente de inflexiones de un hombre que lleva mucho tiempo sin utilizar las cuerdas vocales.

-No estoy preparado -replicó Tell-. Vete.

-Para enterarte de la verdad, quiero decir -dijo Tell a Tell.

El Tell situado junto a la puerta del lavabo vio círculos de polvo blanco en torno a las fosas nasales del Tell sentado en el retrete. Había estado esnifando mientras cagaba, por lo visto. Había entrado para meterse una rayita; y entonces alguien había abierto la puerta y le había clavado un lápiz en el ojo. Pero ¿quién cometía un asesinato con un lápiz? Tal vez sólo alguien que cometió el asesinato bajo...

-Oh, llámalo impulso, si quieres -comentó Zapatillas con aquella voz ronca y carente de inflexiones-. El mun-dialmente famoso instinto asesino.

Y Tell, el Tell parado junto a la puerta del lavabo, comprendió a la perfección lo que había sucedido, pensara lo que pensara Georgie. El asesino no había mirado por debajo de la puerta y

Zapatillas había olvidado correr el pestillo. Dos vectores convergentes del azar que, bajo otras circunstancias, no habrían causado más que un «Perdone» y una apresurada retirada. Pero en aquella ocasión había sucedido algo bien distinto. En aquella ocasión había ocasionado un asesinato espontáneo.

-No me olvidé de correr el pestillo -explicó Zapatillas con el mismo tono de voz-.

Estaba roto.

Sí, señor, el pestillo estaba roto. Daba igual. ¿Y el lápiz? Tell estaba convencido de que el asesino lo llevaba en la mano al abrir la puerta del lavabo, pero no como arma asesina. Lo llevaba porque a veces a uno le gusta juguetear con algo, un cigarrillo, un llavero, un bolígrafo o un lápiz.

Tell pensó que el lápiz se hundió en el ojo de Zapatillas antes de que ninguno de los dos hombres tuviera idea de que el asesino iba a clavárselo. Luego, puesto que, probablemente, también había sido un cliente que sabía lo que contenía el maletín, el asesino había vuelto a cerrar la puerta dejando a su víctima sentada en el retrete, había salido del edificio a comprar... bueno, a comprar algo...

-Fue a la ferretería que hay a cinco manzanas de aquí y compró una sierra -puntualizó

Zapatillas con su voz monótona.

De repente, Tell se dio cuenta de que ya no era su propio rostro el que veía, sino el de un hombre de unos treinta años y facciones vagamente indias. Tell tenía el cabello de color miel, al igual que el del otro hombre en un principio, pero el del fantasma se había tornado negro azabache, por supuesto.

En aquel instante se dio cuenta de otra cosa, del mismo modo en que uno se percata de las cosas en sueños; cuando la gente ve fantasmas, siempre se ve primero a sí misma. ¿Por qué? Por la misma razón por la que los submarinistas se detie-nen en su camino hacia la superficie, a sabiendas de que si suben con excesiva rapidez se les meterán burbujas de nitrógeno en la sangre y sufrirán terribles dolores o, tal vez, incluso morirán tras una tremenda agonía. También existían las distorsiones de la realidad.

-La percepción cambia cuando trasciendes lo natural, ¿verdad? -preguntó Tell con voz ronca-. Y por eso me han pasado cosas tan raras últimamente. Algo en mi interior me ha estado empujando para que me enfrente... bueno, para que me enfrente a ti.

El muerto se encogió de hombros. Un montón de moscas cayeron de sus hombros.

-Dímelo tú, cenizo... Tú tienes la cabeza sobre los hombros.

-Muy bien -repuso Tell-. Te lo diré. Compró una sierra y el vendedor se la metió en una bolsa. Después volvió aquí. No estaba preocupado en absoluto. Al fin y al cabo, si alguien te había encontrado ya, se daría cuenta; habría un montón de gente cerca del lavabo. Así se enteraría.

Tal vez también habría llegado la pasma. Pero si todo parecía tranquilo, entraría y se llevaría el maletín.

-Primero intentó serrar la cadena -explicó la voz ronca-, pero al ver que no podía, me serró la mano.

Ambos hombres se miraron. Tell se dio cuenta de que veía el asiento del retrete y los sucios azulejos blancos a través del cadáver..., el cadáver que, por fin, se estaba convirtiendo en un auténtico fantasma.

-¿Lo entiendes ahora? -le preguntó a Tell-. ¿Entiendes por qué te ha tocado a ti?

-Sí. Tenías que contárselo a alguien.

-No, la historia es una mierda -rechazó el fantasma mientras esbozaba una sonrisa tan malvada que Tell quedó aterrorizado.

-Pero a veces saberlo sirve de algo... si todavía estás vivo, claro está. -El fantasma hizo una pausa antes de proseguir-: Te olvidaste de hacerle una pregunta importante a tu amigo

Georgie, Tell. Una pregunta que quizás no te habría respondido con sinceridad.

-¿Qué? -inquirió Tell, aunque ya no estaba seguro de querer saberlo.

-¿Quién era mi cliente más importante en el tercer piso en aquella época? ¿Quién me debía casi ocho mil dólares? ¿A quién había dejado de venderle droga? ¿Quién se fue a Rhode Island para una cura de desintoxicación y volvió limpio dos meses después de mi muerte? ¿Quién ni se acerca al polvo blanco hoy en día? Georgie no estaba aquí en aquella época, pero creo que, aun así, conoce las respuestas a todas estas preguntas. Porque oye hablar a la gente. ¿Te has dado cuenta del modo en que habla la gente delante de Georgie, como si no estuviera?

Tell asintió con un gesto.

-Y su cerebro no tartamudea, te lo aseguro. Creo que lo sabe todo, te lo digo yo. No se lo contaría a nadie, Tell, pero creo que lo sabe.

El rostro del fantasma empezó a transformarse de nuevo, y las facciones que surgieron de aquella neblina eran taciturnas y marcadas. Las facciones de Paul Jannings.

-No -murmuró Tell.

-Se llevó más de treinta de los grandes -prosiguió el rostro de Paul Jannings-. Tuvo bastante para pagarse la desintoxicación, y aún le quedó un montón para financiarse todos los vicios a los que no renunció.

De repente, la figura del retrete empezó a disiparse y al cabo de un momento había desaparecido. Tell bajó la mirada al suelo y comprobó que las moscas también se habían esfumado.

Ya no tenía ganas de ir al lavabo. Volvió a la sala de control, le dijo a Paul Jannings que era un hijo de puta, se detuvo el tiempo justo para disfrutar del asombro que se pintó en el rostro de

Paul y a continuación se marchó. Ya encontraría otro trabajo. Era lo suficientemente bueno como para poder contar con ello. Pero el hecho de saberlo con certeza constituyó una especie de revelación. No la primera del día, pero, sin lugar a dudas, la mejor.

Al llegar a su piso, atravesó sin titubeos el salón y entró directamente en el lavabo. Las necesidades fisiológicas ha-bían regresado, y con renovada intensidad, por lo visto, pero eso no importaba. Aquello formaba parte de la vida. «Hombre constante, hombre feliz», confió a las paredes de azulejos blancos. Volvió un poco el torso, cogió el último número de *Rolling Stone,* que había dejado sobre la cisterna, la abrió por la sección de Breves y empezó a leer.

¿Sabes? Tienen un grupo de la leche

Cuando Mary despertó, se habían perdido. Lo sabía, y Clark también lo sabía, aunque al principio no quiso admitirlo. Había adoptado aquella expresión que decía: «Estoy Cabreado Así que No me Fastidies», con la boca empequeñeciéndose cada vez más, hasta que uno tenía la sensación de que iba a desaparecer por completo. Y además, Clark no emplearía la expresión «nos hemos perdido»; Clark diría: «Debemos de haber girado mal en algún sitio», e incluso aquello estaría a punto de provocarle un infarto.

Habían salido de Portland el día anterior. Clark trabajaba en una empresa de ordenadores, una de las gigantes, y había sido idea suya eso de ver algo de Oregón aparte de la agradable pero aburrida zona residencial de clase media alta en la que vivían, una zona que sus habitantes conocían por el nombre de Ciudad del Software.

-Dicen que hay unos parajes preciosos por ahí-le había contado Clark-. ¿Quieres ir a echar un vistazo? Tengo una semana de vacaciones, y ya han empezado a correr rumores de traslado. Si no aprovechamos la ocasión para ir a ver el verdadero Oregón ahora, creo que los últimos dieciséis meses no serán más que un agujero negro en mi memoria.

Mary había accedido de buen grado, porque la escuela había terminado diez días antes y no tenía clases de verano. Además, le seducía la idea de un viaje casual y espontáneo, aunque olvidaba que, a menudo, ese tipo de vacaciones acababan como las suyas, con los viajeros perdidos en alguna carretera secundaria que avanzaba por el sendero cubierto de mala hierba del quinto pino. Era una aventura, suponía Mary, al menos uno podía verlo así si quería, pero había cumplido los treinta y dosen enero, y creía que ya estaba un poco crecidita para las aventuras. A esas alturas, su idea de unas vacaciones realmente agradables consistía en un motel con una piscina limpia, albornoces sobre la cama y un secador de pelo que funcionara en el cuarto de baño.

No obstante, el día anterior lo habían pasado bien; el paisaje era tan maravilloso que incluso

Clark había quedado lo suficientemente impresionado como para permanecer en silencio, por una vez. Habían pasado la noche en una encantadora fonda rural situada al este de Eugene, habían hecho el amor no una vez sino dos, algo de lo que, sin lugar a dudas, no era demasiado vieja para disfrutar, y por la mañana se habían dirigido hacia el sur con la intención de pasar la noche en las cataratas Klamath. Habían empezado el día en la carretera estatal 58 de Oregón, y aquello también había estado bien, pero más tarde, mientras comían en Oakridge, Clark había propuesto abandonar la carretera principal, que estaba repleta de caravanas y camiones cargados de troncos.

-Bueno..., no sé -había empezado Mary con el tono dubitativo de una mujer que ha oído muchas propuestas similares de su hombre y ha sufrido las consecuencias de unas cuantas-. No me haría ninguna gracia perderme por ahí, Clark. Parece muy vacío.

Había señalado con una cuidada uña una mancha verde denominada los Bosques de Boulder

Creek.

-Aquí dice Bosques, es decir, nada de gasolineras, lavabos ni moteles.

-Oh, vamos -había replicado Clark mientras empujaba a un lado los restos de su pollo frito.

En el tocadiscos, Steve Earle y los Dukes cantaban *Seis días en la carretera,* y más allá de las ventanas surcadas de suciedad, un puñado de niños de aspecto aburrido hacían piruetas con sus monopatines. Daba la impresión de que estaban matando el tiempo, a la espera de ser lo suficientemente mayores para largarse para siempre de aquel pueblo, y Mary los comprendía a la perfección.

-Pan comido, cariño. Seguimos por la 58 unos cuantos kilómetros al este... y después giramos hacia el sur por la comarcal 42..., ¿lo ves?

-Aja.

Mary también veía que, mientras que la carretera 58 era una gruesa línea roja, la carretera 42 no era más que una línea flaca en zigzag. Pero en aquel momento había estado repleta de carne y puré de patatas, y no había querido poner en tela de juicio el instinto pionero de Clark mientras se sentía como una boa constrictor que se acabara de tragar una cabra. Lo que le apetecía, de hecho, era retreparse en el asiento de su viejo y encantador Mercedes y echar una cabezadita.

-Y luego -había insistido Clark-, está esta carretera de aquí. No está numerada, así que supongo que no es más que un camino rural, pero va directamente a las cataratas Toketee. Y desde ahí no hay más que un tiro de piedra hasta la carretera 97, así que, ¿qué te parece?

-Pues que seguramente nos perderemos -había respondido ella, aunque más tarde lo lamentó-. Pero supongo que no pasará nada siempre y cuando encuentres un lugar lo bastante ancho como par dar la vuelta con la Princesa.

-¡Perfecto! -había exclamado Clark con una amplia sonrisa.

Volvió a empujar el pollo frito hacia el centro del plato y dio buena cuenta de él, con salsa fría y todo.

-Argh -había mascullado Mary con una mano ante el rostro mientras hacía una mueca-.

¿Cómo puedes comerte eso?

-Está bueno -había asegurado Clark con la boca llena, de un modo en que sólo su mujer lo habría entendido-. Además, cuando viajas deberías comer siempre los platos típicos de cada zona.

-Pues parece como si alguien hubiera estornudado en una hamburguesa pasada -había comentado Mary-. Repito: argh.

Abandonaron Oakridge de buen humor, y al principio todo había marchado sobre ruedas.

Los problemas comenzaron cuando dejaron la 42 para tomar la carretera sin numerar, la que, según afirmaba Clark, los conduciría a las cataratasToketee en un abrir y cerrar de ojos. En un principio no hubo problema, porque fuera un camino rural o no, lo cierto era que aquella vía estaba en mejor estado que la 42, que habían encontrado surcada de baches y grietas causadas por las heladas, aunque fuera verano. Habían avanzado sin novedad, turnándose para poner cintas en el radiocasete del coche. A Clark le gustaba gente como Wilson Pickett, Al Green y los Pop Staples.

Mary, por su parte, tenía gustos muy diferentes.

-Pero ¿qué ves en todos estos tipos blancos? -preguntó Clark cuando Mary puso su cinta favorita en aquel momento, *New York,* de Lou Reed.

-Estoy casada con uno, ¿no? -replicó ella.

Aquello hizo reír a su marido.

El primer problema surgió al cabo de un cuarto de hora, cuando llegaron a una bifurcación.

Ambos caminos parecían igualmente prometedores.

-Maldita sea -masculló Clark mientras detenía el coche y abría la guantera para coger el mapa. Lo examinó durante largo rato.

-Esto no sale en el mapa.

-Oh, no, ya empezamos -suspiró Mary. Estaba a punto de dormirse cuando Clark se detuvo ante la inesperada bifurcación, y sentía cierta irritación hacia él.

-¿Quieres un consejo? -preguntó.

-No -replicó Clark, también un poco irritado-, pero supongo que me lo darás de todas formas. Y me fastidia cuando pones los ojos en blanco, por si no lo sabías.

-¿Cuando los pongo cómo, Clark?

-Como si yo fuera un perro viejo que acabara de tirarse un pedo debajo de la mesa. Vamos, dime lo que piensas. Suéltalo, no te cortes.

-Da la vuelta ahora que estás a tiempo. Ése es mi consejo.

-Aja. Sólo te falta una pancarta que diga ARREPIÉNTETE.

-Qué, ¿te crees muy gracioso?

-No lo sé, Mare -replicó su marido en tono hosco.

Permaneció sentado, mirando alternativamente el parabrisas salpicado de insectos muertos y el mapa que tenía delante. Llevaban casados casi quince años, y Mary lo conocía lo suficiente como para creer que Clark insistiría con toda seguridad en seguir adelante..., no a pesar de la bifurcación inesperada, sino precisamente a causa de ella.

«Cuando Clark Willingham se está jugando las pelotas, no retrocede ante nada», se dijo

Mary al tiempo que se llevaba una mano a la boca para ocultar la sonrisa que estaba a punto de escapársele.

No fue lo bastante rápida. Clark le lanzó una mirada y arqueó una ceja. Por la mente de

Mary cruzó una idea repentina y desconcertante. Si podía leerle el pensamiento a Clark con la misma facilidad con la que leía un libro de cuentos después de todos aquellos años, era muy posible que él pudiera hacer lo mismo con ella.

-¿Pasa algo? -preguntó Clark con voz un poco demasiado aguda.

Fue en aquel momento, antes de que se durmiera, se daba cuenta ahora, cuando la boca de su marido había empezado a convertirse en una fina línea.

-¿Hay algo que quieras decirme, cariño? -insistió Clark.

Mary meneó la cabeza.

-Nada, sólo me estaba aclarando la garganta.

Clark asintió con un gesto, se empujó las gafas sobre la frente cada vez más despejada y alzó el mapa hasta que casi le rozó la punta de la nariz.

-Bueno -empezó-, tiene que ser el camino de la izquierda, porque es el que va hacia el sur, hacia las cataratas Toketee. El otro se dirige hacia el este. Seguramente es el camino de algún rancho o algo así.

-¿Un camino de rancho con una línea divisoria amarilla? La boca de Clark se empequeñeció un poco más.

-Te sorprendería saber lo bien que les van las cosas a algunos de estos rancheros -replicó.

Mary sopesó la posibilidad de decirle que los tiempos de los exploradores y los pioneros ya habían pasado a la historia, que no se estaba jugando los testículos, pero decidió que prefería mil veces echar una cabezadita bajo el sol de la tarde a discutir con su marido, sobre todo después de la sesión doble de la noche anterior. Y al fin y al cabo, tarde o temprano llegarían a alguna parte,

¿no?

Acunada por aquella idea tan consoladora y con Lou Reed de fondo, cantando un tema sobre la última gran ballena de América, Mary Willingham se durmió. Cuando la carretera que Clark había escogido empezó a deteriorarse, Mary se había sumido en un sueño ligero. Soñaba que estaban de nuevo en la cafetería de Oakridge en la que habían almorzado. Estaba intentando introducir una moneda en el tocadiscos, pero la ranura estaba bloqueada por algo que parecía carne viva. Uno de los niños que había estado jugando en el estacionamiento pasaba junto a ella con su monopatín y la gorra de los Trailblazers puesta del revés.

«¿Qué le pasa a este trasto?», le preguntaba Mary.

El chico se acercaba, echaba un rápido vistazo y se encogía de hombros. «Nada -contestaba-. Es el cuerpo de algún tipo, muerto para ti y para todos. Esto no es cualquier cosa, sino cultura de masas, pichoncito.»

Entonces alargaba la mano, le retorcía el pezón derecho de un modo nada amistoso, por cierto, y se alejaba. Cuando Mary volvía la mirada hacia el tocadiscos, veía que estaba lleno de sangre y objetos oscuros que flotaban y que se parecían sospechosamente a órganos humanos.

«Quizás sea mejor que dejes en paz ese disco de Lou Reed», pensaba Mary. Y de repente, en medio del charco de sangre que crecía tras el vidrio, un disco flotaba hacia el plato, como si le hubiera leído el pensamiento, y Lou Reed empezaba a cantar *Busload ofFaith.*

Mientras Mary tenía aquel sueño cada vez más desagradable, la carretera siguió empeorando; los parches fueron multiplicándose hasta que toda la carretera se convirtió en un remiendo. El disco de Lou Reed, uno de los largos, terminó por fin, y la cinta empezó a sonar de nuevo por la primera cara. Clark ni siquiera se percató de ello. La agradable expresión con la que había iniciado el día había desaparecido por completo. Su boca se había encogido hasta adquirir el aspecto de un capullo. Si Mary hubiera estado despierta, le habría persuadido para que diera la vuelta y retrocediera todos aquellos kilómetros. Lo sabía, al igual que sabía cómo lo miraría si despertaba y veía aquella estrecha serpiente de asfalto troceado, que sólo podía denominarse carretera si uno ponía toda la buena voluntad del mundo, flanqueada de espesos bosques de pinos que se cernían sobre la calzada de tal forma que el asfalto permanecía

siempre en la sombra. No se habían cruzado con un solo coche desde que abandonaran la carretera estatal 42.

Sabía que debería dar la vuelta; Mary no soportaba que se metiera en líos como aquél, aunque siempre olvidaba la gran cantidad de veces que él había conseguido llegar a su destino sin vacilar por carreteras desconocidas. Clark Willingham era uno de los muchos millones de hombres americanos que estaban convencidos de que tenían una brújula en la cabeza. Pese a todo, continuó, obstinado al principio con que tenían que llegar a las cataratas Toketee por aquel camino, y más tarde sólo esperándolo. Además, no había ningún sitio para dar la vuelta. Si lo intentaba, hundiría la Princesa hasta los guardabarros en una de las zanjas lodosas que flanqueaban aquel miserable camino de cabras que no merecía el nombre de carretera..., y quién sabía cuánto tiempo tardaría una grúa en llegar allí, o cuántos kilómetros tendría que recorrer a pie para llamar una.

Por fin llegó a un lugar en el que podía dar la vuelta, otra bifurcación, pero decidió no hacerlo. La razón era bien sencilla. Mientras que la vía de la derecha era un sendero de grava con una tira de hierbajos en el centro, la rama izquierda volvía a ser una carretera ancha, bien pavimentada y dividida por una brillante línea amarilla. Según la brújula cerebral de Clark, aquella carretera se dirigía hacia el sur. Casi olía las cataratas Toketee. Quince kilómetros, tal vez veinticinco; treinta a lo sumo.

No obstante, al menos consideró la posibilidad de dar la vuelta. Cuando se lo contó a Mary más tarde, su mujer lo observó con suspicacia, pero era cierto. Decidió continuar porque Mary había empezado a removerse en su asiento, yestaba casi seguro de que la carretera desigual y llena de baches por la que habían llegado la despertaría si daban la vuelta... y que entonces ella lo miraría con aquellos grandes y hermosos ojos azules suyos. Aquello colmaría el vaso.

Además, ¿por qué perder una hora y media retrocediendo si las cataratas Toketee no estaban más que a un tiro de piedra? «Mira esta carretera -se dijo-. ¿Crees que una carretera así va a quedar cortada de pronto, en ninguna parte?»

Puso la Princesa en primera, tomó el camino de la izquierda y, sí, señor, la carretera quedaba cortada al cabo de un rato. Después de la primera cuesta, la línea divisoria desapareció. Después de la segunda, el pavimento terminó y se hallaron en un maltrecho camino de tierra, con los oscuros bosques cada vez más inclinados sobre ellos y el sol, como Clark advirtió por primera vez, en el lado equivocado del cielo.

El pavimento terminó con demasiada brusquedad como para que Clark tuviera tiempo de frenar y guiar la Princesa suavemente hacia la nueva superficie, y la sacudida de los amortiguadores despertó a Mary, que se incorporó de un salto y miró en derredor con los ojos muy abiertos.

-¿Dónde...? -empezó.

En aquel preciso instante, y para hacer de aquella tarde una ocasión perfecta y completa, la ronca voz de Lou Reed se aceleró hasta que cantó la letra de *Good Evening, Mr. Wal-dheim* a la velocidad de un personaje de dibujos animados.

-¡Oh! -exclamó Mary al tiempo que pulsaba el botón de expulsión.

La cinta salió despedida, seguida de una fea sustancia marrón..., metros de cinta brillante.

La Princesa tropezó con un bache casi sin fondo, dio una sacudida hacia la izquierda y por fin se enderezó y salió del hoyo como un barquito de recreo en plena tempestad.

-¿Clark?

-No digas nada -masculló su marido entre dientes-. No nos hemos perdido. Esto volverá a convertirse en asfalto dentro de un momento, seguramente después de la próxima cuesta. No nos hemos perdido.

Alterada todavía por el sueño que había tenido, aunque no recordaba con exactitud de qué se había tratado, Mary, apenada, dejó la cinta estropeada sobre su regazo. Suponía que podría comprar otra... pero no ahí, en el quinto pino. Echó un vistazo a los árboles que avanzaban hacia el sendero como invitados hambrientos en un banquete, y se dijo que faltaba mucho para llegar a la tienda de Tower Records más cercana.

Miró a Clark, comprobó que tenía las mejillas coloradas y que su boca casi había desaparecido, y decidió que lo más diplomático sería mantener la boca cerrada, al menos de momento.

Si se quedaba callada y no adoptaba una actitud acusatoria, habría más posibilidades de que Clark recobrara el sentido común antes de que aquel camino de cabras acabara en una cantera o en unas arenas movedizas.

-Además, no puedo dar la vuelta en ninguna parte -prosiguió Clark como si Mary se lo hubiera sugerido.

-Ya lo veo -repuso ella en tono neutro.

Clark le lanzó una mirada, tal vez deseoso de discutir, tal vez tan sólo avergonzado y con la esperanza de que Mary no estuviera demasiado cabreada con él, al menos de momento, y a continuación volvió su atención hacia el paisaje. En el centro del sendero se veía ahora una tira de hierbajos, y el camino se había estrechado tanto que si llegaban a cruzarse con otro coche, uno de los dos tendría que dar marcha atrás. Y eso no era todo. El piso de los dos carriles del sendero parecía cada vez menos seguro; los árboles cubiertos de maleza tenían aspecto de estar disputándose su lugar en la empapada tierra.

No había postes de electricidad a lo largo del camino. Mary estuvo a punto de indicárselo a

Clark, pero decidió que sería más sensato no mencionar tampoco ese punto. Su marido condujo en silencio hasta que llegaron a una curva en pendiente. Había esperado algún signo de mejora al otro lado de la cuesta, pero el sendero cubierto de maleza continuaba inexorable. En todo caso, se había tornado más desigual y estrecho, y a Clark empezaba a recordarle los senderos de las fantasías épicas que tanto le gustaba leer, obras de escritores tales como Terry Brooks, Stephen

Donaldson y, por supuesto, J. R. R. f olkien, el padre espiritual de todos los anteriores. En aquellos cuentos, los personajes, que, por lo general, tenían los piespeludos y las orejas en punta, tomaban aquellos senderos descuidados en contra de sus instintos pesimistas, y casi siempre acababan luchando contra gnomos, duendes y esqueletos que blandían mazas.

-Clark...

-Ya lo sé -interrumpió su marido golpeando el volante con la mano izquierda, un golpe seco y frustrado que no hizo más que activar el claxon-. Ya lo sé.

Detuvo el Mercedes, que ya ocupaba la carretera entera (¿Carretera?, diablos, callejuela ya era un nombre demasiado rimbombante para ella), puso punto muerto y se apeó. Mary lo siguió, aunque más despacio.

La fragancia balsámica de los árboles era celestial, y Mary se dijo que había algo hermoso en aquel silencio, un silencio que no se veía interrumpido por el rugido de motor alguno, ni siquiera el zumbido lejano de ningún avión, ni por ninguna voz humana..., pero al mismo tiempo, tenía algo sobrecoge-dor. Incluso los sonidos que oía, el canto de un pájaro en los abetos, el susurro del viento, el sordo gruñido del motor diesel de la Princesa, acentuaban el muro de silencio que los rodeaba.

Mary miró a Clark por encima del techo gris de la Princesa, y en su mirada no había reproche ni enojo, sino una llamada de ayuda. «Sácanos de aquí, ¿de acuerdo? Por favor.»

-Lo siento, cariño. -La preocupación que revelaba su rostro no la tranquilizó en absoluto-. De verdad.

Mary intentó hablar, pero de su boca no brotó sonido alguno en el primer momento.

Carraspeó y volvió a intentarlo.

-¿Qué te parece si damos la vuelta, Clark?

Su marido lo consideró durante unos instantes, en los que el pájaro que había oído tuvo tiempo de volver a emitir su llamada y ser contestado desde las profundidades del bosque, y por último meneó la cabeza.

-Sólo como último recurso. Hay al menos cuatro kilómetros hasta la última bifurcación...

-¿Quieres decir que hemos pasado otra bifurcación? Clark hizo una mueca, bajó la mirada y asintió con la cabeza.

-Dar la vuelta... Bueno, ya ves lo estrecha que es la carretera y el fango que hay en las cunetas. Si nos caemos en una...

Meneó la cabeza y suspiró.

-Así que seguimos.

-Creo que sí. Si la carretera se fastidia del todo, tendré que intentar dar la vuelta, por supuesto.

-Pero para entonces ya estaremos mucho más metidos en el bosque, ¿no?

De momento estaba consiguiendo, y no del todo mal, que el tono acusatorio no apareciera en su voz, pero cada vez le resultaba más difícil. Estaba cabreada con él, muy cabreada, y también cabreada consigo misma, por permitir que los metiera en aquel lío y por tratarlo con la suavidad con que lo estaba tratando en aquel momento.

-Sí, pero prefiero intentar encontrar un lugar para dar la vuelta más adelante que arriesgarme a conducir marcha atrás durante varios kilómetros por este camino de mierda. Si resulta que tenemos que dar marcha atrás, me lo tomaré con calma; conduciré durante cinco minutos, descansaré durante diez y volveré a conducir otros cinco. -Esbozó una sonrisa forzada-. Será una auténtica aventura.

-Oh, sí, eso seguro -repuso Mary mientras se repetía que su definición de aquel tipo de cosas no era aventura, sino coñazo-. ¿Estás seguro de que no quieres seguir sólo porque en realidad crees que encontraremos las cataratas Toke-tee al otro lado de la próxima cuesta?

Durante un instante, la boca de Clark pareció desaparecer por completo, y Mary se preparó para aguantar un chaparrón de justiciera ira masculina. De repente, hundió la cabeza entre los hombros y negó con la cabeza. En aquel momento, Mary vio el aspecto que tendría treinta años más tarde, y aquello la asustó mucho más que estar en el quinto pino, atrapada en una carretera secundaria.

-No -dijo Clark-. Ya he desistido de encontrar las cataratas Toketee. Una de las grandes reglas de viajar por América es que los caminos sin postes eléctricos, al menos a un lado, no llevan a ninguna parte.«Así que él también se había dado cuenta», pensó Mary. -Vamos -prosiguió Clark mientras volvía a subir al coche-. Voy a intentar salir de aquí. Y la próxima vez te haré caso.

«Sí, seguro -pensó Mary entre divertida y resentida-. Eso ya lo has dicho mil veces.»

Pero antes de que Clark pusiera la palanca de cambio en primera, Mary posó una mano sobre la de él.

-Sé que lo harás -dijo, convirtiendo las palabras de él en una promesa-. Y ahora salgamos de este lío.

-Cuenta con ello -repuso Clark.

-Y ten cuidado.

-También puedes contar con eso.

Clark le dedicó una leve sonrisa que la hizo sentirse un poco mejor, y a continuación puso la primera. El gran Mercedes gris, que desentonaba bastante en aquellos profundos bosques, empezó a deslizarse lentamente por el tenebroso sendero.

Avanzaron casi dos kilómetros más según el cuentakilómetros, pero no se produjo cambio alguno en el paisaje, salvo que el camino de carros se estrechó aún más. Mary pensó que los descuidados abetos ya no parecían invitados hambrientos en un banquete, sino espectadores curiosos y morbosos de un terrible accidente. Si el camino se hacía más estrecho, las ramas de los árboles empezarían a arañar los flancos del coche. Entretanto, la tierra que había debajo de los árboles había dejado de ser fangosa para tornarse pantanosa. En algunas depresiones del terreno,

Mary vio charcos de agua estancada cubiertos de polen y agujas de abeto caídas. El corazón le latía demasiado aprisa, y dos veces se sorprendió mordiéndose las uñas, un hábito que creía haber superado definitivamente un año antes de conocer a Clark. Empezaba a darse cuenta de que si se quedaban atascados entonces, lo más probable era que se vieran obligados a pasar la noche en la

Princesa. Y en aquel bosque había animales, los había oído en los alrededores. Algunos de ellos parecían osos. La idea de toparse con un oso mientras estaban ahí parados, mirando el Mercedes atascado, hizo que el corazón de Mary diese un vuelco.

-Clark, creo que será mejor que lo dejemos e intentemos dar marcha atrás. Ya son más de las tres y...

-¡Mira! ¿No es una señal?

Mary entornó los ojos para ver mejor. Ante ellos, el sendero ascendía hacia la cumbre de una colina cubierta de espeso bosque. Cerca de la cima se veía una señal de color azul brillante.

-Sí -asintió-. Es una señal.

-¡Estupendo! ¿Puedes leer lo que dice?

-Aja... Dice: SI HABÉIS LLEGADO HASTA AQUÍ, LA HABÉIS CAGADO DEL TODO.

Clark le lanzó una mirada entre divertida e irritada.

-Muy gracioso, Mare.

-Gracias, Clark. Hago lo que puedo.

-Iremos hasta la cima de la colina, leeremos la señal y veremos lo que hay al otro lado de la cuesta. Si no vemos nada esperanzador, intentaremos dar marcha atrás, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Clark le dio una palmadita en el muslo y a continuación siguió conduciendo con cuidado. El

Mercedes avanzaba con tal lentitud que oían el suave sonido de la maleza al chocar contra los bajos del coche. Mary ya distinguía las palabras escritas en la señal, pero en el primer momento no dio crédito a lo que veía, segura de que se había equivocado... Era una locura. Pero cada vez se hallaban más cerca, y las palabras no cambiaron.

-¿Dice lo que creo que dice? -preguntó Clark. Mary lanzó una carcajada breve y extrañada.

-Sí..., pero debe de ser obra de algún bromista, ¿no crees?

--Ya no creo nada... No hace más que traerme problemas. Pero veo algo que no es una broma. ¡Mira, Mary!

A unos diez metros más allá de la señal, justo antes de Uegar a la cima de la colina, el sendero se ensanchaba de for-ma drástica hasta convertirse de nuevo en una carretera asfaltada y dotada de línea divisoria. Mary sintió que el alivio le quitaba un peso casi físico de encima.

-No te parece precioso? -exclamó Clark con una amplia sonrisa.

Mary asintió con una amplia sonrisa que hacía juego con la de su marido.

Al llegar a la altura de la señal, Clark se detuvo para volver a leerla.

Bienvenidos a Paraíso del Rock and Roll, Oregón

¡COCINAMOS CON GAS! ¡Y USTED TAMBIÉN LO HARÁ! *Rotary Cámara de Comercio Masones*

-Tiene que ser una broma -repitió Mary.

-Quizá no.

-¿Una ciudad llamada Paraíso del Rock and Roll? Venga, Clark.

-¿Y por qué no? Hay un pueblo llamado Verdad o Acción en Nuevo México, otro que se llama Tiburón Seco, en Nevada, y otro en Pennsylvania que se llama Relaciones. Así que, ¿por qué no Paraíso del Rock and Roll, Oregón?

Mary soltó una risita atolondrada. El alivio que sentía era realmente increíble.

-Te lo has inventado.

-¿Qué?

-Relaciones, Pennsylvania.

-No. Una vez, Ralph Ginzberg intentó enviar desde ahí una revista llamada *Eros.* Por el matasellos. Los federales no le dejaron. Te lo juro. ¿Y quién sabe? A lo mejor la ciudad fue

fundada por un puñado de *hippies* naturistas en los sesenta. Se volvieron burgueses, con clubes como el Rotary, los masones, etc., pero conservaron el nombre original.

Lo cierto es que la idea le atraía bastante; la hallaba graciosa y extrañamente encantadora al mismo tiempo.

-Además, no creo que importe. Lo que importa es que hemos vuelto a encontrar una carretera asfaltada como Dios manda, cariño. El tipo de carretera por la que conduce la gente normal.

Mary asintió con un gesto.

-Bueno, pues conduce -pidió-; pero ten cuidado.

-No te preocupes.

La Princesa se deslizó sobre el nuevo pavimento, que no era asfalto sino una suave superficie de tierra apisonada que no mostraba ni un remiendo ni una sola junta de dilatación.

-La cautela es mi...

En aquel momento alcanzaron la cima de la colina, y la frase quedó suspendida en sus labios. Pisó el freno con tal brusquedad que los cinturpnes de seguridad quedaron bloqueados, y a continuación puso la Princesa en punto muerto.

-¡Por las barbas del profeta! -exclamó.

Ambos permanecieron sentados en el Mercedes, con la boca abierta de par en par, contemplando el pueblo que se abría a sus pies.

Se trataba de una joya perfecta, engastada en un valle pequeño y poco profundo que recordaba un hoyuelo. Guardaba un sorprendente parecido, al menos a ojos de Mary, con los cuadros de Norman Rockwell y las ilustraciones de ciudades de provincias de Curtier & Ivés.

Intentó convencerse de que no se debía más que a la geografía, al hecho de que el pueblo estaba rodeado de bosques verde oscuro, ejércitos de abetos viejos y gruesos que crecían muy juntos más allá de los campos, pero había algo más que la mera geografía, y suponía que Clark lo sabía tan bien como ella. Había algo demasiado encantador y equilibrado en las dos agujas de las iglesias, por ejemplo, que se alzaban en el extremo norte y en el extremo sur del parque municipal respectivamente. El edificio rojo situado al este debía de ser la escuela, y la edificación grande y blanca del oeste, rematada por un campanario y una antena parabólica, debía de ser el ayuntamiento. Las casas parecían demasiado pulcras y acogedoras, la clase de domicilios que uno veía en los anuncios inmobiliarios de revistas de antes de la guerra, como el *Satur-"•ay Evening*

Posty American Mercury.«Debería salir humo de al menos una o dos chimeneas», se dijo Mary, y tras observar el lugar con mayor detenimiento, advirtió que así era. De repente, recordó una de las historias de las *Crónicas marcianas,* de Ray Bradbury. Se titulaba «Marte es el paraíso», y en ella, los marcianos habían camuflado el matadero con tal astucia que llegaba a parecer la ciudad soñada por todo el mundo.

-Da la vuelta -dijo de pronto-. Tendrás sitio suficiente si vas con cuidado.

Clark se volvió lentamente hacia ella con una expresión que no hizo ni pizca de gracia a Mary. La estaba mirando como si creyera que se había vuelto loca.

-Cariño, ¿qué estás...?

-No me gusta, eso es todo -insistió ella. Sentía un calor cada vez más intenso en el rostro, pero prosiguió pese a todo.

-Me recuerda una historia de miedo que leí cuando era jovencita. -Hizo una pausa-. Me recuerda la casita de chocolate de Hansel y Gretel.

Clark siguió mirándola con aquella mirada patentada por él y que decía: «No puedo creerlo», y Mary se dio cuenta de que su marido quería bajar al pueblo y que seguía siendo víctima del ataque de testosterona que lo había impulsado a abandonar la carretera principal después de comer. Quería explorar, por Dios. Y quería un recuerdo del pueblo, por supuesto. Se conformaría con una camiseta comprada en la tienda del pueblo, una que dijera algo encantador como HE ESTADO EN PARAÍSO DEL ROCK AND ROLL Y ¿SABES? TIENEN UN GRUPO

DE LA LECHE.

-Cariño... -empezó en el tono que empleaba cuando pretendía engatusarla para hacer algo o morir en el intento.

-Oh, basta. Si quieres hacer algo agradable por mí, da la vuelta y volvamos a la carretera

58. Si lo haces, podrás volver a comer azúcar esta noche. Ración doble, incluso, si te apetece.

Clark exhaló un profundo suspiro. Tenía las manos sobre el volante y los ojos fijos en el parabrisas.

-Echa un vistazo al otro lado del valle, Mary. -Señaló por fin, aunque sin mirarla-. ¿Ves esa carretera que sube por ahí?

-Sí, ya la veo.

-¿Ves lo ancha que es? ¿Lo lisa que es? ¿Lo bien pavimentada que está?

-Clark, eso no es...

-¡Mira! Creo que acabo de ver un verdadero autobús en esa carretera.

Clark señaló una mancha amarilla que reptaba en dirección al pueblo. Su caparazón de metal brillaba con intensidad bajo el sol de la tarde.

-Ya tenemos un vehículo más en este lado del mundo.

-Aun así...

Clark cogió el mapa que había estado sobre la consola, y cuando se volvió hacia ella, Mary advirtió desconcertada que el tono alegre y persuasivo había ocultado por un momento el hecho de que su marido estaba muy cabreado con ella.

-Escucha, Mare, y escucha con atención porque es posible que después te haga algunas preguntas. Quizás pueda dar la vuelta aquí, pero quizás no. Es un tramo más ancho, pero no estoy tan seguro como tú de que sea lo suficientemente ancho. Y el piso me sigue pareciendo bastante blando.

-Clark, no me grites, por favor. Me está empezando a doler la cabeza.

Clark se esforzó por moderar el tono de voz.

-Aunque consigamos dar la vuelta, hay unos veinte kilómetros hasta la carretera 58, y tenemos que recorrerlos por el mismo camino de cabras...

-Veinte kilómetros no es tanto -repuso Mary en un intento de mantenerse firme, aunque sabía que empezaba a flaquear.

Se odió por ello, pero eso no cambiaba las cosas. La acometió la terrible sospecha de que así era como los hombres se salían casi siempre con la suya; no porque tuvieran razón, sino porque nunca cejaban en su empeño. Discutían igual que jugaban al fútbol, y si insistías, casi siempre acababas la discusión con algunos morados en la psique.

-No, veinte kilómetros no es tanto -admitió Clark consu voz más razonable, esa voz que decía: «Estoy intentando no estrangularte, Mary»-. Pero ¿qué me dices de los ochenta que tendremos que recorrer para rodear estos bosques una vez lleguemos a la 58?

-Hablas como si tuviéramos que coger un tren, Clark.

-Es que me cabrea. Ves un pueblo de lo más agradable y con un nombre de lo más gracioso y dices que te recuerda *Viernes 13, XX* o algo así y que quieres dar la vuelta. Y esa carretera -añadió al tiempo que la señalaba- va hacia el sur. Seguro que no tardamos ni media hora en llegar a las cataratas Toketee desde aquí.

-Eso es lo que dijiste en Oakridge... antes de que nos embarcáramos en la parte misteriosa de nuestro viaje.

Clark siguió mirándola con la boca convertida en un diminuto frunce, y a continuación cogió la palanca de cambio.

-A la mierda -gruñó-. Daremos la vuelta. Pero si nos cruzamos con un coche por el camino, con uno solo, acabaremos dando marcha atrás para volver a Paraíso del Rock and Roll.

Así que...

Por segunda vez aquel día, Mary posó una mano sobre la de su marido antes de que éste pudiera poner primera.

-Vamos, sigue -terció Mary-. Lo más probable es que tú tengas razón y yo esté diciendo tonterías.

«Poder discutir de esta manera debe de ser algo innato -se dijo-. O eso o es que estoy demasiado cansada para peleas.»

Apartó la mano, pero Clark no hizo nada durante unos breves instantes.

-Sólo si estás convencida -dijo por fin.

Y aquello era lo más ridículo de todo, ¿no? Ganar no bastaba para un hombre como Clark.

Necesitaba unanimidad. Mary se la había proporcionado en muchísimas ocasiones en las que no estaba convencida en absoluto, pero en aquel momento se dio cuenta de que no era capaz de volver a hacerlo.

-Pero es que no estoy convencida -protestó-. Si me hubieras escuchado de verdad en lugar de limitarte a aguantarme lo sabrías. Es probable que tú tengas razón y que yo esté diciendo tonterías. Lo que tú dices tiene más sentido que lo que pienso yo, eso lo reconozco, por lo menos, y estoy dispuesta a seguir; pero eso no cambiará lo que pienso. Así que por esta vez tendrás que disculparme si no me pongo la faldita de animadora y dirijo los gritos de «¡Vamos, Clark, adelante!».

-¡Madre mía! -exclamó su marido.

Había adoptado una expresión de desconcierto que le confería un aspecto poco característico y desagradablemente infantil.

-Estás de mala baba, ¿verdad, pichoncito?

-Supongo que sí -repuso ella.

Esperaba que su marido no advirtiera lo desagradable que le había resultado aquel apelativo cariñoso. Al fin y al cabo, tenía treinta y dos años y Clark estaba a punto de cumplir los cuarenta y uno. Se sentía un poco demasiado vieja para ser el pichoncito de nadie, y creía que Clark era demasiado viejo para necesitar uno.

De repente, la expresión atribulada desapareció del rostro de su marido y dio paso al Clark que a ella le gustaba, el Clark con el que estaba segura de poder pasar la segunda mitad de su vida.

-Pero estarías muy mona con una faldita de animadora -aseguró mientras fingía medirle el muslo-. Muy mona.

-Eres un tonto, Clark -amonestó ella, aunque sin poder contener una sonrisa.

-Tiene usted toda la razón, señora -asintió él mientras ponía la primera.

El pueblo carecía de afueras, a menos que los escasos campos que lo rodeaban contaran. En un momento dado avanzaban por un sendero sombreado de árboles, al siguiente se vieron rodeados de amplios campos castaños, y de pronto se hallaron pasando junto a hileras de pulcras casitas.

El pueblo aparecía tranquilo pero no desierto. Unos cuantos coches avanzaban perezosos por las cuatro o cinco calles que constituían el centro, y un puñado de peatones paseaban por las aceras. Clark alzó una mano para saludar aun hombre barrigudo y de torso desnudo que regaba el jardín al tiempo que se bebía una lata de Olympia. El hombre barrigudo, al que el sucio cabello le colgaba hasta los hombros en descuidados mechones, los observó al pasar, pero no les devolvió el saludo.

La calle principal producía la misma impresión que los cuadros de Norman Rockwell, aunque tan intensa que provocaba una sensación de *deja vu.* Las aceras estaban flanqueadas de robles robustos y viejos, y así era como debía ser, en cierto modo. No había que ver el único bar del pueblo para saber que se llamaba Bar La Gota y que habría un pavo iluminado exhibiendo las mascotas de Budweiser sobre la barra. En aquel pueblo se aparcaba en batería. Había un poste giratorio de color rojo, azul y blanco ante la barbería El Ultimo Grito; sobre la puerta de la farmacia local, que se llamaba La Afinada, se veía un mortero y un majar. La tienda de animales domésticos, que exhibía un cartel con las palabras TENEMOS SIAMESES, se llamaba El Conejo

Blanco, como la canción de los Jef-ferson Airplane. Todo era tan coherente que daba ganas de vomitar. Lo más coherente era el parque municipal, situado en el centro del pueblo. Sobre la glorieta de la banda se veía un cartel colgado con alambres, y Mary no tuvo dificultad alguna para leer lo que decía, aunque se hallaban a unos cien metros de distancia: ESTA NOCHE

CONCIERTO.

De repente se dio cuenta de que conocía aquel pueblo, pues lo había visto muchas veces en la televisión, a última hora de la noche. Nada de la infernal visión de Marte de Ray Bradbury ni de la casita de chocolate de Hansel y Gretel; aquel lugar se parecía mucho más a El Pueblo Peculiar al que siempre iban a parar los personajes de diversos episodios de la serie de terror *La zona muerta.*

Se inclinó hacia su marido.

-No estamos viajando a través de una dimensión visual ni acústica, Clark, sino mental -anunció en voz baja y ominosa-. ¡Mira!

Señaló con el dedo un punto cualquiera, pero una mujer parada ante el concesionario de coches del pueblo vio el gesto y la miró con ojos entornados y llenos de desconfianza.

-¿Que mire qué? -replicó Clark.

Su voz volvía a sonar irritada, y Mary supuso que ahora se debía a que Clark sabía perfectamente a lo que se refería su mujer.

-Hay una señal ahí delante. Estamos llegando a...

-¡Oh, basta ya, Mare! -la interrumpió Clark al tiempo que metía el coche en un sitio vacío de la calle principal.

-¡Clark! -casi chilló Mary-. ¿Qué estás haciendo?

Su marido señaló a través del parabrisas un establecimiento que ostentaba un nombre desagradable en cierto modo, Restaurante Rock-a-Boogie.

-Tengo sed. Voy a entrar para comprarme una Pepsi enorme. No tienes que venir conmigo.

Puedes quedarte en el coche. Pon el seguro en todas las puertas, si quieres.

Dicho aquello, Clark abrió la puerta. Antes de que pudiera sacar las piernas, Mary lo agarró por el hombro.

-Clark, no vayas, por favor.

Su marido se volvió para mirarla, y Mary se dio cuenta de inmediato de que debería haberse callado el chistecito sobre la señal y la ciudad a la que estaban llegando, típico de *La zona muerta,* y no porque estuviera equivocada, sino porque tenía razón. Ya salía otra vez el macho. Ño había parado porque tuviera sed, nada de eso. Había parado porque aquel extraño pueblo lo había asustado también a él. Tal vez un poco, tal vez mucho, Mary no lo sabía, pero sabía que Clark no tenía intención de seguir hasta estar convencido de que no tenía miedo, ni una pizca.

-No tardaré mucho. ¿Quieres un ginger ale o algo así? Mary oprimió el botón del cinturón de seguridad.

-Lo que quiero es que no me dejes aquí sola.

Clark le lanzó una mirada, como diciendo que ya sabía que lo acompañaría, y a Mary le entraron ganas de arrancarle un par de mechones de cabello.

-Y lo que también quiero es darte una patada en el culo por meternos en esta situación -añadió.

Le complació comprobar que la expresión indulgente de su marido se trocaba en otra de dolida sorpresa.

-Vamos. Reposta en la boca de incendios más próxima y luego sácame de aquí, Clark.-

¿Boca de incendios...? Mary, ¿de qué narices estás hablando?

-¡De los refrescos! -casi gritó Mary mientras se decía que era realmente increíble que unas buenas vacaciones con un buen hombre pudieran irse al garete en tan poco tiempo.

Miró al otro lado de la calle y vio a dos muchachos de pelo largo. También bebían Olympia y estaban observando a los forasteros. Uno de ellos llevaba un maltrecho sombrero

de copa. La margarita de plástico colocada en la banda se balanceaba con el viento. Los brazos de su compañero estaban surcados de tatuajes desvaídos. A Mary le parecían la clase de tipos que han dejado el instituto en segundo de BUP por tercera vez a fin de tener más tiempo para reflexionar sobre los placeres de juguetear con motores y forzar a las chicas en la primera cita.

Y lo más extraño era que le resultaban familiares.

Los muchachos la sorprendieron mirando. El del sombrero de copa levantó una mano y agitó los dedos en su dirección. Mary apartó la mirada con rapidez y se volvió hacia Clark.

-Vamos a comprar las bebidas y luego nos largamos de aquí cuanto antes.

-De acuerdo -asintió él-. Y no hacía falta que me gritaras, Mary; estaba justo a tu lado y...

-Clark, ¿ves a esos dos tipos al otro lado de la calle?

-¿Quedos tipos?

Mary se giró a tiempo de ver a Sombrero de Copa y a Tatuajes entrar en la barbería.

Tatuajes miró por encima del hombro, y aunque no estaba del todo segura, Mary creyó que le había guiñado un ojo.

-Esos que están entrando en la barbería. ¿Los ves?

Clark miró, pero lo único que vio fue una puerta que se cerraba y los deslumbrantes destellos que el sol arrancaba del vidrio.

-¿Y qué pasa con ellos?

-Pues que me resultan familiares.

-¿Ah, sí?

-Sí. Pero me cuesta creer que alguna de las personas que conozco se haya mudado a

Paraíso del Rock and Roll, Oregón, para aceptar empleos gratificantes y bien pagados como haraganes.

Clark lanzó una carcajada y la tomó por el codo.

-Vamos -dijo al tiempo que la conducía al interior del Restaurante Rock-a-Boogie.

El Rock-a-Boogie contribuyó en gran medida a aplacar los temores de Mary. Había esperado encontrarse con un antro grasicnto, no muy diferente del tenebroso y bastante sucio agujero de Oakridge en el que habían parado para almorzar. En lugar de ello, entraron en una cafetería luminosa y agradable, con un aire muy de los años cincuenta. Paredes de baldosas azules, vitrina cromada para pasteles, pulido suelo de parquet amarillo, ventiladores de techo que giraban perezosos sobre sus cabezas. La esfera del reloj de pared estaba rodeada de delgados tubos de neón rojo y azul. Dos camareras en uniformes de rayón verde mar, que a Mary se le antojaron trajes procedentes de *American Graffiti,* estaban junto a la inmaculada ventanilla de acero que había entre el restaurante y la cocina. Una de ellas era joven, de apenas veinte años, si es que llegaba, y cierta belleza desvaída. La otra, una mujer bajita con una espesa melena rizada de color fuego, tenía una expresión dura que a Mary se le antojó áspera y desesperada a un tiempo... Y había algo más. Por segunda vez en escasos minutos, Mary tuvo la intensa sensación de que conocía a alguien en aquel pueblo.

Sobre la puerta sonó un timbre cuando Clark y Mary entraron en el restaurante. Las camareras los miraron.

-Hola, qué tal -saludó la más joven-. Voy ahora mismo.

-No, creo que tardaremos un poco -replicó la pelirroja-. Estamos muy ocupadas, ¿lo ven?

Recorrió con un gesto la estancia, desierta como sólo puede estarlo un restaurante de pueblo en las horas que median entre la comida y la cena, y se rió alegremente de su propia ocurrencia.

Al igual que la voz, la risa poseía una cualidad ronca y quebrada que Mary asociaba con whisky y ci-gárrulos. «Pero conozco esa voz -pensó-. Juraría que la conozco.»

Se volvió hacia Clark y vio que estaba mirando como hipnotizado a las camareras, que habían reanudado su conversación. Se vio obligada a tirarle de la manga para llamar su atención, y después tuvo que volver a tirar de ella cuando Clark se dirigió hacia las mesas que

había en la parte izquierda del local. Mary quería que se sentaran en la barra. Quería comprar los malditos refrescos en vasos para llevar y largarse de ahí.

-¿Qué te pasa? -le preguntó en un susurro.

-Nada -repuso él-. Creo.

-Parecía como si se te hubiera comido la lengua el gato.

-Ésa es la sensación que he tenido por un momento -contestó su marido, pero antes de que Mary pudiera pedirle explicaciones, Clark ya había dirigido su atención hacia el tocadiscos del local.

Mary se sentó a la barra.

-Voy ahora mismo, señora -repitió la camarera más joven.

A continuación, se acercó más a su compañera de voz ronca para oír lo que decía. A juzgar por su expresión, Mary supuso que a la joven no le interesaba gran cosa lo que decía la pelirroja.

-¡Mary, este tocadiscos es fantástico! -exclamó Clark en tono complacido-. ¡Cantidad de cosas de los cincuenta! Los Moonglows..., Los Five Satins..., Shep and the Limeli-tes..., La

Vern Baker! ¡Madre mía, La Vern Baker cantando *Tweedlee Deel* ¡No he oído esa canción desde que era un crío!

-Bueno, pues guárdate el entusiasmo. Sólo hemos venido a comprar bebidas para llevar,

¿te acuerdas?

-Si, si.

Dirigió una última mirada al tocadiscos, exhaló un suspiro de irritación y por último se unió a ella en la barra. Mary sacó la carta del soporte colocado junto al salero y al pimentero, sobre todo para no tener que ver ni el ceño fruncido ni el labio inferior de su marido. «Mira - decía

Clark sin pronunciar palabra (un rasgo que, según había descubierto, era uno de los efectos retardados más discutibles del matrimonio)-, he conseguido abrirme camino por la selva mientras tú dormías, he matado al búfalo, he luchado contra los indios, te he traído sana y salva a este encantador oasis en medio del desierto, ¿y cómo me lo agradeces? Ni siquiera me dejas poner

Tweedle-Dee en el tocadiscos.»

«Da igual -se dijo Mary-. En seguida nos iremos, así que da igual.»

Buen consejo. Mary lo siguió concentrando toda su atención en la carta. Hacía juego con los uniformes de rayón, el reloj de neón, el tocadiscos y la decoración en general (que, aunque muy discreta, sólo podía describirse como de mediados de siglo). El frankfurt no era un frankfurt, sino un perrito caliente. La hamburguesa con queso era un Emparedado Rollizo y la hamburguesa doble con queso era un Big Bopper. La especialidad de la casa era una pizza completa. «Con todo menos orquesta», decía la carta.

-Qué mono -murmuró-. Shubidua, shubidua y todo eso.

-¿Qué dices?

Mary meneó la cabeza.

La camarera joven se acercó a ellos mientras sacaba la li-bretita del bolsillo del delantal. Les dedicó una sonrisa, pero a Mary le pareció de compromiso. La mujer parecía estar cansada y encontrarse mal. Tenía una costra sobre el labio superior, y sus ojos ligeramente inyectados en sangre recorrían la habitación sin cesar. Parecían posarse en todo menos en sus clientes.

-¿Qué les pongo?

Clark se acercó para coger la carta que sostenía Mary. Ella se apartó.

-Una Pepsi y un ginger ale grandes para llevar, por favor.

-Deberían probar la tarta de cerezas -exclamó la pelirroja con su voz ronca.

La camarera pareció acobardarse al oír la voz de su compañera.

-¡Rick acaba de hacerla! Tendrán la impresión de que han muerto y están en el paraíso - añadió sonriéndoles y conlos brazos en jarras-. Claro que ya están en Paraíso, pero ya saben lo que quiero decir.

-Gracias -empezó Mary-, pero tenemos mucha prisa y...

-Pues sí, ¿por qué no? -la interrumpió Clark. Su voz le llegaba desde muy lejos.

-Dos trozos de tarta.

Mary le propinó una patada en el tobillo, una patada fuerte, pero Clark no dio signos de haberse enterado. Estaba mirando de nuevo a la pelirroja, ahora con la boca abierta de par en par.

La pelirroja se daba perfecta cuenta de ello, pero no parecía importarle. Levantó una mano y se atusó la rebelde melena con ademanes perezosos.

-Dos refrescos para llevar, dos trozos de tarta para comer aquí -confirmó la camarera más joven.

Les dirigió otra mirada nerviosa mientras sus inquietos ojos examinaban la alianza de Mary, el azucarero, uno de los ventiladores del techo.

-¿Lo quieres *a la mode?* -preguntó mientras colocaba dos servilletas y dos tenedores sobre la barra.

-S... -empezó Clark.

-No -lo interrumpió Mary a toda prisa.

La vitrina cromada se hallaba en el otro extremo de la barra. En cuanto la camarera se dirigió hacia allí, Mary se inclinó hacia su marido.

-¿Por qué me haces esto, Clark? -masculló-. Sabes perfectamente que quiero largarme de aquí.

-Esa camarera. La pelirroja. ¿No es...?

-¡Y deja ya de mirarla! -susurró Mary furiosa-. ¡Pareces un crío intentando mirarle las bragas a una niña por debajo de la falda!

Clark apartó la mirada de la camarera... pero con un esfuerzo.

-¿Es el vivo retrato de Janis Joplin o es que me he vuelto loco?

Con un sobresalto, Mary miró de nuevo a la pelirroja. Se había girado un poco para hablar con el cocinero a través de la ventanilla, pero Mary todavía distinguía dos terceras partes de su rostro, y eso le bastó. Un chasquido casi audible le cruzó la mente cuando sobrepuso la cara de la pelirroja sobre la que aparecía en la portada de unos discos que todavía tenía..., discos de vinilo impresos en una época en que nadie tenía walkman y en que el concepto del compact disc habría sido tildado de ciencia ficción; discos empaquetados en cajas de cartón de la licorería del barrio y guardados en algún ático polvoriento; discos con títulos tales como *Big Brother and the Holding*

Company, Cheap Thrills y *Pearl.* Y el rostro de Janis Joplin, aquel rostro dulce y sencillo que se había tornado viejo, áspero y marcado demasiado pronto. Clark tenía razón: la cara de aquella mujer era el vivo retrato de la que aparecía en las portadas de aquellos viejos discos.

Salvo que no era sólo la cara, y Mary sintió que el temor se adueñaba de ella, haciendo que su corazón se tornara de repente ligero, vacilante y peligroso.

Era la voz.

Le vino a la memoria el aullido estremecedor y agudo de Janis al comienzo de *Piece ofmy*

Heart. Comparó aquel grito desgarrado y alcohólico con la voz ronca de whisky y Marlboro de la pelirroja, al igual que había hecho con los rostros, y supo que si la camarera empezaba a cantar aquella canción, su voz sonaría exactamente igual que la de la muchacha muerta de Texas.

«Porque es la muchacha muerta de Texas. Felicidades, Mary, te ha costado treinta y dos años, pero por fin lo has conseguido; has visto tu primer fantasma.»

Intentó desterrar aquella idea de su mente, intentó convencerse de que cierta combinación de factores, uno de los cuales era, sin duda, el estrés que le había producido el hecho de perderse, la habían conducido a hacer comparaciones peregrinas; pero aquellas reflexiones racionales no tenían ninguna oportunidad contra la certeza que sentía en las entrañas... Estaba viendo un fantasma.

De repente, todo su cuerpo sufrió un extraño cambio. El corazón empezó a latirle con violencia, como un corredor repleto de adrenalina al tomar la salida en una eliminatoria olímpica.

La adrenalina le oprimió el estómago y le golpeó eldiafragma como un trago de coñac. Sentía las axilas empapadas en sudor y las sienes húmedas. Lo más asombroso era el modo en que el color inundó el mundo, confiriendo a todos los objetos, el neón del reloj, la pulcra ventanilla de la cocina, los trazos de colores del tocadiscos, un aspecto irreal y, al mismo tiempo, demasiado real.

Oía el sonido de los ventiladores al surcar el aire sobre su cabeza, un sonido profundo y rítmico que recordaba una mano acariciando una prenda de seda; percibía el olor de carne refrita procedente de la plancha situada en la habitación contigua. Y al mismo tiempo, sintió que estaba a punto de perder el equilibrio y desplomarse al suelo en un letargo mortal.

«¡Contrólate, mujer! -se ordenó con desesperación-. Tienes un ataque de pánico, nada más... Nada de fantasmas, monstruos ni demonios; sólo un ataque de pánico global, de los de siempre, no es la primera vez que te pasa; los tenías antes de los exámenes importantes en la universidad; tuviste uno el primer día que te tocó dar clase en una escuela, y otro cuando tuviste que hablar delante de la asociación de padres. Ya sabes lo que es y puedes afrontarlo. No vas a desmayarte, así que contrólate, ¿me oyes?»

Cruzó los dedos de los pies dentro de los zapatos de tacón bajo y los apretó con toda la fuerza de que era capaz, concentrándose en la sensación, utilizándola en un esfuerzo por volver a la realidad y alejarse de aquel lugar excesivamente brillante que sabía era la antesala del desmayo.

-Cariño -la llamó la voz de Clark desde muy lejos-. ¿Estás bien?

-Sí, muy bien -repuso su propia voz desde el mismo lugar.

No obstante, sabía que estaba más cerca de lo que habría estado si hubiera intentado hablar quince segundos antes. Sin dejar de oprimir los dedos de los pies unos contra otros, cogió la servilleta que había dejado la camarera, deseosa de sentir su textura, otro punto de contacto con la realidad y otro modo de alejar el pánico, la sensación irracional (porque era irracional, ¿no?) que se había apoderado de ella con tanta fiereza. Se llevó la servilleta al rostro con intención de secarse el sudor de la frente, y en aquel instante vio que había algo escrito en el dorso, unas palabras garabateadas débilmente con un lápiz que había rasgado el frágil papel. Mary leyó el mensaje escrito en mayúsculas.

VAYANSE DE AQUÍ ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE.

-Mare, ¿qué te pasa?

La camarera con el herpes en el labio superior y los ojos inquietos y atemorizados se acercó a ellos con la tarta. Mary dejó caer la servilleta sobre su regazo.

-Nada -aseguró con serenidad.

Cuando la camarera colocó los platos frente a ellos, Mary se obligó a mirarla a los ojos.

-Gracias -dijo.

-De nada -farfulló la muchacha mirando a Mary fijamente por un instante antes de que sus ojos volvieran a recorrer todos los rincones del local.

-Veo que has cambiado de idea acerca de la tarta.

Clark pronunció aquellas palabras en el tono condescendiente y sabelotodo tan característico de él y que tanto enfurecía a Mary. «¡Mujeres! -decía aquel tono-. Dios mío, mira que son raras. A veces no basta con darles de comer, sino que tienes que alimentarlas con cucharilla.

Forma parte del trabajo. No es fácil ser hombre, pero hago lo que puedo, sí, señor.»

-Bueno, es que tiene muy buen aspecto -repuso Mary, maravillada por la normalidad de su voz.

Dedicó una radiante sonrisa a Clark, consciente de que la pelirroja que se parecía a Janis

Joplin no les quitaba ojo de encima.

-No puedo creer lo mucho que se parece a... -empezó Clark.

Mary le propinó otra patada en el tobillo, pero esta vez con todas sus fuerzas, sin andarse con chiquitas. Clark resopló de dolor y abrió los ojos de par en par, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Mary le pasó la servilleta con el mensaje garabateado en lápiz.

Clark bajó la cabeza. Lo miró. Y Mary empezó a rezar, a rezar de verdad, por primera vez en unos veinte años. «Por favor, Dios, haz que vea que no es una broma. Haz que vea queno es una broma, porque esa mujer no sólo se parece a Janis Joplin, sino que es Janis Joplin, y tengo una sensación terrible acerca de este pueblo, una sensación espantosa.»

Clark levantó la cabeza, dando al traste con las esperanzas de Mary. En su expresión vio confusión y exasperación, pero nada más. Clark abrió la boca para hablar... y siguió abriéndola hasta que no pudo más, como si alguien le hubiera arrebatado los soportes que le sujetaban la mandíbula.

Mary siguió su mirada. El cocinero, enfundado en un inmaculado uniforme blanco y con un gorrito blanco ladeado sobre un ojo, había salido de la cocina y estaba apoyado en la pared de azulejos con los brazos cruzados. Estaba hablando con la pelirroja. La camarera joven estaba junto a ellos, mirándolos con una combinación de terror y cansancio.

«Si no se larga de aquí muy pronto, ya sólo sentirá cansancio -se dijo Mary-. O tal vez apatía.»

El cocinero era increíblemente apuesto, tan guapo que a Mary le resultaba imposible calcular la edad que tendría. Entre treinta y cinco y cuarenta y cinco, seguramente, pero era incapaz de precisar más. Al igual que la pelirroja, le resultaba familiar. El cocinero los miró con unos ojos azules, muy separados y rodeados de espléndidas pestañas. Les dedicó una breve sonrisa antes de volver su atención hacia la pelirroja y decirle algo que la hizo lanzar una áspera carcajada.

-Dios mío, es Rick Nelson -susurró Clark-. No puede ser, es imposible. Rick Nelson murió en un accidente de avión hace unos seis o siete años, pero es él.

Mary abrió la boca para decirle que se equivocaba, dispuesta a descartar aquella idea tan absurda aunque a ella ya le resultaba imposible creer que la camarera pelirroja no fuera Janis

Joplin, la ruidosa cantante de *blues* muerta tantos años antes. Sin embargo, antes de que pudiera articular palabra, percibió de nuevo aquel chasquido, el chasquido que había convertido la vaga comparación en absoluta certeza. Clark había logrado dar nombre a aquel rostro porque le llevaba casi nueve años, porque escuchaba la radio y miraba *Escenario Americano* cuando Rick Nelson era Ricky Nelson y cuando canciones como *Be-Bop Baby* y *Lonesome Town* eran números uno, no sólo temas polvorientos desterrados a las emisoras nostálgicas que escuchaban los hijos del boom de la pildora, personajes ya canosos. Clark lo reconoció primero, pero ahora que se lo había señalado, Mary no podía negarlo.

¿Qué había dicho la camarera pelirroja? «Deberían probar la tarta de cerezas. ¡Rick acaba de hacerla!»

Y ahí, a unos siete metros de distancia, la víctima mortal de un accidente aéreo estaba contando un chiste a la víctima mortal de una sobredosis de heroína... y debía de ser un chiste verde, a juzgar por la expresión de ambos.

La pelirroj a echó la cabeza hacia atrás y lanzó otra carcaj ada ronca. El cocinero esbozó una sonrisa, y los hoyuelos se acentuaron junto a las comisuras de sus labios gordezuelos. Y la camarera más joven, la del herpes y los ojos aterrados, miró a Clark y a Mary, como diciendo: «¿Lo ven? ¿Lo están viendo?».

Clark seguía mirando fijamente al cocinero y a la camarera con aquella alarmante expresión de confusa certeza, el rostro tan alargado que parecía reflejado en el espejo de un laberinto de feria.

«Lo van a notar si es que no lo han notado ya -se dijo Mary-. Y entonces habremos perdido cualquier oportunidad de salir de esta pesadilla. Creo que será mejor que te hagas cargo de la situación, pequeña, y deprisa. La cuestión es, ¿qué vas a hacer?»

Alargó una mano hacia la de su marido, con la intención de oprimírsela, pero entonces decidió que aquello no bastaría para cerrar la boca. En lugar de ello, bajó la mano y le apretó

las pelotas... con todas sus fuerzas. Clark dio un respingo como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y se volvió hacia ella con tal brusquedad que estuvo a punto de caerse del taburete.

-Me he dejado el monedero en el coche -dijo Mary con una voz que se le antojó demasiado frágil y alta-. ¿Te importaría ir a buscarlo, Clark?

Miró a su marido con labios sonrientes y los ojos clavados en los de él con total concentración. Había leído, probable-mente en alguna estúpida revista femenina mientras esperaba su turno en la peluquería, que cuando llevas diez o veinte años viviendo con el mismo hombre, desarrollas un leve vínculo telepático con él. Dicho vínculo, proseguía el artículo, resulta de lo más práctico cuando tu marido invita a su jefe a cenar sin llamarte antes, o cuando le has pedido que te traiga una botella de Amaretto y un cartón de nata del supermercado. En aquel momento, Mary intentó transmitirle un mensaje mucho más importante... y lo intentó con todas sus fuerzas.

«Vamos, Clark. Ve, por favor. Esperaré diez segundos y después saldré corriendo. Y si no estás al volante y con la llave en el contacto cuando llegue, tengo la sensación de que estaremos muy, pero que muy jodidos.»

Y al mismo tiempo, una Mary más profunda decía con timidez: «Es un sueño, ¿verdad?

Quiero decir que... es un sueño, ¿no?».

Clark la miraba con atención, los ojos llenos de lágrimas por el apretón que le había dado..., pero al menos no se estaba quejando. Por un instante, desvió la mirada hacia la pelirroja y el cocinero, comprobó que seguían absortos en su conversación (por lo visto, ahora era ella la que estaba contando un chiste), y a continuación se volvió de nuevo hacia Mary.

-Quizás se ha caído debajo del asiento -continuó ella con aquella voz demasiado frágil y alta antes de que Clark pudiera pronunciar palabra-. Es el rojo.

Tras un momento de silencio que se le antojó eterno, Clark asintió con una leve inclinación de cabeza.

-De acuerdo.

Mary podría haberle besado al comprobar que hablaba en tono completamente normal.

-Pero no te comas mi trozo de tarta mientras estoy fuera.

-Vuelve antes de que me acabe el mío y no pasará nada -repuso al tiempo que se metía un pedazo en la boca.

La tarta le resultaba completamente insulsa, pero aun así esbozó una sonrisa. Sí, señor.

Sonrió como la Reina de la Gran Manzana que había sido en cierta ocasión.

Clark empezó a bajarse del taburete, y de repente, desde el exterior, llegó una serie de notas de guitarra amplificadas; no eran acordes, sino simples notas golpeadas. Clark dio otro respingo y

Mary alargó una mano para aferrarse al brazo de su marido. El corazón, que ya había recobrado su ritmo normal, empezó a latirle de nuevo con gran violencia.

La pelirroja y el cocinero... incluso la camarera más joven, que, gracias a Dios, no se parecía a ningún famoso, miraron indiferentes a través de los ventanales del Rock-a-Boogie.

-No se preocupe, querida -dijo la pelirroja-. Sólo están empezando la prueba de sonido para el concierto de esta noche.

-Exacto -corroboró el cocinero con sus ojos azules clavados en Mary-. Tenemos concierto casi cada noche. «Sí-pensó Mary-. Claro. Claro que sí.» Una voz monótona y al tiempo divina tronó desde el parque municipal, una voz tan fuerte que casi podía romper ventanas.

Mary, que había asistido a unos cuantos conciertos de rock, pudo situarla sin problema alguno en un contexto concreto. Le recordaba la imagen de «pipas» de cabello largo y expresión aburrida que se paseaban por el escenario antes de que se encendieran las luces, sorteando con gracia los bosques de amplis y micros, arrodillándose de vez en cuando para empalmar dos cables.

-¡Probando! -gritó la voz-. ¡Probando, uno dos, probando, uno dos!

Otro rasgueo de guitarra que tampoco era un acorde, pero que ya se acercaba más. Un redoble de batería. A continuación un rápido *riffde* trompeta sacado de *Instant Karma* y acompañado por el leve golpeteo de unos bongos. ESTA NOCHE CONCIERTO, a lo

Norman Rockwell, anunciaba el cartel del parque municipal, y Mary, que se había criado en

Elmira, Nueva York, había asistido a bastantes conciertos gratis al aire libre cuando era pequeña.

Aquéllos sí habían sido conciertos a lo Norman Rockwell, en los que la banda, consistente en tipos con el uniforme de voluntarios de los bomberos porque no podían permitirse uniformes de banda, se abría paso por entre marchas algo desafinadas y el Cuarteto de la Barbería local, y tocaba cosas como *Shenandoah* y *I've Got a Galfrom Kalamazoo.*Tenía la impresión de que el concierto de Paraíso del Rock and Roll no se parecería mucho a las sesiones musicales en las que ella y sus amigos se dedicaban a corretear por ahí blandiendo bengalas cuando el atardecer daba paso a la noche cerrada.

Tenía la impresión de que estos conciertos al aire libre tendrían más de Goya que de

Norman Rockwell.

-Voy a buscar tu monedero -dijo Clark-. Que aproveche.

-Gracias, Clark.

Mary se metió otro pedazo de tarta insulsa en la boca y observó a su marido acercarse a la puerta. Caminaba a cámara lenta, de un modo que a los espantados ojos de Mary parecía absurdo y al mismo tiempo horrible. «Por lo que a mí respecta, no estoy en la misma habitación con un par de cadáveres famosos -decía su andar-. Cómo, ¿yo preocupado?»

«¡Date prisa! -quería gritar Mary-. ¡Olvida los andares de pistolero y mueve el culo!»

El timbre de la puerta sonó; la puerta se abrió en el momento en que Clark alargaba la mano para abrirla, y otros dos téjanos muertos entraron en el restaurante. El de las gafas oscuras era Roy

Orbison. El de las de montura de concha era Buddy Holly.

«Toda la peña de Texas», pensó Mary en un arranque de locura, a la espera de que los dos hombres agarraran a su marido y se lo llevaran.

-Perdón, señor -dijo el hombre de las gafas oscuras con toda cortesía.

Y en lugar de coger a Clark, se hizo a un lado para dejarlo pasar. Clark asintió en silencio

(de pronto, Mary tuvo la seguridad de que no podía hablar) y salió a la brillante luz del sol.

Dejándola sola con los muertos. Y aquella idea pareció conducirla de forma natural a otra aún más horrible; Clark iba a marcharse sin ella. De pronto tuvo la certeza de que lo haría. No porque quisiera, y desde luego, no porque fuera un cobarde, pues la situación trascendía toda cuestión de cobardía o valentía, y suponía que la única razón por la que no estaban ya arrastrándose y babeando por el suelo era por la rapidez con que se había desencadenado... No, se marcharía sin ella porque no podría hacer otra cosa. El reptil que anidaba en lo más profundo de su mente, el responsable del instinto de supervivencia, saldría de su asquerosa guarida y se haría cargo de la situación.

«Tienes que salir de aquí, Mary», le advirtió una voz interior, la voz de su propio reptil, en un tono que la asustó. Era una voz más razonable de lo que tenía derecho a ser en vista de la situación, y tenía la sensación de que aquella razón tan dulce podía dar paso a dementes chillidos en cualquier momento.

Mary apartó un pie de la barandilla situada bajo la barra y lo apoyó en el suelo, intentando al mismo tiempo mentali-zarse para la huida, pero antes de que estuviera dispuesta, una mano estrecha se posó sobre su hombro. Al levantar la cabeza, vio el rostro sonriente y confiado de

Buddy Holly.

Había muerto en 1959, un dato que Mary recordaba de la película en la que Gary Busey había interpretado el personaje de Buddy. Habían pasado más de treinta años desde su muerte, pero Buddy Holly seguía siendo un desgarbado muchacho de veintitrés años que aparentaba

diecisiete, de grandes ojos tras los cristales de sus gafas y una nuez que subía y bajaba con rapidez, como si tuviera vida propia. Llevaba una fea cazadora a cuadros y una corbata de lazo. El alfiler de corbata era una gran cabeza de buey cromada. El rostro y el gusto de un paleto, podría decirse, pero el rictus de la boca tenía algo demasiado sabio, demasiado oscuro y, por un momento, la mano se aferró a su hombro con tal fuerza que Mary percibió las duras callosidades de las yemas de los dedos del muchacho... Callosidades causadas por la guitarra.

-Qué tal, cariño -la saludó.

El aliento le olía a chicle de clavo. En el cristal izquierdo de las gafas se veía una finísima grieta que descendía en zigzag.

-No te había visto nunca por estos parajes.

Aunque pareciera increíble, Mary se llevó otro trozo de tarta a la boca, y su mano ni siquiera vaciló cuando una bola de relleno de tarta aterrizó de nuevo en el plato. Más increíble aún, consiguió deslizar el tenedor entre los labios al tiempo que esbozaba una leve y cortés sonrisa. -

No -repuso.

De algún modo, sabía que no podía dejar que aquel hombre notara que lo había reconocido.

Si lo advertía, cualquier posibilidad que tuvieran ella y Clark de salir de ahí se esfumaría por completo.

-Mi marido y yo... pasábamos por aquí, ya sabe.

¿Y se habría marchado ya Clark, intentando desesperadamente respetar el límite de velocidad, con el rostro bañado en sudor, mirando una y otra vez por el espejo retrovisor? ¿Se habría marchado?

El hombre de la cazadora a cuadros sonrió, dejando al descubierto unos dientes demasiado grandes y afilados.

-Sí, ya sé, y tanto que lo sé... Un día por aquí y otro por allá. ¿Van por ahí los tiros, eh?

-Pues yo preferiría estar por allá -replicó Mary.

Al oír aquello, los recién llegados se miraron y a continuación lanzaron una carcajada. La camarera joven los miraba con sus ojos asustados e inyectados en sangre.

-No ha estado nada mal -comentó Buddy Holly-. Pero usted y su hombre tendrían que pensar en quedarse por aquí un rato. Al menos para el concierto de esta noche. Es un espectáculo de narices, se lo digo yo.

De repente, Mary se dio cuenta de que el ojo que había detrás del vidrio agrietado estaba lleno de sangre. Cuando la sonrisa de Holly se amplió y formó arrugas en los rabillos de sus ojos, una gota roja le cayó sobre el párpado inferior y le resbaló por la mejilla como una lágrima.

-¿Verdad, Roy?

-Sí, señora, es verdad -corroboró el hombre de las gafas oscuras-. Hay que verlo para creerlo.

-No lo dudo -terció Mary con voz débil.

Sí, Clark se había ido. Ahora estaba segura de ello. El Niño de la Testosterona se había largado con viento fresco, y suponía que la asustada camarera del herpes no tardaría en llevarla a la trastienda, donde la estarían esperando su propio uniforme de rayón y su libretita.

-Para contar a los amigos -aseguró Holly con orgullo-; se lo digo yo.

La gota de sangre cayó de su rostro y fue a parar al asiento del taburete que Clark había ocupado hasta hacía un momento.

-Quédense. No se arrepentirán -insistió Holly mientras miraba a su amigo en busca de apoyo.

El hombre de las gafas oscuras se había unido al cocinero y las camareras. En aquel momento, posó una mano sobre la cadera de la pelirroja, que colocó la suya sobre la del hombre y lo miró sonriendo. Mary vio que las uñas de los dedos cortos y rechonchos de la mujer estaban comidas hasta la base. Una cruz maltesa pendía en el escote de la camisa de Roy Orbison, quien asintió con un gesto y esbozó una sonrisa.

-Nos encantaría que se quedaran, señora, y no sólo por una noche... Quédense a hacernos compañía, eso era lo que decíamos en mi pueblo.

-Se lo preguntaré a mi marido -se oyó decir Mary. «Si es que lo vuelvo a ver alguna vez», añadió mentalmente.

-¡Eso es, encanto! -exclamó Holly-. ¡Así se habla!

A continuación, y ante el increíble asombro de Mary, le oprimió el hombro una vez más y se alejó dejando libre el camino hacia la puerta. Y más increíble aún, comprobó que la rejilla del radiador del Mercedes y el símbolo distintivo del capó seguían afuera.

Buddy se unió a su amigo Roy, le guiñó un ojo, lo cual provocó una nueva lágrima sangrienta, y a continuación le metió mano a Janis. Ésta lanzó una exclamación indignada, y en aquel instante, una nube de gusanos salió despedida de su boca. La mayoría cayeron al suelo, entre sus pies, pero algunos se le quedaron pegados en el labio inferior, donde siguieron retorciéndose.

La camarera joven se volvió de espaldas con una mueca triste y asqueada, al tiempo que se llevaba una mano al rostro a modo de protección. Y para Mary Willingham, que de repente comprendió que sin duda habían estado jugando con ella desde el principio, correr dejó de ser un movimiento planeado para convertirse en una reacción instintiva. Se levantó de un salto y corrió como un rayo hacia la puerta.

-¡Oiga! -gritó la pelirroja-. ¡Oiga, no ha pagado la tarta ni el café! ¡Esto no es un casa de caridad, zorra! ¡Rick! ¡Buddy! ¡A por ella!

Mary agarró el pomo de la puerta, pero éste se le escurrió entre los dedos. Oyó el sonido de pasos que se acercaban tras ella. Volvió a coger el pomo, logró hacerlo girar y abrió la puerta con tal violencia que arrancó el timbre que sonaba cuando se abría. De repente, una mano estrecha y llena de callos la agarró justo por encima del codo. Los dedos ya no la oprimían, sino que la pellizcaban. Percibió que un nervio reaccionaba con rapidez, enviando agudas señales de dolor desde el codo hasta la parte izquierda de la mandíbula antes de dormirle el brazo.

Mary lanzó el puño derecho hacia atrás como si fuera un palo de criquet de mango corto, y golpeó lo que parecía el delgado escudo óseo de una pelvis masculina. Oyó un gruñido de dolor

(al parecer, sentían dolor, por muertos que estuvieran) y la presión de la mano cedió. Mary se apartó de un tirón y salió dando tumbos, con el cabello alborotado en todas direcciones por el miedo.

Sus aterrados ojos se clavaron en el Mercedes, que seguía aparcado en la calle. Bendijo a

Clark por quedarse. Y por lo visto, había captado todo el mensaje, porque estaba sentado al volante en lugar de buscar el monedero debajo del asiento, y puso en marcha el Mercedes en el mismo momento en que la vio salir del Rock-a-Boogie.

El hombre de la chistera con la margarita y su compañero tatuado se hallaban de nuevo ante la barbería, observando impávidos a Mary mientras abría de golpe la puerta del coche. Mary creyó reconocer al de la chistera; tenía tres discos de los Lynyrd Skynyrd, y estaba casi segura de que era Ron-nie Van Zant. En aquel mismo instante se dio cuenta de que sabía quién era su compañero tatuado; era Duane Allman, que había resultado muerto cuando su motocicleta fue a parar bajo las ruedas de un gran camión articulado veinte años antes. El hombre extrajo algo del bolsillo de su cazadora te-jana y le dio un mordisco. Mary comprobó sin sorpresa alguna que se trataba de un melocotón, fruta famosa en la Georgia natal de Allman.

Rick Nelson salió a toda prisa del Rock-a-Boogie. Buddy Holly le pisaba los talones; tenía la parte derecha del rostro empapada en sangre.

-¡Entra! -gritó Clark-. ¡Entra en el coche, joder!

Mary se zambulló de cabeza en el Mercedes, y Clark dio marcha atrás antes de que su mujer pudiera siquiera cerrar la puerta. Las ruedas traseras de la Princesa chirriaron y levantaron nubarrones de polvo azulado. Mary fue lanzada hacia delante con violencia cuando

Clark pisó el freno. Alargó el brazo tras de sí para intentar cerrar la puerta al tiempo que Clark mascullaba un juramento e intentaba poner la primera.

Rick Nelson se abalanzó sobre el capó gris de la Princesa. Tenía los ojos relucientes y los labios abiertos en torno a dientes increíblemente blancos en una escalofriante sonrisa. Se le había caído el gorro de cocinero, y el cabello le colgaba alrededor de las sienes en grasicntos mechones y rizos.

-¡Vais a venir al concierto! -chilló.

-¡Vete a tomar por el culo! -chilló Clark.

Logró poner la primera y pisó el acelerador a fondo. El motor diesel de la Princesa, tan suave por lo general, aulló y lanzó el coche hacia delante. La aparición seguía sobre el capó, gruñendo y sonriendo.

-¡Abróchate el cinturón de seguridad! -gritó Clark cuando Mary se incorporó.

Mary cogió el cinturón y se lo abrochó mientras contemplaba con horrorizada fascinación cómo aquella cosa alargaba el brazo y se aferraba al limpiaparabrisas derecho. Empezó a empujar hacia delante. El limpiaparabrisas se rompió. La cosa lo miró por un momento, lo arrojó al suelo e intentó coger la escobilla izquierda.

Antes de que pudiera hacerlo, Clark volvió a pisar el freno- esta vez con ambos pies. El cinturón de seguridad de se bloqueó y se le clavó en la parte inferior del pechoizquierdo. Por un instante percibió una presión interna, como si una mano despiadada le empujara las entrañas por el embudo de la garganta. La cosa salió despedida y se estrelló contra el suelo. Mary oyó una suerte de crujido, y de la cabeza de la cosa surgió una lluvia de sangre.

Miró hacia atrás y vio que los demás se acercaban corriendo al coche. A la cabeza iba Janis, cuyo rostro aparecía convulso en una malvada mueca de odio y excitación.

Ante ellos, el cocinero se incorporó con la articulada facilidad de una marioneta y la misma sonrisa pintada en el rostro.

-¡Clark, que vienen! -gritó Mary.

Su marido echó un rápido vistazo por el retrovisor y volvió a pisar el acelerador a fondo. La

Princesa dio un salto hacia delante. Mary tuvo tiempo de ver al hombre sentado en la calle llevarse un brazo al rostro a modo de protección, y deseó no tener tiempo de ver nada más, pero sí hubo algo más, algo mucho peor. Bajo la sombra de su brazo alzado, comprobó que el hombre seguía sonriendo.

En aquel momento, dos toneladas de ingeniería alemana lo atrepellaron. Mary oyó unos crujidos que le recordaron a un par de crios revolcándose en un montón de hojas secas. Se tapó los oídos con las manos (tarde, demasiado tarde), y gritó.

-No te molestes -dijo Clark mientras miraba con expresión ceñuda por el retrovisor-.

No debemos de haberle dado demasiado fuerte... Se está levantando.

-¿Qué?

-Salvo las marcas de los neumáticos en la camisa, está... Clark se interrumpió de pronto y se la quedó mirando.

-¿Quién te ha pegado, Mary?

-¿Cómo?

-Te sangra la boca. ¿Quién te ha pegado? Mary se llevó un dedo a la comisura de los labios, observó la mancha roja y la probó.

-No es sangre... sino tarta de cerezas -anunció al tiempo que lanzaba una carcajada histérica y desesperada-. Sácame de aquí, Clark. Por favor, sácame de aquí.

-Desde luego.

Clark volvió su atención a la calle principal del pueblo, que era ancha y, al menos por el momento, estaba desierta. Mary se percató de que, pese a las guitarras y los amplis que esperaban en el parque municipal, tampoco había postes de electricidad en la calle principal. No tenía idea de dónde sacaba Paraíso del Rock and Roll la energía (bueno..., quizás sí tenía una ligera idea), pero desde luego no la sacaba de la Compañía Eléctrica de Oregón.

La Princesa iba ganando velocidad como todos los diesel parecen hacerlo... sin prisas, pero con una fuerza inexorable, y dejaba a su paso grandes nubes marrones de combustible quemado.

Mary distinguió apenas la silueta de unos grandes almacenes, una librería y una tienda de artículos premamá llamada La Nana del Rock and Roll. Un joven con el cabello rizado hasta los hombros estaba de pie ante el Imperio del Billar Em & Sock Em, con los brazos cruzados sobre el pecho y un pie enfundado en una bota de piel de serpiente apoyado contra la pared de ladrillos.

Era atractivo de un modo pesado y rechoncho, y Mary lo reconoció al instante.

Clark también.

-El viejo Lizard King en persona -comentó en tono seco y carente de emoción.

-Ya lo sé. Ya lo he visto.

Sí, lo veía, pero las imágenes eran como papel seco devorado por las llamas bajo la luz despiadada y concentrada de su mente; era como si la intensidad de su miedo la hubiera transformado en una lupa humana, y supo que si conseguían salir de ahí, no recordaría nada de aquel Pueblo Peculiar; los recuerdos no serían más que cenizas ahuyentadas por el viento. Así era como funcionaban aquellas cosas. Uno no podía retener aquellas imágenes diabólicas, recordar aquellas experiencias diabólicas y seguir cuerdo, de modo que la mente se convertía en un horno de alta temperatura e incineraba los recuerdos a medida que nacían.

«Seguro que es por eso que la gente aún puede permitirse el lujo de no creer en fantasmas ni casas embrujadas -se dijo-. Porque cuando la mente se vuelve hacia lo terrorífico y lo irracional, como alguien al que obligan a girarse y mirar lacara de Medusa, entonces olvida. Tiene que olvidar. Y ¡Dios mío! Además de salir de aquí, lo único que quiero en el mundo es olvidar.»

En aquel momento vio un pequeño grupo de gente en una gasolinera Cities Service que había en el cruce del final del pueblo. Todos ellos lucían expresiones asustadas y ordinarias sobre sus ropas desvaídas y ordinarias. Un hombre enfundado en un mono de mecánico manchado de grasa. Una mujer en uniforme de enfermera, un uniforme que había sido blanco, quizás, pero que ahora se había tornado de un opaco color grisáceo. Una pareja mayor, ella con zapatos ortopédicos y él con audífono, cogidos como niños que temen haberse perdido en el bosque. Sin necesidad de que se lo explicaran, Mary comprendió de inmediato que aquellas personas, al igual que la camarera joven del restaurante, eran los verdaderos habitantes de Paraíso del Rock and

Roll, Oregón. Habían sido atrapados como moscas por una planta carnívora.

-Por favor, sácame de aquí, Clark -dijo-. Por favor.

Algo intentó abrirse paso por su garganta, y Mary se tapó la boca con una mano, segura de que iba a devolver. Pero en lugar de vómito, surgió de su boca un ruidoso eructo que le quemó la garganta y sabía a la tarta de cerezas que se había comido en el Rock-a-Boogie.

-No nos pasará nada. Tranquilízate, Mary.

La carretera, en la que ya no pensaba como calle principal ahora que veía el final del pueblo justo frente a ellos, pasaba junto al cuartel municipal de los bomberos de Paraíso del Rock and

Roll, situado a la izquierda, y junto a la escuela, situada a la derecha. Incluso en el estado de extremo terror en que se hallaba, Mary veía algo existencial en un centro de enseñanza llamado

Escuela Primaria de Rock and Roll. En el patio adosado a la escuela, tres niños observaron la

Princesa con expresión apática. Más adelante, la carretera rodeaba un afloramiento en el que se veía una señal en forma de guitarra: ESTÁ SALIENDO DE PARAÍSO DEL ROCK AND ROLL.

BUENAS NOCHES CARINO, BUENAS NOCHES.

Clark tomó la curva sin aminorar la marcha, y en el otro extremo, un autobús bloqueaba la carretera.

No era un autocar escolar amarillo como el que habían visto desde lejos al acercarse al pueblo, sino que aparecía surcado de líneas de cientos de colores y miles de trazos psicodélicos, un recuerdo de tamaño industrial del Verano del Amor. En las ventanas se veían mariposas adhesivas y símbolos de la paz, y cuando Clark lanzó un grito y pisó el freno, Mary leyó sin sorpresa alguna las palabras que flotaban en los costados del vehículo como dirigibles repletos de aire: EL AUTOBÚS MÁGICO. La canción de los Who.

Clark hizo lo que pudo, pero no consiguió detenerse a tiempo. La Princesa chocó contra el

Autobús Mágico a unos veinticinco kilómetros por hora, con las ruedas bloqueadas y los neumáticos echando humo. Se oyó un golpe hueco cuando el Mercedes colisionó contra el flanco multicolor del autobús. Una vez más, Mary salió despedida hacia delante, contra el cinturón de seguridad. El autobús se balanceó un poco, pero eso fue todo.

-¡Da marcha atrás! -gritó, aunque estaba casi abrumada por la sofocante intuición de que todo había terminado.

El motor de la Princesa sonaba inestable, y Mary vio que de la parte delantera del capó salía vapor; parecía el aliento de un dragón herido. Cuando Clark puso la marcha atrás, el tubo de escape hizo explosión dos veces, el coche se estremeció como un perro viejo y empapado, y por fin se detuvo.

Oyeron el sonido de sirenas que se acercaba tras ellos. Mary se preguntó quién sería el jefe de policía del pueblo. Sin duda, no sería John Lennon, cuyo lema había sido siempre: «Cuestiona

Toda Autoridad», ni tampoco Lizard King, quien, a todas luces, era uno de los chicos malos del pueblo y se dedicaba principalmente al billar. ¿Quién sería? Y por otro lado, ¿qué importaba?

«Tal vez -se dijo- es Jimi Hendrix.» Aquello parecía una locura, pero Mary se sabía su lección de *rock and roll* probablemente mejor que Clark, y recordaba haber leído en alguna parte que

Hendrix había sido paracaidista en la división 101 del ejército. ¿Y acaso no se decía que los ex militares con frecuencia se convertían en excelentes representantes del orden?

«Te estás volviendo loca», se dijo y asintió con un gesto.Sin duda tenía razón. De algún modo, la certeza de haber perdido el juicio era un alivio.

-¿Y ahora qué? -preguntó sin demasiado entusiasmo.

Clark abrió la portezuela, aunque tuvo que ayudarse con el hombro porque el marco había quedado un poco retorcido.

-Pues echamos a correr -repuso.

-¿Y de qué nos va a servir?

-Ya los has visto. ¿Es que quieres volverte como ellos?

Las palabras de Clark reavivaron el temor de Mary. Se desabrochó el cinturón y abrió su portezuela. Clark dio la vuelta a la Princesa y la tomó de la mano. Cuando se volvieron hacia el

Autobús Mágico, la presión de su mano se acentuó cuando vio quién se apeaba de él... un hombre alto, ataviado con una camisa blanca de cuello abierto, pantalones oscuros y gafas de sol de vidrios anchos. Llevaba el cabello negro azabache peinado hacia atrás en un impecable y espeso tupé. Era imposible no reconocer a aquel hombre de apostura imposible, casi alucinante; ni siquiera las gafas oscuras conseguían ocultarla. Aquellos labios gordezuelos se curvaron en una pequeña y maliciosa sonrisa.

Un coche patrulla blanco y azul con las palabras POLICÍA DE PARAÍSO DEL ROCK

AND ROLL escritas en las portezuelas tomó la curva y se detuvo con un agudo chirrido de frenos a pocos centímetros del parachoques trasero de la Princesa. El conductor era negro, pero no se trataba de Jimi Hendrix a fin de cuentas. Mary no estaba segura, pero creía que el representante local de la ley era Otis Redding.

El hombre de las gafas oscuras y los vaqueros negros se hallaba ahora delante de ellos, con los pulgares hundidos en las presillas y las pálidas manos colgando como arañas muertas.

-¿Qué taaal, amigos?

También resultaba inconfundible aquel deje lento y ligeramente sardónico tan característico de Memphis.

-Bienvenidos al pueblo. Espero que se queden con nosotros una temporada. No es que haya mucho que ver, pero somos hospitalarios y no nos metemos en los asuntos de nadie. -

Alargó una mano adornada con tres anillos ridículamente grandes y brillantes-. Soy el alcalde de aquí. Me llamo Elvis Presley.

Anochecer de un día de verano.

Al entrar en el parque municipal, Mary recordó de nuevo los conciertos a los que había asistido en Elmira cuando era niña, y de repente, una punzada de nostalgia y pena atravesó el caparazón de shock en que su mente y sus emociones la habían encerrado. Tan parecido... y tan diferente al mismo tiempo. No había niños blandiendo bengalas; los únicos menores presentes eran una docena de crios apiñados en el lugar más alejado posible del escenario; sus rostros pálidos aparecían tensos y vigilantes. Entre ellos estaban los niños que ella y Clark habían visto en el patio de la escuela durante su intento fallido de huir hacia las colinas.

Y tampoco había una sencilla banda de viento que fuera a tocar durante quince minutos o tal vez media hora. Esparcidos por el escenario, que a Mary se le antojó casi tan grande como el

Teatro Bowl de Hollywood, se veían los instrumentos y accesorios de lo que, por fuerza, tenía que ser el grupo de *rock and roll* más grande (y más ruidoso, a juzgar por los amplis) del mundo, una combinación apocalíptica de rock que, tocada al volumen máximo, sería sin duda lo suficientemente ruidosa como para romper cristales en un radio de ocho kilómetros. Había cuatro baterías enteras... bongos... congas... una sección rítmica... podios redondos para los coros... un bosque de micrófonos.

El parque estaba lleno de sillas plegables, entre setecientas y mil, calculaba Mary, aunque no creía que hubiera más de cincuenta espectadores, tal vez incluso menos. Vio al mecánico, ataviado ahora con vaqueros limpios y camisa almidonada; la muj er pálida y de belleza marchita que se sentaba junto a él sería su mujer. La enfermera estaba sentada sola en el centro de una larga fila vacía. Tenía el rostro vuelto hacia el cielo; contemplaba las primeras estrellas de la noche.

Mary apartó la vista de ella; estaba convencida de que si miraba aquel rostro triste y anhelante con demasiada atención se le quebraría el corazón.No había rastro de los habitantes más famosos del pueblo. Era evidente; había concluido su jornada laboral, y ahora estarían todos entre bastidores, poniéndose guapos y repasando sus entradas. Preparándose para el gran espectáculo de aquella noche.

Clark se detuvo a medio camino del pasillo central cubierto de hierba. Una ráfaga de brisa vespertina le alborotó el cabello, y Mary pensó que parecía reseco como la paja. Profundas líneas surcaban la frente y las comisuras de la boca de su marido, líneas que Mary nunca había visto.

Daba la impresión de haber perdido quince kilos desde la hora de la comida. El Niño de la

Testosterona no asomaba por ninguna parte, y Mary tenía la sensación de que había desaparecido para siempre. Se dio cuenta de que no le importaba gran cosa.

«Y por cierto, cariñopichoncito, ¿qué aspecto crees que tienes tú?»

-¿Dónde quieres sentarte? -preguntó Clark.

Hablaba con voz débil y carente de inflexiones, la voz de un hombre que todavía cree estar soñando.

Mary vio a la camarera del herpes. Estaba sentada junto al pasillo, unas cuatro filas más adelante, y llevaba una blusa de color gris claro y una falda de algodón. Se había echado un jersey sobre los hombros.

-Allí -repuso-. Al lado de ella.

Clark la condujo en aquella dirección sin preguntas ni objeciones.

La camarera se volvió para mirar a Mary y a Clark, y Mary comprobó que sus ojos ya no revoloteaban inquietos, lo cual era un alivio. Al cabo de un momento averiguó la razón: la chica iba completamente ciega. Mary bajó la cabeza, incapaz de sostener aquella mirada nublada durante más tiempo, y en aquel instante se dio cuenta de que la mano izquierda de la camarera estaba envuelta en un abultado vendaje blanco. Mary comprobó horrorizada que le faltaba un dedo o tal vez dos.

-Hola -saludó la muchacha-. Me llamo Sissy Thomas.

-Hola, Sissy. Me llamo Mary Willingham. Éste es rm marido, Clark Willingham.

-Mucho gusto -dijo la camarera.

-La mano... -empezó Mary, aunque sin saber cómo proseguir.

-Me lo ha hecho Frankie -dijo Sissy con la indiferencia de una persona absolutamente flipada-. Frankie Lymon. Todo el mundo dice que era el tío más encantador que te pudieras echar a la cara cuando estaba vivo, y que no se convirtió en un cabrón hasta llegar aquí. Fue uno de los primeros... de los pioneros, por así decirlo. Yo no lo sé. Quiero decir que no sé si era un encanto o no antes de llegar aquí. Lo único que sé es que ahora es un cabrón de cuidado. Pero no me importa. Lo único que quisiera es que hubierais podido escapar, y volvería a hacerlo. Además,

Crystal se ocupa de mí.

Sissy señaló con un gesto a la enfermera, que había dejado de mirar las estrellas para volverse hacia ellos.

-Crystal me cuida mucho. Si queréis, también se ocupará de vosotros... La verdad es que no hace falta perder ningún dedo para querer colocarse en este pueblo.

-Ni mi mujer ni yo tomamos drogas.

Sissy los miró sin decir palabra durante unos instantes.

-Acabaréis tomando -aseguró por fin.

-¿Cuándo empieza el concierto?

Mary empezaba a sentir que el caparazón.... se estaba disolviendo, y la sensación no le hacía ni pizca de gracia.

-Dentro de poco.

-¿Y cuánto rato van a tocar?

Sissy guardó silencio durante casi un minuto, y Mary estaba a punto de repetir la pregunta, creyendo que la chica no la había oído o no la había entendido, cuando Sissy habló por fin.

-Mucho rato. Quiero decir, el concierto habrá acabado a medianoche, como siempre. Es una ley local, pero aun así... seguirán durante mucho tiempo. Porque aquí el tiempo es distinto.

Quizás..., oh, no sé... Cuando esos tipos se dan caña de verdad, a veces se tiran tocando un año o más.

Una niebla gris y helada empezó a apoderarse de los brazos y la espalda de Mary. Intentó imaginarse lo que sería estar en un concierto de rock durante un año seguido, pero no pudo. «Esto es un sueño y acabarás por despertarte», se dijo, pero aquellaidea, que tan persuasiva le había parecido cuando hablaban con Elvis Presley junto al autobús, bajo la brillante luz del sol, empezaba a perder gran parte de su fuerza y verosimilitud.

-No les serviría de nada seguir por esta carretera -les había asegurado Elvis-. No lleva más que al pantano Um-pqua. Ahí no hay carreteras, sólo un montón de lodazales. Y arenas movedizas.

Había hecho una pausa. Los cristales de sus gafas oscuras centelleaban como hornos oscuros al sol de media tarde.

-Y otras cosas.

-Osos -había intervenido el policía que tal vez era Otis Redding.

-Eso, osos -había corroborado Elvis al tiempo que sus labios se curvaban en la sonrisa confiada que Mary recordaba también de la tele y las películas-. Y otras cosas.

-Si nos quedamos para el concierto de esta noche... -había empezado Mary.

Elvis había hecho un vigoroso gesto de asentimiento.

-¡El concierto! ¡Oh, sí, tienen que quedarse para el concierto! ¡Llevamos una marcha que para qué! ¡Ya lo verán!

-Y tanto que lo verán -había añadido el policía.

-Si nos quedamos para el concierto..., ¿podremos irnos después?

Elvis y el policía habían intercambiado una mirada seria en apariencia, pero que más bien daba la impresión de ser una sonrisa.

-Bueno, señora -había dicho por fin el antiguo Rey del Rock and Roll-. Este pueblo está en el quinto pino, y atraer público es un trabajo bastante lento..., aunque en cuanto alguien nos ve, se queda y pide más..., y la verdad es que esperábamos que se quedaran una temporadita. Para asistir a unos cuantos conciertos y disfrutar de nuestra hospitalidad.

Elvis había hecho otra pausa para empujarse las gafas de sol hacia la frente, y durante un momento no vieron más que dos cuencas vacías y arrugadas. De repente, reaparecieron los oscuros ojos azules de Elvis, que los observaban con sombrío interés.

-Es posible -había añadido por fin- que incluso decidan instalarse aquí.

El cielo se estaba llenando de estrellas; había anochecido casi por completo. Sobre el escenario empezaban a encenderse focos anaranjados, suaves como flores nocturnas, que iluminaban cada pie de micro.

-Nos han dado empleos -intervino Clark en tono apático-. El nos ha dado empleos. El que se parece a Elvis Presley.

-Es Elvis -corrigió Sissy Thomas.

Sin embargo, Clark siguió con la mirada clavada en el escenario. No estaba preparado para pensar en aquello, y aún menos para escucharlo.

-A Mary le han dicho que mañana empieza a trabajar en el salón de belleza Be-Bop -prosiguió-. Tiene una licenciatura en filología inglesa y es profesora diplomada, pero se supone que tiene que pasarse Dios sabe cuánto tiempo lavando cabezas. Y después me mira y dice: «¿Y usté qué hace, señor? ¿Cuál es su especialidad?».

Clark hablaba imitando con sorna el acento de Memphis del alcalde, y aquello hizo aparecer por fin una expresión auténtica en los ojos flipados de la camarera. Mary creyó que se trataba de miedo.

-No deberías burlarte -advirtió-. Si te burlas te meterás en líos... y no te conviene en absoluto meterte en líos -terminó al tiempo que alzaba lentamente la mano envuelta en vendas.

Clark la miró con fijeza y labios temblorosos hasta que la camarera volvió a posarla sobre su regazo, y cuando siguió hablando, lo hizo en voz más baja.

-Le he dicho que era experto en *software,* y él va y me dice que no hay ordenadores en el pueblo... aunque «no estaría nada mal montar uno o dos chiringuitos de entradas en el pueblo».

Entonces el otro tío empieza a reírse y dice que hay un empleo de chico de almacén en el supermercado y...

Un brillante foco blanco iluminó la parte delantera del escenario. Un hombre bajo, enfundado en una cazadora tan estrafalaria que hacía que la de Buddy Holly pareciera discreta, entró en el haz de luz con las manos alzadas como para sofocar una estruendosa ovación.-

¿Quién es ése? -preguntó Mary a Sissy.

-Un *disc jockey* del año de la pera que presentaba un montón de conciertos. Se llama Alan

Tweed o Alan Breed o algo parecido. Casi nunca lo vemos fuera de aquí. Creo que bebe. Se pasa el día durmiendo, eso sí que lo sé.

Y en cuanto el nombre surgió de los labios de la muchacha, el escudo que había protegido a

Mary desapareció y el último vestigio de incredulidad se esfumó como por encanto. Ella y Clark habían ido a parar a Paraíso del Rock and Roll; sólo que en realidad se trataba de Infierno del

Rock and Roll. Y aquello no les había ocurrido porque fueran malvados; no les había ocurrido porque los dioses estuvieran castigándolos, sino porque se habían perdido en el bosque, nada más, y perderse en el bosque era algo que le podía pasar a cualquiera.

-¡¡Esta noche tenemos un concierto fantástico!! -tronó el maestro de ceremonias con entusiasmo-. ¡¡Tenemos a Big Bopper..., Freddy Mercury, recién llegado de Londres..., Jim Croce..., el increíble Johnny Ace...

Mary se inclinó, solícita, hacia la muchacha sentada a su lado.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí, Sissy?

-No sé. Es muy fácil perder la noción del tiempo. Seis años como mínimo. O quizás ocho.

O nueve.

-... Keith Moon de los Who..., Brian Jones de los Sto-nes..., la encantadora Florence Ballard de las Supremes..., Mary Wells...

-¿Cuántos años tenías cuando llegaste aquí? -preguntó Mary, articulando por fin el mayor de sus temores.

-Cuss Elliot..., Janis Joplin...

-Veintitrés.

-King Curtis... Johnny Burnette...

-¿Y cuántos años tienes ahora?

-Slim Harpo..., Bob *Oso* Hite..., Stevie Ray Vaughan...

-Veintitrés -repuso Sissy.

En el escenario, Alan Freed siguió arrojando nombres al parque casi vacío mientras salían las estrellas, primero un centenar, luego mil, después demasiadas como para contarlas, estrellas que habían surgido de la nada y que ahora brillaban en todos los rincones del negro firmamento; el presentador siguió gritando los nombres de las víctimas de sobredosis, las víctimas del alcohol, las víctimas de accidentes aéreos y las víctimas de disparos mortales, las que habían sido halladas en callejones, flotando en piscinas, o en cunetas con la barra de dirección clavada en el pecho y la mayor parte de la cabeza arrancada; recitaba los nombres de los jóvenes y de los viejos, pero la mayor parte eran jóvenes, y cuando oyó los nombres de Ronnie Van Zant y Steve Gaines recordó la letra de una de sus canciones, la que decía *Ooob, lo hueles, hueles ese olor,* y sí, desde luego que olía ese olor; incluso ahí, en medio de la nada, en medio de la clara noche de Oregón, Mary percibía aquel olor, y cuando tomó la mano de Clark, fue como si tocara la mano de un cadáver.

-¡¡Muuuuuuy bieeeeen!! -aulló Alan Freed.

Tras él, en las tinieblas, varias hileras de sombras desfilaban hacia el escenario guiados por

«pipas» que llevaban linternas de bolsillo.

-¿Preparados para pasarlo bieeen?

No obtuvo respuesta de los espectadores esparcidos por el parque, pero agitó los brazos y se echó a reír como si un público inmenso hubiera reaccionado extasiado. Todavía quedaba luz suficiente en el cielo como para que Mary pudiera ver cómo el anciano se llevaba la mano a la oreja para bajarse el volumen del audífono.

-¿Preparados para la marcha del siglooooo? Esta vez sí obtuvo respuesta..., un chillido demoníaco de saxofones que procedía de las sombras del fondo del escenario.

-¡¡Pues entonces, adelante... PORQUE EL ROCK AND ROLL NUNCA MORIRÁ!!

Cuando los demás focos se encendieron y empezó a sonar el primer tema del largo, larguísimo concierto de aquella noche (era *Que me aspen,* cantada por Marvin Gaye), Mary pensó: «Eso es lo que me temo. Eso es exactamente lo que me temo».

Parto en casa

Considerando que probablemente se acercaba el fin del mundo, Maddie Pace creía que no lo estaba haciendo del todo mal. Que en realidad, lo estaba haciendo pero que muy bien. De hecho, creía estar afrontando el Fin de Todo mejor que cualquier otra persona en el

mundo. Y desde luego, estaba convencida de que lo estaba afrontando mejor que cualquier otra mujer embarazada en el mundo.

Afrontando.

Maddie Pace, ni más ni menos.

Maddie Pace, que a veces no podía dormir si, después de una visita del reverendo Johnson, descubría una sola mota de polvo sobre la mesa del comedor. Maddie Pace, quien, cuando era

Maddie Sullivan, volvía loco a su prometido, Jack, cuando se quedaba paralizada ante la carta de un restaurante y tardaba a veces media hora en escoger el primer plato.

-Maddie, ¿por qué no tiras una moneda al aire? -le había preguntado en cierta ocasión en la que, tras reducir las posibilidades a la ternera a la brasa y las costillas de cordero, había sido incapaz de continuar-. Ya me he tomado cinco de estas malditas cervezas alemanas, y si no te decides de una vez, tendrás un langostero borracho debajo de la mesa antes de que pongan un solo plato de comida encima.

Maddie había esbozado una sonrisa nerviosa, había pedido la ternera y se había pasado casi todo el camino de regreso preguntándose si tal vez las costillas de cordero no habrían sido más sabrosas y, por tanto, una elección más adecuada pese a su precio algo más alto.

No obstante, no tuvo dificultad alguna en afrontar la propuesta de matrimonio de Jack; la había aceptado, y lo ha-bía aceptado a él, con una intensísima sensación de alivio. Tras la muerte de su padre, Maddie y su madre habían llevado una vida desorientada y borrosa en la isla Little

Tall, situada frente a la costa de Maine.

-Si no estuviera yo para manejar el timón y decirles lo que tienen que hacer -gustaba de decir Georgie Sullivan cuando se tomaba unas copas con los amigos en la taberna de Fudgy o en la trastienda de la barbería de Prout-, no sé qué narices harían.

Cuando su padre murió de un ataque al corazón, Maddie tenía diecinueve años y trabajaba por las tardes en la biblioteca del pueblo por un sueldo de cuarenta y un dólares y medio a la semana. Entretanto, su madre se ocupaba de la casa..., es decir, cuando George le recordaba, a veces con un grito que dejaba sordo a cualquiera, que tenía una casa de la que ocuparse.

Cuando llegó la noticia de su muerte, las dos mujeres se habían mirado en silencio, llenas de consternación y aun de pánico, dos pares de ojos que formulaban una sola pregunta: «¿Y ahora qué hacemos?».

Ninguna de las dos lo sabía, pero ambas percibían, y lo percibían con intensidad, que

George había tenido razón en sus afirmaciones... Le necesitaban. No eran más que mujeres, y necesitaban que él les dijera no sólo lo que tenían que hacer, sino también cómo hacerlo. No hablaban de ello porque les daba vergüenza, pero era cierto...; no tenían ni la menor idea de lo que iban a hacer en el futuro, y el pensamiento de que eran prisioneras de las estrechas ideas y expectativas de George ni se les ocurrió. No eran mujeres estúpidas, pero sí mujeres isleñas.

El problema no residía en el dinero; George había tenido una fe ciega en los seguros de vida, y cuando cayó fulminado durante la final del campeonato de bolos en el Big Duke's Big Ten, en

Machias, su mujer había percibido más de cien mil dólares. Y la vida en la isla resultaba barata si una tenía casa propia, cuidaba de su huerto y sabía cómo hacer conservas de hortalizas cuando llegaba el otoño. El problema residía en no tener nada en qué centrarse. El problema residía en que el centro había desaparecido de sus vidas en el momento en que George, enfundado en su camiseta de la bolera Amoco, había caído de bruces sobre la línea de falta de la calle diecinueve de la bolera (y vaya si se había marcado la jugada que su equipo necesitaba para ganar). Sin George, la vida de ambas mujeres se había convertido en una suerte de extraña neblina.

«Es como estar perdida en medio de una niebla muy espesa -pensaba Maddie a veces-.

Sólo que en lugar de buscar la carretera, una casa, el pueblo o alguna señal como, por ejemplo, un pino fulminado por un rayo, yo busco el timón. Si algún día lo encuentro, quizás pueda obligarme a cogerlo, a apoyarme en él.»

Finalmente encontró su timón, que resultó ser Jack Pace. Algunos dicen que las mujeres se casan con sus padres y los hombres, con sus madres, y aunque una afirmación tan contundente no puede aplicarse en todos los casos, sí se acercaba a la realidad en el caso de Maddie. La gente había tratado a su padre con temor y admiración. «No te pases con George Sullivan -decían-.

Te romperá la nariz con sólo que le mires mal.»

Y eso también era cierto en casa. Había sido dominante e incluso violento en ocasiones, pero también había sabido lo que quería y luchado por las cosas que valían la pena, tales como la furgoneta Ford, la sierra eléctrica o los dos acres de terreno que se extendían al sur de su casa. La tierra de Pop Cook. En numerosas ocasiones, George Sullivan había tildado a Pop Cook de hijodeputa apestoso, pero el aroma del viejo no cambiaba el hecho de que todavía quedaba un montón de madera buena en aquellos dos acres. Pop no lo sabía porque se había ido a vivir a tierra firme en 1987, cuando la artritis se hizo demasiado para él, y George se ocupó de que todo el mundo en Little Tall se enterara de que lo que el hijodeputa de Pop Cook no supiera no le haría daño, y además, le rompería todos los huesos a cualquier hombre o mujer que pusiera a Pop en antecedentes. Nadie lo hizo, y a la larga los Sullivan se hicieron con la tierra y con la madera. Por supuesto, la madera se convirtió en leña en el espacio de tres años, pero George decía que aquello no importaba una mier-da, porque la tierra siempre acababa amortizándose sola. Eso era lo que decía George y ellas le creían, creían en él y trabajaban, los tres. George también decía que si arrimabas el hombro con el timón y empujabas, tenías que empujar pero que muy fuerte, porque costaba un montón hacerlo girar. Así que eso era lo que hacían.

En aquellos tiempos, la madre de Maddie tenía un puesto de verduras en la carretera que venía de East Head, y muchos turistas compraban las hortalizas que cultivaba, que eran las que

George le había ordenado cultivar, por supuesto, y aunque nunca habían sido lo que su madre llamaba unos ricachones, se las arreglaban. Se las arreglaban incluso en los años en que el negocio de la langosta iba mal y tenían que estirar el dinero aún más para seguir pagando al banco lo que George debía por la tierra de Pop Cook.

Jack Pace tenía un carácter más suave de lo que George Sullivan habría soñado jamás, pero pese a ello, llegaba un momento en que se le acababa la paciencia. Maddie sospechaba que podía llegar a lo que en ocasiones se denominaba disciplina doméstica; un brazo retorcido cuando la cena estaba fría, un cachete o incluso unos azotes a tiempo, cuando las cosas no estuvieran muy católicas, por así decirlo. Una parte de ella incluso lo esperaba y deseaba. Las revistas femeninas afirmaban que los matrimonios en que el hombre llevaba los pantalones pertenecían al pasado, y que un hombre que le ponía la mano encima a una mujer merecía ser detenido por asalto, incluso si el hombre en cuestión era el marido legal de la mujer en cuestión. En ocasiones, Maddie leía artículos en esa clase de revistas cuando iba a la peluquería, pero dudaba de que las mujeres que los escribían tuvieran la menor idea de que existían lugares como las islas. Little Tall había dado una escritora, de hecho, Selena St. George, pero casi siempre escribía cosas sobre política, y a excepción de un día en que se había presentado en la isla para la cena de Acción de Gracias, llevaba años sin poner los pies en ella.

-No voy a dedicarme a la langosta toda la vida, Maddie -le había explicado Jack la semana antes de que se casaran.

Maddie le había creído. Un año antes, cuando Jack le ha- bía pedido por primera vez que saliera con él (había accedido casi antes de que él acabara la frase, y se había ruborizado hasta las orejas al darse cuenta del ansia que había expresado), había dicho:

-Paso de trabajar en lo de la langosta toda la vida, Maddie.

Una diferencia insignificante, pero al mismo tiempo, la mayor diferencia del mundo. Jack había tomado el viejo ferry *Princesa de la Isla* tres veces por semana para asistir a la

escuela nocturna. Estaba agotado después de pasarse todo el día cargando nasas, pero aun así, iba a la escuela, deteniéndose el tiempo justo para ducharse y deshacerse del intenso olor a langosta y regar un par de estimulantes con café caliente. Al cabo de un tiempo, cuando se dio cuenta de que la cosa iba en serio, Maddie empezó a prepararle sopa caliente para que se la tomara en el ferry, ya que así no tenía que conformarse con los asquerosos perritos calientes que vendían en el bar del barco.

Recordaba lo mal que lo había pasado en el estante de las latas de sopa del supermercado.

¡Había tantas clases! ¿Querría la sopa de tomate? A algunas personas no les gustaba la sopa de tomate. De hecho, algunas personas no soportaban la sopa de tomate, ni siquiera preparada con leche en lugar de agua. ¿Sopa de verduras? ¿Pavo? ¿Crema de pollo? Su mirada impotente había recorrido el estante durante casi diez minutos antes de que Charlene Nedeau le preguntara si podía ayudarla en algo... Claro que Charlene lo había dicho en tono irónico, y Maddie supuso que se lo contaría a todas sus amigas del instituto al día siguiente, y después se morirían de risa en los lavabos, consciente de lo que le pasaba... La pobre e insignificante Maddie Sullivan, incapaz de decidirse ni siquiera en algo tan sencillo como la clase de sopa que tenía que comprar. No sabían cómo había llegado a decidirse a aceptar la proposición matrimonial de Jack Pace..., aunque, por supuesto, no sabían nada del timón que hay que encontrar ni que, cuando lo encuentras, hay que tener a alguien que le diga a una cuándo arrimar el hombro y en qué dirección empujar el maldito trasto.Maddie había salido de la tienda sin la sopa y con un tremendo dolor de cabeza.

Cuando reunió valor suficiente para preguntarle a Jack cuál era su sopa favorita, él le respondió:

-La de pollo con fideos. De las de lata.

¿Alguna otra sopa que le gustara especialmente?

No, sólo la de pollo con fideos, de las de lata. Era el único tipo de sopa que Jack Pace necesitaba en su vida, y la única respuesta, al menos respecto a aquel tema, que Maddie necesitaba en la suya. Al día siguiente, con el paso ligero y el corazón alegre, Maddie subió los abombados escalones de madera de la tienda y compró las cuatro latas de sopa de pollo con fideos que había en el estante. Cuando le preguntó a Bob Nedeau si tenía más, el hombre le contestó que tenía toda una maldita caja en la trastienda.

Compró la caja entera y dejó a Bob tan pasmado que incluso le llevó la caja a la furgoneta y olvidó preguntarle para qué quería tanta sopa, un lapsus por el que sus entrometidas esposa e hija le pidieron explicaciones aquella noche.

-Será mejor que te lo creas y que no lo olvides -le había dicho Jack en aquella ocasión, poco antes de ir al altar. Maddie se lo había creído y no lo había olvidado.

-No seré un langostero toda la vida. Mi padre dice que estoy cargado de puñetas. Dice que si cargar nasas le bastó a su viejo y al viejo de su viejo y a todas las generaciones hasta Adán y

Eva, si le haces caso, entonces también debería bastarme a mí. Pero qué va... digo..., que no me basta y que voy a llegar lejos.

En aquel momento la miró con una expresión severa y resuelta, pero también era una expresión amorosa, llena de esperanza y confianza.

-Quiero ser más que un langostero, y quiero que tú seas algo más que la mujer de un langostero. Tendrás una casa en tierra firme.

-Sí, Jack.

-Y no voy a tener un maldito Chevrolet -prosiguió Jack al tiempo que respiraba profundamente y encerraba las manos de Maddie entre las suyas-. Voy a tener un Oldsmobile.

La miró con fijeza, como si la desafiara a frenar la escalada de su ambición. Maddie no hizo tal cosa, por supuesto, sino que dijo: «Sí, Jack» por tercera o cuarta vez aquella noche. Había pronunciado aquellas palabras miles de veces durante el año que habían pasado saliendo juntos, y esperaba con toda su alma pronunciarlas un millón de veces más antes de que la muerte los separara al llevarse a uno de los dos... o mejor a los dos juntos. Sí, Jack.

¿Existían acaso en el mundo dos palabras que emitieran una música tan celestial al ser pronunciadas juntas?

-Más que un maldito langostero, piense lo que piense mi viejo, y por mucho que se ría.

Había pronunciado la última palabra con el acento más profundo del este.

-Lo conseguiré. ¿Y sabes quién va a ayudarme?

-Sí -repuso Maddie con toda serenidad-. Yo. Jack había lanzado una carcajada al tiempo que la abrazaba.

-Tienes toda la razón del mundo, cariño mío -le había dicho.

Así pues, se casaron y fueron felices, como suele decirse en los cuentos de hadas, y para Maddie, aquellos primeros meses, durante los que casi todo el mundo los saludaba gritando jovialmente:

«Aquí están los recién casados», fueron un cuento de hadas. Tenía a Jack como apoyo, tenía a Jack para ayudarla a tomar decisiones, y aquello era lo mejor de todo. La decisión doméstica más compleja a la que se enfrentó aquel año consistió en qué cortinas quedaban mejor en el salón; en el catálogo había demasiadas para escoger, y desde luego, su madre no le fue de gran ayuda. A la madre de Maddie le costaba un gran esfuerzo decidirse por una marca de papel higiénico.

Por lo demás, aquel año fue pródigo en alegrías y segundad, la alegría de amar a Jack en su gran cama mientras el viento invernal barría la isla como la hoja de un cuchillo por una tabla de cortar; la seguridad de tener a Jack para decirle qué era lo que querían y cómo iban a conseguirlo.

El amor era bueno, tan bueno que a veces, cuando pensaba en él durante el día, le flaqueaban las piernas y sentía un deliciosohormigueo en el estómago, pero el hecho de que Jack siempre supiera las cosas y la creciente confianza que ella tenía en sus instintos eran aún mejores. Así que, durante un tiempo, la vida fue un cuento de hadas para ella.

Y entonces Jack murió y las cosas empezaron a ir mal. Y no sólo para ella.

Sino para todo el mundo.

Justo antes de que el mundo se precipitara a aquella incomprensible pesadilla, Maddie descubrió que estaba lo que su madre siempre había llamado «preña», la abreviatura que sonaba como si alguien estuviera a punto de soltar un gargajo (al menos, eso era lo que siempre le había parecido a Maddie). Por aquel entonces, ella y Jack se habían instalado junto a la casa de los

Pulsifer en la isla Gennesault, que tanto sus habitantes como los de Little Tall conocían bajo el nombre de Jenny.

Maddie sostuvo uno de sus atormentadores debates internos cuando no le vino la regla por segundo mes consecutivo, y tras cuatro noches insomnes decidió pedir hora en la consulta del doctor McElwain, en tierra firme. Considerándolo en retrospectiva, se alegraba de haberlo hecho, ya que si hubiera esperado al tercer mes, Jack no habría vivido un mes de júbilo y ella se habría perdido la preocupación y los mimos que le dedicó su marido durante aquel tiempo.

En retrospectiva, ahora que estaba afrontando la situación, su indecisión de entonces le parecía ridicula, pero en el fondo de su corazón, sabía que hacerse la prueba había requerido un tremendo valor. Había deseado sufrir mareos más contundentes por las mañanas para estar más segura; había anhelado que las náuseas la arrancaran de sus sueños. Había llamado para pedir hora cuando Jack no estaba en casa, y había ido cuando estaba fuera, pero resultaba imposible escabullirse de la isla en el ferry; demasiada gente de las dos islas la vería. Alguien le mencionaría de pasada a Jack que había visto a su mujer en la *Princesa* el otro día, y entonces Jack querría saber qué pasaba, y si se equivocaba, la miraría como si fuera una estúpida.

Pero no se equivocaba; estaba preña (y no le importaba que aquella expresión sonara como si hubiera agarrado un resfriado y estuviera intentando aclararse la garganta), y Jack pace había tenido exactamente veintisiete días para alegrarse por la llegada de su primer hijo antes de que una ola lo arrollara y lo arrojara por la borda de la *My Lady-Love,* la barca

langostera que había heredado de su tío Mike. Jack sabía nadar y había salido a flote como un corcho, le había contado

Dave Eamons en tono triste, pero en aquel mismo instante, otra ola enorme empujó la barca directamente hacia él, y aunque Dave no dijo nada más, Maddie había nacido y crecido en la isla, y sabía lo que había sucedido; de hecho, casi podía oír el golpe hueco que había emitido la barca de nombre tan traicionero al chocar contra la cabeza de su marido y producir un amasijo de sangre, cabello, hueso y tal vez incluso una parte de su cerebro, el cerebro que le permitía pronunciar su nombre una y otra vez cuando la penetraba en la oscuridad de la noche.

Enfundado en su pesado chaquetón con capucha y pantalones de plumón, Jack Pace se había hundido como una piedra. Habían enterrado un ataúd vacío en el pequeño cementerio situado al norte de la isla Jenny, y el reverendo Johnson (en Jenny y Little Tall uno podía escoger la religión que prefiriese; podía optar por la religión metodista o, de lo contrarío, elegir la religión metodista y no practicar) había oficiado la ceremonia ante un ataúd vacío del mismo modo en que lo había hecho en tantas otras ocasiones. Cuando terminó el servicio religioso, Maddie se había convertido a los veintidós años en una viuda preñada y sin nadie que le indicara dónde estaba el timón, ni por supuesto, nadie que le dijera cuándo empujarlo ni en qué dirección.

En un principio pensó en regresar a Little Tall, a esperar la llegada del bebé en casa de su madre, pero aquel año con Jack le había dado cierta perspectiva de la vida, y sabía que su madre estaba tan perdida como ella, si no más, y aquello la hizo preguntarse si regresar constituiría una decisión acertada.

-Maddie -le decía Jack una y otra vez, pues estaba muerto para el mundo pero no en su cabeza, donde seguía tan vivo como podía estarlo un muerto, o al menos eso había creído entonces-, Maddie, la única decisión que puedes tomar es que no puedes tomar ninguna decisión.Y su madre no le fue de ninguna ayuda. Hablaron por teléfono y Maddie esperó que su madre le ordenara que volviera a casa, pero la señora Sullivan era incapaz de ordenar algo a una persona de más de diez años.

-Quizás sería mejor que volvieras -comentó en tono dubitativo.

Pero Maddie no pudo dilucidar si aquellas palabras significaban: «Por favor, vuelve a casa» o «Por favor, no hagas caso de una oferta que sólo te he hecho para guardar las apariencias». Pasó largas noches insomnes intentando decidir qué habían significado aquellas palabras, pero lo único que consiguió fue embrollarse aún más.

Y entonces empezaron a suceder cosas raras, y era una bendición que en Jenny sólo hubiera un pequeño cementerio, y además con tantos ataúdes vacíos, algo que antaño le había parecido una pena pero que ahora se le antojaba una bendición, un favor de Dios. En Little Tall, por el contrario, existían dos cementerios, ambos de dimensiones respetables, por lo que le pareció mucho más seguro permanecer en Jenny y esperar.

Maddie podía esperar y ver si el mundo sobrevivía o sucumbía.

Si sobrevivía, ella esperaría el nacimiento del bebé.

Y ahora, tras una vida de obediencia pasiva y resoluciones vagas que por lo general pasaban como sueños una hora o dos después de levantarse, Maddie estaba afrontando la situación. Sabía que una parte de ello no se debía más que al efecto de verse azotada por un revés tras otro, empezando por la muerte de su marido y terminando con una de las últimas retransmisiones de la sofisticada antena parabólica de los Pulsifer que había conseguido sintonizar. En la emisión, un horrorizado muchacho, obligado a actuar como reportero de la CNN, afirmaba que, por lo visto, el presidente de Estados Unidos, la primera dama, el Secretario de Estado, el honorable senador de

Oregón y el emir de Kuwait habían sido devorados vivos por zombies en el Salón Este de la Casa

Blanca.

-Voy a repetirlo -había dicho el reportero por accidente.

Los granos del acné le destacaban en la frente y la barbilla como estigmas. La boca y las mejillas habían empezado a teniblarle, al igual que las manos.

-Quiero repetir que un puñado de cadáveres acaban de merendarse al presidente, a su esposa y un montón de peces gordos que estaban en la Casa Blanca comiendo salmón al vapor y tarteletas de cereza.

En aquel instante, el muchacho había empezado a reír como un demente y a gritar:

«¡Vamos, Yale! ¡Adelanteeee!» a pleno pulmón. Por último desapareció de la escena, y la mesa del presentador de la CNN quedó desatendida por primera vez en la historia, al menos por lo que recordaba Maddie. Ella y los Pulsifer permanecieron en consternado silencio cuando la mesa del plato de la CNN desapareció y salió un anuncio de los discos de Boxear Willie; no estaban a la venta en ninguna tienda; sólo podía adquirirse aquella increíble colección marcando el número gratuito que aparecía en aquel momento en la parte inferior de la pantalla. Uno de los lápices de colores de la pequeña Cheyne Pulsifer estaba sobre la mesita que había junto a la silla de Maddie, y por alguna razón incomprensible, la joven lo cogió y apuntó el número en un trozo de papel antes de que el señor Pulsifer se levantara y apagara el televisor sin decir palabra.

A continuación, Maddie había dado las buenas noches y las gracias por compartir con ella su televisor y sus palomitas.

-¿Estás segura de que te encuentras bien, Maddie, cariño? -le había preguntado Candi

Pulsifer por quinta vez aquella noche.

Maddie le aseguró que se encontraba perfectamente por quinta vez aquella noche, le explicó que estaba afrontando la situación, y Candi repuso que ya lo sabía, pero que podía quedarse a pasar la noche en la antigua habitación de Brian si lo deseaba. Maddie había abrazado a Candi, la había besado en la mejilla, declinando el ofrecimiento con toda delicadeza y escapando por fin.

En medio de un fuerte viento, había recorrido a pie el kilómetro que la separaba de su casa, y no recordó que todavía tenía el papel donde había anotado el nú-mero de la televisión hasta que estuvo en su propia cocina. Lo había marcado y no había sucedido nada. No oyó una voz grabada que le dijera que las líneas estaban ocupadas o que el número estaba averiado; ninguna sirena sugería que la línea estuviera cortada; nada de golpes ni clics. Fue entonces cuando Maddie supo con certeza que el fin había llegado o estaba a punto de llegar. Cuando ya resultaba imposible llamar a un número gratuito y encargar los discos de Boxear Willie que no estaban a la venta en ninguna tienda, cuando por primera vez en tu vida no oías la consabida vocecita grabada en caso de no poder comunicar, entonces la conclusión lógica era que se acercaba el fin del mundo.

Maddie se acarició el vientre redondeado mientras permanecía de pie junto al teléfono colgado de la pared de la cocina, y pronunció aquellas palabras por primera vez, sin darse cuenta al principio de que había hablado.

-Tendrá que ser un parto en casa. Pero no pasa nada, siempre y cuando estés preparada, pequeña. Tienes que recordar que es la única forma de hacerlo. Tendrás que parir en casa.

Esperó a que la acometiera el temor, pero no sucedió nada.

-Puedo afrontarlo sin ningún problema -dijo. Y esta vez se oyó y la segundad con que había hablado la consoló. Un niño. Cuando naciera el niño acabaría el fin del mundo.

-Edén -murmuró con una sonrisa dulce y virginal.

No importaba cuántos muertos podridos (incluso era posible que Boxear Willie pudiera estar entre ellos) se arrastraran por el mundo.

Ella tendría un niño, llevaría a buen puerto su parto en casa, y la posibilidad de alcanzar el

Edén seguiría viva para ella.

Las primeras noticias llegaron desde una aldea situada a orillas del gran desierto australiano, un lugar llamado Fiddle Dee. El nombre de la primera ciudad americana de la que procedieron informes sobre la presencia de muertos vivientes era Thumper, Florida. El primer artículo apareció en el periódico sensacionalista más importante de América: *Iñude View.*

LOS MUERTOS RESUCITAN EN UNA PEQUEÑA CIUDAD DE FLORIDA, rezaba el titular. El artículo empezaba con una recapitulación de una película llamada *La noche de los muertos vivientes,* que Maddie no había visto, y mencionaba otra, *Ma-cumba Love,* que tampoco había visto. El artículo iba acompañado de tres fotos. Una era un fotograma de *La noche de los muertos vivientes,* y mostraba lo que parecían fugitivos de un manicomio ante una granja aislada.

Otra era un fotograma de *Macumba, Love,* en el que una rubia cuyo bikini parecía sostener unos pechos del tamaño de calabazas premiadas en un concurso tenía los brazos alzados y gritaba horrorizada ante lo que podría ser un hombre negro enmascarado. La tercera afirmaba ser una fotografía tomada en Thumper, Florida. Se trataba de una foto borrosa de una persona de sexo indeterminado ante un salón recreativo. El artículo aseguraba que la figura estaba «envuelta en la mortaja», pero era posible que se tratara de una sábana sucia.

Nada del otro mundo. MONSTRUO VIOLA A NIÑO DE CORO la semana pasada, muertos vivientes que resucitan esta semana, el asesino en serie enano la semana que viene.

Nada del otro mundo, cuando menos, hasta que los zom-bies empezaron a aparecer también en otros lugares. Nada del otro mundo hasta que un reportaje («Es posible que prefieran que sus hijos abandonen la habitación», había advertido Tom Brokaw con gravedad) emitido por la televisión nacional mostró monstruos descompuestos con los huesos sobresaliendo por entre la piel reseca, víctimas de accidentes de tráfico con el maquillaje mortuorio arrancado de modo que se apreciaban sus rostros destrozados y sus cráneos aplastados, mujeres con el cabello convertido en enjambres de suciedad en los que todavía se arrastraban gusanos y escarabajos, mujeres cuya expresión pasaba de la apatía total a una suerte de inteligencia calculadora y demente. Nada del otro mundo hasta las espantosas fotografías aparecidas en unnúmero de la revista *People* que había sido sellado y puesto a la venta con un adhesivo anaranjado que advertía: PROHIBIDA LA

VENTA A MENORES.

Entonces sí se convirtió en algo del otro mundo.

De hecho, cuando uno veía a un cadáver descompuesto, todavía ataviado con los restos cubiertos de barro del traje de Brooks Brothers en que lo habían enterrado, arrancándole el cuello a una mujer que gritaba y llevaba una camiseta con la inscripción PROPIEDAD DE

PETROLEROS HOUSTON, uno se daba cuenta de repente de que aquello no era sólo algo de otro mundo, sino de otra galaxia.

Fue entonces cuando comenzaron las acusaciones y las amenazas, y durante tres semanas, el mundo entero había olvidado a las criaturas que salían de sus tumbas como grotescas polillas que escaparan de capullos contaminados, y había vuelto su atención hacia el espectáculo de las dos superpoten-cias nucleares enzarzadas en lo que prometía convertirse en una colisión ineludible.

No había zombies en Estados Unidos, afirmaron comentaristas en la televisión de la China comunista; se trataba de una mentira interesada para camuflar un imperdonable crimen de guerra química contra la República Popular China, una versión más horripilante, además de deliberada, de lo que había sucedido en Bhopal, India. Habría represalias si los ca-maradas cadáveres que salían de sus tumbas no morían en el espacio de diez días. Todos los diplomáticos estadounidenses fueron expulsados de la patria y se produjeron diversos incidentes, en los que turistas americanos fueron apaleados hasta la muerte.

El presidente, quien al cabo de poco tiempo se convertiría en una estrella del espectáculo zombie, reaccionó portándose como un cerdo, animal al que se parecía, pues había engordado veinticinco kilos desde su reelección. Aseguró al pueblo americano que el gobierno estadounidense tenía pruebas con-cluyentes de que los únicos muertos vivientes que había en

China habían sido puestos en circulación de forma deliberada, y que por mucho que el Jefe Panda, con su cara de ojos rasgados, afirmara que había más de ocho mil muertos vivientes paseándose por ahí en busca del colectivismo definitivo, lo cierto era que el gobierno americano tenía pruebas de que no había más de cuarenta. Eran los chinos los que

habían cometido un crimen, un atroz crimen de guerra química, consistente en resucitar a americanos leales con la única intención de devorar a otros americanos leales, y si estos americanos, algunos de los cuales habían sido buenos demócratas, no morían en el plazo de cinco días, la China roja quedaría reducida a cenizas.

NORAD estaba en alerta roja cuando un astrónomo inglés llamado Humphrey Dagholt divisó el satélite. O la nave espacial. O como narices se llamara. Dagholt ni siquiera era un astrónomo profesional, sino un astrónomo aficionado del este de Inglaterra, nadie en especial, podría decirse, aunque no cabía duda de que salvó al mundo de un desagradable intercambio termonuclear, si no de una guerra atómica con todas las de la ley. No estaba mal para un hombre con el tabique nasal desviado y una grave soriasis.

En un principio, dio la impresión de que los dos sistemas políticos enfrentados no querían creer en el hallazgo de Dagholt, ni siquiera después de que el Observatorio Real de Londres certificara la autenticidad de sus fotografías y datos. Finalmente, no obstante, los silos de los misiles se cerraron y los telescopios de todo el mundo se desviaron casi a regañadientes hacia

Estrella Ajenjo.

La misión espacial conjunta chinoamericana organizada para investigar al ingrato recién llegado despegó de los altos de Lanzhou menos de tres semanas después de que aparecieran las primeras fotografías en el *Guardian,* y el astronauta favorito de todo el mundo se hallaba a bordo en compañía de su tabique desviado y demás accesorios. En realidad, habría resultado difícil dejar a Dagholt al margen de la misión, ya que se había convertido en un héroe mundial, el británico más famoso desde Winston Churchill. El día anterior al despegue, cuando un periodista le preguntó si tenía miedo, Dagholt había lanzado una de sus entrañables carcajadas a lo Robert

Morley, se había frotado un lado de la enorme nariz que coronaba su rostro y había exclamado:

-¡Estoy aterrado, amigo mío! ¡A-te-rra-do!Como se supo más tarde, había tenido toda la razón en estar aterrado. Todos la tenían.

Los tres gobiernos implicados consideraron que los últimos sesenta y un segundos de transmisión de la nave *Xiao-ping/Truman* habían sido demasiado horripilantes como para ser dados a conocer, por lo que no se llegó a elaborar ningún comunicado oficial. Por supuesto, daba igual; al fin y al cabo, casi veinte mil operadores se habían encargado del seguimiento de la nave, y al parecer, al menos diecinueve mil tenían una grabadora en marcha en el momento en que la nave fue... ¿Acaso había otro modo de decirlo? En fin, en el momento en que fue invadida.

Voz china: ¡Gusanos! Parece una bola maciza de...

Voz americana: ¡Dios mío! ¡Cuidado! ¡Viene a por nosotros!

Dagholt: Se está produciendo una especie de extrusión. La ventana de babor está...

Voz china: ¡Una brecha! ¡Una brecha! ¡Poneos los trajes, amigos míos!

(Balbuceo indescifrable.)

Voz americana:... y parece que está carcomiendo...

Voz china femenina (Ching-Ling Soong): Basta, basta, los ojos...

(Estruendo de una explosión.)

Dagholt: Descompresión explosiva. Veo tres... esto, cuatro muertos..., y hay gusanos... gusanos por todas partes...

Voz americana: ¡Viseras! ¡Viseras! ¡Viseras!

(Gritos.)

Voz china: ¿Dónde está mi mamá? Oh, por favor, ¿dónde está mi mamá?

(Gritos. Sonidos que recuerdan a un viejo sin dientes comiendo puré de patatas.)

Dagholt: La cabina está llena de gusanos..., como mínimo, parecen gusanos..., lo cual significa que son realmente gusanos, según se da cuenta uno... Al parecer, se han separado del satélite principal... o lo que creíamos que era el satélite principal..., lo cual significa, en

suma... que la cabina está llena de partículas corporales flotantes. Estos gusanos espaciales parecen segregar alguna suerte de ácido...

(Explosión de cohetes portadores; duración de la explosión 7,2 segundos. Es posible que se tratara de un intento de escapar o bien atacar el objeto central. En cualquier caso, la maniobra no tuvo éxito. Es probable que las propias cámaras de ignición estuvieran repletas de gusanos y que el capitán Lin Yang, o quienquiera que fuese el oficial al mando en aquel momento, creyera inminente una explosión de los depósitos de combustible como consecuencia de la presencia de gusanos. Por tanto, había apagado los controles de la nave.)

Voz americana: Oh, Dios mío, los tengo en la cabeza, se están comiendo mi maldi...

(Interferencias.)

Dagholt: Creo que la prudencia exige una retirada estratégica al compartimento de popa; el resto de la tripulación ha muerto. No cabe duda de ello. Es una verdadera lástima. Un puñado de hombres valientes. Incluso el americano gordo que no dejaba de hurgarse la nariz. Pero por otro lado, no creo... (Interferencias)

Dagholt:... muertos a fin de cuentas porque Ching-Ling Soong, o mejor dicho, la cabeza decapitada de Ching-Ling Soong, acaba de pasar flotando junto a mí; tenía los ojos abiertos y parpadeaba. Al parecer, me ha reconocido, y... (Interferencias.) *Dagholt:*... los mantendré...

(Explosión. Interferencias.)

Dagholt:... en todas partes. Repito, en todas partes. Cosas que se retuercen. Digo yo, ¿sabe alguien si...?

(Dagholt grita y masculla juramentos; al cabo de un momento ya sólo grita. De nuevo los sonidos que recuerdan al viejo desdentado.)

(Fin de la transmisión.)

La nave *Xiaoping/Truman* explotó tres segundos más tarde. La extrusión procedente de la bola apodada Estrella Ajenjo había sido observada desde más de trescientos tele-scopios situados en la tierra durante el breve y más bien lamentable conflicto. Al inicio de los últimos sesenta y un segundos de transmisión, la nave empezó a quedar oscurecida por unos objetos que realmente parecían gusanos. Al final de la transmisión ya no se veía la nave, sino tan sólo la repugnante masa de seres que se había adherido a ella. Instantes después de la explosión, un satélite meteorológico había captado una fotografía de escombros flotantes, una parte de los cuales consistía con toda probabilidad en pedazos de gusanos. Resultó más sencillo identificar una pierna humana enfundada en un traje espacial chino que flotaba entre los restos de gusanos.

Y en cierto sentido, nada de aquello tenía la menor importancia. Los científicos y los políticos de ambos países sabían exactamente dónde se encontraba la Estrella Ajenjo; justo encima del agujero de la capa de ozono. Desde ahí enviaba algo a la Tierra, y era evidente que no se trataba de flores por Interfiera.

A continuación entraron en juego los misiles. Ajenjo los esquivó con facilidad y regresó a su lugar sobre el agujero de la capa de ozono.

En el televisor con antena parabólica de los Pulsifer, más cadáveres resucitaron y empezaron a pasearse, pero se había producido un cambio decisivo. Al principio, los zombies se habían limitado a morder a personas vivas que se acercaban demasiado a ellos, pero durante las últimas semanas antes de que el sofisticado televisor Sony de los Pulsifer empezara a no mostrar más que anchas bandas de nieve, los muertos comenzaron a intentar acercarse a los vivos.

Por lo visto, habían decidido que les gustaba lo que mordían.

Estados Unidos fue el único responsable del último intento de acabar con aquella cosa. El presidente aprobó el intento de destruir Ajenjo con varias armas nucleares en órbita, ignorando de un modo desvergonzado sus declaraciones anteriores, según las cuales Estados Unidos nunca había puesto armas nucleares estratégicas en órbita y jamás lo haría. El resto del mundo también ignoró dichas declaraciones. Tal vez estaban demasiado ocupados rezando por que la misión tuviera éxito.

Era una buena idea, pero, por desgracia, no dio resultado. Ni una sola de las armas estratégicas en órbita estalló. Un total de veinticuatro estrepitosos fracasos.

El fin de la tecnología moderna, en definitiva.

Y a continuación, después de todos aquellos reveses, tanto en el cielo como en la tierra, sucedió lo del pequeño cementerio de Jenny. Pero tampoco aquello afectó demasiado a Maddie, porque, al fin y al cabo, ella no había estado presente. Ahora que el fin de la civilización estaba al alcance de la mano y la isla había quedado aislada del resto del mundo (por fortuna, en opinión de sus habitantes), las viejas tradiciones se habían impuesto de nuevo con fuerza tácita aunque indiscutible.

A aquellas alturas, todos sabían lo que iba a ocurrir; lo que no sabían era cuándo iba a ocurrir. Había que prepararse para ese momento.

Las mujeres quedaron excluidas del asunto.

Por supuesto, fue Bob Daggett quien organizó los turnos de vigilancia. Como Dios manda, pues Bob llevaba de alcalde de Jenny unos mil años. El día después de la muerte del presidente

(no se mencionó la imagen de la primera dama y él paseándose como locos por las calles de

Washington y mordisqueando piernas y brazos humanos como quien mordisquea patas de pollo en un picnic; era demasiado, aun cuando aquel cabroncete y su mujer fueran demócratas), Bob

Daggett convocó la primera reunión municipal sólo para hombres que se celebraba desde antes de la Guerra Civil. Maddie no asistió, pero se enteró de muchas cosas. Dave Eamons le contó todo lo que necesitaba saber.

-Ya sabéis cuál es la situación -dijo Bob.

Estaba tan amarillo como si tuviera ictericia, y los presentes recordaron que además de la hija que todavía vivía en la isla, Bob tenía otras tres en otros lugares..., es decir, en tierra firme.

Pero diablos, llegados a eso, todos tenían parientes en tierra firme.

-Aquí en Jenny hay un cementerio -prosiguió Bob-, y todavía no ha pasado nada allí, pero eso no quiere decir que no vaya a pasar nada. Todavía no ha pasado nada en muchos sitios..., pero parece que una vez empieza, las cosas se ponen feas en un periquete.

Se alzó un murmullo de asentimiento entre los hombres reunidos en el gimnasio de la escuela primaria, que era el único lugar lo suficientemente grande como para albergarlos a todos.

Eran unos setenta en total, desde Johnny Grane, que acababa de cumplir dieciocho años, hasta el tío abuelo de Bob, que pasaba de los ochenta, tenía un ojo de cristal y mascaba tabaco. Por supuesto, en el gimnasio no había escupidera, así que Frank Daggett se había traído un tarro vacío de mayonesa para escupir el jugo del tabaco, como hizo en aquel momento.

-Al grano, Bobby -dijo-. Esto no es una campaña electoral, y estamos perdiendo el tiempo.

Se oyó otro murmullo de asentimiento, y Bob Daggett se ruborizó. Su tío abuelo siempre se las arreglaba para hacerle quedar como un estúpido, y lo único que le fastidiaba más que eso era que lo llamaran Bobby. Tenía propiedades, maldita sea. Y mantenía al maldito viejo..., ¡incluso le compraba el maldito tabaco!

Pero no podía decir todas aquellas cosas en voz alta; los ojos del viejo Frank eran como dardos.

-Muy bien -anunció en tono seco-. A eso voy. Necesitamos a doce hombres por turno.

Voy a hacer un horario dentro de un par de minutos. Turnos de cuatro horas.

-¡Yo puedo hacer turnos de mucho más que cuatro horas! -exclamó Matt Arsenault.

Davey le contó a Maddie que, después de la reunión, Bob había asegurado que ningún haragán que viviera de la seguri- dad social como Matt Arsenault se habría atrevido a abrir la boca en una reu-nión de sus superiores, delante de todos los hombres de la isla, si el viejo no lo hubiera llamado Bobby, como si fuera un crío en lugar de un hombre que iba a cumplir los cincuenta al cabo de los tres meses.

-Es posible -replicó Bob-, pero tenemos un montón de vivos en esta isla, y no quiero que nadie se duerma durante la guardia.

-No me dor...

-No he dicho que tú vayas a dormirte -lo interrumpió Bob, aunque sus ojos se posaron en

Matt Arsenault como si fuera eso precisamente lo que había querido decir-. Esto no es un juego.

Siéntate y cierra el pico.

Matt Arsenault lo abrió para decir algo más, pero entonces miró a los demás hombres, incluyendo a Frank Daggett, y tuvo la sensatez de guardar silencio.

-Si tenéis un rifle, traedlo cuando os toque vigilar -prosiguió Bob.

Se sentía un poco mejor ahora que había puesto a Arsenault más o menos en su sitio.

-A menos que sea del veintidós -añadió-. Si no tenéis un rifle más grande que eso, venid aquí a recoger uno.

-No sabía que la escuela tuviera todo un arsenal -intervino Cal Partridge.

Los hombres acogieron sus palabras con una gran carcajada.

-Y no lo tiene, pero ya lo tendrá -repuso Bob-, porque todos los que tengáis más de un rifle que no sea del veintidós lo vais a traer aquí. -Lanzó una mirada a John Wirley, el director de la escuela-. ¿Te va bien si los guardamos en tu despacho, John?

Wirley asintió. Junto a él, el reverendo Johnson se frotaba las manos con expresión enloquecida.

-A la mierda -terció Orrin Campbell-. Tengo mujer y dos hijos. ¿Es que tengo que dejarlos sin nada para defenderse si un montón de cadáveres van a casa para un festín adelantado de Acción de Gracias mientras yo estoy de guardia?

-Si hacemos bien nuestro trabajo en el cementerio, nopasará nada -replicó Bob con severidad-. Algunos de vosotros tenéis pistolas. A nosotros no nos sirven de nada. Averiguad qué mujeres saben disparar y dadles pistolas. Las organizaremos en grupos.

-Que jueguen al parchís -comentó el viejo Frank con una risita.

Bob esbozó una sonrisa. Como debe ser, sí señor.

-Por las noches necesitaremos camiones alrededor del cementerio para tener luz suficiente.

Se volvió hacia Sonny Dotson, el encargado de la gasolinera Amoco, la única de la isla. El negocio principal de Sonny no consistía en llenar los depósitos de coches y camiones (joder, casi no había carreteras en la isla), sino en llenar los depósitos de las barcas langosteras y las lanchas motoras que alquilaba durante el verano en su embarcadero.

-¿Nos darás la gasolina, Sonny?

-¿Me vais a dar recibos?

-Te vamos a salvar el pellejo -replicó Bob-. Cuando las cosas se normalicen, si es que se normalizan, supongo que recibirás todo lo que te mereces.

Sonny miró en derredor, vio tan sólo un montón de miradas duras y se encogió de hombros.

Parecía malhumorado, pero lo cierto es que estaba más confuso que otra cosa, le contó Davey a

Maddie al día siguiente.

-Sólo tengo mil quinientos litros de gasolina -advirtió Sonny-. La mayor parte diesel.

-Hay cinco generadores en la isla -intervino Burt Dorfman.

Cuando Burt hablaba, todos escuchaban. Puesto que era el único judío de la isla, lo consideraban un ser quijotesco y temible a un tiempo, como un oráculo que trabaja a medio tiempo.

-Todos funcionan con diesel. Puedo montar luces si es necesario.

Un murmullo recorrió la sala. Si Burt decía que podía hacerlo significaba que podía hacerlo.

Era un electricista judió, y en las islas prevalecía la convicción tácita aunque firme de que eran los mejores.

-Vamos a iluminar ese cementerio como si fuera un maldito escenario -exclamó Bob.

Andy Kingsbury se levantó.

-He oído en las noticias que cuando les pegas un tiro en la cabeza a esas cosas, a veces se mueren, pero a veces no.

-Tenemos sierras eléctricas -repuso Bob con sequedad-, y lo que no se muera..., bueno, estoy seguro de que podemos conseguir que no vaya muy lejos.

Y aparte de organizar los turnos de vigilancia, aquello fue todo.

Pasaron seis días y seis noches, y los centinelas apostados en torno al pequeño cementerio de Jenny empezaban a sentirse un poco estúpidos.

-No sé si estoy montando guardia o tocándome los cojo-nes -comentó Orrin Campbell una tarde mientras una docena de hombres estaban junto a la verja del cementerio, jugando al mentiroso.

Pero entonces sucedió... y sucedió muy deprisa.

Davey contó a Maddie que oyó un sonido parecido al del viento aullando en la chimenea en una noche de tormenta, y en aquel momento, la lápida que marcaba la tumba del hijo del señor y la señora Fournier, Michael, que había muerto de leucemia a los diecisiete años (una lástima, teniendo en cuenta que era hijo único y los Fournier eran gente tan encantadora), cayó al suelo. Al cabo de un momento, una mano destrozada y adornada con un anillo de la Academia Yarmouth cubierto de musgo surgió de la tierra tras abrirse paso por entre la dura hierba. El tercer dedo había sido arrancado en el intento.

La tierra se estremeció como (como el vientre de una mujer embarazada a un paso del parto, estuvo a punto de decir Dave, pero después se lo pensó mejor) una gran ola rompiendo en una caleta, y entonces el chico se incorporó, aunque estaba irreconocible después de pasar casi dos años bajo tierra. Tenía pequeñas astillas de madera clavadas en lo que le quedaba de cara, explicó

Davey, y jirones de tela azul brillante en la maraña que había sido el cabello.-Era el forro del ataúd -le contó Davey con la mirada fija en sus inquietas manos-. De eso estoy pero que muy seguro. -Hizo una pausa antes de añadir-: Gracias a Dios que el padre de Mike no estaba en ese turno.

Maddie asintió con un gesto.

Cagados de miedo y al mismo tiempo asqueados, los hombres que estaban de guardia abrieron fuego contra el cadáver reanimado del antiguo campeón de ajedrez y excelente segunda base del instituto hasta hacerlo pedazos. Algunos disparos efectuados a causa del pánico arrancaron trozos de su lápida, y fue una suerte que los hombres estuvieran agrupados cuando empezó la fiesta, ya que si hubieran estado divididos en dos grupos, como había propuesto Bob

Daggett en un principio, lo más probable era que se hubieran matado unos a otros. En cualquier caso, ningún isleño resultó herido, aunque al día siguiente, Bud Meechum se encontró un orificio bastante sospechoso en la manga de la camisa.

-Seguramente no era más que una espina de zarzamora -dijo-. Hay un montón en esa parte de la isla.

Nadie discutió aquel punto, pero los bordes chamuscados del orificio hicieron pensar a su asustada mujer que la camisa había sido atravesada por una espina de un calibre bastante grande.

El hijo de los Fournier cayó hacia atrás, y la mayor parte de su cuerpo quedó inmóvil, aunque algunas partes seguían contrayéndose..., pero en aquel preciso instante, el cementerio entero empezó a temblar, como si acabara de empezar un terremoto... pero sólo ahí.

Aquello había ocurrido una hora antes del anochecer.

Burt Dorfman conectó una sirena a la batería de un tractor, y Bob Daggett pulsó el interruptor. Al cabo de veinte minutos, casi todos los hombres de la isla se hallaban en el cementerio.

-Y vaya suerte, desde luego -exclamó Dave Eamons-, porque algunos de los muertos estuvieron a punto de escabullirse.

El viejo Frank Daggett, al que todavía faltaban dos horas para caer fulminado por un ataque al corazón justo en el momento en que las cosas empezaban a calmarse, organizó a los recién llegados de modo que tampoco se acribillaran a tiros unos a otros, y durante los diez minutos siguientes, el cementerio de Jenny ofreció el aspecto de un sangriento campo de batalla. Al término de la fiesta, las nubes de pólvora eran tan espesas que algunos de los hombres empezaron a devolver. El agrio olor del vómito era casi más intenso que el de la pólvora... También era más penetrante y duró más tiempo.

Y algunos de ellos seguían retorciéndose como serpientes con la espalda rota..., sobre todo los que llevaban menos tiempo criando malvas.

-Burt -llamó Frank Daggett-. ¿Tienes las sierras eléctricas?

-Sí -repuso Burt.

De repente tuvo una arcada, un largo zumbido parecido al de una cigarra intentando atravesar la corteza de un árbol. No podía apartar los ojos de aquellos cadáveres que se retorcían, de las lápidas volcadas, las tumbas abiertas de las que habían salido los muertos.

-Están en el camión.

-¿Tienen combustible?

Del cráneo viejo y calvo de Frank sobresalían venas azuladas.

-Sí -repuso Burt al tiempo que se llevaba la mano a la boca-. Lo siento.

-Echa todas las papas que te dé la gana -exclamó Frank con brusquedad-, pero entretanto mueve el culo y ve a buscarlas. Y tú... tú... tú... tú...

El último «tú» iba dirigido a su sobrino nieto Bob.

-No puedo, tío Frank -repuso Bob asqueado.

Miró en derredor y vio a seis de sus amigos y vecinos acurrucados en la alta hierba. No estaban muertos, sino que habían perdido el conocimiento. La mayoría de ellos habíavisto a parientes suyos salir de sus tumbas. Buck Karkness, que estaba tendido al pie de un álamo, había participado en el fuego cruzado que había hecho pedazos a su difunta esposa; el hombre se había desmayado después de ver que el cerebro podrido y lleno de gusanos estallaba en la parte posterior de su cabeza en una lluvia grisácea y sangrienta.

-No puedo, no p...

Frank lo abofeteó con una mano torturada por la artritis pero dura como una piedra pese a todo.

-Puedes y vas a hacerlo, amiguito -insistió.

Bob se reunió con el resto de los hombres.

Frank Daggett los observó con expresión sombría al tiempo que se frotaba el pecho, que había empezado a ocasionarle agudas punzadas en el hombro y el brazo izquierdos, hasta la altura del codo. Era viejo pero no estúpido, y estaba bastante seguro de lo que eran aquellos dolores y lo que significaban.

-Me dijo que creía que le iba a dar un soponcio, y mientras me lo decía se daba golpecitos en el pecho -prosiguió Dave al tiempo que se llevaba una mano al hinchado músculo que tenía justo encima del pezón izquierdo.

Maddie asintió con un gesto para indicar que lo entendía.

-Y luego me dijo: «Si me pasa algo antes de que esta guarrada haya terminado, Davey, tú,

Burt y Orrin tendréis que haceros cargo de todo. Bobby es un buen muchacho, pero ha perdido los redaños al menos por un tiempo... y ya sabes, hay gente que los pierde para siempre en según qué casos».

Maddie volvió a asentir mientras se decía lo agradecida, lo inmensamente agradecida que estaba de no ser hombre.

-Así que eso hicimos -siguió Dave-. Acabamos con aquella guarrada.

Maddie asintió por tercera vez, pero debía de haber emitido algún sonido, porque Dave le dijo que no seguiría si ella no podía soportarlo; no le importaría parar, de hecho.

-Puedo soportarlo -aseguró ella en voz baja-. La verdad es *que* te sorprendería saber lo mucho que puedo soportar, Davey.

Al oír aquello, el muchacho la observó con curiosidad por un instante, pero Maddie había apartado la mirada antes de que pudiera descubrir el secreto que encerraban sus ojos.

Davey no conocía el secreto porque nadie en Jenny lo conocía. Eso era lo que quería

Maddie, y así era como quería que quedara el asunto. Es posible que antes, en las tinieblas del golpe que había sufrido, fingiera estar afrontando la situación. Pero entonces había sucedido algo que la había obligado a afrontar la situación. Cuatro días antes de que el cementerio vomitara sus cadáveres, Maddie Pace se había enfrentado a una elección bien simple: afrontar la situación o morir.

Estaba sentada en el salón, tomando un vaso de vino de arándanos que ella y Jack habían puesto a fermentar en agosto del año anterior, una época que en aquel momento se le antojaba increíblemente lejana, y haciendo algo tan banal que resultaba ridículo. Estaba tejiendo ropita.

Bolitas, en concreto. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer? Tal como estaban las cosas, nadie cogería el barco para ir a la tienda de ropa infantil Wee Folks en el centro comercial Elsworth durante un tiempo.

De repente, algo chocó contra la ventana.

Un murciélago, se dijo al tiempo que alzaba la mirada. No obstante, dejó de mover las agujas de tejer. Le parecía que algo más grande se había apartado bruscamente de la ventana en aquella noche ventosa. Pero la lámpara de aceite estaba puesta al máximo y arrancaba demasiados reflejos de los cristales como para poder asegurarlo. Alargó el brazo para bajar la llama y en aquel momento oyó otro golpe. Los cristales vibraron. Oyó trocitos de aislante reseco cayendo sobre el marco de la ventana. Jack había tenido la intención de volver a aislar todas las ventanas en otoño, según recordaba, y entonces pensó: «Tal vez ha vuelto por eso». Aquello era una locura; Jack estaba en el fondo del mar, pero...

Maddie permaneció sentada con la cabeza ladeada y la labor inmóvil entre las manos. Una botita de color rosa. Ya ha-bía tejido un par de bolitas azules. De repente, le parecía oír más de lo normal. El viento. El lejano rugido de las olas rompiendo en Cricket Ledge. Los crujidos y gruñidos de la casa, como una anciana que se buscara la posición más cómoda en la cama. El tictac del reloj en el recibidor.

-¿Jack? -llamó en la silenciosa noche que había dejado de serlo-. ¿Eres tú, querido?

En aquel instante, la ventana del salón se hizo añicos y lo que la atravesó dando tumbos no era Jack, en realidad, sino un esqueleto cubierto por algunos jirones de carne podrida.

Todavía llevaba la brújula colgada del cuello, así como una barba de musgo.

El viento hizo revolotear las cortinas sobre su cabeza cuando cayó de bruces, se incorporó hasta quedar a gatas y la miró con las negras cuencas de los ojos, en las que había lapas adheridas.

Emitía una especie de gruñidos. Abrió la boca descarnada y entrechocó los dientes. Tenía hambre... pero en aquella ocasión no le bastaría la sopa de pollo con fideos. Ni siquiera de las de lata.

Más allá de las cuencas de los ojos rellenas de lapas, colgaba y se balanceaba una sustancia grisácea, y Maddie se dio cuenta de que se trataba de lo que quedaba del cerebro de Jack.

Permaneció sentada, paralizada, cuando Jack se levantó y empezó a avanzar hacia ella, dejando rastros negros de algas sobre la moqueta, los dedos alargados hacia ella. Apestaba a sal y a profundidad. Avanzaba con las manos extendidas, abriendo y cerrando la mandíbula con ademán mecánico. Maddie vio que llevaba los restos de la camisa a cuadros negros y rojos que le había comprado en L. L. Bean la pasada Navidad. Le había costado un riñon, pero Jack había afirmado una y otra vez que abrigaba mucho, y mira lo que ha durado, lo que queda después de haber pasado tanto tiempo bajo el agua.

Las frías telarañas de hueso que habían sido sus dedos le rozaron el cuello antes de que el bebé diera su primera patada; aquello ahuyentó la parálisis que la atenazaba y que ella había tomado por calma, y sin vacilar clavó una de las agujas de tejer en el ojo de la criatura.

Entre espantosos gorgoteos que le recordaron la succión de un pozo negro, el ser retrocedió dando tumbos al tiempo que se aferraba a la aguja, de cuyo extremo, frente a la cavidad que antaño había sido su nariz, pendía aún la botita rosa a medio hacer. De la cavidad surgió una babosa que cayó sobre la botita, dejando un rastro húmedo tras de sí.

Jack tropezó contra el borde de la mesa que Maddie había comprado en una subasta al aire libre justo después de la boda. Recordaba lo que le había costado decidirse a comprarla, la lucha interna que había librado hasta que Jack sentenció que o la compraba para ponerla en el salón o le pagaba a la «manija» que llevaba la subasta el doble de lo que pedía por el maldito trasto y lo convertía en leña con...

... con el...

La criatura chocó contra el suelo y se oyó un crujido cuando su frágil estructura se partió en dos. La mano derecha se sacó la aguja de tejer manchada de grisáceos sesos podridos de la cuenca del ojo y la arrojó lejos de sí. La parte superior de su cuerpo se arrastró de nuevo hacia ella. Las mandíbulas seguían abriéndose y cerrándose mecánicamente.

Maddie creía que la cosa intentaba sonreír, y en aquel momento, el bebé le dio otra patada y ella recordó lo extrañamente cansado que había parecido Jack aquel día que habían ido a la subasta de Mabel Hanratty. «Cómprala, Maddie, por el amor de Dios. Estoy cansado. Quiero ir a casa a cenar. Y si no te decides, le pagaré a la vieja bruja el doble de lo que pide y la convierto en leña con el...»

Una mano fría y húmeda la agarró por el tobillo; los dientes contaminados se prepararon para morder. Para matarlos a ella y al bebé. Maddie se zafó de aquella mano, dejándole tan sólo la zapatilla, que la criatura masticó durante un momento antes de escupirla.

Cuando Maddie regresó del vestíbulo, la cosa, es decir, la mitad superior de la cosa, estaba entrando a rastras en la cocina. La brújula se arrastraba sobre las baldosas. Levantó la ca-beza al oírla, y a Maddie le pareció distinguir una expresión interrogante en los agujeros negros que habían albergado sus ojos antes de blandir el hacha y partirle el cráneo como él le había advertido que haría con la mesa.

La cabeza se partió en dos; los sesos se esparcieron por las baldosas como gachas de avena podridas, sesos repletos de babosas y gelatinosos gusanos de mar, sesos que olían como una marmota muerta que se hubiera descompuesto, llenado de gas y estallado en un caluroso día de verano.

No obstante, sus manos seguían golpeando las baldosas con un ruidito que recordaba los andares de las cucarachas.

Maddie siguió troceando... troceando... troceando.

Por fin, la criatura quedó inmóvil.

Una intensa punzada de dolor le atenazó el vientre, y durante un instante, Maddie se vio acometida por un terrible pánico. «¿Será un aborto? ¿Voy a abortar?» Pero el dolor cesó y el bebé volvió a patalear, esta vez con mayor fuerza.

Maddie regresó al salón con el hacha, que ahora olía a tripas.

De algún modo, las piernas de Jack habían conseguido no caer al suelo.

-Jack, te quería con toda mi alma -dijo-, pero éste no eres tú.

Volvió a blandir el hacha en un arco sibilante que partió la pelvis y la alfombra antes de clavarse profundamente en el sólido parquet de roble.

Las piernas se separaron, se estremecieron violentamente durante al menos cinco minutos y a continuación quedaron inmóviles. Al cabo de un rato, también los dedos de los pies dejaron de temblar.

Maddie lo llevó al sótano pedazo a pedazo. Se puso los guantes acolchados de la cocina y envolvió todos los pedazos en las mantas aislantes que Jack guardaba en el cobertizo y que ella nunca había tirado. Jack y su tripulación las echaban sobre las nasas en los días fríos, a fin de que las langostas no se congelaran.

Una mano arrancada se cerró en torno a la muñeca de Maddie. La mujer esperó con el corazón en un puño, y al cabo de un momento la mano la soltó. Y aquél fue el fin. El fin de Jack.

Bajo la casa había un pozo sin usar. Estaba contaminado, y Jack había tenido la intención de limpiarlo y llenarlo. Maddie apartó la pesada tapa de cemento de modo que su sombra se proyectara sobre el suelo de tierra como un eclipse parcial, y a continuación arrojó los pedazos de

Jack, atenta a los chapoteos de los paquetes en cuanto llegaban al fondo del pozo. Una vez terminada la labor, volvió a colocar la pesada tapa en su lugar.

-Descansa en paz -susurró.

Una voz interior le contestó que su marido descansaba en pedazos, y en aquel momento,

Maddie estalló en sollozos, y los sollozos degeneraron en chillidos histéricos, y se tiró del cabello y se arañó los pechos hasta sangrar, y pensó: «Me he vuelto loca, esto es lo que se siente cuando una se vuelve lo...».

Pero antes de completar el pensamiento se desmayó, y el desmayo se convirtió en un profundo sueño, y al día siguiente se encontraba como nueva.

No obstante, no se lo contaría a nadie.

Nunca.

-Puedo soportarlo -repitió.

Al pronunciar aquellas palabras, desterró la imagen de la aguja de tejer, con la botita balanceándose en un extremo, clavada en la cuenca manchada de algas de la cosa que antes había sido su marido y padre del bebé que llevaba en su seno.

-De verdad.

Así pues, Dave le contó el resto, tal vez porque tenía que contárselo a alguien si no quería volverse loco, pero pasó por alto los detalles más repugnantes. Le contó que habían troceado con las sierras eléctricas los cadáveres que se negaban en redondo a volver al reino de los muertos, pero no le contó que algunas partes habían seguido retorciéndose... Manos arrancadas de brazos que intentaban aferrarse a algo, pies separados de sus piernas correspondientes que escarbaban en la tierra sembrada de balas como si intentaran escapar... Ni lecontó que habían rociado aquellas partes con combustible y les habían prendido fuego. No hacía falta que se lo contara. Maddie había visto la pira desde su casa.

Más tarde, el único camión de bomberos de la isla Genne-sault había apuntado la manguera a los restos de la hoguera, aunque no había muchas probabilidades de que se propagara el fuego, porque un fuerte viento del este arrojaba las chispas hacia la costa de la isla. Cuando ya no quedaba nada aparte de un montón de cenizas humeantes, hediondas y sebosas (en las que, de vez en cuando se apreciaba un movimiento, como el espasmo de un músculo cansado), Matt Arsenault puso en marcha su vieja excavadora D-9, sobre cuyo cucharón de acero y bajo la desvaída gorra de tela, el rostro de Matt había aparecido blanco como la nieve, y apisonado toda aquella porquería demoníaca.

La luna se elevaba en el cielo cuando Frank llamó a Bob Daggett, Dave Eamons y Cal Partridge. Se dirigió a Dave.

-Sabía que pronto llegaría el momento, y finalmente ha llegado -empezó.

-Pero ¿de qué estás hablando, tío? -inquirió Bob.

-De mi corazón -repuso Frank-. Mi maldito corazón se ha estropeado del todo.

-Oye, tío Frank...

-Ni tío Frank ni púnelas -interrumpió el viejo-. No tengo tiempo para escuchar tus monsergas. La mitad de mis amigos la han palmado de lo mismo. No es una maravilla, pero podría ser peor; la verdad es que es mucho mejor que diñarla de cáncer. Bueno, pero ahora tenemos este otro asunto de que preocuparnos, y lo único que quiero decir al respecto es que cuando me muera tengo la intención de quedarme bien muerto. Cal, méteme el rifle en la oreja izquierda. Dave, cuando levante el brazo derecho, me hundes el tuyo en el sobaco. Y Bobby, tú me pones el tuyo justo encima del corazón. Voy a rezar el Padrenuestro y cuando diga amén, los tres apretáis el gatillo al mismo tiempo.

-Tío Frank... -consiguió articular Bob. Estaba a punto de desmayarse.

-Te he dicho que no empieces con eso -volvió a interrumpirlo Frank-. Y no se te ocurra, ni por un instante, desmayarte delante mío, gallina, más que gallina. Y ahora haz el favor de mover el culo y venir aquí.

Bob obedeció.

Frank miró a los tres hombres, cuyos rostros estaban tan pálidos como lo había estado el de

Matt Arsenault al apisonar a hombres y mujeres que había conocido desde que era un crío y llevaba pantalones cortos y zapatos de crío.

-No la fastidiéis -advirtió Frank. Hablaba con todos ellos, aunque tal vez se dirigía especialmente a su sobrino nieto.

-Si creéis que vais a echaros atrás, recordad que yo habría hecho lo mismo por vosotros.

-Déjate de discursos -terció Bob con voz ronca-. Te quiero, tío Frank.

-No eres como tu padre, Bobby Daggett, pero yo también te quiero a ti -repuso Frank con serenidad.

De pronto lanzó un grito de dolor y alzó el brazo izquierdo como un tipo en Nueva York que tiene que encontrar un taxi a toda prisa, y empezó a rezar su última oración.

-Padrenuestro que estás en los cielos... ¡Maldita sea, cómo duele! Santificado sea Tu nombre... ¡Oh, jo...Unes! Venga a nosotros Tu reino, hágase Tu voluntad, así en la tierra como en...

El brazo alzado de Frank se agitaba con violencia. Dave Eamnos, que había encajado el cañón del rifle en el sobaco del viejales, lo observó con la misma atención con la que un leñador observa un gran árbol como si tuviera malas intenciones y fuera a caer en la dirección equivocada.

Todos los hombres de la isla contemplaban la escena. El pálido rostro del anciano aparecía bañado en sudor. Tenía los labios contraídos en una mueca que ponía al descubierto su dentadura postiza amarillenta, y Dave percibió incluso el olor del elixir para dentaduras postizas en su aliento.

-... ¡como en el cielo! -masculló-. ¡No nos dejes caer en la tentación mas líbranos del mal, oh mierda, por los siglos de los siglos AMÉN.

Los tres hombres dispararon, y tanto Cal Partridge comoBob Daggett perdieron el conocimiento, pero Frank no intentó levantarse y echar a andar.

Frank Daggett había tenido la intención de seguir muerto, y eso fue exactamente lo que hizo.

Una vez hubo empezado a contar la historia, Dave fue incapaz de detenerse, así que se maldijo por haber empezado. No era una historia adecuada para una mujer embarazada.

Pero Maddie lo besó en la mejilla y le dijo que creía que se había portado de maravilla, y que Frank también se había portado de maravilla. Dave se marchó algo mareado, como si lo acabara de besar una mujer desconocida.

Y en el fondo, así era.

Maddie lo miró alejarse por el sendero hacia el camino de tierra que era una de las dos carreteras de Jenny, donde dobló a la izquierda. Se tambaleaba un poco a la luz de la luna, se tambaleaba de cansancio, pensó ella, pero también de horror. El corazón de Maddie lo acompañaba... los acompañaba a todos... Le habría gustado decirle a Dave que lo quería y besarle de lleno en la boca en lugar de rozarle la mejilla, pero quizás habría malinterpretado el gesto, por mucho que estuviera muerto de cansancio y por mucho que ella estuviera embarazada de cinco meses.

Pero lo cierto era que lo quería, que los quería a todos, porque habían pasado por un infierno para convertir aquella pequeña mancha de tierra, situada a setenta kilómetros de la costa, en un lugar seguro para ella.

Y para su hijo.

-Tendrá que ser un parto en casa -murmuró alzando la mirada hacia la luna cuando Dave se perdió de vista tras la oscura sombra de la antena parabólica de los Pulsifer-. Será un parto en casa... y todo irá bien.

El mendigo y el diamante

NOTA DEL AUTOR: El señor Surendra Patel, de

Scars-dale, Nueva York, fue quien me contó este breve relato, una parábola hindú en su forma original. La he adaptado de un modo bastante libre y pido disculpas a quienes conozcan la versión original, en la que Shiva y su esposa son los personajes protagonistas.

Cierto día, el arcángel Uriel acudió a Dios con una expresión de tristeza pintada en su rostro.

-¿Qué es lo que te acongoja? -le preguntó solícito Dios.

-He presenciado algo muy triste -repuso Uriel al tiempo que señalaba el suelo entre sus pies-. Ahí abajo.

-¿En la Tierra? -inquirió Dios con una sonrisa-. ¡Oh! ¡No es que haya escasez de tristeza precisamente! Bien, veamos.

Se inclinaron juntos a mirar. A lo lejos vieron una figura maltrecha que caminaba arrastrando los pies por una carretera rural en las afueras de Chandrapur. El hombre era muy delgado y tenía las piernas y los brazos cubiertos de llagas. Los perros lo perseguían ladrando, pero él no se volvía para golpearlos con el bastón ni siquiera cuando le mordisqueaban los talones; se limitaba a seguir caminando, arrastrando los pies, cojeando sobre la pierna derecha. En un momento dado, un grupo de chiquillos apuestos y bien alimentados salieron de una gran casa exhibiendo sonrisas maliciosas para arrojar piedras al pobre hombre cuando alargó su escudilla vacía en petición de limosna.-¡Fuera de aquí, asqueroso! -gritó uno de ellos-. ¡Vete a los campos y muérete!

Al oír aquellas palabras, el arcángel Uriel estalló en sollozos.

-Bueno, bueno -lo tranquilizó Dios al tiempo que le daba una palmadita en el hombro-.

Creía que estabas más curtido.

-Y lo estoy -repuso Uriel enjugándose las lágrimas-. Sólo que ese tipo de ahí abajo parece resumir todos los problemas que siempre han tenido los hijos e hijas de la Tierra.

-Y así es -replicó Dios-. Es Ramu, y éste es su trabajo. Cuando muera, otro ocupará su lugar. Se trata de un trabajo muy honorable.

-Tal vez -dijo Uriel cubriéndose los ojos con un escalofrío-, pero no soporto mirarlo. Su dolor me llena el corazón de tinieblas.

-Aquí no están permitidas las tinieblas -advirtió Dios-, y por tanto debo tomar las medidas necesarias para cambiar lo que las ha cernido sobre ti. Mira, querido arcángel.

Uriel miró y vio que Dios sostenía en la mano un diamante del tamaño de un huevo de pavo.

-Un diamante de este tamaño y calidad alimentará a Ramu durante el resto de su vida y mantendrá a sus descendientes hasta la séptima generación -explicó Dios-. De hecho, es el diamante más valioso del mundo. Y ahora... veamos.

Dios se apoyó en las manos y las rodillas, sostuvo el diamante entre dos algodonosas nubes y lo dejó caer. Tanto él como Uriel siguieron su descenso con gran atención y lo vieron aterrizar en el centro del camino por el que andaba Ramu.

El diamante era tan grande y pesado que Ramu, sin duda, lo habría oído chocar contra el suelo si hubiera sido más joven, pero el oído no le funcionaba bien desde hacía varios años, al igual que los pulmones, la espalda y los riñones. Sólo su vista seguía tan aguda como la de un lince, como cuando contaba tan sólo veinte años.

Al subir una cuesta del camino sin percatarse del enorme diamante al que el sol arrancaba hermosos destellos, Ramu exhaló un suspiro antes de detenerse e inclinarse hacia delante sobre el bastón cuando el suspiro se convirtió en un acceso de tos. Se aferró al bastón con ambas manos, intentando sofocar la tos, y justo en el momento en que ésta empezaba a

ceder, el bastón, un palo viejo, seco y casi tan gastado como el propio Ramu, se rompió con un chasquido; Ramu cayó al suelo polvoriento.

Permaneció tendido, mirando al cielo y preguntándose por qué Dios era tan cruel.

«He sobrevivido a todos mis seres queridos -se dijo-. Pero no a aquellos a los que odio.

Soy tan viejo y tan feo que los perros me ladran y los niños me arrojan piedras. Hace tres meses que no como más que sobras, y más de diez años que no como un ágape decente en compañía de familiares y amigos. Vago sobre la faz de la Tierra y no hay ningún lugar que pueda llamar hogar.

Esta noche dormiré bajo un árbol o un seto, sin techo que me cobije de la lluvia. Estoy cubierto de llagas, me duele la espalda y cuando hago aguas veo sangre donde no debería haber sangre. Mi corazón está más vacío que mi escudilla.»

Ramu se incorporó con lentitud, sin darse cuenta que a menos de veinte metros y una cuesta de distancia, oculto de sus perspicaces ojos, yacía el diamante más grande del mundo, y volvió la mirada hacia el húmedo cielo azul.

-Dios mío, qué mala suerte tengo -exclamó-. No te odio, pero me temo que no eres mi amigo, que no eres amigo de nadie.

Dicho aquello, Ramu se sintió algo mejor y reanudó su renqueante caminata tras detenerse a recoger el trozo más largo del bastón roto. Mientras caminaba empezó a reprocharse la autocompasión que sentía y la desagradecida plegaria que había dicho.

-En realidad, sí tengo algunas cosas por las que sentirme agradecido -razonó-. Hace un día extraordinariamente bello, en primer lugar, y aunque he fracasado en muchos sentidos, sigo gozando de una vista excelente. ¿Qué sería de mí si fuera ciego?A fin de demostrarse la veracidad de sus palabras, Ramu cerró los ojos y siguió avanzando con el bastón roto extendido ante sí como si fuera ciego. La oscuridad era terrible, sofocante y confusa. Al cabo de unos instantes ya no sabía si seguía avanzando como antes o si, por el contrario, se estaba desviando e iba a precipitarse a la cuneta en cualquier momento. La idea de lo que podría sucederles a sus viejos y frágiles huesos a causa de una caída como aquélla lo atemorizaba, pero pese a ello, mantuvo los ojos cerrados y siguió avanzando a tientas.

-Esto es lo que te hacía falta para curarte de tu ingratitud, viejo amigo -se dijo-. Pasarás el resto de tu vida pensando que sí, eres un mendigo, pero que al menos no eres un mendigo ciego, y eso te hará feliz.

Ramu no cayó en la cuneta, aunque sí empezó a desviarse hacia el lado derecho de la carretera al llegar a la cima de la cuesta e iniciar el descenso, y por ello pasó junto al enorme diamante que relucía en el polvo; su pie izquierdo pasó a menos de cinco centímetros de la piedra.

Unos treinta metros más allá, Ramu abrió los ojos. La brillante luz del sol estival inundó su mirada y pareció inundar también su mente. Con un sentimiento de júbilo contempló el cielo azul, los polvorientos campos amarillos, el camino por el que caminaba. Siguió con la mirada y una sonrisa el vuelo de un pájaro de un árbol a otro, y si bien no se volvió ni una sola vez ni vio el enorme diamante que yacía detrás suyo, lo cierto era que había olvidado las llagas y el dolor de espalda que lo atormentaban.

-¡Gracias a Dios por conservarme la vista! -gritó-. ¡Gracias a Dios por esto, al menos!

Tal vez vea algo de valor en el camino, una vieja botella que valga algún dinero en el bazar, o incluso una moneda; pero aunque no encuentre nada, veré muchas cosas. ¡Gracias a Dios por conservarme la vista! ¡Gracias a Dios por ser!

Una vez satisfecho, Ramu se puso de nuevo en marcha, dejando atrás el diamante. Dios alargó la mano, lo recogió y volvió a dejarlo en la montaña africana de la que lo había sacado.

Casi como idea de último momento (si es que puede decirse que Dios tenga ideas de último momento), rompió una rama de un árbol y la dejó caer en la carretera de Chan-drapur, al igual que había dejado caer el diamante.

-La diferencia estriba -explicó Dios a Uriel- en que nuestro amigo Ramu encontrará la rama, la cual le servirá como bastón durante el resto de sus días.

Uriel miró a Dios (en la medida en que alguien, incluido un arcángel, puede mirar ese rostro ardiente) con expresión insegura.

-¿Me has dado una lección, Padre?

-No lo sé -repuso Dios con aire inocente-. ¿Tú qué crees?

Agosto en Brooklyn

(PARA JIM BISHOP)

En el estadio Ebbets crece la maleza (donde dirigía Alston) fila a fila mientras el eje diurno declina hacia el crepúsculo todavía los veo, con ese olor verde a hierba recién cortada del cuadro, pesado en el penumbroso fin del día: realzados por los focos del campo derecho, encendidos hace nada y ya asaltados por batallones de polillas describiendo círculos y bichos trabajando en el tumo de noche; abajo, ancianos y taxistas fuera de servicio beben grandes jarras de cerveza en asientos baratos, este Flatbush tan real como las aterciopeladas calles de Harlem donde los tocadiscos exhalan temas de junio del 56.

En el estadio Ebbets no hay marcha en el cuadro y los asientos están vacíos, fila a fila

Hodges cubre la primera con el guante extendido para atrapar el lanzamiento de Robinson a tercera, las plataformas de bateo flotan en la luz fantasmal de esta velada de viernes repleta de cielo

(Musial consigue carrera al comienzo, Flatbush pierde por dos).

Newcombe se dirige a regañadientes hacia los vestuarios bajo una lluvia de palomitas y grandes titulares.

Ahora Cari Erskine lanza con fuerza, pero

Johnny Podres y Clem Labine calientan por si acaso en el último tramo no puede; le puede pasar, ya se sabe, a todos les puede pasar

En el estadio Ebbets vienen y van y juegan las entradas, golpe a golpe tiempo muerto en el crepúsculo de la quinta entrada a Sandy Amaros le han vertido cerveza en el campo derecho sin decir nada recoge el vaso y se lo da a un empleado del campo que masca tabaco mientras los aficionados sin rostro maldicen a ambos equipos en su jugoso dialecto de Brooklyn.

Pee Wee Reese está en posición entre segunda y tercera

Campanella da la señal con los ojos cerrados lo veo todo huelo las salchichas y la tierra de las ocho veo los celestiales tonos del cielo vespertino que nadan con los ángeles sobre el estadio y Erskine toma impulso, se vuelve y lanza una baja interior.